LA CIVILIZACION

8688

ESTEBAN MORÁN
RA IER
LEON

LA

CIVILIZACION

Quedan reservados todos los derechos de reproduccion y traduccion.
Está hecho el depósito que marca la ley.

ESTEBAN MORÁN
RA. HER
LEON

LA CIVILIZACION

EN SUS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS,
CIENTÍFICAS Y LITERARIAS EN TODO EL MUNDO, DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS
HASTA NUESTROS DÍAS,

POR

DON PELEGRIN CASABÓ Y PAGÉS

TOMO SEGUNDO

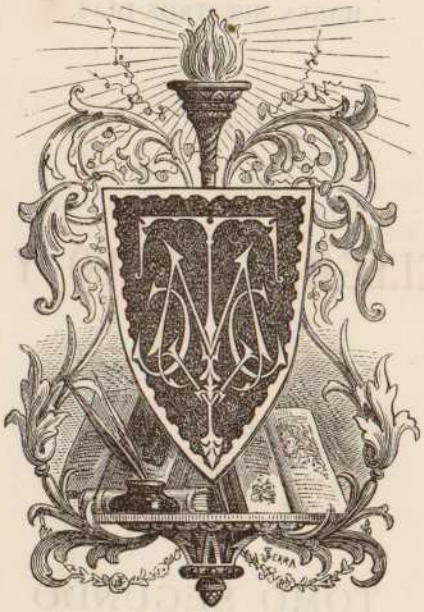
DIPUTACIÓN PROVINCIAL

BARCELONA

MIR, TARRADAS, COMAS Y C.ª —EDITORES

7, Plaza de la Universidad, 7

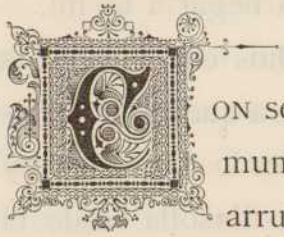
1881



BARCELONA: Imprenta de Baseda y Giró, calle Villarroel, núm. 17. (Ensanche de San Antonio.)

INTRODUCCION

ESTEBAN MORÁN
BA. HER
LEON



Con sentimiento nos hemos despedido del mundo antiguo, del mundo que vió mecerse en su seno la cuna de la humanidad, arrullada por el primer canto de gratitud que á la creacion entonaron las aves reunidas á la sombra frondosa de los vírgenes jardines del Eden, y que dió el ser al esplendente sol de la civilizacion, cuya trémula luz asoma ahora deslumbrante en el mundo nuevo, que vamos á visitar, y á cuyo influjo desaparecen una tras otra las vagas, vacilantes sombras que le envolvían, como se disipan fugitivas las neblinas que ocultan, entre sus remolinos vertiginosos, los picachos de elevados montes, al remontar el sol brillante desde el horizonte.

Nuestro viaje ha podido convencernos—si ya no lo hubiésemos estado anteriormente—de que los pueblos todos tienen, aquí en la tierra, un destino, más ó ménos glorioso y manifiesto, fijado por la Providencia; porque el mundo no está regido por el acaso; y que este destino lo cumplen, sin darse cuenta de ello, las más de las veces, los mismos pueblos que conspiran á su lenta pero prevista é infalible realizacion. El elemento civilizador arraigó hondamente en el nuevo mundo, porque la Providencia tiene designios eternos sobre los pueblos que lo componen, y los tiene muy especiales sobre los dos que formaron al frente de la cultura de las naciones de este nuevo mundo, hasta el extremo de confiarles visiblemente, para quien quiera verlo, la ejecucion de sus divinos y eternos decretos. Y no sólo arraigará el

elemento civilizador muy hondamente en esas naciones, sino que lo encontraremos en todas partes dando ópimos frutos, extendiendo vastas relaciones que resistan los embates de pueblos bárbaros por falta de cultura unos, por exceso y refinamiento de civilizacion otros, en épocas distintas, para que unos y otros ofrezcan el contraste que permita ver y apreciar dónde se debe buscar el verdadero espíritu civilizador de los pueblos.

Grecia y Roma, focos del predominio y poderío, centro de las ciencias y artes, nos presentarán generaciones casi interminables de celebridades asombrosas, verdaderos fenómenos de la naturaleza en todos los ramos del saber: es que Dios puede y sabe escoger los medios para llegar á un fin.

En esas dos naciones privilegiadas y escogidas por Dios encontraremos sucesivamente todas las formas de gobierno posibles—para que en su historia aprendan y escarmienten las futuras generaciones—desde el pueblo rey al déspota más absoluto y tirano; todos los sistemas de filosofía desde el espiritualismo más puro al panteismo más grosero, para que en este espejo se miren y confundan los sabios venideros que, en todos conceptos, se quedarán siempre muy atrás de esos maestros y guías; todas las manifestaciones artísticas desde el tosco labrado en madera hasta lo más bello, grande y majestuoso que pudo el hombre imprimir en el mármol; y todos los géneros de literatura, desde el intencionado epígrama y la sencilla fábula hasta la divina epopeya, sin que en la sucesion de los siglos haya mortal que les aventaje, ni iguale siquiera, en fecundidad de genio, ni facultad de ejecucion, en filosofía, artes y literatura, como si la humanidad, en aquel periodo de transicion de una á otra era de cultura, hubiese llegado al último esfuerzo concedido por Dios á la inteligencia humana.

Esas dos naciones, de grandes y sublimes destinos, se convertirán en pueblos tan vastos como compactos de organizacion y cultura, para desaparecer á su vez luégo de cumplida su mision en la tierra; y el país clásico de la libertad y del saber, la patria de los Homeros, Codros, Milcíades, Leónidas, Alejandros, Aristóteles, Sófocles y Platones; y el país por excelencia guerrero y orgulloso, el suelo de los Césares, de Ciceron y Virgilio, se convertirá aquél en país especial de la servidumbre é ignorancia, y éste en es-

clavo de bárbaros procedentes de países no visitados por el águila romana en los mejores tiempos de sus gloriosos vuelos.

Á la civilizacion pagana, procedente de los países orientales, entregados á todas las extravagancias y á todos los errores de inteligencias extraviadas en materias religiosas, sucederá la civilizacion propagada por los griegos y romanos con sus ricas y hermosas lenguas, que morirán con sus pueblos, cuando pierdan estos las huellas de su civilizacion antigua, borradas por la nueva, robusta, potente é irresistible predicada al mundo por doce ignorantes, que siguieron la fe del mártir del Gólgota.

Toda la filosofía griega será impotente ante la moral cristiana, y todo el poder de las legiones romanas se estrellará al choque de las dos sublimes máximas en que se funda todo el edificio del cristianismo: amar á Dios sobre todo y al prójimo como á sí mismo, cuya sencillez oculta á las inteligencias limitadas la profundidad del problema social encerrado en tan pocas palabras, síntesis de la civilizacion más adelantada, á que desgraciadamente no llegará jamas la humanidad.

En el firmamento brilla ya un nuevo sol: háse efectuado una nueva creacion: el hombre aparece regenerado con todas las prerogativas de su inteligencia libre pero ilustrada por la fe: se ha hundido el paganismo en los antros que lo vomitaron á la tierra, y la humanidad, erguida la frente, iluminada su razon, recobra la nobleza, la fuerza, la independencia y dignidad de sus primeros padres propias de su espíritu inmortal, librándose del envilecimiento y degradacion hijos de cuarenta siglos de ignorancia y embrutecimiento á que le condenó la pérdida de su fe primitiva.

El Paganismo y el Cristianismo están frente á frente disputándose la posesion de la inteligencia humana: ruda, sangrienta será la batalla: la filosofía griega no cederá sino ante la evidencia de la doctrina debida al *ignoto Deo* presentido por sus claras inteligencias y el Areópago enmudecerá ante un apóstol de ese *Dios desconocido*. El orgullo romano resistirá hasta hacerse cruel: la nobleza cristiana será fiel á su fe hasta hacerse mártir, y la sangre de los mártires que correrá á torrentes, ahorrando la de los gladiadores y esclavos, ahogará al fiero mónstruo pagano y do-

minará en la ciudad de las siete colinas y en las capitales del Archipiélago griego y en la del Bósforo, sustituyendo con el lábaro de la cruz el águila que corona los estandartes victoriosos, y entonando tiernos himnos de gloria sí, pero de una gloria que no humilla á los vencidos, que proclama hermanos é iguales, pero enteramente iguales, á vencedores y á vencidos, á todos los hijos de la gran familia humana, que es la humanidad entera, sin excepcion ninguna.

El Cristianismo, que es la única y verdadera civilizacion posible, realiza maravillosamente la fraternidad universal, porque hace á todos los hombres hijos de un mismo padre comun; lleva á cabo la igualdad universal, porque para él los menores son los mayores, los preferidos; y funda la libertad universal, porque ha roto las cadenas que sujetaban la inteligencia, ha derramado la verdad, que es la que hace libre al hombre; y porque proclama, en voz muy alta, tiranos y verdugos de los pueblos á los que atentan contra la libertad política de sus hermanos, hechos libres por su mismo Dios.

Fíjense los hombres leales y estudiosos, sin prevencion de ningun género, en los visibles destinos de Grecia y Roma; sigan paso á paso sus vicisitudes políticas y el desarrollo de sus sistemas filosóficos; comparen despues sus respectivos estados anteriores á la aparicion del Cristianismo con las épocas en que éste floreció en ambos países, y juzguen luégo por sí mismos, puesta la mano en el corazon y la conciencia ante Dios, seguros nosotros de que no hemos equivocado ni exagerado las lecciones ofrecidas por la Historia, y que vamos ahora á presentar á nuestros lectores en este tomo segundo, con toda la lealtad que nos caracteriza y la buena fe que tenemos acreditada, ya que no con toda la inteligencia que quisiéramos, y cuya falta nadie siente tanto como nosotros mismos.



ANDROMEDA EXPUESTA A QUE LA DEVORE EL MÓNSTRUO

(Aquiles Albacim)

mismo en la ciudad de las siete colinas y en las capitales del Archipiélago griego y en la del Bósforo, sustituyendo allí al lábaro de la cruz el águila que ecsonia los estandartes victoriosos, y entonando ternos himnos de gloria, no pero de una gloria que no humilla á los vencidos, que proclama hermanos é iguales, pero entera sobre iguales, á vencedores y á vencidos, á todos los hijos de la gran familia humana, que es la humanidad entera, sin excepcion ninguna.

El Cristianismo, que es la única y verdadera civilizacion posible, realiza maravillosamente la fraternidad universal, porque hace á todos los hombres hijos de un mismo padre comun; lleva á cabo la igualdad universal, porque para él los menores son los mayores, los preferidos; y funda la libertad universal, porque ha roto las cadenas que sujetaban la inteligencia, ha derramado la verdad, que es la que hace libre al hombre; y porque proclama, en voz muy alta, tiranos y verdugos de los pueblos á los que atentan contra la libertad política de sus hermanos, hechos libres por su mismo Dios.

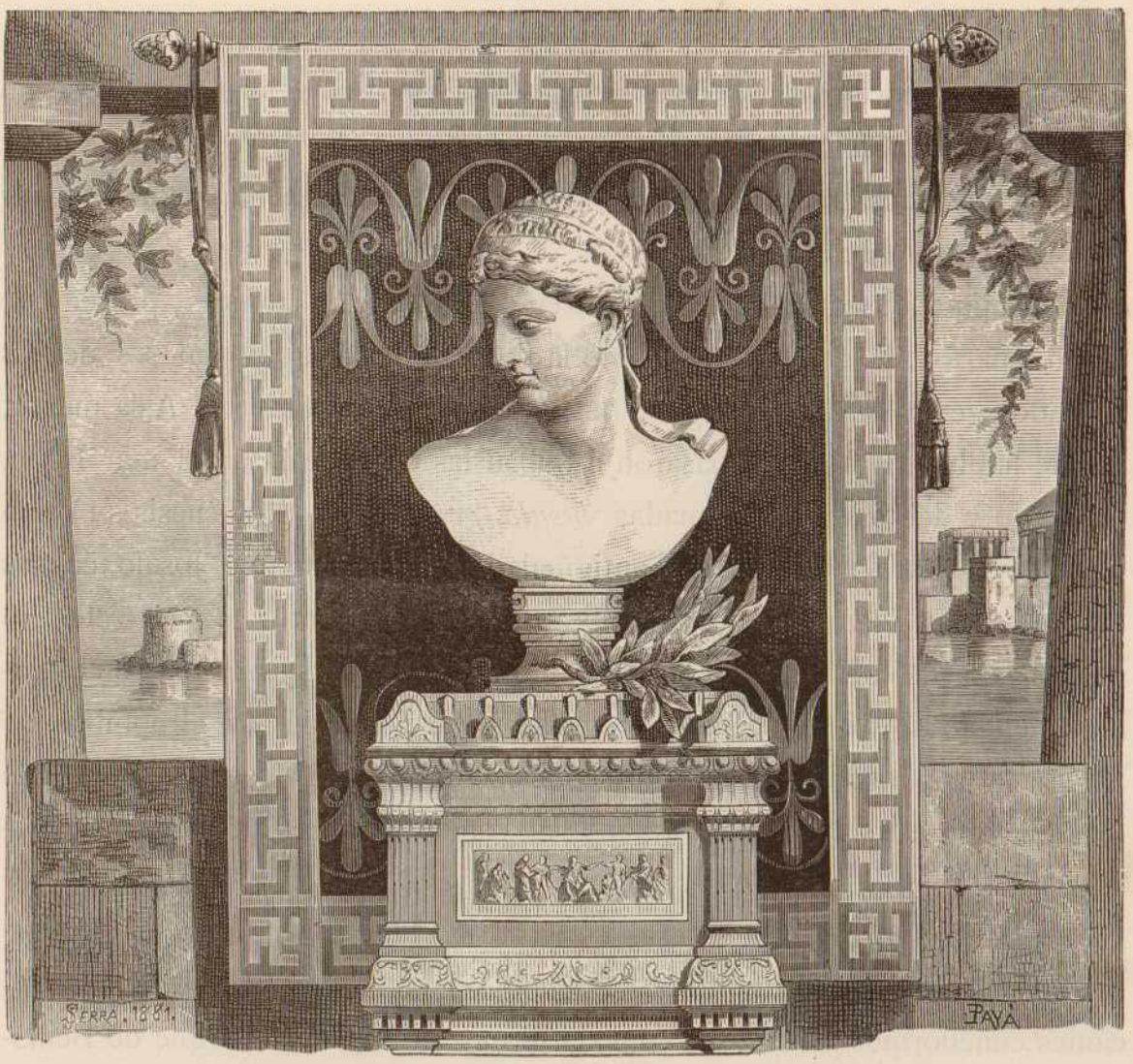
Fíjense los hombres leales y estudiosos, sin prevencion de ningun género, en los visibles destinos de Grecia y Roma; sigan paso á paso sus vicisitudes políticas y el desarrollo de sus sistemas filosóficos; comparen despues sus respectivos estados anteriores á la aparicion del Cristianismo con las épocas en que éste floreció en ambos países, y juzguen luégo por sí mismos, puesta la mano en el corazon y la conciencia ante Dios, seguros nosotros de que no hemos equivocado ni exagerado las lecciones ofrecidas por la Historia y que vamos ahora á presentar á nuestros lectores en este tomo segundo, con toda la lealtad que nos caracteriza y la buena fe que tenemos acreditada, ya que no con toda la inteligencia que quisiéramos, y cuya falta nadie siente tanto como nosotros mismos.



Mir Tarradas Comas y Cª Editores.

ANDROMEDA EXPUESTA A QUE LA DEVORE EL MÓNSTRUO.

(Aquiles Albacini.)



CAPÍTULO I

GRECIA.—SUS PRIMEROS POBLADORES.—VICISITUDES.—IDEA GEOGRÁFICA DE GRECIA.—INVENTOS.—PRIMERAS CIVILIZACIONES

Sabiendo en muy buenas fuentes y tomándonos un ímprobo trabajo, reconocido ya por algunos de nuestros benévolos lectores, hemos procurado indagar y consignar tan claramente como nos ha sido posible, dada la cortedad de nuestro ingenio, el orígen de los pueblos que hasta ahora hemos estudiado en el viaje que vamos siguiendo, al objeto de

examinar y conocer los progresos de la civilizacion en todo el mundo desde sus primeros comienzos.

Hoy nos toca estudiar los orígenes del pueblo que actualmente conocemos con el nombre de *griego*.

Este pueblo, una de las más ilustres descendencias jaféticas, procede de Iavan, cuarto hijo de Iafet, así como la descendencia de los jonios y de los llamados generalmente pelasgos; quienes desde las playas del Asia menor, donde habitaron primero, pasaron á poblar las costas é islas del mar Egeo, del Jonio y del Tirreno, llamadas *insulæ gentium* en el Génesis (1). En este punto está acorde toda la antigüedad con lo dicho por Josefo en sus *Antigüedades Judáicas*, en cuya obra dice textualmente: ἀπὸ Ἰωυάνου Ἰωνία καὶ πάντες Ἕλληνες γεγόνασι· Efectivamente, los griegos son llamados *Iavanas* en el Código indiano de Manú; en los geroglíficos egipcios se les da el nombre de *Iunan;* en las inscripciones de Persépolis se les designa con el nombre de *Iuna*, y aún actualmente los árabes les conocen por el nombre de *Ionanijun*.

En la profecía de Daniel (2) es llamado el futuro Alejandro el Grande rey de *Iavan*, que la Vulgata traduce por *Rey de los griegos;* y las inscripciones cuneiformes asirias, así como la grande inscripcion bilingüe de Behistun usan la palabra *Iavanu* cuando quieren expresar la Grecia.

El Génesis (3) atribuye á Iavan cuatro hijos llamados: Elisa y Tarsis, Cetim y Dodanim, y cada uno de estos dejó vestigios de sí en alguna parte ó region de la gran familia griega. Así es que Elisa dió el nombre á los *eolos*, segun lo dicho por Josefo; y segun la opinion comunmente admitida á la *Hélade* tambien que era la Grecia central y que fué el nombre de la Grecia propiamente dicha. Créese que Tarsis fué el fundador de *Tarso*, metrópoli muy antigua de los Cilicios, y padre de los *Pelasgos* Tirsenos ó Tirrenos, parte de los cuales se establecieron en Grecia, y parte emigraron más allá á Italia, donde fueron el primer tronco de los italianos. Cetim se propa-

(1) Cap. X, v. 5.
(2) Cap. VIII, v. 21.
(3) Cap. X, v. 4.

gó por las islas del Archipiélago y especialmente en Chipre, cuyo primer nombre, segun el testimonio de Josefo, fué precisamente χεθιμ, y en donde sus primeros habitantes fundaron la ciudad de *Cittium*. Finalmente, es opinion de las personas peritas en la materia, que á *Dodanim* debe referirse la estirpe pelásgica de los Epirotas, cuya memoria conservaron en el nombre de *Dodona*, templo famoso de su muy antigua supersticion.

Esto es lo que nos dice la crítica racional de acuerdo con el cuadro etnográfico del Génesis; pero los griegos, como todos los pueblos, llevados de su vanidad nacional, se han atribuído una antigüedad fabulosa, imaginaria; porque no sólamente se suponían originarios del país habitado por ellos, sino que tambien querían dar á entender que habían existido siempre. Los atenienses se envanecían de ser tan antiguos como el Sol; los arcadios pretendían ser anteriores á la Luna; los lacedemonios se titulaban hijos de la Tierra. Toda esta vanidad se desvanece ante la fría y lacónica narracion de Moisés que nos dice que Iavan es el tronco de todos los pueblos conocidos con el nombre comun de griegos, y nuestros lectores ya han visto confirmada esta narracion por toda la antigüedad hecha eco de las tradiciones primitivas de las primeras generaciones humanas. La posteridad de Iavan fué á establecerse en los Estados vecinos de la costa occidental del Asia Menor, desde donde no tardó en pasar al continente europeo. Una colonia salida del Oriente hacia la época de Abrahan, á saber unos dos mil años ántes de la venida de Jesucristo, se apoderó de la Grecia. ¿Podríamos saber de dónde procedía? Lo ignoramos. Quizas del Egipto, pueblo tan civilizado ya entónces y no distante de Grecia. Sea como quiera, durante el espacio de dos siglos se ven llegar á Grecia varias colonias egipcias ó fenicias. Atenas es fundada por Ogiges mil ochocientos treinta y un años ántes de Jesucristo; Argos lo es por Inaco mil ochocientos veintidos años ántes del mismo Jesucristo, debiendo otros puntos su fundacion á Cecrops, Cadmo, etc., etc.

No es de nuestra incumbencia escribir un tratado de Geografía, pero es de absoluta necesidad entrar en algunos pormenores geográficos, para no confundir la inteligencia, respecto á las partes en que estuvo dividida la Grecia.

La península helénica está situada al Este del Asia Menor y se extiende entre el mar interior que la circuye por tres partes, confinando por el Norte con los montes Hemus, llamados ahora Balkanes y Emine-Dagh por los árabes.

Los países más célebres en la historia se encuentran en Grecia, á saber: La *Iliria*, habitada por varios pueblos; la *Macedonia*, casi enteramente cubierta de montañas inaccesibles que producía hombres valientes, sumisos, industriosos é infatigables, muy á propósito para la guerra; la *Tracia*, region marítima, encrespada de montañas, casi cubiertas de nieve, en donde se alimentan hordas bárbaras entregadas á todos los vicios; y la *Grecia* propiamente dicha, célebre entre todos los demas y que se dividía en cuatro partes: la Grecia septentrional, la central ó la Hélade, la meridional ó el Peloponeso, y la insular.

La Grecia septentrional se dividía en las provincias de *Épiro*, tan rica por sus caballos y abundancia de ganado, como por sus pastos; y en la de *Tesalia*, célebre por sus caballos, y por ser cuna de los pueblos griegos.

La central ó Hélade comprendía: la *Acarnania*, cuyos habitantes eran sumamente groseros y feroces; la inculta *Etolia*, poblada por salvajes pérfidos é ignorantes, curtidos por la fatiga é intrépidos en la pelea y que vivían del latrocinio; la *Dórida*, de reducida extension; las tres *Locridas*, divididas en tres pequeños pueblos, los Locrios Ozoles, los Locrios Opuncios y los Locrios Epicnemidios. Los Lelegos, tribu pelásgica, fueron sus primeros pobladores; la *Fócida*, con su templo en Délfos y los juegos píticos; la *Beocia*, cubierta en parte de montañas y pantanos; sus habitantes eran torpes y groseros; la *Megárida* y el *Ática*, ilustrada por las leyes de Solon, y cuyo nombre trae á la memoria cuanto hay de más grandioso en el talento, y más sublime en el ingenio.

La Grecia meridional se componía de la *Corintia*, que dominaba en ambos golfos y en el istmo de su nombre, en el que se celebraban los juegos ístmicos, y en el que se trata ahora de abrir un canal como los de Suez y Panamá, la *Sicionia*, cuna del reino más antiguo de Grecia, y la *Acaya*, en la

que se formó la liga acayana; la *Élida*, rica y célebre por los juegos olímpicos, y que por convenio de los griegos estaba al abrigo de la guerra; la *Mesenia*, país bastante llano cubierto de riquísimos pastos, y tan fértil que desde su principio movió la codicia de los lacedemonios; la *Arcadia*, region montuosa en el centro del Peloponeso, poblada de pastores sencillos y pacíficos, que sufrieron sin resistencia el yugo de los lacedemonios; la *Laconia*, llena de hermosos valles cortados por montañas inaccesibles y de campos de difícil cultivo. Licurgo la hizo célebre por su legislacion. Y, finalmente, la *Argólida*, famosa por sus caballos y cuna del reino de Grecia, segundo en antigüedad.

Formaban la Grecia llamada insular las islas del mar Egeo, como *Lemnos*, *Samotracia*, *Tasos*, *Esciros*, etc., las de *Eubea*, *Salamina*, *Egina*, y otras diseminadas por las costas; las *Cícladas* llamadas así porque se creía que estaban colocadas en círculo alrededor de *Delos*, la más pequeña, pero la más célebre de todas aquellas islas, que son: *Naxos*, *Paros*, *Teos*, etc., las *Esporadas*, llamadas así por su diseminacion; *Creta*, la isla de cien ciudades; y las islas del mar Jonio, como *Zacinto*, *Cefalenia*, *Itaca*, *Leucates*, *Coreira* y *Calipso*.

* * *

Antes de penetrar en la verdadera historia de la civilizacion griega, digamos algo del orígen primitivo pero fabuloso de los griegos.

Segun las leyendas, los primitivos griegos no tenían otra morada que los bosques y las cuevas de las montañas; se alimentaban de manjares groseros, como hojas verdes, yerbas y raíces, y tenían de Dios ideas bastante sublimes y puras, pero que fueron bastardeadas por las colonias de Oriente y de Egipto.

Urano salió de Oriente con una colonia guerrera, pasó el Bósfóro de Tracia el año 2,040 ántes de Jesucristo; penetró en la Grecia y se apoderó de

la isla de Creta; desde allí tomó el rumbo de África, sujetó la Mauritania, reinó sobre los atlantes, y habiendo reunido las tribus errantes de las comarcas vecinas, las enseñó algunas artes útiles. Urano se había dedicado á observar los astros, y fijó la duracion del año por medio del curso del Sol, y la de los meses por el de la Luna. Reconocidos los pueblos, y juzgando que era de sobrehumana naturaleza, le miraron como dios del Cielo, y á Titea, su mujer, como diosa de la Tierra.

De Urano y de Titea nacieron los Titanes, entre los cuales se distinguió Saturno ó Cronos, que destronó á su padre, extendió su dominio hasta Grecia en 1914 ántes de Jesucristo, y civilizó la Tesalia. Júpiter, su hijo, le arrojó del trono, venció á los Titanes, y hecho dueño de un vasto imperio, se casó con su hermana Juno, distribuyó sus estados en varios gobiernos, dando á Pluton ó Dis, el de occidente que comprendía las Galias y la España, el del mar interior y sus islas á Neptuno y se reservó el de Oriente ó Grecia, de la que fué legislador. Para infundir más respeto estableció su morada en el monte Olimpo, en donde sus pueblos le adoraron como dios. Rendido por la edad, acabó su vida en Creta, en donde se veía su sepulcro con esta inscripcion:

Aquí yace ZAN, *que fué llamado* JÚPITER.

Las nieblas que envuelven los primeros días de Grecia se van disipando á favor de la luz que irradia la historia, y guiados por ella, ántes de entrar de lleno en su estudio formal, veamos algo acerca de la constitucion y fundacion de varios Estados de Grecia, cuyos datos nos servirán para apreciar mejor el desarrollo de la asombrosa civilizacion griega, civilizacion que buscó en la belleza y eleccion de la forma la superioridad que nadie puede negarle en las obras de arte.

Ántes que Saturno llegara á Grecia, había fundado ya *Egiota* el reino de Sicionia, el año dos mil ciento sesenta y cuatro, que duró diez siglos.

Inaco, de orígen fenicio, estableció una colonia en aquel país, que se llamó Argólida del nombre de Argos, nieto de Inaco. Gelanor, su décimo

descendiente, reinó en él cuando Dánao, hermano de Sesóstris, le arrojó del trono de sus mayores.

Pelasgo, nieto de Inaco, enseñó á los arcadios el modo de construir cabañas para resguardarse de la intemperie; el de curtir las pieles de jabalí para cubrir sus carnes, y, finalmente, les hizo preferir las bellotas á las yerbas que les servían de alimento: estos descubrimientos le valieron los honores divinos y el título de hijo de Júpiter. Despues pasó á Tesalia con una colonia de árcades, que tomaron el nombre de pelasgos.

Estos pelasgos que eran más viajeros que nómadas, vivieron mucho tiempo sin habitacion fija y habitaban en chozas construídas en medio de los bosques, poseían rebaños, y cultivaban la tierra en las llanuras, pero sin atenerse á reglas agrícolas, y desconociendo por espacio de mucho tiempo el uso del arado. Consistían sus habitaciones en una pared circular de poca elevacion, construída de piedras muy grandes, rematando con un cono formado por ramas de árboles entrelazadas con juncos y follaje. En el centro de la parte superior del cono había, como remate, un agujero que hacía las veces de chimenea, para dar salida al humo. Estas chozas estaban rodeadas de una pared concéntrica á la de la habitacion.

Estos pueblos, rama desprendida de los arias á quienes hemos conocido en algunos de los grandes imperios del Asia, conservaban las creencias de sus progenitores, bien que modificadas por las vicisitudes del tiempo y por efecto de la distancia que les separaba ya.

Cuando los pelasgos, de quienes hablamos, se establecieron al Oeste del mar Egeo, encontraron allí indígenas que se alimentaban con leche y bellotas, y guardaban sus ganados yendo siempre á caballo, oponiéndose tenazmente á la invasion de los advenedizos. No obstante, los pelasgos consiguieron establecerse allí, dándose al cultivo del trigo, de la viña y del olivo, sin descuidar las demas labores agrícolas. Pero los que habitaban las costas é islas vecinas construyeron barcos para comerciar y entregarse á la piratería.

La naturaleza humana no puede subsistir en ninguno de sus estados sin malearlo todo. Apénas asoma la civilizacion en un pueblo, la utiliza malvada-

mente para fines inícuos. Al lado del marino mercante aparece siempre el pirata.

La civilizacion pelasga, por atrasada que estuviera, dejaba ya ver diferencias públicas, exteriores, entre pobres y ricos. La choza del pobre y la morada del rico, si no se diferenciaban por la forma que era circular en la de ambos, y lo era tambien de los templos, distinguíanse á lo ménos en las materias de que estaban hechas, porque la casa del rico era casi enteramente de piedra, con la añadidura muchas veces de un pórtico de madera.

El espíritu de ostentacion es innato en el hombre. Lo mismo el civilizado que el salvaje, el primitivo que el del siglo actual, todos tienden á la exhibicion propia, así en su morada, como en su traje, como en los demas objetos que pueden presentarle con una distincion entre los demas hombres. Esta circunstancia insignificante, que pasa desapercibida á muchos observadores, no deja de ser un dato para oponer á los que aspiran á la igualdad humana. Los demócratas más radicales no están exentos de la vanidad de exhibirse, apelando á cosas que les distingan de sus iguales. La inconsecuencia es una compañera inseparable del hombre, y hemos dicho ya hasta la saciedad que el hombre es hombre siempre y en todas partes.

Continuemos, empero, la constitucion de los Estados de Grecia.

Dánao se apoderó del reino de Argólida, donde introdujo la agricultura y otras artes útiles. Segun la mitología, á la que no podemos desdeñar en absoluto, porque entre su mucha hojarasca oculta á veces cosas de útil enseñanza, Dánao tenía cincuenta hijas que casó con otros tantos hijos de su hermano Egipto, y temiendo que alguno de sus yernos le destronara, obligó á las recien casadas á dar muerte á sus maridos en la noche misma de las bodas. Hipermestra fué la única que dejó de dar cumplimiento al sangriento decreto y *Linceo* vengó á sus hermanos quitando á Dánao el trono y la vida.

No se necesita mucha perspicacia para comprender que todo este periodo que vamos estudiando pertenece más ó ménos á los tiempos llamados fabulosos, aunque de vez en cuando haya algun destello histórico, bien así como en un cielo cubierto aparece á veces un rayo de luz débil que da alguna animacion á la naturaleza sombría del cuadro.

Continuando, diremos que en el año 1884 ántes de Jesucristo, fundó *Miceno* el reino de Micenas, que estuvo sujeto á las leyes de Dánao; y *Perseo*, hijo de Dánae y nieto de Acrisio, sucesor de Linceo, habiendo dado muerte involuntariamente á su abuelo, en unos juegos públicos, pasó á Micenas para establecerse en ella, y su nombre fué ilustrado por sus descendientes. *Electrion* fué padre de Alcmena, *Estenelo* fuélo de Euristeo, y *Alceo* de Anfitrion; éste casó con su sobrina Alcmena que fué madre de *Hércules*, tronco de los Heráclidas.

Electrion, Estenelo y Euristeo ocuparon sucesivamente el trono de Micenas despues de Perseo. Euristeo arrojó á los Heráclidas del Peloponeso; pero estos acaudillados por Hillo, volvieron á reclamar la herencia de su padre. El año 1307 se dió la sangrienta batalla del istmo de Corinto, en la que pereció Euristeo con todos sus hijos; pero esta victoria fué estéril para los vencedores, quienes tuvieron que refugiarse al lado de Teseo, rey de Atenas, para evitar los horrorosos estragos de la peste.

Cuando Euristeo resolvió atacar á los Heráclidas, encargó el gobierno de sus Estados á su cuñado *Atreo*, hijo de Pelops; mas, faltando Atreo á la fidelidad, se hizo reconocer por rey de Micenas y Tirinto, y esta usurpacion colocó en el trono á los Pelópidas, de quienes tomó nombre el Peloponeso. *Agamenon* sucedió á su padre Atreo, y sometió casi todo el país á sus leyes; su sucesor fué *Orestes*, que trasmitió su poder á sus hijos *Tisameno* y *Pontilo;* pero los Heráclidas les arrebataron el reino el año 1190.

Por lo que vamos viendo, ya deducirán nuestros lectores cuán horrible es el cuadro que nos presenta la constitucion de Grecia en sus primeros días, y en su época monárquica. La desolacion, la muerte reinan en todas partes. Los días felices de Grecia fueron de duracion muy corta, y las pasiones humanas sueltas, como fieras hambrientas, sembraron el incendio, la destruccion, el hambre en un país llamado á tan grandes destinos, á tan brillante historia entre gentes no avezadas aún al veneno de la política, de lo actualmente llamado espíritu de partido. La rivalidad es tan antigua como el hombre, y duele en el alma ver que las sociedades humanas, cuyo móvil debiera ser el bien comun, se hayan destrozado mútuamente por cualquier linaje de

cuestiones que no debían, en todo caso, dar motivo como no fuera para tratadas verbalmente entre sus legisladores ó repúblicos. El hombre ha faltado siempre á las más rudimentarias nociones del deber; si su patriotismo no se dejara llevar las más de las veces por un sentimiento de egoista vanidad, no hubiera corrido la sangre humana en tanta abundancia. El patriotismo que no camina sujeto al deber, que no respeta la voz de la conciencia, truécase en fuente de inmoralidad y corre graves peligros de incurrir en delito en vez de ser una virtud como debiera, si se limitára á la justicia y moralidad.

El camino seguido por la civilizacion en Grecia se nos muestra siempre entre regueros de sangre y huesos calcinados por los incendios, si es que no está lleno de emigrantes que abandonan su país obligados á ello por la miseria, ó por los levantamientos en masa de otros vecinos que los expulsan para dominarlos ellos.

Miéntras tanto, y cumpliendo con el destino impuesto por la Providencia á todos los pueblos, continúa el suyo la Grecia adelantando en la civilizacion á pesar de sus luchas intestinas.

El año 1880, Esparton, descendiente de Inaco, funda el reino de Esparta, ocupado, engrandecido y civilizado dos siglos despues por *Lela*, de orígen egipcio ó fenicio. *Milès*, sucesor suyo, inventó las piedras para moler trigo y demas granos. *Eurotas* hizo construir un canal para dar corriente á las aguas de los inmensos pantanos del país, formando de este modo el río que lleva su nombre, llamado tambien actualmente Iri. *Lacedemon* construyó en 1577 una ciudad cerca de Esparta, y sus descendientes se enlazaron con las familias de Dánao y de Pelops; casóse Ebalo con Gorfozona hija de Perseo, y *Tindaro* dió la suya á Menelao hermano de Agamenon.

Vemos que se van contrayendo alianzas de familias perjudiciales para la unidad de la Grecia, porque fueron ya causa de la division en varios reinos del Peloponeso.

Por medio de las alianzas contraídas, los Pelópidas reinaron en Esparta tras *Cástor* y *Pólux*, hijos de Tíndaro. Durante la guerra de Troya, ocasionada, como saben muy bien nuestros lectores, por el rapto que Páris come-

tió en la hermosa Elena, mujer de Menelao, que le había dado hospitalidad, callaron las rivalidades de las familias principales de Grecia; pero ochenta y seis años despues de la toma de Troya, *Aristodemo*, *Temeno* y *Cresfonte* acaudillaron á los Heráclidas y entraron victoriosos en el Peloponeso, repartiéndose por suerte las provincias que cayeron en su poder. Á Temeno tocaron Argos y Micenas; la Misenia á Cresfonte, y la Laconia á Turisteno y Procles hijos de Aristódemo, los cuales dieron sér á los reyes de Esparta, que reinaron con los nombres de Euristenides y Proclides.

El mismo año en que Esparton fundaba á Esparta, fué fundada Corinto por *Efira*, hermana de Inaco, y gobernaron el reino *Corinto*, *Polibo* y *Creon*. En 1328, *Sisifo*, hijo de Eolo, dió orígen á la dinastía de los Sisífides. El heráclida *Aletas* se apoderó del reino el año 1,100, y sus sucesores lo disfrutaron hasta el 777 en que los Báquidas, descendientes de *Baquis*, hijo de Hércules, establecieron la aristocracia en Corinto, y pusieron á la cabeza un miembro de su familia bajo el nombre de Pritano. La autoridad real fué restablecida en 653 por el báquida Cipselo, quien dejó el reino á su hijo Periandro, uno de los siete sabios de Grecia, y poco despues los Corintios establecieron la democracia.

No asombre á nuestros lectores la palabra democracia en los antiguos tiempos de la Grecia. Las monarquías griegas, tales como hasta ahora las hemos visto, no tienen de monarquía más que el nombre; el poder real es lo único que observamos en aquellas monarquías que las veremos pasar fácilmente á repúblicas, por lo poco arraigadas que estaban entre aquellas gentes las ideas monárquicas, y el ningun respeto que habían infundido con los contínuos cambios á que las habían sujetado las ambiciones y envidias de las diferentes familias que se disputaban el poder. Las revoluciones se sucedían casi como los días; con ellas perdieron los griegos el respeto al poder real, por el cambio que veían en las regias sucesiones, y debilitado el prestigio de los reyes y adquirida la costumbre en el pueblo de ver andar por los suelos la majestad soberana, no era extraño que se facilitara así el tránsito de uno á otro órden de cosas, y que aspirara el pueblo á gobernarse por sí mismo.

En el siglo XIX ántes de Jesucristo *Ogiges*, natural de la Escitia, dió al Ática el nombre de Ogigea y echó los cimientos de Tébas en Beocia. En los últimos años de su reinado un terremoto acompañado de abundantes lluvias, rompió los diques del lago Copais, y sus aguas inundaron toda la Grecia, ocasionando gran mortandad en sus moradores, cuya mayor parte perecieron en las aguas, ó entre los horrores del hambre y de las enfermedades contagiosas los que pudieron refugiarse en las montañas. Esta célebre catástrofe es conocida por el *diluvio de Ogiges*.

Despues de retiradas las aguas de este diluvio, *Cecrops*, egipcio de nacimiento, se estableció en el Ática con una colonia y le dió el nombre de Cecropia; edificó parte de los doce arrabales ó villorrios de que posteriormente fué capital la ciudad de Atenas; trajo del Ática el plantío del olivo y el arte de extraer el aceite; enseñó el modo de criar el ganado vacuno; instituyó el matrimonio y el dar sepultura á los cadáveres; planteó el culto de Atena (Minerva), de Zeo (Júpiter), y de otros dioses, y creó, ademas, el tribunal del Areópago, que tenía á su cargo el castigo de los delitos, la custodia de las leyes, el derecho de residencia á los altos funcionarios y el de revisar y hasta anular las decisiones del pueblo.

Á Cecrops sucedió *Cranao*, en cuyo tiempo la Grecia central fué inundada de nuevo, exceptuándose el Ática en donde se refugiaron los tesalios con su rey Deucalion. *Anfiction*, hijo de aquél, reinó simultáneamente en Ática y en Tesalia: viéndose amenazado por los tracios, reunió los pueblos comarcanos de las Termópilas, y les empeñó para que se aprestaran á la defensa de sus altares y del hogar doméstico, y de aquí nació el *Consejo Anfitiónico*, que se celebraba dos veces cada año, por la primavera en Délfos, y por el otoño en las Termópilas. Tenía á su cargo el exámen de los asuntos de la Grecia, el cuidado de evitar las guerras civiles, y el de juzgar todas las causas, principalmente las que tocaban al derecho de gentes ó á la santidad del templo de Délfos; y estaba revestido del derecho de armar á la confederacion contra cualquiera que no obedeciese sus fallos.

Tenemos aquí los primeros delineamientos del sistema representativo tan útil para los pueblos y honroso para los reyes, enteramente distinto de

la farsa parlamentaria, ludibrio de los monarcas y engañifa de los pueblos, bueno sólo para los farsantes políticos, amigos de vivir descansados, desmoralizando las masas, y formando un semillero de políticos ambiciosos, insaciables, sin patriotismo y agenos á todo sentimiento honrado.

Hasta ahora, y sin casi advertirlo, hemos ido dando cuenta de algunos útiles inventos llevados á cabo por distintos fundadores de Estados griegos; tócanos ahora decir que los atenienses debieron á Pandion el modo de hacer el vino; el egipcio Erecteo aprendió de Triptolomeo, rey de Eleusis y de Ática, el arte de sembrar y cosechar el trigo, y en su reinado se estableció el culto de Céres, que es la Ísis de Egipto. Utilizóse el trabajo de las abejas, y perpetuaron sus enjambres en el monte Himeto, abundantísimo en tomillo. Tejieron tambien las lanas, descubrieron el hierro, emplearon el cobre y esplotaron las minas de plata del Laurio, y acuñaron las primeras monedas.

Créese que en tiempo de *Egeo*, uno de los sucesores de Erecteo, tuvo lugar la famosa expedicion de los Argonautas.

Hemos dicho ántes que no puede en absoluto desdeñarse la mitología por las útiles enseñanzas que encierra, para quien sabe descubrirla entre su inmensa hojarasca de fábulas y leyendas á cual más ridículas é increíbles, aunque se vistan con un ropaje prestado por la poesía. La expedicion de los Argonautas puede servirnos para el estudio de la primitiva civilizacion griega, porque fué sólamente, á no dudarlo, una expedicion meramente comercial, y el vellocino de oro no es más que una ficcion que representa el beneficio del comercio de las lanas que son excelentes en la Cólquida, á donde fueron los príncipes griegos embarcados en el Argos, dirigidos por Jason, ochenta años ántes de la guerra de Troya, para apoderarse del dicho vellocino guardado por un dragon que velaba noche y día, siendo necesaria la intervencion de Medea, hechicera é hija del rey de la Cólquida, que se enamoró de Jason y le prometió adormecer con sus encantos al dragon, si le daba palabra de casarse con ella, como efectivamente, se la dió, cumpliéndole su palabra en Corfú.

En tiempo del mismo *Egeo* tuvieron tambien lugar los trabajos de Hér-

cules y la guerra de Minos II, rey de Creta, quien sujetó á los atenienses al odioso tribunal del Minotauro.

Á Egeo le sucedió en el reino su hijo Teseo, quien acometió muchas empresas de que se apoderó la mitología, y reunió en una sola ciudad y bajo un mismo gobierno, los doce pueblos del Ática que hasta entónces se habían gobernado por leyes particulares. Á favor de este nuevo régimen se le presentaron muchos extranjeros, y para mejor cimentar la union entre todos sus vasallos, estableció una fiesta en honor á Minerva, de la que todos eran partícipes, por cuya razon la denominaron *Panateneas*.

Llegamos á un periodo crítico, solemne, para la historia de la civilizacion griega. La forma de gobierno establecida por Teseo duró hasta *Codro*, de quien no podemos hablar sin dedicarle un recuerdo de admiracion y respeto, ya por haber sido el último rey de Atenas, ya por el sublime rasgo de amor patrio que le llevó á consumar el sacrificio de su propia vida en aras de su país.

Durante su reinado los dorios hicieron una guerra cruel á los atenienses. Codro consultó al oráculo y supo de él que el pueblo que perdiese á su rey obtendría la victoria. Resuelto Codro á sacrificarse por su patria, despojóse de sus insignias reales, se disfrazó de artesano y entrando en el campo enemigo, insultó á un soldado y fué muerto. Reconocidos los atenienses, declararon que no había ningun hombre digno de suceder á Codro y abolieron la dignidad real, sustituyendo al poder del rey el Arcontado perpetuo que dieron á Medon, hijo del virtuoso Codro.

Desde entónces los demas estados griegos empezaron á adoptar sucesivamente el régimen y constitucion republicanos, é hicieron durante muchos siglos, tanto en sus colonias como en otras comarcas, y áun en medio de revoluciones contínuas, todos los experimentos posibles de la *octocracia*, de la *democracia*, de la *aristocracia*, de la *oligarquía*, y áun de la *anarquía*, y de la *tiranía*, es decir, un gobierno de uno solo, sin eleccion y sin herencia arregladas por las leyes. De aquí fué que los eolios, los dorios y los jonios hicieron nuevas emigraciones al Asia.

En el siglo octavo anterior á la era cristiana el arcontado se hizo dece-



Mar Cerradas Comas y C.ª Editores

A. Caracuel Lit.

TESEO MATA AL MINOTAURO.

[Original de Canova.-Viena]

cules y la guerra de Minos II, rey de Creta, quien mandó á los atenienses al odioso tributo del Minotauro.

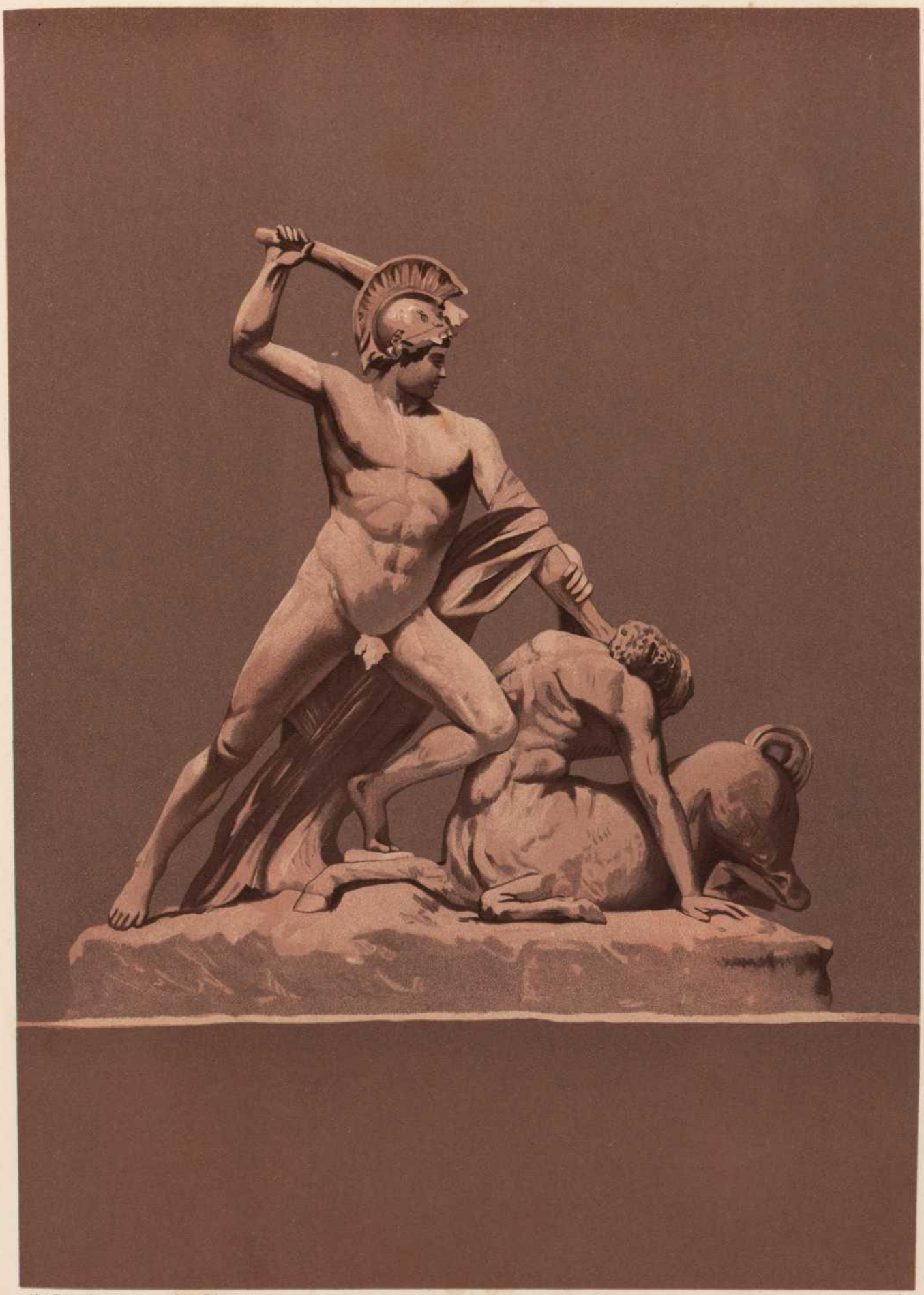
Á Egeo le sucedió en el trono su hijo Teseo, quien acometió muchas empresas de que se ejecutaria mas abajo, y redujo en una sola ciudad y bajo un mismo gobierno, los doce pueblos del Ática que hasta entónces se habían gobernado por leyes particulares. Á favor de este nuevo régimen se le presentaron muchos extranjeros, y para mejor cimentar la union entre todos sus vasallos, estableció una fiesta en honor á Minerva, de la que todos eran partícipes, por cuya razon la denominaron *Panateneas*.

Llegamos á un período crítico, solemne para la historia de la civilizacion griega. La forma de gobierno establecida por Teseo duró hasta *Codro*, de quien no podemos hablar sin dedicarle un recuerdo de admiracion y respeto, ya por haber sido el último rey de Atenas, ya por el sublime rasgo de amor patrio que le llevó á consumar el sacrificio de su propia vida en aras de su país.

Durante su reinado los dorios hicieron una guerra cruel á los atenienses. Codro consultó al oráculo y supo de él que el pueblo que perdiese á su rey obtendria la victoria. Resuelto Codro á sacrificarse por su patria, despojóse de sus insignias reales, se disfrazó de artesano y entrando en el campo enemigo, insultó á un soldado y fué muerto. Reconocidos los atenienses, declararon que no habia ningun hombre digno de suceder á Codro y abolieron la dignidad real, sustituyendo al poder del rey el Arcontado perpetuo que dieron á Medon, hijo del virtuoso Codro.

Desde entónces los demas estados griegos empezaron á adoptar sucesivamente el régimen y constitucion republicanos, é hicieron durante muchos siglos, tanto en sus colonias como en otras comarcas, y áun en medio de revoluciones contínuas, todos los experimentos posibles de la *octocracia*, de la *democracia*, de la *aristocracia*, de la *oligarquía*, y áun de la *anarquía*, y de la *tiranía*, es decir, un gobierno de uno solo, sin eleccion y sin herencia arregladas por las leyes. De aquí fué que los eolios, los dorios y los jonios hicieron nuevas emigraciones al Asia.

En el siglo octavo anterior á la era cristiana el arcontado se hizo dece-



Mir Tarradas, Comas y C.ª Editores. A. Casanovas.-Lit.

TESEO MATA AL MINOTAURO.

(Original de Canova.-Viena)

nal y en el séptimo fué compuesto de seis arcontes ó magistrados, y el tiempo de su empleo duró sólamente un año.

Tócale ahora el turno de los Estados griegos que se constituían á la Beocia en donde desembarcó *Cadmo* salido del bajo Egipto ó de Fenicia el año 1580, y edificó la ciudadela de Tebas, llamada Cadmea. Trajo á sus habitantes un alfabeto más extenso que el que tenían, les instruyó en el comercio y en diferentes artes útiles. Despues de él reinaron *Penteo*, en cuyo tiempo los tracios introdujeron la viña, y las fiestas de Baco; *Anfion*, que circuyó de muros la ciudad de Tebas. *Edipo*, hijo de Layo, tan conocido por sus hechos mitológicos, y que tan buenas composiciones ha inspirado á los poetas trágicos. *Eteocles* y *Polinice*, famosos por la guerra de los siete Gefes. *Laudamans*, hijo de Eteocles, que vió la toma de Tebas, y su destruccion por los Epigones ó hijos de los siete Gefes; *Tersandro*, hijo de Polinice, que pereció en la expedicion de los griegos contra Troya.

Poco tiempo despues de esto abolieron los tebanos la monarquía sustituyéndola primeramente con la oligarquía, sistema de gobierno en que el poder supremo se ejerce por un corto número de familias privilegiadas; y luégo despues por la democracia, forma ó sistema de gobierno en que el pueblo ejerce la soberanía.

Estos cambios repetidos de forma de gobierno en los Estados griegos son dignos de especial estudio, para formarse cargo de los progresos de la civilizacion en todos los pueblos, en donde puede verse, como antiguamente en Grecia, el raro fenómeno de ser la aristocracia la enemiga de la monarquía, y el haberse efectuado regularmente las revoluciones republicanas sin la iniciacion del pueblo, y las más de las veces sin su intervencion siquiera. Más adelante dedicaremos á estas cuestiones más espacio que ahora, por no poder aquí desviarnos de nuestro objeto.

En el siglo XVII ántes de la era cristiana abandonó Deucalion la Escitia caucasiana, y apoderándose de una parte de la Tesalia que poseían los Pelasgos, logró por sus descendientes cambiar el aspecto y nombre de toda la Grecia.

Hemos nombrado la Tesalia y debemos hacer constar, de paso, que

aquel suelo estaba cubierto por las aguas, no siendo más que un ancho lago. Un terremoto separó el monte Osa del Olimpo, abriendo paso á las aguas que cubrían las campiñas de aquel país delicioso, en que los Pelasgos fijaron su residencia á mediados del siglo décimonono ántes de Jesucristo.

De *Helen*, hijo de Deucalion, tomaron las provincias de Tesalia el nombre de *Héladas*, y sus habitantes el de *Helenos*, durante su mismo reinado; y bajo el de sus hijos y nietos *Doro*, *Eolo*, *Jon* y *Aqueo*, tomaron respectivamente los nombres de *Dorios*, *Eólios*, *Jónios* y *Aqueos*.

La isla de Creta tuvo en el siglo décimoquinto por legislador á Minos I, quien edificó allí muchas ciudades: en ellas estaba establecido el dogma de la igualdad absoluta entre los hombres; todos los bienes eran comunes, sin que pertenecieran á nadie en particular; y todos comían en las mesas públicas.

Los que en este siglo, y en estos últimos tiempos se precian de llevar la delantera en las reformas utópicas de la sociedad, deberán confesar que se quedan muy atras de los cretenses de treinta y cuatro siglos anteriores á ellos, y deben saber que por más ensayos que propongan, no conseguirán presentar una cosa enteramente nueva ni desconocida en la historia de los pueblos. Esto confirma una vez más la verdadera sentencia de que no hay nada nuevo debajo del sol. Ni siquiera es nueva la temeridad y vano empeño de los hombres actuales en no querer recordar las lecciones del tiempo, porque se afanan por renovar sistemas y formas desacreditadas ya desde muchísimos siglos por inútiles é ineficaces.

No hemos terminado aún, empero, lo que debemos decir acerca del régimen público de los cretenses.

La juventud cretense estaba sometida á los ejercicios del gimnasio, de la navegacion y de la guerra: el lujo, la ociosidad, los placeres y todo cuanto pueda contribuir á debilitar el espíritu y enervar el cuerpo, estaba desterrado. Sólo se concedían distinciones al mérito y á la ancianidad. El mismo Rey, aunque su autoridad era de orígen divino, por ser emanacion de Júpiter, no podía exigir el respeto de sus pueblos, sino miéntras observaba la justicia y sostenía los derechos de sus vasallos.

Los hechos hasta aquí narrados pertenecen á los llamados tiempos heróicos de la Grecia: adornados, pero falseados, por las leyendas y las fábulas, no sujetas á la piedra de toque de la crítica histórica, desconocida en aquellos remotísimos tiempos, han llegado á nosotros tan desfigurados que no pueden admitirse tales como se nos presentan. De todos modos, dando á cada cual lo suyo, á saber, á la historia lo que la sana crítica le concede, y á la mitología lo que le atribuyó la poética imaginacion griega, podemos tener una idea muy aproximada de la primitiva civilizacion helena que el discreto lector sabrá entresacar de lo que vaya viendo.

Y ahora, terminando el periodo constitutivo de los primeros Estados griegos, damos punto final á la materia, recordando que Minos I tenía un hermano llamado Radamanto, que se estableció en las islas del mar Egeo; las libertó de las incursiones de los piratas, y, digno imitador de su hermano, les dió leyes tan sabias, que de todas partes acudían los hombres á ponerse á su amparo.

De estos hechos sacó pié la mitología para suponer que ambos hermanos están en el Infierno, para juzgar á los muertos. Elogio que basta por sí solo para cimentar y demostrar con la mayor elocuencia la sabiduría de las leyes de estos hermanos y la rectitud y justicia con que las aplicarían.

De estas leyes, no obstante, ha dicho un publicista de este siglo: «Las leyes de Minos... no han sobrevivido á la ruína de los pueblos para quienes fueron dictadas, sino como las pirámides de los desiertos, inmortales palacios de la muerte (1).»

Minos II, nieto del primero de este nombre, impuso á los atenienses un tributo horroroso en castigo de la piratería que ejercían. Teseo lo redimió, entregándose despues otra vez á las correrías marítimas.

En Creta se estableció el gobierno republicano en el siglo octavo.

(1) CHATEAUBRIAND.—*Genio del Cristianismo*. Cap. IV.

*
* *

El buen órden y lógico método exigen de nosotros que ajustemos nuestra exposicion de hechos, y procedamos al estudio de la civilizacion griega, no en conjunto, tarea imposible más que difícil, sino por los distintos Estados que formaron lo que llamamos Grecia, sujetándonos así á la separacion ó division impuesta por la misma naturaleza de las cosas, que debe ser nuestra norma y constante guía.

Hecha esta declaracion, fijémonos primeramente en Esparta y su legislacion debida á Licurgo, abrazando el espacio de tiempo trascurrido hasta la revolucion de Jonia, ó sea hasta el año 504 ántes de Jesucristo.

Despues de la expulsion de Tisameno, los dorios que reconocían por reyes á Euristeno y Procles, se establecieron en Esparta y tomaron el nombre de Espartanos. Reinando Agis, hijo de Euristeno, los espartanos impusieron á los laconios un tributo y las cargas del servicio militar, en calidad de súbditos. Los habitantes de Helos, únicos que no quisieron someterse á las exacciones de los espartanos, fueron reducidos á la esclavitud bajo el nombre de hilotas.

Aplicóse desde entónces el nombre de hilotas á todos los esclavos de los espartanos de cualquier país que fuesen. Confinados á los campos para cultivar las tierras de sus amos, les estaba prohibido pasar la noche en el recinto de las ciudades. Ademas del cultivo de las tierras, ejercían las artes mecánicas, seguían á los espartanos á la guerra, y sólo podían ser manumitidos por el Estado en razon de servicios muy eminentes. Como si la pérdida de la libertad personal, bien más preciado del hombre, no fuera la mayor de las desgracias, para más recordarles su servidumbre, dábanles cada año cierto número de latigazos, aunque su comportamiento hubiera sido bueno. ¡El hombre azotando al hombre, á su semejante, á su hermano, qué ignominia!

El más ligero pretexto, la sospecha más infundada, era bastante para

que fuesen condenados á muerte; bastaba que tuviesen la desgracia de tener el rostro expresivo ó el talle elegante, para que en ellos se cebaran sus verdugos. Cuando creían que su número era excesivo, enviaban los jóvenes espartanos á perseguirlos como si fueran fieras, hasta el punto de que en cierta ocasion, y en una sola noche, fueron exterminados dos mil hilotas.

Si los hilotas eran tan maltratados, no era mejor, que digamos, la suerte de los dorios, sus amos y vencedores, porque todos los poderes eran patrimonio exclusivo de algunos grandes á quienes pertenecían casi todas las propiedades. Semejante estado de cosas hubiera sido insostenible, y á su poder hubiera sucumbido la autoridad real misma y con ella hasta el Estado, si Licurgo no hubiese sostenido á entrambos con una nueva legislacion.

Licurgo fué un moralista más que severo y un legislador de muy patrióticas miras, aunque no acertó del todo en la eleccion de los medios, porque no tuvo en nada la dignidad humana que humilló en demasía. Introdujo en Esparta una constitucion más republicana y enteramente guerrera, y sin embargo continuaron en el trono los dos reyes.

Se ha dicho que Licurgo había hecho de Esparta un convento guerrero, y, efectivamente, así es la verdad; porque en sus leyes sobre la vida privada, quiso Licurgo hacer de los espartanos una sociedad de ciudadanos tan iguales como fuera posible, tanto con respecto á las propiedades, como en el modo de vivir, y con ellas quiso tambien hacer que todos estuvieran convencidos de que pertenecían exclusivamente al Estado.

Estas bases debían producir sus efectos prácticos que influirían en la manera de ser la civilizacion espartana, y, efectivamente, resultó de ellas por necesidad una nueva reparticion de las tierras, la ausencia de toda clase de lujo, y las comidas en comun ó ranchos públicos de todos los ciudadanos servidos por los pobres hilotas, cubierta su cabeza con un gorro de piel y su cuerpo con una túnica grosera.

Todas las naciones, incluso las más aficionadas á la guerra, si no han protegido la agricultura, la han respetado á lo ménos, por los inmediatos y generales bienes que produce. No queriendo los espartanos comprender que el labrar la tierra honra al hombre, despreciaban la agricultura, y confiaban

su profesion á los hilotas que debían servir tambien en las obras más penosas, así como sus mujeres las tenían destinadas á las faenas interiores de las casas. Sólo se les permitía á los espartanos ocuparse en los negocios públicos y el arte militar: todo lo demás estaba abandonado á los esclavos.

En su legislacion dejó Licurgo subsistir las relaciones establecidas entre los espartanos como pueblo dominador y los laconios como súbditos. Los reyes de las dos casas reinantes conservaron sus prerogativas de gefes militares en la guerra y de primeros magistrados en la paz. Se le atribuye asimismo el establecimiento de un Senado compuesto de veintiocho miembros de sesenta años de edad y nombramiento vitalicio. Sólamente los espartanos tenían derecho de asistir á las juntas del pueblo, y no tenían más que el derecho de admitir ó rechazar las proposiciones que presentaban los reyes ó el Senado.

Si Licurgo pudo equivocarse en algun detalle de procedimiento, no puede culpársele, sin embargo, de no haber adoptado todas las precauciones indispensables para el mejor acierto; porque, temiendo que las consecuencias de la reforma que meditaba fuesen funestas á su patria, á la que él amaba con verdadera pasion, reclamó el auxilio de los espartanos más ilustres, y con ellos se dirigió al templo de Délfos para consultar al oráculo de Apolo. Licurgo, segun lo vemos, recurre á la ciencia humana confirmada despues por la religion. Los legisladores modernos, no tan amantes de su patria como Licurgo, recurren á los cubiletes de las urnas electorales, para consultar á la ciencia humana, prescindiendo completamente de los auxilios divinos, en los que ni confían ni creen, como no confían ni creen tampoco en la ciencia humana que no esté basada en su medro personal primero, y en el de su partido político despues.

Los legisladores modernos, empero, no darían tampoco las pruebas de abnegacion y desinteres que acreditó Licurgo.

Veamos por qué.

Polidecto, hermano de Licurgo, falleció sin otro hijo que el que su mujer llevaba en su seno. La reina ofreció la corona á su cuñado, si quería aceptar su mano, prometiéndole ademas hacer perecer el hijo póstumo de Polidecto.

Licurgo desechó con horror la idea de ese crímen, y se contentó con cuidar de la tutela de su sobrino; pero este noble desinteres no pudo acallar la calumnia, que le suponía secretas miras hacia el trono de Esparta.

Para imponer silencio á sus enemigos entregó Licurgo las riendas del poder real á su sobrino Carilao, y perseverando en su proyecto de legislacion, recorrió la isla de Creta, el Asia menor y el Egipto, para consultar á los hombres más distinguidos de aquellas regiones que á la sazon pasaban por poseer las leyes más sabias. Su prolongada ausencia hizo nacer en sus conciudadanos el deseo de que apresurara su regreso, y el voto de la nacion le llamó á su patria, cuyos males exigían una completa reforma.

Á pesar de la recta justicia que presidía los actos de Licurgo, no se atrevió á moderar la suerte desgraciada de los hilotas. Dió á los lacedemonios treinta mil suertes de las treinta y seis mil que se componía el total de las tierras de propiedad comun; pero no les concedió ni el título ni los derechos de ciudadanía que reservó exclusivamente para los espartanos. Debe recordarse, para evitar confusiones, que los espartanos eran los habitantes de la ciudad, y los lacedemonios eran los del campo.

Hemos dicho ya que el trono continuó siendo ocupado por la doble dinastía de los Heráclidas, con la prerogativa de mandar el ejército en tiempo de guerra y gobernar el estado en el de paz; pero la autoridad de los reyes, segun ya lo hemos indicado, fué moderada por tres instituciones: un Senado, un Congreso y los Eforos, inspectores anuales, cuyo poder, si bien bastante limitado en su principio, fué aumentándose con el tiempo hasta el grado de poder mandar que el monarca fuese conducido á la cárcel pública.

El fruto que sacó Licurgo del estudio de la civilizacion de los pueblos que recorrió para basar su código espartano, se extendió de lo civil ó administrativo á la conducta moral de sus compatriotas, para que ajustada esta á reglas severas y previsoras, influyera en el sostenimiento y duracion del prestigio de su patria.

Repartió seis mil porciones iguales de tierra entre los espartanos; pero á fin de evitar los efectos de la codicia, prohibió la circulacion de las monedas de oro y plata, y las reemplazó por otras de hierro tan pesadas y despre-

ciables, que para trasladar una cantidad no muy crecida, se necesitaba un carro de dos bueyes.

Recordarán nuestros lectores la idea anteriormente consignada por nosotros de que no pueden presentar nada nuevo los reformadores actuales áun los más adelantados é intransigentes. Todo cuanto nos prediquen ahora de comunismo, socialismo, colectivismo, y demas sandeces por el estilo, son antiguallas que demuestran la candidez ó la ignorancia de sus apóstoles, si ya no ocultan algun interesado fin de medro personal, muy posible, á juzgar por ciertos datos que no mienten.

Vemos en Esparta reparto de tierras, abolicion de la moneda, trabajo reservado á los esclavos, vida comun y en público: un verdadero convento en grande escala, donde se huelga y se come. ¿Qué más se quiere? Y sin embargo, las leyes de Licurgo hicieron nacer en el corazon de los espartanos un espíritu de exclusivismo, que les volvió ambiciosos, injustos y algunas veces crueles, como lo acreditan las guerras de Mesenia. ¿Qué otra cosa revelan—reflexionándolo bien—sino ambicion, injusticia y crueldad los principios predicados por los partidos exagerados que hoy privan entre ciertas capas sociales fanáticas y puestas inconscientemente al servicio de unos cuantos depravados, por más que calcen guante blanco, indignos del aire que respiran y de la vida que gozan, porque envenenan á los incautos que tienen su fe depositada en ellos? Si les moviera el amor al pueblo, procurarían mejorar su suerte, educarle, moralizarle, hacerle moral y materialmente más llevadera la triste condicion que pesa sobre él, y le facilitarían medios para resignarse dentro de su estado, léjos de imbuirle ambiciones que jamas verá satisfechas, sumiéndole por consiguiente en una vida de coraje y desespero eternos, al propio tiempo que de odio contra sus hermanos más favorecidos que él por la fortuna.

Volvamos á Esparta.

Sabiendo Licurgo que el lujo enerva, prohibe la aplicacion de objetos de adorno en las casas y habitaciones y obliga al solo empleo del hacha y la sierra para construir los maderajes, los techos y tejados de las casas. Estas, los muebles, los vestidos y cuanto se necesitaba para el uso doméstico, era

uniforme y sencillo. ¿Se sujetarían á todo esto los neo-reformadores de la sociedad actual y sus reformados? No es aventurado contestar con una negacion rotunda y absoluta.

Y sin embargo, no se crea que en Esparta no se hubiera conocido el lujo y la vida regalada, ántes de la reforma llevada á cabo por Licurgo. En la misma Esparta había habido una grande escuela de escultura ántes de que su genio se hubiese visto comprimido por las extremas consecuencias de su legislacion. Sujeto despues este arte, como la música, á ciertas prescripciones morales, continuó todavía viviendo allí. En los templos de Esparta se encuentran obras de toréutica, ya que no se encuentren dentro de las casas particulares, y no solo esto, sino que se emplean materias preciosas como oro y marfil, bronce y mármol y otros productos análogos. De manera que en aquel pueblo tan austero, miéntras los hombres cercenaban hasta lo necesario para la vida, conservan sus dioses todo su esplendor y riqueza. Recomendamos este contraste á la meditacion de todos nuestros lectores, pero muy especialmente á los neo-reformadores de las sociedades actuales.

Todos los ciudadanos, incluso el Rey, debían asistir á las comidas públicas para tomar el alimento frugal que para todos destinaba la ley, en medio de la alegría comun: los manjares de los espartanos estaban sazonados por la fatiga de la carrera, por el hambre y la sed. En estas comidas eran admitidos los niños para aprender en ellas la práctica de la sobriedad y del talento, pues nadie se hubiera atrevido á excederse de los límites de su apetito, y la conversacion versaba solo sobre objetos útiles: algunas veces era amenizada por las chanzas picantes pero honestas, que tanto contribuyen á corregir los defectos. Á menudo eran interrogados los niños acerca de los negocios más importantes, y sus contestaciones debían ser prontas, lacónicas y juiciosas: de este modo contraían el hábito de expresarse en lenguaje conciso y vigoroso, pero expresivo y lleno de nobleza. «Pocas leyes bastan para los que hablan poco», fué la contestacion que dió un lacedemonio al preguntarle por qué Licurgo había dictado tan pocas leyes. Contestacion tan llena de verdad como profunda; porque donde hay muchas palabras no puede haber mucha verdad, y donde faltare ésta todo es posible, ménos la paz

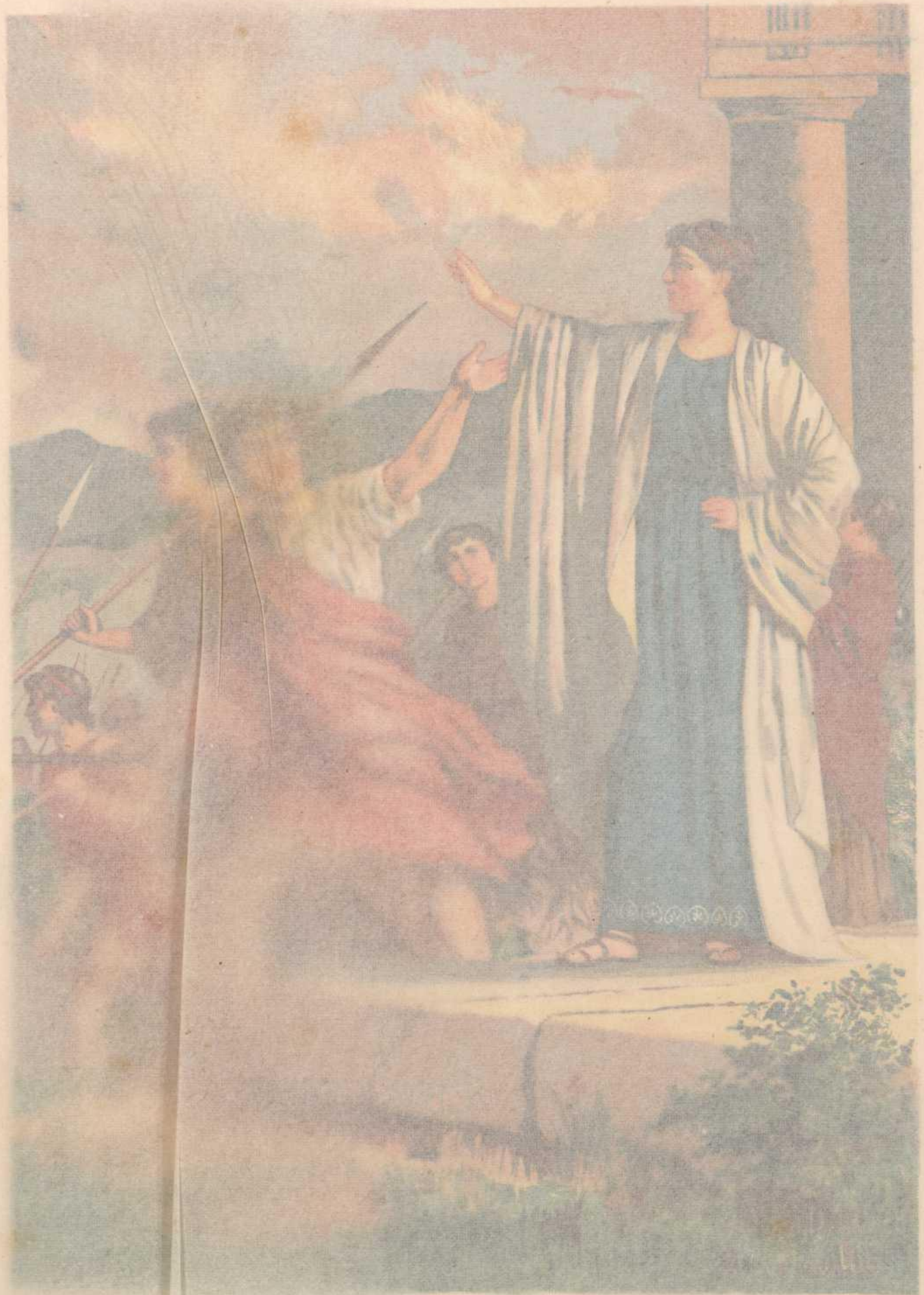
y concordia que debe haber entre los que hablan y los que escuchan.

Consecuente Licurgo con la supremacía concedida al Estado que lo era todo, los niños eran mirados, con arreglo á su legislacion, desde su nacimiento, como propiedad del Estado. Desde la más tierna infancia se procuraba que creciesen robustos y valientes. Jamas se les envolvía con mantillas, y las nodrizas los acostumbraban á la oscuridad para hacerles perder el miedo, á no quejarse sino por necesidad, á andar descalzos, á dormir sobre lechos duros, á llevar el mismo vestido en todas las estaciones del año, en una palabra, á hacerse sufridos al frío, al calor, á la fatiga y á las penalidades.

Llegados los niños espartanos á la edad de siete años, los maestros públicos les ejercitaban al trabajo, á ser pacientes, á obedecer con prontitud: los que se distinguían mandaban á los demas, y esta clase de educacion duraba hasta los veinte años. Algunas veces se obligaba á los niños á robar su comida, á fin de que se acostumbraran á la astucia tan necesaria en el sistema de guerra de aquellos tiempos, y á ser vigilantes y arriesgados. Cuando los sorprendían en el acto, era severamente castigada su poca maña, y el temor de ser descubiertos y de la vergüenza que de ello resultaba, les hacía alguna vez preferir la muerte, como sucedió con un muchacho, que habiendo hurtado una raposilla, la ocultó debajo de sus vestidos, sufriendo, sin exhalar un solo grito, que el animal le royera el vientre, hasta que cayó exánime.

Esta costumbre, autorizada por la ley, no era mirada como robo.

Malparada queda aquí la moral natural que está muy por cima de las legislaciones humanas; porque es un principio de la ley natural no hacer á otro lo que no se quiera para sí propio, sin que aquí quepa dispensa de ningun género, por no ser de atribuciones humanas. El robo ó el hurto son acciones criminales desde cualquier punto de vista que se las considere, y siéndolo, como lo son, las coge de lleno el principio de que «el fin no justifica los medios.» Esto justifica una vez más la doctrina admitida por todos los sabios de todas las escuelas cristianas de que es insuficiente la sola razon natural para librar al hombre de incurrir en errores, propensa como está la



...NDO SU HIJO PARA LA GUERRA.

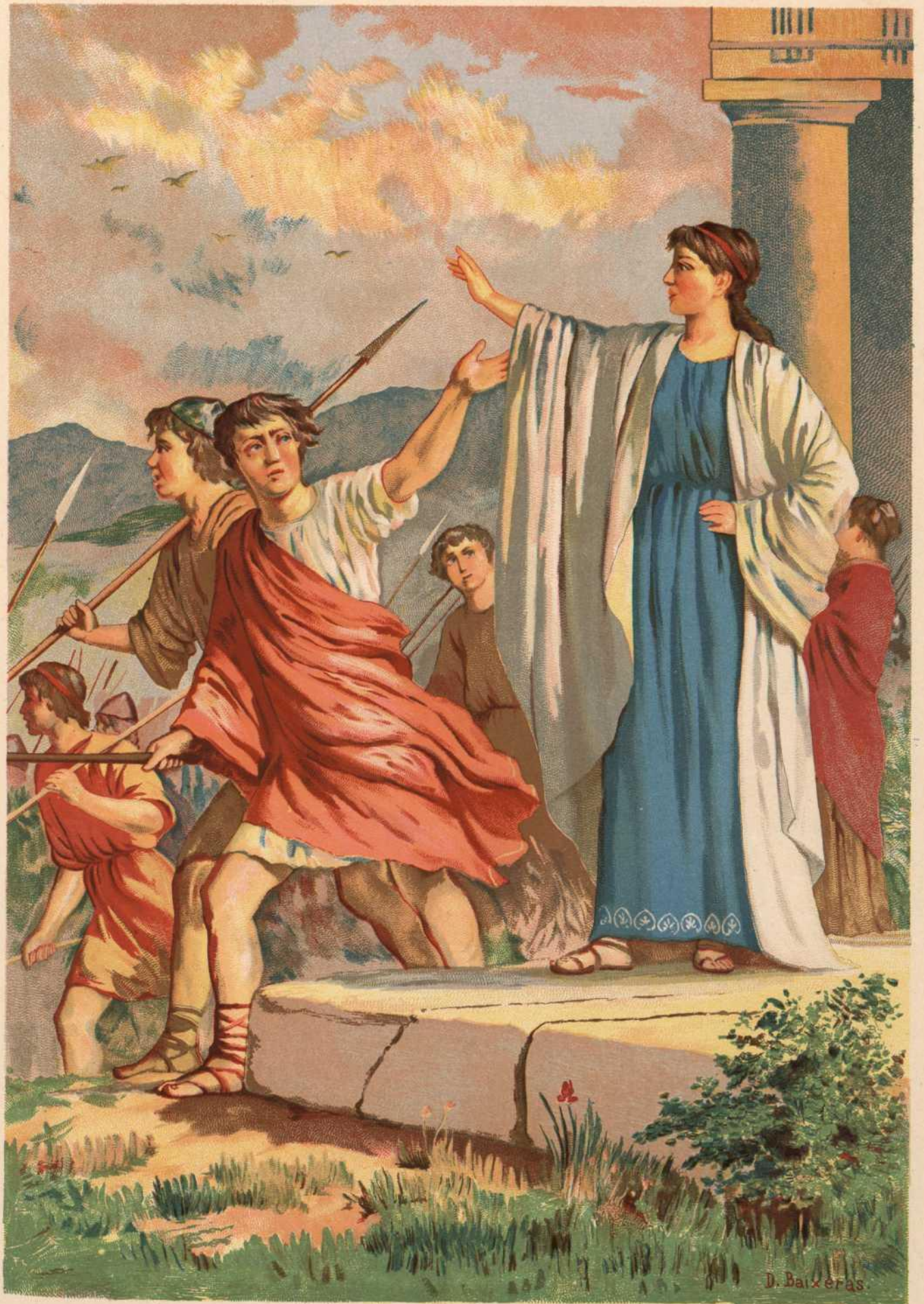
y concordia que debe haber entre los que hablan y los que escuchan.

Consecuente Licurgo con la importancia concedida al Estado que lo era todo, los niños eran mirados, con arreglo á su legislacion, desde su nacimiento, como propiedad del Estado. Desde la mas tierna infancia se procuraba que creciesen robustos y valientes. Jamas se les envolvia con mantillas, y las nodrizas los acostumbraban á la oscuridad para hacerles perder el miedo, y no quejarse sino por necesidad, á andar descalzos, á dormir sobre tablas duras, á llevar el mismo vestido en todas las estaciones del año, en una palabra, á hacerse sufridos al frio, al calor, á la fatiga y á las penalidades.

Llegados los niños espartanos á la edad de siete años, los maestros públicos los ejercitaban al trabajo, á ser pacientes, á obedecer con prontitud: los que se distinguian eran queridos á los demas, y esta clase de educacion duraba hasta los veinte años. Algunas veces se obligaba á los niños á robar un cordero, á fin de que se acostumbraran á la astucia tan necesaria en el ejercicio de ciertos de aquellos tiempos, y á ser vigilantes y arriesgados. Cuando los sorprendian en el acto, era severamente castigada su poca maña, y el temor de ser descubiertos y de la vergüenza que de ello resultaba, les hacía alguna vez preferir la muerte, como sucedió con un muchacho, que habiendo hurtado una zorrilla la ocultó debajo de sus vestidos, sufriendo, sin exhalar un solo grito, que el animal le royera el vientre, hasta que cayó exánime.

Esta costumbre, sobre todo, no era mirada como roin.

Malparada queda aquí la moral cristiana que está sobre toda por cima de las legislaciones humanas, porque en el principio de la ley natural no hacer á otro lo que no se quiere para uno mismo, no hay que aquí quepa dispensa de ningun género, por no ser de las leyes puramente humanas. El robo y el hurto son acciones criminales desde cualquier punto de vista que se las considere, y siéndolo, como lo son, las reglas de todo principio de que «el fin no justifica los medios.» Esto justifica aquella sana doctrina admitida por todos los sabios de todas las escuelas filosóficas de que es insuficiente la sola razon natural para librar al hombre de todos los errores, propensa como está la



Mir. Tarradas, Comas y Cª Editores.

ESPARTANA DESPIDIENDO SU HIJO PARA LA GUERRA.

naturaleza humana á caer siempre del lado del mal. El estudio de la civilizacion nos ha demostrado ya la insuficiencia de las luces naturales para llevarla por buen camino sin tropiezos: podrán los pueblos presentársenos cultos, adelantados; pero, apénas los sujetaremos á la piedra de toque de la sana moral, se nos pondrán de manifiesto las aleaciones que alteran el valor aparente, descubriremos el oropel donde creíamos encontrar oro de ley.

Repetimos otra vez que Esparta era un convento guerrero. Desde la edad de veinte á sesenta años repartían los espartanos el tiempo de paz entre los banquetes públicos, la caza, los ejercicios gimnásticos, las conversaciones en las salas comunes y las muchas fiestas religiosas; y si el enemigo entraba en el territorio Lacónio, servían á su patria con las armas en la mano hasta la edad de sesenta años.

Todo tendía en Esparta á un objeto bélico: la primera ley de la guerra era la de no huir jamas por grande que fuese el número de los enemigos, conservarse en su puesto, y vencer ó perecer en la demanda. Esta ley era observada con tanto rigor, que una madre, cuya memoria ha quedado como el tipo de las madres espartanas, decía á su hijo al ir al combate la tan sabida frase por la celebridad que ha adquirido: *Vuelve con tu escudo ó sobre él*, aludiendo en esto último á la costumbre de llevar los muertos en la batalla sobre sus escudos. Si debiéramos continuar recordando frases célebres de madres espartanas citaríamos una de otra madre que al saber la muerte gloriosa de uno de sus hijos en lo más recio de la pelea, dijo fríamente: *Sólo para esto lo puse en el mundo.*

El ánimo se subleva al leer estas expansiones, porque ni son naturales, ni expresion de virtud: repugnan á la natureza humana, y todo lo que á esta se opone ni es exacto, ni virtuoso, ni bello. Entre la resignacion de Job, entre los sublimes acentos arrancados por el dolor á su alma atribulada, áun entre las maldiciones salidas de aquellos labios amoratados y secos por el exceso de la enfermedad y contratiempos; entre el magnánimo valor de la madre de los Macabeos, presenciando impávida la muerte de sus hijos y áun alentándolos para que la sufran sin vacilaciones y animosamente, y las frías

pero soberbias contestaciones de las madres espartanas, hay la diferencia que vemos nosotros entre el ángel del bien y del mal, entre la luz del sol y una luz artificial, entre un paisaje poético natural y una copia sacada del mismo por un pintor sin cualidades artísticas, ni sentimientos de la naturaleza. Job y la Macabea no resisten, no violentan á la naturaleza, pero la sujetan sumisos á su Criador: al que da y quita las cosas, y que las da sin deberlas y las quita sin usurpar ningun derecho. Las madres espartanas, sin dolor ninguno, están fuera de la ley de la naturaleza, y por salirse de esta, se hacen esclavas de los mandatos de un legislador civil que nada puede dentro de los sentimientos naturales: Job y la Macabea ofrecen la amargura que rebosa de sus corazones al dueño de la naturaleza, al único que puede dictarle leyes, y si puede exigir un sacrificio tremendo á una madre, no le exige que falte á las leyes naturales, no le exige que no sienta. Esta es la verdad.

La educacion de las mujeres en Esparta era guerrera como la de los hombres: como ellos se ejercitaban en las luchas del gimnasio, y, esto sin embargo, tenían generalmente fama de castas y recatadas, circunstancia que puede muy bien explicarse ya por la vida de fatiga que llevaban todas, poco á propósito para galanteos, ya por la falta completa de todo lujo, causa primera y principal de que caigan las mujeres en actos pecaminosos contra la honestidad y la fe conyugal.

Honrar la vejez, decían los espartanos, es honrar á los dioses. Así es que el respeto para con los ancianos era extremado en Esparta, y jamas se imaginaba haber cumplido bastante bien con aquellos que habían dedicado su vida á las acciones grandes y útiles. Era deber de los jóvenes espartanos saludar á los viejos, cederles el paso en las calles, levantarse ante ellos en las reuniones y escuchar con docilidad sus avisos y reconvenciones. Como demostracion de este respeto, componíase el Senado de Esparta de veintiocho ancianos elegidos por el pueblo. De la misma manera y en prueba del prestigio en que se tenía la ancianidad, cuando los jóvenes entraban en las salas que servían de comedor, el más anciano que había en ellas, á fin de acostumbrarles á guardar secreto, les decía señalando la mesa y luégo la puerta; «Nada de cuanto aquí se dice debe salir por allí.»

Sabemos ya que Licurgo prohibió á los espartanos no sólamente el comercio y el cultivo de las tierras, sino tambien los pleitos, las artes de lujo, las ciencias y la erudicion. Esto no obstante, los espartanos cultivaban la poesía, pero era expresiva y sencilla como ellos mismos.

Los espartanos tenían tambien su culto para sus dioses; pero, ménos supersticiosos que los demas griegos, tenían un culto más conforme con sus usos y costumbres. Todas las estátuas de sus divinidades, sin exceptuar la de Vénus, estaban cubiertas con armaduras, para que inspirasen valor militar.

Un pueblo tan exento de todo lujo así público como privado, debía demostrarlo tambien hasta en las honras fúnebres tributadas á los muertos. En efecto, la pompa estaba proscrita hasta de la última mansion. Los cadáveres eran encerrados en las tumbas, sin que el llanto de los deudos regara sus losas, y sólo se permitían once días de luto. Diríase que Licurgo se propuso ahogar enteramente todos los sentimientos de la naturaleza para los vivos y muertos, y á poco que se considere, habrá de convenirse en que esto debía con el tiempo producir efectos contrarios á los propuestos. El amor á la patria es fuerte é irresistible, es de los amores más violentos que puede sentir el hombre; pero lo es porque el aire de la patria es el aire que respiraron nuestros padres; porque el tañido de las campanas que recordamos léjos del patrio suelo, es el mismo tañido que nuestros padres nos enseñaron á conocer; porque los árboles, los caminos, los arroyos, las fuentes que fueron testigos de nuestros primeros días, nos traen á la memoria los cuentos narrados allí por nuestros padres ó algun grato recuerdo indeleble para nosotros, porque forma su asunto principal la presencia allí de nuestros padres. ¿Qué le dice á un expósito sin padres el lugar donde quizas sabe que vió la luz primera? ¡Ay! no recuerda la voz de los padres que murmuraron aquellos ecos, no le dice su memoria la tierna plegaria que una madre enseña al amor de sus entrañas cuando balbucea aún: reina para él en todas partes una fría soledad, silenciosa, como el silencio de la muerte, fría como el hielo de un cadáver; no recuerda el sitio donde recibió los besos maternales, besos desconocidos para

él; y es para él la patria una soledad yerta, una palabra sin sentido, incomprensible, un eco lejano, imperceptible, perdido en la inmensidad de un desierto. Sin amor paterno es incomprensible el amor á la patria. Licurgo se equivocó, pues, contrariando tanto á la naturaleza en su legislacion; queriendo formar guerreros, produjo monstruos, y los monstruos ni viven ni producen. Su república no pudo ser duradera, como no podrá serlo nunca ninguna si no se sujeta á las reglas inspiradas por la naturaleza, á la moral, que deben presidir en las sociedades formadas por hombres y no por monstruos. ¿No es una monstruosidad negar una lágrima vertida sobre la losa que oculta las cenizas de nuestros padres?

Quizas tenía Licurgo graves presentimientos acerca de lo efímero de su legislacion, ó sospechaba tal vez que era demasiado reacia para naturalezas humanas por bien templadas que fueran; pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que para evitar en lo posible que fuese violada su legislacion, quiso apoyarla en lo sagrado del juramento. Reunió el pueblo, y pretextando que iba á emprender un viaje, le hizo jurar que observaría religiosamente las nuevas leyes hasta que él hubiere regresado.

Obtenida la promesa, pasó á Délfos para consultar al oráculo lo que había hecho, y saber al mismo tiempo la suerte que estaba reservada á su patria. Respondióle la sacerdotisa: «que nada faltaba á sus leyes, y que, observándolas, llegaría Esparta á ser el pueblo más ilustre del mundo.» Entónces Licurgo dejó que el hambre acabase con su existencia en el mismo Délfos, y de este modo los espartanos quedaron ligados para siempre al juramento que habían prestado.

Otra vez pueden observar aquí nuestros lectores la íntima alianza de la religion con la administracion político-civil del Estado en Esparta; otra vez vemos al rígido legislador pidiendo á la religion su firme apoyo para el sosten de su obra, y una vez más observamos la civilizacion en brazos de los sentimientos religiosos para conseguir su prosperidad afianzándose en el sagrado del juramento. ¡Los espartanos sujetos al juramento! ¿Qué dirán á esto los flamantes políticos de nuestros días que en su afan por entender de todo, miserables pigmeos cuya ciencia no pasa de saber desgarrar las entra-

ñas de su madre patria, quieren legislar sobre religion, como si su mandato político se extendiera á lo espiritual?

Ni sabríamos nosotros tratar esta materia como quisiéramos, ni se tendría quizas por imparcial nuestro voto, por más que procuramos siempre decir lealmente la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad; pero no se nos recusará una página de un autor nada sospechoso, conocido ya de nuestros lectores, que nos tomamos la libertad de traducir, porque nos parece de alguna oportunidad en este sitio, por lo tocante al juramento y á las ideas religiosas tan combatidas actualmente por ciertas escuelas, á pesar de haberlas profesado un pueblo tan libre y tan socialista como Esparta.

«Esos virtuosos incrédulos se burlan de la metafísica como una locura; tratan de supersticion la fe del creyente en un sér infinito, criador y gobernador del mundo; pero, ¿no son mil veces más metafísicos y más supersticiosos aún los que creen en abstracciones, que adoran nociones y hacen presidir con vanas fórmulas el gobierno de su vida? Si el espiritualista, ordenando su conducta segun la esperanza de agradar ó el temor de disgustar á un sér infinito que puede castigarle ó recompensarle, comete un acto absurdo, cuánto más insensatos no son los que se abniegan, se sacrifican, sufren, viven y mueren..... ¿por qué? para seres que no son, para cosas que no existen, insensibles, ciegos, inertes, que nada pueden ni sobre ellos, ni en pró ni en contra de ellos, y que establecen no obstante sobre una especie de trono fuera del mundo y encima del mundo, como reguladores inmutables y supremos del destino de las sociedades humanas. ¿Á qué hablan ellos del loco amor de los creyentes para lo maravilloso y sobrenatural? Ellos son los verdaderos creyentes en lo maravilloso; ellos son los verdaderos amantes de lo sobrenatural; porque tienen un credo mil veces más místico que el nuestro. Despues de todo, ¿qué diferencia les separa de todos los que nos proclamamos espiritualistas? Nosotros reconocemos un sér supremo como el conjunto de todas las ideas de justicia y bondad, y ellos no reconocen el sér, pero adoran todas las perfecciones de que se compone. Los atributos de Dios son sagrados para ellos, como para nosotros; no niegan más que á Dios mismo; en otros términos, niegan á Dios, pero honran lo divi-

no, es decir, algo que es superior al hombre y fuera del hombre. ¿Qué es esto? Un grado más ó ménos en la misma creencia, un paso más ó ménos en el mismo camino; la simple distancia de lo concreto á lo abstracto. ¿Qué importa que no obedezcan á la misma voz si obedecen á las mismas leyes? ¿Qué importa que den otro nombre á los principios de su vida, si tienen los mismos principios? No está la discordancia entre ellos y el espiritualismo, sino que hay un abismo entre el materialismo verdadero y ellos. En esto no hay acuerdo posible; ni alianza que no sea una mentira. El católico ó el protestante que cree en Jesucristo, el deista que cree en Dios, el libre pensador que cree en los principios eternos, son habitantes de la misma casa; viven en pisos diferentes; sus miradas abarcan zonas diferentes del horizonte, pero la habitacion es la misma, y hay en dicha morada una escalera secreta que, semejante á la escala de Jacob, une entre sí los tres pisos, dirigiéndolos todos tres hacia el cielo. Pero en cuanto al materialista verdadero, al materialista absoluto, es un hombre de otro país, de otra raza; tiene otro sol, y el suelo de su lejana y fría patria no conoce los frutos naturales de la tierra de los creyentes. Precisa reducir las palabras á su verdadero sentido. Quien dice materialismo, dice necesariamente negacion de todo lo que no es materia; por consiguiente negacion de todo lo que es mera idea, por consiguiente negacion de todo principio abstracto, y de toda ley moral, por consiguiente negacion de toda libertad. Que la pequeña parte de materia gris que tengo en el cráneo y que se llama mi cerebro, produzca en mí ideas y sentimientos que sean los móviles inmateriales de mis actos míos, de mis hechos míos, cuéstame trabajo comprenderlo!..... pero que este mismo cerebro pueda producir ideas generales, á saber, ideas destinadas á servir de reglas á los demas hombres, imponiendo deberes absolutos á los demas hombres, hé aquí lo que no comprenderé jamás; hé aquí lo que rebela todo lo que tengo de razon! Un poco de médula espinal prolongada, no podría secretar principios. El día en que Montesquieu dijo: «Toda república debe tener por fundamento la virtud;» desterró el materialismo de la república. *Es necesario que las naciones modernas sean creyentes para ser libres;* porque la libertad no es la libertad si no es la más profunda de las creencias y

la más pura de las religiones, la creencia en el derecho y la religion del deber.

» Por lo demas, hay una manera decisiva de juzgar del valor de una doctrina, y es suponerla triunfante. Pues bien; supóngase que repentinamente, en un segundo, pasa á ser el materialismo la herencia, no de algunas inteligencias más ó ménos refinadas, sino la opinion de todos los hombres. Supóngase que la fe desaparece del mundo entero, en un instante, como una antorcha se apaga con un soplo. Qué oscuridad! qué frio! qué aridez! No se extinguen sólamente las lámparas del santuario, sino que muere todo lo que brilla ó arde en el alma humana. Hasta desaparece tambien la misma palabra de alma humana! Ya no más imaginacion, ni poesía, ni oracion, ni ley moral! No más miradas levantadas al cielo! ¿En qué esperará el oprimido? ¿Á quién se dirigirá el desgraciado? ¿Hacia quién se dirigirá el justo? ¿Por quién jurará el inocente? La historia de América nos ofrece sobre el particular un hecho sorprendente. Un americano se presenta como testigo ante el tribunal. El presidente le defiere el juramento ordinario: «Jurais ante Dios decir toda la verdad?—No puedo jurar ante Dios, responde, porque no creo en Dios!...—Por qué pues juráis?.... respondió el presidente, por vos mismo?.... Retiráos! La justicia no puede aceptar vuestro testimonio, porque ¿quién atestigua por vos? Nadie tiene derecho á ser creído por los demas hombres si no tiene un fiador que sea superior al hombre!» Conmovido por esta profunda palabra, convencido de que hoy más que nunca una fuerte disciplina religiosa (católica ó protestante, poco importa) es el fundamento de toda educacion sólida, he yo educado á mi hijo en el catolicismo (1). »

No abundamos absolutamente en todas las ideas emitidas por Legouvé en los párrafos transcritos, pero da una buena y merecida leccion á los republicanos de nuevo cuño, que hacen correlativas las dos ideas: República y negacion de toda religion.

No son los monárquicos los peores enemigos de la República, no; más

(1) ERNEST LEGOUVÉ. — *Les Pères et les Enfants au XIXe siècle.* Tom. II, pág. 84—89.

daño le causan á la forma republicana los que injustamente se titulan tales, que todos los monárquicos juntos de todo el globo. Si la república hubiese estado representada y sostenida por hombres educados en las verdaderas ideas de Esparta, eliminados los principios que la civilizacion rechaza; si no se hubiesen cifrado los distintivos de la República en cantar la Marsellesa, cubrir la cabeza con el mal llamado gorro frigio, perseguir la Religion y alardear necia y epilépticamente contra Dios; si no se la hubiese prostituído representándola—á pesar de llamarla vírgen—por medio de una jóven deshonesta y más que deshonesta impúdica, otro fuera actualmente el porvenir de los pueblos que han recientemente probado—con mal éxito por cierto—un ensayo republicano. Digamos, empero, en obsequio de la verdad, que ni la forma fué republicana, en ningun país de los modernos, ni existen aún republicanos en el suelo europeo. Con perdon sea dicho de los que aspiran á pasar por tales.

Nosotros no podemos, no sabemos comprender por qué los que se titulan modernamente republicanos—sea cualquiera la gradacion del matiz que se atribuyan—han de ser tan refractarios como son á toda idea religiosa, de manera que hagan incompatible el ser republicano y religioso. Tal habrá que sería quizas un perfecto republicano y no puede ni declararse tal, por vedárselo sus sentimientos religiosos que no quiere renunciar. Las repúblicas antiguas, las italianas de la edad media y otras más modernas, que no queremos citar, han sabido armonizar sus ideas republicanas con las religiosas, y han sido verdaderas repúblicas, á pesar de tener templos con culto, y conventos de frailes ostentando públicamente sus hábitos religiosos sin causar miedo á nadie, ni hacerles blanco de las iras de los necios y de la gritería de los pilluelos, amen todo esto de otras manifestaciones religiosas hechas con toda publicidad y ostentacion.

Una anomalía debemos hacer constar aquí, sin embargo, y es que todos los hombres de más talento, si es que ahora hay talentos, de las escuelas libre-pensadoras ó deistas, opinan como nosotros que no somos libre pensadores ni deistas, y son contrarios tambien á los procedimientos de los sedicentes amantes de la república.

Nuestros lectores conocen ya lo dicho por E. Legouvé, á cuya autoridad podríamos añadir la de Vacherot, de la misma escuela, que digamos, pero que discurre juiciosamente, y no se deja arrastrar por la lógica de la pasion que siempre conduce al absurdo. «Cuando encuentro en mi camino, dice en una carta reciente, que no sabemos leer sin conmovernos hondamente, uno de esos creyentes que nos dan el ejemplo de una vida santa, bajo la cabeza, porque me reconozco débil y pequeño ante esa fuerza y esa grandeza que admiro, sin preguntarme si la fe que la inspira corresponde exactamente á mi filosofía. ¿No era este tambien el modo de pensar de los maestros de Pablo Bert, de Claudio Bernard y de Littré?»

Dios le tendrá en cuenta á Vacherot esa noble y franca confesion que tanto le honra; pero, entre tanto sepa que si él baja la cabeza cuando encuentra en su camino un *creyente católico que le da el ejemplo de una vida santa*, nosotros conocemos *filósofos* que la bajan tambien, pero para coger piedras con que tirar al blanco que les presenta aquel creyente en medio de ciudades—decimos mal—en una ciudad que se precia de culta, y blasona de muy adelantada en ideas republicanas de todos matices y gustos, desde la de frac y corbata blanca hasta la de blusa hecha girones. Nosotros sabemos de un catalan, condiscípulo nuestro, que ha dado la vuelta al mundo más de una vez, recorriendo todas las partes del globo conocidas desde las más populosas ciudades de Europa, Asia, África, América y Oceanía, y en todas partes ha viajado respetado y tranquilo, vistiendo el humilde hábito franciscano, ante el cual se han inclinado salvajes de la Oceanía, republicanos de las dos Américas, árabes y turcos y musulmanes de Asia y África y protestantes y librepensadores de Europa, y al pisar su país natal, cuando el aire llevó á sus oídos el querido idioma que oyó de los labios de su madre al mecerle en la cuna, al ver y saludar con los ojos henchidos de alegres lágrimas las cimas de las montañas que sus ojos vieron por vez primera al abrirlos á la luz, al contemplar el mismo cielo que durante su juventud había sido objeto de sus reflexivas meditaciones, se vió ¡ay! acosado como un sér extraño, como una fiera dañina, como un criminal anatematizado, por..... íbamos á decir personas... por una manada de lobos que aullaban palabras

que si parecían de su mismo idioma, no se las encuentra en los diccionarios catalanes, persiguiéndole, acorralándole, apedreándole por el delito de haber el infeliz creído que sus paisanos eran tan civilizados como los turcos y marroquíes, últimas gentes que acababa de visitar..... Confesemos que Legouvé y Vacherot no pueden ponerse á la altura de la filosofía de nuestros cultos apedreadores de franciscanos, y que deben buscar sus partidarios entre los salvajes de la Oceanía y los marroquíes de África que no saben apedrear y berrear.

No queremos descender á más reflexiones que pondrían de relieve la actual civilizacion, que tanto se cacarea ahora, comparada con la de otros pueblos que pasan por formar en el último grado de la escala social, ya por no ser de la índole de nuestro trabajo, ya porque ocasiones tendremos más adelante de tratar lo que ahora no fuera aquí del todo oportuno.

Demos de mano la digresion, pasemos por alto las guerras de Mesenia declaradas por los espartanos por fútiles motivos, y en las que anduvo muy por los suelos la civilizacion por las crueldades é injusticias cometidas por los austeros hijos de Esparta, envidiosos de la fertilidad de Mesenia, situada al lado del ingrato suelo de los laconios que excitó su codicia, y reservándonos la mirada general que daremos á la civilizacion griega cuando conoceremos particularmente todos sus Estados componentes, veamos ahora lo respectivo á Atenas y legislacion de Solon, como lo hemos hecho de Esparta, hasta la revolucion de Jonia.

* * *

Atenas y Esparta recuerdan dos ideas antitéticas. Atenas, asiento del saber; Esparta, foco de la fuerza material. El primitivo nombre de Atenas fué el de Cecropia, como recordará el lector, tomado de Cecrops, su primer rey. Fué en su orígen una pobre aldea, y no tuvo el nombre de Atenas hasta que el tercero de sus reyes la hubo consagrado á Minerva, que en griego se llama *Atena*. Doce distritos compuestos de setenta y cuatro familias cada uno, te-

nían su correspondiente magistrado, y reuniéndose para sus negocios comunes, resolvían en junta general sus diferencias.

Casi todo lo relativo á Grecia se compendía en Atenas; porque todo lo comun á los demas Estados griegos se encuentra como propio en Atenas. No faltan influencias de raza, es cierto, pero por más que se quiera conceder á estas, son innegables las diferencias que se observan en la antigua Grecia entre los principales pobladores de la misma, á saber, los jonios y los dorios, que, por lo dicho hasta ahora, deberemos concretar á Esparta y Atenas. Esta fué el reflejo de la Jonia, aquella lo fué de la Dóride. La prueba de esto la tenemos en la legislacion de Licurgo, verdadera restauracion de las instituciones dorias; como la tendremos tambien más adelante en lo que iremos viendo de Atenas.

Las revoluciones sociales, sobre todo las invasiones, se parecen á las revoluciones geológicas en cuanto desaparecen unas sociedades sustituídas por otras que se sobreponen.

Los eolios invadieron el Ática, despojando á sus habitantes de sus campos á unos, y de su patria á los restantes: los primeros se refugiaron en las montañas bajo el nombre de Hiperacrios, y en las costas bajo el de Paralios; y los segundos emigraron al Asia menor. Los conquistadores se quedaron en las llanuras, y tomaron el nombre de Pedienos por su posicion y el de Eupátridas por su superioridad. Estos se apoderaron de todos los cargos y se apropiaron todos los derechos, excluyendo de ellos á los montañeses y á los ribereños.

La forma de su gobierno no era más que una oligarquía sediciosa, que acabó por establecer varias especies de arcontes y dos clases más de habitantes: los mercenarios y los esclavos.

El descontento debía ser consecuencia inmediata de la triste condicion de las clases desheredadas, y debía necesariamente producir disturbios que de día en día debían ir en aumento como las olas del mar cuando las azota un viento cuyo ímpetu crece por momentos.

Cuando las sociedades atraviesan uno de esos periodos críticos pero decisivos en la vida de los pueblos, siéntese la necesidad imperiosa de un ge-

nio superior que encauce ó dirija los sentimientos populares, y de ahí la necesidad de un legislador ó en caso contrario de un dictador. En Esparta hemos visto un legislador profundo, hábil, político y consumado moralista que supo tocar oportunamente las fibras necesarias del corazon de sus compatriotas, sin herir sus sentimientos religiosos, respetando lo que comprendió que era digno de ser respetado, y aprovechando todas las buenas disposiciones para ir venciendo todos los obstáculos inherentes á toda reforma, por más que sea esta reclamada por la misma fuerza de las circunstancias. Licurgo tuvo el gran talento de implantar en su patria una legislacion única, especial, severísima, no sólo sin derramar una sola gota de sangre de sus conciudadanos, sino que supo con su hábil conducta captarse el aprecio de sus mismos contradictores declarados en abierta oposicion contra sus innovaciones.

Faltóle este talento práctico—más difícil de obtener que el especulativo—al primer legislador señalado por los eupátridas para atajar los progresos que hacía la revolucion en su nuevo país.

Dracon era de carácter demasiado severo. Para todos los delitos, sin excepcion, impuso la pena capital; y estas leyes, que por excesivamente rigorosas se ha dicho que estaban escritas con sangre, sufrieron la suerte de todas las cosas violentas, cayendo por sí mismas, porque se establecieron en oposicion al carácter de los que debían observarlas. La anarquía volvió á levantar su cabeza: todas las anarquías producen siempre y en todos los países la guerra civil, inevitable en semejantes casos, porque ninguno de los contendientes está acorde en sus pretensiones. El Estado anárquico no es un pueblo unido, compacto, no es una nacionalidad subyugada que clama por su independencia, ó por la conservacion de sus venerandas tradiciones: el Estado anárquico no representa una aspiracion única, una uniformidad de intereses, que todo lo puede y alcanza, si se mueve á su impulso; no es un todo armónico, es una disgregacion de fuerzas, una discrepancia de notas, un estado caótico que necesita un rayo de luz que lo ilumine y una fuerza dominante que la sujete.

La guerra civil no se hubiera evitado en el suelo ático, á no haber apa-

recido el arconte Solon que redactó un código de leyes, capaces de cicatrizar las gangrenadas llagas del Estado.

Solon reunió cualidades que debían ser el lazo de union de las fracciones descontentas de su patria. Las pasiones humanas tienden siempre á retardar los progresos de la civilizacion; pero afortunadamente fué Solon el arco íris aparecido en el nebuloso cielo de su patria amenazada de destruccion.

Los ciudadanos poderosos admitieron satisfechos á Solon porque era tambien rico, y los pobres quedaron contentos, porque era hombre de bien. Tan cierto es que la virtud es siempre respetada y que se impone áun á sus contrarios.

Solon se había dedicado al estudio, y, aprovechando en él, había llegado á ser la lumbrera de su siglo. Á sus costumbres suaves reunía un vehemente celo por el bien público, y, lo que es aún más admirable, un desinterés tan grande, que le hizo rehusar la corona cuando se la ofrecieron.

La historia, buena maestra de la humanidad, nos enseña siempre, desde los comienzos de las sociedades, que fueron los mejores ciudadanos, los verdaderos padres de su patria, aquellos hombres que, brindados por sus iguales para ceñir sus sienes con corona y empuñar el cetro, se negaron resueltamente á cargar con tamaña responsabilidad. El desinterés, desprendimiento y olvido de sí mismo para hacer bien, es la primera cualidad que les falta á los aspirantes á tronos y á magistraturas de todo género. Los hombres que han hecho renuncia de coronas ofrecidas dan pruebas de poseer una hermosa alma, tienen por móvil el amor á la humanidad, el amor de la patria, y si obligados por la fuerza de las cosas se encuentran en el caso de probarlo, acredítanlo con el buen ejemplo que dan á sus conciudadanos y por la sabiduría que respiran todas sus leyes, reflejo de sus desinteresados sentimientos.

Dotado Solon de la primera cualidad que debe reunir un legislador, dictó leyes desde luégo para contener el odio de los partidos, á cuyo objeto dispuso que las propiedades quedaran en poder de los que las poseían. En una sociedad ya constituida y regularizada sería esto una inmoralidad comprendida dentro de la frase: admision de los hechos consumados, inventada

por los políticos de estos últimos tiempos, conculcando todos los sagrados principios de la moral; pero en aquellas sociedades antiquísimas y rudimentarias no creemos que debiera imputarse á inmoralidad el acto político de Solon, admitiendo el *statu quo* en que él encontró la sociedad que debía reformar. Por último, el título de legislador y reformador conferido por todo el pueblo unánime, le facultaba para llegar á lo que no deben ni pueden permitirse los que no tienen mandato alguno, ni atribuciones legislativas para tanto.

Siguiendo el camino de reformas sociales, dió Solon respiro á los deudores aboliendo las deudas, y para afianzar la libertad individual, declaró que nadie podría ser preso sin previo juicio, excepto en los casos de traicion ó conspiracion contra el Estado.

Suponemos que el lector va ya comprendiendo que en estos puntos se queda muy atras la civilizacion actual de muchos pueblos de la antiquísima de Atenas, y que nuestros arrogantes legisladores darían pruebas de no poca cordura, si al redactar contínuamente nuestros Códigos, múltiples ya como las modas del vestir, se inspiraran más en las antiguas legislaciones de los pueblos primitivos más ajustadas á la recta razon y más libres de las influencias de los diversos partidos políticos que dejan ahora huellas manifiestas, indelebles, de sus respectivas pasiones, en lo que debiera estar exento de ellas y permanecer en una altura inaccesible á los cambios y vicisitudes de los defectos humanos.

Solon no obró tan radicalmente como Licurgo en su reforma social, sino que procuró contentar las diferentes opiniones por medio de un gobierno mixto.

Antes de la reforma, estaban los habitantes de Atenas divididos en cuatro tribus, pero Solon los distribuyó en cuatro clases, segun las rentas de cada uno. Las tres primeras podían aspirar á la magistratura de alguna importancia, y la última, compuesta sólo de pobres, no podía ingresar más que en los tribunales inferiores. Admitiendo Solon la ley de las compensaciones, y ajustando á ella su conducta, indemnizó á los pobres concediéndoles el derecho de votar en las reuniones públicas, en las cuales se decidía acerca de los

grandes intereses del Estado, como la paz, la guerra, las alianzas, las contribuciones y la eleccion de magistrados.

Esta disposicion dió márgen al filósofo Anacarsis para criticar á Solon, diciendo: que había dado á los sabios el poder de deliberar, y á los locos el de resolver.

Aunque no en estos términos, tambien hubiéramos criticado nosotros á Solon esta medida, si no hubiésemos creido que el legislador trató indirectamente de coartar ese derecho con los procedimientos prácticos que adoptó, para regularizar el uso que todos los atenienses debían hacer de sus derechos políticos.

Efectivamente, cada ocho días se reunía el pueblo en junta pública, en la que cualquier ciudadano de cincuenta años de edad tenía el derecho de hablar; pero, como para participar de esta prerogativa debían estar exentos de nota, y la de infamia recaía en los que quedaban convencidos de ociosidad, estando obligado el pueblo á proveer á sus necesidades, y á dar cuenta anual de sus medios de subsistencia, pocas veces tenía tiempo ó voluntad de asistir á ejercer sus derechos políticos.

Mucha edad es la de cincuenta años, y requisito muy bien meditado el no tener nota—tan comun en nuestros tiempos—para poder tomar parte en las deliberaciones populares, á que tan aficionadas se muestran las sociedades modernas. Mucho menguaría esta aficion si se adoptase la legislacion de Solon, pero en cambio aumentarían la prosperidad y tranquilidad de los Estados todo lo que perderían de derechos innecesarios los ciudadanos más dedicados á sus profesiones respectivas que á la política de su país.

Por lo expuesto, vamos viendo ya notables diferencias entre la legislacion de Licurgo y la de Solon. El objeto de este en la educacion de los atenienses, era enteramente opuesto al de Licurgo. La juventud espartana se dedicaba sólamente á ejercicios militares; la de Atenas, á las ciencias y á las artes, á las cuales supo el legislador inspirarles aficion, así como al comercio y á la industria. Esparta, por efecto de su legislacion, respiraba solo amor á la guerra, al paso que la legislacion ateniense poseía cuanto puede hacer gozar de las delicias de la paz.

Solon dió repetidas muestras de conocer perfectamente el carácter de los atenienses; así es que para evitar que su veleidad les moviese á quebrantar las leyes que él les había dado, les hizo jurar que las acatarían durante cien años, y para que mejor se arraigáran en aquel país, se alejó de él por espacio de diez años, durante los cuales viajó por Egipto, Lidia y otras naciones.

Son innumerables las pruebas de profunda sabiduría que dió Solon en su Código, y, segun Ciceron, la dió muy grande en no establecer penas para el parricidio, crímen que aún no había tenido ejemplar en su época. Y no se puede objetar que fuera descuido la omision; porque, habiéndoselo observado, contestó: no creo que haya nadie capaz de cometer semejante crímen.

La prevision del sabio legislador alcanzó á los actos que diríamos en cierto modo de vida íntima, pero que afectan á la moral social, y en este concepto dispuso que si un hijo era disipador ó dejaba de proveer á la subsistencia de sus padres, sufriera la nota de infame, privándole por consiguiente de los derechos políticos, y si el padre no le había hecho aprender un oficio, la ley le dispensaba de las obligaciones que la naturaleza le había impuesto.

El hombre que tan previsor había sido para los casos más comprendidos dentro de la esfera de la vida privada de las familias que de la pública, debe racionalmente juzgarse que no descuidaría lo relativo á la vida del Estado, y así fué, en efecto, porque los huérfanos de los que perecían en defensa de la justicia ó de la patria, se educaban á expensas del Estado. Ademas, á fin de evitar los odios de familia tan perjudiciales para la conservacion del órden público, estaba prohibido hablar de los difuntos con desprecio.

Antes de entrar en los sucesos ocurridos en Atenas durante la ausencia de Solon y de llegar á la fecha de su muerte, creemos oportuno en obsequio á la gran figura del famoso legislador, apuntar brevísimos datos biográficos del mismo y considerarle en sus dos aspectos de sabio y poeta.

Solon fué uno de los siete sabios de Grecia, y aunque descendiente del rey Codro, hízole su pobreza abrazar la carrera del comercio y viajó en su

juventud, pero procurando estudiar cuanto veía y le parecia útil, comprendiendo ya entónces que los viajes son uno de los mejores medios para instruirse un hombre observador, al propio tiempo que son medios seguros de propagar la civilizacion. Vuelto Solon á su patria, dióse á conocer por el atrevido pensamiento de proponer que se recobrase de los megarenses la isla de Salamina, á pesar de estar prohibido, bajo pena de muerte, tocar este asunto. Compuso para ello una pieza en verso, cuyo asunto era la toma de Salamina; y la recitó en la plaza pública, concluyendo por echar en cara á sus compatriotas la cobardía que mostraban. Segun ya sabemos, se le nombró arconte por no haber querido ser rey, y, como lo hemos visto, apaciguó las turbulencias de su patria, dió al Estado nueva forma política, sustituyendo á las leyes draconianas otras más análogas á la civilizacion de su época. Los romanos las copiaron y extendidas por estos, fueron como la base de la legislacion en todo el mundo entónces conocido. Á su vuelta en su patria encontrólo todo desquiciado, no pudo impedir la eleccion de Pisistrato, de quien hablaremos más adelante, y entónces Solon emigró de un país que había perdido la libertad que él le había dado, yendo á morir en la isla de Chipre. Sus leyes, que le inmortalizaron más que su sabiduría, las ha mirado siempre la posteridad como el más precioso monumento de Atenas.

Como máximas de Solon pueden citarse, entre otras, las siguientes: No te acerques á los reyes, sino para decirles lo que debe serles útil.—Procura instruirte miéntras vivas: no creas que la vejez traiga consigo la razon.—Teme á la lascivia, porque es la madre del dolor.

Poseemos tambien de Solon fragmentos de poesías de las llamadas anacreónticas.

Solon no asistió sólamente al gran cambio político y social de su patria producido por su genio, sinó que presenció tambien uno de los movimientos más pronunciados de la inteligencia humana. La época de Solon no vió como hemos visto nosotros, un fabuloso desarrollo de las ciencias, pero brillaron con todo el esplendor que podían permitir las circunstancias de aquel periodo histórico, y las artes y la literatura tomaron un vuelo tan ele-

vado, que aún actualmente nos admiran los nombres de Anacreonte, Simónides, Safo, Esopo, Solon y otros dignos representantes de aquella memorable época.

Cuando llegue el momento de hablar de las artes y filosofía en Grecia nos extenderemos cuanto lo permita el límite fijado á nuestra obra acerca de todos los poetas, artistas y filósofos dignos de especial mencion; por lo que, prescindiendo ahora de ellos, y haciendo una distincion particular para Solon, veamos un pasaje en que nos pinta los momentos críticos de la revolucion ateniense.

«No perecerá, dice Solon, la ciudad de Minerva por rigor de los hados sino por la influencia de sus mismos ciudadanos. Pueblo y magistrados insensatos que no podeis limitar vuestros deseos, ni gozar en paz de vuestras riquezas, á fuerza de crímenes os vais haciendo acreedores á la desgracia..... no respetando el sagrado derecho de propiedad, ni del tesoro público, apresúrase cada uno á despojar el bien del Estado, sin darle el menor cuidado las sacrosantas leyes de la justicia. Miéntras tanto, empero, pesa esta justicia vuestros hechos pasados, observa lo presente y así que vea llena la medida del crímen, descargará su inexorable brazo sobre vosotros. Esta es la principal causa de todos los males de un Estado; este es el delito que se paga con la esclavitud; este es el que enciende el fuego de la guerra civil que devora la juventud. Ah! la querida patria se ve súbitamente asaltada por enemigos; se libran y pierden combates, triste manantial de lágrimas, y el miserable pueblo, cargado de cadenas, pasa á ser esclavo de los extranjeros.

Hasta ahora hemos oido al patriota; escuchemos al moralista.

«Ilustres hijas de Mnemosina y de Júpiter Olímpico; Musas que habitais en el Parnaso: Oid mi súplica! Haced que los dioses inmortales me concedan la felicidad, y que jamas me haga indigno de la consideracion que se merece un hombre honrado..... Un poco de oro colmaría mis deseos, mas no lo quiero si ha de ser el premio de una injusticia que, tarde ó temprano, encuentra su merecido castigo..... Detestable es el triunfo del crímen. Dios es el supremo fin de todas las cosas..... Tú, que ocultas el crímen en lo más

recóndito del corazon, no presumas vivir siempre desconocido. El castigo te sigue ó muy inmediato, ó suspendido sobre tu cabeza. Si no te alcanza la justicia de los dioses, vendrá día en que tus hijos inocentes pagarán las culpas de su padre criminal..... »

Despues de estas excelentes máximas, que podría apropiarse el más rígido cristiano, desentonarán el cuadro algunos pensamientos anacreónticos de Solon. No los estamparíamos aquí para no empañar la gloria del ilustre repúblico, sino fuera porque, imparciales ántes que todo, debemos presentar á los hombres tales como fueron y no tales como los quisiéramos. Los pensamientos que á continuacion ponemos prueban que toda la severidad de Solon contra las malas costumbres, todos sus proyectos, muy laudables por cierto, para restaurar las virtudes en su patria, no pudieron librarle de pagar su tributo de flaqueza humana á los placeres sensuales y vergonzosos.

« ..... Vénus, la del seno perfumado de violetas, escribe el desconocido legislador, me haga montar en un ligero buque y me aleje de esa isla célebre. En recompensa del culto que le he tributado, concédame volver cuanto ántes á mi patria..... Gratos me son los favores de Vénus y de Baco, así como los de las Musas que inspiran amables locuras. »

¡Qué será del comun de los hombres, cuando talentos tan privilegiados como Solon cantan los *favores* de Vénus y de Baco, confesando ademas públicamente que les son gratos! ¡Pobre humanidad abandonada á sus propias luces entre tantos escollos y peligros sembrados á su paso en este mísero mundo! Si es cuerdo escarmentar en cabeza agena, escarmentemos todos con el ejemplo de Solon, reformador de costumbres, legislador civil y político, moralista profundo, y cantor de los favores de Vénus y Baco, denigrantes bajezas á que sólo puede llegar un hombre falto de todo sentimiento moral, abandonado en brazos de la abyeccion más repugnante y depresiva de la dignidad humana.

Resulta indudable de lo expuesto hasta aquí, que las leyes de Solon eran capaces de hacer la felicidad de sus conciudadanos, si hubiese podido, al promulgarlas, borrar las pasiones humanas, con las que no contó el sabio ate-

niense. El gérmen de estas quedó amortiguado pero no muerto en el corazon de los atenienses.

Durante la ausencia de Solon resucitaron las antiguas banderías, se reanimaron los odios, y á su regreso encontró la ciudad ardiendo en el fuego de las facciones enconadas como nunca.

Al frente de los montañeses se había puesto Pisistrato, ambicioso dotado de talento, audacia y riquezas: circunstancias recomendables para prosperar. Los eupátridas estaban mandados por Licurgo, y Megacles acaudillaba á los ribereños.

Si alguno de nuestros lectores ha estado durante muchos años ausente de su patria, ¡qué profunda tristeza no habrá sentido al regresar á ella á la vista de los objetos cambiados ya muchos de ellos, memorias indelebles de los buenos días de su infancia, si, al verlos otra vez despues de prolongada ausencia, encuentra el suelo natal en decadencia, sin su esplendor de otros tiempos y precipitándose indefectiblemente á espantosa ruína!

Este fué el estado en que encontró Solon á su patria: en vano trató de enfrenar el acendrado furor de los partidos: el rico, elocuente y generoso Pisistrato, auxiliado por su aspecto simpático, supo alcanzar popularidad, y lisonjeando á la multitud para engañarla, y aliviándola para perderla, logró atraer á su partido á todos los jornaleros y artesanos, y la astucia acabó de coronar su obra.

Solon conocía profundamente el corazon humano, y comprendió desde luégo el desenlace necesario de un movimiento iniciado por un hombre rico y noble formando causa comun con el pueblo. La democracia de todos los tiempos ha tenido la misma debilidad: háse declarado enemiga de la nobleza de alcurnia y de fortuna, pero ha sido siempre su más poderoso auxiliar para escalar el poder cuando lo ha intentado, y miéntras predica persecucion y odio contra ella, se envanece con su roce si se le brinda con él.

Pisistrato y Solon se comprendieron mútuamente, y en la partida empeñada entre los dos debía la fortuna proteger al ambicioso.

Pisistrato, segun cuenta Herodoto, se dió un día unas ligerísimas puñaladas, y ensangrentado como estaba, presentóse al pueblo en la plaza pú-

blica, moviendo la compasion de la multitud reunida allí tumultuosamente, y reclamando su apoyo, diciendo que de aquella suerte le habían puesto los enemigos del pueblo, porque veían en él su más decidido defensor.

Solon se esfuerza en vano para que el pueblo le oiga; este se enfurece, insulta y llena de oprobios al sabio anciano. El pueblo cree á Pisistrato, porque, guiado por un ambicioso de talento, no comprende nunca la belleza de las buenas acciones ni tiene los remordimientos de los más horrendos crímenes, y en el acto decreta para la custodia de Pisistrato una guardia de cincuenta hombres, que poco despues la astucia supo ascender á seiscientos, al frente de los cuales se apoderó de la ciudadela y de la autoridad suprema, á pesar de la fuerte resistencia de Solon. Pisistrato, entronizado por la democracia, desarmó á los ciudadanos y fué dueño de Atenas, adornado, á la verdad, con todas las virtudes, pero sin ninguna simpatía hacia la forma republicana.

Aristócratas y demócratas estaban contínuamente en lucha en Atenas. Pisistrato, dueño ya de ella, no alteró en nada la constitucion de Solon, y en lugar de emplear contra él la violencia, trató de hacerle su partidario: todo esto con el objeto de paliar la usurpacion.

Licurgo y Megacles se unieron contra Pisistrato y le arrebataron el poder. La codicia de mandar ha convidado siempre á los hombres en perjuicio del Estado que sale perdiendo en todas ocasiones con los disturbios intestinos. La discordia se introdujo entre los vencedores, y Megacles llamó á Pisistrato, á quien dió la mano de su hija para que le ayudara contra Licurgo. Pisistrato fué de nuevo privado del poder por su mismo suegro, pero lo recuperó con su industria, lo conservó hasta la muerte con moderacion y lo trasmitió á su hijo, al cabo de treinta años de varias alternativas.

No debe sorprender á nadie el largo periodo de mando del usurpador Pisistrato, porque, dotado de grandes cualidades y aumentada su grande fortuna con la mayor aún de su mujer, dió muestras contínuas de bondad, clemencia, sabiduría y aficion á las artes y ciencias que hicieron notable su reinado, como por otra parte se distinguía ya su época por el grandioso desarrollo de filosofía y todo género de literatura y artes, como lo acreditan

los ilustres nombres de Thespis, Susarion, Tales, Simónides, Memnon y otros muchos. Recordando que debía al pueblo su advenimiento al poder—recuerdo raro entre usurpadores — permitióle la entrada en sus vergeles; soportó con paciencia los ultrajes que podía castigar; levantó soberbios edificios; abrió una biblioteca pública; puso en circulacion los poemas de Homero, tan simpáticos al pueblo; apaciguó los ánimos; suavizó las costumbres, y su yugo llegó á hacerse insensible y tal vez agradable. Leccion digna de tenerse en cuenta por los que rigen los destinos de los pueblos, á quienes importa poco el orígen del poder á que están sujetos, con tal que les trate con dignidad, ya que no con dulzura, y les dé toda la libertad compatible con el orgullo humano y la majestad debida á todo poder supremo.

Nos acercamos á los últimos tiempos de la revolucion republicana en Grecia, en donde no pudo consolidarse el órden ni con el reinado de Pisistrato, ni con el de sus dos hijos Hiparco é Hipias.

Estos dos hijos de Pisistrato siguieron por espacio de catorce años las huellas de su padre, á quien procuraron imitar en todo. Hermosearon la ciudad de Atenas, acuñaron monedas de plata, prodigaron honores y riquezas á los poetas, entre ellos Anacreonte y Simónides; protegieron la agricultura, el comercio, la industria y las ciencias, y difundieron la instruccion.

Estas condiciones hubieran sido más que suficientes para hacer feliz y duradero el reinado de los dos hermanos, porque la civilizacion de Atenas habría prosperado extraordinariamente; pero la felicidad de los pueblos depende siempre de circunstancias demasiado complejas para que sea duradera, y basta las más de las veces un leve motivo para acabar no sólo con el bienestar sino hasta con el mismo Estado.

La trágica muerte de Hiparco y la cruel conducta de su hermano Hipias son muy elocuente prueba de lo efímera que es la felicidad de los pueblos. Los atenienses, cansados de la tiranía de Hipias, sintieron renacer en sus pechos el entusiasmo por la libertad y le echaron de la ciudad precisamente el año mismo en que los reyes fueron arrojados de Roma. Refugióse Hipias en la casa de Artaferne, sátrapa de Darío, rey de Persia, en donde esperó el momento oportuno para vengarse.

Al observador atento le fatiga la pertinacia de los ambiciosos para atentar contra la tranquilidad y libertad de los pueblos, como si estos fueran un objeto material valioso destinado para premio de las mezquinas pasiones de los hombres. Como si pesara una maldicion sobre todas las sociedades humanas, se las ve desarrollarse entre contínuos disturbios, entre revoluciones sucesivas que si de pronto parecen beneficiosas, luégo asoma en su horizonte algun presagio de tormenta que estalla más ó ménos pronto, con mayor ó menor furia, causando estragos. Las revoluciones son siempre para los pueblos como los torrentes desbordados que arrastran en pos de sí la buena tierra, dejando los campos cubiertos con una capa fangosa que les roba su fertilidad.

Nos expresamos de este modo, porque no bien comenzaban los atenienses á gozar de las ventajas de la libertad conquistada por sus propios esfuerzos, viéronse amenazados por nuevos síntomas de esclavitud con motivo de la ambicion de dos ciudadanos poderosos, que intentaban apoderarse de la direccion de los negocios como Pisistrato y los suyos.

Expulsado Hipias, Iságoras, caudillo de los Grandes, intentó volverles al mando exclusivo; pero Clistenes, su rival, le contrarió, aumentando el número de tribus, que fueron diez en lugar de las cuatro que ántes había, en las que entraron como ciudadanos los habitantes de los pueblos, y levantó el poder popular estableciendo el *ostracismo*, que exponía á los poderosos al incesante peligro del destierro (1).

Durante el régimen de que acabamos de hablar conquistaron los atenienses la isla de Eubea, se apoderaron del Quersoneso, de Tracia, de Lemos y de las Cícladas, cuya invasion fué debida al talento de Milcíades. Por consejo de Temístocles construyeron una escuadra de doscientas velas, á la que debió su salvacion toda la Grecia invadida por Darío, Jerges y coaligados, segun lo pregonan todavía Maraton, Platea y Salamina.

(1) La palabra *ostracismo* trae su nombre de las conchas—*ostreon*—en las que los ciudadanos escribían su nombre. Pronunciábase el destierro cuando para él había diez mil votos, y duraba diez años.

* * *

El movimiento es la vida de la naturaleza, como la lucha lo es de muchos pueblos, especialmente del griego; por esto nos es imposible tratar con el detenimiento que se merece de la civilizacion helénica, sin ocuparnos en las revoluciones que forman el estado normal, perenne, por decirlo así, de aquel gran pueblo. Por esto, y para proceder con mayor claridad, destinaremos capítulos aparte para tratar de las fiestas, oráculos, instituciones, juegos, combates, artes y filosofía de la Grecia que dificultarían la narracion, si debiéramos atenernos cronológicamente á cada hecho y no prescindiéramos del órden de sucesion. Esto no significa que renunciemos á las clasificaciones y juicios que se merezcan.

Hemos llegado á la revolucion de Jonia que forma época en la historia de la civilizacion del pueblo griego, único aspecto que debe interesarnos á nosotros.

En medio de la servidumbre general de las colonias griegas del continente, los cícladas conservaban todavía su libertad. Una contienda casual que estalló entre el pueblo y los nobles de la isla de Naxos, el año quinientos cuatro ántes de la era cristiana, levantó la Jonia entera contra el rey de Persia, Darío, tan conocido ya de nuestros lectores, por lo que de él dijimos en su lugar correspondiente. La ciudad de Atenas, metrópoli de los jonios, les ofrece veinte galeras, porque intentaba vengarse de la proteccion que los persas dispensaban á Hipias, refugiado en la casa de Artaferne, y Eretria de Eubea se deja arrastrar á formar alianza con ellos. Coligados así estos tres pueblos se apoderan de la ciudad de Sardes y la reducen á cenizas.

La fábula del lobo y el cordero tiene aplicacion infinita en los sucesos de las naciones, y todos los pretextos son buenos cuando se tiene intencion decidida para cometer una iniquidad.

La noticia de la catástrofe de Sardes irrita á Darío, quien en su primer arrebato asesta una flecha al cielo y exclama con acento dolorido: ¡Oh Júpi-

ter, haz que pueda tomar venganza de los atenienses! Y como si temiera olvidar su resolucion, manda á un oficial que todos los días se la recuerde tres veces, ántes de la comida.

Y, sin embargo, el incendio de Sardes había sido puramente casual, con lo que se deja demostrada la injusticia de la venganza, y la iniquidad de la guerra movida por los persas contra los griegos.

La ciudad de Sardes estaba en gran parte construída con cañas; prendióse fuego á una casa en que estaba alojado un soldado ateniense, y, propagadas las llamas, devoraron la ciudad. Darío lo atribuyó á premeditacion, y juró vengarse. Los atenienses se habían retirado de Sardes, despues del incendio, sin sospechar la guerra que les amenazaba.

El resultado de la primera expedicion de Darío contra los griegos, fué quedarle sometida á su poder el Asia menor, despues de lo cual puso á su yerno Mardonio al frente de un poderoso ejército, y le dió tambien una fuerte armada para que pasase á castigar á Atenas. Una violenta tempestad sobrecogió á esta escuadra cerca del monte Atos, perdiéndose en ella más de trescientos buques con veinte mil hombres á lo ménos. Otra catástrofe esperaba á los persas en sus tropas de tierra. Sorprendidos por los tracios en un campamento poco seguro, sufrieron un horrible destrozo, y Mardonio quedó herido é imposibilitado de continuar con los débiles restos de su ejército, la conquista de Grecia.

Es propio de las corrientes de aguas, cuando tropiezan con obstáculos, abrirse paso impetuosamente y causar estragos como vengándose de la resistencia opuesta. Léjos de desalentar á Darío su reves, avivóle el incendio de su ira, y envió heraldos á toda la Grecia pidiendo *tierra y agua*, esto es, intimándoles la sumision.

La civilizacion griega sufrió aquí un eclipse que la historia consigna en una página manchada. Los atenienses y los espartanos, violando el derecho de gentes, echaron á los embajadores en profundos hoyos á los unos, y en pozos de agua á los demas, diciéndoles con bárbara ironía que allí tenían el agua y la tierra que pedían. Desde aquel momento la guerra fué ya inevitable.

Si una causa justa puede hacer que una guerra se emprenda con sentimientos relativamente humanos, serán estos muy crueles si una venganza pone las armas en las manos de los contendientes. Inspirado Darío por el genio de las venganzas mandó á los gefes de su ejército que incendiaran las ciudades cómplices de los jonios y enviasen á Persia sus habitantes cargados de cadenas. Eretria es la primera que sucumbe. El miserable tirano Hipias vende á su patria guiando á los persas á las llanuras de Asia para clavar mejor el puñal en el corazon de sus hermanos, y les acompaña hasta las inmediaciones de Maraton donde encontró el ignorado sepulcro que merecía su infamia. Maraton nos recuerda á Milcíades el capitan más experimentado que tenía Atenas, por la *victoria más verdadera que verosímil* que alcanzó, segun la feliz expresion de Cornelio Nepote, su biógrafo.

La victoria de Maraton fué el preludio de muchas otras, manifestó al mismo tiempo á los griegos los recursos que tenían y disipó el prestigio del poder persa, pero no hizo mejores á los atenienses, ni adelantaron en las virtudes cívicas ni morales, como lo prueban el premio final que reservaron á Milcíades y Arístides.

Y á propósito de Arístides, y por la relacion íntima que tiene un suceso ocurrido cuando el ostracismo de este célebre caudillo, apellidado el *Justo*, con una de las cuestiones que más ocupan en estos tiempos la atencion de los políticos, creemos deberlo referir tal como lo consigna la historia: Un hombre oscuro, que no conocía á Arístides, le rogó á él mismo que escribiera el nombre de Arístides en la concha, porque él no sabía escribir.—¿Y qué mal os ha hecho? le preguntó el virtuoso ciudadano.—Ninguno, pero estoy fastidiado de oir que en todas partes le llaman el Justo. Arístides escribió su propio nombre en la ostra. Qué conciencia la de aquel ciudadano y qué costumbres políticas tan absurdas las concesiones de derechos políticos á individuos que ni escribir saben!

Jerges, sucesor de Darío, continuó las empresas guerreras de su padre aprestando el ejército más numeroso que han visto los siglos y la escuadra más inmensa que ha surcado el mar; pero, por grande que fuera su poder y extraordinaria su soberbia, no consiguió dominar los elementos que des-



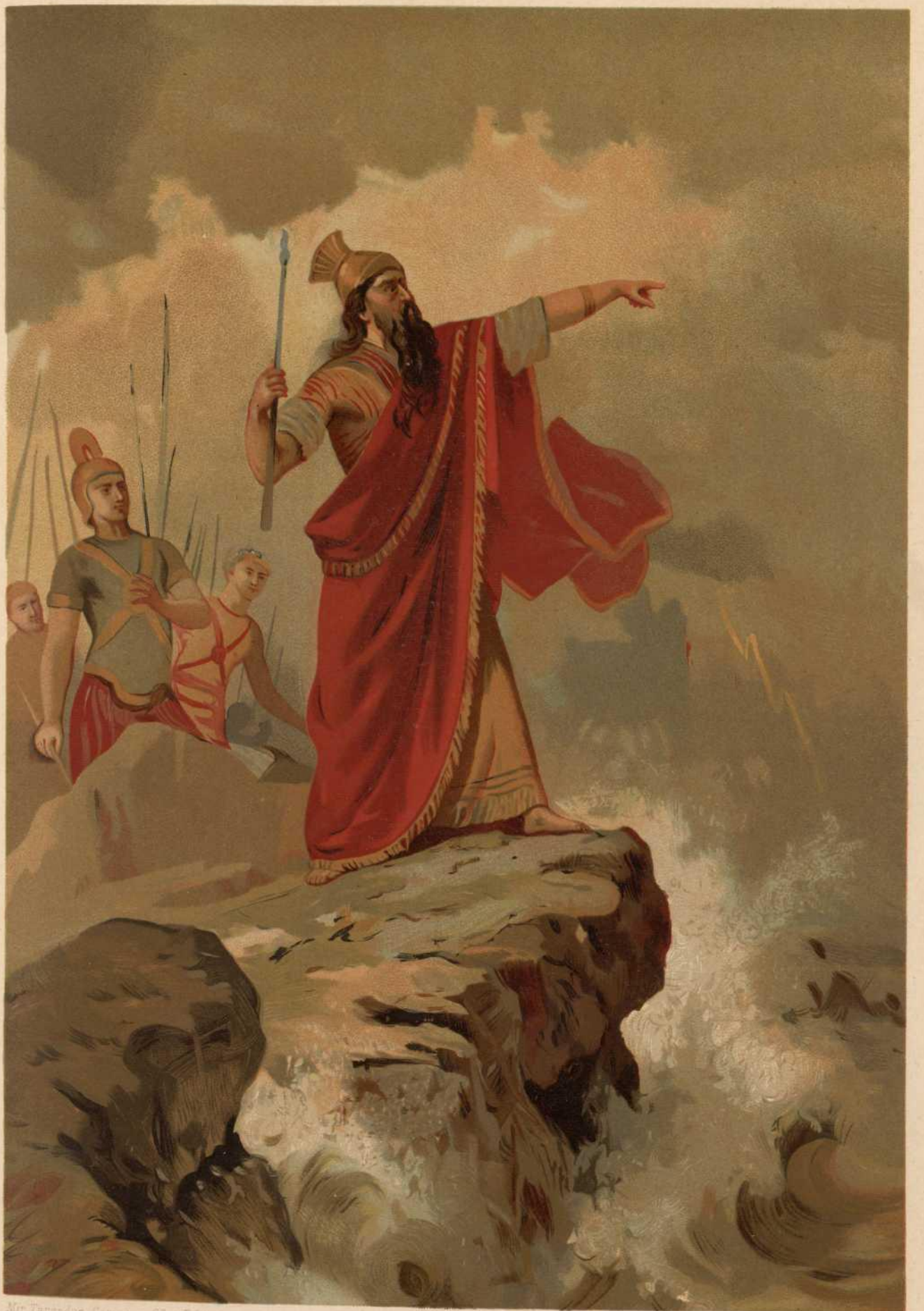
XERXES MANDANDO AZOTAR EL MAR.

...de los contendientes. Inspirado Darío por el ...de las venganzas mandó á los gefes de su ejército que incendiaran las ciudades cómplices de los jonios y enviasen á Persia sus habitantes cargados de cadenas. Eretria es la primera que sucumbe. El miserable tirano Hipias vende á su patria guiando á los persas á las llanuras de Asia para clavar mejor el puñal en el corazon de sus hermanos, y les acompaña hasta las inmediaciones de Maraton donde encontró el ignorado sepulcro que merecía su infamia. Maraton nos recuerda á Milcíades el capitan más experimentado que tenía Atenas, por la *victoria más verdadera que verosímil* que alcanzó, segun la feliz expresion de Cornelio Nepote, su biógrafo.

La victoria de Maraton fué el preludio de muchas otras, manifestó al mismo tiempo á los griegos los recursos que tenían y disipó el prestigio del poder persa, pero no hizo mejores á los atenienses, ni adelantaron en las virtudes cívicas ni morales, como lo prueban el premio final que reservaron á Milcíades y Arístides.

Y á propósito de Arístides, y por la relacion íntima que tiene un suceso ocurrido cuando el ostracismo de este célebre caudillo, apellidado el *justo*, con una de las cuestiones que más ocupan en estos tiempos la atencion de los pueblos, creemos deber referir tal como lo consigna la historia: Un hombre del pueblo, que no conocía á Arístides, le rogó á él mismo que escribiera el nombre de Arístides en la concha, porque él no sabía escribir.—¿Y qué mal os ha hecho Arístides, virtuoso ciudadano?—Ninguno, pero estoy fastidiado de oir que todos le llaman el Justo. Arístides escribió su propio nombre y entregó la concha á aquel ciudadano y qué costumbre política ... concesiones de derechos políticos á individuos que no ...

Jerjes, ... las empresas guerreras de su padre aprestando ... que han visto los siglos y la escuadra más inmensa ... grande que fuera su poder y extraordinaria su ... los elementos que des-



Mir. Tarradas Gomar y Cª - Editores.

L. Casanovas - Lit.

XERXES MANDANDO AZOTAR EL MAR.

truyeron su escuadra causándole la pérdida ademas de mucha gente.

De la heroicidad á la ridiculez no media más que un paso. Cuando un rey español, al saber la noticia de la pérdida de su escuadra, hecha juguete de una horrible tempestad, contestó magnánimo y sin altanería: «No la había yo enviado á combatir contra los elementos,» acreditó tanta heroicidad como profunda filosofía; pero, al irritarse Jerges contra el mar, porque le había desobedecido, y mandar que le azotasen, despues de haber echado al agua dos cadenas para hacer ver que la miraba como esclava, se mostró tan ridículo y pequeño como los niños que patean por no conseguir un objeto imposible de concedérseles.

Hablando de Jerges y relacionando los hechos con el grado de civilizacion de los pueblos que estudiamos, ocúrrese involuntariamente hablar del rey Demarato, lacedemonio proscrito por los suyos y refugiado en Persia.

Este rey de Esparta, arrojado injustamente del trono y lo que es más, de la patria, por los suyos, fué benignamente acogido por los persas. Avecindado entre ellos, supo que meditaban los persas una expedicion militar contra su patria, é impelido por el amor que á esta tenía, revelólo todo á los espartanos para que se previnieran.

Herodoto y otros escritores celebran esta accion como rasgo heróico de amor patrio, miéntras que un sabio español, el Padre Feijoo, dice de ella: «pero yo digo que fué una accion pérfida, ruin, indigna, alevosa; porque en virtud de las circunstancias antecedentes, la deuda de su lealtad se había transferido, juntamente con la persona, de Lacedemonia á Persia.»

Dispénsenos el ilustre y respetable benedictino si nosotros, oscuros y pigmeos moralistas, excusamos de culpa la accion de Demarato, fundándonos en la sencillísima razon de que fué forzado y no voluntario el acto de transferencia llevado á cabo por Demarato al pasar de Lacedemonia á Persia su persona, pero no su afecto.

Su accion, en nuestro concepto, léjos de deberse condenar por infame, debe aplaudirse por heróica. Hipias, guiando á los persas para que le restauren en el trono destrozando á su madre patria, es un sér repugnante, repulsivo, cobarde y alevoso; Demarato, avisando á los espartanos para que

se prevengan contra la invasion de Jerges, se nos aparece en la cumbre de la dignidad, porque ahogó en su corazon las instigaciones de la venganza. Esta es muy sabrosa y Demarato la rechaza, cuando podría gozarla. Más aún: Jerges, para hacer aparatosa ostentacion de sus fuerzas, luégo que hubo llegado á Tracia, formó sus tropas para revistarlas, acompañado del rey Demarato, y henchido de orgullo preguntóle al rey proscrito si creía que los griegos se atreverían á esperarle, á lo que contestó el espartano con noble franqueza que podía costarle cara: «No lo dudéis, príncipe; dejando aparte los demas, estoy cierto que los lacedemonios no os negarán la batalla, aunque se viesen abandonados de la Grecia entera, y reducidos á sólo mil hombres: ¡qué digo negaros la batalla! os atacarán, y el ejemplo de su resistencia hará invencible á la Grecia.»

¿Puede condenarse en justicia la accion de un proscrito que habla con tanta dignidad á un príncipe invasor, puesto al frente del ejército más numeroso que pisó la tierra? ¡Ojalá que, en igualdad de circunstancias, obraran todos los hombres ajustando su conducta á la de Demarato! Entre la venganza y la abnegacion no titubearíamos nosotros en lo que debiéramos elegir.

Podríamos reforzar nuestros argumentos con el ejemplo de Temístocles, cuyos últimos hechos y trágica muerte debemos narrar aquí, para dar mayor peso á la opinion que hemos emitido acerca del amor á la patria.

La grandeza de Temístocles, despues de haber servido á su patria, infundió recelos á sus conciudadanos, y atrajo sobre él los rigores del ostracismo. Vivía desterrado en la Argólida, cuando sus enemigos y los espartanos hicieron creer á los atenienses que era cómplice de Pausanias, quien, aspirando á la mano de la hija de Jerges, ofreció entregarle Esparta y toda la Grecia, por cuyo crímen le condenaron á muerte los Eforos. Por efecto de la acusacion contra Temístocles, confiscáronle la mayor parte de los tesoros que había reunido, y se vió de tal manera perseguido por el odio público que, errante de ciudad en ciudad, sólo encontró seguro asilo en los Estados del rey de Persia.

Si bien Temístocles había hallado en Artajerjes un rey que le colmó de beneficios, no podia ménos que alegrarse interiormente por el buen éxito

de las armas de su patria; mas, la revolucion de Egipto le colocó en grave compromiso. Cimon, caudillo griego sucesor de Arístides en la buena fortuna de las batallas, favorecía á los rebeldes, y con doscientas galeras alcanzó sobre los persas una señalada victoria cerca de Menfis; viendo lo cual Artajerjes, reclamó del desterrado ateniense el cumplimiento de la promesa que le había hecho de combatir contra la Grecia y avasallarla al imperio del gran rey. Vióse Temístocles en la dura alternativa de hacer traicion á su patria ó abandonar á su bienhechor, y no pudiendo resolverse á ninguno de estos extremos, puso fin á su tormento tomando un veneno.

Esta accion furiosa de Temístocles no es heróica, en verdad, sino que es un atentado execrable; pero, de todas las pasiones humanas es la desesperacion la que más honores recibió en la antigüedad, no yéndole en zaga la época moderna. Se la ha calificado de último esfuerzo del valor, cuando realmente no pasa de ser una cobardía. Cierto que el grave moralista Séneca no prodigó nunca tantos elogios á la virtud como á este crímen, y hasta parece que por las alabanzas que le dió, con mano abundante, intentó hacer de todos los hombres otros tantos criminales desesperados. De todos modos, el acto criminal de Temístocles, socialmente mirado,—no se escandalice el escrupuloso lector—es más disculpable que el de Hipias y abona lo que llevamos dicho respecto á Demarato.

Las referencias que más adelante deberemos hacer nos obligan, para que nuestra narracion no quede confusa, á decir una palabra de personajes que, por otros conceptos, no debieran figurar en nuestro trabajo.

Cimon y Perícles son dos de tantos cuya sumarísima biografía debe conocer el lector y recordarla oportunamente.

Cimon fué un general ateniense, hijo de Milcíades, que se distinguió en Salamina y alcanzó dos victorias en un día contra los persas. Puesto al frente de la república, tuvo por rival á Perícles que lo desterró. Llamado al cabo de algunos años, murió en el sitio de Cicia, cuando acababa de imponer á los persas un tratado muy humillante, que les cerraba el mar Egeo desde tres días de navegacion de distancia de tierra griega y devolvía la libertad á las ciudades griegas del Asia menor.

Perícles adquirió desde un principio gran popularidad por sus dádivas; consiguió por su elocuencia el destierro de sus ilustres rivales Cimon y Tucídides, y ejerció durante cuarenta años en Atenas un poder casi monárquico. Evitó cuidadosamente las empresas lejanas ó arriesgadas, se esforzó en debilitar el poder de Esparta, y dejó recuerdos de su administracion en los magníficos edificios que mandó construir, en los suntuosos convites que dió y en las frecuentes prodigalidades que hizo al pueblo. Sin embargo, no pudo evitar la guerra del Peloponeso, que, segun se dice, estalló por su culpa, y poco feliz al comenzarla, le privaron los atenienses de la autoridad, devolviéndosela despues, y murió de la peste por los años de 429 ántes de Jesucristo.

Nadie, como los antiguos griegos, trayendo y llevando á sus grandes hombres, ha justificado tanto la exactitud de los conocidos versos de Horacio:

Virtutem incolumem odimus,
Sublatam ex oculis quærimus invidi.

La naturaleza hizo al hombre envidioso y sería pedir un imposible quererle cambiado sin auxilios sobrenaturales; sin embargo, no es la envidia una pasion primitiva, que tenga su orígen en la naturaleza. Es una pasion enteramente social que nació el mismo día en que la inteligencia humana, comprendiendo la superioridad de otro hombre, se sintió afligida por ello. La envidia viene de inferioridad, pero no de insuficiencia absoluta, por esto ya decía Job en su época: «La envidia mata al menor.»

La envidia es una pasion del alma que ve con maligna aversion la preeminencia de los que tienen derechos verdaderos á ser superiores á los demas.

Estas nociones necesarias á nuestro caso nos explican suficientemente que los grandes hombres no están exentos de envidia, y nos aclara por qué entre los caudillos griegos dominaba tanto esta pasion tan detestable.

Cimon, tan distinguido en la tercera guerra médica, tuvo su rival en Perícles. Sus recomendables prendas le movieron á aspirar al primer puesto

de su patria, y, para oponerse á Cimon, gefe del partido de los nobles, abrazó el del pueblo, no por amor á este, sino á su propio interes, y le halagó repartiendo á los ciudadanos las tierras conquistadas, dióles fiestas y espectáculos, que pagaba de los fondos públicos y les daba el derecho de asistir á todas las reuniones, con lo cual se agotó el tesoro, sometiéronse los negocios á la avidez del vulgo, y la justicia cayó en poder de las ciegas pasiones del populacho.

Un acontecimiento desgraciado dejó á Perícles sin rival.

Un terremoto había conmovido la ciudad de Esparta; el monte Taigeta sepultó á veinte mil habitantes, y los hilotas y mesenios se unieron para consumar su ruína. Arquidamo, rey de Lacedemonia, rechazó los primeros ataques, pero Pisa favorecía á los sublevados, con lo cual la tercera guerra de Mesenia duró diez años más. Esparta se vió precisada á pedir auxilio á los atenienses, y el orador Efinito, partidario declarado de Perícles, sostuvo en la tribuna que léjos de ayudar á una ciudad rival, debía felicitarse Atenas por su ruína. Indignóse Cimon al oir estas razones, y dijo que la fe de los tratados, el comun interes de los griegos, y los principios del honor, les obligaban á socorrer á Esparta, y habiendo prevalecido las razones de Cimon, tomó él mismo el mando de las tropas auxiliares, y llenó su cometido con tan buen éxito como celo. Despues que hubo partido del Peloponeso, los rebeldes se apoderaron de Itomo, y los lacedemonios tuvieron que apelar otra vez al auxilio de su rival, pero avergonzados de deberle la salvacion de su patria, despidieron denostadamente á sus protectores, y Atenas descargó el peso de su indignacion sobre Cimon, recompensando con el destierro los esfuerzos que había hecho para mantener la armonía entre las dos ciudades rivales.

La gratitud no fué una virtud dominante en el pueblo griego y especialmente en Atenas; porque no es la ingratitud el olvido, sino el desprecio del beneficio recibido, y los atenienses dieron repetidísimas pruebas de no olvidar los beneficios llamando siempre en su auxilio á las víctimas de su versatilidad, cuando un trance duro les ponía en el caso de reclamarlo. Es verdad que la antigüedad, que estudiamos ahora, tenía en sus leyes penas

para los ingratos, á fin de castigar la ingratitud; pero esto mismo prueba que había quien despreciaría los beneficios recibidos, cuando la ley debía ejercer su accion contra semejante vicio.

Como coronamiento de este cuadro de veleidades, veamos de qué manera terminaron las guerras médicas.

Árgos y Tébas, que durante las guerras últimas se habían separado del partido de los griegos, fueron causa de un rompimiento entre Atenas y Esparta: esta se declaró á favor de Tébas y aquella por Árgos; y llegando á las manos, dióse un combate en las cercanías de Tanagra, en el que los atenienses quedaron vencedores; pero abusando de su victoria, atrajeron sobre sí el odio casi general, viéndose Perícles en la necesidad de llamar á Cimon que se hallaba desterrado por causa suya. Cimon puso la paz entre las dos repúblicas rivales, y dirigió contra los persas la ambiciosa actividad de sus paisanos. Atacó la isla de Chipre con doscientas embarcaciones, y su empresa fué coronada por la victoria, y aunque una herida que recibió en el asedio de Citio, entorpeció algun tanto el curso de sus hazañas, temiendo Artajerjes por su imperio, pidió la paz que obtuvo bajo condiciones en extremo humillantes.

«Las ciudades griegas del Asia menor—decía el tratado—quedan declaradas libres; ningun buque de guerra persa navegará desde el Ponto-Euxino á las costas de la Pamfilia; las tropas del gran rey no podrán acercarse á las costas de estos mares, sino á la distancia de tres días de marcha. Los atenienses se obligan á desocupar la isla de Chipre, y á respetar las posesiones del Rey de Persia.»

Así tuvieron término las guerras médicas, inauguradas con el incendio de Sardes, y las que tanta gloria dieron á los griegos y sobre todo á Cimon, muerto en Chipre sin acabar de gozar de su triunfo.

Muerto Cimon, acrecentóse más y más la autoridad de Perícles, y aunque los nobles eligieron á Tucídides para que contrarestara sus ambiciosos designios, el pueblo le hizo casi dueño absoluto de la república. Desde entónces dirigió su prestigio á hacer que Atenas fuese imponente á los extranjeros y altivos sus ciudadanos. Todas las ciudades marítimas del Peloponeso

y de la Atarnania y el Quersoneso de Tracia, vieron el brillo de las armas y reconocieron las leyes de Atenas.

En tiempo de Perícles se abre una era que debe ocupar profundamente nuestra atencion, por lo mucho que influyó en la civilizacion griega en particular y de todo el mundo despues.

En aquella época vió Atenas reunidos en su seno muchos hombres distinguidos en todas ciencias. Sin perjuicio de hablar debidamente de ellos en su lugar oportuno, adelantaremos aquí los nombres de los filósofos que descollaron entre los más ilustres de aquella gloriosa época para los adelantos humanos, que fueron Anaxágoras, Sócrates y Pitágoras; entre los poetas trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides; entre los historiadores Herodoto, y Tucídides y entre los artistas el escultor Fidias y el famoso pintor Zeuxis. Tambien se hizo notable por su talento é ingenio en muchas ciencias la hermosa Aspasia de Mileto, cuyas lecciones escuchaban los más grandes filósofos. Perícles, despues de haberla amado mucho tiempo, se casó con ella, y pretendía deberle su elocuencia.

Al talento de Fidias, que aún espera su rival, son debidos los monumentos más admirables, con que fué adornada la ciudad de Atenas, como el *Partenon* ó templo de Minerva, el *Odeon* ó teatro de la música, y otros muchos que han sido mirados como obras maestras de la antigüedad.

La época de Perícles debe estudiarse por las intenciones concebidas y llevadas á cabo por aquel grande hombre tan excelente guerrero como hábil y profundo político.

En su época no se conocía el nombre de lo que ahora se llama con demasiado énfasis ciencia económica, pero en el terreno de la práctica que es al que debieran acudir los flamantes economistas y no al de las teorías, que no pueden ser verdaderas cuando no las abona la práctica, no ha tenido rival el ilustre Perícles por la constancia con que llevó á cabo sus proyectos económicos que diríase ahora.

«Las miras de Perícles, dice un historiador moderno de la Grecia, eran evidentemente panhelénicas. Fortificando y adornando á Atenas, desarrollando toda la actividad de sus ciudadanos, dándole templos, sacrificios reli-

giosos, obras de arte, fiestas solemnes, cosas todas estas de poderoso atractivo, tenía la intencion de hacer de ella algo más grande que una ciudad señora que reuniera numerosos aliados bajo su dependencia: deseaba hacer de ella el centro del sentimiento griego, el aguijon de la inteligencia griega, el tipo de un ferviente patriotismo democrático, combinado con la plena libertad de la aspiracion y del gusto individual. Deseaba no sólamente dar realce á los Estados sujetos por la union con Atenas, sino atraer la admiracion y la deferencia expontánea de vecinos independientes, de modo que asegurara á su patria un ascendiente moral mucho más extenso que su poder directo. Y llegó á esto elevando la ciudad á una grandeza visible que la hacía parecer más fuerte todavía de lo que realmente lo era, y que tenía ademas por resultado suavizar á la vista de los sujetos la idea humillante de la obediencia; era para los extranjeros de todos los países una especie de escuela de accion enérgica bajo el mismo imperio de la libertad más completa de crítica (1).»

Detengámonos respetuosos ante la gran figura de Perícles porque este célebre personaje ha dado su nombre al siglo más floreciente de Grecia.

Si debiéramos dar crédito á una de las obligadas particularidades que se cuentan de todos los hombres célebres por su saber, virtud, ó poder, que preceden ó acompañan á su nacimiento, tendríamos tambien en Perícles, segun el testimonio de Herodoto y Plutarco, la circunstancia del sueño de su madre, Agarista, quien, poco ántes de dar á luz á su hijo soñó que pariría un leon. Pasó Perícles los primeros años de su juventud instruyéndose en los gramáticos, retóricos, filósofos y músicos, siendo discípulo de Zenon, de Elea, de Anaxágoras y de Damon.

La civilizacion griega alcanzaba entónces el cenit á que puede haber llegado con el solo auxilio de la razon humana, y la humanidad entera debe admirar atónita aquel esplendoroso foco de luces que no verá más, porque no se extendieron á un determinado ramo del saber humano sino que los abarcó por completo, dominándolos absolutamente.

(1) GROTE. —*Historia de la Grecia.*

El talento parecía patrimonio especial de los griegos, máxime en la época de Perícles, y por la precocidad del suyo sobresalió éste; pero su genio le llevaba más á los estudios políticos que á ningun otro, manifestando en su corta edad la mayor prudencia y reserva, así en sus palabras como en sus acciones, á lo que daban la calificacion de presuntuoso orgullo algunos jóvenes contemporáneos suyos.

Varias veces hemos dicho, y lo repetimos ahora por todas las veces que se nos presentará la oportunidad de recordarlo, que el pueblo ateniense era veleidoso extremadamente en lo tocante á sus hombres públicos, y Perícles que sabía perfectamente los medios de adquirirse popularidad entre sus conciudadanos, no ignoraba tampoco que nadie lo había adquirido impunemente por efecto de la inconstancia que era el distintivo de los atenienses.

Como hábil político, y comprendiendo ya entónces que el arte de gobernar consiste en saber disimular y aguardar, aprendió á ser cauto; y persuadido de que cuanto ménos se presentase á la vista del público, más admirado y buscado sería, vivió por algun tiempo casi completamente separado de toda comunicacion social. Su excesiva cautela y disimulo nos darán la medida de su ambicion que era ilimitada, pero no tenía prisa por subir al poder que sabía llegaría á sus manos tarde ó temprano.

Los políticos modernos tan aficionados á pugilatos, más públicos que privados, á fin de escalar un poder para el cual no están dotados de talento ni virtudes cívicas, debieran estudiar en la escuela de Perícles, formándose aptos primeramente, como él, por medio del estudio y adquisicion de aquellas cualidades muy difíciles de obtener para la gobernacion de los Estados cuando la naturaleza los ha negado.

Estudiaba Perícles el estado de la sociedad ateniense, y observando que el pueblo no tenía ningun gefe que lo dirigiera, se aprovechó de semejante coyuntura, que fué el principio de su elevacion, saliendo entónces de su aislamiento y entrando en la carrera de la administracion pública, objetivo constante de sus ambiciones. Efecto del profundo estudio social que había hecho en sus soledades, decidióse Perícles á ser el orador del pueblo, cuyos intere-

ses defendió al propio tiempo que combatía á la aristocracia, que ningun mal le había hecho. Está por demas decir que desde entónces dedicó todo su afan á lisonjear las pasiones populares, empresa tan fácil para un hombre dotado de elocuencia, y recurso tan gastado para satisfacer la codicia de todos los ambiciosos.

Esta ha sido siempre la conducta de los más pérfidos políticos—que no queremos decir los más hábiles—conducta censurable y reprobable en todas ocasiones y países, porque si bien es verdad que se halaga al pueblo y hasta se le contenta con lo que ahora llamamos nosotros *pan y toros*, no es ménos cierto tambien que todas las veces que se apela á este recurso, se descuida siempre la educacion y la mejora moral y material de aquel mismo pueblo, que, desconociendo sus intereses propios, ha servido entónces—como sirve siempre—de instrumento de los déspotas y de escabel para alcanzar el poder los ambiciosos.

Un rasgo que no podemos pasar en silencio nos probará la hábil política de Perícles al propio tiempo que nos revelará el profundo conocimiento que tenía del carácter de sus conciudadanos.

Viendo los aliados de los atenienses que las contribuciones anuales destinadas á la comun defensa, se invertían en hermosear una sola ciudad, llevaron sus quejas á Atenas; pero Perícles les contestó que miéntras se les protegiera, no debía dárseles cuenta del objeto á qué se destinaban las contribuciones. Habiéndose unido empero sus enemigos interiores—que tambien los tenía—á los exteriores, y viéndose atacado de todas partes, ofrece pagar las obras con su dinero particular, con tal que las inscripciones lleven solo su nombre. La vanidad de los atenienses que Perícles conocía perfectamente, no les dejó consentir en esta condicion, por lo cual se le dejó agotar el tesoro. Desde entónces, desterrado su rival Tucídides, favorito de los nobles, tuvo Perícles la supremacía en el gobierno de Atenas, blanco á donde se dirigían todos sus propósitos.

Anteriormente á esto «Perícles, dice un biógrafo suyo, distribuía una parte de las tierras conquistadas, concedía derechos de presencia á los que concurrían á los congresos y á los espectáculos, y restringiendo desde el seno de

los placeres la autoridad del Areópago, fundaba la suya y la ensanchaba por grados.»

Dueño ya Perícles de la opinion pública mudó de conducta, dejando de halagar al pueblo, continuando, empero, en ser el árbitro de las deliberaciones, y á fin de distraer á los atenienses, los dirige contra Samos, que estaba en guerra con Mileto, en donde entró despues de nueve meses de sitio, arrasando sus murallas, apoderándose de sus naves, é imponiéndole enormes tributos. Perícles honró á los atenienses que perecieron en aquella guerra con magníficas exéquias, y él mismo pronunció un elogio fúnebre sobre la huesa de sus compatricios, cuya novedad pasó luégo á ser costumbre entre los griegos.

Hemos dicho no há mucho que los políticos modernos debieran tomar por modelo á Perícles ántes de emprender la carrera pública de la administracion del Estado; pero, debemos notar de paso que si olvidan imitarle en la manera de inaugurar su profesion, no descuidan el procedimiento de distraer la atencion de los pueblos explotados por ellos empeñándolos, comprometiéndolos en aventuras guerreras que el amor propio obliga á terminar por más que se descubra despues la indigna intriga que á ellas les condujo.

Nuestro siglo ha sido y es buen testigo del imperdonable crímen cometido á la faz del mundo civilizado por usurpadores é intrusos que, á fin de desviar las corrientes de la opinion pública, no han tenido escrúpulo en hacer derramar torrentes de sangre humana que clamará eternamente venganza, ahogando en lágrimas millones de corazones de madres, que han visto perecer en extranjero suelo á los hijos de sus entrañas, por darse cuatro criminales el bárbaro placer de continuar tranquilos en un solio, que no les pertenece, ó por no abandonar un sillon en cuyo remate debiera la sociedad poner una argolla con que agarrotarlos, en castigo harto merecido de su pecado de lesa humanidad. ¡Y se dirá luégo que la humanidad progresa! ¡Y se dirá luégo que los pueblos adelantan! ¡Y se dirá luégo que el siglo XIX es el siglo de las luces! ¡Siglo de las luces y nunca han bamboleado y rodado por el suelo más tronos y coronas, sin que los pueblos hayan sabido reportar el

más mínimo provecho de tantos trastornos tan radicales; sin que las sociedades hayan sabido adelantar un solo paso en el conocimiento de los saltimbanquis políticos, verdaderos charlatanes condecorados, autores de más crímenes y delitos que todos los presidiarios juntos, escudados con el salvoconducto librado por el inmoral juego del alza y baja de la política! ¡Qué páginas tan sangrientas escribirá la historia de la civilizacion de este pobre siglo de las luces; y qué triste concepto formará la posteridad del grado de cultura de unos pueblos tan descaradamente explotados por unos cuantos farsantes sedicentes políticos! ¡Qué Jordan el de la política que todo lo falsea y todo lo borra!...

No todos los tesoros del Estado eran empleados por Perícles en lo que pudiera aumentar la fama y esplendor de su patria, sino que gran parte de ellos los invertía en corromper espartanos para sus ulteriores fines guerreros.

Despues de haber sometido á las ciudades sublevadas de la isla de Eubea, se dedicó al gobierno interior, prosperidad y reposo de su patria. Persiguió la ociosidad y la vagancia, orígen de numerosos y grandes males para pueblos que no posean la educacion necesaria para gozar de amplia libertad, y fundó varias colonias en el Quersoneso y la Tracia, poblando nuevamente la antigua Sibaris, que entónces tomó el nombre de Turio (en Italia), con ciudadanos pobres y gentes desocupadas y perdidas, sujetos todos á gefes que les dió.

Á pesar de sus excelentes dotes guerreras y literarias, dejóse prender Perícles en las redes del travieso Cupido, y no supo librarse del tributo que le pagan la inmensa mayoría de los mortales.

Una cortesana y filósofa jonia, célebre en Atenas así por su ingenio como por su belleza, supo aprisionarle el corazon al austero ateniense á pesar de estar ligado con otra mujer por los lazos del himeneo, y de haber sido aquella hermosa la querida de Alcibíades, predilecto discípulo de Sócrates y próximo pariente de Perícles. Los talentos y elocuencia de Aspasia, que así se llamaba la hermosa jonia, eran tan apreciados en Atenas, que el mismo Sócrates y los literatos más distinguidos de la ciudad iban á escuchar sus lecciones. El



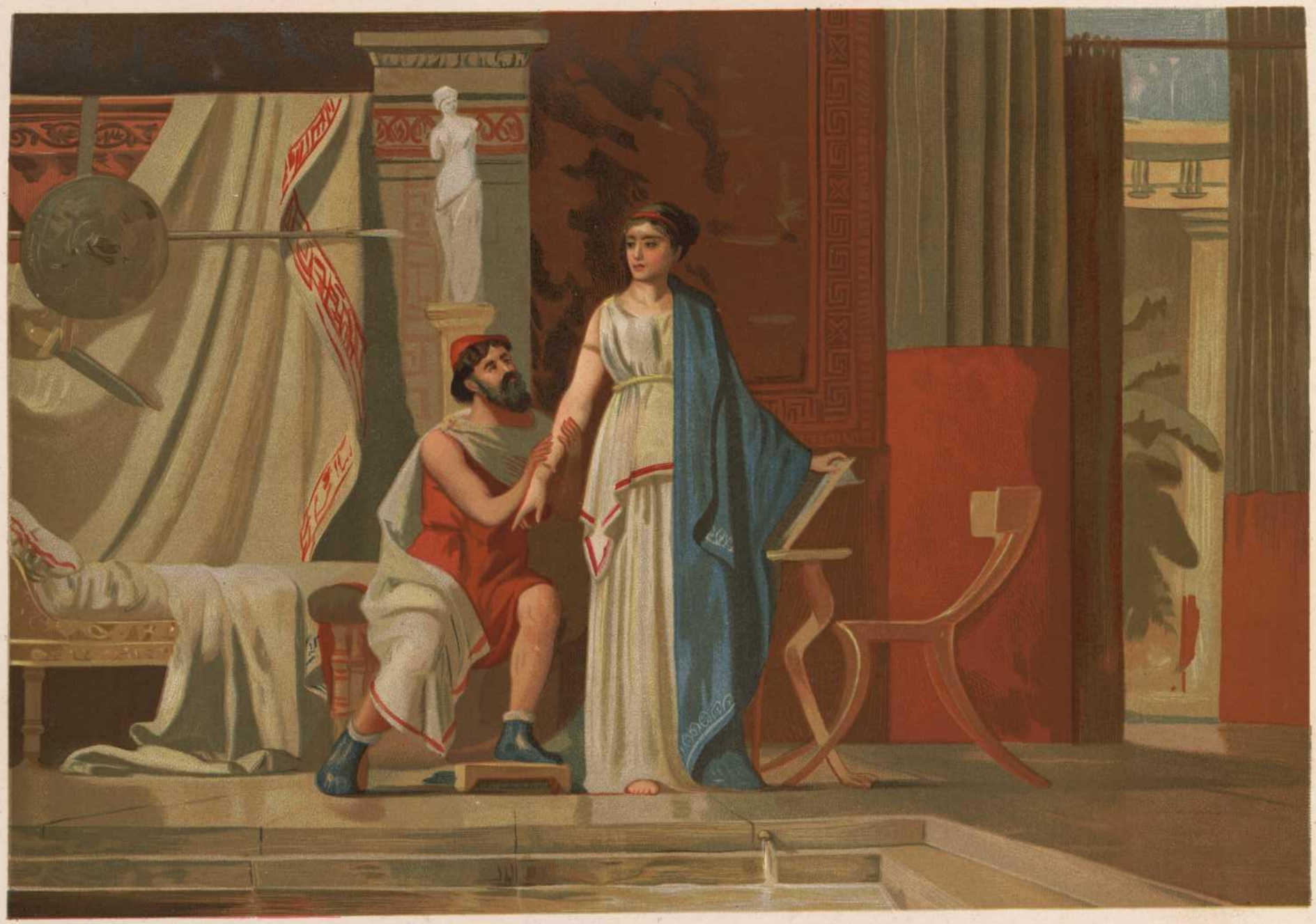
mismo provecho de tantos trastornos tan radicales; sin que las sociedades hayan sabido adelantar un solo paso en el conocimiento de los saltimbanquis políticos, verdaderos chaláranes condecorados, autores de más crímenes y delitos que todos los presidiarios juntos, escudados con el salvoconducto librado por el inmoral juego del alza y baja de la política! ¡Qué páginas tan sangrientas escribirá la historia de la civilizacion de este pobre siglo de las luces; y qué triste concepto formará la posteridad del grado de cultura de unos pueblos tan descaradamente explotados por unos cuantos farsantes sedicentes políticos! ¡Qué Jordan el de la política que todo lo falsea y todo lo borra!...

No todos los tesoros del Estado eran empleados por Pericles en lo que pudiera aumentar la fama y esplendor de su patria, sino que gran parte de ellos los invertía en corromper espartanos para sus ulteriores fines guerreros.

Despues de haber sometido á las ciudades sublevadas de la isla de Eubea, se dedicó al gobierno interior, prosperidad y reposo de su patria. Persiguió la ociosidad y la vagancia, orígen de numerosos y grandes males para pueblos que no posean la educacion necesaria para gozar de amplia libertad, y fundó varias colonias en el Quersoneso y la Tracia, poblando nuevamente la antigua Sibaris, que entónces tomó el nombre de Turio (en Italia), con ciudadanos pobres y gentes desocupadas y perdidas, sujetos todos á gefes que les dió.

A pesar de sus excelentes dotes guerreras y literarias, dejóse prender Pericles en los lazos del travieso Cupido, y no supo librarse del tributo que le pagan la inmensa mayoría de los mortales.

Una cortesana y hetaira jonia, celebrada por sus gracias así por su ingenio como por su belleza, supo apoderarse el corazon del austero ateniense á pesar de estar ligado con otra mujer por los lazos del himeneo, y de haber sido aquella hermosa la querida de Alcibiades, predilecto discípulo de Sócrates y próximo pariente de Pericles. Los talentos y elocuencia de Aspasia, que así se llamaba la hermosa jonia, eran tan apreciados en Atenas, que el mismo Sócrates y los literatos más distinguidos de la ciudad iban á escuchar sus lecciones. El



ASPASIA Y PERICLES.

amor que por Aspasia sentía obligó á Perícles á repudiar á su esposa por casarse con ella. Parece condicion inseparable de los hombres más distinguidos por bellas cualidades del ingenio sufrir la humillacion—que no lo es para ellos—de sucumbir al influjo de una mujer que se hace dueña absoluta de los mismos. Tuvo Aspasia un ascendiente tan poderoso sobre Perícles, que no sólo le dirigió á su antojo, sino que gobernó á nombre de él la república que dió al mundo más sabios y bravos guerreros. Accediendo á sus deseos y siguiendo sus consejos, emprendió Perícles la guerra de Samos, para vengar á los habitantes de Mileto, y encendióse la discordia contra los megarenses, organizándose de aquí la famosa lucha llamada guerra de Megara que dió motivo á la más célebre del Peloponeso.

Acusada Aspasia de impiedad, y de haber ocasionado aquellas calamidades á la república, por vengar agravios personales, tuvo que comparecer ante el tribunal del Areópago, en el que haciendo ella misma su defensa, gracias al imperio que ejercía con su hermosura y elocuencia, pudo salvarse de la severidad de sus jueces.

Repetidas veces hemos nombrado el tribunal del Areópago sin dar una idea sucinta siquiera de su constitucion y objeto, y, por vía de digresion oportuna, la daremos aquí. Este tribunal, el más augusto y respetable del universo, sujetaba á prueba á los magistrados recien elegidos, y tomaba estricta cuenta á los que cesaban en sus cargos. Celebraba sus sesiones en completa oscuridad, y áun en medio de la noche para que la vista no distrajese la atencion de los jueces, y para evitar los efectos de la elocuencia, sólo se permitía al orador exponer la verdad con sencillez. El objeto principal del Areópago era juzgar los delitos criminales; era depositario de las leyes y del tesoro público; señalaba recompensas á la virtud, castigaba la blasfemia y el desprecio de la religion, y cuidaba de la educacion de la juventud.

Este tribunal relajaría—en nuestro concepto—andando el tiempo, algo de su severa majestad; porque el ejemplo de Aspasia y sobre todo el de la querida de Praxíteles, la hermosa Frine, prueban que alguna luz había para deslumbrar la vista de aquellos jueces dominados por las bellas formas de

la que tantas veces sirvió de modelo á su amante escultor, para la produccion de sus mejores obras artísticas que no sólo inmortalizaron su nombre sino tambien el de su patria. Ademas, si sus sesiones hubiesen sido siempre nocturnas y á oscuras, nunca habría San Pablo dirigido su palabra á los areopagitas diciendo: Atenienses, al pasar, mirando yo las estátuas de vuestros dioses, he encontrado tambien un altar con esta inscripcion: « Al Dios desconocido, etc. »

Pero volvamos á Perícles, y absolvámosle de la debilidad, comun entre los grandes hombres, de ceder ante la influencia de una mujer, ya que Aspasia juntó el talento á la hermosura, cualidades no sólo no comunes entre mujeres, sino que hasta, al parecer, se rechazan, y ante las cuales se necesita una virtud más que humana para sostenerse firme é impecable.

Á sus muchísimas cualidades reunía tambien Perícles una magnanimidad ilimitada, que no la desmintió nunca puesta á prueba. Los poetas que le llamaron *Júpiter Olímpico,* dieron á su nueva consorte el nombre de Juno, con algunas otras calificaciones deshonrosas. No sólo desdeñó Pericles estas sátiras, sino que con una generosidad propia de su gran corazon, premiaba á Aristófanes y á otros poetas cómicos que varias veces se ensañaron contra él en sus composiciones. Como rasgo característico que acredita su sin par magnanimidad refiérese que habiéndole injuriado un día un particular, mandó á uno de sus criados que encendiera una antorcha y acompañase con ella á aquel hombre hasta su casa.

Que un cristiano, cuya religion le manda el perdon de las ofensas, imitara á Perícles no vengándose de una injuria, no fuera accion digna de los honores de la fama; pero que un pagano, guiado únicamente por la luz de la razon que puede atribuir á cobardía lo que sólo tuvo su orígen en una especial grandeza de ánimo, no es acto para olvidado, máxime en quien desempeña la primera magistratura de la república, cuyos menores deseos son obedecidos como imperiosos mandatos. Sería esto si se quiere veneracion á los dioses, pero, aparte que el paganismo nos presenta á sus dioses dados al placer de la venganza en lugar de atribuirles la virtud de los soberanos, cual lo es la magnanimidad, podemos más bien suponer que guiaba á Perí-

cles un vivo deseo de desterrar vicios y preocupaciones de su siglo, cuya cualidad es propia de los grandes hombres.

Un eclipse de sol, dice un escritor, que segun parece fué el del 3 de Agosto del año 431 ántes de nuestra era, espantaba á la tripulacion de un navío que mandaba Perícles, y viendo en particular al piloto aturdido y desesperado, le echó encima su manto, le tapó los ojos y le preguntó si tenía algo de funesta aquella oscuridad.—No, respondióle el piloto; y Perícles continuó:—Pues bien, esa otra se diferencia sólamente de esta, en que la causa un cuerpo mayor que mi manto.»

Sin embargo, al combatir Perícles con tanta franqueza las preocupaciones vulgares, se exponía á pasar por otra, y, efectivamente, ateniéndonos á lo dicho por un escritor, fué considerado como supersticioso desde que manifestó inclinarse á la filosofía de Anaxágoras primer maestro de los atenienses, que distinguió el espíritu de la materia y reconoció la existencia de un sér inteligente supremo que organiza, anima y conserva el universo.

Estas virtudes, capaces por sí solas para formar el más cabal elogio de un grande hombre, iban acompañadas de otras muchas no ménos recomendables, aunque más circunscritas á la vida íntima del hombre considerado en su existencia privada. Un historiador dice relativamente á esto: «Apénas hubo entrado en Epidaura, se vió acusado por Cleon, destituído por el pueblo, y condenado á una multa de quince talentos lo ménos, de cincuenta, segun algunos historiadores. Juntáronse á tantas desgracias, desdichas domésticas: la peste le arrebató parte de sus amigos y parientes, su hermana, su hijo Paralo, digno de toda su ternura, y su otro hijo Xantipo, de quien había tenido justos y muchos motivos para quejarse, porque acababa de disfamarle en la ciudad, ya con calumnias, ya revelando criminalmente muchos desórdenes privados.» No obstante, todas estas calamidades no consiguieron abatir el ánimo varonil de este grande hombre, cuyo temple resistía todos los embates de la fortuna próspera como adversa.

No pasarían desapercibidas tantas virtudes al pueblo ateniense que eligió sucesivamente varios gefes para que le gobernaran, pero al fin cono-

ció que ninguno había más digno de dirigirle que el que en otro tiempo había constituido sus delicias y sido objeto de su entusiasmo y admiracion.

Uno de sus primeros actos, al recobrar el poder, fué inscribir en la lista de los ciúdadanos de Atenas al hijo que había tenido de Aspasia; pero siendo este acto contrario á una ley anteriormente promulgada por el mismo Perícles, segun la cual no podía gozar de derechos políticos el que no hubiese nacido de padres atenienses, por ser Aspasia natural de Mileto, en la Jonia, se levantaron algunas murmuraciones.

Finalmente, aunque Perícles hubiese tenido muchos defectos—¿qué hombre no los tiene?—y recordando el proverbio italiano que dice:

Un bel morir tutta la vita onora,

quedaría ilustre por los siglos recordando sus postreros momentos.

En efecto, cuando los amigos que rodeaban su lecho de muerte, creían que no tenía conocimiento, oyó que alababan su genio y sus virtudes, citando sus hechos más gloriosos y memorables, é incorporándose un tanto, les dijo: «No elogiéis hazañas propias de otros muchos capitanes, y en que puede reclamar su parte la fortuna. Olvidáis sin duda lo más hermoso y más grande de mi vida pública, y es que ejerciendo tanto poder no he dado motivo á ningun ciudadano para vestirse de luto.»

Recuerden aquí nuestros lectores la definicion de la virtud de la humildad, y digan si hay muchos hombres en el mundo que, en igualdad de circunstancias, y áun sin ellas, puedan presentarse por modelos de humildes como el ilustre Perícles en sus postreros momentos, cuando la civilizacion cristiana no había proclamado como vicio capital el opuesto á la humildad.

Este recuerdo de Perícles nos trae á la memoria como su antítesis, más digna de meditacion por las especiales circunstancias que le acompañan, un ejemplo de las crónicas de los penitentes de la Tebaida en donde se refiere que próximo á expirar uno de aquellos penitentes, conceptuado por santo por sus muchas virtudes y penitencias asombrosas, y por haber pasado ochenta años en el desierto, consintió en un pensamiento vanidoso de su

propia santidad debida á sus muchas austeridades y privaciones, con lo que se quedó mal parada su humildad. Sea de esto lo que fuere, que es muy posible, sirve para nuestro objeto que es aquilatar muchísimo más la heróica y sublime virtud de Perícles, pagano, oyendo sus propios elogios de bocas agenas.

No sabríamos nosotros completar mejor lo mucho que nos faltaría decir aún de Perícles, que tomándolo de Tucídides, el historiador.

«Poderoso Perícles por su dignidad personal, dice, y su sabiduría, y reconocido como incapaz de dejarse corromper con dádivas, contenía á la multitud con el ascendiente que tenía sobre ella. Ningun impulso recibía del pueblo: sabía dirigirle. No habiendo adquirido su autoridad sino por medios honrosos, no necesitaba ya respetar los caprichos populares, ántes bien se atrevía á contradecirlos y reprimirlos. Si veía á los atenienses entregados á movimientos de una loca audacia, hablaba y sujetaba á los más fogosos inspirándoles terror; y si al contrario era preciso sacarlos del abatimiento en que solían caer, su voz reanimaba al momento su valor. La democracia subsistía sólo de nombre en un verdadero príncipe. Nunca adoptó ningun título que significase una autoridad suprema, y su nombre es inseparable de los nombres de los genios ilustres que florecieron en su siglo, como Fidias, Hipócrates, Aristófanes, Eurípides, Zeuxis, Anaxágoras, etc.»

Resumiendo, podemos decir con toda seguridad que en tiempo del gobierno de Perícles, tan largo como glorioso, fué cuando Atenas, enriquecida con templos, pórticos y estátuas, se hizo la admiracion de todos los pueblos vecinos, y cuando se hizo casi tan ilustre por la magnificencia de sus edificios, como lo era ya por el esplendor de sus hazañas guerreras. Encontrándola Perícles depositaria y dueña de los tesoros públicos, esto es, de las contribuciones que se habían impuesto á cada una de las ciudades de la Grecia, y estaban destinadas para la manutencion de las tropas y de las armadas contra los persas, creyó, despues de haber dado suficientes providencias para la seguridad del país, que no podía emplear más útilmente las cantidades que le quedaban, que en hermosear una ciudad en donde había edificios tales como los Pritaneos, los Propileos, y el templo de Teseo.

¿Obedecía la conducta de Perícles á un plan político, ó bien á un plan económico?

Los autores andan discordes en el juicio que emiten acerca de Perícles, y miéntras le ensalzan unos hasta las nubes, le condenan otros poniéndole al nivel de un vulgar disipador, no faltando quien ve en todo ello un robo hecho positivamente á los aliados y una deshonra para Atenas.

El poeta Tehelides dice, aludiendo á la administracion de Perícles: «Los atenienses le han entregado las rentas de sus ciudades y sus mismas ciudades; murallas de piedra para edificarlas y luégo demolerlas en seguida.»

Para juzgar con debido acierto, teniendo en cuenta la virtud y desinterés de Perícles, fuera necesario saber si el empleo que hizo de los caudales públicos estaba ó no conforme con la intencion de aquellos que los daban. De todos modos, y anticipándonos á las ideas concretas que más adelante emitiremos, debemos hacer constar como de paso que Perícles con su genio inspiró él solo á los atenienses la inclinacion á todas las artes, animó todos los ingenios, é introdujo una emulacion tan ardiente entre los más excelentes artífices en todo género, que, ocupados únicamente en el cuidado de inmortalizar su nombre, se esforzaban á competencia en las obras que se ponían á su cuidado, para exceder la magnificencia del dibujo con el primor y excelencia de la ejecucion. Ninguno de los edificios de Atenas que son aún la admiracion de los que saben su existencia, dejaría de necesitar muchos años y muchísimos hombres que se sucedieran unos á otros para llevarse á término, y sin embargo, vemos con asombro que todos llegaron á la mayor perfeccion durante el gobierno de un solo hombre, que consiguió dar su propio nombre á su siglo, el más floreciente entre tantos que tuvo la Grecia, y en un número bastante corto de años, atendidas las dificultades y condiciones de la obra.

El valor de estas se aumenta teniendo en consideracion la circunstancia, notada ya por Plutarco, de que la facilidad y prontitud comprometen regularmente la solidez y duracion de las obras; pero unido con el trabajo el tiempo, paga la usura de la dilacion y da á las obras una robustez capaz de conservarlas y hacerlas más duraderas que los siglos. Las obras de Perícles

fueron precisamente más admirables por esto mismo, porque fueron acabadas en muy poco tiempo y tuvieron tan larga duracion que algunas, bien que en ruínas, subsisten aún lo suficiente para poderlas admirar. Y es que en el mismo instante que salían de las manos del artífice, tenían un primor en el que se conocía ya su antigüedad, y aún actualmente, escribe Plutarco, á saber, unos seiscientos años despues, se conservan tan buenas y nuevas, como si se acabasen de terminar, conservando un aspecto de gracia y novedad que le estorba al tiempo deslucir su esplendor, como si tuvieran en sí mismas un principio de juventud inmortal y un espíritu de vida incapaz de envejecerse.

Fidias, el arquitecto más famoso y al mismo tiempo el más hábil escultor y estatuario de su época, fué el encargado por Perícles para dirigir y adornar sus magníficas empresas de espléndida construccion.

Siendo tan varios los aspectos en que merece considerarse el bello siglo de Perícles, y atendida la mayor claridad que deseamos dar á las materias, creemos oportuno hacer aquí alto, para fijarnos en uno de los tantos aspectos y formarnos de este modo ideas más cabales y exactas de aquella civilizacion que nos asombra tanto más cuanto la meditamos con más detenimiento, siendo siempre abundante manantial de inspiraciones que siente el alma, recuerdos de ilustres memorias, confusa mezcla ahora de admiracion y dolor ante venerandos escombros, últimos restos de generaciones de gigantes, de pueblos de héroes, de fenómenos de saber y valor.







CAPÍTULO II

ATENAS. — COSTUMBRES PÚBLICAS Y PRIVADAS. — MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS, CIENTÍFICAS Y LITERARIAS

MEMOS no ser creídos: nuestra situacion es comprometida: no sabemos hacia dónde dirigirnos. Á la manera que introducidos en un extenso y rico jardin, en la estacion de las flores, no acertamos en fijar la vista en un punto determinado, porque solicitan y lla-

man nuestra atencion miles de variedades de hermosas plantas que ostentan á porfía ricas coronas de matizadas flores, dando infinitos tonos al cuadro que se desarrolla á nuestro rededor, asimismo nos ocurre ahora al divisar con la imaginacion esa tierra griega á cuyos nombres va unida la historia de la mayor grandeza, de miles de héroes y sabios, junto con los clásicos recuerdos de la más fuerte y culta de las naciones antiguas. Nuestras fuerzas son débiles, corta nuestra inteligencia, reducido el espacio de que disponemos, inmenso el horizonte que se nos abre: ¡fatales condiciones para un buen desempeño! Acojámonos, pues, á la indulgencia del benévolo lector, que se dignará concedérnosla hidalgamente, y emprendamos con su favor el viaje prometido.

Atenas se nos ha presentado, en el capítulo anterior, como el reverso de la medalla de Esparta. Si prescindimos de la historia guerrera de esta última, ni memoria histórica tendremos de ella; miéntras que eliminando de Atenas todos sus hechos de armas, nos quedan aún sus artes y ciencias que le darán eternamente el dictado de sabia entre las más sabias.

En Atenas toman su existencia propia todos los elementos constitutivos de la sociedad, sean estos artísticos, industriales, políticos, filosóficos, religiosos; y teniendo existencia propia, dicho se está que eran libres, independientes. En Atenas todo respiraba libertad: á esto debe atribuirse el vuelo que tomaron en ella todos los conocimientos. No vaya á creerse por lo dicho que la libertad no tuviera en Atenas sus limitaciones, ó restricciones, que las tenía impuestas por el Estado, pero con tan buen acierto que contribuían á su mejor desarrollo y prudente direccion.

Atenas se nos presenta inmensamente rica, efecto de los tesoros que le proporcionó la Persia; pero no penetraron sólamente en Atenas las inmensas riquezas de Persia; con ellas se introdujeron tambien en su suelo vírgen aún las costumbres asiáticas que influyeron en el cambio que experimentó la sociedad ateniense.

El siglo de Perícles fué el que inició el cambio radical de las costumbres griegas admitiendo usos asiáticos, que es como si dijéramos la distincion pronunciada entre pobres y ricos, entre esclavos y señores.

En épocas no muy anteriores á Perícles se habían visto algunas apariencias, más que casos concretos, de fortunas relativamente grandes como las de Callias y Temístocles; pero, á pesar de esas ráfagas fugaces, que podríamos llamarlas de la fortuna, eran entónces casi imperceptibles las manifestaciones del bienestar, por reducirse todas á una que otra exhibicion de trajes orientales en algunas familias opulentas.

Con los datos que nos facilitan los historiadores de aquellas épocas se puede venir en conocimiento de la sencillez que reinaba en las habitaciones, y hasta podemos saber alguna que otra costumbre casera que nos dará la medida del bienestar de aquellas gentes y del concepto que merecía: tal es, por ejemplo, calificar de superfluidad ó lujo la costumbre de ciertas personas acomodadas que, en los rigores del verano, hacían refrescar el agua destinada para su bebida. ¡Qué no criticarían ahora aquellos escritores al ver tanto refinamiento en las bebidas y el excesivo gasto que exige su preparacion y refresco en verano, sobre todo al ver que no están destinadas para personas acomodadas, sino para quien dispone de una insignificante cantidad! Pero estas son observaciones poderosas para seguir el curso de la civilizacion por medio del estudio y conocimiento de las costumbres, insignificantes á veces, pero atendibles siempre. Háblannos tambien los historiadores de la costumbre supérflua, que nosotros llamaremos lujo, de vestir túnicas de lino, y de la moda reservada para algunas personas ricas de poner en sus cabellos cigarras de oro formando corchetes para sostenerlos.

Las fortunas fueron en aumento porque se honró el trabajo, sobre todo en los campos, y corrió parejas con aquél la asistencia que daban á los pobres en forma de comidas, auxilios y hasta dotes á las jóvenes. Los ricos tenían muchos medios de sacar partido de sus riquezas, comprando terrenos, colocando capitales en diversas industrias y en el comercio marítimo.

Para ser justos, al hablar de Perícles que tuvo la dicha de unir su nombre á su siglo, debemos confesar que el iniciador del movimiento ateniense, de aquel movimiento que dió ser á las artes y ciencias, fué en rigor de verdad el jefe de la aristocracia ateniense, Cimon, hijo de Milcíades.

Cimon fué quien, hablando propiamente, formó los artistas que inaugu-

raron la época gloriosa cuyos frutos supo recoger hábilmente Perícles continuando por el camino iniciado por aquél.

Cimon disponía de una fortuna inmensa que supo destinar al progreso de las artes. Ademas, supo conocer á los artistas y rodearse de ellos. Si Fidias fué el confidente de Perícles, ya Polignoto lo había sido de Cimon. Si los Propileos y el Partenon forman la aureola del gefe del pueblo, Cimon puede gloriarse del templo de Teseo, del Gimnasio, del templo de la Victoria y otros monumentos no ménos dignos de fama.

Entre Cimon y Perícles no media mas diferencia sino que aquél representa la edad primitiva del arte, y éste su apogeo; pero, en cambio, aquél puede presentarse sin mancha alguna, como sin mancha está la inocencia, miéntras á éste pueden imputársele ciertos defectos, indicios de la corrupcion consiguiente á la pérdida de la inocencia.

No significa esto en manera alguna que tratemos de afear la vida privada de Perícles: le consideramos como hombre público, y, en este sentido, podemos sostener que su ejemplo público influyó mucho más en la sociedad ateniense que su ejemplo personal ó privado.

La civilizacion griega no perderá nada en manos de Perícles: como hombre privado puede servir de modelo de templanza y sencillez, no cediendo en estas cualidades al ciudadano más humilde de Atenas, hasta el extremo que sus propios hijos se quejaban de la excesiva frugalidad que reinaba en la casa.

Esto no obstante, á no ser por el impulso directo y personal de Perícles no habría Grecia poseído, ni el mundo admirado los incomparables ejemplares arquitectónicos y estatuarios con que los artistas griegos se inmortalizaron. Al hablar del impulso directo y personal de Perícles aludimos á la resistencia opuesta por los ricos de Atenas que alegaban, para justificar su oposicion, la queja de ser ellos los que debían soportar aquellas cargas. Bien es verdad que Perícles se veía ayudado por el voto del pueblo que no solo no reparaba en el gasto, sino que á veces, y hasta muy á menudo, compelía á que se hiciera.

Á no ser por el pueblo, no habría tenido Atenas la estátua de Minerva,



ESTATUA DE MINERVA, RECIENTEMENTE ENCONTRADA EN ATENAS.

raron la época gloriosa cuyos frutos supo recoger hábilmente Perícles continuando por el camino iniciado por aquél.

Cimon disponía de una fortuna inmensa que supo destinar al progreso de las artes. Además, supo conocer á los artistas y rodearse de ellos. Si Fidias fué el confidente de Perícles, ya Polignoto lo había sido de Cimon. Si los Propileos y el Partenon forman la aureola del gefe del pueblo, Cimon puede gloriarse del templo de Teseo, del Gimnasio, del templo de la Victoria y otros monumentos no ménos dignos de fama.

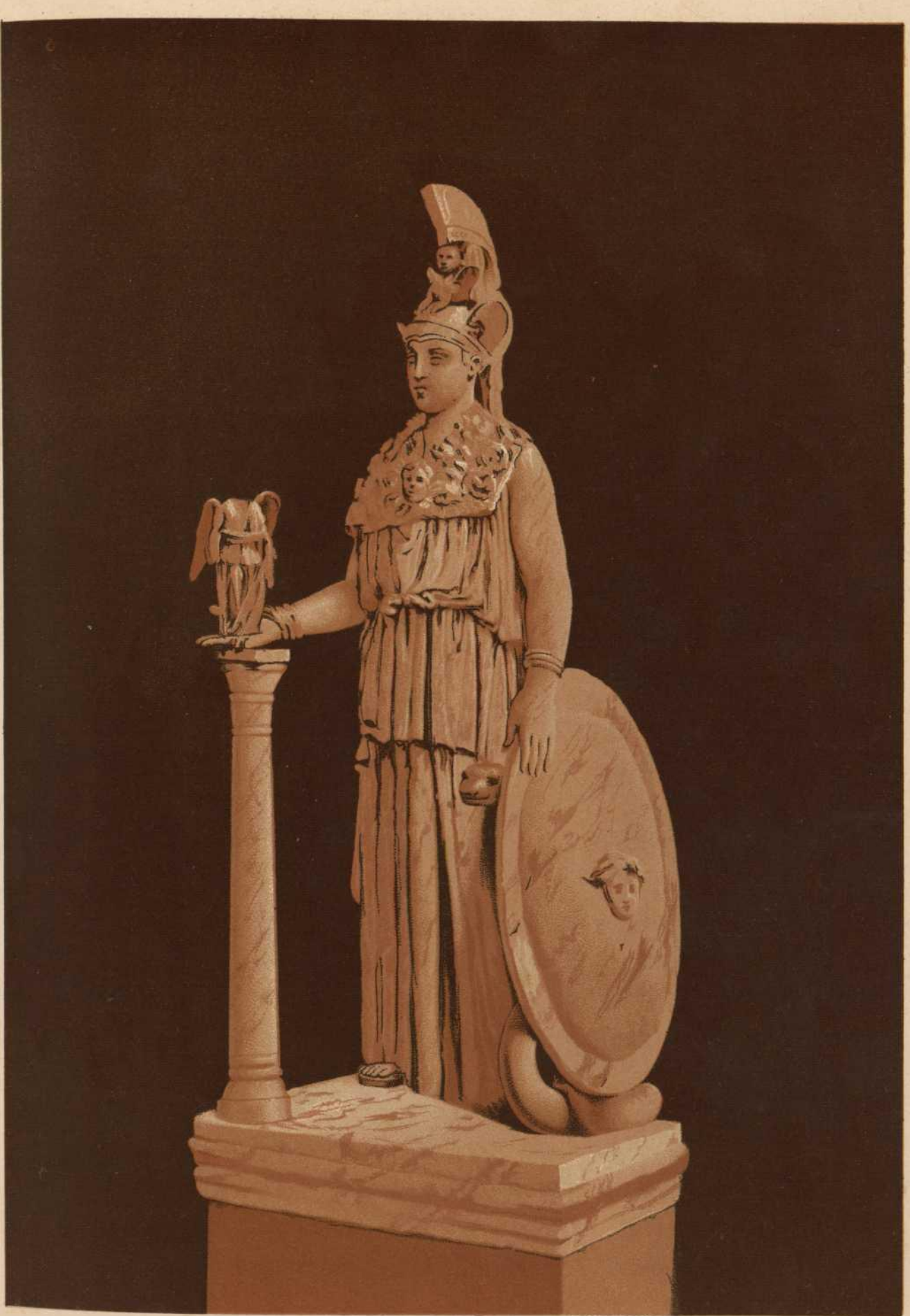
Entre Cimon y Perícles no media mas diferencia sino que aquél representa la edad primitiva del arte, y éste su apogeo; pero, en cambio, aquél puede presentarse sin mancha alguna, como sin mancha está la inocencia, miéntras á éste pueden imputársele ciertos defectos, indicios de la corrupcion consiguiente á la pérdida de la inocencia.

No significa esto en manera alguna que tratemos de afear la vida privada de Perícles: le consideramos como hombre público, y, en este sentido, podemos sostener que su ejemplo público influyó mucho más en la sociedad ateniense que su ejemplo personal ó privado.

La civilizacion griega no perderá nada en manos de Perícles: como hombre privado puede servir de modelo de templanza y sencillez, no cediendo en estas cualidades al ciudadano más humilde de Atenas, hasta el extremo que sus propios hijos se quejaban de la excesiva frugalidad que reinaba en la casa.

Esto no obstante, á no ser por el impulso directo y personal de Perícles no habría Grecia poseído, ni el mundo admirado los incomparables ejemplares arquitectónicos y estatuarios con que los artistas griegos se inmortalizaron. Al hablar del impulso directo y personal de Perícles aludimos á la resistencia opuesta por los ricos de Atenas que alegaban, para justificar su oposicion, la queja de ser ellos los que debían soportar aquellas cargas. Bien es verdad que Perícles se veía ayudado por el voto del pueblo que no solo no reparaba en el gasto, sino que á veces, y hasta muy á menudo, compelía á que se hiciera.

Á no ser por el pueblo, no habría tenido Atenas la estátua de Minerva,



Mir Tarradas Gomas y C.ª Editores

ESTÁTUA DE MINERVA, RECIENTEMENTE ENCONTRADA EN ATENAS.

venerada en el interior de su templo, ni se habría hecho de oro y marfil con piedras preciosas que figuraban los ojos.

Y ya que hablamos de esta estátua, no podemos omitir algunos detalles. Medía cerca de doce metros. Fidias quería hacerla de mármol, fundando su exigencia en que esta piedra conserva su brillo más tiempo y está ménos expuesta á deteriorarse, en tanto que el marfil sujeto á la influencia atmosférica se agrieta y se rompe fácilmente en tiempo seco. Fidias supo vencer este inconveniente recurriendo á los hoyos que hacía en sus estátuas de marfil, más numerosas que las de bronce.

Otra circunstancia debe tenerse en cuenta, al tratar de la estátua de Minerva, que nos pondrá al tanto del voto que tenía el pueblo áun en aquellas cosas no políticas ni costeadas por él, bien que rozadas con la religion. Deseoso Fidias de labrar la Minerva en mármol, y tomándola por empresa, como diríamos ahora, pretextó que sería menor su coste, á lo que se le impuso silencio por creerse impío el deseo siquiera de economía tratándose de una diosa; y no paró aquí el mandato del pueblo, sino que exigió una estátua de marfil y oro, pero de oro el más puro que se pudiera hallar, en cuya consecuencia se le entregó á Fidias para sus adornos por cuarenta talentos de peso, equivalentes, segun parece, á tres millones de pesetas, apreciando, empero, la moneda por su valor antiguo y no por el actual que es inferior.

Los vestíbulos de los Propileos ó Acrópolis, que construyó en mármol el arquitecto Mnesicles, ascendieron á la cantidad de dos mil doce talentos, á cuya suma no llegaban las rentas anuales de la República.

Fijándonos en proporciones podríamos calcular el inmenso importe del Partenon, construído todo de mármol del monte Pentélico, midiendo setenta metros de largo por treinta y dos de ancho y veintiuno de altura, enriquecido con esculturas de muchos artistas y cuyo friso revela una perfeccion de arte que no igualarán las edades venideras. Siguiendo en estos cálculos para el coste del Odeon y demas edificios monumentales, alcanzaríamos sumas fabulosas, increíbles.

Las sociedades no podrán agradecer jamas á Perícles el inmenso bien que les hizo llevando á cabo sus colosales empresas; porque, aunque los

griegos de su época, económicamente hablando, no hubiesen reportado ningun beneficio inmediato de aquellas inmensas fábricas, nadie es capaz de reducir á cantidades ni á frases lo que los adelantos industriales y artísticos les son deudores en un espacio de muchísimos siglos, y de los que le deberán las artes miéntras subsista la humanidad.

No debe olvidarse nunca que las sociedades no viven para su época sólamente: el hombre se debe á la sociedad y esta se debe á la humanidad en general. Sabido esto, sería reducir á muy mezquinas proporciones el papel correspondiente á una generacion si se le concretara á ella sola, y sería ademas un juicio muy superficial el que se limitara á apreciar el bien ó el mal de una época no sacándolo de aquel reducido círculo. Podrán parecer nulos, estériles los resultados; podrán conceptuarse sin consecuencias los bienes ó males en un momento histórico dado; pero con relacion á la vida futura de las sociedades sucesoras, pueden ser de trascendentales intereses, porque lo es todo lo que depende de las artes y ciencias cuya posesion y adelanto pertenece á toda la humanidad.

En este concepto, pues, no nos cansaremos de repetirlo, es deudora la humanidad de eterno agradecimiento á Perícles, cuyas intenciones y miras no debe juzgar nadie, porque concibió y realizó la idea más grandiosa para el adelanto de la civilizacion, dadas sus circunstancias de lugar y tiempo.

Dígasenos ahora que eran políticas ó económicas las miras de Perícles, resulta de todos modos que se descubre en ellas un plan más vasto de lo que á primera vista pudiera parecer, y una firmeza de carácter en su prosecucion como pocas haya habido.

En nuestro siglo hemos visto ocupar muy á menudo los brazos como recurso político, y esta costumbre—que tal puede ya llamarse—ha influido quizas, sin darse cuenta de ello, en varios escritores, para afirmar, con demasiada seguridad, que ese había sido el móvil de Perícles al emprender tan gigantescas obras. No tienen en cuenta los que tal afirman el peligro que entraña una concentracion tan exagerada de brazos en capitales populosas, y Perícles que era hábil político, no debía desconocer los riesgos de semejante medida para adoptarla guiado con aquel criterio.

Ya dimos cuenta oportunamente de lo que Atenas había colonizado. Segun Aristófanes pasaban de mil las ciudades sujetas al yugo de la ciudad helénica, y proponía que cada una de ellas mantuviera por su cuenta á veinte atenienses para aliviar los gastos.

La colonizacion ofrecía muchos y graves inconvenientes, porque los magistrados, llamados clerucos, que velaban la reparticion de las tierras en las nuevas colonias, no desempeñaban sus cargos sin peligros, supuesto que las poblaciones les miraban con odio, porque se presentaban con armas y reprimían severamente las insurrecciones que á veces se intentaron.

Los hombres ocupados en las obras de embellecimiento de Atenas sacaron del tesoro público las mismas ventajas que los marinos y los soldados y todos los que estaban de guarnicion en las plazas, segun lo expresa manifiestamente Plutarco en la *Vida de Perícles,* y así se comprende que el juicio emitido por los aristócratas sea generalmente desfavorable á Perícles.

Pero no se redujo á esto todo, sino que recurrió Perícles á otros medios ademas de las construcciones de obras públicas, siendo las fiestas uno de los más usados.

No es este lugar oportuno para decir lo que no debemos pasar en silencio respecto de los juegos ó fiestas en Grecia, como manifestaciones curiosas y seguras de su civilizacion, pero no estará de más advertir, como de paso, que nada tienen que ver las fiestas del pueblo ateniense tan magníficas y severas con las sangrientas y salvajes del pueblo romano.

Atenas vivía siempre para la ciencia; Roma no gozaba sino entre el estrépito de las armas.

No obstante, como veremos oportunamente, no todas las fiestas griegas revelan un estado de civilizacion digno de elogio y en consonancia con las buenas costumbres. Diríase que el bello suelo de Grecia que tan escogidas flores produjo, no pudo librarse de dar vida á espinas y cizañas, más propias de un yermo descuidado que de un jardin dado al cultivo de persona inteligente. Las fiestas de Baco, por sí solas, bastarían para echar el descrédito al pueblo más culto. Atenas era entónces desconocida, y parece imposible

por los monumentos públicos. Y así fué en efecto, porque se inició un verdadero furor de transformacion, y la mayoría de las casas particulares de Atenas, distinguidas hasta entónces por su sencillez, adoptaron en adelante un sello característico de elegancia que luégo se trocó en lujo.

En este punto no puede negarse á Perícles la iniciativa que se le debe en justicia. Á los edificios siguió luégo la magnificencia de todas las bellas artes aplicadas al ornato de las casas particulares, y el aspecto interior y exterior de Atenas cambió radical y completamente, hasta el punto que el adorno de las habitaciones se hizo imponente.

El observador curioso debe notar aquí los cambios radicales introducidos ya en las costumbres. Antes de este desarrollo de lujo, el dote de una mujer no podía exceder de tres vestidos y unos cuantos vasos de escaso valor. Fiscalizábase todo, hasta los gastos de los festines, de manera que no podía el número de los convidados exceder de treinta, y los fondistas estaban obligados á dar parte á las autoridades de las comidas y convidados que se les encargaban y se reunían.

La libertad no ha sido siempre tan amplia y sin trabas como vulgarmente se cree, ni áun en los países más libres en el nombre, y nos expresamos así, porque las costumbres actuales rechazarían dentro de la monarquía, por absolutas y tiránicas, muchas prescripciones observadas en régimen republicano y en países modelos de libertades públicas.

Más aún; las prescripciones restrictivas se extendían hasta ultra tumba. ¡Qué pueblo moderno se sujetaría á tantas trabas! Una sepultura no debía representar más valor que el de unos treinta jornales, ni en el sepulcro de un muerto ó en la pira del mismo se podían legalmente colocar más que tres vestidos.

Las costumbres de que estamos dando cuenta resaltarán más si consultamos autores contemporáneos, eco siempre fiel de las sociedades.

«¡Perezca miserablemente la que me hizo casar con tu madre!—dice Strepsíades á su hijo Fidippido, en una comedia de Aristófanes.—Yo pasaba en los campos los días más felices; mi vida era sencilla y tosca sin regalo; tenía abundancia de colmenas, rebaños y haces de aceitunas. Despues, yo,

que el pueblo ébrio y toscamente ridículo de estas fiestas sea el mismo que tan magnífico y grave se presentaba en las dedicadas á Minerva, su diosa tutelar.

La administracion pública de Perícles se presta á estudios graves que nosotros no podemos acometer, sin extralimitarnos de nuestro objeto. De todos modos merece consignarse que supo resolver el problema de sostener de diez y ocho á veinte mil atenienses á expensas del erario público, dotando á la capital de monumentos tan grandiosos cuyos iguales no han vuelto á ver los siglos.

No desconocemos los problemas económicos que se nos podrían presentar con este motivo, de resultas de la lucha entablada entre estas necesidades y la obligacion impuesta á los ricos de subvenirlas, con gravámen de sus propiedades y capitales, prescindiendo aún de los sociales que debían surgir de ahí por el derecho que supondría tener el pueblo á la distribucion en cierto modo obligatoria para el rico de sus haberes; pero una vez más repetimos que estas son materias que nos están vedadas, á no ser que debiéramos mirarlas desde el punto de vista de los vicios que debían originar y arraigar en los atenienses, vicios representados por la pereza, la codicia y otros peores. Como consecuencia de todo esto, y, como de rechazo, debía resentirse aquella sociedad de esas contribuciones forzosas por la influencia necesaria que ejercería en épocas tumultuosas ó críticas, proporcionando á las masas un arma con que amenazar á la aristocracia, exigiéndole ya como obligacion lo que ántes pudo mirarse como una condescendencia con más ó ménos visos de consentida. La democracia ateniense era de este modo un peligro contínuo y temible para la aristocracia.

La lógica, con su inflexibilidad, nos lleva á fijarnos en ciertas observaciones, de las que nos es imposible prescindir.

El ejemplo dado por Perícles debía producir sus efectos, y los produjo necesariamente.

El esplendor y magnificencia de las obras llevadas á cabo por el gefe del poder debía reflejarse en las construcciones civiles de los potentados. Á la sencillez característica de aquellas sociedades debía suceder el lujo iniciado

campesino, tomé por esposa una hija de ciudad. Caséme con la sobrina de Megacles, mujer fastuosa, derrochadora, una otra Cesira. Siendo ya su esposo, no traje al lecho nupcial más que el olor del vino dulce, higos secos, lana de las ovejas; pero ella, al contrario, no traía más que perfumes, esencias, coquetería, lujo, festines, aficion á los placeres.»

Introduzcámonos más y más en las interioridades de familia; escuchemos las reyertas de esta, y estudiemos el cambio de la sociedad, equivalente al de la civilizacion, prestando el oído á lo que el poeta ya citado pone en boca de sus interlocutores, notando de paso, como siempre y en todas partes, que es la mujer la que más se deja llevar por la corriente de las innovaciones.

«Luégo que el hijo hubo venido al mundo, nos querellábamos mi noble esposa y yo, con motivo del nombre que llevaría. Exigíalo ella caballeroso, como los Xantipo, Charippa, Calsípido; yo le daba el de su abuelo, Fidónido. Finalmente, despues de una larga contienda, adoptamos un término medio, y le llamamos Fidippo. Su madre le decía, enseñándole á hablar: «Hijo mío, qué alegría será la mía cuando yo te vea, montado en un carro, y ricamente vestido, entrar triunfante en nuestra ciudad, como lo hizo Megacles!» Yo le decía: «Cuándo te veré yo, vestido de una piel como tu padre, conduciendo las cabras del monte Teleo?»; pero él no atendía mis discursos, y su pasion por los caballos ha sido mi ruína.»

Tenemos aquí minuciosamente descritas las costumbres de familia, pero vemos que los poetas las censuran hasta con mordacidad sobre todo relativamente al sexo femenino.

Fijándonos en la época y juzgándola por los datos que de ella tenemos en abundancia, podemos inferir que la moda y hasta el buen tono exigían ya ciertos goces materiales que la moral critica aún actualmente despues de tantos siglos. La humanidad no se corrige, ni se enmienda.

Si descendiéramos á más pormenores, nos parecería imposible que el grave carácter ateniense llegara á la frivolidad que demostró, entre otras cosas, por ejemplo, en su pasion por pequeñeces, que podríamos llamar pagadas, no obstante, á peso de oro. Esta pasion era propia así de los

hombres como de las mujeres, y vemos que Alcibíades, á pesar de haber tenido á Sócrates por maestro, lleva sus caprichos hasta el extremo de pagar cerca de siete mil pesetas por un perro, imitando en esta pasion á las mujeres atenienses contemporáneas suyas que derrochaban fortunas por darse el placer de ser dueñas de aves raras. Al ver el inmoderado deseo de cosas raras que se apodera á veces de las sociedades se siente el observador impulsado á decir casi que lo bello no es tal por serlo, sino porque agrada. Á no ser así ¿cómo explicarse satisfactoriamente que el mismo Alcibíades se gozara con la costumbre de llevar metida en su seno una codorniz, y que se entregara un día al mayor frenesí aplaudiendo al pueblo griego que corría desesperado detras de ella escapada de su dueño para recogerla y devolvérsela? Son esas costumbres dignas de un pueblo que figuraba al frente de la civilizacion humana? Bien es verdad que se nos puede objetar que la vida de Alcibíades anuncia los primeros síntomas de la decadencia moral de aquel pueblo ilustre, y que en lontananza se divisan ya los pueblos del Occidente apropiándose aquella cultura para dejar rezagado al griego.

Quisiéramos, empero, que se notara tambien, como signo característico, que veremos y hemos visto ya repetido en todos los pueblos, que esta decadencia, que esa caída por una pendiente que lleva á la humillacion, va siempre acompañada de manifestaciones irreligiosas, mejor dicho, corre parejas con la irreligion hecha pública.

Atenas vivió escandalizada por las prodigalidades de Alcibíades y más que todo por las burlas que hacía en sus festines de los misterios de la religion. Cuando se hieren los sentimientos religiosos de un pueblo, se rompe el único dique, capaz en caso necesario, de contener sus pasiones que siempre acechan una oportunidad para desbordarse.

Hay en la vida de Alcibíades rasgos característicos que pintan el estado de las costumbres atenienses con colores que hacen subir el carmin al rostro más curtido en la deshonestidad y vicios parecidos. No satisfecho con su conducta licenciosa, y como si quisiera representarla por un acto permanente, se hace retratar en una postura vergonzosa, y no respetando ya los sentimientos que podríamos llamar nacionales en nuestro lenguaje moderno,

manda quitar de su escudo las armas de Atenas sustituyéndolas con la figura del Amor.

El rasgo, empero, que nos dará una idea más cabal de aquella sociedad griega entregada ya al delirio de los goces, lo tenemos en el hecho de Alcibíades en casa de Anytus.

Salía Alcibíades, metiendo mucho ruído, de una orgía, y se pára delante de la puerta del salon. Al ver llenas las mesas de vajilla de oro y plata, manda á sus esclavos que tomen la mitad de ella y la lleven á su casa, y se retira luégo, sin dignarse entrar. Los convidados de Anytus se quejaron indignados de tanta insolencia y audacia, pero él les dijo: «No estais en lo justo; él se ha portado, al contrario, con mucho comedimiento y bondad; porque era dueño de llevárselo todo, y nos ha dejado la mitad.»

Los comentarios holgarían aquí.

Alcibíades era una confusa mezcla de virtudes y vicios, y esta amalgama le constituyó el ídolo de los atenienses, á quienes supo imponerse mejor que nadie con el desprecio con que les miraba sabiendo revestirse de esplendor. Esto explica lo dicho por un poeta hablando de él: «El pueblo le desea y quiere tenerle, sin dejar empero de odiarle.» Á la distancia que nosotros le tenemos, sin profesarle cariño, ni odio, le contemplamos de distinto modo que el pueblo de Atenas, y vemos en él la fuente de la depravacion moral de la grande ciudad.

Este estado social dará vida á los sofistas, y estos envenenarán la atmósfera griega. La esclavitud influye tambien poderosamente en aquella sociedad que siente ya en su seno el vírus que la corromperá.

El espectáculo que nos presenta aquella época es inmensamente horrible si se prescinde de la literatura y las artes. La humanidad no existe ya en aquel pueblo sin costumbres: el vencido pertenece al vencedor, que lo hace esclavo ó lo mata. En el bello suelo helénico ya no se reconoce más ley que la del más fuerte, como en los primeros días de los pueblos. Del antiguo sentimiento de la patria no queda ya más que una leve sombra: no hay griego que por vengar una afrenta personal, por condescender á las exigencias de su partido político, ya que no á otros móviles ménos nobles aún, no se

abaje acudiendo al extranjero é introduciéndole ademas por sí mismo hasta su propia patria en son de vencedor. El nivel de la moral ha descendido tanto, que parece un mito la época gloriosa de la resistencia contra los persas. La aristocracia y la democracia rechazándose mútuamente, siembran los odios y los estragos en Atenas y Esparta, tan rivales como opuestos sus principios. Como legítima consecuencia de esto cambia la manera de ser de los ejércitos griegos, y los mercenarios, procedentes de todos los países, ocupan las filas abandonadas por el valor helénico, y pasan de una á otra bandera á medida que alternan los partidos, ó á proporcion del aumento que experimentan los sueldos.

Hemos dicho que sería desolador este cuadro de la Grecia si no lo velaran con el esplendor de su gloria algunos grandes genios que llevan sobre sus hombros, y lo sostienen dignamente, el inmenso peso del nombre griego tan respetado por su saber. Sófocles, Eschilo, Eurípides, Aristófanes, Jenofonte, en las letras; Fidias, Policleto, Zeuxis, Parrasio, en las artes, forman las nubes de gloria que impiden á los pobres mortales ver claramente la rápida descomposicion de aquel gran pueblo.

Para colmo de desgracia, miéntras los grandes maestros de la filosofía griega tuvieron por objeto la investigacion de la verdad, dedicando á ella los poderosos recursos de sus genios sin rival, no se cuidaron de la propagacion de sus doctrinas más allá del reducido círculo á que se habían circunscrito; pero tan luégo como los sofistas, verdadera plaga de la filosofía, hubieron aparecido en el campo de la ciencia, pasearon sus doctrinas por toda la Grecia, como apóstoles de ideas nuevas que pretendieran regenerar la sociedad y el mundo todo.

La filosofía, hasta entónces, había sido el patrimonio de unos cuantos; pero ellos, con sus predicaciones, despertaron el afan de saber, y los pueblos griegos sintieron la sed de los problemas filosóficos, reservados hasta aquella hora á los iniciados en los misterios científicos. Los resultados, como no podía ménos, fueron funestísimos para la moral de los pueblos, porque la verdad no gusta de subterfugios ni argucias, ni va en busca de velos que la envuelvan. Las instituciones griegas eran republicanas á cuanto cabe, dadas

las relativas circunstancias de lugares y tiempos; la religion politeista hasta lo infinito, y, á pesar de todo esto, las máximas sofísticas minaron insensible pero hondamente los principios sobre que descansaban la política y la religion de los griegos.

El escepticismo de los sofistas caminaba derechamente á los goces egoistas como única conclusion de una metafísica que reservaba una mera apariencia para los seres y reducía la moral á un convenio.

De consecuencia en consecuencia la sociedad ateniense echará un velo manchado de fango sobre su espléndida civilizacion, y la sabia Atenas será una digna émula de Corinto, convertida en punto de reunion de las cortesanas y de las personas abandonadas en brazos de los deleites y orgías.

La avaricia, la gula, la crápula, la ociosidad y holganza con todo su cortejo obligado de voluptuosidades será la atmósfera que se respire en aquel privilegiado país, cuyos hombres perderán los hábitos guerreros por el deseo de continuar gozando una vida rodeada de comodidades de todo género, con dinero bastante para comprar un soldado sin valor ni amor patrio que le reemplace en la fatigosa vida de las armas.

Los vinos de Lésbos y Chio, gustosos y agradables en tanto grado que fueron el regalo de los mayores potentados romanos, despertaron tal intemperancia hasta entre las mujeres griegas, que sólo puede compararse con el desenfreno de los hombres para adornarse, perfumarse y vestirse hasta el punto de tan extremada ridiculez que se convertían en personajes de teatro.

Creemos inútil recordar á nuestros lectores que en este estudio de las costumbres griegas, como de todo lo relativo á tiempos antiguos en comparacion con los nuestros, para llegar al conocimiento de las distintas civilizaciones, no deben perder nunca de vista la máxima: *distingue tempora*..... Efectivamente, prescindiendo de los vicios contra la moral que, por pertenecer á la ley natural, son de todos tiempos, como vemos en Atenas hombres y mujeres consagrados al culto de Venus trocando empero brutalmente las funciones sexuales, sin renunciar por esto cada uno á las suyas propias, notamos que los escritores austeros de aquella época tronaban contra las suntuosas comidas de los ricos atenienses por la espléndida lista de platos servidos

en ellas, y, sin embargo, no pasaban los convites más suntuosos de ser lo que hoy se llama entre nosotros una comida abundante. Debemos, sin embargo, ser justos: no criticaban en rigor los autores aludidos el número de los platos que salían á la mesa, sino el precio que costaban: el exceso de lujo que representaban.

Hablando de las costumbres áticas observadas en las comidas, dice un autor moderno: «Las aves del Faso, aclimatadas en los criaderos formados por ricos particulares, los jabalíes de la isla de Melos, los corzos de los grandes bosques de la Grecia, las perdices y las liebres alimentadas con plantas aromatizadas; los tordos, las becadas, las aves de corral, cebadas por medio de un arte sabio ya, vinieron á lisonjear en las mesas el amor propio del anfitrion y solicitar el gusto de los convidados.

»En el pescado hubo, segun la especie, tal parte que se desdeñaba, tal otra á la cual se aficionaban los golosos, tan sutiles en el análisis de las sensaciones del paladar como los sofistas en el análisis de las ideas.

»Escogíase con preferencia la parte anterior del glauco pescado en Megara, la cabeza del barbo y del congrio venidos de Siciona, el pecho del atun, la espalda de la raya, abandonando las otras partes á gustos ménos exigentes.

»Un parásito (1) habría podido explicar al extranjero sentado á la mesa del rico el orígen y los diversos méritos de todos los peces del mar, de los ríos ó de los lagos: salmonetes, lenguados y barbos cogidos en las costas, dorados, atunes, sardinas de Falero tan superiores á las que come el pueblo como diferencia hay entre un paladar refinado y una boca acostumbrada á todo; anguilas de Copais tan distinguidas por su fino sabor como por su grueso tamaño.

»Gustábanse estos manjares y otros muchos, realzados frecuentemente con pimienta y comino, y salsas compuestas de queso rallado, aceite, vinagre y silfio.

(1) Parásito, en la antigüedad griega, era un funcionario de los templos que cuidaba de recoger el grano destinado al culto. Ahora es un mote de desprecio, para significar gorrista, el que se propone comer y regalarse á costa de los demas, etc., etc.

»En los postres teníanse en mucho las uvas de Nicostrato, los higos secos en los que no tenía rival el Ática, y las diferentes frutas tales como las peras perfeccionadas por el arte del ingerto, el dátil de la Fenicia, los membrillos de Corinto, las almendras de Naxos.

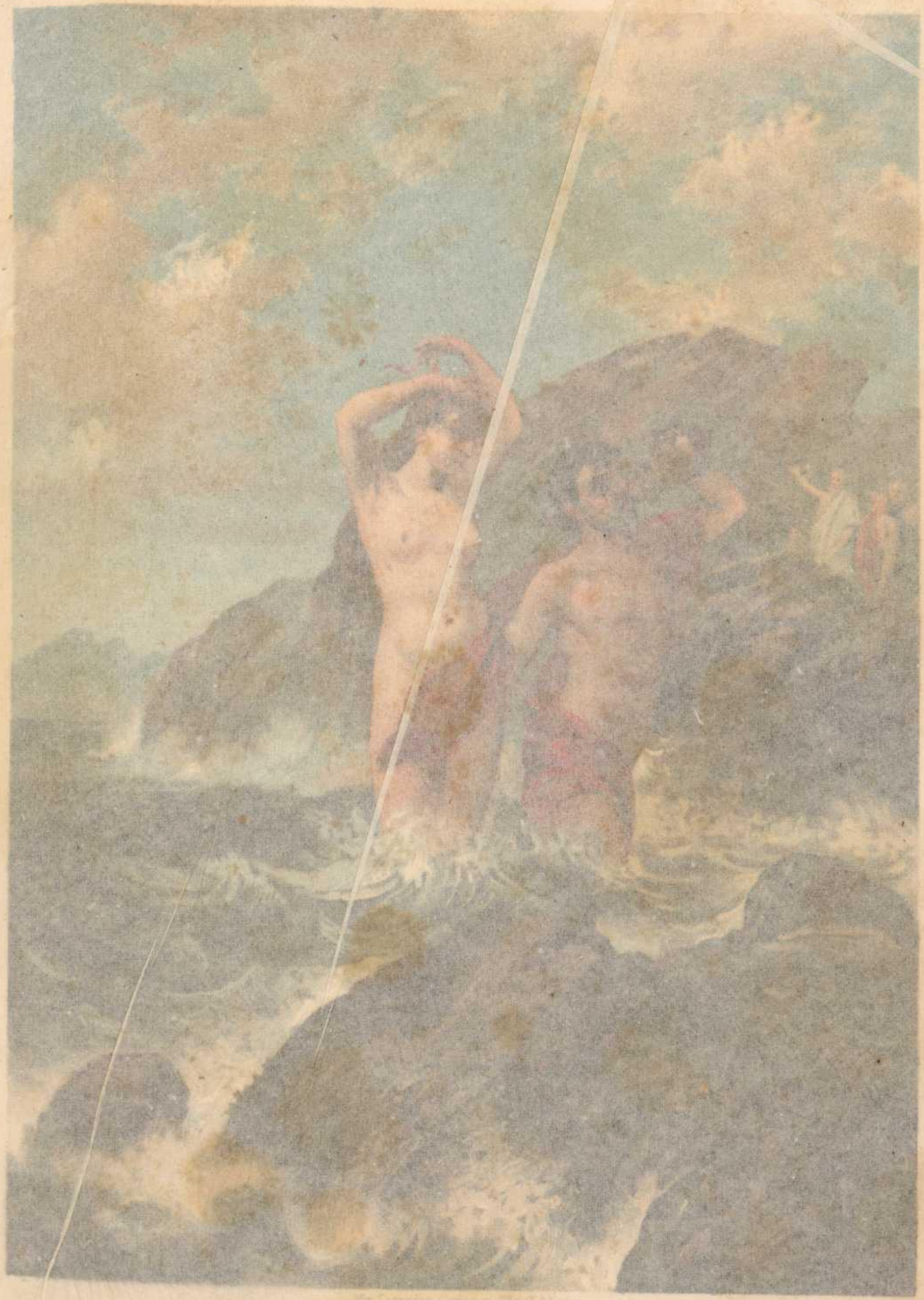
»En las copas, de mucho arte y valor, veíanse circular los vinos de Corcira, Mendé, Naxos, Tasos y Chio. Apreciábase sobre todo su dulzura, y dedicábanse á hacerlos odoríferos por una mezcla, particular en nuestro concepto, de miel, violetas, frutas y diversas flores aromáticas (1).»

Por lo antedicho vemos que el pueblo ático, el más ilustrado de la Grecia, vivía para la materia, para el goce de la materia, y es consiguiente que tuviera sus reglas teóricas ademas de las prácticas, y así fué en efecto. El mismo autor á quien acabamos de citar, forma una lista sumaria de los autores del arte culinario en esta cláusula: «Entre ellos (los escritores) se cita á Mitaco, que llegó á ser el cocinero siciliano; Numenio, de Heraclea; Hegemon, de Thasos; Filoxeno, de Leucades; Actides, de Chio; Tyndárico, de Siciona; pero el más notable de todos parece haber sido Arquestrato, amigo de uno de los hijos de Perícles, quizas de aquél mismo cuya glotonería y lujo le habían malquistado con su padre: comparó la cocina de todos los pueblos, y, de la experiencia adquirida en muchísimos viajes, sacó un poema acerca de la gastronomía, cada verso del cual era, segun dicen, un precepto.»

Nuestros amables lectores se habrán sorprendido quizas al ver unos pormenores inesperados probablemente para la mayoría, tratándose de las costumbres de un pueblo tan sobresaliente en letras y civilizacion; pero no llega ni de mucho ese rebajamiento moral á lo que sabemos de Tébas de Beocia. «En Tébas, escribe Polibio, se legaban los bienes no á los hijos, sino á los compañeros de mesa, con la condicion de gastarlos en orgías; así es que muchos tenían que dar muchos más festines en un mes que días no tenía este.»

Desgraciadamente la vida material lo domina todo, la antorcha de la

(1) BROUILLARD.



FRINE—FIESTAS DE VÉNUS

»En los postres tenían [illegible] las uvas de Nicostrato, los higos secos en los que no tenía [illegible] y las diferentes frutas tales como las peras perfeccionadas por [illegible] de la Fenicia, los membrillos de Corinto, las almendras de Naxos [illegible]

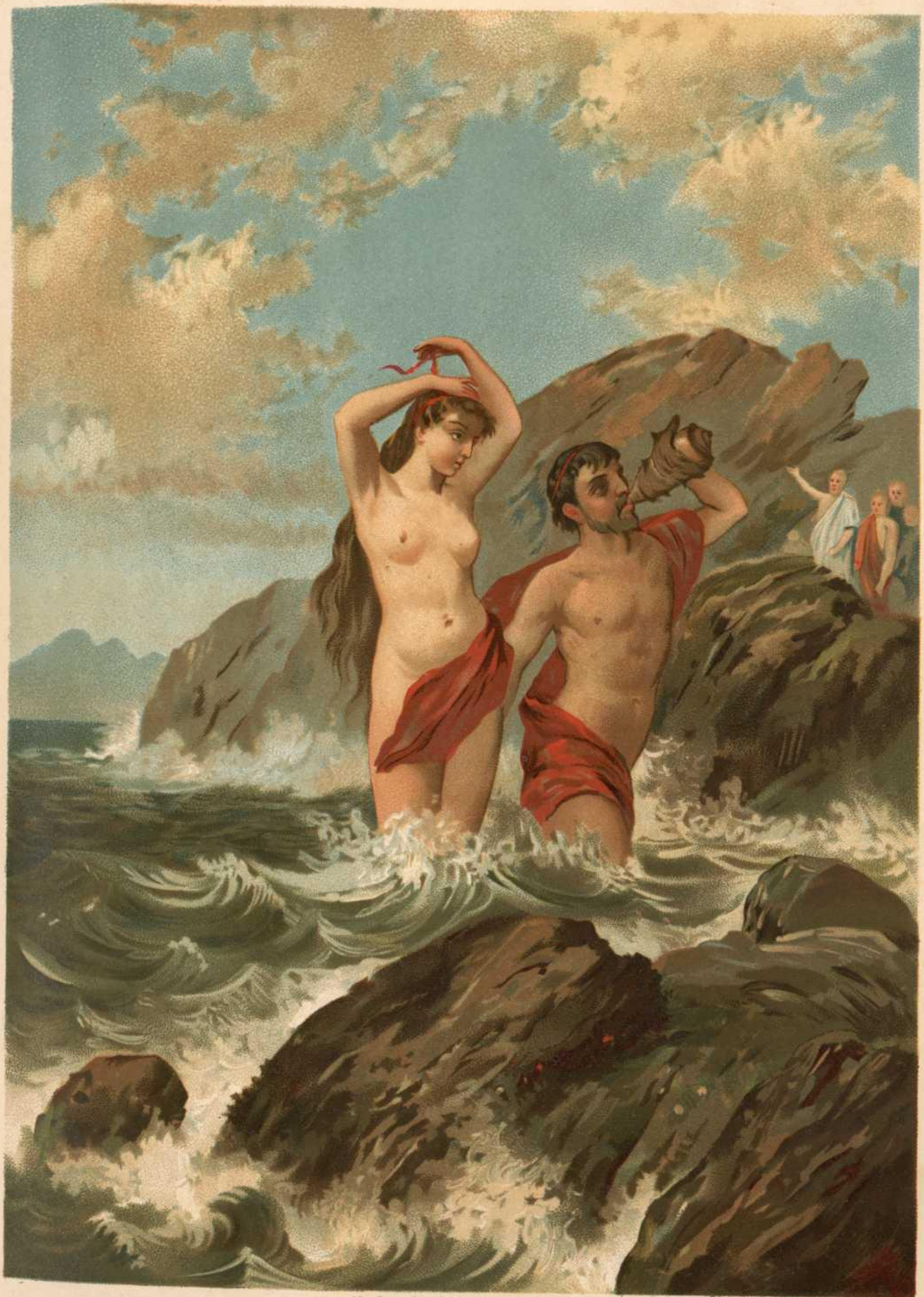
»En las copas, de mucho alcance y valor, vemos circular los vinos de Corcira, Mende, Naxos, Tasos y Chio. Apreciábanse sobre todo su dulzura, y dedicábanse á hacerlos odoríferos por una mezcla, particular en nuestro concepto, de miel, violetas, frutas y diversas flores aromáticas (1).»

Por lo antedicho vemos que el pueblo ático, el más ilustrado de la Grecia, vivía para la materia, para el goce de la materia, y es consiguiente que tuviera sus reglas teóricas ademas de las prácticas, y así fué en efecto. El mismo autor á quien acabamos de citar, forma una lista sumaria de los autores del arte culinario en esta cláusula: «Entre ellos (los escritores) se cita á Mitaco, que llegó á ser el cocinero siciliano; Numenio, de Heraclea; Hegemon, de Thasos; Filoxeno, de Leucades; Actides, de Chio; Tyndárico, de Siciona; pero el más notable de todos parece haber sido Arquestrato, amigo de uno de los hijos de Pericles, quizas de aquel mismo cuya glotonería y lujo le habían malquistado con su padre: comparó la cocina de todos los pueblos, y, de la experiencia adquirida en muchísimos viajes, sacó un poema acerca de la gastronomía, cada verso del cual era, segun dicen, un precepto.»

Nuestros amables lectores se habrán sorprendido quizas al ver unos pormenores inesperados probablemente para la mayoría, tratándose de las costumbres de un pueblo tan sobresaliente en letras y civilizacion; pero no llega ni de mucho ese relajamiento moral á lo que sabemos de Tebas de Beocia. «En Tebas, escribe Polibio, se legaban los bienes, no á los hijos, sino á los compañeros de mesa, con la condicion de gastarlos en orgías; así es que muchos tenían que dar muchos más festines en un mes que días no tenía este.»

Desgraciadamente la vida material lo domina todo, la antorcha de la

(1) Becquillard.



Mir. Turradas, Comas y Cª Editores.

FRINE—FIESTAS DE VÉNUS

inteligencia se apaga dentro de aquella pesada atmósfera sofocante, y, como un abismo lleva á otro, sobrenada en aquella inundacion de materialismo otro materialismo que quisiéramos pasar en silencio, pero que nos lo veda nuestra calidad de historiadores imparciales.

Los bellos días de Grecia pasaron, pero sobrevivió una de las excelentes cualidades del pueblo heleno: el culto á lo bello; mas ¡ay! no será ya la belleza ideal, ni siquiera la belleza encarnada en lo bueno, en la virtud, sino en la materia, como único culto que puede ya prestar un pueblo materializado á un objeto digno de su veneracion.

Este culto de la belleza material lo vemos simbolizado en la hermosa Frine, á quien conocemos ya, en el momento de sumergirse desnuda en el mar en presencia de los griegos reunidos para celebrar las fiestas de Neptuno, sirviendo de modelo á Apeles para su Vénus, ademas de servir, como ya lo dijimos anteriormente, á su amante Praxíteles para algunas de sus más célebres estátuas.

En aras de ese mismo culto de la belleza física se sacrificaba todo pudor, todo sentimiento delicado. No había velo que no se cayera al suelo desde el momento que brindaba la ocasion de presentar las formas femeniles al estudio del escultor ó del pintor, debiendo saberse que intentando Zeuxis representar la imágen de la belleza ideal, fué invitado por los habitantes de Crotona para que escogiera cinco jóvenes doncellas entre las más bellas de las familias más nobles, y de este modo pudo dar al mundo una de sus obras maestras de más nombradía.

Con estas costumbres nos explicaremos perfectamente la aparicion de las cortesanas en Grecia, de cuyas mujeres hemos ya dicho una mínima parte de lo muchísimo que pudiéramos decir, si tratáramos de investigar la escasez de matrimonios celebrados entre los jóvenes griegos que encontraban la satisfaccion de sus deseos de todo género en las casas de aquellas mujeres buscadas hasta por los hombres de Estado para sus fines políticos, que servían ellas á las mil maravillas en cambio del vergonzoso tráfico de su hermosura.

Si alguna duda pudiera ofrecérsenos del rebajamiento de las costumbres

del pueblo griego, quedaría desvanecida al momento consultando los escritos de sus filósofos y poetas que censuraban con más ó ménos vigor la decadencia.

Platon, en su tratado de las *Leyes* dice: «El último de nuestros cuidados debe ser el de la fortuna; el cuerpo tiene derecho al segundo; el alma al primero. Jenofonte dice: El deber de un marido y de una mujer es hacer de manera que su hacienda prospere del mejor modo posible y que obtengan despues muchos bienes nuevos por medios honrados y justos (1).»

Este texto, que, á primera vista, no reza con la materia de que tratamos, nos ha de servir de introduccion á los que aduciremos en seguida, para lograr nuestra demostracion.

Iscomaco, protagonista del libro citado de Jenofonte, está casado de pocos días, cuando llama aparte á su jóven esposa, acostumbrada ya á tratarle, y nos lo presenta diciendo: «No es el amor quien les ha casado, sábelo ella perfectamente; su matrimonio lo es enteramente de cálculo; sus padres les han escogido el uno para el otro, porque han creído que reunen excelentes condiciones para hacer entrambos una buena casa. Tócales ahora á ellos disponerlo todo del mejor modo posible, contribuyendo cada cual por su parte, segun las facultades recibidas de los dioses para esto. Cualesquiera que hayan sido los bienes aportados primeramente por cada uno al matrimonio, el que haga reportar mejor producto al capital comun será definitivamente el que habrá aportado más.»

Más que un matrimonio descubrirán aquí nuestros lectores, á poco que lo reflexionen, un contrato mercantil, una sociedad comercial, y este descubrimiento será evidente cuando sepan que en el caso de obtener prole el matrimonio, si algun cuidado deben tener Iscomaco y su mujer de la educacion de sus hijos, deberán hacerlo por tener quien les defienda y alimente cuando sean viejos. Si esto no es el más refinado positivismo, no acertamos á darle calificacion exacta.

Estos cálculos egoistas, aritméticos, se notan en todo el plan económico

(1) PLATON. *Leyes*, lib. V.—JENOFONTE. *Econ.*, cap. VII.

trazado por Iscomaco á su jóven esposa, á quien le dice: «Deberás cuidar nuestros esclavos enfermos», no por amor al prójimo, no por un noble sentimiento de humanidad, ó porque sea la compasion una bella cualidad del corazon de la mujer, sino porque el reconocimiento dará á los esclavos más aliento para el trabajo, al propio tiempo que su dueña verá recompensado su cuidado, porque trabajarán mejor y valdrán el doble de precio. Toda la recompensa que promete á su esposa es el interés material representado por el aprecio en que tendrá á su excelente socia y por lo que sus hijos apreciarán á la excelente ama de sus bienes. Vemos que la casa de Iscomaco puede ofrecerse como buen modelo de administracion egoista.

Conocemos el sistema administrativo de Iscomaco, veamos ahora el moral confesado por él mismo: «Como he creído ver que por una parte no han querido los dioses que el hombre pueda legítimamente prosperar sin el conocimiento de lo que debe hacer y sin la diligencia para llevarlo á cabo, y que, por otra parte, no obstante no conceden siempre la felicidad al más prudente y activo, comienzo por dirigirles mis homenajes, pues, miéntras ruego, me esfuerzo por hacer lo que se debe para que me sea legítimamente posible tener la salud y el vigor, obtener la consideracion de mis conciudadanos y el afecto de mis amigos, salir honrosamente de la guerra, y aumentar honradamente mi fortuna.»

Jenofonte censura con fina crítica las costumbres atenienses, pero idealiza demasiado la vida y las costumbres del campo: en Iscomaco nos describe el administrador económico ideado por él, y en su esposa la que podríamos llamar nosotros la perfecta casada.

Y basta por ahora de Jenofonte á quien volveremos á encontrar cuando tratemos exprofeso de los grandes filósofos griegos.

Veamos ahora la pintura que de la sociedad griega nos presenta el poeta Alexis.

«El hombre sabio debe reunir todos los deleites: de estos hay tres que hacen la vida perfectamente dichosa: beber, comer y hacer el amor. ¿Qué vienes tú á disparatar, charlando de una á otra parte, del Liceo á la Academia y al Odeon? Puerilidades de sofistas! no hay nada bueno en todo esto.

Bebamos, bebamos hasta el extremo, y sentados; y viva la jovial francachela, miéntras nos es lícito dar abasto á ellas. Vamos, viva el barullo, Manes! Nada es más amable que el vientre, el vientre es tu padre; el vientre es tu madre! Virtudes, embajadas, mandos, vanidades sois todos juntos, eco vacío del país de los sueños! la muerte te helará en la época marcada, y no te quedará de todo esto más que lo que hayas bebido y comido.»

¿Quién al leer estas frases repetidas ante millares de oyentes en los espectáculos públicos de la Grecia, no recuerda los primeros capítulos del libro de la Sabiduría de Salomon, cuyo lenguaje parece copiado por el poeta griego?

Pero continuemos consultando á los autores griegos y sea esta vez Menandro quien nos hable de las costumbres de sus compatriotas. «Despojáos de vuestra razon, dice; la inteligencia humana no es más que la casualidad. Esta lo gobierna todo, ya destruya, ya conserve. Todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras no son más que acaso; nosotros ponemos nuestro nombre en el título y nada más. El acaso decide todas las cosas; sólo á él debe dársele el nombre de inteligencia, prudencia y único Dios, si no os contentais con el sentido que dan palabras huecas.»

El envilecimiento de costumbres no puede alcanzar un nivel más bajo; porque no se tienen en ningun aprecio ni las creencias ni la moral.

Platon, en su *República,* condena los excesos del pueblo griego y emite ideas que le han valido el dictado de *divino*, á despecho de todos sus émulos y numerosos enemigos que le amenazaron con la cicuta de su maestro Sócrates. Quizá es demasiado radical en las prescripciones que propone, pero de todos modos se ve lo arraigado que estaba el mal entre sus conciudadanos. Para evitar el desborde de los goces llega Platon á exigir que se destierren las artes y la industria, al propio tiempo que el comercio y los poetas. Llevado de sus ideas preconcebidas acerca de los orígenes de los males, prohibe los bailes y la música procedente de la Jonia como afeminada, permitiendo sólo la varonil que era peculiar de los dorios. Platon no vacilaba en proponer todos estos remedios que podríamos calificar de aislamiento, en los precisos instantes que se extendía el comercio de Atenas, que representa la civiliza-

cion material. Diríase que en su república ideal quiere ponerse fuera de toda comunicacion y roce con las repúblicas reales ó con todos los extranjeros, si es que no hemos de tomar la tal república como una crítica mordaz de la que él conocía y censuraba, ya que él era partidario de la aristocracia y en su consecuencia de un gobierno aristocrático, opuesto al democrático existente en Atenas. No nos atrevemos á condenar en absoluto las ideas de Platon contra las costumbres de su época, porque, si bien es verdad que, siendo filósofo, debía justificar la frase de que no hay absurdo que no lo haya dicho algun filósofo, es cierto tambien que tenía profundo conocimiento del corazon humano y que estampó admirables sentencias de excelente moral.

Hasta el mismo Epicuro, cuyo nombre no puede recordarse sin repugnancia, se declaró más ó ménos enemigo de las costumbres estragadas y del refinamiento que imperaban en Grecia. No lo tomen á mala parte nuestros lectores, porque es notorio que miéntras Epicuro fué un activo propagador de la aficion á los goces materiales, lo es tambien que insistió mucho en fijar la alegría del alma en la templanza, inclinándose en sus doctrinas á la sencillez que da ménos cuidados y causa ménos desazones.

Una nota discordante en la armónica censura de las costumbres griegas hecha por los filósofos y poetas de aquel pueblo aparece no obstante entre tantas. Aludimos á Heráclido, filósofo extravagante en sus doctrinas, quien no se avergonzó de hacer la apología del lujo que sobreponía al trabajo, relegando este para los esclavos y bárbaros. Ademas, emitió la peregrina idea de que si los griegos habían sido vencedores en Maraton, debíanlo al entusiasmo que les había inspirado el lujo. Parece evidente que este filósofo tomaba la palabra lujo como sinónima de la civilizacion, y sólo en este concepto se le puede dispensar de locura ó necedad.

La civilizacion griega declina hacia su ocaso, como aquellos astros que despues de haber brillado como diamantes heridos por miles de luces, descienden de su cenit sepultándose en las inmensidades del horizonte; pero ántes de hundirse en los abismos de la nada se agitará convulsiva como un cuerpo vivo ántes de expirar, como una lámpara al extinguirse, y se sucederán vertiginosamente unas á otras las fiestas públicas con grave detrimento del

Erario público que verá agotarse sus anteriores copiosos recursos. Pero ántes de reducirse á la nada, ántes de extinguirse como una luz fulgurante próxima á su muerte, será todavía el centro del saber, el foco á donde acudirán los grandes talentos á recibir sus inspiraciones y aprender los secretos de las ciencias. Desaparecerá todo, pero subsistirán aún el talento, la elocuencia, las artes, todo lo que dió tanto lustre á un país escogido por la Providencia para depósito de los conocimientos humanos. Dios escogió aquella raza griega para que fuera á un tiempo todo lo que puede llegar á ser el hombre más completamente privilegiado, á saber: guerrero, filósofo, poeta, artista y orador, sin rival ni ántes ni despues. Varias veces hemos dicho, y aquí lo repetimos, que todo el Occidente debe su civilizacion á los pueblos griegos, por abarcarlo todo en una sola palabra.

Llegados á este punto y anticipándonos á ideas que desarrollaremos en tiempo y lugar oportunos, permítasenos aquí, para dar á nuestros lectores un pormenor digno de tenerse en cuenta, que, siguiendo en el terreno de las costumbres decaídas ya de la sociedad griega, traslademos á este sitio, traduciéndolos, algunos párrafos de un autor antiguo, hablándonos de la época de Alejandro el macedonio, embriagado ya con el incienso que á su rededor quemaban sus muchísimos aduladores: «Frecuentemente, dice el Efipo, sentábase Alejandro á la mesa vestido de dios; unas veces tomaba vestido de púrpura de Ammon, su calzado acuchillado y sus cuernos, como si hubiese sido el mismo dios: otras veces se vestía de Diana, y subía así vestido en su carro, teniendo un vestido persa y dejando ver sobre su espalda el arco y el dardo de la diosa. Tambien se le ocurría á veces vestirse de Mercurio; pero su vestido diario era una clámide de púrpura y una túnica recamada de blanco; cubríase la cabeza con una diadema. En las reuniones de amigos llevaba un petaso alado y talares como Mercurio, y tenía un caduceo en la mano. Á menudo veíasele tambien cubierto con la piel de leon y armado con la clava de Hércules.»

Muy inclinada debía ser la pendiente por donde se precipitaban al abismo las graves costumbres griegas, cuando un conquistador tan elevado sobre el comun de los mortales no se desdeña de presentarse ante sus amigos



Mir. Tarrudas. Gomez

COSTUMBRES GRIEGAS.

Erario público que verá agotarse sus anteriores copiosos recursos. Pero ántes de reducirse á la nada, ántes de extinguirse como una luz fulgurante próxima á su muerte, será todavía el centro del saber, el foco á donde acudirán los grandes talentos á recibir sus inspiraciones y aprender los secretos de las ciencias. Desaparecerá todo, pero subsistirán aún el talento, la elocuencia, las artes, todo lo que dió tanto lustre á un país escogido por la Providencia para depósito de los conocimientos humanos. Dios escogió aquella raza griega para que fuera á un tiempo todo lo que puede llegar á ser el hombre más completamente privilegiado, á saber: guerrero, filósofo, poeta, artista y orador, sin rival ni ántes ni despues. Varias veces hemos dicho, y aquí lo repetimos, que todo el Occidente debe su civilizacion á los pueblos griegos, por abarcarlo todo en una sola palabra.

Llegados á este punto y anticipándonos á ideas que desarrollaremos en tiempo y lugar oportunos, permítasenos aquí, para dar á nuestros lectores un pormenor digno de tenerse en cuenta, que, siguiendo en el terreno de las costumbres decaídas ya de la sociedad griega, trasladémos á este sitio, traduciéndolos, algunos párrafos de un autor antiguo, hablándonos de la época de Alejandro el macedonio, embriagado ya con el incienso que á su rededor quemaban sus muchísimos aduladores. «Frecuentemente, dice el Efipo, sentábase Alejandro á la mesa vestido de dios; unas veces tomaba vestido de púrpura de Ammon, su calzado acuchillado y sus cuernos, como si hubiese sido el mismo dios: otras veces se vestía de Diana, y subía así vestido en su carro, teniendo un vestido persa y dejando ver sobre su espalda el arco y el dardo de la diosa. Tambien se le ocurría á veces vestirse de Mercurio; pero su vestido diario era una clámide de púrpura y una túnica recamada de blanco; cubríase la cabeza con una diadema. En las reuniones de amigos llevaba un petaso alado y talares como Mercurio, y tenía un caduceo en la mano. Á menudo veíasele tambien cubierto con la piel de leon y armado con la clava de Hércules.»

Muy inclinada debía ser la pendiente por donde se precipitaban al abismo las graves costumbres griegas, cuando un conquistador tan elevado sobre el comun de los mortales no se desdeña de presentarse ante sus amigos



Mir. Tarradas. Comas y Cª Editores.

COSTUMBRES GRIEGAS.

y súbditos como *clown* de un circo, y no encuentra un alma caritativa que le presente un espejo ante el cual contemplarse y cubrirse de vergüenza á la vista del inmenso ridículo que representaba y de la pequeñez en que se confundía aquél á quien la fama pregonaba *Grande*.

No podríamos perdonarnos aquí la omision de algunas consideraciones naturales y lógicas.

Alejandro había llevado en alas de la victoria la civilizacion griega á países semisalvajes; había puesto en contacto apartadas regiones; había principiado la asimilacion ó fusion de las razas, que habitaban los diferentes pueblos sojuzgados por él, y llevado á lejanos climas las ciencias y artes que son las que constituyen la principal riqueza y esplendor de las naciones. Pues bien, este hombre tan extraordinario, desvanecido por el humo del incienso que sus aduladores quemaban en torno de él, cometió toda clase de excesos como el hombre más vulgar y degradado. Su propio palacio era un templo consagrado á todos los vicios é impurezas. El héroe se convirtió en espadachin, el guerrero en un sér afeminado, su actividad se trocó en indolencia, su sobriedad en destemplanza, su noble orgullo en cínica inmodestia.

Afortunadamente el sentimiento de la vergüenza no ha encallecido nunca en la humanidad, cuando no la dominan excesos muy violentos de pasiones, y los soldados de Alejandro sintieron los remordimientos que les hacían sonrojar, se convencieron del desprecio en que incurrían, experimentaron la tristeza del alma producida por el temor y hasta seguridad de lo merecido de las censuras que se dirigieran al ejército de Alejandro y murmuraron diciendo: «que con la victoria habían perdido más que ganado; que con mucha mayor razon se podían llamar vencidos, habiendo tomado de aquella suerte los usos y costumbres de sus esclavos; y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia se reduciría á volver á sus casas, en el traje de los bárbaros, con la ignominia de ver que, posponiéndoles Alejandro, hacía mayor aprecio de la compañía de los vencidos, que de la de los vencedores, y más vanidad, que de ser rey de Macedonia, de ostentarse sátrapa de Darío.

Acabamos de ver los extravíos de Alejandro desvanecido por la gloria de sus fabulosos triunfos llevados á cabo en el corto espacio de diez años; hemos conocido ántes lo que la civilizacion le debió: despues de esto, nos causa sorpresa leer en un autor las siguientes líneas. «Ante los magníficos resultados obtenidos por Alejandro ¿qué es su inconstancia con Barsina, hija de Darío, con Paristais y Roxana, á quienes, segun parece, hizo partícipes alternativamente en una misma noche del tálamo conyugal? ¿Qué son su amor al eunuco Bagoa, su manía de pretender que le tuviesen como á un Dios y le adorasen como tal, las alabanzas que él mismo solía prodigarse, y la muerte de Clito?»

Como curioso estudio de antítesis y comparacion de la manera de apreciar las distintas civilizaciones, no estará fuera del caso citar aquí un pasaje de Quinto Curcio, donde nos presenta al conquistador Alejandro llegado á Hircania. «Allí, dice, fué donde el rey, depuesto el embozo, dejó correr á rienda suelta sus apetitos, convirtiéndose en soberbia y lascivia la moderacion y continencia, que tan admirable habían hecho, hasta entónces, su persona, por la suma dificultad con que se ven unidas ambas virtudes en una gran fortuna. Empezó á despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderacion en el vestir, y el regular órden de vida de los reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba ya indigna de su grandeza, y siguió el fausto de los reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevía á querer competir con la gloria de los mismos dioses. Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen á sus piés, á quienes acostumbró á ejercicios viles y bajos, tratándolos como á esclavos. Ciñó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la había traido Darío, y púsose la ropa pérsica, sin advertir de cuán infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el traje del vencido. Y si bien, para dar algun honesto color á sus pervertidas acciones, solía decir que se adornaba con los despojos de sus enemigos, lo peor era que se habituaba tambien á sus costumbres, y que la soberbia del traje y la del ánimo corrían uniformes.»

Despues de estas generalidades repugnantes todas, porque pintan unas

costumbres disolutas y prostituídas, consultemos otra vez á Efipo, quien nos dará una curiosa descripcion de las fiestas celebradas cuando el matrimonio de Alejandro, en las que el capricho corre parejas con la disipacion y todo género de excentricidades.

Antojósele que el mismo día de sus bodas se celebraran las de Hefestion y de ochenta de los principales gefes de su ejército con hijas de grandes señores persas. Hizo preparar noventa y dos camas para él y sus compañeros en un vasto salon; cada cama estaba adornada como lo exigía un día de bodas, y había costado veinte libras de plata. Los piés de la del rey eran de oro. Admitió al banquete á todos los extranjeros que le estaban unidos por un lazo particular de hospitalidad y les hizo acostar enfrente de él y de los demas casados. Señaló puesto en un recinto descubierto á los gefes del ejército de mar y tierra, á los comisionados de las ciudades y á los simples viajeros. El salon del festin estaba magníficamente adornado y cubierto con telas preciosas puestas sobre colgaduras de púrpura de fondo de oro. El pabellon que cubría el salon estaba sostenido por columnas de veinte codos cubiertas con planchas de oro y plata y enriquecidas con piedras preciosas. Las paredes interiores estaban colgadas con alfombras recamadas de oro que representaban animales y cuya parte inferior estaba guarnecida con varillas de oro y plata. El recinto descubierto medía ochenta estadios de circunferencia. Las fiestas duraron cinco días y los sirvientes fueron gran multitud de griegos é indios. Á fin de que el ejército supiera el momento de las comidas de bodas, celebrábanse estas á son de trompetas, de la misma manera que cuando Alejandro ofrecía algun sacrificio.

¿Quieren nuestros lectores más detalles, quieren saber hasta dónde llegaron las locuras de aquel pueblo puesto bajo la proteccion de Minerva y que rendía culto especial á las Musas? Afortunadamente, para colmar la curiosidad, no descuidó nada el autor á quien debemos todos los pormenores que hasta ahora llevamos apuntados. Noventa millones de pesetas valieron aproximadamente las coronas solas que presentaron entónces á Alejandro algunos particulares y los comisionados de las ciudades que fueron á obsequiarle. Los tañedores de arpas y cítaras acudieron á la cita y alternaron con las tra-

gedias y comedias que representaron respectivamente Aristócrates, Atenodoro y Tesalo, con Ariston, Formion y Licon.

Para dar mayor realce y variacion á las fiestas hubo canto y música con acompañamiento y sin él: Crateno de Metimna, Atenodoro de Teos y Aristonimo de Atenas tañeron la cítara sin canto, y se acompañaron con la música y el canto Aristócrates de Tebas y Heráclito de Tarento. Dionisio de Heraclea é Hipérbolo de Cyzica cantaron acompañados de flautas; oyéronse tambien los auletas que tocaron la flauta sin acompañamiento de voz, comenzando por la tonada peculiar de los juegos píticos; siguiendo á todo esto el canto sostenido por coros por los artistas Cofesias, Timoteo, Frinoco, Diofanto y Evio de Cahis.

Si todo esto y algo más que omitimos, por el temor de hacernos pesados, se hizo por las bodas de un simple mortal, por más que éste se llamara Alejandro de Macedonia, y se diera aires de Dios, qué concepto tan miserable formaremos de una sociedad que se postra tan de hinojos ante un sér que se goza viéndola prosternada, abatida, en su presencia, como si la vida del universo dependiera de su antojo! Artes, poesía, músicas, danzas, banquetes, todo cuanto más precioso y variado pueden ofrecer el Oriente y el Occidente juntos, presentado en tributo ante un simple mortal que á la embriaguez del vino, junta la de los placeres, y la más peligrosa aún de la gloria. Y el pueblo que así se humilla es el griego! ¡Poder de los destinos de la humanidad! Diríase que el Asia se ha trasladado con todo su lujo, con toda su pompa á la tierra austera y virtuosa por educacion y carácter. Ese fastuoso lujo, empero, correrá la suerte de las plantas tropicales, y cuando desaparezca el ídolo que logró avasallar tantos caracteres bastardos, se caerá al suelo, haciéndose pedazos, toda aquella balumba de ostentacion y magnificencia cuya atmósfera es de otras regiones.

Al considerar lo que acabamos de escribir, y reflexionando la flaqueza de la miseria humana, nos asalta el temor de ser injustos, y, queriendo apartar de nosotros toda nota desfavorable, acudimos á Quinto Curcio, para estampar textualmente su juicio, sin poner nosotros por nuestra parte ni un solo comentario, para que no incline la balanza que deseamos se mantenga equilibrada en su fiel.

«Lo cierto es, dice Quinto Curcio en su libro X, cap. 6, que, si hemos de hacer el juicio que se debe de aquel príncipe, habremos de confesar que sus virtudes las debió á la naturaleza y que sus vicios le procedieron, ó de la fortuna, ó de la edad. La constancia de su ánimo fué increíble, su paciencia en la tolerancia de las fatigas tan excesiva como capaz de rendir á los más robustos y acostumbrados á ellas; su valor incomparable, no sólo respecto de los reyes, sino de los que más se señalaron en él. Mostróse tan liberal, que concedió aún más de lo que pudiera pedirse á los dioses. Su clemencia con los vencidos fué tan grande, que no sólo volvió los reinos á los mismos de quienes los había conquistado, sino que hizo merced de otros á muchos. La muerte que tan pavorosa es á los demas hombres, la miraba él tan sin ningun temor, que parecía la buscaba á cada paso. No se puede negar que su ambicion era sin límites, pero tampoco que fué disculpable en un príncipe del verdor de sus años, y en quien, correspondiendo á sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria en que ardía su corazon. Y si volvemos la consideracion á la piedad que usó con los que le dieron el sér, ¿no la acreditó bien con Olimpias, habiendo resuelto colocarla en el número de los dioses? ¿Y con Filipo, habiendo tomado venganza de su muerte? Pero ¿qué diremos de su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿qué de su afecto con sus soldados? ¿qué de su continencia con las mujeres? Su talento era igual á su gloria, y su destreza y juicio superiores á su edad. Estas fueron las grandes prendas de que le dotó la naturaleza. Los vicios de que fué causa la fortuna, se redujeron á haber pretendido igualarse con los dioses, ó haber mandado que se le hiciesen divinos honores, á haber dado más crédito del que debiera á los oráculos que le lisonjeaban con semejantes vanidades, á haberse irritado con los que rehusaron adorarle, á haberse vestido al uso extranjero, á haber imitado las costumbres de los pueblos que había vencido y despreciado ántes de la victoria: porque, aunque no debe omitirse su propension á la cólera y al vino, tampoco negar que la misma edad contribuyó mucho á ocasionarla, aunque pudiera tambien haber sido gran parte para moderársela; pero si bien es preciso conceder que fué muy deudor á su virtud, tambien que lo fué

aún más á su fortuna, pues entre los mortales sólo él la tuvo como á su arbitrio y disposicion.»

Hasta aquí Quinto Curcio. Oigamos ahora á Justino haciéndonos el paralelo entre Filipo y Alejandro, su hijo.

«Alejandro, dice, tuvo mayores vicios y más grandes virtudes que Filipo. Ambos triunfaron de sus enemigos, pero valiéndose de medios distintos; el uno empleaba la fuerza, la astucia el otro; el uno se alegraba cuando conseguía engañar á sus enemigos, el otro despues de muertos. Filipo era más político; Alejandro más grande; el padre sabía disimular su cólera y áun dominarla á veces; el hijo no concedía límites, ni tregua á su venganza. Uno y otro eran aficionadísimos al vino; pero los efectos de la embriaguez eran distintos en cada uno de ellos; pues Filipo abandonando la mesa iba á buscar peligros, y Alejandro volvía su furor contra sus propios súbditos; el uno tornaba del campo de batalla lleno de heridas y cicatrices, y el otro salía del banquete manchado con la sangre de sus amigos. Los de Filipo no participaban de su autoridad, los de Alejandro solían experimentar los efectos de la suya. Aquél deseaba ser amado, éste temido. Los dos cultivaron las letras; por política Filipo, Alejandro por gusto é inclinacion. Este era más propenso al libertinaje, aquél á la templanza. Con estas diferentes cualidades, el padre echó los cimientos del imperio del mundo, y al hijo le cupo la gloria de dar cima á tan grande empresa.»

* * *

Macedonia ha figurado en primera línea por los nombres y hechos de Filipo y Alejandro; esta circunstancia merece que nos detengamos un momento en su historia y que digamos dos palabras de los principales hechos de los célebres personajes que acabamos de nombrar.

Carano, de la estirpe de Hércules, dejó el Peloponeso por órden del oráculo por los años de 796 ántes de Jesucristo, y dirigiéndose al norte, llegó á una region de Macedonia, llamada la Ematia. El rey de esta pro-

vincia se hallaba empeñado en una guerra contra los Ilirios, de los cuales triunfó con su ayuda, y, en recompensa de este servicio, le dejó el reino cuya capital era Edeso. En los reinados de sus sucesores no aconteció hecho alguno que influyera en el progreso de las sociedades.

Si bien los reyes macedonios descendían de Hércules, jamas sus súbditos fueron mirados por los griegos como de orígen igual al suyo, por cuya razon los llamaban bárbaros.

Los reyes de Macedonia estuvieron cuatrocientos años bajos el amparo de Esparta, de Atenas ó de Tébas, sin participar de las glorias de estas repúblicas. Un hombre ilustre había hecho de Tébas un gran pueblo y Macedonia debía imitar su ejemplo.

Muerto Amintas IV, vióse el reino agitado por los disturbios, y, para apaciguarlos, fueron llamados los tebanos. Deseando Pelópidas que la restablecida tranquilidad se conservase, llevóse á Tébas en rehenes á varias personas y entre estas á Filipo, hermano del rey Perdicas III.

Despues de la muerte de Perdicas presentáronse dos aspirantes al trono en perjuicio del hijo del rey, que era aún de menor edad. Filipo, que se había formado con las lecciones de Epaminondas, se hallaba aún en Tébas; y aunque no tenía más que veintitres años, queriendo que se le confiara la tutela de su sobrino, huye de la ciudad, y se presenta en Macedonia. La ambicion de Filipo no quedó satisfecha con la tutela que el pueblo le dió, y atropellando los derechos sagrados de la sangre, pretextó que para restablecer los negocios de Macedonia, se necesitaba un hombre y no un niño, y se hizo proclamar rey. Ocupóse desde luégo en organizar su ejército para robustecer su poder. El batallon sagrado de Tébas le sirvió de modelo para instituir su falange, y sometió sus tropas á la más rigurosa disciplina.

Á sus conocimientos militares reunía Filipo una política sagaz y nada delicada, y para él todos los medios eran buenos, como le condujesen al punto de su ambicion. Tan pronto declaraba la guerra como hacía las paces, segun convenía á sus intereses.

Casóse con la hija de Neptolemo, rey de Epiro, de quien tuvo á Alejandro.

Filipo despreciaba á los hombres, pero conocía el mérito de los sabios y les apreciaba; era aficionado á las ciencias y bellas artes, y conoció todo el valor de la educacion, como lo acreditó por la que supo dar á su hijo, confiándolo al filósofo Aristóteles.

En aquel tiempo Esparta y Atenas se unieron á los focios, con motivo de que estos habían cultivado las tierras consagradas á Apolo, dios de Délfos, y haber tomado las armas los pueblos comarcanos para vengar al dios. Tébas combatió en el partido opuesto con encarnizado furor.

Miéntras la Grecia se estaba extenuando en vanas luchas, Filipo, que era hábil político, se reforzaba por medio de conquistas útiles: la toma de Amfipolis, colonia ateniense, aseguró sus fronteras por la parte de Tracia, y poco despues cayó en su poder la ciudad de Metona.

Impelido Filipo por la codicia, tenía fijos los ojos en la Grecia, y aprovechándose de la opresion que pesaba sobre los tesalios, se hizo llamar en calidad de Protector. En pago de haberles librado del yugo de sus tiranos, le cedieron su caballería, que tanta parte tuvo despues en las victorias de los macedonios. Algun tiempo despues pretextando querer castigar á los focios, procuró apoderarse de las Termópilas á fin de poder penetrar en Grecia; pero su tentativa fué inútil, porque los atenienses que estaban enterados por Demóstenes de los proyectos de Filipo, lo supieron evitar.

¿Llevarán á mal nuestros lectores una corta digresion, necesaria en nuestro concepto? ¿No le será lícito al oscuro historiador de la civilizacion detener un momento la atencion en dos hechos de profunda y provechosa enseñanza, aplicable oportunamente á la decaída edad en que la Providencia nos ha hecho venir al mundo?

Demóstenes, el orador más elocuente que han oido los hombres, si hemos de prestar crédito á lo que de él nos narra la historia, fué el enemigo más temible de Filipo y el que hizo fracasar con el poder de su palabra los planes mejor combinados. Oigamos al mismo Filipo: «La elocuencia de Demóstenes, decía, me causa más perjuicios que todas las escuadras y ejércitos de los atenienses, y es más fatal á mis proyectos, que útiles los oradores que en toda la Grecia estoy pagando.»

¡Qué cúmulo de reflexiones se nos agolpan al leer esto! ¡Cuánta degradacion, cuánto servilismo, cuánto poder de la elocuencia! ¡qué leccion y qué ejemplo para los pueblos que ni quieren, ni saben aprender historia!

¡Filipo pagaba oradores en toda la Grecia! De muy antigua fecha data la venalidad de la elocuencia. ¡Cuántos oradores no tendrán todos los pueblos vendidos al oro extranjero! Diariamente se han descubierto en nuestro siglo, y especialmente en estos últimos años, periódicos subvencionados por gobiernos para que vendieran á sus lectores ideas y pensamientos que no eran suyos: ¡qué abdicacion! ¡qué villanía! Diariamente se pueden señalar con el dedo oradores que no hablan en favor de los intereses de su patria, ni de los necios que les confiaron sus intereses dándoles un voto de que no son dignos ni merecedores: ¡qué degeneracion!

Si Demóstenes hubiese vivido en un siglo y en medio de un pueblo no tan degenerado, no hay duda que hubiera puesto á Filipo una barrera inaccesible; pero sus indignos conciudadanos se merecían un castigo y no les hizo falta. Los pueblos tienen lo que se merecen. Si ellos no lo quisieran, no tendrían oradores que hablasen contra sus propios intereses.

Hemos entrado en un terreno resbaladizo y queremos salirnos de él, porque tememos las caídas tan ocasionadas en materias como la que incidentalmente se nos ha venido á la punta de la pluma. Y pasemos á otra digresion que tocaremos como rozándola tambien.

Olinto, colonia de Atenas, que dominaba á treinta y dos ciudades, absorbía toda la atencion de Filipo que deseaba poseerla. Para apoderarse de ella, se valió de los traidores, burlando de este modo á los atenienses, que, movidos por la elocuencia de Demóstenes, la habían socorrido, y así que la tuvo en su poder la destruyó completamente.

Filipo conocía profundamente el corazon humano y sabía utilizar las pasiones que lo mueven y dominan: en su consecuencia, aunque se aprovechaba de la traícion, despreciaba altamente á los traidores, de manera que habiéndosele presentado los que le entregaron la ciudad de Olinto, pidiendo justicia por los ultrajes que les hacían los macedonios, echándoles en cara su perfidia, les dió solamente esta abrumadora respuesta: «No hagais caso de las

palabras de esos hombres groseros, que llaman cada cosa por su nombre.»

Desgraciadamente en nuestra época faltan esos *hombres groseros* que llamen las cosas por su nombre. Nunca habían abundado como ahora los traidores. Los hombres traidores á su patria se encuentran á cada paso, y, sin embargo, la hipocresía llega al extremo de que no hay un hombre grosero, como los había en tiempo de Filipo, que les dé su nombre. Y lo peor de nuestro caso es que á los traidores no les asalta el pesar ni el remordimiento que les consuman la vida pensando en el crímen que cometieron, por darse unos cuantos momentos de satisfaccion: y no sienten esos remordimientos que nosotros quisiéramos les consumieran, porque, léjos de arrepentirse y enmendarse, viven contumaces y prosiguen tenazmente su carrera emprendida de infidelidad á lo más santo y más venerable. Faltan expresiones bastante enérgicas para maldecir á los traidores, porque, para ese linaje de hombres no hay nada sagrado, ni juramentos por solemnes que sean que valgan. Todos los pueblos han considerado criminales á los traidores, y, sin embargo, abundan esa raza de malditos, y lo peor es que son tenidos en mucha consideracion y escalan con sus traiciones los primeros puestos del Estado. Miéntras subsista este órden de cosas, que no lleva trazas por cierto de acabar en mucho tiempo, no podemos en verdad preciarnos de muy civilizados, por más que no falten personas honradas, amantes de su patria, que, á semejanza de los antiguos profetas, clámen inútilmente contra tanta perversidad y degradacion.

Filipo merece ser estudiado por sus relaciones con la civilizacion de su época, no sólo por el profundo conocimiento que tenía de los hombres y de las cosas, sino por el sagaz talento de aplicacion que demostró en todos los actos de su vida.

Su política era eminentemente práctica, como fundada en la cooperacion que á ella prestan las pasiones humanas que tenía muy estudiadas, así que acostumbraba decir «que ninguna fortaleza era inexpugnable, con tal que pudiese subir á ella un mulo cargado de oro,» y, efectivamente, con este metal compró en todas partes partidarios y traidores.

Andando el tiempo, el éxito ha dado crédito al procedimiento de Filipo,

y no han faltado en todas épocas, quienes le hayan imitado con muy buen desenlace para ellos como afrenta y baldon para sus armas.

Filipo miéntras tanto proseguía hábilmente sus planes de engrandecimiento. Tébas y la Fócida continuaban encarnizadamente la guerra que tomó el nombre de primera guerra sagrada. Los tebanos pidieron socorro á Filipo, y éste atravesó las Termópilas, acudiendo á una astucia religiosa de éxito sorprendente. Hizo ceñir á sus soldados coronas de laurel, por ser árbol consagrado á Apolo, y llevólos al combate bajo el amparo del dios, cuyas ofensas iban á vengar, lo cual visto por los focios quedaron sobrecogidos de terror pánico, y se dieron por vencidos. De este modo sin derramar sangre, puso Filipo fin á la guerra sagrada que duraba diez años hacía.

Despejábasele á Filipo el camino que debía llevarle al término de sus ambiciones, que siempre fueron los mismos pueblos con sus desaciertos ó sus vicios quienes trillaron las sendas que condujeron á su propia esclavitud ó humillacion. Filipo deseaba ser el árbitro de la Grecia y su política logró que los mismos griegos dieran cumplimiento á sus ambiciones.

Luégo que tuvo tan feliz y humanitariamente terminada la guerra, reunió el consejo de los Amfictiones, cuya presidencia obtuvo; apoderóse del importante paso de las Termópilas, y quitó á los corintios la intendencia de los juegos píticos, por su complicidad en los sacrilegios de los focios. Con estas usurpaciones quedó cumplida su ambicion y quedó de hecho dueño y árbitro de los destinos griegos.

El patriotismo griego dará no obstante algunas señales de vida; como en un campo agostado aparece una que otra yerba con visos de lozanía en testimonio de la fecundidad que no quiere perder sus fueros, así en Grecia, no obstante la política astuta y avasalladora del macedonio, aparece Focion que á su gran talento militar y ardiente patriotismo reunía una virtud austera, una filosofía precisa y gran capacidad, como hombre de Estado y que procuraba inspirar á los atenienses el amor á la paz, miéntras Demóstenes les incitaba á la guerra.

De distintas maneras ha sido juzgado Demóstenes respecto de su actividad é intenciones políticas; pero no debiendo nosotros juzgarle en definitiva, re-

cordaremos solamente la inscripcion que su veleidosa ciudad grabó en una estátua que le erigió, á su muerte, tributándole magníficos honores. «Demóstenes, decía la inscripcion, si hubieras tenido tanta fuerza como ingenio, jamas el Marte macedonio habría esclavizado á la Grecia.» ¡Qué confesion tan denigrante para Atenas, al propio tiempo que cumplido elogio para su ilustre orador!

Dinarco y Esquines dicen que Demóstenes fué un ambicioso turbulento, lleno de otros muchos vicios; pero la posteridad no ha protestado nunca contra la fama de este grande hombre, cuyos discursos todos son modelos de majestad, energía, nobleza, dignidad, patriotismo y valor cívicos.

No tratamos, ni mucho ménos, de escribir la biografía de Demóstenes, por no ser tampoco objeto de nuestro trabajo; pero la civilizacion griega, contemporánea suya, nos detendrá un momento, para venir en conocimiento de fenómenos que, nó por repetidos, son ménos sorprendentes en la vida de los pueblos.

Cuando empezó la lucha contra Filipo, casi todos los oradores populares se vendieron á aquel príncipe, ya temiendo los sucesos venideros, ya porque Filipo los venciese, como sabemos, á fuerza de dádivas y seducciones. Solo Demóstenes permaneció firme como una columna destinada á sustentar el honor y la independencia de la república, y en el espacio de quince años pronunció las magníficas arengas conocidas con el nombre de *Filípicas* y *Olintianas,* que constituyen una terrible y elocuentísima acusacion contra el conquistador macedonio, y otros muchos discursos en los cuales están pintados la situacion y el espíritu de Atenas en aquella época, así como tambien los proyectos de Filipo, que, por una serie de usurpaciones, pretendía apoderarse de la capital de la república ateniense, y cuyo carácter ambicioso había estudiado Demóstenes cuando estuvo de embajador en la corte de Macedonia.

Los enemigos de Demóstenes, que los tuvo muy encarnizados, consiguieron acusarle y presentarle al pueblo como culpable. La muerte de Alejandro á quien había combatido como á su padre, fué la señal de su libertad, y acaso lo hubiera sido de la de la república, si no hubiera ido degenerando

el patrio ardor de los atenienses. Así que se vió fuera de la prision, recorrió las ciudades, reanimó con sus ardientes palabras el fuego amortiguado de la libertad, logra sublevar á sus compatriotas contra Macedonia y regresa á Atenas, siendo recibido en su pueblo como un libertador, sin haber empleado más armas que su elocuencia, y aclamado expontáneamente por sus conciudadanos.

La constancia no era una virtud comun entre los atenienses: la historia de la culta ciudad registra tantas infidelidades como páginas, y contrista el ánimo ver un pueblo tan heróico, tan inteligente, tan ilustrado, y sin embargo, dando contínuos y repetidos ejemplos de degradacion, quemando un día los ídolos incensados y aclamados pocas horas ántes; arrastrando por el lodo las flores con que ciñó momentos ántes las sienes de un héroe, de un filósofo, ó de un rey.

Un pueblo tan tornadizo no puede presentarse como buen modelo de virtudes morales ni cívicas, y nuestros lectores recordarán sin fatiga muchos hechos del pueblo ateniense que dan triste concepto de su consecuencia y fijeza de ideas. Demóstenes, como los grandes caudillos que ilustraron la república ateniense, es otro de los tristes ejemplos que llenan de baldon la memoria de Atenas. Antipater apagó la sublevacion movida por Demóstenes y fué éste condenado por los mismos que acababan de recibirle con toda la pompa de un héroe, y tuvo que refugiarse en el templo de Neptuno en la isla de Calauria, en donde un miserable actor, llamado Arquías, hechura de Antipater, trató de apoderarse de su persona, primero con engaños y promesas, y despues con amenazas. Viendo Demóstenes que no le quedaban otros medios que entregarse á sus enemigos ó morir, prefirió este extremo recurso, y se quitó la vida con un instrumento envenenado. ¡Una víctima más de las pasiones políticas desenfrenadas!

¿Qué causa influiría en este temperamento ateniense que le hacía cambiar tan repetidamente de opinion? Por regla general no se nota inconstancia entre las personas ignorantes, pobres, trabajadores y faltos de educacion; al contrario, se nota en las personas cuya facultad de imaginacion está muy desarrollada. ¿No podría disculparse al pueblo griego, dotado de brillante

fantasía, creador por excelencia, que diera ancho y libre vuelo á su facultad imaginativa, áun en perjuicio de su formalidad y grave seriedad tan amiga del talento? De todos modos el ser inconstante es un defecto que puede perjudicar al bienestar presente y á la fortuna venidera, y los atenienses tocaron harto á menudo los efectos de este vicio que hace al hombre un sér odioso y esclavo de impresiones súbitas y varias. El pueblo ateniense no regulaba su conducta por la virtud sino por su impresionabilidad. Ademas, sus ídolos eran más políticos que virtuosos, y el pedestal político ni es muy elevado ni sólido, y, por consiguiente, no es estable la imágen que sobre él se coloca.

Debiéramos aquí terminar lo que nos ofrece el curso de la civilizacion en la época que tratamos; pero, parécenos que algo puede aprenderse aún estudiando el carácter de Filipo, dotado de profundo talento, prudencia consumada y valor á toda prueba y que oía con paciencia la verdad y áun las reprensiones, por más que estuviera dominado por vicios innobles.

No sólamente se puede formar una idea exacta y cabal del carácter afable del invicto macedonio por los rasgos que de su vida sabemos, sino, y esto es lo que hace para nuestro caso, conseguiremos tener como fotografiados la cultura de su época y el desarrollo de las libertades políticas, en un pueblo de tan esmerada educacion pública.

Una pobre mujer se había presentado varias veces á Filipo, rogándole que fallase una causa, y siempre era despedida con estas palabras: «No tengo tiempo para ello.» — «Pues bien, le replicó un día, si os falta tiempo para hacer justicia, dejad de ser rey.» Estas palabras produjeron efecto, pues Filipo en seguida reparó su falta. ¿Qué rey, qué presidente de república, ni qué magistrado consentiría hoy impasible una censura parecida? ¿Y qué ciudadano, á no estar loco, ó deseoso de dormir en la cárcel, se atreviría á increpar de semejante modo á una autoridad cualquiera, ya que no al primer magistrado de su nacion? Otra mujer le pidió que fallase una demanda: el rey acababa de comer, encontró frívolas las razones que alegaba, y la condenó; pero ella con mucha sangre fría replicó: «Apelo de esta sentencia.» —¡Cómo! exclamó Filipo, ¿de vuestro príncipe?... ¿y á quién? — «Á

Filipo en ayunas», repuso la mujer. Volvió el rey á examinar el asunto, reconoció su yerro, y revocó su fallo.

Para que en las costumbres de un pueblo se encarnen principios tan libres é independientes como los interiores, se necesita muy sólido cimiento, y, más que todo, mucha conciencia de los deberes individuales, como asimismo el íntimo convencimiento de haberlos cumplido plena y satisfactoriamente. El cumplimiento del deber no sólo hace libre al hombre, sino que le da un noble orgullo para exigir que se le atiendan sus derechos. Deber y derecho son palabras correlativas: una de ellas es el complemento de la otra alternativamente. Un pueblo que conoce sus deberes y los cumple puede ser y es inexorable en la exigencia de que se le atiendan sus derechos, y es preciso confesar que el pueblo griego había llegado á poseer en alto grado el completo conocimiento de los deberes sociales y políticos, y por esto era tan libre, pero tan altivo como libre.

¡Cuánta compasion nos han causado los pueblos modernos atrasados en sumo grado en su educacion social y política, y abandonados á su propio juicio, para el uso de una libertad ilimitada, cuando aún no saben ser corteses! ¡Habría cosa más bella que un pueblo libre sabiendo usar de su libertad! En cambio ¿hay espectáculo más repugnante, odioso y temible que un pueblo inculto alardeando libertad en todos sitios y á todas horas, con palabras y acciones, como lo hemos presenciado todos en épocas muy cercanas?

Desengáñense los políticos: ménos palabras y más obras; ménos discursos y más enseñanza; más buena fe, mas patriotismo, más amor al pobre pueblo, y ménos egoismo, ménos amor propio, ménos hipocresía, ménos afan de medrar á costa de la ignorancia y de las pasiones de las masas.

Por lo demas, las malas cualidades que se atribuyen á Filipo fueron peculiares de todos los reyes de Macedonia en mayor ó menor escala, animándoles á todos un mismo espíritu. El reino macedónico era casi desconocido de los demas Estados griegos; pero la política de sus reyes le sacó de la oscuridad en que yacía, supo engrandecerse, y ya acabamos de ver

que en tiempo de Filipo se hizo dueño de toda la Grecia, así como vimos, en lo poco que de Alejandro narramos, que se había hecho dueño de todo el mundo conocido. La guerra, la política fueron los dos ejes sobre que giró el reino macedónico, tan parecido por lo demas á los restantes Estados griegos en sus costumbres y religion. Sin embargo, como lo hemos indicado ya, no produjo Macedonia ningun filósofo, ni orador como la restante Grecia y á esto debió sin duda su engrandecimiento: porque la decadencia ó corrupcion de los pueblos se inicia cuando aquellos se apoderan de la direccion de las sociedades. ¡Pobres los pueblos entregados á los discursos de oradores populares ó á las meditaciones de los filósofos de Academias y Ateneos! Grecia pierde su libertad anegada por multitud de filósofos y oradores, y Macedonia se hace señora del mundo sin contar uno solo en su seno.

La civilizacion griega en sus manifestaciones relacionadas con la moralidad había sufrido muchas alternativas, especialmente si se la considera aislada, ó desde uno de los varios puntos en que podía considerarse dividida la Grecia. El partido democrático había en algunos Estados sustituído á una monarquía mixta que apénas tenía de tal más que el nombre, y algunos de estos se habían desacreditado tanto que nadie ignora la fama de injustos y falsos que tenían en todas partes los habitantes de la isla de Creta. Por lo que hemos visto de las guerras médicas en su lugar oportuno descubrimos la fidelidad de los Estados griegos, faltándose mútuamente á los pactos sagrados y cambiando de alianzas segun les convenía á intereses que nunca debieron sobreponerse á la moral.

¿Por qué el pueblo griego, habitante en un país tan privilegiado por la naturaleza, donde los mares y los ríos sostienen un movimiento y vegetacion que anuncia exuberancia de vida, cuyos bosques albergaron tantos misterios y cuyos montes se pierden unos en las nubes y se visten otros con los bellos matices de mil variadas flores; cuyos campos recuerdan tantas glorias como hechos narra la fatigada historia; por qué, repetimos, no debía aquel pueblo inspirado en las bellezas del suelo conservar siempre un carácter bondadoso y grave, y no supo sostener su completa independencia, ni áun entre

las olas del mar que por todas partes le rodeaba, despues de haber sabido vencer los tan poderosos ejércitos é innumerables escuadras de la Persia? ¡Ay! pasarán los hermosos tiempos de la heróica Grecia; de todas sus pasadas dichas no le quedará más que un leve recuerdo, débil eco que repetirán los siglos, como se repite lejanamente en los valles de las montañas el perdido rumor de una tempestad que el viento arroja á otras comarcas.

* * *

No debemos escribir la historia de ningun país, sino seguir el curso de su civilizacion. Tócanos ya entrar en más pormenores tocante á Grecia y parécenos que empezando por las artes necesarias é indispensables para los usos de la vida humana, podremos continuar hablando de las supérfluas despues, presentando de este modo un cuadro que nos lleve á la posesion completa de toda la civilizacion helénica.

Entre la inmensa multitud de datos que nos proporciona Grecia, ningun país, sin embargo, nos ofrecerá las dificultades que ella para trasladar las impresiones al papel, ya por esa inmensa riqueza que dificulta la eleccion, ya porque pasamos á un mundo nuevo, donde todo se nos ofrece como nuevo tambien, y porque nos encontramos con una raza privilegiada que ha llegado desde luégo al último término de su desarrollo, sin ofrecernos sucesiones en que fijarnos, ni movimientos que nos señalen su camino. Todo es aquí extraordinario: política, religion, artes, ciencias: los problemas son múltiples, complicados: todo está en contínuo juego que absorbe la atencion más poderosa sin tiempo para analizar, ni casi comparar.

En Grecia vemos el raro fenómeno de la existencia simultánea del pueblo que estudiamos en sus orígenes, con la de muchas industrias cuyo desarrollo supone una continuacion de siglos, sin excluir ni siquiera las graves y suntuosas solemnidades con que se tributaba el culto á la religion, culto que no se nos presenta desde luégo con la sencillez de los primeros días de otros

pueblos. El culto griego revistiendo múltiples formas y adoptando manifestaciones espléndidas contribuyó, mejor dicho, dió vida y desarrollo á una civilizacion potente y llena de esplendor que trascendió á varios actos de la vida. En Grecia todo conspira, como lo hemos observado ya, á lo bello y risueño, desde el paisaje poético y rico por excelencia hasta el cielo puro y despejado como la mirada de la inocencia. Si se nos permitiera la frase, y no se nos tomara á mal, diríamos que la misma multitud de sus dioses con su inmensa variedad de atribuciones, embellecieron la vida y civilizacion de aquel pueblo de imaginacion harto ardiente para fijarse en la esencia de un Dios solo, que reuniera en sí todo lo constitutivo de la divinidad. El buen juicio de nuestros lectores habrá comprendido ya que nos referimos á lo que tiene relacion con las artes, al expresarnos en estos términos, y de ningun modo aludimos á la moral; pues las pasiones de aquellos dioses, más bajas é imperiosas que las de los simples mortales, nos los presentan indignos de seria consideracion. Es indiscutible que la moral, áun la más laxa, condena los hechos de aquellos dioses arrastrados por pasiones violentas á cuyas sugestiones se entregaban ciegamente como el más ignorante mortal. No obstante, á estos defectos y vicios debemos la creacion de la *Iliada* que jamas hubiera compuesto Homero si no hubiese continuado como humanizado el noble espiritualismo cuya union formaba el carácter griego.

Homero, grandiosa figura ante quien debemos sobrecogernos de temor y respeto, personificacion viva de un pueblo escogido, será nuestro guía en todo lo concerniente á las manifestaciones de civilizacion que vamos á consultar. La *Odisea* de Homero tiene por objeto cantar el movimiento griego hacia un porvenir de civilizacion y prosperidad, así como recogió en la *Iliada* las tradiciones troyanas que iban extinguiéndose en el ánimo de los pueblos. Las épocas á que se refiere son de suma trascendencia. Los jonios habían entónces emigrado al Asia y estaban ya fundadas las ciudades de Mileto, Efeso, Eritra, Colofon, Claromena, Priena, Jocea, Minute y Lebeda. Los buques mercantes surcaban los mares abiertos por la expedicion asiática; los fenicios recorrían el mar Egeo llevando objetos de adorno y gusto, los mismos reyes navegaban ó viajaban para cambiar bronce.

No lleven á mal nuestros lectores que nos paremos aquí, porque merece estudiarse el siglo de Homero, ya por sus especiales circunstancias, ya por lo que el inmortal cantor de la *Iliada* nos manifestará de los primeros días de la Grecia.

Al sitio y toma de Troya siguiéronse para la Hélade grandes conmociones y trastornos que deben meditarse. En la mayor parte de las ciudades de aquellos diversos Estados estallaron revoluciones dinásticas preparadas por el tardío regreso de sus reyes, y abandonando los vencidos sus respectivas patrias, fueron á llevar la guerra á otros pueblos en busca de nuevos países donde fijarse.

« Antiguamente, nos dice el historiador griego Tucídides, los griegos y bárbaros que vivían en el continente, cerca del mar, apénas hubieron adquirido la habilidad de trasladarse en buques á sus respectivos lugares, se entregaron ya á la piratería, poniéndose al frente de ellos los hombres más poderosos de la nacion, sorprendiendo de esta manera las ciudades abiertas que entregaban al pillaje. »

Tendremos la medida de aquella civilizacion sabiendo ¡cosa extraña! que en lugar de ser un objeto de infamia semejantes latrocinios, llevaban al contrario á la gloria, y en la misma época del historiador Tucídides que nos suministra estas noticias, se tenían por muy honrados dedicándose á ello los etolios, los acarnanos y los locrios-ozoles.

Sin embargo, á manera de gallarda flor que aparece del fondo de una peña agrietada entre zarzales y rocas estériles, descúbrense los primeros albores de la civilizacion griega entre esas luchas, emigraciones y rudeza de costumbres. Detenida en su desarrollo por perturbaciones políticas y territoriales que ponen á prueba el temple y la virilidad de aquellos Estados, se la ve desarrollarse, extenderse, apoderarse de aquellas nacionalidades al favor de una paz por mucho tiempo dudosa y fugitiva. Pero el vuelo más rápido lo toma esa civilizacion especialmente durante los distintos periodos de la vida de Homero, y en la *Odisea*, reflejo de los últimos resplandores de la llama que brilló en la mente del poeta, encontramos su variado cuadro.

« Esta civilizacion resplandece, dice M. Cuvillier-Fleury, no sólamente en

todos sus pormenores de costumbres, en todo el lujo de trajes, armas, muebles, instrumentos de toda especie, oficios y perfeccionamientos de toda clase, sino tambien en los simples epitetos en donde se graban con tan sorprendente relieve, los más insignificantes usos de la vida civil.

Siguiendo atentamente las narraciones del pintor más consumado de las costumbres de sus compatriotas, vemos puertas deslumbrantes y cerradas con cerrojos en los suntuosos aposentos de los reyes; dinteles y jambas de madera de ciprés y de exquisito trabajo, asientos elegantes y delicadas alfombras. Brillan tambien allí vasos elegantes, collares de oro con hermosas cuentas de ámbar, cestas de plata y ruecas de oro rodeadas de lana color de violeta.

Grecia, tan distinguida por sus muchas y bellas cualidades, lo era particularmente por la excelencia de sus vinos. Vemos ya que Nestor, retirado en Pilos, da á beber á sus huéspedes un vino de quince años.

Homero nos habla de un vino de Maronea, en Tracia, muy célebre y fuerte, que soportaba veinte partes de agua; pero los tracios lo bebían puro con mucha frecuencia, y esto explica los excesos de brutalidad á que estaba sujeta aquella nacion.

La ley de Zalemo prohibía á los locrios y epicefirios, con pena de muerte, el uso del vino, excepto en caso de enfermedad. Otros pueblos, como Mileto, manifestaron más moderacion é indulgencia, contentándose con prohibirlo á las mujeres. Séneca se queja amargamente de que en su época se había quebrantado casi generalmente esta costumbre, y dice á este propósito: «La complexion débil y delicada de las mujeres no se ha mudado, pero se han mudado sus costumbres, y ya no son las mismas. Hacen vanidad de beber tanto como los hombres más robustos. Pasan como ellos noches enteras en la mesa, y teniendo en la mano un vaso lleno de vino puro se glorían de apostárselas, y tambien, si pueden, de excederlos.»

El cultivo de las viñas es antiquísimo entre los griegos, y en Homero leemos que en tiempo de la guerra de Troya formaba parte del comercio la conduccion de los vinos.

La vendimia, sobre todo, daba lugar á fiestas alegres y campestres lle-



FAMILIA GRIEGA VOLVIENDO DE LA VENDIMIA.

todos sus pormenores de costumbres, en todo el lujo de trajes, armas, muebles, instrumentos de toda especie, adornos y perfeccionamientos de toda clase, tambien en los simples epítetos en donde se graban con tan sorprendente relieve, los más insignificantes usos de la vida civil.

Siguiendo constantemente las narraciones del pintor más consumado de las costumbres de sus compatriotas, vemos puertas deslumbrantes y cerradas con cerrojos en los suntuosos aposentos de los reyes; dinteles y jambas de madera de ciprés y de exquisito trabajo, asientos elegantes y delicadas alfombras. Brillan tambien allí vasos elegantes, collares de oro con hermosas cuentas de ámbar, cestas de plata y ruecas de oro rodeadas de lana color de violeta.

Grecia, tan distinguida por sus muchas y bellas cualidades, lo era particularmente por la excelencia de sus vinos. Vemos ya que Nestor, retirado en Pilos, da á beber á sus huéspedes un vino de quince años.

Homero nos habla de un vino de Maronea, en Tracia, muy célebre y fuerte, que soportaba veinte partes de agua; pero los tracios lo bebian puro con mucha frecuencia, y esto explica los excesos de brutalidad á que estaba sujeta aquella nacion.

La ley de Zaleuco prohibía á los locrios y epicefirios, con pena de muerte, el uso del vino, excepto en caso de enfermedad. Otros pueblos, como Mileto, manifestaron más moderacion é indulgencia, contentándose con prohibirlo á las mujeres. Séneca se queja amargamente de que en su época se habia quebrantado casi generalmente esta costumbre, y dice á este propósito: «La complexion débil y delicada de las mujeres no se ha mudado, pero se han mudado sus costumbres, y ya no son las mismas. Hacen vanidad de beber tanto como los hombres más robustos. Pasan como ellos noches enteras en la mesa, y teniendo en la mano un vaso lleno de vino puro se glorían de apurárselos, y tambien, si pueden, de excederlos.»

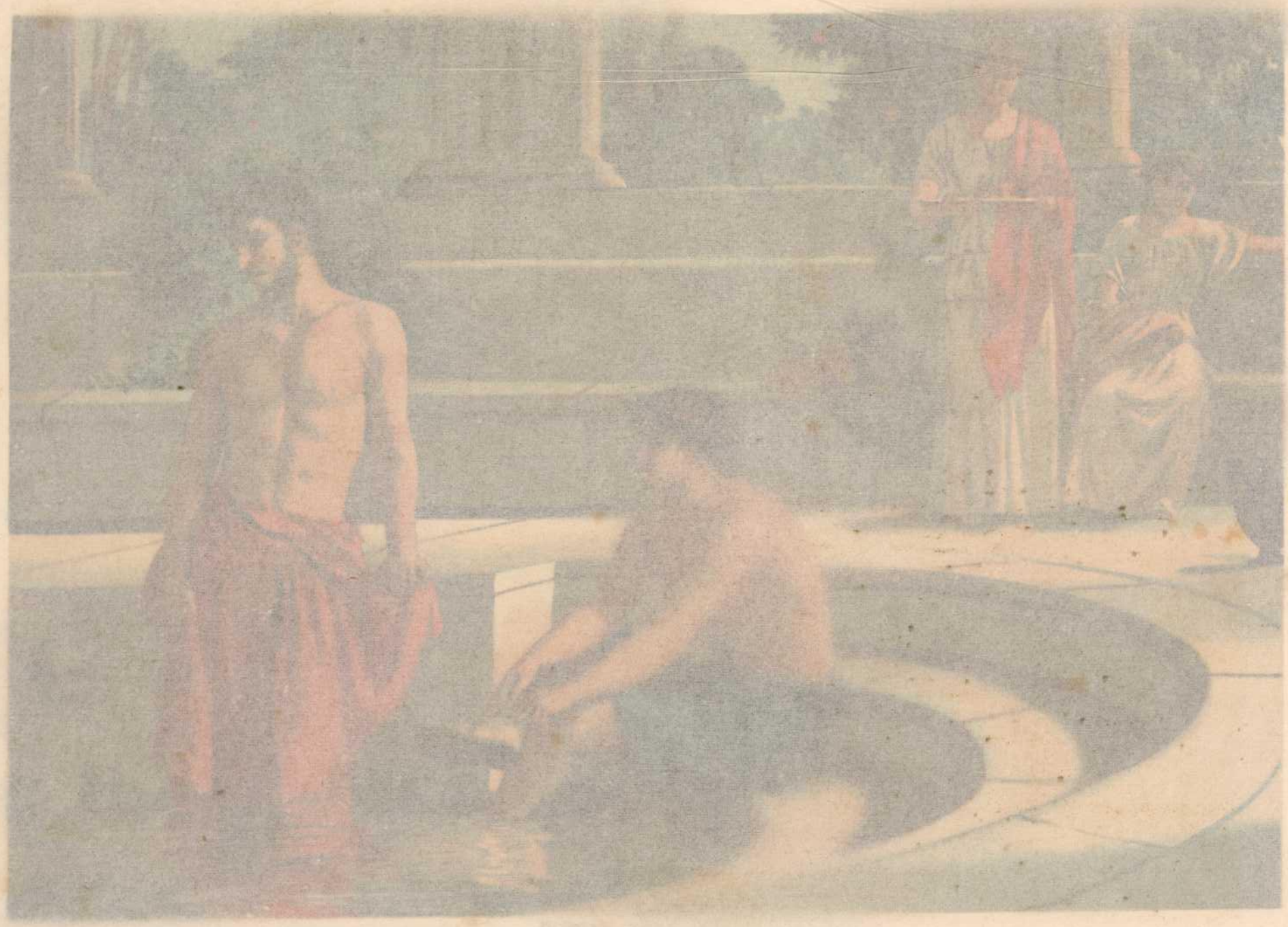
El cultivo de las viñas es antiquísimo entre los griegos, y en Homero leemos que en tiempo de la guerra de Troya formaba parte del comercio la conduccion de los vinos.

La vendimia, sobre todo, daba lugar á fiestas alegres y campestres lle-



Mir, Tarrudas, Comas y C.ª Editores.

FAMILIA GRIEGA VOLVIENDO DE LA VENDIMIA.



TELÉMACO Y PISISTRATO [illegible] DE MENELAO.



Mir Tarradas Comas y Cª Editores.

TELÉMACO Y PISISTRATO EN EL PALACIO DE MENELAO.

nas del mayor júbilo entre aquel pueblo, en sus primeros tiempos, de costumbres tan puras y patriarcales, en las que la familia celebraba con danzas y músicas la vuelta de la recoleccion de la uva, coronándose hombres y mujeres con pámpanos y flores, y regresando á sus casas entre bulliciosas danzas y juegos.

En la *Odisea* leemos lo siguiente: «Telémaco y Pisístrato quedan admirados á la vista de esta mansion de un rey poderoso (el palacio de Menelao). Como resplandece la claridad de la luna ó del sol, así brillaban los suntuosos palacios del valiente Menelao. Cuando los dos héroes han satisfecho sus ojos contemplando esta magnificencia, entran en unas brillantes bañeras para lavarse en ellas. Unas cautivas les bañan, les untan con aceite, y les dan blandas túnicas y ricos mantos; despues van á sentarse en unos asientos, cerca del hijo de Atreo. Adelántase al punto una sirvienta con un jarro de oro, derrama el agua en una jofaina de plata, para que se laven las manos, y pone delante de ellos una mesa cuidadosamente pulimentada..... Mira, Pisístrato, exclama el hijo de Ulíses, cómo brillan el oro, el ámbar, la plata y el marfil..... Qué grandes y numerosas riquezas!»

Debemos fijarnos en estas narraciones de Homero para saber el estado de las artes é industrias en su época y en las que le precedieron. Haciéndolo así vemos en ellas el uso que hacían los griegos de los metales preciosos para las diversas necesidades de la vida, y ademas para los objetos de adorno y lujo. Observaremos, á poco que meditemos, que los adornos elaborados con los metales y marfil y ámbar fueron anteriores á la delicadeza y brillo de los tejidos, así como que el bronce desempeñaba entónces el papel que actualmente juega el hierro, cuyo metal era entónces un objeto raro, de lujo, que sólo se empleaba en ocasiones solemnes, y se ofrecía hasta como premio ó como objeto puesto en venta por mucho valor. Vemos el uso de jarros, copas, jofainas y otros muebles preciosos de oro y plata. Notaremos que Homero nos habla á menudo de operarios que saben mezclar el oro con la plata para formar con dicha materia vasos preciosos: en la *Iliada* nos habla del escudo de Nestor formado con planchas de oro,

y de una copa que posee este mismo príncipe de elegante trabajo, adornada con clavos de oro, con dos asas dobles y otros adornos.

Despréndese de lo dicho como natural y lógico que en aquellas épocas conocían los hombres el arte de soldar los metales, pero parece al propio tiempo algo dudoso que supieran grabarlos.

Continuemos la lectura de Homero y nos sorprenderá la magnificencia de Agamenon igualmente que los adelantos supuestos en la armadura que se viste al ponerse al frente de sus guerreros para vengar una derrota.

«En su seno, dice, brilla la soberbia coraza que en otro tiempo le dió Cinras por prenda de la hospitalidad que debía unirles..... Quiso por este noble regalo comprar la amistad del héroe que iba á mandar tantos guerreros. Dos planchas de oro, diez de acero bruñido, veinte de estaño brillaban en ella distribuídas sobre lizos paralelos. Tres dragones de acero levantan en él sus cabezas amenazadoras. Sus cuerpos tortuosos ofrecen los colores del íris, de esa señal que Júpiter fijó en la bóveda azulada para instruir á los mortales.

«Una soberbia espada cuelga á su costado: su puño es de oro; al rededor de la misma hay una vaina de plata que unos lazos de oro unen al tahalí.

«Un inmenso escudo le cubre con su círculo brillante y forman su contorno diez aros de bronce. Levántanse en la superficie veinte copas de estaño con las que hay entremezcladas copas de acero. En el centro está Gorgona; pálida, desmelenada y lanzando homicidas miradas; en torno suyo figuran la Huida y el Terror. Una plancha de plata adhiere el escudo á la espalda del héroe; en esta plancha se arrastra un dragon de acero que tiene tres cabezas unidas á un solo cuerpo. Ciñe su frente un casco amenazador, coronado por cuatro garzotas; encima del cual se agita un formidable penacho, y lleva en su mano dos dardos.»

Por la descripcion que nos da Homero, en la *Odisea*, de los trajes de Ulíses, sabremos cómo estaba el arte del tejido, su materia componente y la forma del manto, etc., etc. «Ulíses tenía (dice el propio rey de Itaca á su esposa Penélope, para que le reconociera) un doble manto de púrpura, del

tejido más fino, y para cogerle un corchete de oro y un doble anillo de oro. En la parte delantera campeaba un bordado, labor de una mano maestra. Un perro tenía debajo de sus dos patas delanteras un cervatillo palpitante al que miraba fijamente.

«Todo el mundo admiraba esta obra maestra; el perro, todo de oro que, fija la vista en su presa, la extrujaba y apretaba con tal fuerza que parecía aumentarse y redoblarse, y el cervatillo, tambien de oro, se movía y agitaba en sus patas impaciente por escapársele.»

Estas telas, pero sobre todo los bordados y la perfeccion de los mismos prueban adelantos no sólo en la industria en sí, pero tambien en las aficiones al esplendor y ostentacion, aficiones más raras si se atiende á que no habían sabido atinar en hacer camisas del lienzo, ni en fabricar calzado, del que sólo se servían muy excepcionalmente. Miéntras que la mujer griega, sobre todo la de posicion distinguida, no quería ser ménos que el hombre, vistiendo largos ropajes sostenidos y replegados por corchetes de oro, ostentando collares y brazaletes del mismo metal guarnecidos con ámbar, usando ademas perfumes y afeites, no había en las casas ni lo necesario siquiera, á lo ménos en el actual estado de las sociedades. Aquellas casas que ostentaban camas guarnecidas y adornadas ya con planchas de oro y plata y marfil, no tenían cristales, armarios, aparadores, chimeneas, cucharas, tenedores, manteles, etc., etc. Grecia, que se da la mano con las espléndidas cortes asiáticas, no se parece en nada á ellas en lo tocante al lujo del personal que las rodea, porque la sencillez es el sello y distintivo de los príncipes griegos más parecidos á los Patriarcas bíblicos que á monarcas. Esta observacion disculpa, en nuestro concepto á un erudito holandés que ha visto en la *Odisea* la historia del patriarcado israelita, así como vió en la *Iliada*, con ménos fundamento, la toma de Jericó por Josué.

En las espléndidas habitaciones de los príncipes griegos se da favorable acogida á la música y la poesía, si nos atenemos á lo dicho por Homero. La Grecia, al igual que todos los pueblos en los albores de su primitiva civilizacion, tiene cantores queridos de las Musas que cantan en las fiestas solemnes de los pueblos y en los suntuosos festines de los reyes. La poesía, el

canto y la música forman los encantos del hogar. Podríamos formarnos una idea, incompleta no obstante, de la parte que representaban las artes en los palacios de los príncipes griegos y en el interior de las casas acomodadas de aquel país de costumbres puras y suaves, trasladándonos á los tiempos del feudalismo cuando los trovadores, romanceros y juglares poblaban los góticos salones y patios de los castillos de los grandes señores de la época. Una vez más hemos de repetir, y no lo lleven á mal nuestros lectores, que, al hablar de estas costumbres griegas no debemos apartar de nuestra memoria la idea del clima, de la hermosura del cielo heleno que brindaba para la danza, el canto, la poesía y el amor.

En la *Odisea* nos pinta Homero el hermoso retrato de los cantores calificados de divinos. No vayan á creer nuestros lectores que fueran ellos, ni sus inspiraciones ricas, sí, pero aún incultas, como nos los representa el diestro pincel del poeta que nos las ha legado; pero de todos modos hemos de reconocer allí los elementos que más tarde produjeron la *Iliada* y la *Odisea*. En los poemas de Homero encuentra el observador descritos los caracteres constitutivos de la política, la religion y la literatura de su siglo.

Era mérito para los grandes hombres griegos distinguirse en la música y el canto, y una especie de sonrojo verse obligado á confesar en este punto su ignorancia. Esta costumbre fué muy duradera. Epaminondas contaba en el número de sus excelentes calidades haber sabido cantar con gracia y tocar los instrumentos con habilidad. Muchos años ántes, el haberse negado Temístocles, en un banquete, á tocar algo en la lira, le atrajo reprensiones y no le honró. La ignorancia de la música se calificaba en aquellos tiempos de falta de educacion.

«Los cantores, dice Homero, eran distinguidos por los reyes, que les colmaban de favores y les hacían participar de sus festines. «Heraldo, dice «Ulíses, lleva esta comida á Demodoco, para que cóma; díle cuánto le felicito »á pesar de mi tristeza. Entre todos los mortales que viven en la tierra, estos »cantores son sobre todo dignos de nuestros homenajes, y de nuestros res»petos..... Demodoco, tú serás el que yo elogiaré más de entre los hombres »todos, tú que fuiste instruído por una Musa hija de Júpiter, ó por Apolo.»

Los cantores reciben siempre los calificativos de divinos, muy ilustres, armoniosos; su voz es semejante á la de los dioses: se animan con los acentos de la lira y no reciben más inspiraciones que de las musas ó de los dioses. Sus cantos aseguran la celebridad, porque refieren con maravillosa gracia los hechos de épocas pasadas. Alcinoo, al dar hospedaje en su casa á Ulíses arrojado por la tempestad á sus costas, no sabe elogiarle mejor que diciéndole: «Has narrado hábilmente la historia de los males que experimentaron los griegos y tú mismo, como habría podido hacerlo un cantor.»

Aquellos pueblos de costumbres sanas y puras atribuían á la música maravillosos efectos, ya para excitar y reprimir las pasiones, ya para suavizar las costumbres, y hacer tratables pueblos naturalmente salvajes y bárbaros.

Cuando Agamenon, generalísimo del ejército griego contra Troya, partió para el Asia, dejó en su palacio un cantor divino para custodio de su esposa.

El mismo Aquíles, el verdadero héroe de la guerra de Troya, pertenecía á la tribu de los cantores, y cantaba acompañándose en la lira los hechos gloriosos de los héroes. Despues empero del incendio de Troya, cuando los príncipes griegos regresaron sucesivamente á sus Estados, y, con su regreso, se esparcía en las costas de la Jonia y en las muchísimas islas del Archipiélago la relacion de los combates de Troya; cuando todos hablaban de los héroes que se habían distinguido en los campos troyanos, abrióse para los armoniosos cantores una nueva era de gloria y sublimes inspiraciones.

«Diez años habían trascurrido apénas, dice un autorizado crítico de los poemas homéricos, desde la caída de Ilion, cuando en los palacios de los reyes se cantaba ya cada día todo lo que publicaba la fama avara de los triunfos y de los infortunios de los griegos. Hasta en el comienzo de la *Odisea* vemos á Femio introducido en la sala de los pretendientes, y obligado á cantar en medio de ellos. Cuando Penélope desde sus aposentos superiores oye al cantor divino que celebraba el funesto regreso de los griegos, acude y pide llorando á Femio que suspenda unas narraciones que parten su alma de dolor, porque piensa contínuamente en el héroe cuya gloria resuena en toda la Grecia y hasta en el centro de Argos. Pero Telémaco replica en seguida á su madre

diciéndole: « No impidas á Femio que cante el funesto destino de los griegos. El canto que admiran más los hombres, es aquel que repite á los asistentes las acciones más recientes. » Lo mismo sucedía en el palacio de Alcinoo: allí tambien una « musa inspiraba al cantor que celebrara los hechos brillantes de los héroes y que cantara una narracion cuya fama había subido hasta al inmenso cielo. De esta manera refería tambien Demodoco los hechos de los griegos durante el sitio de Troya. Decía la querella de Ulíses y Aquíles que se dirigieron palabras injuriosas en un festin para los sacrificios. Decía la aventura del caballo de madera construído por Epeo, la caída de la ciudad de Príamo, las hazañas de Ulíses, y cuánto emprendió este héroe bajo la poderosa proteccion de Minerva. Á la manera que los cantos de Femio habían excitado los amargos pesares de Penélope, asimismo los del cantor de Schevia conmueven profundamente el corazon de Ulíses que, durante todas estas narraciones, cubría su cabeza con su manto, para ocultar á los feacios las abundantes lágrimas que corrían de sus ojos. »

¿No descubre el lector en estas pinturas tan vivas de lo que era la música y la poesía en los periodos históricos descritos por Homero, el estado de la civilizacion griega, así como el carácter de aquellas frescas poesías primitivas que brotan como un manantial abundante pero bullicioso de la volcánica mente de Homero, de aquel hombre ilustre que, segun dice un autor antiguo, no debió su gloria más que á sí mismo, y fué el único que mereció el nombre de poeta por la grandeza de sus composiciones y la brillantez de sus versos? (1).

El avisado lector habrá notado ya, sin nosotros advertírselo, que hasta ahora nos hemos ocupado especialmente en los tiempos heróicos de la Grecia, en todo lo que nos referimos á las narraciones ó citas de Homero, y habrá de dispensarnos que continuemos aún, por breve espacio, deteniéndonos en aquellos hermosos días recomendables por muchos conceptos, pero sobre todo por aquella dulce sencillez que nos los hace envidiar, por mucho que

(1) VEL. PATERC, Lib. I. cap. 5.

estuvieron léjos aún del bienestar y comodidades que consigo trajo despues el refinamiento de la civilizacion.

¿Qué influencia tuvo la mujer griega en los destinos de su patria?

Para contestar debidamente á esta pregunta debemos acudir á los poemas de Homero.

Hécuba, esposa de Príamo, rey de Troya, sueña ver un tizon encendido que abrasaba todo lo que había alrededor de él: dícenle que el tizon representa un hijo que tendría y que haría mucho daño á su país: manda el rey matar al niño dejándole en un monte solo á fin de que si así no muriese, no llegase jamas á conocer á sus padres. Hécuba, que al fin es madre, le pone algunas señales que debían servir para hacerle reconocer.

Unos pastores hallaron al pobre niño abandonado, lleváronselo consigo, y le dieron el nombre de Páris: crecido el niño, se hizo pastor como los que le habían criado.

Reconocido un día por hijo de Príamo, alegróse éste de su hallazgo, dando al olvido la prediccion de las desgracias. Páris era atrevido y emprendedor: quiso viajar y visitar algunas cortes: viéronle los reyes llegar con placer y le obsequiaron.

Menelao era uno de los tantos reyes á quienes visitó Páris; su esposa se llamaba Elena. Era esta hermosa: bella como un tipo griego. Páris lo era tambien: las dos hermosuras se prendaron mútuamente y tuvo entónces lugar el rapto de Elena. En el reloj de los destinos del mundo sonó entónces la hora del sitio de Troya. ¡Feliz sitio que nos dió los poemas de Homero!

El siglo actual no pondría sitio á una ciudad y dos ejércitos poderosos no combatirían durante diez años por el rapto de una mujer, aunque fuese tan bella como la esposa de Menelao; pero preciso es confesar tambien que la mujer de este siglo no ejerce en el hogar doméstico la poderosa pero tierna influencia de la mujer griega. Áun tomando por tipo á la infiel Clitemnestra, miéntras Agamenon sostiene su honra debajo de los muros de Troya; ¡qué diferencia no se observa entre la mujer griega, apasionada si así se quiere, y las favoritas de las cortes asiáticas!

¿Dónde hallaremos un modelo de fidelidad y constancia conyugal, un

corazon más sacrificado y tierno, una rosa de más excelentes virtudes y suave aroma que en Penélope? ¿Habrá ahora una esposa tan casta y prudente en igualdad de circunstancias?

Al lado de Penélope no desmerece en nada la encantadora Nausicaa pidiendo á los dioses un marido como Ulíses, lavando sus vestidos en el río con sus doncellas y ocupándose por sí propia en los quehaceres de la casa, no obstante ser la hija de Alcinoo.

Andrómaca, esposa la más tierna é infortunada, no cede en nada á la más pura y virtuosa.

La misma Elena, chispa que prendió el fuego que devoró á Troya, esposa infiel indigna de buena memoria, purga su delito trabajando en un hermoso bordado donde representa magníficamente las fatigas de los griegos y de los troyanos cuya causa era solamente ella.

Por lo demas, la mujer griega comprende tambien la manera de agradar: sus adornos son muchos y muy diversos: se perfuma y frota el cuerpo con esencias. Homero en la *Odisea* dice: «Enjuga este rostro mojado todavía por lágrimas y una esencia perfumada devuelva el lustre á tus mejillas descoloridas.»

El extremado adorno de las mujeres griegas reflejábase, como era natural, en la manera de vestir de los hombres, sobre todo en los troyanos.

«Amfimaco resplandece enteramente agoviado de oro, dice Homero en la Iliada; va á los combates con el lujo de una mujer; pero estos vanos adornos no le librarán de la muerte; Aquíles le inmolará en las orillas del Escamandro, y el oro que le cubre será su conquista.»

Páris, el más hermoso de los troyanos, tipo acabado de lujo y voluptuosidad, es mucho más hermoso cuando se viste su traje guerrero. ¡Qué bello está entónces! Cubre sus hombros una piel de leopardo, y pende de su cinto una magnífica espada. Cuando pelea con Menelao, su encarnizado enemigo, observa Homero que el griego viste una armadura ménos soberbia.



PARIS Y ELENA

corazon más sacrificado y tierno, una rosa de más excelentes virtudes y suave aroma que en Penélope? ¿Habrá ahora una esposa tan casta y prudente en igualdad de circunstancias?

Al lado de Penélope no desmerece en nada la encantadora Nausicaa pidiendo á los dioses un marido como Ulises, lavando sus vestidos en el rio con sus doncellas y ocupándose por sí propia en los quehaceres de la casa, no obstante ser la hija de Alcinoo.

Andrómaca, esposa la más tierna é infortunada, no cede en nada á la más pura y virtuosa.

La misma Elena, chispa que prendió el fuego que devoró á Troya, esposa infiel indigna de buena memoria, purga su delito trabajando en un hermoso bordado donde representa magníficamente las fatigas de los griegos y de los troyanos cuya causa era solamente ella.

Por lo demás, la mujer griega comprende tambien la manera de agradar: sus adornos son muchos y muy diversos: se perfuma y frota el cuerpo con esencias. Homero en la *Odisea* dice: «Enjuga este rostro mojado todavía por lágrimas y una esencia perfumada devuelva el lustre á tus mejillas descoloridas.»

El extremado adorno de las mujeres griegas reflejábase, como era natural, en la manera de vestir de los hombres, sobre todo en los troyanos.

«Amfimaco resplandece enteramente agoviado de oro, dice Homero en la Iliada; va á los combates con el lujo de una mujer; pero estos vanos adornos no le librarán de la muerte; Aquiles le inmolará en las orillas del Escamandro, y el oro que le cubre será su conquista.»

Páris, el más hermoso de los troyanos, tipo acabado de lujo y voluptuosidad, es mucho más hermoso cuando se viste su traje guerrero. ¡Qué bello está entónces! Cubre sus hombros una piel de leopardo, y pende de su cinto una magnífica espada. Cuando pelea con Menelao, su encarnizado enemigo, observa Homero que el griego viste una armadura ménos soberbia.



Mas, Carvalho, Tomas y C.ª, Editores

E. Piquè, Lit.

PÁRIS Y ELENA.

*
* *

Adelantemos un paso en el exámen superficial que estamos haciendo de las manifestaciones de la civilizacion griega, y continuemos observando la influencia de la mujer en las costumbres que veremos introducirse en aquella sociedad que se transforma por efecto de las conquistas, ó de las guerras, ó por el roce que experimenta con otras civilizaciones más refinadas.

Á medida que los griegos entablan relaciones más ó ménos íntimas con los pueblos orientales, vénse cambiar sus caracteres de fisonomía propia, adoptando más ó ménos paulatinamente las costumbres que se les abren paso por el comercio con las sociedades que van conociendo y tratando.

Ya en Homero asoman algunos anatemas que tomarán cuerpo más adelante, fundados en el odio inspirado por Elena, contra la mujer acusada ya de corruptora y causa del mal no sólo en la humanidad entera, sino en la sociedad en general y en la familia en particular.

Si no temiéramos espantar, ó cuando ménos prevenir contra de nosotros á ciertos lectores suspicaces ó desconfiados luégo que oyen hablar de los libros de Moisés, diríamos que la culpa de todo atribuída por la Biblia á la mujer se encuentra tambien como un eco perdido, como una tradicion viciada en las leyendas de Homero y Hesiodo, y hasta en las fábulas de la mitología. No queremos imponer nuestra opinion á nadie, pero no lleven á mal nuestros lectores si les decimos que, en nuestro concepto, los ecos confusos del Eden se han oído repercutir en las hondonadas del Ida y en el vasto y fértil Helicon, llevados en alas de los céfiros que suspiran en los agitados bosques del Pelion, por entre las risueñas llanuras regadas por el Titareso. Sí, los ecos de la voz de Jehová, resonando cual majestuoso trueno en las floridas y aromatizadas bóvedas siempre frescas y verdes del Eden, testigos de los primeros amores de Adan y Eva, repercutieron débiles, confusos, pero penetrantes en los campos floridos de Piraso, visitados por Homero, y consagrados á Ceres, al pié de las blanqueadas cimas del Titano y bajo el

techo hospitalario de las habitaciones que coronan la fría Dodone, despues de recorrer la verde Aliarte; Messa, abundante en palomas; Orcomene de numerosos rebaños; Euripa, azotada por los vientos; Gortina, de soberbias fortalezas y la blanca Licasto.

Pandora recibe una caja misteriosa que los dioses le prohiben abrir: la curiosidad le hace faltar al precepto divino, y de aquella caja, que la indiscrecion abrió, salen todos los males que afligen á la humanidad. Afortunadamente quedó la esperanza en el fondo. ¡La esperanza! Esta palabra fué la que repitieron los últimos ecos, al extremecerse, bamboleando sobre sus cimientos, los celestiales jardines del Eden. Despues de la maldicion, oyóse una promesa de esperanza.

Homero ha sido nuestro guía miéntras hemos consultado las inspiraciones del corazon y la fantasía. Entrando ahora en el árido, pero positivo terreno de la historia, oigamos á Hesiodo.

« Ántes, las tribus de los hombres vivían en la tierra exentos de males, de penoso trabajo y crueles enfermedades que produjeran la vejez; porque los hombres que sufren envejecen prontamente. Pandora, que tenía en sus manos una caja grande, levantó la cubierta de ella, y los males terribles se esparcieron sobre los hombres. Sólo quedó la esperanza; detenida en la orilla de la caja, no salió de allí, porque Pandora, por órden de Júpiter, la volvió á tapar.

» Desde aquel día, andan miles de calamidades errantes entre los hombres; la tierra está llena de males, el mar rebosa tambien de males, y las enfermedades se ceban atormentando día y noche á los mortales. »

No nos arrepentimos de haber dicho que en Homero y Hesiodo descubrimos nosotros un eco débil y confuso sí, pero eco al fin, de las maldiciones pronunciadas en el Eden. El mismo Hesiodo, sin darse cuenta de ello, nos servirá de prueba. « Hijo de Japet, continúa el ilustre historiador, ó el más hábil de todos, tú te alegras por haber robado el fuego divino y engañado mi juventud, pero tu robo será fatal á tí y á los hombres venideros. Para vengarme de ese robo, yo les enviaré un funesto presente, del que estarán todos enamorados en el fondo de su alma, amando ellos mismos su

propio azote..... Al acabar estas palabras, sonrie el padre de los dioses y de los hombres, y manda al ilustre Vulcano que componga un cuerpo, mezclando tierra con agua, y que le comunique la fuerza y la voz humana, y que forme de dicha materia una vírgen de encantadora belleza.»

Siguiendo Hesiodo en sus ideas vertidas en la obra que le debemos con el título: *Trabajos y Días*, califica á la primera mujer de obra maestra funesta, fatal maravilla, hermoso mal y otras expresiones por el estilo; y con Hesiodo, historiador, forman eco los principales trágicos griegos que, á porfía, profieren maldiciones contra la madre comun de todos los hombres.

Y á propósito: ¿no les parece á nuestros lectores que esta uniformidad de juicio en boca de autores tan distintos y genios tan ilustres, más cercanos que nosotros al nacimiento de la humanidad, sin prevencion de ninguna clase, es un argumento irrebatible para la creacion y caída del primer hombre?

La historia es inexorable, la lógica no tiene entrañas, y es imposible contradecir lo consignado por la primera y las consecuencias de la segunda. Enhorabuena que se declame, que se niegue, pero nunca serán pruebas las declamaciones ni las negaciones. Al fin y al cabo la humanidad debe de haber tenido un principio, y las leyendas de Homero y las narraciones de Hesiodo no están acordes que digamos con las tendencias de ciertas escuelas modernas, sino que parecen imágenes del molde en que se vació el Génesis de Moisés.

Sigamos empero el estudio de la civilizacion griega. No siempre ha de ser la mujer la anatematizada, ni hemos de culparle porque se hayan viciado las costumbres con los malos hábitos que ella introdujo por medio de las danzas, el canto y el lujo; porque si nos atenemos á Homero, no fueron las mujeres, á lo ménos en Grecia, las primeras que se exhibieron danzando.

El poeta ciego nos habla de las danzas voluptuosas de los fenicios, mostrándonos á esos insulares, á la salida de un festin dado por su rey Alcinoo, ejecutando una danza cuyos pasos y actitudes expresaban el sentido de las palabras cantadas por el tañedor de cítara. Miéntras que un

héroe se levanta, dice Homero, en su *Odisea*, y va á buscar la lira de Demodoco, nueve gefes, escogidos por el pueblo, aplanan la liza donde los jóvenes ejercitados en la danza van por sus movimientos y gestos á representar la aventura que cantará el poeta; y el hábil cantor escoge los amores de Ares y Afrodita (1).

La edad griega que estamos estudiando tiene costumbres mucho más parecidas de lo que á primera vista pudiera imaginarse con las de la edad media en los palacios de los reyes y en los castillos de los señores feudales. ¿Qué son sino los danzantes y músicos, los bufones y monos sabios, las jugadoras de arcos y otros espectáculos parecidos, como enanos, locos, etc.?

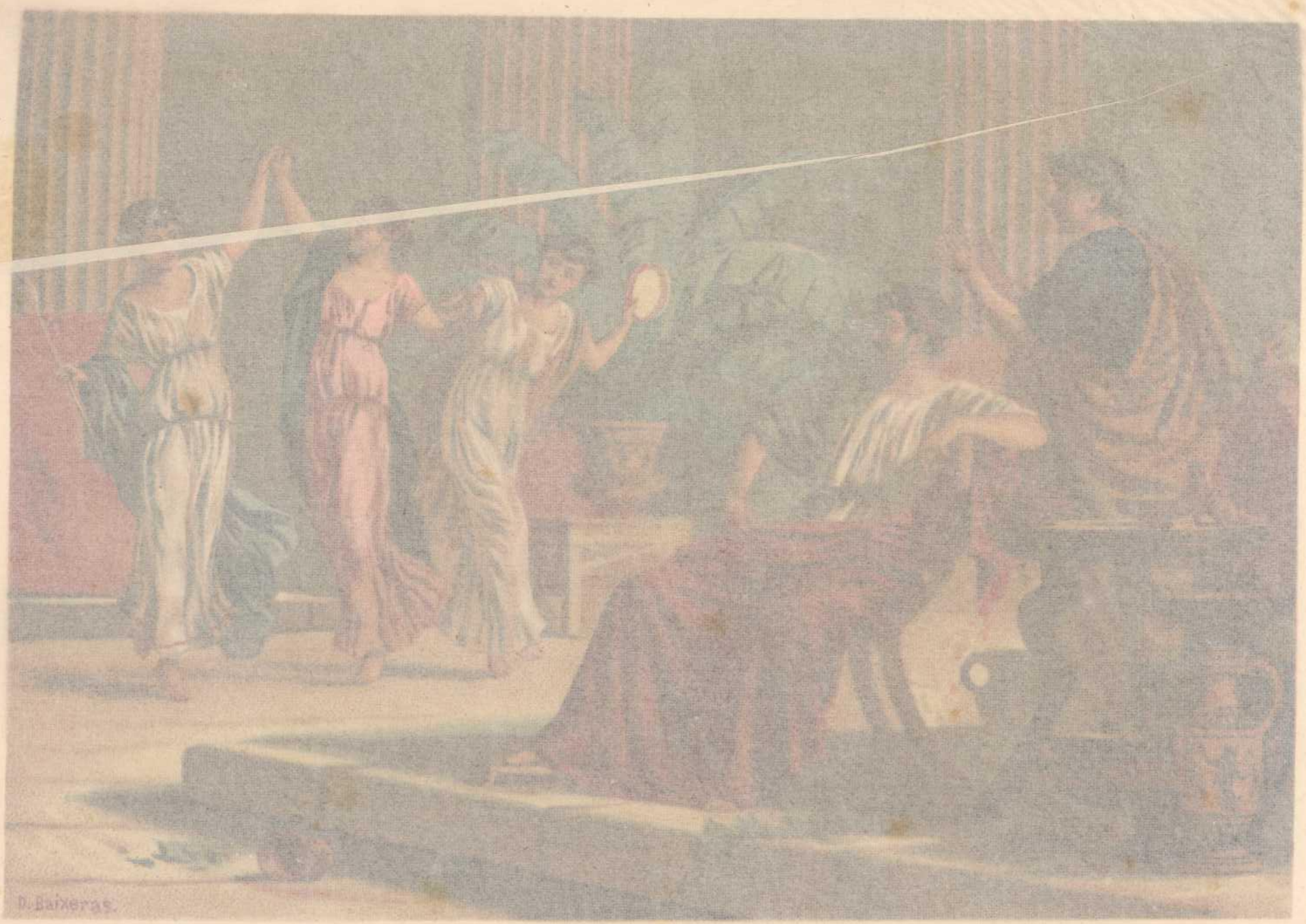
Despues de las guerras médicas, tan desastrosas para la civilizacion griega, como que entónces se propagó el lujo en las ciudades de aquellos Estados, es cuando vemos figurar mucho más á las mujeres en las danzas licenciosas que tan funestas fueron para las buenas costumbres.

Ya sabemos que en Corinto y en otras muchas ciudades helénicas se calificaba como un refinamiento de buen gusto ofrecer á los convidados el espectáculo de danzas lascivas representadas no sólamente por esclavas sino tambien por cortesanas que vendían sus favores y habilidades.

Los bailes tomaban diferentes nombres que se nos han conservado, como *apocinos* del cual sabemos sólamente el nombre; *eclactisma* que significa levantar las piernas al aire y consiste en un esfuerzo que hacían los danzantes por el cual levantaban una de las dos piernas hacia atras, pero á bastante altura, para que se la viera por cima de la cabeza del danzante; *bibasis,* forma de danza báquica, dórica, muy indecente, en la que se golpeaban los danzantes, con los talones, ciertas partes del cuerpo.

Actualmente podemos formarnos una idea exacta de estos y otros bailes acudiendo á las pinturas que nos ofrecen los vasos griegos de los museos

(1) El lector habrá observado que Homero habla con elogio y en distintas ocasiones de los dos músicos Demodoco y Femio. Demodoco, segun vemos en la *Odisea*, compuso dos poemas: uno sobre la toma de Troya, y otro sobre las bodas de Vénus y Vulcano. Homero les hace cantar á ambos en casa de Alcinoo, rey de los feacios, en presencia de Ulíses. Habla de Femio como de un cantor inspirado de los mismos dioses. El fué quien, con el canto de sus poesías, puestas en música y acompañadas con las tocatas de su lira, alegró los banquetes en que los perseguidores de Penélope empleaban los días enteros. Supónese á Demodoco padrasto y maestro de Homero, despues de haberle adoptado.



DANZAS GRIEGAS DESPUES DE LA COMIDA

héroe se levanta, dice Homero, en su *Odisea*, y va á buscar la lira de Demodoco, nueve gefes, escogidos por el pueblo, aplanan la liza donde los jóvenes ejercitados en la danza van por sus movimientos y gestos á representar la aventura que cantará el poeta; y el hábil cantor escoge los amores de Ares y Afrodita (1).

La edad griega que estamos estudiando tiene costumbres mucho mas parecidas de lo que á primera vista pudiera imaginarse con las de la edad media en los palacios de los reyes y en los castillos de los señores feudales. ¿Qué son sino los danzantes y músicos, los bufones y monos sabios, las jugadoras de arcos y otros espectáculos parecidos, como enanos, locos, etc.?

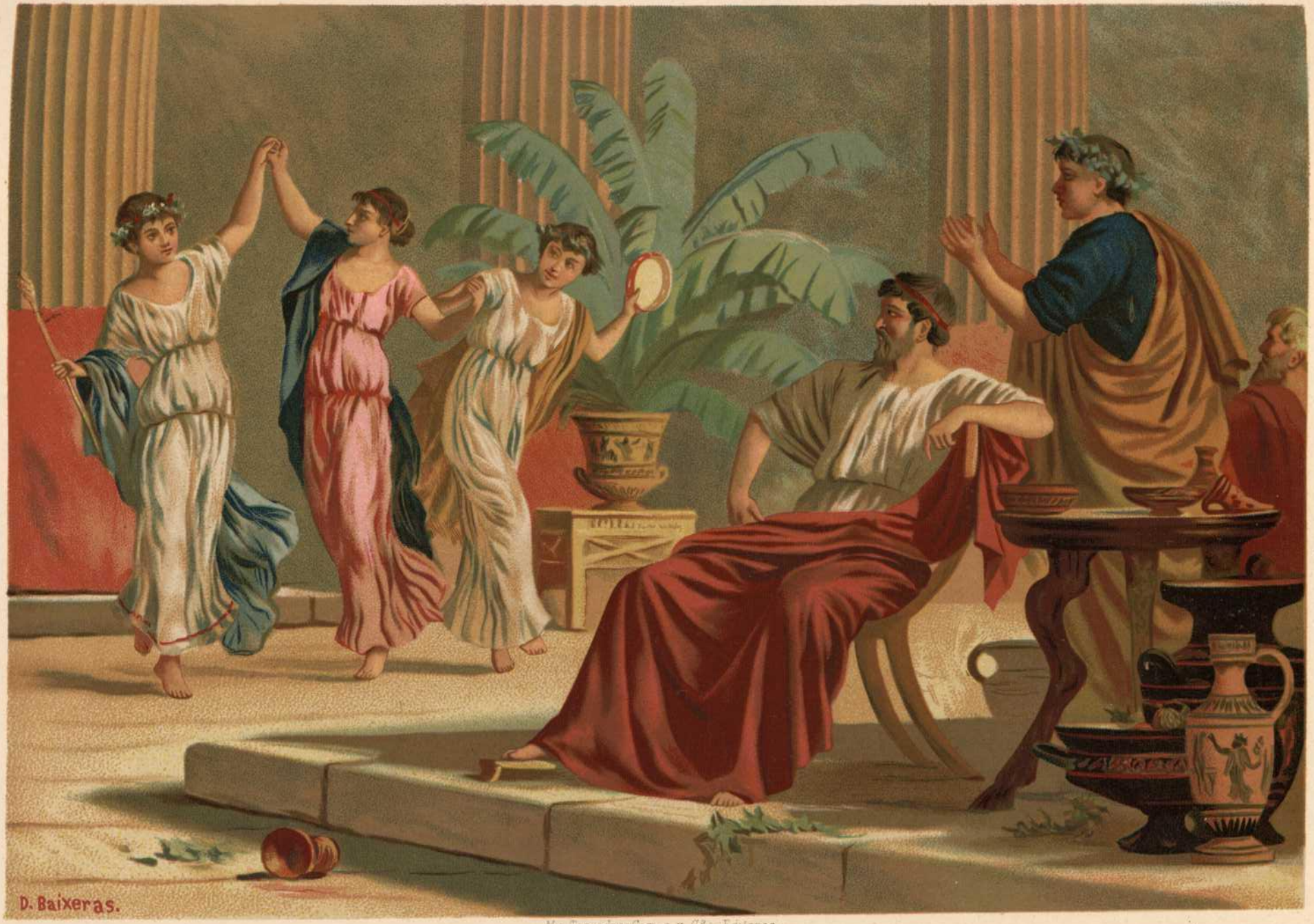
Despues de las guerras médicas, tan desastrosas para la civilizacion griega, como que entónces se propagó el lujo en las ciudades de aquellos Estados, es cuando vemos figurar mucho más á las mujeres en las danzas licenciosas que tan funestas fueron para las buenas costumbres.

Ya sabemos que en Corinto y en otras muchas ciudades helénicas se calificaba como un refinamiento de buen gusto ofrecer á los convidados el espectáculo de danzas lascivas representadas no sólamente por esclavas sino tambien por cortesanas que vendían sus favores y habilidades.

Los bailes tomaban diferentes nombres que se nos han conservado, como *apocinos* del cual sabemos sólamente el nombre; *eclactisma* que significa levantar las piernas al aire y consiste en un esfuerzo que hacían los danzantes por el cual levantaban una de las dos piernas hacia atras, pero á bastante altura, para que se la viera por cima de la cabeza del danzante; *bibasis*, forma de danza báquica, dórica, muy indecente, en la que se golpeaban los danzantes, con los talones, ciertas partes del cuerpo.

Actualmente podemos formarnos una idea exacta de estos y otros bailes acudiendo á las pinturas que nos ofrecen los vasos griegos de los museos

(1) El lector habrá observado que Homero habla con elogio y en distintas ocasiones de los dos músicos Demodoco y Femio. Demodoco, segun vemos en la *Odisea*, compuso dos poemas: uno sobre la toma de Troya, y otro sobre las [illegible] de Vénus y Vulcano. Homero le hace cantar á ambos en casa de Alcinoo, rey de los feacios, en presencia de Ulises. Habla de Femio como de un cantor inspirado de los mismos dioses. El fué quien, con el canto de sus poesías, puestas en música y acompañadas con las tocatas de su lira, alegró los banquetes en que los perseguidores de Penélope empleaban los días enteros. Suponese á Demodoco padrasto y maestro de Homero, despues de haberle adoptado.



Mir. Tarradas, Comas y Cª. Editores.

DANZAS GRIEGAS DESPUES DE LA COMIDA.

públicos y particulares y las pinturas de Herculano, que nos manifiestan las danzas con la precision y verdad característica. Estudiándolas detenidamente, veremos que un velo de impúdica trasparencia, de color indeciso entre azul y blanco, que excita más la sensualidad que un color definido, levantado de un lado y ondeando del otro, ó sostenido descuidadamente por la mano derecha, ocultaba apénas una parte de sus cuerpos. Á veces apelaban al traje adoptado por las bacantes, y se presentaban entónces casi desnudas; cubiertas ligeramente con una piel de tigre, y danzaban de esta manera agitando instrumentos como panderetas llenas de cascabeles.

«Corre apresuradamente al festin, dice Aristófanes, corre al festin, provisto de una cesta y de una copa. Convídate el sacerdote de Baco. Date prisa, sólo te esperan á tí para comenzar. Todo está dispuesto: camas, mesas, almohadones, mantas, coronas, perfumes, frutas y dulces; han llegado las cortesanas; bollos, pasteles, panes de sésamo, mazapanes, hermosas bailarinas: encontrarás allí todas las delicias de Harmodio.»

Este pasaje de Aristófanes, célebre poeta cómico, diestro pintor de las costumbres de su época, se refiere á las comidas dadas por los sacerdotes de los dioses y especialmente de Baco, en las que se amenizaba el acto con la asistencia de muchas bailarinas y músicas; pero es grande el parecido de estas costumbres religiosas, si así queremos llamarlas, con las observadas en las comidas de familia y privadas, en las que se representaban verdaderos dramas, ateniéndonos á lo que se lee en Jenofonte hablando del banquete de Callias.

Tan bien representada estaría la escena de amor, tan al vivo expresarían los sentimientos ya el sitio destinado para teatro, que lo era la cámara nupcial de la jóven esposa, ya los sonidos de la flauta y demas suaves instrumentos músicos, amenizado y avivado todo esto por un baile que era fiel traduccion, digámoslo así, de los movimientos de la pasion amorosa en ejercicio, llevada á la realidad no sólo con manifestaciones tiernas sino tambien con gestos cariñosos no permitidos ya por un simple entretenimiento, que, al ver á los dos esposos, los convidados que no estaban casados se comprometieron á serlo muy pronto, y los que lo estaban subieron á caballo para

ir al encuentro de sus esposas y repetir la escena de que acababan de ser testigos.

Todos estos datos los debemos á Jenofonte, y por cierto que nos dan una viva pintura, de colores algo subidos, de las costumbres privadas de aquel pueblo artista por excelencia, guerrero por carácter, pero sujeto tambien á la nociva influencia persa que le precipitó á su ruína despues de enervarle, para caer casi indefenso en las garras de las águilas romanas al cernerse sobre aquellos ántes vigorosos Estados.

En Ateneo se encuentra una sorprendente descripcion de un hermoso efecto teatral con que terminó el convite de las bodas de un rico macedonio, llamado Carano.

Parte del salon-comedor estaba cerrada con cortinajes blancos, y se abrieron estos al ir á terminarse la comida. Dejáronse ver entónces unas lámparas que subían mediante un mecanismo oculto; viéronse Amores, Dianas, Mercurios, Panes y muchas otras figuras de igual género que sostenían candelabros de plata. Sirviéronse despues jabalíes colocados en fuentes cuadradas con bordados de oro, sirviendo estas enormes piezas atravesadas por un dardo de plata.

No extrañen nuestros lectores que la civilizacion griega se nos manifieste tan espléndida en los banquetes, porque veremos reproducirse escenas semejantes, aunque con alguna que otra modificacion, hija de los tiempos, en nuestros castillos feudales en sus buenas épocas de plena Edad media.

Ántes de abandonar esta materia debemos dos palabras á nuestros lectores, para completar el cuadro de costumbres.

En los banquetes de Alejandro el Grande vimos representaciones desempeñadas por actores de profesion; pero ántes, y especialmente en la culta Atenas, durante las comidas dadas á los amigos por ciudadanos acaudalados, era deber de cada uno de los convidados tomar sucesivamente el ramo de mirto y cantar algunos trozos de las composiciones de los mejores poetas.

Cerremos este bosquejo de costumbres griegas dedicando un recuerdo á objetos de adorno del sexo bello.

Las mujeres griegas tomaron de la suntuosidad oriental el alfiler de adorno que el arte griego pulió y perfeccionó. Destinóse el alfiler para sujetar las piezas de adorno, pero pasó luégo al tocado, y la Grecia tiene modelos de alfileres dignos de toda atencion por la materia de que están compuestos y por el buen gusto de sus dibujos.

Cuando en Grecia dominó la moda, entre los hombres, de dejarse crecer el cabello, adoptaron tambien ellos los alfileres, y, en la *Iliada*, nos dice Homero que el Dardanio Euforbo lleva en sus cabellos adornos de oro y plata.

El estudio de las antigüedades nos permite fijar, hasta con cierta minuciosidad, las costumbres más remotas. Los atenienses adoptaron de los jonios, despues de tomarla estos de todas las ricas ciudades del Asia Menor, la costumbre de recoger sus cabelleras con alfileres adornados con cigarras de oro.

Las esclavas desempeñaban para con las señoras griegas el oficio de las peinadoras de nuestra época, colocándoles artísticamente los alfileres que partían y sostenían la cabellera. En un objeto antiguo que representa el tocado de Elena, se ven tres mujeres que desempeñan el oficio de peinadoras. Una de ellas le presenta un espejo, otra anuda los cordones de la rica diadema que la última ajusta en la frente de su señora, y sostiene el alfiler que mantendrá fijo el peinado.

No estará aquí de más una descripcion, que traducimos de Winkelmann, de algunos alfileres hallados en las excavaciones de Herculano, que servirá para formarnos una idea de lo que era ese dije de ornato de la mujer griega.

«La mayor, dice, de ocho pulgadas de largo, está terminada por un capitel de órden corintio, sobre el cual hay una Vénus que se sostiene sus cabellos con las dos manos; el Amor, que está á su lado, le presenta un espejo. En otro de estos alfileres, rematado tambien por un capitel de órden corintio, hay dos figuritas del Amor y de Psichis que se abrazan: otra está adornada con dos bustos; la más pequeña representa á Vénus apoyada en el zócalo de una figurita de Príapo, y con la mano derecha toca su pié que tiene levantado.»

En los museos y colecciones, así públicos como particulares, hay distintas muestras de estos y parecidos objetos, con dibujos á cual más originales y elegantes.

Otra de las costumbres que se puede estudiar consultando pinturas griegas es la relativa al tinte de los cabellos, cuya moda no es de hoy, ni mucho ménos; no sólamente alisaban las mujeres griegas su cabellera que doblegaban, rizaban, encrespaban y erizaban, sino tambien la teñían con no poca maña, sin descuidar las cejas que mojaban asimismo con perfumes.

Basta ya lo indicado hasta ahora, para formar cabal concepto de lo que era la civilizacion griega en los buenos tiempos de aquel pueblo clásico. Tócanos ahora tratar de otras manifestaciones que procuraremos condensar tan brevemente como nos sea posible.

* * *

Cuéntase que una jóven, inspirada por el amor, trazó á la luz de una antorcha los rasgos de un objeto querido que se dibujaba en la sombra, y este proceder tan sencillo dió orígen al dibujo. Segun esto, el amor habría sido el inventor de la pintura, como la casualidad lo fué de otras muchas cosas. La sombra de un hombre señalada con líneas fué el principio de la pintura, como lo fué tambien de la escultura.

No intentamos hacer la historia de la pintura y escultura, pero ¿quién habla de Grecia sin dedicar un recuerdo á estas dos artes que alcanzaron allí un vuelo y desarrollo que ningun otro pueblo del mundo ha sabido conseguir despues?

Tampoco nos toca investigar la antigüedad de la pintura. Egipto y Asiria nos han ofrecido muestras aunque toscas de este divino arte. Los egipcios se alababan de haber sido sus inventores: no se lo disputaremos; pero no fueron ellos quienes la dieron crédito y estimacion. Plinio no enumera ni cita un solo artista egipcio en la extensa lista de artistas famosos que nos ofrece,

y nuestros lectores ya recordarán perfectamente que, al tratar nosotros de la civilizacion egipcia, no hemos podido nombrar tampoco ni un solo artista egipcio, á pesar de los grandes y muchos descubrimientos que de poco acá se han hecho en aquel antiguo país de celebridades monumentales.

La perfeccion de la pintura la encontraremos en Grecia, ya en Corinto, Sicion, Atenas, ya en otras ciudades de aquellos Estados.

Homero, que nos habla á menudo de estátuas, grabados y bajo relieves, no nos dice ni una palabra de ninguna pintura. Este silencio indicaría la no existencia aún del arte en su época, cosa rara en un pueblo tan poético y tratándose de un arte del que dijo Simónides: «que la pintura es una poesía muda, y la poesía una pintura que habla.»

Polignoto y Diógneto pintaron al fresco, durante la guerra del Peloponeso, las paredes del templo de los Dióscores en Atenas. Pausanias observó que se habían conservado bien aquellas pinturas hasta su tiempo, esto es, cerca de seiscientos años, desde el de Polignoto.

Citamos estos hechos, porque, segun Plinio, los buenos pintores no pintaban nunca, ó muy raras veces, al fresco, y nos da la razon de esto diciendo que los grandes artistas no creían que se debía limitar su trabajo á casas particulares, ni dejar á la voracidad y discrecion de las llamas primores irreparables del arte. Aplicábanse á obras que, en caso de accidente, pudieran librarse de las llamas, llevándolas de un lugar á otro. Ateniéndonos á la autoridad de Plinio, de quien sacamos estos datos, todos los monumentos de aquellos grandes pintores hacían, que digamos, la guardia en los palacios, en los templos y en las ciudades, y un gran pintor, propiamente hablando, era un bien comun y un tesoro público que pertenecía á toda la tierra.

Por lo que atañe á la pintura griega, debemos citar aquí un pasaje de Plinio que dice textualmente refiriéndose á los colores empleados por la pintura en su tiempo: «sobre lo cual no puedo dejar, á vista de una variedad tan grande de colores y coloridos, de admirar la habilidad y economía de la antigüedad. Porque sólo con cuatro colores naturales y primitivos, ejecutaron los pintores antiguos aquellas obras inmortales, que aún actualmente nos admiran: el *blanco* de Melos, el *pajizo* de Atenas, el *encarnado* de Sínope,

y el simple *negro*. Véase aquí todo lo que emplearon, y, no obstante, con estos cuatro colores bien manejados, un Apeles, un Melando, los pintores más grandes que hubo jamas, produjeron aquellas maravillosas obras, una sola de las cuales era de tanto valor, que apénas bastaban todas las riquezas de una ciudad para comprarla.»

Mucho se ha discutido acerca de la pintura de diferentes colores en Grecia; pero actualmente no es posible la duda, porque los monumentos griegos son testigos elocuentes aunque mudos de la existencia de colores en ellos. Esta existencia constaba ya por algunos pasajes de autores, segun los cuales era de color azul la pared que rodeaba el Júpiter Olímpico de Fidias; y, segun Plutarco, se distinguían en Atenas los dos tribunales: el encarnado y el verde, con relacion á sus colores respectivos.

Pero más que estas autoridades acreditan la existencia de los colores los trozos ó restos de monumentos hallados en Egina, Selinonte y otros puntos.

«Las combinaciones de los colores estaban calculadas segun las leyes del gusto, y repugna pensar (dice un crítico moderno) que los griegos no hayan atinado en esa investigacion de la armonía que encuentran en todas partes tan naturalmente. Buscábanse las armonías graves, el amarillo y el negro, el negro y el encarnado, el azul y el verde, el amarillo sobre el negro, el encarnado sobre el negro. Los tonos más vivos eran el encarnado y el azul, ó el encarnado mezclado con el verde. Estos efectos no carecían de grandeza ni de belleza (1).»

Empleóse la pintura en Grecia, más que ninguna otra arte, en el adorno de los edificios y de las casas, como lo acreditan los nombres de célebres artistas que no vacilaron en escribir el suyo en los aposentos y techos pintados por ellos. Entre estos nombres figuran el de Zeuxis que *ilustró*, como diríamos ahora, vasos de cerámica ordinaria; y el de Pausias encargado de reparar las pinturas de Polignoto en los muros de Tébas.

En Grecia duró más que en otro país alguno el brillante periodo de las

(1) Brouillard.

bellas artes llegadas á su mayor desarrollo, humanamente posible, pues empezando en tiempo de Perícles no termina hasta despues de la muerte de los primeros sucesores de Alejandro el Grande, abarcando por consiguiente un intervalo de más de dos siglos, durante los cuales florecieron una multitud de hombres ilustres no sólamente en la pintura sino tambien en la escultura y demas artes llamadas liberales.

Cierto que los honores, las recompensas y la emulacion debieron ser poderosos auxiliares para la formacion de aquellos grandes hombres; porque ¿no debía excitar el ardor en ellos la costumbre observada en muchas ciudades de Grecia de presentarse en público los sobresalientes en las artes, celebrando certámenes, distribuyéndose premios á los vencedores, á la vista y entre los aplausos de todo un pueblo entusiasmado é inteligente?

El decreto de los Anfictiones expedido á favor del célebre Polignoto bastaría para acreditar á todo un pueblo y sería su mejor título al agradecimiento de todas las generaciones sucesivas, si no tuviera Grecia otros títulos de gloria. Por la importancia que tiene á favor del arte el suceso á que aludimos, no podemos omitirlo. Polignoto era un pintor distinguido, pero la pintura que más crédito le dió, fué la que hizo en Atenas en el *Peciles*, representando los principales sucesos de la guerra de Troya. Á pesar de la importancia y preciosidad de la obra, negóse Polignoto á recibir precio alguno por ella, y en su consecuencia, el consejo de los Anfictiones, que representaba, como ya sabemos, los Estados de Grecia, le dió las gracias por un decreto solemne, en nombre de la nacion, y ordenó que en todas las ciudades por donde pasase, fuese alojado y mantenido, satisfaciéndosele todos los gastos á cuenta del público.

Miéntras en Grecia se cultivaba con tanto éxito la pintura, no se descuidaban las demas bellas artes; y hubo pintores que manejaron el pincel con igual gloria que el cincel del escultor, como fueron, entre otros muchos, el célebre Fidias y Polignoto de quien acabamos de hablar.

Si prescindiendo de los orígenes de las bellas artes, queremos saber su desarrollo y perfeccion, debemos necesariamente acudir para todas al privilegiado pueblo griego que recibió á manos llenas todos los dones de Dios

para sobresalir en todas ellas. Lo propio que de las artes, debemos decir de casi todas las ciencias. Los más afamados guerreros, los filósofos de todas sectas, los poetas, los oradores, los geómetras, los pintores, los arquitectos, los escultores, y en general todo lo relacionado con la inteligencia, salió de Grecia ó se perfeccionó allí, siendo tambien forzoso acudir allí como á la escuela del buen gusto, en todo género, para adquirir la perfeccion que era como innata en los griegos.

Es indudable que la escultura, hermana gemela de la pintura, nació en Asia y Egipto, pero lo es tambien que Grecia la perfeccionó y dió á conocer como un arte digno de admiracion y aprecio. Hemos visto que en tiempo de Perícles se desarrolla de un modo especial, y que despues de él salen del suelo griego una multitud de excelentes maestros, quienes, trabajando á competencia, dan á la escultura extraordinaria estimacion con infinito número de obras, que fueron y serán la admiracion de los hombres miéntras exista el mundo.

La religion debía tener su influencia propia en las bellas artes de Grecia, y, sobre todo, en la escultura, despues que la había tenido en los cantos, danzas y demas accesorios de las fiestas instituídas en honra de los dioses.

No hay religion sin sacrificio, ni sacrificio sin altar. El hombre es siempre débil, frágil, pecador ante la divinidad, sea esta la que quiera; pero la enemistad entre el hombre y la divinidad no puede ser duradera, porque se romperían las leyes de la armonía universal, y sólo el sacrificio puede reconciliar la fragilidad humana con la majestad divina, propicia siempre esta al hombre y dispuesta contínuamente á otorgar el perdon pedido.

Los primeros altares eran pedazos de piedra ó colinas de césped, desde donde enviaba el hombre á la majestad divina el humo del sacrificio. Así sacrificaron ya Abel y Caín. Despues que los hombres necesitaron fijar límites en los terrenos, destinaron cercados para los dioses, y cuando comenzaron á construirse habitaciones señalaron tambien en las mismas sitios reservados para sus dioses, en los que depositaron para mayor reverencia signos alegóricos de las divinidades respectivas. De esto á la oracion y de la oracion á la ofrenda no media más que una serie de actos sucesivos y necesarios lógica-

mente; así como nos explica las variaciones en sentido progresivo del modo de representar las divinidades, figuras toscas en un principio, pero que luégo mejoraron en su forma de la misma manera que fué siempre más rica la materia de que se las hizo.

Homero nos habla de estátuas de oro fabricadas por Vulcano. En Oriente, como lo hemos visto en las primeras civilizaciones, abundaban las estátuas de oro; pero en Grecia parecen muy raras, si es que las que pasaban por tales no eran de otras materias sólamente doradas.

El arte religioso fué haciéndose muy libre en Grecia por la libertad que tenía el individuo de ofrecer lo que le parecía. No había disciplina sacerdotal que reglamentara la presentacion de ofrendas: así pues la supersticion tenía múltiples formas para llenar de riquezas los templos. Pero el arte religioso en Grecia supo mantenerse en una altura sorprendente, y este arte adornó los templos y edificios de admirables esculturas, de inapreciable valor las más de ellas, como lo fueron las estátuas de Minerva, las escenas inspiradas en el culto tributado á Baco y otras por el estilo.

¿Era este arte originario de Grecia? ¿Tienen los griegos el doble mérito de la invencion y de la admirable perfeccion que nos revelan sus obras escultóricas? Ya hemos dicho varias veces que la Grecia recibió todos los rudimentos de su civilizacion, sin exceptuar uno solo, de los egipcios y sobre todo de los asirios, primeros pueblos civilizados, como está actualmente demostrado de un modo innegable; pero es tambien innegable que el pueblo griego, una vez iniciado en el secreto de las artes y ciencias, supo sacudir su tutela, se guió por su espíritu independiente en todo, y son de tal manera radicales las innovaciones, fué tal la perfeccion que supo imprimir á todas sus obras, que bien se le pueden conceder todos los títulos de gloria que reclame para sí tratándose de todas las bellas artes y áun ciencias.

Dijimos en otra parte, y repetimos aquí, que los griegos buscaron en la belleza y en la eleccion de la forma la superioridad que no se les puede negar en las obras de arte, y la verdadera escuela de los artistas griegos fué el sentimiento de lo bello interpretado libremente, pero que no concede más que un simple puesto accesorio á lo que podríamos llamar adorno ó lujo del arte.

Si la civilizacion de un pueblo debiera graduarse por el floreciente estado de sus artes liberales sobre todo, fuerza sería confesar que Grecia llegó al supremo punto á que es dable llegar. No debemos hacer la enumeracion de las estátuas que son aún el orgullo del saber humano, pero ¿cómo pasar en silencio la Vénus llamada de Médicis, el Apolo de Belvedere, el gladiador moribundo, Mercurio y Vulcano, la Minerva recientemente descubierta en Atenas despues de largos siglos de enterrada? Plinio habla tambien con mucho elogio de un Laocoonte, que estaba en el palacio del emperador Tito, preferible, para él, á todas las obras de pintura y escultura. Tres hábiles maestros, Agesandro, Polidoro y Atenodoro, rodios los tres, lo habían trabajado de concierto, y habían hecho de una sola piedra á Laocoon, sus hijos, y las serpientes con todas sus vueltas y revueltas.

Quintiliano y Ciceron, dos excelentes pintores de caracteres, cerrarán con su autorizada voz lo que debiéramos decir, sin acertar nosotros, acerca de la pintura y escultura en Grecia. Despues de hablar Quintiliano de las diferentes especies de pintura, se expresa así: «La misma diferencia se encuentra tambien en la escultura. Porque los primeros estatuarios, de quienes se hace mencion, Colon y Egesias, trabajaban toscamente, y con poca diferencia en el gusto toscano. Calamis vino despues de ellos, y sus obras eran ya ménos violentas. Las de Miron tuvieron luégo un aire más natural y apacible. Policleto añadió la regularidad y el agrado. La mayor parte le dieron el primer lugar; sin embargo, como nada se encuentra sin defectos, dicen que sus estátuas necesitaron alguna más firmeza. Con efecto, representó á los hombres con gracias infinitas, y mejor de lo que son; pero no llegó enteramente á la majestad de los dioses. Tambien se dice que la edad robusta aterraba sus excelentes manos; por esto no expresó sino la tierna juventud. Pero lo que faltaba á Policleto, era en lo que se excedían Fidias y Atcamenes. Sin embargo, se asegura que Fidias representaba mejor los dioses que los hombres. Jamas artífice manejó tan bien el marfil, áun cuando no juzgásemos de esto sino por su Minerva de Atenas y su Júpiter Olímpico, cuya hermosura parece que añadió tambien alguna cosa á la religion de los pueblos, que tanto ennoblecía al dios la majestad de la obra. Se cree que Lisipo

y Praxiteles son los dos que copiaron mejor la naturaleza; porque, en cuanto á Demetrio, se le reprende haber excedido en este cuidado y haberse dedicado más á la semejanza que á la hermosura.»

Ciceron nos ofrece un pasaje más corto, pero no ménos expresivo, y habla en él tambien de algunos antiguos muy poco conocidos. «Encuentro, dice, que Canacho manifiesta en sus estátuas un gusto seco y áspero. Calamis, por desagradable que sea, no lo es tanto como Canacho. Miron no llega bastante á lo natural, aunque absolutamente hablando, lo que sale de sus manos es primoroso. Policleto es superior, y, en mi dictámen, encontró la perfeccion.»

Y ya que acabamos de citar la autoridad de Ciceron, no estará aquí de más recordar el consejo que dió á su hijo, que es el mejor elogio que puede hacerse de la civilizacion griega en todas sus manifestaciones: «Acordáos, Quintio, que mandais á unos griegos que civilizaron á todos los pueblos, enseñándoles la dulzura y la humanidad, y á quienes debe Roma las luces que posee.»

Efectivamente, los griegos inventores, ó perfeccionando lo que ellos no inventaron, fueron útiles á todos los siglos, y las generaciones que les han sucedido han gozado todavía el fruto de su trabajo y de su industria, y gracias á ellos si podemos nosotros proveer cómodamente á la mayor parte de nuestras necesidades. En este concepto no puede vanagloriarse la actual civilizacion de sus adelantos, porque, bien considerado todo, no aventaja de mucho, que digamos, á la griega.

* * *

Parécenos, y hasta hemos intentado probarlo, que la arquitectura ó arte de construir edificios, tomando esta palabra en el simple sentido de morada humana, debió ser la inmediata á la agricultura si ya no la precedió. En este mismo sentido se expresa Teodoreto, llamando á la agricultura hermana mayor de la arquitectura.

Los progresos que la arquitectura hizo en Grecia son apénas creíbles. Sabemos ya cuáles eran las habitaciones de los pelasgos. En tiempo de Vitrubio, única autoridad antigua que podemos consultar tratando de arquitectura, se enseñaban todavía en Aténas, como una cosa curiosa por su construccion, los techos del Areópago, construídos de barro.

Desgraciadamente no ha llegado á nosotros ninguna obra escrita de las muchas que tuvo Grecia sobre la arquitectura; pero por fortuna, si nos faltan las escritas, abundan las obras de aquellos antiguos maestros que aún subsisten actualmente en pié, como testigos fehacientes del poder é inteligencia de un pueblo único en elegancia y belleza de formas en todas sus obras artísticas en todos los géneros. Todos los inteligentes admiran aquellas obras maestras infinitamente superiores, con su mudo lenguaje, á todos los preceptos escritos que pudieran habernos legado los artistas griegos.

Asia y Egipto poseen monumentos colosales, inmensos, representantes de la fuerza material; Grecia nos presenta construcciones bellas, elegantes, primorosas, sólidas tambien, representantes de la fuerza de la inteligencia. Las ruínas de Persépolis acreditan que los reyes de Persia, á pesar de su opulencia, no tenían artistas comparables con los griegos.

Sea como quiera, el Asia fué la cuna de la arquitectura, como de todas las manifestaciones de la civilizacion; en Asia se perfeccionó tambien mucho, como lo hemos visto en Nínive, Babilonia y otros puntos; del Asia pasó á Grecia, pero el genio griego se apoderó de ella y despues de pulirla pasó á reglamentarla, ofreciendo al mundo los tres órdenes llamados dórico, jónico y corintio, que son la última palabra de la arquitectura, como los poemas de Homero lo fueron de la poesía, las oraciones de Demóstenes de la oratoria, las obras de Aristóteles de la filosofía, y Maraton, Salamina, las Termópilas y mil otros puntos lo fueron de la ciencia militar.

Los tres órdenes de arquitectura, reflejo de la civilizacion griega en el arte de edificar, son la última perfeccion de todos los órdenes imaginables, porque no sólamente contienen lo más bello sino tambien todo lo necesario, porque todos los modos de edificar pueden reducirse á tres: el sólido, el medio, y el delicado, correspondientes respectivamente á los tres citados órdenes.

Siguiendo á Vitrubio, autor á quien conocemos mucho desde nuestra niñez, daremos una brevísima idea de lo concerniente á la arquitectura griega, para que se formen nuestros lectores un concepto lo más exacto posible de la civilizacion manifestada en Grecia por la primera, en clasificacion y prioridad de tiempo, de todas las artes llamadas liberales.

El órden dórico fué la primera idea regular de la arquitectura. Los primeros templos y palacios que se edificaron, pertenecen á este órden. La antigüedad de su orígen es casi inmemorial. Vitrubio lo atribuye, con bastantes visos de verdad, á un príncipe de Acaya, llamado Doro, el mismo que dió su nombre á los dóricos, quien, siendo soberano del Peloponeso, mandó fabricar en la ciudad de Argos un soberbio templo á la diosa Juno y fué el primer modelo de este órden arquitectónico. Los demas pueblos vecinos edificaron otros templos á imitacion de aquél, siendo el más famoso de todos el que los habitantes de Olimpia consagraron á Júpiter, tomando de ahí el nombre de Olimpo.

No nos extralimitaremos de nuestro objeto haciendo notar, como de paso, que la solidez es el carácter esencial y calidad específica del órden dórico. Dados estos antecedentes, compréndese lógicamente que este órden, llamado del grande estilo, debe emplearse, y así se ha hecho, en la parte exterior de los templos, en los grandes edificios y magníficas construcciones, por corresponderles ménos la delicadeza de los adornos. Este órden varonil pero naturalmente hermoso, produce maravilloso efecto por su modo, digámoslo así, gigantesco y grave.

Los jonios, que fueron los primeros en dar nombre á la primera escuela filosófica inaugurada en Grecia por Thales de Mileto, ciudad del Asia Menor, y la más célebre de las colonias jónicas, fueron tambien los primeros rivales de los dóricos, y como no habían tenido la gloria de la invencion, procuraron exceder á los demas en el sello de perfeccion.

El órden dórico se había inspirado en la robustez y corpulencia del cuerpo de un hombre como Hércules. Estas proporciones no correspondían á la delizadeza de las representaciones celestiales, y por esto escogieron un modelo más primoroso, el cuerpo de una mujer, y prefiriendo la hermosura, es-

beltez y elegancia á la solidez, lo consagraron recargado de adornos á objetos más divinos que humanos. Los jonios edificaron muchos templos que lograron celebridad. El más suntuoso y magnífico de todos estos, aunque no el más antiguo, fué el famoso templo de Diana, construído en Efeso.

Dispénsennos nuestros lectores si, por vía de digresion, les damos una brevísima noticia de este templo considerado como uno de las siete maravillas del mundo.

Los autores no andan acordes en el nombre del constructor del célebre templo, pues miéntras unos le llaman Ctesifon, otros le dan el nombre de Chersifron. Sea de esto lo que fuere, él dió los diseños que se ejecutaron en parte bajo su direccion y de la de su hijo Metagenes, y lo restante por otros arquitectos que trabajaron en él sucesivamente por espacio de doscientos veinte años que duró la fabricacion de tan soberbio edificio.

Dice Vitrubio que la figura de aquel templo era *diptérica*, esto es que estaba circuído por dos órdenes de columnas en forma de dos pórticos. Medía cerca de setenta y una toesas de largo, y más de treinta y seis de ancho. Había en dicho edificio ciento veintisiete columnas de mármol de sesenta piés de alto, regalos de otros tantos reyes. Entre aquellas columnas, treinta y seis estaban esculpidas por los artistas más hábiles de aquella época. Escopas, uno de los más célebres escultores de la Grecia, había trabajado una de ellas, que era el adorno más hermoso de aquel grandioso templo. Se comprenderá el valor de tan soberbio edificio sabiendo que toda el Asia habia contribuído, con ardor increíble, á su construccion y ornato.

¿Les pesará á nuestros lectores una página de Vitrubio, si la desconocen, en la que nos refiere el modo con que se encontró una gran parte del mármol que se empleó en aquel edificio? Por más que revista caracteres más de fábula que de historia, no sabemos resistir á la tentacion de trascribirla.

Había un pastor, dice Vitrubio, llamado Pixodoro que conducía regularmente sus rebaños á las cercanías de Efeso, cuando pensaban los efesios traer de Páros, del Proconeso y de otras partes, los mármoles con que intentaban fabricar el templo de Diana. Un día que estaba con su rebaño, sucedió que dos carneros que corrían para acometerse, pasaron uno de un lado

y otro de otro sin encontrarse, de suerte que el uno fué á dar con sus cuernos contra una peña, de la que rompió una china, la que le pareció al pastor de una blancura tan viva, que, al instante, dejando sus carneros en la montaña, corrió á llevar la china á Efeso, en donde estaban con gran cuidado por la conduccion de los mármoles. Se dice que se le decretaron al instante grandes honores. Su nombre de Pixodoro se trocó en el de *Evangelo*, que significa *portador de buenas noticias*, y aún actualmente, continúa diciendo Vitrubio, va el magistrado de la ciudad todos los meses al sitio aquél para sacrificarle; y le multan, si falta á esta ceremonia.

El hallazgo de los mármoles no era bastante; se necesitaba conducirlos al sitio de la construccion despues de labrados. Como esta operacion no podía efectuarse sin mucha fatiga y riesgo, inventó Ctesifon una máquina que lo facilitó mucho, y su hijo Metagenes inventó otra para trasportar los arquitrabes (1). El templo de Diana, como ya lo hemos dicho, era de órden jónico, y lo acabaron Demetrio, esclavo de Diana, segun le llama Vitrubio, y Peonio Efesio.

Siempre interesa todo lo relativo á una celebridad de buen género; así que no estará de más aquí la noticia de la desaparicion del templo consagrado á Diana. La loca extravagancia de un salvaje destruyó en un solo día el trabajo de más de doscientos años. Para inmortalizar Herostrato la fama de su nombre, pegó fuego al famoso templo efesio que se consumió enteramente. Por una casualidad rara ó mejor dicho por coincidencia notable, ocurrió la desaparicion el mismo día del nacimiento de Alejandro el Grande. Un historiador cometió la necedad de escribir que ocupada Diana en el parto de Olimpias—madre de Alejandro—no había podido socorrer su templo.

Un rasgo gráfico que recomendamos al discreto lector, para que él mis-

(1) El *arquitrabe* representa una viga estribada inmediatamente sobre los capiteles de las columnas. En griego se llamaba *epystilo*.—El *capitel* es la parte superior de la columna y descansa inmediatamente sobre su caña. La *caña* de la columna es la parte redonda é igual que se extiende desde la base hasta el capitel. Esta parte de la columna es más delgada por lo alto que por lo bajo. Quieren algunos que las columnas sean más gruesas desde el tercio de su alto que en lo bajo de su caña; pero esto no tiene apoyo en la antigüedad. Quieren otros que el grueso de la caña sea igual desde lo bajo hasta su tercera parte y disminuya desde el tercio hasta lo alto; y no faltan otros que opinan porque disminuya desde abajo.

mo lo comente segun le dicte su buen criterio, á fin de que mida por sí mismo los grados de civilizacion de la época en que ocurrió.

Alejandro, en el esplendor de sus conquistas, ofreció á los efesios darles todo lo necesario para el restablecimiento de su templo devorado por las llamas, con tal que consintiesen en honrarle á él sólo por esto, no poniendo más que su nombre en la inscripcion del templo. Esta condicion desagradó á los efesios; pero, inspirados por su carácter dominante, disimularon su repulsa, contestando con una lisonja—si lo fué—con la que, al parecer, se contentó el altivo macedonio. Respondiéronle «que no correspondía á un dios erigir monumento á otro dios.» Á pesar de esto, el templo se reedificó con más magnificencia aún que el primero.

El órden corintio, ó sea el más delicado, el más perfecto de toda la arquitectura tuvo su orígen en Corinto. Vitrubio atribuye á Calímaco toda la gloria de este órden, inventado, á juzgar por la nobleza de sus adornos, durante la magnificencia y esplendor de Corinto, y muy inmediatamente despues del órden jónico, al que se asemeja mucho, exceptuado el capitel.

Este órden tan bello y elegante debió su sér á una casualidad. Pasaba Calímaco cerca de un sepulcro y vió una cesta que se había puesto sobre una planta de acanto. Sorprendióle la colocacion casual y el bello efecto que producían las hojas del acanto que rodeaban la cesta, y aunque esta no tuviese con el acanto relacion alguna natural con el capitel de una columna, ni con un edificio, imitó aquel modo en las columnas que hizo despues en Corinto, combinando por aquel modelo las proporciones y adornos del órden corintio.

Si debiéramos hablar de las grandes construcciones de Grecia, mencionaríamos el Pireo, obra que inmortalizó á Temístocles por haberla concebido y realizado; y á Perícles por haberla unido con Atenas con el famoso muro cuya longitud llegaba á dos leguas, formando las delicias y seguridad del Pireo y de Atenas; hablaríamos del Partenon, de enormes columnas, consagrado á Minerva, y ántes de la caída del imperio griego al culto cristiano bajo la advocacion de Santa María; del templo de Teseo que, siguiendo la suerte del Partenon, se trocó en templo de San Jorge, y seguiríamos de este

modo una lista interminable de edificios recuerdos de los esfuerzos combinados del poder y de la inteligencia humana. Al lado de estos monumentos encontraríamos otros no ménos célebres, el templo de Baco y el Júpiter Olímpico, cavado el primero en las rocas del Acrópolis, en cuyas cavernas resonaron un día los ecos de las voluptuosas bacantes, cubiertas sus paredes con figuras ofensivas al pudor, testigos de excesos de toda clase á que se entrega el hombre cegada su razon por el vicio.

Debemos aquí poner punto, porque nos llaman otras materias interesantes tambien; pero sentiríamos remordimientos que no sabríamos acallar si omitiéramos aquí una observacion, quizás no del todo pertinente en cuanto al asunto, pero sí en consideracion á los tiempos que corremos, y á la aplicacion que puede dársele tan oportuna como atendible.

Vitrubio exige para la profesion de arquitecto una suma y extension de conocimientos que asombra. En su concepto, es necesario que el arquitecto sea ingenioso y laborioso al mismo tiempo; porque el ingenio sin la aplicacion, y esta sin aquél, jamas harán artífice alguno perfecto. Debe, pues, saber dibujar, ser geómetra, no ignorar la óptica, conocer la aritmética, saber mucho de historia, haber estudiado bien la filosofía, tener noticia de la música y alguna tintura de la medicina, de la jurisprudencia y de la astrología; pero dice todo esto, no escribiéndolo únicamente por el antojo de escribir, sino tratando minuciosamente las circunstancias, y probando en lo que puede cada una de estas ciencias ayudar á un arquitecto, y confesamos ingénuamente que no le falta razon segun nuestro leal saber y entender.

Cuando habla de la filosofía, ademas de las noticias necesarias que le pueda dar la física para su arte, la considera tambien por lo tocante á las costumbres, y dice: «El estudio de la filosofía sirve tambien para perfeccionar al arquitecto, quien debe tener el alma grande y satisfaccion sin vanagloria; ser recto y fiel, y, lo que es más importante, enteramente libre de avaricia; porque es imposible que sin fidelidad y sin honor, se pueda jamas hacer cosa buena. No debe pues ser interesado, y debe pensar ménos en enriquecerse que en adquirir honra y fama con la arquitectura: no haciendo

nunca cosa indigna de una profesion tan honrada: porque esto prescribe la filosofía.

Vemos ya lo mucho y muy notable que exige Vitrubio para la honrada profesion de la arquitectura: apénas si hay un conocimiento humano que no lo estime indispensable; pero no piensa Vitrubio que el arquitecto debe ser elocuente, porque conviene desconfiar del que lo fuere, como nos lo da á entender una frase muy buena que cita Plutarco. Se trataba de un magnífico edificio que deseaban fabricar los atenienses, para cuya ejecucion se presentaron ante el pueblo dos arquitectos. El uno excelente orador, pero no muy hábil en su arte, embelesó y deslumbró á todos sus oyentes por el modo elegante con que se explicó, exponiendo el plan que se proponía realizar. El otro, tan mal orador como inteligente arquitecto, se contentó con decir á los atenienses estas pocas palabras: «Ciudadanos, yo haré la obra como este acaba de decir.»

Ya otras ocasiones hemos emitido nuestra pobre, pero leal opinion, acerca de los daños causados á los pueblos de todas épocas por los oradores, verdadera plaga que debiera extirparse de las sociedades, como se arranca un cáncer de un cuerpo humano. Las épocas de los oradores no lo son de más esplendor y pujanza de los pueblos que tienen la desgracia de contarlos en su seno, y es evidente, desgraciadamente harto evidente, que las naciones caminan presurosas á su decadencia al compas del número y calidad de sus oradores; porque, generalmente hablando, ni son estos los de más poderosa inteligencia entre sus conciudadanos, ni los más prácticos para guiar la nave del Estado, y, sin embargo, son los más considerados por la fascinacion que ejercen sobre cuantos les oyen, pues que atentos sólamente el mayor número á la rotundidad y sonoridad de los periodos, á la brillantez de las imágenes y á la viveza de la frase, no paran mientes en la veracidad de las ideas, ni en la bondad de los conceptos que se tragan gustosos por repugnantes y erróneos que sean, como se toma un enfermo una píldora amarga preparada con un dulce que le engañe ú oculte la aspereza que de otro modo rehusaría.

La civilizacion de los pueblos deja, pues, mucho que desear miéntras

domina el arte de la palabra, que por muy valioso que sea considerado en su esencia, es no obstante muy perjudicial para la prosperidad y buen gobierno de las naciones. La historia, verdadera maestra de los pueblos, nos da elocuentes y preciosas enseñanzas, y nos dice, refiriéndose así á los tiempos antiguos como á los modernos, que la grandeza y pujanza de las naciones no han sido de las épocas en que han florecido los más ilustres oradores. Hace muchos años que Europa contempla absorta á un político de primer órden, cuya habilidad diplomática le ha dado un renombre que la historia registrará en sus páginas para leccion de los siglos venideros, y, sin embargo, este hombre que dispone á su antojo de los destinos de Europa, y que ha humillado á la que se titulaba primera nacion militar y diplomática de este siglo, desmembrando su territorio y destruyendo sus ejércitos y casi agotando sus tesoros, no es, ni mucho ménos, un orador que pueda cautivar la atencion de sus oyentes.

No queremos cerrar este capítulo, y mucho ménos poner punto final á lo que de la arquitectura se nos ha ofrecido decir, sin consignar, por vía de curiosidad, pero que pinta las costumbres de un modo muy gráfico, un pasaje de Vitrubio.

«En otros tiempos, dice, había en Efeso una ley muy severa, pero muy justa, por la cual, los arquitectos que emprendían una obra pública, estaban obligados á declarar lo que debía costar, á ejecutarla por el precio que habían pedido, y á obligar para esto todos sus bienes. Luégo que se concluía la obra, los premiaban, y favorecían públicamente, si costaba lo que habían dicho. Si no excedía más que la cuarta parte de lo que se había ajustado, lo demas se daba de los dineros públicos; pero, cuando pasaba de la cuarta parte, el exceso iba de cuenta del arquitecto. Bueno sería, continúa Vitrubio, que tuviesen los romanos igual ordenanza para sus edificios, tanto públicos como particulares; pues con esto se evitaría la ruína de muchas personas.»

* * *

No con la extension que quisiéramos, pero con la necesaria para no faltar á la claridad y precision, debemos ocuparnos en los poetas y filósofos griegos, sin distincion de sectas, para seguir, con ellos, las vicisitudes de las manifestaciones científicas y literarias.

Cuando un viajero encuentra en su camino un país ó un monumento excepcionales que no pueden abarcarse con una simple mirada, se detiene, medita, y estudia con la necesaria reflexion, hasta formarse concepto cabal ó aproximado. En nuestro exámen de los poetas, encontramos uno que está fuera de la regla comun, uno enteramente excepcional, uno que no podemos ni estudiar, ni comprender, y sí sólo admirar. ¿Y cómo podríamos nosotros intentar siquiera una ligera pintura de ese coloso de los genios, cuando el más gigante de todos los filósofos, Aristóteles, formuló las principales reglas de su arte poética en los dos prodigiosos partos de aquel talento, casi más que humano, la *Iliada* y la *Odisea?* En concepto de Aristóteles, Homero es superior á todos los escritores por la expresion y el pensamiento, por la admirable unidad de plan en el primero de sus poemas y por el incomprensible arte con que sabe desaparecer y hacer hablar y obrar á sus héroes.

No podemos emprender el estudio de la poesía y filosofía de la Grecia sin dedicar una página aparte al primero de sus poetas, al maestro de todos los que en los siglos venideros han querido cantar sus glorias patrias al compas de la lira, con cuyo acompañamiento narraba Homero de pueblo en pueblo las historias más interesantes de su hermoso y fértil país, el de las altas montañas y ricos valles, ceñidos por todas partes por el mar.

Cedamos la palabra al grande Aristóteles, quien, despues de haber sentado la regla de la unidad de plan, continúa de esta manera:

«Y es en lo que Homero parece tambien divino comparado con los demas. Buen cuidado tuvo de no tratar la guerra de Troya por completo, aunque en dicha empresa hubo un principio y un fin. El asunto hubiera sido

demasiado vasto y harto difícil de abarcarlo de una sola mirada; y si hubiese querido reducirlo á una justa extension, hubiera estado excesivamente recargado de incidentes. ¿Qué hizo? Tomó sólamente una parte de él y escogió en lo demas la materia de sus episodios, como el catálogo de los buques, y los demas trozos que sirven para extender su poema y llenarlo... »

«Homero, admirable por tantos conceptos, lo es tambien por ser el único que supo perfectamente lo que debía hacer como poeta. Siendo el poeta imitador, debe hablar él mismo lo ménos posible; porque tan pronto como se muestra, cesa de ser imitador. Los demas se muestran en todas partes en sus poemas y sólo son imitadores de vez en cuando y por instantes. Homero, despues de una palabra de preparacion, hace al punto hablar ya un hombre, ya una mujer, ó cualquier otro agente autorizado, porque en él ningun personaje carece de carácter. »

Despues del autorizado juicio de Aristóteles, oigamos los de otros maestros dignos de todo respeto, que esta honra se merece de un modo especial el cantor de la *Iliada:*

Quintiliano y Horacio nos hablan de Homero con grandes elogios, considerándole el primero como orador y el segundo como filósofo.

«Mejor que Chrysipo y Crantor, dice Horacio, expresó Homero en qué consiste lo bello, lo vergonzoso, lo útil, y lo nocivo.

»El poema que nos pinta el largo duelo á que el amor de Páris arrastró la Grecia y el Asia, contiene el sorprendente cuadro de la locura de los reyes y de la ira de los pueblos. Antenor aconseja que se destruya la causa de la guerra. Qué dice Páris? que no se le puede obligar á reinar tranquilo y á vivir dichoso. Nestor se esfuerza por reconciliar al hijo de Peleo y al hijo de Atreo. Pero Aquíles arde en amor, y á los dos les abrasa igual cólera. Sobre los griegos recaen todas las locuras de los reyes. La discordia, la perfidia, el crímen, la disipacion, el furor dominan dentro y fuera de Ilion.

»En otro poema, para mostrarnos lo que pueden el valor y la prudencia, nos propone el poeta como un útil ejemplo á Ulíses que, vencedor de Troya, recorrió tantas ciudades, estudió las costumbres de tantos pueblos, y en los vastos mares, asegurando su vuelta y la de sus compañeros, soportó nu-

merosas desdichas, sin acabar nunca con él las olas de la adversidad. Conocéis el canto de las Sirenas y los brebajes de Circe. Si este héroe, no ménos imprudente, no ménos codicioso que sus amigos, hubiese bebido la copa pérfida, esclavo de una mujer sin pudor, habría vivido cobardemente en el oprobio, bajo la forma de un perro inmundo ó de un puerco cubierto de fango.»

«Homero, dice Quintiliano, ha dado sér y modelos á todos los géneros de elocuencia como el Océano, segun el mismo poeta, dió á los ríos y á las fuentes su curso é impetuosidad. Nadie le aventajará en sublimidad en las grandes cosas, en natural y propiedad en las pequeñas. Florido y conciso, grave y dulce, admirable en abundancia y precision, juntó en el mayor grado las cualidades del poeta y del orador. Y sin hablar de su habilidad en elogiar, exhortar y consolar, ¿no se encuentran expuestos en el canto noveno, en la embajada enviada á Aquíles, en el primero en la disputa entre este héroe y Agamenon, ó en el segundo en los diversos avisos abiertos por los principales gefes de los griegos, todos los secretos de la elocuencia judiciaria y deliberativa? ¿Hay alguno bastante ignorante para no reconocer que Homero manejaba á su antojo la delicadeza de los sentimientos y el ardor de las pasiones?

»En la introduccion de sus dos poemas no ha tambien, no digo observado, en poquísimos versos, pero sí fijado las leyes del exordio? Cáptase primeramente la benevolencia de su lector por una invocacion á las diosas que, entónces, pasaban por inspiradoras de los poetas; despues, despierta su atencion por la grandeza del asunto que se propone cantar, y finalmente la cautiva por la sumaria exposicion del asunto. Quién referirá con mayor concision que el autor la narracion de la muerte de Patroclo? Qué hay más significativo que la descripcion del combate de los Curetas y de los Etolios? Las comparaciones, amplificaciones, los ejemplos, las digresiones, los argumentos, las pruebas y las refutaciones abundan de tal manera en Homero, que los mismos que han escrito acerca del arte oratoria han tomado la mayor parte de sus autoridades en este poeta. Tocante al epílogo, hay acaso uno que pueda jamas igualar al de Príamo suplicante á los piés de Aquíles?

»Finalmente, en las expresiones, en los pensamientos, en las figuras, en el órden de toda su composicion, ¿no ha excedido la medida del talento humano, de modo que la señal de un gran talento es no imitar sus perfecciones, cosa que me parece imposible, sino comprenderlas?

»Homero ha dejado, pues, muy rezagados á todos los demas escritores en todos los géneros de elocuencia, pero su triunfo es más sorprendente sobre todo comparándolo con los poetas épicos que siguieron el mismo camino.»

Longino estima á la *Iliada*, superior á la *Odisea*. Esta, dice, es el declinar de un excelente genio. La *Iliada*, obra de su juventud, está llena de movimiento y accion; pero la *Odisea* se pasa casi toda en narraciones, que es la aficion de la ancianidad. Homero, en este último poema, es comparable al sol poniente, que es todavía grande á la vista, pero que ya no hace sentir su calor; no es ya el tono vigoroso de la *Iliada*, la elevacion de genio que jamas decae, la actividad que nunca pára; el torrente siempre igual de las pasiones que se suceden unas á otras, las transiciones rápidas, la fuerza oratoria, y la multitud de imágenes felices y verdaderas. Pero, como el Océano, en el momento del reflujo y cuando abandona sus orillas, es todavía el Océano, se nota asimismo en la *Odisea* el reflujo de un gran genio que se extravía en narraciones sin verosimilitud. Hablando así, no he olvidado las borrascas de la *Odisea*, la aventura del Cíclope, y algunos otros pasajes; digo que es la obra de la vejez, pero esta vejez es la de Homero.»

En obsequio á los títulos especiales de Homero que le distinguen de todos los poetas conocidos, podrán dispensarnos nuestros lectores que no demos aún por terminado lo relativo á Homero y que digamos dos palabras del carácter de su genio poético. Concepcion atrevida, imaginacion brillante y variada, corazon de inspiraciones nobles y guerreras, respeto de los dioses que se descubre al traves de una mitología ridícula y sentimiento profundo de las miserias humanas forman los principales rasgos de la grande figura de Homero. Pero su genio está caracterizado sobre todo por la facultad creadora, la libertad y osadía de invencion que sabe unir maravillosamente con una dulce é ingénua sencillez.

En la Introduccion al *Viaje de la Grecia* pone Barthelemy en boca de Anacarsis un retrato de Homero que vamos á trascribir: «Yo no soy más que un escita, dice, y la armonía de los versos de Homero, la dulce armonía que transporta á los griegos, no está á menudo al alcance de mis órganos muy toscos, pero ya no soy dueño de mi admiracion, cuando veo ese genio altivo cernerse, por decirlo así, sobre el universo, lanzando á todas partes miradas de fuego, recogiendo la brillantez y los colores con que centellean los objetos á su vista; asistiendo en los consejos de los dioses; sondeando las sinuosidades del corazon humano, y muy pronto rico con estos descubrimientos, ébrio con las bellezas de la naturaleza, y no pudiendo soportar ya el ardor que le devora, derramarlo profusamente en sus cuadros y en sus expresiones; poner en lucha el cielo con la tierra, y las pasiones consigo mismas; deslumbrarnos con los rayos de luz que sólo pertenecen á los talentos superiores; arrastrarnos con sus ímpetus de sentimiento que son el sublime verdadero y dejar siempre en nuestra alma una impresion profunda que parece extenderla y ensancharla.

»Lo que especialmente distingue á Homero es que lo anima todo y lo penetra todo contínuamente por los movimientos que le agitan; es que lo subordina todo á la pasion principal, que la sigue en sus arrebatos, en sus extravíos, en sus inconsecuencias, que la lleva hasta las nubes, y la hace caer, cuando es necesario, por la fuerza del sentimiento y de la virtud, como la llama del Etna que el viento rechaza al fondo del abismo: es haberse apoderado de los grandes caracteres, haber diferenciado el poder, la bravura y las demas cualidades de sus personajes, no por descripciones frías y fastidiosas, sino por pinceladas rápidas y vigorosas ó por ficciones nuevas y sembradas casi al azar en sus obras.»

Si Homero ha sido el primer poeta de Grecia y del mundo, interesará un paralelo entre él y Virgilio, el primer épico latino, trazado por Pope, célebre crítico y el poeta más castizo y elegante de Inglaterra, traductor en versos ingleses de la *Iliada* y la *Odisea*. «Homero, dice, tiene más genio y Virgilio más arte: en el uno admiro al hombre, en el otro el trabajo y la cultura. Homero me domina y arrebata con fuerza imperiosa; Virgilio me arrastra

con majestad llena de dulzura. Homero entrega sus tesoros con generosa profusion; Virgilio da los suyos con estudiada magnificencia. Homero, como el Nilo, derrama inmensas riquezas por súbitas inundaciones; Virgilio trae las suyas como un río abundante pero de curso regular. Cada uno de estos poetas se parece á su héroe. Homero es irresistible como Aquíles, todo huye en su presencia, todo cede; cuanto más crece el tumulto, más brilla él y nada le detiene. Virgilio, con tranquila audacia, es siempre dueño de sí mismo como Eneas, y hasta en la accion ve y lo dispone todo, combate sin turbacion y triunfa sin conmoverse. En las máquinas épicas, Homero, como su Júpiter cuando quiere espantar al mundo, conmueve y sacude el Olimpo, abrasa los cielos, prodiga los rayos y hace retumbar su trueno. Virgilio, semejante á Júpiter, considerado como una divinidad benéfica, delibera con los dioses, traza el plan de los imperios, pone sus fundamentos y lo hace todo con suprema sabiduría.»

Todo lo dicho hasta ahora en elogio de Homero no llega ni de mucho, en nuestro concepto, al que, sin quererlo quizas, hace el autor del *Genio del Cristianismo,* en el capítulo III de esta obra, cuyas palabras nos permitiremos traducir, para que resulte claro lo poco que nosotros digamos por cuenta nuestra. «La Biblia, dice, ha sido objeto de tantos escritos y comentarios, que el único medio que quizas resta hoy para dar á conocer sus bellezas, es compararla con los poemas de Homero. Consagrados estos poemas por los siglos, han recibido del tiempo una santidad que justifica el paralelo y aleja toda idea de profanacion. Si Jacob y Nestor no son de una misma familia, pertenecen á lo ménos los dos á los primeros días del mundo, y se nota que sólo media un paso entre los palacios de Pilos y las tiendas de Ismael.

»Bajo qué aspecto es la Biblia más hermosa que Homero; cuáles son las semejanzas y las diferencias que existen entre ella y las obras de este poeta: hé aquí lo que nos proponemos examinar en estos capítulos.....»

¡Homero comparado con la Biblia! ¡Qué elogio! ¿Cabe en el mundo mayor distincion? Para un cristiano, equivale á comparar la inspiracion poética de un hombre con la inspiracion divina; para los que no admiten esta,

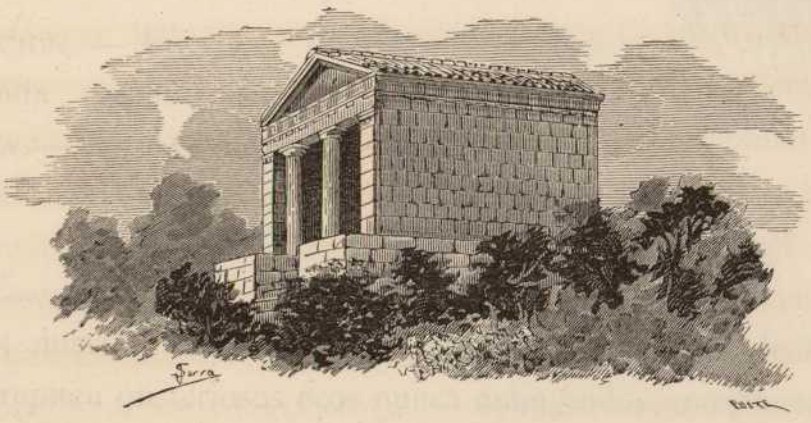
comparar la *Iliada* con la Biblia es poner el genio de un hombre solo, sin maestros ni modelos, frente á frente de unos cuantos en posesion de los conocimientos de sus épocas respectivas, con modelos algunos de ellos que imitar, y en posesion de una lengua mucho más favorable para expresar lo sublime de la idea con la sencillez de la frase.

No queremos con esto contradecirnos, suponiendo que Homero no tuvo absolutamente ningun modelo. Sabemos muy bien que los escritos del cantor de la guerra de Troya suponen anteriores ensayos; sabemos que en su doble carácter de poeta é historiador, nos ha dejado un cuadro de los conocimientos religiosos de la Grecia; los cantos de Orfeo, Museo y Lino habían popularizado el culto de los dioses introducidos en Grecia desde el Egipto, Fenicia y otros puntos orientales; sabemos que existían en Asiria las *Leyendas de Izdubar* y en Egipto el *Ramaseion*, preludios de la *Iliada;* pero Aristóteles nos dice que Homero fue quien ántes que nadie supo componer una serie de versos capaces de formar un cuerpo de obra, y Horacio consigna que fué el primero en mostrar el ritmo en que podía componerse la poesía épica (1). Ademas, Homero fué el que mereció ántes que nadie el nombre de poeta, á pesar de los muchos cantores armoniosos y divinos que le precedieron. Finalmente, la mayor aureola del poeta cantor de Troya es la diversidad de honores hasta divinos que le tributó la antigüedad.

Ántes de Licurgo, el legislador de Esparta, andaban sueltos y en fragmentos los poemas de Homero. Si hemos de dar crédito á Eliano y Plutarco, Licurgo fué el primero que recogió algunos trozos de dichos poemas, y los introdujo en el Peloponeso. Esta coleccion incompleta y falta de órden, no es la que llegó hasta nosotros sino otra, comenzada por Pisistrato, el tirano de Atenas, y completada por su hijo Hiparco, segun consta por Ciceron. Aristóteles hizo una segunda copia de estos poemas, la cual se mandó revisar por el emperador Alejandro, segun dice Plutarco, ó fué sólamente presentada al gran conquistador macedonio, si nos atenemos á Estrabon

(1) Res gestœ regumque ducumque, et tristia bella,
Quo scribi possent numero, monstravit Homerus.
(Hor. *Ar. poet.*, 73.)

que lo afirma así quizas con mayor acierto. La escuela de Alejandría comenzó las buenas ediciones clásicas de los poemas de Homero, que siguieron haciéndose despues, y luégo en los tiempos modernos en varios puntos de Europa, especialmente en Alemania y Venecia. Parece que Aristarco fué el primero que dividió los dos poemas homéricos en veinticinco cantos, cuya division, por lo acertada, ha tenido la fortuna de ser admitida en lo sucesivo. Á pesar de los adelantos de la civilizacion, y no obstante los infinitos cambios en las costumbres de los pueblos, desde la aparicion en el mundo de las portentosas concepciones del genio de Homero, tendrá siempre éste la indisputable gloria de haber sido el modelo, nunca sobrepujado, de todos los poetas épicos antiguos y modernos, á la par que, poniendo los cimientos sobre que descansaron sus poemas, dejó consignadas prácticamente las reglas á que sujetaron luégo los preceptistas, sin haberse todavía modificado en lo más mínimo, la composicion de esas obras poéticas que son el orgullo de las naciones—pocas por desgracia—que pueden contar una buena en los registros de su literatura.







CAPÍTULO III.

CONTINUACION. — FIESTAS, ORÁCULOS, JUEGOS, FILOSOFÍA, POESÍA, ARTES, INSTITUCIONES DE GRECIA. — COMPARACIONES. — RESÚMEN.

En nuestros oidos resuenan todavía los cánticos de Homero que repiten misteriosos ecos nunca extinguidos, ecos inmortales como las notas arrancadas á su lira. La armonía de sus versos nos embelesa, sus cantos nos hechizan. Sus maravillosas narraciones, los acentos de su poesía sencilla, pero magnífica, brotan de sus labios como de los labios del divino Femio. Cuando el guerrero oye los nombres de Aquíles y Héctor

se extremece; cuando el poeta nombra á Andrómaca teme la esposa por la suerte de los combates; espera con Penélope al prudente Ulíses contrariado por los vientos en mares apartados de su patria; tiembla el niño con el rey de Itaca al oir la aventura de la sombría caverna de Polifemo, y los ancianos sienten orgulloso su corazon ante la sabia elocuencia de Nestor, y humedecen sus mejillas unas lágrimas escapadas involuntariamente al oir terminarse la narracion sublime del cantor ciego con los dolores y llantos del anciano y desdichado Príamo. La inspiracion es siempre fecunda, rica: amante fiel de las Musas, rodéanle siempre cariñosas, infundiéndole los acentos más propios, para sembrar por todas partes los recuerdos gratos de su amable y divina poesía. «Marineros que surcais los mares—dice á unos marineros que no le admitieron en su nave para una travesía—semejantes á la terrible Até, vosotros que soportáis una vida hasta penosa para los tímidos somormujos, respetad al formidable Júpiter, protector de los extranjeros, porque la terrible venganza de Júpiter hospitalario alcanza al que le ofende.»

Sus acentos se cambian, como cambia de aspecto el hermoso suelo griego al llegar la estacion de las flores, en dulces invocaciones á Neptuno cuando otros le admiten á bordo de su nave: «Óyeme, poderoso Neptuno, que reinas en el vasto y fértil Helicon. Da un viento favorable, y concede un feliz regreso á los marineros que son los patrones y pilotos del buque. Concédeme que pueda desembarcar al pié de la montaña elevada de Mimas, y encuentre allí hombres justos; véngame del hombre que, engañándome, ofendió á Júpiter protector de los extranjeros.»

«Oh pino, canta Homero al sentirse herido en la frente por una piña desprendida de una rama, hay otro árbol que lleva un fruto mejor que el tuyo en las cimas del Ida, monte de numerosos valles, expuestos á los vientos. Allí encontrarán los hombres el hierro de Marte, cuando los cebrenios habiten estas comarcas.»

La imaginacion rica de Homero auxiliada por su admirable organizacion pudo perfeccionar la poesía de sus cantos describiendo los sacrificios de la Eolia; comparando el grande ejército de los griegos con las grullas y los cisnes del río Caister; los troyanos huyendo de Aquíles y precipitándose en

el Escamandro, con las ranas de Chipre, que van á perecer en el mar cuando los habitantes de la isla pegan fuego á sus campos, y el ruído de una multitud confusa al de las olas que vió estrellarse mugiendo en las innumerables rocas del mar de Icaria.

Dos siglos despues de la muerte del sublime poeta eran aún populares en Samos los versos compuestos en elogio de un poderoso: «Hénos aquí llegados á la casa de un hombre rico, dice el canto del poeta viajero, que puede mucho, y goza de grande felicidad. Abríos, puertas, porque hay en esta casa muchísimos tesoros y con las riquezas brillan tambien aquí la alegría y la dulce paz. Llénense todas las urnas, cueza contínuamente el fuego en el interior de los vasos el delicado pastel de Sésamo de festiva mirada. La esposa de vuestro hijo subirá á su lecho para descansar en él; mulas de piés robustos la conducirán á la casa; ella tejerá la tela descansando sus piés en un taburete adornado con ámbar. Sí, yo volveré, yo volveré cada año, como la golondrina de piés delicados vuelve debajo de estos pórticos. Ayudadnos pronto, si quereis concedernos algun auxilio, y sino es imposible detenernos; porque no hemos venido para habitar aquí.»

* * *

La historia de todos los pueblos, á contar desde los primeros días del mundo, registra acontecimientos gloriosos, tristes y consoladores; y el estudio de la civilizacion, fundado en las lecciones que nos ofrece la historia, nos revela formas distintas en cada pueblo para la manifestacion del sentimiento nacional.

Esta manifestacion ha recibido el nombre de fiesta, cuya etimología no es del caso indagar aquí.

Todos los pueblos han celebrado fiestas civiles y religiosas: dos solemnes consagraciones, la patria y la religion, ó, como si dijéramos, expansiones del cuerpo y del espíritu.

La civilizacion de los pueblos, desde el principio del mundo, se ha demostrado de muchas y variadas maneras por algun culto público: de aquí la institucion de las fiestas.

Ya en las primeras páginas del Génesis leemos las fiestas celebradas por los Patriarcas en medio de su familia reunida á la sombra de una palmera; y más adelante, formando ya nacion esas familias, celebraron tambien magníficas fiestas, cuyos programas, como diríamos ahora, reconocían un orígen divino.

El objeto principal de las fiestas en tiempo de los Patriarcas, siguiendo la religion primitiva, era imbuir á los hombres la idea monoteista; objeto que, en la religion judáica, consistió en recordar la existencia de un Dios legislador y soberano de su pueblo. Otro objeto tenían las fiestas, y lo han tenido igual en todas las religiones; era recordar en un día dado del año los sucesos más memorables.

Como nosotros debemos ocuparnos preferentemente en las manifestaciones de la civilizacion, más que en la nuda historia de los pueblos que visitamos, debemos, á pesar nuestro, tratar una cuestion que se nos impone, la cuestion social y económica de las utilidades de las fiestas.

Dispénsenos la Grecia que, por un momento, distraigamos nuestra atencion de sus solemnidades, que trataremos luégo, para abordar de lleno la grave cuestion que dejamos iniciada.

Antes, empero, de entrar en materia, y cediendo á las inspiraciones de nuestra lealtad, debemos un ruego á nuestros amables lectores. La cuestion de las fiestas, áun prescindiendo momentáneamente de una religion determinada ó concreta, es más religiosa ó moral que social. ¿Habrá entre nuestros lectores alguno que tenga marchita ó muerta en su corazon la tierna y bella flor que, entre abrojos, crece desde que nos alumbra la luz de la razon, y que se la conoce con el misterioso nombre de fe? ¡Ay! si el hálito emponzoñado de la incredulidad ó de la duda deslustró el bello matiz de sus pétalos; si una atmósfera glacial envuelve el hermoso cáliz incapaz de exhalar el dulce aroma que guarda en su seno y que sólo ofrece á las almas cándidas y puras ¡ay! será tiempo perdido para el que lea lo poco que vamos á

decir, y le suplicamos que, suponiendo un paréntesis, vuelva la hoja y se traslade á las fiestas griegas que seguirán luégo despues de esta materia insulsa para leída sin fe. Nunca tratamos de imponer nuestras convicciones, sólo pedimos en cambio que se nos conceda la libertad que á nadie negamos nosotros.

Recuerden nuestros lectores el pasaje de Rousseau, nada sospechoso, citado, por nosotros en la página 89 del primer tomo de esta obra; vuelvan á leer despues lo dicho por Diderot en la 91 y no teman que nosotros seamos más exigentes que ellos, ni que nuestras ideas sean ménos aceptables que las suyas.

La cuestion de las fiestas lo es de inmensa moralidad, sea cual fuere el concepto en que se las considere. La humanidad es una gran familia dividida, por desgracia, por gran número de discordias que aflojan los lazos que debieran íntimamente unirla y sostenerla; pues bien, las fiestas religiosas—recuérdese que hacemos abstraccion de toda religion determinada—reunen á los hombres al pié de los altares dedicados á la divinidad, fomentando entre ellos la armonía, la paz, las virtudes sociales, otros tantos beneficios del cielo; para que, depuestos los rencores, se estrechen los vínculos fraternales que tienden á formar un solo pueblo, una sola familia, de la humanidad dispersa en todo el globo.

La institucion de estas fiestas responde á una necesidad social, porque si el hombre no vive de sólo pan, no subsisten tampoco los pueblos civilizados sin las buenas costumbres y faltos de las virtudes que sólo puede inspirar la religion, más necesarias, en su órden, que la industria, el comercio y las artes que dan la prosperidad material, pero que por sí solos no saben hacer del hombre más que una máquina perfeccionada.

Y no se diga que puede abandonarse al hombre, ó á la sociedad, si así se quiere, el cuidado de escoger y celebrar sus fiestas; porque en este caso, el pueblo, sin distincion de clases, ni categorías, convertirá lo que debía ser perfeccionamiento y mejora de su corazon é inteligencia, en abismo profundo de su perdicion y embrutecimiento. Ademas, las fiestas civiles ó populares, únicas que podría procurarse el pueblo, no son posibles en el actual estado

de las sociedades modernas, por la division que reina entre los habitantes de un mismo país. Hemos dicho, y así es la verdad, que el objeto de las fiestas religiosas es convertir en una gran familia al género humano. Este objeto sólo puede alcanzarlo una causa superior á todas las miserias humanas: Dios. Ante Dios se postrarán unánimes todos los corazones: todos los ciudadanos, sin distincion de clases, ni opiniones, pueden tomar parte en las fiestas religiosas: en ellas no padece el amor propio del rico, ni del pobre, y todos contribuyen de igual modo á su magnificencia. ¿Podemos decir otro tanto de las fiestas civiles? Cuando las naciones se han fraccionado desgraciadamente en tantos partidos políticos, que hacen necesario un estudio especial para recordar y comprender su nomenclatura; cuando no puede gozar de las delicias del poder ó de la victoria una fraccion de un pueblo sin que haya otras muchas humilladas y vencidas; cuando la alegría de unos cuantos es el dolor de los más; cuando la significacion de las fiestas no pasa de ser una cosa efímera, momentánea, sin raíces, ni vida para propagarse, ¿pueden llenar las fiestas civiles la inmensidad del corazon humano que aspira á lo infinito, á lo eterno, á lo estable?

Se nos dirá, acaso, que las fiestas se oponen á la economía y que perjudican á la subsistencia de las clases todas.

Concretemos la cuestion á España.

No há muchos años podía sofísticamente presentarse esta objecion. Adrede hemos dicho sofísticamente; porque los que tal alegaban, sabían que no decían la verdad: los resultados han dado razon, con el tiempo, á los sostenedores de las fiestas. La experiencia ha demostrado que no era el pueblo quien pedía la supresion de las fiestas: es hora de llamar las cosas por su nombre, y, haciéndolo así, debemos decir que los que tal pedían no lo hacían en nombre del pueblo, ni de la economía, ni de la mayor riqueza pública, sino en odio á la religion, escudándose en todo con el bienestar del pueblo último objeto de sus miras.

Suprimidas quedaron las fiestas, y desde entónces sobra el dinero en todas partes: el comercio, la industria, las clases obreras han prosperado tanto que dentro muy poco no habrá quien deba comer el pan con el sudor

de su rostro, porque el oro corre á raudales con unos cuantos días más al año de trabajo... en los cuales no se trabaja, porque el pueblo ha querido dar un mentís á los que se escudan en él para sus fines políticos. Y gracias que el pobre pueblo quiere, y se lo tomaría—si se lo quitaran—un día por semana para el descanso corporal; porque no hay persona humana que resista el trabajo continuado con el solo reposo de la noche. Más aún, recordamos haber leído, y no podemos resistir á la tentacion de copiarlo, un pasaje del *Genio del Cristianismo* en donde á propósito de las fiestas dice su ilustre autor lo siguiente: «La experiencia ha demostrado que el plazo de cinco días es demasiado corto, al paso que el de diez demasiado largo para el reposo; el Terror, omnipotente en Francia, jamas pudo obligar al labrador á celebrar la década, porque para ello son impotentes las fuerzas humanas, y áun, como se ha observado, las de los animales. El buey no puede arar nueve días consecutivos, y al fin del sexto sus mugidos parecen pedir las horas indicadas por el Criador para el reposo general de la naturaleza. En aquella época los campesinos decían: nuestros bueyes conocen el domingo, y no quieren trabajar durante este día.

«El domingo reunía todas las ventajas, porque era á un mismo tiempo un día de placer y de religion. Es en verdad necesario que el hombre descanse de sus trabajos; pero como la ley civil no puede extenderse á las horas de su descanso, el eximirle tambien en este tiempo de la ley religiosa, sería librarle de todo freno, sumergirle de nuevo en el estado de la naturaleza, y lanzar repentinamente á un salvaje en medio de la sociedad. Para evitar semejante peligro, hicieron tambien los antiguos del día de descanso un día religioso, ejemplo consagrado por el Cristianismo (1).»

Documentos oficiales formulados con buena fe atestiguan que la actividad incesante en el trabajo es una de las concausas del pauperismo, una de las plagas de nuestro siglo; porque el industrialismo, que mejor podría llamarse excesivo egoismo, nos ha llevado á fatales consecuencias, que se evi-

(1) CHATEAUBRIAND, Obra citada, part. IV, cap. IV.

tarían en gran parte si los pueblos observaran fiel y exactamente la fiesta del domingo, absteniéndose de todo trabajo.

La inobservancia del domingo ó día de reposo—que el nombre poco importa—produce consecuencias fatales que minan la civilizacion de los pueblos, porque contribuye al desórden y embrutecimiento de los obreros y artesanos, porque destruye la vida de fámilia y rompe todos los lazos morales que debieran unir al amo con el obrero. Ademas, este exceso de trabajo, efecto de la inobservancia del domingo, hace ilimitada la concurrencia en los productos; conspira á la ruína de los artesanos; facilita el monopolio de los grandes establecimientos, contribuyendo á la desaparicion de los tenderos al pormenor, anonadados y destruídos por la irresistible competencia de los grandes almacenes que son la verdadera autocracia comercial.

Mediten nuestros lectores en las ideas que sólo apuntamos, por no podernos detener en desarrollarlas como ellas se merecen y nosotros quisiéramos; comparen épocas distintas, consulten estadísticas, fíjense en las costumbres, verdadero termómetro para medir los grados de civilizacion de los pueblos, y de seguro que, por lo tocante á este punto, no serán partidarios del progreso indefinido. Si hemos de hablar con toda la franqueza que nos caracteriza, debemos manifestar que, en nuestro concepto está bastante demostrada la razon de la ley de Vico, segun la cual la humanidad recorre un círculo, en el cual hay un grado de cultura desde el que se retrocede al punto de partida. Segun esto, nosotros no conceptuamos, ni mucho ménos, general ni verdadera la tan cacareada ley del progreso contínuo de la humanidad con que nos tienen hasta mareados algunos charlatanes de oficio, quienes no tienen para nada en cuenta las lecciones de la historia que revelan hechos muy importantes para hacer dudar de su certeza.

Los hombres de este siglo, que pretenden llevar la delantera en el arte de civilizar á los pueblos, han prescindido completamente de la moral del hombre, para convertirle en un autómata, dispuesto á todos los movimientos que se les antojara imprimirle. Dígase lo que se quiera, esto acusa un retroceso, un embrutecimiento. El hombre que no tenga pasto para su espíritu, pasará en la crápula el tiempo que debió destinar á su perfeccionamiento mo-

ral, y en ese libertinaje gastará el dinero y la salud, sacando de todo esto, en último resultado, una diferencia que será siempre contraria á sus intereses morales y materiales, y de rechazo contraria á la sociedad y á la civilizacion.

No extrañen nuestros lectores que insistamos, hasta con cierta obstinacion, en este punto concreto de las fiestas religiosas, y de su utilidad moral y social, pues eliminado el elemento religioso es inútil hablar de las fiestas de ningun pueblo, sin exceptuar de esta regla ni el mismo pueblo griego que fué religioso en extremo, especialmente en sus fiestas que tanta celebridad le alcanzaron.

Los mismos salvajes han celebrado siempre con grandes y á veces tiernas, á veces sangrientas ceremonias sus fiestas religiosas, llenas, en verdad, de sensibles supersticiones, pero demostraciones al fin del respeto que les ha inspirado la idea de la divinidad. ¿Quién no ha leído en los Natchez las conmovedoras descripciones de algunas de sus fiestas? Todos los pueblos primitivos, todos los que no están sujetos á la civilizacion más ó ménos adelantada, los que carecen hasta de toda nocion culta, acostumbran solemnizar ciertas épocas del año. Prescindamos de los pueblos que ya hemos conocido en nuestro viaje y cuyas costumbres podrían atribuirse á reflejos más ó ménos lejanos de la primitiva cuna del mundo; fijémonos en una isla cualquiera de las infinitas que hay sembradas en los grandes Océanos, como si fueran mojones fijados por la Providencia para indicar el camino de la humanidad en la poblacion del globo; ó paremos nuestras miradas en alguna de las tribus de las dos Americas cuyo sistema de vida se nos hace envidiable por la sencillez de sus costumbres como por el escaso ó ningun incentivo que se ofrece á sus muchas pasiones, desconocidas en su estado natural, y observaremos que en todas sus fiestas, en todas sus alegorías y dolores toma principal parte su religion.

Deliberadamente, y ántes de hablar de las fiestas de Grecia, que, si bien anteriores de mucho á la época civilizada del Cristianismo, se nos podrían objetar como de un pueblo culto, y que las había recibido directamente de los pueblos orientales lindantes con el sitio donde apareció el hombre; con-

siderando que, por más que nosotros nos esforzáramos, no conseguiríamos dibujar un cuadro tan atractivo y perfecto como el asunto se merece y quisiéramos nosotros, permítannos nuestros lectores que traslademos aquí la graciosa descripcion, hecha de mano maestra, de una fiesta entre los salvajes del Nuevo Mundo, cuyas circunstancias, por tratarse de salvajes, serán más adecuadas á nuestro propósito, para probar la necesidad que tiene el hombre de un descanso y la natural inclinacion que siente el corazon humano á santificar algun día con solemnes ceremonias y expansiones del espíritu á fin de captarse la proteccion y benevolencia de la divinidad.

«La fiesta del trigo verde se celebra en el mes de junio; cógese cierta cantidad de maíz cuando está todavía en leche, y de este grano, exquisito en semejante estado, se amasa el *tassomanony*, especie de torta que sirve de provision de guerra y caza.

»Las mazorcas de maíz puestas á hervir en agua de fuente, se sacan á medio cocer, y se someten á un fuego lento. Cuando han adquirido un color rojizo, se las desgrana en un *poutagan* ó mortero de madera. Se machaca el grano en él, humedeciéndole, y esta masa en trozos y secada al sol, se conserva por un tiempo ilimitado. Cuando se quiere usar de ella basta meterla en agua, leche de maíz ó jugo de arce, y así remojado ofrece un alimento sano y agradable.

»La fiesta principal de los Natchez era la del fuego nuevo, especie de jubileo en honor del sol, en la época de la gran cosecha: el sol era la divinidad principal de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

»Una especie de pregonero público recorría las aldeas, anunciando la ceremonia al son de una gran concha, y diciendo estas palabras: «Prepare cada familia vasos nuevos y vestidos sin estrenar; lávense las cabañas, sean desechados y quemados en una hoguera comun, en medio de cada aldea, los granos, trajes y utensilios viejos; vuelvan los malhechores á sus hogares, pues los saquems olvidan sus crímenes.

»Esta amnistía de los hombres, concedida en el momento en que la tierra les prodiga sus tesoros, aquella llamada general de los felices y de los infortunados, de los inocentes y de los culpables al gran banquete de la

naturaleza, eran un resto tierno de la sencillez primitiva de la raza humana.

»Al segundo día volvía á aparecer el pregonero, prescribía un ayuno de sesenta y dos horas acompañado de una abstinencia rigorosa de todo placer, y ordenaba al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban inmediatamente algunas gotas de una raíz que llamaban la *raíz de sangre*, raíz perteneciente á una especie de *plantin* y que destila un color rojo que tiene las cualidades de un violento emético. Durante los tres días de abstinencia y oracion, guardábase profundo silencio, dedicando especial cuidado á separarse de las cosas terrestres para entregarse únicamente á la meditacion de AQUÉL que madura el fruto en el árbol y el trigo en la espiga.

»Al final del tercero día, proclamaba el pregonero la apertura de la fiesta, que fijaba para el inmediato.

»Iluminado apénas el cielo con la blanca luz de la aurora, se veía avanzar por los caminos brillantes de rocío á los jóvenes, matronas y saquems. El templo del Sol, gran cabaña alumbrada sólo por la luz que penetraba por sus dos puertas, una por la parte de Occidente y otra por la de Oriente, era el sitio de la cita: abierta la puerta oriental, el pavimento y las paredes interiores del templo aparecían cubiertas de esteras finas, pintadas y adornadas con diferentes geroglíficos. Varios cestos colocados con órden en el santuario, encerraban las osamentas de los antiguos gefes de la nacion, como las tumbas en nuestras iglesias góticas.

»Encima de un ara colocada al frente de la puerta oriental para que recibiera los primeros rayos del sol naciente, se elevaba un ídolo que figuraba un chuchuacha. Este animal, del tamaño de un lechoncillo, tiene el pelo de tejon, la cola de rata y las patas de mono: la hembra tiene en el vientre una bolsa donde alimenta á sus hijuelos. Á la derecha de la imágen del chuchuacha se veía la figura de una serpiente de cascabel, y á la izquierda, un muñeco groseramente esculpido. Delante de estos símbolos ardía en un vaso de piedra un fuego de corteza de encina, que por ningun concepto debía extinguirse, exceptuando la víspera de la fiesta del fuego nuevo ó la de la

cosecha; las primicias de los frutos estaban suspendidas alrededor del ara, y los asistentes colocados en el templo por el órden siguiente:

»El Gran-Gefe ó el Sol á la derecha del ara; á la izquierda la Mujer-Gefe, única mujer que tenía derecho á penetrar en el santuario; al lado del *Sol* se situaban sucesivamente los dos Gefes guerreros, los dos oficiales para los tratados, y los principales saquems; al lado de la Mujer-Gefe el edil ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los festines, y en seguida los jóvenes guerreros. En tierra, delante del ara, algunos trozos de cañas secas echadas oblícuamente unas encima de otras, hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban círculos concéntricos cuyas diferentes circunferencias abrazaban, separándose del centro, un diámetro de doce á trece piés.

»El gran sacerdote, en pié en el umbral del templo, tenía la vista fija en el Oriente, y ántes de presidir la fiesta se había bañado tres veces en el Misisipí. Cubríale una túnica blanca de corteza de abedul, ciñéndosela por los riñones con una piel de serpiente. El antiguo buho lleno de paja, que acostumbraba llevar en la cabeza, había sido reemplazado por el pellejo de un ave jóven de la misma especie. Este sacerdote frotaba con lentitud, uno contra otro, dos pedazos de madera seca, pronunciando en voz baja palabras mágicas. Á su lado, dos acólitos levantaban por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mujeres, con la espalda vuelta al Oriente, y apoyando una mano en su laya y llevando de la otra á sus hijos, describían, en la parte exterior, un círculo á la puerta del templo.

»Esta ceremonia tenía cierto carácter augusto, porque la grandeza del verdadero Dios se deja sentir hasta en las supersticiones de las falsas religiones; el hombre que ora es respetable; la súplica que se dirige á la divinidad es tan santa por su naturaleza, que imprime un carácter sagrado al que la pronuncia, ya sea inocente, culpable, ó desgraciado. Era ciertamente un espectáculo tierno el que ofrecía una nacion reunida en un desierto en la época de la cosecha para dar gracias al Todopoderoso por sus beneficios, para cantar al Criador que perpetúa el recuerdo de la creacion, mandando al sol que se levante todas las mañanas sobre el mundo.

»Reinaba profundo silencio en la multitud. El gran sacerdote observaba atentamente las variaciones que presentaba el cielo. Cuando los colores de la aurora, trocados de rosa en púrpura, comenzaban á ser atravesados por los rayos de un fuego puro, y se hacían cada vez más vivos, aceleraba el sacerdote la colision de los dos trozos de madera seca. Una mecha azufrada, formada de médula de caña, estaba preparada para recibir la chispa. Adelantábanse con paso mesurado los dos maestros de ceremonias, el uno hacia el Gran-Gefe y el otro hacia la Mujer-Gefe: inclinábanse de vez en cuando, y detenían se por último ante el Gran-Gefe y la Mujer-Gefe, y permanecían completamente inmóviles.

»Vivos torrentes de llamas se escapaban del Oriente, y la parte superior del disco del sol se mostraba en el horizonte. En aquel mismo instante oprime el gran sacerdote el oah sagrado; el fuego sale de la madera calentada por el frotamiento, se enciende la mecha azufrada, las mujeres que se hallan en la parte exterior del templo se vuelven súbitamente y todas á la vez levantan hacia el astro del día, sus recien nacidos y sus layas.

»Los dos gefes de la mision beben el sorbete negro que les presentan los maestros de ceremonias, el juglar comunica el fuego á los círculos de cañas, y serpentea la llama siguiendo su espiral. En el ara arden muchas cortezas de encina, y aquel fuego nuevo da pábulo á los fuegos apagados de la aldea. El Gran-Gefe entona el himno al sol.

»Consumidos los círculos de cañas y terminado el himno, sale del templo la Mujer-Gefe, y poniéndose á la cabeza de las mujeres, colocadas en fila se trasladan al campo comun de la cosecha. No siendo permitido á los hombres seguirlas, son las primeras que cogen las gavillas de maíz para ofrecerlas en el templo y amasan con lo sobrante los panes ázimos del banquete nocturno.

»Llegadas á los campos, arrancan en el cuadrado correspondiente á su familia cierto número de las gavillas más hermosas de maíz, soberbia planta cuyas cañas de siete piés de altura, rodeadas de hojas verdes y coronadas de un rollo de granos dorados, se parecen á aquellos tallos rodeados de cintas que consagran á las iglesias de aldea nuestros campesinos. Millares de zarza-

les azules, de pequeñas palomas del grueso de un mirlo, de pájaros de los arrozales cuyo plumaje gris tiene matices oscuros, se posan entre el tallo de las gavillas y levantan el vuelo al aproximarse las segadoras americanas, enteramente ocultas en las espesuras de los grandes espinos. Los zorros negros hacen algunas veces estragos considerables en estos campos.

»Las mujeres vuelven al templo llevando sobre la cabeza las primicias encerradas en fardos, y el gran sacerdote, recibiendo la ofrenda, la deposita en el ara. Ciérrase la puerta oriental del santuario y se abre la occidental.

»Reunida la multitud á esta puerta cuando el día va á cerrar, designaba una media luna cuyas extremidades estaban vueltas hacia el sol, y los asistentes, con el brazo derecho levantado, presentaban los panes ázimos al astro de la luz. El juglar cantaba el himno de la tarde, que era un elogio del sol poniente; sus rayos nacientes habían hecho crecer el maíz, y sus rayos moribundos habían santificado las tortas formadas del grano de la gavilla cosechada.

»Al llegar la noche se encendían fuegos, se asaban oseznos que cebados con raíces silvestres, ofrecían en aquella época del año un manjar excelente.

»Ponían se á tostar sobre los carbones pavos de las sabanas, perdices negras y una especie de faisanes más gordos que los de Europa. Estas aves así preparadas se llamaban el *alimento de los hombres blancos*. Las bebidas y frutos servidos en esta comida eran el agua de arce, de zarzaparrilla, de plane de nogal blanco las manzanas de mayo, las *plaukmines*, y las nueces. Los llanos resplandecían con las llamas de las hogueras, y por todas partes se oía el sonido del chichikué, del tamboril y del pito, mezclados con las voces de los bailarines y los aplausos de la muchedumbre.

»Si en estas fiestas, algun infortunado, extraño á aquella alegría, pasease sus miradas por los juegos del llano, un saquem iría á buscarle y se informaría de la causa de su tristeza; él curaría sus males si eran remediables, ó se los aliviaría á lo ménos si no podían tener término.

»La cosecha de mayo se hace arrancando las gavillas ó cortándolas á dos piés de altura del tallo. El grano se conserva en odres ó en fosos guarnecidos de cañas. Guárdanse tambien gavillas enteras desgranándolas á me-

dida que se van necesitando. Para reducir el maíz á harina se le machaca en un mortero ó se le estruja entre dos piedras. Los salvajes usan tambien de molinos de mano comprados á los europeos.» (1)

Lo curioso de la narracion puede dispensar lo largo de la cita. Ademas, necesitábamos todos los párrafos para que el lector se formara cabal idea de la exactitud de nuestras observaciones al afirmar una y otra vez lo innato que es en el hombre, sea cual fuere su condicion, no sólamente el sentimiento profundo de la divinidad, sino tambien el deber de confesarla pública y exteriormente por actos que acrediten la gratitud, el arrepentimiento, la subordinacion, la confianza en el Sér infinito que rige, gobierna y sostiene el universo.

* * *

Examinemos ahora las fiestas griegas; pero, digamos préviamente algunas palabras acerca de la religion profesada en aquellos Estados.

Puede asegurarse sin temeridad que en ninguna parte sufrieron tantas alteraciones, como en Grecia, las ideas primitivas de la divinidad. Lo que los griegos llamaban religion, y profesaban como tal, era un monstruoso cúmulo de infamias y desvaríos. Por una anomalía que no se concibe en inteligencias tan privilegiadas como las de los habitantes de Grecia en general, se adoraba la virtud y el vicio en una misma divinidad. Levantáronse altares á Júpiter rey de los dioses y de los vicios; á la impúdica Vénus, y á mil otras deidades protectoras de todas las pasiones, por vergonzosas que fuesen.

Uno de los grandes cimientos de la religion de los griegos estribaba en la adivinacion. Los dioses, que en un principio estuvieron en contacto con los hombres, debían manifestar su voluntad por medio de varias señales, y esta preocupacion ridícula, prueba evidente de lo que puede el hombre en

(1) Chateaubriand.—*Viajes á Italia y América.*

el órden sobrenatural abandonado á sus propias luces, fué el manantial de la multitud de héroes, adivinos, agoreros y poetas, que interpretando sus pensamientos, profetizaban ya por medio de las inspiraciones, de los sueños, y de las palabras de los niños; ya por las apariciones, los prodigios y las entrañas de las víctimas. En el siglo de Licurgo, religioso como el que más, adquirieron tanta autoridad, que nada podía emprenderse sin que se les hubiese consultado.

Las fiestas griegas, generalmente hablando, fiel trasunto de las ideas fundamentales de su religion, sólo ofrecían cualidades y pormenores repugnantes; tales eran las Dionisiacas—conocidas con el nombre de Bacanales—que celebraba Atenas en honor de Baco, dios de la embriaguez; los misterios de Eleusis, ceremonia la más famosa del paganismo, y cuyos secretos no podían revelarse más que á los iniciados, bajo pena de la vida, á fin de ocultar con el velo del silencio los desórdenes que en ellos se cometían.

En Atenas se dedicaban en nombre de toda la Grecia tres fiestas muy solemnes á Céres. La primera precedía á la época de la siembra y ofrecíanse en ella multitud de sacrificios á los dioses, para que se dignaran mirar las semillas con ojos favorables.

Recuerden nuestros lectores lo que llevamos dicho de las fiestas de la agricultura en China, lo que acabamos de decir de los Natchez, lo que ahora iremos notando de los griegos, y observarán que pueblos tan distantes unos de otros geográficamente, más distantes aún por sus respectivas civilizaciones, y mucho más aún por las distintas épocas en que los consideramos, sin embargo convergen todos hacia un punto comun: el sacrificio, el ayuno y la oracion. ¿No es esto sorprendente?

En las tres fiestas que dedicaban los griegos á Céres, la representaban bajo tres conceptos distintos: como agricultora en la primera, como legisladora en la segunda, y como arcano misterioso en la tercera.

Las fiestas dedicadas á Céres legisladora duranban cinco días. Las ceremonias eran presididas cada día por una mujer elegida por las mujeres de las diez tribus áticas. El sacerdote ofrecía las víctimas llevando las sienes ceñidas de guirnaldas. Las mujeres contribuían al gasto de las fiestas segun sus

respectivas facultades pecuniarias, reguladas por el dote que habían aportado en su matrimonio. Dirigíanse procesionalmente á Eleusis cantando himnos, y mujeres de vida muy honrada se encargaban de los libros donde estaban contenidos los misterios de la fiesta y las leyes que Céres dió al Ática al introducir en ella la agricultura y las costumbres de vida social. Para que no faltaran mujeres de vida irreprensible, eran mantenidas á costa del erario algunas jóvenes de noble cuna que vivían en un edificio de Atenas, llamado Tesmoforion, donde se las educaba para figurar dignamente en las Tesmoforias. Llegadas ya á Eleusis, disponíanse para los santos misterios con oraciones y un día de ayuno, postradas ante la imágen de la diosa. No se les permitía á los hombres asistir á las purificaciones y sacrificios de los días siguientes; pero los prisioneros eran admitidos, concediéndoles en aquellos cinco días libertad para asistir á las solemnidades, con tal que ya no hubiese recaído condena contra ellos.

Si nos fuera lícito extendernos en consideraciones, muy oportunas aquí por otra parte, preguntaríamos á los que en estas epocas más ó ménos contemporáneas, no sólo hacen mofa de las manifestaciones religiosas de los pueblos, sino que aspiran á prohibirlas y ridiculizan á los creyentes queriéndoles infundir ideas de ateismo que ellos predican profesar.

Si fuera posible evocar de sus tumbas á los grandes genios que ilustraron la Grecia, y que son aún ahora, despues de tantos siglos trascurridos, la honra de la filosofía; si fuera posible llamar á nuestras reuniones políticas á los grandes hombres de Estado admirados por aquellas generaciones de sabios y guerreros que poblaron la Hélade; si fuera posible llamar á juicio á aquellos hombres que se inmortalizaron en Troya, Atenas, Maraton, las Termópilas y otros puntos donde la gloria hizo asiento, ¡cómo se cubrirían el rostro avergonzados al ver que unos hombres necios y cobardes, raza degenerada del hombre fuerte é inteligente, se atreven á mentir descaradamente ante la sociedad y ante Dios á quien temen, envenenando vilmente á las pobres masas con ideas absurdas, impías y falsas!

Comprendemos que un hombre cometa locuras, que se ponga en ridículo, que se haga criminal para adquirir posicion, celebridad ó fines

ménos honestos; pero que tenga cinismo bastante, que sea tan cobarde y vil que niegue públicamente á Dios confundido en medio de ignorantes é infelices que no pueden ménos que pasmarse, sorprenderse y aplaudir sin saber lo que aplauden, á fin de que estos aplausos le alcancen lo que no conseguiría su ningun mérito personal y su falta de valor para arrostrar peligros, esto es lo que no comprendemos, porque nuestra imaginacion se resiste á concebir tanta bajeza, tanta podredumbre de dignidad moral, tan abyecta villanía.

La cobardía de Pedro, segun el Evangelio, le llevó á la negacion; la cobardía lleva á los miserables modernos á negar á Dios, y decimos esto, porque las pruebas han acreditado que la cobardía se ha visto en razon directa de los ataques epilépticos de ateismo que han sufrido algunos vividores, pobres ántes de ser ateos, ricos despues de huir delante del peligro, abandonando á los que no supieron abandonarles cuando, dentro de un buen salon, alardeaban ¡miserables! guerra á Dios.

¡Ira del cielo! se nos cubre de carmin el rostro y sentimos nuestra sangre saltar á borbotones de nuestro corazon indignado al recordar que España, la tierra clásica del honor, haya tenido la desdicha de abortar un monstruo, que, llorando como un niño, despues de haber desafiado á Dios, haya huído llevado en hombros de un esforzado compañero, por no sostenerle sus piernas temblorosas, y haya escrito en tierra extranjera lo que no escribe un varon animoso.

¿Este es el valor de los ateos? Leónidas no fué ateo, y las Termópilas nos dicen cómo se portaba ante el enemigo; Milcíades no declaró jamas la guerra á los dioses, y Maraton nos dice cómo supo vencer á los persas infinitamente mayores en número.

Para ser sabio, para ser guerrero no se necesita ser ateo: nos lo dicen los gloriosos hechos de Grecia y nos lo persuaden sus sabios. Es verdad que algunos pueblos griegos honraron á sus dioses con tal ridiculez de cultos, obscenidades y miserables torpezas que nos harían formar muy bajo concepto de la civilizacion griega si por ellas solas debiéramos juzgarla, pero en todas estas flaquezas humanas queda siempre á salvo y sobrenadando el sen-

timiento religioso que las inspira, y la creencia en la divinidad que las informa, que es el punto fundamental que argüimos. El ateismo es un figurin antiguo, una moda cursi seguida sólo actualmente por algun maniático ó por algun tunante que lleva en ello ulteriores miras.

Pero volvamos á las fiestas griegas.

Las eleusinas ó de los misterios eran las más santas de las dedicadas á Céres. Celebrábanse en Eleusis, pero nadie podía solemnizarlas sin haberse ántes purificado con los pequeños misterios. Á este fin, despues de haber vivido nueve días en continencia, ofrecían sacrificios y se dedicaban á la oracion llevando ceñida la cabeza con guirnaldas y debajo de los piés la piel de una víctima ofrecida en sacrificio á Júpiter. Inmolaban despues, al cabo de un año, una cerda á Céres, y hasta entónces no eran iniciados en los grandes misterios. Pasados despues otros cinco años se les admitía á otro grado, y concluídos los años que llamaríamos de noviciado, se les descubrían los ritos sagrados, excepcion hecha de algunos reservados para los sacerdotes particularmente, y pasaban de iniciados á videntes.

El hierofante revelador de las cosas sagradas, pontífice máximo cuya mision consistía en enseñar las ciencias teológicas y preparar á los que se destinaban á la iniciacion, revelándoles los misterios, presidía la iniciacion. Este pontífice estaba obligado á perpétua castidad, y se le profesaba tan excesiva veneracion, que nunca pronunciaban su nombre en presencia de profanos.

Tan profundo era el respeto que se tenía á las cosas sagradas, que el rey, ó arconte, cuidaba de que se observasen las ceremonias, ayudándole en el desempeño de este cargo cuatro maestros de ceremonias llamados eprimeletos, de eleccion popular, uno de los eumólpidas, otro de los tericios y los otros dos de otras tantas familias ciudadanas. Uno de los colegas del pontífice máximo llevaba la antorcha; otro ejercía el cargo de heraldo y un tercero servía el altar é intercedía con los dioses.

Durante los ocho días de la celebracion de las fiestas no se podía prender á nadie, ni entablar demanda ante ningun juez, incurriendo el contraventor en la multa de mil dracmas ó en la pena de muerte. Si alguna mujer iba

á Eleusis en carruaje, debía satisfacer mil dracmas de multa. El que faltaba al secreto de los misterios pagaba con el oprobio ó la muerte, y sufría igual pena el que por casualidad se hallaba presente en los misterios. Los que habían cometido homicidio, aunque se hubiese probado haber sido involuntariamente, no podían ser iniciados en dichos misterios.

Entre las muchas fiestas griegas merecen especial mencion las llamadas Panateneas que obedecían á la celebracion de un hecho altamente social ó político más que religioso, si bien se terminaban por un espléndido acto de religion que le imprimía cierto carácter de severa majestad peculiar de todas las fiestas griegas. Teseo las reglamentó y ordenó en memoria de haber reunido todas las tribus áticas. Dividíanse en ordinarias y extraordinarias: celebrábanse aquellas anualmente y estas cada cinco años. Para dar mayor realce á las extraordinarias se añadía á los demas espectáculos comunes el especial de recitar los rapsodas episodios épicos y las disputas de los filósofos. Despues se cantaron tambien los poemas de Homero ateniéndose á los arreglos efectuados por Solon. Pisístrato fué quien decretó esta innovacion.

El espectáculo más notable de estas fiestas era la grandiosa procesion que se dirigía al templo de la diosa el último día de las fiestas, al objeto de llevar al santuario el peplo de Atena, recamado con las victorias alcanzadas por esta contra los gigantes. Fidias inmortalizó su nombre dejando en el friso del Partenon, orgullo de Atenas, representada con su inimitable cincel la procesion de las Panateneas.

El discreto lector hará por sí mismo las reflexiones que no podemos hacer nosotros meditando en lo que fueron las fiestas griegas, consideradas en sus relaciones con la civilizacion de aquel país, tarea que no podemos efectuar nosotros porque nos extralimitaríamos de las dimensiones á que debemos sujetar nuestro plan.

Tratando de las fiestas griegas, en su aspecto religioso, ocurre hablar, aunque muy someramente de los oráculos; y aquí sí que pedimos dispensa á nuestros lectores por la sobriedad, porque es materia que pondría colores muy vivos en nuestra paleta si debiéramos pintar el cuadro con el realismo que debe-



FRAGMENTO DE UN FRISO DEL PARTENON

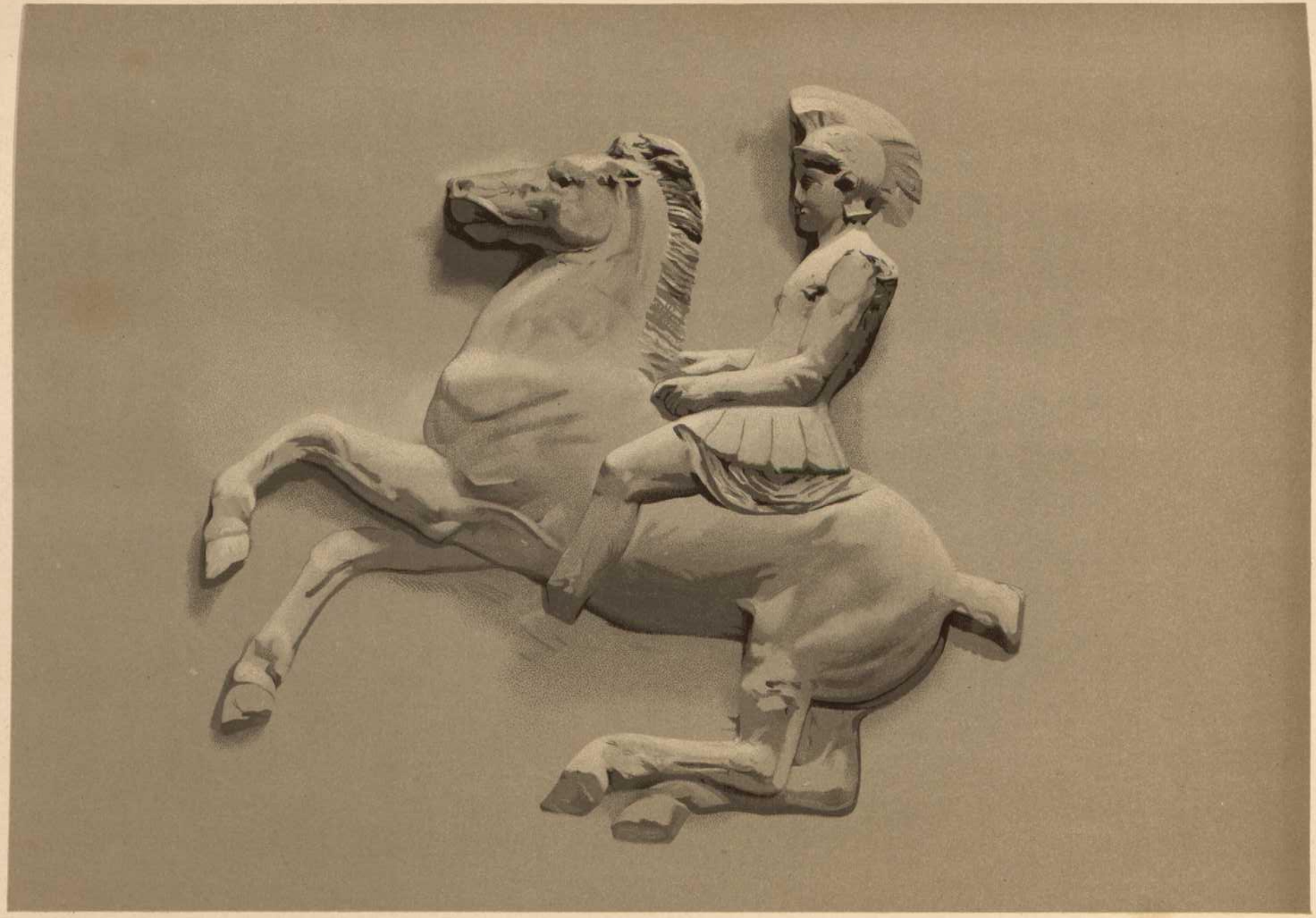
á beber, en cambio, debía satisfacer una cuantiosa multa. El que faltaba al secreto de los misterios pagaba con el suplicio de la muerte, y sufría igual pena el que por casualidad se hallaba presente en los misterios. Los que habían cometido homicidio, aunque se hubiese probado haber sido involuntariamente, no podían ser iniciados en dichos misterios.

Entre las muchas fiestas griegas merecen especial mencion las llamadas Panateneas que obedecían á la celebracion de un hecho altamente social ó político más que religioso, si bien se terminaban por un espléndido acto de religion que le imprimía cierto carácter de severa majestad peculiar de todas las fiestas griegas. Teseo las reglamentó y ordenó en memoria de haber reunido todas las tribus áticas. Dividíanse en ordinarias y extraordinarias: celebrábanse aquellas anualmente y estas cada cinco años. Para dar mayor realce á las extraordinarias se añadía á los demas espectáculos comunes el especial de recitar los rapsodas episodios épicos y las disputas de los filósofos. Despues se cantaron tambien los poemas de Homero ateniéndose á los arreglos efectuados por Solon. Pisístrato fué quien decretó esta innovacion.

El espectáculo más notable de estas fiestas era la grandiosa procesion que se dirigía al templo de la diosa el último día de las fiestas, al objeto de llevar al santuario el peplo de Atena, recamado con las victorias alcanzadas por esta contra los gigantes. Fidias inmortalizó su nombre dejando en el friso del Partenon, orgullo de Atenas, representada con su inimitable cincel la procesion de las Panateneas.

El discreto lector hará por sí mismo las reflexiones que no podemos hacer nosotros meditando en lo que fueron las fiestas griegas, consideradas en sus relaciones con la civilizacion de aquel país, tarea que no podemos efectuar nosotros porque nos extralimitaríamos de las dimensiones á que debemos sujetar nuestro plan.

Tratando de las fiestas griegas, en su aspecto religioso, ocurre hablar, aunque muy someramente de los oráculos; y aquí sí que pedimos dispensa á nuestros lectores por la sobriedad, porque es materia que pondría colores muy vivos en nuestra paleta si debiéramos pintar el cuadro con el realismo que debe-



Mir Tarradas, Comas y Cª – Editores.

A. Casanovas, Lit.

FRAGMENTO DE UN FRISO DEL PARTENON.

ríamos hacerlo, segun nuestra conciencia, al ver resucitados en nuestra época no uno que otro oráculo, como al fin y al cabo tuvieron los griegos, sino tantos cuantos son los embaucadores de ambos sexos que en pleno siglo décimonono, ilustrado como el que más, ven llenos sus salones y antesalas de numerosa clientela, esperando turno horas enteras, ávida de saber lo que dirá una carta salida al azar, ó un dado que ocultaba un cubilete, ó una *dormida* que vela miéntras duermen los bobalicones que le escuchan como un sér de otros mundos, sin hablar de otras *evocaciones* que omitimos por no ser de la incumbencia especial de nuestra obra; consignando, empero de paso, que anda muy mal parada la civilizacion actual, y habla muy desfavorablemente respecto de los fanáticos incautos la corriente muy dominante ahora de evocaciones, adivinaciones y otras sandeces por el estilo, inconcebibles con los adelantos modernos y con la ilustracion de gran número de personas verdaderamente ilusionadas, por no calificarlas de un modo peor.

Ningun oráculo era tan célebre ni recibió tantas ofrendas, como el de Apolo en Délfos. De todas partes de la tierra acudían á consultarle, provistos los consultantes de grandes tesoros, y su sacerdotisa Pitia ó Pitonisa daba las respuestas del dios.

Como comprenderá el más necio, eran oscuras y ambiguas las contestaciones del oráculo, porque los misterios del porvenir se los ha reservado Dios para acreditar necesariamente su omnipotencia. Serían innumerables los casos consignados por la historia, que podríamos aducir en prueba de la oscuridad y ambigüedad de los oráculos que permitían la interpretacion, justificando siempre los hechos la bondad del vaticinio.

Cuando Creso proyectó atacar á Ciro, consultó al oráculo de Délfos el resultado que tendría su expedicion, y recibió esta sola respuesta que recomendamos á la meditacion del lector: «Tú arruinarás un grande imperio.» ¡Donosa manera de vaticinar! ¿Qué imperio sería el arruinado? ¿El de Creso ó el de Ciro? El amor propio interpretó favorablemente la ambigua respuesta del oráculo, pero su derrota se encargó de desengañarle. El oráculo sin embargo no se engañó.

* * *

En Grecia eran los juegos públicos una institucion política y religiosa al mismo tiempo; puesto que formaban parte del culto de los dioses á quienes estaban consagrados, y, ademas, porque en dichas reuniones periódicas se juntaban gran número de habitantes de las diferentes naciones de la Grecia, durante cuyo tiempo se suspendían las guerras. Estas fiestas nacionales inspiraban amor á la gloria y sostenían el valor. Sus violentos ejercicios daban fuerza y agilidad al cuerpo, y la juventud se fortalecía para los combates verdaderos.

No obstante, no faltaron griegos ilustrados que no consideraron los juegos públicos de su nacion abundando en estas ideas. Eurípides, segun consta por Ateneo, dijo hablando de ellos: «Y qué? El luchador feliz, el que corre velozmente, el que consigue la victoria arrojando á grande altura el disco, ó hiriendo bien á su adversario ¿en qué sirve á la patria ni á la ciudad? ¿Tendrán, acaso, que combatir con los enemigos arrojando discos? ¿Ó expulsarán al enemigo de la patria corriendo rápidamente con los escudos? No lo cree así ninguno que haya visto de cerca un ejército. Cosa justa es coronar á los hombres sabios y honrados; al que gobierna perfectamente la ciudad, con justicia y templanza; al que impide con sus discursos los delitos y pone un freno á las contiendas y sediciones; estas cosas sí que honran á la ciudad y á toda la Crecia.»

Los juegos más notables de Grecia eran los olímpicos, los nemeos, los ístmicos y los pitios.

Hércules de Asia fundó los juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años en el término de Olimpia cerca de Pisa en Elida. Varias veces fueron interrumpidos estos juegos, y viendo Ifito, rey de Elida, y contemporáneo de Licurgo, que la peste y las discusiones intestinas desolaban la Grecia, consultó al oráculo de Délfos y supo de él que los males de Grecia no tenian otro remedio que el restablecimiento de los juegos olímpicos. Resta-

bleciéronse, pues, con inaudita magnificencia. El año 776 ántes de Jesucristo, Corobeo, combatiente griego, se distinguió tanto en estos juegos, que se eligió por Era el año de su victoria, y desde entónces se contó por olimpiadas,—intervalos de cuatro años.—

Celebrábanse estos juegos en honor de Júpiter, en cuyo templo se veneraba la estátua de Fidias, la que segun se cree desapareció cuando la invasion de Grecia por los bárbaros acaudillados por Alarico. Duraban cinco días y eran de armisticio en todo el territorio griego. Antiguamente, en los primeros años de los juegos olímpicos, tomaban únicamente parte en ellos los habitantes del Peloponeso, y despues se extendió la honra á todos los griegos, con tal que fuesen de raza helénica, y no tuvieran nota.

La civilizacion griega sacaba provechosos resultados de la celebracion de los juegos olímpicos, porque aquellas circunstancias servían oportunamente para contratar negocios, entablar relaciones mercantiles, prescindiendo aún de las innumerables transacciones y movimiento pecuniario por efecto de los ricos donativos que enviaban las ciudades á Olimpia, rivalizando todas á porfía en magnificencia. Tambien con motivo de los expresados juegos tenía lugar lo que llamaríamos ahora una exposicion artística y literaria, porque presentaban allí sus obras los artistas y poetas.

Hablando de actos públicos griegos no es posible relatarlos íntegros sin ceder su parte á la religion. En los juegos olímpicos había tambien sacrificios de todas las ciudades, siendo siempre los de Etea los más suntuosos.

No podemos entrar en pormenores circunstanciados de los juegos olímpicos, ni áun escudándonos en lo que se refiere á la manifestacion de la civilizacion de aquellas épocas, fijándonos en los expresados juegos, pero no estará de más decir que se daba el nombre de atletas á los que se dedicaban á disputar el premio en los combates; su vida era en extremo austera, y su alimento consistía en higos secos, nueces, queso tierno, pan basto y carnes asadas: ademas les estaba prohibido beber vino.

Ya hemos dicho que sólamente los griegos de nacimiento, libres y de buenas costumbres, eran admitidos en los juegos públicos. Los vencedores no recibían más premio que una corona de laurel, de olivo ó de apio silves-

tre; pero ademas eran vueltos á su patria en un carro triunfal, y entraban en ella por una brecha que al efecto se abría en la muralla, y desde entónces gozaban el derecho de ocupar los puestos preferentes, estaban exentos de impuestos, y entre los atenienses eran alimentados á expensas del público. Los poetas cantaban su victoria, inscribíase su nombre en los fastos nacionales, se les erigían estátuas, y aún algunos alcanzaron los honores divinos.

Los juegos olímpicos duraron hasta el año 394 de Jesucristo, pues fueron abolidos el año décimosexto del reinado de Teodosio.

Los juegos nemeos fueron instituídos por Hércules, hijo de Alcmena, ó por Adrasto, aliado de Polinice en la guerra de los Siete Gefes contra Tébas. No se diferenciaban mucho de los olímpicos. Se repetían cada tres ó cinco años.

Los ístmicos establecidos por Sísifo ó por Teseo en honor de Neptuno, se celebraban en el istmo de Corinto. Al principio se verificaban de noche y participaban más de misterios que de grandes reuniones de recreo. Tenían lugar el primer año de cada olimpiada, bajo la direccion de los corintios, si bien se reservaban muchas atenciones á los atenienses que iban á ellos en un buque sagrado, reservándoseles ademas un puesto honorífico. Si acertaban las dos ciudades á estar en guerra, se daba lugar entónces á una tregua de carácter sagrado. Vemos, pues, que, en todos conceptos, la religion informaba hasta las diversiones griegas. Es un dato este que merece mucho fijarse en él si se quiere tener una idea exacta y fiel del grado y carácter de la civilizacion griega en aquellas épocas. No sabemos á punto fijo cuándo terminaron estos juegos; pero en tiempo de Juliano, *el Apóstata*, que vivía en pleno siglo IV de la era cristiana se celebraban aún, pero muy distintamente ya de su primitivo tiempo.

Eran innumerables los juegos ó fiestas que se celebraban cada año en Grecia; pero aunque algunos de ellos repugnen á la moral y hasta á las costumbres dominantes entre personas decentes y bien nacidas, como las fiestas Afrodisias consagradas á Vénus, en Corinto, por las mujeres públicas, y por más que hicieran procesiones tan escandalosas como aquellas en que las

mujeres disfrazadas de bacantes asistían con el tirso en la mano unas y con el Falo otras, debe reconocerse no obstante que en todos aquellos actos dominaba completamente la idea religiosa. En muchas de estas fiestas, ó si eran meramente juegos tambien, tomaban parte coros que cantaban himnos y ditirambos con diversidad de metros y alusiones trasparentes á lo que se celebraba.

Entre los poetas más antiguos y que ademas eran tambien músicos que cantaron los primeros himnos dedicados á los dioses para enseñanza de los hombres, merecen citarse Orfeo, Lino, Museo y Eumolpo. En aquellas épocas la poesía estaba exclusivamente consagrada á la alabanza de los dioses y de los héroes, y á predecir la suerte de la humanidad: por esto se les daban los nombres de *cantor*, *pontífice* y *profeta*. Esta época se comprende entre los siglos XVI al XIV ántes de la era cristiana. Despues cantaron los objetos de la tierra con los del cielo, las pasiones de los dioses y las de los hombres, siendo estos cantos el orígen de la epopeya. Debe recordarse como un dato interesante para el estudio de aquellas civilizaciones, que en tiempo de la guerra de Troya (año 1280 ántes de Jesucristo) todos los príncipes griegos tenían en su corte algun poeta épico. Los trovadores de la edad media ó los bardos de los antiguos galos y bretones ¿no serían acaso una continuacion tradicional de aquellas remotísimas pero poéticas y embelesadoras costumbres griegas?

El genio griego supo plegarse á todos los géneros y nos dió excelentes creaciones poéticas que los romanos luégo y todos los demas pueblos despues aplicaron á sus usos y costumbres, propagándose de este modo, con el buen gusto, la civilizacion peculiar de los griegos. La diversidad de aplicaciones á los distintos asuntos nos dió el poema épico, la oda, la tragedia, la comedia, la sátira, la elegía, la égloga y otras composiciones ménos importantes.

Cuanto pudiéramos decir ahora del poema épico, lo tenemos sobradamente dicho en lo que de Homero dejamos consignado poco há.

Contemporáneo de Homero fué Hesiodo, cuyo carácter nos pinta Quintiliano en estos términos: «Rara vez le sucede á Hesiodo el elevarse. Una

gran parte de sus obras no contiene casi más que nombres propios; sin embargo, se encuentran en ellas sentencias útiles para la conducta de la vida. Tiene en la expresion y estilo bastante dulzura. Se le da la palma en el género de escribir mediano.»

Oportunamente dijimos algo de Tirteo, el poeta que parecía arrebatado del ardor con que quería inflamar, é inflamaba, en efecto, el ánimo de sus oyentes, y por esto no podemos extendernos más ahora.

Tespis pasa por inventor de la tragedia. Para que se comprenda lo imperfecta que sería, basta saber que embadurnaba la cara de sus actores, paseándolos por todas partes en un carro que les servía de escenario. Presenciando un día Solon una de esas representaciones, exclamó: «Mucho me temo que esas ficciones poéticas y esas mentiras, pasen muy pronto á nuestros contratos.»

La tragedia encontró su perfeccion en Esquiles que supo hacerla apreciar. En lugar de embadurnar la cara de sus actores, dióles una máscara, vistióles más decentemente, púsoles un calzado más alto llamado coturno, y les montó un teatro de pequeñas dimensiones. El estilo de Esquiles tiene sublimidad y nobleza, es grandemente elocuente, aunque á veces afectado.

Sófocles fué el rival de Esquiles. El teatro de Atenas le debió sus mejores progresos. Su estilo era grande, elevado, sublime. Contemporáneo suyo fué Eurípides que compartió con él los honores y distinciones de los atenienses. El estilo de sus composiciones era compasivo, tierno, lleno de excelentes máximas para las costumbres. Los pareceres andaban divididos en Grecia respecto del mérito de estos dos poetas.

La comedia que primitivamente sirvió de sátira entre los griegos adquirió mucha celebridad desde Eupolis, Crotino y Aristófanes; pero Menandro fué el creador de la buena comedia. Segun Plutarco, debe ser preferido de mucho á Aristófanes. Quintiliano dice que Menandro borró á todos los que escribieron con anterioridad á él en el mismo género, y que con el brillo de su reputacion oscureció completamente sus nombres.

La poesía lírica, la que se acompañaba con la lira ú otros instrumentos semejantes, tuvo su cuna en Grecia, y con ella se inmortalizaron Píndaro,



ESTÁTUA DE MENANDRO

Escultura existente en el Museo del Vaticano.

gran parte de sus obras no contiene casi más que nombres propios; sin embargo, se encuentran en ellas sentencias útiles para la conducta de la vida. Tiene en la expresion y estilo bastante dulzura. Se le da la palma en el género de escena mediano.»

Oportunamente dijimos algo de Tirteo, el poeta que parecía arrebatado del ardor con que quería inflamar, é inflamaba, en efecto, el ánimo de sus oyentes, y por esto no podemos extendernos más ahora.

Tespis pasa por inventor de la tragedia. Para que se comprenda lo imperfecta que sería, basta saber que embadurnaba la cara de sus actores, paseándolos por todas partes en un carro que les servía de escenario. Presenciando un día Solon una de esas representaciones, exclamó: «Mucho me temo que esas ficciones poéticas y esas mentiras, pasen muy pronto á nuestros contratos.»

La tragedia encontró su perfeccion en Esquiles que supo hacerla apreciar. En lugar de embadurnar la cara de sus actores, dióles una máscara, vistióles más decentemente, púsoles un calzado más alto llamado coturno, y les montó un teatro de pequeñas dimensiones. El estilo de Esquiles tiene sublimidad y nobleza, es grandemente elocuente, aunque á veces afectado.

Sófocles fué el rival de Esquiles. El teatro de Atenas le debió sus mejores progresos. Su estilo era grande, elevado, sublime. Contemporáneo suyo fué Eurípides que compartió con él los honores y distinciones de los atenienses. El estilo de sus composiciones era compasivo, tierno, lleno de excelentes máximas para las costumbres. Los pareceres andaban divididos en Grecia respecto del mérito de estos dos poetas.

La comedia que primitivamente sirvió de sátira entre los griegos adquirió mucha celebridad desde Eupolis, Crotino y Aristófanes; pero Menandro fué el creador de la buena comedia. Segun Plutarco, debe ser preferido de mucho á Aristófanes. Quintiliano dice que Menandro borró á todos los que escribieron con anterioridad á él en el mismo género, y que con el brillo de su reputacion oscureció completamente sus nombres.

La poesía lírica, la que se acompañaba con la lira ú otros instrumentos semejantes, tuvo su cuna en Grecia, y con ella se inmortalizaron Píndaro,



Mir. Tarradas, Gomas y Cª - Editores.

ESTÁTUA DE MENANDRO.

(Escultura existente en el Museo del Vaticano.)

Safo, Corina y algunos otros que nos legaron sus admirables odas. La poesía lírica es el último grado á que puede llegar la inspiracion humana, pero el entusiasmo que produce se conoce mejor que no se define. Los pensamientos brotan en la mente del poeta como un manantial fecundo, abundante, cuyas aguas bullen ruidosas por el estrecho canal que les da salida; los pensamientos nobles se presentan atropellados, la imaginacion se fatiga ante las ideas ya tiernas, ya sublimes, ya graciosas, y es evidente que estas distintas impresiones producen efectos diferentes.

Tales fué el primer poeta lírico de Grecia, el que por medio de los atractivos y embelesos de una poesía melodiosa, preparó el camino á Licurgo para emprender la reforma de costumbres de sus conciudadanos.

De Estesícores nos dice Quintiliano que cantó las guerras importantes y los héroes ilustres, sosteniendo con la lira la grandiosidad y nobleza de la epopeya. Horacio habla asimismo de él con grande elogio. Por la palabra en uso aún actualmente, merece conocerse un rasgo de la vida de este poeta. Cuenta Pausanias que habiendo Estesícores perdido la vista en castigo de los versos mordaces compuestos por él contra Elena, no la recobró hasta despues de haber retractado sus calumnias con una nueva pieza opuesta á la primera, lo que despues se llamó *palinodia*. ¡Cuántas se cantan todos los días en nuestra época de caracteres dados á la mordacidad, incapaces de sostener lo que aventuraron impelidos por una mala pasion!

Alceo fué muy semejante á Homero, segun lo dice Quintiliano, que califica su estilo de magnífico y castigado. Dió nombre al verso alcaico. Fué acérrimo enemigo de los tiranos de Lesbos.

Safo es digna de elogio aparte, y mereció el nombre con que se la honró de *décima musa*, cuyo juicio ha confirmado plenamente la posteridad. Poetisa desde su niñez, se dedicó exclusivamente á la poesía luégo despues de la muerte de su esposo ocurrida á poco de su casamiento, y abrió una escuela pública, donde acudían á oir sus lecciones y sus inspirados versos todas las personas más distinguidas de la antigua Grecia y muchos extranjeros. Pero como la envidia ignorante persigue siempre al verdadero talento, se supuso que no tan sólo no se contentaba Safo con la pasion que

inspiraba á sus discípulos, sino tambien que llegaba hasta apetecer el amor de las mujeres. Varios anticuarios han desmentido tan grosera calumnia, distinguiendo á la *décima musa* de la mujer galante que llevaba el mismo nombre, y que fué la verdadera amante de Faon. Nada tuvo que ver el amor con las desgracias de Safo, la poetisa. Hablando del poeta Alceo, compatriota de la célebre poetisa, hemos dicho que fué decidido enemigo de los tiranos de Lésbos. Fuélo muy especialmente de Pitaco, y la comprometió en una conspiracion contra este tirano, que le valió ser desterrada de Mitilene con los demas conjurados; pero Sicilia le ofreció un asilo y despues de muerta le erigió una estátua. Compuso varias poesías que fueron la admiracion de la antigüedad, pero se han perdido la mayor parte y sólo se han conservado algunos fragmentos poéticos, un himno á Venus, y la famosa oda traducida por los poetas modernos de más nombradía, en donde se revela el armonioso y fecundo númen de aquella célebre griega. Así el himno como la oda están escritos en versos *sáficos*, por ser ella quien dotó á la poesía griega, tan rica ya, con este metro lírico tan armonioso y delicado que Horacio trasladó despues tan felizmente á la poesía latina.

Las composiciones que sólo pintan la alegría y el placer recibieron su nombre de Anacreon, poeta jonio que escribe lo que siente su corazon y cuya delicadeza se comprende mejor que no se explica. ¡Lástima que sus poesías no tengan mejor objeto, y serían la lectura más digna que pudiera ocupar la atencion de los hombres!

Píndaro es, segun Quintiliano, el primero de los nueve poetas líricos de Grecia. Su estilo es proporcionado siempre á su modo de pensar, conciso, ajustado, y sin mucho enlace en las palabras, pero descubre el sentido suficientemente en lo que trata y de esta manera son más enérgicos los versos, porque el estro poético no permite transiciones que entibiarían el entusiasmo del poeta. Píndaro no conoció límites en los vuelos que emprendía su fogosa fantasía: su libertad fué tan extensa como vivo el fuego que la abrasaba, pero en cambio sus pensamientos eran bellísimos.

Corina, la *musa lírica*, fué la rival de Píndaro en la poesía lírica, consiguiendo arrebatarle cinco veces el premio en los juegos olímpicos. Á pesar

de esto, nos dice Horacio, autoridad competente en la materia, que no es posible aspirar á igualarle, sin incurrir en la nota de temeridad.

* * *

Por el interés que ofrece el estudio de la filosofía, debiéramos emprender el exámen de los sabios que en Grecia llevaron la ciencia al más alto grado de esplendor; pero se nos ocurren algunas reflexiones que no podemos omitir.

En las evoluciones y en los progresos sucesivos de la civilizacion se nos ofrece un fenómeno constante, fijo, que no debemos dejar pasar desapercibido, y es que la imaginacion precede al juicio. En todos los pueblos la poesía y las artes han precedido á la filosofía y á las ciencias.

Prescindiendo de los pueblos cuya civilizacion conocemos ya, y en los cuales no hemos visto más que chispazos intelectuales grabados en leyendas muy interesantes, vemos que en Grecia Homero y Hesiodo preceden—dejando aparte los primeros cantores—á todos los filósofos, como veremos en los siglos venideros y en otros países que los poetas y artistas abren el camino á los llamados sabios: Galileo no aparece en Italia sino despues que se inmortalizaron el Dante y el Petrarca, Miguel Angel y Rafael, pudiendo decir lo mismo de las demas naciones que se consulten.

La poesía, como hija de la imaginacion, prescinde de lo concreto á que debe sujetarse la ciencia, y, desplegando sus alas en el inmenso espacio de los ideales, salta, corre, vuela, libre como el pensamiento, sin trabas, sin reglas, cuidando sólo de la belleza del estilo y de la forma literaria, segura así de captarse la atencion y benevolencia de los que acabarán luégo por admirarla.

La ciencia, al contrario, reducida á la esfera del árido tecnicismo, no puede fiar sino como un recurso muy secundario á la belleza literaria, el éxito de sus investigaciones pacientes y nada atractivas. Las ciencias, espe-

cialmente las llamadas exactas, poca ó ninguna fama darán á los que las profundicen, si no consiguen presentar algo nuevo que dé precio á sus escritos ó publicaciones.

Por la relacion que tiene lo que dejamos insinuado con el desarrollo de la civilizacion, debiéramos entrar aquí en consideraciones, que no son del caso, acerca de la diferencia que existe entre unas y otras de las ramas en que se dividen las ciencias; porque, miéntras unas se prestan admirablemente al progreso de los descubrimientos é investigaciones, y, por consiguiente, al ejercicio intelectual, otras no presentan este aliciente, siendo, por lo mismo, más difícil, por no decir imposible, la adquisicion de ilustre renombre de quien las cultive, como no sea por accidentes de estilo, ó circunstancias especialísimas, pero personales del sabio ó escritor que á ellas se dedica.

Fácilmente se comprende que la nombradía es tambien accidental y que depende ya del gusto que prive en la época y sociedad, ya de influencias pasajeras que nada tienen que ver con la esencia propiamente dicha de la civilizacion. En Grecia, por ejemplo y entre los poetas, Filemon fué siempre preferido á Menandro, ya fuese por parcialidad, ya por mal gusto.

En nuestra época un autor que pretenda ser leído tiene que afiliarse á uno ú otro de los innumerables partidos políticos que alternan en el inmoral juego de la llamada política, y ¡ay del que intenta mostrarse independiente de ella! ¿Qué son ya nuestras Academias? Prescíndase de la política: ¡cuántas nulidades! y en cambio ¡cuántos sabios para quienes no ha quedado ni quedará jamas vacío un sillon! Diríase que en nuestra época son dos ideas relativas, política y ciencia: aquella es el complemento de esta: mejor dicho, lo es todo: se basta para todo. La verdadera ciencia—á lo ménos la verdaderamente positiva de nuestro siglo—es la política. Un político tiene asegurada no sólamente su fortuna, sino tambien asegurado un buen número de lectores si es escritor, al paso que un sabio pierde lastimosamente su tiempo y su dinero, si publica sus meditaciones sin el amparo de la política que se las patrocine.

Conocemos á no pocos que dejaron los estudios y se metieron con buena fortuna á periodistas, á diputados y á ministros, hablando de lo que nunca

entendieron, enseñando lo que jamas aprendieron y dogmatizando con tanto más aplomo cuanto mayor es su ignorancia, que es crasísima. ¡Buena prueba de la influencia inmensa de los partidos políticos en cuanto tiene relacion con la ciencia, y con la fama y fortuna de los hombres científicos!

Demuéstranos tambien esto que la autoridad y mérito, en concepto del vulgo, de toda publicacion, científicamente hablando, depende de la posicion personal y social del escritor: entre un obispo y un lego; entre un ministro del Tribunal Supremo y un simple abogado; entre un Presidente de ministros y un oscuro periodista, decidirá siempre el público á favor de los primeros de cada clase que acabamos de nombrar, aunque sean inmensamente inferiores en talento, erudicion y demas cualidades literarias.

De todos modos es un hecho cierto, que no exige mucha meditacion para imponerse, que la aficion á la política es una rémora en España especialmente para los adelantos científicos de todo género, ya que, facilitando aquella el bienestar con poco trabajo y ningun coste, desplegando sólamente una buena dósis de audacia, es causa de que se pierda—si existe—la aficion al estudio, y, de consiguiente, á todo trabajo intelectual, para buscar el medro en ocupaciones que se prestan al ocio, á la holganza y demas vicios parecidos.

Segun la estadística de una obra que tenemos á la vista, y que prueba la verdad de lo que decimos, en el órden del valor científico de cada millon de europeos, ocupaban los españoles el octavo lugar el año 1750; el quinto lugar el año 1789 y el décimo el año 1829, sin que despues se vean figurar entre las naciones que cultivan los estudios científicos.

Ateniéndonos á la importancia científica de cada nacion europea, juzgada en París y España, ocupaban los españoles el sexto lugar el año 1750, el cuarto en 1787, y despues ya no aparecen en la estadística.

Si hemos de dar crédito á una obra publicada por un sabio extranjero, Alemania lleva la delantera respecto á ciencias, Inglaterra permanece estacionaria y Francia retrocede. Compárese lo que cada una de estas tres naciones figura en política, y véase la certeza de nuestro aserto.

Podrán estas consideraciones parecer inoportunas, pero las hemos apre-

ciado necesarias ántes de emprender la revista que debemos pasar á los sistemas filosóficos y escuelas que representaron en Grecia las ciencias y que nos darán el nivel de la civilizacion de aquel gran pueblo.

* * *

No vayan á creer nuestros lectores que inauguramos aquí un curso de filosofía, ni mucho ménos; ni teman tampoco que engolfándonos en abstracciones les presentemos una tras otra páginas enteras de arideces y nebulosidades, como acostumbran serlo las materias del dominio de la filosofía, para darnos aires de entendidos: sabemos cuál es el objeto de nuestra obra, y, diciendo lo necesario para seguir los progresos ó el camino andado por la civilizacion en sus relaciones con la filosofía griega, procuraremos no olvidar el precepto de Horacio mezclando lo útil con lo agradable, para que no se fastidie el lector miéntras le ofrecemos las páginas insípidas, las más de las veces, de los estudios filosóficos que nos veremos obligados á no pasar por alto.

Tampoco es nuestro ánimo abarcar minuciosamente todas las materias relacionadas con la filosofía y mucho ménos todas las ciencias comprendidas dentro de este nombre, porque esto requiere facultades intelectuales no comunes, y cualidades naturales que no pueden exigirse sino á muy pocos. Ademas, los estudios filosóficos se diferencian en Grecia de los poéticos ó de los literarios, en que los siglos posteriores los han igualado sino mejorado, circunstancia que en manera alguna no es aplicable á las producciones meramente literarias no superadas aún en ningun siglo, ni por pueblo alguno, sin exceptuar la misma Roma.

Y aquí conviene recordar lo que apuntamos en la introduccion de este tomo acerca del destino providencial del pueblo griego en el desarrollo de la civilizacion humana. ¿Puede un hombre medianamente reflexivo y libre de las preocupaciones de secta, dotado de buena fe y sano criterio, creer

que aquellas generaciones sucesivas de sabios—porque llegaron á ser generaciones—cuyos talentos nos asombran aún, y cuyos iguales no ha visto el mundo ni ántes ni despues de ellos; que aquellas disputas científicas entre las distintas escuelas, que tantas verdades aclararon y que tan provechosas fueron para la ilustracion de todos; que la conservacion de la mayor parte de sus escritos consultados aún por nosotros despues de tantos siglos de su aparicion en el mundo, en medio de una sociedad tan distinta de las nuestras y de una religion tan contraria á las dominantes ahora, puede creer, repetimos, que fué todo esto casual, que fué un producto de la naturaleza especial de aquel suelo, producto jamas repetido en ningun otro, ni en la misma Grecia, sin haber cambiado sus condiciones climatológicas ni naturales? Si el fenómeno duró el largo período de cuatro siglos ¿por qué no hemos visto repetirlo? ¿por qué no tiene aquí lugar la célebre ley de Vico de la reproduccion periódica de los mismos fenómenos históricos?

«Es verdad—leemos en una obra moderna—que entre aquellos filósofos muchos dijeron extraños desatinos. Todos tambien, segun San Pablo, «retuvieron la verdad de Dios en la injusticia.... No habiéndole glorificado »como Dios, y no habiéndole dado gracias.» Ninguna escuela se atrevió jamas á defender ni aprobar la unidad de un Dios, aunque los más hábiles filósofos estuviesen todos plenamente convencidos de esta verdad. Quiso Dios enseñarnos, con su ejemplo, lo que es y lo que puede el hombre abandonado á sí solo. Por espacio de cuatrocientos años, y más, todos aquellos excelentes ingenios tan sutiles, tan penetrantes, tan profundos, no cesaron de disputar, de examinar, de dogmatizar sin que pudiesen convenir en nada entre sí, y sin concluir nada. No eran ellos los que había destinado Dios para que fuesen la luz del mundo.»

Luégo de su aparicion dividióse la filosofía griega en escuelas, siendo las primeras en órden de tiempo la *jónica* fundada por Tales de Mileto, y la *Itálica* fundada por Pitágoras en la parte de la Itálica, llamada la gran Grecia. Estas dos escuelas se subdividieron en otras, segun veremos.

La escuela jónica duró más de quinientos años á contar desde Tales, su fundador, hasta Filon yAntíoco, que vivieron en la época de Ciceron.

Tales comenzó por hacer lo que despues de él han debido practicar todos los hombres que han ido en pos del saber. Viajó mucho, segun la costumbre de los antiguos, comenzando por la isla de Creta, pasando despues á Fenicia, y finalmente á Egipto, centro entónces de las luces, donde consultó á los sacerdotes de Ménfis, quienes, segun vimos oportunamente, se dedicaban con mucho celo al estudio de las ciencias más adelantadas, aprendiendo de ellos geometría, astronomía y filosofía.

Por su mucho saber le incluyeron los griegos en el número de sus siete sabios, bien que Tales fué el único de los siete que fundó escuela, formando un cuerpo de doctrina, abriendo cursos para los discípulos que se le presentaban.

Cuando dediquemos algunos párrafos á la historia de la filosofía, diremos algo del carácter de la religion y de la ciencia en Grecia; insinuaremos lo necesario acerca de sus mitos é interpretaciones de los mismos, y apuntaremos lo que sea digno de saberse tocante á las creencias griegas acerca de la Divinidad.

Preguntándole un día á Tales lo que era Dios, contestó, segun refiere Diógenes Laercio: «lo que no tiene principio ni fin.» Otra vez le preguntaron si podía el hombre ocultar á Dios el conocimiento de sus acciones, y contestó resuelto: ¿cómo conseguir hacerlo, si no está en su poder ocultarle tampoco sus pensamientos?

Otra vez nos han de dispensar nuestros amables lectores que, hablando de Tales, insistamos en comparaciones que no podemos rehuir. Tales fué un hombre de talento, un genio, un fundador de escuela, el primero de los siete sabios de Grecia: nació el primer año de la olimpiada 35.ª segun unos, ó en la 38.ª segun otros, pero de todos modos el año 630 próximamente ántes de Jesucristo. Fué un hombre *despreocupado* en todo el rigor de la palabra, porque hizo salir de los templos la filosofía y la ciencia, para extenderlas en el mundo, derramando sus beneficios á manos llenas.

Ademas, áun restringiendo mucho el sentido de la palabra *sabio*, y no aplicándola más que á un número escasísimo, no incluídos en los que los antiguos llamaban prudentes, sino que eran algo más que esto, no puede

negarse á Tales el don de la sabiduría que no le negó el mismo Aristóteles. «La sabiduría, dice este filósofo, es la ciencia é inteligencia de lo que es más honroso por su naturaleza. Por esto se dice que Tales y Anaxágoras y otros son *sabios*, pero no prudentes porque se les ve descuidar su propio beneficio, miéntras que saben las cosas supérfluas, admirables, difíciles de conocer y divinas, pero, dicen inútiles, porque no buscan las cosas humanas, aquellas sobre todo que considera la prudencia.»

Ahora bien, Aristóteles, á quien nadie tachará de necio ó ignorante, da el título de sabio á Tales, y este filósofo á quien veinte y seis siglos han dado sucesivamente este honroso título, confirmando el calificativo del filósofo estagirita, no sólamente creyó en Dios, sin principio ni fin, esto es, eterno, sino en Dios que ve los pensamientos más ocultos del hombre, como lo creen el cristiano más rancio y la más escrupulosa beata: ¿Estaría Tales ganado por el clericalismo? ¿Sería un fanático oscurantista?

Tales no fué ateo, no declaró la guerra á Dios; al contrario, entre sus muchas máximas que nos legó como un resúmen de su metafísica, encontramos las siguientes: «Dios es el más antiguo de los seres: jamas fué engendrado.—El mundo es la más magnífica de todas las cosas, porque es la obra de Dios.»

Los primeros destellos de la filosofía jónica salidos de la vasta inteligencia del hijo de Mileto, son un tributo de respeto pagado al sér necesario, eterno, á la obra de este sér, el mundo, y al rey de este, el hombre. Tales fué la personificacion de los distintos conocimientos esparcidos de la filosofía griega; él les da forma, les reduce á cuerpo, pero imprimiéndoles un carácter de claridad de que carecían, despojándolos de mitos, y corriendo resueltamente el velo que les cubría. ¿Habría adquirido Tales las ideas de Dios uno, eterno, criador, omnipotente, entre los sacerdotes egipcios, ó entre los caldeos que quizas visitara? No debemos apurarnos por investigar estas metafísicas: baste constarnos sus principios filosóficos, su enseñanza, sus ideas fijas ó convicciones, sin que debamos molestarnos investigando si llegó á su sistema por medio de sus propias meditaciones ó por ideas adquiridas á consecuencia de las observaciones á que se dedicara.

Antes de dar á conocer algunas de las fórmulas de la filosofía de Tales que nos pondrán al corriente del grado de desarrollo á que llegó la ciencia en sus manos, oigamos el juicio formado por distintos sábios, que bien pueden dispensarnos nuestros lectores la detencion que nos merece el fundador de la primera escuela científica de Grecia.

« Á Tales le debemos la division del cielo en cinco zonas, haber medido con aproximada exactitud el diámetro aparente del sol, haber escrito acerca de los equinoccios de un modo luminoso. Demostró que puede servirse ventajosamente de la Osa menor en la navegacion, aclaró la verdadera causa de las fases de la luna; fué el primero de los griegos que supo predecir los eclipses del sol y apreciar con más exactitud de lo que hasta él se había hecho la forma, los movimientos y la magnitud de los astros. Estos conocimientos realmente útiles, unidos á los que tenía de los egipcios y que comunicaba con igual celo á cuantos querían oirle, le hicieron mirar como el primero de los siete sabios de Grecia. No fué siempre Tales tan afortunado en el curso de sus investigaciones, porque su imaginacion le suscitó escollos que no siempre consiguió evitar. En sus lecciones decía públicamente: los planetas, el sol, las estrellas, todo se alimenta de vapores. El mismo principio alimenta todos los cuerpos de la naturaleza y este principio es el agua. La virtud atractiva del iman y la propiedad eléctrica del ámbar, le parecen cualidades suficientes para hacer participar á estas sustancias de todas las prerogativas de los seres animados. No reconoce más que un solo mundo: todos los astros circulan al rededor de su centro ocupado por la tierra, cuya redondez no le parece equívoca, y la tierra descansa sobre la superficie de un líquido tal como el agua (1). »

Otra autoridad muy competente nos dice, hablando de Tales, lo que sigue: « Tales es considerado como el fundador de la astronomía griega. Dice que las estrellas son de fuego, que la luna recibe su luz del sol, que en sus conjunciones es invisible, porque está absorbida por los rayos solares. Hubiera podido añadir que entónces vuelve hacia nosotros aquel de sus

(1) LIBES.—*Historia filosófica de los progresos de la física*. Tom. I.

dos hemisferios que no puede recibir ninguna luz del sol. Segun él, la tierra es esférica y se halla colocada en el centro del mundo. El cielo está dividido por cinco círculos, el ecuador y los dos trópicos, el ártico y el antártico. Estos dos círculos, segun los antiguos, encerraban, el uno las estrellas que no se ponen nunca, el otro todas aquellas que están siempre debajo del horizonte. La eclíptica corta al ecuador oblícuamente, el meridiano corta todos los círculos perpendicularmente. Hubiera podido exceptuar de ellos la eclíptica, que casi siempre está cortada bajo un ángulo que cambia de valor á cada instante. Dividía el año en trescientos sesenta y cinco días. Halló el movimiento del sol en declinacion, expresion equívoca que no es verdadera, si se entiende que Tales descubrió ese movimiento probado en todo tiempo por las sombras del gnomon. La expresion no está bastante desarrollada, si se quiere decir que Tales dió reglas para calcular este movimiento, y, hasta en este sentido, la afirmacion sería tan falsa como en el primero; porque no se conocía aún en Grecia la trigonometría esférica, ya que Hiparco fué quien la descubrió. Calímaco dice que él determinó la posicion de las estrellas que componen la Osa menor, la que servía de direccion á los fenicios en su navegacion. No se comprende cómo pudo, sin instrumentos, dar más que la configuracion y número de las estrellas, entre las cuales habrá designado quizas la que se encontraba ménos distante del polo. Segun Diógenes Laercio, se le atribuía una astronomía náutica, y un libro del solsticio y del equinoccio (1).

Podemos condensar despues de las citas que anteceden el espíritu de los conocimientos y opiniones de Tales en las siguientes proposiciones que le pertenecen, correspondientes á la física y metafísica.

El agua es el principio de todo; de ella procede todo, y en ella se resuelve todo.—No hay más que un mundo; es la obra de un Dios; luégo es perfecto.—Dios es el alma del mundo.—El mundo es en el espacio la cosa más vasta que hay.—No hay vacío.—La materia se divide contínuamente, pero esta division tiene su límite.—La mezcla nace de la composi-

(1) DELAMBRE.—*Historia de la astronomía antigua*. Tomo I.

cion de los elementos.—Las estrellas son de naturaleza terrestre, pero inflamada.—Todo está en vicisitud, y el estado de las cosas no es sino momentáneo.—La noche fué lo primero que existió.—La luna está iluminada por el sol.—No hay más que una tierra y está en el centro del mundo. —Los vientos etésios son los que, soplando contra la coriente del Nilo, lo detienen y causan sus desbordamientos.—Hay un primer Dios, el más antiguo no tuvo principio ni tendrá fin.—Este Dios es incomprensible; nada le está oculto; ve en el fondo de nuestros corazones.—Hay demonios ó genios y héroes.—Los demonios son las almas separadas de nuestros cuerpos; son buenos, si las almas fueron buenas; malos, si fueron malas.—El alma es inmortal.—El alma humana se mueve siempre por sí misma. Las cosas inanimadas no carecen de sentimiento ni de alma.—La necesidad lo gobierna todo.—La necesidad es el poder inmutable y la voluntad constante de la Providencia.»

Las noticias relativas á Tales deben tener para nosotros mayor interés, como fundador que fué de la escuela jónica, recordando que los jonios fueron de entre los diversos pueblos que formaban la nacion griega, los más dados á la versatilidad é inconstancia, cualidades tan propicias para el politeismo por la diversidad de creencias y cultos á que se prestaba, acomodándose á todas las extravagancias, y, sin embargo, vemos en Tales aparecer luminosa y fija la idea monoteista, con todos los atributos propios de la divinidad increada, eterna, omnipotente, omnisciente, creadora, infinita, etcétera, etc. Y sube de punto la importancia científico-teológica de Tales, recordando que hasta su aparicion en Grecia, no tuvieron allí consistencia, ni llegaron á formar un cuerpo de doctrina, qne digamos, los conocimientos confusos, dispersos, caóticos, mezcla informe de ciencia y fábula, orígen de la rara mitología que hacía imposible la formacion regular, metódica y segura de toda doctrina racional é independiente.

Á Tales le fué mucho más costoso constituir un método porque Grecia, entregada á la inventiva de su imaginacion, y más enamorada de las flores de la poesía que de los abrojos de los estudios serios y reflexivos, tenía las ideas más extravagantes acerca de la astronomía, ciencia tan adelantada en Oriente.

Para Homero era el mundo un gran disco cercado enteramente por el rio Océano; la bóveda de los cielos se apoyaba en este disco y el sol corría por esta superficie dura arrastrado durante la noche en un barco de oro que lo llevaba desde el poniente al oriente. Si Homero pensaba esto, es evidente que no estaban más adelantados que él sus contemporáneos, cuyas ideas estarían aún relativamente más atrasadas en geografía y astronomía, y así no debe extrañarnos que apénas conocieran los planetas y que distinguieran pocas, poquísimas estrellas, y que ademas creyeran que el Tártaro estuviera situado á una distancia calculada, segun el testimonio de Hesiodo, por el tiempo empleado por un yunque cayendo contínuamente durante nueve días seguidos.

El error principal de Tales, incomprensible en una inteligencia tan clara como la suya, consistía en separar la accion de Dios de la naturaleza, sujetando el principio de todas las cosas al agua, razon, alma, principio, ó razon de ser del mundo y de todo lo criado. Y es quizas que el agua se presentaría á la consideracion del sabio de un modo natural, lógico, por efecto de su misma abundancia y por el gran papel, tan variado como grande, que desempeña en la creacion. No se crea, empero, que Tales atribuyera al agua principio activo, pues si bien creía que dicho elemento podía pasar á otras sustancias trocándose en tierra, aire, fuego y otras diversas, admitía, no obstante, estas transformaciones, partiendo del auxilio del principio activo que, en el lenguaje del filósofo, era sinónimo de Dios.

Si fuera de nuestra incumbencia, que no lo es, porque no debemos tratar de las ciencias, y sí sólo de las manifestaciones de la civilizacion relacionadas con ellas, haríamos observar á nuestros lectores que no estuvo tan descaminado Tales en su opinion de la materia única—que para él era el agua—puesto que los adelantos actuales de la ciencia conspiran á consolidar lo dicho por Tales, aunque no haya fijado el cuerpo que deba considerarse como primera materia.

¿Fué idea propia y personal de Tales, ó adquirida de los egipcios, fijar el agua por elemento constitutivo de los cuerpos? En una obra reciente, muy leída en Francia y muy propagada en España, leemos acerca de esto

lo que sigue: «Pero si Tales no había recibido esta opinion de los egipcios, ¿cómo se explica la relacion que en ella se observa con la idea evidentemente egipcia, tomada de Moisés donde dice: «En el principio el espíritu de Dios se movía sobre las aguas?» Si Tales no había viajado aún por Egipto en el momento en que hacía crear el mundo por Dios, con el elemento húmedo por materia, ¿no pudo recibir indirectamente este dato de los hebreos, que se hallaban entónces cautivos en Babilonia? Porque hay que tener presente aquí que el sitio, toma y destruccion de Jerusalen por Nabucodonosor, y la traslacion de los judíos á las orillas del Éufrates, son acontecimientos que sucedían en la misma época en que los sabios florecían en el Asia Menor. En realidad de verdad, todos los escritores griegos callan acerca de estos acontecimientos, pero es imposible inferir de su silencio que se ignoraran absolutamente en Grecia, y sobre todo en la Jonia, tan á menudo ocupada por los persas, y donde Ciro acababa tambien de alcanzar una victoria contra los lidios. Los griegos habían necesariamente sabido algo de lo que sucedía en Babilonia por los persas con quienes estaban á menudo mezclados en las ciudades del litoral del Asia Menor. Por otra parte, agradábales visitar la Caldea, no ménos que el Egipto, con el objeto de instruirse. ¿Cómo admitiremos, pues, que no hayan podido tener ninguna relacion con los israelitas á quienes Nabucodonosor y sus sucesores retenían cautivos en la capital de su imperio? (1).»

Ofenderíamos la ilustracion de nuestros lectores, si nos detuviéramos á recordarles aquí lo que tenemos dicho del desprecio con que los escritores griegos trataban á los extranjeros, *bárbaros* para ellos, y sobre todo del desden con que miraban las lenguas de los demas pueblos que ni querían hablar, ni entendían, así como si trajéramos aquí á colacion las mil fábulas inventadas por ellos, al tratar de historias agenas, conforme lo dejamos demostrado oportunamente, sin ningun género de duda posible acerca de esto. Ademas el mismo autor, ántes citado, dice textualmente, obligado por la fuerza de la verdad que se le impone: «*En realidad de verdad, todos*

(1) L. FIGUIER.—*Vidas de sabios ilustres,* Tom. I.

los escritores griegos callan acerca de estos acontecimientos...» Con estas premisas ¿no podemos nosotros sacar una consecuencia lógica, incontestable, más que concluyente, insinuada ya por nosotros muchas veces, de que la Grecia debió todos sus conocimientos al Egipto, pero que los griegos estuvieron ricamente dotados, más que ningun otro pueblo de la antigüedad, de la envidiable facultad de saberse apropiar, perfeccionar y llevar al último grado de adelanto los conocimientos adquiridos, dándoles un sello característico de propiedad nacional?

Y una vez entrados ya en este terreno, prefiriendo la importancia de las ideas á su órden cronológico, ménos interesante para nosotros, aceptando buenamente el desarrollo de la civilizacion griega importado de las regiones orientales, si no se admite el mérito de la invencion para el pueblo heleno, podemos consignar que en Grecia se presenta, ántes que en otros puntos atendiendo á la prioridad de tiempo, la idea del Sér necesario, con el solo auxilio de la razon humana, para los que no admitan la revelacion.

Debemos á Jenofonte una conversacion de Sócrates con Eutidemo acerca de la Providencia, página brillante, propia, al parecer, de uno de los más elocuentes Padres de la primitiva Iglesia cristiana.

«No se te ha ocurrido nunca, dice Sócrates á Eutidemo, cómo tuvieron cuidado los dioses de dar á los hombres todo lo que necesitan?—Jamas, te lo aseguro, respondió.—Ves, replicó Sócrates, cuán necesaria nos es la luz y cuán precioso nos debe parecer el regalo que de ella nos hacen los dioses?—En efecto, respondió Eutidemo, sin ella seríamos semejantes á los ciegos, y toda la naturaleza estaría como muerta.—Pero, porque tenemos necesidad de descanso, nos dieron tambien la noche para sosegar.—Tienes razon, y esto merece que les demos contínuas acciones de gracias.—Quisieron que el sol, este astro tan brillante y luminoso, presidiese en el día para señalar sus diferentes partes, y que su luz sirviese, no sólamente para descubrir las maravillas de la naturaleza, sino para llevar á todas partes la vida y el calor; y al mismo tiempo mandaron á las estrellas y á la luna que aclarasen la noche, la que de suyo es oscura y tenebrosa. ¿Y hay cosa más admirable que esta variedad y esta mudanza del día y de la noche, de la luz

y de las tinieblas, del trabajo y de la quietud, y todo esto para el bien del hombre?»

Enumeró Sócrates despues por el mismo estilo las inmensas ventajas que nos resultan del agua y del fuego para las necesidades de la vida, y continuando en hacer notar la maravillosa atencion de la Providencia sobre todo lo que nos pertenece, continuó diciendo: ¿Qué dices al ver que despues del invierno vuelve el sol hacia nosotros, y que á medida que los frutos de una estacion se marchitan y secan, maduran otros nuevos que les suceden? ¿qué, despues de haber hecho servicio al hombre, se retira de miedo de incomodarnos con su calor? Despues, cuando se ha retirado hasta cierto término, del que no podría pasar sin exponernos al peligro de morir de frío, vuelve atras para ocupar su lugar en esta pradería del cielo, en donde su presencia nos es más ventajosa. Y porque no podríamos aguantar el frío ni el calor, si pasásemos en un instante del uno al otro, ¿no admiras que este astro se acerque y aleje de nosotros con tanta lentitud que llegamos á los dos extremos por grados casi insensibles? ¿Sería posible no reconocer en este órden de las estaciones del año una Providencia y una bondad, cuidadosas no sólamente de nuestras necesidades, sino tambien hasta de nuestras delicias?

«Todas estas cosas, dijo Eutidemo, me hacen dudar si los dioses tienen otras ocupaciones que la de llenar al hombre de beneficios. Un solo punto me detiene, y es que los animales participen de todos estos bienes tanto como nosotros.—Sí, respondió Sócrates; ¿pero no ves que todos los animales no subsisten sino para el servicio del hombre? Los más fuertes y robustos los doma, los domestica y se sirve de ellos con mucha utilidad para la guerra, para la labranza y para las otras necesidades de la vida. ¿Qué será si consideramos al hombre en sí mismo?»

Nos vemos obligados á continuar la magnífica página dejada por Jenofonte para probar las ideas de Sócrates acerca de la divinidad, pero más especialmente acerca de su unidad y providencia. Nuestros lectores no llevarán á mal lo extenso de la cita que copiamos, máxime siendo tan necesaria como concluyente para nuestro intento.

«De todo esto, prosigue Sócrates, fácil es concluir que hay dioses, y

que tienen un cuidado particular del hombre, aunque no los pueda descubrir con los sentidos. ¿Vemos el rayo que rompe todo lo que encuentra? ¿Distinguimos los vientos que hacen á nuestra vista tan terribles estragos? ¿Vemos á nuestra misma alma, que nos es tan íntima, nos da movimiento y nos anima? Lo mismo es de todos los dioses, ninguno de los cuales se hace visible para distribuirnos sus favores. Este gran Dios mismo—observen nuestros lectores la suma importancia y la profunda trascendencia de lo que aquí dice Sócrates, prueba concluyente de que creía en un solo Dios omnipotente y eterno, aunque tuviera bajo su dependencia otros considerados como ministros suyos—, este mismo Dios, que hizo el universo y que mantiene esta grande obra, cuyas partes están todas perfectas en bondad y belleza; el que hace que no se envejezcan con el tiempo, y se conserven siempre con un vigor inmortal; que hace tambien que le obedezcan con una puntualidad que no falta jamas, y con una rapidez que nuestra imaginacion no puede seguir; este dios se hace bastante visible por tantas maravillas cuyo autor es, pero se mantiene siempre invisible en sí mismo. No nos negamos pues á creer áun aquello que no vemos; en defecto de los ojos del cuerpo usamos de los del alma, pero especialmente aprendemos á tributar justos rendimientos de respeto y veneracion á la Divinidad, la que parece no se quiere dar á conocer sino por los beneficios. Pero este culto, este obsequio consiste en agradarle, y no se le puede agradar sino haciendo su voluntad.»

¿Nos permitirán nuestros lectores que les confesemos el asombro causado en nosotros por la idea final de este párrafo y por las palabras con que está expresada? Ya no vemos aquí el lenguaje de un filósofo cristiano, ni el estilo de un Padre de la Iglesia, sino las mismas palabras de la oracion de las oraciones, de la oracion dominical; agradar á Dios *haciendo su voluntad!!* ¡Qué idea tan exacta tenía Sócrates de la divinidad y del armonioso concierto del universo!

La majestuosa figura de Sócrates y el respeto que se merecen su sabiduría y virtudes nos detendrán más de lo que quisiéramos en su estudio, ya que abrazaremos así una época muy importante de la filosofía griega, á cuyo fin acudiremos á fuentes muy buenas para los datos que necesitamos.

Sócrates era un genio eminente que distinguía muy pronto lo verdadero de lo falso, asimilándose lo bueno, rasgo característico del pueblo griego, y burlándose de lo malo. Era el terror de los sofistas, los saltimbanquis de la sabiduría; porque no admitía ninguna de sus tésis bajo su palabra, sino que con su método especial y propio, al cual dió su propio nombre, y con el que se le conoce aún actualmente, les pedía la razon de todo, y á fuerza de preguntas encadenadas, graduales, embrollándolos en sus respuestas, y obligándolos luégo á contradecirse, les hacía el blanco de las risas de sus oyentes, retirándose satisfecho por haber preservado á sus discípulos de sus argucias y utopías.

Lleno, al contrario, de amable deferencia para los verdaderamente sabios, sentábase humilde como un niño entre los partidarios de Anaxágoras, que, al igual que Sócrates, concibió una idea muy alta de la divinidad, y se formó una opinion muy exacta del universo.

Como si penetrara Sócrates con la intuicion de su genio elevado el espacio de tiempo que le separaba de la aparicion en el mundo de la doctrina del Cristo, escuchaba, arrebatado, hablar de la justicia, de las leyes, de la inmortalidad, certeza de la esperanza, y salía de sus lecciones—como alma tocada por la gracia—penetrado de desprecio hacia las cosas pasajeras que sólo son el camino de las eternas. Al igual que los místicos cristianos, ó semejante á los solitarios de los desiertos, considerábase como un viajero que hace una parada en la posada de la tierra, sin aficionarse, empero, á ninguno de los bienes de la casa, sabiendo perfectamente que no le pertenecen, y que, al emprender su marcha al día siguiente, no podrá llevárselos consigo. Lo único que hacía era descansar en ella, y purificarse de todas las inmundicias de la materia, para comparecer bien pronto más respetuosamente ante los dioses.

Animado Sócrates, al parecer, de la virtud de la caridad, no contento con perfeccionarse á sí mismo, se dedicaba á perfeccionar á los demas, anticipándose, como un precursor de los apóstoles cristianos, á la salvacion de sus semejantes, lo que hacía con el mayor desinteres y encendido celo. Todo el tiempo que se lo permitían sus ocupaciones domésticas, invertíalo

en corregir y edificar á los demas. Sus relevantes cualidades le atrajeron muy pronto muchísimos oyentes y discípulos, cautivados por la precision profunda de sus respuestas, la novedad de sus ideas y las demas cualidades que le presentaban ante sus conciudadanos como un hombre de mérito extraordinario.

Sabemos ya que Atenas era una república libre, rica, ociosa, ávida de doctrinas, de emociones, de controversia, de sectas, de verdades, de sofismas y hasta de mentiras, porque cansado el hombre de gozar se goza hasta en lo falso, si se adorna con la variedad ó novedad. El gobierno de la sabia ciudad que actuaba en la plaza pública, no era más que una perpétua conversacion de los ciudadanos entre sí acerca de la política, las leyes, la religion, la naturaleza y los dioses. Varias veces nos hemos ocupado en la influencia que los climas ejercen en la educacion moral y en la constitucion física y social de los pueblos, y los habitantes de Atenas en aquel bello clima de su privilegiada patria, en que el hombre puede vivir al sol, los pórticos de los templos, los jardines públicos, los talleres de los artistas, las tiendas abiertas de los mercaderes, las calles, las plazas, los mercados, eran otras tantas academias y escuelas en que cada cual discurría con todos, y el más elocuente, el más corruptor ó el más discreto, robaba grupos de oyentes á sus rivales. Convengamos, pues, en que la primera institucion de Atenas era realmente en aquella época la conversacion perpétua, como lo es actualmente—dicho sea de paso—en las costumbres actuales en los cafes y casinos donde se habla mucho, aunque no con el provecho que en la capital de Grecia.

La conversacion perpétua suplía en Atenas entónces lo que ahora es entre las sociedades modernas el periódico, con la diferencia no obstante de que es individual la instruccion de este, sin ser susceptible del diálogo, ni de la réplica, miéntras que la conversacion al aire libre en Atenas versaba en diálogos animados, y clasificaba por grupos de sectarios ó de escuela á los ociosos en rededor del maestro más escuchado ó más simpático.

Esta es la única razon de que haya filósofos de la antigüedad, muy célebres por su saber y la novedad de sus doctrinas, y de quienes, sin embargo,

no se tiene noticia de que escribieran ninguna obra, constando, al contrario, que no dejaron nada consignado por escrito.

Sócrates fué uno de estos filósofos que, aunque hablaba de todo y contínuamente, no escribió ningun tratado. Sus lecciones fueron todas diálogos con sus oyentes, y sólo despues de su muerte escribieron de memoria Platon y Jenofonte, bajo la forma obligada de diálogos, las doctrinas que habían oido y anotado durante la vida de su maestro.

Á fin de que los aficionados á investigar el por qué de todas las cosas se formen cabal juicio del dominio de las pasiones humanas en todas las épocas y en todos los hombres; para escarmiento de los confiados y útil enseñanza de los honrados, y en corroboracion de lo tantas veces dicho ya en varios puntos de este nuestro humilde trabajo de que nada hay nuevo debajo del sol, vamos á referir extensamente, para el exacto conocimiento de toda la causa, lo que motivó la trágica muerte de Sócrates, cerrando el cuadro con algunas reflexiones indispensables.

Sócrates, dicen sus autorizados biógrafos á quienes consultamos, que era ante todo un hombre de deber y de buen sentido, no descuidaba ninguna de las funciones de la vida civil, só pretexto de desden hacia las cosas del mundo y de contemplacion exclusiva de las cosas eternas. Comprendía, y quiso demostrar con su ejemplo, que servir á los hombres es el mejor modo de servir á los dioses, y que la defensa y el gobierno de su patria son deberes obligatorios del ciudadano libre en la república. Su conciencia, su principal sentido, porque es el del deber, era tan justa, tan fuerte y tan infalible en él que le parecía físicamente una voz interior que hablaba dentro de su pecho, y de buena fe le llamaba su oráculo y su genio familiar ó demonio. Ella le mandó ser héroe en las guerras de la patria, y lo fué. En el sitio de Potidea, habiendo hecho prisionero los enemigos al jóven Alcibíades, se arrojó Sócrates con un puñado de atenienses en la refriega, dispersó á los vencedores que se llevaban ya á su presa, y rescató á Alcibíades á costa de su sangre. Á su regreso, otorgóle Atenas el premio del valor; pero él proclamó á Alcibíades más bravo que él mismo, puesto que era más jóven y más bello, y al exponer la vida, exponía más. En la batalla de De-

lio, en la Beocia, los atenienses vencidos iban á perecer todos por la torpeza ó la cobardía de sus generales, caprichosamente nombrados por los demagogos, cuando Sócrates, precipitándose en la retaguardia, y agrupando á su alrededor los veteranos, hace retroceder á los enemigos, recogiendo á otro de sus díscipulos, Jenofonte, del campo de batalla, y llevándole al campamento sobre sus hombros.

La paz le devolvió á sus estudios y á sus discípulos, y el heroismo que había mostrado en el ejército, el desinterés de ambicion y hasta de gloria que manifestó al emprender de nuevo su profesion, le designaron á los sufragios de la república para las grandes magistratúras nombradas por el pueblo. En ellas desplegó las virtudes políticas, más raras y difíciles que las de la guerra, la rectitud de miras, la imparcialidad, la moderacion, la resistencia inflexible á los arranques, á las pasiones, á los furores del pueblo.

Los almirantes de Atenas, por no haber podido dar sepultura á los ciudadanos muertos, despues de una derrota naval, fueron condenados á un injusto suplicio. Su vida ó su muerte dependía de Sócrates, que aquel día presidía el Senado. Sus colegas intimidados por los gritos y las armas de la multitud, habían cedido la sangre de los acusados para salvar su propia vida; pero Sócrates ofreció la suya al pueblo para salvar á los inocentes, y triunfó de Atenas que no se atrevió á violar en él la ley viva.

Como las pasiones populares son muy malas consejeras, y hacen olvidar presto los beneficios recibidos con mengua del buen nombre de los pueblos que se dejan arrastrar por las sujestiones del mal, desde aquel día cesó la multitud de amar á Sócrates, y los demagogos no le perdonaron jamas el haberles impedido un crímen. Desde entónces data su muerte en el corazon de sus enemigos. ¡Tanta ira cabe en pechos dominados por la pasion política!

La calumnia comenzó á cebarse en el nombre de Sócrates, y el poeta Aristófanes divirtió á costa suya al pueblo en una comedia enteramente personal intitulada *Las nubes*. Sócrates era presentado en ella, á los ojos de la multitud, como un soñador despierto, suspendido entre cielo y tierra, y pidiendo oráculos á las nubes, divinidades flotantes é impalpables que le

responden en medio de las brumas. Aristófanes, vengándose contra el sabio, adulador rastrero de las supersticiones y necedades predilectas de aquel vulgo ignorante, como lo ha hecho siempre la rutina contra la idea, ó el necio contra el sabio, excitaba á un tiempo mismo la risa y la cólera del pueblo contra el más sabio de los atenienses; la risa, acusando á Sócrates de elevarse sobre las cabezas de la multitud; la cólera, acusándole de buscar en el cielo un dios más inmaterial que los dioses materiales que aquella se había forjado con sus más abyectas credulidades.

No fué la filosofía, sino la política, el verdadero crímen de Sócrates; se le acusó de impiedad hacia los dioses del país, sólo para disfrazar con un pretexto sagrado el odio que se le tenía por otros motivos. La risa de los demagogos produce siempre las iras del pueblo.

La república de Atenas estaba dividida contínuamente, segun se desprende de lo que de ella ya sabemos, en dos partidos, uno de los cuales lo formaban los amigos de una libertad prudente, teniendo por límite y garantía leyes justas, y por magistrados los hombres más ilustrados y virtuosos de la república; los anarquistas, los radicales, los demagogos, los aduladores de la multitud componían el segundo. Á la distancia en que nos encontramos de estos sucesos, no parece sino, por la semejanza, que no han trascurrido los siglos. Las situaciones políticas actuales son, ni más ni ménos, las mismas que en aquellos remotos tiempos. Los hombres no mejoran, ni se enmiendan, ni cambian. ¿Qué serán de aquí á mil años? Los mismos.

El partido de los demagogos—como actualmente—era el que tenía entónces contínuamente trastornada á Atenas. Sócrates le tenía odio, y no sabía ó no quería ocultar su desprecio á una demagogia ignorante y turbulenta, ni su indignacion contra los corruptores de la república, que son siempre los que las minan en sus cimientos para hacerlas perecer.

Decía en alta voz que la cabeza debía gobernar á los miembros en el Estado lo mismo que en el cuerpo humano; que la instruccion, la moralidad, la virtud eran requisitos indispensables para la admision de los ciudadanos en las reuniones políticas y en las magistraturas de la república; que sacar por suerte á los magistrados era entregar la república á merced del acaso;

que era preciso elegirlos con discernimiento, y despues de algunas pruebas que sirvieran de prenda de su capacidad y de su probidad cívica.

Las opiniones de Sócrates, aunque dictadas por el más severo espíritu de imparcial justicia, eran entónces tanto más sospechosas para publicadas en Atenas, en cuanto la república acababa apénas de romper el yugo de los treinta tiranos, y el pedir condiciones de superioridad y de órden á un pueblo ébrio de su libertad reconquistada, era, á los ojos de los demagogos, equivalente á echar de ménos la tiranía. Sócrates la había, sin embargo, desafiado cara á cara miéntras dominaba, y una vez caída, se había hecho tan odioso á los agitadores del populacho de Atenas, como temible había sido para los tiranos.

No le salvó á Sócrates su saber: su conciencia no le permitía pactar ni con los excesos del pueblo, ni con los de los gobernantes. Su estado era pues insostenible, porque las fuerzas eran desiguales en extremo. Su moderacion era una censura viva y permanente contra la popularidad de los demagogos, como lo había sido poco ántes contra la omnipotencia de los treinta tiranos.

Anyto, rico ciudadano de Atenas, que había contribuído á la destruccion de la tiranía, y conquistado por este medio el favor del pueblo, procuraba indignamente conservarle con las más viles condescendencias á todos los caprichos y á todas las preocupaciones de la multitud. Anyto y sus amigos determinaron acusar á Sócrates de blasfemia contra los dioses del vulgo. ¡Siempre la injusticia amparándose con el escudo de la religion! Los judíos, llenos de vicios, acusaron tambien de blasfemo al Justo que no les presentaba en toda la pureza de su vida ni un solo blanco al cual asestar sus tiros.

Un poeta infame, discípulo de Sócrates, por nombre Melito, convertido en enemigo de su maestro por la más baja de todas las pasiones, la envidia, que no deja perdonar la gloria á los incapaces de conseguirla por méritos y medios decentes y honrosos, se encargó de la acusacion de impiedad contra su antiguo maestro. Nuevo Judas, mejor dicho, modelo del que vendería despues por un vil precio á su maestro, era Melito uno de aquellos hombres que fascinan al incauto pueblo con el falso brillo de un celo hipócrita á favor

de la religion que ni aman, ni profesan, sino por el interés que les produce. El populacho, por más alardes que haga de incredulidad, es supersticioso en alto grado, porque la religion,—sea la que fuere—es necesaria al hombre, y el incrédulo profesa la supersticion inseparable de la ignorancia.

Los hombres que saben dar aires de santidad al odio que profesan contra el verdadero mérito, son bastante hábiles para comunicar á su pasion el carácter de divina que quieren imprimir á su causa, dan asimismo un sello de santidad á sus venganzas personales, y en nombre de lo más santo, profanan hasta el de Dios, denunciando amparados en él á los que quieren perder, entregándolos á la execracion de las turbas y á las excomuniones de la religion. Y miéntras tanto los que carecen de la suficiente discrecion para distinguir la supersticion del verdadero acto religioso, los supersticiosos de buena fe, si así es lícito expresarnos, los admiran, los respetan como seres superiores, y atribuyen á muy acendrada piedad sus persecuciones que nunca dejarán de ser un crímen expiable ante Dios y ante la historia de la humanidad.

Melito era en Atenas uno de esos hombres execrables. Habíase constituído por autoridad propia, sin mision divina para ello, en vengador del culto antiguo, y el pueblo no se atrevía á contrariarle, por el temor de ofender así á sus dioses. Consecuente con la mision vengadora que se atribuía, acusó á Sócrates ante los magistrados de introducir creencias, divinidades, innovaciones en las doctrinas religiosas con detrimento de la fe que debía enseñarse á la juventud.

Las masas griegas estaban acostumbradas á vivir en una esfera cuya atmósfera pesada quedaba circunscrita dentro de un círculo asfixiante, tenebroso, sin luz que permitiera distinguir el misterio que las envolvía. Un rayo de luz que, abriéndose paso entre aquellos vapores, hubiese arrojado una débil claridad que hubiese perfilado, dándoles una forma vaga, indecisa, los seres divinizados por el trascurso de los siglos, revestidos ya con el ropaje del tiempo, habría deslumbrado aquellos ojos acostumbrados á la oscuridad, y, cerrándolos instantáneamente, habrían odiado y rechazado aquella escasa luz que ofendía sus pupilas.

Sócrates, con su filosofía, fué el rayo de luz que quiso penetrar al traves de los obstáculos en aquella sociedad idólatra, esclava de todos los errores y miserias que degradan la hermosa inteligencia humana, eclipsando funestamente el destello de la inteligencia divina que brilla en la mente del hombre como distintivo que le separa del bruto sin libertad, ni conciencia.

Acusado Sócrates, no quiso defenderse; é hizo bien. La verdad no se defiende nunca; se presenta muda. Tampoco se defendió, ántes bien se quedó mudo el divino mártir llevado ante los tribunales por los ciegos cuyos ojos se cerraron ante la copiosísima luz que derramó, para disipar las tinieblas en que yacían.

Si Sócrates se hubiese defendido, como era hombre al fin, aunque estuviese dotado de genio superior, hubiérase expuesto á faltar á la verdad; y aunque sus creencias se elevaron mucho más allá de los miserables símbolos adorados entónces en Grecia, no había sin embargo hecho burla del culto de sus conciudadanos, quizas porque la adoracion de la divinidad sería para él una cosa tan santa en sí misma, que no debía combatirse aunque estuviera equivocado acerca del sér á quien iba dirigida. Ademas, segun el testimonio de Jenofonte, había llevado el respeto y la condescendencia por el culto legal de su patria demasiado allá para un filósofo, siguiendo todos los ritos de la religion popular, y ofreciendo sacrificios á los dioses del Olimpo en los templos y hasta en el interior del hogar doméstico. Si me absolveis, dijo á sus jueces, á condicion de que deje de filosofar, os responderé, sin vacilar: «atenienses, yo os honro y os amo, pero más quiero obedecer á Dios que á vosotros!» Y es que encontró su conciencia, como siempre, entera é incorruptible delante de sus jueces. Estos, en número de quinientos cincuenta y seis, se dividieron en dos opiniones. Sócrates fué sólamente condenado por tres votos de mayoría por el partido de los demagogos coligado con el de los fanáticos.

La ley de Atenas autorizaba al reo en tales casos á rescatar su vida por un destierro ó por una multa, á la cual estaba obligado á condenarse á sí mismo, confesándose culpable.

Ya hemos dicho que eran dos los artículos de su acusacion. En obsequio

á la trascendencia del asunto y á las reflexiones que sugiere para el estudio de la civilizacion, permítasenos alguna libertad de pormenores.

Segun la acusacion, Sócrates averigua con impía curiosidad lo que pasa en los cielos y en el centro de la tierra. No reconoce los dioses que venera su patria. Procura introducir en ella nuevas divinidades, y si se le da crédito; un Dios no conocido le inspira en todas sus acciones. Para abreviar, no cree en Dios alguno.

Pertenece el segundo artículo al Estado y gobierno público. Sócrates corrompe á la juventud, inspirándole malas doctrinas acerca de la divinidad, enseñándole á despreciar las leyes y el órden establecido en la república, declarando públicamente que se hace mal en escoger los magistrados etcétera, etc., enseñando el arte de hacer buenas las malas causas, atrayéndose la juventud por un espíritu de orgullo y ambicion, con el pretexto de instruirla persuadiendo á los hijos que pueden sin pena alguna maltratar á sus padres. Se engríe con un pretendido oráculo, y se considera el más sabio de todos los hombres. Trata á todos los otros de necios, y condena sin excepcion todas sus máximas y todas sus acciones, constituyéndose de propia autoridad el censor y reformador general del Estado. Y no obstante se ve cuál ha sido el fruto de sus lecciones en la persona de Cricias y en la de Alcibíades, sus más íntimos amigos, que hicieron mucho mal á su patria, y fueron perversos ciudadanos y hombres muy depravados.

La acusacion terminaba advirtiendo á los jueces que se guardasen de la elocuencia engañosa de Sócrates, y que desconfiasen con extremo de los rodeos atractivos y artificiosos que emplearía para seducirlos.

Teniendo esto presente, comenzó Sócrates su defensa declarando que hablaría á los jueces como lo acostumbraba en sus conversaciones ordinarias: esto es, con mucha ingenuidad y sin arte.

Trata despues particularmente del asunto. ¿Sobre qué fundamento se puede defender que no reconoce los dioses de la república, aquél á quien frecuentemente se ha visto sacrificar en su casa y en los templos? Se puede dudar que no se sirve de la divinacion, pues se le acrimina publicar que recibe consejos de cierta divinidad, de lo que se infiere que quería introducir otras

nuevas; pero no introduce nada más de nuevo que los otros, quienes dando crédito á la divinacion, observan el vuelo de las aves, consultan las entrañas de las víctimas, reparan hasta en las palabras y encuentros inopinados, medios diferentes de que se sirven los dioses para dar á los hombres el conocimiento de lo futuro.

Tocante á las averiguaciones impías de las cosas naturales que se le imputan, sin despreciar ni condenar los que se aplican al estudio de la física, declara que se ha dedicado enteramente á lo que pertenece á las costumbres, conducta de la vida y reglas del gobierno, como á una ciencia infinitamente más útil que todas las otras; y toma por testigos de lo que dice á todos los que le han oído, quienes pueden desmentirle, si no dice la verdad.

Traslademos, empero, aquí lo más importante de la magnífica defensa hecha de sí mismo por el filósofo ante sus jueces.

«Se me acusa, dice, de corromper á los estudiantes é inspirarles máximas peligrosas, sea por lo respectivo al culto de los dioses, sea por lo respectivo á las reglas del gobierno. Sabeis, atenienses, que no hice jamas profesion de enseñar; y la envidia, por animada que esté contra mí, no me reprende el haber vendido nunca mis instrucciones. Tengo para esto un testigo, que no se puede desmentir, es la pobreza. Siempre igualmente dispuesto á franquearla al rico y al pobre, y darles todo el tiempo de preguntarme ó de responderme, entrégome á cualquiera que desee hacerse virtuoso; y si entre mis oyentes se encuentran algunos que sean buenos ó malos, no es preciso atribuirme ni la virtud de los unos, de la que no soy causa, ni imputarme los vicios de los otros, á los que no he contribuído. Toda mi ocupacion es persuadiros, jóvenes y viejos, que no es necesario amar tanto su cuerpo, ni las riquezas, ni todas las otras cosas, de cualquiera naturaleza que sean; que es necesario amar su alma. Porque no ceso de deciros que la virtud no proviene de las riquezas; sino al contrario, que las riquezas provienen de la virtud; y que de allí se originan todos los otros bienes que suceden á los hombres en público y en particular.

»Si hablar de esta suerte es corromper la juventud, confieso, atenienses, que soy delincuente y que merezco ser castigado. Caso de que no sea ver-

dad lo que digo, es fácil convencerme de mentira. Veo aquí un gran número de mis discípulos; no tienen más que presentarse. Pero un efecto de modestia y atencion les embaraza, quizas, levantar la voz contra un maestro que les instruyó. Á lo ménos sus padres, sus hermanos, sus tíos, no se pueden eximir, como buenos parientes y buenos ciudadanos, de venir á pedir venganza contra el corruptor de sus hijos, de sus sobrinos, ó de sus hermanos. Pero estos mismos son los que toman aquí mi defensa, y quienes se interesan en el féliz éxito de mi causa.

»Juzgad como os agrade, atenienses, pero yo no puedo ni arrepentirme de mi conducta, ni mudarla. No tengo libertad para dejar ó interrumpir una comision que me impuso el mismo Dios, pues es quien me confió el cuidado de instruir á mis conciudadanos. Si despues de haber guardado fielmente todos los puestos en donde me pusieron nuestros generales en Potidea, en Anfípolis, en Delio, el miedo de la muerte me hiciese ahora abandonar aquél en donde me puso la divina Providencia, ordenándome pasar mis días en el estudio de la filosofía para mi propia instruccion y para la de los otros, esto sería verdaderamente una desercion muy criminal, y que merecería que se me citase ante este tribunal, como un impío que no cree en los dioses. Si me absolviérais con la condicion de callar, os respondería sin duda: atenienses, os venero y os estimo; pero yo obedeceré primero á Dios que á vosotros, y miéntras me quede un aliento de vida, no cesaré jamás de filosofar, exhortándoos siempre, reprendiéndoos como lo acostumbro, y diciendo á cada uno cuando yo os encuentre: Oh querido mío, oh ciudadano de la ciudad más famosa del mundo por la sabiduría y por el valor, ¿no tienes vergüenza de no pensar más que en amontonar riquezas y en adquirir fama, estimacion, honores, y despreciar los tesoros de la prudencia, de la verdad, de la sabiduría y de no procurar hacer tu alma tan buena y tan perfecta como puede ser?

«Se me reprende y se atribuye á infamia, que, metiéndome á dar consejos á cada uno en particular, evite siempre hallarme en vuestras reuniones para dar mis consejos á la patria. Creo haber hecho suficientemente mis pruebas de valor y resolucion en las campañas, en donde traje las armas con

vosotros, y en el Senado, cuando yo solo me opuse á la sentencia injusta que pronunciásteis contra los diez capitanes que no habían recogido y enterrado los cuerpos de los que habían sido muertos ó ahogados en la batalla naval de las islas Arginosas; y cuando, en más de una ocasion, resistí á las órdenes violentas y crueles de treinta tiranos. Lo que me ha embarazado para presentarme en vuestras juntas, atenienses, ha sido este espíritu familiar, esta voz divina, de la que me habeis oido tan frecuentemente hablar, y que Melito ha procurado tanto hacer ridículo Este espíritu se juntó conmigo desde mi niñez, es una voz que no se da á entender sino cuando me quiere apartar de lo que he resuelto, porque nunca me exhorta á emprender nada. Ella es quien se me ha opuesto siempre, cuando me he querido meter en los negocios de la república. Y se me opuso muy á tiempo; porque hace mucho que no tendría vida si me hubiese mezclado en las cosas del Estado, y no hubiera adelantado nada, ni para vosotros, ni para mí; no os enfadeis, os ruego, si no os disimulo nada, y si os hablo con libertad y verdad. Todo hombre que se quiera oponer á un pueblo entero, sea este ú otro, y que se le ponga en la cabeza embarazar que no se violen las leyes, y que no se cometan iniquidades en la ciudad, no lo hará jamas sin castigo. Es preciso, de necesidad, que el que quiera combatir por la justicia, por poco que quiera vivir, se quede mero particular, y que no sea hombre público.

»Finalmente, atenienses, si en el extremo peligro en que me veo no imito la conducta de muchos ciudadanos, quienes en un riesgo mucho menor, rogaron y suplicaron á sus jueces con lágrimas y trajeron aquí á sus hijos, sus parientes, sus amigos, no es esto ni por una soberbia obstinacion, ni por algun desprecio que haya de vosotros, sino por vuestro honor y el de toda la ciudad. Es necesario que se sepa que teneis ciudadanos que no consideran la muerte como mal, y que no dan este nombre más que á la injusticia y á la infamia. En la edad en que me hallo, y con toda mi reputacion, verdadera ó falsa, ¿me convendrá, despues de las lecciones que tengo dadas sobre el desprecio de la muerte, temerla y desmentir con el último acto todos los principios y opiniones de mi vida pasada?

»Pero sin hablar de la reputacion que quedaría tan ultrajada con una

accion semejante, creo que no es permitido suplicar á su juez, ni procurar la absolucion con ruegos; es necesario persuadirle y convencerle. El juez no está sentado en el tribunal para hacer gracias, violando la ley, sino para hacer justicia obedeciendo la ley. No hizo juramento de complacer á quien le agrade, sino de hacer justicia á quien debe. No es necesario que os acostumbremos al perjurio, ni debeis vosotros mismos dejaros acostumbrar; porque unos y otros ofenderíamos igualmente la justicia y religion, y todos nos haríamos delincuentes.

«No espereis, pues, de mí, atenienses, que recurra para con vosotros á medios que yo no considero ni decentes, ni permitidos, especialmente en una ocasion en la que me acusa Melito de impiedad; porque, si yo os moviese con mis ruegos, y os obligase á violar vuestro juramento, sería cosa evidente que yo os enseñaría á no creer en los dioses, y queriendo defenderme de esto y justificarme, daría armas á mis contrarios, y probaría contra mí mismo que no creo en los dioses; pero estoy muy distante de pensar así. Yo estoy más persuadido de la existencia de Dios que mis acusadores, y estoy de tal manera persuadido de esto, que me entrego á vosotros y á Dios, para que me juzgueis como mejor os parezca, para vosotros y para mí.»

La firmeza de Sócrates desagradó á sus jueces y dispuso contra él los ánimos. Los jueces de todos los tribunales, por un error que su conciencia debiera advertirles, y que Dios se lo demandará á su tiempo, se creen dueños absolutos de la vida ó de la muerte de la persona sometida á su fallo, y en consecuencia de esto y por una disposicion secreta de su interior, quieren que los hombres acusados ante ellos se les presenten no sólo humildes sino tambien temblorosos y sumisos como reconocimiento del omnímodo poder de que se consideran equivocadamente investidos. Son el eco de la justicia, ni más ni ménos; extralimitándose de esto, usurpan las funciones del verdugo.

Para dejar las cosas en su verdadero lugar, necesitamos dar aquí una aclaracion importante.

Melito, el acusador de Sócrates, no había tenido á su favor ni la quinta

parte de los votos. Puédese suponer fundadamente que en esta causa la junta de los jueces era de quinientos, sin contar el presidente. Condenaba la ley al acusador á una multa de mil dracmas, si no tenía la quinta parte de los votos. Esta ley estaba prudentemente establecida para poner freno á la osadía é insolencia de los calumniadores. Melito se vería obligado á pagar esta multa, si dos malos ciudadanos, Anito y Licon, no se le hubiesen unido y declarado tambien actores. Su autoridad arrastró muchos votos y se hallaron doscientos ochenta y uno contra Sócrates, y por consiguiente doscientos y veinte en su favor.

Con esta primera sentencia quedaba Sócrates declarado culpable sólamente, pero sin determinacion de la pena que debía padecer. Cuando esta no estaba determinada por la ley y no se trataba de un crímen contra el Estado, se dejaba á la eleccion del reo la pena que consideraba merecer.

Con su respuesta se votaba otra vez, y despues recibía la última sentencia. Se le advirtió á Sócrates que tenía derecho de pedir que se le rebajase la pena, y que podía conseguir que se le conmutara la pena de muerte en un destierro, en una prision, ó en una multa pecuniaria.

Sócrates se burló hasta el último instante de la vida y de la muerte, y contestó á los jueces que no escogería ninguno de dichos castigos, porque su eleccion equivaldría á reconocer él mismo su culpabilidad, y continuó diciendo: «Atenienses, para no teneros más tiempo suspensos, pues me precisais á imponerme á mí mismo, la pena que merezco, me condeno, por haber pasado toda mi vida en instruiros á vosotros y á vuestros hijos; por haber despreciado con esta mira negocios domésticos, empleos y dignidades; por haberme consagrado enteramente al servicio de la patria, trabajando contínuamente en hacer virtuosos mis conciudadanos, me condeno, digo, á ser alimentado lo restante de mis días en el Pritaneo á expensas de la República.»

Exasperados los jueces con esta respuesta, le condenaron á muerte.

«No importa, dijo Sócrates con un lenguaje que nos admira por su profundidad religiosa, despues de haber oido su sentencia, no hay mal alguno para el hombre religioso, ni durante su vida, ni despues de su muerte, por-

que Dios no le abandona nunca. Mi muerte es su voluntad: no tengo resentimiento alguno contra ese pueblo, ni contra sus jueces; ellos van á vivir y yo á morir: Dios sólo sabe á cuál de los dos ha cabido mejor suerte.»

Este lenguaje, en boca de un pagano, nos admira y aturde, porque parece imposible tanta virtud entre tanta ignorancia religiosa. ¡Cuán pocos cristianos lo usarían!

El fallo de los jueces condenaba á Sócrates á beber la cicuta, brebaje envenenado que producía la muerte bajo la forma del sueño. Nuestros lectores recordarán que la ley prohibía dar la muerte á ningun reo hasta el regreso de una galera que los atenienses enviaban todos los años á la isla de Delos á llevar tributos al templo de Apolo Delio, y Sócrates aprovechó aquellos días de gracia en conversar con sus amigos, en demostrarles la existencia de otra vida más feliz y más pura, en hacerles ver que si su alma se desprendía de su cuerpo, era para volar á las regiones infinitas. Él había adivinado al Dios verdadero en sus intuiciones filosóficas, que los grandes genios las tienen tan claras, que más parecen revelaciones procedentes de un mundo superior.

Bien quisiéramos aquí reproducir extensamente los postreros momentos de Sócrates, de aquella luminosa inteligencia apagada por el soplo de la envidia cuando podía prestar aún tantos servicios á la humanidad entera; pero nos excederíamos de las dimensiones que nos están señaladas, y, con sentimiento nuestro, debemos cerrar esta materia.

«Cuantos conocieron á Sócrates, nos dice Jenofonte que fué su historiador y discípulo, le lloran todavía, porque encontraban en él el guía más eficaz para descubrir la virtud. Yo le he conocido bien, yo le he pintado aquí tal como le he visto, tan piadoso que no se atrevía á emprender nada sin haberlo consultado ántes con su conciencia, á la cual llamaba él su genio y el aviso del cielo; tan justo, que jamas se permitió hacer el menor daño á nadie, y que hacía el bien á todos cuantos se le acercaban; tan moderado, que prefería siempre lo que era más honrado á lo que era más agradable; tan infalible en prudencia, que no se equivocaba nunca entre el partido bueno

y el malo. Tal, en verdad, me ha parecido Sócrates, es decir, el mejor, y, por esto mismo, el más feliz de los mortales.»

Un ilustre poeta de este siglo hace, poco más ó ménos, las siguientes reflexiones acerca de la muerte de Sócrates. «En cuanto á nosotros, admirando con Jenofonte la sabiduría del filósofo de la Grecia, no podemos ménos de preferir mil veces las sabidurías más divinas de la India, de la China, y, sobre todo, de la revelacion cristiana. La sabiduría de Sócrates no es más que inteligencia; no es bastante amor. Le falta el sacrificio, complemento de toda virtud, premio de toda verdad, á pesar del suplicio enteramente político, y de ningun modo religioso, de Sócrates. Él es sabio, no mártir; se acomoda con las costumbres, las creencias, hasta con los vicios decentes de su época y de su país. Da consejos muy ingeniosos y hábiles de virtud á los que se los piden, pero da tambien vicios á los jóvenes y á los cortesanos. Cree en un Dios único, inteligencia y providencia de los mundos, y adora en público divinidades carnales y múltiples formadas á la imágen del hombre. Muere bien; pero muere por sí mismo tanto como por la verdad. Su muerte misma es una buena fortuna de su destino que él aprovecha como hombre de soberana inteligencia. «Soy viejo, dice á Jenofonte, empiezo á decaer en mis sentidos y en mi espíritu; es la hora de morir.» Sócrates manifiesta poca ternura al género humano, y áun á su mujer y á sus hijos; siempre se ve en él al hombre de talento más bien que al hombre de abnegacion por sus semejantes. En una palabra, él no fué el mas sabio, ni el más virtuoso, ni el más religioso, sobre todo, de los filósofos de la antigüedad, pero sí el más ingenioso y amable de los hombres honrados de Atenas: supo pensar bien, hablar bien, morir bien; pero supo asimismo vivir, y tuvo demasiada prudencia en su sabiduría y demasiada habilidad en su virtud. La caridad no había venido aún á este mundo.»

Hemos visto ántes hasta dónde llegaba, por la sola fuerza de su razon, el conocimiento que tenía Sócrates del universo, de la existencia de un Dios único con atributos esenciales, y si todo esto nos asombra verlo en un hombre que ignora la revelacion del cristianismo, mucho más subirá de punto nuestro aturdimiento cuando sepamos lo que pensaba acerca de la inmorta-

talidad del alma y de los premios ó castigos que le estaban reservados en otra vida.

Fácil fuera que hubiese lectores que no nos dieran crédito si extractáramos las opiniones emitidas por Sócrates acerca de estos últimos extremos que indicamos, y á fin de evitarles toda sospecha, nos tomamos la libertad de copiar textualmente lo que nos ha dejado su discípulo é historiador.

«Amigos mios, una cosa tambien que es muy justa pensar, es que, si el alma es inmortal, tiene necesidad de que se la cultive y cuide de ella, no sólamente para este tiempo que llamamos tiempo de la vida, sino tambien para el que se sigue: esto es, para la eternidad, y la menor negligencia sobre este punto, puede tener consecuencias infinitas. Si la muerte fuese la ruína y disolucion del todo, tendrían mucha ganancia los malos despues de su muerte, librándose á un mismo tiempo de su cuerpo, de su alma y de sus vicios. Pero, pues el alma es inmortal, no tiene otro medio para librarse de sus males, y no hay otro remedio para ella que el hacerse muy buena y muy modesta; porque no lleva consigo sino sus buenas ó malas acciones, sus virtudes ó sus vicios, que son una consecuencia regular de la educacion que se ha recibido, y la causa de una felicidad ó de una desgracia eterna.

»Luégo que los muertos llegan al sitio fatal de las almas, al lugar á donde las conduce su demonio, son todos juzgados. Los que vivieron de manera que no son, ni enteramente pecadores, ni absolutamente inocentes, los envian á un paraje en donde padecen las penas proporcionadas á sus faltas, hasta que purgados y limpios de sus pecados, y puestos despues en libertad, reciben la recompensa de las buenas acciones que hicieron. Los que se consideran incurables á causa de la grandeza de sus pecados, y que cometieron sacrilegios y muertes, ú otros semejantes delitos, el destino fatal que los sentencia, los precipita en el Tártaro, de donde no salen jamas. Pero aquellos que cometieron pecados graves, á la verdad, pero dignos de perdon, como haber violentado á su padre ó á su madre en el ímpetu de su cólera, ó haber muerto á alguno por un semejante movimiento, y se arrepintieron de ello despues, padecen las mismas penas que los últimos y en el

mismo paraje; pero por cierto tiempo sólamente, hasta que con sus oraciones y súplicas obtienen el perdon de aquellos á quienes ofendieron.

»Finalmente, los que pasaron la vida con una santidad particular, libres de las moradas humildes y terrestres, como de una prision, son recibidos allá en lo alto, en una tierra pura, en donde habitan; y como la filosofía los purificó suficientemente, viven allí sin sus cuerpos durante toda la eternidad en una alegría y en delicias que no es fácil explicar, y que el poco tiempo que me queda no me permite deciros.

»Lo que os he manifestado basta, á mi parecer, para que se conozca que debemos trabajar toda nuestra vida en adquirir la virtud y la sabiduría: porque, mirad, es mucho el premio y esperanza que se nos propone. Y áun cuando la inmortalidad del alma fuese dudosa, en vez de parecer segura, todo hombre de buen juicio debe considerar ciertamente que esto merece la pena de arriesgarse por ello. Con efecto, ¡qué mejor peligro! Es preciso embelesarse á sí mismo con esta esperanza bienaventurada: y por esto dilaté tanto este discurso.»

Aparte el dogma de la resurreccion de la carne, que es punto esencial del símbolo católico, ¿qué Padre de la Iglesia habló con mayor precision que Sócrates, pagano, de todos los dogmas más importantes de la religion cristiana en lo concerniente á la conducta en esta vida y á los premios y castigos de la otra?

Veamos cómo habla Ciceron, pagano tambien, de este discurso postrero de Sócrates. «En el momento casi que tenía en la mano aquel brebaje mortal, habló de modo que daba á entender que miraba la muerte, no como una violencia que se le hacía, sino como un medio que se le presentaba para subir al cielo. Declara que al salir de esta vida se abren dos caminos uno de los cuales conduce al lugar de los tormentos eternos las almas que se mancharon acá abajo con deleites vergonzosos y con acciones criminales, el otro conduce á la feliz mansion de los dioses las que se conservaron puras en la tierra, y que en los cuerpos humanos tuvieron una vida enteramente divina.»

Es ya hora de cerrar lo mucho que estamos diciendo acerca de Sócrates,

astro refulgente de la civilizacion griega, compendio vivo de todos los conocimientos de aquella época tan ilustre para la ciencia antigua; pero temeríamos faltar á nuestra conciencia, si, amparándonos en autores graves, no termináramos con una página que deje en su verdadero lugar la reputacion del filósofo griego tan encomiado por un concepto, tan vilipendiado por otro. Prescindamos de los efectos producidos en Atenas por la ejecucion de la sentencia de muerte en la persona de Sócrates, y fijémonos en lo que atañe á él personalmente.

« En cuanto á Sócrates, no se puede negar que el paganismo no tuvo jamas cosa más grande ni más perfecta. Cuando se ve á donde llegó con lo elevado de sus opiniones, no sólamente sobre las virtudes morales, la templanza, la frugalidad, la paciencia en los males, el amor á la pobreza, el perdon de las injurias, pero lo que es mucho más considerable, sobre la divinidad, sobre su unidad, sobre su infinito poder, sobre la creacion del mundo, y sobre la Providencia que dirige su gobierno, sobre el orígen del alma que proviene de Dios solo, sobre su inmortalidad, sobre su último fin y eterno destino, sobre las recompensas de los buenos y castigo de los malos; cuando se consideran todas estas excelentes luces, se pregunta cualquiera á sí mismo, ¿es pues un pagano quien piensa y habla así? y se persuade con dificultad que de una raíz tan tenebrosa como es la del paganismo, puedan salir proposiciones tan sensibles y sobresalientes.

» Es verdad que su reputacion no se quedó sin lunar, y se pretendió que la pureza de sus costumbres no correspondía á la de sus opiniones. Es una cuestion controvertida entre los sabios, la que no me permite mi plan tratar perfectamente. Se puede ver la disertacion de Fraguier, en la que justifica á Sócrates acerca de los cargos que se le hacen por lo respectivo á su conducta. El argumento negativo de que se sirve para su defensa, parece muy fuerte. Advierte que ni Aristófanes en su comedia *Las Nubes*, que es enteramente contra Sócrates, ni los infames que le acusaron en justicia, no dijeron una palabra que se dirija á denigrar la pureza de sus costumbres; y no es verosímil que enemigos tan indignados como eran aquellos, olvidasen uno de los medios más capaces de desacreditar á Sócrates en el

ánimo de los jueces, si tuviesen para ello algun fundamento ó apariencia.

»Confieso, no obstante, que ciertos principios de Platon, su discípulo, en los que seguía á su maestro, sobre la desnudez de los que luchan en los juegos públicos; de los que no excluía las mujeres, y la práctica del mismo Sócrates, que combatía en esta disposicion, mano á mano con Alcibíades, no dan grande idea de la delicadeza de este filósofo acerca de lo perteneciente á la modestia y pudor. ¿Qué diré de la visita que hizo á una dama de Atenas, de mediana reputacion, llamada Teodota, únicamente para asegurarse por sus propios ojos de su rara hermosura, que metía mucho ruido, y de los preceptos que le dió para conquistar amigos, y para armarles lazos, de los que no se pudiesen librar? ¿Corresponden semejantes lecciones á un filósofo? Y callo otras muchas cosas.

»Me admiro ménos, despues de esto, que muchos de los Santos Padres le desacreditasen, áun por lo respectivo á la pureza de las costumbres, y creyesen le debían aplicar, como tambien á Platon, su discípulo, lo que dice san Pablo de los filósofos, á quienes, por justos juicios, entregó á un sentido reprobado, y á quienes abandonó á las pasiones más vergonzosas para castigarlos de que, habiendo conocido que no había más que un solo verdadero Dios, no lo habían venerado como debían, confesándolo públicamente, y no se habían avergonzado de acompañarle con una multitud innumerable de divinidades, segun su misma opinion, ridículas é infames.

»Esto es, propiamente hablando, el crímen de Sócrates, que no le hacía delincuente á los ojos de los atenienses, pero que le hizo justamente condenar por la eterna verdad. Le había ilustrado con las noticias más puras y sublimes de que fuese capaz el paganismo, porque no se ignora que todo conocimiento de Dios, áun el natural, no puede provenir sino de Dios. Tenía sobre la divinidad principios admirables. Se burlaba con gracejo de todas las fábulas de los poetas, que servían de fundamento á los misterios ridículos de su siglo. Hablaba con frecuencia y en términos magníficos de la existencia de un solo Dios, eterno, invisible, criador del universo, soberano dueño y árbitro de todas las cosas, vengador de los delitos, y remunerador de las acciones virtuosas; pero no se atrevía á confesar públicamente todas

estas verdades. Conocía perfectamente lo falso y ridículo del paganismo, y no obstante, como lo dice Séneca el Sabio, y como lo practicaba él mismo, guardaba exactamente todas aquellas costumbres y ceremonias, no como agradables á los dioses, sino como mandadas por las leyes. No reconocía en lo interior más que una sola divinidad, y adoraba con el pueblo aquella multitud de dioses infames, que una antigua supersticion había amontonado unos sobre otros durante una larga continuacion de siglos. Tenía un lenguaje particular en las escuelas; pero seguía á la multitud en los templos. Como filósofo, despreciaba y detestaba en secreto á los ídolos; como ciudadano de Atenas y senador, les tributaba en público el mismo culto que los otros: tanto más digno de condenarse, dice San Agustin, cuanto este culto que no era más que exterior y simulado, le parecía al pueblo que salía de un corazon de verdad y convencido.

»Y no se puede decir que Sócrates mudó de conducta al fin de su vida, ni que manifestase entónces más celo por la verdad. Cuando se defendió en presencia del pueblo, declaró que había reconocido y venerado siempre los mismos dioses que los atenienses; y la última órden que dió ántes de expirar, fué que se sacrificase en su nombre un gallo al Dios Esculapio. Este fué pues el príncipe de los filósofos, declarado por el oráculo de Délfos el más sabio de los hombres, quien, no obstante lo persuadido que estaba de una divinidad única, muere en el seno de la idolatría, y haciendo profesion de adorar todos los dioses del paganismo. Fué Socrates en esto tanto más inexcusable, cuanto reputándose él mismo por un hombre encargado expresamente del cielo para publicar la verdad, no cumple con la obligacion más esencial de la gloriosa comision que se atribuía. Porque, si hay alguna verdad en la religion, por la que se debía declarar públicamente, es la que mira á la unidad de un Dios y á la vanidad de los ídolos. Allí estaría bien puesto el valor, y no debía costar mucho á Sócrates, determinado por otra parte á morir. Pero, dice San Agustin, no eran estos filósofos los que Dios había destinado para ilustrar al mundo y para hacer que pasasen los hombres del culto impío de las falsas divinidades á la religion santa del verdadero Dios.

»No se puede negar que Sócrates, por lo respectivo á las virtudes morales, fuese el héroe del paganismo; pero, para juzgar bien de esto, compárese este pretendido héroe con los mártires del cristianismo, esto es, regularmente niños flacos, tiernas vírgenes, que no temieron derramar toda su sangre para defender y sellar las mismas verdades que Sócrates conocía, pero las que no se atrevía á defender en público; quiero decir la unidad de Dios y la vanidad de los ídolos. Compárese tambien la muerte de este filósofo con la de nuestros santos obispos, que honraron tanto la religion cristiana con lo elevado de su ingenio, la extension de su saber y solidez de sus escritos; un San Cipriano, un San Agustin y otros infinitos, que murieron todos en el seno de la humildad, enteramente convencidos de su indignidad y de su nada; penetrados de un vivo temor de los juicios de Dios, y no esperando su salvacion sino de su pura bondad y misericordia totalmente gratuita. La filosofía no inspira tales sentimientos; no pueden ser efecto sino de la gracia del Mediador que Sócrates no merecía conocer.»

La moral de Sócrates, pura y discreta, que le enemistó con los viciosos é hipócritas, con los demagogos y supersticiosos que procuraron perderle, como lo hemos visto, puede condensarse en las siguientes máximas cuya profundidad reconocerán todos.

«El hombre debe estar en contínua guerra con sus pasiones, y en paz perpétua con las de los demas.

»Todos los hombres son hermanos.

»Nadie debe pagar los males con otros males.

»La felicidad consiste en ser buen deudo, buen amigo y buen ciudadano.

»El hombre se envilece por la ociosidad; no por el trabajo.

»Siendo útil á la sociedad, se ofrece á los dioses el homenaje que les es más agradable.

»La gloria verdadera estriba en la virtud.

»La virtud no es otra cosa que el imperio sobre las pasiones.

»El que tiene ménos necesidades se asemeja más á los dioses.

»Para ser admitidos cerca de los dioses despues de la muerte, es necesario asemejarse á ellos cuanto se pueda.

»La mayor y más peligrosa de las imposturas, es querer gobernar á los hombres, cuando falta talento para hacerlo bien.»

* * *

La importancia de Sócrates y su influencia en los destinos de la filosofía griega nos han obligado á detenernos mucho más de lo que intentábamos en los pormenores á él concernientes, porque marcan una era en la historia de la filosofía, digna de todo estudio bajo cualquier punto de vista que se la considere.

La figura de Sócrates, ya lo hemos dicho, es la más grandiosa que nos presenta el paganismo: tan grandiosa que, sean cuales fueren sus defectos, mirados por nosotros, sin darnos cuenta de ello, con las luces distintas de que disponemos, se escapa de nuestro juicio, porque no estamos en posesion de los datos necesarios de lugar y tiempo, para pesarle en la balanza de la crítica, con toda la fidelidad á que tiene derecho un hombre á quien no conocemos ni siquiera por sus escritos, porque no nos dejó ninguno.

Sea como quiera, es lo cierto que ántes de Sócrates no había habido aún entre los filósofos sectas distintas, aunque las opiniones no fuesen siempre las mismas. La autoridad inmensa de Sócrates, su intento por otra parte de mantener la filosofía en un recto sendero, combatiendo las extravagancias que entónces privaban, haciendo la guerra á muerte á los escépticos y á los materialistas, sostenía á todos los grandes talentos de Grecia al rededor de su maestro, como otros tantos satélites moviéndose alrededor de un centro planetario; pero, luégo de muerto el maestro, nacieron muchas sectas, de las cuales, unas tuvieron más crédito y duracion y otras ménos.

Las sectas filosóficas principales fundadas por discípulos de Sócrates, que es preciso conocer, más ó ménos, para formarse una idea de la civilizacion griega en aquella época, fueron la cirenáica, la megárica, la elíaca y

la erétrica, cuyos nombres tomaron de los lugares donde tuvieron curso.

El filósofo Arístipo fué el fundador de la secta cirenáica. Era de Cirena, en la Libia; pero, la mucha reputacion de Sócrates le hizo dejar su país para ir á establecerse en Atenas, con el fin de tener la satisfaccion de oirle. Fué uno de los principales discípulos de aquel célebre filósofo, pero llevó una vida muy distinta de los preceptos enseñados en la rígida escuela de su maestro, y de regreso á su patria, dió á sus discípulos enseñanzas muy diferentes de las que él había recibido. Lo esencial de su doctrina era que la suma felicidad del hombre, durante su vida, consiste en el deleite. Lo fundamental de su sistema filosófico, estribaba en la sensacion, única cosa que existía para él en el mundo, debiendo el hombre procurarse las agradables y huir de las que no lo fueran. En su filosofía—opuesta enteramente á la de su maestro—no había deberes, ni, por consiguiente, moral: la sensacion y el placer es el único fin á que debe obedecer el hombre.

La conducta de Arístipo se conformó enteramente con sus opiniones, y si se le reprendían sus excesos, acudía á los recursos de su fecundo ingenio para eludir con chanzas los cargos que se le formulaban por su proceder. Consecuente en su conducta con sus principios filosóficos vivía entregado contínuamente á las mujeres y á los banquetes.

Ya sabemos que Corinto era entónces el pueblo más corrompido del universo y que había allí muchas jóvenes hermosas dedicadas al culto de la impúdica Vénus. Brillaba allí entónces por su extraordinaria belleza una jóven siciliana, hecha cautiva á la edad de siete años por Nicias y Alcibíades en la toma de Sicilia. Aquella hermosa entre las más hermosas se llamaba Lais, cuya fama atrajo á Corinto muchos extranjeros con el único objeto de rendirla sus homenajes. El precio excesivo que ponía á sus favores, fué causa de que se dijera que *no todos podían ir á Corinto*. Digamos de paso que Lais era muy versada en literatura, y de ella se conservan algunas cartas que pintan, más que nada, el estado de disolucion de costumbres á que había llegado aquel país. Y, sin embargo, los habitantes de Corinto le erigieron una estátua, gloriándose de haberla dado una segunda patria.

Con estos antecedentes, podemos ya presumir que Arístipo frecuentaría

los salones de la bella cortesana, fiel como era el filósofo á sus principios de las sensaciones, único fin para que debía vivir el hombre, segun él decía. Y en efecto, zumbándole por el comercio que tenía con Lais, dijo una vez: «es verdad, yo poseo á Lais, pero Lais no me posee.»

Hemos dicho poco há que las cartas que se conservan de Lais pintan, más que nada, la disolucion de costumbres de su época. Aprovechando nosotros los datos que nos ofrece la historia para retratar fielmente la civilizacion de los pueblos que estudiamos, no podemos resistir al deseo, casi deber, de trascribir algun trozo, para que el lector forme juicio por sí mismo, y nos ahorre los comentarios que su discrecion le inspirará.

«Lais á Cretone.—¿Por qué te martirizas con tanto escribir? Cincuenta monedas de oro valen más que todas las cartas del mundo. Si es verdad que me amas, mándamelas. Si eres un sórdido y tacaño, no me aburras más. Adios.»

Como se ve, el arte entre las cortesanas, desde la época de Lais á la actual, se mantiene estacionario: lo positivo, el dinero es el amor y la vida.

«Bien quisiera yo, dice en otra carta, alimentar con lágrimas á mi familia; que, aunque fuese desgraciada, viviría contenta recibiendo de tí tus obsequios; pero, el hecho es que yo necesito oro, vestidos, trajes y criadas. En esto se halla fundada toda la esperanza de mi vida. Yo no tengo posesion alguna paterna, ni tampoco minas de plata. Mis bienes son únicamente las escasas mercedes, y los melancólicos regaluchos que los amantes tontos acompañan siempre con suspiros...»

Dispénsennos los lectores que, alargando un poquito la digresion que nos distrae un momento de la filosofía, digamos dos palabras en descargo de la cortesana, si es que sean dignas de crédito por el mucho interés que las inspiró. No nos pertenecen: son debidas á su último amante dando á un amigo suyo la noticia de la muerte de la famosa cortesana. Fíjese el lector en la carta y deduzca el grado de bajeza á que había descendido aquella sociedad entregada á los placeres.

«Ha muerto la bella Lais, ó Euticle carísimo; ha muerto dejándome heredero de muchas lágrimas, y la memoria de un amor dulcísimo que para

mí no se ha convertido jamas en mal. De Lais no me olvidaré miéntras viva: no, esto no será jamas. Si digo que haría la apología de las meretrices, no diría más que la verdad; y si de todas partes se reunieran las cortesanas y la erigieran una estátua en el templo de Vénus ó de las Gracias, juzgaría que hacían una buena accion. Ello es que, allí donde el mundo predica que tales mujeres son malditas, infieles; que sólo miran el dinero; que aquél que más da, aquél es á quien se entregan; y que, en suma, no hay desastre que no causen á quienes de ellas se fien, Lais demostró, con su ejemplo, que todo son negras calumnias, y despreció la maledicencia comun. ¿Te acuerdas de aquel Medo, seguido de una turba de esclavos, que andaba con tanta pompa? Pues ese hombre le ofreció eunucos, esclavos, y un hermoso vestido cuajado de perlas; pero ella, contenta de estar bajo mi pobre proteccion, triste y vulgar, le excluyó de su presencia, y satisfecha con mis mezquinos favores, osó rehusar los ricos presentes y el abundante oro del Sátrapa. ¿Qué diré de aquel comerciante egipcio? ¿Cuánto oro no la ofreció? ¡Ah! no; otra mujer mejor no puede haber. ¡Lais, pues, ha muerto! ¡Lais me abandona! En adelante permanecerá sola y abandonada. ¡Qué crueldad, oh injusta Parca! ¡Yo tambien debía morir con ella! Pero en cambio la sobrevivo, y gusto de vivir con los amigos...»

Todos los filósofos anteriores á Arístipo habían comunicado gratis á sus discípulos los conocimientos que les enseñaban; pero Arístipo fué el primero de los discípulos de Sócrates—como fué tambien el más ingrato—que empezó á pedir cierta contribucion á los que enseñaba, pero se lo llevó muy á mal su maestro.

Dionisio de Siracusa, apellidado el Tirano, había constituído en su corte un foco de placeres, y se decía, al propio tiempo, que su erario estaba siempre á disposicion de los sabios, y que su mesa estaba siempre magníficamente servida. No se necesitaba tanto cebo para atraer á Arístipo: trasladóse, pues, á Siracusa, donde desempeñó el papel de adulador más servil que haya visto ningun potentado. Las razas no degeneran, por más que se diga, y los siglos no influyen para nada en las pasiones, vicios y defectos de los hombres, que son constantemente los mismos. Las ciencias, las artes é

industrias tienen sus periodos de ascenso ó descenso; las pasiones humanas son inalterables.

Arístipo reunía las condiciones necesarias para servil adulador. Astuto, mañoso, atractivo, no perdía ocasion alguna de adular al príncipe, pero tambien aguantaba sus chanzas y mal humor con una paciencia que se confundía con la servidumbre. Á pesar de esto, su autoridad en la corte del Tirano fué extraordinaria. Dionisio le preguntó un día, con intencion de mortificarle quizas, por qué se veían perpétuamente los filósofos en las casas de los grandes señores, y nunca se veían estos en casa de los filósofos, y Arístipo le respondió con tanta intencion como agudeza: « porque los filósofos conocen sus necesidades, y los grandes señores no conocen las suyas. »

Las serviles adulaciones de Arístipo dieron pié á Diógenes el Cínico, para reprenderle más de una vez públicamente. Cierta ocasion le dijo Diógenes: « Si Arístipo pudiese contentarse con legumbres, no se humillaría adulando á los príncipes »; pero Arístipo le replicó con igual ironía: « Si Diógenes supiese hacer la corte á los príncipes, no se contentaría con legumbres. »

Aquí tienen nuestros lectores la medalla vista por sus dos caras; medalla y caras invariables. Todos los progresos de la civilizacion no han cambiado aún el más mínimo detalle de este cuadro que nos ofrece la humanidad desde su aparicion en la tierra. Servilismo y adulacion por una parte; orgullo y vanidad por otra.

Arístipo y Diógenes son los dos modelos invariables de la humanidad: el uno se divierte, el otro quiere que le admiren. Dos representaciones distintas en filosofía: como el llanto y la risa de otros dos filósofos; como el bien y el mal en lucha contínua mútuamente desde las primeras horas del mundo.

Las doctrinas de Arístipo, tan distintas de las de su maestro Sócrates, tuvieron, como era consiguiente, muchos prosélitos, que siempre los tiene seguros y en gran número cuanto halaga las pasiones humanas. Sin embargo, tenemos de Arístipo una preciosa sentencia que quisiéramos grabada en los corazones de todos los hombres y especialmente de los pueblos donde se

hacen grandes alardes de la libertad en todos los terrenos. Preguntado una vez «en qué son los filósofos superiores á los demas hombres», dió esta magnífica y dignísima respuesta digna de grabarse al frente de todas las Constituciones: «en que vivirían como viven, aunque no hubiera leyes.»

No podemos, ni debemos extendernos en explicaciones acerca de las sectas ó escuelas filosóficas; pero se nos hace necesaria la mencion de uno de los discípulos de Arístipo, quien, ademas de los otros principios de la escuela cirenáica, enseñó públicamente el ateismo. Su doctrina le valió el destierro, así como más adelante le costó la vida. No daríamos nosotros una pena menor á los ateos, si los hay. Entre un lobo que degüella á un inocente cordero, sin sentir lástima ni remordimientos, porque obra sin conciencia, por instinto, sin temor á un castigo despues de su muerte; y un ateo, que, no creyendo en un Sér Superior, omnisciente, puede cometer crímenes sin cuento, con sólo guardarse de la justicia humana, ya que no existe para él la divina, no acertamos nosotros á ver ninguna diferencia, ni es posible que nos la demostrase nadie, porque es indemostrable; de consiguiente, si se levantan somatenes en una comarca para la extincion de las manadas de lobos, ¿por qué no se ha de condenar á la última pena al que, sin temor de un poder más allá de este mundo, puede cometer con la mayor sangre fría los más horrendos crímenes, salvadas siquiera las apariencias para burlar la accion de la justicia humana?

Los pueblos paganos, los entregados á todos los excesos de la disolucion se sublevan é indignan contra un filósofo que se atreve á hacer pública ostentacion de ateismo; pero no se contentan con indignarse, sino que condenan á muerte, y matan al osado que manifiesta su creencia contraria, y, sin embargo, aún no sabemos que se les haya dado el título de intolerantes. Los antiguos, paganos y todo, creían digna de muerte la opinion opuesta á la comun y general creencia de la existencia de Dios, fueran aquéllos monoteistas ó politeistas; y nuestro siglo, que blasona de civilizado, pero que no lo es tanto como presume, no sólo no condena á muerte á los ateos, sino que les fía los primeros destinos del Estado, cuando no merecen siquiera ni el último del escalafon social, porque debe fiarse todo á su honradez

personal que es ilusoria desde el momento que no hay fiador superior á ella. La civilizacion actual ha cometido muchos, muchísimos errores, y no es el menor de ellos tolerar la manifestacion de ciertas doctrinas nocivas, perjudiciales en grado superlativo. Y la inconsecuencia no puede ser mayor, ni más evidente. Todos los días se establecen cordones sanitarios, se sujetan procedencias á cuarentena, se fijan zonas, etc., etc.; y todo esto se hace en nombre de la libertad y de la seguridad de las naciones, y, sin embargo, no se adopta ninguna medida coercitiva contra las doctrinas disolventes de los principios sociales que son el apoyo y sosten de los pueblos, más que la fuerza de las armas en que se confía neciamente. Y nótese que la aparicion del ateismo en la antigüedad, se debe á una escuela, mejor dicho, á un discípulo de una escuela sumergida toda en las orgías y bacanales de prostitutas, proponiéndose por último fin el deleite de los sentidos.

No podemos pasar por alto un rasgo que nos pintará, mejor que cuanto pudiéramos decir, la cultura del iniciador del ateismo.

Desterrado Teodoro por los cireneos, se refugió en Atenas, y despues Tolomeo, hijo de Lago, le recibió en su corte, y le envió un día en calidad de embajador á Lisímaco, á quien habló el filósofo con tanto desahogo y descaro, que el príncipe se vió obligado á decirle: «creo, Teodoro, que te imaginas que no hay reyes como que no hay dioses.» Vemos pues que quien hablaba tan libremente á un rey, no satisfecho con ser ateo, era tambien descortés. ¿No es la mayor de las descortesías el alarde de ateismo?

La reaccion es una ley ejercida no sólamente en física, sino en política, moral y en cuanto desarrolla una fuerza contra un objeto opuesto. Las doctrinas de la escuela cirenáica debían obrar lógicamente, y la fuerza de la lógica debía necesariamente producir, y produjo, una secta opuesta. Fué esta la cínica, fundada por Antístenes, y llevada á su exageracion por Diógenes, enemigos declarados de que consistiera el deber del hombre en la satisfaccion de los deleites. Su moral consistía en el exámen y razon de las acciones humanas y reprension pública de las costumbres. El orgullo de la secta cínica era tan grande como la libertad que se tomaba sobre todos los demas hombres. La exageracion en más ó en ménos será siempre un defecto,

y la secta cínica llevó su exageracion más allá de lo creíble, incurriendo en defectos peores que los que intentaba censurar.

Diógenes, que fué el verdadero representante de la secta cínica, tuvo máximas de moral extremadamente perniciosas. Al pudor lo llamaba debilidad, é insultaba descaradamente todos los actos de moderacion y rubor natural. Queriendo hacer amable la virtud, la hacía odiosa y repulsiva por los obstáculos que le oponía y por los excesos á que la sometía.

Diógenes no poseía más que un palo, una alforja y una escudilla: esta la tiró un día por innecesaria, porque podía beber en el hueco de su mano. Siempre iba con los piés descalzos, y un tonel ó cuba le servía de casa. Sabido es hasta de los niños la altiva respuesta que dió á Alejandro cuando le visitó en Corinto. Juvenal y Séneca, al hablar de esta visita del más afamado conquistador del mundo al representante de la pobreza, tienen por más grande al filósofo que al conquistador. Sin embargo, no hay ni por pienso la más mínima humildad en la desnudez y pobreza de Diógenes. Entre Alejandro con un mundo rendido á sus armas y Diógenes no teniendo ni ambicionando nada, no hay en nuestro concepto, un grado de diferencia: son dos vanidades en dos distintos sugetos: vanidades al fin, aunque representadas de diferente manera. Así como la moneda más falsa es la que más se parece á la buena, son los vicios peores los que más se asemejan á las virtudes, y es muy probable que las virtudes de Diógenes—como las de su secta—eran vicios mal disfrazados.

Muchos filósofos de la antigüedad prescindieron completamente de la ciencia para dedicarse única y exclusivamente al estudio de la moral. Esto es lo que sabemos de Sócrates y muchísimos otros. Diógenes hizo tambien otro tanto. Todo lo que no pertenecía á la moral era, en su concepto, vano y pueril, y por esto se burlaba de los demas filósofos con sarcástica mordacidad, y frecuentemente con razon, puesto que las bases y principios de la moral son fijos, eternos, al paso que los de la ciencia humana están sujetos á mil cambios y variaciones.

Platon conoció perfectamente á Diógenes. Habiendo éste entrado un día en la casa de Platon, que estaba alhajada con alguna magnificencia, se

puso de piés sobre un hermoso tapiz y dijo: «echo á los piés el orgullo de Platon.» «Sí, replicó este, pero con otra especie de orgullo.» Y el orgullo es indudablemente el principio del mal, porque se le encuentra mezclado en las diversas enfermedades del alma.

Pasemos por alto las sectas megárica, la elíaca y la erétrica que nada de particular ofrecen para el objeto de nuestra obra, y fijémonos un momento en la académica, fundada por Platon, aprovechado discípulo de Sócrates.

Platon fué uno de los filósofos que abarcó todas las materias dignas de estudio; apartándose en esto de su maestro y otros dedicados sólamente, como ya lo hemos dicho ántes, á la contemplacion de la moral.

Visitó este filósofo el Egipto, donde estuvo mucho tiempo en relaciones íntimas con los sacerdotes de aquel país, quienes le iniciaron en los misterios de su ciencia. Supónese tambien que leyó allí los libros de Moisés. Despues pasó á Sicilia, y observó atentamente las erupciones del Etna.

Su vasto talento concibió y formó un plan de filosofía.

Tocante á las cosas naturales y sensibles opinaba, como Heráclito, que no había más que un mundo, que todas las cosas se producen de sus contrarias, que el movimiento produce los seres, y los disuelve la quietud. Este era su sistema físico.

Respecto á la metafísica, ó á lo concerniente á las verdades intelectuales, enseñaba como Pitágoras, la existencia de un solo Dios criador de todo lo visible é invisible; la inmortalidad del alma; que los hombres deben trabajar solamente para limpiarse de sus pasiones y vicios, á fin de unirse con Dios; que en la otra vida hay premios para los buenos y castigos para los malos; que entre Dios y los hombres hay diferentes órdenes de espíritus, que son los ministros del sér necesario.

Como buen discípulo de Sócrates no olvidó Platon el cultivo de la moral, y en esto y en las materias políticas seguía á su maestro. Reducíalo todo á las costumbres y sólo trabajaba para inclinar á todos los hombres á que cumpliesen con las obligaciones anexas al estado en que la Providencia les había puesto.

No se contentó el privilegiado talento de Platon con la inmensidad de

este estudio, sino que perfeccionó asimismo la dialéctica, conocida por el arte de discurrir con órden y método, á fin de hallar la verdad.

Platon había nacido poeta: compuso algunas tragedias, pero las quemó á la edad de veinte años, despues de haber oído á Sócrates. Inclinóse despues únicamente á la filosofía, y como tenía excelentes disposiciones para la virtud, aprovechóse tan bien de las lecciones de su maestro, que á los veinticinco años dió señales de extraordinaria prudencia.

Excepto las cartas, todas las obras de Platon están escritas en forma de diálogo, modo que eligió exprofeso como más familiar, agradable y variado, al mismo tiempo que más propio para instruir y persuadir que otro alguno.

Quintiliano dice, hablando del estilo de Platon, que no puede imaginarse cosa más grande, noble y majestuosa, de suerte que parece habla el lenguaje, no de los hombres, sino de los dioses. El número y cadencia hacen en él una armonía, que casi no cede á las de las poesías de Homero; el aticismo que entre los griegos era, en cuanto al estilo, lo más fino, delicado y perfecto que había en todo género, reina generalmente en él y se deja conocer de un modo muy particular.

Sabemos ya que Platon no sólo nació poeta, sino que, en edad muy temprana, había escrito algunas tragedias que entregó á las llamas despues de haber oído á su maestro Sócrates. Quizas nos dé esto la clave para la inteligencia de lo que dijo Platon en su segundo libro de *la República*, acerca de la funesta influencia de los escritos de Homero en la inteligencia de los jóvenes. No con ánimo de prejuzgar una cuestion gravísima por todos conceptos, sino con el intento de que nuestros lectores sepan la opinion de un filósofo tan ilustre como Platon, nos tomamos la libertad de traducir el citado pasaje, para que, teniéndolo el lector á la vista, pueda formar juicio por sí mismo, dispensándonos á nosotros que emitamos el nuestro.

«*Platon.*—Tú no ignoras que lo más importante en todo es el comienzo, especialmente respecto de seres jóvenes y tiernos; porque entónces se modelan y reciben el carácter que se les quiere imprimir.

»*Adimanto.*—Tienes razon.

»—En este caso, toleraremos que los niños escuchen toda clase de fábu-

las imaginadas por el primero que se presente, y que su inteligencia adquiera opiniones contrarias la mayoría de las veces á las que nosotros creemos que necesitan en la edad madura?

»—No; jamas.

»—Es menester, pues, ocuparnos desde luégo de los que componen fábulas, escoger lo bueno que tengan y rechazar lo demas. Obligaremos á las nodrizas y á las madres á contar á los niños las fábulas que habremos escogido y á servirse de ellas para formar sus almas con más cuidado aún del que se toman para formar sus cuerpos. En cuanto á las fábulas con que les divierten actualmente, es preciso desechar la mayor parte de ellas.

»—Cuáles?

»—Juzgaremos de las pequeñas composiciones de este género por las más grandes; porque, grandes y pequeñas, es muy necesario que estén hechas sobre el mismo modelo y produzcan igual efecto. ¿No es verdad?

»—Sí; pero no alcanzo cuáles son esas grandes fábulas de que tú hablas.

»—Las de Hesiodo, de Homero y de los demas poetas; porque todas las fábulas que han contado y cuentan todavía á los hombres, están llenas de mentiras.

»—Pero qué fabulas son esas, repito, y qué censuras en ellas?

»—Censuro en ellas lo que ante todo y por cima de todo debe ser censurado, mentiras de un carácter muy depravado.

»—Qué intentas decir?

»—Mentiras que desfiguran á los Dioses y á los Héroes, semejantes á retratos que no tuviesen ninguna semejanza con las personas que el pintor hubiese querido representar.

»—Convengo en que esto es digno de censura; pero ¿cómo comprende esta censura á los poetas, á Homero?

»—Primeramente ha imaginado acerca del mayor de los Dioses la mentira más grande y más monstruosa, la que refiere que Urano hizo lo que le atribuye Hesiodo, y cómo Crono se vengó de él. Aun cuando fueran verdaderas la conducta de Crono y la manera con que á su vez le trató su hijo,

fuera, en mi concepto, necesario tambien evitar contarlas de esta manera á personas faltas de razon, á niños; sería preferible mantenerles en profundo silencio, ó, si es necesario hablar de ellas, hacerlo con todo el aparato de los misterios, ante un corto número de oyentes, despues de haberles hecho inmolar, nó un cerdo, sino alguna víctima preciosa y rara, á fin de hacer todavía más reducido el número de los iniciados.

»—Es indudable, porque semejantes relaciones son peligrosas.

»—Por esto, querido Adimanto, estarán prohibidos en nuestro Estado, donde no estará permitido decir á un niño que cometiendo los mayores crímenes no hace nada extraordinario, y que tomándose la más cruel venganza de los malos tratos que haya recibido de su padre, no hace más que seguir el ejemplo dado por los primeros y más grandes de los Dioses.

»—No, por Júpiter, no es bueno decir esto.

»—Y si nosotros queremos que los custodios del Estado miren como una infamia quejarse entre sí por cualquier motivo, callaremos absolutamente las guerras de los Dioses, los lazos que se tienden y sus contiendas. Por otra parte, nada hay de verdad en estas fábulas. Conviene guardarse tambien de dar á conocer, ya por relatos, ya por representaciones figuradas, las guerras de los gigantes y los odios de toda especie que armaron á los Dioses y á los Héroes contra sus deudos y amigos.

»Al contrario, si queremos persuadir que jamas reinó la discordia entre los ciudadanos de un mismo Estado, y que no puede reinar en él sin delito, es preciso que los ancianos de ambos sexos no digan nada á los niños desde su más tierna edad, y á medida que adelantan en la vida, que no tienda á ese fin, y es preciso que los poetas estén obligados á dar tambien igual sentido á sus ficciones. Tambien estará prohibido entre nosotros decir que Juno estuvo cargada de cadenas por su hijo, y que Vulcano fué precipitado del cielo por su padre, por haber parado los golpes dirigidos contra su madre, y narrar todos esos combates de Dioses imaginados por Homero, sea que en ellos haya ó no alegoría; porque un niño no está en estado de distinguir lo que es alegórico de lo que no lo es, y todo lo que se entrega á la inteligencia crédula de esta edad se graba en ella con rasgos indelebles. Por esto importa

en extremo que lo primero que oiga, sean fábulas las más adecuadas para inducirle á la virtud.

»—Esto es sensato, pero ¿qué contestaríamos si se nos preguntara cuáles son las fábulas que es conveniente hacer?

»—Mi querido Adimanto, ni tú ni yo somos poetas en este momento, sino fundadores de un Estado. Nos conviene saber segun qué modelo deben los poetas componer sus fábulas y prohibirles que se aparten de él, pero no nos toca á nosotros ser poetas.

»—Tienes razon; pero qué reglas dictarías tú para la composicion de las fábulas cuyo objeto son los Dioses?

»—Hélas aquí. Primeramente..... siendo Dios esencialmente bueno, no es causa de todo, como se dice á menudo; sólo es causa de un corto número de las cosas que nos suceden, pero no de las demas; porque nuestros bienes son en muy reducido número comparados con nuestros males; ademas, él es la única causa de los bienes; pero, tocante á los males, es preciso buscar su causa en todas partes fuera de él.

»—Nada más verdadero, en mi concepto.

»—No debe admitirse por la autoridad de Homero ó de otro cualquier poeta un error, tocante á los Dioses, tan absurdo como este:

«..... En la entrada del palacio
»De Júpiter, hay dos grandes toneles;
»Uno de males lleno, otros de bienes.»

«Ni que aquél para quien Júpiter saca del uno y del otro,

«Ora experimenta males, ora bienes.»

«Pero que aquél para quien no saca sino del lado malo

«El hambre le devora y le persigue
»Sobre la tierra, madre fecunda.»

«Y en otra parte:

«Júpiter es quien reparte
»El bien y el mal en la tierra.»

«Si un poeta nos cuenta que Júpiter y Minerva fueron los que indujeron á Pandora á quebrantar la fe de los juramentos y la tregua, le negamos nuestros elogios. Lo mismo diré de la pendencia de los Dioses apaciguada por el fallo de Témis y Júpiter. Tampoco permitiremos decir como Esquilo, en presencia de jóvenes:

«Cuando Dios á una familia
»Quiere del todo arruinar,
»La ocasion de castigarla
»Él mismo hace brotar.»

«Si algun poeta representa en la escena, donde se declaman sus versos, las desgracias de Niobe, ó de la familia de Pelope ó de los Troyanos, no toleraremos que diga que semejantes desgracias son obra de Dios; ó, si se las atribuye, debe dar razon de ello casi como nosotros: debe decir que Dios no hace nada que no sea justo y bueno, y, que el castigo se ha convertido en provecho de los culpables. Si nosotros no toleramos tampoco que el poeta llame desgracia al castigo y atribuya esta desgracia á Dios, le permitiremos decir que los malos son dignos de lástima, en cuanto han necesitado un castigo, y que Dios, castigándoles, les ha hecho bien. Empleemos, empero, todos los medios de que dispongamos para refutar á quien dijere que un Dios bueno es autor de algun mal; jamas en un Estado que debe tener buenas leyes, deben, ni ancianos ni jóvenes, hablar ni oir semejantes discursos bajo el velo de la ficcion, sea en verso sea en prosa, porque son impíos, peligrosos y absurdos.

»—Esta ley me gusta mucho y tiene mi aprobacion.

»—De esta manera la primera de las leyes y reglas acerca de las cosas religiosas prescribirá el reconocimiento, así en los discursos ordinarios

como en las composiciones poéticas, que Dios no es el autor de todo, sino sólamente del bien.

»—Esto basta.

»—Hé aquí, pues, cuál será la segunda ley: Debe mirarse á Dios como un hechicero que se complace en cierto modo en tendernos lazos; ya dejando la forma que le es propia, para tomar extrañas figuras, ya engañándonos por cambios aparentes, y haciéndonos creer que son reales? ¿No es más bien este un sér simple, y de todos los séres el que sale ménos de su forma?...

»Es, pues, imposible que Dios quiera darse otra forma, y siendo cada uno de los Dioses, por su naturaleza, tan excelente como puede serlo, debe conservar la forma que le es propia en una inmutable simplicidad.

»—Paréceme que esto es enteramente necesario. Que ningun poeta se atreva pues á decirnos, mi querido amigo:

«...los Dioses, tomando la figura
»De viajeros de algun país remoto,
»Las ciudades recorren y los pueblos
»Con hábitos muy extraños é impropios;»

ni á contarnos sus mentiras acerca de Proteo y Tétis, ni representarnos en la tragedia, ó en otro poema cualquiera, á Juno bajo la figura de una sacerdotisa que mendiga

«Para los niños bienhechores
»Del río Argio Inaco,»

ni finalmente, imaginar otras muchas ficciones semejantes. Que tampoco las madres, por la fe de los poetas, vayan á espantar á sus hijos narrándoles malos cuentos de que hay Dioses que vagan errantes durante la noche, bajo la figura de extranjeros de todos los países; porque esto sería injuriar á un mismo tiempo á los Dioses y hacer á los niños mucho más tímidos todavía.

»Dios, esencialmente simple y verdadero, en palabra ó en accion, no cambia de forma ni engaña á nadie, ni por medio de fantasmas, ni de discursos, ni por signos enviados por él en la vigilia ni en los sueños.

»—Paréceme innegable todo esto.

»—Tú apruebas, pues, esta segunda ley: Nadie en las conversaciones ordinarias ni en composiciones poéticas, representará á los Dioses como hechiceros que toman diferentes formas y nos engañan por mentiras de palabra ó de hecho.

»—Sí, la apruebo.

»—De este modo, á la par que alabando muchas cosas en Homero, no elogiaremos el pasaje en donde cuenta que Júpiter envió un sueño á Agamenon.

»Cuando un poeta venga á hablarnos de esta manera de los Dioses, nos negaremos indignados á oirle, y se prohibirán igualmente semejantes discursos á los maestros encargados de la educacion de la juventud; nosotros queremos que nuestros guerreros sean hombres religiosos y semejantes á los Dioses, en cuanto puede permitirlo la flaqueza humana.

»—Yo apruebo estas reglas y opino porque se conviertan en otras tantas leyes.»

* * *

Fijándonos un momento en los escritos de Platon, especialmente en los que corresponden á su obra llamada *La República*, podremos formar excelentes comparaciones acerca del estado de la civilizacion de su época, ya que pudo condensarlas tan magníficamente con el auxilio de su poderoso genio.

«El fin del gobierno, dice, es hacer felices á los súbditos, haciéndolos virtuosos.» No nos dice el filósofo que el fin del gobierno sea mantener ejércitos poderosos, permanentes, que hagan temida y respetada la nacion que los sostenga; no dice tampoco que deba ser el fin del gobierno ensanchar el

territorio, manteniendo en contínua alarma á los Estados fronterizos; no dice tampoco que deba ser el fin del gobierno ridiculizarse ante propios y extraños inmiscuyéndose quijotescamente en los asuntos religiosos, y mucho ménos en mortificar creencias arraigadas; nada de esto, ni mucho ménos debe ser el fin de todo gobierno formal, sério, juicioso, y que pretende mirar por la honra de sus subordinados: debe procurarles la felicidad, haciéndolos virtuosos. Y esto es muy lógico, como lo eran los grandes filósofos. El hombre virtuoso ama el bien y odia el mal, procura su bienestar propio y el de sus semejantes: al que hace esto, se le da por añadidura todo lo demas, y como carece de envidia y ambicion, vive tranquilo y satisfecho, respirando una paz desconocida de los hombres aguijoneados por las pasiones.

Y no se crea que Platon, al exponer su plan de gobierno, se limitara á un horizonte reducido, mezquino. «Cuando hablamos de una república feliz, dice, no pretendemos limitar esta felicidad á algunos particulares sólamente, á los principales de la ciudad, á los nobles, á los magistrados: entendemos que todos aquellos que componen esta ciudad, esta república, son felices cada uno en su condicion, y segun su estado, y esta es la esencial obligacion de aquél que se encarga de gobernarla.

»Sucede en una ciudad ó en un Estado lo que en el cuerpo humano. El cuerpo se compone de la cabeza y de los miembros, y entre estos miembros unos son más nobles, más distinguidos, más necesarios que otros. ¿Se podrá decir que el cuerpo está sano y en buen estado, cuando el menor y el más ínfimo de los miembros está enfermo?»

¿Procuran los legisladores modernos la felicidad de sus gobernados, inculcándoles máximas de virtud, llevándoles por los rectos caminos que podrían conducirles á la posesion de la virtud, y, por consiguiente, de la felicidad? La inmoralidad que reina, más ó ménos desenvuelta, en todos los actos de la gobernacion del Estado, las miserables rivalidades de partido sostenidas por vencedores y vencidos; el caciquismo, el padrinazgo, las influencias, las camarillas, los cohechos, la impunidad, la improvisacion de muchas fortunas, ¿son medios de sembrar la virtud en los pobres súbditos

que saben, aunque no comprendan, gran parte de todos estos fenómenos, baldon y vergüenza de la cacareada civilizacion moderna?

Los pueblos actuales carecen de la armonía exigida por Platon entre todas las clases sociales, para llegar á la constitucion de la unidad que forma un buen Estado; pero no ya sólo carecen de ella, sino que diariamente se minan los débiles principios sobre que se sostienen aún como por milagro, pero que se derrumbarán infaliblemente arrastrando en pos de sí á los Estados, si Dios no lo remedia, que lo vemos muy improbable.

La naturaleza es inexorable en sus leyes: dada una causa, los efectos son forzosos; entre el pueblo se han sembrado muchos vientos; las tempestades se recogerán tarde ó temprano, pero necesariamente. Si no se ha sembrado virtud, no puede recogerse felicidad, y el malestar se indicará por sacudidas, por enfermedades sociales que trastornarán el cuerpo reduciéndole á un estado anormal cuya curacion exigirá remedios muy heróicos, amputaciones dolorosas, pero inevitables, si no se le quiere dejar perecer entre horribles convulsiones.

Hay entre todos los habitantes de una ciudad—dice en sustancia Platon —una mútua relacion de necesidades y socorros, que hacen entre ellos una union admirable. El príncipe, los magistrados, los ricos, necesitan alimentos, vestidos, casas. ¿Qué se harían si en una clase inferior no hubiese personas destinadas para abastecerlos de todas estas necesidades? Lo previno la Providencia estableciendo diferentes condiciones ocasionadas por la necesidad. Si todos fuesen ricos, no habría ni labradores, ni albañiles, ni artífices. Si todos fuesen pobres, no hubiera ni príncipes, ni magistrados, ni generales de ejército, capaces de gobernar y defender á los otros. Esta mútua dependencia estableció las ciudades y juntó y unió, en el recinto de unas mismas murallas, una multitud de hombres de diferentes empleos y diversos oficios, necesarios todos para la utilidad comun, y de los que ninguno, por consiguiente, se debe desatender, y mucho ménos despreciar por el que gobierna. De esta variedad de talentos, condiciones, empleos y oficios, reducida en algun modo á la unidad, por esta mútua comunicacion, y dirigirse todos á un mismo fin, resulta un órden, una armonía, una conformidad de maravillosa hermo-

sura; pero, supone siempre que, para que sea el todo perfecto, debe tener cada parte su perfeccion y adorno.

El buen sentido de Platon, para fundar su república, no le llevó á las utopías tan de moda actualmente, que envenenan á las pobres clases inferiores de la sociedad, imbuyéndoles ideas ambiciosas, codiciosas, contradictorias, porque se fundan en el deseo de lo que maldicen. Odian á las clases privilegiadas, porque ellos no lo son. Aspiran á ser lo que quieren hacer desaparecer. Y no crean estos infelices que les culpemos á ellos por su inconsecuencia, porque dentro del círculo donde ellos se mueven, están perfectamente en razon, y obran guiados por la más consecuente lógica. Admitidas las premisas, forzoso es admitir la consecuencia.

La resignacion, el trabajo, el ahorro: hé aquí lo que no debieran olvidar las clases desvalidas ó desheredades de la fortuna. Y debieran hacernos tanto mayor caso, cuanto el que se honra dándoles este prudente y sano consejo es un hijo del trabajo como ellos, sin más bienes de fortuna que la salud que Dios le da para trabajar, y el fruto que le resulta de gastar su vida en el rudo trabajo en que le puso la Providencia.

Y ya en este terreno, y valga por lo que valiera, queremos permitirnos una observacion, que podrá parecer disfrazada con ropaje egoista, pero que no lo es en verdad.

Los que aspiran á la mejora de su estado empeorando el de las clases ricas no deben olvidar una cosa muy vulgar y trivial, por de pronto, y es que ellos no han de lograr nunca para sí, ni para los venideros lo que constituye su bello ideal. Pues bien, si es cierto, como lo es, que no han de lograrlo para sí, porque entablada la lucha, sería dudosa la victoria, y dado que la alcanzaran ellos, está demostrado práctica y científicamente que es una utopía; dicta la más vulgar prudencia que fuera temeridad empeñarse en la consecucion de una cosa que no puede aprovechar á quien la pretende, y que no pueden disfrutar los venideros, porque si utópico es para la generacion que luchara, utópico fuera para la beneficiada con el resultado de la lucha, por la imposibilidad intrínseca de conservar intacta é invariable y con provecho la cosa conquistada.

El tratado de *la República* es la obra maestra de Platon, que no es más ni ménos que una aplicacion de sus principios morales. Con ella clasifica las diferentes formas de gobierno, dividiéndolos en legal, natural, consuetudinario, hereditario y violento ó tiránico. En su concepto, el mejor es el aristocrático. No hay duda que algunos principios contenidos en las obras de Platon son nocivos y erróneos, y por consiguiente, como tales merecen ser condenados; pero es cierto asimismo que la mayor parte de ellos tendrán siempre aplicacion en toda república bien organizada, porque son imperecederos como lo son los fundamentos de su moral la más pura. Esta pureza, tan noble y distinguida, fué causa de que el sabio Clemente, una de las glorias de la escuela de Alejandría, dijera que las ideas morales de Platon sirvieron á los griegos para prepararlos al Evangelio, como la ley á los hebreos.

Ya indicamos ántes que Platon comprendió en su sistema filosófico todos los ramos de la filosofía. Establece dos clases de seres, uno independiente, que existe en virtud de la naturaleza misma que la constituye, y otro que debe su existencia al Criador. Sabemos ya que admite la creacion del mundo, y todos los seres que lo pueblan están precedidos por el Sér supremo, sér superior, dotado de todas las perfecciones imaginables, y juez recto que premia ó castiga en la otra vida segun las obras en esta. Es evidente que de tales principios tan conformes con muchos de los del Cristianismo, no puede ménos de resultar la moral más pura, de modo que Platon fué el primer escritor pagano que se expresó de una manera tan sublime respecto de la divinidad, de sus atributos y de la existencia y justicia futuras.

Cierto que Platon incurrió en muchos errores filosóficos y admitió muchos absurdos; pero tambien lo es que modificó otros en que incurrieron algunos filósofos, como la metempsícosis, y mucho que pudiéramos decir acerca de las ideas, si no fuera una materia demasiado abstracta para tratada en esta obra.

Dedicóse tambien Platon con buen éxito á la aritmética, geometría y astronomía.

En el *Epinomis*, ó apéndice de las leyes, debido al mismo Platon, leemos lo siguiente, tocante á la astronomía:

«Debe saberse que la astronomía es una ciencia aficionada á la sabiduría suprema. El verdadero astrónomo no es aquel que, segun Hesiodo, observa la salida y la puesta de las estrellas y los demas fenómenos de este género; sino aquel que conoce el movimiento de las ocho esferas, que sabe cómo ruedan las siete últimas debajo de la primera, y segun qué órden acaba su revolucion cada una de ellas. Para semejantes descubrimientos se necesita un hombre de talento. Debe decirse en primer lugar que la luna recorre su órbita con la mayor celeridad y que hace tambien lo que se llama el plenilunio y el mes. Debe considerarse tambien al sol que, en su revolucion, trae los solsticios y los cambios de las estaciones, sin omitir el curso de los planetas que le acompañan. Finalmente, se deben determinar las demas revoluciones que es difícil conocer á fondo.

»Es necesario, empero, que las inteligencias estén preparadas primero por el estudio de las ciencias que están relacionadas con ella, despues por el uso y por un largo ejercicio, no sólamente desde la juventud, sino desde la infancia. Se tiene necesidad de las matemáticas y sobre todo de la ciencia de los números, desde las que se pasará luégo á la que ridículamente se ha llamado la geometría.»

Por estas últimas palabras comprenderá el lector cuán atrasada estaba en tiempo de Platon la ciencia, ya que le parecía al filósofo la palabra geometría, que es lo mismo que *medida de la tierra*, una palabra demasiado pretenciosa para aplicada al objeto significado por ella.

En los libros del *Critias*, y del *Timeo* nos habla Platon de la *Atlántida*, haciendo un brillante elogio de los pobladores de dicha isla, diciéndonos de ellos que *no se apartaban de la templanza*, y *comprendían que la concordancia con la virtud aumenta todos los demas bienes*. La Atlántida, si hemos de atenernos á ciertos autores, era una gran tierra ó isla, conocida hoy únicamente por las disputas que se han suscitado entre los modernos acerca de su existencia y el punto que ocupó.

Nuestro filósofo dice que se hallaba situada en frente del estrecho de Gades; sus habitantes conquistaron toda el África y la Siria, y amenazaron la Grecia: un terremoto destruyó las casas y desapareció la isla bajo las olas.

Creen otros que era una grande isla, la cual se extendía desde las Canarias hasta las Azores, y que estos dos grupos de islas son los restos de aquella tierra, que fué sumergida por algun cataclismo ó á consecuencia de conmociones volcánicas. Platon dice que la Atlántida desapareció por una decision del dios de los dioses, *quien lo gobierna todo segun la justicia y á quien no se le oculta nada.*

Por lo que acabamos de ver de los sistemas filosóficos de Platon, sabemos el desarrollo de la civilizacion griega en sus manifestaciones científicas y literarias, que sentimos no poder presentar á nuestros lectores con toda la extension que deseáramos, porque se van reduciendo muy mucho los límites dentro de los que debemos circunscribirnos. Sin embargo, debemos una aclaracion, y faltaríamos á nuestro deber omitiéndola.

Es verdad que Platon es un astro refulgente en la esfera de la filosofía griega; es verdad que tuvo muchos discípulos en su Academia; pero es tambien cierto que apénas si salían sus doctrinas del reducido círculo de un corto número de los que las escuchaban. Y no se crea que todos sus oyentes fueran ciegos admiradores, como se ha supuesto á veces, con el célebre: *magister dixit;* pues pasado el periodo de admiracion, salía cada discípulo de la escuela para fundar por su cuenta otra secta nueva.

Ni Sócrates, ni Platon, con sus excelentes ideas acerca de la divinidad consiguieron propagar entre el pueblo las creencias demasiado sublimes para el alcance del comun de aquellas gentes. El politeismo lo dominaba todo, pero de tal manera que los mismos ilustres filósofos adoraban en público y privadamente la multitud misma de divinidades veneradas por el populacho, despues de haber hablado elocuentemente delante de sus discípulos de un modo que no dejaba lugar á dudas acerca de su creencia en un Dios solo y único.

La luz, pues, que irradiaba en la inteligencia de los grandes filósofos griegos, como un destello de la divinidad, no conseguía iluminar el cáos, ni lograba disipar las tinieblas en que estaban sumidos los pueblos de la Grecia, acerca de las ideas religiosas más necesarias para poderse llamar civilizado un pueblo en el verdadero sentido de la palabra.

Más aún; esa contradiccion ó inconsecuencia entre la doctrina enseñada y la práctica religiosa de los grandes filósofos y de sus discípulos más aprovechados, indujo á todos al materialismo grosero, pesado, de aquellos pueblos, que les tenía encenagados en lodazales inmundos, incapaces como eran de elevarse á la region de los espíritus, creándose de este modo una porcion de sistemas absurdos, materiales todos, porque prescindían, ó equivocaban miserablemente, la accion primitiva, omnipotente, del Sér de los seres.

Esta diversidad de pareceres inconciliables debía producir, como consecuencia lógica, faltando una autoridad que se impusiera, una duda universal ó poco ménos, pero estéril, sin principios fijos, divagando en contradicciones, y dejando siempre suspenso el ánimo sin seguridad de acertar en el hallazgo de la verdad, convertida ya en un objeto ilusorio.

No podemos detenernos en hablar de ese estado de duda erigido ya en sistema ó escuela, y llevado hasta la exageracion desesperante por Pirro de Elida. Llegada la ciencia á este estado de indiferencia y duda, no ve ya más que misterios, nebulosidades, en todas las cosas, y un principio posible de contradiccion capaz de volver loco al más cuerdo, ó hacer, si eterno fuera, que el hombre dejara de ser hombre, como así lo pretendía Pirro.

Esta secta quedó perfectamente juzgada por Ciceron, diciendo de ella: «¿Es posible que sigas una secta que confunde lo verdadero con lo falso, que nos quita el uso de la razon y del juicio, que nos prohibe hacer una afirmacion y nos despoja de los sentidos? Esos pueblos cimerienses, de quienes se dice que nunca ven el sol, tienen algunos rayos, algun crepúsculo que los alumbra; pero estos filósofos en medio de la oscuridad que nos cerca, no nos dejan ni un átomo de luz que pueda iluminarnos. Nos tienen como atados con ligaduras que nos impiden todo movimiento, porque prohibirnos afirmar que una cosa puede ser, es quitarnos verdaderamente el uso del entendimiento y prohibirnos toda accion.»

* * *

Por lo visto hasta ahora, compréndese sin dificultad que la ciencia debía estacionarse; más aún, que, envuelta entre las nebulosidades y oscuridad de la duda é indiferencia, combatida ademas por la diversidad de escuelas debía desaparecer necesariamente, reducida á la nada por los mismos que debían darle esplendor y vida. Ya hemos indicado que con Sócrates no hubiera la ciencia salido de la esfera donde se movía el maestro, astro brillante sí, rodeado de gran número de esplendentes satélites tambien, pero con método ineficaz para la propagacion y difusion del saber, porque ni escribía nada, ni quería salirse de las cuestiones meramente morales, desdeñando todas las demas ciencias. Platon logró imprimir un paso de progreso con sus escritos y su mayor extension de programa, si nos es lícito expresarnos así, pero la civilizacion no sacaba de este adelanto los resultados prácticos que debían producirse en todas las capas sociales. Necesitábase un coloso de saber que concentrando en sí como en un poderoso foco de luz todos los rayos dispersos y perdidos, irradiara la verdadera ciencia, alumbrando á todas las inteligencias, corriendo los velos que ocultaban aún los misterios del saber y entregando al dominio público raudales copiosos y fecundos de sabiduría fija, exacta y segura.

La Providencia velaba por los destinos de Grecia, que eran los del mundo nuevo que debía surgir de sus ruínas, y envió un astro que eclipsó luégo de aparecido todos los que se movían en el sistema científico de Grecia, haciendo desaparecer corridas y confusas todas las sectas producidas por los disidentes de las primitivas escuelas.

La medicina, la geometría, la astronomía y otros ramos del saber llevaban una vida raquítica, aunque á veces dieran señales de energía en manos de Hipócrates, Arquímedes más adelante y de otros que hacían más ó ménos laudables y provechosos resultados para sostener el buen nombre científico de Grecia; pero faltaba dominar sobre todo lo sabido hasta entónces,

metodizarlo, purificarlo y reducirlo finalmente á cuerpo de doctrina, para que sobreviviera á todas las disputas de sectas, á todos los embates de las opiniones más ó ménos extraviadas.

Todo esto hizo Aristóteles, que así se llamaba el genio, discípulo de Platon, maestro despues en el Liceo, como Platon lo había sido en la Academia, el filósofo de mayor celebridad de cuantos ilustraron la Grecia, el que más ha dominado en todas las escuelas y cuyas doctrinas han dado motivo para los más grandes elogios como para las más aceradas censuras, por efecto de las rivalidades que han enconado las pasiones así de sus encomiadores como de sus detractores.

Cuvier, autoridad competente, nos dice de Aristóteles lo que sigue: «Ántes de Aristóteles no existía la ciencia. Parece que salió enteramente hecha del cerebro de Aristóteles, como Minerva, armada de piés á cabeza, del de Júpiter. Efectivamente, solo, sin antecedentes, sin tomar nada de los siglos anteriores, porque nada sólido habían producido, demostró y descubrió el discípulo de Platon más trabajos científicos, durante una vida de sesenta y tres años, que no han podido hacerlo despues de él nada ménos que veinte siglos, ayudados con sus propias ideas, favorecidos por la expansion del género humano sobre la superficie habitable del globo, por la imprenta, el grabado, la brújula, la pólvora y el concurso de tantos hombres de talento que apénas han podido espigar siguiendo sus huellas en el vasto campo de la ciencia (1).»

El mérito de Aristóteles sube de punto sabiendo que despues de su muerte tuvieron sus obras la desdicha de estar enterradas por espacio de más de dos siglos por incuria de sus posesores.

Estas obras, resúmen de todas las ciencias conocidas en aquellos tiempos, estaban divididas en varias clases pero con forma reducida ya á sistema. Trataba en ellas Aristóteles lógica, física, metafísica, moral, matemáticas, política, retórica, historia natural, poética, etc., etc.

Las doctrinas de Aristóteles ejercieron tan profunda como continuada

(1) CUVIER. — *Historia de las ciencias naturales.* — Tomo I.

influencia en la manera de ser los estudios filosóficos y científicos de todo el mundo, y aún actualmente, despues de una tregua producida por la invasion del racionalismo, se resucita su influencia debilitada por los que, en nuestro concepto, llevan la mejor parte en las cuestiones de verdadera filosofía.

Aristóteles destruyó todo el edificio filosófico levantado por sus antecesores, sin perdonar lo correspondiente en él á su mismo maestro Platon. Este no admitía nada cierto en la naturaleza, y Aristóteles funda toda su filosofía en un primer principio que admite una ciencia existente.

Con gusto entraríamos en la exposicion del sistema filosófico de Aristóteles, que siempre nos ha sido muy simpático, mereciendo toda nuestra aficion, si lo permitiera la índole de nuestra obra; sin embargo, como esta materia se roza con cuestiones muy trascendentales, relacionadas con el progreso y vicisitudes de la civilizacion, cuyo estudio es nuestro principal objeto, quieras que no, tendremos necesidad de hacer un alto, brevísimo por desgracia, á fin de ponernos al corriente de lo más esencial del sistema aristotélico, para formarnos ideas exactas de los problemas á que ha dado lugar, resucitados ahora en gran parte, y que tan decisiva puede ser su resolucion para los futuros destinos de las ciencias y de la misma civilizacion.

Los sofistas tenían enteramente invadido el campo de la ciencia en tiempo de Aristóteles, como lo tienen ahora en gran parte, acudiendo á distintos recursos. El objeto de Aristóteles fué destruir el falso método de raciocinio adoptado por aquellos falsarios, enseñando otro nuevo para descubrir y conocer exactamente la verdad, y escribió á este fin el magnífico tratado de su lógica.

En su filosofía se ocupó Aristóteles de Dios, esencia espiritual, infinita, incorruptible, invariable, etc., etc.; del alma humana, emanacion desprendida del supremo Dios etc., etc. En física se le debe el famoso principio de la materia y la forma como constitutivos de todos los cuerpos. Reduce á cuatro las causas: la material de que se hace todo; la formal, que es la que da el sér á todo; la eficiente que lo produce todo, y la final á que va á parar todo. En todas las cosas obra la naturaleza por algun fin propuesto.

En la Historia natural asombra el vasto plan concebido y llevado á cabo por Aristóteles. De esta historia dice Buffon que es quizas la mejor que se conoce en su género.

En moral sienta esta magnífica y bella máxima: «La causa final de todas las cosas es el bien, porque el bien es el fin de todas sus producciones.» Establece que hay una felicidad que hace consistir, no en los placeres de los sentidos, ni en las riquezas, ni en los honores, ni en bienes corporales sino en la práctica de la virtud. Esta es una operacion libre de la voluntad, que se decide ó determina por el bien, eligiendo entre este y el mal. El tratado de las virtudes de Aristóteles forma un tratado excelente de moral.

Como la felicidad es el bello ideal á que debe aspirar toda civilizacion, cometeríamos una falta que no sabríamos perdonarnos, si omitiéramos aquí algunos pormenores tratados en este punto por Aristóteles.

La felicidad es el principio y el fin de la moral. La virtud es el único medio de adquirir la felicidad, pero la prosperidad y las riquezas pueden tambien contribuir para conseguirla: la felicidad suprema consiste en la accion y se divide en práctica y especulativa. Tocante á nuestras acciones y conducta no basta conocer y especular, sino que se necesita practicar. Los raciocinios pueden influir en las personas bien nacidas, pueden hasta encender en el corazon de los jóvenes el amor de la virtud; pero no producirán jamas este efecto entre el vulgo que sólo se guía por el temor y no por el recato, y que no deja de cometer un crímen por la infamia, sino por el castigo. Porque no concibe la idea ni el gusto de lo bueno y es un esclavo en todo de sus sentidos, se procura sólamente el placer yendo en pos de los medios que pueden facilitárselo, no evitando sino lo que le desagrada.

Las disposiciones naturales auxiliadas por las costumbres y la instruccion son las principales causas que pueden hacernos virtuosos, cuando no faltan recursos para conseguirlo; porque las disposiciones naturales no nos pertenecen, sino que son un don de Dios. Tampoco tienen igual influencia en todos los hombres la palabra y la instruccion; sino que así como se labra la tierra, es preciso disponer el alma de quien nos escucha, si queremos que odie al mal y ame al bien animado por buenos deseos. Los dominados por

los sentidos únicamente, no entienden ni quieren escuchar otro lenguaje, porque las pasiones, malas consejeras como son, ni dan oídos al raciocinio ni atienden más que á la fuerza. No es posible infundir virtud en el corazon humano sin preceder ántes el amor á lo bueno y el horror á lo malo, sin lo cual serán nulos cuantos esfuerzos se hagan para la civilizacion de los pueblos, porque jamas llegarán á poseer los rudimentos indispensables para una buena educacion.

Ni la juventud ni las clases inferiores de las sociedades ven atractivo alguno en la firmeza que resiste al dolor, y esto hace necesario que las leyes prescriban primeramente cuál debe ser la educacion de los jóvenes y cuándo deben entrar en la práctica de la misma. Debe seguirse al hombre hasta una edad avanzada no abandonándole desde su juventud, y de ahí la necesidad de saber lo que deben y pueden hacer las leyes. La necesidad ó el castigo impera más en los hombres que la razon ó el sentimiento, especialmente en la mayoría de las clases que constituyen la sociedad. No se llega á ser hombre de bien sin haber adquirido ántes costumbres decentes y honradas por medio de una buena educacion, y todo esto es imposible si el estado no está dirigido, gobernado, por una inteligencia recta, armada de bastante fuerza dentro de la ley.

Estas son, reducidas á una expresion la más mínima, las máximas fundamentales de la moral de Aristóteles, y debemos reconocer que la civilizacion de los pueblos no podía estar más adelantada, si se pusieran en práctica, como supo escribirlas su autor. La civilizacion no depende pues del mayor ó menor grado de desarrollo científico, sino del mayor ó menor ejercicio de las virtudes por las clases sociales: si así no fuera, no encontraríamos en el mundo civilizacion mayor que en la época que estamos estudiando, pero nos desmienten á renglon seguido las costumbres públicas y privadas de aquel pueblo, que ha podido gloriarse con tantos sabios en su seno.

En la parte física, hizo Aristóteles observaciones que no han desmentido los adelantos de las ciencias en el largo espacio de más de veinte siglos. Entre muchos errores que naturalmente debía prohijar, por falta de medios experimentales, sentó principios muy importantes: demostró la pesadez del

aire y la presion atmosférica, dijo que era imponderable el fuego é indicó otras muchas leyes cuyo descubrimiento prueba la gran fuerza de observacion de aquel hombre extraordinario.

No desagradará á nuestros lectores un extracto, debido á un sabio contemporáneo, de los conocimientos físicos de Aristóteles.

«Antes de estudiar Aristóteles las modificaciones de la atmósfera, investiga las causas de esas modificaciones y se levanta de este modo hasta la constitucion general del mundo.

»Segun él, todo lo que vemos se compone de cuatro elementos: el aire, el fuego, la tierra y el agua. Estos cuatro elementos están sobrepuestos segun su peso respectivo.

»En el centro y en la inmovilidad está la tierra, un punto en el espacio inmenso, si consideramos la distancia á que estamos del sol y sobre todo de las estrellas fijas; encima de la tierra está el agua; encima del agua la masa del aire; y más allá de los aires, el fuego ó á lo ménos una especie de fuego que es el producto del movimiento circular de la region superior en contacto con el aire colocado debajo de ella.

»De la continuacion de estos cuatro elementos resultan todos los cuerpos y todos los fenómenos sensibles.

»Sería imposible dar hoy una explicacion más satisfactoria de la formacion de las nubes, del rocío, de la lluvia, la nieve y el orígen de las fuentes y de los ríos que la que nos da en su *Meteorología*.

»El sol, dice Aristóteles, calentando la tierra cambia en vapor húmedo parte del agua que está en su superficie. Este vapor se mezcla con el aire y llega por grados á las regiones superiores de la atmósfera, y como estas regiones son más frias que las inferiores donde la reverberacion de la tierra eleva la temperatura, el vapor de agua se condensa allí y forma las nubes; y cuando estas se acumulan y el sol no tiene bastante fuerza para disiparlas, se resuelven en agua y caen en lluvia sobre la tierra; de manera que existe una doble corriente y una circulacion perpétua del elemento líquido entre la tierra y el cielo.

»La nieve no es más que el vapor de agua medio congelada y que el

aire divide á manera de criba. Durante las noches de verano, como la tierra se enfría, en la ausencia del sol, y el aire está saturado de agua en vapor, se condensa este en la superficie de la tierra y forma el rocío.

»Precisado con esto á preguntarse en qué se convierte el agua que cae á la tierra, se desvía Aristóteles del terreno de la meteorología para ocuparse en la física general del globo é investigar el orígen de las fuentes, de los ríos y del mar, la causa del salobre de las aguas y de los cambios que se observan en sus relaciones con los continentes. Esta digresion es de las más fecundas; en ninguna otra parte de la *Meteorología* se ve brillar con más vivo esplendor el genio observador y profundo de Aristóteles.

»¿Cuál es, pues, el orígen de las fuentes y el de los ríos? ¿Provienen acaso las fuentes y los ríos, como algunos lo han creído, de diferentes depósitos contenidos en las entrañas de la tierra? Algo cierto hay en esta opinion, pero no es toda la verdad por completo. Lo exactamente verdadero es que las aguas pluviales se infiltran en la tierra, rezuman por entre sus poros, se acumulan en sus excavaciones, y de ellas, brotan al exterior, y, segun su abundancia y sus afluentes, producen los arroyos, los riachuelos y los ríos.

»Las montañas de laderas cavernosas, de cumbres escabrosas, que presentan extensas superficies á las que van á condensarse los vapores húmedos, son como esponjas suspendidas en el aire de donde manan los ríos.

»La imágen es tan viva como pintoresca. Efectivamente, la mayor parte de los ríos vienen de montañas, y los más caudalosos proceden de las más elevadas. Poco trabajo le cuesta á Aristóteles dar las pruebas de esto.

»De los ríos, pasa al mar que los recibe. ¿Qué es el mar? ¿De qué procede que no disminuya ni aumente? ¿Por qué sus aguas son salobres? Estas preguntas son otros tantos temas sobre los que diserta Aristóteles con profundo conocimiento de la naturaleza y maravillosa sagacidad.

»El agua que la tierra recibe, debe necesariamente acumularse hacia los puntos más bajos de su superficie. Estas grandes depresiones forman la hondonada de los mares.

»La extension de los mares da lugar á una evaporacion activa que acabaría por agotar ese monton de agua, si la lluvia, que es una de las conse-

cuencias de la evaporacion, y la evacuacion incesante de los ríos en el mar, que es la consecuencia de la declinacion del suelo, no restablecieran el equilibrio, y no mantuvieran constantemente el nivel de los mares.

»La masa líquida de los mares, lo propio que la de la tierra, no aumenta ni disminuye, dice Aristóteles; pero en cuanto á sus partes, sufren la tierra y los mares perpétuas mudanzas, idea profunda de la que trataremos otra vez muy pronto.

»¿De qué proviene que el agua del mar, alimentada perpétuamente por la evacuacion de los ríos y por las lluvias es salobre, miéntras que no lo es el agua de lluvia ni la de los ríos? Débese esto, dice Aristóteles, á la adicion de un cuerpo extraño que no forma parte integrante del agua, pero que añade á su peso; y la prueba de que no forma parte de ella es que si sumergís en el mar un globo hueco hecho de cera, y lo dejais permanecer en él, el agua que pasa al traves de los poros, y que penetra en el interior del globo, es agua potable. La cera desempeña en este caso el oficio de un tamiz: separa del agua la materia salina y terrosa.

»Esta materia hace el agua del mar más espesa y pesada que el agua ordinaria; y no cabe ninguna duda de que es más espesa y pesada, porque naves que se sostienen difícilmente en los ríos por causa de su cargamento, puestas en el mar, no tienen más que el necesario para navegar bien.

»¿Debe por ventura el agua del mar esta cualidad á su contacto con la tierra? De ninguna manera; porque, si así fuera, los ríos que recorren la tierra serían tambien salados; lo son en cierto grado, pero infinitamente ménos que el mar. Es preciso, dice Aristóteles, que las aguas que constituyen el mar hayan estado primitivamente en contacto con superficies calcinadas, incineradas. Sólamente las cenizas pueden haber dado al mar este grado de salobre.

»Si esto es una hipótesis, no está á lo ménos desprovista de verosimilitud; está perfectamente de acuerdo con los datos actuales de la geología acerca del estado primitivo de incandescencia del globo.

»No ignoraba Aristóteles que el agua que se desprende del mar por evaporacion, abandona la sal de que está saturada; y parece que, desde su

época, se había procurado y quizas lo había intentado él mismo, convertir por un procedimiento análogo, el agua del mar en dulce; porque dice en términos expresos: Sostenemos por experiencia que evaporándose esta agua se convierte en potable y queda tal condensándose otra vez.

»La evaporacion produciría, pues, el efecto de aumentar más y más el salobre de los mares, si las aguas pluviales y los ríos que desembocan en ellos, no contrabalancearan este efecto. De esta manera la cantidad y la calidad de las aguas del mar quedan en igual estado, lo que no impide que las relaciones del mar con los continentes no varíen á veces de una manera brusca y violenta, cuyos ejemplos se tienen por los diluvios cuya memoria nos conservan la historia y la tradicion, pero más regularmente de una manera lenta é imposible á consecuencia de las acumulaciones de tierra y arena que las aguas dejan despues de ellas.

»Esto es cabalmente, dice Aristóteles, lo sucedido en Egipto. Todo el suelo de aquella comarca no parece ser más que un aluvion del Nilo.»

Las doctrinas de Aristóteles, segun lo hemos indicado ya, marcan una etapa muy señalada en los destinos de la ciencia al traves de una larga serie de siglos, y si bien decayeron mucho ante la aparicion de las aberraciones filosóficas de estos últimos tiempos, nótase ahora una reaccion á su favor que agradecen y alientan los amigos de los verdaderos estudios filosóficos en el recto y sano sentido de la palabra. Esta observacion, que ya debiera ser innecesaria, la repetimos aquí temerosos de que se nos critique la extension que damos y nos vemos precisados á dar más aún á la exposicion de los sistemas filosóficos de Aristóteles, para que se vea la profundidad y exactitud de sus asombrosas concepciones, y el por qué de la influencia que ejercieron sus doctrinas en el saber de los siglos posteriores al suyo.

Continuemos aquí la cita que hemos interrumpido poco há.

«Aristóteles sigue luégo ocupándose de los metéoros propiamente dichos. Trata de los vientos y establece una especie de analogía entre ellos y los corrientes de agua. Los vientos, dice él, no salen de una caverna, como lo imaginaron los poetas, como tampoco nacen las corrientes de agua de un depósito determinado, sino que unos y otros se forman por grados.

» Hé aquí, segun él, la teoría de su formacion: bajo la influencia del sol se exhalan de la tierra dos clases de vapores, vapores secos y vapores húmedos: estos son el orígen del agua que, despues de haber llovido sobre la tierra, produce los ríos; los otros son el principio y la causa de los vientos.

» Segun opina Aristóteles, son pues los vientos el resultado de una exhalacion de la tierra: esta exhalacion es la que forma el cuerpo del viento. Ahí está el error; pero, lo cierto es que el sol tiene una accion determinante sobre la produccion de ese fenómeno, y Aristóteles lo comprendió muy bien.

» No era de esperar que en un tratado de meteorología nos encontráramos con una disertacion acerca de los terremotos. Sin embargo, Aristóteles trata de ellos minuciosamente despues de los vientos, precisamente porque atribuye el fenómeno del terremoto á la accion de un viento subterráneo, en lo que debemos reconocer que no se halla apartado de la verdad.

» La tierra, dice él, es seca por sí misma; pero con las lluvias adquiere mucha humedad, y sucede que estando caliente por el sol y por el fuego que ella tiene en su seno, se forma mucho soplo ó viento, así al exterior como en el interior de ella.

» Lo más á menudo se exhalan libremente estos vapores, pero sucede á veces que son rechazados á las excavaciones de la tierra, donde se acumulan, y esforzándose entónces por desprenderse de ellas, conmueven violentamente el suelo. Á veces triunfando el aire comprimido de la resistencia que se le opone, rompe la corteza terrestre, la levanta y se desprende por entre las hendiduras con mucha agua, humo y llamas de fuego, como lo prueban los ejemplos citados en la *Meteorología*.

» Hé aquí acerca de este punto, la teoría de Aristóteles.

» Pues bien, si sustituímos la expresion moderna de *gas*, á la palabra antigua *soplo*, la ciencia actual tendrá poco que cambiar á esta teoría, tanto más cuanto que Aristóteles, lo mismo que los modernos, hace intervenir al fuego central en la produccion de los vapores que ocasionan estas violentas sacudidas.

» En una época en que no se tenía ninguna nocion de la electricidad, no

se podía dar una explicacion muy satisfactoria del rayo, del trueno y del relámpago. La que encontramos aquí es tambien notable para la época aquella. El rayo es una secrecion del aire que va á estrellarse estrepitosamente contra la densidad de las nubes, y el relámpago es el incendio del aire agitado de este modo. Entónces era difícil dar una definicion mejor.

» Tocante al arco íris, halo y parélios, refiere Aristóteles sin ambigüedad estos fenómenos á su verdadera causa, á la refraccion de la luz. No son más, dice, que una refraccion. La diferencia consiste únicamente en la manera cómo se verifica la refraccion y en los cuerpos de donde viene, segun qué parte del sol ó de otro cualquier cuerpo luminoso.

» Observa muy atinadamente que la humedad del aire es la causa de las refracciones más fuertes. De este modo, cuando una nube se condensa en gotitas de lluvia y el sol, sin estar muy alto en el horizonte, brilla en la parte opuesta de la nube, cada gotita de agua refleja y divide la luz, y entónces vemos aparecer aquel arco luminoso y colorado que llamamos *arco íris*.

» Igual fenómeno se verifica, como lo hace observar Aristóteles, cuando el sol hiere oblícuamente la espuma levantada por los remos de los barquilleros, ó el agua de una cascada, ó la de un surtidor, y nuestro filósofo no deja de dar la razon geométrica de la seccion del círculo en este caso, con una figura en apoyo de su raciocinio.

» No olvida tampoco los *arcos íris lunares*, más pálidos y raros que los *arcos íris solares*, y de los que sólo vió dos ejemplos en el espacio de más de cincuenta años, ni los *arcos íris supernumerarios*, en los que está intervertido el órden de los colores.

» Respecto á los colores que constituyen las fajas del arco, no admite Aristóteles más que tres, aunque confiesa que pueden distinguirse en él otros matices: Todo, dice, termina aquí despues de tres, como en la mayor parte de las otras cosas. Estos tres colores fundamentales son el encarnado, el verde y el morado..... Si tambien se muestra el amarillo, es por causa de la proximidad de los demas colores.

» En el espectro solar distinguiremos hoy siete colores: el encarnado, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y morado; pero tampoco hay para

nosotros más que tres colores fundamentales y elementales, á saber: el rojo, amarillo y azul, porque, combinándolos de dos en dos obtenemos los demas matices.

» Como el halo y los parélios son fenómenos del mismo órden que el arco íris, debidos tambien, pero en condiciones diferentes, á la refraccion de la luz por el vapor de agua esparcido en el aire, Aristóteles, que trata muy extensamente del arco íris, habla con ménos desarrollo de los parélios y del halo, pero lo que de ellos dice, está generalmente fundado en buenas observaciones. »

Cuvier, tan competente en las materias de su especialidad, se admiraba ante los aforismos de la *Historia natural* de Aristóteles, y no habrá quien, al leerlos, no participe de la admiracion de aquel sabio de nuestro siglo, recordando que cuentan ya la remotísima fecha de veintidos siglos.

« Ningun animal terrestre, dice Aristóteles, está fijado en el suelo. Ningun animal sin piés carece de alas.

» Todos los animales sin excepcion tienen una boca y el sentido del tacto. Estos dos atributos son esencialmente constitutivos de la animalidad.

» Todos los insectos alados que tienen el aguijon en la parte anterior del cuerpo, no tienen más que dos alas: así son el tábano y el mosquito; aquellos cuyo aguijon está en la parte posterior del cuerpo tienen cuatro alas, por ejemplo la hormiga.

» Todo animal que tiene dos cuernos, el pié ahorquillado y privado de dientes en la mandíbula superior, pertenece al órden de los rumiantes, y recíprocamente los tres caracteres enunciados se encuentran reunidos en todos los animales rumiantes.

» Los cuernos son huecos ó sólidos. Los primeros no caen, los otros son caducos y se renuevan cada año.

» Las aves desprovistas de espolones no tienen nunca uñas encorvadas y recíprocamente.

» Los colmillos de la hembra en el elefante, son pequeños y dirigidos hacia el suelo, miéntras que los de los machos son más grandes y rectos en su extremo. »

Hablando Quintiliano de los escritos de Aristóteles, dice que no sabe lo que se debe admirar más en este filósofo si su vasta y profunda erudicion, ó la prodigiosa multitud de escritos que dejó, ó el agrado de su estilo, ó la penetracion de su entendimiento, ó la infinita variedad de sus obras. Se creería, dice en otra parte, que debió emplear muchos siglos en el estudio, para comprender en la extension de su saber todo lo que pertenece, no sólamente á los filósofos y oradores, sino tambien á los animales y plantas, cuya naturaleza y propiedades averiguó con infinito cuidado. Alejandro, para ayudar el celo de su maestro en este sabio trabajo, y para satisfacer su propia curiosidad, dió órden para que en toda la extension de la Grecia y del Asia se hiciesen exactas averiguaciones sobre todo lo perteneciente á las aves, á los peces y á los animales de toda especie, gasto que ascendió á más de ochocientos talentos, esto es, á más de ochocientos mil pesos. Compuso Aristóteles sobre esta materia cincuenta volúmenes, de los que no quedaron más que diez, pero que han sido y son el asombro de todos los sabios, inclusos los de más nota de este siglo.

Réstanos todavía hablar de la filosofía escolástico-aristotélica, ó sea, la filosofía nacida de la especial alianza de la escolástica con la doctrina llamada peripatética.

* * *

Si alguna vez hemos sentido honda y vivísima pena por no estar dotados de un ingenio profundo y claro, para poder tratar las difíciles cuestiones filosóficas como si las leyéramos escritas en un lienzo, á fin de penetrar en los recónditos arcanos científicos y presentarlos á todos nuestros lectores con la misma lucidez con que los comprenderíamos nosotros, es indudablemente en esta ocasion más que en otra ninguna, ya que se nos ofrece una materia que pertenece á la época antigua, á la Edad Media y á la actual, despues de haber sido la más interesante en el Renacimiento.

La reserva que hacemos ahora de extendernos algo más que aquí cuan-

do estudiemos el Renacimiento y sus consecuencias en sus relaciones con la civilizacion, nos dispensa que no entremos ahora de lleno en las múltiples y variadas cuestiones á que da pié el estudio, por somero que se emprenda, de la filosofía escolástico-aristotélica ó peripatética, segun la llamarían otros.

¿Qué periodo comprende esta filosofía en cuestion? ¿Cuándo empieza? ¿Cuándo acaba?

No extrañen nuestros lectores si les decimos apoyados en autoridades respetables, que es indefinido el periodo, y, por consiguiente, no deben llevar á mal si les decimos que carecemos de datos para precisar con exactitud cuándo comenzó y cuándo acabó ese periodo en cuestion. No obstante, no falta quien sostiene que el aristotelismo escolástico no es en rigor más que un sistema de filosofía fundado al propio tiempo en las ideas de Aristóteles, y en los principios del cristianismo, siendo, por consiguiente, posterior á los comienzos de la era cristiana.

Cuando apareció el cristianismo, y, á la par que la predicacion, debió emprender la controversia para la propagacion y sostenimiento de sus doctrinas, se le presentaron naturalmente dos sistemas filosóficos: el de Platon y el de Aristóteles. Apropióse el cristianismo estos dos y dió comienzo á la lucha escrita que es una de las más legítimas glorias de la religion del Crucificado. Platon y Aristóteles se disputaron el campo en las doctrinas de los apologistas del cristianismo. Las ideas de Platon se avenían perfectamente con el espíritu cristiano, pero la nutrida y vigorosa dialéctica de la doctrina aristotélica se adaptaba mejor al periodo sistematizante emprendido por los apóstoles de la religion nueva. La filosofía platónica era más favorable á la teología del cristianismo, porque la de Aristóteles se inclinaba mucho más al naturalismo pagano. En una palabra: se adoptaba la dialéctica de Aristóteles por más parecida á la metafísica de Platon.

Á fin de abreviar, de no molestar la atencion de los lectores poco aficionados á los graves estudios filosóficos, y reservándonos oportunamente entrar en algunos pormenores circunstanciados propios de esta materia, terminaremos este ligerísimo estudio diciendo que se juzgaron con mucha diversidad en las Universidades católicas las doctrinas de Aristóteles, segun

la diferencia de los tiempos. Por no extendernos en datos innecesarios y que sólo acreditarían cierta erudicion que no ambicionamos demostrar, diremos sólamente que en el concilio de Sens celebrado en París en 1209, se ordenó que se quemasen todos sus libros con prohibicion de leerlos, escribirlos ó guardarlos. Se moderó despues y templó alguna cosa el rigor de aquella prohibicion. Finalmente, por decreto de dos cardenales que envió el papa Urbano V á París el año de 1366, para reformar la Universidad, se permitieron en ella todos los libros de Aristóteles: decreto que se renovó y confirmó en 1452 por el cardenal de Etonteville. Desde aquel tiempo, siempre prevaleció la doctrina de Aristóteles en la Universidad de París, hasta que abrieron los ojos á los eruditos, los felices descubrimientos del último siglo é indicaron nuevo rumbo á los estudios filosóficos, disintiendo de las antiguas opiniones de la escuela. El desprecio á las doctrinas del ilustre Aristóteles se llevó, en su consecuencia, mucho más allá de lo debido, hasta que, segun ya lo hemos apuntado, se verifica ahora una reaccion á favor suyo, iniciada ya de algunos años acá.

* * *

Contra nuestra voluntad, y cediendo á indicaciones que debemos atender, nos vemos precisados á cerrar este capítulo; pero, compensando con la brevedad mayor de algun otro la mayor extension que este tiene ya, no sabemos omitir algunos datos curiosos debidos á investigadores pacientes y entendidos, cuyos trabajos aprovecharemos nosotros, seguros de la gratitud de nuestros lectores.

Ateniéndonos á los trabajos más recientes y auténticos, podemos decir que Grecia mide actualmente una superficie de 910,28 millas geográficas cuadradas, y cuenta 1.457,894 habitantes, segun el censo hecho el año 1870. La distribucion de los habitantes griegos es como sigue: 1.080,000 griegos, 330,000 albaneses, 28,000 valacos de Macedonia, 5,000 judíos, 5,000 italianos, 2,000 turcos, 2,000 ingleses y 1,000 franceses.

Sin fijarnos en las más recientes rectificaciones de fronteras, verdadera tela de Penélope en cuya labor anda comprometida la diplomacia, sin trazas de terminar su tarea, resulta que Grecia se halla actualmente dividida en trece departamentos, que son como siguen: 1—Ática y Beocia con 116,7 millas cuadradas y 136,804 habitantes; 2—Eubea, 74,02 millas cuadradas y 82,541 habitantes; 3—Phthiolis y Phokis 96,54 millas cuadradas y 108,421 habitantes; 4—Arcania y Aetolia 142,26 millas cuadradas y 121,693 habitantes; 5—Achaja y Elis 89,75 millas cuadradas y 149,561 habitantes; 6—Arcadia 95,40 millas cuadradas y 131,746 habitantes, 7—Laconia 78,93 millas cuadradas y 105,851 habitantes; 8—Mesenia, 57,68 millas cuadradas y 130,471 habitantes; 9—Argolis y Corintio 68,07 millas cuadradas y 127,829 habitantes; 10—Cicladia, 43,56 millas cuadradas y 123,299 habitantes; 11—Korcira (Korfú) 20,1 millas cuadradas y 96,940 habitantes; 12—Cefalonia 14,19 millas cuadradas y 77,382 habitantes; 13—Zante (Zakyntos) 13,05 millas cuadradas y 44,557 habitantes.

Atenas, que es la capital, cuenta 48,107 habitantes; Patras, 26,199 habitantes; Korfú 24,091 habitantes; Sira (Hermupolis) 20,996 habitantes, y Zante 20,480 habitantes.

Continuando las comparaciones estadísticas y geográficas de la moderna y antigua Grecia, que extenderemos tambien á los territorios que actualmente forman parte del imperio turco, descenderemos á más pormenores que no creemos lleven á mal nuestros lectores, tratándose de un país tan excepcional como este y tan digno de estudios serios por todos conceptos.

La industria griega es actualmente poco ménos que nula. Su comercio de importacion, segun la más reciente estadística publicada, ascendió á 89.870,000 dracmas (1).

En enero de 1869 se inauguró el primer camino de hierro griego desde Atenas al Pireo, con una longitud de poco más de una milla.

Por mandato legal, desde primeros del año 1870, rige en Grecia el sistema monetario de Francia.

(1) 1 dracma equivale á 3 reales, 33 céntimos.

Para el año 1870 presentaron los presupuestos de Grecia una cantidad de ingresos de 34.103,000 dracmas. Los gastos estaban fijados en 34.088,197 dracmas.

Para cada ejercicio resultó un gran déficit, habiendo faltado en dicho año de 1870 la cantidad de 64.631,812 dracmas para satisfacer el exceso en gastos de los seis años anteriores. La deuda pública sin contar la flotante, ascendía entónces á 340 millones de dracmas.

Alguna vez hemos hablado ya del corte del istmo de Corinto, cuyo proyecto data ya del tiempo de los emperadores romanos. En 9 de febrero de 1870 se firmó un contrato para cortarlo, debiendo las obras quedar terminadas, en el término de seis años, cuya condicion no se ha cumplido. El Gobierno griego cedía á los contratistas todos los terrenos necesarios para dichas obras, y ademas 5.000 hectáreas á cada lado del canal, juntamente con el privilegio de explotar las minas, canteras y bosques del Estado en una zona de treinta kilometros á cada lado del canal, sin contar otras ventajas concedidas á la expresada compañía constructora.

Acerca de Tracia, estado que hoy constituye la parte oriental de la Romelia, son dignas de estudio las noticias que encontramos en un trabajo publicado por Dumont Alberto, autor de varios escritos acerca de las antigüedades de Grecia. Hé aquí el comienzo de su curioso é interesante estudio:

«Los historiadores consignan sólamente tocante á la Tracia testimonios vagos y contradictorios, *obscura varietas,* segun dijo Amiano Marcelino, cuando trató en su época de concordar los datos reunidos, que la crítica actual es aún impotente para comprender perfectamente.

»Herodoto conoció tan escasamente el valle del Hebro como los bosques Germanos.

»Tucídides, mejor informado, suministra datos que inducen á atribuir mucha importancia á las fuerzas de los habitantes de Tracia, pero no dice nada acerca de sus costumbres, cultos y gobierno.

»Jenofonte, que vivió allí mismo, añade sólamente muy pocos hechos nuevos á los referidos por Tucídides.

»Tito Livio tiene ideas exactas respecto á las regiones de Tracia, de que

nos habla; pero los romanos, cuyas guerras refiere, no se apartaron mucho de las fronteras de la Macedonia.

»Tácito desprecia todas esas tribus, cuya oscuridad le parece del todo idéntica.

»Plinio pregunta si no es indigno para él, detenerse á enumerar tales pueblos, decidiéndose á referir aquellos que sin grande escrúpulo puedan merecer tan grande honor: *quos nominare non pigeat.*

»Los romanos, no obstante, conocieron mucho la Tracia, mucho mejor que los griegos y suministran datos para construir parcialmente la geografía de aquellas vastas regiones.

»Si es, empero, exiguo lo que debemos á tiempos antiguos respecto á la Tracia, tampoco trataron nunca los modernos de esclarecer la historia primitiva del país, estudiando los monumentos que aún existen.

»Marsigli y Pablo Lucas vieron en el siglo pasado muy á la ligera y de paso Andrinópolis y Filipoppolis.

»Henzy ha explorado sin embargo atentamente las fronteras de Tracia tan sólo; pero sus investigaciones en el canton de Zikhna, en la Macedonia, declaran la clase de monumentos que hay en aquellos países, así como el interés que presentan para los progresos de la historia general.

»En el siglo IV ántes de la era cristiana, segun demuestran las monedas que se encuentran ahora de aquella época, los comerciantes griegos visitaban la Tracia completamente salvaje entónces. Á la Turquía europea, esto es, la Iliria de Estrabon, así como á la Tracia, llegaban viajeros de Atenas, de las colonias del mar Egeo y del Bósforo, quienes se detenían en la orilla derecha de Margo. Tambien iban gentes de las grandes ciudades del Adriático. El cotejo hecho de las medallas encontradas modernamente en Rumelia, Servia y Bosnia lo prueban de una manera que no deja lugar á dudas. Dichas medallas enseñan la geografía comercial más antigua de aquellas regiones.

»En el siglo tercero penetra la civilizacion en Hemo. En el cementerio turco de Tatar-Bazarjik (la antigua Bessapara) puede verse un mármol griego contemporáneo de Alejandro. Los turcos consideran actualmente aquella

piedra como un objeto sagrado, con virtud para curar enfermedades, y le atribuyen ademas otras propiedades milagrosas.

»Presenta el citado mármol una inscripcion griega que trata del culto de Apolo y de otros particulares, atestiguando que existió en aquella comarca una ciudad griega.

»Los objetos de bronce encontrados tambien en aquellos mismos sitios, ponen de manifiesto igualmente toda la belleza y acabada perfeccion de los buenos tiempos atenienses.

»Más adelante se extendió aquella civilizacion por toda la Tracia, principalmente en las llanuras.

»Multitud de inscripciones y bajo-relieves atestiguan que hubo allí muchos centros importantes, y que es erróneo decir como acostumbran los eruditos, que la civilizacion general de aquella comarca en tiempo de la conquista romana era latina.

»Durante el imperio servía el griego de lengua comun, pues que muy raras veces se encuentra alguna inscripcion que no esté en dicho idioma.

»Los bajo-relieves de la Tracia enseñan trasformados á los dioses clásicos: se ve á Diana como si fuera un marimacho armado, á Apolo como un robusto cazador y ademas otras divinidades particulares.

»Sin embargo, están todavía por explotar las minas más ricas de antigüedades en Tracia. Los túmulos que hay en dicho país corresponden á las descripciones que de ellos da Herodoto: los hay en tanta abundancia, que es imposible enumerarlos y son comunmente sepulcros de mucha importancia.

»Abiertos por casualidad algunos de ellos, contenían joyas de orígen griego, armas y objetos bárbaros.

»Dichos sepulcros no tienen ménos importancia que los que han suministrado grandísimas riquezas en Escandinavia, Galia y Ponto-Euxino. Cuando aquellos túmulos lleguen á ser investigados de una manera metódica no hay ninguna duda que servirán en gran manera para esclarecer mucha parte de la historia más antigua de dichas regiones.

»Por lo tocante á investigaciones topográficas, observa el mismo explorador científico, los pueblos de Tracia se dividen en tres clases:

1.ª los que aún conservan su antiguo nombre;

2.ª los que tienen nombre bizantino;

3.ª los citados por ciertos geógrafos, pero de los cuales no se encuentran vestigios en la actualidad.

»Los pueblos pertenecientes á la primera de estas tres clases son muy abundantes, y deben servir como fundamento para la reconstruccion de la Tracia en la época griega.

»Á la segunda clase corresponden Chora y Panidon, pueblos modernos situados en el punto donde estuvieron ciudades antiguas de importancia, pero cuyos nombres primitivos se ignoran todavía.

»Actualmente no se tiene indicio ninguno, ni vestigio de Agora, Afrodisia, Dymes, Cypsela y de otras ciudades.

»Tocante á las ciudades de la época griega, deben los arqueólogos esmerarse en determinar las antiguas situaciones que ocuparon, distintas de las de los pueblos modernos.

»El itinerario de la expedicion de los *Diez Mil* en la Tracia, corresponde á la época indicada, y es fácil hallarlo sobre el terreno, pero no puede seguirse con seguridad en los mejores mapas franceses que ahora se publican.»

Lo primero que se desprende de lo hasta aquí extractado de la obra de Dumont, es la oscuridad, la incertidumbre que domina en todo lo concerniente á un país tan importante en la antigüedad y de una historia tan preclara, desde cualquier punto de vista que se la considere.

La sorpresa que esto causa sube de punto cuando se lee en una Revista dedicada á esta materia lo que van á ver por sí mismos los lectores.

«Los territorios de la Turquía europea han sido recientemente explorados por un número considerable de hombres científicos.

»Figura entre estos el aleman doctor Ferdinand von Hochstetter, á quien comisionaron para dirigir los estudios generales respecto al trazado de un ferro-carril que atraviese el centro de las montañas turcas por Nisch, Sofía

y Tatar—Bazardschik. Tales investigaciones declaran que los ríos y cordilleras de dichos territorios deben dibujarse de un modo totalmente distinto del que tienen en los mejores mapas.

»Los trabajos practicados por Hochstetter, junto con los ingenieros á sus órdenes, aumentan y rectifican los conocimientos acerca de un país que, áun estando situado en Europa, ha correspondido hasta ahora á las regiones más por completo ignoradas de cuantas existen sobre la superficie entera de nuestro globo.

»El austriaco Friedrich Kanitz, que tiene publicadas sus investigaciones sobre Bosnia y Servia, ahora recientemente acaba de examinar la Bulgaria y el Balkar, comarcas respecto á las cuales suministra muchos datos nuevos é importantes.

»Ha cruzado esas montañas por diez pasos distintos, ántes desconocidos. Aquel viajero, merced á tantas investigaciones, ha logrado fijar las líneas de los ríos, la situacion absoluta y relativa de ciudades y montañas, rectificando muchos y grandes errores en los correspondientes mapas. En estos hubo necesidad de borrar ciudades, porque no existen donde estaban marcadas, y tambien fué preciso poner á muchas en sitios del todo diferentes del que hasta ahora les señalaron.

»Vése, pues, qué gran ignorancia imperaba respecto á un país europeo tan próximo á las naciones más civilizadas. Kanitz ha practicado, juntamente con sus trabajos geográficos, investigaciones etnológicas y antropológicas del mayor interes, y la colecion de cuanto aquél ha visto, forma un riquísimo tesoro científico de singular y extraordinario mérito.

»Al efectuar Kanitz exploraciones geológicas, encontró cerca de Kizanlik carbon de piedra, cuyo descubrimiento ha sido minuciosamente investigado por el ingeniero de minas J. Schrockenstein, quien ha propuesto la explotacion en gran escala, debiéndose, por consecuencia, para el laboreo y beneficio de dicho carbon mineral, establecer un ferro-carril hasta el Danubio.

»Ademas de las anteriores que amplían considerablemente las investigaciones de Mr. Boué y de Mr. Viquesnel, sobre la topografía, hidrografía y geología de Macedonia y Tracia, debemos enumerar el viaje del cónsul

austriaco Herrn Georg von Hahn en el Drin y el Vadar, que forma digno aditamento á los estudios albaneses del último explorador nombrado... (1).»

* * *

«Hay un pueblo, decían los diputados de Corinto á los espartanos, que sólo ansía por novedades: pronto en pensar, pronto en obrar, y cuyo arrojo excede con mucho á sus fuerzas (1).»

¡Cuántas y cuán graves reflexiones nos ofrecen estas sentenciosas palabras del historiador griego!

La ingerencia dada por las leyes en los negocios públicos á una muchedumbre antojadiza, fué, más que todo, lo que produjo el monstruoso desórden que llevó á pasos agigantados aquel gran pueblo griego á su ruína. Esparta y Atenas, las dos más legítimas y gloriosas representaciones de la fuerza y la ciencia, eran dos pueblos llamados á vivir perpétuamente unidos por reclamarlo así su identidad de costumbres, intereses y forma de Gobierno; pero la guerra que les dividió primeramente; las divisiones intestinas que minaban la existencia de Atenas, produciendo siempre víctimas que eran, por lo comun, los ciudadanos más ilustres y más beneméritos de la patria, acabaron con la vida insostenible ya de aquel pueblo, que había llegado, por otra parte, al fin del destino que le había señalado la Providencia.

El pueblo ateniense, novelero é irreflexivo, partícipe en demasía de los destinos públicos, no podía disfrutar una vida muy duradera, por el exceso de vigor que no podía resistir, y, sobre todo, despues que encima de sus propias ligerezas iba amontonando las venganzas de sus émulos y rivales los espartanos. Los triunfos de estos fueron efecto de aquellas ligerezas, de

(1) Cronicon Científico Popular.

(1) TUCÍDIDES. Libro I.

manera que el espartano vencedor entraba en Atenas por la misma brecha abierta por el ateniense atizado por la discordia á fin de arrojar, como tantas veces lo hizo, del patrio seno á sus más ilustres capitanes y á sus hombres más meritorios.

Se han investigado las causas de la decadencia del imperio romano, se ha dicho, y se podían formar gruesos volúmenes de las que apresuraron la caída de los griegos. No fueron las mismas las que destruyeron á Atenas y á Esparta que las que arruinaron á Roma: aquellas no cayeron por el peso de su mole inmensa, ni por la grandeza de su dominacion. Ménos fueron las riquezas las que influyeron para precipitar su ruína, pues sabido es que ni el oro de sus aliados ni la abundancia que el comercio proporcionó á Atenas fueron extraordinarios, y que ni entre sus ciudadanos se vieron aquellas asombrosas riquezas, orígen frecuente de la corrupcion de costumbres. La República fué siempre tan pobre, que vivió muchas veces á expensas de los reyes de Asia, los cuales contribuían tambien á los gastos de sus más célebres monumentos.

«Pero estas dos célebres Repúblicas (Esparta y Atenas), dice un publicista moderno, no han corrido en su ruína la misma suerte: miéntras que Esparta yace enteramente olvidada, todos nombran á Atenas con entusiasmo, y las glorias todas de la Grecia parece que á ella sola pertenecieran exclusivamente. Los combates de Leuctra y Mantinea borraron, se puede decir, el nombre de la fiera Esparta, cuyas glorias eran adquiridas principalmente por su fuerza y su valor; pero Atenas, reducida á escombros, recibe la visita de sus vencedores: uno llora sobre sus destruídos monumentos, otro hace inscribir su nombre en el rol de sus ciudadanos, y algunos se honran con el título de discípulos de Demóstenes y de Platon. El emperador Adriano adornó con bellas obras la patria de Perícles, Constantino el Grande se llena de gozo sabiendo que en Atenas se le ha dedicado una estátua, y Juliano, al dejar la Academia, da muestras de su profundo sentimiento. «Los Cri»sóstomos, los Basilios y los Cirilos vinieron, como Ciceron, y como Atico, »á estudiar la elocuencia en su verdadera fuente, y hasta en la Edad Media »es llamada Atenas la *Escuela de las ciencias*. Cuando Europa despierta de

»la barbarie, clama al instante por Atenas, y en todas partes pregunta por »ella; cuando llega á saber que existen aún sus ruínas, todos los sabios corren »á verlas, cual si hubiesen hallado las cenizas de su madre.»

Nosotros no hemos tenido la dicha de contemplar esas nobles ruínas, fuentes de tantos recuerdos que evocaríamos si pudiésemos visitarlas personalmente; gozaríamos recorriendo uno á uno los sitios venerandos y preciosos, cuna de tantas glorias, asiento de tanto saber; preguntaríamos á cada objeto que encontraríamos en nuestro camino su nombre, su orígen y su muerte; les diríamos que nos narraran cuanto vieron y supieron, y leyendo en aquellas elocuentes páginas de los siglos, aprenderíamos la historia harto olvidada y demasiado oscura de los buenos tiempos de la humanidad en un periodo tan brillante y tan digno de todos los encomios de los sabios, como de la gratitud de todos los pueblos civilizados. Pero ya que nosotros no hemos tenido la honra de pisar aquel terreno, que nos haría estremecer de veneracion y gozo, permítasenos trascribir algunas líneas de un sabio viajero, que lo contempló detenidamente.

«Muy distante todavía de Atenas divisaba ya las columnas del Parthenon; pero á semejanza de los troncos secos de una frondosa selva que tronchó furioso el huracan. No tardé en acercarme, y de pié sobre el Acrópolis contemplé la imponente majestad que forma el conjunto de las ruínas de ese hermosísimo edificio. Mas, ¡ay! en él así como en el Erecteo, en el teatro de Herodes Atico, en los templos de Baco, de Júpiter y de Teseo, en el Odeon y en todos los otros restos de monumentos que en un tiempo fueron el esplendor y orgullo de la Grecia, y hoy miramos esparcidos por Atenas, no me parecía ver más que esqueletos carcomidos, sembrados en un campo de batalla. Cuanto más se contemplan estas ruínas, tanto más se aprecia la grandeza de la nacion que fué capaz de concebir y llevar á cabo obras semejantes; pero tambien se comprende la magnitud del golpe que la precipitó hasta caer como los monumentos, hechuras de sus manos. Yo atravesaba las estrechas callejuelas abiertas al traves de aquellas inmensas ruínas: estátuas mutiladas, cornisas y chapiteles quebrados y amontonados á uno y otro lado encontraba en rededor de mí: á cualquier parte que volviese la vista no veía

sino ruínas, montañas áridas y campos sin cultivo. Parado en medio del Pnix, apénas encontraba restos de esa cátedra desde donde los oradores arengaban á la multitud agolpada para oirles. Todos los alrededores estaban desiertos; y Atenas misma, aunque vuelve á nacer de entre los escombros, es envuelta de un manto de tristeza y bajo la influencia de una atmósfera á quien la impresion de las ruínas y de los recuerdos hace monótona y melancólica.

»Pocas impresiones pueden recibirse tan tristes como las que produce el aspecto de tantas ruínas agrupadas, por decirlo así, en el recinto de la antigua Atenas. Las viejas ciudades del Oriente dejan contemplar con frecuencia escombros de templos consagrados por el culto pagano, grandes coliseos de cuyo seno vieron unos hombres morir á otros devorados por las fieras; vastas plateas sobre las cuales pueblos estimulados por pasiones violentas, cuyos excesos no vedaba su fe, representaron escenas las más repugnantes; pero todos estos lugares, cubiertos hoy de yerba y de árboles silvestres, nada representan tan al vivo como la ruína de una religion que minaba con sus vicios la existencia de los pueblos que la profesaban, ni nada más que la desaparicion de hechos tan chocantes para la razon como para la conciencia no corrompida aún. No sucede así con las ruínas de la Grecia: el Parthenon, el Pnix, el Propyleo y el Areópago nos recuerdan los esfuerzos combinados del poder y de la inteligencia humana para elevar á una nacion hasta el más alto apogeo de grandeza y esplendor. Si á su lado se ven recuerdos tan degradantes para el hombre como los que ofrecen el templo de Baco y el Júpiter Olimpo, es para convencernos que ese hombre abandonado á sus propias luces nada puede producir bello ni perfecto. Sócrates mismo, el más célebre de sus filósofos, la inteligencia más esclarecida de sus sabios, defendiendo allí el suicidio en su postrera hora, no hace sino arrojar un rayo más de luz sobre aquella verdad, demostrada por los monumentos, la filosofía y la historia toda de los griegos. Desde el Acrópolis miraba yo la prision del filósofo, recordando al lado de sus virtudes morales, y del celo por reformar las costumbres relajadas de su época que tanto le distinguieron, los vicios que dejó y los defectos en que incurrió.»

¿Ha sido la mano del tiempo, ó han sido los hombres la causa de la ruína de tantos monumentos griegos?

En el *Itinerario de París á Jerusalen* del V. de Chateaubriand encontramos el siguiente pasaje que, aclarado por las notas que le acompañan, nos da la respuesta aclaratoria.

«¿Por qué deplorable fatalidad, dice, estas obras maestras de la antigüedad que los modernos van á admirar tan léjos y arrostrando tantos trabajos, deben en parte su destruccion á los modernos? El Partenon subsistió incólume hasta 1617; los cristianos lo convirtieron primero en iglesia, y los turcos, sus rivales, lo trocaron á su vez en mezquita. Muéstranse luégo los venecianos, quienes en medio de las luces del siglo XVII, no temieron cañonear los monumentos de Perícles; arrojaron balas rojas á los Propyleos y al templo de Minerva, y, cayendo una bomba sobre esta, desplomó su bóveda, é incendiando unos barriles de pólvora, hizo saltar un templo que honraba ménos á los falsos dioses de la Grecia que al genio humano. Tomada la ciudad, deseando Morosini embellecer á Venecia con los despojos de Atenas, quiso bajar las estatuas del fronton del Partenon y las rompió. Otro moderno, vino á consumar en su indiscreto amor á las artes, la destruccion inaugurada por los venecianos.»

Si no se nos achacara á inmodestia ó á espíritu de oposicion, que de seguro no sentimos ni tenemos, nos atreveríamos no á contradecir, pero sí á buscar otro motivo en ese por qué de las ruínas de los monumentos griegos. La religion, sea la que fuere, es conservadora del arte por instinto propio, miéntras que el comercio es demoledor por esencia porque le guía el interes neto y puro.

Cuando apareció el cristianismo, hizo en Grecia lo que en todas partes: conservó, restauró y hasta perfeccionó los monumentos, convirtiéndolos en templos. Ya dijimos que había convertido el Partenon en templo de Santa María, como convirtió el templo de Teseo en iglesia de San Jorge.

Vencidos los cristianos por el Islamismo, convirtió este los templos que de paganos habían pasado á cristianos en mezquitas, incluyendo en este número la basílica de Santa Sofía, dedicada desde su principio á Jesucristo.

De paso diremos que, dejando aparte los monumentos de Roma consagrados por el cristianismo despues de la expulsion de las deidades paganas, observamos igual conducta en España despues de la Reconquista, dedicando las mezquitas musulmanas á catedrales cristianas.

Por más que les duela confesarlo y por vergonzoso que sea á ciertas gentes el recuerdo, es innegable que á la religion se debe, contra lo que necia y maliciosamente se cree, la conservacion de todos los monumentos antiguos por más repugnante, obsceno y asqueroso que haya sido el culto tributado en ellos por la inconsecuencia humana á divinidades monstruosas, representacion odiosa de vergonzosas pasiones. Las religiones que se han ido alternativamente sucediendo en Grecia han conservado para su respectivo culto los monumentos orgullo del poder humano, y las sociedades que los han poseído han hecho ofrenda de ellos á sus respectivas divinidades, bien convencidas de que les demostraban así el respeto y veneracion que se les debe, miéntras que el comercio, sin más Dios que el dinero, ni más religion que el mercantilismo, no piensa en grandezas arquitectónicas para el culto de Dioses desconocidos para él. Si el comercio dispusiera un día de San Pedro de Roma y de San Pablo de Lóndres, de las catedrales de Córdoba y Búrgos, y de Santa Sofía de Constantinopla, se le haría corto el tiempo para dedicar esos grandiosos monumentos á Lonjas, Bolsas ú otros objetos ménos santos. *Trahit suaquemque voluptas*, dijo con mucho acierto Virgilio.

Cúbrenos un velo de tristeza al solo recuerdo de las ruínas de los monumentos griegos, esparcidas por el suelo, como páginas rotas de un hermoso libro arrojadas al aire y llevadas por el viento á todas direcciones, y duélenos ver cómo se desvanecen las glorias humanas, cómo pasan las civilizaciones, dejando apénas en pos de sí un ligero recuerdo de lo que fueron, como no lo deja el último acento de un hermoso canto, perdidos los ecos que lo llevaron á espacios ignorados. ¿Quién recuerda ahora los bellos días de Grecia? ¿Qué es ahora el valor, qué el saber, qué la civilizacion de aquel gran pueblo? ¡Ay! una gota de agua caída en el Océano que nadie distingue, ni conoce, ni sabe dónde pára. ¡Tristes destinos de la humanidad! ¡Ay! si el hombre no procura individualmente labrarse un destino seguro de inmorta-

lidad por medio de la virtud; si el hombre no procura hacerse propicia la divinidad que abarca todas las generaciones humanas por medio de acciones meritorias ante el Sér Supremo; si el hombre no mira este mundo como un lugar de tránsito, pero de tránsito rápido, veloz, donde no ha de dejar rastro alguno de su fugitivo paso, para volar á otras regiones donde los siglos no pasan, ni las generaciones envejecen, ni las civilizaciones cambian, ni los monumentos se derrumban ¡ay! si no lo hace así el hombre ¡cuán triste y negro es su destino! ¡Cuántas lágrimas no debe llorar contínuamente!... Los siglos son en este mundo lo que las grandes columnas del templo de Júpiter Olímpico esparcidas en medio de un campo despoblado; los hombres son yerbas secas que murieron enroscadas en ellas: fuera de su sitio las columnas, muertas las yerbas, pisadas unas y otras por los reptiles que se guarecen entre sus hendiduras y huecos, esperando el día de su desaparicion que llegará con la sucesion de los siglos..... ¡Ay! al lado de las ruínas de los monumentos yacen otras más tristes aún para el hombre pensador, para el que ve un más allá de los reducidos límites de la vida de este triste mundo. Religion, patria, todo está en ruína en aquel país clásico en otro tiempo de los dioses y de la libertad.

La dominacion otomana no se deja sentir, es verdad, como ántes en todo el país griego: sus gritos de libertad, sus quejas arrancadas del fondo de su corazon resonaron en los últimos confines de Europa indignada, que no hizo realmente cuanto podía para arrancarle el yugo que la oprimía; pero respira, al fin, alientos de libertad que mañana, no hay que dudarlo, serán gritos de santa y legítima independencia en todo el recinto que jamas debió pisar ni mancillar la planta del fiero musulman, indigno de la civilizacion que desprecia y rechaza; pero ¡ay! para el verdadero creyente pesa un crímen horrendo sobre los destinos de Grecia: los cantos cristianos no resuenan debajo de las bóvedas del templo de Teseo como debieran ya, y los sucesores del tristemente célebre Focio no han devuelto el esplendor reclamado por la religion y el arte al monumento que, despues de haber sido Partenon, fué el primer templo consagrado en la ciudad de Minerva al culto de la Inmaculada María, imágen la más poética entre la risueña poesía del culto cristiano.

«Si las ruínas, dice Chateaubriand, á que se enlazan ilustres recuerdos patentizan la vanidad de las cosas terrenas, es preciso conceder, no obstante, que los nombres que sobreviven á los imperios é inmortalizan los tiempos y los lugares, encierran algun valor.»

Es verdad; pero la Grecia soporta ahora el fanatismo y la relajacion de costumbres, consecuencia necesaria de la superficialidad de su religion. La supersticion del pueblo griego es tanto como el fanatismo de los sacerdotes que se la fomentan.

La civilizacion debe pedir cuenta muy estrecha de su conducta á los popes que hacen creer aún en Atenas en la virtud prodigiosa de la piedra de la fecundidad para curar á las estériles, de manera que las mujeres de cualquiera categoría ó condicion social á que pertenezcan, no rehusan descender la pendiente privilegiada.

No parece sino que cumplido ya el destino de Grecia, haya caído sobre aquel pueblo una tremenda maldicion divina que alcance á la naturaleza al mismo tiempo que á los hombres.

«Delos, Tinos y Minon, célebres ántes, no ofrecen hoy más que pueblos sin importancia, y Naxos, Samos y Chio conservan apénas los recuerdos que les ha legado su historia de dos mil años. Yo tenía á la vista las Cíclades, pero sin divisar en ellas los paisajes sorprendentes con que dibujaron los poetas la patria de Homero, de Ariadna y de Teseo. Rocas desnudas sobre una tierra caliza y aldeas pobres habitadas por hombres más miserables aún, hé aquí todo lo que he visto en el país que la mitología pinta como el más rico y bello del universo (1).»

Debemos ser cronistas fieles, y procuramos cumplir nuestro cargo tan exactamente como sabemos. En este concepto no extrañe ninguno de nuestros lectores que, respetando sus opiniones que no debemos ni queremos fiscalizar, emitamos tambien libremente, al amparo de la reciprocidad, lo que nosotros creemos, segun nuestro leal saber y entender, acerca de los destinos pasados y presentes ó futuros de Grecia.

(1) EIZAGUIRRE. Tomo II.

En concepto de los pensadores más autorizados en estas materias, la monarquía de los griegos, sobre todo la representada por Alejandro el Grande, preparó los caminos del Evangelio, popularizando la lengua griega en todos los países del Oriente, por ser esta lengua aquella en que debía anunciarse. Nuestros lectores saben perfectamente la historia de la entrada de Alejandro en Jerusalen, la ciudad santa de los judíos, y de este modo nos ahorramos entrar en explicaciones ya sabidas de todos y que confirmarían lo que decimos. La entrada de Alejandro en Jerusalen preparó tambien los caminos al Evangelio, porque atrajo á los judíos á la mayor parte del mundo, alistándose muchos en los ejércitos de Alejandro que le siguieron en sus expediciones, esparciéndose despues por todo el Oriente durante un periodo de unos doscientos años. Contribuyó tambien la monarquía griega por medio de estas dichas causas á la celebridad de los libros de los judíos, es decir Moisés y los Profetas, dándolos á conocer á lejanas tierras.

Y, dentro ya de este terreno, á donde nos ha llevado la natural narracion de los sucesos, parécenos que por álguien se pregunta: ¿qué hace este pueblo en materias religiosas ya que en él estuvo la cuna de la supersticion pagana y ahora es el centro del fanatismo? ¿Qué hace este pueblo, cuna antigua de las libertades patrias, esclavo despues de un pueblo conquistador y opresor?

En cuanto á política, á mediados de este siglo discutió los artículos de la nueva constitucion del Estado, procurando ponerse en armonía con las bases del establecimiento del reino consentidas y firmadas por las grandes potencias europeas, en particular las relativas á la sucesion á la corona. Al tratarse de la igualdad ante la ley, fué notable lo que dijo uno de los oradores más influyentes. « Tened en cuenta, dijo, que la Grecia ha recibido intacto de la Turquía el principio de igualdad: no sólamente son iguales todos los turcos, sino que no reconocen ninguna distincion de nobleza. Allí sólo dan consideracion los empleos y dignidades: en Oriente, más que en ninguna parte del mundo se rechaza la desigualdad civil, se sufre el despotismo monárquico, pero se repele toda organizacion aristocrática. »

Al oir este lenguaje en boca de un griego moderno, diríase que es el

eco del genio de los destinos de la antigua Grecia dejándose oir al traves de los siglos por entre las ruínas acumuladas, respirando todavía democracia, como la respiraban los antiguos atenienses y espartanos.

En materia religiosa, tenemos bien manifiesta en Grecia la accion del catolicismo, y ve quien quiere verlos todos los efectos que allí está produciendo. En Syra hay un obispo á cuyo cargo corren las misiones y la formacion de un clero indígena en un seminario fundado por uno de sus antecesores. La civilizacion griega renace por los cuidados de esos infatigables obreros, enemigos declarados del fanatismo musulman que pesa sobre aquel país como una inmensa losa. En Atenas han aumentado mucho los católicos y se han dedicado á la construccion de templos espaciosos para sustituir á los demasiado reducidos, insuficientes para las necesidades del culto. Casi no hay una isla del Archipiélago que no haya recibido sacerdotes y misioneros.

Á fin de no incurrir en errores que sentiríamos vivamente, cedemos la palabra á un ilustrado viajero moderno.

«En el Pireo y en Misolongi, dice el Señor Eizaguirre, he visto tambien á los presbíteros católicos ejerciendo su ministerio en bellas iglesias, y enseñando los primeros rudimentos del saber humano en la patria de los célebres filósofos y literatos de la Grecia. Si en Atenas, capital del reino, no puede ostentar todavía (el catolicismo) esos grandes establecimientos de caridad que tanto le honran en todas partes, cúlpese á la oposicion sostenida de los popes que de palabra y con obras han demostrado su aversion á cuanto tenga orígen en la Iglesia católica; cúlpese tambien á la debilidad del Gobierno, que sin la energía bastante para poner coto al fanatismo de un clero ignorante y atrevido, prefiere que el pueblo carezca de establecimientos esenciales para su instruccion, para su educacion y para su salud, ántes que excitar su enojo y con éste su formidable oposicion; y, cúlpese, en fin, al mismo pueblo que, aconsejado por sus sacerdotes, se abandonó á los actos más reprensibles de fanatismo, cuando vió abrirse en su seno instituciones que tenían por objeto sacarlo de la grosera ignorancia que lo devora, y derramar sobre él los bienes intelectuales y materiales que

dispensa el Cristianismo practicado con la ilustracion, paciencia y caridad de que carecen las iglesias cismáticas de Oriente. En la República jónica, donde al Catolicismo se ha dado la misma libertad que á cualquiera otra religion, no ha sucedido como en Grecia. Un metropolitano, que lo es tambien de todos los obispos del Archipiélago, ha establecido en Corfú institutos de caridad, que puestos frente á la inaccion para lo bueno que trabaja á los disidentes de la Grecia, explican muy bien al pueblo la diferencia esencial que existe entre una y otra comunion. Zante y Cefalonia, dirigidas tambien por obispos católicos, han recibido igual beneficio: los Jesuitas, los Hermanos de las Escuelas cristianas y los Capuchinos abrieron sus escuelas y sus misiones, y el espíritu católico se muestra floreciente, á pesar de la constante lucha que está llamado á sostener con los disidentes de todas las comuniones, que le combaten sin cesar.

«Pero aún ha hecho todavía más (el Catolicismo). Á él y sólo á él se deben las primeras noticias de los monumentos de la Grecia. El señor de Chateaubriand, señalando este servicio inmenso del Catolicismo á la literatura y á la civilizacion en general: «Ningun viajero, dice, había salido aún de su casa para ver al Parthenon, cuando ya los religiosos, como desterrados entre aquellas famosas ruínas, esperaban á los anticuarios y á los artistas para hospedarlos. Preguntaban los sabios por la ciudad de Cecope..... y existían en Francia quienes hubieran podido darles muy buenas y muy sabias noticias; pero no ostentaban su sabiduría, y postrados al pié de la Cruz, ocultaban en la humildad del claustro lo que habían aprendido, y sobre todo lo que habían sufrido durante veinte años en las ruínas de Atenas.»

«Los Jesuitas fueron los primeros que penetraron en Grecia y dieron noticias de ella á la Europa, que parecía olvidarse totalmente de la patria de Solon y Temístocles. Los Jesuitas se retiraron de Atenas, ocupada por los turcos, para ir á buscar á los cristianos sobre las costas de Negroponto; pero entónces mismo entraban allí los Capuchinos, y principiaban á hacer adquisiciones preciosas para las ciencias y las artes. Estos hechos serán quizás ignorados por muchos; los que en el proceso que forman contra las

órdenes religiosas no se hacen cargo de los servicios de toda especie que prestaron á la sociedad, los desconocerán completamente; pero esto en nada menoscaba el nuevo mérito que aquellos se labraron iniciando y protegiendo estos descubrimientos, que tanto honran á las ciencias y á las artes. No debemos olvidar que era un religioso el que «hospedaba en Atenas á Chamller, miéntras que otros socorrían á los viajeros en la China, en el Canadá y en los desiertos del África y de la Tartaria.»

* * *

Sin poder completar lo mucho que nos falta decir de Grecia, nos vemos precisados á terminar este capítulo de extraordinarias dimensiones; pero ántes procuraremos resumir lo más preciso para enlazar las materias que deben seguir.

Había en Grecia una region del Peloponeso, cuyos límites eran en lo antiguo la Élide, la Arcadia, la Sicionia, el golfo de Corinto y el mar Jónico. Comprendió doce ciudades principales, y fué el núcleo de la famosa liga de los Aqueos.

Las contínuas revoluciones de Grecia habían extinguido en algunos el acendrado amor de libertad, pero su fuego sagrado renació entre los acayos. Las doce ciudades que componían esa region del Peloponeso, se habían unido ya desde la más remota antigüedad con objeto de comun seguridad, y esta confederacion tomó el nombre de liga acayana; y aunque entónces no era de gran peso por su poder ni riquezas, era de entidad por su fama de justiciera y probidad. Sus ejércitos estaban mandados por dos pretores anuales que gobernaban tambien la confederacion. Esta liga se mantuvo hasta que los reyes de Macedonia, sucesores de Alejandro, cambiaron la constitucion de la mayor parte de Grecia, en cuya época cada ciudad tuvo un tirano protegido por las guarniciones macedónicas.

Forzados los griegos á sufrir la dominacion extranjera, resolvieron re-

novar la antigua alianza para recobrar su independencia. Arato tenía sólo veinte años; pero, audaz y valiente, acababa de libertar á Sicionia, su patria, del yugo del tirano Nicocles. Eligiéronle general de la liga, y tomó la ciudadela de Corinto, á la que Filipo daba el nombre de *las maniotas de la Grecia*, que á la sazon se hallaba guarnecida por tropas de Antígono-Gonatas.

En tiempo de Agis y Cleomenes procuró Arato atraer á su partido á los espartanos, y la batalla de Selasia en nada fué provechosa á la liga, y algun tiempo despues Filipo III hizo envenenar á Arato, quien al sentir el efecto del veneno exclamó: «¡Ved ahí el fruto que se saca de la amistad de los reyes!» Despues de su muerte, la liga cayó otra vez, en cierto modo, en la dependencia, de la que salió sólamente por las victorias de Filopémen.

Este había llevado desde su juventud una vida activa y frugal, cuyo ejemplo habíalo tomado de Epaminondas, y era á la vez capitan experimentado y soldado valeroso. Venció á Macanidas tirano de Esparta, y le dió muerte con sus propias manos; pero los espartanos se dejaron dominar por el avaro y cruel Nabis, que para satisfacer estas dos innobles pasiones, ideó una máquina móvil que representaba á su mujer, y las manos, los brazos y el pecho estaban erizados de agudas puntas de hierro ocultas debajo de magníficos vestidos. Cuando algun ciudadano no quería entregarle las enormes cantidades que le pedía, Nabis hacía comparecer la ingeniosa máquina, y acercándola á su víctima se veía estrechada en sus brazos, hasta que entregaba el dinero ó perdía la vida en el tormento de sus crueles abrazos. Los etolios le dieron muerte.

Así que Filopémen supo que Nabis había dejado de existir, se apresuró á presentarse en Esparta, en donde le ofrecieron las riquezas del tirano, pero Filopémen pidió solamente la gracia de agregar aquella ciudad ilustre á la liga acayana. Las virtudes públicas y privadas de este hombre célebre le valieron el dictado de *el último griego*, porque despues de él la Grecia no volvió á tener ningun hombre que fuese digno de ella. Á la edad de setenta años fué nombrado por octava vez general de la liga, y habiendo caído prisionero de los mesenios, fué vilmente envenenado. Tenía ya en la

mano la copa fatal, cuando preguntó por el éxito del combate, y sabiendo que la liga había salido victoriosa, dijo: «¡Buena noticia!», y bebió la cicuta.

Este hombre extraordinario vestía comunmente con suma sencillez, y rara vez llevaba séquito ni trenes. Uno de sus amigos le invitó á comer en su casa, y, habiendo aceptado, se presentó en ella con su acostumbrada sencillez, en una ocasion en que el dueño estaba fuera. Su mujer, que esperaba al general de los acayos, creyó que aquél era alguno de sus criados, y le rogó la ayudase en sus domésticos quehaceres. Disimulando Filopémen, dejó el manto, y se puso á rajar leña, y habiendo en aquel instante llegado su húesped, quedó maravillado de lo que estaba viendo, y manifestó su sorpresa; pero el general le dijo: «Estoy pagando el interes de mi ridícula figura.»

Miéntras tanto habíanse apoderado ya los romanos de la Macedonia, y á pasos agigantados corrían á conquistar la Grecia entera, esperando someterla más bien por medio de su astuta política, que por la fuerza de las armas. Supieron con sus artificios encender más el fuego de la discordia, y debilitar á los griegos valiéndose de ellos mismos; y para apaciguar las revueltas que habían promovido, ofrecían su mediacion, obrando en todo como si no tuviesen ejército. El comportamiento de los romanos engañó á los acayos, quienes, creyendo que su conducta era efecto de debilidad, les despreciaron, insultaron á sus diputados, y tomaron las armas en su daño. Entónces el pretor Metelo puso sus legiones en movimiento, y presentando la batalla á la liga, la derrotó. Al mismo tiempo el cónsul Mumio se apoderaba de Corinto, y la arruinó completamente en el año mismo que Escipion destruía á Cartago. Con la destruccion de esta plaza importante la libertad de la Grecia recibió el golpe mortal, y desde entónces fué reducida á provincia romana bajo el nombre de Acaya, el cual da gloria á los acayos; pues manifiesta que este pueblo esforzado fué el último que defendió su independencia, y produjo los postreros héroes de su patria.

Así quedaba cumplido el destino de Grecia en los eternos planes dispuestos por la Providencia y pasaba á la historia la existencia del pueblo

más glorioso; no obstante, áun despues de vencida conservó la Grecia un dominio glorioso y duradero sobre sus formidables conquistadores. Atenas, centro del mundo civilizado, fué siempre la capital de las artes, ciencias y bellas letras, y de todas partes había afluencia de hombres eminentes, que deseaban beber en sus escuelas los diversos conocimientos y gusto delicado y sencillo de que eran manantial. Terencio, Ciceron, Virgilio, Horacio y otros hombres ilustres, iban á estudiar los modelos sublimes en Atenas, para despues distinguirse en su patria por el brillo de sus obras. De este modo un pueblo vencido conservó su influencia en el progreso de las luces que ilustró aquellas felices regiones, para esparcirse despues por el mundo entero.

No debe descuidarse un dato muy interesante para saber el grado de civilizacion, comparada con la de Grecia, que medían los romanos, á juzgar por el conocimiento que tenían en bellas artes.

Muchas estátuas y pinturas encontraron los romanos en Corinto, cuyo mérito desconocían. Para trasportarlas á Roma, estipuló Mumio con los conductores que si se perdía ó averiaba alguna obra, estarían obligados á entregar otra, y no se hubiera dispertado su ignorancia artística, si unos soldados que jugaban á los dados no hubiesen tomado por tablero un cuadro de uno de los pintores más acreditados, el cual puesto en venta, como efecto del botin, fué comprado por Atalo, rey de Pérgamo, en seis mil escudos, cuyo valor maravilló á Mumio, y sospechando el mérito que la obra debía tener cuando se le daba tanto valor, anuló la venta, y trasportó el cuadro á Roma.

Es pues evidente que las artes y las bellas letras se cultivaron en Grecia con tal perfeccion, que se colocó al frente de las naciones más civilizadas; los monumentos que en todos géneros nos ha dejado, forman su aureola de gloria. Los grandes talentos de que se honra, florecieron casi todos en el periodo que media entre Solon y Alejandro.

En tiempo de Perícles tomó incremento la arquitectura, llegando en pocos años á ser perfecta. Ya se sabe que debemos á los griegos los tres órdenes dórico, jónico y corintio, que es como si dijéramos toda la arquitec-

tura, porque á los romanos se les debe únicamente el toscano y compuesto, que nada original contienen.

Las materias empleadas por los escultores griegos eran la madera, la piedra, el mármol, el ébano, el marfil, las ágatas y otras piedras preciosas; el oro, la plata, el cobre y otros metales, y otras materias, en fin, como la cera, el yeso y el barro.

En la pintura no hicieron los griegos tantos adelantos como en la escultura. Ya dijimos que empleaban sólo cuatro colores. Hasta el reinado de Neron se pintaba sólo sobre tablas, y en aquella época se comenzó á hacer uso del lienzo, pero la pintura al óleo fué completamente desconocida de los antiguos, quienes pintaban al temple sobre tablas desleyendo los colores en agua gomada, y al fresco en las paredes ántes que se secara la mano de argamasa. Tambien pintaban de varios colores la cera, el esmalte, la miniatura y el mosáico.

Tocante á la música, el objeto á que la destinaban los griegos era más bien engrandecer el alma que deleitar el oído: ablandaba las costumbres salvajes, contribuyendo así al progreso de la civilizacion, y en el combate les inspiraba valor. Era grande la importancia que los griegos daban á la música, pues era objeto de pública necesidad, y, en cierta manera, formaba parte de su constitucion política. En Esparta estaba severamente prohibido hacer alteracion alguna en la música.

No por incurrir en repeticiones, que odiamos, sino para presentar con un solo rasgo los géneros de poesía principales cultivados por los griegos, diremos aquí que desde los primeros tiempos de Grecia cultivóse en ella el arte sublime de la poesía y luégo se desarrolló.

Téspis, de Atenas, contemporáneo de Solon, inventó el arte dramático.

Esquiles, que vivía en tiempo de Xerxes, inspiró con sus tragedias horror á la tiranía.

Sófocles, testigo del éxito que tenían, le aventajó por su sublime sencillez.

Eurípides rivalizó con Sófocles, haciendo más patéticas sus composiciones.

Sasarion, de Megara, fué inventor de la comedia.

Aristófanes, poeta satírico, puso en escena los dioses, el gobierno y al mismo Sócrates.

Menandro la modificó, describiendo las costumbres, sin herir personalidades.

En el género lírico se distinguieron Simónides y Píndaro que consagraron sus musas á los vencedores de los juegos olímpicos.

Fueron tambien notables Anacreonte que cantó el vino y los placeres; el gracioso Alceo, la apasionada Safo, y la fogosa Corina.

Los griegos cifraban el talento en el habla, y lo miraban como un poderoso instrumento de la política y el resorte más útil al gobierno: así es que debieron honrar sobremanera la elocuencia. Perícles abrió una brillante carrera á esta ciencia, en la que se lanzaron en seguida diez oradores con éxito diferente, pero ninguno pudo igualar á Demóstenes.

La historia, tal como la entendían los griegos, tenía íntima relacion con la oratoria, y procuraban sobre todo que en ella brillase la elocuencia. Por esto se observa que está recargada de discursos que los autores ponen en boca de sus personajes. Vemos al frente de los historiadores á Herodoto, á quien dan el sobrenombre de padre de la historia; el cumplido historiador Tucídides; Jenofonte, autor de la Ciropedia y de la retirada de los Diez mil, y célebres sobre todos, se dedicaron tambien á la historia Polibo, Dionisio de Halicarnaso y Diodoro de Sicilia. Plutarco es modelo de los bibliógrafos.

* * *

Quizas se nos acuse de poco esplícitos ó extensos en algunas de las materias referentes á Grecia, quizas se note la falta de muchas noticias interesantes por muchos conceptos, y puede que se nos critique por haber omitido cosas esenciales de los sistemas filosóficos nacidos en aquel suelo, y desarrollados al calor de la lucha sostenida por las distintas escuelas, creadas

por la misma divergencia de opiniones entre los discípulos de un mismo maestro. Todo esto es muy posible; pero fácilmente se alcanzará á cualquiera que una obra, de la índole de la nuestra, no puede dar cabida uno por uno á todos los sistemas filosóficos que tuvieron su cuna en Grecia, porque no sirven tampoco para dar una idea exacta de los progresos de la civilizacion.

Todas las escuelas filosóficas de Grecia debieron ceder el puesto ante dos sectas de las que vamos á decir muy breves palabras, porque á la par que ofrecerán una idea del estado intelectual de Grecia y por consiguiente del de su civilizacion, nos darán pié para algunas reflexiones oportunas en este sitio.

Las dos sectas á que aludimos son: la excéptica ó pirrónica y la epicúrea.

La excéptica ó pirrónica debe su nombre á Pirron, natural de Elida, en el Peloponeso. Sus opiniones se limitaban á la incomprensibilidad de todas las cosas. En todo encontraba razones para afirmar y razones para negar. Pirron habría sido un excelente abogado dedicándose al foro, porque sirven lo mismo para la afirmativa que para la negativa. Por esto Pirron reservaba en sí su dictámen despues de haber examinado bien la afirmativa y negativa sin concluir otra cosa, sino que todavía no veía nada claro y cierto, y que la materia de que se trataba, necesitaba todavía examinarse. Parece pues que pasaba toda la vida en buscar la verdad, pero siempre hallaba recursos para no convenir en que la había hallado. Indica esto que efectivamente no la quería hallar, y que ocultaba esta terrible disposicion bajo la especiosa exterioridad de la averiguacion y del exámen.

Aunque no fuese el inventor de este método de filosofar, no dejó de tener su nombre: el arte de disputar sobre todas las cosas, sin tomar jamas otro partido que el de suspender su juicio, se llama *pirronismo*. Los discípulos de Pirron se llamaban tambien *escépticos*, de una palabra griega que significa *considerar*, *examinar*, porque á esto se reducía todo su trabajo.

No falta quien ha calificado de locura el sistema de Pirron, admirándose de su indiferencia para todas las cosas. En nuestro concepto, se equivocan

los que le califican tan duramente. Separando nosotros la religion, para ponernos en iguales condiciones que el filósofo griego ¿qué es lo que sabemos con certeza? No vayan á creer nuestros lectores, ni mucho ménos, que nosotros aprobemos la doctrina de Pirron en absoluto; pero dado el caos contradictorio que reinaba en el campo filosófico de Grecia, ¿por qué no debemos decir que Pirron estaba en lo cierto no afirmando ni negando? Se nos dirá que el error y la verdad son contradictorios. Harto lo sabemos; pero ¿quién nos manifiesta el error y quién nos enseña la verdad? Puestos en este terreno, los escépticos estaban dentro de la lógica. Si consultamos las doctrinas de todos los grandes filósofos griegos, nos conducirán necesaria y forzosamente al escepticismo.

Un ejemplo bastará por todos.

Aristóteles admitía un Dios supremo, una inteligencia dotada de todas las perfecciones, y suponía otros muchos dioses emanados de él. El Dios supremo no se mezclaba en lo que pasa en el universo, dejando ese cuidado á los dioses inferiores desprendidos de su sustancia, que daban movimiento á los cuerpos celestes y gobernaban el mundo bajo la dependencia del destino, á quien estaban sometidos. No creía Aristóteles, como otros filósofos, que Dios ó los dioses hubiesen sacado la materia de la nada para formar con ella el universo, sino que el mundo era eterno. Para probar esta eternidad sostenía Aristóteles que Dios y la naturaleza no serían lo mejor que hay en él si no fuese inmortal, puesto que habiendo juzgado Dios que la creacion del mundo era un bien, había dejado de crearlo durante toda la eternidad anterior. Si el mundo, continuaba diciendo, ha sido creado para ser destruído, porque todo lo que tiene un principio debe tener su fin, el mundo es incorruptible é inalterable, luégo es eterno. Que el mundo es incorruptible lo sostenía diciendo: si el mundo puede ser destruído, ha de ser por el que lo ha creado, que no tiene poder para ello; porque si se supone que Dios tiene poder para destruir el mundo, es preciso saber ántes si el mundo es perfecto; si no lo es no puede ser obra de Dios, puesto que una causa perfecta no puede producir nada imperfecto; sería preciso entónces que Dios lo fuese, lo que es absurdo. Si por el contrario, el mundo es perfecto, Dios no lo puede

destruir, porque la maldad es contraria á su esencia, y el querer destruir las cosas perfectas es propio de un sér malvado.

Apuremos más la argumentacion y veamos de qué manera se negaba filosóficamente la existencia de Dios: «Dios no puede ser infinito, porque lo infinito es inmóvil; lo inmóvil es inanimado; pero tampoco puede ser finito, porque no sería ya causa de lo infinito. Dios no puede ser corpóreo, porque lo corpóreo es perecedero porque es compuesto; ni incorpóreo porque fuera simple, y lo simple no es más que un elemento particular. Finalmente, Dios no puede existir, porque si existiera realmente sería sabio y virtuoso, tendría prudencia y otras virtudes, y estas cualidades no deben existir cuando no hay deseos, ni pasiones, ni obstáculos, ni temores, como no debe haberlos para Dios. Si Dios cuida de todo en el mundo, no puede ser bueno ni todopoderoso, porque hay males y no los impide; si no cuida de todo no es Dios, luego en ningun caso hay Dios.»

De error en error caían los filósofos griegos en profundos abismos de los que les hubiera sacado con la facilidad mayor un mediano estudiante de metafísica de nuestros días, haciéndoles notar la contradiccion que ellos no acertaron á distinguir obcecados como estaban con los falsos conceptos que se habían formado de lo infinito, de lo eterno, en una palabra, de todo cuanto les rodeaba, en todo órden de ideas y conocimientos, así físicos como pertenecientes á la moral y al mismo Dios.

Pirron defendía que lo mismo importaba vivir que morir ó morir que vivir. «Pues ¿por qué no te mueres?» se le preguntó. «Por esto mismo, respondió, porque la vida y la muerte son igualmente indiferentes.»

Enseñaba tambien Pirron la máxima abominable que abre la puerta á todos los delitos: «que la honra ó la infamia de las acciones, su justicia ó injusticia, dependían únicamente de las leyes humanas y de la costumbre: en una palabra, que no había cosa en sí misma decente ó ignominiosa, justa ó injusta.»

En gracia de la brevedad, pasemos ahora á la secta epicúrea en la que no encontraremos nobleza ni generosidad de pensamientos.

Segun todos los filósofos, se llama suma felicidad aquella á que se refie-

ren todas las otras y que no se refiere ella á ninguna otra; pero Epicuro quiere que la suma felicidad consista en el placer, y, por una consecuencia necesaria, el sumo mal en el dolor.

El lenguaje de Epicuro, en oposicion con su conducta, es el del orgullo y de la vanidad, que muestra una debilidad tanto mayor cuanto más ostentacion hace de un valor que ni siente ni conoce.

En vano afirma Diógenes Laercio que Epicuro era uno de los hombres de más probidad, rectitud y firmeza de alma; que en Samos se le erigieron estátuas de bronce para perpetuar y honrar su memoria; que sus discípulos, que eran muchos, veneraban sus dogmas y le oían con entusiasmo; porque puede y debe distinguirse en Epicuro lo relativo á sus costumbres y conducta y lo que atañe á sus máximas ó dogmas. Epicuro se explicó muy claramente acerca del placer y el deleite. «Entiendo por deleite, dice el filósofo, los placeres del paladar, los deleites de la carne, la vista de los objetos que lisonjean agradablemente los ojos, las diversiones, la música.»

El mismo Epicuro declara ademas «que no puede concebir que haya otra dicha que la que consiste en beber, en comer, en la armonía de las tocatas que adulan los oídos, y en los deleites obscenos.»

Estas cosas son el delirio de la inteligencia, pero son la lógica de la inconsecuencia. La filosofía griega estaba sumida en un caos, y, ya en la oscuridad, no había nada posible sino la insensatez, pero la insensatez deducida de consecuencia en consecuencia, con la inflexibilidad propia de la lógica cuando parte de la admision de principios, sean estos verdaderos ó falsos, que poco importa.

No puede ya llamarse filosofía lo que hubo en Grecia despues de la aparicion de las sectas de la duda, de la indiferencia, de la contradiccion eterna. Un estado semejante no podía ser duradero, y debía anunciar la decadencia primero y la desaparicion despues de unas sectas que debían acabar por desquiciar á todos los hombres.

Clemente de Alejandría pintó magistralmente la decadencia de la filosofía griega, diciendo: «Que el carácter de los primeros filósofos no era el de altercar ó dudar como estos filósofos griegos, que no cesan de argumentar y

de disputar por un vano deseo de gloria, y que no se ocupan más que en bagatelas inútiles.»

Francisco Bacon en su *Novum Organum* hace la siguiente pintura de los filósofos griegos, y de aquel pueblo, en general, diciendo: «Ántes de los griegos hubo hombres mucho más sabios que ellos, pero florecieron en silencio, y han quedado desconocidos porque nunca han sido encomiados por la trompa de los griegos..... Los hombres de esta nacion reunían invariablemente la precipitacion del juicio al prurito de doctrinar, que es un doble defecto, enemigo mortal de la ciencia y de la prudencia. El sacerdote egipcio tuvo mucha razon para decirles: Vosotros, los griegos, no sois más que unos niños. En efecto, ellos ignoraban igualmente la antigüedad de la ciencia y la ciencia de la antigüedad; y su filosofía tiene los dos caracteres esenciales de la infancia: Hablar mucho y no producir nada.»

Bien examinado todo y meditadas todas las piezas del proceso, queda muy malparada la civilizacion griega ilustre en artistas, y nada más.

Salustio nos dice que la gloria de Atenas es grande á la verdad, pero que es inferior á lo que la fama nos refiere.

Tito Livio, hablando de las Termópilas, dice: «lugar célebre más por la muerte que por la resistencia de los lacedemonios.»

Sus glorias militares, segun observaciones hechas por personas de mucho talento, se deben más que á victorias reales á los escritos que ellos mismos nos dejaron deprimiendo á los pueblos asiáticos, sus vencidos; porque, al luchar contra las águilas romanas, quedaron vencidos, pero para no reponerse jamas.

Varias veces hemos indicado, y no nos arrepentimos de ello, que la Grecia es insuperable en las letras y las artes, y que en lo demas tuvo el talento de asimilacion y perfeccion, pero no el de la invencion, sin excluir de esto la filosofía.

La filosofía, dice Clemente de Alejandría, que pudo saberlo, no llegó á los griegos sino despues de haber dado la vuelta al mundo.

Ya sabemos que las ciencias, propiamente dichas, no tienen que agra-

decer gran cosa á los griegos, sin excluir de esta regla las matemáticas, la astronomía, la medicina, ni la misma música.

Quisiéramos poder presentar al pueblo griego, como un modelo acabado en todos los ramos del saber y especialmente en la civilizacion, que es el punto capital á donde deben converger nuestras miradas todas; pero, si podemos señalar personalidades tan extraordinarias como Homero, Demóstenes, Fidias, Sócrates y otros muchos, no podemos borrar de nuestra memoria las veleidades de un pueblo que ha obligado á un historiador romano á decir de sus grandes hombres *que no se creían seguros sino á medida que se alejaban de las murallas de Atenas*, como lo acreditan tristemente las acusaciones, los destierros y la muerte de personajes tan dignos de aprecio y veneracion como Temístocles, Milcíades, Cimon, Sócrates y otros muchos, cuyos nombres si revelan una gloria histórica, son un testimonio perenne de la crueldad y pequeñez de un pueblo demente ó indigno de la participacion que se le daba en el gobierno y direccion de sus propios destinos.

La historia de Grecia, y en particular la de Atenas, debiera servir de provechoso escarmiento, para que los encargados del gobierno de los pueblos procuraran la verdadera civilizacion de sus subordinados alejándolos del apestado mar de la política, donde, entregados libremente á sus pasiones, descuidan todos los deberes sociales y morales, para correr en pos de ambiciones casi nunca satisfechas, de venganzas casi nunca conseguidas, de ideales jamas realizados, dando por consecuencia inmediata desmoralizacion en todas las capas sociales, y engendrando desconocidas pasiones que tarde ó temprano harán necesario un remedio heróico, si no han de perecer las sociedades. No progresarán estas disputando, sino creyendo: Grecia se abismó entregada á la disputa y al sofisma, que es su consecuencia necesaria. El pueblo debe ser virtuoso, para ser feliz; y para ser virtuoso, debe abandonar el argumento y solamente creer y orar.

La fe y la oracion son dos flores de pétalos delicadísimos, y suavísima fragancia de irresistible virtud para esta y la otra vida; virtud que no supieron descubrir Sócrates, Platon, ni filósofo alguno de Grecia, á pesar de

presentir algo de su esencia y de las sospechas que en su mente despertaba su misteriosa existencia; virtud que sabe calmar las agitaciones de la vida sonriendo al triste, alentando al desmayado y vigorizando al fuerte, virtud única que habrá de regenerar á las sociedades todas sumidas ahora en el gran sofisma de la política, de la incredulidad é indiferencia, si es que en el reloj de la eternidad no ha sonado la hora de la desaparicion de las grandezas humanas, como sonó, contra toda prevision, la del pueblo griego más grande é ilustre y fuerte que ninguno de los que hoy peregrinan en todo el universo.







CAPÍTULO IV.

ROMA.—NOTICIAS GENERALES ACERCA DE SUS PRIMEROS TIEMPOS.

DESTINOS DE ROMA.

En el capítulo primero de los que llevamos dedicados al estudio de la civilizacion griega dijimos que Tarsis, nieto de Jafet, pasa por ser padre de los *Pelasgos* Tirsenos ó Tirrenos, parte de los cuales emigraron á Italia, donde fueron el primer tronco de los italianos.

Poblada ya la Italia, vióse invadida por colonias que hicieron retirar

hacia el centro del país á los aborígenes, ó hijos del mismo suelo, con cuyo nombre se daban á conocer aquellos pobladores. Cuáles fuesen estas colonias, y por dónde penetraron, no hemos podido averiguarlo, por no hallar datos suficientes en los autores que hemos consultado; pero parece indudable que ya en el siglo décimoquinto ántes de Jesucristo los Sicamos y Ligures y en el décimocuarto los Galos invadieron el territorio.

Ademas, ateniéndonos á una tradicion, fomentada por la vanidad, y adornada con el vistoso ropaje de la fábula, algunos troyanos escapados del incendio de su patria, abordaron, guiados por Eneas, cerca de la embocadura del Tíber, territorio que con el nombre de Lacio habitaban los aborígenes.

La civilizacion no registra ningun dato interesante por espacio de algunos siglos en el territorio italiano, y sólo desde mediados del siglo octavo ántes de la era cristiana podemos consignar como suceso digno de mencion para la historia de la civilizacion, en el país que estudiamos, la llegada de algunas colonias griegas que dieron nombre á la *Magna Grecia*, que así llamaron á la Italia meridional y á la Sicilia, en donde se fijaron por ser la parte más vecina á su patria.

Varias fueron las colonias que, andando el tiempo, penetraron en Italia ya por el norte, ya por el sud del país, pero dando de mano á todas estas noticias más pertenecientes á la historia política, haremos alto, y nos dedicaremos al estudio del pueblo cuyo conocimiento nos interesa.

Nos referimos al pueblo romano.

La historia universal no registra un nombre más glorioso ni de más preclaros y envidiables destinos.

Algo hemos dicho de los del pueblo griego, pero ni fueron tan escogidos, ni tan gloriosos y sobre todo tan duraderos; porque, si pudo eclipsarse el hermoso astro que presidía los de Roma guerrera, no se empañó el lustre de su señorío sobre todo el universo que dura despues de tantos siglos de esplendor, con trazas de continuar así miéntras duren los siglos.

Sujetándonos á la imperiosidad de nuestro plan, debemos casi prescindir de la historia política y civil de Roma, que tan bellas páginas nos prestaría, en sus variados periodos de Estado monárquico, republicano é imperial; para

ocuparnos única y exclusivamente en el estudio de su civilizacion en sus variadas manifestaciones, que se nos presentarán en múltiples aspectos y en un teatro más vasto, completo y grandioso que en ningun otro punto del mundo.

Acabamos de salir deslumbrados del suelo griego, así como salimos ántes de los pueblos asiáticos que nos admiraron con sus adelantos y lujosas civilizaciones. Atenas nos puso de manifiesto lo que puede una democracia rica en una raza con disposiciones naturales para comprender en sus más recónditos misterios la belleza y los goces de la vida material; pero Roma nos dirá ahora lo que puede una aristocracia dueña del mundo todo por la conquista, dominada ella á su vez por el orgullo, por un carácter fuerte, apasionado, y sin delicadeza extremada de sentimientos. El ateniense se nos ha presentado, en medio de sus vicios y defectos, contrabalanceado por una inteligencia privilegiada; el romano se nos presentará impetuoso, inmoderado en sus deseos, cruel, con todo el cortejo de vicios desenfrenados propios de quien lo puede todo.

Para que el espíritu romano no dejara de manifestarse en todas sus formas, se ha dicho que los edificios de Roma siguen en su construccion las mismas fases que la ciudad: la solidez distingue los de la monarquía, formados en su mayor parte de pedruscos enormes unidos sin cimento, y consisten en conductos subterráneos, murallas, caminos, etc.; los de la república, consistentes en acueductos, puentes ó templos, son de arquitectura tan sencilla como severa; miéntras que son de la época del imperio los grandiosos monumentos que aún ahora nos admiran, y se reducen á baños, templos, circos, palacios, sepulcros y otros no ménos notables.

Roma ensayó, mejor dicho, vivió varios periodos bajo las diversas y más opuestas formas de Gobierno á que puede sujetarse un Estado, y su historia nos demuestra que no son esenciales á las formas de gobierno las cualidades buenas ó malas que se creen anexas á las mismas. La república de Sila no se ocupó apénas de virtud, así como se conoció muy poco la igualdad en la república puesta en manos de la oligarquía. Los periodos de la civilizacion romana nos desorientan al sacar aplicaciones de las influencias

de sus causas, como no se apliquen á ciertos y determinados periodos, pero no á épocas generales. En el estudio de la civilizacion romana que se nos presenta muy complejo y difícil, nos falta mucha luz que hemos de procurarnos reuniendo en un foco comun rayos dispersos y de diversa intensidad. En este sentido, y en contradiccion á lo que debiera suponerse, no podemos abandonar de la mano la historia política de Roma, para que nos preste auxilio en nuestra espinosa tarea. No podremos lograr nuestro objeto, sino teniendo á la vista la desigualdad de las fortunas en el interior, las conquistas romanas en el exterior, el roce con la diversidad de extranjeros, la introduccion de costumbres en la vida pública y privada, y como consecuencia de todo esto tambien la influencia de la filosofía.

¿Llevarán á mal nuestros lectores que nos fijemos en el orígen de la ciudad de Roma y que arranquemos de él, como de un verdadero punto de partida, para explanar completamente nuestra idea acerca de lo qué era y de lo qué debió ser la civilizacion romana, á contar desde sus primeros días?

En Alba, ciudad al sudeste del sitio donde con el tiempo se emplazó la de Roma, reinaba un hijo de Pocras, llamado Numitor, quien tenía un hermano por nombre Amulio. Este destronó á Numitor y mató á su hijo Lauso. Ilia era el único vástago que sobrevivía de la raza de Numitor, y el tirano la obligó á hacerse Vestal, para que se extinguiera la descendencia de su hermano. Merced á la intervencion de Marte, Ilia fué madre de dos hijos, mandados arrojar al Tíber por su tío; pero, salvados, criólos una loba, y, más adelante, los salvó Fáustulo. Llegados los niños á su mayor edad, reconociólos Numitor, mataron á Amulio, y repusieron en el trono á su abuelo.

Nuestra idea, que iremos desenvolviendo, quedaría confusa si no acudiéramos á un poeta latino, para que, prestándonos las galas de su imaginacion, nos cuente los amores que, uniendo á Marte con la Vestal, produjeron la concepcion de los hermanos gemelos.

« Ilia, dice Ovidio, sacerdotisa de Vesta, salió una mañana á buscar agua para lavar los objetos sagrados. Al llegar á la orilla del río, despues de haber descendido por la ladera del monte, dejó en el suelo la herrada que

traía en la cabeza. Rendida de cansancio, sentóse sobre la yerba, y, procurándose la frescura del aire, descubrióse el seno y entretúvose aliñando su cabello descompuesto. Descansando de esta manera, acabaron por adormecerla los umbrosos sauces, las canoras aves y el suave murmullo del agua. Casi no había cerrado los párpados, quedaron velados sus hermosos ojos, y la languidez que se le apoderó fué causa de que se le cayera la mano con que ocultaba la cara. Marte la ve entónces, la codicia y satisface su torpe deseo, valiéndose de su carácter divino para dejar envuelto en el misterio aquel acto de liviandad. Ilia despierta y ya es madre. ¡Oh fundador de la ciudad de Roma, tú habías recibido ya el sér dentro de sus entrañas! Levántase Ilia lánguidamente y no acierta la causa de su languidez: apóyase en un árbol y dice estas palabras: « Permitan los cielos que mi sueño sea benéfico y de buen agüero; ó ¿por ventura lo que ha pasado por mí fué algo más que un sueño? Estaba en frente del fuego troyano, cuando la cinta de lana, desprendiéndose de mi cabellera, fué á parar sobre él. ¡Oh prodigio! De aquella cinta desprendida, brotan á un mismo tiempo dos palmas desiguales, cubriendo la mayor casi todo el mundo con sus ramas y llegando su copa hasta las estrellas más elevadas del firmamento. Pero ¡ay! que mi tío las amenaza con el hierro. Este recuerdo me horroriza y mi corazon late asustado. Un picoverde, ave de Marte, y una loba luchan á favor de aquellos tallos, y, gracias á sus auxilios, las palmas quedan ilesas. Dijo, y con escasas fuerzas recogió la herrada que había llenado recordando su vision. »

Esta es la fábula, cuyos comentarios vendrán oportunamente. Ahora veamos la historia.

Luégo de llegado Eneas al territorio bañado por el Tíber, salióle al encuentro el rey latino con todas sus fuerzas; pero al ver las pacíficas intenciones del troyano, y que, protegido de los dioses, iba á echar allí los cimientos de una nueva Troya, contrajo estrecha alianza con él, dándole á su hija Lavinia por esposa, á fin de confundir entrambos pueblos.

Turno, rey de los rútulos, á quien estaba prometida Lavinia, furioso por la preferencia que se había dado á un extranjero, atacó á latinos y troyanos reunidos, pero fué derrotado en una batalla en que pereció el rey

latino. Aliado despues con Mezencio, renovó las hostilidades, consiguiendo Eneas una victoria, á la que, sin embargo, no sobrevivió.

Ascanio, hijo de Eneas, sucedió á éste en el mando, fundó la ciudad de Alba sobre el monte Albano, donde sus descendientes reinaron más de cuatro siglos.

La historia de esta dinastía es muy oscura hasta el reinado de Numitor. Este recibió la corona á la muerte de Procas, su padre; pero su hermano Amulio, sin respetar la voluntad paterna, ni los derechos de primogenitura, se la usurpó violentamente, y despues de haberse apoderado de su persona hizo asesinar á Egesto, hijo de Numitor, y consagrar al culto de Vesta á su sobrina Rea Silvia con la mira de privarla de sucesion.

Esto no obstante, Rea Silvia dió á luz dos gemelos llamados Rómulo y Remo, quienes arrojados al Tíber por órden de Amulio en una cuna, fueron recogidos en la orilla por el pastor Fáustulo y amamantados por su mujer Laurencia, conocida con el nombre de Loba, á causa de sus desórdenes. Criados entre pastores adquirieron tal robustez y valor, que, llegados á la adolescencia, se dedicaron á limpiar su país de los malhechores que lo infestaban. Luégo, habiendo descubierto por una casualidad su ilustre prosapia restituyeron al trono á su abuelo Numitor con la muerte del usurpador Amulio, quien, para recompensarles, señalóles una porcion de territorio sobre las márgenes del Tíber, donde habían pasado su infancia, para fundar una ciudad, autorizándoles para admitir en su colonia á los albanos y latinos que quisiesen formar parte de ella. Á fin de excitar la emulacion entre los colonos, los dividieron en dos bandos bajo su direccion, de donde resultando dos facciones opuestas quisieron ambas aclamar rey al que las dirigía.

En tal conflicto, les aconsejó Numitor que consultasen la voluntad de los dioses. Siguiendo su dictámen, colocóse cada hermano sobre un montecillo: á Remo se le aparecieron seis buitres, y en seguida doce á Rómulo. Pretendiendo con esto los dos tener el destino á su favor, el uno por haber visto primero las aves y el otro por habérsele presentado en mayor número, trabaron un sangriento combate en el que pereció Remo. Así quedó Rómulo único gefe de la colonia, y la ciudad se apellidó Roma de su nombre.

Á fin de aumentar la nueva colonia, abrió Rómulo un asilo á toda clase de extranjeros, y de este modo se formó Roma de una multitud de aventureros, proscritos, y gentes amantes de la novedad.

Salustio, hablándonos de los comienzos de Roma, nos dice: «La ciudad de Roma, segun yo he entendido, fué fundada y habitada al principio por los troyanos, que con su capitan Eneas andaban fugitivos y vagabundos, sin tener asiento en parte alguna: con ellos se agregaron los aborígenes, gente rústica, disoluta y libre, sin leyes y sin gobierno; y aunque eran de diferentes naciones y lenguas, es cosa increible cuán fácilmente se conformaron, habiéndose juntado en una ciudad (1).

No habrían mejorado mucho, que digamos, las costumbres de los romanos, en general, en la época de la guerra catilinaria tan magistralmente pintada por Salustio, cuando este mismo historiador, en la misma obra citada, se expresa de la siguiente manera: «¿Pero de qué servirá contar cosas que sólo pueden creer los que las vieron? como que muchas personas particulares allanaron montes é hicieron mares; que, á lo que me parece, se quisieron burlar del dinero, pues se daban prisa á gastar con deshonra lo que podían gozar honradamente, y no eran menores sus adulterios, los excesos de las mesas, y de todas las otras cosas, ya que sufrían en sí los hombres lo que las mujeres, y vendían ellas públicamente su honra; y para satisfacer á la gula no había cosa que no buscasen en mar y tierra, durmiendo ántes de la hora en que los llamaba el sueño, sin aguardar jamas el hambre ó sed, el frío ni el cansancio; porque con todo cumplían ántes de tiempo por cumplir con su gusto; y estas cosas provocaban á maldades la juventud despues de haber consumido sus haciendas; y los que estaban mal acostumbrados, no se podían bien apartar de los vicios, que los obligaban á gastar y adquirir por cualquier camino.

»Y así Catilina (lo que era cosa facilísima en una tan grande y corrompida ciudad) traía consigo, como por guarda, tropas de todos los facinerosos y perdidos, porque cualquier desvergonzado, adúltero y gloton, que

(1) SALUSTIO. — *De bello catilinario*, VI.

había disipado su patrimonio en sus desórdenes y deleites, ó se hallaba cargado de deudas, para eximirse de ellas y de las penas, y los que, habiendo muerto á sus padres, y profanado los templos, estaban ya convencidos, ó temían por sus delitos la sentencia; y los que vivían de derramar la sangre de sus ciudadanos, ó de hacer juramentos falsos, y finalmente aquellos á quienes afligían la necesidad, y por sus maldades la conciencia, todos estos andaban y trataban con Catilina, y si alguno que aún vivía libre de culpa, venía á tener amistad con él, luégo con la conversacion ordinaria y sus halagos, le imitaba de manera que no se diferenciaba de los demas; pero ningunas amistades procuraba tanto como las de los mancebos, cuyos ánimos blandos y poco firmes por la edad, se dejaban llevar más facilmente; porque, segun la inclinacion que á cada cual daban sus años, á unos buscaba amigas, y á otros compraba perros y caballos; finalmente, no tenía cuenta con la honra ni el gasto, miéntras le quedasen fieles y obligados. Sé que pensaron algunos que los mancebos que frecuentaban la casa de Catilina no usaron bien de sus personas; pero esta fama corrió más por las otras cosas que hubo, que porque hubiese certidumbre de ella.

»En su mocedad cometió Catilina muchos estupros nefandos con una doncella noble y una sacerdotisa de la diosa Vesta, haciendo otros excesos semejantes contra toda razon y justicia, hasta que se aficionó á Aurelia Orestila, de la cual no alabó nunca ningun hombre de bien otra cosa más que la hermosura; y por no átreverse ella á casarse con él, temiendo al hijastro ya grande, se tiene por cosa cierta que mató Catilina á su hijo, para que no hubiese en su casa quien impidiese las abominables bodas..... (1)»

Cuadrillas de bandidos, por más que se disfrazaran con la zamarra de pastor, eran los pobladores del territorio donde se levantó la ciudad de Roma. La historia y la tradicion están completamente acordes en este punto. Y no sólamente se distinguirían por su amor á lo ageno aquellos hombres, sino que tambien eran disolutos, licenciosos y dados á todos los desórdenes,

(1) SALUSTIO.— *De bello catilinario*, XIII, XIV, XV.

ya que á la nodriza de Rómulo y Remo le valieron sus costumbres desarregladas el significativo nombre de Loba.

Por más que los hermanos gemelos, amamantados por Laurencia, se dedicaran á la limpia de malhechores en su territorio, fundan la ciudad amasando sus cimientos con la sangre derramada por un fratricida, y humeante aún la sangre de Remo, se consuma la iniquidad de la poblacion de Roma, tendiendo un lazo á los pueblos de la vecindad, alegando un pretexto religioso, con el robo á mano armada de las hijas y mujeres de los Sabinos, perfidia sin precedentes ni ejemplo en ningun país civilizado ni salvaje de ninguna parte del mundo.

El asesinato, el robo, el libertinaje son los fundamentos sobre que se asienta la futura señora del universo, y como si la Providencia se encargara de sellarla con el distintivo de su orígen, por más que la reservara en sus inescrutables designios para empresas estupendas y maravillosas, su lengua, que será universalmente conocida y madre de muchas otras que hablarán naciones civilizadas, tomará prestadas muchas palabras, y, lo que es más, dará nombres propios á personajes y familias ilustres, sacándolos de la vida primitiva y casi especial de aquellas gentes abyectas é incultas.

Quien no posea el perfecto conocimiento de la lengua latina no podrá formarse cabal concepto de la significacion de los nombres á que nos referimos y que prueban claramente lo que deseamos probar. *Aulus*, *Cajus*, *Bestia*, *Brutus*, *Hircus*, *Catulus*, *Ovidius*, *Porcius*, *Taurus*, *Verres*, nombres todos romanos, y otros muchos que podríamos aducir, tienen un significado ú orígen cuya mayor parte debieron ruborizar á las personas que los llevaron; dejando aparte los que, por no ser propios de personas, no causaran tanta extrañeza si se les examina su procedencia, como *pecunia*, *peculium*, *palatium*, etc. etc., salidos todos de los campos ó de la agricultura.

El vírus inoculado en los primitivos pobladores de Roma se comunica á sus descendientes, y asusta el leer detenidamente la historia de aquella famosa ciudad, porque sus páginas se nos presentan llenas de manchas que hacen apartar la vista horrorizada de tanta iniquidad, perversion, luchas interiores, enemistades, y mares de sangre humana enrojeciendo contínuamente la tierra.

Como en sumario, que desarrollaremos sucesivamente, vamos á presentar rápidamente á la consideracion de nuestros lectores lo que fué Roma por efecto de su vicioso orígen.

El carácter de los romanos era esencialmente guerrero, y dominados por él, despues de setecientos años de contínuas guerras habían conseguido sujetar el mundo entónces conocido. El ideal de los romanos no fué batallar, conquistar para la propagacion de las luces, sino para recoger botin y uncir esclavos al carro triunfal de la victoria.

Roma llega así á convertirse en una ciudad inmensa: dentro de su recinto se mueven como hormigas cerca de seis millones de habitantes (1). Los reyes, desde Tarquino Prisco, en el siglo séptimo ántes de Jesucristo, la República y el Imperio la embellecen y ensanchan á porfía hasta el punto de que no hay igual si se atiende al número y magnificencia de sus templos y palacios. Como si no hubiera espacio en el mundo para su semejante, miéntras aparece la esplendidez de Roma, se eclipsa, para no reaparecer jamas, la grandeza del Oriente representada por Babilonia. La circunferencia de Roma se calculaba en doscientos cuatro mil novecientos quince piés, conteniendo cuarenta y ocho mil setecientas diez y nueve casas, con dos mil palacios de sorprendente magnificencia: las casas estaban aisladas entre sí y sin pared intermedia, abovedadas hasta cierta altura y construídas de piedra refractaria al fuego; cada casa equivalía á una ciudad entera. Había tambien allí foros ó vastas plazas, pórticos, baños, circos, extensos jardines y ricas bibliotecas.

Todo estaba previsto en Roma, y á fin de satisfacer todas las pasiones, había novecientos establecimientos de baños, cuarenta y cinco palacios destinados al libertinaje y trescientos veintisiete graneros de abundancia. Cuatrocientos setenta templos estaban destinados para la adoracion de los treinta mil dioses que contenían, representados por otros tantos ídolos. Había ademas cinco naumaquias, especies de lagos, en los cuales se representaban batallas navales. Las estátuas y obeliscos eran sin número: contában-

(1) Las últimas estadísticas dan á Lóndres 3.489.428 almas.

se treinta y seis arcos de triunfo de preciosos mármoles, adornados de esculturas; ochenta caballos de bronce dorado y noventa y cuatro de marfil, y de entre los varios anfiteatros podía uno solo de ellos contener ochenta y siete mil espectadores sentados. El Circo, cuyos asientos llegaban á ciento cincuenta mil, segun los que le dan ménos cabida, y á cuatrocientos ochenta y tres mil en concepto de los que le suponen mayor capacidad, y finalmente el soberbio palacio imperial edificado por Neron, no tan notable por el oro y piedras preciosas que lo adornaban, como por los bosques, lagos y campos que le rodeaban.

Se comprenderá lo inmenso que había de ser ese palacio de Neron sabiendo que en su emplazamiento están ahora la basílica de San Pedro, la gran plaza y *Borgos*, nuevo y viejo.

Había en Roma veinticuatro puertas de las cuales salían otras tantas vías, enlosadas con anchas piedras y con las márgenes adornadas de soberbios mausoleos, y que conducían de la capital del mundo á las provincias.

* * *

Á fin de no anticipar datos y reflexiones que se nos vendrán á la pluma á cada momento, retrocedamos á los primeros tiempos de Roma, y veremos que allí, como en todas partes, se nos presenta desde luégo la ostentacion en todos conceptos. En los adornos de las mujeres y hasta en las flechas doradas vemos llevado al último extremo el lujo de que no supieron librarse ni los pueblos más guerreros de los primitivos tiempos. En los templos encontramos tambien un exceso de refinamiento en los adornos.

Si debemos dar crédito á Plutarco, en tiempo de Numa Pompilio, sucesor de Rómulo y rey digno de todo elogio por sus bellas cualidades, había ya plateros en Roma. Como Numa fué un rey que trabajó mucho á favor de la civilizacion de los romanos, muy inclinado á la paz y sumamente religioso, habiéndose propuesto despojar á los romanos de su ferocidad na-

tural y transformarles de ladrones en ciudadanos justos y laboriosos, de modo que, al morir, dejó á Roma en un estado floreciente por sus fuerzas y por un gobierno que contenía en sí el gérmen de su futura grandeza, nada extraño sería que las artes hubiesen tomado algun vuelo hasta en los ramos pertenecientes ya á la superfluidad ó lujo, salidas de la esfera de lo indispensable ó de uso comun.

En los tiempos de Tarquino Prisco vemos emprender muy alto vuelo á la civilizacion romana manifestada tan luégo como se pudo desembarazar de sus enemigos. Ensanchó el recinto de Roma y cerrólo con una muralla, adornó la ciudad con edificios para tribunales y escuelas públicas, construyó cloacas y echó los cimientos del Capitolio.

Ademas, para añadir lustre á la dignidad real, adoptó la corona de oro, metal muy raro aún en los comienzos de la República, hízose construir el trono de marfil, coronar el cetro con un águila, y usó el manto de púrpura, distintivos todos del poder entre los etruscos, cuyo pueblo trajo entónces á Roma las riquezas y artes industriosas que tanto les enaltecían.

Prueban estos datos, cuando ménos, que se iban introduciendo en Roma las aficiones de los elementos de que se iba formando, y desprendiéndose de las costumbres sabinas demasiado pacíficas para el carácter fiero del pueblo romano, se asimilaba las artes etruscas, las más adelantadas en aquella época de todos los países limítrofes.

Si necesitáramos probarlo, acudiríamos á los monumentos, historia digna de estudiarse en todos los pueblos, y ellos nos dirían á cada paso que daríamos, el camino que siguió el desarrollo de la civilizacion etrusca en la modificacion de Roma.

Es cierto que á Roma fueron desde Grecia muchas cosas que completaron su cultura, como la moneda, pesos y medidas, pero lo es tambien que tuvo la Etruria no poca parte en esa introduccion.

Á Tarquino hemos atribuído gran parte del desarrollo impreso á la ciudad romana: el Circo debido á ese rey bastaría para probar que todo en Roma debía ser de procedencia etrusca, cuando lo eran hasta los juegos multiplicados ya entónces y que eran positivamente de Etruria: pero el genio

guerrero, y más feroz que guerrero de los verdaderos romanos, debía modificar en algo las pacíficas costumbres de sus vecinos: así pues, debió añadir un refinamiemto á las luchas entre hombres: entregó los combatientes á las fieras para que el espectáculo fuera más atractivo. Esta ferocidad no se desmentirá nunca, y serán vanos los esfuerzos de la civilizacion para borrarla.

Es un estudio por demas curioso seguir paso á paso la introduccion y vicisitudes en Roma de las costumbres etruscas, cuya somera idea hemos dado al hablar del reinado de Tarquino Prisco; y es de notar tambien el progreso que hace entre todas las clases el afan de distinguirse con manifestaciones exteriorizadas por medio del oro, de la púrpura y de insignias que van copiando del poder real.

Esta distincion de clases y el afan por exhibirse con señales de la separacion que diera á conocerlas exteriormente, procede ya del reinado de Rómulo que dividió la poblacion en patricios que eran los más ilustres y en plebeyos que componían la multitud. Contribuyó mucho tambien á ese afan la organizacion dada por el mismo Rómulo á las legiones que componían el ejército romano, y la creacion de la guardia para su seguridad personal. Es verdad que estas disposiciones imprimieron rápidos progresos á la ciudad fundada por él, pero no lo es ménos tambien que fueron el gérmen de la rivalidad y odio de clases admitidas con harta imprevision al gobierno mixto que estableció, haciendo participantes del poder supremo al Senado compuesto de cien patricios y el resto del pueblo.

Este vicio de constitucion de la monarquía romana le impedirá alcanzar un largo período de duracion, y el pueblo romano derrumbará el trono de sus reyes ante la ofensa de uno de sus hijos inferida á la esposa de un noble romano, anteponiendo la honra de un ciudadano al respeto á la majestad real.

Y no basta que las malas cualidades de Tarquino, que es el rey expulsado del trono y de Roma por una revolucion popular, le hubiesen hecho aplicar el sobrenombre de Soberbio con que le conocemos aún, pues si bien es verdad que trató muy dura y cruelmente al Senado y al pueblo, prohibiendo

sus comicios y reuniones, restableciendo las contribuciones individuales abolidas por su antecesor Servio, haciendo asesinar á los Senadores, cuya oposicion temía, confiriendo los destinos públicos á los cómplices de sus crímenes, haciendo estribar su sistema en la confiscacion, destierro y muerte, crucificando los cadáveres de los que se suicidaban para librarse del suplicio impuesto por él y entregando sus cuerpos á la voracidad de las aves de rapiña, con lo que se granjeó el odio y aversion de sus gobernados; es tambien cierto que procuró y obtuvo que Roma fuese mirada como la metrópoli del Lacio, levantó un templo en el monte Albano á Júpiter Lacial, donde los pueblos de este territorio debían ofrecer sacrificios comunes, seguidos de fiestas llamadas *Ferias latinas*, y á fin de que la multitud olvidase los males que sufría, la ocupó en hermosear el Circo y acabar el Capitolio, elevando de este modo la ciudad de Roma á un sumo grado de esplendor digno por todos conceptos en su parte material de la justa fama que debía adquirirse con el trascurso del tiempo, hasta el punto de que Tito Livio consignara en su historia que apénas la magnificencia de su época pudo igualar semejantes trabajos.

La opulencia de Tarquino debía despertar ambiciones y deseos de asimilársele. La juventud romana, brillante y disoluta, tenía un espejo donde mirarse en el jóven Sexto, hijo de Tarquino, de costumbres licenciosas y para quien eran lícitos todos los medios con tal que le condujeran á su fin propuesto, conforme lo acredita lo sucedido con la desgraciada Lucrecia, víctima de sus pérfidas amenazas y desenfrenada lascivia.

Tomando Tarquino por yerno á Octavio Mamilio, potentado del Lacio, consiguiendo de este modo el título de gefe de la confederacion latina, se rodea de cortesanos y favoritos con todos sus accesorios consiguientes de espectáculos, carreras, esclavos y cuanto pueda contribuir al fomento de las pasiones, que darán por resultado no ya una manifestacion de lujo y esplendidez que nada tendrían de reprensibles, sino de inmoralidad excesiva que ofenderá la dignidad humana, y al estallar en amargo quejido conmoverá los frágiles cimientos de la monarquía.

* * *

Por lo poco que llevamos dicho compréndese fácilmente que los primeros gefes del Estado romano, aunque apropiándose el pomposo título de reyes, lo eran de sólo nombre, sin más poder que el de hacer ejecutar las leyes. Elegíalos el Senado, y el pueblo confirmaba la eleccion, pero á pesar de esto, Servio Tulio subió al poder con los sufragios del pueblo sólamente y á pesar de la oposicion del Senado, y Tarquino con los del Senado tan sólo.

La necesidad de conocer con la mayor extension que nos sea posible el verdadero estado de la civilizacion romana desde su primitivo orígen, nos obliga á entrar en pormenores precisos para la buena inteligencia de la materia.

Al poco tiempo de su fundacion contaba Roma en su recinto tres mil hombres libres en estado de empuñar las armas, de los cuales pertenecían trescientos á la caballería. La masa entera estaba dividida en tres tribus ó cuerpos, mandado cada uno por un tribuno, y el conjunto de las tribus formaba la legion. Cada tribu estaba dividida en curias ó compañías de cien hombres, y en decurias ó pelotones de diez hombres. Para ser inscrito en el ejército era necesario poseer por lo ménos dos fanegas de tierra. El terreno de la ciudad estaba dividido en pequeñas porciones, una parte de las cuales estaba destinada al culto de sus dioses; los pobres estaban casi en pleno goce de los bienes comunales. Á medida que iba aumentando la poblacion se iba distribuyendo á los ciudadanos pobres las tierras de las ciudades vencidas; por lo que se ve que la principal causa de las guerras de Roma fué el aumento de poblacion y la necesidad de una extension mayor de territorio, necesidad tanto más imperiosa cuanto que su suelo era poco fértil, y la industria y el comercio, que jamas llegaron á prosperar en Roma, estaban todavía en su infancia.

Los romanos formaban colonias en los países conquistados, y los princi-

pales habitantes de los pueblos subyugados adquirían el título de ciudadanos romanos. De aquí nacían lazos tan agradables como duraderos entre vencedores y vencidos; la agricultura y el comercio prosperaban y las mismas colonias servían de guarniciones. Durante muchos siglos los romanos sólo eran guerreros ó agricultores, y estas costumbres se conservaron miéntras no se conocieron otras ocupaciones.

Los primeros gefes de Roma procuraron tantas ventajas á los que á ella se acogían, así por medio de sus conquistas como con la benevolencia con que trataban á los vencidos y á los extranjeros, que muchas gentes abandonaban á su patria para hacerse romanos. Los habitantes de los países limítrofes se refugiaban en tropel á Roma, ya para huir de la pobreza, ya para sustraerse á los desórdenes y destruccion de sus ciudades, y ya tambien para escaparse de los castigos que por sus crímenes merecían. Elocuente leccion la que nos ofrece Roma, y que debieran recordarla frecuentemente todas las vanidades y los orgullos todos del mundo: criminales y bandidos de la peor especie creados patricios, nobles, senadores, por un fratricida: hé aquí la cuna *ilustre* del orgullo romano.

Rómulo vió ya crecer la poblacion hasta el punto de tener cuarenta mil hombres de infantería y mil de caballería. No pudiendo contener el ardor de la juventud romana, ni con su autoridad, ni con la de los gefes de familia, llamó en su auxilio los dioses.

La religion de Rómulo consistía en una ciega confianza en los presagios que sacaba del vuelo de las aves y de las entrañas de las víctimas, cuyas prácticas eran originarias de los Orientales.

Esto no obstante, no hay ejemplo de ciudad alguna que haya sido tan celosa por el culto de sus dioses ni que les haya permanecido fiel por tanto tiempo. Más de tres siglos hacía ya que la incredulidad estaba arraigada en Atenas, cuando la filosofía romana, personificada en Ciceron, empezó sus investigaciones acerca de la naturaleza de los dioses.

La religion de los antiguos romanos era más severa y, si vale la frase, más pura que la de los griegos; porque no se ocupaba ni en las intrigas amorosas de Júpiter, ni en los vicios de los dioses. En las grandes calami-

dades se celebraban fiestas religiosas para calmar al pueblo, y á fin de que no creyese que los dioses pudieran abandonar la ciudad eterna. La religion se mezclaba en todos los actos de la vida doméstica, porque se quería que todos los ciudadanos sintieran contínuamente la presencia del Señor del Universo. Por mucho tiempo estuvieron prohibidas las bacanales; la mayor parte de las solemnidades religiosas estaban relacionadas con la agricultura, y sus caracteres distintivos tendían á la pureza de las costumbres, la templanza y el gusto por los placeres campestres. Así lo disponía la religion á lo ménos, pero los hombres lo practicaban de distinta manera; porque, en cuanto á costumbres no puede presentarse el pueblo romano, de ninguna época, como modelo digno de ser imitado por quien se precie de culto y morigerado.

Rómulo atendió á lo civil como á lo religioso de la ciudad que fundó, como si tuviera presentimientos seguros de los grandes y duraderos destinos á que estaba llamada. Instituyó sesenta sacerdotes de cincuenta años á lo ménos de edad cada uno, escogidos entre las primeras familias de la ciudad: el pueblo reunido en curias, cada una de las cuales tenía su dios tutelar, los elegía consultando la opinion pública acerca de sus virtudes. Numa sucesor de Rómulo y sabino de nacion, multiplicó las ceremonias religiosas é introdujo los agoreros.

Siendo las religiones de los pueblos una norma segura y necesaria para el exacto estudio de sus respectivas civilizaciones, debemos dar una idea, aunque brevísima, de las obras consagradas en Roma al culto, con expresion de sus nombres y funciones. Ántes, empero, será útil decir dos palabras de su mitología.

Refiere Plutarco que Numa Pompilio había dado á los romanos una idea tan sublime de la divinidad que, persuadido, como otros orientales, de que no se podía llegar á su conocimiento sino por el entendimiento, consideraba como sacrilegio toda representacion en cualquiera forma humana que se intentara. De aquí es que por espacio de más de dos siglos no se vió en Roma figura, ni pintura de ídolos, aunque les fabricaban templos en donde les honraban. De los toscanos y de los griegos aprendieron los romanos el uso de las imágenes de sus deidades, con todas sus supersticiones.

Tenían los romanos dioses adecuados á todas las necesidades de la vida: los tenían celestes y terrestres, acuáticos é infernales, superiores é inferiores. Traían ademas á Roma los romanos los dioses de todas las naciones que dominaban, les fabricaban templos y les mandaban dar un culto religioso para tenerlos propicios y á fin de que no se opusieran á sus conquistas.

Los campesinos tenían tambien sus deidades particulares ó especiales, y esta parte de la mitología romana no carecía de cierta belleza poética. Príapo, Hipomenes, Flora, Pomona, las Ninfas y otras por el estilo eran las principales representaciones de las divinidades campestres.

De pronto se descubre que el temor, el interes y tambien la gratitud fueron los principales móviles en los romanos para venerar tanto número de dioses; pero tambien, sin esfuerzo alguno intelectual, parece imposible que tantos hombres, tan aguerridos y que visitaron tantos pueblos de carácter y civilizacion diferentes, veneráran invenciones tan despreciables, llenas de tantos defectos, flaquezas y pasiones tan degradantes, intolerables y vergonzosas, no ya para adoradas, sino tambien áun para toleradas en el comun de los hombres.

Con la idea que ya tenemos acerca de la religion de los romanos, veamos algo de los que podríamos llamar en general con el nombre de sacerdotes.

Los Curiones eran los sacerdotes de las divinidades tutelares de las curias; los Flamines eran los sacerdotes de las divinidades mayores. Ciertos sacrificios de estos exigían el ministerio, ó, por lo ménos, la presencia del rey. Los Agoreros interpretaban los presagios. Roma sostenía siempre seis jóvenes patricios destinados á aprender el arte de los agoreros: este arte estaba reducido á un escaso número de reglas con una multitud de excepciones muy útiles para los fines de los magistrados. Los Agoreros podían disolver los comicios ó reuniones electivas, anular los decretos y las leyes, conceder ó rehusar el derecho de hablar en público, y obligar á los cónsules á dimitir sus cargos: finalmente, se hacían obedecer por Roma, cuando Roma mandaba á todo el mundo.

¡Qué reflexiones se agolpan aquí! ¡Qué cuadro comparativo podría for-

marse de las civilizaciones actuales con la romana de la época á que nos referimos! El pueblo romano, dueño de todo el mundo, confiando siempre sus destinos á los representantes, buenos ó malos, de su religion. No prohiben á sus sacerdotes que se inmiscuyan en los asuntos de la cosa pública, no les acusan por ocuparse en política, no les acriminan porque, ademas de sacerdotes, sean ciudadanos, sino que se someten á su omnímoda voluntad en todo y por todo, ligando su porvenir, su fortuna, su misma existencia moral y política á las declaraciones, á los mandatos de los representantes de sus dioses, dueños absolutos y únicos de todo el poder romano.

En nuestro concepto se ha cometido en este siglo un abuso imperdonable, pero recíprocamente, del *Regnum meum non est de hoc mundo*. No aspiramos á intérpretes bíblicos, ni es incumbencia nuestra aplicar en ningun sentido, recto ni figurado, ningun texto bíblico; porque no tenemos autoridad de ningun género para tanto; pero creemos que se arrogan derechos que no tienen los que recuerdan el texto trascrito á la clase sacerdotal; para que, en fuerza del mismo, se abstenga de lo que no debe abstenerse por el derecho de ciudadanía inseparable de la persona, aunque revestida de carácter sacerdotal; de la misma manera que opinamos tambien que la referida clase, ya por no crear obstáculos, ya por deferencia á poderes elevados, ya por otras causas que podrían tener un orígen de debilidad, han abdicado demasiado sus derechos de ciudadanos no derogados por el susodicho texto que ninguna aplicacion tiene de las que le dan los que contínuamente y en todos los tonos lo alegan para retraer al clero de la política. No se perdió Roma por su respeto profundo á la religion; ni decayeron los Estados modernos en manos de sacerdotes políticos: Cisneros, Richelieu y otros son pruebas concluyentes que nos abonan. Pero, dejemos esta materia para su oportunidad y continuemos dando noticia de los elementos sacerdotales de Roma antigua.

Seis Vestales, elegidas por los pontífices en las familias nobles, guardaban el fuego sagrado, y la imágen de la divinidad protectora de la ciudad, á la que sólo ellas podían aproximarse. Su templo era el símbolo de la tierra; Vesta, el del calor que todo lo vivifica. Las Vestales hacían voto de guardar su virginidad por espacio de treinta años.

Los sacerdotes Salios eran elegidos entre los patricios, ó por lo ménos entre los hombres libres; ejecutaban, cubiertos con sus armas, danzas solemnes en honor de los dioses. Los Feciales, pertenecientes á las primeras familias de Roma, velaban por la ejecucion de las leyes, por la de los tratados y por la de las alianzas. Los Pontífices, cuya persona era sagrada y tenía jurisdiccion y autoridad sobre las cosas religiosas, tenían la inspeccion general de todo lo concerniente al culto. Segun algunos autores, su institucion, anterior á la civilizacion del Lacio, se remonta á los tiempos en que anualmente se precipitaban veinticuatro ó treinta víctimas desde lo alto del puente Sublicio de Tíber; conservóse por mucho tiempo el simulacro de esta ceremonia, echando al río maniquíes de mimbre. El colegio de los pontífices era más considerado que los otros; se renovaba por sí mismo y no tenía que dar cuenta de su administracion ni al Senado ni al pueblo.

Las primeras fiestas de los latinos eran las de un pueblo pastor; los sacerdotes instituyeron otras cuando se introdujo la agricultura en el Lacio; fijaron los tiempos de la sementera, de la siega, de la vendimia y de otros trabajos campestres, y á cada canton le dieron sus fiestas relativas á su posicion y al carácter de su agricultura. Cada año los jefes de canton elogiaban al agricultor más inteligente y más laborioso, señalaban al ménos inteligente y al más desaplicado. Los sacrificios eran sencillos, pero debían ofrecerlos los más puros. Durante la época de ciertas fiestas se reunían las familias y arreglaban amigablemente sus desavenencias. En el monte Palatino, uno de los siete collados primitivos sobre que estaba edificada Roma, había un templo consagrado á la diosa reconciliadora de los esposos. Las fiestas iban acompañadas de música, cuyos acordes reanimaban los nobles sentimientos; la religion servía de apoyo á la constitucion de aquel pueblo, á la par que suavizaba la ferocidad de aquellos hombres poco ménos que salvajes, mejoraba sus costumbres y abríales el pecho á la esperanza de una vida mejor.

Hasta ahora más hemos hablado de la vida pública de los primitivos romanos que de la privada ó doméstica: esta era en todo la imágen y modelo de la pública. Las leyes que dió Rómulo á los romanos fueron sencillas y en corto número. Su objeto principal era conceder á los padres de familia

un poder absoluto sobre sus hijos y esclavos, en términos que podían venderlos y darles tormento y hasta la muerte. Igual derecho tenían en muchos casos sobre sus mujeres.

Como por intuicion sabían los romanos que el órden, en tiempo de paz, y las victorias, durante la guerra, dependen casi siempre del hábito de una pronta obediencia. Entre los pueblos bárbaros no se prolongaba el poder paternal más allá de la infancia; entre los griegos cesaba desde el momento en que un hijo se casaba ó se hacía inscribir en una tribu, y se limitaba al desheredamiento; pero, entre los romanos, era muy distinto: el padre tenía derecho de vida y muerte sobre su hijo, cualquiera que fuese su edad y las dignidades de que estuviera revestido. Sírvale de excusa á esta ley la época de su promulgacion, mitigada más adelante por los usos y las costumbres.

Vivían los esposos en comunidad de bienes; á la muerte del marido heredaba la mujer una porcion del hijo, y cuando no había hijo ni testamento, lo heredaba todo; porque la ley quería que la mujer se ocupara tanto como el marido de la propiedad comun, y que tuviera en ella el mismo interes.

Lo mismo que en Grecia estaban abandonados en Roma los oficios y artes lucrativos á los esclavos y á los extranjeros: temíase que la molicie penetrara entre los ciudadanos si les dejaban entregarse á una vida sedentaria, ó que vivieran en un estado de dependencia impropio de hombres libres: no obstante, á los ciudadanos pobres érales permitido ampararse bajo la proteccion de los ricos, y esta relacion de los clientes con sus patronos era tan respetada por las leyes, que les estaba prohibido, bajo pena de muerte, llenar unos contra otros las funciones de testigo, de abogado ó de juez. Los patronos pleiteaban las causas de sus clientes como lo hubieran hecho con las propias, y les ayudaban á casar y á dotar á sus hijas, á sufragar los impuestos públicos y á pagar su rescate cuando caían prisioneros.

Esta era, á grandes rasgos, porque no podemos descender á más pormenores, por ahora, la constitucion primitiva de Roma, bajo el periodo de los reyes y el del Senado, compuesto este al principio de cien patricios, y elegido por las tribus y las curias.

Los diversos poderes estaban tan hábilmente contrabalanceados, que el

Senado, sin el pueblo, no podía declarar la guerra, hacer la paz, promulgar leyes ni conceder las altas dignidades; el pueblo no podía deliberar sobre cosa alguna sin haber sido convocado legalmente, y el rey no podía empezar la guerra sin la aprobacion del Senado y del pueblo, ni condenar arbitrariamente al último suplicio.

Esto lo consignaba la ley; pero ya hemos visto que en Roma, como despues en otros puntos, se faltaba á la ley cómo y cuándo quería el que disponía de audacia para burlarla.

De todos modos, la imparcialidad nos obliga á consignar que, por criminales y viciosos que fueran algunos de los primeros reyes que gobernaron en Roma, hasta el advenimiento de la República, en el año 508, debieron necesariamente ser hombres muy grandes, porque supieron fundar un Estado que, sin territorio, sin elementos de ningun género, rodeado de enemigos numerosos y temibles, no sólo sostuvo su independencia, atacada muchísimas veces, sino que en muy pocos siglos se apoderó de toda la Italia, conquistando despues sus sucesores todo el mundo conocido. En esto se ve impreso el carácter emprendedor, guerrero y perseverante del pueblo romano; pero, más que todo se ve, aunque no se quiera, el glorioso destino á que le tenía llamado la Providencia.

* * *

¿Necesitamos decir que Roma, especialmente la primitiva, no tuvo hombres de ciencia, filósofos, ni siquiera poetas?

Cuanto nos admiró la Grecia con sus verdaderas razas de poetas y sabios y artistas, otro tanto asombra la pobreza de la orgullosa Roma en hombres de saber. En vano buscaremos filosofía en Roma, porque no hemos de hallarla: la invencion es enteramente desconocida; más aún, las leyes prohiben las cuestiones abstractas porque la juventud está en ellas ociosa.

Toda la filosofía, por no decir hasta toda la religion romana, se concretaba al patriotismo. El bandolerismo, el saqueo, el robo, disfrazado despues con el nombre de conquista, era el credo religioso, el símbolo de la fe romana, si no se nos toman á mal las palabras.

Al tratar de Grecia vimos que las ciencias y artes griegas pasaron á Roma, donde se cultivaron tal como se recibieron, sin pulirlas ni perfeccionarlas, como hacían los griegos al tomarlas del Egipto ú otros pueblos orientales. Ni un fundador de escuela, ni un filósofo de nota hallaremos en Roma á pesar de su contacto con Grecia. Ciceron, único que podría citársenos, fué un hombre de buen sentido, de sano y recto criterio y nada más: á no ser por su elocuencia, como orador, realzada por circunstancias históricas casuales, no habría quien se acordara del nombre ilustre único que puede figurar con cierto brillo en los registros de la filosofía.

Ménos aún se distinguió Roma por lo que llamamos ciencia, en el verdadero sentido de la palabra. El estrépito de las armas ahogaba todo aliento en Roma y el amor á la gloria por el camino de las conquistas guerreras detenía las aspiraciones de los que, por otros caminos más silenciosos y seguros, hubiesen intentado penetrar en el templo de la fama.

La civilizacion propiamente dicha no tendrá que agradecer nada á los conquistadores romanos, porque al dominar los territorios avasallados con sus armas no tenían que ofrecerles conocimiento alguno científico, reduciéndose todo lo más á levantar uno que otro edificio, uno que otro monumento conmemorativo de su dominacion, pero sin objeto ulterior para la mejora de las costumbres ni del bienestar de la tierra conquistada.

El advenimiento de la República á que hemos llegado por medio de una venganza más personal que pública, no podía mejorar las costumbres romanas. La comparacion es inadmisible entre las antiguas repúblicas griegas y la república nacida de entre la sangre de la afrentada Lucrecia. Roma pudo conocer, si así se quiere, la austeridad individualmente considerada, pero no la imposicion de la misma por leyes públicas como en Grecia, cuyos reglamentos se parecían á un comunismo gubernativo. En una palabra: había en Roma la libertad, en Grecia la obligacion: podría decirse que en Grecia las

leyes imponían las costumbres, miéntras que en Roma quedaban á la discrecion de los ciudadanos.

Antes de continuar en consideraciones que, si bien necesarias, no se presentarían quizas con la debida claridad para cierta clase de lectores, parécenos conveniente dar una idea general de la constitucion de Roma en el periodo republicano.

Ya hemos visto que al brotar del corazon de Lucrecia la sangre que ella creyó manchada vilmente por el hijo de Tarquino, nació al mismo tiempo la República, cuya direccion fué confiada á dos magistrados llamados Cónsules, con el mismo poder y atributos que los reyes y cuyo empleo duraba un año. Estos dos cónsules presidían el Senado, hacían ejecutar sus decretos, é introducían en su seno á los embajadores de las naciones extranjeras; presidían tambien las reuniones del pueblo y proclamaban el resultado del escrutinio; hacían las levas y pasaban las revistas; pedían á los aliados sus contingentes y nombraban los tribunos de las legiones, fallaban, como dueños de la disciplina militar, y sin apelacion, en los delitos cometidos en los campamentos y hasta en el campo de batalla.

Como en Roma no era hereditaria la dignidad real, ni podía el rey sin el Senado dictar leyes, no acertamos á ver lo que ganó el pueblo romano con el cambio de nombre, ya que fué de sólo nombre el cambio verificado al pasar del régimen monárquico al republicano.

Es innegable que los primeros siglos de Roma fueron los tiempos de su más brillante prosperidad; porque tuvo que sostener contínuas luchas que conservaban y reanimaban su energía. Al propio tiempo, su constitucion se iba haciendo insensiblemente más popular, no obstante de que el foro contenía mayor número de marinos y guerreros que de artesanos. Comprendía el Senado la necesidad de tener contentos á los ciudadanos y conservar al propio tiempo su dignidad. La aristocracia fué perdiendo poco á poco su preponderancia, porque los plebeyos igualaban á los patricios en riquezas é instruccion y ademas porque las dos clases estaban ya un tanto enlazadas con vínculos de familia; de modo que si la nobleza perdía por esto algunos privilegios, ganaba todo el pueblo en ello por los sentimientos elevados que iba adquiriendo.

Los senadores, en la República, eran elegidos por los censores, pero su eleccion estaba limitada á aquellos cuya fortuna les hacía independientes. El senado administraba la hacienda, examinaba las cuentas, ordenaba los gastos y asignaba á los censores la cantidad que debían emplear en la construccion de edificios públicos y establecimientos cuyo objeto era tanto el embellecimiento como la utilidad de la poblacion.

Permitiéndonos aquí, de paso, una comparacion, haremos notar que en Grecia tendía todo á la igualdad absoluta, miéntras que en Roma se nota en todo la desigualdad, pero en proporcion creciente tocante á las condiciones sociales y á las fortunas, cuya desigualdad no desaparecerá tampoco cuando los plebeyos conquisten más derechos políticos. Las costumbres romanas dependen directamente de la constitucion económica de la ciudad que es el elemento más considerable, como es el orígen de sus revoluciones y la explicacion de su miseria y lujo. Encontraremos la clave de la corrupcion romana en la excesiva propiedad y en la esclavitud que fué una condicion social llevada á lo insostenible.

Volvamos á nuestro objeto.

Tenía tambien el Senado en la República romana la direccion de los negocios pertenecientes á las relaciones de la Ciudad con el resto de Italia; trataba con sus embajadores, decidía la guerra, arreglaba tratados de paz, de alianza y de proteccion, y fallaba sin apelacion las conjuraciones, los crímenes de alta traicion, los asesinatos y delitos parecidos. Poseían los cónsules un poder que podríamos muy bien llamar monárquico en tiempo de guerra, porque entónces la necesidad de una obediencia ciega por una parte y la pronta ejecucion de las órdenes por otra, hacían necesaria la unidad del poder. En el Senado residía la aristocracia: componíase de ciudadanos opulentos é interesados en el sostenimiento y conservacion del órden. El Senado, por sus atribuciones, se encontraba en estado de poder contener la ambicion de los cónsules.

No se necesitaba en Roma poseer desde mucho tiempo el derecho de ciudadano para ocupar cualquier destino: el ejemplo de Apio Claudio que ocupó en pocos años las primeras dignidades de la República, á pesar de

haber sido el primero de su familia que adquirió dicho derecho, lo prueba por completo.

Miéntras tanto, las costumbres romanas que dan la medida de la civilizacion, continuaban las mismas: ni ociosidad ni ostentacion en la familia romana. El padre romano continúa con su autoridad omnipotente. Bruto pronuncia contra los reos que secretamente conspiraban para restituir el trono á los Tarquinos, la sentencia de muerte que ve ejecutar con feroz magnanimidad en sus dos propios hijos, y acusa de sospechoso á su colega por la compasion que había manifestado en el juicio para con sus nietos los Aquilios, obligándole á deponer su autoridad en la persona de Valerio, llamado Publicola, y á desterrarse de Roma. Dominado por estas mismas costumbres, juzga absolutamente el padre de familias, dispone de la vida de sus esclavos, y condena á muerte á su propia mujer, si en su concepto, se ha hecho digna de esta pena. Mata asimismo al hijo que no sale bien formado, y, si se le antoja, vende á sus propios hijos pasando á ser esclavos. No importa que los hijos lleguen á los primeros puestos del Estado, á pesar de esto, el padre conserva su derecho inalterable sobre su hijo mayor. La ley no concede ningun derecho á la esposa ni al hijo acerca de la herencia, á no ser que el padre muera intestado. Tampoco puede la esposa legar ni enagenar sin el consentimiento de quien debía prestarlo segun lo prescrito.

Si alguna ligera modificacion se introduce en estas costumbres, recibirá de los escritores el calificativo de molicie, y si la civilizacion se encamina hacia el progreso suavizando las asperezas de aquella sociedad ruda, la motejarán de entregada al vicio y carcomida por el lujo. Y, sin embargo, esta sociedad tan sensible, tan impresionable ante cualquier progreso que tendiera á su mejora, esta sociedad tan enemiga de toda exterioridad que revelara bienestar social, carecía de entrañas, tratándose de las riquezas que amontonara con la usura más desenfrenada que haya visto pueblo alguno. La ley romana no pone límite á la tasa del préstamo; el padre de familia puede exigir lo que se le antoje y queda dueño de la libertad y hasta de la vida del deudor insolvente.

Y, sin embargo, no podemos señalar aquí más que hechos justificantes de ciertos usos, porque á pesar de tanta usura que supone la existencia de muchas riquezas, no es el deseo de ostentacion el móvil de ese vicio. Las mujeres romanas, segun Valerio Máximo, no usaron collares de oro y telas tejidas de oro hasta despues del feliz desenlace de la entrevista de Coroliano con su madre, esposa é hijos, y un siglo despues de esto, cuando el cumplimiento del voto hecho á Apolo por Camilo, no llevan al dios más que una copa producto de las joyas fundidas con que se engalanaban las romanas.

Subirá de punto la extrañeza causada por la sencillez romana, no obstante la riqueza de sus habitantes en general, si consideramos cómo estaban más adelantados que ellos los pueblos de su vecindad, cuyo roce debía necesariamente influir en su conducta. Relativamente hablando, los samnitas conocían ya el lujo, porque llevaban escudos incrustados en oro y plata, y usaban ya vestidos de lino cuando los romanos no conocían aún los vestidos de tela. Es sabida la fama de Cápua por la molicie de sus habitantes etruscos ó samnitas, que poco importa, pero que no sabían imitar aún los romanos. Cuando Roma necesita artistas acude á los samnitas y volscos. Tarquino llama á Turiano, artista volsco, que va á Roma, desde Fregella, para hacer una estátua de Júpiter.

Muchas leyes romanas tendían á la represion del lujo. Por derecho antiguo no podían las mujeres ser herederas de un ciudadano romano cuya herencia fuera de cien mil ases. Esta prohibicion tenía por objeto no fomentar el lujo y con él la depravacion de costumbres.

En las reuniones del pueblo, llamadas comicios, se trataban los asuntos más importantes y se conferían las elevadas dignidades. Los jóvenes para obtener la ocasion de poder brillar y desarrollar sus facultades intelectuales, estaban obligados á ganar el favor de sus conciudadanos por medio de su afabilidad y modestia, y su aprecio por la austeridad y pureza de sus costumbres. Los hombres más ilustres halagaban al pueblo el día de las elecciones, para que les favoreciera con sus sufragios, como quiera que no perdió su influencia y consideracion hasta que se abolieron los comicios. Los elegidos se veían obligados á contentar á sus conciudadanos, porque la du-

racion de sus empleos estaba limitada á un año, y porque el que abusaba de su autoridad podía ser condenado por la misma junta de electores que le había elevado al poder.

Exceptuado este último periodo gramatical ¿quién, al leer los párrafos que anteceden, no ve (trocado el tiempo del verbo) la descripcion exacta y fiel de lo que acontece actualmente entre nosotros? El interes personal lo domina todo, así en la Roma antigua entregada á las elecciones populares, como en la Europa moderna trastornada por el parlamentarismo, la farsa más indigna á que pueden haberse abandonado las sociedades desquiciadas.

Podrá haber ó no sinceridad, pero hay á lo ménos verdad en lo que se lee en un periódico austriaco de muy reciente fecha. «Como en la mayor parte de los Estados europeos, dice, el parlamentarismo se halla en Austria en su ocaso: las naciones no tienen ya fe en este principio que en otro tiempo las electrizaba. La lucha entre los partidos políticos que inflamaba las masas, las deja hoy frías, porque en esa lucha no se trata ya de grandes intereses de la humanidad, sino de mezquinos intereses personales.»

Y es la verdad; pero asombra que se haya tardado tanto en comprenderlo, y que la cobardía haya vedado por tanto tiempo confesarlo, despues de comprendido. ¿Quién que haya visto unas elecciones, aunque sea en el más arrinconado villorrio, puede, siendo honrado, creer en tanta mentira, en tanto cinismo? Y toda esta farsa se practica á ciencia y paciencia del pueblo embaucado con el charlatanismo de los titiriteros y sacamuelas políticos que le explotan invocando los sagrados intereses de los electores. ¡Y se dice que se progresa, que se propaga diariamente la civilizacion, que se difunden las luces! Muy poca luz ha de haber entre el pueblo cuando no ve la falsedad y no arroja del distrito á trancazo limpio á los hipócritas que le adulan al suplicarle hasta con humillaciones los sufragios, ahogándolos con promesas nunca cumplidas despues de la eleccion. Si hubiera tanto progreso como se cacarea, y si estuvieran tan difundidas las luces como se pregona, sabría el pueblo lo que pasaba en Roma cuando las elecciones, y exigiría cuenta estrecha á sus representantes del cumplimiento de su deber terminado su

mandato, como se hacía en Roma, y tambien en nuestra tierra en épocas de más esplendor si bien de no tantas *luces* como ahora.

Los comicios tenían tambien el derecho de vida y muerte; pero todo acusado tenía el derecho de prevenir su suplicio desterrándose voluntariamente miéntras todas las tribus no votaran contra del acusado; pero este estaba completamente seguro, aunque no fuera más que hasta Nápoles. Merced á la prudencia de esta ley, era posible revisar los juicios precipitados, revocarlos, como así se hizo algunas veces, volviendo el pueblo á llamar y recibir con grandes muestras de alegría á ciudadanos que voluntariamente se habían sustraído ellos mismos al furor popular.

Disponía tambien el pueblo así reunido del poder ejecutivo y juzgaba á sus depositarios; poseía asímismo el poder legislativo, y admitía ó desechaba las leyes propuestas por los tribunos y discutidas ántes por el Senado, así como ratificaba las declaraciones de guerra y los tratados. El pueblo romano permaneció fiel por mucho tiempo al poder de que estaba investido, haciendo de él un uso justo y prudente, hasta que las riquezas llegadas del Asia y el influjo que la civilizacion oriental ejerció en la sociedad romana corrompieron á la aristocracia, alterando de rechazo el carácter de los plebeyos.

Roma practicaba la política solicitada, digámoslo así, por dos poderes. Los cónsules lisonjeaban al Senado porque tenía este en sus manos las cantidades necesarias para el equipo y paga del ejército, y porque él solo podía conceder el triunfo y prorogar el mando á los cónsules al expirar el término. Por otra parte, los cónsules trataban de complacer al pueblo, porque tenían que darle cuenta de su administracion, y porque habían de obtener su rectificacion de los tratados que ajustaban.

La libertad de los romanos no peligraba á pesar de las casi omnímodas facultades del Senado, porque un solo tribuno que le opusiera su veto suspendía sus deliberaciones; el pueblo disponía de la vida de los senadores y podía tambien modificar las leyes en que se apoyaba su autoridad.

En tiempo de guerra los plebeyos dependían enteramente de los cónsules. Al pueblo le traía cuenta respetar y hasta obedecer su autoridad, pues

en caso contrario no habría ganado más que el nombramiento de un dictador tan temible para los enemigos del Senado como para los de Roma. La constitucion de Roma, que participaba de la libertad enérgica de la democracia y del impulso rápido de la monarquía, tenía su principal apoyo en la moderacion y sabiduría del Senado. De todos modos, merece consignarse que solamente las contínuas guerras, el afan de conquista, y la sed de dominio pudieron sostener el Estado romano, pues las pocas épocas de paz que disfrutó acreditaron que el roce de los partidos creando frecuentes tumultos era un enemigo muy formidable que se agitaba en su mismo seno. La política era la carcoma que roía el edificio social romano, y mil veces se habría derrumbado, si la atencion principal no hubiera estado fija en los muchos puntos donde estaba empeñada la honra de las armas de la ciudad eterna.

Siguiendo los progresos de las primeras manifestaciones de la civilizacion romana, debemos hacer constar que se revelan con carácter severo en las diversas ceremonias, en las que los sacerdotes despliegan lo que ya podríamos llamar fastuoso lujo. En la Ley de las *Doce Tablas*, coleccion romana calcada, segun se dice, sobre la legislacion de Solon, publicada en el siglo quinto anterior á Jesucristo, encontramos datos para guiarnos en lo que decimos, y nos da al mismo tiempo una idea de las costumbres de aquella época: «En las exequias, dice, tres vestidos de luto, tres cintas de púrpura, diez tañedores de flauta. Ninguna corona para el muerto, á no ser que se la haya ganado por su virtud ó su dinero. No hagais varias exequias para un muerto. Nada de oro encima de un cadáver; no obstante, si tiene los dientes atados con un hilo de oro, no lo arranqueis.»

Miéntras tanto las modas de los pueblos conquistados por los romanos se abrían paso en la gran ciudad, y las mujeres romanas cambiaban insensiblemente sus prendas de vestir por otras más costosas y espléndidas. Á la toga de lana blanca que la dama romana abandonará para que la vista su esclava, sucederá la *estola*, túnica de púrpura, adornada con una faja de tela de oro que la guarnece completamente. El calzado de la dama romana sufre tambien una transformacion radical, adoptando la elegancia y riqueza de la sandalia que sustituye al tosco y vulgar zapato. Roma sigue el camino opues-

to al de Grecia. Esta imponía sus costumbres á los pueblos vencidos por ella: Roma se asimila todo lo que encuentra en los puntos que conquista: Roma conquista pueblos; pero las modas y costumbres de estos imperan sobre los romanos.

Á pesar de esto, cuéstale trabajo á la frugalidad romana ceder su puesto á los desórdenes de otros puntos. Cornelio Rufino, que fué dictador y dos veces cónsul, fué degradado por la censura y borrado del número de los senadores, porque tenía una vajilla de plata que pesaba diez libras. Pero, en recompensa, este pueblo austero triunfa con sus virtudes de los invasores y enemigos de su patria, y desbarata los ejércitos de Pirro á pesar de ganar éste batallas que le derrotan.

Cineas, el elocuente ministro de Pirro, enviado por éste al Senado romano, para que con su elocuencia hiciera aceptar sus proposiciones de paz, encuentra incorruptibles los senadores, diciendo de ellos *que había creído ver en el Senado una reunion de reyes*. Su elocuencia, que había ganado á su amo más ciudades que sus ejércitos, se estrelló ante la austeridad romana, no ganada aún por el lujo, sin que le sirvieran para su objeto los ricos presentes que traía para los senadores y sus mujeres, porque no halló quien se dejara comprar.

Cuando recordamos estos rasgos de entereza propios de pueblos paganos y en sus periodos de civilizacion rudimentaria, se nos sube la sangre al rostro comparando lo que hemos visto nosotros y pueden ver diariamente quienes deseen estudiar las costumbres contemporáneas.

Dispénsenos un desahogo.

Cornelio Rufino es degradado por poseer una vajilla de plata que pesaba diez libras despues de haber sido dictador y dos veces cónsul. Nosotros hemos conocido gacetillero de periódico que encaramándose á los primeros puestos públicos del Estado nos ha deslumbrado, al visitarle en su palacio, con sus vajillas de plata y oro colocadas por mero adorno en varias consolas, y nos ha recordado la más sensual afeminacion de los serrallos orientales con sus zapatillas bordadas de oro y diamantes, como pudiera calzarlas una prostituída circasiana esclava de un Sultan, reinando en todo cuanto le ro-

deaba una atmósfera de corrupcion moral que hacía pesada y enojosa la estancia á quien conservara un resto de pudor. Esto lo hemos presenciado nosotros y desgraciadamente no en un ejemplar sólamente, sino en infinitos, y casi los hay en cada capital de provincia y en cada cabeza de partido y casi en cada pueblo, y sin embargo, ni se les degrada, ni se les borra de la lista de las personas distinguidas. ¡Y esta es nuestra civilizacion! ¡La civilizacion de las fortunas improvisadas, hechas por arte de prestidigitacion política!

Pero ¡ay! Roma debía sucumbir pronto con la desigualdad de las fortunas y á medida que conquistara el mundo. La corrupcion de Tarento debía despedir miasmas deletéreos que debían ser perniciosos para la pureza de costumbres dominante hasta entónces en Roma. Pronto pasará para la ciudad eterna el bello periodo del cual pudo decir un excelente escritor «poco ó nada de dinero, siete yugadas de tierra mediana, la indigencia en las familias, las exequias pagadas por el Estado, y las hijas sin dote; pero ilustres consulados, admirables dictaduras, innumerables triunfos, este es el cuadro que presentan aquellas épocas antiguas.»

¡Qué buenos tiempos aquellos para la antigua Roma!

Varias veces hemos dicho, hablando de la civilizacion griega, que Roma no conocía las artes. Efectivamente, la ciudad de las siete colinas desconocía la suntuosidad y la elegancia en los adornos objeto de la estatuaria y de la pintura. Marcelo, el enviado romano contra Siracusa, se jactaba de haber introducido en Roma el gusto y aficion á las bellas artes. «Roma, decía él mismo con sobrada justicia, no conocía las maravillosas obras maestras de la Grecia; yo acostumbré á los romanos á estimarlas y admirarlas.»

La primera guerra púnica introdujo muchos cambios en las costumbres romanas y en medio de los desórdenes de la segunda de dichas guerras el tribuno Opio, á fin de cortar el vuelo al lujo, efecto del aumento de la riqueza pública, las emprende contra las mujeres romanas, prohibiéndolas por medio de una ley que tomó su nombre, que tuvieran más de una media onza de oro y que llevaran vestidos de diferentes colores; porque entónces obtenían ya grande boga entre el sexo bello la variedad de los colores en las prendas de vestir, y el brillo de los mismos, así como la capa de color de

púrpura y con franjas, llamada en latin *rica*, derivada la palabra del nombre del velo con que se cubrían las sacerdotisas flamínicas para sacrificar.

Indicamos ya ántes que las damas romanas, desde la época de Coriolano, solicitaron y obtuvieron el permiso de adornarse más ostentosamente el tocado, en demostracion del testimonio público que el Senado quiso dar de su reconocimiento á la madre y esposa del irritado Cayo Marcio; pero exageradas como en todo las damas de Roma llevaron hasta la exageracion la observancia ó cumplimiento del Senado consulto, y extremaron más de lo conveniente su tocado. Siguiendo en esto, como en todo, la ley de la compensacion, tomaron los romanos la costumbre de afeitarse y componerse el pelo de una manera hasta entónces desconocida, completando Licinio Mena la perfeccion del arte, que podríamos llamar de peluquería, trayendo de Sicilia los primeros barberos que ejercieron su oficio en Roma.

Si consultamos la ley Opia nos dará luz para descubrir la existencia de otras costumbres ó refinamientos; como son, entre otros, por ejemplo, la prohibicion impuesta á las mujeres de hacerse arrastrar en carros, ya para ir á la quinta, ya á otro sitio de recreo, como no fuera para ir á punto distante más de mil pasos, ó para asistir á las fiestas públicas y ceremonias del mismo carácter.

Penetremos en el interior de las causas, así internas como externas, que contribuyeron á la exageracion de las costumbres refinadas de los romanos, y veamos qué nos dice un escritor suyo contemporáneo y competente.

Recordando dicho escritor que gran número de los terrenos quitados á sus posesores de Italia habían quedado indivisos y abandonados para que los disfrutaran los que quisieran roturarlos, con la única condicion de que pagaran el diezmo y el quinto de los frutos recogidos, y un censo en metálico para los pastos, añade lo siguiente que pinta de un modo exacto la causa económica del exceso de refinamiento romano.

« Creíase de esta manera haber proveído á las necesidades de la antigua raza itálica, raza paciente y laboriosa, y á las necesidades del pueblo vencedor; pero sucedió todo lo contrario. Los ricos se apoderaron poquito á poco de las tierras del dominio público, y con la esperanza de que una larga po-

sesion llegaría á ser un título inatacable de propiedad, compraron ó tomaron á la fuerza las tierras situadas en utilidad suya y las pequeñas herencias de todos los pobres sus limítrofes. Para el cultivo de las tierras y la guarda de los ganados empleaban esclavos, los que eran una propiedad de las más productivas, á causa de su rápida multiplicacion que favorecía la exencion del servicio militar. De ahí vino que los hombres poderosos se enriquecieron desmedidamente y que sólo se vieron esclavos en los campos. La raza italiana, gastada y empobrecida, sucumbía al peso de la miseria, de los impuestos y de la guerra. Si alguna vez se escapaba el hombre libre de estos males, perdíase en un territorio enteramente invadido por los ricos, y no había trabajo para él en terreno ageno, en medio de tanta multitud de esclavos.»

Salustio nos ha dicho ya cómo se formó el primitivo pueblo romano aumentado despues por todos los criminales, viciosos y expulsados de toda sociedad honrada, que acudieron sucesivamente á la capital del Lacio en número increíble, aportando allí todos su contingente de disolucion corruptora, hasta el punto de influir en la constitucion de la gran familia romana que vió desaparecer todo distintivo de clase media, para quedar reducida á dos categorías muy marcadas: la nobleza y la plebe.

Miéntras tanto corre precipitadamente la gran ciudad por el camino de la disipacion que le facilitan las riquezas de las naciones por ella conquistadas. Pueblos, ciudades y naciones reciben de los romanos el trato de países conquistados y los pretores y cónsules desangran los países sometidos á su gobierno, para dar vida á la voracidad del mónstruo que consumirá las riquezas de Europa, Asia y África.

Roma se divertirá contínuamente á costa del dinero arrancado por los capitanes de sus legiones á los pueblos que estas subyuguen, y pegándose la moda desde la ciudad dominadora, todos querrán ofrecer espectáculos á los pueblos haciéndolos pagar á estos mismos.

El dinero acude á Roma como afluyen al mar los ríos todos, pero la plebe no lo conocerá sino por la repeticion de los espectáculos que se le ofrecen para distraerle y por la escandalosa esplendidez en ellos desplegada.

Los interiores de las casas romanas nos dirán lo que disfruta el pobre pueblo de los ríos de oro que desembocan en Roma. Millares de esclavos obedecen la voz de su amo que los manda caprichosa y tiránicamente, y llegada la noche se les encierra como bestias en sitios oscuros; la plebe se recoje de noche en albergues que harían envidiables las más insalubres buhardillas modernas de las grandes capitales.

En cambio habitan los ricos, para que resalte más el repugnante contraste, hermosas piezas con las paredes pintadas al fresco, formado el pavimento con ricos mosáicos y llenos de oro los artesonados. Los monumentos que se han podido examinar aún, de acuerdo con lo que nos trasmite la historia, nos dicen que el marfil, el oro y la plata, las piedras preciosas y las maderas más raras se prodigaban en la construccion y adorno de los bellos palacios de la aristocracia romana.

Las costumbres romanas se resentirán hondamente de la abundancia de tantas riquezas, sin que la ilustracion baste á libertar de la epidemia á los más sesudos y virtuosos.

En una mesa de limonero había gastado Ciceron la equivalencia de veinticinco mil pesetas de nuestra moneda, y empleó cuatrocientas treinta y siete mil quinientas pesetas en la compra de una casa.

Salustio, que nos pintó con mano maestra el cuadro de la corrupcion romana, y cuyos escritos acerca de dicha materia más podrían tomarse por salidos de la pluma de un virtuoso escritor cristiano, que de un historiador pagano, se dejó arrastrar por la corriente viciosa, se vió degradado y estuvo reducido casi á la miseria despues de haber derrochado una fortuna inmensa.

Escipion trajo á Roma ciento veintitres mil libras de plata, despues de haber entregado cuatrocientas á cada uno de sus soldados.

Julio César presidía los juegos públicos sentado en una silla de oro macizo y poseía dos mesas que le costaban doscientas cuarenta mil pesetas.

Casi no pueden reducirse á guarismos las cantidades de oro y plata traídas á Roma por los generales vencedores y sus soldados, y atiéndase que todos esos mares de metales preciosos afluían á un centro donde eran

completamente desconocidos el comercio y la industria, causa y orígen necesarios del inmenso lujo y desbarajuste en la moralidad que debió producir esa invasion de riquezas.

No hay persona medianamente instruída que no haya oído hablar de Craso, quien poseía haciendas, esclavos y dinero en cantidades fabulosas. Decía ese coloso de la riqueza que no podía darse el título de rico quien no pudiera mantener á su costa una legion: ya sabemos que una legion se componía de diez mil hombres; la consecuencia es obvia por sí misma.

Cayo Cecilio Claudio Isidoro declara en su testamento que, á pesar de sus muchas pérdidas ocasionadas por la guerra civil, dejaba no obstante para sus herederos cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientos cincuenta y siete mil animales de otras especies y seiscientos millones de sextercios.

El Filósofo Séneca tenía en bienes raíces por valor de trescientos millones de sextercios.

Milon (Tito Anio) murió debiendo cuarenta y dos millones quinientas mil pesetas.

Apicio, cuyos títulos de gloria consistieron todos en ser inventor de platos que llevaban su nombre, y gefe de una academia de gula, despues de haber consumido en la mesa seiscientos millones de sextercios, vióse precisado á examinar el estado de sus rentas, y al ver que sólo ascendían á doscientas cincuenta mil pesetas, tomó un veneno, persuadido de que aquella cantidad era insuficiente para alimentar á un romano. Su sola cocina le había costado mil millones de sextercios.

Vemos, pues, que la gastronomía no data de ayer, y que la gula es casi contemporánea de la soberbia.

¿Para qué hacían servir, pregunta un publicista moderno, tan inmensas riquezas y el mundo entero sometido á sus leyes? En cuanto á Dios, para el sacrificio; en cuanto á sí mismos, para la inmoralidad; y en cuanto á los demas, para la más bárbara opresion: todas las criaturas se habían convertido en instrumentos de crímen en las manos de aquellos seres degradados.

Su religion era una grande infamia, sus templos lugares de excesos, sus

fiestas escuelas de libertinaje, y sus dioses todas las pasiones de su corazon. No hablaremos de sus misterios ni de sus iniciaciones secretas, pues toda alma honesta sabe por qué, y únicamente dirémos que el ejemplo de los dioses servía para alentar el crímen, y luchaban á quien les imitaría mejor. Como si Roma, á pesar de la multitud de sus propios crímenes, no hubiera sido bastante rica en este género, adoptó todos los de las naciones que sometía á su imperio, de modo que se veían dentro de sus muros divinidades de todos los nombres y figuras, sacrificios y religiones de toda especie.

Ya se adivina lo que podían ser bajo el cielo abrasador de Italia las costumbres de los romanos con pasiones alimentadas por la opulencia y favorecidos por la religion: su lujo y sus insensatas prodigalidades excedían á toda ponderacion.

Calígula gastó en ménos de un año dos mil setecientos millones de sextercios que le había legado el emperador Tiberio, y simples particulares, de regreso de sus expediciones, sobrepujaban en magnificencia y en lujo á los más grandes monarcas: tal era el famoso Lúculo, quien, ademas de sus jardines tan célebres en la historia, tenía varios salones á cada cual de ellos dió el nombre de una divinidad, y este nombre era para su mayordomo señal del gasto que intentaba hacer. Habiéndole sorprendido un día Pompeyo y Ciceron, dijo que cenarían en el salon de Apolo, y les sirvieron un banquete que costaba veinticinco mil pesetas, y en otra ocasion aquel hombre se encolerizó contra su mayordono que, sabiendo que había de cenar solo, mandó preparar una comida ménos suntuosa de lo ordinario. ¿No sabías, le dijo, que Lúculo debía comer hoy en casa de Lúculo? Los excesos trastornaron su razon, y murió loco.

Todos los romanos se entregaban más ó ménos á tan repugnantes excesos, y el lujo de las comidas y festines agotaba los tesoros del Estado y la fortuna de las familias. Aquel pueblo necesitaba que le trajesen los pescados más raros de los países y costas más remotos. Habían hallado el medio de servir cerdos enteros asados de un lado y hervidos de otro; amontonaban juntos sesos de aves y de cerdo, yemas de huevos y hojas de rosa, y formaban del todo una pasta odorífera, cocida á fuego lento con aceite, garo, pi-

mienta y vino; ántes de los banquetes comían cigarras para despertar el apetito, y rechazaban los vinos más exquisitos si no estaban mezclados con perfumes y aromas.

Los Emperadores, léjos de reprimir este lujo que arruinaba á los ricos y exasperaba á los pobres, eran los primeros en dar ejemplo. Hemos visto cuáles fueron las prodigalidades de Calígula; pero en ellas casi le igualaron sus sucesores. Neron dió un festin que costó seis millones de sextercios; Heliogábalo sobrepujó á todos sus antecesores: mantenía á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo, sesos de faisanes y de tordos, huevos de perdiz y cabezas de papagayo; daba á sus perros hígados de ánade, á sus caballos pasas de Apamenes, y á sus leones papagayos y faisanes; él ponía en su mesa calcañares de camello, crestas arrancadas á los gallos vivos, lenguas de pavo real y de ruiseñor, garbanzos cocidos con granos de oro, habas guisadas con pedazos de ámbar y arroz mezclado con perlas: salpimentaba tambien con perlas, en vez de pimienta negra, las trufas y los pescados, y, artífice de guisos y bebidas, mezclaba la almáciga con el vino de rosa.

Daba en el verano comidas cuyos adornos cambiaban cada día de color; las estupillas, las ollas y los vasos de plata de cien libras de peso estaban cincelados representando las más obscenas figuras; los asientos de la mesa, de plata maciza, estaban cubiertos de rosas, violetas, jacintos y narcisos; techos giratorios arrojaban flores con tal profusion, que casi ahogaban á los convidados, y el nardo y los perfumes alimentaban las lámparas de aquellos festines en que se cubría la mesa hasta veintidos veces con nuevos manjares.

Al lujo de la mesa añadían los romanos el de los vestidos. Tambien Heliogábalo les servía de modelo: vestía trajes de seda bordados de perlas, no llevaba nunca dos veces el mismo calzado, el mismo anillo, ni la misma túnica; los almohadones en que se acostaba estaban llenos del plumon arrancado debajo de las alas de las perdices, y se paseaba por entre pórticos sembrados de lentejuelas de oro en carros de oro incrustados de piedras preciosas, pues Heliogábalo desdeñaba las carrozas de plata y de marfil.

Si tales iniquidades y locuras fueran únicamente peculiares á un hombre,

no se podrían deducir de ellas las costumbres de un pueblo; pero Heliogábalo no había hecho más que reunir en su persona todo cuanto se viera ántes de él desde Augusto hasta Cómodo. El ejemplo de los soberanos produjo su efecto, encontrando imitadores en todas las clases: las mujeres llevaban en sus adornos el sustento de varias provincias; cuando iba á levantarse la indolente matrona se veía llegar una larga procesion de esclavos que le traían los instrumentos de su tocado: un barreño de plata ú oro, un alfiletero, un espejo, tenacillas de rizar, pomadas y botes llenos de ungüentos para limpiar los dientes, ennegrecer las cejas, teñir y perfumar los cabellos. Parecía aquello el laboratorio de un farmacéutico. Pendían de sus orejas perlas preciosas; rodeaban sus brazos y muñecas brazaletes en forma de serpientes de oro; ceñía su cabeza una corona de diamantes y piedras de la India; colgaban de su cuello largas gargantillas; talones de oro adornaban su calzado de púrpura, y pintaba con carmin sus mejillas para disimular su palidez.

Cuando no estaba todo á gusto de aquellas criminales mujeres, se dejaban llevar contra sus esclavos de extremas violencias, y, segun dice el poeta Juvenal, en su Sátira sexta, el tocado de algunas matronas romanas era más temible que el tribunal de los tiranos de Sicilia. Ademas de esta legion de personas ocupadas en vestirlas y adornarlas, había otras encargadas únicamente de decir su parecer, las cuales formaban una especie de consejo, y el tocado se discutía con tanta gravedad como si se tratase de la reputacion y de la vida.

Habiendo dicho los médicos que las lociones de leche de burra borran las arrugas, suavizan la tez y conservan su blancura, había mujeres que para conservar la belleza de su rostro se lavaban setenta veces al día (número escrupulosamente observado) con aquel cosmético, y todo el mundo sabe que Podea, tan vergonzosamente célebre en la vida de Neron, llevaba ordinariamente en su comitiva quinientas burras de leche, y se bañaba en ella para suavizar su cútis.

No se atrevían á salir sin diamantes como un cónsul sin los distintivos de su dignidad. «Yo ví, dice Plinio, y no era en una ceremonia pública, en una de estas fiestas donde se ostenta todo el lujo de la opulencia, yo ví en

un banquete de exponsales no muy extraordinarios, á Lolia Paulencia enteramente cubierta de esmeraldas y perlas, cuya mezcla aumentaba su brillantez; estaban cargados de ellas la cabeza, el cuello, las orejas, los brazos y los dedos, y valían cuarenta millones de sextercios, ó sean siete millones setecientos noventa y tres mil cuatrocientas veinticuatro pesetas y cincuenta céntimos. Eran joyas de familia, que había heredado de Marco Lolio, su tío.

Por lo que acabamos de decir, termina diciendo el autor de quien hemos casi copiado lo que antecede, puede adivinarse cuáles eran las costumbres del mundo pagano entregado en Roma á estos monstruosos excesos de lujo y de buena mesa; y eran tales que nuestra pluma se niega á trazar su cuadro, á pesar de que no podría hacerlo aunque estuviese empapada en el cieno. Todo cuanto podemos decir se reduce á que las infamias cuyo aspecto *hacía palidecer la luna*, y cuyo solo nombre mancha los labios que las pronuncian y los oídos que las escuchan, admitidas por el uso, autorizadas por el silencio de las leyes y sancionadas por la religion, se cometían públicamente en las casas, en los teatros, en los palacios de los Emperadores y en los templos de los dioses por niños y ancianos, por los grandes y por el pueblo, y que la misma Sodoma se hubiera ruborizado de tales infamias.

Antes de continuar en el desarrollo de lo que forma nuestro principal objeto debemos hacer constar que el publicista cuyas son estas principales pinceladas, pone al pié de las mismas una *nota* concebida en estos términos: «Hemos sacado de los autores gentiles todos los pormenores que acabamos de escribir acerca de Roma y sobre el lujo y las costumbres de sus habitantes. Distamos mucho de haberlo dicho todo; ni áun hemos citado los autores, y Dios sabe por qué».

Nosotros pudiéramos ampliar estos pormenores, pero como se nos presentarán ocasiones en que hacerlo, démonos un momento de reposo, y prosigamos el exámen de las causas, que hemos dejado suspendido, acerca de la exageracion de las costumbres refinadas de los romanos.

Y aquí es oportuno hacer notar la transformacion que sufre la manera de ser de aquella sociedad, cuya medida encontraremos en las profesiones relacionadas con el comercio. Este era enteramente desconocido hasta Caton,

quien, á pesar de su proverbial severidad, no se desdeñó de comerciar tambien, y hasta por medios indignos.

Los despachos de los cambistas y prestamistas sustituyeron á las antiguas tiendas de los carniceros. Convertíanse en lo que hoy llamamos banqueros, recibían depósitos á interes, cambiaban moneda, giraban letras de cambio sobre puntos extranjeros, y hasta parece que llevaban sus libros por partida doble.

Las basílicas ó vastas casas de contratacion se levantaron espaciosamente cerca de las tiendas ó despachos de los banqueros. El mismo Caton, dado ya al comercio, construyó la basílica que, de su nombre, se llamó Porcia. Roma se transforma lentamente, pero de un modo visible, agregándose á la aristocracia, ya antigua, la nueva del dinero. Cierto que esta transformacion estaba indicada por la misma naturaleza de las cosas, pero Roma debía perder en el cambio, porque envolvía el gérmen de su disolucion.

Recordando aquí ideas emitidas ya extensamente al tratar de Grecia, debemos tener en consideracion que todo conspiraba contra la pureza de la sociedad romana. Los últimos días de Grecia no fueron los más brillantes de aquellas repúblicas modelos un día, pero decaídas ya de su glorioso esplendor. Grecia y el Oriente todo influirán funestamente en la morigeracion romana. Esparta no le ofrece ya más que ejemplos de anarquía, convulsiones postreras de un gigante que agoniza; Atenas no le enviará más que un débil crepúsculo de la claridad que la ilustró; Corinto hará llegar hasta ella los fétidos miasmas de una voluptuosidad harta ya de sí misma; otros pueblos orientales la habrán embriagado con la atmósfera de sus incesantes y soeces orgías. Roma no tendrá más que las heces de Grecia. Al tratar de la filosofía, vimos ya que Roma no recibe de Grecia más que el escepticismo, la incredulidad y el sofisma.

Roma había recibido de los etruscos unas divinidades austeras que imprimían cierto carácter de severidad á sus actos religiosos; pero Grecia le presta sus dioses viciosos y llenos de flaquezas como los simples mortales; y acaece en la ciudad eterna una verdadera invasion de supersticiones ridículas, necias, repugnantes, incomprensibles.

La sociedad romana ha emprendido ya el descenso rápido por una pendiente vertiginosa de placeres, refinamientos y crueldad: y correrá al abismo hasta la reaccion que nadie espera, pero que presienten las sociedades no condenadas á perecer. La decadencia romana viene justificada por las autoridades de sus mismos historiadores.

Refiere Tito Livio que un general romano se jactaba hablando á su querida de haber pronunciado muchas sentencias de muerte, y tener encadenados á muchísimos prisioneros destinados á morir. Dícele aquella mujer que ella no había visto nunca cortar una cabeza y que le agradaría verlo. El complaciente amante mandó entónces que se le trajera á su presencia uno de los prisioneros que tenía, y, por sí mismo, le decapitó delante de ella. Y no está aquí todo. « Las infamias, prosigue Tito Livio, que se decía haber pasado en las provincias lejanas, no eran las únicas; diariamente se veían otras desde más cerca. La corrupcion extranjera había sido importada á Roma por el ejército de Asia; pero no era esto más que el gérmen de la corrupcion que debía llegar. »

La disipacion ha penetrado en lo más sagrado de las casas y en lo sacrosanto de los templos, y de allí ha pasado al teatro, para llegar por último á la mujer romana que se convertirá en blanco de las censuras de los poetas. Desde que la esposa romana aporta su dote á la sociedad conyugal, se marca una nueva fase en los gastos de las mujeres, y, de consiguiente, en el desenvolvimiento de los vicios, compañeros inseparables del lujo cuando excede ya las proporciones de lo indispensable. « Si todos los ricos hicieran como yo, dice Plauto en una de sus comedias, y tomáran sin dote las hijas de los ciudadanos pobres, habría más armonía en el Estado y excitaríamos ménos odio; las mujeres se contendrían más por el temor del castigo y nos ocasionarían ménos gasto, de lo que resultaría un gran bien para la mayor parte del pueblo. No habría más que un reducido número de opositores: los avaros, cuya insaciable codicia afronta todos los poderes y no conoce ni ley ni medida. No vendría una mujer á decirnos: « Mi dote ha doblado tu hacienda; es preciso que me des púrpura y joyas, mujeres, mulas, cocheros, lacayos para seguirme, criados para mis encargos, y carros para mis carreras. »

El mismo escritor citado nos pondrá al corriente de lo mucho que necesitaba la dama romana para salir compuesta de su tocador: « Teneis, dice, el batanero, el bordador, el joyero, el lanero, toda clase de mercaderes, el fabricante de guarniciones bordadas, el que hace túnicas interiores, los tintoreros en colores de fuego, violado, amarillo, de cera, los sastres de túnicas con mangas, los perfumistas de calzados, los revendedores, los tenderos de lienzos, los zapateros de toda clase para el calzado de la ciudad, para el de mesa, para el de flores de malva. Es necesario dar á los quita-manchas, es necesario dar á los remendones, es necesario dar á los que hacen gorgueritas, á los sastres remendones. Creeis veros libres de ellos, y se presentan otros. Nuevas legiones de pedigüeños asediando nuestra puerta: son estos los tejedores, los bordadores de vestidos, los torneros, á quienes pagais. Por de pronto, quedais libre; pero siguen los tintoreros de azafran, ó algun otro bicho maldito, que no cesa de pedir. »

Recordamos haber observado alguna vez que las civilizaciones nos ofrecen distintos y variados caminos para llegar á su completo estudio, y que no debe despreciarse ninguno de los diversos datos que se presentan á la meditacion del que desea formarse cabal idea de ellas.

Los dos trozos anteriores brindan al estudioso con ancho campo para conocer el estado de la sociedad romana en la época á que se refieren, no ya solamente por la enumeracion detallada que nos dan de las profesiones ejercidas en Roma, sino tambien por las aplicaciones que se les daba por la elegancia romana, no llegada aún á su apogeo.

Á poco que se medite en los dos trozos citados, entrando en comparaciones con nuestras épocas y aquélla, á buen seguro que no lanzaremos un anatema tan terrible contra la elegancia de nuestras damas; porque, si bien es verdad que han llevado las exageraciones hasta lo increíble, tambien lo es que han hecho lo propio las damas de todas las épocas y en todos los países, y hasta puede asegurarse que el refinamiento romano deja muy atras al de nuestras más caprichosas elegantes. Sabemos que no todas las escenas del teatro romano pintan costumbres romanas, sino que se descubren allí rasgos que más pertenecen á sus maestros los griegos, pero cotejando esas

escenas con descripciones no poéticas sino históricas de escritores latinos, estamos en el caso de saber con exactitud que no hay exageracion, ni falsedad histórica en lo que dejamos notado.

Continuando en este terreno y sin abandonar la idea de estudiar la civilizacion romana en el teatro, insistiremos en la conducta de la mujer, para juzgar de su influencia en la sociedad. El mismo Plauto nos ofrece un trozo excelente que no tiene desperdicio. «Qué decís? replica uno de los interlocutores, acaso, en vuestro concepto, soy yo reclamado por Aqueronte y apto para llevarme á tierra? No tengo más que cincuenta y cuatro años, tengo agilidad, buena vista, y no vivo desprevenido. Rio de muy buena gana, soy un convidado afable; no tengo tos; no aturdo á las personas con mis gritos acerca de los asuntos públicos y acerca de las leyes. Mi fortuna me permite, gracias á los dioses, casarme con una mujer de rico dote, de distinguida familia; pero no he querido introducir una vocinglera en mi casa; porque, finalmente, de dónde podría yo desenterrar una buena mujer, si alguna vez la hubo? Dónde podría yo hallar una que me dijera: «Amigo mío, cómprate lana para hacerte una buena capa?» Jamas me dirá esto una mujer, sino que ántes del canto del gallo, me despertará para decirme: «Esposo mío, dáme un buen gefe de criados, un buen cocinero. ¿Qué necesidad tengo yo de hijos cuando cuento con tantos parientes? Ahora vivo bien, soy feliz y dueño absoluto: mis herederos me acarician, me envían regalos, y me convidan á comer y á cenar, y esto es preferible á tener dos ó tres hijos.»

Cuando, al hablar de las fiestas que celebraban los romanos, digamos algo de las bacanales que tenían lugar el 17 de marzo, en honor de Baco, á imitacion de las orgías de los griegos, nos asombrará la corrupcion que se había infiltrado ya hasta en las venas de las mujeres romanas, indignas, por sus escándalos y licencias, de las consideraciones que los pueblos cultos guardan al bello sexo, segun se ha dado en llamarle por galantería.

Pero, no anticipemos narraciones que piden su lugar y tiempo oportunos, y retrocedamos para dar una idea cabal de los primeros tiempos de Roma, ántes de terminar por una rápida ojeada acerca de sus destinos.

Numa Pompilio, segun vimos, fué un verdadero modelo de reyes, y nada

tienen que envidiar de la época de su reinado los de la República y del Imperio. Á pesar de la rudeza de los tiempos, comprendió Numa con muy buen acierto que una de las primeras y más sólidas bases de un Estado es la agricultura, y, en su consecuencia, despues de haber dividido todo el territorio de Roma en diferentes partes, exigía que se le diera, como así se practicaba, cuenta exacta del modo con que se cultivaban las tierras; hacía presentársele los labradores para alabar y alentar á aquellos cuyas tierras estaban bien cuidadas, y para reprender á los otros.

Consiguientes aquellos hombres con las ideas de calma, paz y honradez que inspiran las faenas del campo, contemplaban entónces los bienes de la tierra como los más justos y legítimos de todas las riquezas, preferidos con mucho á las ventajas que procura la guerra de corta duracion. Anco Marcio, el segundo sucesor de Numa siguió las huellas de éste, y encargaba á los pueblos que cuidaran del cultivo de las tierras y cría de los ganados tanto como del culto de los dioses y del respeto á la religion.

Andando el tiempo, y cuando Roma no estaba aún del todo corrompida, publicó Marco Porcio Caton, conocido generalmente por el *Censor*, su *Tratado de Agricultura*.

Hubo ántes de esto la época en que el pueblo romano arrancaba de las tranquilas labores del campo á los hombres virtuosos y beneméritos, para ponerlos al frente de los negocios públicos y del ejército: cuando Roma perdió la sencillez que imprimen las costumbres campestres quedaron sólamente reservadas las dignidades y la influencia á las familias de los grandes, que por sus riquezas disponían de los votos de los ciudadanos, y, segun es costumbre en semejantes casos, cuando el interes se mezcla en ello, los daban sólamente al que les ofrecía mayores ventajas. Cuando el gusto de la antigua sencillez se conservaba todavía hasta cierto punto en Roma, recordaban los romanos con gozo y admiracion que en otros tiempos habitaban casi siempre los senadores en la campiña; que cultivaban ellos mismos con cuidado sus propias posesiones, sin codiciar jamas, ni desear injustamente las de otros, y que, por lo regular, al arado se iban á buscar los cónsules y dictadores.

Plinio, autoridad muy competente en la materia, dice á este propósito: «En aquellos felices tiempos, la tierra, muy gloriosa de verse cultivada por manos victoriosas y triunfantes, parece que hacía esfuerzos, y producía los frutos con más abundancia; esto es sin duda que aquellos grandes hombres, igualmente aptos para manejar el arado y las armas, para sembrar las tierras, y para conquistarlas, aplicándose más seriamente á la labor, trabajaban tambien con mejor éxito.»

Muchos ejemplos tenemos que nos enseñan lo que estimaban aquellos antiguos romanos la sencillez, la pobreza y el trabajo de las manos.

Concretemos y seamos breves.

Sábese lo inclinado que era Caton á la vida campestre, y con cuánta aplicacion se ejercitaba en ella. El ejemplo de un romano antiguo, cuya casería estaba muy cerca de la suya, le sirvió infinito. Era de Manio Curio Dentato, que había recibido tres veces el honor del triunfo. Caton iba con frecuencia á pasearse allí y considerando la pequeñez de esta profesion, la pobreza y sencillez de la casa, sentíase penetrado de admiracion por este ilustre personaje, quien, habiendo llegado á ser el mayor de los romanos, habiendo vencido las naciones más belicosas, y echado á Pirro de Italia, cultivaba él mismo aquel corto rincon de tierra, y despues de tantos triunfos habitaba todavía en una casa tan miserable. Allí es, decía entre sí, donde habiéndole encontrado los embajadores de los samnitas, sentado cerca de su hogar cociendo legumbres, y ofreciéndole una gran cantidad de oro, recibieron de él esta juiciosa respuesta: «que el oro no era necesario para quien se sabía contentar con una comida semejante, pero que tenía por mejor vencer á los que tenían ese oro que poseerle.»

Lleno de estos pensamientos, se volvió Caton á su granja y haciendo de nuevo el exámen de su casa, de sus campos, de sus esclavos y de todo su gasto, aumentaba su ardor por el trabajo, y suprimía toda vana superfluidad.

Jóven todavía, le admiraban cuantos le conocían. Valerio Flaco, noble y de los más poderosos de Roma, tenía posesiones contiguas á la pequeña granja de Caton. Allí oía hablar frecuentemente á sus esclavos del modo con

que vivía su vecino, y de lo que trabajaba en el campo. Le contaban que muy de mañana se iba á los lugares de las cercanías á abogar y defender las causas de aquellos que se las encomendaban. Que desde allí se volvía á su campo, en donde, echándose una mala túnica sobre los hombros si era invierno, y casi desnudo si era verano, trabajaba con sus domésticos, y despues de su labor, sentado con ellos á la mesa, comía del mismo pan y bebía del mismo vino.

Todo esto se parece más á una bucólica ó égloga que á la verdadera narracion histórica que nos pinta con tanta sencillez como naturalidad. Oh si siempre hubiesen conservado los romanos esas aficiones campestres! Reprendiendo un Senador romano á Apio Claudio por la magnificencia de sus casas de campo, comparándolas con la sencillez del sitio donde estaban, le hablaba de esta manera: «Aquí no se ven ni pinturas, ni estátuas, ni talla, ni salas ostentosas; pero en recompensa se encuentra aquí todo lo que conviene á la labor de las tierras, al cultivo de las viñas y á la cría de los ganados. En vuestra casa en todas partes brilla el oro, la plata y el mármol, pero ningun vestigio de tierras labrantías, ni de viñas. No se encuentra en parte alguna ni buey, ni vaca, ni oveja. Nada de heno en los pajares, cosecha alguna de vino en las bodegas, ningun trigo en los trojes. ¿Es pues esta una granja? ¿En qué se parece á lo que poseía vuestro abuelo y vuestro bisabuelo?

Desgraciadamente para la humanidad no son duraderas las épocas patriarcales, á lo ménos desde que los pueblos que las gozan se ponen en contacto con otros de costumbres refinadas, para dejar demostrado una vez más que la naturaleza humana se inclina siempre al mal con preferencia al bien.

Luégo que se introdujo la ostentacion entre los romanos, no debía esperarse qué sus campos se cuidasen como ántes y produjesen tanta renta. Solamente se dedicaban al cultivo los esclavos cuando la corrupcion inundó la ciudad de Roma y ¿qué podía esperarse de semejantes jornaleros que sólo trabajaban á la fuerza y recibiendo muy malos tratamientos? Esta, por más que no lo parezca, fué una de las causas de la decadencia de Roma; por-

que faltando la aficion á la agricultura, fuente de toda riqueza, deben resentirse naturalmente de ello todas las clases sociales, que no consideran ya en el trabajo su interes y provecho. Aunque parezca inoportuno, queremos insinuar aquí, como de paso, uno de los males señales de nuestra época consistente en la repugnancia de los habitantes de los pueblos agrícolas en vivir en sus respectivos países natales, dominados por la aficion de residir en capitales ó poblaciones de alguna importancia, tomando oficios ó siguiendo carreras literarias. Los campos lloran por falta del cultivo necesario que no les dan los hijos ingratos arrastrados por la ambicion de figurar en más distinguida esfera, como si fueran las profesiones y no las virtudes personales lo que ennoblece al hombre; la vida del campo pierde rápidamente los atractivos que nunca debieran haberle faltado, porque la abandonan los más robustos brazos en busca de oficios cuya ocupacion no es de las granjas y aldeas; las costumbres sencillas y puras de la gente destinada á las faenas agrícolas degeneran hasta grotescamente porque son recuerdos exagerados y ridículos de las dominantes en poblaciones que cuentan con los elementos que no hay en los reducidos villorrios: todo, en una palabra, está fuera de su centro.

Estas ideas, la aplicacion inmediata que tienen en España más que en muchos otros países, nos recuerdan lo mucho que procuraban los antiguos, y sobre todo los primeros romanos, el adelanto de la agricultura. Si nos faltaran pruebas de lo que decimos, las tendríamos con exceso en el gran número de escritores que se ocuparon en la materia. Caton, Varron y Columela tratan de todo lo concerniente á la agricultura con asombroso conocimiento.

Columela, contemporáneo del emperador Tiberio, se quejaba muy amargamente del desprecio en que ya en su tiempo se tenía á la agricultura. Lamentábase asimismo del error dominante entónces de que no se necesitaran maestros para la enseñanza de dicho arte, y dice con este motivo: «Veo en Roma escuelas de filósofos, de retóricos, de geómetras, de músicos y lo que es mucho más de admirar, personas ocupadas únicamente, unas en disponer manjares buenos para excitar el apetito, y para irritar la glotonería; otras en adornar las cabezas con rizos artificiales; y ninguna veo para la agricul-

tura. Sin embargo, se puede pasar sin todo lo demas, y ha estado la República mucho tiempo floreciente sin estas artes frívolas; pero no es posible pasar sin la labranza de la tierra, pues depende de ella la vida.

»Ademas de esto, ¿hay acaso algun camino más decente ni legítimo para conservar ó aumentar su patrimonio? ¿Será por ventura el partido de las armas para amontonar despojos teñidos siempre de sangre humana, y que causan la ruína de infinidad de personas? ¿Ó el del tráfico, que, arrancando los ciudadanos de su patria, los expone al furor de los vientos y de las olas, y los lleva á un mundo desconocido para enriquecerse en él? ¿Ó el comercio del dinero, y la usura odiosa y funesta áun para aquellos á quienes parece que socorre? ¿Se atreverá alguno á comparar á estos medios la sencilla y cándida agricultura, la que el desórden sólo de nuestras costumbres ha podido hacer despreciable, y, por consecuencia necesaria, casi estéril y sin fruto?

»Creen muchas personas que la esterilidad de nuestras tierras, mucho ménos fértiles al presente que en los tiempos pasados, proviene, ó de la intemperie del aire, y de las estaciones, ó de la alteracion de las mismas tierras, las que debilitadas y apuradas con su largo y contínuo trabajo, no pueden dar ya sus producciones con la misma fuerza y abundancia. Esto es un error. No se debe imaginar que la tierra, á la que comunicó el autor de la naturaleza una fecundidad perpétua, esté expuesta á la esterilidad, como á una especie de enfermedad. Y despues que recibió de su criador una juventud divina y perpétua, por lo que se llamó madre comun de todos; porque siempre produjo y producirá de sus entrañas todo lo que subsiste, no es de temer que caiga en caduquez y ancianidad como el hombre. No se debe atribuir la esterilidad de nuestras tierras á la inferioridad de los aires, ni á los años, sino únicamente á nuestra falta y á nuestra negligencia: no acusemos de esto más que á nosotros mismos, que dejamos á nuestros esclavos los campos, que cultivaban en tiempo de nuestros padres las personas más honradas.»

Como si no hubiesen trascurrido los siglos, casi se podrían aplicar á nosotros las reflexiones del escritor romano. El bienestar de los pueblos, espe-

cialmente de los destinados por la Providencia á ser agrícolas, depende en razon directa del más ó ménos aprecio en que se tiene el arte del cultivo, y desgraciadamente ni los grandes propietarios de terrenos los hacen cultivar bajo su inmediata direccion, ni los hijos de los pueblos rurales tienen ahora el apego que nos es tan natural respecto del país que nos vió nacer, y menor lo tienen aún á la labranza y cultivo de los terrenos que hicieron fecundos los sudores de sus pasados.

Aunque los tiempos que corremos, positivos por excelencia en todo, no se distingan por su aficion á pinturas poéticas, pagando nosotros un justo tributo á las exigencias de la imaginacion, queremos reproducir aquí un bello y poético pasaje del tierno y encantador Virgilio, el cantor de las dulzuras de la vida del campo. «¡Dichosos, exclama el poeta, los habitantes del campo si conocen su felicidad; á quienes la tierra, léjos de la confusion de las armas y de la discordia, prodiga sus frutos, alimento sencillo y natural, que es la justa recompensa de sus fatigas! Allí reina una paz tranquila y una candidez de costumbres, que ignora todo fraude y todo engaño. Allí se encuentra una maravillosa variedad de inocentes riquezas, un ocio apacible en una fértil mansion, vastas y hermosas campiñas, frescas grutas, manantiales de agua, sombrías florestas, en las que la sombra de los árboles excita al sueño. Hasta el mugido de las vacas divierte allí. Se ve una juventud endurecida en el trabajo, y acostumbrada á una vida frugal y moderada. Pero lo que más se admira allí, es un profundo respeto á los dioses, y despues de ellos á los padres y madres. En una palabra, es allí en donde hizo su última mansion la justicia, cuando dejó la tierra.»

Horacio, poeta como el primero, nos habla en estos términos de la vida del campo: «Oh campos, cuándo os veré yo! ¿Cuándo me será permitido ir á olvidar en vuestro seno todas mis ocupaciones é inquietudes ó divirtiéndome en la lectura de los antiguos, ó disfrutando el placer de no hacer nada, ó entregándome á la dulzura del sueño?

Saliéndonos de las esferas de la poesía y entrando en el prosáico de la filosofía meditemos la excelente descripcion que hace Ciceron en su tratado de la vejez, donde ocupándose del modo con que llegan el trigo y las uvas,

por diferentes grados, á una perfecta madurez, manifiesta la inclinacion que tenía á la vida del campo, y nos enseña, al mismo tiempo, con qué ojos se deben mirar estas maravillosas producciones, que por ser ordinarias y ánuas, no son ménos dignas de que las admiremos.

No son las civilizaciones más adelantadas ni las naciones más prósperas las que desprecian la agricultura, ó no le dan todo el apoyo que se merece y exige. La proteccion dispensada á muchas artes que si son útiles, no son necesarias, debiera prestarse á la agricultura, base de toda riqueza, primer eslabon de la opulencia y felicidad de las naciones que la prefieren á las artes que sólo sirven para desarrollo del lujo y fomento de los deleites, señales infalibles de la decadencia de los pueblos que tal hacen.

No se admiren nuestros lectores de que hayamos dado tanta extension á lo que, al parecer, no tiene mucha relacion con la materia de que tratamos. Y la tiene mucha, porque la civilizacion de un pueblo no da pruebas de grandes adelantos cuando se descuida la primera de todas sus bases, y es consiguiente que dominen los vicios, las malas pasiones y que cunda la corrupcion en todas las capas sociales. Así opinaba Caton, y así lo manifestó en ocasiones solemnes para los destinos del pueblo romano, cuando tronaba contra la invasion del lujo entre las mujeres de la ciudad eterna, y arrostraba heróicamente la impopularidad que debía acarrearle su oposicion á un *pronunciamiento* femenil ocurrido en Roma, reclamando éstas varios derechos abolidos por la ley Opia.

«Si cada uno de nosotros, oh romanos, hubiese sabido conservar con respecto á su mujer sus derechos y su dignidad, estaríamos ménos importunados por todas estas mujeres que nos rodean. Hoy, que este sexo imperioso ha subyugado nuestra libertad en el interior de nuestras casas, se atreve tambien aquí, hasta en la plaza pública, derribarla, pisotearla, y porque no supimos resistir á cada una de ellas en particular, debemos ahora temerlas á todas juntas. Examinad todas las leyes concernientes á las mujeres, por las cuales nuestros antepasados pusieron un freno á su licencia, y las sujetaron á la autoridad de los hombres: con estas leyes á pesar de ser tan numerosas, apénas podeis tenerlas subyugadas. Y qué será si tolerais que

ellas las censuren, que las infrinjan una tras otra, y finalmente que se igualen ellas á los hombres? ¿Creeis, por ventura, que serán tolerables sus aspiraciones? Apénas habrán comenzado á ser nuestras iguales nos serán ya superiores.»

Caton conocía perfectamente el corazon de la mujer y pruébalo la epigramática frase aplicada por él á su esposa, que hemos vacilado en reproducir aquí; pero lo hacemos como argumento de lo que deseamos demostrar. Decía con sarcástica sonrisa que su mujer no le abrazaba sino cuando estallaba alguna tempestad, porque temía más á los relámpagos que á él.

La mujer romana es la mujer de todas las sociedades que hemos conocido: las quejas de Caton las profiere cada hombre, sino con tanta elocuencia con igual calor á lo ménos y por idénticos motivos, y esta uniformidad de vicios y defectos y esta igualdad de sentimientos entre tanta diversidad de sociedades y en tan distintos siglos puede muy bien presentarse como argumento concluyente contra los que defienden néciamente el poligenismo. Pero, demos de mano á estas filosofías y continuemos las observaciones del censor romano. Dirigiéndose á su mayordomo, le dice: «Procura que tu casera cumpla sus deberes: si el amo te la dió por mujer, no busque otro. Que te tema: no sea demasiado aficionada al lujo; vea lo ménos posible á sus vecinas ó á otras mujeres. Que sea limpia, y que cada día limpie y barra el hogar ántes de acostarse. En los días festivos cuelgue una guirnalda de flores en el hogar y ruegue al genio protector de la casa.»

No nos arrepentimos de haber dicho que la mujer romana es la misma que en todas las sociedades y en todas las épocas: el mismo Caton viene en nuestro apoyo, hablando en su época del mismo modo que podríamos y debiéramos hablar ahora nosotros si estuviéramos en su puesto. «Las mujeres ricas no quieren verse reducidas por la ley á vestir como las menestralas; rivalizan entre sí en la opulencia de sus adornos y esta emulacion se propaga muy pronto en las mujeres de ínfima condicion; porque éstas para no verse despreciadas hacen esfuerzos superiores á sus medios y recursos.»

Nosotros podemos añadir aquí un rasgo del que salimos fiadores. Una señora acababa de recibir de manos de su modista una rica manteleta, y, al

cerciorarse de boca de la misma modista, que una menestrala, muy rica pero menestrala al fin, se había mandado hacer una muy semejante, sin probársela siquiera la hizo mil pedazos, y despidió por siempre á la modista por haberla rebajado hasta el extremo de querer igualarla con una menestrala haciéndole una prenda de vestir igual á la suya.

Ignoramos si en la época de Caton pasarían hechos como el que nosotros referimos; pero, de todos modos, recordando lo dicho por él, parécenos que muy corta debe ser la diferencia, si la hay, entre la conducta de las mujeres de ambas épocas, y será muy completa y acabada la comparacion si recordamos la manera con que pinta Caton los efectos morales del afan de lucir en la mujer, enteramente los mismos que en nuestros días. «Habiendo comenzado, dice Caton, á avergonzarse de lo que nada tiene de deshonroso, ya no se avergüenzan las mujeres de lo que es una verdadera deshonra. La que tenga medios para ello costeará los gastos exigidos por su adorno; la que no los tenga pedirá dinero á su marido, y desgraciado de él, ya consienta, ya se mantenga inflexible, porque ella sabrá obtener de otro hombre lo que él mismo no le haya dado.»

¿Puede pedirse un retrato más fiel y exacto del corazon de la mujer? ¿No es exactamente lo mismo que pasa hoy lo que con tanta maestría nos pinta Caton de la Roma de su época? ¿Quién ignora la crónica escandalosa contemporánea que ofrece miles de ejemplos corroborando lo que nos dice Caton?

Sabemos perfectamente á qué peligro nos exponemos no adulando los vicios y voluntariedades de las mujeres, pero desearíamos que las leyes, directa ó indirectamente, pudieran ó supieran hacer algo para reprimir de un modo eficaz la devastacion causada y que amenaza causar el desenfrenado lujo de las mujeres, ruína de muchas familias y cáncer que corroe las entrañas de la sociedad. No se mide la civilizacion de un pueblo por los grados de su lujo, sino por el de sus virtudes, y estas son, por naturaleza, enemigas acérrimas de las exageraciones de las modas así de las mujeres como de los hombres; porque tambien ahora, como en tiempo de Caton, hay hombres que no merecen la distincion sexual que les otorgó la naturaleza, por

lo casquivanos, afeminados y sujetos á la versatilidad de las modas, con qne deshonran la formalidad y juiciosa seriedad propia del varon sensato y fuerte.

Cuando se consideran las anomalías que se presentan ante las reflexiones que ofrece la sociedad en su camino, no sabe uno qué definicion dar de la palabra civilizacion, porque no hay términos exactos con qué definirla ni entónces ni ahora. Cada cual puede sentir más ó ménos, segun sea más ó ménos exquisita su sensibilidad, el influjo de una atmósfera donde penetra: esto es precisamente lo que acontece con el soplo más ó ménos moral del aire que nos rodea, para definir la civilizacion, cuya exactitud depende tambien de la influencia que ejerce el ambiente que se respira en la organizacion del observador que la estudia. Hay moral indulgente, como la hay rigorista, y la civilizacion recibirá diferentes definiciones segun deba explicarla un partidario de una ú otra de esas dos escuelas.

Caton declama contra la ostentacion romana y el tribuno Valerio aboga á favor de la aficion femenil á engalanarse, condenándola sin embargo en los hombres. Trata de crueles á los que se oponen á la única gloria reservada á la mujer, á la sola alegría que se le concede en este mundo: vestirse y engalanarse.

Roma agradecida levanta á Caton una estátua con la inscripcion: «Á Caton, restaurador de las costumbres;» pero, visto su procedimiento á la distancia que de él nos separa, debemos confesar que no estuvo del todo acertado, porque desconoció, ó no atacó el orígen del mal que intentaba remediar. Roma tenía vicios muy pronunciados; el estudio de las leyes promulgadas contra ellos, demuestra que no faltaron magistrados que los conocieron, pero equivocaban los remedios. Aquel pueblo tan libre estaba sujeto á unas prescripciones que ningun déspota se atrevería hoy á imponerlas á sus súbditos. Una de estas leyes mandaba á los romanos comer con las puertas abiertas y les limitaba el número de los convidados. Otra ley fijaba el gasto que cada persona romana debía hacer en la comida, distinguiendo los días festivos de los ordinarios. Á estas prescripciones se añaden muchas otras coercitivas todas de la libertad individual; más aún: de aquella

libertad íntima no sujeta en ningun pueblo del mundo á la potestad de ningun legislador; pero es evidente asimismo que los resultados de esas leyes debían ser negativos, como lo son siempre los esperados de remedios ineficaces, de virtudes escasas ante la importancia y gravedad de un mal que se intenta atajar ó vencer.

Para comprender las vicisitudes de la civilizacion romana, en la época á que nos referimos, debieran estudiarse una por una las leyes sociales, como la de sucesion, por ejemplo, que atañía directamente á las mujeres y á su estado civil, sobre todo en lo que mira á su dote. El romano vendía su libertad, por usar el lenguaje de Plauto, al recibir el dote de su esposa. La experiencia demostrará la ineficacia de ciertas leyes, y hasta los perjuicios causados por ellas en la manera con que afectaban á la poblacion cuyo descenso alarmó á los emperadores, quienes modificaron la legislacion á fin de oponer un dique á la disolucion.

La libertad romana se vió atacada tambien por leyes que fijaron contribucion no solamente ya á los coches, como diríamos ahora, sino hasta á las prendas de vestir segun el valor que representaban.

Son curiosos los pormenores que nos da el historiador Plutarco respecto de las leyes dictadas á este objeto por el severo Caton.

Para conseguir éste su objeto propuesto, procedió á una fiscalizacion que no se toleraría á ningun déspota. Hizo justipreciar los trajes, carruajes y los adornos de las mujeres con todos sus otros muebles; y cada uno de estos objetos valorado en más de mil quinientos dracmas, lo elevaba él al décuplo de su valor y regulaba el cupo de la contribucion por este avaluo.

Fácil es adivinar el plan de Caton: gravando de esta manera á los ricos, creía él que, envidiando la diferencia de situacion de las clases más modestas, que no debían contribuir á las cargas públicas por este concepto, abandonarían el camino emprendido del fastuoso lujo, y pensándolo mejor renunciarían á los excesivos gastos de una ostentacion innecesaria y por tantos lados tan cara y costosa.

Caton se engañó lastimosamente con sus medidas que le valieron profundos odios de todas partes: odiáronle los que, por no pagar sus enormes

impuestos, abandonaron el lujo á despecho suyo, y le odiaron tambien los que por no sufrir la afrenta de abandonar la posicion que ocupaban, se sometían forzosamente al pago de un impuesto odioso y que mermaba extraordinariamente sus capitales.

Como se equivocó en esto Caton, engañóse tambien tocante al concepto que tenía formado del modo más seguro y corto para enriquecerse en el campo. Preguntado á este propósito, respondió que ese modo era la cría de los ganados, la que procura, dijo, á los que se aplican á ella con cuidado y con inteligencia, una infinidad de ventajas.

Las costumbres antiguas, que no la experiencia, pudieron infundirle esta opinion.

En la antigüedad eran los rebaños la riqueza de los mismos reyes. Hasta en la Biblia se nos presenta al rey Ezequías dueño de una infinidad de rebaños de ovejas y de todo género de ganado mayor.

En Virgilio y Homero vemos que Latino y Ulíses cifraban su especial riqueza en los rebaños. Asimismo se conceptuaba la riqueza entre los romanos y hasta por las leyes antiguas sólo pagaban las multas en bueyes y ovejas.

Esto es lo que pudo disculpar la respuesta de Caton, porque nada tiene que ver, rigorosamente hablando, con la agricultura propiamente dicha, la cría de los ganados, aunque se mire con relacion á los pastos ó al fomento de los prados.

De todos modos reunió Caton excelentes cualidades, no sólo como reformador de costumbres, sino como hombre recto y justo, prescindiendo de algunos lunares de que no está completamente exento ningun mortal.

En su tratado de *Re rustica* nos ha trasmitido una especie de ejercicio cotidiano ó una serie de oraciones para los labradores, en las que, á vuelta de algunas variantes, pueden descubrirse marcadas señales de las antiguas tradiciones, cuando los hombres, más próximos á los primeros días del mundo, lo atribuían todo á Dios, y acudían al mismo en todas las necesidades de todo órden, persuadidos como estaban de que todo sin excepcion está subordinado á Dios.

Como prueba evidente de la civilizacion entre los romanos, no llevarán á mal nuestros lectores que pongamos aquí la fórmula ú oracion dirigida á la divinidad, andando los labradores alrededor de sus tierras, ofreciendo á determinados dioses libaciones y sacrificios.

« Padre Marte, yo os suplico y ruego que nos seais propicio y favorable á mí, á mi casa y á toda mi familia, por lo que motiva la presente procesion en mi campo, en mi tierra y en mi propiedad: que embaraceis, que aparteis y alejeis de nosotros las enfermedades conocidas y desconocidas, los estragos, las tempestades, las calamidades y las intemperies del aire; que hagais que crezcan y lleguen á sazon nuestros trigos, nuestras viñas y nuestros árboles; que conserveis los pastores y los rebaños; que nos concedais la conservacion de la vida y de la salud á mí y á mi casa y á toda mi familia. »

Caton no era, sin embargo, el hombre más indicado para salvar la sociedad romana, porque su ejemplo no correspondía desgraciadamente á su palabra. Él, en sus discursos, comparaba los usureros á los asesinos, y, sin embargo, él mismo prestaba cantidades al treinta y seis por ciento.

Ademas, sus reglas de economía doméstica son desastrosas consideradas en sus relaciones con el amor al prójimo, y á los intereses de la familia. Era, por una parte, decidido partidario de la esclavitud para el trabajo de los campos y trataba en la compra y venta de esclavos. Había estudiado el modo de mantenerlos lo más barato posible, y tenerlos aposentados en un espacio enteramente reducido. Teníalos sujetos á espantosos reglamentos y disciplinas extravagantes con la única mira de aumentar su capital. Entre sus máximas de economía doméstica encontramos las siguientes: « El padre de familia debe vender el aceite si se paga bien y lo que le quede de vino y trigo, debe vender los bueyes viejos, los becerros, las ovejuelas, la lana, las pieles, los carros viejos, los hierros viejos y el esclavo anciano; asimismo debe vender al esclavo enfermo y todo cuanto pueda ser vendido: es preciso que el padre de familia venda y no compre. »

El buen ejemplo es de elocuencia más persuasiva y eficaz que todos los discursos. Á pesar de estos no recabó Caton la reforma que deseaba de las

costumbres romanas; porque, á medida que encanecía, eran más libres y reprensibles las suyas propias. Su hijo y su nuera tienen que abandonarle por su vida licenciosa deslizada entre vino y mujeres, entre especulaciones mercantiles de todo género incluso el de esclavos, y, sobre todo, por haber sido uno de los principales organizadores del laboreo de las minas de España que proveían de plata á los corruptores de Roma.

Caton no comprendió á su siglo y, por consiguiente, no conoció sus necesidades, ni sus remedios: á no ser así, no hubiera abogado por la esclavitud, que es la fuente del lujo por las riquezas que concentra en las familias opulentas dueñas de esclavos; pero, la prueba principal y más evidente de los yerros de Caton la tenemos en el vuelo que tomó el lujo romano despues de su muerte: confundió la prohibicion del lujo con su condenacion. Los romanos lo tenían prohibido, pero ellos no lo habían condenado; al contrario, lo siguieron con locura, con verdadero frenesí.

Esta locura, este frenesí del pueblo romano debemos estudiarlos aparte, separadamente, y en capítulo especial, para que nos pongan al corriente de los actos de la vida religiosa y política en público, actos censurables y punibles, para quien los estudie imparcialmente, así en sus formas dignas de censura, como en las que quizas merezcan elogios por parte de ciertas personas.

Quizas se encuentren ideas ya indicadas en lo que se nos ofrecerá decir ahora. En un cuadro de grandes proporciones y de composicion complicada pueden acaso verse detalles que formen lo esencial de una pintura independiente del cuadro: aquellos detalles en nada rebajarán el mérito del gran cuadro; ántes, al contrario, lo harán más interesante y bello y digno de exámen de los inteligentes.

Antes de presentar nosotros á la vista de nuestros lectores todos los excesos de las monstruosidades que presenció Roma en las manifestaciones públicas de su vida religiosa y civil, debemos descender á pormenores necesarios que ocupan puesto importante en la historia del pueblo romano, y fuera falta grave en nosotros su omision.

Veremos una organizacion nueva en la vida pública de Roma; la civili-

zacion se nos presentará bajo aspectos muy distintos, y como conocemos ya las manifestaciones griegas, podemos comparar sin grandes esfuerzos uno y otro pueblo, y, con la antorcha de la historia en la mano, ver y examinar profundamente los progresos ó caminos seguidos en Roma por el soplo que empuja á los pueblos hacia la mejora y perfeccion de sus costumbres públicas y privadas.

* * *

Debiéramos aquí poner punto final y pasar á otras materias objeto de otro capítulo; pero, ántes precisa decir dos palabras acerca de los futuros destinos de la ciudad de Roma que se vislumbran en lontananza, desde los primeros días de su fundacion y asombroso engrandecimiento.

Las ideas dominantes del siglo presente son la fraternidad universal, la desaparicion de fronteras, la constitucion de toda la humanidad en una sola y universal familia: estas ideas parecen de este siglo, se consideran propias de los hombres de ideas más avanzadas, y, sin embargo, no les pertenecen, no les cabe ni la honra de su invencion.

Hay un destino providencial, pero sabido, en la formacion y engrandecimiento del pueblo romano, vasto océano al que van á sumergirse todos los imperios antiguos, para formar uno solo grande, vasto, poderoso, sin rival.

Daría pruebas de muy mezquino ingenio quien creyera que los imperios nacen y mueren por la sola voluntad é impericia de los hombres, y que viven y se desarrollan por la habilidad y energía de los que dirigen sus destinos. Menguado mundo si así fuera.

Nunca hemos intentado, ni ahora intentamos, imponer á nadie nuestras opiniones, aunque tengan el sello de verdades demostradas; pero no sabemos estudiar la historia de los imperios, prescindiendo del plan divino trazado por la Providencia, para enseñanza de los mortales.

Ciego se necesita ser y, más que ciego, obcecado, para no ver en los destinos de Grecia un plan preconcebido perfectamente llevado á cabo, y más ciego se debe ser aún para no descubrir en los destinos de Roma un plan grandioso, certero, llevado tambien á cabo no por los hombres, sino á pesar de los hombres, instrumentos de Dios.

¿Cuál fué el distintivo del imperio romano y cuál fué el objeto de su mision estudiada detenida pero maduramente?

El imperio romano, considerado en sus diversos periodos, tendió constantemente á la universalidad abriendo por todas partes muchos caminos que, desde todos los puntos por ellos conquistados, condujeran á la gran ciudad, como otros tantos radios que de la circunferencia convergieran todos al centro, como otras tantas arterias que afluyeran todas al corazon. El constante afan de Roma era borrar todas las nacionalidades, formando un solo imperio sujeto á Roma, destruir, hacer desaparecer todos los límites que separaban los diferentes pueblos, esparcidos por el universo, agrupar todas las nacionalidades en una sola, grande, conocida, determinada, que facilitara é hiciera realizable el bello ideal de recorrer todo el globo conocido en todos sus puntos cardinales sin obstáculos, ni tropiezos, rindiendo todos vasallaje al inmenso poderío de las águilas romanas paseadas en triunfo de pueblo en pueblo, extendiendo su señorío á todas las razas, á todas las lenguas, á todas las tierras, mares y climas.

La misma razon natural indica estos medios como los más seguros y adecuados para conseguir el fin propuesto, y debe reconocerse que, humanamente hablando, no podían ser ni mejor concebidos, ni mejor realizados, sobre todo, tratándose de una sola ciudad que supo formarse, crecer, engrandecerse y hacerse señora y dueña de ciudades y pueblos y naciones é imperios, formándose sin auxilio alguno humano, extendiéndose sobre todo lo conocido, y por una duracion de siglos, cuyo igual no refiere la historia.

La ciencia humana sospechará, pero no atinará por sí sola en la filosofía de la historia del pueblo romano; porque hay algo sorprendente, oculto, indescifrable en los destinos de aquel pueblo. El nacimiento, grandeza y caída de las monarquías tiene su estudio al alcance de inteligencias privilegiadas,

pero no acertaremos á comprender por la sola luz natural, por qué los romanos al reves de los demas pueblos, se enorgullecieron en sus conquistas abriendo las grandes arterias que ellos llamaron vías desde Roma á todas las naciones sujetas á su dominio, cubriendo la tierra con una red de piedras que nos asombra aún á los que hemos podido ver algun resto de ellas despues de tantos siglos de fecha; por qué los romanos nunca vencidos, fueron siempre vencedores; por qué el poder de sus armas se limitó solamente cuando llegaron á los confines del mundo conocido, y despues de haberse *anexionado* todas las naciones del globo, y por qué despues de tantas victorias, despues de tanta sangre derramada, despues de tantos montones de ruínas, deponen tranquilamente las armas, durmiéndose sobre sus haces de laureles, sin volver jamas á sentir los estímulos de la gloria para proseguir el camino tan sabido y trillado de las grandes batallas.

Aunque incurriendo quizas en repeticiones, ó recordando ideas más ó ménos indicadas anteriormente, necesitamos presentar á grandes rasgos un cuadro del estado interior de la metrópoli del mundo, abarcando un grande periodo de su historia, que sucesivamente iremos analizando en capítulos posteriores.

Roma era casi la señora del mundo en la época á que hacemos referencia. La sed de dominio que sentía el pueblo rey debía naturalmente avivar el fuego mal apagado de sus discordias intestinas. No intentamos escribir una leccion de historia, por no ser de nuestra incumbencia, pero necesitamos no abandonar su estudio para poder presentar el exámen de los cambios sufridos por las costumbres romanas, objeto principal de nuestro trabajo.

Miéntras que Roma tuvo que combatir á los pobres pero belicosos habitantes de la Italia central, conservó sus costumbres guerreras y ásperas; mas, cuando sus legiones salvaron las fronteras de Italia para conquistar el mundo, comenzó para los romanos una nueva vida. Ya saben nuestros lectores que las naciones vencidas se vengaron de Roma inoculándole con sus riquezas todo el vírus de su corrupcion que debía acabar con el poderío romano.

Amenazados siempre los romanos por un gran peligro durante la segunda guerra púnica, conservaban necesariamente sus costumbres, por la precision que tenían de vivir en los campamentos; y la imperiosa necesidad de estar siempre con las armas en la mano, les quitaba las ocasiones y aficion de entregarse al lujo cuyos goces no podían conocer. Despues, empero, de arruinada Cartago, cuando no tuvieron ya que sostener sino guerras de poca ó ninguna importancia y en las que bastaban dos legiones para tener á raya á sus más temibles enemigos, enriquecidos ya los romanos con los tesoros sacados de Cartago, con los de Perseo y Antíoco, se entregaron á su vez á los goces de la vida disipada y muelle de los pueblos de Oriente. Ostentóse entónces en Roma un lujo desenfrenado acompañado de espantosas depravaciones.

En esta época conocieron tambien los romanos la falsificacion de la moneda, cuyo delito prueba elocuentemente la perversidad de las sociedades que apelan á ese reprobado recurso para sus ilícitos lucros. En la primera paga que hicieron los cartagineses de la cantidad á que les habían condenado los romanos, al terminarse la segunda guerra púnica, se encontró que el dinero que trajeron sus embajadores, no era de buena ley, y se conoció, haciéndole fundir, que había en toda la plata una cuarta parte de mezcla.

Se equivocaría, sin embargo, lastimosamente quien creyera que el pueblo romano, sin distincion de clases, se abandonó á nuevas y desconocidas costumbres por el solo placer de dar pábulo á pasiones soeces y brutales; porque ya hemos visto de un modo indudable que el refinamiento, mejor dicho, la elegancia de la civilizacion griega cautivó á los más nobles jefes romanos. Las armas griegas cedieron á las romanas, pero el valor y rudeza del legionario romano quedó cautivo en las redes de la coquetería griega. Las costumbres griegas representadas por sus teatros, juegos é inimitable literatura, les hacían dar al olvido sus maneras ásperas y hasta su bello idioma del Lacio, que, á pesar de su belleza, no había adquirido aún ningun título de gloria por ninguna obra monumental.

Escipion, llamado el Africano, figuraba al frente del partido de los que, enamorados de la civilizacion griega, hubieran querido convertir la ciudad

de Roma en una digna rival de Atenas. Cuando el vencedor de Zama preparaba en Siracusa su expedicion al África, consumía todo el tiempo que tenía disponible en el teatro, en el gimnasio, gastando el oro de la República en fiestas que ninguna utilidad reportaban, ó escuchando las impertinentes disertaciones de los llamados filósofos. Hacía todo esto escudado con la extraordinaria preponderancia que le daba la gloria de haber terminado en Zama la segunda guerra púnica, cuyo hecho afortunado le ponía, en cierto modo, fuera del alcance de las leyes. Se le ofreció el consulado vitalicio ó la dictadura y no quiso admitir ninguno de estos cargos, con cuya negativa dió muestras de habilidad política, ya que así no se podían medir sus derechos ni sus deberes, y conservaba su influencia manteniéndose simple particular.

Las seducciones de la vida muelle de los griegos mantenía agrupadas alrededor de Escipion á multitud de familias patricias, como eran los Emilios, Metelos, Haminios y otras. La política tuvo mucha parte en esa union de familias. Para ser más fuertes contra las reclamaciones que necesariamente debía producir su conducta, uniéronse entre sí apelando á las alianzas de familia, recurriendo á las adopciones admitidas en Roma por la ley y á los matrimonios, dando de esta manera comienzo á la faccion de los grandes que por tanto tiempo debía imperar en el Senado romano y luchar á fin de quitar al pueblo sus primitivas concesiones.

Jamas hubo cosa igual ó parecida al orgullo de los nobles romanos de la época á que nos referimos. Altaneros contra sus acusadores, se imponían á los tribunales que no se atrevían á condenarles. Citemos un ejemplo. Acusado Escoro de haber recibido dinero de Jugurta, dijo ante el pueblo: «Vasio de Succono acusa á Escoro de concusion: Emilio Escoro lo niega: ¿á quién de los dos creeréis?»

En cambio, el pueblo se vengaba apelando á las sátiras, pero ¡ay! del que abogaba á su favor. Las alusiones del poeta Nevio contra los Metelos y los Escipiones le valieron ser desterrado por toda su vida. Caton fué el único romano que tuvo suficiente osadía para hacer frente á tan osada nobleza. Conocemos ya algo á Caton para que nos detengamos á hablar de

sus cualidades: sin embargo, interesa citar algunos rasgos de la lucha sostenida contra la procacidad de los nobles, que nos pondrán de manifiesto el estado social de la Roma dividida en los dos bandos de nobles y plebeyos.

Para no perjudicar á la claridad, recordemos pormenores conocidos ya en parte.

Nacido Caton en Túsculo, de padres oscuros, varió su nombre de Prisco por el de Caton á causa de su reconocido saber. Á los diez y siete años había hecho su primera campaña contra Aníbal, acreditando su valor las muchas heridas que tenía en su cuerpo. Ya sabemos la vida que llevaba en el campo, donde vivía retirado. Admirando Valerio Flaco á este hombre modelo y previendo lo que su patria podía ganar con un carácter tan severo, le persuadió que fuera á establecerse en Roma. Muy pronto se distinguió allí Caton por su elocuencia, valiéndole ser tribuno legionario, luégo cuestor, despues pretor, cónsul en seguida y censor con Valerio. Nadie tenía tanto derecho como Caton para vituperar el lujo y avaricia que dominaban á Escipion el Africano.

El odio de Caton, sin embargo, contra los Escipiones no provenía sólamente de la diferencia de las costumbres de entrambos: no era su objetivo, si se nos permite la frase, averiguar si la ciudad de los eternos destinos cambiaría por costumbres nuevas las antiguas que tanto esplendor le habían dado, sino que se trataba más principalmente de averiguar si Roma conservaría tambien su libertad, porque el partido de los nobles tenía en menosprecio no ya los derechos del pueblo, sino tambien los del Senado. Escipion, que, por otra parte, era el más temible de todos los nobles, tuvo en Caton un enemigo acérrimo que no le dió punto de sosiego con sus continuadas y terribles acusaciones, hasta el punto de que Tito Livio dice «que no había cesado de ladrar contra él en el Senado.»

Acusado Escipion por los tribunos excitados por Caton de haber vendido la paz al rey de Siria, con otras calumnias para derribarle definitivamente, subió Escipion á la tribuna y pronunció estas palabras: «Romanos: en tal día como hoy, alcancé en África una brillante victoria contra el más poderoso y temible enemigo de nuestra patria, dando á esta la paz de que

tanto necesitaba. No nos mostremos, pues, ingratos con los dioses; abandonemos hoy las discusiones judiciales, dejemos que grite ese miserable intrigante, y subamos al Capitolio á dar gracias á Júpiter por tan grandes beneficios. »

Dijo, y sube Escipion al Capitolio, seguido del pueblo, quedándose solos en el *rostrum* los tribunos acusadores.

Dejemos, empero, estas rivalidades y miserias personales hijas de los bandos políticos, y fijémonos en el cuadro que nos presentan las costumbres públicas, siguiendo el rápido exámen que hacemos del estado interior de Roma.

Esta ciudad había recibido las costumbres nuevas introducidas por los Escipiones, y sus progresos fueron rápidos y espantosos. Roma no supo contenerse dentro de los límites del lujo importado de Grecia por los legionarios romanos.

El lujo, ha dicho un elocuente orador moderno, tiene una significacion legítima, tiene una medida que la conveniencia determina y que la virtud misma hace adivinar. El lujo es en las sociedades bien ordenadas y en las civilizaciones bien constituídas, un signo natural de la gerarquía social. Contenido en sus límites, completa el órden en vez de destruirle; y el catolicismo mismo, reduciendo ese lujo legítimo á su verdadero destino, le da una consagracion religiosa, haciendo de sus templos espléndidos y de sus radiantes santuarios como una aparicion de la belleza de los pueblos.

Pero hay un lujo que no es otra cosa que el fruto de la concupiscencia; lujo inmoderado y sin freno, prodigalidad insolente de adornos, de ornatos y de gastos, tendencia ilegítima y loca, que en vez de detenerse en los límites de lo necesario ó de lo conveniente, olvida lo necesario y traspasa lo conveniente, para dirigir todas las ambiciones y todos los deseos hacia lo que es supérfluo sin motivo, y hacia lo suntuoso sin razon. El lujo, en fin, conduce tambien á la quimera de un acrecentamiento indefinido.

Este lujo, tan magistralmente definido por el ilustre orador á quien nos referimos, es en Roma un fenómeno, un hecho material producto simultáneo de las tres concupiscencias que dominan la vida de los mortales. En

la época de Caton, y á pesar de la oposicion que hacía siendo cónsul, cansadas las matronas romanas de su excesiva severidad y de la que les imponía la ley Opia, consiguieron que los tribunos la abolieran. Roma estaba aterrorizada por crímenes nuevos cometidos por manos desconocidas, y entónces precisamente se supo que una oscura supersticion se había introducido misteriosamente, y que su culto, cuyos ritos eran la prostitucion y el asesinato, para los que rehusaban la infamia, contaba ya numerosos prosélitos. El Senado mandó decapitar en lo interior de sus casas á gran número de mujeres que se habían hecho iniciar en estos culpables misterios; pero el último esfuerzo hecho por el buen sentido contra la corrupcion fué nombrar á Caton para el cargo de censor.

La pasion del lujo en Roma excedía ya los límites de las clases sociales, y como una epidemia se iba extendiendo á todo el cuerpo social. Ya sabemos que Caton, para reprimir con mano fuerte la funesta pasion que amenazaba la existencia de la sociedad romana, arrojó del Senado á varios de sus miembros; reglamentó el lujo de las mujeres; tasó el coste de sus trajes, adornos, muebles y coches; suprimió todos los conductos que llevaban á las casas y jardines particulares el agua de las fuentes públicas; hizo demoler todas las construcciones particulares que descansaban sobre el camino público; disminuyó varios beneficios dados por el Estado, y aumentó en gran manera las rentas de la República.

Roma miéntras tanto desplegaba un fausto que nada tenía ya que envidiar á los pueblos orientales, y que estos mismos habían quizas contemplado con asombro; las pequeñas fortunas se destrozaban á sí mismas con esfuerzos inútiles para imitar á las grandes, dándose á fuerza de lujo un falso brillo insostenible. Las rentas de las familias se aniquilaban al cabo de poco tiempo devoradas por un lujo insaciable. Los jóvenes consumían en la deshonra las fortunas allegadas por sus padres; las mujeres se dejaban arrastrar, á fuerza de vanidad y sensualismo, á vicios abominables y crímenes horrendos que causan á la vez que la deshonra de la mujer la ruína del marido, y la satisfaccion de estos vicios y de estas necesidades creaba necesariamente un semillero de ambiciones, de codicias, de usuras que debían encontrar su

respectiva satisfaccion en otros crímenes mayores y más abominables.

Los pueblos conquistados debían proveer con sus inmensos tributos á los despilfarros del lujo romano. De todos los ángulos de las provincias se elevaban reclamaciones y quejas contra los gobernadores que les enviaba Roma. Los gobiernos eran tan lucrativos, que los grandes los buscaban con ardor. Hubo necesidad de dictar leyes fijando la edad en que podía llegarse á estos destinos, é imponiendo penas á quien los solicitase, decretando tambien pena de muerte contra el que emplease el soborno para su logro; pero los grandes, como en todos los pueblos y en todas las épocas, se reían de estas leyes, y llegaban hasta las amenazas para obligar á los ciudadanos á que les eligiesen.

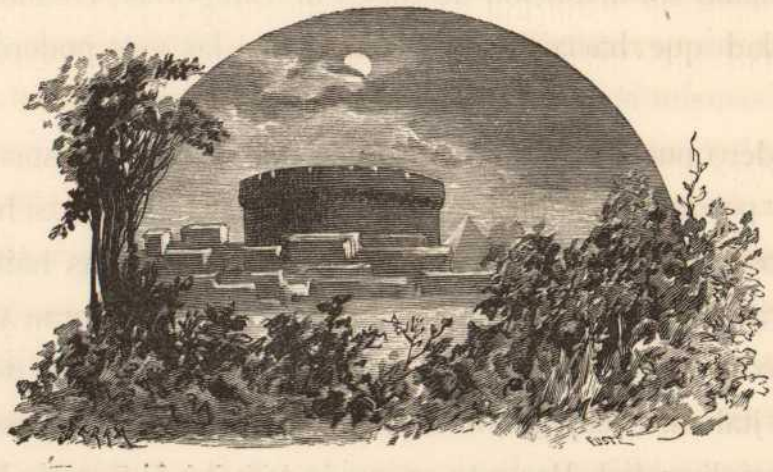
Estos excesos fueron causa de que se dictara la ley que asegurara la libertad de las elecciones, decidiendo que en adelante diera el pueblo su voto en secreto y por la vía del escrutinio. La censura era impotente contra estos desmanes, porque los mismos culpables solicitaban y lograban este cargo con los mismos manejos. De ahí la necesidad de crear nuevos tribunales que cuidaran de investigar los concusionarios, castigar la solicitud de empleos y otros delitos por el estilo; pero estaba tan arraigado el vicio, tan corrompidas estaban las costumbres, que los nuevos jueces participaron de los desórdenes que debían castigar, y vendían públicamente su voto.

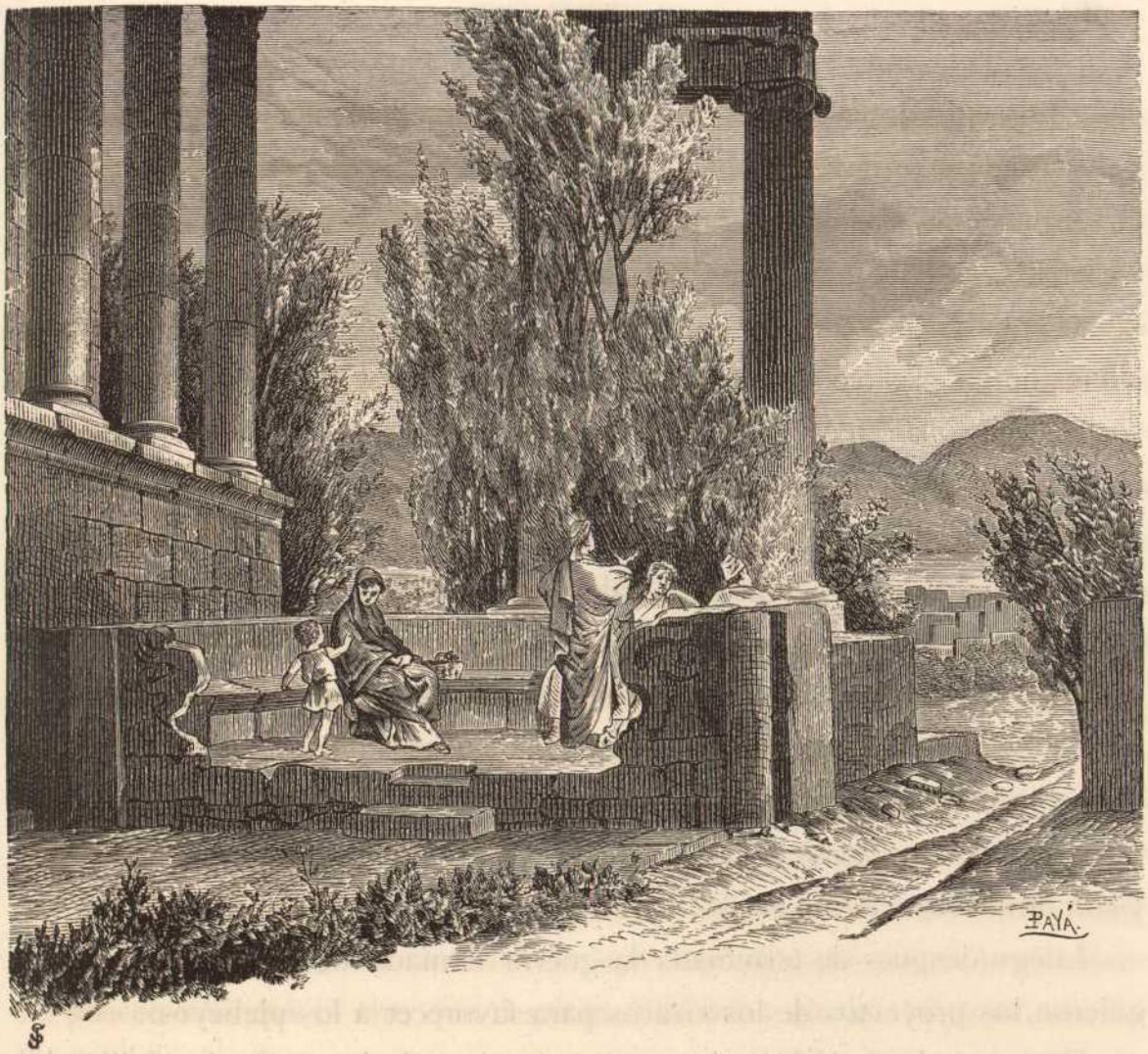
El lujo, el deseo de ostentar públicos adornos ejercía una fascinacion en el pueblo romano sin distincion de clases ni categorías, creando una lucha de suntuosidad que hacía rivalizar entre sí á las más poderosas pasiones humanas.

El verdadero pueblo romano era quien más perdía en estas luchas de la depravacion, porque los nobles salidos de las clases inferiores hicieron causa comun con los antiguos patricios, y desde entónces apénas halló el pueblo quien abogara por él. Ademas, los plebeyos romanos no eran ya aquel pueblo tan celoso de sus derechos, sino una multitud de libertos de las diferentes comarcas italianas, cuyo contacto había borrado en los pocos romanos el recuerdo de su dignidad. Por esto ya no se tomaba el Senado la molestia de inquietarse por aquel populacho; procuraba, es verdad, aliviar su miseria

acudiendo á la creacion de colonias y decretando trabas contra la usura, pero se abrogaba todos sus derechos. Miéntras tanto la agricultura decaía tambien por la preferencia dada á las tierras de pastos, y á la jardinería, causas estas de la gran despoblacion de Italia. Los plebeyos no tenían ya más recurso que vender su voto; pero el Senado les quitó hasta este último recurso relegándoles á la última tribu, con lo que debian perecer ó acudir á una revolucion.

Pero no anticipemos ideas que necesariamente deberemos desarrollar cuando se nos presente su sitio oportuno, dándoles entónces la preferencia que su importancia les dará, y abriendo el gran libro de la historia del pueblo romano, libro cuyas páginas de oro ofrecen los ejemplos de mayor grandeza á que pudo verse llamado pueblo alguno, estudiemos, llenos de asombro y sobrecogidos de espanto, las aberraciones de aquellas inteligencias tan poderosas entregadas á los excesos de la razon delirante prosternada ante un ejército de grotescos ídolos y obscenas deidades cuyas fiestas convirtieron á los romanos en un pueblo de ébrios, en una multitud de imágenes vivas de la locura humana en manos de todas las pasiones desenfrenadas puestas en posesion del corazon de hombres sin luz, sin temor, sin decoro, sin recordar siquiera los fueros de la dignidad personal y desoyendo los gritos de la conciencia, adormecida sí, pero nunca muerta.





CAPÍTULO V.

CONTINUACION.—COSTUMBRES ROMANAS.—POLÍTICA DE LOS EMPERADORES.

Un autor cuyo nombre no citaremos, pero que adivinarán todos nuestros lectores, sin distincion de clases, dijo en su tiempo aplicándolo á todas las épocas: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y orgullo de la vida.»

Es propio de las grandes verdades pertenecer á una universalidad, y ahora, como en los tiempos de la decadencia romana, como en las épocas venideras, tiene y tendrá aplicacion lo dicho por el autor arriba aludido.

El orgullo de la vida es, en todos los tiempos, el enemigo más acérrimo del verdadero progreso humano, de la misma manera que lo es la codicia y el sensualismo, vicios todos que, segun ya lo hemos insinuado, corroían la sociedad romana en sus más hondas raíces.

Hemos visto á grandes rasgos el estado social de Roma. Las reclamaciones de los esclavos precedieron á las de los plebeyos. La esclavitud, plaga social desarrollada en el Oriente, había sido importada á Roma por sus legionarios y fué extendiéndose por toda la Italia, y la Sicilia sobre todo estaba llena de esclavos.

La señal de la rebelion partió de los de Toromenio, quienes tomaron por gefe á Euno, á quien suponían dotado con el don de profecía. Los esclavos rebelados batieron sucesivamente á cuatro pretores, y, finalmente, se vió obligado el Senado á enviar un cónsul contra aquellos enemigos, y la toma de Toromenio y la captura de Euno en el año 133 pusieron fin á la peligrosa revolucion, que hubiera podido propagarse por toda Italia y comprometer á la misma Roma.

Luégo despues de terminada la guerra llamada de los esclavos, se siguieron los proyectos de los Gracos para favorecer á los plebeyos.

Este periodo de la historia romana, en sus relaciones con la civilizacion del pueblo del Lacio, es digno de serias meditaciones, porque cuanto más se profundiza en su estudio, más se descubre cuán vano es la mayor parte de las veces el paralelo que se intenta formar entre las dos civilizaciones, entre los dos pueblos que entran en los extremos de la comparacion. Las democracias modernas son enteramente distintas, completamente opuestas á la llamada plebe romana, y se han cometido no pocos errores—por no calificarlos más duramente—apoyándose en lecciones que no da la historia, en ejemplos que no ofrecen los hombres mentados por ella, calificados de comunistas, socialistas, ó siquiera republicanos, en el sentido que hoy se da equivocadamente á esta última palabra, á fin de alardear virtudes que no se poseen, y al objeto de presentarse ante las masas fascinadas y extraviadas con el escudo glorioso que les presta un nombre ilustre, cuyos hechos tergiversan, y cuyas intenciones falsean.

El nombre de los Gracos es uno de tantos con que los modernos patrioteros se escudan para embaucar al pueblo, atribuyéndoles intentos y hechos que jamas abrigaron ni realizaron ellos tan aristócratas en sus maneras como por su cuna, estudios é inclinaciones. Parten de un falso supuesto los que les atribuyen ideas comunistas, porque combatieron los excesos de la desigualdad y se opusieron al desarrollo del lujo que invadía monstruosamente la ciudad de Roma con el auxilio de las desproporciones de la opulencia. Se dirá quizas que las leyes agrarias fueron especialmente dictadas contra el desarrollo del lujo romano; pero no las dirigieron los Gracos contra el derecho de propiedad en el genuíno sentido de la palabra, sino contra las usurpaciones, contra la injusta desigualdad que deseaban reducir á sus más estrechos límites, y al objeto de formar mayor número de ciudadanos, reconstituyendo las propiedades en pequeña escala.

Todo el comunismo de los Gracos puede reducirse á las siguientes palabras que Tiberio, el mayor de ellos, dirigió á los ricos: «Ceded algo de vuestra riqueza si no quereis ver que algun día se os arrebata todo. Pues qué! las fieras tienen sus cuevas, y los que derraman su sangre por la Italia no poseen más que el aire que respiran. Sin techo donde abrigarse, sin habitacion fija, andan errantes con sus mujeres y sus hijos. Sus generales les engañan cuando les exhortan para que combatan por los templos de los dioses y por los sepulcros de sus padres. ¿Hay por ventura uno solo de entre tantos romanos que tenga un sepulcro, ni un hogar doméstico? Ellos no combaten ni mueren sino para alimentar el lujo y la opulencia de unos cuantos. Se les llama los dueños del mundo y no tienen propia ni una sola gleba de tierra.»

Hemos dicho que Italia se despoblaba: los habitantes libres se expatriaban y ocupaban su puesto esclavos bárbaros. Tiberio comprendió que debía cesar semejante estado de cosas, si Italia no debía convertirse en un desierto. Para redactar su ley tomó consejo de los ciudadanos más distinguidos por su reputacion y su virtud. El objeto de la ley era justo, y la misma ley en sí la más dulce y moderada que pudiese hacerse contra la injusticia y la avaricia más desenfrenada. Léjos de despojar á los ricos de las tierras señoriales que

habían usurpado, como se hubiera podido hacer sin faltar al derecho, se les privaba solamente de una pequeña parte, pagándoles ademas su precio, para distribuir á los ciudadanos pobres. ¿Hay aquí algo que sepa á comunismo?

Ademas, nunca se discutió en Roma, como actualmente se hace, áun entre los pueblos más civilizados, el derecho de propiedad; ni se intentó jamas atribuir á la propiedad individual el orígen ó la causa de todas las miserias, como se predica hoy por hoy entre los sectarios del comunismo en todos los pueblos más adelantados de Europa. Y ni siquiera pueden alegarse como prueba de lo que contradecimos nosotros las violencias más ó ménos pronunciadas, más ó ménos repetidas de los plebeyos, cuyo orígen fueron las más de las veces los escandalosos abusos de algun poder nada escrupuloso y ménos amigo de los miramientos y atenciones.

La antigua tradicion romana era la base sobre que descansaba la propiedad en pequeña escala, á la que iban unidos asimismo todos los recuerdos de su primitiva fuerza y esplendor, desde los tiempos de Numa que, al distribuir las tierras, las amojonó é hizo hereditarias.

Si queremos hallar ideas de comunismo en los pueblos antiguos, hemos de acudir á Grecia que las adquirió de los pueblos orientales; pero las encontraremos ya muy debilitadas en Aténas donde se reconoce la propiedad individual. La misma *República* de Platon no puede compararse sino muy remotamente y de un modo muy imperfecto con las ideas modernas acerca del comunismo. Platon admite la diferencia: los modernos quieren el nivel. Los antiguos admitían como un derecho la facultad del Estado de reglamentar y de reducir las desigualdades á cierto límite moderado.

Los Gracos, tan ensalzados ahora por las ideas comunistas que injustamente se les atribuyen, no llegaron jamas en sus mayores exigencias á los extremos de Manio Curio quien censuraba á los senadores, aunque fueran cónsules, que poseyeran más de veinticinco yugadas de tierra, llegando al punto de calificar de peligroso al ciudadano que no tuviera bastante con siete yugadas. Las leyes agrarias de los Gracos, que no alcanzaron de mucho esas exigencias, no debían tampoco aplicarse más que á las tierras conquistadas y que pasaban al dominio público.

De todos modos, hemos indicado ántes que Tiberio consultó sus proyectos á eminencias jurídicas, y recibieron su aprobacion de todos los hombres más notables que encerraba Roma. La jurisprudencia y la política aprobaban de consuno dichas leyes ante el temor de una aristocracia soberbia y amenazadora que podía convertirse en oligárquica con todos los defectos, vicios é inconvenientes que forman el cortejo de tan odiosa forma de gobierno.

Tiberio exigía solamente que nadie poseyera más de quinientas fanegas de tierras conquistadas, ni enviara á los pastos públicos más de cien cabezas de ganado ó más de quinientos carneros, y que cada uno tuviera en sus tierras cierto número de trabajadores de condicion libre. Quería ademas que los detentores de las tierras públicas guardaran doscientas cincuenta fanegas de tierra para cada uno de sus hijos varones y que se les abonara una indemnizacion para recompensarles los gastos útiles hechos por ellos en el fundo que se les quitare.

Para mayor claridad conviene tener presente que los romanos dividían las tierras confiscadas á los vencidos en dos partes, la una se vendía en provecho del Estado para indemnizar los gastos de la guerra, y la otra se arrendaba á los ciudadanos pobres por un cánon moderado: los senadores aumentaron progresivamente el precio de los arriendos á un grado que no pudiendo los pobres satisfacerlo, se vieron desposeídos y reducidos á una condicion más lamentable que la de los esclavos. La ley Licinia, á que hemos aludido ya, prevenía que cada patricio no pudiera poseer más de quinientas fanegas de tierra conquistada, y que lo sobrante fuera arrendado.

Precisamente lo que pedía Tiberio era la renovacion de esta ley agraria, cuyo objeto era una nueva reparticion de tierras, y atacar de esta manera el latifundismo en una de sus principales causas, cortando en su orígen las excesivas desigualdades tan funestas para las costumbres, así públicas como privadas, que tan decisiva influencia debían ejercer en la sociedad romana.

La prevision de Tiberio se comprende meditando en las cláusulas de su ley que tendían á extinguir con remedios radicales los vicios que corroían la familia romana. Con su ley quedaban reprimidos los excesos de opulencia

y se acudía al propio tiempo á remediar la miseria con una clase nueva, la de la pequeña propiedad, representada por la poblacion rural y la clase media. Las clases quedaban graduadas, digámoslo así, natural y sucesivamente, creándose distintas escalas sociales que hacían ménos sensibles y envidiables las diferencias de posicion y fortuna.

Despues de las reformas de Tiberio Graco deben llamar poderosamente nuestra atencion las más radicales aún de su hermano Cayo.

Sus dos primeras leyes tuvieron por objeto vengar la muerte de su hermano Tiberio; confirmó luégo la ley agraria y propuso diferentes leyes encaminadas á aumentar el poder del pueblo y disminuir el del Senado. Entre sus vastos designios, mucho más complexos que los de su hermano mayor, se propuso atacar de frente la miseria y el lujo, las dos plagas sociales que daban mucho que pensar á los verdaderos romanos.

Por una de las leyes de Cayo debían establecerse colonias, y las tierras señoriales debían repartirse á los ciudadanos pobres que se enviaban á ellas.

Enteramente entregado Cayo al servicio del pueblo, disminuyó el precio del trigo, y por una especie de ley de asistencia pública que de nada sirve cuando la caridad no le presta vida, dispuso por una ley que en épocas fijas se distribuyera trigo á los ciudadanos indigentes. Repartió ademas gran cantidad de dinero entre los ciudadanos pobres, y á fin de procurar trabajo á todos, mandó reparar los caminos antiguos, y abrir otros nuevos, y fué tambien el primero que marcó las distancias con las piedras miliarias, que tan buenos servicios prestan ahora á los anticuarios. Dispuso asimismo que los soldados fuesen vestidos á expensas del tesoro público, y que no pudiesen ser alistados hasta cumplir diez y siete años.

No se limitaba Cayo á las reformas de carácter meramente legislativo, sino que atendía á las sociales, á cuyo efecto, ademas del restablecimiento que hemos insinuado ya de varias colonias, dispuso la construccion de graneros públicos y otros trabajos de carácter nacional. Él mismo dirigía todas las empresas. Ante una actividad tan extraordinaria, el pueblo no se cansaba de admirarle; era afable para con todos; se le veía siempre rodeado de artis-

tas, empresarios, magistrados, embajadores, haciéndose todo para todos y para cada uno, adquiriendo de este modo una popularidad, que, si podía ser beneficiosa para el verdadero pueblo, debía ser perjudicial para él mismo, por las envidias que debía despertar y los odios á que debía dar orígen. El Senado le declaró odio á muerte.

Para pintar el cuadro del estado social de Roma en aquellos días, debemos acudir á la historia, quedando los muchos comentarios que podríamos hacer á cargo de los discretos lectores.

Para oponerse á los designios de Cayo con probabilidades de éxito era preciso quitarle la popularidad de que gozaba; pero como no quedaba más recurso que engañar al pueblo, debía aparentarse que se hacía por él algo más que no había hecho su predilecto Cayo. El pueblo, como siempre, se dejó engañar. El Senado compró á un tribuno que redactó varias leyes cuyo único objeto era sobrepujar á Cayo en complacencia á favor del pueblo, aunque no ofrecían ningun motivo útil. No bastaba esto aún; debía alejarse de Roma al ciudadano rodeado del aura popular, para que se entibiara así el afecto con la ausencia.

Cuando el Senado atacó la popularidad de Cayo, atacó de frente ese intrépido romano á aquel cuerpo de tiranuelos, despojóles por medio de una ley del derecho de juzgar los procesos, y lo trasladó á los caballeros.

Miéntras tanto se dió órden de reedificar á Cartago, y Graco fué encargado de esta comision. Esta era la verdadera asechanza que se le ponía para perderle. Durante su ausencia dieron sus enemigos rienda suelta á las calumnias más absurdas, hicieron cuanto pudieron para desacreditarle y sobornaron al pueblo por medio de concesiones y promesas.

Informado Cayo del peligro que le amenazaba, regresó á Roma, y pide un tercer tribuno, pero ya era tarde para conjurar ó detener la tormenta preparada contra él, pues sus enemigos se habían dado tan buena maña, que ni áun consiguió ser reelegido tribuno. Cayo era siempre, no obstante, un enemigo temible, y era preciso á todo trance desembarazarse de él.

El cónsul Opimio metido en la trama contra Graco se dispone á abolir muchas de sus leyes. En el día señalado para la discusion ocupan ambos

partidos el Capitolio. Uno de los lictores vendidos prorumpe en insultos contra Cayo, originándose de esto una pendencia en que fué muerto el lictor á pesar de la oposicion y resistencia de Cayo. El cónsul disuelve entónces la reunion y autoriza á los patricios y caballeros para que se presenten con armas. Al día siguiente el cadáver del lictor fué expuesto en la plaza pública, y varios senadores fueron á derramar sobre él lágrimas fingidas.

El pueblo no se conmovió, sin embargo, como el Senado había esperado, por lo que se recurrió entónces á los grandes y aparatosos medios: invitóse al cónsul á implorar por la salvacion de la república, los senadores recibieron órden de tomar las armas, y cada uno de los caballeros debía conducir dos hombres armados.

El partido de Cayo se preparó á la defensa, y dirigido por Julio ocupó el monte Aventino. Cayo al retirarse de la plaza se detuvo delante de la estátua de su padre, la contempló silencioso, y se alejó derramando lágrimas. Llegado el día decisivo, no quiso armarse, y salió á pesar de los ruegos de su esposa, llevando únicamente un puñal, porque estaba resuelto á morir con los suyos y no á manos de sus enemigos.

Por vez postrera, desde el monte Aventino, dirige Cayo sus proposiciones á Opimio, pero éste se resistió á todos los medios de conciliacion y contesta con sus soldados que ahuyentan á los que seguían á Fulvio, porque Opimio iba al frente de numerosa infantería. Sin embargo, la resistencia del pueblo fué tenaz. Opimio hizo publicar entónces una amnistía, y el ingrato é inconstante pueblo abandonó al instante á su defensor. Cayo quedó solo, rodeado de un corto número de amigos, que perecieron todos en un puente á fin de dejarle tiempo de huir. Cayo logró llegar á un bosque, y al verse solo con su esclavo le mandó que le quitara la vida. Fulvio y sus dos hijos perecieron con Cayo. Tres mil ciudadanos asesinados inhumanamente fueron arrojados al Tíber y sus bienes confiscados, prohibiéndose á sus viudas llevar luto, dictando este decreto bárbaro en nombre de la libertad, con cuya palabra se escudan los más atroces y repugnantes despotismos.

Así murió el último de los Gracos, cuya familia fué más ilustre por los virtuosos ciudadanos que había producido que todos los timbres de los patri-

cios. El periodo que abraza la existencia de la República romana ofrece pocas figuras más interesantes que las de los dos ilustres mártires de la libertad del pueblo romano y de las franquicias populares, admirables por sus virtudes, sublimes por su elocuencia, héroes por su valor, sencillos y humildes en medio de sus victorias, peleando siempre á favor de aquel pueblo que les había levantado en sus hombros, que convirtieron la tribuna romana en templo sagrado de las libertades de los ciudadanos y glorificaron con sus maravillosos ejemplos y su dichosa muerte la dignidad de defensores del pueblo, enalteciéndola por sobre de todas las honras y dignidades conocidas y por conocer.

El pueblo romano pagó, como suelen hacerlo todos los pueblos, los sacrificios, desvelos, desinteres y amor de los hermanos Cayos con la ingratitud mayor; pero su sangre cayó como una maldicion sobre la cabeza de los ilustres criminales llamados senadores, cuerpo privilegiado que necesitaba para su vida sacrificar la libertad del pueblo, como la necesitan todos los que con caracteres parecidos nos presenta la historia de todos los pueblos.

La ley agraria que Cayo había no solamente decretado, sino, en parte, hecho cumplir, sobrevivió poco despues de su muerte, porque no faltaron á los patricios los medios de eludirla. Quince años despues de la muerte del elocuente tribuno, ya no existían ni vestigios siquiera de la autoridad que él ejerció de una manera dictatorial, y que, segun hemos visto, había sabido desplegar dentro de la República todo el aparato de un poder casi monárquico.

Por lo demas, cuanto hemos dicho de lo llevado á cabo por Cayo acerca de la creacion de colonias para los ciudadanos de escasos bienes de fortuna, de la construccion de los graneros públicos, de las grandiosas construcciones de carreteras y puentes confiadas á los que carecían de trabajo, todo esto y mucho más no constituía la esencia ó el fondo de la ley agraria: no eran más que sus accesorios y de otras grandes medidas que él intentaba realizar en bien del pueblo romano.

Terminemos ese periodo en que tan importante papel representó la magnánima y desgraciada familia de los Gracos.

La reaccion es la vida y es una ley física y moral sujeta á prescripciones ineludibles.

Despues de la muerte de los Gracos, los gefes que el pueblo se había dado en su miseria habían sucumbido bajo los golpes de la aristocracia; los nobles triunfaban, y la faccion de los grandes era omnipotente, Su gefe Opimio erigió como por irrision un templo á la Concordia, al propio tiempo que proscribía á todos los partidarios de los Gracos. Las leyes de estos fueron abolidas, conservando por consiguiente los nobles sus tierras usurpadas y las prerogativas de los plebeyos. Por espacio de catorce años continuaron las proscripciones contra los hombres que llamaron nuevos, y por igual espacio de tiempo no permitieron alcanzar el consulado ni los cargos curules á ninguno que no fuese de los suyos.

Sin embargo, la revolucion sólo estaba paralizada, rehaciéndose, madurando sus planes y acechando una ocasion propicia.

Los Gracos habían querido hacer una revolucion legal. La sociedad romana estaba minada por un mal incurable, sobre todo desde la ruína de Cartago, y no era la oligarquía, por medio de concesiones inútiles é ilusorias, la que debía aplicar el remedio. Los nobles habían combatido por la violencia los proyectos pacíficos de los Gracos; por la violencia se hará tambien justicia el pueblo en los tiempos sucesivos. Los plebeyos, agobiados por la miseria, se arrojaron en los brazos del primer gefe que se presentó para vengarles de los nobles. De este gefe, llamado Mario, dijo un día el elocuente Mirabeau: «Cuando murió el último de los Gracos arrojó un puñado de tierra al cielo, y de aquel polvo nació Mario, el gran libertador del pueblo, ménos célebre por sus victorias que por su odio contra los grandes.»

* * *

La época inmediata á los Gracos es un borron para la cultura del pueblo romano. Oportunamente, y como de paso, diremos algo de las rivalidades

de Mario y Sila en sus relaciones con los grados de civilizacion del pueblo romano; pero, oigamos ántes á un poeta, quien nos caracterizará con sus inspiraciones la época que se nos presenta.

No importa que las sátiras del poeta, á quien aludimos, se resientan de las doctrinas estóicas á cuya escuela pertenecen: no por esto serán ménos vigorosas las estrofas que consultamos, para darnos cabal idea del estado social de Roma sujeta á muchos vicios.

« La virtud, dice, consiste en saber apreciar en su justo valor los negocios en que nos encontramos mezclados, las cosas en cuya interioridad vivimos: la virtud para el hombre consiste en distinguir lo que es recto, útil, lo que es honesto, lo bueno y lo malo, lo que es inútil, vergonzoso y deshonesto: la virtud consiste en poner límites y término á la necesidad de adquirir; la virtud consiste en pesar segun su verdadera medida el valor de las riquezas; la virtud consiste en honrar debidamente lo que debe honrarse, en ser el adversario público y el enemigo privado de lo malo, sean hombres ó costumbres, glorificar á estos, quererles bien, ser su amigo en vida; finalmente, poner en primera línea en su corazon las ventajas de la patria, en la segunda las de la familia y en la tercera y última las nuestras. »

El oro y los honores se han convertido para cada uno en señales de la virtud. Vales tanto y eres tenido en tanto cuanto tienes. »

Las virtudes quedan muy malparadas desde el momento que se las aquilata á peso de oro. ¡Ay de la sociedad que mide los grados de virtud de sus individuos por el peso de oro que poseen! Convengamos, empero, que nuestros tiempos no son mejores que los de Sila y Mario, mirados desde el prisma de la cantidad de oro que forma el haber de los ciudadanos contemporáneos nuestros. Si Yugurta dijo en su tiempo al salir de la ciudad de Roma: « Ciudad venal, muy pronto perecerías si hallases un comprador » podría en nuestra época encontrar tambien sin tomarse mucha molestia generales que le venderían la paz, como en su época, magistrados que le abrirían las puertas por donde librarse de las penas debidas á sus crímenes, y cuantos hombres necesitara para el logro de sus fines cualesquiera que fuesen.

El oro era el dueño universal de todo en la época que estudiamos. El

desprecio de las leyes formaba parte de la conducta de todos los ciudadanos romanos. Un ejemplo bastará por todos: si la ley prohibe comer gallinas cebadas, se la elude engordando solamente gallos.

Y ya que la pluma se nos ha ido á las comidas, sigamos al poeta, que nos dirá algo de la suntuosidad de los banquetes.

«No mas sillas de haya, dice el poeta satírico de aquellos tiempos, ni simples bancos de madera como antiguamente; el edredon los reemplaza con las alfombras cuidadosamente forradas. Los vencedores del mundo están sentados á la mesa, es decir, voluptuosamente estirados. Este se zampa un plato de ostras que cuestan mil sextercios al huésped; aquél se reserva para el pastel de volatería cebada; un tercero prefiere las ubres de una cerda que se mató luégo despues de haber parido; aquí hay uno que pide vino recien sacado de la cuba y al cual no hayan hecho perder nada de su primitivo sabor el sifon y el cojinillo de lino del repostero; allí hay otro que se ahoga hasta reventar con la salsa de siluro. Oid á este goloso: os explicará cómo el pez llamado lobo del Tíber es mucho más exquisito y vale doble cuando ha sido pescado entre los dos puentes, porque entónces se ha alimentado á lo largo de la orilla con las inmundicias que la ciudad arroja al rio. Pero qué fastidio! por la mañana es preciso dejar la mesa y el juego de dados; es preciso ir al Foro, al tribunal; es preciso oir los testigos, escuchar las defensas y fallar, llena todavía la cabeza de los recuerdos de esta noche..... »

Descansemos aquí un momento y continuemos la rápida revista de la historia contemporánea del poeta censor.

Á fuerza de intrigas y recriminaciones contra su general consiguió Mario formarse un partido entre los negociantes italianos, cuyo comercio quedaba arruinado con la guerra. Ademas, el partido democrático que se mantenía callado desde tanto tiempo ántes, recobraba finalmente algun valor. La vergüenza de que se había cubierto en África la nobleza, le había animado, y quería, como en otros tiempos, recobrar el consulado.

Indudablemente era Mario el hombre más distinguido por sus prendas personales, ya que no por su oscura cuna, de todo el partido; por consiguiente, los votos recayeron sobre él, y fué elegido cónsul.

Al momento tomó la guerra otro aspecto: Boco y Yugurta fueron vencidos en dos batallas, y éste fué entregado por aquél en poder de Sila que era cuestor de Mario. Este desenlace fué el fin de la guerra. Mario había señalado su primer consulado por una importante innovacion. Los magistrados hasta entónces no habían confiado las armas al populacho de Roma, que bajo el nombre de proletarios llenaba las últimas tribus y se libraba por su miseria de todos los cargos del Estado. Mario les alistó; y estos hombres que ántes de él no tenían para vivir más que las escasas y gratuitas distribuciones hechas por el Senado ó por los ricos patricios, tuvieron desde entónces un sueldo, y formaron toda la fuerza militar del Estado. No teniendo nada que les uniese á su patria, olvidaron muy pronto á Roma por el gefe que les conducía á la gloria y al botin. Desde entónces los ejércitos dejaron de pertenecer á la República.

Los graves sucesos de la época de Mario y Sila y la innegable influencia que ejercieron en las costumbres romanas son poderosa causa para que, á pesar nuestro, debamos presentar á grandes rasgos un resúmen histórico que aclare las ideas.

Los servicios que Mario había prestado á Roma eran extraordinarios. Vencedor de cimbros y teutones, con sus proezas había sido el libertador de la patria. Roma prodigó mil honores á su libertador. Mario recibió el sobrenombre de tercer Rómulo, y cada ciudadano romano hizo libaciones en su honor al tener noticia de su victoria. El reconocimiento de los romanos se fundaba no sólo en las victorias obtenidas por Mario contra los bárbaros del norte de la Germania caídos sobre Italia como un alud en busca de tierras y de más dulce clima, sino tambien en la derrota de Yugurta y en la reduccion de Numidia á provincia romana.

Mario fué el primer romano á quien la ciudad eterna demóstró su pública gratitud elevándole cinco veces al consulado en muy corto espacio de tiempo.

No obstante, todo, hasta la gloria, es transitorio en este mundo. Pasado el peligro, se enfriaron los ánimos, y, cuando Mario pidió el sexto consulado, halló viva oposicion de parte de la nobleza, y el Senado le opuso por competidor un personaje muy recomendable, Metelo.

Como era consiguiente, la oposicion contra Mario le aproximó á los gefes del partido popular, resultando de ahí un triunvirato, que terminó obteniendo Mario el sexto consulado. Su primera ley fué un decreto para que las tierras ocupadas por los bárbaros en el norte de Italia se distribuyesen á los plebeyos. Despues de algunas vicisitudes, no pudo Mario soportar el regreso de Metelo de su destierro, y, pretextando una mision del Senado, pasó al Asia, dejando á los nobles triunfantes otra vez y abandonando al pobre pueblo que tantos honores le había prodigado.

Así las cosas, debía necesariamente estallar la guerra social. Detras de los plebeyos estaban los italianos, quienes reclamaron á su vez los derechos que en justicia merecían despues de tanto tiempo que derramaban su sangre por Roma. Su miseria era de todo punto extrema. Al arrebatarles Roma su independencia, les había otorgado ciertos derechos con que hacer más llevadero su brusco cambio. Estos derechos les fueron respetados miéntras subsistieron los peligros, y hasta se les observaron puntualmente todos los tratados; pero luégo despues de la derrota del temible Aníbal, cuando las águilas romanas se cernían solas y poderosas sin rivales ni enemigos en el inmenso espacio que dominaban soberanamente, cuando Roma llegó á la cumbre de su poder, creyéronse los grandes superiores á las leyes, y viéronse cometer contra los italianos muchos actos de crueldad é injusticia.

Cansados de reclamar inútilmente, tomaron el partido de hacerse ciudadanos romanos introduciéndose furtivamente en la ciudad por medio de ventas simuladas; así, por ejemplo, un padre vendía á su hijo á un ciudadano romano con la condicion tácita de que le había de declarar libre: liberto ya, quedaba constituído en ciudadano romano por su misma calidad de liberto.

Expidiéronse varios decretos para evitar este fraude, pero descubierto ya, acudieron los italianos á las vías legales.

Conocemos ya cómo terminaron las pretensiones de los hermanos Gracos acerca de esta materia, pero el mismo Senador instrumento del Senado para acabar con la popularidad de Cayo Graco, con el intento de conciliar todos los intereses y ambiciones, propuso á su vez la creacion de colonias

con el objeto de acallar al pueblo; la entrada en el Senado de trescientos caballeros para acabar con las pretensiones de esta clase; la devolucion al Senado de las atribuciones judiciales, y, finalmente, la concesion á los italianos de los derechos de ciudadanos romanos.

El pueblo aceptó contento todas estas leyes, á pesar de la viva oposicion de parte de los caballeros y de los cónsules. Sólo empleando la violencia consiguió el tribuno su objeto, pero los aliados que le habían prestado su auxilio, le comprometieron á su vez, pidiendo asimismo el derecho de ciudadanía.

Druso, instrumento, como ya hemos dicho, del Senado, pereció algun tiempo despues á los golpes de un puñal asesino. Las sospechas de su alevoso asesinato recayeron sobre los cónsules. Cuando murió Druso, había llegado la discordia á su apogeo en Italia y era inminente un levantamiento general. Los caballeros vencían en Roma; pero viendo los italianos que tenían perdida su única proteccion, alzaron el estandarte de la revolucion.

Así comenzó la guerra social dirigida por Pompedio Sido, hábil político y valiente guerrero, gefe y alma de la empresa ejecutada con órden y prontitud y formado el plan de una república itálica parecida enteramente á la de Roma.

Dos años duró la guerra, pero continuó aún por mucho tiempo despues de la muerte de Pompedio, ni se apagó enteramente hasta la dictadura de Sila. Roma empleó en esta lucha todos sus recursos y multiplicó sus ejércitos y generales, saliendo al fin vencedora, sin abusar de la victoria, pues obrando con una habilidad política que le honra, iba concediendo el derecho de ciudadanía á medida que se sometían las ciudades; de manera que, al terminarse la guerra, gozaban de este privilegio casi todos los pueblos. Sin embargo, como Roma era esencialmente política tanto como guerrera, para hacer inútil este derecho, en vez de incorporar á los nuevos ciudadanos en las treinta y cinco tribus existentes ya, y en las cuales por su crecido número, podían dar la ley, se crearon otras ocho tribus que daban su voto al último, y de este modo no tenían ninguna influencia política.

Todas estas precauciones, adoptadas por el Senado, fueron finalmente inútiles, porque el derecho concedido á los italianos acabó por romper el equilibrio de la constitucion. El populacho, que era ya muy numeroso, vióse aumentado por muchísimos italianos, y á partir de entónces, los demagogos, polilla de todos los partidos, y los tribunos del pueblo hallaron más facilidades para reclutar satélites que apoyasen sus pretensiones, con sus violencias y otros medios reprobados.

La rivalidad de Mario y Sila tuvo entónces ocasion de manifestarse. La conducta de Mario, durante la guerra social, no se había presentado definida. Sila, al contrario, se había creado mayor reputacion por sus victorias, y Roma le honró con el consulado. Mario, empero, ambicionaba algo más que todo esto, pues aspiraba á que se le encargara la guerra contra Mitrídates, é hizo cuanto pudo para estorbar un nombramiento que ambicionaba para sí.

Deseamos terminar la relacion de las miserables rivalidades de Sila y Mario para dedicar el espacio de que disponemos á la pintura de la civilizacion de aquella época en la ciudad de Roma; en su consecuencia, consignemos que, despues de varias alternativas de la fortuna, fué Mario nombrado cónsul por la séptima vez, sin que le tranquilizara empero este nuevo triunfo, porque no podía soportar con paciencia la fama de las victorias de Sila. Fuera de sí, y con objeto de distraerse, se entregó á toda clase de excesos, gastando su cuerpo de tal manera, que murió por no haber podido resistir á tantos desórdenes.

Miéntras tanto Sila vencía á Mitrídates y con las victorias de Queronea y Orcomena le arrebataba la Grecia y el Asia Menor; pero al propio tiempo que Sila combatía tan ventajosamente por la salvacion de la República, el partido democrático le proscribía en Roma. Cuando en esta ciudad se tuvo noticia de la aproximacion de Sila, quien había cuidado de halagar á sus soldados por medio de dones á fin de tenerlos preparados para la guerra civil, los gefes del partido democrático reunieron todas sus fuerzas; pero Sila entró victorioso en Roma, dueño de esta ciudad y de la República despues de ganada una batalla librada á las puertas de la ciudad eterna. El rencoroso

Sila inauguró su entrada en la capital con la matanza de más de seis mil prisioneros en el Campo de Marte.

Esta matanza fué la señal de las proscripciones generales y diarias; pero no sólo recayeron las sentencias sobre los partidarios de Mario, sino tambien sobre cualquiera que tuviese algo que perder, porque Sila debía recompensar á sus numerosos servidores. Fijáronse listas de proscripcion en el Foro, y sólo cuando Sila estuvo saciado de sangre dictó leyes. Por de pronto, se hizo nombrar dictador con derecho de vida y muerte, de confiscar los bienes, partir las tierras, edificar y destruir ciudades y quitar y dar á su voluntad los reinos. Devolvió el poder judicial al Senado á fin de concentrar todo el poder en sus manos, quitó al pueblo la eleccion de los pontífices, y disminuyó las fuerzas del populacho quitando á los latinos el derecho de ciudadanía.

Cubrió toda la Italia de colonias de sus veteranos, para que los italianos sintieran tambien los efectos de su ira; repartió la península entre veinte y tres legiones; promulgó varios reglamentos para castigar los delitos y afianzar la seguridad de los ciudadanos, creó tribunales nuevos y aumentó el número de los pretores. Vendía en subasta, dice Plutarco, los bienes que había confiscado. Cortesanos, músicos, farsantes y libertados recibían países enteros, ó todas las rentas de una ciudad. Llegó hasta quitar las esposas á sus maridos y hacerlas desposar mal de su grado con otros, segun los intereses de su política. Señor absoluto del Estado, no sufría otra ambicion que la que quería permitir. Lucrecio Ofella, vencedor del jóven Mario, aspiró al consulado: Sila le prohibió esta pretension. Ofella no quiso desistir, y Sila mandó á un centurion que le diese muerte en el mismo Foro: el pueblo presentó al centurion ante el tribunal de Sila, pero éste respondió que había obrado por órden suya.

Despues de tantos asesinatos, Sila menospreció bastante á los romanos para hacer dimision de la dictadura y quedar confundido entre la multitud de los ciudadanos, sin escolta y sin lictores, pero escudado por el terror invisible de que estaba rodeado el hombre que había hecho inscribir en las listas de proscripcion los nombres de cuatro mil setecientos romanos, y que

había cubierto la Italia de sangre y ruínas, vivió aún así dos años, poderoso en su retiro, que manchó con vergonzosos excesos y con una muerte horrible.

* * *

Las proscripciones de Sila, escritas con caracteres de sangre humana revelan profunda perturbacion social.

El primer día de la fijacion de las listas, un ciudadano que había permanecido ageno á todas las banderías políticas, miró, al pasar, la lista fatal, y encontró en ella su nombre, exclamando al leerlo: «¡Mi casa de Alba es la que me mata!» y fué asesinado á dos pasos de allí. ¡Cuántos proscritos, con igual exactitud, podrían exclamar lo mismo!

Se confiscaban y vendían en pública almoneda los bienes de los proscritos, y hubo pueblos, especialmente en Italia, que fueron proscritos en masa.

La mayor parte de las más florecientes ciudades italianas fueron vendidas poco ménos que en pública almoneda. Se proscribía y mataba por codicia; las cabezas de los proscritos estaban tasadas hasta en dos talentos. Buena prueba de que el móvil de algunas de esas matanzas era el deseo de procurarse goces refinados, es que uno muere por sus vasos de Corinto y Delos, por sus preciosas telas, estátuas y cuadros; otro por sus jardines; aquél por su palacio; éste por sus baños enlosados de mármol.

El mismo Sila nos ofrece una prueba concluyente del principal móvil de sus decretos de proscripcion, que denota hasta la evidencia el ínfimo grado á que había descendido el sentido moral de aquella sociedad romana carcomida de vicios repugnantes y hediondos.

Sila saqueó y robó mucho, pero no como los antecesores suyos en el mando de las legiones romanas, para llenar las arcas del Tesoro romano ó para presentar ofrendas á los dioses, sino para su propia codicia y satisfaccion personal. Cuando saquea el templo de Delfos se mofa del dios y adorna sus habitaciones con los objetos del culto, y con las riquezas robadas á las



HÉRCULES DE LISIPO

había cubierto la Italia de sangre y ruinas, vivió aún así dos años, poderoso en su seno, que manchó con vergonzosos excesos y con una muerte horrible.

* * *

Las proscripciones de Sila, escritas con caracteres de sangre humana revelan profunda perturbacion social.

El primer día de la fijacion de las listas, un ciudadano que había permanecido ageno á todas las banderías políticas, miró, al pasar, la lista fatal, y encontró en ella su nombre, exclamando al leerlo: «¡Mi casa de Alba es la que me mata!» y fué asesinado á dos pasos de allí. ¡Cuántos proscritos, con igual exactitud, podrían exclamar lo mismo!

Se confiscaban y vendían en pública almoneda los bienes de los proscritos, y hubo pueblos, especialmente en Italia, que fueron proscritos en masa.

La mayor parte de las más florecientes ciudades italianas fueron vendidas poco ménos que en pública almoneda. Se proscribía y mataba por codicia; las cabezas de los proscritos estaban tasadas hasta en dos talentos. Buena prueba de que el móvil de algunas de esas matanzas era el deseo de procurarse goces refinados, es que uno muere por sus vasos de Corinto y Delos, por sus preciosas telas, estátuas y cuadros; otro por sus jardines; aquél por su palacio; éste por sus baños enlosados de mármol.

El mismo Sila nos ofrece una prueba concluyente del principal móvil de sus decretos de proscripcion, que denota hasta la evidencia el ínfimo grado á que había descendido el sentido moral de aquella sociedad romana carcomida de vicios repugnantes y hediondos.

Sila saqueó y robó mucho, pero no como los antecesores suyos en el mando de las legiones romanas, para llenar las arcas del Tesoro romano ó para presentar ofrendas á los dioses, sino para su propia codicia y satisfaccion personal. Cuando saquea el templo de Delfos se mofa del dios y adorna sus habitaciones con los objetos del culto, y con las riquezas robadas á las



HÉRCULES DE LISIPO.

ciudades conquistadas llena sus casas particulares que no pueden contener tantos montones de oro, pero que derrocha en orgías nocturnas acompañado de cómicas é histriones de la más basta estofa. Su prodigalidad, costeada por los pobres pueblos saqueados, llegó al extremo de que durante varios días se arrojaran al Tíber inmensas cantidades de carnes, y se bebieran variedades de vinos exquisitos y finos de más de cuarenta años de fecha.

Y no se crea que el fasto y prodigalidad del dictador se manifestara solamente en público. Su casa tenía todas las apariencias de los ricos y suntuosos templos griegos que él había saqueado, trasladando todas sus riquezas á sus habitaciones particulares, donde se admiraba entre otras estátuas, la célebre de Hércules, de Lisipo, hecha en bronce, en la que estaba representado Hércules sentado sobre una roca, cubierto con la piel del leon de Nemea, con la clava en una mano y una copa en la otra. La posesion de esta estátua era inapreciable por los recuerdos históricos que le estaban unidos. Lisipo la había dado á Alejandro, que profesaba mucha devocion á su Hércules; más adelante cayó en poder de Aníbal, muy apasionado á los bronces, y cuya coleccion, despues de su muerte, había pasado á manos del rey Prusias de Bitinia.

Á pesar de sus muchos defectos, estaba dominado Sila por la aficion á los excelentes libros y á los manuscritos raros, y había tenido la fortuna de apoderarse de gran parte de la biblioteca de Aristóteles, de muchos manuscritos del gran filósofo, que enseñaba con orgullo, robados á Apellicon de Teos cuando la toma de Atenas.

¡Raro contraste! este hombre pródigo, fastuoso y derrochador; este hombre cuyas suntuosas y espléndidas comidas no había aún igualado nadie, dictó medidas contra el lujo de las mesas y promulgó leyes destinadas á hacer revivir la primitiva sencillez romana, intentando resucitar las buenas costumbres y la santidad de la familia. No seremos nosotros quienes le censuremos sus nobles aspiraciones: sean cuales fueren las cualidades personales de un individuo, deben aplaudirse siempre las medidas que dicte, ó los esfuerzos que haga para la mejora de sus semejantes, aunque particularmente considerado no sea él un ejemplo práctico de la mejor moralidad. Cier-

to que el ejemplo es más elocuente que los discursos ó las disposiciones escritas, pero no deben los vicios de un hombre retraer de la práctica de lo bueno que predique, por más que esté en discordancia su predicacion con sus obras.

La conducta de Sila tuvo imitadores entre los cuales descuellan en primer término L. Licinio Lúculo, célebre por sus proezas militares, pero más célebre aún por su lujo y magnificencia, que eclipsó á todos sus antecesores y contemporáneos.

La civilizacion respira un momento, por decirlo así, ante la figura de Lúculo. La inmoralidad de Sila fatiga al que sigue su carrera disipada que no logra paliar su aficion á los libros y á las artes plásticas; pero la elegancia y buen gusto de Lúculo se nos presentan como un oásis en medio de un desierto, para reponernos del cansancio del viaje.

Lúculo se parece en un todo á los Escipiones por su inteligencia, su pasion por las letras y las artes, por su increíble esplendidez y hasta por su brillante historia militar.

Antes de ver á Lúculo espléndido en su retiro, es indispensable verle en los campos de batalla, y no debemos ignorar por qué, despreciando los laureles, vive como un filósofo solitario entregado á los placeres de las letras y de la mesa.

Al nombrarle cónsul los romanos, le encomendaron al mismo tiempo la continuacion de la guerra contra Mitrídates, comenzando aquella campaña por libertar á su colega Cotta, que se hallaba sitiado en Calcedonia. Llevada la lucha á las márgenes del Gránico, derrotó á todos los tenientes de Mitrídates, conquistó luégo toda la Bitinia y deshizo la escuadra enemiga en las costas de Troya, acabando por arrojarla á pique en Lemnos. Atemorizado Mitrídates con tantas pérdidas consecutivas, abandonó el terreno retirándose á sus estados; pero Lúculo, sin dejarle tiempo de reponerse, le persiguió y le venció en diferentes encuentros, obligándole á refugiarse en la Armenia y pedir auxilio á su suegro Tigranes, rey de aquel país. Sabedor de esto el general romano, escogió quince mil infantes entre los de su ejército, puso sitio á Trigonocerte, y, con el resto de sus tropas, ataca á Tigranes que se

hallaba acampado en la orilla opuesta del Tígris, alcanzando sobre él una completa victoria.

Plutarco, que cuenta á Lúculo entre sus *hombres ilustres*, dice que en esta batalla perecieron más de cien mil armenios, y que los romanos tuvieron solamente cinco muertos y cien heridos, y aunque esto parece á primera vista increíble, es lo cierto que la plaza de Triganocerte tuvo que rendirse, y que poco despues se apoderó Lúculo de Nisibe.

La rigidez que había establecido Lúculo en la disciplina de sus tropas le había creado muchos enemigos, y estos, aunque orgullosos con las victorias de su general, se quejaron agriamente al Senado romano de que no les dejaba descansar ni áun durante el invierno. Por desgracia, la derrota que sufrió su teniente Triario vino á dar nuevo incremento y fuerza á esta acusacion, y el Senado, sin oirle, le destituyó del mando, encargando la conclusion de la conquista del Asia á Pompeyo. Regresó Lúculo á Roma al frente de mil quinientos veteranos que no quisieron abandonarle, recibiéndole el pueblo, por quien tanto había hecho, con suma indiferencia, y poco faltó para que se le negaran los honores del triunfo.

Desengañado entónces el vencedor de Mitrídates de cuán efímero y pasajero es el favor popular, se retiró enteramente de los negocios públicos, sin mezclarse en adelante en ninguna de las conmociones políticas que estallaron á la sazon, en las que, á no dudarlo, hubiera podido representar un papel muy principal, si hubiese sido ambicioso.

Dedicado desde entónces al cultivo de las letras y á los placeres de la amistad, sólo se ocupó en proporcionarse todas las comodidades de la vida, dando comienzo al periodo de ostentoso lujo que le conquistó un puesto preferente en el templo de la fama de los hombres más pródigos.

Tenía en su palacio una magnífica biblioteca al servicio de las personas instruídas, y un museo compuesto de las mejores obras de pintura y escultura, siendo al propio tiempo su casa el centro de reunion de todos los griegos residentes en Roma que acudían allí para discutir acerca del arte y de la filosofía, en cuyas sabias discusiones tomaba no pequeña parte el ilustre vencedor de Mitrídates.

Grande y vasto Lúculo en sus ideas y no satisfecho con el culto que rendía á la ciencia y á la literatura, marcando así una brillante época en la civilizacion romana, empleó sus inmensas riquezas en empresas colosales, no deteniéndose ante ningun obstáculo, y casi complaciéndose en vencer dificultades é imposibles, como lo acreditan las obras que mandó hacer en la orilla del mar, cerca de Nápoles, los vastísimos túneles, los espaciosos estanques cuya pesca se evaluó, al tiempo de su muerte, en cuatro millones de sextercios, y casas de recreo flotantes en el mar, que áun actualmente serían la admiracion en esta época de adelantos y empresas atrevidas y costosas.

Su mesa ha sido siempre citada como modelo de profusion y elegancia, encontrándose en ella diariamente manjares tan delicados y raros, que sólo podían proporcionarse á costa de grandes y fabulosas sumas. Desde la puerta de su palacio sólo se aspiraban los perfumes más exquisitos del Asia, y los muebles que en él había eran de extraordinaria magnificencia. Durante sus comidas, á las que le acompañaban diariamente gran número de amigos, recreaba sus oídos una orquesta escogida, intermediada con la lectura de los mejores escritos de los autores griegos.

Como si en la otra vida hubiese querido Lúculo continuar la série de goces de este mundo, dispuso que se depositaran sus cenizas en su casa de campo de Túsculo, en medio del jardin adornado de las flores y plantas más preciosas y odoríferas, cuya voluntad cumplieron sus parientes á pesar de los deseos del pueblo romano que quería enterrarle en el Campo de Marte.

El observador atento descubrirá en las conductas de Sila y Lúculo y de otros muchos romanos que se podrían citar, la influencia de las civilizaciones orientales en contacto con la rudeza romana. Los manjares y los vinos de las mesas de esos opulentos afortunados proceden del Oriente y de la Grecia, aumentando así lo que Italia podía ofrecer. Sus vastos salones, con distinto nombre cada uno de ellos, llevan en él su tipo del precio de las comidas dadas en los mismos, aunque su dueño deba estar solo á la mesa. El opulento romano tiene distintas casas de recreo apropiadas á las diversas estaciones del año; sus camas son de púrpura, sus vajillas están adornadas de pedrería y sus comidas ordinarias cuestan muchos miles de pesetas.

No extrañen nuestros lectores que hablemos con cierta complacencia de ese ilustre romano; porque, al ver con el corazon henchido de amargura la asquerosa senda por la que corre el pueblo romano á su inevitable decadencia, siente uno incomprensible simpatía por un hombre amigo y conocedor de las diversas escuelas filosóficas, amante de las letras y artes que brilla como esplendoroso astro entre la universal depravacion de costumbres, entre aquella atmósfera de sangre en que se revolvía como ébria aquella sociedad gangrenada por los más asquerosos vicios y soez embrutecimiento.

Continuemos, empero, nuestro estudio, sin que nos detenga la repugnancia de lo que se nos presente, que no sería buen médico el que apartara la vista con asco de un cáncer que debiera examinar.

Como en un bosque frondoso atrae las miradas del viajero un árbol gigante de la vegetacion cuya copa domina con arrogancia sobre los demas, así en la Roma de las inmensas riquezas descuella un coloso que ha sabido distinguirse de entre los otros por los variados medios adoptados para ser el rey de los acaudalados y opulentos.

Al lujo romano supo añadir Craso nuevos elementos que le dan un puesto distinguido en la historia de la decadencia romana. Con sus inmensas riquezas supo Craso comprar las conciencias de los romanos que necesitaba para sus planes. Sus liberalidades públicas, encaminadas á este objeto, han adquirido celebridad en la historia. Antes de emprender la guerra contra los partos, á pesar de no tener ningun motivo ni siquiera pretexto disculpable, dió un banquete á todo el pueblo de Roma; á cada ciudadano trigo para mantenerse tres meses, y todavía le quedó un capital equivalente á más de treinta y tres millones de pesetas que luégo aumentó con sus saqueos en Oriente, porque ademas de ser Craso un hábil especulador, era tambien un descarado ladron al por mayor, si se nos pasa la frase.

Que era Craso un hábil especulador, sobre todo con relacion á la época en que vivió, lo prueba su negocio con los incendios que ocurrían frecuentemente en Roma. Disponía de un cuerpo de bomberos, que diríamos ahora, pronto á acudir á la extincion de un fuego, y á reparar y reconstruir los edificios incendiados. Sus esclavos, que eran en gran número, estaban de-

dicados á distintos oficios que ejercían con gran beneficio de su amo.

Roma se precipitaba á gran velocidad, como diríamos ahora, por la pendiente de su decadencia con esas inmensas fortunas que, dando convites al populacho, segun cundió la moda entre los potentados, suministraban ejércitos de asesinos á los revolucionarios ó agitadores, pudiendo disponer de ellos á su antojo cuando se presentaba la oportunidad.

Pero como no todos los mimados de la fortuna debían llevar su generosidad al extremo de gastar sin esperanza de lucro ó provecho, se originó de ahí la era de las grandes construcciones en las que, si se gastaban capitales, servían á lo ménos de alguna utilidad inmediata á sus dueños, al propio tiempo que conseguían captarse la gratitud de los operarios y la admiracion de todos sus conciudadanos.

Plinio nos ha dejado la magnífica descripcion del palacio que Escauro habitaba en Roma, y habla con indignacion del teatro que para su recreo mandó construir no ménos que de su propio dueño, yerno de Sila, á quien acusa de haber maleado las costumbres romanas más que su propio suegro á quien debía la inmensa fortuna que tanta celebridad le ha dado.

Nuestros lectores nos agradecerán la descripcion brevísima de aquel teatro, con lo que se formarán una idea aproximada del inconcebible lujo desplegado en aquellos tiempos en Roma. ¿Hay ahora algo comparable con la riqueza, profusion y lujo de ese teatro? Veámoslo.

Segun Plinio, el colosal teatro de Escauro constaba de tres pisos, sostenidos por trescientas sesenta columnas. El primer piso era de mármol, el segundo de cristal, género de lujo, dice el autor romano, cuyo ejemplo no se ha vuelto á ver, y el último piso era de madera dorada. Las columnas de la clase inferior medían treinta y ocho piés. Las estátuas de bronce, colocadas en los intercolumnios, llegaban al elevado número de tres mil. El anfiteatro podía contener ochenta mil espectadores. Las decoraciones, cuadros y demas accesorios del teatro se elevaban á cantidades enormes.

Sería interminable la lista que podría formarse de estas y parecidas construcciones en Roma, en la época á que nos referimos, y que nos darían excelentes pruebas del estado de la civilizacion romana en aquella sociedad

dada ya á los más refinados goces de la mesa, de la disipacion y del lujo, pues si bien no todos los romanos hacían lo que Lúculo, Craso, Escauro y otros por el estilo, les imitaban todos, no obstante, lo mejor que podían, prevaleciendo entre todos las mismas costumbres y en especial entre los que representaban los grandes capitales.

Lo invertido en banquetes nos ha dado ideas aproximadas de algunas fortunas: el precio de las casas nos pondrá al tanto de la riqueza de otros. Clodio tenía una casa cuyo valor en venta fué de dos millones doscientas cincuenta mil pesetas, y las deudas contraídas por ese mismo potentado ascendieron á diez y ocho millones de pesetas; de manera que calculando la riqueza por el importe de la deuda, asombra lo que debió poseer un hombre que pudo contraerlas tan inmensas.

* * *

Entrados ya en el terreno de las interioridades de la familia romana, debemos dedicar párrafo aparte á lo que se lo han dedicado, y muy especial, cuantos han tratado del lujo romano, ó siquiera de las aficiones predominantes en aquella sociedad tan refinada en goces y comodidades de la vida. Aludimos á los viveros y pajareras.

Podremos formarnos aproximada idea del gusto y extraordinario desarrollo que habrían los viveros adquirido entre los romanos, sabiendo que Lúculo, que perforó montañas y abrió canales al rededor de sus quintas, para hacer entrar en ellas el agua del mar y abrir vastos estanques para los peces de mayores dimensiones, mereció del orador Hortensio el despreciativo epiteto de mediano piscinero, siendo así que aún actualmente se ven los restos de su soberbia piscina cerca de Miseno.

La civilizacion recuerda horrorizada la aficion que los romanos tenían por los viveros, porque se registran hechos de la más inaudita y repugnante barbarie, inconcebibles entre seres humanos.

El opulento romano que deseaba murenas sabrosas y delicadas, las alimentaba con esclavos que les arrojaba por el motivo más baladí, por haber roto una copa, por ejemplo, al retirarla de la mesa. ¡Qué amarga tristeza se apodera del ánimo al recordar esas aberraciones humanas!

Era tanto el apego que les tenían los romanos á las murenas de sus viveros, que las cargaban de joyas y collares como á una mujer querida.

Y aquí nos agradecerán, de seguro, nuestros lectores un recuerdo oportuno. Cuando los partos cayeron sobre el ejército del hijo de Craso, y despues de haber causado en él una horrorosa carnicería en la que pereció el hijo de dicho Craso, enviando á éste la cabeza de aquél clavada en la punta de una lanza, dando el padre una prueba de superioridad á las debilidades humanas, consolando á los soldados, dijo al recibir el fatal presente: «que la pérdida de un hijo era sólo trascendental para él, y que habiéndose salvado las legiones, no había sucedido ninguna calamidad al ejército romano por la muerte de un soldado.» Pues bien, este hombre—no queremos llamarle padre—que supo por otro hombre sobreponerse á la naturaleza humana, lloró públicamente y vistió luto, como hubiera podido hacerlo por una hija querida en extremo, por habérsele muerto una de sus murenas, y contestaba á las reconvenciones que por esto se le hacían en el Senado, diciendo que se envanecía de su dolor, como prueba de exquisita sensibilidad.

¡Pobre civilizacion romana! ¿Qué podía esperar la sociedad de unos hombres que sabían reprimir su dolor y cegar el arroyo que la naturaleza abrió á las lágrimas, ante la muerte de un sér humano, y el triste espectáculo de su cabeza ensangrentada, para darle rienda suelta á aquél y dejar correr abundantemente éstas al saber la muerte de un insignificante pez de entre una multitud de su misma especie? ¿Nos asombrará ahora que Calígula—al fin y al cabo emperador y tirano—intentara hacer nombrar cónsul á su caballo?

Y no eran las murenas solamente las reinas de las piscinas en Roma. Plinio nos dice: «Antes habríais conseguido de Hortensio un coche con su tronco de mulos que habría sacado de sus caballerizas, que un sargo ó un barbo de su piscina.»

La dignidad humana se siente, más que humillada, confundida y llena de ira, al recordar los contrastes de los ricos romanos en su conducta para con sus peces y pájaros y los esclavos sujetos á su dominio.

« Hortensio, continúa Plinio, cuidaba más á sus peces que á sus esclavos cuando estaban enfermos, y suspiraba ménos, en dicho caso, viendo á uno de sus servidores beber agua demasiado fría, que al ver á uno de sus peces enfermos tragándose una bebida tan peligrosa..... Le dominaba tan fuerte pasion por sus viveros de Bayas, que permitió á su arquitecto gastar su fortuna, con tal que le construyera una galería subterránea desde sus viveros hasta el mar, cerrándola con una compuerta que permitiera á la marea entrar y salir de allí dos veces al día, y renovar de esta manera el agua de sus piscinas. »

Vemos, con lo que llevamos expuesto, la sensualidad llevada al último extremo. La reina del mundo aparece entregada á las pasiones más innobles. La plebe debía mirar con celos y honda envidia tanto bienestar y tal cúmulo de comodidades, desde el momento que entrara en comparaciones que debían sublevarle desesperadamente.

Y así fué, en efecto. Vióse desaparecer insensiblemente la feliz armonía que hasta entónces había reinado entre las diferentes clases de ciudadanos. No había crímen que pareciera vergonzoso con tal que sirviera para adquirir riquezas. Las vejaciones de los delegados del poder mataban la agricultura y la industria. El pueblo se resistía á la obediencia, el oro lo dominaba todo y hasta las conciencias cedían á su misteriosa virtud. Los pobres y los desvalidos eran los únicos que debían temer ante los tribunales, pero los criminales opulentos quedaban siempre impunes, protegidos por sus montones de oro. Multiplicábanse cada día los asesinatos; pero era tan temido el poder de los criminales que nadie se atrevía á delatar, ni á investigar quiénes eran los autores de los asesinatos, aunque las víctimas fueran tan ilustres como Escipion, el vencedor de Numancia, el héroe de la tercera guerra púnica. Entónces se introdujo en Roma la mala costumbre de llevar puñales escondidos debajo de los vestidos, porque la ciudad que se había señoreado del mundo, desvanecida por el vapor de la sangre de los pueblos, se entregaba al bárbaro placer de destrozarse á sí propia.

Roma conservará mucho tiempo este triste aspecto que no cambiará jamas, y que será aún mucho más ofensivo en la época de los emperadores, segun lo veremos á su debido tiempo, porque si ahora el oro de los grandes y opulentos los libra de la muerte y de la accion de los tribunales, en los tiempos de Neron caerá el hacha imperial sobre los grandes y ricos solamente, porque el pueblo, entregado á sus chanzas y groserías, se divertirá continuamente con las crueldades de Neron que echará de ménos despues de muerto el tirano.

Pero reservando esto para su oportunidad, continuemos dando cuenta de las locuras romanas manifestadas despues de los viveros ó piscinas, en las pajareras, manjares exquisitos y otros refinamientos no ménos dignos de mencion y estudio para seguir el camino progresivo ó de retroceso de la civilizacion romana.

La crueldad para con las aves era un recurso á que apelaban los romanos para satisfacer su gula. Medítense los procedimientos y júzguese imparcialmente lo qué podía esperarse de una sociedad tan materializada y endurecida, á fin de darse mayor refinamiento de goces. Para cebar las codornices les quitaban los ojos. Cortaban las piernas á los pichones para engordarlos, dejábanlos así en los nidos y daban abundante alimento á los padres como á sus pequeñuelos. Un par de palomos de cría vendíanse comunmente á doscientos sextercios, si reunían las cualidades de buen color y pertenecían á buena casta; y si eran de clase excelente, llegaban á venderse á mil sextercios. Era tan importante el comercio de palomos en Roma que producía el cincuenta por ciento de beneficio, llegando algunos á poseer por cien mil sextercios de valor en dichas aves.

Estos datos que podríamos aumentar con otros muchos análogos, porque Varron los proporciona abundantes, prueban hasta la evidencia la demanda que habría en Roma de peces y aves para satisfacer la gula de aquellos habitantes, y el subido precio que obtenían acredita la decision que para satisfacer sus aficiones tenían los romanos, al propio tiempo lo desarrollada que estaría su vanidad para proporcionarse gastos tan costosos. Prueba ademas todo esto la existencia de inmensas fortunas y el afan de

exhibirlas, ya que se entregaban á gastos que rayaban en locura. Porque ¿quién no se aturde y escandaliza ante los precios enormes que se pagaban por los sitios donde se criaban los peces, las aves y la caza? Uno solo de los propietarios de Roma sacaba tres millones trescientas mil pesetas de producto de los muchos edificios que poseía alrededor de sus viveros y gastaba esta espantosa cantidad en alimento para sus peces, y á causa de la inmensa multitud de ellos que había en sus viveros sacó diez millones de pesetas de su quinta.

Quizas se nos objete que estas fabulosas cantidades no eran improductivas, y que bien hacían los opulentos romanos en dedicarse á ese comercio lucrativo. No lo negamos, pero no está aquí lo esencial de la cuestion. Para nosotros basta consignar el hecho, sin censurarlo ni aplaudirlo, para dejar demostrado el progreso de la decadencia romana, ya que su sociedad atendía con tanto esmero y ruinoso gasto á la satisfaccion del paladar. Los romanos sabían prescindir ya de las cuestiones guerreras para entregarse totalmente á las afeminaciones de la gastronomía, que nunca fué el distintivo de los temples varoniles y de las almas noblemente privilegiadas.

El periodo comprendido desde Sila á César señala un triste espacio de dominacion sensualista, durante la cual se desarrollaron los procedimientos más refinados para satisfacer la pasion de la gula, recurriendo á medios más dignos de pueblos groseros y abyectos que de hombres cuya ambicion era la del dominio universal.

Si es cierto, como indudablemente lo es, que en las cosas pequeñas se conocen los grandes hombres, tambien lo será que en cosas, al parecer insignificantes, y realmente tales, aprenderemos á estudiar las grandes épocas históricas, sobre todo del pueblo que ocupa ahora nuestra atencion.

Plinio el Antiguo creyó que debía mencionar un dato que ahora no fijaría la atencion de nadie, á pesar de la superficialidad de conocimientos característica de nuestra época. «Fulvio Hirpinio, dice, fué el primero que creó los primeros cebaderos de caracoles en aquella época, poco ántes de la guerra civil de César y Pompeyo.»

El hecho citado y en relacion con un suceso histórico trascendental en la

historia romana, no nos parece una idea relativa digna de consignarse por un sabio en una obra de la importancia como la suya. De todos modos, merced á esa cita, sabemos lo que de otra manera habríamos ignorado, aunque la ciencia y la historia no debieran sentirlo.

Por lo demas, y lo tenemos probado en la cita de Plinio, eran los romanos muy aficionados á la comida de los caracoles, con las correspondientes preferencias que tenían establecidas segun su diversa procedencia. Así, los blancos de Rieti, los de grueso tamaño de la Iliria, los afamados por su extraordinaria fecundidad del África eran los más buscados y estimados, y se los cebaba en cotos construídos al efecto.

El hígado de pato fué comida predilecta de los romanos, y si Plinio habló en una obra seria de la cría de caracoles como de un suceso digno de mencionarse en una página destinada á la ciencia, el poeta Marcial nos habla en uno de sus epígramas de la gordura digna de elogios del hígado del pato. Y si pasando de las letras á las armas, anhelamos cosas más formales, veremos que los prefectos de la Germania dejan desguarnecidas á veces las plazas militares por enviar colonias enteras á la caza de los patos, á fin de proporcionarse buenas cantidades de plumazon de dichas aves que se vendía á precios muy elevados, con lo que se demuestra la voluptuosidad y molicie dominantes en un pueblo que iba trocando los sufrimientos de la vida militar por las comodidades y regalos de la vida de los placeres y deleites más enervantes.

Esta decadencia progresa terriblemente á medida que acercándose la república romana á la época de los emperadores, verá asomar en lejano horizonte la aurora de la transformacion que sufrirán las sociedades con la aparicion del Cristianismo. ¡Qué cuadro tan repugnante el de Roma en aquella fecha!

* * *

Algo hemos dicho, en general, tomándolo de autores de la época y romanos á la vez de la suntuosidad desplegada en las comidas de familia, para

seguir el estudio de las costumbres romanas como dato para formar concepto de la civilizacion de la época á partir desde ántes de la de Sila; pero no hemos descendido á los pormenores que juzgamos indispensables, aunque formando el propósito de ser muy breves.

Estamos en presencia de un triclinio, ó mesa de comedor. Rodéanlo tres escaños ó bancos, uno á la cabecera y dos á los lados, en cada uno de los cuales caben recostadas algunas personas. Tómase sitio en las camas, quítanse el calzado los comensales, los triclinarios ó esclavos que sirven al triclinio vierten agua fresca en las manos y los piés, y otros limpian las uñas de los dedos de los piés con tal rapidez que apénas puede observarse su hábil movimiento.

Parécenos inútil advertir que la escena pasa en la habitacion de un romano rico, así como que el acto de la comida está sujeto á ceremonias no observadas en todas las casas ni todos los días.

Servida ya la mesa, dirige el gefe de la casa una oracion á los dioses. La religion ocupa siempre y en todos los pueblos un puesto preferente en todos los actos de la vida en las familias. No sabemos á dónde iremos á parar con la eliminacion que se va operando en nuestros días, en la mayor parte de las familias, que ni un leve recuerdo dedican á los actos religiosos en privado, ni en público. Rezada la oracion correspondiente y de rúbrica en la familia romana, continúa el mismo gefe de la casa haciendo algunas libaciones, acompañado del tañido de alguna flauta, instrumento obligado en los grandes actos públicos y privados de la sociedad romana. Terminadas las libaciones, corónanse los comensales con flores y hojas naturales y odoríferas, ó artificiales y perfumadas, segun la estacion del año.

Los romanos, empero, no comían regularmente en abundancia durante el día: la frugalidad relativa dominaba en las ligeras comidas celebradas durante las horas destinadas al trabajo, para comer opíparamente en la llamada cena, y en la hora destinada á reponerse de las fatigas, de manera que en la cena se desplegaba toda la suntuosidad y hasta lujo de la abundancia.

Comenzábase la cena por lo que ahora nosotros llamamos *principio* que se sirve en las mesas despues del cocido, y que los romanos llamaban *gus-*

tatio; seguían despues los entremeses, ó manjares ligeros excitantes del apetito; venían luégo los guisados consistentes en todo lo que les proporcionaban los viveros, los parques, lo que les enviaban todas las provincias sujetas al dominio romano, lo que les ofrecíaan finalmente todo el mar y toda la tierra entónces conocidos. No son solamente las liebres, los corzos, los pavos, las pollas y miles de miles de animales de toda especie lo que cubre las mesas romanas en la época á que nos referimos; sino que distinguen entre ellos, dándole un puesto de honor, al liron que ceban con mucho cuidado y con tal locura, que dará márgen á una ley del cónsul M. Escauro, prohibiendo el servicio en las comidas de un animal que tan costosamente se disputan los más acaudalados romanos.

Todo esto es nada ante el delirio gastronómico que se ha apoderado de los muelles romanos; porque en su furor de saborear gustos nuevos y de inventar nuevos excitantes para su gastado paladar, sienten la necesidad de tener en sus mesas lenguas de fenicópteros, ortegas de Jonia, hígados de pato blanco bañados en leche y miel, vulvas y ubres de truchas, cabezas de cerdo, de jabalí y mil distintas especies de calabazas de las que hacían los romanos su comida predilecta, por los infinitos medios á que habían apelado para prepararlas haciéndolas imitar todos los sabores apetecidos por ellos.

Ateniéndonos siempre á los autores que nos sirven de guías en esta materia, y que contienen datos interesantísimos para podernos enterar cumplida y exactamente, debemos citar tambien como predilectos y exquisitos manjares entre los romanos las langostas y murenas del estrecho de Sicilia y de Tarteso, las ostras de Tarento y del lago Lucrino, el sollo de Rodas, el rodaballo de Rávena, y sobre todo el barbo distintivo de las mesas más ricas y delicadas.

Y á propósito. Segun cuentan algunos autores latinos, el barbo se presentaba vivo en vasos trasparentes para que su muerte sirviera de espectáculo á los comensales. ¡Hasta en la mesa—como si no le sobraran los Circos—debía el pueblo romano gozarse en la muerte de los seres vivientes!

La variedad y belleza de los colores que en su agonía presenta el barbo divierten y distraen á los que, cansados ya de comer, acuden á distintas emo-

ciones para consumir el tiempo de que aún disponen. Todos se complacen contemplando los extremecimientos, los saltos, la lucha del pobre barbo contra la muerte que siente aproximársele. Cuando palidece y queda muerto es inmenso el júbilo, esperando todos con avidez el momento de comerlo aderezado en la salmuera.

La salsa compuesta de intestinos de peces y de otras partes maceradas en sal, conocida entre los romanos con el nombre de *garum*, y tan apreciada casi como los mismos peces más delicados, se empleaba generalmente para aderezar la mayor parte de los manjares.

Los romanos conocían tambien los postres, porque en materia de gastronomía más bien han retrocedido que adelantado las sociedades, sobre todo si se atiende á los progresos que en todos los ramos han debido necesariamente hacer las artes é industrias todas. Daban el nombre de *bellaria* á los postres, y comprendían ellos bajo esta palabra genérica las confituras, frutas ú otra cosa confitada y todo lo que se servía de dulce, y ademas los licores y vinos dulces y áun los generosos. Las semillas de adormidera asadas y aderezadas con miel entraban tambien entre los artículos de los postres de las mesas romanas con los productos de la pastelería, dátiles de Egipto, etc. etc.

Dos palabras acerca del uso del vino en las mesas romanas. En los primeros tiempos de Roma no se permitía á la juventud de condicion libre beber vino hasta la edad de treinta años; pero en cuanto á las mujeres se les prohibía absolutamente su uso, alegando para esta prohibicion que la incontinencia en este género puede conducir á los mayores excesos. Séneca, que hablando de esta materia, y que censura á los romanos con la célebre frase: *edunt ut vomant, vomunt ut edant* (que no nos atrevemos á traducir para no remover el estómago de quien no la comprenda) se queja amargamente de que en su tiempo se había quebrantado casi generalmente esta costumbre. «La complexion débil y delicada de las mujeres, dice, no se ha mudado, pero se han mudado sus costumbres, y ya no son las mismas. Hacen vanidad de beber tanto vino como los hombres más robustos. Pasan como ellos noches enteras en la mesa, y teniendo en la mano un vaso lleno de vino puro se glorian de apostárselas, y tambien, si pueden, de excederlos.»

¡Cuán profundamente cambiaron las costumbres romanas de los primitivos tiempos!

Entre todos los vinos de Campania, dice uno de los autores que tratan esta materia, el de Falerno era extremadamente solicitado. Tenía mucha fortaleza y aderezo, y no se podía beber sino despues de haber estado guardado á lo ménos diez años. Para suavizar su aspereza y domar su vigor, se empleaba miel, ó le mezclaban con vino de Chío, y con esta mezcla lo hacían excelente. Se debe atribuir esto, continúa el aludido autor, al gusto exquisito y delicado de aquellos romanos deliciosos, quienes en los últimos tiempos nada perdonaban para sazonar los placeres de la mesa con lo más agradable y capaz que había para lisonjear los sentidos. Había otros vinos de Falerno más templados y suaves, pero no eran tan estimados.

Y así era la verdad. Los romanos, en lo tocante á los vinos, habían aprendido de los griegos el perfumarlos y mezclarlos con rosas, miel, nardo, lentisco y otras materias odoríferas. El mismo Lúculo, tan espléndido y tan progresista en lo tocante á los adelantos culinarios, refería á menudo que, en su niñez, no había visto nunca servir más de una vez en la comida, ni áun la más espléndida, del vino procedente de Grecia.

Ya sabemos que Séneca censuró en su tiempo estos refinamientos, que á su modo reprendió tambien Plinio, sin ser moralista; pero nadie excedió á Varron en la severa y aguda crítica contra los excesos de las mesas, para lo cual acude á todos los recursos del vocabulario, sin perdonar á los mismos cocineros que formaban ya en Roma una clase privilegiada y distinguida por los opulentos gastrónomos.

Para dar una muestra del estilo y de la intencion que llevaba Varron en sus escritos contra los que cultivaban el lujo de la gula, oigámosle apostrofando á un romano que dedica muchos de sus ocios contemplando al panadero que le elaboraba el pan en su casa, como era costumbre entre los romanos, y como lo era tambien entre nosotros no há muchos años. «Si tú hubieses consagrado á la filosofía—le dice—la dozava parte del tiempo que pasas vigilando á tu panadero para que te elabore buen pan, serías hombre de bien desde mucho tiempo acá; los que conocen á tu panadero darían por él

cien mil ases; pero no darían ciento por tí los que te conocen.» Esto alude á la costumbre arraigada ya entre los romanos de conservar cada cual, á fuerza de buen sueldo, el cocinero ó panadero que sobresalía en el oficio, porque había verdadera competencia entre los amos para sustraérselos mútuamente mediante la mejora ó subida del salario, lo que (sea dicho de paso) prueba dos cosas: el excesivo refinamiento y la poca delicadeza en las relaciones sociales de aquel pueblo entrado en el camino de su decadencia.

Varron nos da una pintura magnífica de la idea dominante del romano de la época que describimos someramente con esta inimitable pincelada «su comilona servida delante de él, echado encima de la mesa de otro, no mirando detrás ni delante, y echando una mirada al soslayo al camino que lleva á la cocina.»

Á varias consideraciones se extiende Varron, que no podemos trascribir aquí, porque nos extenderíamos más de lo que nos está permitido. Para que los convites no dejen de ser una compañía de amigos ó de personas distinguidas, que pasen las horas en amable conversacion y no ahoguen la inteligencia en vino, es preciso, segun él, que los comensales no sean ménos de tres ni más de doce, y que no se sirva más que una lista de platos.

¿Hubo en Roma quien se opuso contra los excesos de la mesa, reclamando moderacion y sobriedad?

Tenemos varias leyes que nos contestan afirmativamente la pregunta; pero, por desgracia, sabemos todos que no van bien encaminados los Estados por la promulgacion de leyes sino por su observancia.

En los tiempos á que nos referimos se calificaba de ridícula antigüedad la ley *Fania*, cuando álguien la invocaba, como si prescribieran las leyes por antiguas, cuando no hay disposicion igual que las derogue.

No fué ménos afortunada la ley *Didia*, de pocos años ménos de fecha que la anterior y destinada á observarse en toda Italia.

Hasta ¿quién lo diría? el mismo Craso á quien hemos visto acudir al robo y saqueo, para aumentar sus riquezas, con que dar rienda suelta á sus excesos gastronómicos, quiso exhibirse tambien con una ley que se llamó *Licinia*, de su nombre, con la que ponía tasa al precio de las comidas, y, lo

que es más, á la cantidad de carne y pescado que en ellas podía consumirse. Parécenos inútil indicar que la ridiculez de su orígen llevaba consigo la necesidad de su inobservancia.

Sila, el hombre que sucumbió á sus excesos, el hombre que introdujo en Roma los vicios que debían arruinarla, quiso echarla tambien de legislador en la materia y fijó la cuota de lo que debía gastarse en las comidas los días festivos y los ordinarios. Y como si todo esto no bastara aún, no faltó quien, ante los estragos del lujo en las mesas de los ciudadanos romanos, se atrevió no sólo á dictar disposiciones como las anteriores, sino á determinar la clase de manjares que debían servirse y hasta ¡extravagante ridiculez! la manera de guisarlos. Esta ley, por todo extremo ridícula, era la ley *Emilia*, debida á Lépido.

Tanta multitud de leyes y la extravagancia de las mismas prueban evidentemente su completa inobservancia y el estado de desórden que imperaba en la ciudad señora del mundo y cloaca de todos los vicios, cuyas malas costumbres no modificarán ni las leyes ni el ejemplo de uno que otro virtuoso romano que, con su conducta, más que con sus palabras, intente volver al buen camino al pueblo extraviado de los senderos que le llevaron á los mayores esplendores de la gloria. Convengamos, pues, en que la gula marca una época histórica muy característica del periodo que estamos estudiando, y que si el sensualismo y vanidad que revela denotan la visible decadencia de la sociedad romana, muy poco halagüeña debe de ser la situacion de la actual sociedad moderna, cuando busca afanosa y pretexta cualquier incidente, por muy insignificante que sea, para celebrar banquetes y comilonas donde exhibirse y maltratar la elocuencia, mostrándose copia fiel de la afeminada poblacion de Roma dedicada por completo á la pasion de la gula, dando al olvido no sólamente las reglas de buena moralidad, sino tambien las higiénicas, tan magistralmente condensadas en la sabida frase de Hipócrates, y que no ignorarían los romanos: *Plus occidit gula quam gladius.*

* * *

El estudio de la civilizacion romana nos obliga á inquirir las causas que produjeron tan radicales cambios en aquella sociedad tan austera y ruda en sus primitivos tiempos, tan disipada y muelle en los siguientes.

Tito Livio, en su excelente historia, nos dice: «Á medida que se prolongaba la guerra, fluctuaban los ánimos segun las ventajas ó los reveses. Las religiones extranjeras invadían la ciudad: hubiérase dicho que los dioses ó los hombres se habían repentinamente transformado. Ya no se ultrajaba en secreto y á la sombra de las paredes domésticas la religion de nuestros padres: en público, en el Foro, en el Capitolio no se veían sino mujeres que sacrificaban ú oraban segun los ritos extranjeros.»

Varias veces hemos dicho claramente y lo repetimos aquí una vez más por todas, que el roce de los romanos con los pueblos conquistados, si les valió de parte de algunos la adquisicion de conocimientos útiles, les inoculó en cambio por parte de otros el vírus de la corrupcion que insensible pero seguramente debía llevarle á los abismos de su decadencia y perdicion.

Las trascritas líneas de Tito Livio encierran todo el misterio de la decadencia romana. Luégo que penetraron en Roma el escepticismo y el ateismo importados de Grecia, y lo que ahora podríamos llamar libertad de cultos, con la obligada libertad de conciencia, entregándose en su consecuencia los romanos á la práctica pública y privada del culto religioso que más se adaptara á su temperamento particular; perdida con esto mismo la sólida unidad que da á un pueblo la unidad religiosa—sea la que se fuere—debía preverse la forzosa, la lógica, la inevitable caída de aquel pueblo dividido.

En el siglo IV ántes de Jesucristo apareció en Grecia el filósofo Evemero, segun cuyo sistema, que propagó en sus viajes, todos los dioses del paganismo eran hombres divinizados y no seres de naturaleza esencialmente superior á la humana, ó, lo que es lo mismo, explicaba la mitología por la historia.

Segun él, no hay nada más prosáico y repulsivo que la diosa Vénus que no representa ni puede representar la hermosa pasion del amor, de esa pasion tan antigua como el mismo Dios y que es la vida de todos los seres de la creacion. Vénus no es más, segun Evemero, que una..... casamentera. La perspicacia de nuestros lectores habrá penetrado el término que estaba en la punta de nuestra pluma y que hemos retirado obedeciendo á las inspiraciones del decoro.

Todas las interpretaciones dadas por el filósofo griego á los personajes que forman el venturoso Olimpo, siguen el estilo de la que apuntamos de Vénus.

Si el intérprete griego, al destruir la bella mitología de su patria, la hubiese sustituído con creaciones racionales, podría dispensársele su tarea destructora. Destruir cuesta muy poco; el mérito está en edificar. Es un crímen destruir una religion sin sustituirla con otra mejor. Evemero, al destruir la parte misteriosa, simbólica, del paganismo, no comprendió que marchitaba, que deshojaba una hermosa flor que brotaba en el fondo de cada corazon, cuyo perfume alienta al mortal en los azares de la vida, y no cuidó de sustituir ese aroma misterioso, invisible, con otro capaz de sostener al infortunado en sus desmayos durante el fatigoso viaje de este mundo.

Despues de los filósofos, se encargan los poetas de la propagacion de sus doctrinas, y no podía faltarle á Roma, despues de la invasion de la filosofía griega, alguno que le propinara el veneno de la irreligion é impiedad.

La historia romana nos enseña los estragos causados en sus antiguas creencias por el roce con los extranjeros. Aunque muy posterior á la fecha á que nos venimos refiriendo, nos mostrará el epicúreo Lucrecio en su poema *De natura rerum* los hondos estragos producidos por las doctrinas disolventes.

Todas estas ideas irreligiosas é impías respecto á la antigua religion de los austeros romanos, debían ser causas productoras del desenfrenado sensualismo y de los reprobados medios á que apelarían para darles cumplida satisfaccion. Cuando se manifiesta la impotencia de la religion para tener á

raya á las conciencias, quedan fuera de combate, por inútiles, cuantas disposiciones se dicten por los legisladores, ya que lo temporal y caduco no puede jamas compararse con lo eterno é imperecedero, afecto de un modo inmediato á los superiores intereses del espíritu.

Y dispénsesenos aquí una ligera observacion que se nos ocurre.

Quizas se le antoje á álguien objetarnos que la religion de los romanos, á pesar de lo dicho por Tito Livio, no podía tener ninguna importancia ni influjo en el cambio tan radical y profundo de las costumbres romanas, porque no creyendo, como los cristianos ahora, y como los pueblos orientales ántes, en la inmortalidad del alma, ó en la existencia de premios y castigos eternos, estaban libres los hombres aquellos del freno que contiene á los que tienen fe en tales principios religiosos.

Esta leve objecion queda contestada remitiendo á quien la haga al libro sexto de la *Eneida* de Virgilio, donde hay un magnífico y largo pasaje que pinta con vivos y enérgicos colores cuánto creían los romanos acerca del infierno y de sus horrores, manifestando despues de todo que *cien lenguas, cien bocas y férrea voz* que tuviera no fueran bastantes para citar, por su nombre siquiera, la variedad de penas de aquella mansion de horror.

Non, mihi si linguæ centum sint, oraque centum,
Ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas,
Omnia pœnarum percurrere nomina possim.

«Todas las almas, dice Anquíses en el mismo libro sexto de la *Eneida,* contrajeron alguna deformidad en su comercio con la materia, y deben purificarse, unas suspendidas en el aire á merced de los vientos, otras precipitadas en lagos ó entre las llamas; despues de estas pruebas son admitidas en los Elíseos. Los dioses, dice la Religion, atormentan las almas para purificarlas, como los médicos hacen incisiones en los cuerpos para sanarlos; y cuando se quita el vicio, cesa el castigo.»

Prueban estas breves citas que sólo la ignorancia ó la mala fe pueden presentar la objecion que nos hemos hecho á nosotros mismos, para que no

se nos acuse de ligeros en nuestros juicios, que acostumbramos siempre apoyar en bases todo lo sólidas posible.

Las vicisitudes de la civilizacion romana en sus manifestaciones morales nos constan por la cita de Tito Livio; y por la de Virgilio sabemos cuáles eran las creencias religiosas respecto de esta y de la otra vida. Séneca nos dirá ahora algunas de las consecuencias necesarias de ese cambio radical: «Pues qué ¡siempre lo mismo! siempre debo velar ó dormir, estar harto ó tener hambre, tener frío ó calor! Nada se acaba: siempre el mismo círculo de objetos: se van y vuelven. El verano cede el puesto al otoño, el otoño al invierno, que á su vez es reemplazado por la primavera: de este modo pasan todas las cosas para volver, pero yo no sé nada nuevo, ni veo ninguna novedad..... La muerte, como todo, puede inspirar una inclinacion desarreglada. Esta inclinacion domina á veces á las almas grandes y fuertes, pero se apodera tambien de las almas débiles: las primeras desprecian la vida, á las segundas las abruma. Se cansan de hacer y ver siempre lo mismo: no tienen horror á la vida, pero están disgustadas de ella.»

Estas ideas son las del verdadero fastidio de la vida que pesa sobre quien lo siente como una atmósfera cargada de miasmas soporíferos; los que sienten el influjo de ese fastidio no aciertan á ver en todo el reducido horizonte que se limita á sus ojos más que un cielo nebuloso y sombrío inspirador del tedio que les inspira la vida. De este tedio al suicidio no hay más que un paso, y Roma, cansada de los placeres, que apuró hasta el exceso, siguiendo las leyes de las causas del suicidio, se entregó á ese crímen que, ofreciendo ejemplo tras ejemplo, despertó la tendencia á la imitacion, y se convirtió casi en una enfermedad del pueblo romano. Y debía de ser así, ya que la constante experiencia, suministrada por todos los siglos, ha demostrado que la pérdida ó tibieza de las creencias religiosas es la causa más inmediata de los suicidios.

Este fastidio de la vida, degenerado ya en enfermedad, debía despertar ambiciones desenfrenadas que aguzarían el ingenio para nuevos goces; porque dado el vacío del alma que se revela por el fastidio de la vida, horroriza pensar á qué medios debe acudir el hombre ántes de poner fin á sus días,

para dejar lleno el vacío que siente en su interior, pero que no conseguirá llenar jamas sin el consuelo religioso, prescindiendo de cuál sea la religion á la que pida su consuelo.

¡Qué temas para la meditacion nos ofrecería ahora la sociedad romana comparada con otras sociedades!

La sociedad romana, harta de goces, cansada de placeres, se nos presenta amenazada de descomposicion; porque no pudo la naturaleza formar seres que aspiren al anonadamiento; el amor á la vida es un amor innato, universal en todo lo criado, perenne, necesario para la conservacion; es el distintivo de las sociedades que gozan de buena salud moral; porque el fastidio de la vida acusa la existencia de una enfermedad, cuyos estragos deben ser funestos y cuyo desenlace debe de ser fatal.

Esta enfermedad del pueblo romano busca para curarse las grandes emociones, los cambios radicales; esta enfermedad explica la necesidad de los juegos romanos y de sus fiestas, las repugnantes escenas que les proporcionaba tanta sangre humana derramada para la distraccion de aquella sociedad fastidiada; y estas distracciones, necesarias ya, exigen cosas inauditas, raras, violentas, delirios nuevos todos los días, emociones fuertes que suplan el vacío del alma. Pero ¡ay! sobre la sociedad romana se extiende un manto de tristeza, triste como la muerte, porque ya no se inspira sino en la materia, y esta es harto limitada para llenar hasta el alma más pequeña.

Roma había agotado todos los recursos propios y extraños que pueden dar la felicidad material á los hombres, áun los más exigentes y descontentadizos.

Ya vimos que las provincias conquistadas eran objeto preferente de los ambiciosos por las inmensas riquezas que de ellas extraían, saqueándolas desapiadadamente. Pero como si los romanos debiesen ser castigados en lo mismo que pecaban, muchas de las provincias que les proporcionaban los recursos con que entregarse al desenfreno de todas las concupiscencias, eran tambien la causa, centro y foco de la desmoralizacion que, apoderándose por grados de la sociedad romana, debía poquito á poco acabar con ella.

No necesitamos recordar que el Asia fué el escollo donde naufragaron

todas las virtudes romanas. Los palacios, las riquezas, el lujo y los vicios asiáticos fueron la muerte del pueblo del Lacio.

Las inmensas cantidades de oro y plata procedentes del Oriente exceden á toda ponderacion, cuya idea deberán formarse los que lo ignoren con unos pocos datos que vamos á trascribir, probando unos la sed de dinero que devoraba á los romanos, y otros el ningun escrúpulo que sentían para proporcionárselo por todos los medios, por reprobados que fueran.

Despues que Sila hubo vencido á Arquelao, general de Mitrídates, fué á poner sitio á Atenas y al puerto del Pireo, que formaba como una poblacion separada. Falto de dinero, exigió en calidad de reintegro el oro y la plata del templo de Júpiter en Olimpia, del de Apolo de Délfos y de Esculapio en Epidauro. Fundidos que tuvo los preciosos metales, decía en broma que no podía ménos de contar con la victoria, pues los mismos dioses habían tomado á su cargo la manutencion de sus tropas.

Por espacio de cuatro años había Mitrídates abrumado con impuestos y saqueado escandalosamente la desdichada isla de Delos, cuya desgracia consistía en ser el punto de depósito de los cambios entre Europa y Asia; pues bien, esta provincia despues de estrujada por Mitrídates tuvo que aprontar á Sila las cantidades siguientes: veinte mil talentos de plata, como tributo de guerra, equivalentes á unos ciento veinte millones de pesetas: cada habitante en particular debió suministrar á cada legionario romano diez y seis dracmas diarios y cincuenta á cada centurion ademas del alimento y vestidos. En conjunto debió pagar doscientos cuarenta millones de pesetas.

Andando los tiempos, Pompeyo exigió á la sola provincia de Armenia la cantidad de treinta y seis millones de pesetas, despues de regalar noventa y seis millones á sus soldados y entregando al Erario público unos ciento veinte millones de pesetas.

Ayudará á completar la idea de las riquezas acumuladas en Roma el cuadro de las que había en países saqueados por los romanos y que se llevaban á su ciudad señora.

Todo lo de Sicilia fué saqueado y traído á Roma. Ciceron nos dirá, á este propósito, lo siguiente: «La Sicilia estaba muy adelantada en artes, in-

dustria y artefactos; ántes de la pretura de Verres no había allí casa por poco rica que fuera, que, aunque no tuviera otra plata labrada, no poseyera á lo ménos un gran jarro adornado con cinceladuras é imágenes de los dioses, una pátera para los sacrificios y un vaso para los perfumes, labrado todo por los mejores artífices y con admirable arte; con lo que puede juzgarse que lo demas del mobiliario era entre los sicilianos proporcionado con estos objetos. »

Ya en la época de Metelo había la misma Sicilia provisto á Roma de extraordinarios efectos como ganado, trigo, lanas, miel, dinero y miles de objetos preciosos de lujo y extremada riqueza.

Ademas de esto obligaban los romanos á los pueblos conquistados á pagarles un interes que á veces llegaba al cuarenta y ocho por ciento de la totalidad de los impuestos de guerra cuyo pago se retrasara, debiendo las ciudades y pueblos importantes ser responsables de su efectivo, y dicho está con esto que los pretores de esas provincias, auxiliados en su empresa por los usureros, conseguían en muy poquísimos meses una fortuna inmensa, que luégo disipaban pródigamente en Roma.

¿Qué uso, ni qué fin podían tener unas fortunas colosales amontonadas con tan inícuos medios, amasadas con tantas lágrimas y maldiciones? La juventud romana, resúmen de todos los vicios y defectos de su época, al igual de todas, debía ser el fiel espejo de todos los desenfrenos, vicios y voluptuosidades, sin que por ello se le deba formar un cargo, por ser cualidad característica de todos los jóvenes de todas las épocas.

¿Qué papel representaba la mujer en Roma en la época aciaga de su decadencia social? Cuando el fastidio de la vida era uno de los síntomas más declarados de la enfermedad que aquejaba á la sociedad romana, claro está que, agotados los placeres y goces de todo género, debía la mujer representar un papel muy importante en la disolucion de aquella sociedad.

La mujer romana se ha convertido de esposa en cortesana: los amantes se disputan la preferencia de los favores, y andando por este camino se sabe ya harto dolorosamente que no resisten las fortunas más sólidas los embates de la pasion desencadenada. El suicidio tan frecuente en Roma, segun hemos

visto, tiene aquí otras explicaciones en las ruínas de fortunas, en los celos, en los arrebatos frenéticos del amor llevado más allá de la decencia y del decoro.

Las leyes constitutivas de la familia protegían por otra parte indirectamente la disolucion de la sociedad romana, minada ya por tantas pasiones y vicios. La facilidad del divorcio hacía de la mujer un sér fácil de pasar del estado de esposa al de cortesana.

Los hombres más eminentes é ilustres de la sociedad romana no se avergüenzan de frecuentar el trato de las cortesanas, y no debemos decir nosotros lo que puede llegar á exigir la vanidad de una mujer obsequiada por un hombre de posicion elevada. ¿Qué no había de ambicionar una romana teniendo á su disposicion á un conquistador? ¿Y qué debía negar uno de estos señores del mundo á quien mandaba en su corazon? Fuera de esto, la primitiva condicion de la mujer romana explica, si no justifica, la soberbia ambicion que se desarrolló en ella, al sentirse respirando los aires de la libertad. Esta libertad, en sus comienzos, arrastrará á la mujer romana á terribles excesos desconocidos en sociedades donde la mujer ejerció siempre el papel á que la destinó la naturaleza. Algunas individualidades del sexo femenino harán abominable en Roma el nombre de la mujer, porque el vicio y el desenfreno se extremará en ellas hasta lo increíble.

Época llegará en Roma en que no serán las grandes fortunas de los hombres las que se arruinarán puestas á los piés de una cortesana. Estábale reservada á la Roma de los grandes destinos tener en su seno mujeres que disiparan torrentes de oro, regalándolo á los amantes que escogiera su capricho inspirado por una imaginacion depravada. La cortesana de Roma debía ir más allá que las Aspasias y las Lais; porque su conducta escandalosa debía ser el martirio lento ó instantáneo de la pobre esposa jóven, que haya tenido la desgracia de tener un marido que le haya llamado su atencion, por un concepto cualquiera.

Completaremos este cuadro trasladando aquí el discurso puesto por Salustio en boca de Catilina, pintura exacta, aunque hecha por quien ménos podía quejarse de lo que censuraba, del estado social dominante en Roma

en la época republicana: «..... He dicho en particular á cada uno de vosotros lo que tengo propuesto, y cada día se me enciende más el ánimo, miéntras considero qué vida ha de ser la nuestra, si nosotros mismos no nos ponemos en libertad, ya que desde que algunos de los poderosos se enseñorearon de la república, y les fueron siempre tributarios los reyes y tetrarcas, y les pagaron estipendio los pueblos y las naciones; todos los demas virtuosos, buenos, nobles y plebeyos somos contados entre el vulgo, sin favor y sin autoridad, viviendo sujetos á aquellos que, si conservase su dignidad la república, temblarían de nosotros; y así todo el poder, gobierno, honra y riquezas están en sus manos, ó donde ellos quieren, dejándonos á nosotros los peligros y afrentas, y con los tormentos la pobreza: cosas que ¿hasta cuándo las sufriréis, oh varones valerosísimos? ¿No vale más morir con honra, que perder entre mil oprobios una vida miserable y vituperosa, despues que hubieron hecho escarnio de ella los soberbios? Pero yo protesto á los dioses y á los hombres, que tenemos en nuestro poder la victoria, hallándonos en lo mejor de nuestra edad, y habiendo ellos perdido todas sus fuerzas en los años y riquezas: sólo nos falta comenzar, que todo lo demas se facilitará por sí: ¿y qué hombre hay que tenga corazon de hombre, que sufra que á ellos les sobre el dinero, y que le consuman en hacer mares y allanar montes, y que á nosotros nos falte para el sustento ordinario? ¿Que gocen de tres y más casas juntas, y que no hallemos nosotros ni un aposento en que recogernos? ¿Que compren retablos, estátuas y vajilla, desprecien las casas viejas, derriben las nuevas y fabriquen otras, buscando invenciones para gastar y acabar el dinero, y no basten aún todos sus excesos á dar fin á sus riquezas? Pero nosotros vemos la necesidad en nuestras casas, y fuera de ellas las deudas; nuestras cosas en mal estado, con peores esperanzas; y así ya que no nos queda más que la triste vida, ¿cómo no acabais de desengañaros estando delante de vuestros ojos la libertad que tanto habeis deseado, y con ella las riquezas, la honra y la gloria? Que todos esos premios decretó la fortuna para los vencedores. La ocasion, el tiempo, los peligros, la necesidad y los despojos grandes de la guerra os han de mover más que mis palabras: tomadme por capitan ó por soldado; que ni mi ánimo ni mi cuerpo se apar-

tará de vosotros; y espero verme cónsul, y ejecutarlo todo en vuestra compañía, si no me engaña el corazon, y si no vivís más inclinados á servir que á mandar.»

Dos reflexiones principales sobresalen á las muchas que ofrece la arenga de Catilina á sus cómplices de conjuracion. La primera es que la vida licenciosa y disipada del conspirador, si bien le hacía el más competente para trazar el negro cuadro del estado social romano, que él y los suyos habían contribuído más que nadie á recargar de sombras, le desautorizaba por otra parte para clamar contra la situacion que él y los suyos habían creado; debiendo comenzar por reformarse á sí propios, en vez de querer reglamentar las fortunas agenas.

Es la segunda reflexion que si es verdad que el cónsul Ciceron era el más autorizado por su elocuencia para desbaratar los planes de la conjuracion catilinaria, pudiendo servir de modelo en las aulas la oracion por él pronunciada contra Catilina en aquellos críticos y solemnes momentos para la república romana, era tambien el ménos autorizado quizas de entre todos los romanos para declamar contra los despilfarros de Catilina y sus secuaces, porque no le iba en zaga el cónsul en la inmensidad de sus deudas y desarreglos domésticos.

No era achaque de la gente perdida ó de la ménos noble en Roma registrar en su vida privada hechos dignos de censura por la locura á que estaban sujetos, dominados por el afan de distinguirse en fastuosidad, lujo y esplendidez.

Ciceron, cuyas deudas se hicieron célebres, poseía doce casas de campo y unas cuantas en Roma, y oportunamente ya hablamos de la fabulosa cantidad en que compró al opulento Craso una casa que deseó poseer en el Palatino. Sabemos ya tambien que le dominó á Ciceron el deseo, llevado hasta la vehemencia, de adornar sus casas al estilo griego, á cuyo fin hacía repetidos encargos de estátuas y cuadros.

El elocuente cónsul descubre, desbarata y castiga la conjuracion de Catilina tramada por el afan de mejorar de posicion, y el mismo Ciceron confía á uno de sus amigos que sus inmensas deudas, que le tienen á veces oculto

en Túsculo, sin dejarle salir de casa, le harían entrar de buena gana en una conspiracion, si tuviera probabilidades de que le admitieran en ella, por la natural desconfianza que él debiera inspirar á los conspiradores recordando su conducta observada cuando la de Catilina.

Vemos, pues, que el ilustre modelo de retórica y elocuencia no puede presentarse á nadie como modelo de economía doméstica.

Á propósito de Ciceron.

Á buen seguro que la mayoría de nuestros lectores no saben de Ciceron más que lo aprendido en las clases de retórica y elocuencia, donde se presenta al grande orador pronunciando sus célebres discursos, como si no hubiese sido un mortal como el último escolar que traduce sus cartas ó discursos. Sin embargo, hay en su vida escenas tan prosáicas y humildes, tan vulgares y adocenadas, que parecen incompatibles con aquel talento tan claro y brillante, con aquella elocuencia tan vigorosa y sublime.

La vida de familia de Ciceron no tiene gran cosa de envidiable, que digamos. Como padre, no fué afortunado en el matrimonio de su muy amada hija Tulia, cuyo marido, Dolabella, disipó entregado á Cecilia Metella su propia fortuna y la de su esposa Tulia. Como marido, prescindiendo de sus inmensas deudas, se ve explotado por su esposa Terencia puesta de acuerdo con el liberto Filotimo, acusado de ladron por el célebre orador.

La esposa y el liberto (dice un autor cuya obra consultamos) se ponen de acuerdo para engañar al grande hombre harto confiado. De una sola vez había Terencia retenido sesenta mil sextercios del dote de su hija. Ya era esto un buen negocio, pero ella no descuidaba tampoco los pequeños beneficios. Su marido la sorprendió un día distrayendo dos mil sextercios de una cantidad que él le pedía, y esta rapacidad acabó de irritar á Ciceron, y se resignó al divorcio. En las discusiones de dinero que sobrevinieron, mostróse Ciceron conciliador, para acabar de una vez con los interminables enredos de Terencia. El esposo divorciado pensó en volverse á casar, y, no obstante sus sesenta y tres años, escojió una muchacha muy jóven, que era su pupila Publicia. Extravagante amor segun la áspera Terencia, cálculo de dinero

segun Tiron, secretario de Ciceron, que supone que no se casó con ella sino para pagar sus deudas con la fortuna de su mujer.

Hasta aquí el aludido autor.

¿Qué sociedad podía ser aquélla cuyos hombres más eminentes por su saber y posicion ofrecían ejemplos de vida privada tan censurables como los que vemos en Ciceron y que merece la pintura que de ella nos da una persona tan perfectamente enterada de todos sus defectos y vicios como lo estaba Catilina?

* * *

Tememos á veces que se nos acuse de repetir conceptos y hasta frases que ya constan en otras páginas de esta obra y consignadas por nosotros mismos; pero comprenderán perfectamente nuestros lectores que no es culpa nuestra si no hay nada nuevo debajo del sol y si los hombres de hoy nacen con los mismos gérmenes de virtudes y vicios que los de ayer, y si las sociedades de todas las épocas están modeladas bajo un patron casi enteramente igual.

Hemos hojeado muchos tratados de toda especie y siempre hemos visto quejarse la moral de la inventiva de las mujeres en pos de adornos y nuevas maneras de engalanarse, faltando, en concepto de los moralistas, á la decencia, á la honestidad y á la economía que debe presidir en la administracion de sus respectivas casas.

Los últimos años de la república romana vencieron en adelantos del tocador de las mujeres á todos los que les habían precedido. Mucho hemos visto ya de lo que gastaban la galantería y la moda en manos de las mujeres de Roma, pero fáltanos todavía mucho más por ver acerca de los refinamientos que supieron inventar por el prurito del bien parecer.

La mujer romana de los postreros días de la república ha sabido darse el lujo de tener una doncella que la sirva para cada una de las partes accesorias

de su tocado; recurre á los cabellos postizos para componer elegantemente su cabeza; usa los espejos como las damas de los países más adelantados en nuestras épocas; limpia su piel con piedra pómez; y recurre á los afeites para colorear su rostro, despues de perfumarse como las más voluptuosas favoritas de un harem oriental; cuida su boca apelando al recurso, en caso necesario, de dientes artificiales y postizos.

Cuando recordamos las bellas páginas de la *Perfecta casada* del clásico fray Luis de Leon, nos asaltan tentaciones de si el ilustre sabio español ignoraba lo qué era ya la mujer romana de los tiempos de la república, tan aficionada á los falsos adornos, como la mujer española de la época del buen fraile Leon, como lo es la de los tiempos que ahora corren y lo será la de aquí mil años y siempre.

Tenemos pruebas concluyentes, hasta dolorosas, de lo que era la sociedad romana de los últimos tiempos de la república, en las pinturas que adornaban los objetos destinados al servicio de las mesas y á otros usos de la vida doméstica.

Plinio, que despues de Varron, es el autor más digno de ser consultado para saber con exactitud todo lo referente á las costumbres romanas en todo el vasto periodo comprendido en sus obras, nos presta una página cuya importancia no debemos encarecer. «¡De cuántas maneras, dice, hemos aumentado el valor de las cosas! La pintura ha impreso sus colores sobre el oro y la plata; y lo hemos encarecido todo, cincelándolo. El hombre ha aprendido á desafiar á la naturaleza, y el arte ha tomado creces prostituyéndose al vicio. El secreto de los placeres lascivos se divulgó en todas las copas; bebióse en la imágen obscena del libertinaje; hasta estos vasos perdieron muy pronto su valor porque produjeron disgusto. El oro y la plata se hicieron demasiado comunes. Hemos sacado de la tierra los murrinos (1) y los cristales, cuya fragilidad misma debía constituir su propio valor. El verdadero señal de la opulencia, el verdadero triunfo del lujo consistió en poseer un objeto que en

(1) Vasos cuya materia es hoy enteramente desconocida. Creen algunos que era el espato fluor. Se daba tambien el nombre de murrina á una bebida compuesta de vino dulce y algunos aromas.

un momento pudiera quebrarse por completo; pero esto no bastaba todavía. Ahora bebemos en trozos de pedrería; nuestras copas están cuajadas de esmeraldas, y la India parece haber sido conquistada para la vanidad de la embriaguez. El oro ya no es más que un accesorio.»

Ese aumento de valor que hacía lamentar á Plinio, se notaba en todo el mueblaje de una casa, desde las mesas hasta las camas. Roma, tan notable en todo lo que sabía á esplendidez, se distinguió muy especialmente por el lujo de sus mesas, ya por la rica materia de que las hacían, ya por los preciosos metales con que las adornaban, llegando algunos opulentos romanos á poseer á centenares esos muebles de cuyo número no se comprende qué uso podían hacer. ¿Qué haría Séneca, tan declamador contra el lujo, de las quinientas mesas que poseía, hechas todas de madera de cedro y sus tres piés de marfil?

No era ya aficion lo que tenían los romanos á los objetos de arte para adornos de sus casas: era una verdadera locura cuya representacion tuvo tambien su personalidad.

Recordemos hechos históricos, y medítenlos nuestros amables lectores.

Nombrado Ciceron cuestor de Sicilia, tuvo ocasiones de conocer á fondo aquel país. Estudiando la defensa hecha por el ilustre orador de la provincia de Sicilia contra Verres, podremos comprender mejor que registrando muchos volúmenes hasta dónde llegaba el furor de poseer objetos preciosos y artísticos.

Por sus crímenes y escandalosas exacciones era Verres odiado generalmente en toda la afligida Sicilia. Era Verres uno de los primeros potentados de Roma, contaba con el apoyo de los grandes; defendíale un buen orador, como era Hortesio, derramaba el oro á manos llenas para comprar su absolucion, pero la verdad y la justicia hablaron por boca de Ciceron, y la verdad y la justicia confundieron al acusado en tales términos que él mismo se desterró voluntariamente.

Oigamos ahora la acusacion contra Verres, en la parte relativa á la materia que tratamos. «Niego que en toda la Sicilia, en esa provincia tan rica, tan antigua, entre tantas ciudades y familias opulentas, haya un solo vaso

de plata, un solo bronce de Corinto ó de Delos, una sola piedra preciosa, una sola perla, una sola obra de oro ó de marfil, una sola estátua de bronce, de marfil ó de mármol; niego que haya una sola alfombra, una sola pintura, que Verres no la haya rebuscado, y examinado, y que no se la haya llevado cuando el objeto haya sido de su gusto. Y aquí no hay ni una palabra de hipérbole! »

* * *

Se acercan precipitadamente los postreros días de la República romana despues de cinco siglos de duracion. En aquellos tiempos el interior de Roma presentaba un aspecto muy deplorable. Todo se vendía en la ciudad señora del universo. Las leyes no tenían fuerza. La depravacion de las costumbres políticas era sólo comparable con la de las morales. Los candidatos á las magistraturas compraban públicamente los votos. Si hemos visto á Verres robando no solamente objetos de arte aislados sino tambien colecciones enteras, maravillas del arte griego, vemos tambien oficinas establecidas en la proximidad del Campo de Marte donde cada uno acudía á ajustar el número de votos que deseaba. Un año los dos cónsules que debían dejar su cargo, convinieron con los candidatos que debían sucederles, por una crecida cantidad, forjar un decreto del pueblo y del Senado sobre la distribucion de las provincias consulares. La divulgacion de este tratado demostraba una corrupcion tal, que la eleccion de los cónsules se retardó seis meses, por lo que se habló entónces de un dictador. Las revueltas del pueblo eran contínuas, y la sangre derramada por las partes contendientes manchaba á menudo las calles de Roma. Cuando la muerte de Clodio por los gladiadores de Meilon, fué imposible durante varios días restablecer el órden perturbado en la gran ciudad.

La brevedad nos obliga á muchas omisiones, y, por lo tanto, dado por sabido lo que nos vemos precisados á pasar por alto, fijemos nuestra atencion en la dictadura de César. Resumamos su historia y veamos el grado de

civilizacion de Roma postrada á los piés de un hijo afortunado de la victoria.

Confirióselе la dictadura por diez años con la prefectura de las costumbres. En el Senado debía sentarse en una silla curul en medio de los senadores: su parecer debía oirse el primero y designar los candidatos para los cargos de eleccion popular. Su carro se colocó frente al de Júpiter, en el Capitolio, donde se le erigió tambien una estátua con la imágen de la tierra puesta á sus piés, y esta inscripcion en su base: « César es un semidios. »

César hizo repartir á cada veterano veinticuatro mil sextercios, el doble á los centuriones y el cuádruplo á los tribunos y á los jefes de cohortes. Distribuyóles tambien varias tierras, pero de distancia en distancia para no despojar enteramente á sus antiguos poseedores. Al pueblo se le repartieron diez fanegas de trigo por cabeza, otras tantas libras de aceite, cuatrocientos sextercios y una rebaja de dos mil sobre sus arriendos.

Hiciéronse, ademas, festines públicos de dos mil mesas, distribuciones de carne, espectáculos de todo género, combates de gladiadores, representaciones teatrales en todas las lenguas, y en todos los cuarteles de la ciudad juegos de circo, atletas, juegos troyanos, combates de fieras, corridas de toros y simulacros de batallas. Los mismos caballeros bajaron al palenque. « Era imposible, dice Ciceron, sufrir más alegremente la esclavitud. »

No satisfechos los romanos con todo esto, le tributaron honores divinos; creóse en honor suyo un colegio de sacerdotes llamados *Julianos;* erigiéronsele estátuas en los templos; su casa fué coronada con una cúpula; en el teatro llevaba en su cabeza una corona de oro radiada; sentábase en un trono en la curia; su nombre se dió á uno de los meses del año y á su tribu: la moneda se acuñaba con su efigie, y finalmente erigió un templo á Júpiter Julio.

* * *

Roma ha visto felizmente acabadas sus guerras civiles; no teniendo ya el triunviro Octavio ningun rival se fué á Roma, donde celebró su triunfo con majestuosos espectáculos; usó de la mayor clemencia, cerró por tercera vez

las puertas del templo de Jano, y proclamado Augusto, se vió dueño del imperio mayor que han conocido los hombres. Sus límites eran por Oriente el Éufrates y el mar Atlántico por Occidente, al Norte el Rhin y Danubio, y al Mediodía los desiertos del África y los ardientes arenales de la Arabia.

Roma, saciada de conquistas, llena de riquezas y de vicios, y habitada por extranjeros, ya no conocía aquel ardiente celo por sus instituciones que le había distinguido al principio de la República, y confiriendo á Augusto un poder ilimitado, conoció que un gobierno monárquico, á pesar del aborrecimiento en que tenía á los reyes, era sin duda en aquel estado el más conveniente para sostener su grandeza y esplendor.

Augusto, preciso es confesarlo, tuvo la suficiente habilidad política para hacer ménos sensible á los romanos el cambio profundo que acababan de realizar en su forma de gobierno; porque el primer objeto de su política fué sofocar por medio de un perdon general todos los gérmenes de la guerra civil, y, sobre todo, restablecer el Senado en su antigua dignidad, para hacerlo servir á sus designios. Este alto Cuerpo no fué en lo sucesivo otra cosa que el órgano de la voluntad de Augusto, quien hacía emanar de él todos los actos de rigor y violencia que podían inspirar odios y temores; miéntras que reservándose el dispensar las gracias y beneficios se ganaba el favor del pueblo.

El Senado, por su parte, no echó á ménos su antigua libertad; porque, quitándole Augusto la libertad, le dejó todos los símbolos de la misma, de modo que se veían en Roma los cónsules precedidos de lictores, los pretores, los tribunos y demas magistrados de la república; pero, siendo todos hechuras de Augusto, sólo servían á su poder.

No descuidó, empero, Augusto otras disposiciones encaminadas á asegurar su dominacion, pues creó nuevas dignidades que distribuyó entre los suyos; y luégo, para desterrar del espíritu del pueblo toda sospecha de tiranía, se presentó al Senado, y haciendo ver la dificultad de gobernar, con acierto, un imperio tan vasto, hizo dimision del poder que le habían confiado.

Todos los senadores se opusieron á la dimision que no aceptaron, y el

pueblo, mirando el proceder de Augusto como un acto de heroismo y extraordinaria generosidad, le confirmó su autoridad soberana en virtud de una ley llamada Regia, y le dió el nombre de Augusto y el de Padre de la patria.

La atencion de Augusto, ya emperador, se dirigió á procurar la felicidad de los romanos, á cuyo fin publicó muchas leyes saludables dirigidas á reprimir el desarreglo de costumbres, la corrupcion en las magistraturas, y á procurar el aumento de la poblacion que había menguado considerablemente con las guerras tan contínuas y la gran propension al celibato.

Más que otro ninguno estaba autorizado el nuevo emperador para aspirar á la reforma de las depravadas costumbres romanas; porque su vida privada estaba llena de dulzura y afabilidad; seguía en todo los consejos del ilustre Mecenas, su favorito, y al influjo de éste se debe la grande proteccion y aprecio que entónces tuvieron las letras, cultivadas por ingenios tan brillantes, gloria de aquella época, como lo fueron los poetas Virgilio, Horacio, Ovidio, Tíbulo, Cátulo y otros y los historiadores Tito Livio y Cornelio Nepote, que hicieron inmortal el nombre del emperador, siendo su reinado apellidado siglo de oro por la pureza de sus admirables producciones.

El ejemplo de Augusto, sus sabias leyes, el cambio radical de gobierno, todo debían conspirar, al parecer, á la reforma de las costumbres romanas en sentido mejor, y, sin embargo, segun el testimonio de Tácito, no desmentido por los hechos, la disipacion fué en progresivo aumento desde la memorable batalla de Accio, librada entre Antonio y Octavio, hasta el reinado de Neron en que llegó, empujada por este tirano, á un grado que nos parecería increíble si no lo atestiguaran innumerables documentos de cuya exactitud no es lícito siquiera dudar.

La política de los emperadores, en general, contribuyó al desarrollo del lujo que, por otra parte, aparentaban combatir. Deseaban al pueblo distraído de empresas guerreras, apartado de la política, y á ese fin debían proporcionarle espectáculos y goces, así como riquezas á las clases privilegiadas.

Tácito, testimonio irrecusable en la materia, nos dice que la política de

los emperadores conquistó «por medio de dones á los soldados, al pueblo por la limosna y á todos por la suavidad del reposo; ganó á los nobles enriquecidos por la seguridad en el presente estado que preferían al antiguo con sus peligros. En cuanto á las provincias, distaba mucho de disgustarlas el nuevo órden de cosas; el gobierno del Senado y del pueblo se les había hecho pesado á causa de las rivalidades de los grandes y de la codicia de los magistrados; las leyes de la República no les habían protegido jamas, impotentes como eran contra la violencia, contra las facciones y contra el dinero.»

Plinio, el sobrino, en un pasaje del Panegírico de Trajano, acabará de explicarnos la aceptacion que mereció á todo el mundo el cambio de gobierno romano: «Súbditos dóciles, dice, nos gobierna nuestro emperador segun le place, y le seguimos en todo; porque nuestra mayor ambicion consiste en captarnos su amor y aprobacion, lo que esperarían en vano los que no se le parecen. Por esta docilidad hemos llegado al notable resultado de que casi todo el mundo conforme su manera de vivir con la de un solo hombre.»

En tiempo de Augusto la fortuna contribuyó en gran parte al buen éxito de sus propósitos, y á la benevolencia con que le correspondió todo el Imperio. Las armas y la política romanas fueron felices durante la dominacion de Augusto. Una nueva vida circulaba en este vasto cuerpo, y la actividad del desórden se había reconcentrado toda entera en las artes y en la literatura. Augusto hermoseó la ciudad de Roma construyendo muchos monumentos públicos, varios templos, pórticos, basílicas, un teatro y una plaza pública, excitando á los ciudadanos ricos á emprender obras de lujo y ostentacion, y obligando á cada ciudadano que recibía los honores del triunfo á emplear su dinero en empedrar algun camino.

La Italia participó tambien de sus beneficios, y esta hermosa comarca del mundo, feliz, despues de tantas agitaciones, vió desarrollarse en su seno la civilizacion griega; de la cual hasta entónces sólo habían tomado los romanos el lujo y el gusto por los placeres.

Las provincias del imperio, libres de sus saqueadores enviados por Roma, participaron tambien de la tranquilidad y esplendor de la capital del mundo. Merced á la vigilancia de Augusto, que las recorre todas y á la habilidad de

Mecenas, que sabe á la vez defender y hermosear el imperio, han sido expiadas las grandes injusticias de Roma.

Hábil en todo Augusto, disponiendo ya del Senado como Cuerpo, dispone de los Senadores, simples particulares, sosteniendo la fortuna de los que la tenían quebrantada, invirtiendo un millon doscientos mil sextercios en asegurar á los comprometidos en sus intereses. Por otra parte, la ostentacion á que por deber de clase estaban obligados, acababa de ponerlos á su disposicion, como lo estarán asimismo en manos de sus sucesores.

Como quiera que se considere á Octavio Augusto, fuerza es confesar que estuvo dotado de nobles sentimientos y que le guió en todos sus actos la mejor intencion, aunque, como hombre, pudiera alguna vez equivocarse en la eleccion de los medios, para conseguir sus fines.

Queriendo dar una prueba de su desinteres, dividió la administracion del imperio con el Senado, dejando á este las provincias de la Italia y la Sicilia, y conservando para sí el resto de las provincias del imperio. En estas, los gobernadores nombrados por el Emperador ejercían en su nombre la autoridad civil y militar; por el contrario, los gobernadores de las provincias senatoriales sólo tenían la autoridad civil. Al lado de los unos y los otros se hallaban los intendentes. Las provincias ganaron en este nuevo arreglo; pero las que estaban exentas del poder militar llegaron á mayor grado de prosperidad y bonanza.

Á pesar de la vigilancia de Augusto y de su afan por cortar abusos inveterados durante una larga sucesion de desórdenes administrativos, á la manera que despues de sofocado un voraz incendio apoderado de grande extension de terreno, aparecen llamaradas instantáneas en uno que otro punto, indicio de la intensidad del destructor elemento, así tambien se dejan ver en algunos puntos de las provincias algunos empleados superiores que ofrecen ejemplos escandalosos como reminiscencias de los gobernadores de la república, enriquecidos en poco tiempo á costa de las desdichadas provincias que esquilmaban y empobrecían, para satisfacer ellos su pasion por el lujo que deseaban desplegar á su vuelta á Roma, acabado el tiempo de su cargo público.

El liberto Licino, antiguo esclavo de César, sabrá sacar, en tiempo de Augusto, cantidades enormes de Lyon, su ciudad natal, y despues de regalar fabulosas sumas para librarse del castigo merecido por sus injustas exacciones, dispondrá todavía de una fortuna que envidiaría el más acaudalado banquero. Y el ejemplo de Licino no es el único, y tendrá imitadores durante los reinados dintintos en el imperio romano.

Estas exacciones tienen la misma explicacion de siempre: ¡tan cierto es que iguales causas, en igualdad de circunstancias, producen siempre los mismos efectos!

En las cartas de Plinio hay descripciones de la ostentacion extendida ya á clases inferiores y medias de la sociedad romana que explican, sin lugar á dudas, la razon ó existencia necesaria de esos vicios internos de la sociedad romana durante el Imperio.

Los libertos se las apostaban ya con los más nobles patricios en esplendidez y aparatosa riqueza. Plinio nos dice que vió treinta columnas de ónix (ágata muy fina) en un salon comedor de Calixto.

En sus baños desplegaban esos hombres una magnificencia sin ejemplo en mármoles raros y de todas procedencias y en mosáicos los más acabados y perfectos. Sus casas de campo, rodeadas de inmensos y bellos jardines, ostentaban maravillas artificiales en saltos de agua, cañerías de plata, pilas de baños, caloríferos subterráneos y mil otras invenciones á cual más originales y costosas, para denotar la opulencia y gustos refinados de sus dueños.

¡Qué podía ser una sociedad compuesta de elementos como estos, que, no satisfechos de su prodigalidad escandalosa en vida, celebran con inusitada pompa sus funerales, se levantan lujosos monumentos funerarios, y se atreven á cubrir con odiosos epitafios sus mármoles cuyo decorado exige la cooperacion de muchos y afamados artistas!

Estaba en el interes de Augusto mantener la tranquilidad en Roma, por lo cual manifestó suma vigilancia con los ánimos inquietos y turbulentos. Abolió las corporaciones de artes ó de oficios, sustituyó la deportacion al destierro, facilitó las quejas contra las vejaciones de los magistrados provin-

ciales, creó inspectores de calles, caminos y edificios públicos, dividió la ciudad en catorce cuarteles, creó una especie de rondas nocturnas, estableció postas para los mensajes del Estado é hizo otros varios reglamentos útiles.

* * *

Los emperadores adoptaron como medida política el fomento por todos los medios posibles de la opulencia al rededor de sus tronos. Es verdad que algunos de ellos dictaron leyes contra los excesos de la ostentacion privada, pero no lo es ménos que la mayor parte de los mismos lo fomentaron hasta el extremo con sus propios ejemplos.

Desde este punto de vista nada tiene el Imperio que poder echar en cara, especialmente desde Neron, al periodo republicano comprendido desde los escándalos de Mario y Sila sobre todo hasta César y Pompeyo.

Augusto, de apariencias tan republicanas, como eslabon—si podemos así expresarnos—que unía la República con el Imperio, no supo resistir á la tentacion de construir para su morada no un edificio que recordara la procedencia de su antiguo dueño, el opulento orador Hortensio, sino que ambicionó un palacio que nada tuviera de comun con las casas de sus súbditos; pero, á fin de no herir susceptibilidades, hay necesidad de recurrir á ciertos manejos no muy dignos de un emperador, y de un emperador romano: es preciso comprar las casas vecinas á la suya, demolerlas y fabricar su residencia real, « pero como estas demoliciones podían dar que pensar á los ánimos suspicaces, hizo circular el rumor de que no trabajaba para él solo, sino en interes del público, y que él quería conservar una parte de terreno para edificios religiosos. Efectivamente, hizo edificar allí el famoso templo de Apolo Palatino y las dos bibliotecas, griega y latina, de las que tratan tan á menudo los escritores de aquella época. La magnificencia de aquellas construcciones llamaba solamente la atencion pública, y apénas si notaba nadie que al propio tiempo se ensanchaba tambien la casa del príncipe y cambiaba de as-

pecto. Algun tiempo despues un incendio destruyó el nuevo palacio: en Roma había la costumbre que despues de una desgracia de esta clase, formaban una suscricion entre sí los amigos del víctima para ayudarle á reparar sus pérdidas; estas contribuciones voluntarias reemplazaban nuestros seguros. El incendio del Palatino era una ocasion natural para mostrar cuántos amigos tenía Augusto. Todos los ciudadanos de Roma se apresuraron á presentarle su ofrenda; pero él no quiso aceptarlas. No tomó más que una cantidad insignificante, un dinero á lo más por persona, y reedificó su casa á costa suya; solamente aprovechó la ocasion para construirla más grande y hermosa. Cuando fué nombrado Pontífice magno, en lugar de hacer como sus predecesores, que iban á habitar cerca del templo de Vesta, en un edificio particular, se quedó en su casa, y se contentó con levantar un templo á Vesta en su casa (1).»

Varias veces hemos dicho que la historia queda á menudo exactamente comprobada por restos de monumentos que examinan y estudian los sabios, evidenciándose la verdad por el testimonio permanente comparado con lo referido en los datos históricos. Los restos del palacio de Augusto prueban palpablemente que si él era sencillo, modesto en su parte exterior, lo que haría probablemente por cálculo, ya que no por virtud, no obraba de la misma manera en el interior de su casa.

La exuberancia de lujo y goces de su casa la tenemos revelada en la conducta de su familia. Las tempestades interiores de los mares no se descubren á veces en la superficie; pero cuando se revuelve el fondo de un charco, por clara que esté el agua mansa, se enturbia y descubre lo que oculta en su fondo.

La hija de Augusto, la disoluta Julia, encabeza la lista de las mujeres imperiales que cubrieron de baldon el nombre que llevaron.

La civilizacion, en su verdadera y genuína acepcion, no adelanta nada con el cambio de la república por el imperio en la sociedad romana.

Julia, hija única de Augusto y de su tercera esposa, llamada Escribonia,

(1) G. Boissier. — *Promenades archéologiques.*

casó con Marcelo, noble romano; pero sin tener en cuenta ni la dignidad de su estado, ni la altivez de su alcurnia, ni el respeto que debió á la clase alta en que estaba colocada, fué motivo de escándalo público en la sociedad romana, hasta en una época en que la prostitucion era allí general. Á poco tiempo de casada se entregó á los mayores desórdenes y liviandades. Viuda de Marcelo, casó con Agripa, pero no por esto mejoró de conducta, ántes bien, só pretexto de que era viejo, tomó tantos amantes cuantos fueron los jóvenes que se le presentaron. Muerto Agripa, la casó Augusto con Tiberio; pero éste la abandonó pronto, no queriendo ni autorizar su libertinaje, ni acusarla de prostituta.

Viéndose Julia libre de su tercer esposo, se entregó sin rubor ni vergüenza al desenfreno de sus pasiones lascivas, llegando hasta tal punto su desdoro, que todas las mañanas ponía sobre la estátua de Marte tantas coronas de laurel, cuantos eran los jóvenes que habían abusado de ella por la noche. No pudiendo, finalmente, tolerar su padre tales excesos, y movido ademas por el clamoreo general que se levantó contra el cinismo y descoco de su hija querida, la desterró á la isla Pandataria, en la costa de Campania, prohibiendo al mismo tiempo, que nadie fuese á visitarla, hombre ó mujer, sin su especial permiso.

—¿Por qué, le dijo un día un amigo de Augusto, no seguís el ejemplo de vuestro padre? Ved cómo evita chocar con otros hombres, cómo se guarda de ofender el amor propio de nadie por medio de trajes demasiado costosos, ni por adornos demasiado elegantes.

—Mi padre, contestó la orgullosa jóven, no sabe lo que es conservar su dignidad; por lo que á mí toca, sé muy bien, y no lo olvidaré jamas, que soy la hija del emperador.

¿Puede achacarse al pobre padre, al *emperador* Augusto, la culpa de las liviandades, de los desórdenes de su indigna hija? Es evidente que no. La embriaguez de la posicion, la fascinacion producida por el cambio radical, los halagos de los cortesanos, que los hubo y muchos, en el palacio del primer emperador romano, desvanecieron la inteligencia y malearon el corazon de la jóven que medía la altura de la dignidad imperial por la distancia que mediaba desde el abismo á donde descendía.

De todos modos, la conducta licenciosa de Julia; las leyes dictadas por su padre contra el adulterio; sus buenos aunque ineficaces deseos, para mejorar las costumbres de la sociedad romana demuestran al ménos avisado que Augusto comprendía perfectamente el estado social romano y la imprescindible necesidad de oponer un dique á tanta depravacion y libertinaje. No obstante, pocos, en su puesto, hicieron lo que Augusto para fomentar lo que podríamos muy bien llamar el lujo público en Roma, pues desarrolló las construcciones de la gran ciudad hasta el extremo que solía decir como alabándose á sí mismo: «encontré á Roma hecha de ladrillos y la dejo hecha de mármol» aludiendo al mucho empleo que hizo de esta piedra en las construcciones debidas á su iniciativa, como lo acreditan los estudios arqueológicos practicados en lo que fué la antigua Roma.

Augusto es uno de los emperadores que ménos blanco presentan á las censuras en sus relaciones con la civilizacion romana; porque, si bien es verdad que desarrolló con su ejemplo la aficion á las grandes construcciones y al empleo de materiales costosos, lo es tambien que no se le debe ninguna construccion inútil en el sentido de no poder ofrecer algun provecho relativo.

En sus construcciones propúsose especialmente Augusto algun objeto provechoso para el pueblo, al que deseaba tener satisfecho y distraído como le convenía para la consolidacion de su imperio. Pórticos, teatros, circos, obeliscos, estatuas, grandes fiestas, simulacros, espectáculos sorprendentes, suntuosidad magnífica hasta en los menores detalles, monumentos de todo género como baños, jardines, fuentes, nada le faltó al pueblo romano para distraer sus ocios.

Durante el reinado de Augusto, que fué de cuarenta y un años, se repartieron al pueblo donativos por valor de ochocientos millones de pesetas, segun nos consta por el testamento del propio Augusto que confió, despues de hecho, á la custodia de las Vestales. En el testamento citado consigna Augusto varios datos curiosos para formarse ideas exactas del estado de las costumbres en su época; cita el número de fieras que hizo matar en el Circo, que ascendieron á tres mil quinientas y el número de gladiadores que hizo

combatir, cuya cifra fué de ocho mil; á pesar de que redujo á sesenta el número de parejas de los combatientes.

Dijimos anteriormente que Augusto había creado una especie de rondas nocturnas: el objeto de estas fué proteger, en una ciudad tan populosa, la seguridad personal de los infinitos forasteros que acudían á ella atraídos por la frecuencia y esplendidez de las fiestas públicas, que casi diariamente se celebraban en la misma. La inmensa afluencia de forasteros de tan distintas nacionalidades prueba más que todo la necesaria corrupcion de aquel centro, al que convergían los vicios de todos los pueblos y las riquezas de todos los viciosos. Á falta de albergues para hospedar contínuamente tantos visitantes codiciosos de emociones, se improvisaban campamentos donde se acomodaban del mejor modo posible, y como Roma no era á pesar de todo una ciudad cual muchas se ven ahora de calles rectas, anchas y cómodas, sino que al contrario era oscura, abundante en sitios solitarios y calles estrechas y tortuosas, era imprescindible atender al buen nombre de Roma protegiendo por medio de lo que ahora llamamos policía la vida y dinero de los forasteros.

* * *

De Augusto á Tiberio es fácil y natural la transicion para estudiar el camino de la civilizacion romana.

Al subir al poder, afectó Tiberio gran moderacion; luégo, empero, se mostró cruel é implacable contra todos aquellos cuyos nombre ó fortuna podían infundirle recelos y concebir esperanzas contrarias á su autoridad suprema.

Sea como quiera, debe confesarse en honor de la verdad que Tiberio administró hábilmente las provincias del imperio. Los negocios públicos más importantes se trataban en el Senado con toda imparcialidad. Los cargos y los honores se daban á los más dignos. Todas las leyes se observaban fielmente. Suprimió los castigos corporales y la confiscacion de bienes, y creó

una especie de caja pública para prestar dinero sin interes á los ciudadanos pobres.

Para juzgar á Tiberio por el cambio que hizo de una política tan humana y prudente, es necesario no olvidar que los primeros emperadores romanos ejercían el poder tribunicio y eran los sucesores legítimos de Mario, el más feroz enemigo de los grandes. Había una ley de lesa-majestad contra los que se hacían culpables de cualquier atentado contra el pueblo romano, y Tiberio hizo de esta ley un arma terrible, pues como representante del pueblo romano, cuanto se hacía contra él, en acciones, palabras y hasta pensamientos, constituía un crímen de lesa-majestad.

Tiberio no carecía de talento, como lo probó en unas *Memorias* que escribió acerca de su vida, llenas de conceptos hipócritas como sus hechos, y en una carta que dirigió al Senado, cuya conservacion debemos á Tácito, en la que al traves de la habilidad del político, se trasparenta la mirada certera del perfecto conocedor del estado social del pueblo á quien gobernaba.

Á pesar de sus buenas cualidades políticas, fué Tiberio avaro y enemigo de emplear capitales en obras públicas, como lo había hecho su antecesor Augusto. No falta, sin embargo, quien califica de prudencia lo que aparece ser avaricia. Como quiera que sea, la conducta privada de Tiberio se presta mucho á la censura, y el estado social de Roma es tan deplorable, bajo su reinado, como en la época del mayor desenfreno.

La hipocresía reviste en Tiberio caracteres desconocidos y degradantes, su templanza en público es proverbial; reprende en público á Callo, viejo libertino, cuyas opíparas comidas eran motivo de general escándalo. Pues bien, despues de la pública reprension, manda recado á Callo de que le espere á cenar con tal que no cambie en lo más mínimo las condiciones de la cena y que la sirvan jóvenes y bellas esclavas.

En la época de Tiberio dieron las mujeres nobles casadas el escandaloso ejemplo de declararse cortesanas para librarse con este recurso de las leyes que sabiamente castigaban el adulterio, y varios jóvenes nobles apelaron tambien al expediente de incurrir en ciertas faltas justiciables para poderse presentar en espectáculo en los teatros.

La crónica escandalosa de Roma en la época de Tiberio andaba muy ocupada en el registro de los devaneos y orgías de dicho emperador, que inútilmente se amparaba en la oscuridad de la noche, y se envolvía en el manto de su estudiada hipocresía, para librarse de las murmuraciones de su pueblo.

Un rasgo nos pintará el carácter de Tiberio y el grado á que descendió la civilizacion romana durante su reinado. Este emperador que escribió lo que vamos á copiar enseguida, creó la *intendencia de los placeres*, segun lo refiere Suetonio.

Parece increíble que se le ocurriera ese insulto á la moral pública al hombre que puesto en aprietos por el Senado, para aplicar los remedios que reclamaba la disolucion romana, pudo escribir, entre otras muchas cosas buenas, las siguientes líneas: «¿Qué convendrá reformar primeramente? Acaso nuestras quintas, esa multitud, mejor dicho, esas naciones de esclavos, esos montones de oro y plata, esos bronces preciosos, esas maravillas del pincel, esos vestidos que nos confunden con las mujeres, y esa otra locura particular de este sexo, las pedrerías, por las que se trasportan á pueblos extranjeros ó enemigos los tesoros del imperio?»

Por lo visto no era amigo Tiberio de prodigar los tesoros como no fuera por necesidad. Á este propósito acudamos á Tácito, quien nos dirá en sus *Anales:* «En la misma época pidió Lépido el permiso de reparar y hermosear á sus expensas la basílica de Paulo, obra de los Emilios y monumento de su nombre. Entónces se ejercía aún en provecho del público la munificencia privada; y Augusto no había impedido á Tauro, Filipo, Balbo que consagraran al adorno de Roma y á la ilustracion de su posteridad los despojos enemigos y lo supérfluo de una fortuna inmensa. Segun el mismo espíritu, Lépido, aunque tuvo pocas riquezas, quiso renovar los títulos de su casa. En cuanto al teatro de Pompeyo, que un incendio había reducido á cenizas, declaró Tiberio que no pudiendo ningun miembro de la familia cubrir los gastos de su construccion, él mismo lo reconstruiría, dejando á pesar de esto subsistir el nombre de su fundador.»

El nombre de Seyano, inseparable del de Tiberio, es un borron para su memoria. Como si Tiberio se encontrase disgustado en medio de los restos

de la antigua libertad romana, abandonó la ciudad de Roma y fué á establecerse en la Campania, desde cuyo retiro dictaba las sentencias de muerte que el complaciente Senado se apresuraba á cumplir. Seyano, comandante de la guardia pretoriana, era el favorito de la debilidad de Tiberio.

Á propósito de los criminales excesos á que dió lugar la conducta de Tiberio, alentando los abusos á que daba lugar, veamos cómo los juzga un escritor de nuestros días: Creó Tiberio «una emulacion de cobardía é infamia que no se explica sino por la depravacion del sentido moral en las clases elevadas, y por la necesidad de abrirse un camino nuevo para llegar á la riqueza. Un lujo desenfrenado quebrantaba las fortunas mejor cimentadas. Empujados por la miseria, mal contenidos ó más bien impelidos por la detestable educacion que daban los retóricos, no teniendo ya para enriquecerse, como en los pasados tiempos, la guerra ó la facilidad de saquear las provincias, á los desgraciados, al tesoro ó la propiedad pública, organizaron en gran escala el oficio de espía y delator que habían aprendido y practicado desde mucho tiempo en la época de la república..... Bajo el imperio se hizo el oficio mucho más lucrativo. La ley concedía al delator la cuarta parte de los bienes del condenado. Á menudo el príncipe lo cedía todo y lo aumentaba aún con honores. Cada uno de los dos acusadores de Thraseas fué gratificado con más de un millon de pesetas, y el delator de Sorano recibió dinero y luégo la cuestura ademas. ¡Así es como se ponen á la pista de los delitos y en busca de víctimas! Ley civil, ley política, ley criminal, todo les sirve perfectamente...

«El terror, dice Tácito, se cernió sobre la ciudad. Los parientes se temían, nadie se visitaba, nadie se hablaba: desconocidos ó conocidos, huían unos de otros: todo era sospechoso.» —Este admirable pasaje es conocido y sabido de memoria.

«Aquello era (añade el historiador reciente de los romanos que acabo de citar) la guerra civil que renacía con sus proscripciones y sus sangrientas discusiones. Pero aquí la palabra servía de espada, el Senado y las gemonias (1)

(1) Eran las *gemonias* una especie de pozo profundo, cuyas paredes en rampa de rocas informes estaban dispuestas de tal manera, que una vez lanzados los condenados, rodaban sin poder detenerse, y se destrozaban inevitablemente con las puntas y cortes de las paredes ántes de llegar al fondo del precipicio, en donde encontraban una muerte horrible.

de campos de batalla, los ricos y los grandes de víctimas. En estos duelos sin armas, el emperador fué más á menudo testigo que actor: juez del campo, asistía con el pueblo al juego terrible que la aristocracia les daba á entrambos: el uno, contando los golpes y otorgando al más matador la palma de la elocuencia; el otro llevándose consigo á los que caían para divertirse con sus cadáveres en las calles de la ciudad. Tiberio daba pocos combates de gladiadores; el pueblo encontraba una indemnizacion en esas ejecuciones (1).»

* * *

Nos sentimos fatigados ante tanta crueldad y la pluma se nos resiste á escribir; y, sin embargo, apénas hemos comenzado á dar unos cuantos pasos en el largo y sangriento camino que debemos recorrer.

La época de los emperadores, digna continuacion del desbarajuste político y social de la república, es decididamente de espantosa decadencia, y debía serlo de toda necesidad, porque todas sus tendencias eran sensualistas y estas son siempre por su naturaleza misma íntimamente retrógradas, esencialmente contrarias á los progresos de toda sociedad.

Si penetráramos en el estudio de la metafísica del sensualismo, principal distintivo de los reinados de los emperadores romanos, veríamos clara y evidentemente que Roma había emprendido el camino opuesto á toda mejora social, á todo perfeccionamiento moral, á todo adelanto, á todos los progresos que producen el bienestar material de las sociedades bien organizadas y perfectamente dirigidas; porque, considerados los elementos constitutivos del sensualismo, y como consecuéncia inmediata los fenómenos de donde procede, se revela de pronto la exclusion de todo progreso, por faltarle su primera y suprema condicion.

El sensualismo romano entraña los principios de degradacion diametralmente opuestos á todo adelanto civilizador: decaen las letras que llegaron á

(1) V. Duruy.—*L' Histoire des Romains.*

su apogeo en Augusto, porque los talentos se hicieron impotentes; decaen los caracteres, porque entregados los hombres á sus pasiones que los arrastraban como frágil nave azotada por todos los vientos, eran incapaces de concebir la abnegacion y de hacer ningun sacrificio, y decaen finalmente todas las virtudes ante la impotencia de las almas para resistir los embates de tanta voluptuosidad dominante en todas las clases de la sociedad romana.

Una simple y superficial mirada sobre la época que estudiamos y sobre los hombres cuyas figuras descuellan en ella, nos convencerá de que el sensualismo pagano llegado á su colmo en los aciagos días de los primeros emperadores romanos, era eminentemente retrógrado, porque todo el movimiento que se agita en el seno de aquella sociedad y todos los fenómenos que se nos presentan en la superficie de la misma, nos revelan única y exclusivamente el sensualismo como la esencia y revelacion de su vida. Artes, literatura, espectáculos, filosofía, religion, todo está informado por el más refinado sensualismo.

Sabemos, y no pretendemos negarlo, que el sensualismo es de todos los siglos, dejando en algunos huellas más profundas que en otros; sabemos que se ha manifestado no solamente en la Roma de los Césares, sino tambien en todas partes; pero en Roma se presenta con caracteres ni vistos ántes, ni reproducidos despues en ningun pueblo. Los crímenes de los Césares romanos tienen su explicacion natural en el sensualismo que inspira al hombre tendencias animales, oponiéndole al propio tiempo todo género de obstáculos insuperables en el camino del progreso moral.

En la época á que nos referimos debían sentirse en Roma todas las tendencias sensualistas desde el palacio del emperador á la casa de más modesta posicion y apariencia, convirtiéndose de esta manera en una enfermedad de familia, y acabando necesariamente por ser social.

El Estado, que es la resultante de todas las familias, es tambien el producto feliz ó desgraciado de la felicidad ó desgracia del conjunto de las familias, y presa Roma de la codicia, hija del sensualismo, y de la lujuria, su hermana gemela, debía encontrarse retrocediendo siempre en la senda de la virtud, progresando contínuamente en el anchuroso camino del vicio, lle-

vando en su seno gérmenes vigorosos de la más rápida y espantosa decadencia, y así debía de ser porque el sensualismo arrastra á la humanidad hasta lo más repugnante y degradado que hay en el hombre.

Todas las concupiscencias están hermanadas inseparablemente, y como se ha dicho que un abismo lleva á otro abismo, así tambien una concupiscencia arrastra á otra, y todas juntas llevan al hombre á lo que está muy debajo del hombre, ó lo que es lo mismo, hacen del hombre un sér animal, un trozo de materia, la más ínfima expresion de la degradacion más humillante.

El ejemplo de Roma nos ofrece ancho campo para la meditacion del omnipotente poder del sensualismo, que es una de las peores manifestaciones de una de las tres concupiscencias que envilecen al hombre. Ávidos los romanos de los goces de los sentidos, viéronse arrastrados al deseo de los bienes de la tierra, y dominado ya el hombre por la concupiscencia que se reduce al amor de las riquezas, se ve empujado por otra concupiscencia, complemento de las anteriores. ¡Triste situacion la del pueblo romano, moviéndose en una esfera toda sensualismo, toda elementos corruptores, enervante toda, corriendo furiosa y frenética á su aniquilamiento! Llegado á este estado el hombre, diríase que reclamando sus fueros el polvo de que está compuesto, le arrastra hasta adherirle á la tierra, como los brutos incapaces de levantar su vista á las superiores regiones de los espíritus.

*
* *

«Tiberio, dice Chateaubriand, el primero en el órden de los tiempos de todos aquellos mónstruos nacidos de la corrupcion romana, fué tambien el más hábil: todo degenera, hasta la tiranía; de los tiranos activos se llega á los tiranos holgazanes.»

Y así es, en verdad.

En el reinado de Augusto observa el ménos lince un plan político llevado á cabo con habilidad y constancia, que hubiera asegurado sobre firmes

bases el imperio romano, si hubiese tenido en su sucesor un fiel y apto continuador de su administracion y grandiosidad de miras.

Tiberio lo continúa, es verdad, en la parte meramente administrativa y en sus primeros días; pero la sangre derramada por órden suya, sin necesidad ni justicia, desvanece su inteligencia, y se presenta él una viva personificacion de los abusos que condena y de los excesos que intenta evitar con leyes que él es el primero en desconocer y desacreditar.

Diríase que el poder absoluto de que se sienten revestidos los emperadores de Roma, á raíz de la muerte de la república, concentrando en ellos solos, en una sola persona, toda la libertad de que gozaban los cuatro millones de romanos que moraban en la ciudad eterna, les obligaba á los excesos de quien siente sobre sí mayor peso del que puede soportar y forcejea por libertarse de la insoportable carga, produciéndole sus esfuerzos vértigos y locura que necesita sangre humana para acallar los gritos de tanta libertad.

Parece pesar un destino fatal sobre los emperadores que se suceden en la ciudad de Roma: el de hacer olvidar cada uno con sus excesos mayores que los de su antecesor, el mal nombre adquirido por sus crueldades. Los excesos de los primeros emperadores eran una débil sombra comparada con los de Calígula. Muy bien le conocería Tiberio cuando dijo: «Al pueblo romano le dejo una serpiente para devorarle,» aludiendo á las cualidades morales de su sucesor, cualidades que hicieron decir á Séneca hablando de él: «la naturaleza parecía haberle producido para mostrar á un tiempo, el vicio más extremado, sostenido por la autoridad más despótica.»

No nos ocuparíamos de ese mónstruo con semblante humano, á pesar de estar dotado de cierta belleza de rostro, no obstante el color pálido que le denunciaba enfermizo, á no ser porque, debiendo estudiar la civilizacion romana, por figurar entre las más importantes de todos los pueblos, debemos fijar toda nuestra atencion en las figuras de primer término del gran cuadro que nos ofrece la historia que no podemos desatender.

Si se consideran los acontecimientos del reinado de Calígula no se observan más que actos de locura ó sin igual crueldad. Sin embargo, como gene-

ralmente acontece con todos los tiranos, los primeros actos de su gobierno hicieron esperar días felices para el pueblo. Prometió al Senado que partiría con él las funciones administrativas que le competían como emperador, y darle gran parte en el ejercicio de la autoridad suprema, considerándose como su hijo y discípulo; mandó poner en libertad á los presos, llamó á los desterrados, perdonó á los que habían conspirado durante el reinado anterior y quemó las pruebas escritas que Tiberio había recogido contra ellos, reformó el órden ecuestre, abolió la mayor parte de los tributos que agobiaban al pueblo y arrojó de Roma á las prostitutas.

Calígula que no carecía de cierto talento natural y que había recibido más que regular instruccion, había estado sujeto desde su tierna infancia á enfermedades físicas que, pasando á estado crónico, influyeron fatalmente en su carácter enfermizo, propenso á ataques casi epilépticos que debían decidir con el tiempo de su temperamento. Por otra parte, y como si pesara un síno fatal sobre los emperadores romanos, sin exceptuar uno solo de ellos, tuvo Calígula un mal preceptor sobre cuya familia había caído una maldicion que les asemejaba á los ángeles precitos.

Tiberio, abuelo de Calígula, había confiado la educacion de su nieto á Herodes Agripa, nieto éste, á su vez, de Herodes, apellidado el Grande, conocido por los bárbaros hechos criminales que le hacían más digno de ser emperador de Roma que rey de Judea, cuyo nombramiento obtuvo de Augusto. Los nombres de Herodes como el de Tiberio van unidos á hechos que la humanidad recuerda para execrarlos, y parece mediar entre ellos una relacion sangrienta que llena de espanto á quien reflexiona en la fatalidad que les acompaña. La psicología tendría abundante materia de observacion en esas raras asimilaciones que nos presenta el estudio de la historia.

Más adelante veremos que Calígula tuvo la osadía de querer ser mirado y venerado como un Dios; cierto que es el delirio de la vanidad en un pobre mortal aunque vaya adornado con el pomposo pero hueco título de emperador; mas no debe olvidarse que, al hacer esto Calígula, seguía al pié de la letra las lecciones de su preceptor.

Herodes Agripa, el maestro de Calígula, se había adquirido muy triste

celebridad por los muchos crímenes de que se había hecho culpable, rematando sus inauditas crueldades, comparables sólo á las de su abuelo, con una terrible persecucion contra los cristianos. Era el segundo día de los señalados para celebrar en Cesarea magníficos juegos públicos en honor de Claudio II, y rodeado el rey de multitud de cortesanos, que tambien los tienen los tigres, ostentaba un vistoso y resplandeciente traje, en el que los ojos de todo un pueblo se fijaban con admiracion, y acababa Herodes de oir las tímidas frases con que los diputados de dos naciones, trémulos en su presencia, le pedían el perdon de una leve falta, y sus ojos brillaban de orgullo. «¡No es la voz de un hombre, decía el pueblo escuchando un pomposo discurso que el soberano dirigía á los enviados: es la voz de Dios!» ¡Miserables! Los pueblos son dignos de los reyes que les azotan y muy merecido se lo tienen. El pueblo calificaba de Dios al preceptor de Calígula y él lo recibía con orgullo! Y ese pueblo que daba el título y honores de Dios á su verdugo, fué á su vez verdugo y no quiso reconocer por Dios á quien le hablaba en nombre del mismo y en el suyo propio por ser su Unigénito, probándoselo con hechos extraordinarios, milagrosos, en confirmacion de sus palabras. ¡Qué lecciones tan elocuentes ofrece la historia á quien sabe leerlas, comprenderlas y meditarlas!

En Judea y en Roma se daban sus soberanos aires de dioses y les veneraban sus pueblos. No se olvide este dato, y se tendrá la medida de lo que podía ser aquella civilizacion donde eran posibles tales bajezas y humillaciones, ya que no fueran el paroxismo de la locura delirante.

El discípulo de Herodes debía dar algun día muestras evidentes de su aprovechamiento en la escuela de sus maestros, por más que los romanos, seducidos con las brillantes reformas llevadas á cabo por su soberano y llenos de esperanzas para el porvenir, le aclamaran llamándole el *modelo de los príncipes*.

Y así fué, en efecto. Ocho meses de beneficios ocultaban su alma pérfida, y ensoberbecido con las contínuas alabanzas que le prodigaban, dió rienda suelta á la falsía y perversidad de su infame corazon.

Ebrio de orgullo, se jactaba de ser el soberano de todos los reyes de la

tierra, y miraba á los demas príncipes como viles esclavos. Aspiraba, como ya lo hemos dicho, á ser venerado por Dios, y haciendo decapitar todas las estátuas de Júpiter, colocó la suya en su lugar, hizo erigir un templo en su honor, se nombró á sí mismo sacerdote, instituyó sacerdotes é inventó nuevos sacrificios para aplacar su saña, uniendo en esta adoracion vil y baja á su mujer y á su caballo.

Un rasgo nos pintará mejor que todo la ridícula locura de Calígula y la abyeccion de la sociedad romana precipitada en el abismo de la bajeza y degradacion. Para merecer mejor el flamante Júpiter el nuevo título que se había dado, quiso imitar por medio de una máquina el relámpago, el trueno y el rayo, y en medio del ruído que producía, arrojaba una piedra al cielo y exclamaba como desafiándole: «ó vénceme ó te venzo; es preciso que uno de los dos desaparezca.» Y calmándose en seguida, y como burlándose á la vez del cielo y de la tierra, de los dioses y de los hombres, se dirige á los que le miraban atónitos, diciéndoles: «¡Júpiter me ha pedido perdon!»

Calígula era digno de los romanos. Habían estos degenerado de aquella virilidad que les hizo dueños de todas las naciones, y ahora un imbécil, un tigre con cabeza de hombre, les tiene subyugados. Es que los destinos de Roma estaban cumplidos y debía empezar para ella una nueva era; es que el imperio de las armas debía ceder al imperio de la paz, pero de una paz racional, no de la calma del aturdimiento, de la fascinacion, en que tenía á la ciudad una familia de tiranos que se sucedían unos á otros así en el trono como en su fiereza y crueldad.

Calígula deshizo cuanto bueno había hecho Augusto en honra de las letras y de la civilizacion. No contento con sus extravagancias divinales, derribó las estátuas de los grandes hombres de la república, hizo quitar de todas las bibliotecas públicas los bustos de Homero, de Virgilio y de Tito Livio, y pasando de lo público á lo particular, porque no hay vallas que detengan á un tirano imbécil, arrebató finalmente á muchas familias los monumentos de la gloria y virtud de sus antecesores. Obrando de este modo estaba Calígula dentro de las leyes lógicas: aquellos monumentos eran otros

tantos acusadores de sus vicios y crímenes, y los tiranos no sufren ni el lenguaje mudo contra ellos.

El idiotismo de Calígula debía tener otras manifestaciones: debía ser un mónstruo completo, y lo fué efectivamente. El pueblo romano merecía todas las afrentas, todas las ignominias, y Calígula se encargó de arrojárselas al rostro. La primera accion que había demostrado los feroces instintos del hipócrita emperador, del digno discípulo de Herodes Agripa, fué el dar muerte por su propia mano y á la vista de sus cortesanos, á un capitan de su guardia, para arrancarle la posesion de una mujer á quien amaba y que Calígula quería para sí. El cobarde pueblo romano tuvo pues la culpa de que desde entónces pudieran contarse los crímenes de su emperador por los días de su existencia.

Entrado Calígula en este camino, ya no podía detenerse, pudiendo contar con la cobarde complicidad de un pueblo digno de su soberano. Desde aquel momento se acostumbra Roma á ver á su amo, afeminado como un déspota oriental, vestir trajes abigarrados impropios de la elevada dignidad que representaba, cargado de pedrerías, perfumes y objetos extravagantes que le convertían en verdadero arlequin, llegando hasta la ridiculez de la bufonería como ponerse barbas de oro, empuñar atributos de los dioses, como el tridente de Neptuno, el rayo de Júpiter, calzando unas veces sandalias, otras coturnos, ya disfrazándose con ornamentos militares, ya adoptando el calzado y otras prendas del traje de las mujeres.

¿Nos permitirán nuestros lectores que descorramos un poquito más el velo de los siglos, y que, cubierto el rostro de vergüenza, contemplemos un momento el horrible y asqueroso espectáculo que nos ofrece Roma escarnecida por el tirano que la escupe y deshonra?

Deshonesto y licencioso Calígula vivió incestuosa y públicamente con sus tres hermanas, presentándose con ellas al pueblo en las posturas más indecentes y vergonzosas, y no satisfecho con tanto cinismo y hediondez, arrebataba las esposas á sus maridos obligando á estos á ser testigos de su propia deshonra. La naturaleza y la moral andan igualmente desatendidas y holladas en el ridículo mónstruo.

Para que sus extravagancias fueran por igual increíbles en todos conceptos, no tendrá semejante en sus prodigalidades, aunque no sea este el nombre que debe darse á lo que tira y malgasta. Á unos amigos del circo les arroja en una noche de orgía regalos por valor de dos millones de sextercios; otras veces se traga perlas de enormes precios disueltas en vinagre y sirve á sus comensales panes y manjares condimentados con oro. Mandó construir unos baños expresamente para su uso, en los cuales se derramaban los más preciosos y costosos perfumes, y sus gastos en la mesa excedían á toda ponderacion.

Si nos faltara una prueba de la perversa locura del dueño de Roma, conocido con el nombre odioso de Calígula, nos la ofrecería el amor que tenía á su caballo, como si fuera incapaz de sentir por ningun sér humano y tuviera su semejanza en un irracional. Con más ó ménos fundamento se ha dicho que intentaba hacer nombrar cónsul á su caballo, á quien puso el nombre de *Incitatus*, al que le hizo construir una cuadra de blanquísimo mármol y un pesebre de marfil, y cuando había de salir el bruto, colocaba la noche anterior á la puerta de la cuadra varios centinelas, encargados de alejar de sus inmediaciones todo rumor para que no interrumpiesen su sueño. Como si todo esto fuera poco, fabricó expresamente para *Incitatus*, un palacio lujosamente amueblado, con varios cocineros para festejar opíparamente á cuantos fueran á visitarle, y el mismo Calígula le puso varias veces á su mesa, presentándole avena y vino generoso en un plato y una copa de oro.

¡La dignidad del Senado romano equiparada á la de los brutos! Esta es la síntesis de todos los hechos de que acabamos de hablar. La consecuencia y prueba á la vez de la exactitud de la observacion está en este otro hecho, que debía seguirse como un corolario. Calígula hizo degollar á muchos senadores, convocándoles despues, como si estuvieran vivos. Andan aquí juntas la crueldad y la impiedad; es cierto; pero la inflexibilidad de la lógica lo exigía. El senado romano carecía de razon de ser desde el punto en que abdicaba su dignidad de cuerpo y olvidaban sus individuos no sólo que eran romanos, sino que habían nacido hombres.

Enojado Calígula de un pueblo tan bajo como lo era el romano, le trata como se merece y entrega á los ancianos y achacosos á ser pasto de las fieras en los juegos públicos del circo, só pretexto, como él mismo decía, de desembarazar á Roma de ciudadanos inútiles. Complacíase en prolongar los tormentos de sus víctimas; asistía siempre á sus suplicios, y los suspendía durante tan bárbaro acto, para prolongar su agonía; llegando su odio á la humanidad á tal exceso de rabia que muchas veces decía que quisiera que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para cortarla de un golpe.

¡Raro contraste! La dignidad romana no tuvo jamás mejor intérprete, ni representante más perfecto que Calígula en los momentos en que expresaba este inícuo deseo. El pueblo de Roma debía preferir la muerte; la desaparicion, ántes que tanta deshonra, y la aspiracion que él no acertaba á formular, ni expresar, la ponía la naturaleza humana ofendida en la boca de su verdugo. ¡Qué leccion! Y, sin embargo, el pueblo romano vivía tan aletargado que no consiguió sacarle de su indolencia la misma expresion pública del deseo interno de Calígula. Este abogaba por la dignidad de Roma y ella no lo conocía.

Y no se nos diga que hubo muchas conspiraciones contra la vida de Calígula y que una de tantas habría tenido feliz término, á no haberse esparcido el rumor de que Calígula iba á emprender la guerra contra los germanos y bretones.

Reservando para luégo nuestras razones ¿qué fué la empresa contra aquellos pueblos? Los grandes preparativos que hizo Calígula para aquella expedicion no produjeron más que un ridículo resultado. Hacíase llevar recostado sobre un lujosísimo pavés en hombros de ocho soldados de su guardia, mandando regar de antemano las calles de las ciudades y los caminos del tránsito para que no le incomodase el polvo; y en vez de apoderarse de la Bretaña, se contentó con acoger á uno de los príncipes arrojados de aquel reino, y en lugar de conquistar la Germania, se contentó con que sus tropas recogieran multitud de mariscos en las orillas del mar para adornar su palacio.

Ni se nos objete tampoco su asesinato llevado á cabo por Chereas, tri-

buno de las cohortes pretorianas, vengándose así de las repetidas injurias personales que había recibido, al propio tiempo que libraba á la tierra de un monstruo tan funesto. La muerte de Calígula fué un vil asesinato sin ningun provecho: fué la satisfaccion de venganzas particulares, no el grito de independencia y libertad que debía esperarse de la Roma de las grandes virtudes, de la Roma del grande patriotismo.

Es verdad que á la primera noticia de la muerte de Calígula, los cónsules y el Senado se apoderaron del Capitolio y de la plaza pública, y pretendieron restablecer la antigua libertad; pero tambien es verdad que el populacho veía en el poder imperial un freno puesto á la avaricia y á la opresion de los grandes, por lo que se unió á los pretorianos, y pidió en alta voz un solo señor, en vez de los muchos que aspiraban á serlo.

Claudio, sucesor de Calígula, oculto detrás de unos tapices, huyendo de los asesinos, pidióles á estos la vida, al verse descubierto; y, con la vida, le dieron al propio tiempo el imperio. Tal para cual, debiéramos decir aquí, si se nos permitiera la vulgaridad de la frase, que bien puede pasársenos si se tiene en cuenta el valor de aquellos á quienes la aplicamos.

Retrocedamos, empero, unos cuantos pasos y examinemos si hubo alguna accion en la vida de Calígula que revele tendencias á los adelantos de la civilizacion en algunas de sus varias manifestaciones.

El único rasgo que á duras penas se le puede atribuir, porque no presenta objeto laudable, es la transformacion en palacio de la casa que para sí había edificado Augusto, que adornó con lujo más oriental que romano, pero robando, al efecto, las pinturas y estátuas de los templos más celebrados de Grecia; como si estuviera de Dios que no pudiese hacer una obra completamente digna de elogio.

Otra de sus empresas, que podría figurar entre las más notables de los mejores tiempos de Roma, fué el puente que mandó construir desde Bayas á Puzzolo en una extension de algunos miles de pasos: complaciéndose en empresas de construcciones por el solo capricho de que eran al parecer imposibles. Así es que manda cortar rocas, allanar montes, formar otros artificiales en llanuras; construye galeras liburnienses de diez bancos de remos

con sus popas adornadas de piedras preciosas; recorre las costas de la Campania en esos buques donde manda fabricar baños, salones, comedores, galerías, con sus árboles y hasta viñas, y las recorre sentado á la mesa, presenciando bailes á bordo y al son de diversos instrumentos músicos.

Calígula es el primer emperador romano que obtiene déficit en su erario, ocasionado por sus locos gastos, pero es tambien el primero á quien se le ocurren ingeniosos y seguros medios para enjugarlo. Es verdad que en dos años agotó el tesoro de Tiberio, gastando la enorme suma de mil setecientos millones de sextercios, pero lo es tambien que hasta su reinado nadie presenció con tanto lujo los juegos que él dió, ensanchando ademas los circos, los anfiteatros, construyendo otros nuevos, y dando espectáculos deslumbrantes.

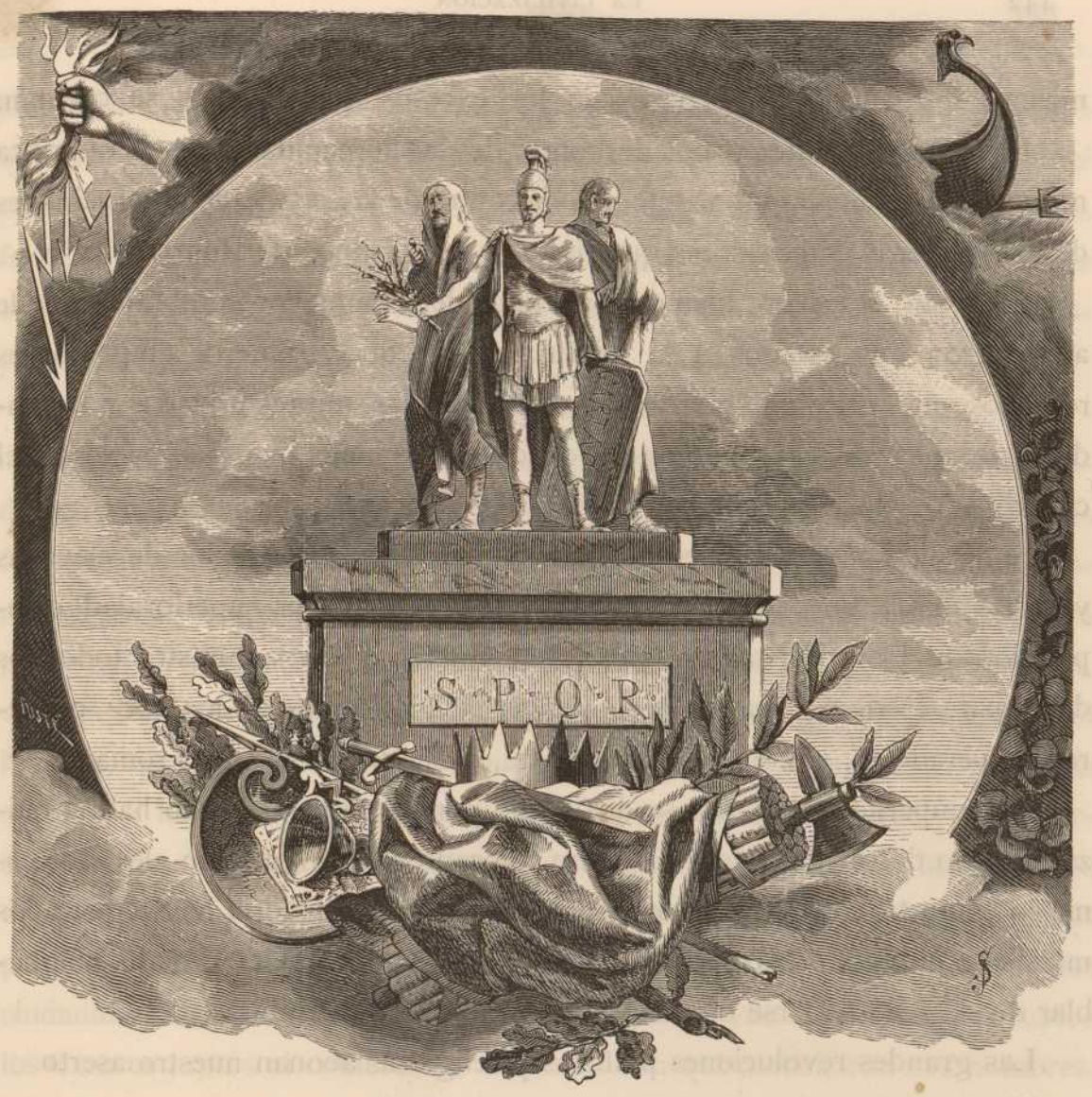
Á fin de allegar recursos, con que atender á sus locas prodigalidades, instala en su palacio una casa de juego, para quedarse él con las ganancias; anuncia la venta de varios objetos insinuando á los ricos que presenten crecidas posturas, ordenando dar muerte á los que no se avienen á darle el dinero; manda que le regalen aguinaldos el día primero de año, y él se coloca en la *bandeja*, que diríamos ahora, para presenciar las entregas.

La amabilidad de nuestros lectores nos perdonará si la materia que tratamos carece de atractivo y está sobrada de repulsion: culpen de ello á la civilizacion romana anegada en sangre y corrompida en lodazales de vicios y podredumbre, porque nosotros bien quisiéramos presentarles páginas amenas y de lectura sabrosa y deleitable que á la par que les instruyera, les recreara.

Si estas no recrean, instruyen ciertamente, porque nos demuestran que no consiste la civilizacion de un pueblo en sus muchos hombres armados, en los muchos millones de súbditos que obedezcan sus mandatos, en los muchos suntuosos edificios que posean sus magnates, en los raudales de oro que se consuman en espectáculos públicos y contínuos regocijos con que distraerse ricos y pobres; sino en el mútuo amor que reina entre todas las clases sociales, en la buena voluntad entre los gobernantes y los gobernados, en la paz y caridad en todos los actos públicos y privados, en la ín-

tima union finalmente que haga un solo hombre de todos los que compongan la entidad Estado con perfecta unidad de miras recíprocamente entre ricos y pobres, grandes y pequeños, identificados todos con la persona ó personas encargadas de la direccion y gobierno, para mejorar la suerte de todos y enaltecer, *á la par que á sí propios,* el buen nombre de la comun patria, dándole lustre y provecho imperecederos.





CAPÍTULO VI.

UNA OBSERVACION.—MÁS SOBRE LA POLÍTICA DE LOS EMPERADORES ROMANOS.—DECADENCIA GENERAL.

Son verdaderos los hechos atribuidos á los emperadores romanos?

Esta pregunta es una prueba concluyente de la bondad del corazon de quien la hace, porque, juzgando de los demas hombres por sí

mismo, los considera incapaces de los excesos que de ellos se cuentan.

Desgraciadamente, y por deshonra de la humanidad, la severa crítica no puede oponer ningun argumento en contra de la certeza de las crueldades de los primeros emperadores que rigieron los destinos de Roma.

Suetonio, el célebre historiador latino, debe la mayor nombradía que le adquirieron sus escritos á la historia de los doce primeros emperadores romanos, en cuya obra se propuso retratar las costumbres privadas y la conducta personal de cada uno de los doce Césares, más bien que presentar el cuadro de los sucesos políticos y militares de sus reinados.

Si álguien negara á Suetonio los honores de un historiador de elevadas y vastas miras, no podría negarle con justicia su mucha superioridad comparado con los cronistas en general. Y Suetonio nos suministra todos los datos para escribir hasta los hechos más insignificantes de los doce primeros emperadores, que en su mayor parte, deshonraron el trono romano.

Tal emperador que más se distinguió por sus ferocidades no habría quizas pasado de ser un vulgar libertino colocado en sitio no tan elevado, como lo es un trono, de la misma manera que en la historia hay registrados muchos nombres, oscuros por otra parte, que nunca hubieran dado que hablar de sí, á no haberse ofrecido la oportunidad de exhibirse.

Las grandes revoluciones políticas y religiosas abonan nuestro aserto.

Y no es esto todo.

Nosotros, que no tenemos simpatías ni sentimos aversion en absoluto, por ninguna forma determinada ó concreta de gobierno, podemos con leal imparcialidad ser jueces, mejor que otros muchos, en la cuestion que implícitamente se nos presenta planteada por la misma naturaleza de las cosas.

¿Era el imperio el culpable de las crueldades de los Césares romanos? ¿Hay algun partido político, preguntamos nosotros, que pueda arrojar la piedra al acusado? La historia nos dice que todos los partidos, que todas las formas de gobierno, están en el deber de callarse, y dejar que se vaya en paz el acusado.

Ningun procónsul romano dejó á la posteridad un nombre tan abominable, como lo dejó en Francia el comisario en Nántes de la Convencion,

Juan Bautista Carrier, por no citar más que uno solo de los tantos tiranos que produjo la primera revolucion francesa. Y por si acaso no se tuviera por bastante adelantados á los del año 93, ahí están los del siglo de las *luces*, que á la luz del petróleo imitan á Neron en la especial industria de aquel tirano de convertir á los hombres en blandones, en cuyo siniestro resplandor se gozan como aquél.

Ni la *Commune*, ni Carrier, ni Robespierre, ni otros mil,—baldon eterno de los siglos ilustrados—se quedaron atras de ninguno de los emperadores romanos más célebres por sus instintos sanguinarios. Y si debiéramos decir toda la verdad, pondríamos en primera línea á los déspotas contemporáneos nuestros; porque, al fin y al cabo, no eran los representantes de un poder monárquico absoluto, sino apóstoles de la libertad.....; ni les faltaban, como á los Césares de Roma, las influencias cristianas que, sin conocerlo el hombre, ejercen poderosa accion en su inteligencia y sentimientos. Quieras que no, el hombre aspira el aire de la atmósfera en donde vive, y esta ejerce su accion independientemente de la voluntad del mismo hombre; los tiranos modernos, sin quererlo, ni conocerlo siquera, estaban dominados por la invisible accion religiosa del cristianismo; por esto, y por ser simples ciudadanos sin autoridad ninguna, se hicieron mil veces más reos que todos los Césares juntos al cometer los crímenes con que mancharon sus nombres, el siglo en que vivieron, la nacion que les dió el sér y la religion que les había ennoblecido.

Quédense pues las formas de gobierno y los partidos todos con sus glorias y deshonras, recordando empero que los partidos y las formas no son nada por sí, ni forman ellos á los hombres, sino que estos forman á aquéllos. En su tiempo oportuno estudiaremos, aunque con la brevedad á que nos sujeta la índole de nuestro trabajo, la influencia que en el desarrollo de la civilizacion hayan tenido las distintas formas de gobierno, y entónces, Dios mediante, podremos dar alguna mayor extension á las ideas que apuntamos aquí solamente.

Y despues de hecha esta observacion que hemos considerado necesaria, continuemos sumariamente el exámen de la política de los emperadores ro-

manos en sus relaciones con la civilizacion manifestada más por su conducta que por planes formados de antemano y realizados en su debido tiempo.

La voluntad del ejército, más fuerte en aquel tiempo que las pacíficas resoluciones del Senado, impuso á Roma á Claudio por su emperador. El Senado no se atrevió á oponerse á la eleccion del nuevo César, por más deseos que tuviera de restablecer la república.

La fatalidad que parece pesar sobre Roma dispuso que, al igual de los Césares antecesores, siguiera Claudio una política dulce, expansiva y paternal en los primeros tiempos de su reinado. Su primer acto fué publicar una amnistía general, de que sólo exceptuó á los asesinos de su predecesor. Abolió todos los actos de éste, y mostró la mayor deferencia para con el Senado, los cónsules y demas magistrados. Débese á Claudio la abolicion de la ley de lesa majestad; el pueblo estaba abrumado de tributos, y en su consecuencia agobiado de miseria, y él los disminuyó considerablemente. Uno de sus mayores cuidados fué la administracion de justicia, que hacía al pueblo sentado en su tribunal sin el menor descanso, y sujetándose extrictamente á la ley.

Suplicamos al lector que se fije en estas circunstancias, para que sea mayor su sorpresa cuando vea al Claudio que ahora le retratamos convertido en otro Claudio diametralmente opuesto al presente. Son tan extravagantes pero tan parecidas las raras extrañezas y los cambios de carácter, aparecidos de un modo constante y hasta periódico en los Césares romanos, que se nos harían increíbles si pudiera dudarse de la historia que los consigna con su severa imparcialidad.

Roma es deudora á Claudio de algunas leyes sabias. Reprimió la usura y animó los matrimonios. Ocupóse con mucho celo de la administracion pública. Restableció la censura, engrandeció la circunferencia de Roma, terminó el acueducto comenzado por Calígula, y que se llamó *Aqua Claudia*, y edificó un puerto en Ostia.

Durante el reinado de Claudio el imperio romano extendió aún sus fronteras. La Judea y la Tracia, la Mauritania y la Licia fueron reducidas á provincias romanas. La conquista de la Gran Bretaña fué, empero, el suceso

militar de más importancia acaecido en tiempo de este emperador, quien, pasando el Támesis, derrotó á las tropas que le salieron al encuentro, dejó el gobierno del país á Plancio, y volviendo al punto á Roma, le fué concedido por el Senado el triunfo, dándole el título de *Británico*.

Con todas las buenas cualidades hasta ahora enumeradas, era Claudio débil, gloton, desarreglado y sin dignidad en su semblante y maneras. Para colmo de su desgracia estaba dominado por las mujeres y los libertos; era aficionado al juego y á las comilonas, apasionado por la magnificencia de los espectáculos que llevó á su mayor esplendor, ideando juegos troyanos y cacerías africanas, que hacía representar juntamente con los ya conocidos y celebrados en Roma. En los simulacros de combates navales no tuvo quien le sobrepujara, y los presidía acompañado de su esposa vistiendo él un magnífico traje guerrero y cubierta ella con una clámide tejida de oro.

Adrede no hemos citado el nombre de la esposa de Claudio para reservarle párrafo aparte, en justo castigo de sus asquerosas liviandades y horrendos crímenes que, separándola de toda sociedad decente, la hacen tambien indigna de alternar en un escrito con materias que no preste ella misma y por sí sola.

Dominado el débil Claudio por su esposa y libertos, dependieron de estos los honores, mandos, gracias y castigos. Por sus instigaciones condenó á muerte á varios miembros de su familia, y firmó un decreto que imponía igual pena á treinta y cinco senadores y á más de trescientos caballeros romanos.

Estos actos son crueldades que se comprenden perfectamente en un carácter débil inspirado por una mujer sanguinaria; pero lo que no se comprende es el cambio en las costumbres que forman, por decirlo así, una segunda naturaleza en el hombre, especialmente si éste no está dotado de grandes cualidades, como es cierto que no las poseía Claudio, aunque se diera á veces aires de gramático entendido y de investigador arqueólogo.

Hemos visto poco há la manera casi patriarcal de administrar justicia, desempeñando este cargo sin el menor descanso. Pues bien; veamos dos hechos extravagantes, del género bufo, que diríamos ahora, y juzguen nuestros lectores del síno fatal que presidía los de Roma.

Claudio debía fallar una causa en la que se disputaba el derecho de ciudadanía de un sugeto. Al efecto mandó el César que se vistiera dicho individuo un traje de ciudadano romano miéntras hablara su abogado; y cuando comenzó á hablar el orador de la parte contraria, dispuso el emperador que el mismo individuo se quitara el traje de ciudadano y se vistiera otro de extranjero. Parécenos que no puede darse mayor irrision de la justicia hecha por el más augusto representante de la misma en la tierra.

No es ménos cómico el otro hecho que sigue.

Estaba un día administrando justicia sentado en tribunal. Durante la sesion llega á su olfato cierta fragancia de cocina; pregunta por la procedencia de aquel grato olor, y le contestan que del colegio de los sacerdotes donde celebraban un suntuoso banquete. No necesitó Claudio más explicaciones para abandonar inmediatamente el tribunal y la administracion de justicia, é ir á ocupar un asiento en el banquete de los sacerdotes.

Confesemos ingénuamente que si Claudio, como hombre enfermizo y débil de carácter pudo merecer alguna indulgencia, no es por esto ménos execrable su reinado por lo indigno, bufo y grotesco, sin hablar de lo odioso por sus innumerables crímenes.

Dediquemos ahora unas cuantas líneas al estudio de la civilizacion romana en la época de Claudio: pocas serán, pero aprovechadas, porque apartaremos la vista de escenas tan hediondas, ya que no sabemos pintar mejor el estado de la sociedad de Roma de aquellos momentos históricos que presentando en escena á la prostituta Mesalina, la esposa de Claudio.

Esta, cuyo solo nombre compendía todas las infamias y recuerda los más abominables desenfrenos, compartía el poder absoluto que tenía en el ánimo de Claudio con innobles libertos, pero especialmente con Narciso y Palas, que gozaban de gran favor al lado del príncipe. Estos mismos libertos, de acuerdo con Mesalina, le hicieron firmar á Claudio un contrato de matrimonio entre Mesalina y el jóven patricio Silio, su amante, haciéndole creer que no era más que un juego para prevenir algunos malos presagios. El matrimonio se celebró con las solemnidades ordinarias en presencia del Senado, de los caballeros, del pueblo y de los soldados. Sin embargo, Nar-

ciso, á quien este monstruoso himeneo iba amenazando su poder, participó á Claudio, que se hallaba entónces en Ostia, la indignidad de su esposa. Claudio abriendo por fin los ojos, condenó á muerte á Silio, á Mesalina y á otros varios de sus amantes.

Tácito dice á este propósito: «Así se consumó una venganza justa sin duda, pero que tuvo funestas consecuencias, y que no hizo más que cambiar los actores del más triste de los dramas.»

En cumplimiento de nuestra tarea, presenciemos la escena final cómico-trágica de Mesalina, condenada á muerte por su burlado esposo Claudio.

Era la estacion del otoño. Provistos los libertos de la órden del emperador van en busca de la indigna esposa, ofendidos como estaban, sobre todo Narciso, de ver que adornaba la habitacion de Silio con los muebles que sacaba de palacio. Claudio titubea al saber que su esposa va á morir, pero muy pronto da comienzo á un banquete para olvidar en sus delicias los agravios recibidos en su tálamo conyugal.

El otoño se prestaba á las maravillas para una fiesta báquica. Mesalina representaba una escena de vendimia. Cerca de las tinas de las que manaba el vino de las uvas estrujadas por las prensas, mujeres á medio vestir como las bacantes con una piel de gamo, bailaban en torno de ellas, y Mesalina, con la cabellera suelta y el tirso en la mano, y Silio, coronado de yedra, acompañaban coros lascivos. En esta disposicion y en aquellos alegres momentos supo Mesalina la proximidad del peligro que la amenazaba, y los jardines de Lúculo fueron su último lugar de refugio huyendo á ellos fuera de sí. Preparaba una súplica, cuando, intimándole su madre que se suicidara y no atreviéndose á hacerlo, un tribuno le atravesó el corazon con su espada.

La noticia de la muerte de Mesalina llegó á oídos del emperador, hallándose éste comiendo con sus hijos, que, al saberla, derramaron abundantes lágrimas. Claudio pidió entónces de beber con la mayor serenidad, y manifestó la más completa indiferencia por la desgracia de su infiel esposa.

La pluma se nos resiste, y la inteligencia se nos anubla, cansados como estamos ya de narrar y ver tantos crímenes, tanta prostitucion de todo gé-

nero, tantos delirios y locuras en la capital que se llama centro del mundo civilizado, como si la humanidad se asfixiara no respirando en una atmósfera de sangre, y no pudiera alimentarse, como los buitres y cuervos, sino comiendo carne de cadáveres. Y nos sentimos fatigados, porque léjos de abrirse paso en esta atmósfera asfixiante un rayo de luz que la purifique, se hace de cada vez más densa y pesada, lo propio que sucede al descender en cavernas profundas en el interior de las montañas.

Despues de la muerte de Mesalina los libertos se disputaron entre sí el dar una nueva esposa á Claudio, incapaz de soportar el celibato, y siempre pronto á la obediencia conyugal. La eleccion recayó en la jóven Agripina, sobrina del emperador. El ascendiente de la nueva emperatriz sobre Claudio fué aún mucho mayor que el de Mesalina. Prevalida Agripina de la fascinacion con que sabía dominar á su anciano esposo, consiguió con arte que éste adoptase á Neron, hijo de Cayo y de Agripina, despojando de esta manera de su herencia á Británico, hijo del propio Claudio y de su primera esposa Mesalina. Sin embargo, no tardó Claudio en arrepentirse de esta injusticia.

Las desazones domésticas, que así penetran en los artesonados salones de los palacios de los grandes, como en los ahumados techos de las cabañas de los mendigos, amargaban el apocado espíritu de Claudio, quien en varias circunstancias había indicado que estaba destinado por su mala estrella á sufrir los desórdenes de sus mujeres, y á castigarlas al fin. Alarmada Agripina por las palabras que se le escaparon con este motivo, y no ménos disoluta que Mesalina, resolvió envenenar al emperador, y así lo hizo.

*
* *

Está visto que Roma es decididamente una ciudad muy desgraciada. Sus mónstruos coronados se suceden sin un claro, sin una ligera interrupcion, y gracias aún que así fuera, porque el sucesor es siempre más cruel que su antecesor.

Tócanos ahora hablar de uno cuyo solo nombre ahorra muchas páginas, porque su triste celebridad resuena aún despues de diez y nueve siglos como un ¡ay! prolongado salido del corazon de toda la humanidad.

Ese nombre funesto y odioso es el de Neron.

Pero, siquiera para aliviarnos la penosa impresion de ese fatídico nombre, y porque deberemos referirnos más de una vez á ella, vean ántes nuestros lectores la descripcion que nos hace Tácito de la célebre *Casa de oro* de Neron, expresion materializada y exacta del orgullo de los Césares romanos personificado en el mónstruo más abominable que produjeron los siglos. «No eran el oro ni las pedrerías lo que hacían la extraña originalidad en este palacio; desde mucho tiempo era ya ese lujo ordinario y comun; encerraba campos cultivados, lagos, soledades artificiales, bosques, esplanadas lejanas. Concibieron y dirigieron esas obras Celer y Severo, cuya audaz imaginacion pedía al arte lo que negaba la naturaleza y se divertía caprichosamente con los recursos del príncipe. Habíanle prometido abrir un canal navegable desde el lago Averno á la embocadura del Tíber, á lo largo de una costa árida ó en un suelo erizado de montañas. No se encontraban mas aguas que las de los pantanos Pontinos; lo restante del país era seco ó escarpado; aunque se hubiese llegado á vencer los obstáculos, el trabajo era excesivo y la utilidad mediana. Sin embargo, Neron quería lo increíble; probó de abrir las alturas cercanas del Averno, y todavía se ven vestigios de su esperanza fallida.»

Ampliemos los datos de esta descripcion ántes de penetrar en la cenagosa civilizacion romana representada por Neron. Cuando éste quería lo increíble, claro está que, tratándose de una ciudad como Roma, centro entónces de todos los esfuerzos de los adelantos, había de ser la *Casa de oro* una residencia llena de encantos y maravillas. Que era tal lo acreditan las cuatro leguas de extension á que llegaban los jardines materialmente sembrados de estátuas, llenos de casas de recreo á orillas de un lago, poblados de fieras, con diversos aspectos á medida del deseo, con sitios á propósito para el descanso y la ilusion. Hay allí baños con distintas espitas de las cuales unas dan agua del mar y otras aguas sulfurosas traídas de Albula. Hay allí la estátua de Neron hecha de oro y plata, de ciento veinte piés de altura, coloso

del orgullo, que se levanta soberbia en la entrada del vasto vestíbulo, dominando los pórticos, formados por tres hileras de columnas, que ocupan una inmensa extension de media legua.

Detengámonos; no anticipemos datos que tendrán su oportunidad dentro de poco y entremos en materia para tomarle el pulso á la viciada civilizacion de Roma. Y ántes de estudiar al hijo, será bueno que presentemos un boceto de la madre.

Llamábase Agripina, como ya sabemos. Su vida es un tejido de crímenes entre los que el homicidio, la prostitucion y el incesto ocupan puestos preferentes; pero sólo porque no hay otros más horribles y escandalosos, que si los hubiera tambien los habría cometido aquella mujer, cuya biografía tiene más trazas de una leyenda fantástica, por lo inmoral y absurda que parece, que páginas escritas por la historia.

Si aquí ofrecemos estos datos de Agripina, es porque, debiendo hablar de su hijo Neron, se creerán más fácilmente sus espantosos crímenes, ya que es demasiado cierto que las maldades de la madre rivalizan con las del hijo, y que si alguna disculpa pudiesen tener las de éste, la proporcionaría quizas el ejemplo de aquélla.

Por su desgracia era Agripina una de las mujeres más hermosas de su tiempo; su talento corría parejas con su belleza, pero la dominaban la ambicion y el orgullo. Con estos defectos y con aquellas gracias no es extraño que, desde la intriga al asesinato, no dejara Agripina de recorrer todos los grados de la escala del crímen, para satisfacer sus antojos por grandes é imposibles que fueran.

Siendo hija, hermana y esposa de emperadores, quiso tambien, á despecho de la naturaleza y de las leyes, ser madre de emperador. Ya sabemos á qué accedió Claudio, para saciarle esa ambicion, cuya inmensidad se conoce por una frase de la misma Agripina. Predijéronla, ántes que Neron fuese proclamado emperador, que éste, el único sér acaso que ella había amado, sería algun día causa de su muerte: «¡Qué importa, respondió fríamente, con tal que reine!»

La prediccion se cumplió. Y necesariamente debía cumplirse, porque la naturaleza ofendida debía clamar incesante venganza.

Emperador ya Neron, quería Agripina conservar su autoridad; y sus maquinaciones para conseguirlo irritaron á su hijo. Apeló la madre á toda la astucia para conjurar la tormenta que se cernía sobre su cabeza; recurrió á todas las caricias que pudo inspirarle la rabia de dominar que la cegaba, y, para lograrlo, llevó su perversidad—nuestros lectores nos perdonen que recordemos la historia—hasta entregarse á su propio hijo, como no lo hubiera hecho de seguro la más vil meretriz; pero todo cuanto hizo fué inútil y no sirvió más que para acelerar su fin.

Hagamos aquí punto. Hablemos del hijo de tal madre, y la historia nos dirá cómo murió esta. Miéntras tanto estudiemos nosotros la civilizacion de Roma, la conquistadora de todo el mundo, dejada en manos del hijo de Agripina.

* * *

En los comienzos de su reinado se mostró Neron justo, humano, generoso y liberal, de modo que habiéndole presentado un día para firmar la sentencia de un criminal, exclamó: «Ojalá que jamas hubiese aprendido á escribir.» Neron tenía sólo diez y siete años cuando demostró tan bellos sentimientos, y á medida que crecía en edad, hacía nuevos progresos su natural maligno.

No son de extrañar los bellos sentimientos de los primeros años de Neron; porque Agripina había confiado su educacion al filósofo Séneca, que procuró adornarle de todas las cualidades que deben hacer un buen gobernante: le hizo cultivar con esmero la música y poesía, artes que suavizan el carácter y alimentan la sensibilidad; pero todos estos medios no pudieron impedir el desarrollo de su carácter feroz.

Pedimos indulgencia á nuestros lectores. Nos abandonan las fuerzas áun ántes de engolfarnos en los cenagales donde debemos necesariamente entrar para cumplir nuestro cometido, y nos ahogamos entre tanta pestilencia y repugnancia. Y lo peor es que, perdidos entre tanta perversion, sin guía en

las tinieblas de tanta infamia, no sabemos hacia dónde volvernos, ni qué camino emprender primeramente. Diríase que la locura se ha apoderado de Roma y que el sano juicio es un fenómeno, un tesoro escondido en aquella ciudad pervertida, abandonada en lo profundo de los abismos de toda perdicion.

Conocemos ya la *Casa de oro* de Neron, en la que deja deslizar entre delicias y orgías sus días y sus noches, nunca interrumpidas sino por la preparacion de nuevas sorpresas de inauditos y nunca vistos delirios.

Da á sus comedores una construccion no conocida en Grecia ni en los más voluptuosos pueblos del Oriente. Forma sus techos con tablillas de marfil movibles, que derraman sobre los convidados copiosa lluvia de flores y los más delicados perfumes. Esta ingeniosidad, no recomendada por lo útil ni lo necesario, debe completarse todavía con una grandiosa esfera de movimiento dando continuamente vueltas alrededor de su eje, para imitar el movimiento del mundo.

Si la índole de nuestro trabajo lo permitiera, y si nuestras fuerzas fueran proporcionadas á la magnitud de la empresa, ¡con qué gusto trataríamos aquí una cuestion que, como muchísimas otras, nos encontramos falsamente planteada y no acertamos á solventar, por no tomarnos el trabajo de profundizar y estudiar en sus raices!

¡La redondez y la rotacion de la tierra! ¿Pues no se ha dicho en todos los tonos y por todos los sedicentes sabios, porque todo lo niegan (como si el negarlo todo acreditara otra cosa que falta de saber), no se ha dicho, repetimos, que en la antigüedad y en los primeros siglos del cristianismo, y en la edad media, y hasta en el Renacimiento defendían los sabios (sobre todo los teólogos) la fijeza ó inmovilidad de la tierra y su figura afectando una superficie plana? ¿No se alegan los textos de San Agustin, sólo por ser éste el más sabio, el primero de todos los teólogos habidos y por haber?

¿De dónde sacaría Neron, ó de dónde sacarían sus artistas la idea de la redondez y del movimiento de la tierra figurados en la grande esfera de que acabamos de hablar? ¿Habría tolerado el tirano una burla semejante

si en su ánimo, científicamente formado por Séneca, hubiese habido ideas distintas de las representadas por aquel globo en movimiento?

Este hecho se da la mano—por suceder en la misma Roma, á pesar de la distancia de catorce siglos—con el de los frescos del Vaticano pintados por Rafael. Se ha dicho con tanta ignorancia como malicia que el cristianismo —dígase la Iglesia—era contraria á la redondez y rotacion de la tierra, y ciento veintidos años ántes del nacimiento de Galileo, á quien se atribuyen los dos inventos, toleraba la Iglesia en su mismo centro, y casi en el mismo sitio donde estuvo el globo de Neron, las pinturas del primer genio artístico en armonía con los artefactos de la época del hijo de Agripina.

¡Y san Agustin! «*Eo quod intra convexa cæli terra suspensa sit, etiamsi figura conglobulata et rotunda mundus esse credatur.*» Esto dice el sabio obispo de Hipona, y no lo que le hacen decir los que no entienden sus escritos.

Sentimos no poder continuar, como desearíamos de todas veras, en este camino, para cooperar por nuestra parte á esclarecer la verdad que ocultan la falta de ciencia y el exceso de mala fe, pero nuestro deber nos llama á otro terreno, y no podemos faltar á él.

Para construir Neron su *Casa de oro* agotó el erario público y debió acudir á recursos que los pueblos todos odian y maldicen porque son precisamente los que constituyen su fortuna. Neron, empero, era tan astuto como cruel y supo adoptar medidas con que acallar las justas quejas del pueblo, procurándole distracciones á fin de hacerle llevadera la dureza con que le trataba.

En sus buenos tiempos había Neron pasado largas horas, imitando á sus predecesores, á cielo descubierto en el arco de Fabio, sentado en su silla curul, administrando justicia con una rectitud que era la admiracion de su pueblo; pero el reinado de su justicia fué muy brevísimo cediendo el puesto á la fiereza y crueldad.

Sus crímenes revisten tales caracteres y los comete con tales circunstancias agravantes y con tan fría premeditacion y honda saña, que se apartan de lo comun y ordinario, para entrar en un carácter tan especial, que se sale

de todos los cálculos, de todos los procedimientos, burlando el talento de quien estudie sus móviles ó inspiraciones.

Con bastante talento para conocer que se había hecho odioso á su pueblo, túvolo tambien suficiente para reconquistar otra vez su popularidad perdida, acudiendo á medios abominables pero del agrado del abyecto populacho ávido siempre de espectáculos, por repugnantes que fueran, con tal que les recomendara la novedad.

Estábale reservado á Neron poderle ofrecer al pueblo romano la más extraordinaria serie de espectáculos de sensacion, pero nuevos, y, en tanto grado, que áun apelando á la brevedad y laconismo prestan materia para muchísimas páginas.

Indigno Neron por todos conceptos del elevado puesto que ocupaba, debía él mismo acreditarlo dando principio á la interminable lista de atrocidades, arrojándose desde la muerte de Británico, asesinado por órden suya, al camino de todos los excesos, pasando las noches en las calles de Roma, en las tabernas y lupanares, como un vulgar rufian, acompañado de una multitud de jóvenes perdidos, pareciendo que se había ceñido la diadema imperial á fin de poder ser el primer libertino del mundo. Las noches que no perdía como un miserable villano recorriendo las tabernas de la gran ciudad, pasábalas hasta muy avanzado el día en la *Casa de oro*, donde, segun costumbre, corrían las horas entre la orgía, bajo una lluvia de flores y entre un diluvio de aromas.

Al salir Neron de la *Casa de oro* seguíanle amontonadas las turbas en pos de algun espectáculo á que tan acostumbradas las tenía el disoluto Augusto. Era regularmente aquella la hora más tumultuosa de los asuntos del Foro; los alrededores de la basílica semejaban un hormiguero con el contínuo ir y venir y por el barullo producido por los cambios, contratos, procesos; los despachos de los banqueros no podían contener el número de los negociantes que á ellos acudían; pero sobre todos estos numerosos grupos dominaban la inmensa multitud de jóvenes de familias opulentas cuya vida se pasaba malgastando el día y la fortuna en aquel bullicio. En aquella hora acostumbraba Neron, seguido de sus cortesanos, ir al pretorio para sentarse

en el tribunal. Más adelante veremos su justicia. Sigámosle ahora en sus disipaciones. Permítannos nuestros lectores un suceso curioso que nos dará una magnífica idea de quién era Neron y de las costumbres de su época, punto el más interesante para nuestro objeto.

Una noche, al salir Neron de un lupanar, encontróse al senador Montano con su esposa, y quiso forzarla: el marido, sin conocerle, le apaleó de manera que por poco le mata. Cundió la aventura y supo Montano que había apaleado al emperador. Su mala estrella le inspiró escribirle al emperador una carta disculpándose, y Neron le manda matar por toda respuesta.

Suplicamos toda la atencion de nuestros lectores sobre el siguiente hecho criminal de Neron, cuyas circunstancias agravantes todas, y sobre las cuales no podemos hacer ningun comentario, porque traspasaríamos excesivamente los límites á que debemos concretarnos, son dignas de todo estudio y seria meditacion, porque nos abren anchos horizontes para ver distintamente la honda sima de perturbacion moral en que estaba revolcándose agonizante la civilizacion romana en sus postreras horas.

Por complacer Neron á Popea, su querida, á quien mandará tambien asesinar en su día, dispuso el asesinato de su madre Agripina. Realizado ya el asesinato, da cuenta de este crímen al Senado, y el Senado lo aprueba; Séneca, su preceptor, que tambien será á su vez asesinado, lo aplaude, y lo celebra toda Roma, que en llegándole el turno será reducida á cenizas por el parricida.

Neron se goza contemplando el hermoso cadáver de su madre, registra las entrañas donde estuvo encerrado ántes de salir á la luz del día, y se entretiene en criticar la forma demasiado voluminosa de sus pechos, único defecto, en su concepto, que tenía aquella magnífica figura.

La naturaleza, ofendida, exhaló desesperada un grito de maldicion contra el mónstruo que la deshonraba y escarnecía, y desde aquel momento los vicios de Neron degeneraron en locura. ¡Ay de los romanos, ay de Roma!

Dióse el emperador á representar públicamente en los teatros, y se hacía aclamar actor sobresaliente. El canto era su pasion favorita, y salía á la escena acompañado de sus dos maestros Séneca y Buhrro que mezclaban sus aplau-

sos á los de aquel pueblo esclavo. ¡Qué baldon! Ponían se guardias de trecho en trecho entre el público, para apalear á los espectadores que no se manifestaran complacidos del cantor imperial.

Su furor por el canto será la destruccion de Roma. Al salir de un banquete tan abominable como extravagante cual lo eran todos los suyos, oyó por casualidad que uno de los comensales dijo: «despues de mi muerte, arda el mundo!» y al instante respondió Neron: «¡Que arda, para que yo lo vea,» y mandó acto contínuo pegar fuego á Roma por los cuatro ángulos de la ciudad, yendo él á contemplar desde una torre aquel magnífico espectáculo, cantando miéntras las llamas devoraban los más hermosos edificios y los monumentos más célebres de la antigüedad, un poema que había compuesto alusivo al incendio de Troya. Ocho días duró el fuego; y de los catorce cuarteles de la ciudad diez quedaron reducidos á cenizas. ¡Triste espectáculo que fué para el tirano una fiesta!

Neron no había nacido para ser únicamente sodomita, parricida, crapuloso, borracho, insensato y tirano, sino que debía ser tambien asesino, incendiario, y llevar todos los crímenes, todos los vicios y todos los escándalos hasta su último grado de exaltacion.

Hipócrita Neron tanto como malvado, socorrió con prodigalidad á las víctimas de su locura incendiaria; empezó á construir con sorprendente magnificencia nuevos edificios sobre los escombros de los antiguos, y atribuyendo el incendio de la ciudad á los cristianos, *cosa que nadie creyó*, dice Tácito (1), les hizo sufrir la primera y más violenta persecucion, por el deseo de vengar su reputacion y recobrar de este modo su popularidad perdida por sus abominaciones. «Haciendo de la muerte un juego, continúa diciendo Tácito, unos, cubiertos de pieles de bestias, fueron devorados por los perros; otros atados á estacas, fueron quemados para servir de antorchas ó luminarias durante la noche; y Neron, dejando sus jardines para tal espectáculo, se presentaba vestido de cochero, en un carro, como en los juegos del circo.»

(1) *Anales*, V.

Esto nos recuerda la siguiente cita del gran Tertuliano: «Consideramos como un título de gloria para nuestra Religion que fuese Neron el primero de sus perseguidores, pues basta conocerle para comprender que semejante Príncipe no pudo condenar sino lo eminentemente bueno (1).»

La política de Neron, para desviar de su persona la impopularidad que amenazaba acabar con la muerte violenta su odioso reinado, fué enteramente digna del torpe y voluptuoso pueblo romano. Llenó de comodidades la nueva Roma á la que puso el nombre de *Neropolis*, para memoria de su nuevo fundador ó siquiera restaurador; sembróla de palacios suntuosos, vastos teatros, espléndidos circos y elegantes paseos. No satisfecho con los juegos acostumbrados á celebrar en Roma, creó otros nuevos á los que impuso nombres nuevos tambien; dió grandes, numerosos y repetidos banquetes al pueblo que vivía sólo de pan como materializado que estaba en todo, sin acordarse para nada de los alimentos de la virtud, principal manjar del alma, de la que no se cuidaban los romanos, y, para tener al pueblo completamente distraído, ponía el colmo á las diversiones populares, distribuyendo entre los que llenaban las mesas distintos y ricos objetos que, á su variedad reunían muchos la riqueza, y así el pueblo no tenía más que motivos de alabanza para con el emperador, aunque éste fuera el más terrible mónstruo que hubiese abortado la naturaleza.

Un ejemplo bastará para todos.

Describiéndonos Tácito en sus *Anales*, uno de los banquetes dados por el pródigo emperador, dice de esta manera: «En el estanque de Agripa se construyó una almadía que arrastrada por otras embarcaciones, llevaba el móvil banquete. Los buques estaban adornados de oro y marfil; jóvenes infames, colocados segun su edad y sus lúbricos talentos, servían de remeros. Habíanse reunido aves raras, animales de todos los países y hasta peces del Océano. Á orillas del lago levantábanse casas de libertinaje llenas de mujeres de preferencia. Representáronse primeramente gestos y danzas obscenos; despues, á medida que se aproximaba la noche, todo el bosque

(1) *Apologético*, cap. 4.

cercano, todas las casas de los alrededores resonaron con cantos y brillaron con luces. Neron, ébrio con todas las voluptuosidades que tolera ó proscribe la naturaleza, parecía haber llegado al último término de la corrupcion.»

Roma era un teatro pequeño para las locuras de Neron, no obstante de presentarse como artista y actor cómico delante del Senado y de cien mil espectadores; ni le basta presentarse en las luchas de las carreras, ni disputar los premios concedidos al canto y á la lira: su vanidad le llevó á Grecia para entrar en lid en los juegos Olímpicos, y se hizo adjudicar el premio poco ménos que á la fuerza.

¿Quiere el lector más curiosos pormenores del afeminado y vanidoso carácter del hombre más sediento de sangre, al mismo tiempo, que han producido los siglos? Al ver acabada su *Casa de oro*, dijo desdeñosamente: «Ahora á lo ménos voy á estar alojado como un hombre.» Nunca lleva dos veces un mismo vestido. Cíñese diademas cuyo valor asciende á cuatro millones de sextercios. Juega á cuatrocientos mil sextercios el punto. Viaja seguido de mil coches; manda poner herraduras de plata á sus mulos.

Suetonio acabará de ampliarnos estos datos retratándonos lo dicho por Neron conforme en un todo con sus hechos: «La prodigalidad, decía, es el único uso agradable de las riquezas; solamente los avaros cuentan sus gastos. Para ser verdaderamente magnífico, es preciso saber arruinarse.» Al expresarse de esta manera loca, hacía siempre entusiastas elogios de Calígula, príncipe admirable, decía, por haber disipado en dos años la colosal fortuna dejada por Tiberio.

¿Cómo prodigaba Neron sus cuantiosas riquezas arrancadas de sus súbditos? Popea, su querida y esposa, tenía sus mulos con herraduras de oro y en todos sus viajes la seguían quinientas burras para llenar de su leche la bañera dentro de la cual buscaba la frescura y hermoso tinte de su tez. Alguno de sus favoritos llega á recibir ochocientos mil sextercios diarios de regalo: otro gasta en un banquete cuatro millones de sextercios solamente en rosas y coronas de seda perfumadas. Otro, en una cena, hace derramar sobre el César un diluvio de flores que llueven de entre mil cañerías de oro y marfil, formando ingeniosas combinaciones.

Ademas, en Popea, convertida de querida en esposa, por indiscrecion de su propio marido Oton, favorito del emperador, tenía Neron una digna émula de sus prodigalidades y despilfarros.

La civilizacion romana nos presenta en las familias cuya historia conocemos, más ó ménos, herencias de disoluciones y vicios vergonzosos que demuestran la tremenda crísis de aquella sociedad destinada á perecer irremisiblemente bajo el peso de sus liviandades y locos desarreglos.

Popea había heredado de su madre Sabina la hermosura, los atractivos y las disoluciones, agregando ademas una extremada coquetería cuyo objeto principal fué la ambicion, á la que sacrificó todos sus afectos, su virtud y hasta la tranquilidad de su existencia. Llevóla su veleidad á cambiar de maridos como de adornos, hasta que Neron la arrebató á su favorito Oton, prendado de las gracias que le ponderó el indiscreto marido.

Dueña absoluta ya Popea del corazon del emperador, no vaciló la querida en valerse de todo su ascendiente para perder á Agripina madre del mónstruo, y por otro crímen se deshizo de la virtuosa Octavia, cuyo lugar ocupó despues de repudiada ésta por el emperador.

Las relaciones sociales en Roma perdían continuamente la formalidad que tan alto lugar la dieron en sus buenos tiempos, y los vínculos relajados de cada día más formaban apénas la sociedad de la familia próxima á disolverse, como se iba disolviendo ya la sociedad romana. El ejemplo cundía desde lo alto abajo, y el pueblo se rige siempre por la luz que recibe de los que, puestos en sitios elevados, deben enviarle claridades que le alumbren é ilustren y no humareda que le ofusque más en la negra oscuridad á que le condenó ya su natural posicion y estado.

Conociendo Popea el poder de sus atractivos sobre Neron, se atrevió en algunas ocasiones á chancearse con éste, cosa á que muy pocos se hubieran atrevido. Sucedió, empero, que un día en que él no estaba de buen humor —no acostumbran estarlo mucho las fieras—le dirigió de broma palabras sobre un asunto que no era de gusto del tirano, é irritado éste le dió un puntapié en el vientre—caricia poco imperial y ménos cortés pero muy *neroniana*—sin considerar que estaba en cinta, y la dejó tendida en el suelo.

El golpe fué tan violento, que á los pocos días había ya dejado de existir.

Para el estudio de las costumbres romanas merece consignarse que Popea fué la primera mujer romana que usó el velo para resguardarse del sol. Esto unido á los baños de leche de burra que tomaba diariamente, nos dirá si estaban ó no adelantados los romanos en el arte de agradar y del coquetismo.

El vil oficio de delator se convirtió en la época de Neron en uno de los más lucrativos, seguros y ménos penosos. Entre las muchas leyes—malas todas—que dictó Neron, había una por la cual debía conocerse en justicia de todas las palabras y de todas las acciones. Si esta ley era tiránica, la de los testamentos era absurda é inicua, ademas de las arbitrariedades á que se prestaba por la interpretacion de la ingratitud tan lata como el capricho del emperador, ó la ambicion de sus favoritos, ó el odio de cualquier enemigo alentado por la codicia.

Á Neron le estaba reservado el mérito de lo inverosímil en todo ménos en el bien, del que parecía ser incapaz, como si—no se nos tome á blasfemia—hubiese sido confirmado en el mal desde el seno de su madre. Juzguen el siguiente hecho nuestros lectores, que nosotros se lo damos sin una palabra de comentario. Prohibió el uso de los colores violado y púrpura, pero oculta y secretamente incitaba á los comerciantes á venderlos, confiscando él de esta manera los bienes de los que los compraban.

* * *

La claridad nos obliga á continuar esta materia que nos agobia ya y nos ahoga. El recuerdo de tantos y tan nefandos crímenes nos abruma como una tenaz pesadilla, y, sin embargo, nuestro deber nos impone continuar en el exámen de la decadencia de la gravedad romana, que, al igual que

una lámpara al extinguirse su vacilante llama, lucha, forcejea, parece avivarse, recobrar su brillante luz, para ceder fatigada ante la necesidad de morir.

Hemos visto á Neron acudir á Grecia en busca de emociones y de tesoros: su corazon siente el vacío, y ¡qué horrible es el vacío del corazon en quien posee todo un mundo!

Uno tras otro han desaparecido de la escena de la vida todos los seres que podían serle afectos, ó que podían ocupar un puesto en su agitado corazon: madre, esposas, hermano, parientes, queridas, maestros, favoritos, poetas, literatos, duermen todos el sueño de la muerte á que les condenó su ira, sus celos, su ambicion, su volcan de pasiones en contínua erupcion. Á falta de seres queridos, ante los remordimientos de tantos asesinatos, ensordecido por los ayes de tantas víctimas y abatido por el llanto de tantos desgraciados, pide á Grecia lenitivos para su corazon, distracciones para su febril imaginacion, nuevos campos para sus triunfos artísticos, nuevos alimentos á su curiosidad excitada. Y Grecia corresponde al tirano dándole por espacio de muchos meses fiestas y juegos y toda clase de solemnidades que le recuerden los buenos tiempos del ilustre pueblo de Atenas.

El César romano toma parte en todos los juegos, y en todos sale vencedor, porque..... es emperador. El servilismo es antiguo como los tiranos, y los tiranos son antiguos como el mundo.

Si Neron se presenta á cantar acompañándose de la lira, si recita versos, si lucha — como en Olimpia — en un carro tirado por diez caballos, sale siempre vencedor; el pueblo le aclama y le llena de aplausos, de honores, de coronas y le rinde cultos casi divinos. Y Grecia pagará tanta bajeza, tanta humillacion y desdoro, haciendo él morir á sus competidores, arruinando al país cuyos templos ha saqueado, y llevándose á Roma sus dioses á centenares.

La vuelta de Neron á Roma es una página afrentosa que mancha la historia de la ciudad eterna; allí hay el servilismo elevado á la última potencia. Las ciudades de Italia le reciben á su paso con espléndidas fiestas; los aires resuenan con vítores al vencedor, la Grecia le ha entregado mil

ochocientas coronas y las ostenta poseído de vanidad en la ciudad imperial. Entra en Roma en el carro triunfal de Augusto, como si viniera de conquistar el mundo, cubierto con una clámide sembrada de estrellas de oro, ceñida la frente con el olivo olímpico, y empuñando el laurel de los juegos píticos.

Desde los corrillos de la plebe hasta las reuniones de los patricios, no se oye hablar en Roma sino de las maravillas del extraordinario y sorprendente triunfo del emperador. Los superficiales adictos del Augusto, los histriones subvencionados por el César y todos los parásitos de la córte, mezclaban las novedades de última hora con los cuentos de las proezas de Grecia. Pueblo, caballeros y senadores aclaman frenéticamente al vencedor en todos los juegos, al nuevo Hércules y nuevo Apolo. ¡Qué ignominia para los que conquistaron todas las naciones!

Hércules con todos sus doce trabajos era un despreciable pigmeo comparado con Neron, y lo más admirable para aquellos reptiles de Roma, era que el valeroso emperador había llevado á cabo tan portentosas y singulares hazañas en un año; que se había hecho superior á la naturaleza humana, que era un dios tan grande y áun mayor que Júpiter, que por tal le había reconocido el Olimpo, y que Roma debía tenerlo muy en cuenta.

Muy hondo arraigarían estos sentimientos en los corazones del pueblo romano ya que, á pesar de sus horrendos y multiplicados crímenes, á pesar de la instintiva y natural repugnancia que debían sentir todos contra tanta infamia personificada en aquel mónstruo coronado, es lo cierto, y avergüenza tener que consignarlo, que el pueblo romano, viendo solamente en él al representante del lujo más desenfrenado, criminal é insensato, le amó y lloró amargamente su muerte, dando así una prueba de la popularidad que había sabido captarse con sus desórdenes el que los llevó más allá de lo creíble, con su aficion á obtener lo increíble.

Los pocos ciudadanos que tuvieran aún en algo el nombre romano—si alguno había—sentirían enrojecérseles de vergüenza el rostro al presenciar tanto servilismo, y los ricos formarían sus cálculos acerca las maneras de llenar un tesoro tan exhausto, y los ciudadanos ilustres temerían á

cada momento recibir la órden imperial de ponerse enfermos y morir (1).

Miéntras tanto continuaba el mónstruo coronado bañándose en sangre humana y arruinando las provincias para saciar á sus esclavos y satisfacer su insensato lujo, cuando en la noble España se lanzó un grito de indignacion contra el tirano. Vindex escribió á Galba, gobernador de la Galia Tarraconense, suplicándole tuviera piedad del género humano cuyo azote era su detestable señor.

Galba se hizo proclamar emperador, y el pérfido Senado, la vil hechura de todos los tiranos, declaró á Neron enemigo público, y le condenó á ser precipitado de la roca Tarpeya, despues de haber sido arrastrado desnudo por las calles y azotado hasta la muerte.

El cobarde emperador, al saber el castigo que le esperaba, se dirigió á casa de uno de sus libertos, donde se mantuvo oculto durante la noche en un aguazal cubierto de cañas. Despues de entrar en la casa, ofreciéronle un pedazo de pan moreno, que rechazó, bebiendo solamente un vaso de agua caliente. Advertido de que le buscaban por todas partes, hizo abrir su sepultura, exclamando repetidas veces anegado en llanto: «¡Qué lástima que muera tan excelente músico!» Finalmente, oyendo aproximarse los caballos, púsose un puñal en la garganta, é imploró que se acercase alguno á darle la muerte, si bien nadie quiso prestarle tan peligroso y culpable servicio. ¡Cómo! gritó desesperado ¿es posible que no tenga amigos para defender mi vida, ni enemigos para quitármela? Su secretario empujó, por último, el arma homicida, y el mundo quedó libre de un mónstruo que sólo contaba treinta y tres años de vida, despues de catorce de orgías y crímenes.

Sin embargo, y por más que nos duela, como hombres, tener que consignarlo, el recuerdo de Neron fué grato al bajo pueblo, y durante varios años su sepulcro se halló siempre coronado de flores que depositaba en él por la noche. Este dato nos ahorra muchos comentarios, y da mejor que lo haríamos nosotros la más exacta descripcion del verdadero estado de demencia

(1) Suetonio, al hablar de Neron, dice lo siguiente: «Concedía un plazo de muy pocas horas á los que mandaba que se muriesen; y á fin de que no opusieran dilaciones, les enviaba sus médicos para que curasen sin tardanza á los perezosos: así llamaba él abrir las venas para que muriesen pronto.

de la sociedad romana, que sólo encontrará su salvacion en las nuevas doctrinas que van á regenerarla.

*
* *

Si alguna duda pudiera caber acerca de la veracidad de los historiadores que imparcialmente consignan el sentimiento general producido en el pueblo romano por la muerte de Neron, tendríamosla desvanecida inmediatamente sabiendo los hechos ocurridos en el reinado de su inmediato sucesor Galba y en su breve desaparicion del trono, por el que pasó como un metéoro en la atmósfera.

La extincion de la casa de César en la persona de Neron, fué causa de horribles borrascas en el imperio, y en ménos de dos años cuatro emperadores se apoderaron sucesivamente del trono.

La popularidad había absuelto á Neron de todos sus crímenes: sabíase pues que la regla indefectible para tener satisfecho al pueblo romano era seguir la senda emprendida por el hijo de la bella Agripina.

Galba era un viejo económico y austero, con sus ribetes de avaro, y queriendo restablecer el órden en las rentas públicas, equivocó el camino de la popularidad. Su conducta fué poco prudente, su corto reinado una violenta reaccion contra el de Neron, y se hizo impopular y descontentó á todos, más por sus buenas cualidades que por sus defectos.

El pueblo romano había perdido ya todo sentimiento de lo bueno: su adhesion á los emperadores corría parejas con las fiestas y espectáculos que estos le proporcionaban, y Galba debió morir asesinado por los mismos en quien depositó su confianza.

Consiguiente el populacho romano con sus aficiones, proclamó emperador á un jóven disoluto muy conocido suyo por haber sido gran compañero de Neron, y que al fin desterró, nombrándole, no obstante, cuestor de Lusi-

tania, donde permaneció diez años, queriendo al parecer borrar con una conducta honrosa la reputacion de sus primeros años.

Sus prodigalidades le formaron un partido que creyó ver renacer las larguezas de Neron. Todas las clases sociales de Roma, las mujeres y los jóvenes, cansados de la austeridad de Galba, suspiraban por las orgías, los placeres y las fiestas á que los tenían acostumbrados la disipacion y desórden de los emperadores, especialmente Neron, más llorado cada día.

Oton, á quien ya conocemos, era el nuevo ídolo del pueblo romano que veía en él un digno continuador de los despilfarros de su antiguo compañero Neron, pero quizas más depravado, cínico y disoluto que este último. ¡Triste condicion la de un pueblo que prefiere para gobernarle hombres sin pudor ni decoro á los que procuran su bienestar y mejoramiento material y moral!

Roma había aprendido ya el secreto del imperio; sabía que el ejército era el árbitro y dueño de él; y aplicará el uso de este medio cómo y cuándo le parezca á una faccion dominante.

El reinado de Oton, á pesar de su licenciosa conducta, tan del agrado de la sociedad romana, no llegó ni á los cien días, pues apénas proclamado en Roma, las legiones de Germania proclamaron á Vitelio; y el Senado, comparsa en todas las comedias, confirmó su eleccion, y le envió las insignias de su nueva dignidad.

Vitelio era el más digno por todos conceptos del embrutecido pueblo romano. Al verse en el trono se entregó á todo género de libertinaje y profusion; deshonró el trono imperial con una glotonería inaudita, acostado siempre á la sombra de unos jardines como los animales inmundos que yacen por tierra, entorpecidos con su excesiva comida. Para satisfacer su glotonería agotó el erario público. Los gastos de su mesa excedían de ochenta millones. Daba banquetes de cuatrocientos mil sextercios y servía en ellos siete mil aves escogidas y dos mil peces de los más exquisitos.

Neron tenía la vanidad artística de cantor, Vitelio la de combinar platos nuevos y saberlos guisar.

Su glotonería le hacía ladron: en las posadas, cuando viajaba, no daba cuartel á cuanto encontraba, y robaba los manjares que había en los altares

de los dioses. Convidábase él mismo á comer donde le parecía bien, subiendo el precio de las comidas que debían servirle quince mil duros á lo ménos. Sin tener las cualidades que muchos ilustres romanos, renovó y áun sobrepujó todos sus excesos en el lujo de las mesas. Su glotonería le hizo cometer muchos crímenes que habrían costado mil veces la vida á otro que no hubiese sido emperador. Créese, y es lo más probable, que padecía Vitelio la enfermedad conocida con el nombre de *licorexia*. Si así no fuera, no tendría explicacion lo que devoraba.

Á pesar de todo, supo hacerse popular como Neron y Oton: todas las infamias, todos los vicios, todos los crímenes eran bien acogidos y perdonados por él: dicho se está con esto si adquiriría popularidad. No obstante, el mundo no podía ser gobernado por mucho tiempo por semejante hombre, que sólo vivía la vida animal. Las legiones de Siria quisieron tambien tener un emperador, y eligieron por tal á su jefe Vespasiano. Sin abandonar su vida brutal, quiso Vitelio hacer un esfuerzo para defender su corona; pero fué inútil. Al saber la derrota de su ejército en Badriac, vestido de luto con todos sus domésticos salió de su palacio é hizo proponer varias veces á Vespasiano que abdicaría en favor suyo, con tal que le señalase una pension vitalicia correspondiente á su dignidad. ¡Su dignidad! Qué gráfica es la frase de un autor contemporáneo diciendo de este arranque de Vitelio: «El puerco no se despertó gritando sino delante de sus matadores!»

Vespasiano rehusó las ofertas y Vitelio se preparó á la defensa: Vitelio fué vencido, pero ántes de caer del trono inundó á Roma de sangre é incendió el Capitolio. Descubierto Vitelio en una habitacion oscura de palacio, fué atado como un criminal, y conducido al foso con una soga al cuello, espiró en medio de los mayores tormentos. Su cadáver, despues de arrastrado inhumanamente por las calles, fué arrojado al Tíber.

La civilizacion romana, tan desacreditada por tantos vicios, bajezas y crímenes, sigue empeorando con el desprecio á la augusta majestad cesárea que se atreve arrastrar por las calles y arrojarla al río como un perro, en lugar de darle honrosa sepultura, siquiera por el respeto que se merece el cadáver de un hombre.

¿Habrá logrado Roma un emperador digno de este nombre?

Era oscuro su nacimiento, es verdad; su padre fué un publicano enriquecido por la usura, y el hijo heredó la avaricia de su padre; pero, relativamente hablando, era un hombre de bien, mejor dicho, era un buen emperador. Consiguiente quizas con los principios económicos aprendidos de su padre, no sólo restableció, luego de sentado en el trono, los impuestos abolidos por Neron y Galba, sino que añadió otros nuevos y quiso imprimir una reforma moral en los vicios groseros y pródigos de sus antecesores en el imperio.

Vespasiano fué un habil administrador, pero su avaricia, que no supo disimular, le hacía vender los honores á los candidatos y la absolucion á los acusados. Bajo su reinado respiró el imperio, y supo restablecer la disciplina en los ejércitos: abolió la pena de confiscacion y los juicios de lesa-majestad, y se ocupó siempre con notable actividad en los deberes que le imponía el imperio.

La civilizacion agradecerá á Vespasiano el especial cuidado que demostró en proteger las letras y las artes concediendo pensiones y buenos regalos á profesores griegos y latinos, para que extendieran los conocimientos propios de dichos ramos, sin descuidar á diversos artistas muy distinguidos y favorecidos por él; y sobre todo recordará con aplauso la fundacion al mismo debida de una magnífica biblioteca y de importantes establecimientos científicos, en lo que demostró tener una inteligencia privilegiada y dirigida por caminos rectos y honestos. Diez años duró el feliz reinado de Vespasiano, durante los cuales mantuvo el imperio en la mayor tranquilidad, cosa de suyo harto difícil dada la idiosincracia peculiar del pueblo romano de aquellas revueltas épocas, extendiendo á todos sus habitantes los efectos de su bondad natural.

Su hijo Tito Flavio Vespasiano tuvo la felicidad de reinar apénas dos años. Si Neron no hubiese vivido más, hubiera podido merecer como el hijo de Vespasiano el sobrenombre de *las delicias del género humano*.

En nuestro humilde concepto no están en lo cierto los que tal dicen, porque las diferencias están notablemente marcadas.

Neron, ántes de reinar, era un modelo de jóvenes honestos y hon-

rados; Tito había sido cruel y desarreglado ántes de su elevacion al trono.

Neron ceñida, la diadema, emprendió á poco una senda extraviada y encaminada á los más hondos precipicios; Tito, luégo que obtuvo el imperio, siguió una conducta enteramente opuesta.

Parécenos, pues, que todas las probabilidades se declaran á favor del buen comportamiento de Tito aunque hubiese, como Neron, reinado algunos años. Si en su juventud fué vicioso, procuró, luégo de emperador, desvanecer los recelos que fundadamente podían abrigarse en contra de su ulterior comportamiento.

Á pesar de esto, se le presentaron á Tito solemnes ocasiones para demostrar que sabía ser liberal y generoso por todo extremo cuando Herculano y Pompeya desaparecieron debajo de los montes de lava y ceniza del Vesubio, cuyos desastres reparó con sus liberalidades.

Los incendios del Panteon y del Capitolio pusieron tambien á prueba los buenos sentimientos de su corazon.

La política de Tito, inspirada en el deseo de afirmarse en el trono, le llevó, como á todos sus predecesores, á halagar al pueblo romano con espléndidas fiestas y construcciones colosales. Entre estas deben ocupar el primer puesto las famosas Termas, y la conclusion del Coliseo capaz para ochenta y siete mil espectadores. Entre los muchos espectáculos que ofreció á los romanos, dióles una naumaquia, simulacro de combate naval, distribuyendo entre los espectadores inmensa profusion de regalos.

Tito era el tipo del emperador romano militar, rasgo característico que le distinguía de todos sus predecesores, al propio tiempo que era el más generoso de todos ellos, porque daba por el placer de dar; sin la doble intencion de recibir ó de obligar á recompensar su liberalidad.

No vayan á creer nuestros lectores que brille mucho tiempo en el cielo de Roma este astro benéfico, concedido al pueblo romano como un reparador ó un restaurador de las buenas costumbres morales y azote de los vicios que, cual huracan, bramaban en furioso torbellino en la atmósfera de la ciudad eterna, amenazando envolverla en ruínas y desgracias.

El vírus ponzoñoso del vicio había penetrado en lo más interior de to-

das las clases sociales, y no podía ser duradero un estado tan anómalo—que tal era el del paternal reinado de Tito—dado el carácter versátil, débil, relajado y corrompido á que había llegado el pueblo romano.

La historia rastrea, sin poderlo aclarar, un horrible crímen en la prematura y fatal muerte de Tito atribuída á su hermano Flavio Domiciano.

Sea como quiera, nos presenta un mónstruo que parece reunir en sí solo las distintas pero repugnantes cualidades de Tiberio y Neron.

Flavio Domiciano, dícenos un escritor competente, fué un Neron por su pasion por los espectáculos y los juegos de toda especie; pero á tener que elegir entre ambos, sería preferible aún el hijo de Agripina, porque si hay igualdad entre los dos por su crueldad, Neron descuella á lo ménos sobre Domiciano por un no sé qué de brillante y generoso. Neron fué el ídolo del pòpulacho; pero Domiciano con su crueldad sombría y sospechosa se hizo aborrecer de todos, hasta del bajo pueblo.

Al leer la extensa lista de tiranos que deshonraron el nombre augusto con que se titulaban, y al reflexionar que estos tiranos dominaron sobre un pueblo que por su valor y rígidas costumbres había conquistado todo el mundo conocido, pero que despues se volvió el más corrompido, cobarde y afeminado de todos los pueblos que había subyugado, deben cerrarse los ojos á toda evidencia para no confesar que hay en ese fenómeno histórico algo más que una serie de hechos casuales, algo más que cambios accidentales sin ulteriores trascendencias en los destinos de los pueblos. Y esta consideracion sube de punto y llega á lo sorprendente, por no decir increíble, meditando en que aquel pueblo tan rudo, tan viril ántes, tan orgulloso contra toda apariencia de tiranía, era juguete de los tiranos llamados emperadores, á quienes, en cambio, idolatraba hasta en los momentos en que le humillaba, como besa y lame el perro la mano de su amo que le castiga.

Tertuliano, en su *Historia compendiada de la Iglesia*, llama á Domiciano engendro de Neron, y merecido lo tiene porque se distinguió por maldades é infamias que horripilan; quiso que se le diese el tratamiento y nombre de Dios en todas las peticiones que se le presentaran.

Mezclando la locura á la disolucion convocó un día al Senado para saber

en qué vasija debía cocer un rodaballo. ¿Qué cuerpo, preguntamos lleno de indignacion el ánimo, es el que se deja ultrajar tan vil y cobardemente por quien más pruebas de respeto debiera darle? ¿Dónde están la dignidad romana, el amor propio que siente el individuo afrentado, la sangre de los primitivos fundadores de la ciudad del Tíber? ¿Qué se hicieron aquellos ilustres varones que se imponían á sus reyes primero, á sus magistrados despues? ¡Cuánto ha degenerado la honra de los que arrasaban una ciudad y esclavizaban una nacion por sólo una respuesta mal sonante á los oídos de los Padres conscriptos!

Domiciano se había propuesto divertirse á costa del Senado, y por cierto que no se lo censuramos nosotros. Este emperador le había tomado bien el pulso y sabía perfectamente con quién se las había.

Convidó cierto día á un banquete á los principales senadores, é hizo conducirles con gran ceremonia á un vasto salon, tendido de negro é iluminado con algunas lámparas sepulcrales, cuya pálida y vacilante luz permitía ver solamente varios ataudes en los que se leían los nombres de los convidados. Al poco rato entraron en la sala unos hombres tan negros como los tapices, blandiendo con una mano una espada y con la otra una antorcha, y luégo de haber amenazado con distintas evoluciones á los aterrorizados senadores, les abrieron la puerta y les permitieron salir. ¡Qué oprobio!

Casi todos los tiranos se han distinguido por un rasgo característico que les ha impreso un tipo especial. Domiciano permanecía días enteros en su gabinete, ocupado en cazar moscas con un puntero muy agudo. ¡Un emperador romano cazando moscas! Los monarcas asirios cazaban leones, dando así muestras de más valor á lo ménos.....

Á un cortesano de Domiciano le preguntaron un día si el Emperador estaba solo: «Sí, solo, contestó el interrogado, enteramente solo, no hay siquiera una mosca,» aludiendo á su ejercicio de la caza de moscas; pero al día siguiente pagó con su cabeza la inocente chanza que se había permitido.

Casi es inútil observar á nuestros lectores que imperando un soberano tan criminal reaparecerían más violentos, por la reaccion, los vicios que en los dos felices años del reinado de Tito debían cuando ménos mantenerse

ocultos, como las aves nocturnas de rapiña se esconden al asomar el sol en el horizonte. El crímen es siempre enemigo de la luz.

En efecto, bajo el reinado de Domiciano volvieron de nuevo á aparecer los juicios de lesa majestad y las confiscaciones. Para fundar su despotismo en la fuerza militar, ya que debía faltarle el amor del pueblo que lo sostuviera, aumentó el sueldo de los soldados. Siempre fueron pródigos los tiranos á costa del mismo pueblo que tiranizaron.

Para que no falte en Domiciano el fenómeno, tan raro como repetido observado en los emperadores romanos, al subir Domiciano al trono á los veinticuatro años de edad, inauguró su reinado con actos de clemencia, justicia, liberalidad y desinteres, que prometían grandes prosperidades y sosiego á Roma. Diríase que se había propuesto ser un fiel imitador de su malogrado hermano Tito.

Para que fuera mayor la semejanza con su hermano, castigó de pronto á los delatores, reformó los teatros suprimiendo los incentivos contra las buenas costumbres, dictó enérgicas medidas contra los escándalos producidos por la excesiva ó libertina ostentacion de las mujeres, castigó vicios que hasta entónces habían escapado á toda legislacion y resucitó las antiguas leyes romanas tan severas para la honestidad relajada de las vestales.

Hay en todo esto rigorismo, severidad si se quiere, en cuyas cualidades intente quizas descubrir álguien al futuro tirano de Roma; pero de todos modos, debe confesarse que fué solamente duro á favor de la virtud. Si estas buenas cualidades se trocaron en vicios y crueldades; si fué fingida esta conducta con el objeto de asegurarse en el trono, ya que su naturaleza no se hubiese corrompido todavía, problemas son que no interesan al historiador de la civilizacion romana, á quien debe bastarle consignar los hechos solamente. Sin embargo, quizas no huelgue aquí una observacion indicada ya alguna vez en el curso de nuestro trabajo.

Las buenas como las malas cualidades de un hombre pueden permanecer en estado latente durante mucho tiempo, toda su vida quizás, no presentándose oportunidad que las revele. Un filósofo, un poeta, un guerrero que alcanzará un nombre ilustre dada la circunstancia necesaria para descubrir

sus relevantes cualidades, bajará á la tumba rodeado de la oscuridad, porque no se presentó la mano que levantara ó apartara el obstáculo que privaba al mundo de la aparicion de una notabilidad extraordinaria. El gérmen necesita desarrollarse.

Domiciano encontró el desarrollo de sus internas disposiciones para la tiranía en sus omnímodas facultades para obrar. Como pudo ser un ángel tutelar de Roma, fué el genio de las venganzas y de los asesinatos, porque sus facultades, libres de las trabas que sujetan al simple particular, se encontraron en una esfera sin horizontes, y el genial iracundo, triste, que le había dominado siempre, pudo buscar expansiones á su ira y á su tristeza descargando sobre Roma toda la hiel de su alma, toda la ponzoña de su corazon febril.

Vivía Domiciano en contínua inquietud y desasosiego; desconfiaba hasta de sus amigos, favoritos y parientes, y empleaba cuantas precauciones puede inventar el miedo, con el fin de libertarse de las traiciones de que se creía rodeado. ¿No podría esto servir de prueba de mucho peso y favor de los que atribuyen á Domiciano la muerte de su hermano Tito, producida por un veneno que le propinó?

La galería del palacio por donde acostumbraba pasearse Domiciano, estaba cercada de piedra, en cuya brillante superficie se reflejaban, como en un espejo, la figura y movimientos de cuantos transitaban por aquel sitio, para que con este aparato estuviera seguro de descubrir á cualquiera que le siguiera.

Para agravar su triste situacion, llegaron hasta sus oídos los ecos del desprecio en que le tenía la multitud del pueblo romano, y exacerbándose la melancolía de aquel sér miserable, abandonado á sus propios remordimientos, desahogó su ignominia ahogándola en sangre de que estaba insaciable, aunque la hizo correr á torrentes, como lo prueba su propia conducta al prohibir que se registraran las ejecuciones que ordenaba, para que nadie supiera su número.

Domiciano, como todos los déspotas romanos, buscará expansiones á su dolor y apelará á todos los recursos, á fin de alucinar al pueblo romano para

adquirir el aura popular. ¡Ay de la humanidad cuando quiere divertirse un tirano! La crueldad formará el tema obligado de todos los espectáculos: Domiciano, tirano entre los mayores, sabrá inventar nuevos alicientes con que solazar su negro humor, en pos de la popularidad que necesita más que para robustecer su trono, para continuar gozando la vida de placeres que le proporciona el ser emperador.

Pero sus espectáculos, á la par que revestirán mayor esplendor y ostentacion que los de sus antecesores, se exhibirán tambien con mayor lujo de crueldad para que se distingan en todo de los dados por los demas Césares romanos, y las mismas mujeres, bajando á la arena y exponiendo su vida en la lucha, darán más atractivo al acto que llegará á ser el objeto predilecto del pueblo.

Los españoles tenemos un motivo de orgullo en los versos, aunque no en la adulacion, dedicados á Domiciano por el poeta Marcial, en los que nos da cuenta de muchas obras debidas á dicho emperador, lo que ignoraríamos quizas á no ser por los tan sabidos como finos epígramas del poeta de la antigua Bílbilis.

No sabemos resistir al deseo de traducir los primeros epígramas del poeta de Calatayud, para que sepa el lector que no los haya leído hasta dónde llegaba el entusiasmo del poeta español por el César Domiciano.

«Calle Ménfis sus extrañas y prodigiosas pirámides; ni blasone Babilonia de su porfido trabajo, ni se dediquen honores á las delicadas estátuas del templo de Diana, ni se atribuya más á un Dios el altar de Apolo construído con cuernos de cabra; ni los de Caria eleven más hasta los astros, por inconsideradas alabanzas, sus mausoleos suspendidos en el aire; porque todas estas obras grandiosas son inferiores al anfiteatro de César, y la fama no debe ensalzar más que á este (1).»

En una especie de censura que dirige Marcial á Neron para ponderar, con la antítesis, la magnificencia de Domiciano, se expresa de la siguiente manera:

(1) MARCIAL.—Epig. I.—*In amphiteatrum Cesaris.*

«Aquí, donde la muy grande estátua del Sol, adornada con rayos, toca á las nubes, y las elevadas máquinas de tablas levadizas se elevan en la Vía Sacra, resplandecían los odiosos atrios del cruel Rey y toda la ciudad era ya un solo palacio: aquí, en este magnífico anfiteatro, estaban los estanques de Neron. Aquí, donde admiramos los baños de agua caliente, obra concluída en breve tiempo, había un jardin orgulloso que privaba de sus habitaciones á los desdichados romanos. El pórtico de Claudio extiende sus dilatadas sombras sobre los restos del palacio que ya no existe. Roma se ha devuelto á sí misma, y bajo tu imperio, César, son las delicias de un pueblo las delicias de un tirano (1).»

Fijando la atencion en los autores, se tiene la justa medida del estado social de los pueblos, cuyas costumbres, con más ó ménos viveza de pincel, se encuentran retratadas al traves de las descripciones ya históricas, ya literarias ó indiferentes si así se quiere, que forman el asunto tratado. En otro epígrama de Marcial tenemos una prueba de esto.

«¿Qué region hay, por bárbara y lejana que sea, que no tenga algun habitante en Roma? El labrador de Tracia abandona el monte Hemos, patria de Orfeo; el Sármata, que se alimenta con carne de caballo, el que bebe en las fuentes del Nilo, el habitante de las orillas del mar, el árabe, el sabeo, el silicio, el sicambro de cabellos anudados, el etíope de cabellos rizados, acuden de todas partes, y reciben el rocío de las nubes odoríferas del anfiteatro (2).»

Muy notables debían ser las obras llevadas á cabo por Domiciano cuando merecían tan entusiastas elogios de Marcial, por más que supongamos á éste extremado adulador del César romano.

Efectivamente, Domiciano llevado de su temperamento taciturno y melancólico, y enemigo, ademas, de los grandes, encontraba su compensacion en los espectáculos, en las necesidades que sentía por darles creciente novedad y en el inmoderado deseo que le atormentaba de adquirirse popularidad á toda costa. No satisfecho con los gladiadores y las fieras, arroja com-

(1) MARCIAL.—Epig. II.—*In opera publica Cesaris.*

(2) ID. —Epig. III.—*De spectaculis.*

NERON EN UNA BACANAL

del Sol, adornada con rayos, toca
levadizas se elevan en la Vía
cruel Rey y toda la ciudad era ya
teatro, estaban los estanques de
Neron. Aquí, donde
agua caliente, obra concluída
en breve tiempo, había un
que privaba de sus habitaciones
á los desdichados romanos. El
Claudio extiende sus dilatadas
sombras sobre los restos del palacio que ya no existe. Roma se ha devuelto
á sí misma, y bajo tu imperio, César, son las delicias de un pueblo las deli-
cias de un tirano (1).»

Fijando la atencion en los autores, se halla la justa medida del estado social de los pueblos, cuyas costumbres, con más ó ménos viveza de pincel, se encuentran retratadas al través de las descripciones ya históricas, ya literarias ó indiferentes si así se quiere, que forman el asunto tratado. En otro epígrama de Marcial tenemos una prueba de esto.

«¿Qué region hay, por bárbara y lejana que sea, que no tenga algun habitante en Roma? El labrador de Tracia abandona el monte Hemos, patria de Orfeo; el Sármata, que se alimenta con carne de caballo, el que bebe en las fuentes del Nilo, el habitante de las orillas del mar, el árabe, el sabeo, el silicio, el sicambro de cabellos amarillos, el etiope de cabellos rizados, acuden de todas partes, y reciben el vicio de las auras odoríferas del anfiteatro (2).»

Muy notables debían ser las obras llevadas á cabo por Domiciano cuando merecían tan entusiastas elogios de Marcial, por más que supongamos á éste extremado adulador del César romano.

Efectivamente, Domiciano llevado de su temperamento taciturno y melancólico, y enemigo, ademas, de los grandes, encontraba su compensacion en los espectáculos, en las necesidades que sentía por darles creciente novedad y en el inmoderado deseo que le atormentaba de adquirirse popularidad á toda costa. No satisfecho con los gladiadores y las fieras, arroja com-

(1) MARCIAL.—Epig. II.—*De opere publico Cæsaris.*
(2) *Id.* —Epig. III.—*De spectaculis.*



A. Nadal-Lit

Mir. Tarradas. Comas y C.ª-Editores.

NERON EN UNA BACANAL.

pactos batallones de infantería y caballería al anfiteatro, para que dén allí batallas formales, como si se tratara de vencer ó conquistar á un pueblo. Domiciano acabó por conseguir lo que anhelaba: que el anfiteatro fuera el sitio predilecto, por los increíbles estragos que en toda clase de carnicería se hacían allí.

Pero Domiciano supo rodear de atractivos lo que parecía no poder tenerlos ya. No todo habían de ser como hasta entónces ríos de sangre en la arena y ayes de los moribundos. Él introdujo la variedad del canto, de la música, de la poesía y declamacion. El hombre que supo superar á sus antecesores en grandiosidad de construcciones, supo tocar tambien los más delicados resortes para conseguir los fines que se proponía de condenar al olvido los recuerdos de los primeros Césares.

La *Casa de oro* de Neron era un monumento que daba mala sombra á la grandeza de los soberanos de Roma por las ideas de grandeza que encerraba y los recuerdos espléndidos que contenía. Inspirándose Domiciano en una idea acariciada por Oton el favorito y sucesor de Neron, emprendió la desaparicion de aquel monumento elocuente de la popularidad de su fundador, sustituyéndolo por otro palacio que recordara á las generaciones venideras la estirpe de los Flavios.

Ateniéndonos á estudios hechos sobre el terreno, en las excavaciones recientemente practicadas en las ruínas de lo que fué este palacio, podemos imaginarnos lo qué sería su magnificencia. De todos modos y aunque iba en rápida decadencia la civilizacion romana, nos dirán las ruínas cosas que ignoraríamos de la verdadera altura de las costumbres de Roma en aquellos momentos históricos.

Domiciano ambicionaba gloria y era pródigo y amigo del fastuoso lujo como sus predecesores en el trono. Los pavimentos eran de distintos mármoles procedentes de diversos y lejanos países. Las ruínas han revelado el emplazamiento de una basílica, que servía de tribunal de justicia del emperador, y un salon del trono para la recepcion por el emperador de los altos cuerpos del Estado—como diríamos usando el lenguaje moderno—y de los embajadores de las naciones extranjeras acreditados ó enviados á su Corte.

Acreditan tambien los restos que daba vuelta al trono un inmenso peristilo capaz para más de mil personas. No podemos continuar la difusa descripcion que los descubrimientos permiten hacer de aquel portento del arte romano, pero debemos decir que en nada cedía á lo mejor que hasta entónces se había construído así en Roma como en Grecia, sin que se hubiese descuidado el santuario donde se adoraban los dioses tutelares de la familia imperial, ni el salon destinado á las conversaciones íntimas ó reservadas de la propia familia.

Todavía vemos un recuerdo consagrado á los más poderosos elementos civilizadores: la religion y la familia. ¡Lástima que tan excelentes disposiciones se pervirtieran é inutilizaran con las aberraciones religiosas y sociales á que se entregó Domiciano!

Nada debemos añadir á lo que llevamos dicho respecto de sus crímenes y crueldades, pero no queremos pasar en silencio la ridiculez de hacerse tributar culto divino con pompas hasta entónces desconocidas en Roma, haciéndose levantar templos magníficos, y declararse hijo de Júpiter y Minerva, para que así se multiplicaran las ofrendas presentadas á sus padres y se excedieran los romanos á cuanto se había ofrecido hasta entónces en cantidad y calidad y riqueza.

Un hombre con honores divinos debía á su vez representar escenas divinas, á lo ménos en ostentacion y liberalidad, ya que no en poder. Al efecto multiplicó los edificios, templos, teatros, basílicas, arcos de triunfo, baños, pórticos y cuanto pudiera dar mayor realce y suntuosidad, sin reparar en gastos ni sacrificios. Las solas reparaciones del Capitolio ascendieron á unos setenta millones de pesetas, si hemos de dar crédito á los escritores de aquella época.

En los juegos públicos se distribuían cantidades fabulosas de manjares á los asistentes, dignándose el emperador comer el primero para dar ejemplo al pueblo. Ya que no podía aventajarse á sus predecesores en gloria militar, deseaba excederles en liberalidades al pueblo, fundando en esto el pedestal de la gloria que ambicionaba adquirir. Conocedor á fondo del abyecto carácter romano, venció á todos los emperadores en proporcionar juegos y comi-

das á su pueblo, al propio tiempo que le distribuía cantidades de dinero bastante crecidas y algo á menudo.

El reinado de Domiciano fué el más espléndido así como el más repulsivo de cuantos se sucedieron en la ciudad eterna. Las artes y las letras se vieron proscritas, porque Domiciano aborrecía todo lo bueno. Helvidio y Junio Rústico perecieron de órden suya, y por no sufrir igual suerte tuvieron que abandonar la ciudad eterna San Juan Crisóstomo y el filósofo Epicteto, despues de ser incalculable el número de víctimas sacrificadas á su crueldad ó á sus sangrientos caprichos.

Esto no obstante, no le faltaron poetas aduladores que, más llenos de adulacion que de fuego sacro, derramaron lluvias de flores sobre los mares de sangre humana que hacía correr el tirano en todos los ámbitos del imperio.

El modo con que trató á las personas más distinguidas, y áun á sus más próximos parientes, nos dará la medida de las violencias del tétrico emperador cuyo reinado es el oprobio y baldon de la humanidad que lo toleró. Hizo dar muerte á su primo hermano el cónsul Flavio Clemente y desterró á Domitila, esposa del cónsul, solamente porque se habían hecho cristianos. Él, que era modelo de incontinencia y vergonzosa lubricidad, mandó enterrar viva á Cornelia, jóven vestal, atribuyéndola este vicio. Consideraba á los cristianos como irreconciliables enemigos, y su odio contra ellos se manifestó con harta crueldad en la sangrienta persecucion que les hizo sufrir, siendo una de sus más nobles víctimas San Juan Evangelista, que, de órden suya, fué echado en una caldera llena de aceite hirviendo. La sobrina de su primo Flavio fué relegada á la isla Pontia, y despues de permanecer algun tiempo en ella, fué quemada en Terracina junto con Nereo y Aquileyo, esclavos del cónsul, que cometieron el horrendo crímen de confesarse cristianos.

La vida de tan odioso tirano debía terminar como la de la mayor parte de los anteriores. Una conjuracion tramada en el interior del mismo palacio imperial puso fin á tantas crueldades, quitándole la vida la víspera de una proscripcion general en la que el temor devolvió el valor perdido á unos cuantos amenazados por la ira del déspota. Los conjurados justificaron su asesinato elevando á Nerva al imperio.

*
* *

«Marco Nerva, dice Tácito, unió dos cosas, en otro tiempo incompatibles, el poder supremo y la libertad; pero conociendo su debilidad, eligió á Trajano por sucesor suyo. Ambos príncipes eran españoles.»

Domiciano ha cerrado un periodo histórico de los más notables, ya que, á pesar de pertenecer á la familia de los Flavios, parece un fiel continuador de los peores Césares por sus repugnantes vicios y feroces cualidades.

Ántes de entrar en el nuevo periodo inaugurado por Nerva, y sin perjuicio de dar una rápida mirada á la profunda crísis que trocó la manera de ser de la sociedad romana, al pasar del abismo de su decadencia al esplendor á que la enalteció el Cristianismo, recorramos velozmente otro órden de ideas y otros terrenos que nos completen con sus luminosos datos el estudio de la civilizacion de la época que nos ha ocupado hasta ahora.

¿Fueron los emperadores romanos los únicos responsables de los despilfarros originados por el desmedido afan de ostentacion?

Sin que sea nuestro ánimo atenuar lo más mínimo la inmensa y tremenda responsabilidad que les cabe á los tales emperadores, nos obliga la justicia á reconocer que si pudieron ellos faltar en este punto, no estuvieron sin imitadores en pueblos y particulares que llegaron á emularles, prescindiendo de que la república fué apénas superada por el imperio en juegos, fiestas, espectáculos y en prodigalidades de todo género, como lo acreditan los Escauros, los Pompeyos y otros que no debemos recordar.

Ademas, entónces, como ahora, no faltaron talentos distinguidos que hablaron con elogios del estado de su civilizacion, como pudiéramos hacerlo nosotros del nuestro, extendiendo sus alabanzas á puntos muy distantes del centro del imperio, á donde habían llegado los efectos del progreso que ellos creían empujar á la sociedad.

«¿Cuándo se vieron, dice un panegirista de los tiempos del imperio romano, tanto número de ciudades en el continente y en las orillas del mar y

tantas ciudades tan adornadas? ¿Qué soberano de los tiempos antiguos pudo lisonjearse jamas, viajando en su reino, de encontrar cada día otra ciudad y hasta dos ó tres frecuentemente en su camino y en un mismo día? Tentado estaría uno para decir que los soberanos de otros tiempos no reinaban sino en desiertos guarnecidos con plazas fuertes, en tanto que vosotros, los romanos, reinais solamente sobre ciudades. Bajo vuestra dominacion vuelven á florecer todas las ciudades griegas, y los monumentos y las obras artísticas de que están adornadas, concurren todas igualmente á vuestra gloria. Las costas y el interior de las tierras están pobladas de gran número de ciudades que vosotros habeis construído y ensanchado. La Jonia está en primera línea por el brillo y hermosura de sus ciudades; cuanto sobrepujaba ya ántes á los demás países, por las gracias naturales, otro tanto ha ganado tambien despues por la comparacion de los tiempos pasados con los presentes. La grande y soberbia ciudad de Alejandría ha llegado á ser como el collar que brilla en el cuello de una dama opulenta, una de las joyas de vuestro imperio. Toda la tierra viste trajes de fiesta; ha dejado su antiguo vestido cargado de hierro, y no sueña más que magnificencia, adornos y placeres de toda especie. Igual ambicion domina á todas las ciudades; cada una de ellas no aspira más que á parecer, sino la más bella, á lo ménos la más hermosa. Todo está lleno de estadios, acueductos, propileos, templos, talleres y escuelas; todo autoriza para decir que la tierra, esta enferma de otros tiempos, ha recobrado ahora una salud floreciente. Cuando se ve cómo afluyen en todas partes vuestros dones, no sabría uno afirmar de cada una de esas ciudades cuál es más favorecida que las otras. Todas brillan por su elegancia y esplendor; toda la tierra está adornada como un vasto jardin.»

Si bien la poesía entra por mucho en este cuadro debido á Arístides, el retórico, no obstante, la geografía nos habla con frases muy halagüeñas de no pocas ciudades que, en aquellos tiempos, gozaban de bienestar material, como no lo gocen quizas ahora.

Un autor de nuestros días nos habla de la Alejandría que tan especial elogio ha merecido del retórico Arístides, de la manera que van á ver nuestros lectores.

«Ved, dice, las fiestas en el Nilo, ese brazo del río sembrado de quintas y sitios de recreo; los miles de barcas que suben iluminadas, llevando á las alegrías de la voluptuosa Canope al pueblo entero de Alejandría. Ved los estudios, los odeones, los teatros donde todos, hombres, mujeres, niños, llevan el entusiasmo hasta el delirio, pero tanto que un día de espectáculo es, en toda Alejandría, como un día de sublevacion; —la pasion sobre todo de la música, por la que se muere aplastado en la multitud, no sintiendo nada sino el no poder oir más; los cantores-músicos llevados en triunfo, llamados salvadores, llamados dioses; —las fiestas del circo de donde vuelve cada uno insensato, gritando, maldiciendo á los dioses, habiendo perdido á veces hasta los vestidos. —El tráfico y el placer harán descuidar la ciencia? Ved los gimnasios, los museos, las bibliotecas, las escuelas en donde la juventud de todo el Oriente va á pedir el saber que antiguamente se buscaba en Atenas. En el mismo palacio de los reyes tiene una sabia academia sus conferencias, sus estudiosos paseos, sus doctos banquetes. —Más allá, hay monumentos, templos, un hipódromo; la Necrópolis, ciudad de los muertos, grande y magnífica como la ciudad de los vivos. La calle más estrecha de Alejandría basta para el paso de los carros; en el centro de la ciudad se cruzan dos calles, anchas de cien piés cada una de ellas y adornadas con columnas, en una longitud de seis estadios para la una, de treinta estadios (cerca de una legua y cuarto) para la otra.»

Este elogio de Alejandría, hechos los cambios de localidad, puede, poco más ó ménos aplicarse á un sin número de ciudades de dentro y fuera de Italia, célebres en aquellos tiempos, y estudiadas aún actualmente por los sabios y arqueólogos que registran las páginas de la historia en sus ruínas.

Si receláramos de la veracidad de los autores autiguos, la reaparicion en el mundo de Herculano y Pompeya despues de diez y ocho siglos de haber dormido sepultadas entre montes de ruínas, nos sacaría de dudas acerca de los adelantos de aquella época, ya que poblaciones de tan reducida importancia, relativamente hablando, se nos presentan con tanta profusion de edificios y tanta esplendidez artística y decorativa que nos sorprende y asombra en pleno siglo XIX.

Y lo que decimos de Italia es aplicable á España y á la Galia y á Numidia y á Siria y á todos los puntos donde se descubren todavía las huellas del genio romano, como un testimonio perenne del inmenso poderío cuya grandeza puede sólo considerarse por la profundidad de su caída.

La civilizacion romana había dejado vestigios donde quiera que pasaba, y, fuerza es confesarlo, miéntras los progresos materiales seguían su camino iban acompañándoles iguales los exigidos por la inteligencia. Arístides nos ha dicho que en todas partes hay talleres y escuelas, focos ambos puntos de la ilustracion de los pueblos. El imperio romano abundaba pues en escuelas, centros de trabajo y en diversiones magníficas. ¿Qué le faltaba pues? ¿Qué? Hallar el sentimiento moral perdido desde mucho tiempo. ¿Qué importa que un pueblo lleve la delantera en la civilizacion material, si anda rezagado en la de la inteligencia, decimos poco, en la puramente moral? En algo se debe conocer la verdad de las palabras: «el hombre no vive solamente de pan.» Cuanto se diga de progreso, adelantos, civilizacion y otras palabras por el estilo son vocablos huecos que se lleva el viento, palabras que, áun exactas, contribuyen á la muerte de los pueblos tanto como sus mismos vicios, cuando tienen perdido el sentimiento moral. Lo que llevamos visto hasta ahora es más que suficiente para decirnos si Roma lo tuvo perdido hasta ignorar sus más ligeras nociones. Deslumbróla el brillo de la materia y se entregó ciega al huracan de los placeres. Embotada su inteligencia, no sintiendo el soplo que le anima, debía perecer en los cenagales del sensualismo, porque la civilizacion moral decae á proporcion de lo que aumenta la material, cuando andan las dos divorciadas, ó cuando no está la última informada por la primera.

* * *

A medida que nos internamos en el estudio de las materias que forman el objeto de nuestro trabajo, sentimos vivo pesar por lo reducido que se nos presenta el espacio donde debemos limitarnos: los asuntos se aglome-

ran, el interes crece, y, sin embargo, nos es forzoso concretarnos en desflorar las ideas, apuntándolas tan solo.

La ostentacion y el lujo desplegados en Roma merecieron la aprobacion tácita de la mayoría de sus emperadores que deseaban consolidarse en el trono. Partían del principio que el hombre que se mandaba construir un rico palacio, haciéndolo adornar con objetos de arte, no era un conspirador, y á fin de estimular este lujo que contribuía á disminuir el número de los enemigos, y aumentar el de los adictos, mandaban ellos construir edificios públicos, levantar templos, que embellecían con materiales preciosos y de mucho coste. Mas, como esto no era suficiente para asegurarse en el trono, porque no todos los súbditos se encontraban en el caso de poderse edificar palacios, era preciso distraer los ocios de los ménos afortunados, ofreciéndoles juegos, fiestas y nuevos espectáculos con que apartar de su memoria recuerdos de tiempos pasados que, puestos en comparacion, les hicieran aspirar á resucitarlos, aunque fuera apelando á las conspiraciones, revoluciones y, en caso necesario, á la muerte del soberano.

Decididamente fué equivocada la política de los emperadores que sólo tenían en cuenta la parte material de la civilizacion necesaria para tener á raya las tumultuosas pasiones humanas, como si el hombre fuera un solo compuesto de materias más ó ménos nobles y careciera de la inteligencia que le distingue de los brutos, ó como si prefirieran desempeñar el papel de domadores de fieras, más bien que investirse con el sagrado carácter de padres de los pueblos sujetos á su gobierno.

El defecto principal de la política que presidió y dirigió todos los destinos de la ciudad eterna durante los tres periodos de los reyes, de la república y de los emperadores, consistió en la carencia de carácter local, de apego á un sello peculiar que da color y aspecto á cada nacionalidad como á cada individuo de por sí, ó, por decirlo más claro, Roma en vez de tener existencia propia en artes, costumbres y literatura se adaptó á lo que encontraba en todos los pueblos que subyugaba.

En la época republicana carecía Roma de tiempo para pensar en otra cosa que en las guerras; ni tiempo tenía para dedicarlo á las artes; y su in-

dolencia en este punto la llevó á sujetar sus costumbres á la influencia que ejercieron en ella las victorias de Sila, llegando al extremo de que fuera moda elegante poseer la lengua griega y adornar sus casas con obras de artistas griegos.

Desde la república al imperio cambió enteramente el aspecto no solo de Roma sino tambien de sus alrededores.

Sabemos positivamente que las casas de campo en los buenos tiempos de la república llamaban la atencion por su extremada sencillez, siéndolo por igual las costumbres de sus moradores, aunque gozaran muchos bienes de fortuna. No fué ya así en tiempos del imperio, porque sus lujosas quintas rivalizan con la esplendidez de los más lujosos palacios. El vasto terreno de la mayor parte de ellas está cubierto de viñas, bosques y extensos campos cuidados por colonos. La jardinería, compuesta de jardines de puro recreo y huertas, comprende extensiones inmensas que dan paso á otros jardines cercados. Del edificio principal arranca una larga galería que termina en una plaza cerrada que se dirige á otro edificio especial y reservado para el dueño cuando quiere estar solo. La casa tiene á su servicio muchos esclavos que viven separados del edificio principal en otro especial para ellos.

Indudablemente fuera del agrado de nuestros lectores la detallada descripcion que podríamos y desearíamos darles de una elegante y cómoda casa de campo de las cercanías de Roma de las épocas de los emperadores romanos, en la que verían el verdadero estado de las costumbres de la sociedad romana, con lo que se formarían cabal idea de la civilizacion de entónces; pero, á pesar nuestro, debemos omitirla forzosamente por faltarnos espacio para cosas más esenciales, y necesario será que nos satisfagamos con una rápida visita á la distribucion y mobiliario de una casa particular del interior de la ciudad, que, por lo demas, será más que suficiente para llenar nuestro objeto.

Todos los autores que hemos consultado, y los que tenemos á la vista se copian casi literalmente en las descripciones que dan de las casas romanas, como tomadas que son en vista de los descubrimientos hechos

por las excavaciones de todos tiempos y en especial de los modernos.

Casi todas las casas tenían una plazuela en su frente, llamada vestíbulo ó área en cuyo centro se levantaba la estátua del dueño de la casa, que era de mármol ó bronce. Los clientes aguardaban en el vestíbulo. En la puerta de la casa se descubre un género de adorno capaz de llamar desde luégo la atencion. La puerta, de dos hojas, de madera de roble, estaba encuadrada entre dos pilastras rematadas con una elegante cornisa, forrada en bronce y adornada con bolas y grandes clavos con su cabeza dorada y cincelada. Llegábase luégo al *atrium* siguiendo un pasillo. Dábase el nombre de *atrium* á un hermoso patio de forma cuadrada, con una hilera, en sus cuatro lados, de columnas de mármol blanco. Estos pórticos servían para pasearse á la sombra y disfrutar desde ellos de los vistosos juegos de una fuente situada en el centro figurando una pequeña cascada que se deslizaba sobre mármoles de distintos colores.

Daban salida al atrium tres piezas muy distintas, una de las cuales contenía los archivos de la familia; en piezas accesorias á estas se encontraban los retratos de los antepasados. Alrededor del atrium había los triclinios, de que hablamos ya anteriormente.

Si nuestros lectores recuerdan que los filósofos antiguos escribían acostados, cuya actitud adoptaron porque sus facultades mentales funcionaban con mayor lucidez y actividad, segun sus observaciones confirmadas por los experimentos y áun por la ciencia moderna, ¿se nos achacará á despropósito si decimos que las tres camas ó triclinios en que se acostaban los romanos no sólo para leer ó escribir, sino tambien para comer, estaban tan en uso para esta última operacion tambien, porque, sensuales como eran en todo los romanos, habrían experimentado más vehemencia de sensaciones en la postura acostada para comer que no sentados como los otros pueblos? ¡Quién sabe! De todos modos, sabemos con toda certeza que dichos muebles estaban adornados con un lujo excesivo manifestado por planchas de plata, incrustaciones de oro y marfil y concha y otros adornos de igual estimacion y precio; y nos consta asimismo que en dicho salon había multitud de muebles preciopos por la materia de que estaban hechos.

La cama era el mueble donde más lujo desplegaban los romanos. Sobre todo las cubiertas, procedentes muchas de ellas de Babilonia, alcanzaban precios fabulosos. La púrpura, la seda, la plumazon de cisnes, la riqueza y variedad de bordados y dibujos eran los elementos más comunes que entraban en los colchones, almohadones y demas accesorios de la cama, cuya riqueza sobresalía con los espléndidos juegos de tapices que adornaban las paredes, y con el rico embaldosado de mármol formando variados y encantadores dibujos, cuyo sistema se veía empleado en todas las piezas de la casa.

Esta esplendidez de las casas romanas, cuya idea nos formamos apénas, aumentada por las vajillas de plata y oro y ricas pedrerías que se admiraban artísticamente distribuidas en varias habitaciones, los sorprendentes candelabros figurando estátuas, se extiende con increíble profusion hasta á casas cuya apariencia exterior no indica por cierto la riqueza que encierran debida á la munificencia de los emperadores, sobre todo de Augusto, quien cedía á las legiones el botin de los pueblos que saqueaban con la condicion de que no lo vendieran sino que se lo llevaran para embellecimiento y ornato de sus casas. Doble política que, á la par que se captaba la benevolencia del soldado, embellecía las habitaciones, áun las más humildes.

Va sin decir que los jardines entrarían por mucho en las casas de los romanos, y, efectivamente, los autores latinos les han dedicado hermosas páginas que nos permiten tenerlos á la vista casi materialmente. Por ellos sabemos que las fuentes, las cascadas, las cañerías conductoras del agua á los innumerables rosales, á los verdes arbustos y á miles de flores de todo género, entraban por no pequeña parte en el adorno de las casas romanas, que encontraban recreo y sombra donde pasar deliciosas horas aquellos afortunados habitantes de un pueblo que sólo pensaba en la manera de hacer más grata la vida.

El arte de la jardinería era de los más adelantados en aquella civilizacion material en su esencia. «Los bojes, nos dice Tácito, están recortados formando mil figuras diferentes, y á veces letras que expresan ya el nombre del dueño, ya el del jardinero. Entre los bojes se ven sucesivamente pequeñas

pirámides y manzanos y la belleza rústica de un campo que se diría haber sido repentinamente trasladado á un sitio tan cuidado.»

Roma conocía tambien el lujo del veraneo. Pero este lujo tiene su explicacion natural y sencilla.

El campo romano ha sido siempre insalubre y en todas las estaciones, pero especialmente en verano y á principios de otoño. Ni la república ni el imperio sanearon lo que despues se ha atribuído por ignorantes y maliciosos á la incuria de los soberanos de Roma. Esta insalubridad, tan antigua como la misma Roma, dió orígen al veraneo de los romanos de la antigüedad que obtuvo crecido desarrollo en los últimos tiempos de la república. Nuestros lectores saben ya que Ciceron, Lúculo, Pompeyo y muchos otros tenían sus hermosas y cómodas casas de campo, residencia habitual en las temporadas calurosas y señaladas por insalubres dentro de Roma.

Si esta aficion de los romanos por huir de lo que despues se ha llamado *malaria*, obtuvo increíble incremento en remotísimas épocas, manifestándose en ella el lujo de los romanos y su apego á los placeres, nos lo dirán muchos escritores de aquellas épocas que acabaron por censurar tanta ostentacion y riqueza. «Nuestras construcciones regias no dejarán ántes de mucho sino unas cuantas fanegas de tierra al arado del labrador. Veránse extenderse por todas partes piscinas más espaciosas que el lago Lucrino. Ante el inútil plátano se retirará el olmo en el que se enredaba la vid. Jardines de violetas, planteles de mirtos, vanas riquezas del olfato, llenarán aquí con sus perfumes los campos donde crecían poco há fértiles olivos para un dueño más prudente; bosquecillos de laureles detendrán allí los calientes rayos del sol.....» Debemos estos datos á Horacio en una de sus Odas.

La moda, pues, del veraneo introducida en las costumbres romanas, tenía su razon de ser en la necesidad de buscar un seguro contra la insalubridad de Roma en determinadas épocas del año, al contrario de lo que sucede entre nosotros que, por el afan de darse tono todas las clases sin distincion, y no por salir en busca de aires más sanos, aunque tal se alegue hipócritamente, sino por la vanidad, que todo lo ha invadido, de no aparecer mezquinos ó faltos de recursos, se entregan todos, pobres y ricos, al veraneo

inmotivado, innecesario, perjudicando á un tiempo mismo la salud, las más de las veces, abandonando intereses y posicion y contribuyendo al maleamiento de las costumbres por las ambiciones que despierta la moda, el incentivo que presta á las pasiones, produciendo en último grado distintos caracteres de inmoralidad á cual más dañosos y funestos.

Si es de prudentes escarmentar en cabeza agena, la sociedad actual debiera hacer un alto en el camino que ha emprendido, y comparando las costumbres de la decadencia romana con la suyas, meditar con grave reflexion si no debiera ya retroceder en busca de la senda perdida, para desterrar léjos, muy léjos de sí falsas ideas de civilizacion que se presentan como signo funesto de la época, porque ya lo fueron de otras.

De las comodidades de la vida al exceso en las mismas, media un abismo cuya justificacion no dan ni la moral ni las posibilidades del hombre. Estamos, como en la Roma de los Césares, en un periodo de lujo de comodidades sostenidas por la vanidad y los múltiples y poderosos medios de satisfacerlas.

Como los habitantes de Roma, ya no se satisface la generacion actual con su casa en el recinto de la ciudad: necesita una quinta de recreo, donde el refinamiento del arte aguijoneado por la vanidad, reune no ya comodidades, sino lo más supérfluo para las necesidades de la vida. No basta la flora del país: hay que pedir á los trópicos sus plantas colosales, sus flores de colores vivos y encendidos; no basta la fauna propia; los climas más remotos nos traerán por medio del vapor lo que la naturaleza distribuyó sabiamente á cada region. Las flores, las esencias, las aves, los productos de todos los países deben revelar á todos las facultades pecuniarias del opulento; deben marcar, en fin, el grado que se ocupa en la escala social; pero, por desgracia, cada cual intenta, á riesgo de arruinarse, subirse más alto, en puesto más visible del que realmente le corresponde.

Para el observador atento y desapasionado tiene la época actual muchos puntos de contacto, más de los que á primera vista parece, con la aciaga de la decadencia romana. No intentamos escribir una lamentacion, no somos pesimistas, ni sentimos aficiones de predicador cuaresmal reñidas con

el carácter que debe conservar nuestro trabajo; pero, debemos confesar ingénuamente que la sociedad anda por mal camino, es, si se nos permite la frase, un tren descarrilado que va directamente entre violentas sacudidas y vuelcos á precipitarse en un abismo, porque, en materia de ostentacion y lujo, es una copia fiel y exacta de la sociedad romana en sus más críticas épocas de estrepitosa decadencia.

No pondremos comentarios que holgarían; pero, á fin de que se convenzan nuestros lectores de si tiene ó no puntos de contacto la sociedad actual con la de Roma en la época de su pronunciada decadencia, leamos un pasaje de Plinio en que nos pinta algo de las costumbres de su tiempo, en lo tocante á las personas de moda, que digamos: «Complacíanse en estar no digo rociados pero sí bañados con perfumes. Los he visto que se hacían ungir las plantas de los piés. Háse dicho que Oton enseñó este refinamiento al emperador Neron. Dícese que un simple particular hizo perfumar las paredes de sus estufas y que Calígula derramaba esencias en sus bañeras. Pero no era esto un goce reservado al dueño del imperio: uno de los esclavos de Neron se dió igual placer andando el tiempo; pero lo más sorprendente es que haya penetrado esta aficion hasta en los campos. Las águilas y las enseñas cubiertas de polvo, rodeadas de soldados, son frotadas con esencia los días festivos.» Á renglon seguido habla Plinio de estas costumbres afeminadas de la manera que calificará el juicioso lector: «Esto, dice, es el lujo más frívolo. Las perlas y las pedrerías pasan á lo ménos á un heredero. Las telas tienen cierta duracion; pero los perfumes se exhalan inmediatamente y mueren desde el mismo instante. Su mayor mérito consiste en atraer sobre una mujer que pasa las miradas de los que ménos piensan en ella, y se venden no obstante á más de cuatrocientos dineros la libra.»

El austero Egipto comenzó á declinar cuando los griegos hicieron penetrar allí su desórden como en las demas partes que ellos dominaron; Roma emprende la pendiente de su decadencia tan pronto como se apropia las costumbres griegas; ¿qué será de la sociedad actual imitadora fiel de las afeminaciones romanas?

Siguiendo el tema de la ostentacion desplegada por los romanos en sus

casas, y á fin de que el curioso lector forme por sí mismo comparaciones con el estado actual de nuestras costumbres, en este punto concreto, ponemos aquí la descripcion hecha por un autor contemporáneo de los adornos relativos á pintura de una casa descubierta pocos años há en Roma. «En torno del *atrium*, dice, al que se llega bajando algunos escalones, hay dispuestos cuatro salones cubiertos aún actualmente por las más bellas pinturas y al mismo tiempo las más intactas que se han descubierto en Roma. Á lo largo de las cornisas corren arabescos elegantes, guirnaldas de hojas y flores entrelazadas con genios alados y paisajes fantásticos de gusto embelesador. En el centro de los paños se ven cinco grandes frescos de asuntos distintos. Los dos ménos importantes por las dimensiones y el mérito son escenas de iniciacion y magia. Una pintura que tiene unos tres metros de alto, representa una calle de Roma que se considera verse por una ventana abierta. Era este un modo de ensanchar ó hacer más agradable un aposento, y dar á las casas romanas las luces de la calle que les suele faltar. Los otros dos cuadros son mitológicos. En el uno se ve á Polifemo que persigue á Galatea. El gigante está medio sumergido en las aguas, y para mostrar que está dominado por su pasion, el pintor ha representado detras de él un Amorcillo sin alas, de pié sobre su espalda y sujetándole con dos cintas. Galatea huye sentada en un hipocampo; vuélvese del lado del Ciclope; su brazo derecho está apoyado en la grupa del caballo, miéntras que la mano izquierda que aprieta el cuello de la cabalgadura, sostiene un manto encarnado que se desliza hasta más abajo de la cintura. La tela encarnada y la crin negra del caballo hacen resaltar la blancura de las carnes de la ninfa. En el último termino se descubre un brazo de mar encerrado entre elevadas costas. Las montañas están coronadas de árboles, las aguas han conservado su trasparencia: «No recuerdo, dice M. Perrot, ningun paisaje antiguo donde haya más feliz y vasta interpretacion de la naturaleza.» El otro fresco, el más bello de todos por la ejecucion, representa á Io en el momento en que Hermes va á libertarla de Argos. Nada hay más elegante y gracioso que la actitud de la jóven desolada, cuyos ojos están vueltos hacia el cielo, y que, en el desórden de su dolor, retiene apénas sobre su pecho un manto pronto á escapársele.

Detras de ella, llega Hermes silencioso, oculto por una roca á las miradas de Io y de su custodio, miéntras que el vigilante Argos no pierde de vista á su víctima, y, como recogido en sí mismo, parece dispuesto á arrojarse sobre el libertador á quien teme. «Este cuadro, dice uno de los mejores jueces de la pintura antigua, M. Helbig, revela una mano extraordinariamente hábil y segura; sus contornos están muy delicadamente matizados y no obstante bien fijados; la escala de los colores que se sostiene en tonos relativamente claros, produce una impresion armoniosa en la que se fija la vista. Difícilmente se hallaría en Pompeya una figura que igualara á la de Io en el Palatino; sus proporciones son más animadas y delicadas, el colorido más trasparente y dulce que en los pintores de la Campania. ¿Debe explicarse esta superior delicadeza de la concepcion y ejecucion diciendo que los pintores de Roma tenían muchas más ocasiones que los de provincia para ver y estudiar de cerca los originales griegos? ¿Debe pensarse sobre todo en la influencia que debían ejercer en los artistas romanos las realidades que les rodeaban y la elegancia de las mujeres del mundo en la gran ciudad? Yo no me atrevo á decidirlo (1).»

Donde quiera que fijemos la vista, descubrimos en Roma el arte griego. Grecia vencida supo imponer sus artes á Roma su vencedora. Los romanos tienen innata aficion al fasto, sus aspiraciones todas son de grandeza; aptos para la disposicion general, necesitan del arte griego que les perfeccione y adorne sus propias concepciones; de manera que un ojo experto distingue á primera vista en un edificio romano la parte correspondiente á la iniciativa del romano y la propia del artista griego.

Grecia, á pesar de su gusto por las artes, encarnacion propia suya, no edificó jamás sus quintas—pocas en número comparadas con las de los romanos—con las comodidades y detalles que estos. La sencillez llevada hasta el extremo era el sello característico del exterior de las quintas griegas, y en lo interior reducían á su ínfima expresion la delicadeza en muy pocas de las piezas que componían semejantes edificios. La diferencia tan notable en-

(1) BOISSIER.—*Promenades archéologiques.*

tre el gusto griego y el romano debe buscarse en los distintos métodos de vida de unos y otros. El griego pasaba la mayor parte del tiempo fuera de su casa: esto explica que no necesitara como el romano los anchos patios, las extensas galerías, los largos pórticos y los espaciosos salones, donde reunía el romano á su familia, clientes é íntimos amigos.

Esto mismo da la razon del mayor número de adornos necesarios en las casas romanas; de la misma manera que estos adornos suponen la existencia de muchos artistas y artífices ocupados en la fabricacion de tan distintos como lujosos objetos, necesarios en aquella sociedad, dada su manera de constitucion.

¿Quién lo dijera? Hasta la religion, por su manera de ser tan politeista, contribuye al sustento de infinidad de artistas, por la necesidad de acudir á las múltiples exigencias del culto particular establecido en cada casa á la increíble variedad de dioses. La idolatría era un aliciente de primer órden para los artistas. Si no tuviéramos otra razon en que apoyarnos, la encontraríamos muy sólida en las iras que levantó en su época san Pablo contra sí mismo efecto del odio que le profesaban los tales artífices de ídolos por el perjuicio que les causaba en su industria con el grande éxito alcanzado con su predicacion contra el politeismo ó idolatría.

* * *

Debemos ocuparnos en otras materias, y no podemos, sin embargo, abandonar la que tratamos sin dejar incompleto nuestro trabajo. Roma ve sucederse despues de los Flavios una serie de emperadores cuyos reinados merecen estudiarse, y lo haremos muy rápidamente. La raza de los déspotas no ha terminado; veremos, como en las grandes tempestades atmosféricas, alguno que otro rayo de luz abrirse paso por entre las cerradas nubes y desaparecer luégo sin poder proyectar ni una débil claridad en el negro cuadro de la naturaleza; así uno que otro buen propósito de algun emperador mezclará cierto

bien entre tanto mal subsistente en las instituciones minadas por los vicios de un régimen absoluto llevado al absurdo y á la extravagancia; pero á pesar de esto descubriremos aún ciertos progresos materiales, sostenidos por las prodigalidades de aquellos soberanos, cuya política se basaba toda en satisfacciones proporcionadas al pueblo, en el órden material, con entero olvido del moral.

Y así debían hacerlo, porque estaba en la conciencia, no ya de los mismos emperadores interesados personalmente en ello para el afianzamiento en el mando, sino porque así lo creían necesario las personas más desinteresadas en que así lo hicieran, y al propio tiempo las calificadas ó reconocidas por de más talento.

Trajano tuvo todas las buenas cualidades que puede reunir un hombre solo para merecer el alto puesto á que le elevó su antecesor Nerva. Veamos, no obstante, qué nos dice de este excelente soberano un escritor latino muy autorizado por sus conocimientos y posicion para emitir el juicio que sigue: «Debe considerarse como habilidad política de Trajano no haber desatendido jamas ni á los mismos bailarines y demas artistas escénicos, del circo y de la arena, porque sabía muy bien que el pueblo romano tiene especial aficion á dos cosas sobre todas las demas: comidas y espectáculos. La excelencia de un gobierno no se revela ménos cuidando de los pasatiempos que de las cosas serias; es verdad que la negligencia es más perjudicial en estas pero descontenta más en aquellas; el pueblo es, mirado todo, mucho ménos codicioso de larguezas en dinero que de espectáculos; finalmente, las distribuciones de dinero y trigo bastan perfectamente para contentar á los individuos, hombre por hombre, pero se necesitan los espectáculos para contentar á todo el pueblo en conjunto.»

Mejor que nosotros conocían al pueblo romano los que así hablaban, y cuando lo hacían de esta manera, no dejarían sin motivo expresadas así sus ideas, y mucho ménos si hubiesen estado en oposicion con la realidad de las cosas.

Y estaría tanto más arraigado ese frenesí de los espectáculos en el pueblo, en cuanto las costumbres privadas ó personales de Trajano estaban en com-

pleta disidencia con ellas por su extremada sencillez. Reconocido ya emperador despues de la muerte de Nerva, no se dió prisa por ir á sentarse en el solio, pues permaneció aún un año en las inmediaciones del Danubio. Á su llegada á Roma entró en la ciudad á pié, escoltado sólamente por algunos soldados, y afable con todo el mundo. Abrió su palacio á todos los ciudadanos, visitaba como simple particular á sus antiguos amigos y asistía á sus fiestas de familia.

Esta sencillez no estaba reñida, no obstante, con la esplendidez artística, de que dió muchas y relevantes pruebas. Débese á Trajano mayor grandeza, más verdad en el arte que en los tiempos anteriores á su reinado. Su gusto magnífico y severo nos ha quedado vivo, perpetuado, en varios monumentos que hizo construir para el ornamento de Roma, prescindiendo aún de los de utilidad pública, como, entre otras, la gran carretera que atravesaba todo el imperio. Son testimonios de su grandeza y buen gusto sus diversas estátuas ecuestres ó de pié, el foro que lleva su nombre, el arco de triunfo, la basílica que hay enfrente de este, el templo y las dos bibliotecas que lo completan. El monumento que más ha resistido á la intemperie de los siglos, como para recompensar la buena memoria de Trajano, porque todavía pregona sus gloriosos hechos es ¿quién no ha oído hablar de ella? la columna llamada de Trajano, que pertenece al órden dórico, y que es debida al arquitecto Apolodoro de Damasco, autor asimismo del Foro, de la biblioteca, de muchas termas y acueductos, de la basílica Ulpiana, y de un puente sobre el Danubio en la baja Humbría, construído todo por órden de Trajano.

Para construir el Foro fué necesario rebajar ciento cuarenta y cuatro piés de montaña, y el puente citado tenía veintiun arcos de ciento setenta piés de anchura, y los pilares ciento cincuenta de altos. La fuerza, rapidez y anchura de aquel río en el sitio en donde se levantó el puente, habían de menester una obra sólida y de resistencia que desafiara á los siglos y todavía se ven algunos restos de la de Apolodoro. Esta soberbia obra era una de aquellas construcciones colosales que prueban los días de gloria y de poder de los romanos. La columna de Trajano contiene dos mil quinientas figuras de dos piés de elevacion cada una, y, sin embargo, la sobriedad resplandece en todo

el monumento compuesto de mármol y bronce, formando el elogio de Apolodoro al mismo tiempo que explica las hazañas del emperador cuyo nombre pregona.

En el órden político restableció Trajano algunas antiguas formas republicanas, como la eleccion por comicios y la libertad de los votos en el senado, y encauza la moral por mejores senderos, como imprimió carácter majestuoso y grave al arte, y selló con la libertad su plan político. Evita las medidas de crueldad, y en lugar de fomentar la indolencia con distribuciones de dinero al pueblo, estimula los hábitos de laboriosidad, repartiendo pequeñas porciones de tierras libres, con que á la par que aumenta la propiedad rural en pequeña escala, obliga á que se contraigan costumbres de trabajo y que se cobre apego á la conservacion de la propiedad y amor al sitio donde radica. La instruccion popular fué una de las atenciones que más preocuparon á Trajano.

No se alarmen nuestros lectores si adelantamos aquí una idea que no es todavía de este lugar, pero que merece indicarse, para que no sorprenda tanto el cambio observado en la conducta político-administrativa de Trajano, atendiendo á la instruccion, á la mejora de las clases desvalidas, poniendo coto á los espectáculos, al lujo y á la disipacion.

Adrede no hemos hablado aún de la aparicion del Cristianismo y de su establecimiento en Roma, para dedicarle capítulo aparte: no obstante, la atmósfera que se respira en la ciudad Eterna, deja sentir su influencia sobre todas las clases sociales; su soplo moral infiltra sentimientos de caridad y, sin darse cuenta de ello, obran grandes y pequeños, nobles y plebeyos, inspirados por los hermosos impulsos, desconocidos sí, pero sentidos, de las sublimes máximas de la fraternidad cristiana, que se abrían paso en todo el imperio romano, cambiando la faz de aquella sociedad carcomida y caduca, para sanarla y robustecerla.

Adriano, sucesor de Trajano, es un literato y curioso que imprimirá carácter propio á su reinado. Había estudiado medicina, aritmética y geometría; había aprendido á cantar, pintar y tocar instrumentos. Era tambien mediano poeta; pero quizas poeta completo, si por tal entendemos el senti-

miento de la belleza artística y hasta de la naturaleza que poseía Adriano, acompañado de ardiente imaginacion.

Fué, á la verdad, algo afeminado, debido quizas á la misma viveza de imaginacion, cualidad inseparable casi de los poetas; pero fué tambien un administrador hábil que hizo grandes servicios al imperio. Regularizó el gobierno imperial é hizo gran número de reglamentos para la milicia. Quitó á los amos el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, y pasó casi todo su reinado en visitar el imperio, instruyéndose del estado de las ciudades, de las provincias, y examinando la conducta de sus gobernadores, que eran castigados severamente cuando las quejas elevadas contra ellos se hallaban fundadas.

La civilizacion respira en manos de Adriano, y el mundo entero presenta huellas visibles de su inteligencia y amor á los adelantos y al bienestar de sus súbditos.

Ejerció la dignidad de arconte en Atenas, cuya ciudad prefirió siempre á Roma, y quizas deba á su estancia en aquel centro de las ciencias y artes, su conducta civilizadora siendo ya emperador. Siria, Egipto, Grecia é Italia, pregonan la fama de Adriano con las academias, escuelas y edificios notables que construyó y fundó en Atenas; con la restauracion de Nicomedia y Nicea destruídas por un terremoto; con los circos, museos, plazas y templos que edificó en toda el Asia Menor; con el puente de Gard y el famoso circo de Nimes, en las Galias; con la multitud de maravillas artístico-monumentales que dejó sembradas en la misma Roma. En Egipto dispuso reedificar el mausoleo de Pompeyo y honró sus manes con solemnidades funerarias.

En este viaje empezó desgraciadamente Adriano á adquirir celebridad por su vergonzosa conducta. Fundó una ciudad en conmemoracion del jóven Antinoo, sin consideracion al horrible crímen que Dios había castigado ya en los albores del mundo con el fuego del cielo.

Las estátuas que aún se conservan en Roma, y que representan la figura de este personaje, y las medallas en que constan algunas circunstancias relativas al mismo, acreditan, así la gentil belleza de Antinoo como la impúdica

lascivia del emperador Adriano, quien, no obstante su filosofía, se entregó con él á las más repugnantes obscenidades. Concibió por él tan viva pasion y tal adoracion por sus atractivos, que, despues de su muerte, amargamente llorada por el emperador, llegó hasta dedicarle en varios puntos, como en la Arcadia, templos, sacerdotes y culto, verificándose en ciertas épocas, con pomposas ceremonias, fiestas y juegos en su honra.

No satisfecho Adriano con esto, y como si quisiera él demostrar con su ejemplo que, iniciada una rápida pendiente no se pára hasta el último término, hizo construir templos donde sacerdotes sacrílegos pronunciaban los oráculos que el mismo emperador les dictaba, y no tardaron los pueblos en sublevarse contra los cristianos, que fueron en gran número víctimas de la sangrienta persecucion é implacable rencor de sus enemigos.

La justicia nos obliga á no pasar en silencio ciertos rasgos que, á la par que no deben ignorarse, harán formarse cabal idea de un hombre á quien debe tanto la civilizacion antigua; nos pintarán hechos gráficos de los pueblos que más han ocupado el mundo con su historia.

Fué Adriano aborrecido del Senado, al que había privado de toda consideracion. Su reinado fué turbado por una rebelion de los judíos que fué como sigue: Reedificóse Jerusalen; pero, descontentos los judíos, sublevárronse de nuevo capitaneados por un tal Barcochebas á quien llamaban su Mesías. Prohibióles el emperador la entrada en Jerusalen, cuyo nombre sustituyó con el de Elía, é hizo esculpir un cerdo de mármol, que mandó colocar sobre la puerta del camino de Belen, sabiendo el horror que este cuadrúpedo inspiraba á los judíos. De este modo creía Adriano que no se atreverían ni de léjos á dirigir su vista hacia la ciudad.

Como los cristianos le eran igualmente odiosos, mandó erigir un ídolo á Júpiter en el sitio de la Resurreccion de Jesucristo y una estátua de Vénus en el Calvario. Hizo ademas plantar un bosque en Belen y le consagró el pesebre donde había nacido el Salvador.

El descubrimiento de una conspiracion tramada contra él, que costó la vida á algunos personajes ilustres, á quienes hizo él asesinar, le hizo exclamar estas odiosas palabras, indignas de un filósofo y poeta: «¡qué sea

tan fácil arrebatar la vida á los demas y tan difícil disponer de la propia!» aludiendo con esto á que varias veces quiso atentar contra su vida, pero le faltó siempre el valor para ejecutarlo, no obstante la violencia de sus muchos padecimientos. Estos le produjeron finalmente la muerte legando al mundo una celebridad poco envidiable, porque nada valen las más heróicas acciones, cuando van acompañadas de escándalos y crímenes. Antes de morir despidió á sus médicos, só pretexto de que no servían más que para prolongar sus dolencias, y compuso unos versos que marcaban la inquietud en que le tenía el porvenir de su alma.

Nos despedimos de Adriano con el alma helada por la ironía con que dominado por el escepticismo despide á su pequeña alma, como lo dijo él mismo en sus postreros versos, eco aterrador del negro vacío en que se revolcaba un hombre que disponía de todo un mundo. ¡Cuán cierto es que la materia es impotente para las nobles aspiraciones del alma!

Lo que dejamos consignado de Adriano demuestra evidentemente que en Roma se respiraba una atmósfera sofocante porque era artificial, y era así porque el escepticismo de Adriano, reflejo de su pueblo sobre el cual se cernía una crísis decisiva, deja sin movimiento los órganos vitales y anubla las inteligencias más privilegiadas. Salgamos de ella, y entremos en el periodo de los Antoninos.

La civilizacion penetra en un periodo de virtudes morales, en un periodo de fe que llena más ó ménos la ambicion que en sí experimenta cada sér racional, y nos presenta caracteres más adecuados á nuestra manera de ser y pensar.

El reinado de Antonino fué uno de los más felices del imperio. Fué sencillo en sus reformas: su actividad apacible ofrece pocos materiales para la historia, y, sin embargo, ateniéndonos á lo que esta nos ha dejado consignado, fué quizas el hombre de más noble carácter que ocupó el trono. Supo hermanar la sencillez de sus costumbres primitivas con la esplendidez del imperio; mantúvose modesto, dando á los fueros del lujo lo que estos podían exigir del primer magistrado del pueblo romano. Por espacio de veintidos años supo mantenerse en el trono con las bellas cualidades que le con-

quistaron el renombre de padre y protector del pueblo cuyo soberano era tan dignamente. Llevado de su amor á la humanidad, y obrando con tacto político muy distinto de sus predecesores, cercenó los gastos de los espectáculos de los gladiadores, para que no se dijera que los abolía directamente. Su generosidad de sentimientos se reveló ya desde la inauguracion de su reinado con un acto que llevase el consuelo á infinidad de familias poniendo en libertad á los desgraciados que gemían en las cárceles y que estaban ya sentenciados á morir por su antecesor Adriano.

El pueblo romano no estaba acostumbrado á semejantes rasgos de humanidad, tan reñidos con las costumbres bárbaras que formaban ya el carácter distintivo y especial de aquella civilizacion fomentada con sangre, por lo que el Senado acordó que se le erigieran estátuas y que en atencion á sus eminentes virtudes se le diera el sobrenombre de *Pío*, con que le conoce y distingue la historia.

La administracion del imperio, las economías en todos los ramos, la supresion ó rebaja de tributos que abrumaban demasiado á los ciudadanos, la buena administracion de justicia, las reformas en muchos ramos del gobierno, la decidida proteccion á las ciencias y artes, cualidad la más esencial en un buen príncipe, todo fué objeto de los desvelos y paternal solicitud de este modelo de soberanos.

El ciego amor que profesamos á la verdad histórica nos obliga aquí en conciencia á una declaracion aplicable en otros casos, que la discrecion del lector comprenderá indudablemente.

Al hablar de Antonino del modo encomiástico como lo hacemos, prescindimos completamente de su conducta para con los cristianos, á quienes, como Trajano, y como casi todos los emperadores romanos, persiguió tan feroz como bárbaramente. Más aún; prescindimos de sus defectos morales, considerándolos sólo como individuos de una sociedad llena de podredumbre, y de la cual se distinguían quizas por alguna que otra virtud moral no reñida con la creencia religiosa que les haya servido de norma.

Y aquí confesamos que es donde se necesita más aplomo y serenidad de criterio para estudiar la historia y juzgar á los hombres y estudiar el estado

social de Roma por los intereses encontrados que luchan de contínuo. Véase, como prueba de lo que decimos, lo que vamos á continuar aquí. En una obra extranjera encontramos la siguiente pintura de Antonino Pío: « Su liberalidad rayaba ya en el exceso; despues de cumplir las prodigalidades que, al tiempo de su adopcion, ofreció al pueblo, á su propia costa, cedió todo su patrimonio al Estado, sin quedarse más que con el usufructo para sí y su hija Faustina, á quien casó con Marco Aurelio. Los pobres siempre encontraban en él un protector, *los cristianos un príncipe benéfico y amigo*, y á él se debe la célebre carta en que se mandaba que estos fuesen absueltos y castigados sus acusadores. Las sublevaciones no las apagaba con sangre, ni las reprimía con espada vengadora, poseía él un arma mucho más poderosa, la clemencia, con la cual supo hacer admiradores de sus enemigos mismos. Su carácter bondadoso resplandecía en todas sus acciones, y sólo se le vió encolerizarse en un acceso de delirio que tuvo en la enfermedad que le condujo al sepulcro, en el año 161 de Jesucristo, y áun esto únicamente contra los enemigos de su pueblo. »

Por desgracia hay en este cuadro muchas pinceladas que desentonan. Las virtudes humanas de Antonino podían hacerle apreciable á los ojos de los decaídos romanos, pero sus costumbres disolutas le hacían casi por necesidad un perseguidor de la religion cristiana que predicaba las virtudes opuestas á su sensualidad.

No sólo toleraba Antonino con extremada indiferencia el desenfrenado libertinaje de su esposa Faustina, sino que, en cierto modo, quiso hasta inmortalizarla; porque, despues de muerta, mandó tributarle honores divinos y le consagró un templo que ha llegado hasta nosotros.

El mismo Antonino se entregaba á los más vergonzosos desórdenes, era esclavo de las más viles criaturas con cuyo ascendiente en su alma disponían á su placer de los honores y cargos del Imperio y frecuentemente en favor de los más indignos. Profesaba Antonino tanta devocion á sus ídolos, que les ofrecía sacrificios contínuamente, haciéndolo siempre por sí mismo, exceptuados solamente los casos de enfermedad.

Es verdad que la historia no nos habla de edictos nuevos publicados por

Antonino contra los cristianos, pero su debilidad permitió que fuesen sacrificados en su nombre en virtud de los edictos anteriores, desplegando en las ejecuciones un lujo de fiereza desconocida hasta entónces.

Como de paso, por no poder aquí detenernos en lo que debe ocuparnos exprofeso más adelante, diremos ahora que el filósofo Justino dirigió al emperador Antonino Pío una magnífica y muy contendente apología de la religion cristiana, en la cual quedaron los cristianos vengados con la mayor elocuencia de las innumerables calumnias con que trataban de mancharles los gentiles y los judíos, siendo el efecto de esta apología un rescripto enviado al Asia por el emperador, *prohibiendo molestar á los cristianos*. Debemos esta noticia á Eusebio (1).

Tocante á la parte material de la civilizacion, ó á sus manifestaciones artísticas en la época de Antonino, sabemos que Roma, Antioquía, Narbona y otras ciudades fueron reedificadas, en su reinado, á costa del tesoro público, que hermoseó muchas poblaciones con magníficos edificios y establecimientos de utilidad pública, cuyo carácter ostentan todos los más suntuosos que se le deben, y lo prueban los puertos de Terracina, Puzzolo, Gaeta, el faro de Ostia, los baños de Epidauro, el acueducto de Ancio y otros muchos que podríamos citar.

No le siguió en este buen camino su yerno y sucesor Marco Aurelio. Era este un filósofo estóico de carácter falso, altivo, egoista y corrompido por sistema, siendo su corazon tan perverso como su inteligencia. Así que subió al trono, empleó grandes sumas en sostener las cátedras de filosofía que había fundado. Su reinado habría sido la época de los sofistas, á no haber tenido su necesaria influencia las numerosas guerras que lo alteraron, y las grandes calamidades que por aquel entónces acaecieron.

Tuvo tambien el poco tacto político de asociarse al imperio á Lucio Vero, hombre indolente y corrompido, cuyo solo nombre inspiraba horror á los hombres de bien, y, á pesar de esto, despues de su muerte, obligó al Senado á honrar su memoria como la de un dios.

---

(1) Eusebio. *Historia*, lib. IV. cap. 73.

El único acto que debe, en parte, agradecerle la civilizacion consiste en haber encauzado el gusto de las artes hacia las bellas acciones. En su tiempo se levantaban estátuas á los vencedores de las carreras de caballos en el circo, dando por resultado que la mayoría de las veces eran hombres de la más ínfima clase y gente abominable por sus vicios. Marco Aurelio cortó el abuso y sólo permitió este honor á los hechos ilustres, inspirándose en las enseñanzas de su preceptor Diogneto, hombre de gran consideracion y muy versado en la filosofía, que supo conservar el afecto y confianza del emperador.

Su extremada supersticion le arrastró á hacer reiteradas instancias al Senado para obtener que se confiriesen los honores divinos á Adriano, porque en su afan religioso multiplicaba los sacrificios é introducía religiones extrañas desconocidas ántes de los romanos. Su impiedad é impudencia le llevaron á colocar en el número de las diosas á su abominable esposa Faustina, á la cual elevó un templo, obligando ademas á los recien casados á ofrecerla un sacrificio. Esta Faustina, hija de Antonino, excedió á su misma madre por la disolucion de sus costumbres y por su crapuloso libertinaje, hasta el punto de que la hubiera abandonado Marco Aurelio, si, al dejar á ella, no hubiese debido dejar tambien el imperio que recibió por dote de su mujer.

* * *

Á fin de reponer nuestras fuerzas, debemos hacer aquí un pequeño alto, porque la civilizacion sufre un eclipse funesto en el reinado que se inaugura en Cómodo (Lucio Aurelio), hijo del anterior, último vástago de la familia de los Antoninos, que cierra un periodo de la historia romana, para dar comienzo al despotismo militar, que cambiará la faz de los destinos de Roma.

No obstante, la tiranía del nuevo emperador, el más infame heredero de los peores emperadores romanos, no se dejó conocer por de pronto, sino que por algun tiempo quiso justificar en cierto modo la esperanza general de un

feliz y próspero reinado. Pesándole ya á poco la carga del gobierno, dejó enteramente su cuidado á Perenis, gefe de la guardia pretoriana, y se abandonó á los placeres, la molicie y la más vergonzosa ociosidad, recobrando así todo su vigor la inmoralidad y monstruosa ostentacion del más refinado lujo, hasta parecer resucitados los hombres y tiempos que tanto rebajaron con sus vicios y crímenes los tiranos Neron y Domiciano.

En este emperador, como en muchos otros, nos encontramos de pronto con juicios contradictorios capaces de torturar al crítico, si la historia severa, pero imparcial, no se encargara de fijar con toda certeza sacándolos del recinto fatigoso de la duda; pero, como quiera que sea, sorprende que hombres ilustrados se entreguen á cavilaciones no justificadas por las depuraciones inflexibles de la verdad histórica.

Hablándonos de Cómodo nos dice Gibbon en su *Historia de la decadencia del Imperio romano:* «No era Cómodo un tigre nacido con la sed insaciable de la sangre humana, y capaz, desde sus primeros años, de llevarse á los excesos más crueles; la naturaleza le había formado más bien débil que malvado. Su sencillez y timidez le hicieron el esclavo de los cortesanos que le corrompieron gradualmente. Su crueldad fué en un principio el efecto de un impulso ageno, que degeneró en hábito y llegó á ser la pasion dominante de su alma.»

Este retrato moral debido al historiador inglés no se aviene con los datos que nos suministran otros historiadores diciendo que, desde su más tierna infancia dió Cómodo muestras de inaudita soberbia y perversidad, de que vemos que no se arrepintió con el tiempo, ántes bien conforme crecía en años se iban desarrollando sus malos instintos, llegando á ser el escándalo y horror de Roma. Si bien es verdad tambien que no todos los historiadores están conformes respecto de sus malas inclinaciones cuando niño, y en esto quizás se funda el inglés Gibbon, está fuera de duda un hecho que no se explica sino dándole á Cómodo un carácter perverso desde niño. Habiendo encontrado un día más caliente de lo regular el agua del baño, mandó echar en un horno encendido al infeliz que había tenido este descuido. Entónces apénas contaba Cómodo doce años de edad.

Prescindamos, empero, de estas digresiones que no son de nuestro caso, y ahora que ya conocemos á muchos emperadores romanos ensayemos un ligero paralelo entre Cómodo y el más brutal de los Césares.

Neron había sido artista: Cómodo es gladiador. Su gloria consiste en bajar al palenque y en matar con su mano imperial. Su pasion favorita era dar muerte á las fieras en el anfiteatro y en medir sus fuerzas con los gladiadores. Tenía gran destreza en manejar el arco. Neron *manejaba* la lira y sólo quiso medir su habilidad en el canto ó en guiar un carro. Cómodo mató en un día cien leones, uno tras otro, con igual número de dardos. Llegó al extremo de bajar desnudo al palenque para bailar y combatir. Pero estos combates contínuos, en que perecían crecido número de fieras y ejércitos de gladiadores, costaban sumas inmensas. Cómodo tenía, empero, un medio fácil de sufragar tanto gasto: vendía las provincias, las causas, y hasta la muerte de un enemigo, y se hacía pagar como un gladiador cada vez que bajaba á la arena; pero lo hacía como soberano que era y cada espectáculo le costaba al pueblo romano ochocientos mil sextercios que debía pagar á su emperador. ¡Y el pueblo romano sufrió con paciencia este mónstruo!

Si en la memoria de los hombres está más profundamente grabado el nombre de Neron que el de Cómodo, débese de seguro á la matanza de cristianos, conocida con el nombre de primera persecucion contra los mismos ordenada por aquél, pero no porque fuera más abyecto, cruel, ni tirano que éste.

Cómodo, para acaparar dinero, acude á todos los recursos, por asquerosos é inhumanos que sean; Cómodo reune seiscientas concubinas en su palacio para su regalo; no satisfecho con esto, deshonra su propia sangre atropellando la honestidad de sus hermanas; Cómodo baja al circo á matar fieras y hombres; sólo se satisface ante las palpitaciones de las víctimas que mueren á su vista, ante los estertores de la agonía de los que se revuelcan en los chorros de sangre que él les ha hecho derramar con su espada: se ceba olfateando, como el tigre, la sangre humeante aún de hombres y fieras amontonados en forma de montañas de carne amasadas con su sangre entre-

mezclada. ¿Cuál no sería el estado de abyeccion de Roma cuando aplaudía semejantes infamias? ¡Pobre humanidad! ¡Y, sin embargo, oh escarnio! Cómodo hizo dar á su reinado el nombre de siglo de oro!

Extravagante y caprichoso Cómodo, como otros emperadores romanos, no quiso que se le llamase por su propio nombre, sino con el de *Hércules hijo de Júpiter*. No creemos que se le deba formular un cargo por su ridícula pretension; porque, en lugar de dedicarse á labrar la felicidad de su pueblo, se entretenía en matar fieras en el circo y en su palacio, vestido como aquel héroe de la fábula con una magnífica piel de leon y armado de una clava. Tambien se hizo llamar *Hércules Romano*, y el Senado reducido á la más ignominiosa obediencia, suscribía á todos los antojos del emperador, á quien ademas no escaseaba los dictados más pomposos á la par que injustos, y así se vió cuando pidiéndole aquel que el nombre de Roma fuese sustituído con el de *Colonia Commodiana*, condescendió el Senado dándole al emperador los títulos de piadoso, feliz y otros tan extravagantes como estos.

Nos haríamos interminables si debiéramos dar cuenta de todas las extravagantes locuras de Cómodo, pero á fin de tener más completo el cuadro de las costumbres de su época, indicaremos ligeramente la que puso fin á su depravada vida.

Marcia, su favorita, Leto, prefecto del Pretorio, y Electo, uno de sus principales oficiales, le rogaron un día que no manchase la dignidad imperial saliendo vestido de gladiador el día que los cónsules entraban en ejercicio de sus funciones. Irritado Cómodo de que se opusiesen así á su capricho, entró en su aposento, y escribió en sus tablillas los tres nombres de aquellos cuya vida había resuelto quitar en la noche siguiente.

Un niño muy amado del emperador entró en su aposento miéntras él dormía, y cogió por casualidad las tablillas. Marcia las ve y resuelve con sus dos compañeros de infortunio prevenir el golpe. Al salir Cómodo del baño encontró la muerte en la copa envenenada que le presentó su favorita, y un gladiador terminó el sacrificio que sólo comenzó el veneno, cuyos efectos parecían demasiado lentos á las tres últimas víctimas que Cómodo destinaba al sacrificio de su loco antojo.

* * *

Nos encontramos ahora con un paréntesis histórico, desde el punto de vista que miramos nosotros las cosas. « Con el indigno hijo de Marco Aurelio, ha dicho un escritor antiguo, se extingue la familia de los Antoninos; despues de ella comienza el despotismo militar. Cuanto existía aún de las formas republicanas va á desaparecer. Desde entónces la adopcion usada en la familia de los Antoninos será reemplazada por la eleccion tumultuosa y ciega de la soldadesca. »

Pasaríamos por alto el breve periodo comprendido por el reinado de algunos emperadores que podríamos llamar militares, á no ser que debemos un recuerdo, en nombre de la civilizacion, al efímero reinado de tres meses de Pertinax, quien hizo esfuerzos muy laudables, aunque inútiles, por devolver al Estado alguna prosperidad protegiendo y alentando la agricultura y la industria, fuentes del bienestar de los pueblos. Reparó ademas cuanto pudo las desgracias del reinado precedente.

Pertinax tenía la desgracia de ser viejo para poder llevar á buen término las radicales reformas que habrían hecho de la Roma disoluta un pueblo laborioso y activo; así que descontentos de su severidad los soldados y los pretorianos le asesinaron en su palacio. Desde entónces los asesinos pusieron en subasta la corona del imperio romano. ¡Vergonzoso espectáculo para la majestad imperial!

La subasta de la púrpura se adjudicó, por ser el mejor postor, á Dido Juliano, rico desordenado que ofreció dar á cada soldado seis mil doscientos cincuenta dracmas.

Aleccionadas las legiones con el ejemplo quisieron tambien nombrar sus emperadores, y las de Siria nombraron á Neger, las de Bretaña á Albino y las de Iliria á Séptimo Severo.

La decadencia de Roma vuela precipitada al abismo: el imperio está dividido, y escrito está que todo reino dividido debe desaparecer.

La política de Séptimo Severo supo librarle de sus competidores. Acariciando al uno y destruyendo al otro queda vencedor de todos y se proclama dueño absoluto del imperio. Si desplegó firmeza fué tambien cruel, y siguió las sendas trazadas por Mario y Sila, proscribiendo y asesinando familias enteras. El fundamento de su política consistía en tratar bien al soldado y burlarse de lo demas. Consiguiente con esta máxima se cuidó muy poco de ofrecer espectáculos al pueblo, que debió acostumbrarse á verlos no tan magníficos como ántes. Sin embargo, le preocupó constantemente la idea, que llegó á realizar, de no vivir en un palacio debido á sus antecesores, sino en uno que le perteneciera completamente á él mismo, áun cuando, para conseguirlo, debiera costarle sumas inmensas, bien que, impulsado por la vanidad de todos los monarcas de todos los países y siglos, lo quiso más espléndido y vasto que los de sus antecesores.

Debemos recordar una buena frase que en sus labios tiene más autoridad que en los de otra persona: « *He sido todo*, dijo al morir, *y todo no es nada.* » Estas palabras parecen un eco lejano y débil del *vanidad de vanidades y todo vanidad* de otro gran rey que debieran recordar á cada momento los que ciñen corona, para procurar más la felicidad de los pueblos que les están encomendados á título de administradores, pero no de dueños, y de cuya administracion deberán dar estrecha cuenta al que se titula rey de reyes.

Su hijo Caracala fué el más estúpido de todos los emperadores.

No recordamos un retrato que nos haya sido más antipático y repulsivo que el que, siendo aún muy niños, tuvimos ocasion de ver, quedando desde entónces perfectamente grabado en nuestra memoria tanto como la aversion que sentimos desde aquel momento hacia él. Caracala no tuvo sino instintos de bestia fiera que procuró siempre satisfacer. Fratricida, incestuoso, asesino, fué el más vil opresor del pueblo. Váyase con las maldiciones que le quedaron por siempre inseparables de su nombre, y olvidemos el de su asesino Macrino, metéoro coronado tan pronto visto en el solio como desaparecido del mismo.

Dirijamos nuestras miradas á Emero. Veremos allí un pontífice ó gran sacerdote del Sol, llamado Bariano, hijo de Julia y nieto de Séptimo Seve-

ro, á quien los legionarios de la Siria proclaman emperador á fin de oponerlo al usurpador Macrino.

Bariano, al subir al trono, tomó el nombre de su dios: al entrar en Roma se encuentran frente á frente dos civilizaciones, la de Occidente y la de Oriente: Roma perderá en la lucha que trabarán las dos.

El jóven emperador entró en Roma conduciendo con él á su dios *Elagabal,* representado por una piedra negra y cónica llevada sobre un magnífico carro. Durante todo el viaje, sostenido el jóven pontífice sobre los brazos de sus ministros, dirigía hacia atrás su cabeza para no perder de vista el símbolo de su divinidad. Roma quedó extraordinariamente sorprendida á la vista de su jóven emperador, vestido con su túnica sacerdotal de seda y oro, cubierto de brazaletes y collares y con las cejas y cara pintadas de blanco y negro. Hasta entónces había tenido Roma muy malos príncipes; pero todos tenían á lo ménos algo romano, aunque no fuese más que su exterior: Caracala vestía á lo legionario.

No obstante, nadie, al verle, puede llamarse á engaño: el nuevo soberano de Roma es un príncipe verdaderamente oriental con su serrallo y su consejo de mujeres; y, para que sea completo el cuadro, su madre Socusis toma asiento en el Senado.

Acudamos á un autor casi contemporáneo, el historiador Lampridio, quien nos habla de Caracala del modo siguiente:

«Heliogábalo alimentaba á los oficiales de su palacio con entrañas de barbos, cerebros de faisanes y de tordos, huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígado de pato, á sus caballos uvas de Apomena, á sus leones papagayos y faisanes. Para él se reservaba talones de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos y de ruiseñor, guisantes mezclados con granos de oro, habas guisadas con trozos de ámbar y arroz mezclado con perlas. En verano daba comidas cuyos adornos cambiaban cada día de color. Los triclinios, de plata maciza, estaban sembrados de rosas, violetas, jacintos y narcisos. Artesonados giratorios arrojaban flores con tal profusion que los convidados quedaban casi ahogados debajo de ellas. El nardo y perfumes preciosos alimentaban las lámparas de sus

festines, que se componían á veces de veintidos servicios. Heliogábalo no comía nunca pescado cerca del mar; pero, cuando estaba léjos de él, hacía distribuir á su comitiva lechecillas de lampreclurelas y de lobos marinos. Heliogábalo iba vestido con trajes de seda bordados de perlas. Nunca llevaba dos veces el mismo calzado, la misma sortija, la misma túnica. Los almohadones sobre los cuales se acostaba, estaban llenos de plumazon arrancado de debajo las alas de las perdices. Sus carros de oro estaban incrustados de piedras preciosas.»

Y á propósito de almohadones.

Era Heliogábalo voraz en la mesa, y una de sus principales diversiones consistía en convidar gente de baja esfera que, sentada sobre altísimos almohadones llenos de viento, y haciéndoles deshenchir repentinamente, hacía rodar á sus convidados por tierra donde eran devorados por las fieras, que á este fin mandaba soltar el emperador. Otras veces convidaba toda clase de imperfecciones en el número de ocho: ocho jorobados, ocho tuertos, ocho mancos, ocho cojos; satisfaciendo sus caprichos y crueldades.

La civilizacion está de luto durante el reinado de Heliogábalo, porque reune este personaje toda la crueldad de los emperadores del Occidente á la afeminada voluptuosidad de los del Oriente. En Heliogábalo se encuentran fundidas las naturalezas de Neron y Calígula con las de Sennaquerib y Sardanápalo: á la fiereza de unos reunía la extravagancia de otros. Todas las monstruosidades, todos los delirios que distinguieron á esos príncipes se juntaron en él solo. Luégo ya de su llegada á Roma mandó que á su abuela se la diese el título de *augusta* y fuese admitida á las deliberaciones del Senado: estableció en el monte Quirinal un senado de mujeres, en el cual su madre, mónstruo de liviandad, concedía premios á los que se distinguían en las modas deshonestas. El palacio imperial se convirtió en un lupanar donde era admitida la hez de Roma: los lacayos y los histriones formaban la corte del imbécil Heliogábalo. Hizo adorar á su Dios *Heliogábalo*, al que mandó construir un templo. Mandó traer de Cartago todas las riquezas del templo de la *Luna*, y entre ellas la estátua de esta diosa á la que hizo casar con su dios favorito.

Sabemos ya que su dios era un trozo cónico de piedra negra; pues bien, las bodas de la piedra con la estátua se celebraron con fiestas solemnes en Roma y en toda Italia, y el emperador hizo que le circuncidaran en honor de los nuevos esposos, y que se les sacrificasen los niños más distinguidos, mandando degollar á cuantos se resistieron á adorar las nuevas divinidades. En los cuatro años que ocupó el trono se casó con cinco mujeres, una de las cuales era vestal.

Todo esto, á pesar de su mucha extravagancia y locura, no basta para darnos la completa idea de la perversidad animal de Heliogábalo. Siendo aún poco para él tanta degradacion, ocurriósele declararse públicamente mujer, en cuya nueva calidad se casó con uno de sus oficiales, y despues con uno de sus esclavos. ¡Penoso deber el nuestro, por vernos obligados á violentar nuestra pluma que se nos resiste á escribir crímenes tan asquerosos y repugnantes!

Heliogábalo tenía, al morir, diez y ocho años y había reinado algo ménos de cuatro, y en tan corto tiempo, y en una edad en que las pasiones tienden más á la sociabilidad y expansion que á la soledad y misantropía, murieron de órden suya en los suplicios veinte mil hombres, ó sean más de cinco mil por año. Entre sus víctimas deben contarse cuatro vestales que hizo enterrar vivas, para divertirse con este horroroso suplicio.

Busquemos, si podemos hallar, una circunstancia atenuante que rebaje la criminalidad de esa fiera humana. ¡Quién sabe si podría serlo el horrendo crímen cometido por su madre, al hacerle incestuoso y atraer contra el hijo las maldiciones de la naturaleza provocada con su nefanda accion! ¡Quién sabe! En uno de los primeros días de su reinado sorprendió á la emperatriz, su madre, en trage algo descuidado, y, al verla, exclamó en un acceso de lujuria: «¡La querría si pudiera!» Abrió su madre los brazos, y le dijo provocándole: «Sí puedes, hijo mío, sí puedes; porque no existe ley alguna para los emperadores.» Adivinen los lectores lo que el pudor no permite ni insinuar siquiera y qué debió suceder entre madre é hijo faltando á todas las leyes naturales..... ¡Qué mucho que quien faltó injuriando al primer precepto natural, faltara despues pisoteándolos todos! ¡Qué mucho que sea tanta su

fama á pesar de su tan corta edad y de su tan breve reinado! ¡Qué mucho que si madre é hijo hollaron juntos las leyes de la naturaleza, desoyendo los gritos de su conciencia, perecieran tambien juntos en un lugar inmundo, en unas letrinas, donde se habían refugiado, huyendo de la indignacion del pueblo, y qué mucho tambien que sus dos cuerpos fueran arrastrados por el populacho por las calles de Roma, y arrojados al Tíber como indignos de más honrosa sepultura, ya que no pudieron pasar por la abertura demasiado estrecha del albañal por donde querían precipitarles sus verdugos!

Último rasgo del carácter de Heliogábalo.

La abuela de este imbécil, que le había elevado al poder, conoció que sus vicios y costumbres orientales, exóticas en Roma no obstante su decadencia, le arrebatarían el trono que deseaba conservar en su familia, por la persona de su primo Alejandro, cuyas costumbres eran más á la romana. Hubo de comprender con esto Heliogábalo que peligraba no sólo su trono sino tambien su existencia, como así fué realmente, y para prevenir eventualidades, pensó en suicidarse, preparando al efecto puñales dorados, venenos encerrados en una esmeralda y cordones de púrpura y seda. ¡Cobarde! La Providencia disponía instrumentos ménos lujosos y una muerte ménos elegante. Pocas veces se dirá con tanta verdad como en la muerte de Heliogábalo: «el hombre propone y Dios dispone.»

* * *

Muerto Heliogábalo fué gobernada Roma por mujeres, dice Herodiano. Mamea, madre del emperador Alejandro Severo que sólo tenía catorce años, al ser proclamado por los pretorianos, no fué á sentarse, como Socusis, al lado de los cónsules en el Senado; pero llamó á palacio á diez y seis antiguos senadores para que la ilustraran con sus consejos. Entre ellos estaba Ulpiano, uno de los más célebres jurisconsultos de la antigua Roma.

Hemos intentado atenuar la perversidad de Heliogábalo por la pernicio-

sa influencia que en su alma debió ejercer la depravada conducta de su disoluta madre, y ahora nos toca reconocer que las excelentes cualidades de Mamea imprimen en la inteligencia de Alejandro Severo el sello moral que hace de su reinado uno de los mejores para la civilizacion romana.

Bajo el gobierno de mujeres y legistas pasó tranquilamente el imperio romano trece años sin tumultos interiores ni guerras en el exterior. Ulpiano hacía leyes, y la justicia se administraba en todas partes con integridad.

Animado Alejandro Severo de un vivo sentimiento religioso y dotado de virtudes suaves á la par que de profundo sentimiento por la justicia, no tuvo, no obstante, ni un solo día el carácter de soberano. Su corazon formado por los buenos maestros que supieron inspirarle ideas casi de misticismo, estaba sujeto á las influencias que inspiran los sentimientos de su religion, y Alejandro sentía ademas la incomprensible del cristianismo que estando ya en el tercer siglo de su establecimiento, ejercía sobre él desconocido pero rigoroso influjo.

Este emperador es en muchos puntos el verdadero reverso de la medalla de sus predecesores. Sencillo y frugal en sus costumbres, no se entrega á la ostentacion y disipaciones á que tan acostumbrados estaban los romanos por el ejemplo que recibían de sus príncipes. La moralidad más pura se revela en todos los actos de Alejandro. Estudioso, aplicado y activo no cesa en sus ocupaciones literarias ni en los momentos dedicados á la necesaria comida, y resucita en su casa la vida de familia, reuniéndola toda para la cena, departiendo en íntimas y afables conversaciones, procurándose así la distraccion y el deleite que buscaban otros en el bullicio y escándalo de las orgías.

Su madre cooperaba con su honrada conducta y extraordinaria modestia al realce de la familia, digna modelo de la cultura que debieran de haber imitado todas las familias romanas. La frugalidad más humilde reemplazó á la antigua prodigalidad imperial, y dando ejemplo de todas las prácticas de modestia, regaló á los dioses todas las magnificencias de su antecesor, vendiendo ademas todas las preciosidades con que se había adornado.

Procuró ademas Alejandro aliviar las cargas de los pueblos disminuyendo las contribuciones, pero recargando las relativas á gastos innecesarios y por lo mismo lujosos é inmorales. Y esto, no obstante, tuvo el suficiente talento para no desatender la conservacion de los monumentos y procurar el esplendor de las poblaciones del imperio, al propio tiempo que era un buen padre para todas las provincias.

En tiempo de Alejandro Severo la administracion del Estado se desarrolló en formas parecidas á las actuales en lo tocante al sistema tributario, é impuso contribuciones por conceptos hasta entónces desconocidos pero que debían dar grandes rendimientos, al mismo tiempo que debían influir en grande escala en la manera de ser aquella sociedad.

Impuestos sobre el celibato, sobre las cortesanas, sobre los perros, sobre las letrinas, sobre los albañales, sobre las viudas que rehusaban volverse á casar y otros mil conceptos que pudieran recordarse, advirtieron á los romanos que había magistrados puestos al frente de la gobernacion del Estado y que comprendían la verdadera reforma importante para el cambio político de un imperio consumido por vicios y desacreditado por las cuadrillas de bufones y eunucos que ántes ocupaban en el palacio imperial los puestos cedidos ahora á consejeros prudentes, á jurisconsultos ilustrados y á senadores animados de buenos y patrióticos deseos. No olviden nuestros lectores que Roma conoció y practicó en aquellas remotas épocas casi todos los sistemas de tributacion que tan odiosos se presentan ahora á los pueblos modernos creyéndolos invenciones de los políticos actuales, cuando no les cabe siquiera semejante mérito. Hasta conocieron los romanos, á lo ménos en la época de Alejandro Severo, la patente, que diríamos ahora, para ejercer su industria los sastres, los tejedores, especialmente los de lino, los fabricantes de bragas, los plateros, los silleros, los vidrieros, los peleteros y otros industriales, con cuyos rendimientos se sostenían establecimientos destinados al servicio del público.

El gobierno de Alejandro debía adolecer de debilidad atendido el carácter del emperador pusilánime por todo extremo: los soldados vivían descontentos y quisieron desembarazarse de un emperador que les desagradaba.

¡Desgraciadas las naciones cuya suerte depende de la voluntad de la fuerza armada!

El imperio romano ofrece todavía un largo é interesante periodo que debemos conocer; pero como quiera que la influencia del cristianismo es ya evidente en él y no podríamos presentar los puntos más importantes de nuestro estudio sin referirnos una y otra vez á la nueva religion que se abre más ancho paso de cada día más en todo el imperio romano, demos aquí de mano á esta materia, reservándonos su continuacion con el estudio simultáneo que haremos del establecimiento del cristianismo.

Miéntras tanto no crean nuestros lectores que mejora, en el periodo que encerramos en el paréntesis histórico que aquí hacemos, el estado de miseria y lujo de las clases respectivas del vasto imperio romano. La gangrena social era vastísima, profunda, había interesado los órganos vitales de la humanidad, y se necesitaba la accion de un cambio radical, se necesitaba la aparicion y fundamento de una religion nueva, de unas costumbres radicalmente nuevas, que sólo unos dogmas nuevos podían infundir, para arrancar del sepulcro una sociedad que yacía herida de muerte, consumida por sus vicios, envuelta en el sudario de su hediondez y podredumbre.

Sin perjuicio de entrar en los pormenores correspondientes á sus respectivos periodos, y cediendo la palabra á quien pudo retratar aquella sociedad con pincel autorizado por haberla conocido personalmente, vean nuestros lectores cómo habla de ella el favorito de Juliano, el poeta Libanio, á quien no se tildará con justicia de sospechoso en la materia. Hablando de las excelentes cualidades de su emperador, y dándonos una vasta idea de aquella época, nos dice: «Despues de haber arreglado los más importantes objetos de la administracion y del imperio, fijó su atencion en el interior del palacio, donde descubrió una innumerable multitud de personas inútiles, esclavos é instrumentos de lujo, cocineros, coperos, eunucos, amontonados allí á miles, semejantes á los enjambres devoradores de zánganos, ó á las innumerables moscas que el calor de la primavera reune en las chozas de los pastores. Esta clase de hombres, cuya ociosidad se engordaba á expensas del príncipe, le pareció más que onerosa, sin utilidad ninguna, y fué al punto expulsada

del palacio. Al propio tiempo expulsó una enorme multitud de escritorcillos, tiranos domésticos, que, abusando del crédito de su empleo, pretendían avasallar las primeras dignidades del Estado, como que ya no se podía ni habitar cerca de ellos, ni hablarles impunemente. Codiciosos de tierras, de jardines, de caballos, de esclavos, robaban, saqueaban, obligaban á vender: unos no tenían á bien poner precio á los objetos de su rapiña y otros lo fijaban inferior á su valor; estos diferían el pago de día en día; aquellos, despues de haber despojado al huérfano, reputaban por pago todo el mal que no les hacían; y de esta manera empobrecían á los ciudadanos ricos y se enriquecían ellos siendo pobres. De esta manera, multiplicando su fortuna con la miseria agena, extendían su insaciable codicia á los límites de la tierra, pidiendo en nombre y bajo la autoridad del príncipe, todo lo que halagaba á sus deseos, sin que nunca fuera permitido negárselo; las ciudades más antiguas eran expoliadas; monumentos que se habían librado de los estragos de los siglos, eran llevados al traves de los mares para embellecer los palacios destinados á hijos de artesanos y hacerles habitaciones más hermosas que las de los reyes. Estos opresores tenían otros, puestos á sus órdenes, que les imitaban; el esclavo era ambicioso como su amo; imitándole á él ultrajaba, atormentaba, expoliaba, cargaba de cadenas, y, para enriquecerse, descargaba en otros el despotismo que su amo ejercía sobre él. ¡Quién lo creyera! Los tesoros no les bastaban; tenían la audacia de indignarse, si no compartían la consideracion aneja á la dignidad, creyendo de esta manera correr un velo sobre su servidumbre. El emperador expulsó del palacio á estos animales devoradores, estos mónstruos de cien cabezas, y quiso que consideraran como una gracia la vida que les dejaba.»

Completemos este cuadro con una excelente página que tomaremos de un historiador latino del siglo IV, en la que nos pondrá á la vista lo que eran los romanos de las épocas á que nos referimos. «Se distinguen, dice, por elevados carros; sudan agobiados por el peso de su manto, tan ligero no obstante que lo levanta el más leve viento. Sacúdenlo con elegancia del lado izquierdo para que se vean sus franjas y se descubra su túnica en la que hay bordadas diversas figuras de animales. Id á verlos, extranjeros, y

os abrumarán con caricias y preguntas. Volved á ellos y parece que nunca os hayan visto. Recorren las calles con sus esclavos y sus bufones. Preceden á esas familias ociosas en primer lugar los cocineros, despues los esclavos con los parásitos. Cierran el cortejo eunucos, ancianos y jóvenes, pálidos, lívidos, horribles. Los que se enorgullecen por llevar los nombres de los Reburri, de los Saburri, están en los baños, cubiertos de seda y acompañados de cincuenta esclavos. En medio de los festines se hacen traer balanzas para pesar los peces, las liebres y las aves. Treinta secretarios, con las tablillas en la mano, hacen la enumeracion de los servicios. Si un esclavo trae demasiado tarde agua tibia, se le arriman trescientos latigazos; pero si un vil favorito ha cometido un asesinato: « Qué hacerle, dice el amo, es un miserable; yo castigaré al primero de los míos que haga otro tanto. » Estos ilustres patricios quieren ver una casa de campo ó una cacería que otros realicen delante de ellos, y se hacen trasladar en barcas pintadas, en tiempo algo caluroso ya, desde Puzzolo á Gaeta y comparan sus viajes con los de César y Alejandro. Una mosca que se pose en las franjas de su abanico dorado, un rayo de sol que pase al traves de cualquier agujero de su sombrilla les incomoda; quisieran haber nacido entre los cimerianos..... El pueblo no es mejor que los senadores; no lleva sandalias en los piés y se hace dar nombres retumbantes; bebe, juega y se sumerge en el libertinaje; el gran circo es su templo, su vivienda, su foro. Los más ancianos juran por sus arrugas y sus canas, que la república está perdida, si tal cochero no parte el primero y no roza hábilmente la meta. Atraídos por el olor de los manjares siguen estos dueños del mundo á las mujeres que gritan como pavos hambrientos y se escurren á los comedores de los patronos. »

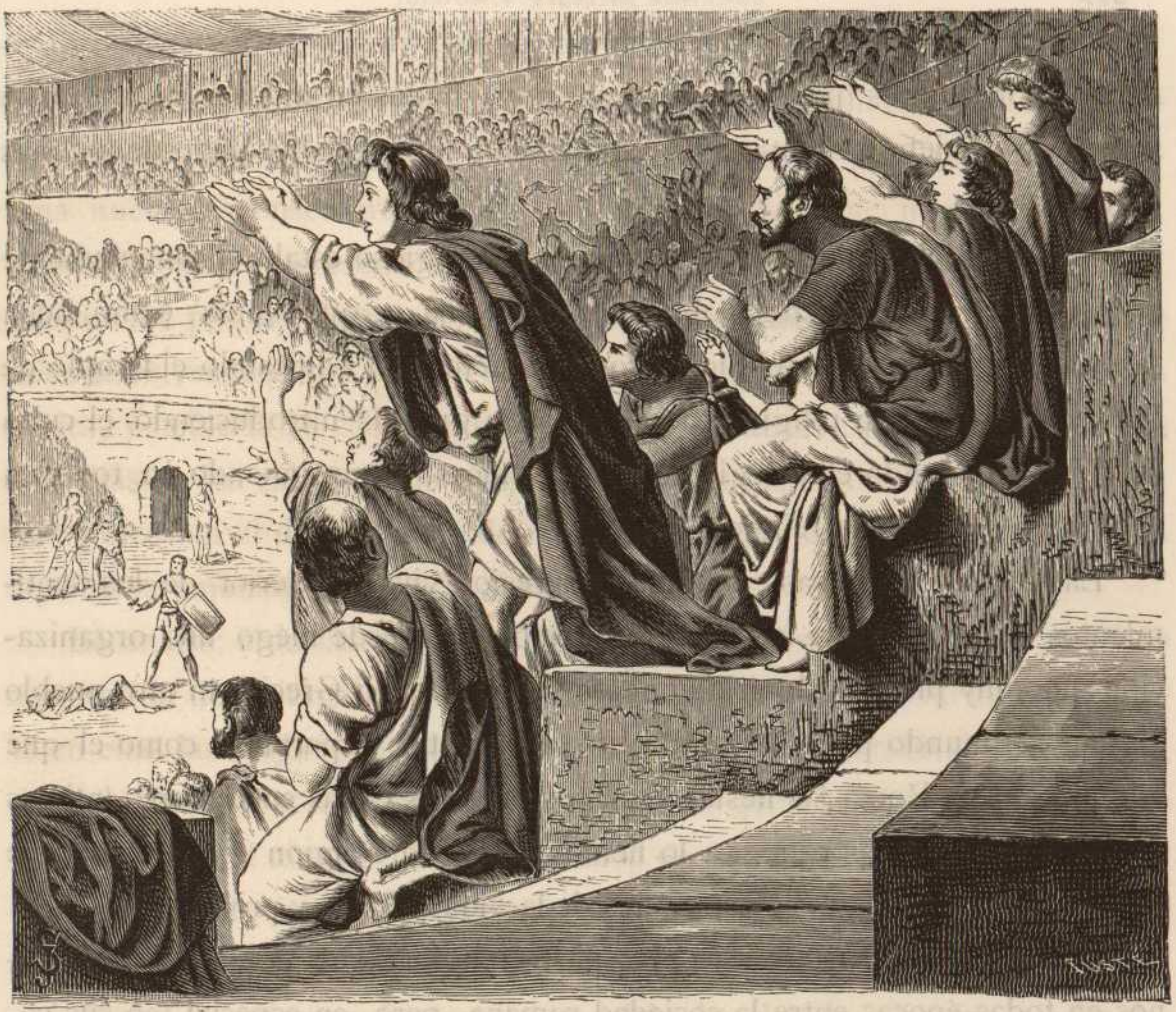
Está escrito por quien lo sabe y tiene poder para hacerlo que *Dios hizo á las naciones sanables*. El pueblo romano, tal como lo conocemos, no puede subsistir; pero sanará, porque Dios lo quiere.

Pongamos aquí punto: reservemos para un capítulo aparte el estudio, y muy á la ligera por cierto, que deberemos hacer del estado del pueblo romano en la época de su restauracion por el cristianismo; pero ántes, y á fin de completar el conocimiento necesario de la civilizacion romana, preci-

sa que nos ocupemos en una parte de la ostentacion de la antigua Roma, la ménos censurable quizas, ó siquiera la que se nos ofrece con formas algo tolerables ya que no dignas, si bien degenerará luégo entregándose á todas las locuras que le brindarán los monstruosos excesos de los anfiteatros y circos.

Nuestros lectores comprenden ya que nos referimos á los actos de la vida religiosa de los romanos y á sus fiestas civiles. Antes de degenerar, tuvieron un periodo digno de ser conocido; pero como nuestro objeto, más que estudiar historia, es conocer la civilizacion de los respectivos pueblos que recorremos en nuestro viaje, nos es indispensable, mal que nos pese, y por más que nos repugne, detenernos en todas las fases, brillantes ú oscuras, por las que pasan los pueblos en el camino de los destinos que les impuso la Providencia, para escarmentar en cabeza agena ó aprender en el gran libro de la experiencia de los siglos.





CAPÍTULO VII.

JUEGOS Y FIESTAS ROMANOS.—POESÍA, FILOSOFÍA Y ARTES EN ROMA.

No queremos defraudar la esperanza del lector que, juzgando por el epígrafe del capítulo, creyera que vamos á darle una extensa relacion de las fiestas y juegos romanos. Confesamos que sentiríamos viva complacencia si nos fuera dable hacerlo; pero nos llaman poderosamente la atencion otros asuntos y se reduce más de lo que quisiéramos el espacio donde debemos movernos para dar á las materias la latitud necesaria. Más que la enumeracion de todas las fiestas romanas con abun-

dantes pormenores que se encuentran consignados en muchas obras, debe ser nuestro objeto presentar aquí rápidamente un ligero bosquejo de algunas de ellas.

Recuerde el lector que el sentimiento religioso estaba profundamente arraigado en los primeros pobladores de Roma, y que Numa, como buen sabino, era sumamente religioso, como lo demostró edificando el templo de Jano, representacion religiosa de la paz y la guerra, introduciendo el culto de Vesta, fundando el colegio de los Pontífices, é imprimiendo en todo un verdadero carácter de religion.

Las fiestas religiosas en Roma, expresion viva y exterior de los sentimientos del alma hacia la divinidad, recibieron desde luégo una organizacion que muy pronto adquirió inmenso desarrollo. Ni Grecia, ni otro pueblo alguno del mundo pudo presentar un carácter tan importante como el que adquirieron en Roma las fiestas y juegos públicos en las costumbres íntimas de sus habitantes; porque, ya lo hemos dicho, la religion logró mezclarse en Roma á todas las manifestaciones de la vida pública y privada.

Y como si no bastara esto al espíritu religioso que dominó más ó ménos en todas épocas entre la sociedad romana, pero, en especial, en sus comienzos, sintieron los romanos la necesidad de perpetuar, con la repeticion, los recuerdos histórico-religiosos, y de ahí la celebracion de sus fiestas y juegos en determinados días del año, y en ciertos periodos de tiempo, como solemne conmemoracion de los hechos santificados ó venerados con las fiestas ó juegos que les dedicaban.

Procederemos por órden alfabético y muy brevemente en la enumeracion y clasificacion de las fiestas contentándonos con una ligerísima idea de las mismas.

Agonales se llamaban las fiestas que cinco veces al año celebraban los romanos en honor de Jano y de Agonio, dioses á quienes invocaban ántes de emprender algo importante. ¡Qué belleza de sentimientos y cuánto fondo religioso se encerraba en estas fiestas y en el número de veces que se celebraban cada año!

Ancilias. Creíase en Roma que, durante una calamidad pública, había

caído del cielo un escudo en las manos de Numa, teniéndole por una señal de la proteccion divina, asegurando éste que la ciudad gozaría próspera fortuna miéntras conservara tan valiosa prenda. Para que no fuera robado, mandó fabricar once escudos más, tan perfectamente parecidos al primero, que no fué posible distinguirlo. Quedaron encargados de su custodia doce sacerdotes vestidos con túnicas de varios colores, coselete de bronce sobre la túnica, y cubierta la cabeza con un casco. Llevaban espadas cortas, dando con ellas en los escudos que tenían en la mano izquierda. Cada año hacían una procesion el día primero de marzo, cantando versos compuestos para aquella ceremonia, y bailando al son de flautas.

Bacanales: eran las que se celebraban el 17 de marzo en honor de Baco á imitacion de las orgías de los griegos. En sus principios sólo tomaban parte en ellas las mujeres; pero despues fueron admitidos tambien los hombres, dando esto lugar á muchos desórdenes, por lo que el Senado se vió obligado á abolirlas el año 566 de la fundacion de Roma, conservando sólo algunas prácticas de las mismas. Más corrompido el imperio, los restableció y sus excesos fueron mayores que lo habían sido nunca.

Caprotina, en cuya fiesta, que se celebraba el 7 de julio, las criadas daban regalos á sus señoras, en memoria del acontecimiento á que debía su institucion.

Cereales, copiadas de las que los griegos celebraban en Eleusis. Celebrábanse en feliz conmemoracion del hallazgo de Proserpina por su madre Ceres. Ovidio nos da hermosas descripciones de esas poéticas fiestas en las que iban las matronas romanas, vestidas de blanco, con antorchas en las manos, representando los hechos de las diosas á quienes se dedicaban. Celebrábanse en Roma desde el diez de abril al diez y nueve del mismo mes, en cuyos días tenían tambien lugar los juegos del circo. Desplegábase en ellos inusitada pompa: paseábanse las estátuas de todos los dioses, continuándose con el raro y vistoso espectáculo que ofrecían los zorros lanzados en el circo que llevaban antorchas encendidas atadas sobre sus espaldas, en expiacion, si hemos de dar crédito á Ovidio, de un incendio que en los campos de Carseola produjeron dichos animales. Era digna conclusion de estas magnífi-

cas fiestas una opípara comida que el sacerdote de Ceres daba en el templo de Baco, Ceres y Proserpina.

Consuales, que se distinguían principalmente con juegos en el circo en honor de Conso, dios del buen consejo. Durante estas fiestas no se hacía trabajar á los caballos ni á los asnos, y se les coronaba de flores. Al celebrar nuestros caleseros su fiesta de san Antonio abad parece que han copiado algo de los *consuales* romanos.

Equirias: se celebraban casi exclusivamente con carreras de caballos en el campo de Marte.

Ferales se llamaban las fiestas de difuntos, cuyo orígen se atribuye á Eneas, pero Numa reglamentó sus ceremonias. Duraban las fiestas once días, creyendo los romanos que, durante ellos, las almas de los muertos estaban libres de los tormentos del infierno, y podían vagar alrededor de sus sepulcros, con la facultad de comer lo que sobre los mismos se ponía.

Florales, en honor de Flora. Duraban seis días á contar del 28 de abril en que principiaban. Consistían en espectáculos inmorales.

Fornales, dedicadas á Fornax, diosa particularmente invocada por los romanos al amasar y cocer el pan, y sobre todo cuando hacían calentar al fuego, y áun tostar un poco el trigo ántes de molerlo. Fueron instituídas por Numa, y todos los ciudadanos estaban obligados á tomar parte en ellas.

Juvenales: fiestas instituídas para los jóvenes, á fin de celebrar el día en que se rasuraban por la vez primera.

Lectisternio: se llamaba con este nombre una ceremonia religiosa debida á una epidemia que hubo en Roma el año 355 de su fundacion. En los grandes peligros, igualmente que en los días más venturosos, acostumbrábase en Roma dar banquetes solemnes á los dioses para implorar su auxilio, ó darles públicamente gracias por los favores recibidos. Los funcionarios encargados de la presidencia de esos festines, ponían la mesa en los templos, y luégo en derredor de la misma, como entónces se usaba, lechos cubiertos con ricos tapices y almohadones. En ellos colocaban las estátuas de los dioses y diosas que se habían convidado á comer, sirviéndose en la mesa como si en realidad fuese aquel un banquete de hombres vivos.

FIESTAS MATRONALES EN ROMA

cas fiestas una opípara comida que el sacerdote de Ceres daba en el templo de Baco, Ceres y Proserpina.

Carnales, que se distinguían particularmente con juegos en el circo en honor de Conso, dios del buen consejo. Durante estas fiestas no se hacía trabajar á los caballos ni á los asnos, que se les coronaba de flores. Al celebrar nuestros caleseros su fiesta de san Antonio abad parece que han copiado algo de los *consuales* romanos.

Equirias: se celebraban casi exclusivamente con carreras de caballos en el campo de Marte.

Ferales se llamaban las fiestas de difuntos, cuyo orígen se atribuye á Eneas, pero Numa reglamentó sus ceremonias. Duraban las fiestas once días, creyendo los romanos que, durante ellos, las almas de los muertos estaban libres de los tormentos del infierno, y podían vagar alrededor de sus sepulcros, con la facultad de comer lo que sobre los mismos se ponía.

Florales, en honor de Flora. Duraban seis días á contar del 28 de abril en que principiaban. Consistían en espectáculos inmorales.

Fornales, dedicadas á Fornax, diosa particularmente invocada por los romanos al amasar y cocer el pan, y sobre todo cuando hacían cocerse el fuego, y áun tostar un poco el trigo ántes de molerlo. Fueron instituidas por Numa, y todos los ciudadanos estaban obligados á tomar parte en ellas.

Juvenales: fiestas instituídas para los jóvenes, á fin de celebrar el día en que se rasuraban por la vez primera.

Lectisternio: se llamaban así una especie de ceremonia religiosa debida á una epidemia que hubo en Roma el año 399 de la fundación. En los grandes peligros, principalmente que en las frecuentes pestes, acostumbrábase en Roma dar banquetes solemnes á los dioses para implorar su auxilio, y darles públicamente gracias por los favores recibidos. Los funcionarios encargados de la presidencia de esos festines, ponían la mesa en los templos, y alrededor de la misma, como entónces se usaba, lechos cubiertos con ricos tapices y almohadones. En ellos colocaban las estátuas de los dioses y diosas que habían convidado á comer, sirviéndose en la mesa como si en realidad hubiesen de hacer un banquete de hombres vivos.



Mir Tarradas, Comas y Cª Editores.

R. Rocabert, Lit.

FIESTAS MATRONALES EN ROMA.

Esto se hizo en público, y en nombre del Estado, en la ocasion á que nos hemos referido ántes, la primera en que se hace mencion de lectisternio. Los romanos hicieron lo mismo en sus casas respectivas, convidándose mútuamente durante ocho días que duraba la fiesta. Abriéronse en la ciudad todas las puertas de las casas, y en todas había mesas puestas, admitiéndose en ellas á cuantos se presentaban, ya fueran conocidos, ya extraños. Durante estos días todo era comun en materia de comer. Hubo reconciliacion por parte de los que eran enemigos, dando tregua á procesos y desavenencias. Había paz completa, sin riñas, ni altercados. Miéntras duró la fiesta se soltaron los presos, y temióse luégo encadenar otra vez á los que habían libertado los dioses. ¡Qué leccion para muchos cristianos, para muchos que se precian de muy civilizados, la creencia que aquí se descubre en los romanos, de que no celebraban dignamente sus fiestas, y que los dioses no se les habían de mostrar propicios conservando rencor y mala voluntad en su corazon!

Lemurianas se llamaban las fiestas de los muertos ó de los desaparecidos y duraban tres noches desde la del nueve de mayo en que comenzaban. Celebrábanse para librarse de espectros. Completaremos aquí lo dicho en las *Forales* consultando á Ovidio quien nos dice tratando de estas ceremonias en sus relaciones con los sentimientos religiosos que las inspiraban: « Con poco se contentan los manes; aprecian la piedad sola tanto como los más ricos presentes: las divinidades de la Estigia carecen de codicia. Basta que la losa sepulcral esté oculta debajo de las coronas, y que se les haya añadido un poco de trigo, algunos granos de sal, un poco de pan remojado en vino puro, algunos tallos de violetas esparcidos, todo esto en un sepulcro abandonado en medio de los caminos. Desplegad, si lo quereis, más pompa en vuestros homenajes: pero aquellos bastan á los manes. »

Matronales, fiestas celebradas el primero de Marzo para memoria de las matronas romanas que habían hecho cesar la discordia entre romanos y sabinos, por cuyo motivo las celebraban muy particularmente las mujeres. Era esta una fiesta debida al patriotismo, como las demas lo eran á la religion. Por la mañana subían las matronas magníficamente vestidas al templo de

Juno en el monte Esquilino, y depositaban á los piés de la diosa las coronas de flores con que estaban adornadas sus cabezas. Durante la tarde permanecían ricamente adornadas en sus casas y recibían regalos de los maridos y deudos.

Misterios de la buena diosa. Las fiestas á esa deidad se celebraban en lugar muy recóndito, llamado Opertorio. Sólo podían asistir mujeres y se quitaban hasta los retratros de hombres, á fin de imitar la castidad de Fauna (que esta era la buena diosa) la cual desde que se casó, jamas miró á otro hombre que á su marido, si hemos de atenernos á lo dicho por Séneca. No obstante estas precauciones, no dejaban de ocurrir á veces escenas muy repugnantes en el Opertorio, como lo fué la de Clodio, quien se atrevió á profanar esos misterios, entrando vestido de mujer para ver á la esposa de César, de la que estaba enamorado. Había una creencia popular segun la cual había de quedar ciego el hombre que asistiese á la celebracion de aquellos misterios.

Quinenetrias, fiestas que con el nombre de Panateas se celebraban en Atenas, y que imitó Roma dándoles el nombre que dejamos escrito. En ambas ciudades estaban dedicadas á Minerva. Había carreras de caballos, luchas gimnásticas, certámenes de música y poesía, concluyendo todo con procesiones. Duraban cinco días en los cuales gozaba el pueblo de toda clase de espectáculos y juegos. Estaban especialmente dedicadas las tales fiestas á los estudiantes, á los aprendices de todos los oficios, á los maestros y tambien á las jóvenes.

Saturnales, fiestas que comenzaban el 17 de Diciembre, y duraban cinco días. Estaban dedicadas á Saturno. Todo era deleite en ellas, todo respiraba holganza y hasta desenfreno. Cesaban todos los trabajos, y no se permitía tratar de ningun asunto formal. Los habitantes de Roma salían de la ciudad á respirar el aire libre en el monte Aventino. Á los esclavos se les permitía tratar con libertad á sus amos, y decirles cuanto les pasara por la imaginacion. Los amos les servían en la mesa para figurar la edad de oro en que todos los hombres eran iguales. Había grandes luchas de gladiadores, creyendo honrar á Saturno y obtener sus favores con sangre humana. En los

dos últimos días de las Saturnales se celebraban otras fiestas llamadas Sigilares cuyo nombre tenían con motivo de los regalos que recíprocamente se hacían los romanos de estatuas de cobre, plata, oro, y tambien de barro.

Ademas de estas y muchas otras fiestas que anualmente celebraban los romanos, había distintas otras como las seculares, instituídas por el cónsul Valerio Publícola, que se celebraban sólo cada cien años y estaban particularmente consagradas á Diana y Apolo. Duraban tres días con tres noches, y su magnificencia y grandiosidad corría parejas con el largo periodo que tardaba á volver su celebracion. En estas fiestas se da á conocer el verdadero genio romano suntuoso y espléndido. Las escenas de carácter religioso, que es el que domina en estas fiestas, como en todos los actos solemnes de la ciudad eterna, aumentan su majestad con las profusas iluminaciones que las acompañan. Las matronas romanas, formando inmensas procesiones interpoladas con coros de jóvenes de ambos sexos trasladándose al templo de Apolo, al compas de los himnos que llenan los aires, cantados en las dos lenguas universales, el griego y el latin, contribuyen al aspecto fantástico y grandioso que ofrece Roma demandando la proteccion de sus dioses con actos que la trasforman en un teatro de mundos desconocidos.

El genio romano, el más propio para la ostentacion y noble orgullo, sabe hallar la perpetuacion de todos los recuerdos, la santificacion de todos los hechos identificándolos con los misterios religiosos.

Conocemos la fiesta caprotina; la fiesta que podríamos llamar de las criadas de servicio. ¿Quién diría que de ese tema tan prosaico formaron los romanos una fiesta poética, bella, perfumada con todos los encantos de las imaginaciones más fecundas y ardientes? Y no se crea que fuera la tal fiesta una saturnal ó cosa por el estilo.

El día 7 de julio, que era el de la fiesta, vestíanse las criadas romanas con los trajes de sus señoras, y con la noble y rica estola (1) de las matronas se presentaban en el templo de Juno, á cuya diosa se dedicaba la fiesta en memoria de un hecho heróico. Acampados á las puertas de Roma, en los

(1) Túnica de las damas romanas, talar, hueca y con muchos pliegues, atada por la cintura.

tiempos de las antiguas guerras, los fidenates, sabinos sobre el Tíber, no reducidos á colonia romana hasta el año 485 ántes de Jesucristo, pedían que se les entregaran las mujeres más notables de la ciudad. Vacilaba el Senado, cuando se presentó una esclava que se ofreció pasar al campamento enemigo, con sus compañeras de servicio, disfrazadas con los trajes de sus señoras, cuyo ofrecimiento aceptó el Senado agradecido. Llegadas ya al campamento, y distribuídas á los soldados, embriagaron las supuestas matronas á sus respectivos y nuevos esposos, y luégo, cuando el sueño se hubo apoderado de ellos, subió la esclava que concibió tan atrevido plan á una higuera silvestre, para dar aviso á los romanos de que los enemigos estaban rendidos. Acudieron los soldados de Roma y obtuvieron una victoria tan completa como fácil.

Agradecido el Senado instituyó la fiesta anual de que hemos hablado, permitiendo á las criadas vestir el traje de que habían hecho tan buen uso, y les dió la libertad dotándolas ademas á costa del erario público.

Casi está de más decir al lector que un pueblo entregado á tantas fiestas públicas, dedicaría las correspondientes á cada oficio ó profesion especial, y así era en efecto, teniendo un dios tutelar cada profesion al que dedicaban especiales cultos.

Permítannos nuestros lectores acudir al poeta Ovidio, para que nos preste una página de sus *Fastos* donde hay pintada, con los encantos de su hermoso lenguaje, la fiesta celebrada por los mercaderes á su dios Mercurio, comerciante y ladron.

« Viene el mercader ceñida su túnica; se ha purificado (1), ha perfumado su cráneo y lleva el agua que ha sacado. Sumerge en esta agua una rama de laurel y rocía con ella todos los objetos que esperan nuevos dueños. Él mismo humedece sus cabellos con gotas de aquella agua, y con voz acostumbrada al engaño pronuncia esta oracion: « Borra mis perjurios de la víspera, borra mis mentiras del tiempo pasado. Ora te haya tomado por testigo,

(1) Segun Ovidio, á quien consultamos aquí, el día de la fiesta, por la mañana, iban los mercaderes á lavarse en la fuente de la puerta Capena, y dirigían al dios una oracion adecuada al mismo. No olvide el lector que Mercurio representaba el comercio y el robo.

ora para apoyar una impostura haya invocado el gran nombre de Júpiter, que no debía oirme, ora haya yo hecho á sabiendas cómplice de mis fraudes á tal dios ó diosa, lleven los vientos ligeros mis culpables palabras. Dispénsame tambien mis perjurios venideros: si alguno se escapa de mi boca, ojalá no lo tengan en cuentan los dioses. ¡Haz solamente que tenga yo ganancia y con ella la alegría; haz que pueda jactarme de haber engañado á mi comprador con buenas palabras! »

¿No le parece al lector que miéntras el mercader romano dirigía su *devota* oracion á su dios, se le escaparía á éste la risa recordando los rebaños de Apolo robados por él, sin perdonarle las armas ni la lira de que se apoderó tambien?

Las Vestalias corrían á cargo de los panaderos y en ellas celebraban las vestales sacrificios en el interior del templo. En dichas fiestas llevaban por las calles de Roma asnos adornados de flores, con panes en el cuello, en forma de collares, en memoria de los servicios prestados á Vesta por uno de aquellos animales.

Los músicos tenían tambien sus fiestas dedicadas á Minerva por atribuirle la invencion de la flauta. Celebraban tambien las suyas especiales los pescadores y marineros del Tíber; y para que no faltara ninguna clase social había asimismo fiestas públicas y muy lujosas dedicadas por las cortesanas á su diosa Flora.

Quien estudie detenidamente los excesos de inmoral desnudez, de las danzas licenciosas á que se entregaban las jóvenes dedicadas al culto de Vénus, quien se fije en las ceremonias del culto tributado por las demas clases sociales que hemos mencionado á sus respectivas deidades, tendrá muchísimo adelantado para formarse cabal idea de los sentimientos religiosos dominantes en un pueblo subyugado por el más grosero paganismo, en cuyo fondo, si podía haber alguno que otro rasgo de poesía, faltaba desgraciadamente la formal gravedad del buen sentido que debe mediar entre las relaciones del hombre para con el Sér Supremo. Sentimos tener que confesarlo, pero la verdad nos obliga á ello: en las fiestas religiosas romanas, salvas ligerísimas excepciones que no llegan á desentonar la armonía gene-

ral del concepto que debe formarse de ellas, domina solamente de un modo contínuo y determinante la orgía llevada á la popularidad, el desenfreno en brazos de la locura, ahogando con sus frenéticas manifestaciones el leve espíritu religioso que las inspiró y que debía haberlas informado siempre. ¡Qué pasto para la meditacion nos ofrecen las costumbres esas llevadas á la última degradacion por las ideas religiosas que eran el verdadero foco de la inmoralidad romana! ¿Puede ofrecerse contubernio más horrendo que el de una religion con la inmoralidad? ¿Qué era de esperar de una sociedad animada por semejantes misterios?

* * *

Hemos visto, aunque solamente indicado, que los romanos dedicaban fiestas especiales á los difuntos: juegos fúnebres que la vanidad de los vivos celebraba en conmemoracion de un sér querido que dormía el sueño de la muerte.

El fondo religioso, hemos dicho, se descubría en todas las ceremonias religiosas, y por cierto que no ha de faltarle en las fiestas funerarias, segun se desprende claramente de un estudio imparcial y detenido hecho acerca de esta materia.

¿Creían los romanos en la vida futura? Nuestra contestacion afirmativa la tienen ya nuestros lectores en lo que tenemos dicho anteriormente. Ahora, á propósito del asunto que tratamos, debemos decirles que los monumentos funerarios de la antigua Roma con su mudo pero elocuente lenguaje simbólico, contestan por nosotros en sentido tambien afirmativo. Los campos elíseos—lugar de las almas buenas—y los infiernos—el de las malas—se encuentran muchas veces representados en los sepulcros romanos del paganismo, de acuerdo con los bajo-relieves alusivos á los usos religiosos en la parte funeraria.

No debemos hacer aquí las comparaciones poéticas á la par que sensi-

bilizadas que nos prestan los distintos estudios del paganismo y cristianismo vistos en sus respectivas mansiones de los muertos: asunto será este que trataremos en cortas líneas cuando nos ocupemos en el cristianismo establecido ya en el imperio romano: baste ahora indicar tambien muy someramente que el simbolismo sensibiliza y predica elocuentemente en los sepulcros romanos la creencia en otro mundo, la reunion de los seres queridos en otras regiones desconocidas—aunque no ignoradas—despues de una sentida separacion temporal, finalmente, por más dolorosa y duradera que ser debiese.

La misma diversidad y variedad de formas simbólicas demuestra, más que anuncia, la creencia de los antiguos romanos en una vida futura más allá de la tumba. No importa que sean escenas ó pasajes mitológicos los que nos hablen desde los sepulcros romanos de un más allá: aquella mitología era su fe, aquella fe les decía que la inteligencia apagada no estaba extinguida: estaba solamente velada á sus miradas; estaba en otras esferas viviendo una vida desconocida, sí, pero no anonadada por siempre, no reducida á un aterrador nihilismo; no muerta.

Todos nuestros lectores conocen el simbólico lenguaje de la barca de Caronte, de la Laguna Estigia, de Cloto y su rueca: ¡qué expresivas están las escenas representadas por esos personajes, y los lugares habitados por ellos, en muchos de los sepulcros romanos que se pueden estudiar aún actualmente!

Y no se nos objete que en contra de lo que decimos se encuentran otros símbolos que podrían quizas probar lo contrario. Las escenas á que nos referimos no admiten interpretacion, y son tan elocuentes como terminantes, para quien no tenga cerrados voluntariamente los ojos para no ver la luz; y los símbolos de una destruccion total, eterna, definitiva, que quizas la mala fe irritada pudiera objetar, sobre ser símbolos y no más que símbolos, no probarían en todo caso más que el fin de la vida temporal, el término de la vida del cuerpo, la disolucion de la materia; pero en manera alguna la desaparicion, el aniquilamiento del soplo eterno de la vida del alma. Ante las elocuentes y repetidas escenas mitológicas, llenas de ternura, fuentes las más de las veces de lágrimas salidas de lo íntimo del alma ¿qué son, ni qué

pueden significar un árbol deshojado, una máscara en el suelo, un caballo que se abate al extremo de su carrera? ¿Acaso pueden indicar estos símbolos más que el fin, el término necesario y final de la existencia humana, representado todo por objetos materiales y perecederos tambien, sin tener para nada en cuenta las ideas de un órden superior, las ideas del espiritualismo á que no se refieren, ni pueden referirse?

Seamos justos: los romanos, dominados por su especial carácter, pudieron incurrir en grandes errores, pudieron precipitarse, cegados por la soberbia de su poderío, hasta el último fondo de los lodazales más apestados y hediondos; pero todos sus monumentos religiosos y literarios están contestes en afirmar su creencia en una vida más allá de las tumbas donde encerraban los restos de los seres que les fueron más queridos en este mundo.

Si alguna duda pudiéramos abrigar acerca de esto, prescindiendo de las razones ya alegadas, se nos desvanecería al instante recordando el fastuoso lujo desplegado en las honras fúnebres que les dedicaban, fasto que se extremó hasta el punto que los legisladores creyeron necesario reglamentarlo, para que no degenerara en pródiga disipacion, ya que no queramos llamarla inmoralidad.

Asombra é infunde respeto la lectura de la ceremonia de unas exequias. Atraviesa las calles de Roma un largo é imponente cortejo compuesto de lo más notable en nobleza y elevada posicion, llevando innumerables hachas de cera encendidas, é imágenes de antepasados con sus trajes de las magistraturas de que estuvieron investidos; seguidos de instrumentos que despiden sonidos lúgubres, de mujeres que visten desordenadamente, expresando así su dolor, que llenan el aire con sus gemidos y lastimeros ayes, que corren por sus mejillas arroyos de lágrimas, cerrando la comitiva un sin fin de libertos, clientes, esclavos y amigos; y este cortejo se detiene á intervalos para que resuene y se distinga más lastimosamente la música, y enternezcan más y más los cantos tristes..... Todo esto y mucho más se ve en la fúnebre ceremonia de acompañar un muerto á su última morada. Y un pueblo que cumple tan respetuosamente con los últimos honores debidos á un cadáver, ¿puede creer que los tributa á la masa inerte que ya no volverá á pensar, ni

gozar? Es evidente que no. Ademas, ¿no es una prueba irrebatible de la creencia que tenían los romanos en otra vida, la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas á los muertos, persuadidos de que en el otro mundo se continuaban por los seres queridos las mismas aficiones y costumbres que en este y deseaban serles gratos dedicándoles sacrificios?

*
* *

Despues de las solemnidades que podríamos llamar religiosas solamente, notaríamos un vacío muy sensible en las noticias que necesitamos tener para completar el estudio de la civilizacion romana relacionada con sus costumbres, si no diéramos aquí una ligerísima discripcion de otras solemnidades que podremos muy bien distinguir con los nombres de militares y civiles, tan propias del carácter guerrero de aquel pueblo soldado.

El Triunfo y la Ovacion eran las dos solemnidades más honoríficas que concedía la ciudad eterna por hechos de guerra. En dos clases ó grados se dividía el Triunfo: el propiamente llamado tal, y el pequeño llamado Ovacion.

El Triunfo se celebraba con una magnífica entrada y aclamaciones públicas, y sólo se concedía á un Dictador, á un Cónsul ó á un Pretor. Sólo por privilegio particular se concedía á jefes de ménos representacion.

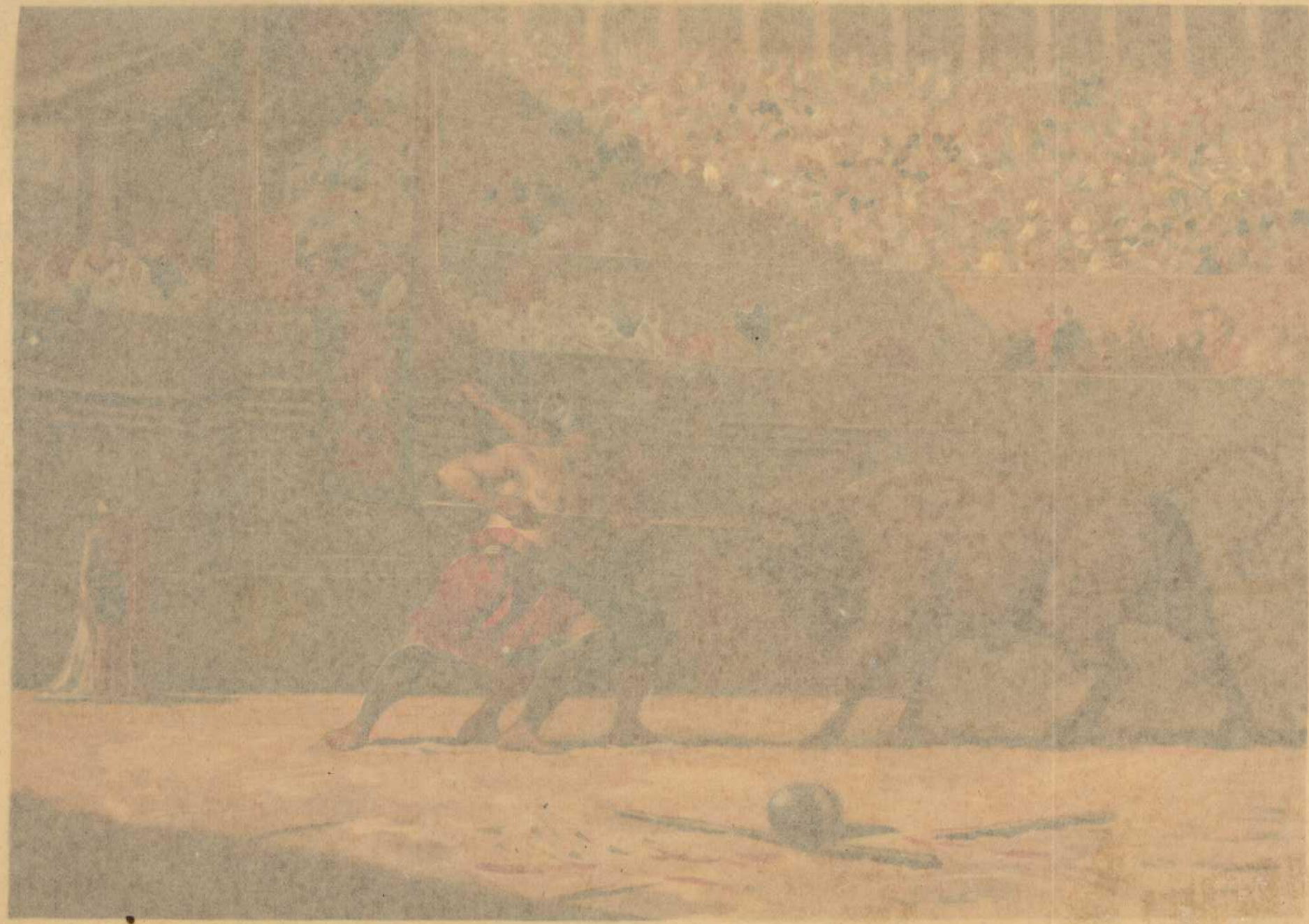
El General que pedía el Triunfo, estaba obligado á dejar el mando de su ejército, y permanecer fuera de la ciudad de Roma hasta que se le concedía. Para obtenerlo, escribía una carta al Senado con la relacion de la victoria que había ganado ó de las conquistas que había hecho. Reuníase el Senado en el templo de Marte, donde mandaba leer la carta y la relacion que la acompañaba, y cuando los Cuestores y Centuriones del ejército, que habían presenciado lo que había pasado, aseguraban con juramento que

era cierta la relacion y que los enemigos habían tenido cinco mil muertos á lo ménos, expedía su decreto. Reuníase despues el pueblo que aprobaba el Triunfo, y restituía al General el mando del ejército.

Coronado de laurel, hacía, obtenido ya el decreto, un discurso al pueble y á los soldados juntos en un mismo sitio, y distribuía sus regalos y parte de los despojos del enemigo. Emprendían despues el camino desde la puerta llamada Triunfal en direccion al Capitolio. Abrían la marcha el Senado precedido de los lictores coronados de laurel, seguían los trompetas y flautistas, y despues los sacrificadores, con hachas, conduciendo los toros destinados para el sacrificio, coronados de flores, adornados de cintas y con los cuernos dorados. La carne de estas víctimas servía para parte de la comida con que terminaba la fiesta. Veíanse despues los despojos del enemigo en carros ó llevados por soldados jóvenes. Tambien se llevaban las imágenes de las ciudades tomadas, de las provincias conquistadas y de las naciones sojuzgadas, hechas de oro, plata, de talla dorada, marfil ó cera: llevaban tambien cuadros que representaban los combates ganados y las fortalezas, los ríos, las montañas, animales y plantas de los pueblos vencidos. Seguían á esta exposicion, si así podemos llamarla, los reyes ó los generales cautivos cargados de cadenas de hierro, de oro, ó de plata, y raída la cabeza en señal de su servidumbre, y acompañados de músicos que tocaban arpas y flautas, y de muchos oficiales del ejército. Cerraba esta pompa un bufon que insultaba á los vencidos, y realzaba la gloria de los romanos. ¡Lo ridículo mezclado con lo sublime!

Finalmente, el que triunfaba, precedido de las tropas romanas, se veía montado en un carro de marfil tirado por cuatro caballos blancos uncidos de frente; aunque hubo triunfadores que hicieron tirar su carro por elefantes, tigres ó ciervos. Llegando al Capitolio hacía un sacrificio á Júpiter, y dando despues un festin magnífico, se restituía á su palacio.

Miéntras duraba la pompa del Triunfo iba cerca de éste un esclavo llevando una corona de oro que á veces levantaba sobre su cabeza; pero pronunciando al mismo tiempo estas palabras; « Acuérdate que eres hombre, y piensa en lo venidero, » para que no se desvaneciera con los hono-



Mar. Fortuny. Cuevas y Cª Editores

FIESTAS EN OBSEQUIO DE J. CESAR EN EL CIRCO ROMANO

era cierta la relacion y que los enemigos habian tenido cinco mil muertos á lo ménos, expedia su decreto. Reunia despues el pueblo que aprobaba el Triunfo, y restituia al General el mando del ejército.

El coronado de laurel, hecha ya el decreto, un discurso al pueblo y á los soldados juntos en un mismo sitio, y distribuia sus regalos y parte de los despojos del enemigo. Emprendian despues el camino desde la puerta llamada Triunfal en direccion al Capitolio. Abrian la marcha el Senado precedido de los lictores coronados de laurel, seguian los trompetas y flautistas, y despues los sacrificadores, con hachas, conduciendo los toros destinados para el sacrificio, coronados de flores, adornados de cintas y con los cuernos dorados. La carne de estas víctimas servia para parte de la comida con que terminaba la fiesta. Veianse despues los despojos del enemigo en carros ó llevados por soldados jóvenes. Tambien se llevaban las imágenes de las ciudades tomadas, de las provincias conquistadas y de las naciones sojuzgadas, hechas de oro, plata, de talla dorada, marfil ó cera: llevaban tambien cuadros que representaban los combates ganados y las fortalezas, los rios, las montañas, animales y plantas de los pueblos vencidos. Seguian á esta exposicion, si así podemos llamarla, los reyes ó los generales cautivos cargados de cadenas de hierro, de oro, ó de plata, y raida la cabeza en señal de su servidumbre, y acompañados de músicos que tocaban arpas y flautas, y de muchos oficiales del ejército. Cerraba esta pompa un bufon que insultaba á los vencidos, y realzaba la gloria de los romanos. ¡Lo ridículo mezclado con lo sublime!

Finalmente, el que triunfaba, precedido de las tropas romanas, se veia montado en un carro de marfil tirado por cuatro caballos blancos uncidos de frente; aunque hubo triunfadores que hicieron tirar su carro por elefantes, tigres ó ciervos. Llegando al Capitolio hacia un sacrificio á Júpiter, y dando despues un festin magnífico, se restituia á su palacio.

Mientras duraba la pompa del Triunfo iba cerca de éste un esclavo llevando una corona de oro que á veces levantaba sobre su cabeza; pero pronunciando al mismo tiempo estas palabras; «Acuérdate que eres hombre, y piensa en lo venidero,» para que no se desvaneciera con los hono-



Mir, Tarradas, Comas y Cª-Editores.

E. Piquer, lit.

FIESTAS EN OBSEQUIO DE J. CESAR EN EL CIRCO ROMANO.

res que se le tributaban. Al propio tiempo y con prevision tan prudente como profunda se obligaba al héroe de la fiesta á llevar en un dedo un anillo de hierro como los esclavos.

La corona del triunfador fué primero de laurel y despues de oro. Tambien le precedían muchas coronas de oro presentadas por las provincias, para que sirvieran de adorno á su triunfo. El manto que vestía era de púrpura, adornado con figuras de palmas bordadas de oro. Llevaba en la mano derecha una rama de laurel, y en la izquierda un cetro de marfil, en cuyo extremo había un águila pequeña. La comitiva del Triunfo era á veces tan numerosa, que necesitaba muchos días para desfilar.

Omitimos hablar de la Ovacion por la poca importancia que tiene, relativamente hablando, comparada con el Triunfo (1).

Podríamos extendernos aquí en descripciones más ó ménos minuciosas de los edificios destinados á los espectáculos, del lujo empleado en la construccion de los mismos, y especialmente en la época de los emperadores en que alcanzaron proporciones de suntuosidad de que ántes carecían; podríamos seguir el curso de su desarrollo sucesivo que corre parejas con el refinamiento de las costumbres romanas; quisiéramos presentar á nuestros lectores la constante invasion de la esplendidez siempre más oriental en las aficiones romanas, sirviéndonos de guía, por ejemplo, las gradas permanentes de madera del circo construído por Tarquino, de mampostería más tarde y finalmente de mármol, con otros pormenores que nos indicarían con toda claridad el progreso en el refinamiento de las costumbres; pero no podemos olvidar que tenemos limitado el espacio y que nos falta muchísimo que ver ántes de dar por terminado nuestro humilde trabajo.

(1) La ligereza con que se escribe las más de las veces en nuestros tiempos, tan fecundos en *escribidores*, es causa de que estos confundan lastimosamente el sentido de no pocas palabras cuyo alcance no conocen, ni se han tomado la molestia de estudiar, si es que su talento superficial y atolondrado consiguiera comprenderlo.

Queriendo, por ejemplo, ensalzar á un artista muy aplaudido dicen: «Obtuvo una magnífica *ovacion*.» Poco agradecimiento les debe el tal artista, tan rebajado por ellos, ya que, mereciendo los honores del *Triunfo*, le conceden ellos solamente los de la *Ovacion* ó del *Triunfo menor* ú ordinario, que se obtenía en muchos casos. Esta observacion que nos permitimos es aplicable á infinidad de casos que se presentan continuamente, y en dicciones derivadas así del latin como del griego.

* * *

Con la brevedad, que es ya nuestro pié forzado, con que debemos tratar todas las materias, vamos á dar una rápida ojeada á la civilizacion romana en sus manifestaciones literarias, dando comienzo por aquella que más excita la admiracion de los hombres por los torrentes de armonía que hace sentir al alma, por la vida que le comunica y el fuego que enciende en ella como brotado de regiones desconocidas, por la nobleza y majestad de su lenguaje más propio de la divinidad que de los hombres.

Dedicados única y exclusivamente los romanos, por espacio de más de cinco siglos á ideas y empresas guerreras, y sin ningun género de afecto á lo que generalmente se conoce con el nombre de literatura, no se les ocurrió, como á los griegos, dedicarse á la poesía, ni darle carta de naturaleza sino despues de muchísimo tiempo.

Algo hemos indicado repetidas veces de que los griegos, vencidos por los romanos por la fuerza de las armas, fueron á su vez aquellos vencedores de estos por la fuerza de su civilizacion que supieron imponerles, comunicándoles todas sus aficiones artísticas y literarias, que recibieron con todos sus vicios y defectos, sin apropiarse empero ninguna de sus virtudes, á no ser que por tal se repute la pérdida parcial de la sencilla rusticidad que conservaban todavía de su primitivo orígen áspero y bárbaro.

La primera poesía latina, opuesta en esto á lo generalmente observado en la de los demas pueblos, tuvo su orígen, no á la sombra de los bosques ó entre la fragancia de los jardines, sino entre el regocijo y los vapores del vino, siendo la sátira, en vez del idilio, el comienzo de la inspiracion poética de aquel pueblo que tan allá debía ir en el camino de la desmoralizacion y perversidad de costumbres públicas y privadas.

Á estas composiciones libres, desordenadas, acompañadas las más de las veces de bailes y ademanes groseros y hasta indecentes, siguiéronse las

comedias y trajedias de Andrónico, cuyo ejemplo siguieron Nevio, Emilio y otros hasta Plauto.

La vida de la poesía latina puede considerarse en tres periodos correspondientes á su infancia, comprendida en el espacio de unos doscientos años, durante los cuales adquirió visibles progresos; el segundo, abraza el periodo de su mayor perfeccion, ó virilidad, desde Julio César hasta Tiberio; y el tercer periodo, el de su decrepitud, en que la poesía, emprendiendo una rápida decadencia degeneró en fatal estado hasta su desaparicion.

Los comienzos de la poesía latina fueron poco felices: carecía de adorno y no se distinguió por sus primores. Hablando Quintiliano del poeta Ennio, uno de los que cultivaron la poesía latina en sus albores, cantando las victorias de Escipion, el Africano, al que le unían particulares lazos de amistad, se expresa de esta manera: «Veneremos á Ennio como se veneran los bosques, que ha consagrado su ancianidad, cuyas encinas grandes y viejas no ofrecen ya á los ojos tanta hermosura cuanto inspiran un efecto de respeto religioso.»

Hasta Plauto no ofrece cosa notable la poesía latina, á lo ménos para que debamos nosotros detenernos en su estudio, á no ser que se hayan perdido sus escritos y la memoria de los mismos, porque es muy poco lo que sabemos de ellos.

Veinte son las comedias de Plauto que, resistiendo las injurias del tiempo, han llegado hasta nosotros. Algunas de ellas han suministrado ideas y rasgos á poetas de los siglos sucesivos para componer obras que les han inmortalizado. Molière compuso su *Avaro* teniendo á la vista la *Audutaria* de Plauto.

Las comedias de este autor contienen bellezas de primer órden, agudezas y chistes no sobrepujados por los que despues han seguido su camino. Varron dice de la facilidad y pureza de su estilo que si las musas hubiesen querido hablar en latin, hubieran tomado el de Plauto.

Ciceron, tan competente en materia de buen gusto, reconoce en Plauto aquel agrado natural llamado por él urbanidad ática.

No es de este parecer Horacio, quien, no obstante de elogiar algunas

dotes del cómico latino, le critica de pesado é insípido á veces, de conducir con poco tino la fábula, y le califica de inferior á Terencio en cierto punto de vista.

«Nuestros antecesores, dice, admiraron y alabaron los versos é impurezas de Plauto, con demasiada sencillez por no decir neciamente; si es cierto que vosotros y yo sabemos distinguir en los chistes, lo delicado de lo grosero y tengamos el oído bastante sutil para juzgar bien del sonido y cadencia de los versos.»

La índole de nuestro trabajo no consiente que analicemos ni los trabajos de Plauto ni el por qué de la crítica de Horacio: sólo debemos consignar que se le mira como el verdadero padre ó fundador de la comedia latina, y como el genio cómico más sobresaliente de la antigua Roma, sin que despues perdiera nada de la justa celebridad que le conquistaron en su tiempo sus producciones, y, en particular, entre el pueblo.

Como excepcion, y sólo para dar una idea del estilo de Plauto, vean nuestros lectores un trozo del *Anfitrion*, una de las mejores comedias de Plauto, en la que hace decir á Mercurio en el prólogo: «Por la misma razon que quereis que os sea favorable en vuestras compras y ventas; que deseais ser afortunados en los negocios que teneis en la ciudad y en los países extranjeros; para aumentar cada día, con una considerable utilidad, los que habeis emprendido ó estais por emprender; por la misma razon que quereis que os traiga buenas noticias á vosotros y á vuestras familias, y os diga cosas que sean para el bien de vuestra república (porque sabeis que há mucho tiempo que me tocó ser el Dios de las noticias, y presidir el lucro). Por la misma razon, pues, que quereis que yo os conceda todas estas cosas, y que no olvide nada de lo que os puede procurar el progreso de vuestros negocios: por esta misma razon es tambien necesario que atendais favorablemente esta pieza, y que juzgueis de ella razonablemente.»

Contienen las comedias de Plauto máximas excelentes para el buen régimen moral de la vida y para la pureza de las costumbres. Consignamos este dato como necesario para fijar bien la opinion del poeta acerca del destino del teatro, que nunca debiera ser más que la escuela de las buenas costumbres, muy al reves de lo que es ahora degenerado en un ramo de la

industria, como otra cualquiera, explotado con la única mira de los gananciales de los empresarios á costa de la moral y de la literatura prostituída ésta y envenenada aquélla en la escena.

Véase cómo habla Alcmena á su marido Anfitrion en la comedia de este nombre, y de qué manera traza el cuadro de los deberes de una esposa cual debe ser por su virtud. «Pero yo creo, dice Alcmena, que la verdadera dote de una mujer no es el dinero que trae cuando se casa. Es el honor, la honestidad; es saber moderar sus deseos, temer á Dios, amar á sus padres, y vivir en buena inteligencia con sus parientes. Nunca tuve otro objeto que obedeceros en todo, que socorrer á las personas virtuosas, y poder serles útil.»

Este debiera ser el lenguaje usado siempre en el teatro. Se nos dirá que no siempre lo usó el mismo Plauto. Es verdad; pero á Plauto le disculpan el paganismo, en cuyo seno había nacido, y la falta de modelos y preceptos á qué atenerse, disculpas que no pueden invocar los que ahora faltan á los preceptos literarios y á las leyes de la moral.

En Terencio da la comedia latina un paso de gigante. Á la extrema pureza de lenguaje, á un estilo sencillo y natural, junta todas las gracias y delicadeza de que era susceptible su lengua.

Seis son las comedias que nos han quedado de las muchísimas que escribió Terencio.

Y á propósito. Nuestros lectores nos agradecerán que no omitamos aquí un hecho de la vida del poeta por la semejanza que tiene por una parte con lo que actualmente sucede entre nosotros, y por probar una vez más que son en todas épocas las mismas las costumbres que dependen de las pasiones, vicios ó defectos de los hombres. Las aplicaciones y comentarios del hecho quedan á cargo del discreto lector que los hará sin fatiga leyendo el hecho.

Cuando Terencio vendió su primera comedia á los ediles de Roma (1),

(1) *Ediles*, eran unos magistrados inferiores de los que hubo tres clases, y dos de cada una: *Curules*, que cuidaban de los templos, juegos y mercados; de señalar puesto en los espectáculos y del adorno de la ciudad. Cuidaban tambien de los funerales, y de que á ninguno se le hiciesen con más pompa de lo que á su estado correspondía. Se llamaban así porque podían usar *silla curul*. Eran elegidos de los nobles, aunque luégo entraron plebeyos. — *Plebeyos*, que cuidaban de lo que les encargaban los tribunos, y tenían el cargo de los baños públicos, acueductos, y de las calles, observando los decretos del Senado y pueblo para que en ellos no se introdujere novedad; se elegían de las familias plebeyas: *Cereales*, llamados con este nombre porque cuidaban de servir de trigo y comestibles la ciudad.

quisieron estos que se la leyese primero á Cecilio, poeta cómico como él, y que gozaba de mucho crédito en Roma cuando empezó Terencio á presentarse en ella. Fué pues á su casa, y le encontró en la mesa. Hiciéronle entrar, y, como iba mal vestido, le pusieron cerca de la cama de Cecilio un banquillo, en el que se sentó y empezó á leer. Apénas hubo leído algunos versos cuando le rogó Cecilio que cenase, y le hizo sentar á la mesa cerca de sí. Despues de cenar acabó de oir la lectura y quedó embelesado con ella. ¡Cuán cierto es que no se debe juzgar de los hombres por sólo su exterior y mucho ménos por su vestido! ¡Cuántas veces pueden unos andrajos encubrir un gran talento!

Para mayor semejanza entre Terencio y otros muchos escritores de todas épocas, cuando la desgracia ha corrido parejas con su indisputable ingenio, no dejó el poeta latino de encontrar envidiosos que, no pudiendo rebajar su mérito, apelaron á la calumnia atribuyendo á los amigos del escritor la mayor parte de sus producciones.

Sea como quiera, halló Terencio el modo de representar la comedia imitando al griego Menandro en muchas de sus obras, y es innegable que hizo en su género lo que tuvieron más perfecto los romanos en esta línea. Descuella especialmente el talento de Terencio en el inimitable arte de imitar la naturaleza con tanta sencillez que raya en ingenuidad. Los asuntos de sus comedias son tan sencillos como los de Plauto, pero aventaja á éste en la expresion de las costumbres, en la pureza y lo delicado del estilo y de las sentencias. Ciceron, autoridad respetabilísima en la materia, le prodiga extraordinarios y muchos elogios, le considera como buen modelo de pureza de la lengua; opina que poseyó toda la cortesía romana, y consigna que por haber parecido tan bellas y elegantes sus comedias, aprovechó estas circunstancias la envidia para atribuirlas á sus dos amigos, Lelio y Escipion, los dos hombres más eminentes que tenía entónces el pueblo romano.

Debe constar, no obstante, que las comedias que han llegado hasta nosotros no fueron generalmente del agrado del pueblo en la época en que las escribió su autor, porque estaba estragado el gusto de aquella sociedad acostumbrada á presenciar ridiculezas é insulsas bufonadas; pero, ya entón-

ces, como despues y ahora, las aplaudieron y les prodigaron elogios los sabios é inteligentes en la materia.

Sin embargo, una de las seis comedias que conocemos de Terencio, llamada el *Eunuco*, fué representada dos veces en un mismo día por la mañana y por la tarde, circunstancia que no consta de ninguna otra hasta entónces, y sábese tambien qne se le pagó mucho más de lo que hasta entónces se había pagado ninguna comedia, porque recibió por ella ocho mil sextercios equivalentes á mil pesetas.

César, en unos versos dedicados á Terencio, le habla así: «tú tambien, semi-Menandro, estás puesto en el número de los mayores poetas, y con razon, en cuanto á la pureza de tu estilo. ¡Ah, quisieran los dioses que la suavidad de tu lenguaje estuviese acompañada del vigor que conviene á la comedia, para que tu mérito fuese igual al de los griegos, y que no fueses en esto inferior á los otros! Pero esto es lo que te falta, Terencio, y es lo que causa mi dolor.»

Quintiliano, más benigno que César, dice, hablando de Terencio, que eran muy elegantes los escritos de este poeta, y advierte, al mismo tiempo, que la lengua romana no admitía, sino de un modo muy imperfecto, aquella delicadeza de gusto y aquella gracia inimitable reservada únicamente á los griegos, pero que tampoco se encontraba sino en el dialecto ático.

¿Son realmente de Terencio sus piezas dramáticas, ó tenía en ellas los dos colaboradores que se le atribuyen?

En la última de sus comedias, *los Adelfos*, dice él mismo en el prólogo por boca de uno de sus personajes: «En cuanto á lo que dicen sus envidiosos, de que le ayudan en su trabajo personas ilustres que componen con él, muy léjos de ofenderse de esto, como lo imaginan, halla que no se le podría dar mayor alabanza, porque es señal de que tiene la honra de agradar á personas que os agradan, señores, y á todo el pueblo romano; y quienes en paz, en guerra y en todo género de negocios, han hecho á la república en general, y á cada uno en particular, servicios muy considerables, sin que sean por esto más altivos ni más orgullosos.»

Terencio, aunque fué anterior en tiempo al llamado siglo de oro de las

letras latinas, merece figurar en él por su mérito que no cede á la brillante literatura del periodo comprendido desde Julio César á Tiberio. Creemos que es el mejor elogio que podemos hacer de los escritos de Terencio, si bien que muy merecido lo tiene.

* * *

La literatura romana había progresado mucho desde sus principios: formándose cada día más segun los modelos griegos que estudiaban los escritores romanos con laudable porfía, llegaron por último á la perfeccion. Bien es verdad que los primeros poetas trágicos, y especialmente los cómicos se habían concretado á traducir las composiciones griegas; pero sacudiendo otros su tutela, se arriesgaron á componer obras de verdadero carácter romano y el éxito más feliz coronó sus esfuerzos y alentó su osadía.

Desde entónces quedó fijado el buen gusto en todos los géneros literarios y por siempre, pero de un modo absoluto. La literatura se sostendrá en su esplendorosa gloria miéntras se ajuste á las reglas y modelos establecidos por los que demostraron tan excelentes cualidades, y se iniciará la decadencia de las letras el día en que se falte á los preceptos de esos talentos sobresalientes, sin que recobren su perdido nombre hasta que se ocuparán otra vez en el buen sentido, y en el arte que ellos cultivaron y ensalzaron. No necesitamos advertir que al hablar de este modo nos referimos á la parte literaria solamente, sin inmiscuirnos aquí en los sistemas filosóficos desconocidos ó perversos en Roma. Y la razon de esto es muy óbvia. Horacio logró lo que no habían conseguido los poetas dramáticos: producir obras líricas eminentes pero enteramente romanas, y, sin embargo, es Horacio un sectario decidido de Epicuro.

Hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, que Roma no tuvo ciencia, propiamente dicha, que, por consiguiente, no tuvo tampoco filosofía

propia, porque los romanos sacrificaron la ciencia y la filosofía á lo único que formaba su especial carácter: la conquista y el saqueo.

Muchos colocan á Lucrecio, poeta, cantor inspirado *de rerum natura*, en el número de los filósofos; y, sin embargo, no fué más que un mero copista de Epicuro.

Que Lucrecio fué más un filósofo sectario de la glorificacion del sensualismo que un poeta prendado de la belleza ideal cuyos misterios bendice en armoniosas cadencias hijas de la inspiracion casi divina que anima al vate, nos lo dirá él mismo con insolencia y audacia inauditas: «En el tiempo, dice, que gemía el género humano, ignominiosamente sometido al duro yugo de una religion imperiosa, que se decía bajada del cielo, y que hacía temblar toda la tierra; un mortal, nacido en Grecia, fué el primero que se atrevió con un aire determinado é intrépido, á levantar contra ella el estandarte de la guerra, sin que ni la autoridad de los dioses, ni el temor de los rayos, ni el cielo con el ruido asombroso de sus truenos, fuesen capaces de detenerle. Al contrario, todos estos objetos no sirvieron más que para animar su valor, y para fortalecerle en la idea que tenía de forzar las barreras de la naturaleza y penetrar en sus más secretos misterios.»

La obra poético-filosófica de Lucrecio se funda en que los dioses no se cuidan de nada, y pretende explicar los efectos de la naturaleza, la creacion y conservacion del mundo por el solo movimiento de los átomos, principios estos de todas las cosas, hasta del alma que es material, compuesta de átomos ígneos redondos. Impugna, como los de su secta, á los que reconocían por primera causa el poder y sabiduría de una divinidad.

Muy mal habremos de augurar de las creencias de un pueblo, y muy mal parada habrá de quedar necesariamente la civilizacion del mismo, cuando cuenta poetas tan sensuales como Lucrecio, tan epicúreos como Horacio y tan materialistas como Ovidio.

Pero no anticipemos juicios, y, muy á la ligera, continuemos la exposicion comenzada.

Laberio y Siro llenan la lista que debiéramos formar desde Lucrecio á Virgilio. Detengámonos algo más de lo de costumbre ante este poeta que

supo plegarse á todos los géneros, á fin de que, estudiando someramente sus escritos, sepamos cuál era la altura de la civilizacion romana en sus manifestaciones literarias.

Para formar cabal concepto del ingenio de Virgilio hay que considerarle en sus *Églogas*, en sus *Geórgicas* y en la *Eneida*.

En las primeras, fiel imitador de Teócrito, es tan sencillo como elegante: su ternura nos admira y nunca nos cansamos de la suavidad y frescor de las composiciones. ¡Qué encantador el mundo si fueran realidad las bellas imágenes del poeta!

Dícese que Mecenas, favorito, como ya sabemos de Augusto, y gran protector de los literatos y del verdadero mérito, intentó retraer á los romanos de sus aficiones á la guerra y pillaje, inclinándoles á la agricultura, y que, á ese objeto, encargó á Virgilio la composicion de las *Geórgicas*.

Si los romanos no complacieron al gran Mecenas no fué por culpa de Virgilio, porque en sus Geórgicas elevó las letras romanas á la mayor perfeccion de la poesía latina, tratando en los cuatro libros de que se componen todo cuanto puede ser objeto de la agricultura y de los ramos dependientes de ella.

En la *Eneida* admiramos al poeta que, dejando el caramillo con que mueve el corazon de los tiernos é inocentes zagales, hablándoles su propio lenguaje tímido y sencillo, sabe tocar la trompa guerrera con que animando ejércitos y suscitando tempestades, canta majestuosamente hechos inmortales de héroes más divinos que humanos.

Dispénsennos, empero, nuestros lectores. Por nuestra parte, nunca, ni siendo niños, cuando aún no está decididamente formado el gusto literario que debe prevalecer en el ánimo del hombre, pudimos leer la *Eneida* con el interés vivo y profundo con que nos embelesábamos en las *Èglogas* y *Geórgicas*. Y es que, dígase lo que se quiera, no es Virgilio original en la *Eneida;* no escribe Virgilio movido por una inspiracion expontánea, sino por complacer dos vanidades: la nacional de Roma y la personal de Augusto. No es la literatura romana lo que resplandece en el poema latino; ni hemos de estudiar la civilizacion de Italia en los cantos de la *Eneida*: la emulacion

—no nos atrevemos á llamarla envidia— exige que Roma no sea inferior á Grecia: si esta tiene una *Iliada* y una *Odisea*, Roma debe tener una *Eneida*. Y sin embargo, fuerza es confesarlo: Roma teniendo una *Eneida*, no tendrá el genio: la imitacion distará mucho de la originalidad: el poeta que supo conmover con sus pastores, no imprimirá á sus héroes el vigor con que los caracterizó el inmortal poeta ciego.

Nuestro juicio, aunque pobre, es desinteresado é imparcial, porque pocas aficiones hemos sentido más vivas y exigentes en nosotros que la que siempre nos ha inclinado á la lectura del poeta mantuano, cuyas composiciones aprendimos de memoria de puro leerlas y releerlas por el gusto que sentíamos saboreándolas.

Dícese que Augusto al volver de sus expediciones militares, creyó que no podía descansar mejor de sus fatigas y dar más seguro solaz á su ánimo que oyendo la lectura del poema compuesto por Virgilio, á cuya lectura dedicó algunos días consecutivos, leyéndole Virgilio un libro cada día. Refiérese tambien que tenía el poeta un maravilloso talento para hacer que se conociese el primor de sus versos con una pronunciacion suave, articulada y armoniosa. Mecenas continuaba la tarea del poeta cuando éste se fatigaba con su lectura. ¡Qué cuadro tan encantador el ofrecido por el soberano de todo el mundo deleitándose no en espectáculos sangrientos, no en danzas voluptuosas y lascivas, sino en la dulce calma de la inteligente lectura de una obra maestra, familiarizándose de este modo con el buen gusto literario y con las personas distinguidas por su talento!

Y como por vía de digresion nos tomaremos ahora la libertad de una ligera observacion acerca de la pronunciacion de las palabras latinas.

¿Leía Virgilio á Augusto, leían los romanos de aquella época la *Eneida* y demas escritos latinos cual leemos nosotros? Decididamente que no. ¿Conocemos nosotros la verdadera pronunciacion latina tal como se hacía en los buenos días del siglo de oro de tan hermosa lengua? Distamos mucho de conservarla, por mas que se han hecho laudables investigaciones para conseguirlo, y que han dado por resultado fijar casi definitivamente la pronunciacion de algunas consonantes; pero, á pesar de todo faltan todavía descubrir

las de varias que desconocemos por desgracia, completando la confusion la diversa manera que tienen de pronunciar las palabras latinas no solamente las diversas nacionalidades, sino tambien los habitantes de una misma nacion, pero pertenecientes á distintas provincias. En nuestra España, por ejemplo, es muy distinta la pronunciacion dada al latin por un castellano ó por un catalan.

Sería empresa laudable la unificacion de la pronunciacion latina, llevada empero á cabo con verdadero conocimiento de la materia y sin rivalidades nacionales que á nada conducen, más que más no existiendo ninguna absolutamente que no sea defectuosa por igual.

Y esta reforma de unificacion podría y debiera llevarse á cabo sujetándose en un todo á la prosodia, especialmente la de la época clásica. No hemos de escribir aquí un tratado, ni mucho ménos, acerca de la cantidad de las sílabas; pero es una circunstancia necesaria, indispensable, para llegar á la perfecta uniformidad de pronunciacion latina, tal como debiera hacerse, para comprender la armonía, estructura y cadencia de los versos latinos sobre todo. ¡Qué musical y embelesadora sería la lectura de los primeros libros de la *Eneida* hecha por Virgilio á Augusto! ¡Qué encanto nos produciría poder oir su pronunciacion propia! ¡Qué fascinacion produciría el oirle leer:

Heu, miserande puer! si qua fata aspera rumpas,
Tu Marcellus eris, ...

que hicieran estos versos prorumpir en llanto á Augusto y desmayarse á su hermana Octavia, madre del jóven Marcelo, cuyo elogio, hecho aquí por Virgilio, enternece á quien posee el secreto del idioma latino.

Virgilio, por su *Eneida*, ocupa el puesto inmediato despues de Homero, á quien supo imitar más que otro alguno. Esto, no obstante, el emperador Calígula mandó que se quitasen de todas las bibliotecas los escritos y retratos del poeta mantuano, fundando su órden en que Virgilio era un hombre sin entendimiento ni ciencia. Para nosotros este es el mejor elogio de Virgilio. *Similis simili gaudet*, dice el refran latino, y si cada uno gusta de su

semejante, honrando Calígula á su caballo *Incitatus*, honraba de rechazo á Virgilio expulsándole. El bruto coronado debía acompañarse del bruto por él venerado.

Por lo demas, Alejandro Severo se encargó de reparar la ofensa inferida á Virgilio por su antecesor Calígula, llamándole el Platon de los poetas, colocando su retrato con el de Ciceron en el aposento donde había colocado el de Aquíles y los de los hombres más grandes. Poetas, oradores y conquistadores merecieron igual concepto al emperador que veneró así á las letras respetando la memoria de Virgilio.

Horacio, amigo de Virgilio, debe ocupar ahora toda nuestra atencion. Pero ántes de ver al poeta, por lo que puede interesar á la civilizacion de todas las épocas, detengámonos un momento en la manera cómo le educó su padre.

«Con sus cuidados, dice el mismo Horacio hablando del autor de sus días, me conservó la pureza, que es el primer fundamento de la virtud; y me preservó, no solamente de toda accion deshonesta, sino tambien de toda nota y de toda sospecha.»

Por el mismo Horacio sabemos que su padre era liberto y de muy modesta fortuna; pero, esto no obstante, cuidó de un modo muy particular de su educacion. ¡Cuán otra no sería la sociedad si todos los padres imitaran al de Horacio en cuidar bien de su educacion!

Las personas ricas y acomodadas se contentaban enviando sus hijos á casa de un maestro que enseñara á leer, escribir y contar; pero el padre de Horacio, conocedor del caudal de ingenio que atesoraba su hijo, decidióse animosamente á irse con él á Roma al objeto de darle una educacion semejante á la que los caballeros y potentados de la capital daban á sus hijos, tomándose el trabajo de guardarle él mismo, sirviéndole de ayo y acompañándole á casa de todos sus maestros. Ademas, aunque sin letras ni erudicion, no era por esto ménos útil el padre al hijo que los maestros más hábiles que podía oir. Aconsejábale particularmente, instruíale con método familiar, y se dedicaba á inspirarle horror á los vicios, aplicando oportunos y adecuados ejemplos prácticos á los casos que trataba.

Ya Terencio, en su comedia *Los Adelfos*, pone en boca de Demea, hablando de su hijo, las siguientes palabras, que tal vez fueron el modelo que adoptó el padre de Horacio: «Yo no omito nada; le acostumbro poco á poco á la virtud. Finalmente, le obligo á mirar, como en un espejo, la vida de los otros, y á que aprenda con su ejemplo á practicar lo bueno, y á huir de lo malo.»

Á padres é hijos recomendamos, por el respectivo interés que en ello tener puedan, las siguientes frases que el reconocimiento hacia su buen padre inspiró al poeta Horacio: «Nunca me avergonzaré de un padre tan bueno, miéntras sepa pensar. Jamas seguiré el ejemplo de la mayor parte de las gentes, quienes, para excusar la bajeza de su nacimiento, no dejan de observar, si no tuvieron padres ilustres, que esto no depende de su eleccion. Yo hablo y pienso muy de otro modo; porque, si nos permitiese la naturaleza volver á nacer, despues de cierto número de años, y nos dejase la libertad de tomar los padres que quisiésemos, dejaría que cada uno escogiese al gusto de su vanidad; pero, por lo tocante á mí, contento con los que tengo, no los iría á tomar ni entre los cónsules, ni entre las sillas curules.»

¡Qué belleza de sentimientos! ¡qué hermosura de corazon! Quizas no se hayan fijado nuestros lectores en un hecho casi universal y constante. Como si Dios no quisiera prodigar, sino ántes bien distribuir económicamente sus dones, debe observarse que los grandes talentos proceden, generalmente hablando, de clases no acomodadas, y que son escasos y hasta contados los hombres sobresalientes en ingenio é hijos de familias ilustres por sus riquezas. Y sin embargo, ¿á quién se le ha ocurrido, como no sea un idiota, menospreciar á un talento privilegiado por la sola razon de ser de cuna humilde? ¿Pueden acaso compararse con el talento las riquezas, ni las ejecutorias que no siempre lo son del mérito digno de aplauso? (1)

(1) Cuando comenzaba á abrirse paso la fama de nuestro malogrado Balmes, hablábase de él un dia en cierta casa de una ciudad de Cataluña (cuyo nombre no citamos por evitarle esta vergüenza) y en una reunion de la que formaba parte entre varias personas, ilustradas las más de ellas, un muy rico hacendado de la provincia, quien, despues de escuchar los elogios tributados al entónces jóven vicense, interrumpió la conversacion con esta estrambótica pero ingenua pregunta: «¿Y cuántas heredades tiene este señor?» Hé aquí un rico hacendado del siglo XIX (siglo de las luces) mucho más inculto que el padre de Horacio. Y luégo se dirá que la humanidad progresa indefinidamente. Nosotros respondemos de la verdad de este hecho que acabamos de referir.

Contra lo que quisiéramos, debemos ser algo extensos hablando de Horacio, si no ha de quedar incompleto el juicio que de él y de su época nos toca formar, á fin de tener más cabal idea de aquella civilizacion que necesita ser estudiada en todas sus fases. Llegado ya Horacio á la edad conveniente pasó á completar sus estudios en Atenas, donde se dedicó á la filosofía, abrazando la secta de Epicuro, desdichados restos de una filosofía que llegaba ya á los últimos límites de la decadencia á que la llevaban el escepticismo y el indiferentismo, hijos del orgullo y del egoismo, polos del eje sobre el que giraba la malhadada filosofía que un día fué el esplendor de toda la Grecia. Horacio, como buen discípulo de Epicuro, revelará en su conducta y en muchos de sus escritos su aprovechamiento en filosofía.

Estando Bruto en Atenas para ir á Macedonia, llevóse consigo á Horacio, á quien nombró tribuno de los soldados. En la batalla de Filipes, tan fatal para la república, huyó Horacio tirando el escudo para correr con ménos estorbo.

Vuelto á Roma, Virgilio, el *optimus Virgilius*, como le llama él mismo, le presentó á Mecenas; pero quedó tan cortado, que no habló sino muy poco, y con palabras interrumpidas. Por el tiempo que tardaron en volver á verse podría creer cualquiera que Mecenas, no muy satisfecho de la visita, no se acordaba ya del poeta filósofo. Volvióle á llamar, empero, y le puso Mecenas en el número de sus amigos, acreditándoselo con la íntima familiaridad que le dispensó.

Horacio mismo se titula amigo de Mecenas: prueba esto la mayor sencillez de aquellos tiempos, pero esta sencillez no está exenta de grandeza. La antigua libertad romana, inoculada hasta en el idioma que nació en el seno de la misma, toleraba lo que no permitirían ni nuestras costumbres, ni nuestros idiomas que no admiten el tuteo como el idioma del Lacio.

La buena amistad de Mecenas para con Horacio la tenemos probada en el testamento dirigiéndose á Augusto con estas palabras: «Suplico que te acuerdes de Horacio como de mí mismo.»

Augusto ofreció á Horacio el empleo de secretario suyo, participándolo á Mecenas de este modo: «Hasta ahora no he tenido necesidad de nadie

para escribir cartas á mis amigos (ahora cualquier *quídam* tiene su secretario particular); pero ahora que me veo lleno de negocios y enfermo, deseo que me traigas á nuestro Horacio. Pasará de su mesa á la mía, y me ayudará á escribir mis cartas.»

Horacio que, como buen epicúreo, amaba mucho su libertad, no tuvo por conveniente aceptar tan honrosa oferta que, por otra parte, le ocasionaría mucha fatiga y, dando el ejemplo que en los siglos venideros debían seguir los que han de desprenderse forzosamente de un buen empleo, alegó sus indisposiciones para no admitir el cargo. Como las costumbres no eran entónces tan alambicadas como ahora, no se ofendió Augusto de la renuncia, ni dejó por esto de ser amigo de Horacio, como lo acreditó escribiéndole estas líneas: «Pórtate conmigo con libertad, como si fueses mi comensal: esta cualidad te da este derecho. Bien sabes que quería yo que vivieses conmigo de este modo, si lo hubiese permitido tu salud.»

¡Qué diferencia entre aquellas costumbres y las actuales, en que hasta los primeros representantes de la democracia no sólo aceptan sino que exigen los tratamientos, que son la farsa más necia de las civilizaciones bárbaras!

Horacio escribió muy poco, porque el tiempo que debiera haber empleado trabajando, lo consumía en banquetes, teatros, fiestas y placeres.

Á pesar de esto, lo poco que escribió le ha puesto al igual de Virgilio y muy por cima de los demas poetas latinos. De él dice Quintiliano: «Horacio es casi el único de nuestros líricos que merece ser leído, porque se eleva algunas veces, está lleno de atractivos y de gracia, y su osadía es muy feliz, tanto en las figuras como en las palabras.»

Horacio compuso odas, sátiras y epístolas, debiendo contarse entre estas su arte poética dedicada á los Pisones.

Sus odas son rivales y á veces superiores á las de Píndaro. Sus demas escritos son elegantes sobre toda ponderacion.

En su célebre *Epistola ad Pisones* comprendió Horacio ciertas reglas y observaciones juiciosas que no eran comunes aún en los mejores autores de Poética que corrían en su tiempo; pero que no han caducado todavía, á pe-

sar del trascurso de tantos siglos, y que necesariamente deben seguirse por quien desee aspirar á ser reputado por verdadero y concienzudo compositor en los diversos géneros que abraza la poesía.

Digno compañero de Virgilio y de Horacio fué Ovidio, el verdadero poeta en el rigoroso sentido de la palabra; porque trató todos los géneros, componiendo con extraordinaria facilidad, hasta el punto de salir perjudicada la correccion de su estilo por anticipársele las palabras á las ideas. Defecto disculpable sería este si se le pudiese perdonar la excesiva licencia y desenfreno que se permitió en sus poesías, llenas muchas de ellas de obscenidades é impurezas. Su *Arte de amar,* uno de los tres libros de *Amores* que escribió, porque el amor era su pasion dominante, es un libro precioso, literariamente hablando, así por el brillante desempeño del poeta, como por la aventajada idea que da de su talento, y, más que todo, del estado profundamente inmoral de aquella sociedad pervertida y desenfrenada que, só pretexto del lujo, ocultaba la más espantosa y universal corrupcion en todas las capas sociales.

Á pesar de haberse perdido desgraciadamente muchos de los escritos de Ovidio, nos quedan aún en número suficiente para apreciar sus bellezas literarias y la portentosa fecundidad del príncipe de los poetas, inimitable en todos los géneros, por más que se atribuya al mismo la iniciacion de la decadencia de la literatura latina. Hablando Quintiliano de la trajedia Medea, conservada todavía en su tiempo, pero enteramente perdida despues, la tributa grandes alabanzas, lo que manifiesta, en sentir del mismo célebre crítico, de lo que era capaz este poeta, si en vez de entregarse á la fecundidad de un ingenio muy natural, la hubiese querido contener en los límites de la razon.

Emitiendo el ya citado Quintiliano su concepto acerca de todos los escritos de Ovidio, dice que su mayor defecto es ser muy extenso y por la misma causa muy flojo, efecto eso de la viveza y fecundidad de su ingenio, y afectaba gracejo á expensas de lo serio y de lo grande. En concepto de todos los críticos, su obra las *Metamórfosis* es la mejor de cuantas escribió, por descubrirse en ella, ademas de su mucha erudicion, varios fragmentos

de verdadera poesía épica. Esta obra era tambien la que más estimaba el mismo Ovidio y de la que esperaba especialmente la inmortalidad de su nombre.

Á Séneca se le acusa con mucho fundamento de haber contribuído más que otro alguno á la corrupcion y decadencia de la literatura romana, y, por cierto, que no es empresa fácil disculparle de tan grave cargo.

Bajo dos conceptos debe ser considerado Séneca: como poeta y como filósofo. El poeta nos ha dejado algunas trajedias que no pueden ofrecerse como buenos modelos, por faltar muy frecuentemente á las reglas del arte.

Como filósofo, ofrece más vasto campo á la crítica y es digno de estudio por presentarnos extensa materia para medir la civilizacion romana desde el punto de vista de sus doctrinas completamente estóicas. Y, sin embargo, preciso es confesarlo, pocos hombres ofrecen tantas dificultades como Séneca, para poderles juzgar imparcialmente. La historia le hace cargos gravísimos, incontestables al parecer, imperdonables siendo ciertos; pero, algunos pasajes de sus escritos y algunos testimonios de santos Padres de la Iglesia ponen en grave conflicto para poderle condenar.

Reservemos, empero, hablar de Séneca, considerado como filósofo, en las pocas páginas que destinaremos luégo á los filósofos romanos y terminemos lo que nos falta decir, poco por cierto, de la poesía latina.

Iniciada ya la decadencia, nos salen al paso Persio y Juvenal, poetas satíricos ambos. En el primero se encuentra una moral pura y mucho fondo que, en sentir de Quintiliano, le valió mucha fama; aunque su mérito queda muy rebajado por su excesiva oscuridad. Su biblioteca, que al morir legó á su maestro, se componía de setecientos volúmenes, número muy extraordinario para aquellos tiempos.

Juvenal, por declamador, contribuye mucho á la decadencia de la poesía y del buen gusto. Reprendió muy severamente las costumbres de los otros, cuando él mismo era un hombre muy relajado. En su manera de reprender los vicios enseña más á incurrir en ellos que á evitarlos. Sus composiciones manchan la pluma que las escribe, ofenden los oídos, pecan contra la moral, insultan el pudor y se burlan del buen gusto, prueba ostensible de la atmós-

fera que se respiraba entónces en la Roma de los Calígulas y Domicianos y de la mala educacion que recibía la juventud romana.

Lucano, con su *Farsalia*, nos parece el último esfuerzo de la poesía latina moribunda, pero resistiéndose á morir. Si Lucano hubiese vivido algunos años más, quizas las letras romanas hubieran recobrado algo de su primitivo esplendor. Murió á los veinte y seis años escasos, asesinado por órden de Neron, envidioso de su talento.

Petronio imitó á Juvenal en sembrar sus escritos de obscenidades que los hacen repugnantes, á pesar de su estilo florido y estudiado. Créese con muchísimo fundamento que este es el Petronio de quien habla Tácito en las siguientes líneas que trascribimos para que sirva de corroboracion á lo que llevamos ya dicho acerca de las costumbres romanas en la época á que se refieren. «Era, dice, un hombre delicioso que ocupaba el día en el sueño y la noche en los placeres ó negocios. Y en lugar de que los otros se hacen célebres por su aplicacion al trabajo, éste se granjeó la reputacion por su ociosidad. No obstante no estaba tenido por un hombre corrompido y disipador, como aquellos que se arruinan con desórdenes necios y sin gusto, sinó por un hombre de una suntuosidad delicada y reflexionada. Todas sus palabras y acciones agradaban tanto más cuanto traían cierto aire de negligencia, que parecía puramente natural, y que tenía todas las gracias de la ingenuidad. Con todo eso, cuando fué procónsul de Bitinia, y despues cónsul, se mostró capaz de los mayores empleos. Despues, volviéndose vicioso otra vez, ó por inclinacion, ó por política, por ser el príncipe muy amante del vicio, fué uno de sus principales confidentes. Era él quien lo arreglaba todo en las diversiones de Neron; y no encontraba éste cosa agradable, ni amena, sino lo que Petronio había aprobado. De esto nació la envidia de Tigelino contra él, como contra un pernicioso rival, que le excedía en la ciencia de los deleites.»

Como resúmen de cuanto llevamos dicho acerca de la poesía latina ó romana, que, desde Petronio, corre á la desaparicion, no presentando más que alguna que otra chispa fugaz del genio, como fuego que se extingue, en cuyo número merecen incluirse Silio Itálico, Estacio, Valerio Flaco, Mar-

cial, Claudio y muy pocos más; sólo debemos consignar una observacion que, por su evidencia, salta á la vista del ménos reflexivo, y es: que todos los grandes ingenios romanos han aprendido en la escuela griega lo que han publicado en Roma. Siguiendo la cadena de la comunicacion de los conocimientos, debemos una vez más decir: Roma recibió la civilizacion de Grecia, ésta la tomó de Egipto que á su vez la había recibido de las regiones orientales de la Caldea y Mesopotamia. Aquí nos encontramos con la noche de los tiempos, y la oscuridad más tenebrosa y desesperante haría inútiles todos los esfuerzos de los sabios para franquear la barrera de los siglos, si no se nos presentara el misterioso libro de Moisés que, semejante á un esplendente sol que asoma en el horizonte de aquellas regiones privilegiadas, nos disipa todas las tinieblas, descorre todos los velos, derriba todas las barreras, ilumina todas las inteligencias y desarrolla á nuestra vista clara y metódicamente el enlace de la civilizacion antigua, unido su primer eslabon en la cuna de la humanidad, en la poética y encantadora mansion del Eden, que vió nacer misteriosamente entre rosas y azucenas la primera pareja humana, representacion viva de la civilizacion más adelantada que verá la sucesion de todos los siglos.

* * *

Entremos en un terreno que, si bien prosáico, es á lo ménos más positivo y de más inmediatos y útiles resultados: pasemos de la poesía á la historia. Roma es aquí muy rica y nos presentará muchos y buenos modelos: es que la historia no vive en regiones ideales, y en cuanto á hechos dignos de consignarse en el gran libro de oro de la historia, ya sabemos que es el pueblo que los cuenta en mayor número y por más periodo de años.

En los primeros tiempos de Roma existía ya la historia, pero no en abultados libros, sino en forma de registro diario, en memorias escritas por el gran pontífice á cuyo cargo corría la insercion de lo más notable que ocur-

ría cada año en el Estado. Duró esta laudable costumbre desde los primeros días de Roma al tiempo del gran pontífice P. Mucio ó sea hasta el siglo séptimo de la fundacion de la ciudad eterna. Conocíanse estas páginas históricas con el nombre de *Anales máximos*.

Desgraciadamente se perdieron la mayor parte de estos preciosos anales cuando el incendio de Roma por los galos; pero al poco tiempo aparecieron historiadores que empezaron á dar forma á los primitivos é imperfectos registros de los pontífices. Nevio y Ennio, poetas, se dedicaron á trabajos históricos, componiendo el primero un poema sobre la primera guerra púnica, y el segundo los anales de Roma en versos heróicos.

Prescindiendo de otros historiadores y hasta de Caton, que, en siete libros, escribió los *Orígenes*, no se presenta historiador de verdadera valía hasta Salustio, llamado con justa razon el primero de los historiadores romanos.

Tiene Salustio admirables pasajes, sobre todo cuando entra en comparaciones entre las costumbres antiguas de la república con las de su época. Cuando habla contra el lujo, las torpezas y los otros vicios de su siglo, podría tenérsele por el hombre más virtuoso de su época, y, sin embargo, recordarán nuestros lectores que consumió toda su hacienda en la disolucion, siendo tan desconcertada su vida que, en una ciudad tan depravada y licenciosa como lo era Roma, tuvieron los censores que degradarle de la dignidad de senador y echarle del Senado.

Para convencernos del buen estilo, conciso, vivo y elegante de Salustio, y por ser retrato que interesa para el conocimiento de la época, nos permitimos continuar aquí un trozo de un libro de dicho autor. « Del número de estas damas era Sempronia, la que había dado pruebas, con muchas acciones, de que no cedía en audacia á los hombres más determinados. Era hermosa, de buen nacimiento, estaba ventajosamente casada, y tenía hijos que la honraban. Poseía perfectamente las lenguas griega y latina; sabía danzar y cantar mejor de lo que le correspondía á una persona de su clase; y tenía todos estos talentos peligrosos que hacen amable el vicio, y de los que hizo siempre más caso que de la virtud y circunspeccion de su sexo. No

era fácil decir á cuál de los dos atendía ménos, ó á su dinero, ó á su reputacion. Tenía ingenio agradable, facilidad en hacer versos, talento para la chanza. Seria, tierna, libre en la conversacion, usaba de las palabras como quería, pero en todo lo que hablaba ponía siempre mucha sal y gracia.»

Cornelio Népote es digno de toda estimacion tanto por la pureza de su estilo, como por el afan de instruir en la virtud y en el bien á cuantos le lean. No hay una línea en sus escritos donde no manifieste los más estrictos principios del honor, de la virtud y de toda clase de acciones nobles y dignas. Su lectura se hace recomendable por multitud de excelentes cualidades.

De Tito Livio, uno de los más célebres entre los historiadores romanos, carecemos no sólo de noticias, sino tambien de la mayor parte de sus escritos. Entre ellos se encuentra una carta escrita á un hijo suyo sobre la educacion y estudios de la juventud, de la que hace Quintiliano muy honorífica mencion en sus *Instituciones Oratorias*. Escribió tambien algunos tratados filosóficos y algunos Diálogos, pero no tenemos nada de estas obras. La principal de todas y digna del inmortal renombre de que gozó fué la Historia que comienza desde la fundacion de Roma y continúa hasta la muerte de Druso en Alemania; pero de los ciento cuarenta libros en que la dividió, solamente conocemos treinta y cinco, incompletos aún, por haberse perdido los demas.

Su estilo es majestuoso y elegante; sencillo, sin decaer, en la narracion; ameno y deleitable en las descripciones y nervioso cuando razona. Su obra es no sólo un modelo de elocuencia, sino tambien de historia en la que interpola máximas las más sanas, notándose en toda ella la más profunda veneracion á la religion dominante en Roma cuando él escribía y un celo ardiente en condenar con toda la energía de su alma la incredulidad de su siglo, que, entónces, como siempre, minaba los cimientos religiosos de su patria. Vean nuestros lectores cómo se queja de la impiedad de su tiempo: «Este menosprecio de los dioses tan comun en el siglo que vivimos, no era todavía conocido. El juramento y la ley eran las reglas inflexibles, á las que conformaban su conducta y se ignoraba el arte de adaptarlas á sus inclinaciones con interpretaciones fraudulentas.»

Julio César nos dejó entre otros escritos sus célebres *Comentarios* que componía de prisa, sin estudio, y en el tiempo de sus expediciones, con el exclusivo objeto de acopiar materiales para los escritores que compusiesen una historia teniéndolos á la vista. Oigamos ahora á Ciceron respecto de los *Comentarios* y de la intencion de su autor. «En lo cual pudo agradar á hombres de poco entendimiento, los que no temerán desfigurar sus gracias naturales con el artificio y compostura que les quieran añadir; pero todo hombre juicioso se guardará mucho de tocarlos de modo alguno ni de hacer en ellos mudanza alguna; porque no hay cosa que agrade tanto en la historia como una brevedad de estilo tan clara y elegante.»

César compuso tambien dos libros acerca de la analogía de la lengua latina, y en uno de estos encargaba muy particularmente que se huyera, como de un escollo, del empleo de palabras nuevas y no usadas. Citamos este hecho para confusion de los que, ocupados no tanto como César, se desdeñan de ocupar sus ocios en trabajos literarios creyéndolos inferiores á su condicion.

Veleyo Patérculo floreció en tiempo del reinado de Tiberio. Se ha perdido algo de lo que escribió. Su estilo conserva todavía algo del buen gusto y correcto lenguaje del siglo en que vivía. Su veracidad histórica deja mucho que desear desde la época de los Césares, á quienes adula como servil cortesano, llegando al extremo, imperdonable en un historiador, de prodigar elogios á Seyano, el infame favorito de Tiberio.

Quizas no creerían nuestros lectores hasta qué punto faltó á la verdad Patérculo, si no les presentáramos un cotejo del cual deducirán por sí mismos la baja adulacion á que le arrastró el afan de no ofender ni al emperador, ni al favorito.

Despues de una ligera introduccion en la que establece, aduciendo muchos ejemplos, la necesidad que tienen los príncipes de ayudarse en el gobierno, y asociarse ministros que dividan con ellos el peso de los negocios, pasa á ensalzar la ilustre cuna de Seyano y continúa representándole «como un hombre que modera la austeridad del mando con un aire de agrado y serenidad, que trata los negocios más árduos, sin que parezca que se ocupa

en ellos; que no se atribuye nada, y con esto lo logra todo; que se considera siempre inferior á la estimacion que hace de él el público; cuyo semblante y exterioridad parecen tranquilos, cuando en el interior no le dejan sosegar los negocios del Estado. Este es el juicio uniforme que hacen de este prudente ministro la corte, la ciudad, el príncipe y los ciudadanos.»

Tácito, verdadero historiador nos representa á Seyano tal cual era. Oigámosle. «Seyano ganó tan bien el corazon de Tiberio con diversos artificios que este príncipe, cerrado é impenetrable á todos los otros, no tenía cosa alguna oculta ni secreta para él, lo que no se debe atribuir principalmente á las astucias y artificios de este ministro, pues cayó él en los mismos lazos, y pereció por la vía del fraude y del engaño; sino más bien á la cólera de los dioses contra el imperio romano, para el que fueron igualmente funestos su favor y su desgracia. Tenía una fortaleza de cuerpo capaz de aguantar las mayores fatigas. El carácter de su genio era la audacia, la habilidad de disimular, y la malicia para con los otros. Era á un mismo tiempo adulador hasta la bajeza y soberbio hasta la insolencia; lleno de modestia y circunspeccion en la apariencia; pero en el interior devorado de ambicion. Los medios para llegar á sus fines eran tan presto la suntuosidad y el gasto, tan presto la vigilancia y aplicacion á los negocios, virtudes tan perniciosas como los mismos vicios, cuando se sirven de sus exterioridades para usurpar un poder ilegítimo.»

La comparacion queda hecha por sí misma ante los dos retratos: la eleccion no es dudosa. El lenguaje de Patérculo revela que éste esperaba mucho del favorito, ó que le temía demasiado: con estas circunstancias y cualidades no debe un hombre ponerse á historiador.

Tácito, autor de los célebres *Anales*, debe considerarse, bajo todos conceptos, el verdadero historiador romano, por no decir de la humanidad, porque, más que la historia de algunos emperadores de Roma, parece que se propuso escribir la historia de los hombres segun sus vicios y virtudes.

Sus propósitos están condensados en estas palabras debidas al mismo Tácito: «Porque, hablando de las historias de Tiberio, de Cayo, de Claudio y de Neron, sea que se escribiesen miéntras vivían, ó poco despues de su

muerte, reinaba en ellas igualmente la falsedad, porque el miedo había dictado las unas y el odio las otras, y tienen dos grandes defectos que ofenden á la verdad: el furor de alabar excesivamente á los poderosos, para agradarles, y el gusto secreto de decir mal, para vengarse. No se debe esperar que semejantes historiadores, que son, ó aduladores ó enemigos declarados, se granjeen mucho la estimacion de la posteridad. Causa enfado una humilde lisonja, porque huele á servidumbre; pero se da voluntariamente oídos á la murmuracion, cuya malignidad se disimula con un aire de libertad.» Despues de expresarse Tácito de esta manera, promete evitar ambos excesos y asegura mantenerse fiel á la verdad, sin dejarse seducir.

Si se atuvo ó no á lo por él prometido, nos lo dirá Quintiliano, dando por cierto, como parece serlo, que aludiera á Tácito en el siguiente pasaje: «Hay un historiador, que aún vive para gloria de nuestro tiempo, y que merece vivir eternamente en la memoria de los siglos futuros. Algun día se le nombrará; ahora se entiende bien á quién aludo. Este grande hombre tiene admiradores, no imitadores; le perjudicó el amor á la verdad, aunque suprimiese una parte de lo que había escrito. En lo que queda, no se deja de conocer perfectamente un genio elevado y un modo de pensar libre y generoso.»

Tácito fué un grande político: sin esta cualidad en grado eminente no podía escribir el reinado de Tiberio, para lo cual se necesitaba, ademas de ser historiador, saber aclarar todos los misterios de la corte, investigar y conocer las causas de los sucesos y saber hallar la distincion de lo aparente y de lo verdadero. No es culpa de Tácito pintar con negros colores el mal que parece querer hallar en todo: si las vidas de los emperadores que escribió dieron tantos motivos de censura, mal podía, no faltando á la verdad, presentarlas de color de rosa. De todos modos debemos agradecer á Tácito la verdad que nos descubrió, recordando lo que de él nos dice Tomás en su *Ensayo acerca de los elogios:* «Finalmente, diez páginas de Tácito enseñan más á conocer los hombres, que las tres cuartas partes de todas las historias modernas. Es el libro de los viejos, de los filósofos, de los ciudadanos, de los cortesanos y de los príncipes. Él consuela por la falta de los hombres al que

carece de su compañía, amaestra al que está obligado á vivir con ellos. Es muy cierto que no enseña á apreciarlos; pero sería de desear que su trato bajo este concepto no fuese más peligroso que el mismo Tácito.»

Á Quinto Curcio le debemos la historia de Alejandro el Grande. Sabemos muy poco de este autor. Para nuestro objeto, traduciremos lo más importante del capítulo VIII del libro VII de dicha historia, y, á la par que nos formaremos cabal idea de su estilo, aprenderemos no poco de la civilizacion de los escitas, perdonándonos nuestros lectores, en gracia de su mucho interés, que nos desviemos por un momento de nuestro principal asunto.

Dice Q. Curcio: «..... llegaron al campo á caballo veinte embajadores de los escitas, segun su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al rey. Habiéndolos hecho entrar Alejandro en su tienda, los mandó sentar: hiciéronlo así, manteniéndose algun tiempo sin quitarle los ojos, ni articular palabra; suspension que sin duda se la causaría, segun yo juzgo, el que regulando ellos, segun acostumbran, por la disposicion del rostro y gentileza del cuerpo la grandeza del ánimo, encontrarían que no correspondía la mediana estatura de Alejandro á lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso confesar que los escitas son ménos rudos y groseros que los demas bárbaros; pues se refiere que entre ellos hubo algunos que profesaron las letras, en aquella manera que es permitido á la capacidad de los que siguen siempre el manejo y uso de las armas..... El más anciano de los embajadores habló á Alejandro en esta sustancia: « Si la voluntad de los dioses te hubiese concedido la estatura del cuerpo correspondiente á tu desmesurada ambicion, toda la redondez del universo sería estrecho ámbito para la magnanimidad de tu corazon; tocarías con una mano al oriente, dilatarías la otra al occidente, y pretenderías tambien seguir el curso del sol hasta averiguar á dónde se oculta ó se apaga su hermoso esplendor, sin que se saciase nunca tu inmoderacion de aspirar á cuanto no te es posible conseguir. Pasaste de la Europa al Asia, y del Asia á la Europa, desde donde, despues de haber reducido á tu obediencia todo el mundo, harás guerra á los ríos, á los bosques, y á las fieras; pero ¡qué! ¿ignoras que los más corpulentos árboles, los cuales han necesitado de largo tiempo para su aumento, están ex-

puestos al riesgo de verse instantáneamente derribados, y arrancados de raíz? No es prudente atender sólo al fruto que producen, sin considerar su elevacion y el peligro de su caída. Advierte, que si pretendes penetrar hasta lo más encumbrado, será muy posible que te enredes entre las últimas ramas, y caigas con ellas. El leon, aunque fuerte y generoso, sirve tal vez de alimento á los menores pájaros; y el hierro en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orin: finalmente, nada hay en la naturaleza, que no pueda menoscabarse por lo más débil, y al parecer ménos vigoroso. ¿Por ventura, nosotros, qué tenemos contigo? Nunca hemos puesto los piés en tus dominios. ¿Es acaso culpa de los que viven en los bosques, ignorar quién seas, y de dónde vengas? Nosotros, ni pretendemos obedecer, ni mandar á nadie; y para que entiendas cuáles son los escitas, sabe que hemos recibido del cielo, como rico presente, una yunta de bueyes, una flecha, una lanza y una taza: esto es de lo que usamos, con lo que servimos á nuestros amigos, y de lo que nos valemos contra nuestros enemigos. Del trigo que adquirimos por medio de la fatiga de los bueyes, hacemos partícipes á nuestros amigos; de la taza nos servimos para sacrificar en ella los vinos á los dioses; de la flecha, para dispararla de léjos contra nuestros enemigos; y de la lanza, para herirlos de cerca. Con estos instrumentos vencimos primero al rey de Siria, despues al de Persia y á los medos, y nos abrimos el camino para Egipto. Mas tú, que blasonas de venir á exterminar los salteadores ¿no conoces que eres el mayor ladron del mundo? Robaste y saqueaste todas las naciones que venciste: te apoderaste de la Lidia; invadiste la Siria, la Persia y la Bactria: penetraste hasta la India, y vienes ahora aquí á hurtarnos nuestros ganados; porque no pareciéndote hermosas tus manos, sino cuando están llenas, buscas siempre nuevas presas. ¿Qué has de hacer de tan inmensas riquezas, las cuales sólo sirven para aumentar tu sed? Tú eres el primero que ha hecho carestía de la abundancia; como si cuanto posees no fuese poderoso incentivo para obligarte á desear con mayor vehemencia lo que no tienes. ¿No adviertes el tiempo que há que te detienen los bactrianos? Miéntras tú los sujetas, se rebelarán los sogdianos, y no sacarás otro fruto de la victoria que el de una semilla para nueva guerra; porque supongo que seas

el mayor y más poderoso príncipe del mundo: ¿tan fácil te parece que es el querer admitir por señor á un extraño? Pasarás el Tanais, y reconocerás solamente toda la extension de nuestras campiñas; desearás entónces seguir á los escitas; pero desengáñate desde ahora de que lo consigas: porque nuestra pobreza será siempre más agil que tu ejército, cargado de los despojos de tantas naciones, y cuanto más distantes nos juzgues, nos hallarás dentro de tus mismos alojamientos, pues con la misma velocidad que huimos de los enemigos, cargamos en ellos. Tengo entendido que entre los griegos pasan por proverbio los desiertos de los escitas. Es cierto que estimamos más estos y nuestros incultos lugares que vuestras grandes ciudades y fértiles campiñas. ¿Quieres admitir un saludable consejo que, en la coyuntura presente, es el mejor que puedo darte? Pues advierte que es la fortuna deleznable: ténla bien asida, porque no se te huya; que áun así no podrás detenerla si gusta de dejarte; ó á lo ménos pónla freno para que puedas regirla mejor. Es comun sentir de los nuestros que la fortuna no tiene piés, sino manos y alas, y que cuando franquea aquellas, no permite que se la llegue á tocar en éstas. Finalmente, si eres dios, debes con generosa liberalidad dilatar en los mortales los beneficios, y no usurparles los que gozan; y si eres hombre, tener siempre presente tu humana naturaleza; porque es gran delirio pensar sólo en lo que nos abstrae de la memoria de nuestro sér. Los que dejares en paz, te serán fieles amigos: porque las más firmes amistades las concilia la igualdad de las personas; y ésta juzgan tenerla entre sí los que no han llegado á medir sus fuerzas; pero no te persuadas á que te sean afectos los que quedaron vencidos, pues nunca hay amistad entre el amo y el esclavo; el cual en el mayor sosiego de la paz conserva reciente la memoria de la guerra, á quien mira como medio único de sacudir el áspero yugo de su servidumbre. En cuanto á la seguridad de nuestra alianza contigo, no es estilo, que practicamos los escitas, el de ofrecerla por medio del juramento, porque no conocemos otro, que el de guardarla con firmeza, sin necesitar para ello de jurarla. Quédense para los griegos estos resguardos, las solemnidades de firmar sus contratos, y de llamar á los dioses por testigos de sus promesas; que nosotros sólo fundamos nuestra religion en la observancia de nuestra

buena fe, persuadidos de que no hará escrúpulo de burlar á los dioses, quien no se avergonzare de faltar á su palabra á los hombres, y á que tú no necesitas de amigos cuya fidelidad te sea sospechosa. Quedarémos, pues, por guardas tuyas de la Europa y del Asia; cuyo cuidado ¿de quién mejor le puedes fiar que de los que te somos vecinos, así por lo que mira á Macedonia, con quien se dice que confina la Tracia, hasta donde nos dilatamos, como á la Bactria, de quien sólo nos separa la extension del Tanais? Resuelve, pues, qué tuvieres por mejor, ó elegirnos por amigos, ó declararnos por enemigos.»

Conocemos algo á Suetonio que escribió la vida de los doce primeros emperadores romanos con estilo natural y ateniéndose más á la verdad que á la elocuencia. Se le achaca como defecto haber dado demasiada licencia á su pluma, presentándonos relaciones libres y nada moderadas como lo fueron tambien los emperadores cuya historia nos legó. No tenemos nosotros inconveniente en suscribir esta crítica con tal que se limite á las solas palabras que podía haber sustituído por otras, pero no en omitir hechos que el historiador imparcial debe dar á conocer, máxime tratando de personajes tan elevados, puestos en el candelero para dar luz y no debajo del celemin para arrastrarse en la oscuridad y consumirse entre las tinieblas.

Los pocos historiadores latinos que pueden mencionarse despues de Suetonio no merecen ocupar nuestra atencion dada la índole de nuestra obra, que debe presentarlos únicamente á la consideracion del lector, para que, por su importancia personal, se deduzca el concepto de la civilizacion de sus respectivas épocas.

En Roma, como en Grecia, como en todas partes, fué inevitable el destino constante é indefectible de las cosas humanas, que nacen, se perfeccionan, decaen y mueren. La historia romana tuvo periodos gloriosos, como los tuvo la poesía; pero, como esta, sucumbió la historia despues de iniciado su periodo decadente, para no levantarse jamas de su postracion.

*
* *

Los romanos no formaron escuela filosófica; su genio emprendedor y guerrero no se avenía con la quietud y reposo necesarios para la investigacion de las verdades especulativas; y si alguno que otro dedica algunos momentos de ocio á estudios serios, guíale en su camino la idea constante y fija de las relaciones del Estado con el individuo y vice-versa, esto es, los límites dentro los cuales debe moverse el individuo respecto al bienestar, á la pobreza, á la posicion social en una palabra, tomando por prototipo los primeros individuos que habitaron este valle de miserias.

Vista la filosofía griega y conocidos los poetas romanos poco es lo que falta para conocer cuánto pueda decirse de Roma en materia de filosofía. El poema *De rerum natura* de Lucrecio no es más que una exposicion de la doctrina de Epicuro que aprendió en Atenas donde fué á estudiar. Conciliar los principios filosóficos de Epicuro con los de Anaximandro acerca de lo infinito, y los de Demócrito acerca de los átomos, constituye toda la filosofía de Lucrecio. Ademas, pocos hombres hablaron tan mal pero tan neciamente como Lucrecio acerca de la divinidad, de la providencia, prescindiendo aún de la creacion.

Sabemos asimismo lo que pensaban en materias filosóficas Horacio y Ovidio, Ciceron y Séneca, sin que entre tantos, exceptuando solamente Ciceron, haya uno solo que merezca el nombre de filósofo, si es que merezca aún este título quien, como él, se concreta á escribir obras filosóficas traduciéndolas de otra lengua pero adornándolas con su indisputable talento y con la elegancia de estilo cuyos secretos nadie como él ha poseído.

Ni siquiera supo presentar Roma verdaderos sectarios del epicureismo que fué la secta filosófica más dominante en la viciosa ciudad y la única que podía adaptarse á las costumbres licenciosas de un pueblo extraviado de la senda que le condujo á la gloria; porque demasiado sabe todo el mundo que

el mismo Horacio, nada sospechoso en la materia, llamaba rebaño de animales inmundos á los que pretendían seguir las doctrinas de aquella mal llamada filosofía. Eran los romanos epicúreos de sólo nombre: nada más; egoistas en todo el rigor de la palabra, ni más ni ménos.

Los epicúreos griegos, cuando sus doctrinas se acordaban con sus obras, dieron el nombre de virtud á la condenacion de toda superfluidad, á todo lo que en comer ó vestir excedía los justos límites de una razonada necesidad: este era el verdadero epicúreo, no el entregado al mero sensualismo.

Ciceron, que fué en rigor de verdad el único romano filósofo, fué tambien el único que supo dar buena cuenta de la doctrina epicúrea única á su vez adoptada por los romanos. «Oyendo hablar á Epicuro, dice Ciceron, cuéstame mucho trabajo no reirme. Si el sabio es atormentado, si es quemado (se espera que va á decir Epicuro que resistirá constantemente y que no cederá: esto no es bastante, adelanta todavía más); si se ve encerrado el sabio en el ardiente toro de Falaris, exclamará lleno de gozo: «¡Cuán suave es el estado en que me hallo! ¡qué poca pena siento!» Admira oir que salga esta palabra de la boca del panegirista del deleite, que quiere que consista el sumo bien en los placeres y el sumo mal en los dolores. Aún admira más cuando se ve á Epicuro que sostiene este generoso personaje hasta el fin, y que se le oye á él mismo en medio de los dolores agudos del mal de piedra y de los tormentos que le ocasionaba un terrible cólico, que le despedazaba las entrañas, exclamar: «Yo soy feliz. Este es el último y más afortunado día de mi vida.»

La necesidad de ser breves nos obliga á concretarnos á muy pocas líneas, y deseosos de que sean de provecho, vamos á fijarnos en las doctrinas y conducta de Séneca, para pasar luégo á otra materia más apremiante.

Ya sabemos los inmensos bienes que poseía Séneca; sabemos tambien el inmenso lujo de que hacía vanidosa ostentacion; pues bien, un día abandona Séneca la ciudad de Roma por temor de perder en ella la vida bajo las iras de Neron, se retira á una de sus casas de campo con su esposa Paulina y en medio de las mayores comodidades de la vida continuó escribiendo sobre el desprecio de las riquezas y las ventajas de la pobreza. ¡Qué irrision!

«Hay grandeza, dice, en servirse de vasos de barro como vajilla de plata, y no la hay ménos en servirse de vajilla de plata como de vasos de barro. Es señal de un alma débil no poder soportar sus riquezas.» Recuerde el lector el lujo de Séneca y vea la sinceridad de sus convicciones filosóficas.

El hombre que tiene casas de campo donde recrearse, que escribe en mesas cuyos materiales importan miles de miles de sextercios, se atreve á escribir estas exageraciones que son la más vergonzosa condenacion de sus excesos: «Tocante á mí, creo que la filosofía no ha imaginado tampoco esas balumbas de casas levantadas unas encima de otras, y ciudades gravitando unas sobre otras, que tampoco ha inventado los viveros donde se encierran peces para que la golosina no corra el riesgo de las tempestades, y para que en medio de las más grandes borrascas del mar, tenga el lujo sus puertos asegurados en los que ceba toda especie de peces. Qué! la filosofía habría enseñado á los hombres el uso de los dados, de las cerraduras! ¿Y qué otra cosa habría sido esto sino despertar la avaricia? Habría la filosofía suspendido los techos amenazadores que tan en peligro ponen la vida debajo de ellos, como si no bastara resguardarse al acaso, hallar, sin arte y sin dificultad algun asilo natural para refugiarse? Creedme, la edad dichosa no tenía arquitectos. Sólo con el lujo nacieron el arte de escuadrar las vigas y de dirigir la sierra á capricho para dividir con más regularidad la madera. Tampoco se construían todavía los inmensos salones para festines, ni se veían tampoco las largas hileras de carros conduciendo pinos y abetos, y hacer temblar las calles bajo su peso para colgar de estos edificios techumbres artesonadas llenas de oro. Dos horquillas situadas á cierta distancia sostenían entónces las habitaciones, y una cubierta de ramas y hojarasca colocadas por cima bastaban para el derrame de las aguas, por copiosas que fueran las lluvias, y se vivía tranquilamente debajo de aquellos rústicos techos. El bálago cubría á los hombres libres; la esclavitud se cobija debajo del mármol y del oro..... El sabio es aquel que ha mostrado á sí mismo y á los demas cómo podemos alojarnos sin el auxilio del marmolista y del herrero; satisfacer finalmente nuestras necesidades todas, contentándonos con lo que la tierra ha puesto en su superficie. Si el género humano quisie-

ra escuchar esta voz, reconocería que los cocineros son tan inútiles como los soldados. Es muy fácil procurarse lo necesario, porque la naturaleza proveyó todas nuestras necesidades..... El frío es insoportable para el cuerpo cuando se está enteramente desnudo. Pues bien, ¿las pieles de las fieras y de los otros animales no son más que suficientes para librarnos del frío? ¿No se cubren con cortezas de árboles la mayoría de los pueblos? Tán difícil es hacerse vestidos con plumas de aves?»

¿Qué tenía que ver toda esta vana filosofía de Séneca con la sociedad de su época, y, sobre todo, con lo que practicaba él mismo?

Á pesar de que los epicúreos fueron, propiamente hablando, los únicos físicos de la antigüedad, y no obstante que el sistema epicúreo fué el que más progresos hizo en Roma, hasta un siglo ántes de Jesucristo no empezó la física á introducirse en Roma y hablar en ella el idioma del Lacio por boca de Lucrecio. «Finalmente, dice este poeta iniciado en la física, los secretos de la naturaleza, ya no son misterios, y puedo alabarme de haber sido el primero que introdujo la física en Roma con los adornos de nuestra lengua.

Segun dice Séneca, hacía poco que se conocía ciertamente en Roma la causa de los eclipses de luna y de otros muchos fenómenos de la naturaleza; pero Ciceron afirma que en su tiempo se anunciaban para todos los siglos venideros el día y la hora de los eclipses así de la luna como del sol.

Sea de esto lo que fuere, comprendía muy bien Séneca la impotencia de la filosofía cuando, llena su alma de amargura, se expresaba en estos términos: «Léjos de descubrir verdades desconocidas por los antiguos, perecen diariamente las verdades antiguas. Ah! por más que les dedicáramos todos nuestros esfuerzos, aunque la juventud austera contribuyese á ello con su ardor y la vejez con sus consejos codiciosamente recogidos por las generaciones nuevas, no llegaríamos apénas al abismo en donde se oculta la verdad. »

La duda mataba la llama del genio de Séneca. Hay quien dice que los testimonios de varios Padres de la Iglesia son extremamente favorables á Séneca, y que San Jerónimo le prodiga elogios parecidos á los tributados á los cristianos. Ay! toda la doctrina de Séneca no podrá borrar aquel frío y

negro: *post mortem nihil, ipsaque mors nihil* (despues de la muerte nada, la misma muerte no es nada) cuya frase impía puesta por él en una de sus trajedias, en boca de uno de sus personajes, encontró tanto eco en la disipada corte de los Claudios y Nerones. Y como si esto no fuera bastante, como si lo dicho en el teatro no revistiera la gravedad del libro, lo ha consignado en uno, diciendo: «Los muertos no experimentan ningun dolor, y los terrores del infierno son una fábula. La muerte es el desenlace y fin de todos los dolores.» ¡Pobre filosofía romana, cuán poco digna de semejante nombre!

No había, sin embargo, hablado Ciceron de esta manera. Es verdad que en ciertos pasajes en que trata de la inmortalidad del alma, no habla de ella casi jamas sino dudando y suponiendo igualmente posibles y razonables los sistemas distintos de los filósofos griegos. ¡Qué mucho, empero, que así hablase Ciceron, cuando, reflexionando en sus maestros y predecesores veía que casi todos los filósofos de más fama, Sócrates, Demócrito, Anaxágoras, Empédocles habían dicho que ellos no conocían nada, que no percibían nada, que no sabían nada; que la verdad estaba sumida en un pozo profundo, y que no había un sitio para ella; hasta el extremo de que Sócrates, el más profundo y racional de todos decía á un interlocutor suyo despues de hablarle de la inmortalidad del alma: «Sin duda que tú miras esto como sueños de un viejo que chochea y los desprecias. Tambien los despreciaría yo si en mis investigaciones hubiese hallado algo más salvador y cierto.»

Y no obstante, guiado Ciceron por su recto juicio y ardiente amor á la verdad, indudable distintivo del verdadero filósofo, nos pinta la beatitud de las almas en el otro mundo de una manera tan exacta y hermosa que, aparte ciertos defectos del lenguaje pero no del concepto, podría parecer de un cristiano perfecto é ilustrado. «Ciertamente, dice, seremos felices, cuando luégo que dejemos nuestros cuerpos, estaremos libres de toda pasion y de toda inquietud. Entónces, lo que causa al presente nuestro gozo, cuando libres de todos cuidados nos aplicamos eficazmente á algun objeto que nos agrada y enamora, entónces, digo, los ejecutaremos con mucha más libertad, entregándonos enteramente á la contemplacion de todas las cosas, cuyo

perfecto conocimiento se nos concederá. La misma situacion de los lugares á que habremos llegado, facilitándonos la vista de los objetos celestiales, excitando en nosotros el deseo de penetrar sus primores, nos pondrá en estado de satisfacer plenamente este ardor insaciable, que nos es natural, de conocer la verdad. Y se nos descubrirá más ó ménos, á proporcion de lo más ó ménos que nos hayamos aplicado á alimentarnos de ella durante nuestra mansion en la tierra... ¿Qué espectáculo será poder con una sola mirada ver toda la tierra, su situacion, su figura, sus límites y todas sus regiones habitables, y las que hizo desiertas y vacías el frío ó el calor?»

Parece imposible que se haya escrito esto á la distancia de los siglos que nos separan de su autor, y en una época anterior á la aparicion del cristianismo y de la teología que aparece en varias de su cláusulas, sin notarlo el mismo Ciceron. ¡Tanta es la fuerza de la verdad cuando se apodera de talentos amigos de buscarla!

* * *

Dediquemos ahora pocas líneas á las artes en Roma. La arquitectura, entendiendo por tal el arte de edificar, fué quizas tan antigua en Italia como en Grecia. Vimos que Tarquino hizo construir obras de mucha consideracion en Roma, cercando ademas la ciudad con una muralla de piedra. Echó tambien los cimientos del templo de Júpiter Capitolino que acabó su nieto Tarquino con muchos gastos, á cuyo fin llamó á los mejores artistas de Etruria, donde el arte de construir había adquirido mucho desarrollo, como lo da á entender el sepulcro que Porsena se mandó construir, cuando vivía, cerca de Clusium. Segun Varron, citado por Plinio, era aquel edificio de piedra y estaba fabricado imitando el laberinto de Creta edificado por Dédalo.

Poco será lo que se nos ofrezca decir de la arquitectura romana despues de lo mucho que ya llevamos dicho hablando de las obras llevadas á cabo por cada uno de los emperadores cuyos hechos conocemos más ó ménos.

Considerando la utilidad de una obra, debemos recordar aquí la solidez de los magníficos subterráneos debidos á Tarquino y construídos desde el extremo de la ciudad hasta el Tíber, cuyos restos causan aún actualmente la admiracion por la valentía de la empresa.

Las disposiciones sanitarias encaminadas á la conservacion de la salud prueban adelantos de civilizacion en los pueblos que las adoptan y las cumplen. Los conductos subterráneos debidos á Tarquino el antiguo, servían muy directamente para la limpieza de las calles y casas y hasta para la pureza del aire, primer elemento de sanidad. La prevision de Tarquino y la habilidad de los constructores en tan remota época llegaron á saber incorporar siete arroyos, cuyas aguas se soltaban con frecuencia, para limpiar en muy poco tiempo y de un modo perfecto aquellos fosos arrastrando todas las inmundicias al Tíber.

Desde el punto de la utilidad pública, móvil al que deben obedecer los gobernadores, tratándose de construcciones, más elogios debiera merecer Tarquino por aquellas obras, colosales y útiles sí, pero ocultas, que Neron por su *Casa de oro* y todos los demas que construyeron ó ensancharon circos, anfiteatros y demas monumentos dedicados al recreo, pero no á la inmediata utilidad de su pueblo.

Hasta que Roma se puso en relaciones con Grecia, no tuvo ideas exactas de la excelencia de la arquitectura, demostrándolo luégo con los edificios regulares y soberbios que comenzó á construir, puesto que ántes se distinguían tan solamente por su solidez y grandeza, que fueron, sin embargo, el distintivo de todas las obras romanas de todas las épocas.

No habrán tampoco olvidado nuestros lectores que desconocían los romanos casi por completo la escultura, y que en sus principios no usaban el mármol cuyo bruñido ignoraban. La arquitectura no logró esplendor en Roma hasta los últimos tiempos de la República, y, sobre todo hasta la época de los emperadores, cuando se vió allí introducido é imperando el lujo.

Para apreciar los progresos hechos por los romanos en el arte de edificar, recuerden nuestros lectores la multitud de soberbios edificios y monumentos que son todavía el orgullo sino el adorno de Roma. El coliseo, los acueduc-



ROGER Y ANGÉLICA, DE ANTONIO LUIS BARYE.

[Galería Corcoran, Washington]

Considerando la utilidad de una obra, debemos recordar aquí la solidez de los magníficos subterráneos debidos á Tarquino y construídos desde el interior de la ciudad hasta el Tíber, cuyos restos causan aún actualmente la admiración por la valentía de la empresa.

Las disposiciones sanitarias encaminadas á la conservacion de la salud prueban adelantos de civilizacion en los pueblos que las adoptan y las cumplen. Los conductos subterráneos debidos á Tarquino el antiguo, servían muy directamente para la limpieza de las calles y casas y hasta para la pureza del aire, primer elemento de salubridad. La prevision de Tarquino y la habilidad de los constructores en las remotas épocas llegaron á saber incorporar siete arroyos, cuyas aguas se aplicaban con frecuencia, para limpiar en muy poco tiempo y de un modo poderoso aquellos focos arrastrando todas las inmundicias al Tíber.

Desde el punto de la utilidad pública, móvil al que deben obedecer los gobernadores, tratándose de construcciones, más elogios debiera merecer Tarquino por aquellas obras ocultas y útiles sí, pero ocultas, que Neron por su *Casa de oro* y todos los demás que construyeron ó ensancharon circos, anfiteatros y demas monumentos destinados al recreo, pero no á la inmediata utilidad de su pueblo.

Hasta que Roma se puso en relaciones con Grecia, no tuvo ideas exactas de la excelencia de la arquitectura, distinguiéndola luego con los edificios regulares y soberbios que tuvieron á principios, puesto que ántes se distinguían tan solamente por su solidez y grandeza, que fueron, sin embargo, el distintivo de todas las obras romanas de todas las épocas.

No habian aprendido todavía [illegible] las torres que desconocían los romanos casi por completo, [illegible] que en sus principios no usaban el mármol [illegible] no logró esplendor en Roma hasta los últimos tiempos de la República, y, sobre todo hasta la época de los emperadores, [illegible] é imperando el lujo.

Para apreciar los progresos hechos por los romanos en el arte de edificar, recuerden nuestros lectores [illegible] edificios y monumentos que son todavía el orgullo [illegible] Roma. El coliseo, los acueduc-

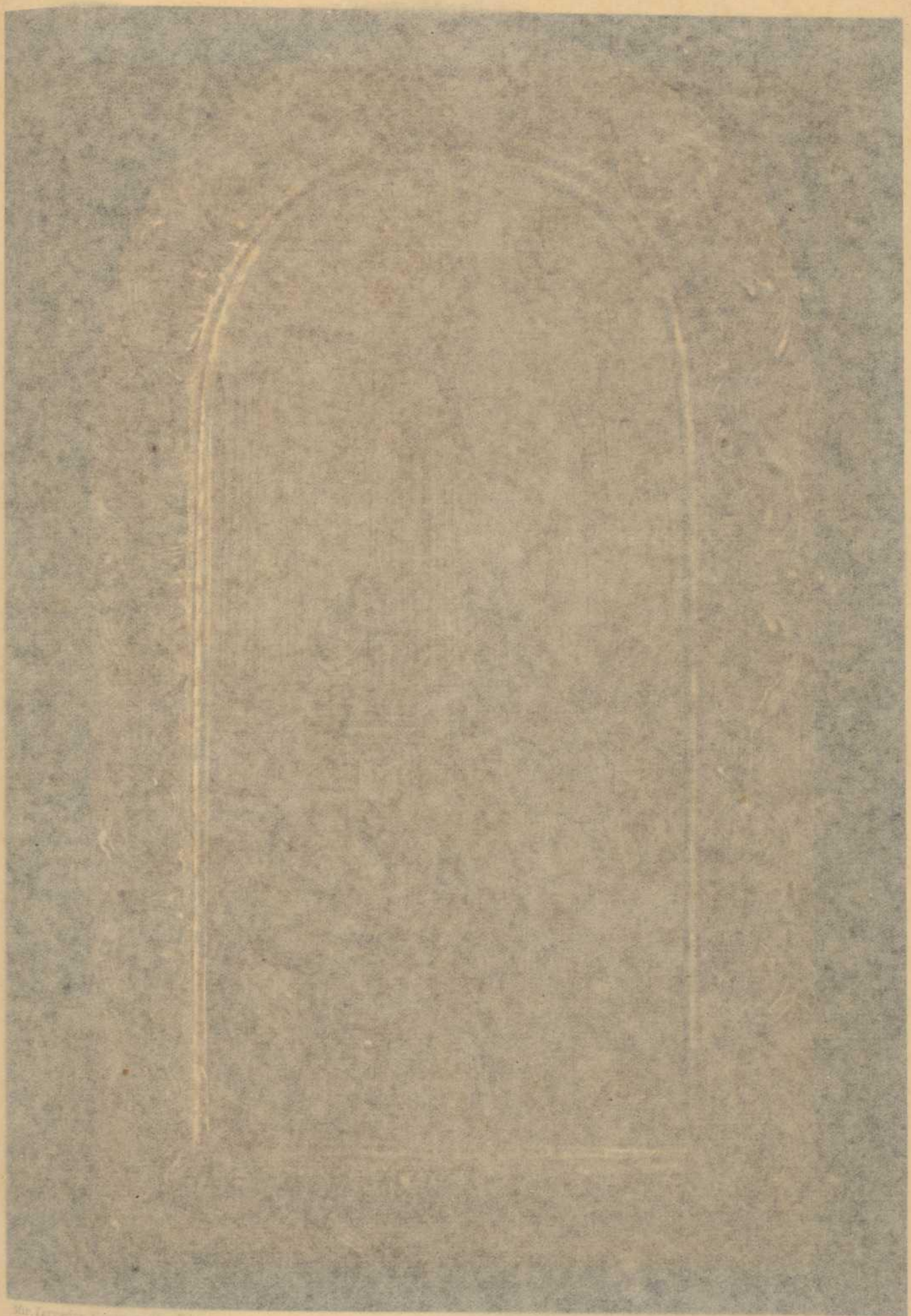


Mir. Tarradas, Comas y Cª Editores.

A. Nadal-Lit

ROGER Y ANGÉLICA, DE ANTONIO LUIS BARYE.

(Galeria Corcoran; Washignton)



BAJORELIEVE QUE REPRESENTA UNA LUCHA ENTRE JUDIOS Y FILISTEOS.

(Biblioteca de Evora.)



Mir. Tarradas, Comas y C.ª Editores. A. Nadal, Lit

BAJORELIEVE QUE REPRESENTA UNA LUCHA ENTRE JUDIOS Y FILISTEOS.

(Biblioteca de Evora.)

tos, el panteon, las termas, la columna de Trajano, las diversas vías ó caminos bastan por sí solos para dar eterna fama á la ciudad de Roma, sin recordar las grandiosas obras hechas fuera de Italia, como el puente del Danubio debido á Trajano y otras por el estilo.

Aunque no queramos, y por más esfuerzos que hagamos por evitarlo, debemos incurrir en repeticiones necesarias tratando de las artes en Roma, despues de lo que tenemos dicho, por una parte, en los capítulos concernientes á Grecia, y, por otra, atendiendo á lo que dejamos consignado en las noticias referentes á los emperadores.

La grandeza de Roma que sólo podía brillar despues del ocaso de la griega, conservó por mucho tiempo su primitiva rudeza y sencillez, porque sus magistrados atendían más á las necesidades de la guerra y al estrépito de las conquistas que á la vanidad de la ostentacion en los edificios. Su aficion á la estatuaria no se despertó sino con Marcelo, los Escipiones y Emilios que llenaron los palacios romanos con las preciosidades artísticas arrancadas del Asia, Macedonia, Corinto, Siracusa y otros puntos conquistados; pero esta aficion degeneró luégo en pasion, especialmente en Verres, á quien no sabe el mismo Ciceron qué nombre dar entre apasionado, enfermo, loco ó ladron, por no hallar una palabra que exprese con la debida energía el furor que se le apoderó por la posesion de obras escultóricas.

Como quiera que los romanos hasta el siglo de su mayor esplendor, que fué indudablemente el de Augusto, no trataron de rivalizar con los griegos más que en la política, ó ciencia del gobierno, siguieron sus huellas en todas las artes, aunque tocante á la pintura nos faltan puntos de comparacion, para juzgar con tanta seguridad como en la escultura, donde abundan más los ejemplares.

Hemos dicho ya algo respecto de las pinturas al fresco descubiertas recientemente en Roma. Ciceron nos dirá que los romanos no se cansaban de admirar las obras de los pintores de la antigüedad muy inferiores en su concepto á las de los modernos. «Yo no sé, dice Craso en el *orador* del citado filósofo, por qué las cosas que nos dan más golpe al principio con su viveza, y nos agradan tambien con la admiracion, nos disgustan y fastidian casi tan

fácilmente. Tomemos por ejemplo nuestras pinturas modernas. ¿Qué cosa más brillante, ni más amena? ¡Qué primor, qué variedad de colores! ¡Qué superiores son respecto á esto, á las antiguas! Sin embargo, todas estas pinturas nuevas que nos embelesan á primera vista, no nos detienen; y al contrario, no nos cansamos de contemplar las otras, no obstante la sencillez y lo basto tambien de su colorido.»

Si deseamos saber la razon de esto, y que no hallamos en Ciceron, nos la dirá un contemporáneo de Augusto, Dionisio de Halicarnaso. «Los antiguos, dice, eran grandes dibujantes, y entendían perfectamente toda la gracia y aficion de las expresiones, aunque su colorido fuera natural y poco variado. Pero los pintores modernos, que sobresalen en el colorido y en las sombras, no dibujan, ni con mucho, tan bien, ni expresan las pasiones con el mismo acierto.»

Séanos permitido dedicar dos líneas á la música entre los romanos, quienes parece que no la estimaron de mucho como los griegos, hasta el extremo de ser considerada poco honrosa, á lo ménos en los tiempos de la República, si hemos de dar crédito á lo que de ella nos dice un historiador romano, como lo fué Cornelio Népote.

Salustio, á su vez, nos dará una cabal idea del concepto que merecía la música á los graves romanos, reprendiendo á una matrona romana porque sabía bailar y cantar mejor de lo conveniente á una dama honrada y recta. No estaban tan descaminados respecto del baile, cuando decían que para bailar era preciso estar ébrio ó haber perdido el juicio. Si el hombre meditara la realidad de la vida y las miserias que forman su obligado y eterno cortejo, por cierto que debiera perder el juicio para entregarse á las locuras del baile, impropio de la gravedad de un hombre reflexivo. No pensaron así los griegos, pero tampoco vemos que sus grandes hombres hicieran más que cantar y acompañarse en algun instrumento.

El genio artístico de los griegos les hacía no solo excusable, sino tambien necesario para su temperamento especial el cultivo de la música, á la que atribuían efectos casi maravillosos ya para domar ó reprimir las pasiones, ya para dulcificar las costumbres y hasta para suavizar las costumbres ásperas ó fieras de ciertos pueblos.

Pero, al hablar de la música de los griegos, aplicable solamente al género que ellos querían se cultivara, y que debiera ser tambien el cultivado en todos los pueblos de moral pura y de civilizacion laudable, prescindiendo de las graves autoridades de Platon y Aristóteles por demasiado filosóficas quizas para muchos, oigamos la de Quintiliano ménos sospechoso para la generalidad de los lectores. «Aunque los ejemplos que he citado, dice, dén bastante á conocer el genero de música que apruebo, creo no obstante, que debo declarar aquí, que no es aquella con que resuenan ahora nuestros teatros, y la que con sus tocatas afeminadas y lascivas no ha contribuído poco para apagar y extinguir en nosotros lo que nos podía quedar aún de vigor y virtud..... No pretendo hablar tampoco de los instrumentos perniciosos cuyos sonidos tiernos introducen la delicadeza é impureza en el alma, y que se deben abominar por todas las personas bien nacidas; pero quiero hablar del arte agradable que se dirige al corazon, por medio de la armonía, para excitar las pasiones, ó para apaciguarlas conforme á la necesidad y á la razon.»

La civilizacion actual de la mayor parte de los pueblos que se creen más adelantados debiera meditar uno y otro día estas líneas de Quintiliano, y, haciendo luégo exámen de conciencia, ver si tiene mucho de qué acusarse en la adopcion de algun género de música muy poco en armonía con las reglas del gran crítico.

Para que no se nos acuse de declamadores, nos apoyaremos tambien, concretando más la cuestion, en lo dicho por Plutarco al quejarse de que á la música varonil, noble y divina de ántes, grave y majestuosa siempre, se hubiese sustituído en los teatros otra que sólo inspira delicia y depravacion. Dice tambien varias veces que la música lasciva, los cantos disolutos y libres corrompen las costumbres, y continúa diciendo: «La música depravada que reina actualmente, perjudicando á todas las artes que dependen de ella, ha dañado más á la danza que á ninguna otra; porque habiéndose juntado esta á no sé qué poesía trivial y vulgar, despues de haberse divorciado de la antigua, que era toda divina, se ha apoderado de nuestros teatros, en los que hace triunfar la admiracion más extravagante; de suerte, que ejerciendo

una especie de tiranía, ha logrado coronar una música de cortísimo valor; pero al mismo tiempo ha perdido verdaderamente toda la estimacion de aquellos que por su ingenio y prudencia se consideran como hombres divinos.»

* * *

Terreno vedado debiera ser para nosotros cuanto tenga relacion con las armas y ejercicio de las mismas, por no ser con ellas cómo deben civilizarse los pueblos y adelantar las naciones en la senda del verdadero y provechoso progreso, pero ¿cómo es posible no hablar de armas y guerras debiendo tratar de la civilizacion romana? Cierto que no nació el hombre para la guerra, sino para el cultivo de las artes que deben proporcionarle el goce de todas las comodidades. La agricultura, la industria y el comercio debieran bastarle al hombre para vivir en el mundo los muy contados días que dura su peregrinacion en esta tierra de congojas y angustias, y el sosiego de la paz debiera serle mil veces preferible á los trastornos de la guerra; pero, la codicia, innata en el corazon humano, en lugar del arado para surcar los campos, inventó la espada, para abrir las entrañas del prójimo. ¡Qué bien dijo el poeta romano:

Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?
Quàm ferus, et verè ferreus ille fuit! (1)

La guerra es tan antigua como el hombre, y la muerte tomó posesion del mundo en los primeros instantes de la creacion, gozándose en la sangre de su hermano derramada por la envidia del otro. Desde entónces la tierra empapada en sangre pide saciar su sed con otra sangre y aquella muerte no

(1) TÍBULO.—Elegía X. *In bellum.*

cesa de clamar venganza, que sólo puede satisfacerse matándose unos á otros los hermanos, porque hermanos son todos los hombres, como descendientes todos de unos mismos padres.

La rápida revista que hasta ahora hemos pasado á todos los pueblos antiguos nos ha demostrado que los asirios, egipcios, persas, cartagineses y demas han construído montañas de cadáveres y han dado curso á ríos de sangre, como si la tierra fuera harto reducida para contenerlos: la guerra ha sido el principal ejercicio de todos los hombres así de los que han llevado la delantera en la propagacion del saber, como de los que se han mantenido rehacios á todo progreso científico y moral.

Esto no obstante, la conciencia, cuya voz no puede ahogarse aunque se desatienda, ha inspirado en todos tiempos, desde los más remotos, ciertos escrúpulos á los guerreros que han cuidado de paliar con formas sino sinceras en su fondo, cubiertas de apariencias, que hicieran excusables los móviles de las guerras; porque nadie ha podido desconocer la inmensa, la gravísima responsabilidad de las desgracias ocasionadas por una guerra.

Homero nos dice que los griegos enviaron á Ulíses y á Menelao por embajadores á los troyanos intimándoles la restitucion de Elena, ántes de haber realizado ningun acto de hostilidad contra ellos. La narracion del poeta está confirmada por la gravedad de la historia: Herodoto refiere lo mismo que Homero.

Ántes de emprender el sitio deTebas envía Polinice á Tideo para que entable con Eteocles las negociaciones de un arreglo.

No faltaron á esta regla los romanos, y áun la revistieron de ciertas graves ceremonias muy en armonía con el grave carácter que les distinguía.

Ya Numa estableció en Roma un colegio de sacerdotes llamados *Feciales*, depositarios de las leyes de la guerra. Nunca se emprendía esta sin consultarles ántes, y despues que por su dictámen se había resuelto, debía uno de ellos hacer la solemne declaracion.

Nuestros lectores nos dispensarán que nos extendamos algo en este punto de tanto interes para la civilizacion de los pueblos.

El sacerdote, cubierta la cabeza con un lienzo de lino, se dirigía á la

frontera del pueblo contra quien debía hacerse la declaracion de guerra; llegado allí, exponía en alta voz las razones de Roma y la satisfaccion que pedía por los males que se le habían hecho, tomando á Júpiter por testigo en estos términos: «Gran Dios, si es contra la equidad y justicia, por lo que yo vengo aquí en nombre del pueblo romano á pedir satisfaccion, no permitais que yo vuelva á ver jamas á mi patria.» Cambiando solamente algunas palabras, repetía la misma imprecacion á la primera persona que encontraba, despues la repetía á la entrada de la ciudad y, por último, en la plaza pública, concediendo un plazo de treinta días para la ulterior resolucion. Si expirados estos no se había obtenido satisfactoria respuesta, volvía el mismo ministro al propio pueblo y pronunciaba públicamente estas palabras: «Oid, Júpiter, Juno y Quirino, y vosotros, dioses del cielo, dioses de la tierra, dioses de los infiernos, oid. Yo os tomo por testigos de que el pueblo... es injusto, y no nos quiere dar satisfaccion. Nosotros deliberamos en Roma, en el Senado, sobre los medios de hacer que se nos haga la justicia que se nos debe.»

Ni esto era suficiente aún para aquietar la conciencia romana. De regreso el sacerdote en Roma, deliberábase sobre el asunto, y si la mayoría de votantes era favorable á la guerra, volvía el mismo *Fecial* á las fronteras del pueblo, y en presencia de tres testigos, á lo ménos, pronunciaba una fórmula de declaracion de guerra, arrojando sobre sus tierras una flecha ó un chuzo ó un varal encendido por la punta y ensangrentado. Con esta ceremonia se consideraba declarada la guerra que se tenía entónces por legítima y justa; pero, si no se observaba, se consideraba injusta la guerra.

Entre los romanos se conservó por mucho tiempo esta imponente ceremonia. En tiempo de los emperadores cristianos subsistía aún algo de esta costumbre, bien que entónces, ántes de emprender una guerra, se consultaban los obispos para saber si podía hacerse en conciencia.

La declaracion de guerra de que hemos hablado formaba parte del derecho de gentes, por cuya razon eran muy respetados los feciales entre los antiguos y se les tenía por personas sagradas é inviolables.

¿Cómo emprendió tantas guerras un pueblo tan circunspecto y escrupu-

loso en los motivos que puedan dar lugar á ellas? ¡Ay! á los gobernantes no hay que pedirles más explicaciones que las del leon de la fábula. El más fuerte cuenta siempre con la razon de su parte, y á los Estados disponibles para la guerra no les faltarán jamás argumentos especiosos con que justificar sus pretensiones bien ó mal fundadas. El *ultima ratio regum* es argumento tan acomodaticio y concluyente como antiguo.

Los *Feciales* eran tambien los que concluían los tratados de paz y las treguas, precediendo al ajuste la maldicion echada á un puerco, deseando que sucediera lo mismo á los que rompieran los tratados.

¿Cómo reclutaban los romanos todos los soldados que necesitaban? ¿Cómo se resolvían los soldados á abandonar por siempre su patria y familia?

No vamos á dar aquí, ni mucho ménos, una idea de lo que podríamos llamar el mecanismo de la guerra, y nos bastará decir dos palabras acerca de la formacion de aquellos formidables ejércitos que con su disciplina y valor conquistaron el mundo.

Los romanos entraban en la milicia al cumplir diez y siete años, pero sólo se admitían ciudadanos y de dicha edad salvo casos muy excepcionales. Los pobres no se alistaban, porque se querían soldados que tuvieran interés en la defensa de la patria. La mayor parte de los que formaban el contingente del ejército romano vivían en la campiña, para cuidar de sus tierras. Todos estos jóvenes debían estar, y estaban acostumbrados á todas las fatigas y penalidades, para que á su debido tiempo fueran soldados útiles y valientes, templados, modestos, acostumbrados á todos los eventos de una guerra. Á los que vivían en la ciudad se les acostumbraba á contínuos ejercicios en el campo de Marte, á las carreras, ya á pié ya á caballo, acabando siempre por pasar á nado el Tíber para limpiarse el sudor y estar dispuestos á todos los percances de la guerra.

Cada jóven romano, despues de declarado soldado, prestaba juramento en manos de los cónsules ó tribunos, prometiendo «juntarse á la órden del cónsul, no dejar el servicio sin su permiso, obedecer las órdenes de los oficiales y hacer lo posible para ejecutarlas; no retirarse por miedo, ni para huir,

y no dejar su puesto.» Sin este juramento, santificado por la religion, no podían pelear los soldados romanos contra el enemigo, porque dicha formalidad se consideraba religiosamente necesaria é indispensable.

La civilizacion romana, de acuerdo en este punto con la griega, procedía en esto con profundo conocimiento de las leyes naturales y hasta divinas, si podemos expresarnos así. Sabían los romanos—como no lo ignoraban los griegos—que sólo Dios tiene derecho de vida y muerte sobre los hombres, y partiendo de este principio, sabiendo que ningun ciudadano puede atentar impunemente contra la vida de otro, reconocían la necesidad de que el supremo imperante, que ejercía las funciones de Dios, cuya autoridad representaba en el Estado, depositara en el soldado el derecho de emplear las armas contra el enemigo, á fin de no incurrir en responsabilidad por la sangre humana derramada.

Cita la historia varios hechos admirables que corroboran el respeto de los romanos y griegos á este santo principio de moral, y aunque nos hemos propuesto no excedernos de los límites que nos están fijados, no sabemos resistir la tentacion de trasladar aquí alguno por si acaso lo ignorara uno que otro de nuestros apreciables lectores.

El hijo de Caton, el censor, servía de oficial en una de las legiones que, en Macedonia, hacían la guerra contra Perseo. El cónsul que las mandaba despidió precisamente la que contaba en sus filas al dicho hijo de Caton; pero él, que sólo deseaba ocasiones en que distinguirse por alguna proeza, no se retiró con la legion, y se quedó en el campo. Caton escribió al cónsul suplicándole que en el caso de que su hijo quisiera continuar en el ejército, le hiciese prestar nuevo juramento, porque dispensado ya y libre del primero, no podía combatir con derecho contra el enemigo. En este mismo sentido escribió tambien á su hijo, prohibiéndole pelear hasta haber prestado nuevo juramento.

Ciro prodigó muchas alabanzas á un oficial de su ejército porque, teniendo el brazo levantado para herir á su enemigo, se detuvo como maquinalmente y sin descargar el golpe al oir el toque de retirada, considerando dicha señal como una prohibicion para continuar la batalla y reputando por

consiguiente como crímen lo que ántes hubiese sido lícito. ¿Qué resultaría de una comparacion de hechos de esta ó parecida índole de aquellos pueblos que apellidamos bárbaros con los de nuestros ejércitos en casos semejantes? ¿Cuál de los pueblos, el antiguo ó el moderno, quedaría más bien librado? ¿Á cuál debiéramos calificar de más civilizado? ¿Se comprende ya por qué llevaron á cabo hechos que ahora nos parecen legendarios aquellos ejércitos acostumbrados á tanta disciplina, á tanto respeto, ligados ademas por un solemne juramento religioso que temían y respetaban?

Por mera curiosidad, y para que sirva de punto de partida á fin de comparar la diferencia de costumbres, tomaremos de autores competentes algunos datos acerca de los ejércitos romanos puestos en marcha. Desde luégo asombra ver cuál era la carga de los soldados en camino. Ademas de las armas, el escudo, la espada, el casco, que no se consideraban como peso, porque decían que las armas son como los miembros de un soldado; llevaban víveres para quince días y algunas veces más, todo el tren de sus cortos muebles y una estaca cada uno, que era bastante pesada. Vejecio, en su obra *De re militari*, que es la mejor que puede consultarse sobre el arte militar de los romanos, encarga sobre manera que se ejerciten los reclutas en llevar un peso equivalente á cuarenta y cinco libras ademas de las armas y hacer con él la marcha regular, á fin de que, en caso necesario, estén acostumbrados enteramente á esto. Y esto es precisamente lo que hacían los soldados de la antigua Roma.

Segun el autor que acabamos de citar, era de veinte mil pasos por día la marcha regular del ejército romano, equivalentes á seis leguas por lo ménos de tres mil pasos cada una. Para que los soldados se acostumbraran al camino, se les obligaba á esta marcha tres veces á lo ménos cada mes.

Al frente de las legiones iba el cónsul ó el dictador á pié. Sólo por necesidad, y previo permiso pedido al pueblo ántes de salir de Roma, podía dispensarse de esta ley establecida por la costumbre. Cumplidos estos requisitos y obtenida la dispensa podía montar á caballo. Julio César, segun nos dice Suetonio, era infatigable: iba siempre al frente de sus ejércitos á pié la mayoría de las veces y con la cabeza descubierta siempre por más fuerte que

fuera el sol ó por más agua que cayera. De Trajano sabemos tambien que, desde jóven, se había acostumbrado á ir á pié delante de las legiones que mandaba sin servirse nunca de caballo, ni carro, aunque debiera recorrer inmensos espacios de terreno, observando igual conducta tambien cuando fué emperador. Los ríos pasábanlos á nado los soldados romanos, sin dispensarse de ello el mismo Julio César. Á este fin les enseñaban, cuando reclutas, escogiendo los más sanos, ágiles y robustos: adquirían por grados el hábito de las fatigas, marchas y trabajos; pero si los resultados no correspondían á las exigencias del servicio, los despedían, quedando únicamente en el servicio los más aptos, fuertes y experimentados.

Esto explica fácilmente por qué despues de una educacion tan dura y varonil, fueran invencibles casi siempre los ejércitos que Roma envió á la conquista de todo el mundo.

Despues de visto un ejército romano en marcha, nada hay tan curioso como contemplarlo acampado; pero, la extension que debiéramos dar á la descripcion del *campo* no nos permite entrar en esta materia. Sólo diremos que tenían una ley establecida por costumbre antigua, de no arriesgar ninguna batalla sin tener acabado el campo, que servía, en muchos casos, para detener la victoria del enemigo y recibir seguramente las tropas perseguidas, dando lugar á emprender nuevamente el combate que podía resultar feliz, é impedía de todos modos la derrota completa. Para formar el campo servían las estacas que llevaban los soldados. Aunque con alguna diferencia, las llevaban tambien, y para el mismo objeto, los soldados griegos. Es verdaderamente admirable el órden, la policía, el método, la prudencia, sumision y disciplina que observaban todos sin distincion de clases ni categorías dentro del campo. Era preciso que fuese muy excelente el modo de acampar de los romanos, ya que lo observaron invariablemente por espacio de muchos siglos, no habiendo casi ejemplo en la historia de que pudiesen forzarlos sus enemigos.

Podemos habernos convencido de que los romanos llevaron al último extremo de perfeccion el mecanismo de la guerra, conviniendo necesariamente en que ningun pueblo llegó á apurar tanto el conocimiento y práctica

de todos los ramos del arte de la milicia, cuyos secretos poseían por completo.

Fáltanos aún lo más interesante para nuestro objeto. Debemos ver, muy someramente, la parte moral del ejército romano, el influjo de la civilizacion en el arte de la guerra. No importa que encontremos desmentidos los principios morales por la conducta que observaran gefes y soldados andando el tiempo: para nuestro objeto bástanos consignar la existencia de lo que llamaríamos ordenanza militar. No se culpe de inobservancia á los romanos, cuando nadie puede arrojar la primera piedra al acusado.

Formado ya el campo, prestan juramento por legiones, cada uno de los hombres, libres y esclavos, que las componen. Consiste este gran juramento en declarar que no robarán nada en el campo y que llevarán á los tribunos lo que en él encontraren. Por este juramento quedaba obligado el soldado á no hurtar nada ya solo ya con otros en el ejército, ó á diez mil pasos del mismo, y llevar al cónsul, ó restituir al legítimo poseedor lo que haya encontrado, que exceda el valor de un sextercio, ó medio real.

No emprendían los romanos ninguna batalla sin consultar ántes la voluntad de los dioses y pedirles su asistencia, ofreciéndoles sacrificios. Las excepciones, raras indudablemente, que pueden presentarse contra esta antigua costumbre, son la prueba más concluyente de la regla general que lo prescribía.

Terminaremos estos ligerísimos apuntes acerca del arte militar en Roma, indicando que la ciudad eterna desconoció absolutamente por espacio de cinco siglos lo que era una armada naval. Para la guerra de Sicilia pidió prestados á sus vecinos los buques para la conduccion de sus tropas; y no pensó en poseerlos propios hasta la guerra de los cartagineses.

Sólo el destino de Roma puede explicar satisfactoriamente el resultado de la primera accion naval de los romanos. Merece ser conocida. Pensaron en proveerse de marina propia cuando apresaron á sus enemigos una quinquereme que les sirvió de modelo. En ménos de seis meses construyeron cien galeras como el modelo y veinte triremes: instruyeron á los marineros y remeros en las maniobras desconocidas para ellos hasta entónces, y en el

primer combate que libraron vencieron á Cartago, que era la nacion más poderosa entónces del mar, al propio tiempo que era la más hábil y práctica en lo tocante á marina. Y es que, segun lo tenemos insinuado ya, Roma tenía señalados muy altos y preclaros destinos, y debía ser el instrumento, en manos de la Providencia, para llevarlo á cabo de modo tan sorprendente que sólo se hace invisible al que voluntariamente cierra los ojos.

Ni una palabra queremos dedicar á las máquinas de guerra, para el ataque de las plazas fuertes. La civilizacion no puede pactar con las invenciones de exterminio del género humano; porque todo adelanto, dígase lo que se quiera, y dése á las palabras el sentido más falso que se quiera, que tenga por objeto el derramamiento de sangre humana, es ántes un crímen digno de ser castigado más que un progreso que deba premiarse. La humanidad no puede progresar ni prosperar con la invencion ó mejora de medios para exterminarla.

Abandonemos estas cuestiones por otras más provechosas y halagüeñas: entremos en las artes que sirven para la instruccion del hombre y no para su daño; para el perfeccionamiento de su inteligencia y la mejora de su corazon, y sírvanos de pié para su estudio el exámen de los trabajos que en Roma llevaron á cabo los hombres dedicados al cultivo de la lengua del Lacio.

No se sorprendan nuestros lectores si les hablamos aquí de gramática. No hay en el mundo cosa más admirable que lo que forma el objeto de este arte: la palabra y la escritura; porque ya los antiguos definieron la gramática diciendo de ella que es el arte de hablar y escribir correctamente. La hermosura y majestad del firmamento no nos sorprenden ni cautivan por la costumbre de verlo cada día: la palabra y la escritura no nos admiran porque hablamos sin habernos dado cuenta de cómo lo hemos conseguido, y escribimos con unos signos cuyo misterioso mecanismo no ha excitado nunca nuestra curiosidad, á fuerza de haberlos ya visto ántes de conocerlos.

Y sin embargo, ¡cuán ingeniosa es la palabra! ¡cuán incomprensible la escritura que la representa, que pinta el pensamiento humano, que, bajo una forma corporal, materializada, dibuja una concepcion espiritual, exterio-

riza el lenguaje del alma! ¿Hay misterio más incomprensible que el de los sentidos dando cuenta á la inteligencia de cuanto le rodea, y á su vez trasmitiendo esta por órganos materiales las impresiones, las ideas fundidas en ella, amplificando y completando despues sus facultades con el poder de manifestar lo que no puede hacer oir, ó lo que no puede hablar, por medio de unos signos exteriores revestidos, al parecer, de misteriosa virtud?

¿Qué es la palabra? Compadezcamos á los que inspirados por su soberbia caen en la ridiculez de sujetar este don del cielo á la necia discusion de lo que no entienden ni comprenden, por más que la vanidad del mundo les apellide sabios. ¿Puede acaso ser la palabra una invencion gradual de la especie humana? ¿Puede ser un resultado necesario y expontáneo de la organizacion del hombre? ¿Qué importa que así lo quieran los colosos de la ciencia, verdaderos pigmeos en la materia? ¿Tánto cuesta reconocer en la palabra á un Sér que la infundió? Porque es bueno observar que todos los autores que torturan su imaginacion buscando modos cómo explicar el don de la palabra, son precisamente los mismos que profesan doctrinas ateas, materialistas y otras por el estilo. Sujetándose al naturalismo, caen lastimosamente en las más ridículas extravagancias, hablando de zoología y filosofía comparada, y dando por resultado proposiciones tan absurdas é irritantes para la dignidad humana como estas: «La doctrina de la evolucion pone cada una de estas ciencias (la zoología y la filología) en estado de seguir paso á paso el orígen del lenguaje.» «No había aún en este hombre-mono verdadero lenguaje, lengua articulada que expresara ideas.»

El ménos perspicaz habrá comprendido ya que por aquí, tratándose de hombre-mono, ha de andar Darwin de por medio; porque *similis similem querit*, dice el refran, y no es cosa de que abandone á sus hermanitos quien reconoce la paternidad comun que con ellos le liga.

Reflexionando varias veces sobre estas materias, hemos acabado siempre por tomarlo á broma, por creer tiempo perdido lastimosamente el empleado en refutar cosas que, calificadas lo más benignamente, carecen de sentido comun: ¿y quién se entretiene en refutar á los locos? Compadezcámosles y no nos creamos rebajados confesando nuestra gratitud á quien de-

bemos los incomprensibles é inmensos beneficios de la palabra y la escritura, al único que podía infundir al hombre la palabra y las figuras que la representáran, á Dios.

Quintiliano hace un magnífico elogio de la gramática, necesaria, dice, á los niños, agradable á los viejos, dulce compañía en el retiro, y, de todos los estudios, el que produce más utilidad de lo que promete.

Los romanos—lo mismo debe decirse de los griegos—la cultivaban y tenían en mucha mayor estima que nosotros, y es que ellos dedicaban más tiempo y trabajo al estudio y perfeccionamiento de su propia lengua.

Platon, que sabía algo más que los *monos* modernos (de los antiguos no hablamos, porque no tenemos de ellos más que las *evoluciones*, pero ninguna obra ni una mala *gramática* siquiera, que nos explique paso á paso el orígen del lenguaje cuando empezaron á articular sus ideas) Platon, repetimos, en su *Filebo* nos da los primeros rudimentos del arte gramatical, y en su *Crasilo* presenta y examina la famosa y tan antigua como famosa cuestion de si la significacion de las palabras les es natural ó arbitraria, y distingue dos especies de palabras: las primitivas, que atribuye á Dios, y las inventadas por los hombres.

Digamos, pues, nosotros con Platon que á Dios debemos la palabra, y consignando de paso que Aristóteles fué el primero que hizo en el capítulo XX de su *Poética* la clasificacion de las palabras en ocho partes, á saber: el elemento, la sílaba, la conjuncion, el nombre, el verbo, el artículo, el caso ó inflexion y la proposicion ó frase, hagamos aquí punto en lo relativo á esta materia, y veamos cómo se cultivó en Roma el arte gramatical.

Crates de Mallos, griego de nacion, enviado á Roma en calidad de embajador por Atalo II, rey de Pérgamo, introdujo en Roma el estudio de la gramática, á cuyo arte se había principalmente dedicado.

En la obra que escribió Suetonio de los *Gramáticos ilustres* nos dice que ántes de Crates de Mallos no se practicaba en Roma la gramática, cuyo estudio era enteramente desconocido; porque, más entusiastas los romanos por la guerra que por las letras, no se cuidaban de la erudicion en manera alguna.

Cualquiera que examine con detencion los restos de las leyes de las doce tablas ó de los anales de los pontífices ó los muy escasos de alguno que otro monumento, verá desde luégo cuán imperfecta era la lengua romana de los primeros días, que adquirió su perfeccion paulatinamente y de un modo casi insensible, tomando no pocas palabras del griego que supo naturalizar.

La imperfeccion de las lenguas y la necesidad de limarlas dió orígen á la gramática. Todos los hombres de una misma localidad, hablando una misma lengua, disponían del mismo número de palabras para expresar sus ideas; pero no todos disponían de iguales facultades intelectuales para emitirlas con la misma energía, con la trabazon indispensable para llevar á los ánimos el convencimiento ó la impresion que se deseara producir. Las observaciones que harían los hombres sobre el lenguaje produjo la gramática, que se dedicó, por consecuencia necesaria, á fijar las reglas nacidas de la observacion, á fin de adoptar los primores descubiertos, aclarar las dudas, y trillar el camino que condujera á la correccion y limpieza del idioma hablado y escrito.

Roma, que adquirió en Grecia el gusto de las bellas artes, aprendió tambien allí las reglas de perfeccion de su lengua, y la comparacion de los autores latinos de ántes y despues de la conquista demuestran evidentemente los progresos hechos en esta materia. La pureza y elegancia de la diccion de los autores del siglo de Augusto débese más que todo al comercio de los latinos con los griegos; pero débese tambien muy principalmente á que hombres muy importantes y de tan elevada posicion social como Escipion y Lelio, y Ciceron y César no se dispensaban ni por sus ocupaciones ni por su estado de cultivar las letras componiendo tratados gramaticales.

De veinte gramáticos ilustres nos habla Suetonio en su obra ya mencionada, entre los cuales sobresalen Aurelio Opilio; Marco Antonio Grifon, cuyas lecciones oyeron Julio César y Ciceron; Ateys, conocido por el *filólogo*, maestro de Salustio, Verrio Flaco, preceptor de los nietos de Augusto; Marco Pomponio, Marcelo y muchos otros.

Despues de los gramáticos, y hasta confundiéndolos con ellos, podríamos hablar de los filólogos romanos; pero, ademas de que alargaríamos ex-

cesivamente las dimensiones á que debemos ceñirnos, no sería quizas del agrado de muchos lectores un estudio hecho ya en la época de la decadencia de la lengua romana, pero que nos permitiría dar pormenores de hombres tan sabios y tan dignos de ser conocidos como Varron—anterior á la decadencia—Ascanio, Plinio, Pólux, Solino y otros de ménos nombradía.

De la gramática á la retórica será fácil y natural la transicion, y dejaríamos un vacío sensible en el ligerísimo bosquejo de las artes romanas, si no dedicáramos aquí unas cuantas líneas al arte de la elocuencia.

¿Hay necesidad de reglas para ser elocuente? En el discurso pronunciado por Ciceron á favor del poeta Archías, que había sido su maestro, dice textualmente: «Confieso que ha habido muchos hombres de ánimo y esfuerzo singular, que, sin instruccion alguna, por disposicion casi divina de la misma naturaleza, por sí mismos fueron moderados y circunspectos; y digo más aún, que muchas veces es preferible el buen natural sin instruccion que esta sin aquél; pero tambien digo resueltamente, que cuando á un natural bueno y sobresaliente se junta cierta buena disposicion y forma que dan las letras, entónces se halla en el hombre no sé qué realce singular.»

Cierto que la naturaleza nos dicta, al parecer, en cada circunstancia de la vida lo que debe decirse, inspirándonos el modo más adecuado; pero tambien es cierto, segun el ya citado Ciceron, que la elocuencia no nació del arte, sino el arte de la elocuencia. Este arte se llamó retórica.

Roma tardó mucho en conocer la retórica, y los retóricos que intentaron establecerse en la ciudad eterna no pudieron conseguirlo sino á trueque de mucho empeño, constancia y venciendo muchas dificultades. Repetidas veces hemos dicho que ocupada únicamente Roma en asegurar y dilatar sus conquistas, no hacía caso alguno de lo que no fuera arte militar al que le inclinaban su genio y aficiones y hasta ya sus intereses. Siglos enteros pasó sin dar entrada á la retórica, y si un día se despertó la aficion á la elocuencia, débese á los griegos que la hicieron penetrar allí como á la fuerza. Los cónsules Estrabon y Mesalo expidieron un decreto mandando que los filósofos y retóricos salieran de Roma, fundándose en que eran perjudiciales á la juventud y funestos para las costumbres austeras y belicosas de los romanos.

La llegada de unos embajadores griegos á los pocos años de expedida la órden cambió el sesgo que habían tomado las cosas, porque todos los jóvenes romanos que se sentían llamados al estudio acudieron á visitarles, y se prendaron del saber y elocuencia de aquéllos hombres á quienes creían de naturaleza muy superior.

Caton fué el único romano que no miró con buenos ojos la aficion de los tales jóvenes, ni el gusto con que los romanos veían á sus hijos afectos á la erudicion griega, y en su excesiva severidad llegó á temer que los jóvenes pospusieran la gloria de obrar bien á la de hablar bien. Extremóse su celo cuando leyó traducidos al latin los discursos de aquellos griegos, y acelerando por su parte la terminacion de los asuntos que les había traído á Roma, dijo en el Senado: «Que se vuelvan á sus Estados y que instruyan en ellos todo lo que quieran á los hijos de los griegos; pero que los hijos de los romanos no oigan aquí sino á las leyes y los magistrados, como hacían ántes de su venida.»

La semilla estaba echada y debía germinar y dar sus frutos, como efectivamente los dió. La aficion de los jóvenes romanos á la elocuencia fué en aumento cada día, y lo que se inició por aficion terminó por viva presion. No se realizaron afortunadamente para Roma los temores de Caton; al contrario, el deseo de la gloria se avivó más cada día en aquella juventud, siendo buena prueba de ello, entre otros, Escipion y Lelio tan aficionados á las bellas letras que, segun lo vimos oportunamente, se atribuían á éste las comedias de Terencio ó gran parte de ellas.

La elocuencia griega sirvió de modelo á la romana, llegando al extremo de componer en idioma griego y al estilo griego. Ciceron, siendo ya de edad avanzada, seguía aún este método y se justifica diciendo: «Lo hacía de esta manera, porque ofreciendo la lengua griega más adornos, acostumbraba componer del mismo modo en latin. Ademas, estudiando con maestros muy hábiles de elocuencia, que todos eran griegos, no me podrían instruir ni enmendar mis composiciones, si no las hubiese hecho en griego.»

Roma supo apreciar todo el valor de los maestros de retórica, pero la preocupacion puede mucho cuando se creen atacados los principios funda-

mentales de un Estado; así que no faltaron censores en la ciudad eterna que no sólo se opusieran sino que reprobasen la enseñanza de la misma. Suetonio nos ha conservado un edicto publicado por los censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso en el cual decían textualmente: «Hemos sabido que hay hombres que, con el nombre de retóricos latinos, se hacen maestros de un nuevo arte, y se junta la juventud en sus escuelas, y pasa en ellas los días enteros en la ociosidad. Nuestros predecesores dijeron lo que deseaban que aprendieran sus hijos, y á qué escuela querían que fuesen. Estos nuevos establecimientos, opuestos á las costumbres y usos de nuestros mayores, no nos agradan, y parece que son contra el buen órden; por esto nos creemos obligados á notificar nuestro parecer á los que han abierto estas escuelas, y á los que concurren á ellas, y declararles que no nos agrada esta novedad.»

En justa vindicacion de Craso, á quien nos parece oir acusar de enemigo de la civilizacion, conviene reproducir lo que Ciceron pone en su boca en uno de sus libros del *orador*. «Les había impuesto silencio, dice Craso aludiendo á los retóricos latinos, no porque me opusiese, como me lo reprendían algunos, á los progresos de los jóvenes en la elocuencia, sino al contrario, porque no quería que se les corrompiese el corazon, y se les inspirase un desembarazo que llega hasta la insolencia. Porque finalmente veía yo que entre los retóricos griegos, por mediano mérito que tuviesen, ademas del ejercicio de la palabra, que era propiamente su profesion, había un caudal de noticias sólidas y estimables; pero no concebía que estos nuevos maestros pudiesen enseñar otra cosa á nuestra juventud que hablar con un aire desenvuelto y confianza siempre vituperable, áun cuando se hallase unida á otras buenas cualidades. Como era pues esto todo lo que se aprendía con ellos, y su escuela, propiamente hablando, no era más que una escuela de descaro, he creído que era obligacion de un censor detener este abuso, y prevenir sus peligrosas consecuencias.»

Esta explicacion, por más que disculpe el celo exagerado de Craso en una época de relativo atraso intelectual, demuestra, para quien medita los sucesos imparcialmente, las contradicciones que han sufrido y sufrirán

siempre las innovaciones por el natural cariño que tiene el hombre á todo lo conocido desde larga fecha, al ver que se le amenaza sustituirlo con lo problemático, por lo desconocido. Hasta que la superioridad ó la utilidad de lo nuevo sobre lo antiguo no está evidentemente demostrada por la experiencia, no puede abrirse paso la verdad por más pura y encantadora que se presente.

Á pesar de la oposicion, que llamaríamos ahora oficial, contra la retórica en Roma, y no obstante el progreso lento y gradual ordinario en todas las artes y ciencias, logró repentinamente en la ciudad eterna y por los esfuerzos de Ciceron, el mayor grado posible de perfeccion á que alcanzó jamas otra lengua alguna.

Mucho tendríamos que extralimitarnos si debiéramos dar cuenta, por muy breve que fuera, de los trabajos retóricos de Ciceron; pero hay nombres que son todo un elogio, y pronunciado el de Ciceron, ya está dicho todo lo que es dable decir, para encomiar al príncipe de los retóricos latinos y no latinos.

La figura más imponente y majestuosa que se nos presenta despues de Ciceron es Quintiliano, primer maestro de retórica en Roma, y autor de las célebres *Instituciones oratorias*, curso completo de retórica, el mejor que nos ha quedado de toda la antigüedad.

El principal objeto de Quintiliano, al componer su retórica, fué oponer un dique al mal gusto de elocuencia que dominaba en su época, al que había contribuído Séneca más que otro alguno.

Y no era Quintiliano sólo quien conocía el mal y quería ponerle remedio. En una obra contemporánea de Quintiliano hay una hermosa página en la que su autor cita la mala educacion de los niños como una de las principales causas de la corrupcion de la elocuencia. Tanto por esto como por los datos indirectos que suministra de las costumbres de aquellos tiempos, merece ser conocido el curioso pasaje que extractamos, para ayudarnos á formar mejor concepto de lo qué era la civilizacion de aquella sociedad. «¿Quién ignora, dice, que lo que ha hecho degenerar la elocuencia y las otras artes, no es la escasez de buenos entendimientos, sino la desidia de la juventud, la

negligencia de los padres y madres en criar á sus hijos, la ignorancia de los maestros encargados de su instruccion, finalmente el olvido y poco caso del gusto antiguo? Estos males que tuvieron principio en Roma, se han extendido de la capital á Italia, y han corrompido todas las provincias.

«En otros tiempos, en cada casa un niño nacido de una madre casta, no se entregaba á una ama comprada entre las esclavas, sino que se criaba y educaba en el seno de su propia madre, cuyo mérito y elogio era cuidar de su casa y de sus hijos. Se escogía en la familia alguna parienta anciana de una bondad y virtud reconocida, á cuyo cuidado se confiaban todos los hijos de la casa, y en cuya presencia no se atrevían á decir ni ejecutar cosa que fuese contraria á las buenas costumbres. Encontraba ella el medio de mezclar, no solamente en sus estudios y tareas, sino en sus mismos juegos y recreos, un cierto aire de modestia y circunspeccion que reprimía su viveza. De este modo sabemos que Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia de César, Atia de Augusto, cuidaron de sus hijos, y los pusieron en estado de presentarse con esplendor en el mundo. El fin de esta educacion varonil y robusta era hacer de suerte que el corazon de estos niños, conservado en toda su pureza é integridad natural y no inficionándose con algun mal principio, se aplicase en lo futuro con codicia al estudio de las artes y ciencias; y que, fuese que tomasen el partido de las armas, ó que estudiasen las leyes, ó que se dedicasen á la elocuencia, se pudiesen aplicar cada uno á su profesion y hacerse en ella perfectamente hábiles.

»Pero, al presente, luégo que nace un niño, le entregan á alguna esclava griega, á la que juntan uno ó dos criados de los más viles, y ménos capaces de empleo algo serio. En esta edad tierna y susceptible de todas las impresiones, no oye más que los cuentos frívolos y por lo regular libres de los criados. Ninguno de ellos cuida de lo que dicen ó hacen en presencia de su jóven amo. Y como se había de querer que cuidasen de esto, acostumbrando los mismos padres á sus hijos, no á la modestia y al pudor, sino á todo género de libertad y licencia, de donde se sigue poco á poco un aire de descaro declarado que hace que no tengan respeto alguno ni á sí mismos ni á los otros. Tienen, ademas de esto, vicios propios y particulares á

esta ciudad, que casi parece que nacieron con ellos en el seno de sus madres, la inclinacion á los espectáculos del teatro, á los combates de los gladiadores y á las carreras de los carros. Entre los jóvenes, y casi generalmente en todas las concurrencias, ¿no es esto lo que por lo regular es el asunto de las conversaciones? ¿Se cree que un corazon lleno y apoderado de estos frívolos pasatiempos, sea muy capaz de ocuparse en estudios serios?»

Quintiliano se hizo una obligacion de abogar contra este mal gusto proponiendo el modelo de los antiguos retóricos y oradores.

Dos partes contenía la profesion de los retóricos: las reglas ó preceptos y las declamaciones. Estas se establecieron para disponer á las acciones serias de los tribunales; pero degeneraron tanto por el mal gusto é ignorancia de los maestros, que á esta degeneracion se debió que las declamaciones fueran una de las más poderosas causas de la decadencia y completa ruína de su elocuencia.

Todos los esfuerzos de Quintiliano se dirigieron á poner diques al torrente devastador de este mal gusto; pero él mismo nos dirá que en lugar de atacarlo de frente, cedió en algo para obtener mayores resultados, justificándose de excelente manera: «Pues qué, le decían sus contradictores, ¿nunca se permitirá á los jóvenes tratar de asuntos extraordinarios? ¿dar curso á su entendimiento, abandonarse á las fogosidades de una imaginacion acalorada, y afectar un poco su estilo y elocuencia?»—Á lo que replicaba Quintiliano: «Sería esto lo mejor, pero que se contengan, á lo ménos, en lo grande y pomposo, y que no incurran en lo que es, para ojos algo perspicaces, ridículo y extravagante. Finalmente, si se debe condescender en algo con nuestros declamadores, dejémosles que se llenen y desvanezcan, tanto como quieran, con tal que sepan que, como se da verde á ciertos animales, durante algun tiempo, para que engorden, y luégo, despues de haberlos sangrado, se les vuelve á dar el alimento ordinario propio para conservar sus fuerzas, se debe del mismo modo desconfiar de su plenitud y quitar las superfluidades viciosas, si quieren que sus producciones sean verdaderamente sanas y vigorosas. De otra manera, en la primera accion pública que

emprendan, se verá que esta supuesta plenitud no era más que hinchazon y tumor. »

*
* *

La confusion parece dominar las inteligencias más privilegiadas del pueblo romano: civilizacion y mal gusto, lujo y arte; hé aquí una amalgama que tiene desazonados á los legisladores de la antigua Roma. El exceso se confunde con lo absolutamente necesario; el espíritu civilizador anda reñido con la peligrosa innovacion. Semejante estado de la época romana á que nos referimos nos recuerda un pasaje de J. J. Rousseau que tiene aquí su oportunidad: « Si sólo se consulta la impresion más natural, dice, parecería que para desdeñar el esplendor y el lujo se necesita ménos moderacion que gusto. La simetría y regularidad agradan á todos los ojos. La imágen del bienestar y de la felicidad conmueve el corazon humano deseoso de ella: pero un vano aparato sin relacion ni con el órden ni con la felicidad, sin más objeto que llamar la atencion de los ojos, qué idea favorable puede presentar para el que lo contemple? Acaso la idea del gusto? Pero no aparece mil veces mejor el gusto en las cosas sencillas que en las deslumbrantes de riquezas? Acaso la idea de la comodidad? Pero hay algo más incómodo que el fasto? Acaso la idea de la grandeza? Muy al contrario. Cuando veo que se ha querido hacer un grande palacio, me pregunto al instante: por qué este palacio no es más grande? Por qué el que tiene cincuenta criados no tiene ciento? Por qué no es de oro esta hermosa vajilla de plata? Por qué este hombre que dora su carroza no dora tambien sus artesonados? Si lo son sus artesonados, por qué no lo es tambien su techo? El que quiso edificar una torre elevada hizo muy bien queriéndola levantar hasta el cielo; de otra manera en vano la hubiera querido levantar, porque el punto donde se hubiese parado no habría servido sino para dar desde más léjos la prueba de su impotencia. Hombre pequeño y vano, muéstrame tu poder y yo te mostraré tu miseria! »

Parece que Roma temía todo lo que no fuera el arte militar, porque no sólo era refractaria á las ciencias y artes que podríamos llamar de adorno, sino tambien á las de resultados prácticos é inmediatos.

En ningun país antiguo se persiguió tanto á la medicina como en Roma. Los hombres de más significacion intelectual y política eran sus más decididos enemigos.

Caton, cuya autoridad fué casi sin igual, fué tambien quizás el mayor perseguidor de la medicina, el que más fuertemente se declaró contra ella.

Plinio nos ha conservado una carta del ilustre censor, dirigida á su hijo, en la que consta la prueba concluyente del odio que profesaba á la medicina, ó á lo ménos á los médicos. Sin embargo, y en obsequio de la verdad, debemos notar que poseído Caton de profundo odio contra todo lo procedente de Grecia, se le puede disculpar alegando que se refería á los médicos griegos en dicha carta. «Cuenta, le dice á su hijo, sobre lo que te voy á proponer, como sobre un pronóstico seguro. Si alguna vez nos comunica aquella nacion (la Grecia) su inclinacion á las letras, todo está perdido; sobre todo si nos envía sus médicos. Han conspirado entre sí á hacer perecer con su arte á todos los bárbaros» (1).

La persona ménos avisada comprenderá que á Caton, no obstante sus excelentes cualidades, le dominaba una prevencion infundada contra toda innovacion pero especialmente si procedía de los griegos, y sabido es que toda exageracion excesiva se desacredita por sí misma, no mereciendo ningun crédito.

No fué, empero, solamente Caton el romano que se dejó impresionar de un modo funesto y ridículo contra las innovaciones y especialmente contra la medicina y los médicos.

Plinio, el naturalista, se inspiró en las mismas ideas del célebre Censor. Pero no solamente las ataca en cuanto se relaciona con la profesion médica, sino que invade el santuario de la conciencia y les achaca faltas ó culpas que nada tienen que ver con la medicina ni con la profesion.

(1) Bárbaros llamaban los griegos á todos los pueblos.

Acaso se halle disculpa en los ataques de Plinio contra los médicos, buscando comparaciones y tomando por términos de ellas las épocas y circunstancias propias de las mismas. Porque recibían magníficas recompensas de los príncipes, les acusa de avaros. ¡Cuántos avaros—y especialmente médicos—habría en nuestros tiempos, si debiera calificarse de avaricia la recompensa que á los médicos dan los que tienen la triste necesidad de acudir á ellos! ¿Tiene acaso algo que ver la avaricia de una persona con la generosidad de otra?

¿En qué fundaba un hombre tan ilustrado como Plinio el odio que profesaba á los médicos? ¿Desconocía acaso la necesidad que tienen las sociedades de los servicios médicos?

Parécenos, ó mucho nos engañamos, que Plinio particularizaba demasiado la cuestion y que sacaba consecuencias, que suponía verdaderas, de premisas evidentemente falsas. ¡Poder de la preocupacion hasta en las inteligencias más privilegiadas!

Entretiénese Plinio en dar cuenta de los desórdenes en que incurrían algunos de los médicos, como si esos defectos personales absolutamente, caso de que existan, no tuvieran su compensacion en los inmensos servicios prestados por otros muchos y en todos los puntos del globo. Ademas, recordando aquello de que lo que prueba demasiado no prueba nada, se cae por su base el argumento de Plinio, porque los defectos personales de algunos ó de muchos individuos no pueden afectar en justicia á la mayor ó menor reputacion, á la más ó ménos buena fama de toda una clase respetable por otras cualidades.

Prescindiendo de cargos que se encuentran extraños, por no calificarlos más duramente, en boca de persona tan inteligente como Plinio, como lo son los de las juntas de médicos que ridiculiza más quizá de lo que debiera permitirse; haciendo caso omiso de la cita con que se descuelga de un epitafio puesto en un sepulcro, queja de un difunto acusadora desde el otro mundo contra la multitud de los médicos que le habían muerto, como si le hubiesen medicado sin haberles consultado, podría en cierto modo, tener más visos de fundamento el cargo ó queja de que de entre todas las artes

solamente la medicina se permite practicar sin exámen, y sin haber ántes dado públicas pruebas de su habilidad. «Se instruyen, dice, á nuestras expensas, y es preciso que las experiencias que hacen nos cuesten la vida. ¡Ninguna ley que castigue su ignorancia! ¡Ningun ejemplo de castigo ejecutado en ellos! ¡Solamente un médico puede matar impunemente á los hombres!»

No le falta del todo la razon á Plinio al proferir estas quejas, pero debiera haber recordado que los tales empíricos son únicamente los que las merecían y de ninguna manera debían alcanzar sus iras á los que, dados al estudio, fiaban el éxito de sus remedios á la ciencia, á los que tenían por divisa el *ars cum natura ad salutem conspirans*.

De todos modos, la opinion contraria á los médicos era muy generalizada entónces. Cuéntase de Tiberio que se reía de los que, en llegando á la edad de treinta años acudían aún á los médicos en sus dolencias, alegando que en dicha edad podía y debía cada cual saber por experiencia propia la conducta que debía observar. Parece que no estaba desprovista de fundamento la máxima del célebre emperador, porque, con ser de costumbres muy desordenadas, vivió hasta los setenta y ocho años.

La medicina era la única de las profesiones que no habían ejercido los romanos hasta la época de Plinio, por más lucrativa que pudieran considerarla, persuadidos de que les rebajaba. Y aquí no podemos pasar en silencio un rasgo muy saliente, y muy digno de ser tenido en cuenta para formarse cabal idea de la civilizacion romana y de lo que pueden las preocupaciones populares áun entre personas dotadas de relativa ilustracion.

Los romanos que deseaban ejercer la medicina entre sus compatriotas ó en Roma, debían en cierto modo figurarse naturalizados en Grecia, hablando hasta en griego á sus clientes latinos, como si hablándoles una lengua distinta de la suya, sintieran más confianza en el arte que aborrecían, ó figurándose quizas que estaba más segura su salud en manos de hombres que les hablaban un idioma que no conocían. Esto no es ya una preocupacion: es una furiosa manía.

Plinio nos dice que Archágato de Peloponeso fué el primer médico que fué á establecerse en Roma, en el siglo sexto de la fundacion de la ciudad, siendo cónsules L. Emilio y L. Julio, y acudiría allá maravillado quizas de que en tanto tiempo no hubiese la medicina tenido ningun representante en tan populosa é ilustrada capital.

Este dato parece desmentido por otro de Dionisio de Halicarnaso, quien, al hablar de una peste que en el año 301 de Roma hizo perecer allí á casi todos los esclavos y la mitad de los ciudadanos, dice que no bastaban los médicos para la gran multitud de enfermos. Si los médicos no bastaban, señal que los había ya. No obstante, pueden conciliarse los dos textos suponiendo que hasta la llegada de Archágato sólo se servían los romanos de los médicos (á quienes ni este nombre darían) que sólo aplicaban remedios naturales ó empíricos.

De todos modos es lo cierto que en un principio trataron muy bien los romanos al médico griego, y que le recompensaron con la distincion para ellos más apreciable del derecho de ciudadanía que le concedieron.

Poco tiempo le duró empero semejante distincion; porque, debiendo aplicar remedios violentos, sobre todo en la cirujía, en cuyo ramo era más práctico, se entibió el entusiasmo de los romanos y no sólo le rechazaron á él, sino tambien á la medicina á la que no había medio de hacerles encariñar.

Esto no obstante, y á pesar del ya mentado decreto de Caton obligando á los griegos á salir de Roma, es casi cierto que muchos acudieron de Grecia á Roma para profesar su arte, por más que el rígido Censor se opuso cuanto pudo á ello miéntras vivió.

Como compensacion á esto creemos tener una especie de obligacion, en honra de la medicina, de citar un hecho referido por el ilustre Galeno, que demuestra el aprecio en que le tuvo el emperador Marco Aurelio. «Este emperador, dice, viéndose repentinamente acometido por la noche de dolores de vientre y de una gran diarrea que le causó calentura, ordenáronle los médicos que se estuviera quieto, y por espacio de nueve horas no le dieran más que un poco de caldo. Volviendo despues estos mismos médicos

á ver al emperador, me hallé allí con ellos, y juzgaron por el pulso que le entraba una accesion de calentura; pero me mantuve sin hablar palabra, y áun sin tomarle el pulso cuando me tocaba. Esto obligó al emperador á preguntarme, volviéndose hacia mí, por qué no me acercaba. Á lo que respondí, que habiendo ya sus médicos tomado el pulso por dos veces, yo no me apartaba de lo que habían dispuesto, no dudando que juzgasen mejor que yo del estado de su pulso; pero no dejando aquel príncipe de presentarme su brazo, entónces le tomé el pulso, y examinándole con mucha atencion, defendí que de ninguna manera se trataba de una entrada de accesion, sino que estando su estómago gravado con algun alimento, no se había digerido, y esto causaba la calentura. Lo que yo dije persuadió tambien á Marco Aurelio, que exclamó en alta voz: «Esto mismo es; tú dices muy bien; conozco que tengo el estómago cargado,» y repitió por tres veces estas mismas palabras. Me preguntó despues qué se había de hacer para aliviarle. Si fuese alguna otra persona, respondí, la que estuviese en el estado en que está el emperador, le daría unos polvos en vino, como lo he practicado frecuentemente con otros en semejantes ocasiones; pero como no se acostumbra dar á los príncipes sino remedios muy suaves, bastará aplicar al ombligo del emperador lana empapada en aceite de nardo bien caliente.

Marco Aurelio, continúa diciendo Galeno, no dejó de hacer ambas cosas, y hablando despues con Pitolao, ayo de su hijo, se expresó de esta manera hablando de mí: «no tenemos más que un médico. Es el único hombre de bien que tenemos.»

El atraso en que se encontraba Roma, respecto de una profesion tan necesaria como la medicina, es mucho más incomprensible si se tiene en cuenta su muchísima antigüedad y los adelantos que había alcanzado en otros pueblos no tan ilustrados como el romano.

Por de pronto, la sola razon natural y la naturaleza humana tan propensa á tantas y tan distintas enfermedades, inducen á creer que la medicina debe ser tan antigua como el hombre.

Distamos mucho de suponer siquiera que la medicina se convirtiese luégo en arte; pero la necesidad por una parte y la experiencia por

otra, la reducirían muy pronto á reglas que acabarían por formar el arte.

Sabemos ya que en Egipto existía la medicina desde remotísimos tiempos, porque en la corte del Faraon de José nos consta que había los médicos del Rey. Lo mismo en Egipto que en Babilonia se exponían en las calles á los enfermos, á fin de que los transeuntes que por casualidad hubiesen tenido la misma enfermedad, les pudieran aconsejar segun se habían curado ellos.

No satisfechos con esto los pueblos antiguos é inspirados por la necesidad, acostumbraban consignar por escrito cómo y con qué remedios se habían curado los que habían conseguido salvarse de una enfermedad, depositando despues los escritos en los templos para que se consultaran y sirvieran de ejemplo seguro en los casos análogos que se presentaran.

Al igual que en otros muchísimos casos es enteramente inútil buscar el arte de la medicina en los tiempos de la Roma antigua.

Si algo queremos saber de los primeros días del arte de curar, hemos de acudir al Egipto y á Grecia, desde donde, como ya lo hemos visto, pasa á Roma, llevado por los mismos griegos.

Segun sucede desgraciadamente en muchísimas otras profesiones, por más que duela consignarlo, es tambien inútil que andemos en pos de celebridades, que no hemos de hallar en la medicina de Egipto. Las glorias médicas no aparecen hasta los buenos tiempos de la culta Grecia que nos ofrecerá dignos cultivadores del arte de curar, á partir de las más remotísimas épocas, de las envueltas en las oscuridades de la fábula.

Chiron, el ayo de Aquíles; Esculapio, su discípulo; los dos hijos de éste, Macaon y Podaliro; Hipólaco, hijo de éste, pertenecen á la época mitológica, y algunos de estos recibieron honores divinos.

Desde los antiguos tiempos se dividió la medicina en sectas distintas y hasta opuestas.

Se llamaban empíricos los que sólo se sujetaban á la experiencia. Á esto añadieron otros el razonamiento y se les llamó dogmáticos; y recibieron el nombre de metódicos los que se separaron de todos, por seguir un método particular.

La medicina tardó en progresar por la prohibicion casi universal de practicar anatomías. Herófilo, uno de los más distinguidos médicos de la antigüedad, pudo progresar en dicho arte por el permiso que alcanzó de hacer disecciones no ya en cadáveres sino en delincuentes condenados á muerte; practicando trabajos anatómicos en muchísimos de aquellos infelices hasta el extremo de que el célebre Tertuliano dijera de él que más merecía el nombre de verdugo que el de médico.

Á medida que se penetra en el estudio de las ciencias y artes en Roma sorprende y admira verla formando siempre en último término entre los pueblos de la antigüedad. Ni un médico, ni un pintor, ni un estatuario, ningun artista de fama se puede hallar registrando en sus anales. No parece sino que el ruido de las armas apocaba los ánimos, para que no pudieran salirse de los campamentos y espaciarse en las dilatadas esferas del saber.

* * *

Examinando con mediana atencion siquiera lo hasta aquí dicho resulta evidente que el pueblo romano descuidaba por completo su salud del alma y la del cuerpo. El amor de la gloria y la ambicion dominaban todos sus sentimientos llegando á olvidarse de su propia conservacion.

Contempta fama virtutes contemnuntur, decía Tácito, dominado por los mismos sentimientos, y realmente para conservar los romanos el amor de la gloria tenían la virtud de despreciar cuanto se oponía á su bello ideal.

Ambicion de dominio, amor de la patria, amor de la gloria: esta es la síntesis de la moral romana. El amor de la patria es tan vivo y llevado á tanta exageracion en Roma, que sofoca hasta el amor de padre cuando debe elegirse entre ambos amores.

Roma no tiene que avergonzarse ante Esparta en rasgos sublimes de amor patrio. Coriolano, Paulo Emilio, Mucio Scévola, Junio Bruto, entre otros

que nos ofrece la historia, demuestran claramente á qué heroismo sabía elevar á los romanos su amor de la patria.

Paulo Emilio destruye el reino de los macedonios con la derrota de Perseo, el último de sus reyes. El mismo día de la batalla decisiva que tanta gloria dió á Roma, perdió Emilio sus dos hijos peleando como valientes. En un bellísimo discurso que pronunció ante el Senado romano con dicho motivo dijo que «la alegría que le causaba la felicidad pública le hacía olvidar sus desgracias particulares.» Un padre no puede llevar más allá su amor á la patria.

La heroicidad de Emilio fué hasta ferocidad en Junio Bruto, de quien sabemos ya que no sólo condenó á muerte á sus dos hijos, por haber estado en inteligencias secretas con Tarquino el Soberbio, que trataba de recobrar su corona perdida, sino que quiso él mismo presenciar su suplicio.

No fué menor la ferocidad de Cayo Mucio Scévola, condenándose él mismo á abrasarse la mano por haber errado el golpe con que intentaba matar al rey Porsena.

La ambicion que sobresale en todos los hechos de César, Escipion, Pompeyo y otros caudillos de Roma, es la pasion dominante tambien de todos los romanos, á quienes puede aplicarse individualmente lo que de César en particular dice Montaigne. «Todas las bellas acciones de César, dice, quedaron alteradas y ahogadas por la furiosa pasion ambiciosa, á la que se dejó arrastrar tan ciegamente, hasta el punto de poderse fácilmente sostener que guiaba y dirigía todas las demas. De hombre liberal que era convirtióle en ladron público, para tener con que atender á su prodigalidad y profusion, y le inspiró la tan malvada como injusta frase de que si los malvados y hombres perdidos del mundo le hubiesen sido fieles en el servicio de su engrandecimiento les amaría y galardonaría cuanto pudiera, tanto como á las personas honradas. En resúmen, este vicio, en mi concepto (es Montaigne quien habla) perdió en él el carácter más excelente y grande que jamas haya habido, é hizo su memoria abominable para todos los hombres de bien, por haber querido buscar su gloria en la ruína de su país y subversion de la más poderosa y floreciente cosa pública que jamas verá el mundo.»



M. SCEVOLA SE ABRASA VOLUNTARIAMENTE LA MANO.

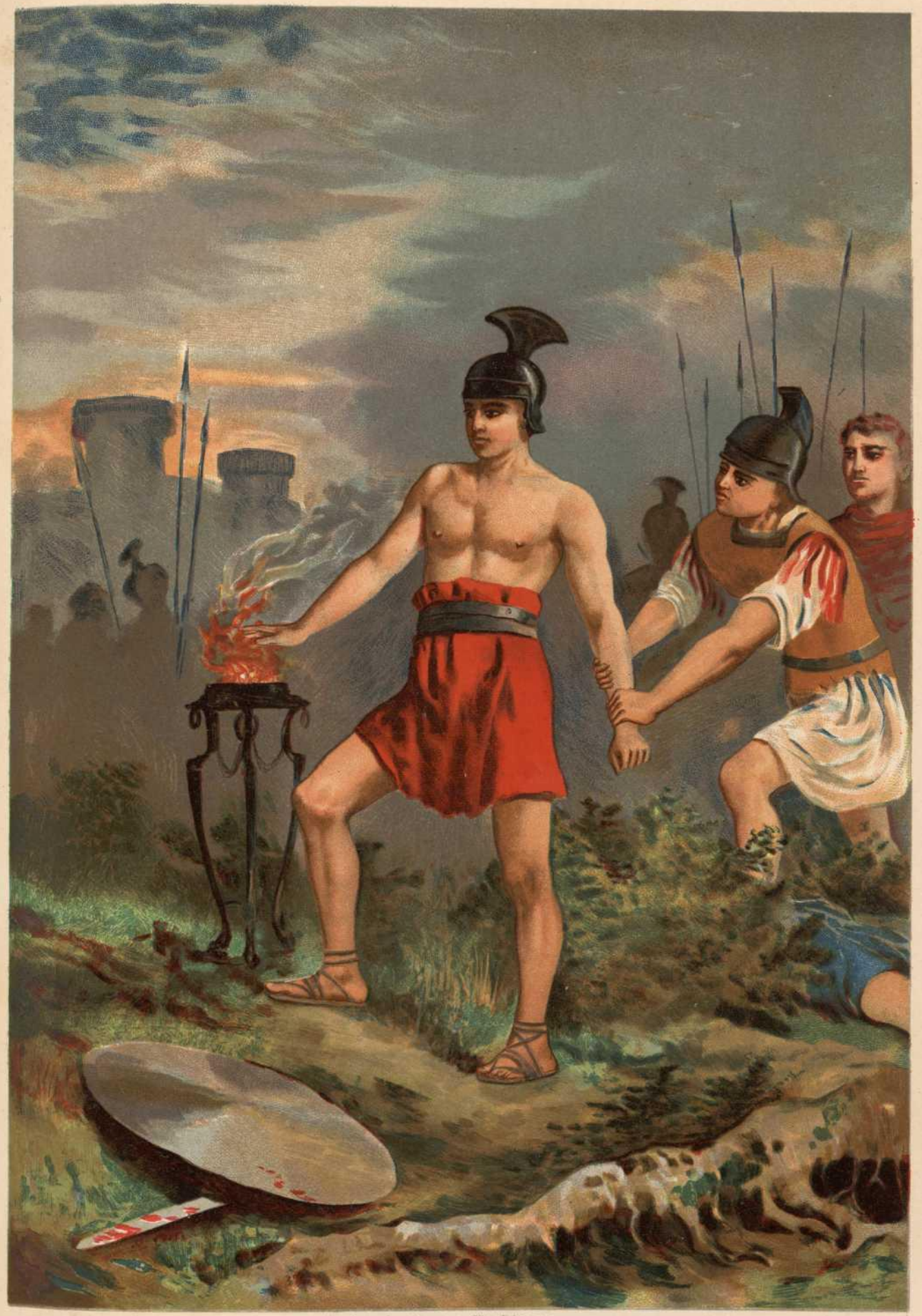
que nos ofrece la historia, demuestran claramente á qué heroismo sabía elevar á los romanos su amor de la patria.

Paulo Emilio destruye el reino de los macedonios con la derrota de Perseo, el último de sus reyes. El mismo día de la batalla decisiva que tanta gloria dió á Roma, perdió Emilio sus dos hijos peleando como valientes. En un bellísimo discurso que pronunció ante el Senado romano con dicho motivo dijo que «la alegría que le causaba la felicidad pública le hacía olvidar sus desgracias particulares.» Un padre no puede llevar más allá su amor á la patria.

La heroicidad de Emilio fué hasta ferocidad en Junio Bruto, de quien sabemos ya que no sólo condenó á muerte á sus dos hijos, por haber estado en inteligencias secretas con Tarquino el Soberbio, que trataba de recobrar su corona perdida, sino que quiso él mismo presenciar su suplicio.

No fué menor la ferocidad de Cayo Mucio Scévola, condenándose él mismo á abrasarse la mano por haber errado el golpe con que intentaba matar al rey Porsena.

La ambicion que sobresale en todos los hechos de César, Escipion, Pompeyo y otros caudillos de Roma, es la pasion dominante tambien de todos los romanos, á quienes puede aplicarse individualmente lo que de César en particular dice Montaigne. «Todas las bellas acciones de César, dice, quedaron alteradas y ahogadas por la furiosa pasion ambiciosa, á la que se dejó arrastrar tan ciegamente, hasta el punto de poderse fácilmente sostener que guiaba y dirigía todas las demas. De hombre liberal que era convirtióle en ladron público, para tener con que atender á su prodigalidad y profusion, y le inspiró la tan malvada como injusta frase de que si los malvados y hombres perdidos del mundo le hubiesen sido fieles en el servicio de su engrandecimiento les amaría y galardonaría cuanto pudiera, tanto como á las personas honradas. En resúmen, este vicio, en mi concepto (es Montaigne quien habla) perdió en él el carácter más excelente y grande que jamas haya habido, é hizo su memoria abominable para todos los hombres de bien, por haber querido buscar su gloria en la ruina de su país y subversion de la más poderosa y floreciente cosa pública que jamas verá el mundo.»



Mir, Tarradas, Comas y Cª Editores.

M. SCEVOLA SE ABRASA VOLUNTARIAMENTE LA MANO.

Podrá este cuadro estar recargado, pero es exacto, y lo peor de todo es que, conforme lo hemos dicho ántes, puede aplicarse desde César al último de los legionarios romanos. El horizonte del ambicioso se ensancha de cada vez más y á medida que se satisfacen sus deseos; el horizonte del universo conocido era ya estrecho para la ambicion romana.

* * *

No obstante lo que ya llevamos dicho de Roma, sería todavía mucho más extenso lo que aún debiéramos decir, si quisiéramos dar una idea completa de todo lo perteneciente á la civilizacion romana, digna de más profundo estudio que el que hemos podido dedicarle nosotros.

Sin embargo, algo diremos en el capítulo siguiente que redondeará lo que aquí no podemos completar; pero es indispensable que, á grandes rasgos, tracemos un ligero bosquejo del Estado romano, reservando para entónces la ampliacion de lo que ahora omitiremos ó anunciaremos solamente.

La necesidad de sostener al ejército y el lujo imperial hace prorumpir á Lactancio en las siguientes frases: «Bien pronto el número de hombres asalariados sobrepujó de tal manera á los contribuyentes, que agotados los recursos de los colonos por la enormidad de los impuestos, quedaron las campiñas abandonadas y los campos cultivados se cambiaron en selvas.»

Salviano presenta un cuadro no ménos triste que el anterior, diciendo: «No hay nadie para quien la prosperidad agena no sea un suplicio; los ciudadanos se proscribían unos á otros: las ciudades y las villas son la presa de una porcion de tiranuelos, jefes y publicanos. Los pobres se ven despojados; las viudas y los huérfanos oprimidos. Romanos, van á buscar entre los bárbaros una humanidad y un amparo que no hallan entre los romanos. Otros, reducidos á la desesperacion, se sublevan y viven de robos. Se les llama ragodos y se les acrimina su desgracia; no obstante ¿no son las proscripciones, las rapiñas, las concusiones de los magistrados, las que han

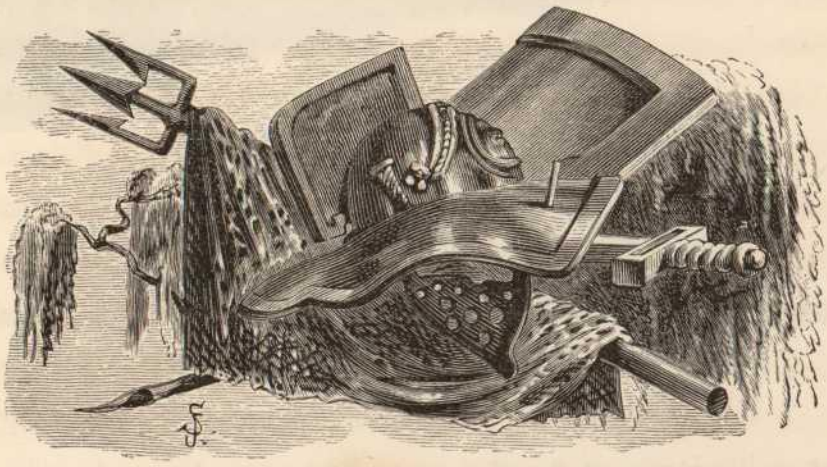
sumido á estos desgraciados en semejante desórden? Los pequeños propietarios que no han huido se arrojan en los brazos de los ricos para ser socorridos entregándoles sus herencias. ¡Dichosos aquellos que pueden recobrar por arriendo los bienes que han cedido! Pero no los poseen mucho tiempo; de desgracia en desgracia, del estado de colonos á que se han reducido voluntariamente, pasan muy pronto al de esclavos.»

Acercábase á pasos agigantados la disolucion de que estaba amenazado el imperio romano; tan profundamente le habrá afectado en sus cimientos esa disolucion, que no sabrá oponer más que una débil resistencia á la avalancha de hombres que se precipitarán desde el Norte sobre su inmensa extension de territorio.

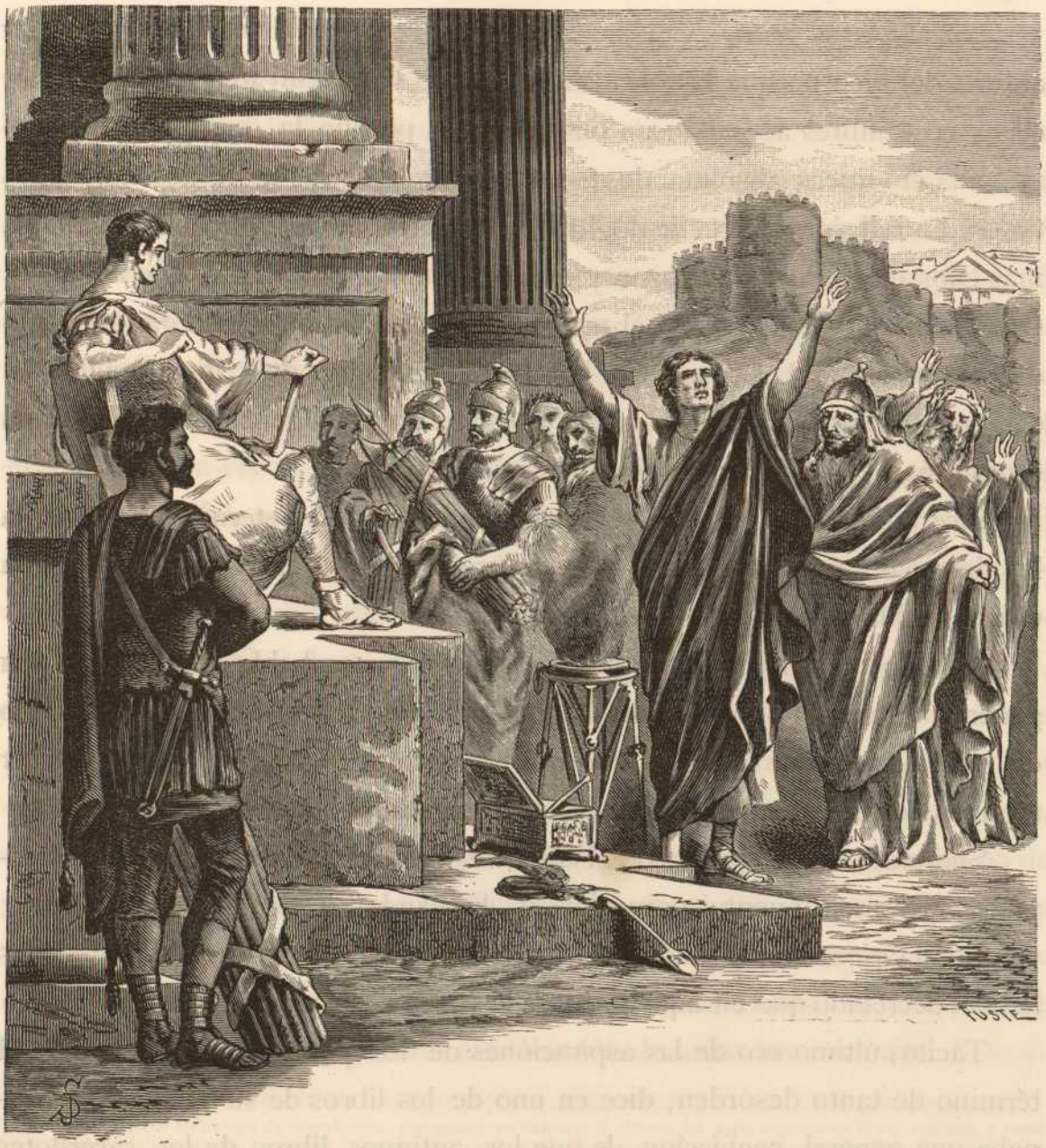
Trasladándonos por un momento á aquel instante histórico del que nos ocuparemos detenidamente en su ocasion oportuna, oigamos el eco de los escritores de la época: «Los bárbaros son más amigos de los romanos que los agentes del Fisco. Pásanse á sus enemigos para librarse del impuesto... Sólo hay un grito entre el pueblo romano: que se le deje vivir tranquilo con los bárbaros.»

No nos dejemos dominar, sin embargo, por el odio contra la administracion imperial, y recordemos que Roma había encontrado el mundo dividido en mil nacionalidades desconocidas, enemigas unas de otras, y en guerra las más de las veces unas contra otras, y con sus poderosas y vencedoras armas había quitado á todos los pueblos su nacionalidad respectiva para reducirlos á provincias romanas encerrándolos dentro de las fronteras de su mismo y extenso imperio. Á las legiones vencedoras siguieron inmediatamente los pretores y legistas, verdadera plaga para los vencidos, quienes colocando su tribunal en todas las ciudades conquistadas, les obligaron á chapucear el idioma latino, á sujetarse á las leyes romanas para defender sus intereses y vivir moral y civilmente á la usanza romana. La ciudad de las siete colinas había de esta manera trasformado el mundo en una vasta sociedad romana que hablaba su misma lengua, tenía sus mismas costumbres y se regía por sus mismas leyes. Era la verdadera unidad dentro de la infinita variedad.

Con las leyes, las costumbres y hasta el idioma de Roma adquirieron todos los pueblos conquistados una civilizacion parecida á la de sus conquistadores, y si con esta civilizacion igual había el mundo recibido los elementos de muerte que debían necesariamente acabar con él, por los muchos errores y desórdenes que les habían infundido, propagando el paganismo é idolatría más groseros y desenfrenados, en cambio asimismo la universalidad de la lengua latina permitió que la regeneracion de la sociedad se llevara á cabo de un modo fácil por todos los ámbitos del imperio que eran los del mundo conocido. Este inmenso resultado bastaría por sí solo para perdonar á los romanos todo el mal que hicieron, porque muy ciego ha de ser quien no vea que el destino de la ciudad eterna fué preparar con sus victorias los caminos de los que debían civilizar al mundo predicándole en una lengua conocida de todos por haberla extendido los legionarios romanos á la par que ensanchaban los límites del imperio romano, imperio que dura todavía trocado el cetro de los emperadores en el cayado de un pastor, al traves de las deshechas é innumerables tempestades desencadenadas en el largo espacio de diez y nueve siglos.







CAPÍTULO VIII.

CRISTIANISMO.—COMPARACIONES.—PORVENIR DE ROMA.

EL mundo estaba sumido en un lodazal de inmundicia. La gangrena romana se había inoculado en todos los pueblos sujetos al dominio de la señora del mundo, y la humanidad era presa de la extravagancia y de la perturbacion más horribles. Apénas se tenía idea

alguna del bien porque las oleadas del mal lo habían invadido todo. Creencias y costumbres acusaban un mismo nivel; porque la corrupcion más depravada era dueña absoluta de todas las inteligencias y de los corazones todos. La religion carecía de dogmas, como la moral de principios. No había más Dios que la luz de la razon y esta luz estaba poco ménos que apagada. Ó no había de haber Dios ó el mundo no podía continuar entregado á tanto desbarajuste moral. Los mismos hombres de aquellos días, distinguidos del comun del vulgo por alguna mayor claridad de inteligencia, presentían un cambio necesario y que no debía hacerse esperar.

Ciceron, en su libro de *República*, anuncia una ley eterna, universal, la ley de todas las naciones y de todos los siglos, un soberano comun que sería el mismo Dios, cuyo reinado iba á comenzar,

Virgilio, en una de sus Églogas (la cuarta), nos habla de la expectacion general, anunciando la próxima llegada del Hijo de Dios que descendiendo del cielo, iba á traer la edad de oro á la tierra, á borrar el pecado y hacer morir la serpiente, emblema de los males de la humanidad.

Suetonio, contemporáneo del *Deseado de las naciones*, se hace intérprete del presentimiento universal, y, hablándonos de Vespasiano, dice: «Todo el Oriente repetía la antigua y constante opinion de que los destinos habían decretado que en aquella época la Judea daría soberanos al universo.»

Tácito, último eco de las aspiraciones de los pueblos que esperaban el término de tanto desórden, dice en uno de los libros de su Historia: «Reinaba una general conviccion de que los antiguos libros de los sacerdotes anunciaban que en aquella época prevalecería el Oriente, y saldrían de Judea los soberanos del mundo.»

El mundo antiguo se sostenía por la fuerza misteriosa de las tradiciones. El eco de las maldiciones y promesas anunciadas por la tempestad en el Eden, cuando el rayo surcó por la vez primera las primeras nubes que ocultaron el sol á la vista de la abatida primera pareja, repercutía en lontananza recordando á la humanidad el remedio prometido á sus desdichas. Esas tradiciones alteradas pero reales eran la esperanza de la humanidad.

Volney, en *Las ruínas de Palmira*, dice textualmente: «Las tradiciones

sagradas y mitológicas de las épocas anteriores á la ruína de Jerusalen habían esparcido por toda el Asia un dogma completamente análogo al de los judíos sobre el Mesías. No se hablaba más que de un gran Mediador, de un Juez final, de un Salvador futuro, que, Rey, Dios, Conquistador y Legislador, debía hacer volver la edad de oro á la tierra, libertarla del imperio del mal, y dar á los hombres el reinado del bien, la paz y la felicidad.»

El Talmud registra una tradicion de los judíos segun la cual acudieron á Jerusalen multitud de gentiles hacia la época señalada por las antiguas promesas, para ver al Libertador del mundo cuando viniera para rescatar la casa de Jacob (1).

Y el cumplimiento de estas tradiciones, enlazadas con otras tan universales como ellas, debía realizarse cuando el mundo tenía borrada la verdadera idea primordial de la existencia de un Dios uno, eterno é inmenso, causa y fin de toda la creacion. En Egipto recibían culto hasta las plantas más despreciables; en la India se ofrecían víctimas humanas á la diosa de la muerte y creían en la divinidad del Ganges; los árabes adoraban las acacias; pero en cambio adoraban los egipcios á Ísis, la vírgen-madre, que les ha de enviar su redentor; la India tiene la ninfa Lhamoghinprul, santa y hermosa criatura en cuyo seno se encarnará su dios para salvarles; y no hay pueblo conocido, ni *desconocido* (2) que no guarde y venere tradiciones relacionadas con la de la expectacion general del Deseado de todas las naciones.

---

(1) *Talmud* es un trabajo de compilacion, comenzado en Palestina á últimos del siglo segundo de la era cristiana y terminado en Babilonia á principios del siglo sexto, y recibió el nombre de *Talmud* que significa enseñanza ó transmision. El principal objeto del Talmud es la conservacion de las tradiciones. Trasmitidas estas por mucho tiempo de viva voz, porque estaba prohibido escribirlas, se reunieron en un solo código; despues, prolongada la dispersion, se concibió el temor de que se perdieran, y se las coleccionó. El *Talmud* contiene doce tomos en fólio.

(2) Las naciones, desconocidas entónces para el mundo latino, de lo que despues se llamó América, tenían tambien sus tradiciones. Los habitantes de las orillas del lago Zarayas, en el Paraguay, contaban, al descubrirse su existencia, que en época remotísima una mujer muy hermosa fué madre siendo vírgen, que su hijo se convirtió en sol despues de haberse elevado un día por los aires en presencia de sus discípulos y despues tambien de haber obrado muchas y muy grandes maravillas.

Las primitivas tradiciones se encuentran dispersas en toda la América. Segun las leyendas aztecas, Tespié se refugió, como Noé, en un arca para salvarse del diluvio que amenazaba destruir la especie humana. Cuando bajaron las aguas de la inundacion, conoció Tespié que podía salir de su morada provisional, en una rama de árbol que le trajo un pájaro. Los mejicanos conocían tambien la tradicion de la mujer y de la serpiente. Los iroqueses tenían la de la mujer seducida al pié de un árbol, la de la cólera de Dios y la del primer fratricidio. Los peruanos y los hurones reconocían que el primer hombre fué formado de la tierra. ¡Cuán mortificantes han de ser estas tradiciones innegables para aquellos que quisieran poder negar la verdadera historia del mundo. Lactancio en su obra de *Instituciones Divinas*, prueba que el olvido de las tradiciones antiguas fué una de las fuentes de donde procedieron los errores del género humano tocante á la religion.

Este sentimiento íntimo, incomprensible, que se imponía misteriosamente no podía defraudarse. La voz que hizo retemblar el Eden no podía desmentirse; y si misteriosa fué aquella voz que envolvía una promesa miéntras fulminaba su terrible amenaza, misterioso debía ser tambien el cumplimiento de lo entónces prometido.

En un suelo privilegiado, punto de union de dos mundos, el oriental y el occidental, entre la Europa descreída y el Asia viciada, en el punto de union de todos los imperios, entre Egipto, Siria y Grecia, distinguíase un país limitado por montañas y arenales del desierto. En una eminencia rodeada de risueñas colinas alfombradas de viñedos, adornadas con bosques de verdes olivos y bosques de robustas encinas, se elevaba una pequeña ciudad cantada por los profetas de los antiguos días: «Y tú, Belen, llamada Efrata, había dicho Miqueas, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá Aquél que debe reinar en Israel, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad (1).»

En esas regiones donde estaba asentada la pequeña entre las grandes ciudades de Judá, vivía un pueblo de grandes y elevados destinos, un pueblo separado por Dios de todos los demas pueblos del mundo, porque miéntras se entregaba éste, como lo hemos visto, á la idolatría y adoraba todo linaje de dioses, conservó aquél pura é inmaculada en su tabernáculo la verdadera idea de un Dios único y eterno.

Y este Dios envió á su pueblo la luz verdadera que alumbraba á todo hombre que viene á este mundo; pero los suyos no le recibieron y el mundo no le conoció.

Belen fué la patria del que debía cambiar la faz del mundo: mision sublime, pero imposible para fuerzas humanas. Jesus, cuyo significado es Salvador, predicó su destino por espacio de tres años, coronando su asídua predicacion muriendo afrentosamente en la cima del Gólgota, para que todos vieran desde aquella eminencia la muerte del Justo entre los justos y dando su vida con los brazos extendidos como en ademan de querer recibir

(1) MIQUEAS. Cap. V, v. 2.

y estrechar en su seno á la humanidad entera, sin excluir á sus mismos verdugos á quienes perdona en sus postreros momentos.

Á la sombra de la cruz, descubriéndose desde el Gólgota la inmensidad de todo el globo, se reunen los discípulos del mártir, para emprender solos, pobres, desvalidos y odiados la renovacion y conquista de todos los pueblos: ¡empresa loca si no fuera divina! Al pié de la cruz del Cristo comienza la Iglesia; ¡qué mucho que la *cruz* deba ser siempre su divisa! Humilde, pobre, escarnecida, pero animosa, lucha con fe la Iglesia sostenida por las promesas de su Fundador. Las potestades de la tierra y las del averno se han aunado contra ella para hundirla: la verdad de su doctrina, enteramente opuesta á las costumbres dominantes, constituye toda su fuerza para luchar contra los emperadores romanos y contra todas las sectas filosóficas arraigadas en los pervertidos corazones. El mundo escucha atónito á unos apóstoles indoctos, que le predican una doctrina completamente nueva, pero completamente opuesta asimismo á todas las conocidas hasta entónces. ¡Doctrina extraña que anteponía la humildad al orgullo, la pobreza voluntaria á la ostentacion y al lujo, la privacion á la satisfaccion de las pasiones!

La *locura* cristiana venció á la filosofía de Roma y de Atenas, y los sabios de estos dos centros más acreditados del mundo se hicieron cristianos ó enmudecieron. La religion del Cristo deja por todas partes sembrada la semilla de su doctrina y no cae toda ella sobre piedras.

Antioquía es la primera iglesia que fundó el gefe del cristianismo constituído y nombrado inmediatamente por tal por su mismo Fundador; pero Pedro traslada su silla á Roma porque sabe que aquél es su verdadero centro de accion, desde donde sentado sobre las ruínas del paganismo difundirá la luz de la civilizacion. El mundo antiguo, que debe reformarse, le entrega el hombre embrutecido, la mujer esclava; la nueva religion debe emancipar á entrambos, debe proclamar la verdadera libertad, porque es la verdad, y la verdad ha de libertar al hombre, debe abolir la servidumbre, difundir ideas enteramente nuevas. Desde Roma debe Pedro predicar la perfeccion de la humanidad, porque el Evangelio es la última expresion de la perfectibilidad humana. Entre la tierra y el cielo, si en la tierra se practicara fiel-

mente lo que prescribe el Evangelio no mediaría más que un paso: el de la muerte. Desde Roma predicará Pedro la verdadera libertad, porque imperan en el mundo el despotismo de los Césares y el despotismo de los vicios: entrambos deben desaparecer.

Pero la transformacion de la sociedad no se conseguirá sin resistencias y oposiciones, y sin que los dominadores del Imperio se ceben furiosamente contra la paciencia de los cristianos; pero, esta paciencia será invencible y se abrirá paso y trastornará los cimientos del Imperio y se mostrará ceñida con la doble corona del martirio y de la victoria.

Los anales del mundo no presentan ningun hecho comparable con el del establecimiento del cristianismo. No sólo tomó posesion del imperio romano, sino que traspasó sus límites, se extendió más léjos, más allá, se abrió horizontes desconocidos; porque en toda la tierra se oyó el sonido de su voz. El mundo estaba lleno de cristianos mucho ántes de terminarse el segundo siglo de su aparicion; ¿quién explicará, pues, las estupendas maravillas que debieron presenciar los hombres, para que les impresionara tan profundamente el anuncio de una religion nueva opuesta á las costumbres de sus padres y á las suyas, y tan contraria á las naturales inclinaciones humanas?

La desercion mayor cada día en las filas del paganismo que engrosaba el ejército cristiano, fué el verdadero motivo que impulsó á Neron á decretar la persecucion de los cristianos. « Al saber Neron, dice Lactancio, que san Pedro había convertido al cristianismo á gran número de romanos, y que no sólo en Roma, sino en todas las provincias abandonaban las gentes en tropel el culto de los dioses, creyó que no debía perder tiempo, y que podría destruir el celestial imperio del cristianismo y arruinar completamente la piedad que lo sostenía. »

Iniciados como estamos en los secretos de la vida de los opulentos romanos, tan dados á los goces de la crápula, de la lujuria y de los espectáculos de todas clases, debemos notar un hecho digno de toda consideracion y estudio al tratar de conocer los verdaderos estados de la civilizacion de aquellos días. Hase dicho que la oposicion que el cristianismo presentaba á ciertas leyes civiles y políticas de Roma fué uno de los más poderosos moti-

vos de la ira desplegada por los emperadores contra la nueva doctrina. Pase la objecion, pero obsérvese cuidadosamente que no fué el vulgo solo, que no fueron las capas ínfimas de la sociedad romana las que mayor contingente aprontaron á las filas de la nueva religion. Tenemos la prueba de esto en el martirio de muchos personajes de ambos sexos que ocupaban puestos muy distinguidos en la noble sociedad romana. Sería un trabajo tan curioso como tierno y conmovedor el dedicado á enumerar y referir la vida, hechos y muerte gloriosa no ya de todos los personajes ilustres, sino de las matronas solamente que ilustraron el nombre cristiano en los primeros días de la aparicion del cristianismo en Roma.

* * *

En los capítulos anteriores hemos dado una ligera idea de lo que era la Roma pagana, cuyos horrores llenan de amargura el alma. La esclavitud y la tiranía son los dos fundamentos en que se apoya.

La mujer nace ya esclava de su padre que tiene el derecho de venderla ó matarla, y llegando á la edad núbil es finalmente vendida al mejor postor. Dada ya en matrimonio á un hombre, no es entónces de mejor condicion, continúa esclava, pasa á ser propiedad del marido y ni siquiera puede conservar su nombre. Las leyes autorizan el repudio por causas que darían risa si no fueran de tanta trascendencia para la fortuna de la pobre mujer.

No es mejor la condicion de los hijos. Antes de nacer el niño no tiene ningun derecho, porque no pertenece aún al género humano; en su consecuencia, está autorizado el aborto, y el niño recien nacido puede tambien ser condenado á muerte por la absoluta y despótica voluntad del padre, si es que no lo expone ó vende.

La esclavitud envolvía como una extensa red todas las regiones del imperio. La ley equipara los hombres con los brutos, ménos aún, el esclavo

ante la ley es una cosa. «Los que venden esclavos, consigna la ley, deben declarar á los compradores sus enfermedades y defectos; si tienen el vicio de la fuga ó de la vagancia; si no han cometido delitos ó perjuicios; si desde la venta ha perdido de su valor el esclavo, y si por el contrario ha adquirido algo.» En iguales términos estaba redactada la ley para la venta de los caballos.

Sabemos ya que el esclavo pertenecía á su dueño hasta tener éste el derecho de vida y muerte sobre él, derecho que ejercitaban con harta frecuencia los romanos por livianos pretextos. La diferencia de sexo no constituía diferencia para la barbarie de la ley.

La dignidad humana era desconocida en el imperio romano: la civilizacion era una palabra desconocida porque todo el mundo era entónces una sentina de vicios, un cuerpo corrompido que debía desaparecer ó regenerarse por una revolucion radical. Esta regeneracion y revolucion la está llevando á cabo en Roma, en la época que ahora estudiamos, la nueva religion del Cristo.

Comparemos la Roma del paganismo, con la Roma del cristianismo; la Roma de los emperadores, con la Roma de los cristianos.

Un ojo atento distinguirá sin esfuerzo la casa del cristiano romano de la del idólatra. El lujo y fasto descubren la de éste ; tambien ostentan lujo las moradas de los cristianos; pero un ambiente de sencillez y fraternidad las perfuma y les presta desconocidos pero fuertes atractivos. Los porteros de los palacios de los cristianos no arrastran la cadena que los sujeta al casucho destinado para su morada; la fraternidad predicada por el Cristo le ha roto la cadena del esclavo y anda suelto y libre y alegre, porque es hermano de su gefe y no esclavo de su amo. Los clientes que acuden á las casas cristianas se presentan sin temor y confiados y son recibidos, aunque pobres, con dignidad y cariño; porque la igualdad predicada por el Cristo les ha devuelto la dignidad perdida y no se presentan al patricio orgulloso, sino al hermano amante que sabe que los menores son los preferidos en el reino de los cielos prometido por el Cristo lo mismo al más humilde que al más poderoso, sin distincion de posicion ni estado. La caridad, virtud descono-

cida hasta la predicacion del Nazareno, se ha sabido abrir paso entre los cristianos opulentos de la ciudad de los eternos destinos, y los pobres desheredados cubiertos solamente con la sencilla túnica distintiva de las labores del campo, son más honrados entre los opulentos hermanos que muchos de los que, vistiendo la lujosa toga, asedian los salones de los orgullosos patricios en demanda de favor y gracia. La Roma de aquellos felices y encantadores días ofrecía el aspecto de un bosque frondoso lleno de hojarasca y abrojos hermoseado empero por vistosas y desconocidas flores de suavísimo aroma y encantadores matices, ricas en esencia gratísima que embalsama el ambiente y purifica los males olores de la diversidad de plantas ocultas entre malezas y humedades, propias de los terrenos incultos y olvidados. La altivez innata en los patricios romanos, potente todavía en los idólatras, hase trocado en cariño fraternal en el que ha abrazado el cristianismo, y al látigo y á la cadena, ha sustituído el abrazo cariñoso y el beso en la frente que no se desdeña de dar el más noble al último plebeyo. ¡Qué hermosos dias aquellos en que el fuego de la caridad devoraba y purificaba en los corazones de los primitivos cristianos, como en un crisol, todas las pasiones, todos los odios y rencores, destruyendo todos los gérmenes malos para no germinar más que el puro amor fraternal informado por el amor al Cristo Salvador! ¡Qué sociedad aquella en que era desconocida la ambicion, para hacerse cada cristiano todo para todos y todo para cada uno de sus hermanos!

La civilizacion humana ha llegado de un salto á la más elevada cumbre de su perfeccion posible, porque ha conseguido lo que debe ser el objetivo de ella: ha hecho de todo un pueblo una sola familia; ha convertido en hermanos, pero hermanos cariñosos, á todos los cristianos: diríase que la cristiandad es una sola persona animada por un solo corazon, inspirada por una sola inteligencia; pero ¡ay! el divino Fundador del cristianismo había dicho que su reino no es de este mundo, y el cielo no puede estar en la tierra. Y así como la tierra, áun la mejor cultivada, produce malas yerbas que deben arrancarse, el corazon humano alimenta pasiones que hacen indispensable la lucha áun entre los más santos.

La Roma pagana es en general refractaria á la civilizacion que le predi-

ca el cristianismo: sus ojos materializados, débiles por la oscuridad en que se han criado, no pueden resistir la brillantez de la luz que despide el nuevo astro aparecido en su horizonte. El sol del cristianismo que ilumina á tantos, deslumbra á muchos que no quieren sostener la vista fija en él, para que les guíe en la nueva senda que les abre con su luz, y prefieren cerrar sus ojos y odiarle.

Las dos Romas no caben juntas; pero no se separarán. El Fundador del cristianismo estuvo encerrado tres días en un sepulcro ántes de aparecer glorificado, y la gloria del cristianismo no podrá manifestarse en público hasta despues de tres siglos de vivir como enterrado, en el inmenso sepulcro de las Catacumbas. Dios quiere que la fe tenga su mérito, y no lo tendría sin la libertad humana: obrará los milagros que su providencia creyere necesarios, pero no los prodigará supérfluamente: el cristianismo se fundará sobre los milagros, es verdad, pero la sangre de los mártires debe amasar los cimientos de la base sobre que descansará eternamente.

Catacumbas y mártires son dos palabras correlativas. Descubrámonos reverentes, y con el corazon conmovido penetremos guiados por la fe en la Roma subterránea, en la Roma cristiana.

No intentamos hacer una descripcion de la ciudad oculta de nuestros primeros padres en la fe del Cristo: sabemos á qué debemos atenernos y no faltaremos á nuestro cometido por más que nos duela no poder consignar hechos y datos que serían un desahogo para nuestro oprimido corazon, siquiera enviando un respetuoso saludo de simpatía á los heróicos personajes, verdaderos atletas que sostuvieron cual firmísimas columnas el naciente edificio del cristianismo, cuya base y centro eternos debía ser la Roma corrompida de los Césares, de la degradacion erigida en sistema, del libertinaje elevado á la dignidad de ley del Estado. No hablaremos de aquellas inmensas calles con sus innumerables galerías sobrepuestas de diversa elevacion y forma, mansiones á la vez de los vivos y de los muertos, si es que había muertos entre los primitivos cristianos, porque sólo se conocían entónces los que descansaban ó dormían en el Señor, siendo para ellos la vida, como debiera serlo para nosotros, una rápida peregrinacion en este mundo en pos de la

vida mejor, de la verdadera vida, que esta no lo es, donde por una eternidad de eternidades no hay ninguna nube que empañe el brillantísimo sol que alumbra aquel día sin noche.

Si no podemos, empero, dada la índole de nuestra obra, recorrer las calles y demas sitios de la ciudad cristiana que vive debajo de la pagana de los Césares, entra de lleno en nuestras miras examinar las costumbres de los moradores de aquellos subterráneos; así resultará completa la comparacion entre las dos civilizaciones y el fallo será imparcial y fundado en el debido conocimiento de la causa. Prescindiendo de los datos simbólicos que nos prestarían á maravilla las mismas catacumbas para trazar el cuadro de las costumbres cristianas primitivas, los autores contemporáneos, á quienes consultaremos, nos ofrecerán sobrados datos históricos que nadie podrá recusar y que acreditarán hasta la evidencia lo que nos propongamos demostrar.

Por espacio de tres siglos sirvieron las virtudes de los cristianos de poderoso contrapeso de los vicios de la disoluta sociedad romana. Algo conocemos de la gangrena que consumía la descreída poblacion de Roma, pero nadie ha reflexionado lo suficiente á qué grado de abyeccion habría descendido sin el buen olor de las virtudes cristianas que purificaban el ambiente de la desdichada ciudad, perdida entre miles de errores, sumergida en lodazales de iniquidad.

La humildad cristiana contrabalanceaba el desmedido orgullo romano: toda su conducta se modelaba dentro de la más profunda humildad: «No deseamos ser reyes, decían, ricos ni prefectos del Imperio, ni remotamente nos anima la idea de atravesar los mares para contener una avaricia insaciable, porque no sentimos deseo ninguno de vanagloria» (1).

Que la humildad cristiana formaba contraste con el orgullo romano, y que este encontraba su contradiccion elocuente en aquella, nos lo probará tambien el consejo dado por el ilustre Tertuliano á su esposa de no casarse con un pagano si enviudara. «¿Qué marido gentil, dice, permitirá que su

(1) TATIAN.—*Contra gent.*

esposa baje á las encrucijadas y éntre en las chozas de los pobres para visitar á sus hermanos y lavarles los piés?» (1).

Siguiendo las comparaciones que nos han de poner de relieve las diferencias de costumbres entre las dos Romas, recuerden nuestros lectores todo lo que llevamos dicho anteriormente del lujo en los trajes y mobiliario de las casas de los romanos ricos, y vean ahora lo que de los romanos que profesaban la religion del Cristo nos dice un autor contemporáneo, filósofo de mucho crédito y saber: «Los vasos de oro y plata, así como las piedras preciosas, son inútiles, pues sólo sirven para deslumbrar la vista. Es tambien una vanidad tener vasos de cristal y de vidrio elaborados con primor; y las sillas, los aguamaniles, los platos de plata para el uso de la mesa, las mesas de cedro, ébano y marfil, los lechos cuyos piés son de plata ó marfil y las cubiertas de púrpura ó de otro color, son el indicio de un alma llena de malicia y de un corazon afeminado, y por esta razon debemos suprimirlos absolutamente. ¿Cómo hemos de creer que el lujo y el orgullo nos son permitidos á nosotros que seguimos las doctrinas de nuestro divino Redentor? ¿No dijo él: Vended lo que teneis, dad á los pobres lo que valga y seguidme? Imitemos, pues, al Señor y rechacemos léjos de nosotros esa pompa que pasa como la sombra; poseamos lo que es justo y lo que no pueda quitársenos: la fe en Dios, la confesion del nombre del Señor que padeció por nosotros, y la caridad hacia nuestros hermanos.

«¿Acaso, porque el cubo sea de barro no podremos lavarnos las manos? ¿No podremos comer si la mesa que sostiene el pan no ha costado lo que pesa de oro? ¿No alumbrará la lámpara si es obra del alfarero y no del platero? Estamos en la creencia de que tan bien se duerme en una cama modesta como en otra de marfil. Acordémonos de que el Señor se sirvió para comer de un plato de ningun valor, que hizo sentar á sus discípulos y les lavó los piés; tanto era lo que se alejaba del fausto, aunque era Señor de todas las cosas» (2).

Las dos Romas caminaban por sendas diametralmente opuestas. Las dos

(1) TERTUL.—*Aduxor.* lib. II.

(2) CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.—*Pedagogo.*

civilizaciones se encontraban, no obstante, frente á frente, y en su lucha empeñada debía necesariamente sucumbir una de las dos. El cristianismo tenía siempre á mano una virtud que oponer á cada uno de los vicios del paganismo. Al orgullo y lujo de la Roma de los palacios oponía la humildad y sencillez la Roma de las catacumbas; á los excesos de la mesa de aquella oponía esta la templanza y la sobriedad.

Cedamos á Tertuliano la palabra para que nos diga lo qué eran las comidas entre los primitivos cristianos, tan opuestos á los excesos de las de los romanos del paganismo: «El nombre de nuestras comidas demuestra por sí solo lo que son. Llámanse *agapes*, que en griego significa caridad; por costosas que sean, ganamos siempre en ellas por el bien que nos proporcionan, pues de este modo socorremos á todos los pobres, y léjos de portarnos con ellos como vosotros con vuestros parásitos que se glorian de vender su libertad para hartarse en vuestras mesas á costa de mil vejaciones, tratamos á los pobres como á hombres en quienes Dios tiene fijas sus miradas con la mayor complacencia.

»Si el motivo de nuestras comidas es únicamente honesto, juzgad de lo que pasa en ellas por el espíritu de religion que las anima. No se tolera allí nada bajo ó que no sea modesto; nadie se sienta á la mesa hasta despues de elevar á Dios una oracion; se come segun el apetito, se bebe cuando conviene hacerlo cuando hay castidad, y todos quedan saciados como quien debe levantarse por la noche para orar á Dios. Despues de lavadas las manos y encendidas las antorchas, cada cual es invitado á cantar las alabanzas de Dios sacadas de las Escrituras, ó compuestas por él mismo, y de este modo se ve si se ha excedido ó no en la bebida. Terminada la comida tambien con la oracion, se sale de allí, no como turbas de gladiadores, bacantes ó libertinos audaces, sino como se había entrado, con pudor y modestia: se sale de una escuela de virtud, más bien que de un banquete. Somos en nuestras reuniones los mismos que en nuestras casas, y todos juntos como cada cual en particular, sin hacer daño ni causar pesar á nadie (1).»

(1) TERTUL.—*Apologético.*

Algun malicioso podría objetarnos quizas que presentamos apologías de los primitivos cristianos de la Roma de Cristo hechas por los mismos cristianos, y, por lo tanto, interesadas, y, por consiguiente, sin autoridad alguna. Como jamas nos duelen prendas, vamos á presentar á nuestros lectores una magnífica apología escrita por un pagano, contemporáneo, y el más sabio quizá de los romanos no ya de su época, sino de muchos siglos anteriores y posteriores al suyo. Nos referimos á Plinio, el jóven, y á la carta-consulta que, desde Bitinia, dirigió al emperador Trajano. Dice así la carta: «Paréceme, Señor, que estoy obligado á consultaros todos los negocios dudosos; porque ¿quién puede fijar mejor mi incertidumbre ó instruir mi ignorancia? Nunca he asistido al proceso de los cristianos, y por esto no sé lo que se castiga en ellos ó lo que se averigua. Los dos puntos de mi duda son estos. ¿Es preciso hacer diferencia entre las edades? ¿No deben distinguirse los niños más tiernos de las personas de edad? ¿Es preciso perdonar al que se arrepiente, ó bien es un crímen indudable el haber sido cristiano? ¿Es el nombre sin otro crímen ó bien los crímenes anejos á este nombre lo que debe castigarse?

»Hé aquí la conducta que he observado hasta ahora con los que me han sido denunciados como cristianos; cuando han confesado, los he interrogado por segunda y tercera vez amenazándoles con el suplicio, y, cuando han perseverado, les he despedido, porque no he dudado que, prescindiendo de lo que podía ser lo que confesaban, no debía castigar su tenacidad y obstinacion inflexibles. Ha habido otros afectados de la misma locura que he anotado para enviarles á Roma porque son ciudadanos romanos.

»Habiéndose multiplicado muy pronto las acusaciones, como es de costumbre, se han presentado gran número de casos, y se ha hecho circular un libro, sin nombre de autor, que contiene los nombres de varios que se han vanagloriado de ser cristianos ó de haberlo sido. Cuando he visto que invocaban los dioses con nosotros y ofrecían incienso y vino á vuestra imágen, que les había presentado con las estátuas de los dioses, y que ademas maldecían á Cristo, he creído que debía dejarles libres, porque se dice que es imposible obligar á nada de esto á los que son verdaderamente cristia-

nos. Otros, llamados por el denunciador, han dicho que eran cristianos, pero lo han negado en seguida, diciendo que lo habían sido, pero que no lo eran ya, unos desde hace tres años, otros desde más tiempo, y algunos desde veinte años atrás. Todos han adorado vuestra imágen y las estátuas de los dioses, y hasta han maldecido á Cristo.

»Ahora bien, hé aquí, segun dicen, á lo que se reducía su falta ó error: que acostumbraban reunirse cierto día ántes de asomar el sol y decir juntos á dos coros un cántico de honor del Cristo, como de un Dios; que se obligaban por juramento, no á ningun crímen, sino á no cometer hurto, robo ni adulterio, y á no faltar á su palabra ni negar un depósito; que en seguida se retiraban, despues se reunían para tomar una comida, pero ordinaria é inocente, y que hasta habían cesado de hacerla á consecuencia de mi mandato, en el cual, segun vuestras órdenes, había prohibido las reuniones. Para asegurarme plenamente de la verdad, he mandado dar tormento á dos esclavas que decían haber servido en estas reuniones, pero no he hallado otra cosa que una supersticion mal arreglada y excesiva, y por esta razon he diferido el fallo y me he apresurado á consultaros.

»Esto me ha parecido digno de consulta, principalmente á causa del número de los acusados; porque se hallan comprometidas y serán citadas una multitud de personas de toda edad, sexo y condicion, pues esta supersticion ha inficionado no solamente á las ciudades, sino á las villas y aldeas. Parece, sin embargo, que puede contenerse y curarse; á lo ménos consta que se empieza á frecuentar los templos casi abandonados, á celebrar los sacrificios solemnes despues de una larga interrupcion, y que por todas partes se ven víctimas, en vez de que pocos las compraban ántes; de lo cual puede fácilmente deducirse que un gran número se corrige, si se da lugar al arrepentimiento.»

Despues de esta carta de Plinio, señalada con el número XCVII entre las suyas, y en la que un ojo imparcial descubrirá una vida inocente y justa en los cristianos acusados de supersticiosos, no estará de más una página de Tertuliano, en la que, á la par que veremos el contraste entre la civilizacion pagana y la cristiana, veremos el noble reto lanzado por el más valiente

apologista del cristianismo á la caduca sociedad pagana. « Tomamos por testimonio, dice, los registros de vuestros tribunales, magistrados, que todos los días juzgais los presos y pronunciais vuestros fallos á consecuencia de las denuncias que os hacen. ¿Se ha hallado nunca un cristiano entre esa multitud de malhechores, asesinos, ladrones, sacrílegos y sobornadores emplazados en vuestros tribunales? Ó bien, entre todos los que os han denunciado como cristianos ¿se halla uno solo culpable de alguno de estos crímenes? Los vuestros son, pues, los que llevan á las cárceles y sirven de pasto á las fieras; sus gritos son los que resuenan en las minas, y entre vosotros se toman esos rebaños de criminales destinados á servir de espectáculo; ninguno de ellos es cristiano, ó no es más que cristiano, pues si es otra cosa, es porque no es ya cristiano.

« Luégo nosotros solos somos inocentes. ¿Qué hay en esto que deba sorprenderos? La inocencia es para nosotros una necesidad que conocemos perfectamente, porque la hemos aprendido del mismo Dios, que es el maestro perfecto, y la guardamos fielmente como mandada por un juez que no puede despreciarse. Hé aquí lo que son hombres que os han enseñado la virtud, y los que os la han prescrito: luego no podeis conocerla aquí como nosotros, ni temer como nosotros el perderla. ¿Pueden acaso tomarse por apoyo las luces del hombre para conocer la verdadera virtud, y su autoridad para hacerla practicar? Fácil es evadir sus leyes, pues no alcanzan á los crímenes secretos, y sus castigos son de corta duracion, porque no se extienden más allá del término de la vida. No sucede así con nosotros.

» Persuadidos de que nada se escapa al ojo escudriñador que todo lo ve, y que hay suplicios que evitar, somos los únicos que damos sólidas garantías á la verdadera virtud, porque conocemos su manantial, y porque la ponemos bajo el amparo del terror de un porvenir, no limitado á algunos años, sino eterno, y tememos á Dios y no al procónsul. »

Estudiando imparcial pero detenidamente el cristianismo en sus primeros tiempos, debe confesar, áun el más prevenido contra dicha religion que, como sistema social, si se le quiere despojar del título religioso, es el único sistema, fielmente observado, que haría inútiles los ejércitos permanentes,

los presidios, los ejércitos de seguridad pública, el único que mantendría la paz, no ya entre las naciones, sino entre las familias, el que evitaría los adulterios, los asesinatos, los fraudes, el que conseguiría desarraigar los vicios y fomentar las virtudes.

La necesidad de las comparaciones nos obliga á entrar en algunos pormenores que, por otra parte, no habrán de desagradar al lector, porque, supuesto que ya conocemos las costumbres de los romanos, notaremos la inmensa diferencia que se estableció de pronto en la familia recien convertida al cristianismo, si la ponemos al lado de la pagana. Cuanto digamos relacionado con esto, lo tomaremos de autores de aquellos tiempos ó de modernos que han escrito en presencia de los monumentos de distintos géneros subsistentes aún actualmente.

Antes, empero, de penetrar en el santuario de la familia cristiana y hablar de la vida en público y privada de los cristianos de la primera época, á fin de probar que no miramos las cosas por el prisma de la pasion ó dominados por alguna ilusion óptica, queremos repetir, por vía de introduccion, las palabras de Tertuliano. «No pretendemos negar, decía en su época, que haya entre nosotros algunos hombres entregados á sus pasiones; pero, para probar la divinidad de la religion cristiana, basta que sean en corto número. Es imposible que en un cuerpo, por perfecto que le supongamos, no se encuentre algun defecto; pero mucho bien al lado de un poco de mal hace brillar la perfeccion de una sociedad.»

Quedan con esto contestadas todas las objeciones que se nos pudieran hacer, pretextando candidez ó falta de mundo en nosotros, y solventadas ya todas, sigamos de vista á nuestros antepasados en la fe.

De pronto, lo primero que contrasta en la sociedad romana es la grave y noble modestia de la mujer puesta más de relieve en presencia de la vanidad pagana. No repetiremos lo que ya tenemos dicho del lujo y procacidad de las matronas romanas; pero debemos notar que las cristianas no salían sino con un velo que ni áun en la iglesia les permitía vérseles la cara, sobre todo si eran solteras: en sus cabellos se revelaba la austeridad más grave, desprovistos de todo adorno. La mujer cristiana vivía muy retirada, dando esto

lugar á muchas y fuertes críticas en las que se ocupa el infatigable Tertuliano, contestándolas de este modo: «Al hablar de tales ó cuales á quienes conocísteis, y que ántes de su conversion al cristianismo se distinguieron por su vida disipada, disoluta y hasta escandalosa, tratais de desacreditarles con satíricas comparaciones que se cambian en su elogio: tanta es la torpeza del odio. Decís: ¿veis esa mujer? ¡cuán coqueta y provocativa era! ¿Veis ese jóven? ¡cuán voluptuoso, cuán amigo era de deleites! ¡lástima que se hayan hecho cristianos! Y no veis que atribuís á su religion la honra de su mudanza. No ha mucho, al condenar á una cristiana á ser expuesta á la infamia más bien que á los leones, habeis probado que la pérdida del pudor es para nosotros un suplicio más atroz que todos los tormentos y que la misma muerte.»

Taciano, por su parte, contesta á esta objecion diciéndoles á los que la hacían: «Sólo hablais con irrision de nuestras vírgenes que viven en el retiro, cuyas manos están ocupadas en hilar la lana, y su boca en cantar cánticos sagrados: ¡oh! avergonzaos, avergonzaos vosotros que habeis levantado estátuas á cuantas mujeres se hicieron célebres por el desenfreno de sus costumbres.»

Sabemos que el oro lo compraba todo, en Roma, incluso el imperio. La pobreza voluntaria, ó el amor á la carencia de bienes de fortuna, debía ser uno de los principales contrastes en aquella sociedad tan materializada. Á las censuras que por la pobreza hacían los gentiles á los cristianos contestaban estos: «Nos echais en cara el ser pobres, cuando la pobreza es un título de gloria más bien que de humillacion: la frugalidad de que es manantial, fortalece el alma, así como la abundancia la enerva. Ademas, ¿cómo podeis llamar pobre al que nada necesita, ni nada desea de lo que pertenece á otro; y que tiene á Dios por tesoro? Al contrario, es pobre aquel que con muchas riquezas desea más aún; y para explicaros toda nuestra idea, cualquiera, por pobre que sea, siempre lo es ménos que al venir al mundo. Los pajarillos nacen sin patrimonio, y ningun día les falta la subsistencia; todas las criaturas fueron hechas para nosotros, y nos regocijamos de ellas, aunque no las deseamos, pues viaja con más comodidad el que lleva ménos

equipaje. Así pues, el cristiano es el más feliz de los hombres en el camino de la vida; porque la pobreza le descarga y no siente el peso de las riquezaz. Pediríamos á Dios riquezas si las creyéramos buenas para algo; ¿qué le costaría concedérnoslas, si todo le pertenece? Preferimos menospreciarlas á tener que arreglarlas. Nuestros únicos deseos son la inocencia y la resignacion, porque preferimos ser virtuosos á ser pródigos. Los ricos son esclavos de su oro, y lo miran con más frecuencia que al cielo. ¡Qué locura! Nosotros somos prudentes porque somos pobres, y enseñamos á todos el modo de vivir bien y de arreglar sus costumbres» (1).

Despues que hemos visto á los romanos en sus mesas, en sus espectáculos públicos y en sus orgías, podemos muy bien tomarnos el permiso de introducirnos en la casa de una familia cristiana y ver cuál es su método de vida.

Luégo de vestidos los individuos de la familia cristiana, que madrugaba mucho, lavábanse cara y manos, cuya operacion repetían varias veces al día, especialmente ántes de orar, cuyo acto practicaban en un aposento especial; precedía al santo ejercicio la señal de la cruz. En las casas de los cristianos era el padre quien hacía la oracion, acompañándole los demas individuos; pero esta costumbre no se abandonaba aunque se compusiera la casa de un solo individuo.

Tertuliano, á quien hemos de recurrir á cada paso, nos dirá cómo oraban los primeros cristianos. «Oramos con los ojos elevados al cielo y las manos extendidas, porque son puras; con la cabeza descubierta, porque no tenemos de que ruborizarnos, y sin que nadie nos dicte fórmulas de oraciones, porque el corazon es el que ora. Miéntras oramos con las manos extendidas, despedazadnos si quereis con garfios de acero, clavadnos en la cruz, arrojadnos á las llamas, hundidnos el cuchillo en nuestro seno, y entregadnos á los animales voraces, pues el cristiano al orar os demuestra, solamente con su actitud, que está pronto á sufrirlo todo» (2).

---

(1) Minutius Felix.
(2) Tertul.—*Apolog.*

Segun refiere Clemente de Alejandría, al orar los primitivos cristianos se volvían hacia Oriente. Miéntras oraban revelaba su exterior natural compostura sin afectacion alguna que la demostrara. Acabada la oracion, que terminaba, como había comenzado, con la señal de la cruz, dirigíanse las familias á la iglesia, donde oían misa y comulgaban. Despues de estos actos de piedad, dirigíanse recogidos á sus casas para dedicarse á sus ocupaciones respectivas, porque los cristianos, al abandonar el gentilismo, eran aún más aficionados que ántes al trabajo que miraban como una virtud más que como obligacion.

«Somos casi de ayer, dice á este propósito Tertuliano, dirigiéndose á los paganos, y llenamos ya toda la extension de vuestros dominios, las ciudades, fortalezas y colonias, vuestras aldeas, consejos, campiñas, tribus y decurias, el palacio, el senado, el foro, y sólo os dejamos vuestros templos..... ¿Osais decir que somos inútiles al Estado? ¿Cómo? Habitamos con vosotros sin diferencia alguna en el modo de comer y vestir; con los mismos muebles y necesidades, porque no somos bracmanes ni gimnosofistas de la India que vivimos en los bosques y nos aislamos del trato de los hombres, no nos olvidamos de pagar á Dios el tributo del reconocimiento por todas las obras de sus manos, y nada rechazamos de lo que ha hecho, y únicamente tenemos cuidado de no usar de ellas con exceso y sin necesidad, y lo mismo que vosotros, no nos abstenemos de las cosas necesarias á la vida; como vosotros vamos al foro, á los mercados, á los baños, á las ferias públicas, á las tiendas y á las hosterías, navegamos con vosotros, empuñamos las armas, cultivamos la tierra, comerciamos y ejercemos las mismas profesiones que vosotros» (1).

Vemos que los romanos acostumbraban invocar á sus dioses ántes de la comida. Igual costumbre practicaban los primitivos cristianos. Á las doce del día suspendían sus trabajos y sentábanse á la mesa despues de terminada una lectura y hecha la señal de la cruz sobre los manjares (2). Con gra-

(1) TERTUL.—*Apolog.* cap. 37 y 42.

(2) Como documento curioso trascribimos aquí la oracion que debemos al apologista Orígenes: Oh, Vos, que dais el ali-

cias á Dios se terminaba la comida, entonando despues algunos cánticos y leyendo algunos versículos de la Biblia. La lectura y el canto alternaban durante la comida, hasta el punto que los sacerdotes encargaban á los padres de familia que á sus esposas é hijos les enseñaran himnos y cantos sagrados para cantarlos no sólo durante el trabajo, sino tambien en los actos de la comida.

Pasado algun tiempo en el trabajo, ó en obras de caridad los que podían hacerlas, volvían á orar á las tres. Al caer la tarde, y de regreso del trabajo, enseñaban los padres á sus hijos la ley del Señor, esperando entre santas pláticas la hora de la cena, á la que precedía la lectura de la Biblia y se acompañaba tambien con himnos y cánticos. Acabada la cena se leían otra vez los libros santos despues de haber dado gracias al Señor. Acostábanse, y á las doce de la noche se levantaban y dedicaban un rato á la oracion en comun. ¡Cuánto han cambiado las costumbres! Lo que hacían ordinariamente los primeros cristianos, ha quedado reservado, andando el tiempo, para las más austeras órdenes religiosas, porque no todas tienen sus reglas tan estrechas como lo era la vida que llevaban aquellos.

Si de la familia, en particular, pasamos á la sociedad, en general, nos asombrará de igual manera lo que veremos en los primeros tiempos del cristianismo. El eco de las predicaciones del Cristo, recientes entónces, parece que influía soberanamente en aquellos espíritus animados por el fuego de las máximas evangélicas. El amor fué el móvil del Nazareno, y el amor lo vivifica y mueve todo en la novel sociedad cristiana. No es solamente el amor de padres á hijos y vice-versa, de esposos á esposas, de amigos á amigos el que lo informa todo, sino que trasciende á todos los miembros de la sociedad, amigos y enemigos, porque las máximas del Cristo no solamente mandan amar á los que nos aman, sino á los que nos hacen mal. ¡Qué absorta quedaría la rencorosa raza romana al oir impuesto como un

---

mento á todo cuanto respira, concedednos que usemos santamente de estos manjares que nos ha preparado vuestra misericordia. Vos dijisteis, Dios mío, que cuando vuestros discípulos beberían algun licor emponzoñado no sentirían mal alguno, con tal que tuviesen cuidado de invocar vuestro nombre, porque sois infinitamente bueno y poderoso; quitad, pues, de este alimento todo cuanto podría dañar el cuerpo y el alma de vuestros hijos.»

precepto el amor á los enemigos, el amor á todos los hombres, sin distincion de clases, ni condiciones! ¡Qué estupor se apoderaría de los orgullosos patricios, tan engreídos por su alcurnia, al oir que debían llamar hermanos, y amarles como á tales, á todos los hombres, hijos de un mismo padre, ennoblecidos con iguales blasones unos y otros! ¡Qué repugnancia sentirían á tal igualdad y fraternidad!

Nuestros lectores habrán de dispensarnos que escojamos armas del arsenal rico de los Padres de la Iglesia para corroborar nuestras proposiciones: eran hombres ilustrados y la sabiduría es una cualidad digna de respetarse, sobre todo cuando la ciencia de un hombre corre parejas con su honradez.

Escribiendo el gran Jerónimo á una madre acerca del modo de enseñar y educar á su hijo, le dice, entre otras cosas lo siguiente: «Pensad en los sagrados deberes que os impone el precioso depósito que os ha sido confiado; escuchad, pues, el modo cómo debe ser educada un alma destinada á ser el templo de Dios. Las primicias de todas las cosas se deben especialmente al Señor, así es que las primeras palabras, así como los últimos pensamientos del niño deben ser consagrados á la piedad; la alegría de una madre cristiana consistirá en oir á su hijo pronunciar con débil voz é inseguro acento el dulce nombre de Jesucristo, en escuchar los sonidos aún mal articulados de aquella lengua delicada entonando piadosos cantos. Desde el momento en que sea posible ejercitar la memoria de vuestro hijo, hacedle aprender los salmos; sean el Evangelio y los escritos de los apóstoles, el tesoro de su corazon; haced que os recite diariamente algunos pasos del mismo, que serán como un ramillete de flores cogidas en las Sagradas Escrituras que os ofrecerá cada mañana; sean ellos sus primeras joyas y su adorno más precioso, sean ellos los habituales juegos que le ocupen en el momento de dormirse y en aquel en que se despierte.... No participeis de la máxima de que conviene enseñar cuanto ántes á la juventud ciertas cosas que sabrá despues, porque para contenerse no hay como ignorar las cosas cuyo conocimiento induce á desearlas; la ignorancia es la mejor garantía de la inocencia.»

«Preservad á vuestro hijo, dice el mismo Padre á otra madre cristiana,

de todos aquellos libros que introducen un lenguaje enteramente gentílico en el seno del Cristianismo; ¿qué puede haber de comun entre los cantos profanos del gentilismo y las castas melodías de la lira de los profetas? ¿Cómo es posible que estén acordes Horacio con David y Virgilio con los santos Evangelistas? En vano se dirá que la intencion no es mala; porque es siempre un escándalo ver á la vírgen de Jesucristo, á un alma cristiana en un lugar consagrado á los ídolos; nos está prohibido á un tiempo beber en el cáliz de Jesucristo y en el cáliz de los demonios.»

La buena educacion de los hijos era, pues, uno de los principales cuidados de los primeros cristianos: «Ó no tomamos el estado del matrimonio, dice uno de los primeros apologistas del cristianismo, ó si lo hacemos es únicamente para dedicarnos á la educacion de nuestros hijos, y sólo vivimos por ellos y para enseñarles la santa doctrina.» Nos haríamos hasta prolijos si debiéramos referir cuanto pudiéramos acerca de la educacion de los niños, base fundamental de toda sociedad bien organizada, y á pesar de que nos lo agradecerían hasta los pedagogos, por las muchas y sabias máximas que les presentaríamos á la vista, debemos prescindir de hacerlo y pasar á otras materias por no extralimitarnos.

La sociedad actual, en sus elementos constitutivos, tiene algunos puntos de contacto con la de los primitivos cristianos, aunque, por desgracia, no los tenga en sus máximas religiosas: aludimos á la diferencia de religion entre individuos de una misma familia. En aquellos tiempos, el amor de uno de los consortes para el otro, si por acaso, como sucedía á menudo, era cristiano uno de ellos é idólatra el otro, era todo lo dulce, afable y caritativo que imaginarse pueda, á fin de atraerlo suavemente al buen camino y hacerle atractiva la nueva religion que al fin le conquistaba. Despues de esto, huelga hablar de la armonía y concordia que reinarían en una casa cuyos individuos todos pertenecieran ya al cristianismo, alentándose todos con mútuos ejemplos y pláticas fervorosas para la perseverancia.

En ningun punto, como aquí, cuadraría hablar de la grave y trascendental cuestion que tan hondamente afecta á la paz de las familias y de los Estados y á la fuerza de estos políticamente considerados, como lo es la de

la unidad de creencia ó identidad de religion; pero, sobre que ya emitimos algunas ideas acerca de esto hablando de la civilizacion de alguno de los pueblos que hasta ahora llevamos recorridos, cuyos capítulos podrá recordar ó consultar el lector, creemos que no tendría interés la materia, porque es de aquellas evidentes por sí mismas, y no necesita mucha penetracion su perfecta inteligencia por poco que se la medite.

Si la unidad es una condicion indispensable en las obras artísticas y literarias; si en muchas—las más excelentes—composiciones literarias no basta una sola unidad, sino que se exigen varias, para que se les dé carta de naturaleza en la república de las letras; si la verdad es una; si lo que más se acerca á lo simple es lo más verdadero; si la unidad es una de las notas características y distintivas de la Iglesia que se precia de unidad necesaria y esencial en la fe, en los sacramentos y en subordinacion á un mismo y solo pastor ¿qué necesidad hay de entrar en demostraciones de lo indemostrable por su esencial sencillez y claridad? ¿Necesitan demostracion los primeros principios? ¿No se ha dicho hasta la saciedad que la union hace la fuerza? ¿No se ha dicho que todo reino dividido entre sí quedará desolado? ¿Se invocará quizas la libertad? Malhadada palabra que se la hace servir para abonar todos los desaciertos y amparar todas las locuras. ¿Pues qué, puede haber libertad para el error, para el suicidio? Sólo puede invocarse la libertad para la verdad, única que puede hacer libre al hombre. No, mil veces no, la libertad no quiere, no puede querer la desunion, la pérdida de un Estado, y el primer escalon que se baja para llegar en un pueblo á lo profundo de la anarquía primero y de la esclavitud despues, ha sido y es siempre el de la diversidad de creencias, orígen de todas las divisiones intestinas que acaban por debilitar el sentimiento nacional y borrar del corazon todas las virtudes distintivas de los pueblos grandes. En esta cuestion, como en otras muchas, graves y profundas, interesa mucho no dejarse alucinar por apariencias superficiales de cuya capa no consiguen pasar las vistas débiles; conviene penetrar más lejos, más allá de esas apariencias engañosas y llegar al fondo de la cuestion donde se revuelven confundidos los distintos factores necesarios para la resolucion del problema; cuyo planteamiento consiguen

solamente las inteligencias privilegiadas á quienes es dado distinguirlos, clasificarlos, ordenarlos, simplificarlos y resolverlos.

Pidamos á Tertuliano una de sus excelentes páginas donde nos pinta la union cariñosa y fraternal de los primitivos cristianos, admiracion y envidia, al mismo tiempo, de las sociedades paganas de aquella época: «Exclamais, hablando de nosotros: ¡Ved cómo se aman! y os admira porque distais mucho de asemejaros á nosotros. Mirad cómo están prontos á morir los unos por los otros, al paso que vosotros estais siempre dispuestos á mataros. Vuestros censores gritan siempre contra el nombre de hermanos que nos damos, porque entre vosotros todo título de parentesco es únicamente el signo de un afecto simulado; nosotros somos tambien hermanos vuestros por derecho de la naturaleza, nuestra madre comun, si bien sois muy poco humanos y no muy buenos hermanos; luego, ¡con cuánta más razon nos miraremos nosotros como tales, nosotros que tenemos un mismo padre que es Dios, que hemos sido iluminados por el mismo espíritu de santidad, que hemos nacido á la misma verdad, despues de haber salido de la misma ignorancia! Entre nosotros todo es comun; hasta los bienes que poseemos sirven para unirnos como á hermanos, lo que entre vosotros extingue casi siempre la fraternidad.»

Quizá nos domine la pasion, pero siempre hemos sentido irresistible atractivo, vivísima simpatía hacia los hermosos días de los primitivos cristianos. Un día resonaron gratísimas á nuestros oídos unas palabras, hijas de la cruz del Gólgota, que una tremenda revolucion se apropió; niños como éramos, creímos que mucho podía esperarse aún de la humanidad....! ¡ay! nos engañamos! deshojáronse nuestras ilusiones, secóse su manantial, y, léjos de reverdecer, se han secado más con los años. Leíamos lo dicho por Atenágoras acerca de la fraternidad de los cristianos, y la comparacion con lo que nosotros veíamos nos desalentaba y entristecía. «En los nombres de caridad que están en uso entre nosotros, decía en su tiempo, no debeis ver más que la expresion de los sentimientos que nos animan; á nuestros inferiores les llamamos hijos; á nuestros iguales hermanos, y á nuestros superiores padres, llamando á las cristianas, por igual razon, hijas, hermanas ó madres,

segun su edad.» ¡Qué tiempos tan patriarcales! ¡Qué siglos de oro aquellos!

Se nos habla ahora en todos los tonos y á cada momento de fraternidad y filantropía: palabras huecas, cuyo sentido no sabemos comprender; pero el gran Tertuliano, el gran pintor de las costumbres cristianas de los primeros siglos, nos dirá con su envidiable elocuencia en qué consistía la verdadera fraternidad y qué cosa era la caridad de aquellos hijos de la fe: « Cada uno de nosotros, escribe, apronta todos los meses su módico tributo, cuándo y cómo quiere, en razon á sus facultades; pues á nadie se obliga; todo es voluntario, y aquello forma como un depósito de piedad que no se consume en banquetes ni en estériles disipaciones, sino que se emplea en alimentar á los pobres, en darles sepultura, en el sustento de los infelices huérfanos, de los criados extenuados por la edad, y de los náufragos; en alivio de los condenados á las minas, de los desterrados léjos de su patria, ó de los detenidos en las cárceles por la causa de Dios.»

Y no vayan á creer nuestros lectores que la caridad ó la fraternidad de los primeros cristianos se limitara ó redujera al cuidado de sus correligionarios, porque alcanzaba tambien á sus mismos enemigos. El historiador Eusebio nos dice, en el libro VII de su excelente obra, que en una peste que desoló el Egipto se vió á los cristianos recoger en las calles públicas á los enfermos abandonados por los suyos, prodigándoles cariñosos cuidados, llevándoselos á sus propias casas, y prestarles los mismos servicios que á sus propios hermanos en la fe.

La calumnia se ceba siempre en lo que se aborrece: el cristianismo no debía librarse pues de ser calumniado, cuando no perseguido. Como la fraternidad entre los cristianos es universal, por considerarse todos ellos hijos de un mismo padre, miembros de una misma familia y herederos de una misma gloria, tratábanse como verdaderos hermanos, aunque nunca se hubiesen visto y por más que, geográficamente hablando, fueran de distintintas y remotas naciones. Semejante conducta se hacía sospechosa á los paganos y les acusaban por ella de pertenecer á una secta secreta con determinados signos para reconocerse. Minucio Félix, escritor del tercer siglo, autor nada sospechoso, aunque cristiano, por haber conocido de muchas

causas contra los cristianos, ántes de su conversion, por haber sido abogado y juez, dice en su diálogo *Octavius*, lo que sigue: «Lo que nos da á reconocer entre nosotros mismos no es, como pretendeis, señal alguna exterior, sino la inocencia y la modestia; sin embargo de lo que decís, á pesar vuestro nos amamos mútuamente, porque no sabemos aborrecer; y nos llamamos hermanos, porque somos los hijos de un mismo Padre, Criador de todos los hombres, y porque tenemos una misma fe y una misma esperanza para el porvenir.»

La llegada de un extranjero cristiano recuerda las leyendas homéricas ó los más hermosos pasajes bíblicos entre las familias de los Patriarcas. Luégo que llegaba un cristiano forastero procedíase á lavarle los piés y á deferirle todos los honores de la casa, incluso el rezo de todas las oraciones que decía él, ocupando el primer puesto en todos los actos de familia, reinando en ellos el mejor espíritu de santa amistad y pura alegría.

Amigos y enemigos, libres y esclavos, grandes y pequeños eran todos y sin excepcion para los cristianos objeto de tierna solicitud, cuyas necesidades socorrían, áun á costa de sus bienes y vidas; y como si todo esto fuera poco, y pasando de las necesidades que podríamos llamar materiales del hombre, á las verdaderamente espirituales, no perdonaban medio alguno para implorar de Dios bendiciones sobre sus propios enemigos, como lo vemos en las siguientes líneas de Tertuliano: «Para la salvacion de los Emperadores invocamos al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo; pedimos para ellos larga vida, un pacífico imperio, una paz inalterable, ejércitos valerosos, un senado fiel, súbditos sumisos, una tranquilidad universal, y cuanto el hombre y el emperador desean.»

No desmintiendo con los hechos las palabras, practicaban puntualmente lo que decían, hasta el extremo de ser cristianos los mejores súbditos del imperio. «Pagamos puntualmente y sin fraude todas las contribuciones públicas; los impuestos se recaudan mejor desde que hay cristianos en el mundo, porque cumplen el deber de satisfacerlos por principio de conciencia y de piedad (1).»

(1) TERTUL.—*Apolog.* cap. 30-42.

Creemos haber cumplido exacta y fielmente nuestro deber de presentar con imparcialidad y tan extenso como nos ha sido posible el cuadro de las costumbres de la Roma pagana, para venir en conocimiento de la civilizacion de aquella época; un deber de justicia nos obliga ahora á ser algo extensos tambien á fin de que sea completa la comparacion que pueda establecerse entre las dos sociedades, entre las dos Romas dominada todavía la una por el paganismo, iniciada ya la otra en los sublimes misterios del cristianismo.

Empeñamos nuestra palabra de ser imparciales; pero tambien pedimos que no se nos condene sin oirnos; no se nos acuse de reaccionarios, oscurantistas, retrógrados, atrasados, ni se nos apliquen calificaciones que ni admitimos ni merecemos. Si esto no basta, recordaremos lo dicho por Temístocles á Euribíades, cuando, irritado éste por la contestacion del caudillo reprendido por usar de la palabra ántes de tocarle el turno, acompañando la reprension con el ademan de pegarle con el baston, le replicó con calma: «Hiere y escucha» prevaleciendo su dictámen á pesar del enojo de Euribíades. Hiérannos aquellos de nuestros lectores que se irriten por lo que vamos á decir, pero escúchennos. Y, ántes de entrar en materia, permítasenos hacer observar que son muy dignas de estudio las páginas que nos prestarán los sabios apologistas de la religion, para redondear todas las ideas que nacen de lo escrito por distintos autores, acerca de las costumbres de los antiguos, cuyo conocimiento nos es en alto grado interesante.

En nuestras costumbres actuales se ha hecho casi una necesidad la asistencia en los teatros: no se concibe apénas una poblacion importante sin algun edificio destinado á los espectáculos públicos; por más que estos hayan pasado á ser un centro de especulacion mercantil en vez de serlo de escuela de las costumbres, como debieran.

Minucio Félix, á quien ya conocemos, decía en las primeras páginas de su *Octavius* dirigiéndose á los paganos de su época: «no asistimos á vuestros espectáculos, porque conocemos todos sus peligros.» ¿Cuáles son estos? En la imposibilidad de contestar nosotros la pregunta, oigamos la contestacion que nos dará Tertuliano, cuya autoridad es concluyente y abrumadora:

«El teatro es propiamente el santuario del amor profano; sólo se va á él en busca del placer. El encanto del goce enciende la pasion, la que se inflama á su vez por el atractivo de aquél; áun suponiendo que se guarde en el teatro una postura modesta y recatada, ¿quién puede asegurar que bajo aquel exterior tranquilo, bajo la máscara que el arte ó la condicion imponen, se mantenga el corazon impasible, y no hierva en el fondo del alma una secreta agitacion? No se busca el placer sin gustar de lo que lo proporciona; y es imposible que guste sin que medie un sentimiento de afeccion que es el más vivo aguijon del placer que se experimenta. Si la afeccion cesa, cesa el placer, y sólo se experimenta fastidio, conociéndose su inutilidad y que se pierde el tiempo; ahora pregunto yo, si puede esto convenir á los cristianos. Piénsese como se quiera del teatro, por más que se deteste, que se esté mal en él, que cause vergüenza la compañía que en el mismo se halla, basta concurrir á él para autorizar con su presencia á los demas que allí se encuentran; es ponerse en contradiccion consigo mismo. Lo que nuestro pensamiento condena, nuestro ejemplo absuelve: el que se encuentra voluntariamente entre los que cometen el mal, lo aprueba; así es que no nos basta no ser autores, queremos no ser cómplices, pues no habría actores si no hubiese espectadores.

»El amor impúdico entra en el teatro por los ojos y por los oídos; allí se inmolan mujeres á la incontinencia pública (1) de un modo más peligroso de lo que se haría en los lugares que nadie se atreve á nombrar. ¿Qué madre, no digo cristiana, sino honrada solamente, no preferiría ver á su hija en el sepulcro que en el teatro? ¡Cómo! ¿la ha educado con tanta ternura, con tantos cuidados para verla en tal oprobio? ¿La ha tenido noche y día debajo de sus alas maternales para entregarla al público y convertirla en un escollo para la juventud? ¿Quién no ve en aquellas infelices otras tantas esclavas extraviadas, en las que el pudor ya no existe? Vedlas cómo pavonean en medio del teatro todos los hechizos de la vanidad. ¿Acaso es nada para los espectadores pagar su lujo, mantener su corrupcion, darles su cora-

(1) No olvide el lector que Tertuliano escribía á últimos del siglo II y principios del III de la era cristiana.

zon en prenda y aprender de ellas lo que jamas debiera saberse?. . . . . Sea cual fuere el nombre de la accion que se represente en la escena, trajedia, comedia, pantomima, no hay pieza cuyo asunto no sea contrario á las costumbres ó á la humanidad: debilidad ó crímenes; no se ve otra cosa.

» Qué os enseña la trajedia? decídmelo. Aventuras fabulosas ó exageradas que no traen generalmente á vuestra imaginacion sino actos violentos ó vergonzosos, que valdría más haber olvidado, y que desarrollan en vuestra alma gérmenes dañinos que se declaran con imitaciones fieles en exceso.

» Qué os enseña la comedia? ¿qué ofrece á vuestra vista? El adulterio y la infidelidad, las intrigas de la seduccion y el deshonor de los esposos, indecentes bufonadas, padres burlados por sus criados y por sus hijos, viejos imbéciles y disolutos.

» Y la pantomima? Este espectáculo ofrece á vuestros ojos todos los desórdenes de una lujuria insolente, todo lo que una boca cristiana no tiene valor para pronunciar. ¡Qué escuela para las costumbres, ó mejor qué semillero de crímenes! ¡Cuántos alimentos para todos los vicios! »

¿Quién, al leer estos párrafos, no creería encontrar en ellos una pluma de nuestros tiempos, en lugar de otra que cuenta ya diez y siete siglos de fecha? Efectivamente, el adulterio, generalmente hablando, forma el argumento de todas ó de la mayor parte de las comedias contemporáneas de todos los países, y las exceptuadas se fundan en indecencias por el estilo tan repugnantes, ó muy poco ménos, como aquellas. Parece imposible que los esposos, que los padres no se avergüencen de llevar sus esposas é hijas á unos espectáculos donde el pudor padece violentísimos ataques, donde la moral es ultrajada y donde, en cambio, nada puede aprender en literatura la inteligencia más ávida de ocasiones que le presten alguna enseñanza. Pero, no anticipemos ideas que no podríamos desarrollar aquí debidamente, y veamos cómo los argumentos y contestaciones no han cambiado con el trascurso de los siglos. El mismo Tertuliano continuará presentando las objeciones y contestándolas admirablemente.

« Á mi edad, contestan, en la posicion que ocupo, con la fuerza de mis

principios ó el buen temperamento de mi constitucion, nada tengo que temer del teatro. ¡Vuestra edad! Sea cual fuere, no os libra de los peligros del teatro; jóven, os amenazan formidables, pues, ¿cómo defenderos de las impresiones voluptuosas que os cercan por todas partes y que no encuentran quien las rechace? El deber cede ante espectáculos que agitan todo vuestro sér, y que hablan más fuertemente á vuestro corazon que la conciencia. La vejez no es tampoco un buen preservativo; no, porque los hielos de la edad no apagan fuegos desde mucho tiempo encendidos y cuya voracidad aumenta el tiempo.

»La posicion que ocupais hace que sea para vosotros una necesidad, decís; pero, yo os contesto que la fe cristiana no admite más necesidad que la de obedecer á la ley del Señor. Hay circunstancias, decís, en que es indispensable asistir al teatro; pero, yo os digo que no hay ninguna en que sea permitido ofender al Señor. Os creeis seguros por vuestra constitucion, pero yo apelo á la experiencia, y en vista de sus diarias lecciones os preguntaré si jamas salió álguien del teatro del mismo modo que entró. ¿Qué me contestará vuestra inocencia si la interrogo? ¿Por qué camino habeis llegado hasta el teatro? Por el de las pasiones que deseaban ser satisfechas. ¿Qué habeis ido á ver? Todo cuanto podía agradaros, y todo cuanto os está prohibido imitar. Decidme de buena fe, ¿es aquel el puesto de un cristiano? El que se halla en el campamento enemigo indica que, infiel á su príncipe, ha desertado de sus banderas; pues ¡cómo! ¡os hallábais hace un momento en la Iglesia de Dios, y estais ahora en el templo del demonio! ¡hace un momento en la sociedad de los espíritus celestiales, y ahora en un impuro fango! ¡Cómo! ¡esas manos que acabais de elevar hacia el cielo, han podido aplaudir á un histrion! ¡Esa misma boca que se abría para cantar nuestros santos misterios, ha proclamado las alabanzas de una prostituta! ¿Qué os impedirá en adelante entonar himnos á Satanás?

»Sin embargo, replicais, no asisto más que á la representacion de obras buenas; pues hay espectáculos honestos que sirven de escuelas de moral. ¿Dónde están tales obras? Decid, en todo caso, que elegís las ménos malas; la eleccion no consiste aquí entre lo bueno y lo malo, sino entre lo más ó

ménos malo. ¿Acaso no se ve en todas la más pérfida de las pasiones? ¿Por ventura aquellas obras no cambian de naturaleza al ser representadas, siendo entónces mil veces más peligrosas por las infinitas seducciones con que son revestidas? ¡Vais al teatro como á una escuela de moral! ¡Vais á él en busca de modelos de virtudes cristianas! ¡Ah! no, no es esta vuestra religion, ó es una religion desfigurada. ¡Dignos intérpretes de la sagrada Escritura son vuestros poetas dramáticos! ¡dignos órganos del Espíritu Santo son vuestros actores!

»Voy allí para acompañar á mis hijos; pero ¿con qué derecho les permitís ir allá? No hay bastante con haberles comunicado, al engendrarles, el fuego de la concupiscencia, sino que quereis abrasarles en él conduciéndoles al foco de todas las pasiones? Les acompaño al teatro para que se reformen. ¡Cómo! ¿vuestra hija no puede educarse sin tener á una actriz por modelo, y vuestro hijo á un cómico por preceptor?

»Pero si no es más que un pasatiempo, decís; á esto contestaré que la mano que prepara el veneno homicida no frota los bordes de la copa con hiel y eléboro, sino con sustancias dulces é incentivas, á fin de ocultar la traicion y la muerte. Tales son los artificios del demonio; admírese la belleza de las escenas, la melodía de los cantos, la excelencia del poema, la pureza de la moral; y, sin embargo, no serán más que gotas de miel; el vaso de que manan está emponzoñado; el atractivo del placer no equivale al peligro que lo acompaña. Temed tan pérfidos halagos; vayan al teatro, que para ello se ha hecho, los libertinos, las mujeres perdidas, las almas descreídas; nuestros juegos, nuestras fiestas no están preparadas todavía, y no podemos sentarnos á la misma mesa, porque no nos es dable tenerlos por convidados. Todo llega á su tiempo; para ellos los placeres hoy, para nosotros las tribulaciones; el mundo, nos dice Jesucristo, estará en la alegría, y vosotros en la tristeza.....»

«¡No hay duda que los cristianos son salvajes y enemigos del Estado, y esto porque no asisten á vuestros festines, y porque consagrados á la verdadera religion, celebran los días de fiesta del Emperador con alegría puramente interior, y no con escandalosas orgías! ¡Grande prueba de afecto en verdad

es encender hogueras y poner mesas en las calles, celebrar banquetes en las plazas públicas, transformar á Roma en taberna, hacer correr arroyos de vino y divagar en comparsas de aquí por allí para provocarse unos á otros con escandalosas apuestas, con impúdicas miradas! ¿Acaso debe manifestarse la alegría pública por la vergüenza pública? Lo que viola la decencia en cualquier otro día, ¿puede ser decente en las fiestas del Emperador? ¡Oh! somos, en efecto, dignos de la muerte, porque hacemos votos por el Emperador, y porque tomamos nuestra parte en la general alegría sin dejar de ser castos, modestos y reservados en nuestras costumbres (1).»

Despues de todo lo que antecede, hecha la comparacion á que se prestan las dos épocas, la nuestra y la descrita por Tertuliano, confesemos que se necesita mucho descaro ó mucha ignorancia para desconocer ó negar la completa semejanza entre la civilizacion actual y la pagana, anatematizada por el animoso apologista del cristianismo. Nuestras costumbres—no lo disimulemos—son completamente paganas; y el catolicismo actual es teórico pero nada práctico en la inmensa mayoría de las personas que aún se atreven á llamarse católicas. Las costumbres actuales tienen todos los puntos de contacto posibles con las de la Roma pagana, y si debiera pintarse un cuadro escénico de aquella época, podría acudirse perfectamente á modelos actuales, cambiando solamente algunos accesorios de los trajes y adornos, para que saliera ajustado á la verdad.

Las costumbres de los primitivos cristianos eran una muda censura de las de los paganos; la diferencia era evidente por sí misma, y en la comparacion que maquinalmente se ofrecía á simple vista, salían siempre mortificadas las conductas desarregladas de los secuaces de la idolatría. El imperio, no obstante, era pagano y es propio de todos los Estados ser intolerantes contra los que no siguen sus principios religiosos, cuando no les anima el amor de la caridad. Consiguientes á esta máxima no podían llevar en paciencia los idólatras la prosperidad de los cristianos, á quienes acusaban de cuanto les contrariaba, como nos lo demuestra Tertuliano en una de sus elo-

(1) TERTUL.—*Apolog.* cap. 35.

cuentes páginas de su *Apologético*. «Si el Tíber sale de madre, dice, si el Nilo no cubre los campos con sus aguas, si el cielo niega la lluvia, si sobreviene un terremoto, una peste, un hambre, ¿qué haceis? Correis á los baños, no abandonais vuestras orgías, sacrificais á Júpiter, ordenais al pueblo mil supersticiosas ceremonias, buscais el cielo en el Capitolio, y esperais á que la lluvia caiga de la bóveda de vuestros templos, sin pensar en Dios, sin dirigirle vuestras súplicas. Nosotros, extenuados por los ayunos y penitencias, purificados por la continencia, apartando de nosotros todas las dulzuras de la vida, debajo del sayo y la ceniza, desarmamos al cielo, conseguimos su clemencia; mas, cuando hemos obtenido perdon, se dan las gracias á Júpiter. Vosotros sois, pues, los que constituís una carga para la tierra, vosotros que, desconociendo al verdadero Dios, os haceis continuamente culpables de los males que pesan sobre el Imperio, y que con una injusticia sin ejemplo, al aspecto de cualquier calamidad, gritais: ¡Los cristianos al leon! ¡Qué! ¡por un solo leon todo un pueblo de cristianos!»

Sólo haciendo siempre bien pudieron los cristianos, á fuerza de mucho tiempo, disipar las calumnias propaladas contra ellos, demostrando de esta manera prácticamente la grande diferencia entre la religion verdadera y las falsas; pero donde se descubrió la solidez y el verdadero carácter del cristianismo fué en las herejías y en los mártires, piedras de toque bastantes por sí solas para convencer á quien busque la verdad con sinceros propósitos. Es imposible estudiar el *Apologético* de Tertuliano y no deponer todas las prevenciones que puedan abrigarse contra la divinidad del cristianismo. «¿Quién ha examinado jamas, dice él mismo, nuestra religion sin abrazarla? Y ¿quién la ha abrazado jamas sin estar pronto á sufrir por ella?» Estos últimos tiempos han ofrecido brillantes ejemplos de lo dicho por Tertuliano.

* * *

Nuestra pluma ha escrito dos palabras que nos obligan á explicaciones, siquiera ligerísimas, para completar el estudio de la civilizacion en los pri-

mitivos tiempos del cristianismo, inseparables de la historia de la civilizacion romana.

Apénas en el inmenso campo de la doctrina cristiana aparecieron los primeros señales de germinar el trigo sembrado por el Cristo y sus discípulos, asomó ya entre la buena semilla la cizaña inseparable áun de los mejores sembrados. No aludimos á los emperadores romanos que se oponían á la prosperidad del cristianismo pasando los cristianos á sangre y fuego: otros enemigos más terribles y temibles que los Césares le salieron á la nueva doctrina apénas anunciada: los más serios enemigos del cristianismo fueron siempre los herejes, contemporáneos ya de los apóstoles, pero que aumentaron mucho en los siglos segundo y tercero.

Ya Simon Pedro tuvo que luchar con Simon Mago. El estudio de esta lucha es uno de los más atractivos é interesantes del cristianismo. Simon Mago, modelo imitado despues por todos los herejes de todos los siglos, apelaba á todos los medios, por reprobados que fueran, para hacer prosélitos y dar importancia á su partido. Tenía fascinados á sus discípulos y les dominaba por completo con sus obscenos encantos. Hábil en extremo, había estudiado el proceder del Cristo y ambicionaba nada ménos que hacerse pasar por el verdadero Mesías, predicando una nueva doctrina, que minaba los cimientos de la moral cristiana, dejándolo todo á la virtud de la divina gracia, ya que Dios tenía en cuenta la fragilidad humana, ensanchando más sus favores, habiendo pasado ya los tiempos de la ley rigorosa, pudiendo armonizar la misma idolatría con el fuego de la fe mantenido vivo en el corazon.

Á Simon Mago sucede Corinto, quien, comprendiendo cuánto puede la division para destruir, intenta nada ménos que establecer razas de cristianos, esperando la disolucion de la sociedad cristiana de la lucha consiguiente á la division.

Los Nazarenos pretenden hermanar el judaismo y el cristianismo. El recuerdo de esta herejía debiera desengañar á los que en nuestros tiempos pretenden conciliar el catolicismo con otro judaismo de peor especie que el de los Nazarenos.

Los Elionitas buscaron fortuna halagando las pasiones humanas, medio el más seguro para hacer prosélitos. La poligamia fué el medio de que se valieron para propagar su doctrina.

Los marcionitas admiten la coexistencia de dos principios, bueno el uno, malo el otro; y Bizancio ataca la divinidad del Cristo.

El maniqueismo, que es la doctrina de los dos principios, y el arrianismo que sólo reconoce la humanidad en Jesucristo, nacieron á mediados del siglo segundo y dieron días de luto á la Iglesia del Cristo.

Vemos pues que el cristianismo es no sólo perseguido por la espada de los verdugos sino por la dialéctica de los filósofos, y que se amontonan contra la Iglesia la calumnia, la proscripcion, la disputa, la muerte y el exterminio.

Neron acusa á los cristianos del incendio de Roma y decreta contra ellos la primera persecucion general, procediéndose en todas partes á la prision de los cristianos tratándolos como víctimas del odio público, añadiendo el insulto á los tormentos y sirviendo su muerte de diversion para el pueblo. ¡Si serían tolerantes los romanos!

De Roma pasó la persecucion á todos los confines del imperio, y miéntras Neron hacía matar á miles los cristianos, se les perseguía en provincias con no ménos furor. Derribáronse las dos más poderosas columnas del cristianismo, Pedro y Pablo, mártires de la ira neroniana.

Domiciano ordenó la segunda persecucion general contra el cristianismo: el célebre cazador de moscas quiso cebarse tambien derramando torrentes de sangre inocente.

Á Trajano se debe la tercera persecucion, siendo Ignacio, obispo de Antioquía y discípulo de San Juan, la víctima más ilustre de aquella general matanza.

Adriano, el supersticioso, inauguró la cuarta de las persecuciones generales. La gloria mayor del cristianismo, como ya lo expresó magníficamente el gran Tertuliano, es sin duda ninguna el no haber sido perseguido sino por mónstruos indignos por sus vicios de llamarse hombres.

Antonino, el *Pío*, ¡qué sarcasmo! puede vanagloriarse de haber iniciado

la quinta persecucion general, cabiéndole la triste gloria de haber desahogado su ira contra una ilustre matrona y sus siete hijos. Felicia era el nombre de la valerosa madre tan distinguida por la nobleza de su cuna como por su virtud.

Marco Aurelio es el sucesor de Antonino. Háse dicho de este emperador que no había publicado edicto alguno de persecucion contra los cristianos, pero los estudios históricos, guiados por la más severa crítica, obtienen diariamente notables adelantos y permiten aclarar muchas dudas ó equivocaciones en que han incurrido autores dignos, por otra parte, de todas las consideraciones.

Los estudios acerca de las actas de los mártires han derramado mucha luz sobre la historia de los primeros cristianos, para que puedan sostenerse ciertos datos desprovistos de otras pruebas, y las actas de san Siforiano dicen textualmente: «El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores y oficiales: Hemos sabido que los que ahoran se llaman cristianos violan las disposiciones de las leyes; prendedles, y si no sacrifican á nuestros dioses, castigadles con varios suplicios; de tal modo, sin embargo, que la justicia vaya unida á la severidad y que el castigo cese cuando cese el delito.» San Justino y san Policarpo fueron dos ilustres víctimas de la persecucion de Marco Aurelio.

Septimio Severo decreta la séptima persecucion, y ya sabemos que su crueldad le hacía digno de figurar entre los tiranos abominables. Las muertes de Perpétua y Felicia bastarían por sí solas para merecerle el título de tirano, si ya no lo tuviera merecido por los excesos á que se entregó despues de la derrota de Albino, gobernador de la Gran Bretaña, cuyo cadáver, despues de haberlo contemplado largo rato tendido en el campo de batalla, hizo pisar por su caballo.

Pasando por alto la persecucion particular bajo el reinado de Maximino, dirigida sólo contra los obispos y presbíteros cristianos, llegamos á la octava persecucion general decretada por Decio, de quien dice Lactancio: «Ha aparecido un mónstruo execrable llamado Decio, para asolar la Iglesia; nuevo Neron, manchó su mano en la sangre de su bienhechor, apoderóse del trono y volvió su furor contra los cristianos.»

Los tiranos se suceden y se parecen. Á Decio sucedió Valerio, iniciador de la nona persecucion con sangrientos edictos. San Lorenzo, honra de España, y san Cipriano fueron dos ilustres víctimas de esta persecucion.

Bajo el reinado de Aureliano hubo una persecucion particular que no pasó quizás á general por lo muy atareado que tuvieron al emperador todos los enemigos del imperio. Temiendo ya Aureliano por la seguridad de Roma, hizo fortificar esta ciudad. Sometió las Galias donde se mantenía Tétrico á quien forzó á rendirse. En Occidente cedía todo á las armas romanas y en Oriente se había levantado Palmira que era un poder temible. Zenovia, viuda de Orenat, era la reina del nuevo estado. Era Zenovia una mujer hermosa como Cleopatra, pero más casta que ella y más guerrera. Siendo aún muy jóven había acompañado á su esposo á los campamentos, y no le había abandonado en los peligrosos y rudos ejercicios de la caza. Hablaba el egipcio, el sirio, el árabe y el griego. Sintiendo viva pasion por las artes, llamó á su corte al célebre filósofo Longino, y el amor que supo inspirarle éste por la lengua griega y por las obras maestras de Homero y Platon la alejaron de sus valientes hijos del desierto, de sus invencibles árabes. Este apartamiento debía ser su pérdida. Intentaba Zenovia hacer de Palmira la capital del mundo, oponiéndola á Roma, como si no fueran providenciales los destinos de los pueblos y no hijos de los cálculos humanos, como quiere suponer alguno que otro imbécil, que no sabe leer las páginas de la historia. Zenovia embelleció su ciudad querida con monumentos admirables. Palmira, dice un autor, se eleva como una isla en un océano de arena: todas las caravanas se detenían debajo de las frescas palmeras de Tadmor, y sus mercaderes guerreros descansaban bajo de las columnatas de sus ricos monumentos. Sacudiendo Zenovia la tutela del pueblo romano, sometió el Egipto. Al saberlo, marchó Aureliano contra ella, apoderóse por traicion de Antioquía y cerca de esta ciudad dió una batalla á Zenovia en la que salieron victoriosas las armas romanas. Vencida por segunda vez Zenovia cerca de Emeso, vióse forzada á encerrarse en Palmira: siguióla Aureliano; sitió la nueva capital del Oriente miéntras enviaba á Probo al Egipto con encargo de someterlo. Defendióse Palmira tenazmente; pero, pudo más la fortuna de

Aureliano y tuvo que rendirse. Miéntras hacía éste sus preparativos para llevar á Roma sus águilas victoriosas, supo que Palmira se había rebelado otra vez. Fué contra ella Aureliano, destruyóla y redujo á ruínas la hermosa perla del Oriente. Sus ruínas, existentes aún, se han hecho célebres. Zenovia sirvió de adorno en el triunfo de su vencedor, al entrar en Roma cargado de laureles. Como la estátua del dolor iba Zenovia, cargada de diamantes y con una cadena al cuello que llevaba cogida un esclavo, delante del carro de triunfo en que era llevado el emperador. Roma recibió llena de asombro al que le devolvía momentáneamente el señorío del mundo. Estas guerras explican que tuvieran una calma relativa los cristianos durante su reinado.

Diocleciano, soldado afortunado y sucesor de Aureliano, decretó la décima persecucion general, que cierra la serie de las conocidas con este nombre. De él dice Lactancio: «Toda la tierra quedó inundada de sangre cristiana, desde el Oriente al Occidente.» Efectivamente, á pesar de contarse ya nueve persecuciones generales, y casi otras tantas particulares, comenzó realmente con Diocleciano la era de sangre, la era de los innumerables mártires.

El feroz Diocleciano, alarmado por los peligros que de todas partes le amenazaban, se asoció al imperio á Maximiano, soldado como él, y como él feroz y bárbaro. No satisfechos aún ante las tormentas que de todas partes amenazaban, nombraron dos auxiliares: Diocleciano nombró á Máximo Galerio para el Oriente y Maximiano á Constancio Cloro para el Occidente. Si éste pertenecía á una familia ilustre y estaba dotado de las cualidades indispensables para un buen jefe de gobierno, el otro era en cambio de humildísima esfera, idólatra hasta el fanatismo, feroz y cruel en todos sus actos y hasta ademanes.

Diocleciano no era amigo de Roma ni de su pueblo. Su despotismo se avenía mejor con las costumbres muelles de las ciudades del Asia y por esto prefería vivir en el Oriente, de modo que sólo dos veces entró en Roma durante el periodo de su reinado. Residía habitualmente en Nicomedia, que adornó con multitud de edificios, vistió al gusto oriental, y adoptó casi por completo el ceremonial persa de los antiguos reyes de aquel país. Adornó su

toga de púrpura con pedrería, oro y seda. Á instancias de Galerio publicó el edicto contra los cristianos, que dió comienzo á la más cruel de todas las persecuciones hasta entónces conocidas. La feroz matanza de la Legion Tebana basta por sí sola para dar triste fama á un reinado tan desastroso.

La Iglesia, para arraigarse entre tantos embates, no contaba, humanamente hablando, más que con dos elementos: la paciencia de los mártires y la ciencia de los apologistas.

La civilizacion había entrado en un periodo crítico: la sociedad debía salvarse ó perecer. La ira de los emperadores fué insuficiente, por espacio de tres siglos, para acabar con la paciencia cristiana; de la misma manera que toda la filosofía antigua debió enmudecer avergonzada ante la irresistible lógica de los apologistas del cristianismo. Las tinieblas del paganismo se desvanecieron á la claridad de los rayos de luz arrojados por el genio de los atletas de la fe; y si el paganismo disponía de la fuerza, de parte del cristianismo estaba la verdad.

No nos culpen nuestros lectores si una vez más les hablamos aquí del genio portentoso de Tertuliano, enviado por Dios para sosten de su Iglesia. Como si presintiera aquel gran talento las herejías que, andando los siglos, habían de conmover la paz de la familia cristiana, presenta á los herejes de su época un argumento que, al recordarlo, se nos hace incomprensible la existencia de un solo hereje. Se nos alcanza perfectamente la impiedad, la incredulidad, el indiferentismo, el ateismo; pero no se nos explica la herejía. Dicho esto, se comprenderá perfectamente que no nos asombra codearnos con un deista, un ateo, un materialista ó lo que sea, pero se nos atraganta un protestante. «La verdadera Iglesia, decía Tertuliano, es la que sin interrupcion se remonta á Jesucristo; la Iglesia católica es la única que se remonta sin interrupcion hasta á Jesucristo; luego la Iglesia católica es la verdadera. ¿Quién sois? ¿de dónde venís? (les dice Tertuliano á los herejes) aparecísteis ayer, acabais de nacer; anteayer nadie os conocía. Al primer paso os salgo al encuentro, os dice la Iglesia católica. Yo existía ántes que vosotros, yo me remonto hasta á Jesucristo; yo he trasmitido al universo sus lecciones y las de los apóstoles. Vosotros que nacísteis ayer, ¿qué haceis en mi casa,

no siendo de los míos?... ¿Cómo os atreveis á pensar y á vivir aquí á discrecion, aquí, que es mi casa? Hace largo tiempo que la poseo, mi posesion data de ántes que la vuestra; desciende de los antiguos poseedores, y pruebo mi descendencia con títulos auténticos; estos títulos son la no interrumpida sucesion de nuestros obispos desde los apóstoles, y la uniformidad de su doctrina con la doctrina apostólica. »

Asombra el número de libros, nutridos todos de excelente y profunda doctrina, que publicó el infatigable Tertuliano.

Digno compañero de este fué Orígenes, en cuya *Refutacion de Celso* hay compilado cuanto se necesita para solventar todas las objeciones que puedan presentarse contra el cristianismo.

* * *

Vimos que Diocleciano se procuró auxiliares para la gobernacion del Estado. Esta division de poder no podía subsistir. Al dejarlo Diocleciano y Maximiniano, lo conservaron Constancio y Galerio. Constancio que continuó administrando el Occidente, consiguió captarse el amor de sus soldados y de sus súbditos; miéntras Galerio conservó el imperio de Oriente. Constantino, hijo de Constancio, estaba al servicio de Galerio que le retenía á su lado por darle recelos su carácter activo. El mal estado de la salud de su padre le hizo partir para Bolonia donde estaba éste que murió en York (Bretaña). Las tropas proclamaron augusto á su hijo Constantino, pero Galerio le reconoció solamente como César y dió el título de Augusto á su favorito Severo.

Roma se ofendió por el abandono en que la tenían los emperadores y proclamó á Magencio, hijo de Maximiano. Severo atacó al emperador que se había dado Roma, pero fué vencido y tuvo que suicidarse. Maximiano, padre de Magencio, contrajo alianza con Constantino y le dió su hija Fausta en matrimonio; pero Constantino, á pesar de su matrimonio, se mantuvo

neutral, esperando que se destruyeran mútuamente sus rivales. Galerio reemplazó á Severo por Licinio. Maximiano, que gobernaba la Siria y el Egipto, tomó tambien el título de Augusto, viéndose así gobernado á la vez el imperio por seis emperadores desavenidos. Maximiano fué el primero de estos que perdió su título. Había ido á Iliria, disgustado de su hijo, y Galerio le arrojó de allí. Refugióse luégo al lado de su yerno Constantino que estaba entónces á orillas del Rhin. Corrió el falso rumor de su muerte que favoreció á Maximiano para declararse emperador en las Galias. Constantino se dirigió allá y Maximiano se vió obligado á quitarse la vida. Galerio murió en Sardica víctima de una enfermedad cruel y fea que cubrió su cuerpo de úlceras. Maximiano y Licinio se repartieron sus despojos; tocando al primero el Asia y al segundo la Europa.

Magencio fué el primero de los cuatro emperadores que perdió su trono, por efecto de su conducta cruel é indigna que observó en Roma, despues que el pueblo y el Senado le habían elevado á la dignidad imperial; pero Constantino libertó á Italia de aquel mónstruo. Irritado Magencio por la muerte de su padre, quiso vengarla; pero Constantino voló atrevidamente á Italia y cerca de Turin derrotó al primer ejército de Magencio, favoreciéndole tambien la victoria en otra batalla cerca de Verona, y quitándole toda esperanza en otra tercera. Magencio, fugitivo, se ahogó en el Tíber.

Constantino entra victorioso en Roma, donde acepta el título de Augusto y de Pontífice que le otorgó el Senado, y recibió ademas los honores del triunfo. El África y las provincias se apresuraron á reconocerle como emperador, y entónces se dedicó Constantino á los cuidados del gobierno en todos sus ramos, destruyendo la anarquía administrativa, publicando leyes sabias, protegiendo las artes y las industrias; restableció las buenas costumbres y reformó el calendario.

Al entrar en Roma el nuevo señor del mundo, llamó cerca de sí al papa Silvestre para que le instruyera en las verdades de la religion cristiana, á la que profesaba especial cariño en lo íntimo de su corazon, é hizo profesion pública de ella, publicando en seguida un edicto en favor del cristianismo declarado religion del Estado.

La civilizacion entra en un periodo nuevo, pero que formará época no sólo en los anales del cristianismo, sino tambien en los del mundo todo. La cruz separa dos mundos, el antiguo y el nuevo; dos civilizaciones, la pagana y la cristiana.

Por de pronto, y hecho ya cristiano Constantino, debe recordarse que tenía debajo de su cetro tanto territorio como Augusto y Trajano, y que en cuanto á la administracion de tan vasto imperio, renovó enteramente las costumbres, leyes y usos; sustituyó sin conmocion alguna la religion cristiana, que adquirió existencia social, á los relajados ritos de la idolatría; en su consecuencia tomaron otro carácter los vínculos de familia, la accion del poder y las relaciones de los pueblos; la literatura y las artes recibieron distinto impulso, con lo que se completó la division de las dos grandes épocas que separan el mundo pagano del cristiano.

El hecho empero más trascendental de la vida de Constantino, el que más debía influir, sin darse cuenta quizas ni él mismo de ello, en los futuros destinos del mundo entero, fué la traslacion que llevó á cabo de la silla del Imperio de Occidente á Oriente, de Roma á Bizancio.

Había pensado Constantino reedificar la ciudad de Troya, para que reemplazase á Roma, pero Bizancio le ofrecía ventajas mucho mayores bajo diversos aspectos, y apresuró la edificacion de la nueva metrópoli del orbe que estuvo terminada en mayo del año trescientos treinta. La nueva córte llegó casi á exceder á Roma en el lujo de los trajes, en la pompa de las solemnidades y en la profusion con que se distribuían empleos, títulos y dignidades.

¿Cuál fué el motivo de la traslacion de la residencia imperial á Oriente? ¿Por qué estableció allí Constantino el centro del gobierno? Por vía de suposicion se ha dicho que lo hizo persuadido de que la corrupcion de costumbres y los vicios todos estaban tan arraigados en el corazon de Roma, que sería imposible arrancarlos, y de que el único medio tal vez de conservar aquel poder que amenazaba desplomarse y hundirse por siempre, sería el de llevarlo á sus dominios donde sería su accion más fácil, rápida y enérgica.

Exiguas pruebas dan los que tal dicen de penetrar en las regiones eleva-

das donde se han de fijar las miradas que nos deben descubrir la filosofía de la historia. La Providencia tiene preparado *ab æterno* el órden de los acontecimientos, digan lo que quieran los que subordinan la suerte de las naciones á simples cálculos de la política humana, y en la traslacion de la silla del Imperio de Occidente á Oriente hecha por el animoso Constantino, hemos de ver algo más que un simple hecho humano, algo más que un mero cálculo político, que revelaría menguado corazon en el emperador que tantas pruebas dió de tenerlo grande, y supondría que los grandes destinos de la humanidad están abandonados ó confiados al azar ó al capricho de quien no puede llevar la prevision más allá de un muy reducido espacio de tiempo, insignificante por demas, comparado con la duracion del tiempo que deba existir la humanidad.

La Providencia preparaba las divisiones del imperio anteriores á Constantino. El despotismo militar precedió á las revoluciones que se siguieron á la abdicacion de Diocleciano, que preparó á su vez el restablecimiento de la unidad del imperio en Constantino. Al entrar éste en Roma cargado de laureles, se encontró con un soberano, que dominaba en la Ciudad Eterna, no por la fuerza de las armas, sino por la obediencia voluntaria de sus súbditos, y con una atmósfera creada por las nuevas costumbres cristianas que imposibilitaba la existencia de dos poderes tan universales, pero tan distintos, como lo eran entónces el espiritual ejercido por Silvestre y el temporal representado por el emperador. Éste, cristiano ya, debía prestar vasallaje al supremo Gerarca de la Iglesia, y el poder espiritual habría eclipsado al temporal, por ser de un órden superior.

Si los sucesores de Constantino no vivieron todos en Bizancio, tampoco eligieron por su capital á Roma. Valentiniano I y Graciano residieron en Tréveris. Valentiniano II en Milan. El mismo usurpador Eugenio que acarició la ilusion de restaurar el imperio de la Roma pagana, no tuvo valor bastante para trasladar su capital á Roma, y vivió hasta que le mató Teodosio, en la ciudad de Milan.

No hemos de hacer un curso de historia, ni es tampoco de nuestra incumbencia en este trabajo tratar de la candente y actual cuestion de Roma

capital de Italia; pero, no creemos extralimitarnos diciendo que la civilizacion y la moral ganarían mucho si los que deben hacerlo imitaran la conducta de Constantino, quien cedió lo que era suyo no estando obligado, miéntras ahora se retiene lo usurpado contra la voluntad de su legítimo dueño, y á pesar de las protestas, tan continuas como enérgicas, protestando de la usurpacion. Los ejemplos que vienen de arriba causan honda mella entre el vulgo, y cuando los poderosos retienen lo que no es suyo, es inútil pretender que el pueblo crea que es un delito robar.

* * *

De más está recordar los beneficios que debe la civilizacion á las disposiciones de Constantino. Todas las naciones sintieron su influencia por el radical cambio que experimentaron las costumbres y hasta el modo de ser de las sociedades.

Á pesar de que ya conocemos mucho la constitucion de la familia pagana, veamos, respecto de la moral, la pintura que nos hace de ella un autor moderno, para que resulte más evidente la diferencia entre ella y la cristiana. «Los desórdenes, dice, hacia los cuales se siente el hombre tan fuertemente impulsado, eran no sólo permitidos, sino honrados, y se conferían recompensas á los hombres que á ellos se entregaban; hay más, autorizados y consagrados con el ejemplo de los dioses, eran, en cierto modo, obligatorios. Los excesos de intemperancia y de lujuria formaban el fondo de los misterios de Baco, de Cibeles y de Vénus; entregarse á una prostitucion pública era un acto religioso. Los dioses fomentaban tambien el ardiente deseo de las riquezas, áun cuando se tratase de adquirirlas por medios ilícitos; los ladrones invocaban á Mercurio y á la diosa Laverne para el feliz éxito de sus empresas. La idea de una vida futura no derramaba sombra alguna de amargura en los placeres de la vida presente; en el Tártaro sólo se castigaban ciertos crímenes monstruosos, hacia los cuales sienten los

hombres instintivo horror, y que casi todos evitan sin esfuerzo; los demas desórdenes no impedian la entrada en los Campos Elíseos (1).»

Todas las desventajas y dificultades se encontraban de parte del cristianismo para luchar ventajosamente contra estos excesos del paganismo. No satisfecho aquél con prohibir los actos públicos y externos que el gentilismo colocaba en la categoría de virtudes, vedaba terminantemente los internos y secretos como un pensamiento pecaminoso, un deseo reprobable, una mirada furtiva; y á los deleites sensuales y placeres refinados á que se entregaban en virtud de su religion los paganos, oponía el cristianismo las privaciones, los ayunos, la oracion, las mortificaciones, la observancia de leyes completamente opuestas á las costumbres dominantes y, sobre todo, el precepto más duro y humillante de la confesion de los propios defectos.

Y si de estas observaciones de un órden reservado, pasamos á los actos públicos ¿qué contraste se nos presenta en las distintas costumbres? «Para honrar á los dioses, continua diciendo el autor que acabamos de citar, reuníanse en soberbios templos, decorados con estatuas que eran otras tantas obras maestras; sacerdotes magníficamente vestidos inmolaban víctimas adornadas con pompa; jóvenes de ambos sexos, cubiertos de largas túnicas blancas y coronados de flores, servían de ministros; todo el pueblo ostentaba lo más rico que tenía. Los emperadores, los cónsules, los magistrados, los senadores, con la pompa de su dignidad, daban nuevo realce al brillo de las ceremonias; el aire estaba impregnado de los dulces perfumes que contínua y profusamente quemaban; las voces más bellas y los más armoniosos instrumentos formaban agradables conciertos; y al sacrificio seguían festines, bailes, juegos, combates de gladiadores, iluminaciones y espectáculos. Estas eran las fiestas de los dioses, diversiones públicas y comunes, á las que Roma consagraba casi la mitad del año.»

Léjos de este cuadro tan halagüeño y seductor presentaba el Cristianismo una perspectiva más del porvenir que de actualidad, porque miéntras prometía recompensas eternas, inefables para sus fieles, exigía no obstante

(1) HULLET, *Historia del establecimiento del Cristianismo*.

el desprecio propio, oraciones rebeldes á los sentidos, sin ningun género de espectáculo, exceptuadas algunas tristes imágenes, acompañadas de algun recuerdo de sangre, que ningun aliciente ofrecían al fiel en pos de recompensas cuyo fundamento estribaba sólo en la fe; y la predicacion de la nueva doctrina se emprendió en la época ménos propicia para tan árdua empresa, humanamente hablando; porque, atendiendo al saber, corría entónces precisamente el siglo de Augusto, el más corrompido pero el más ilustrado tambien; y en cuanto á depravacion, sabemos ya á qué atenernos por lo que tenemos dicho en capítulos anteriores. Ademas, las circunstancias que acompañaron la muerte del fundador del cristianismo, se prestaban magníficamente para las calumnias propaladas contra los cristianos por los judíos y los gentiles á la vez. «Los discípulos de Cristo, decían estos, son ateos cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; hechiceros tenebrosos que para realizar mejor sus criminales designios no quieren entre ellos ni sabios, ni hombres virtuosos ó ricos, sino únicamente tontos, niños, mujerzuelas, esclavos, malhechores, semejantes á los que han inventado tan abominable supersticion, y, cuyo jefe, entregado á Pilatos por su propia nacion, ha sufrido justamente el infame suplicio de la cruz; mónstruos con faz humana que en sus nocturnos festines degüellan á un niño, cuya sangre beben, y cuya carne palpitante comen con delicia, despues de lo cual se entregan á la mayor disolucion.»

Esto no obstante, el Cristianismo triunfará de todo y se propagará más allá de los confines del Imperio romano, avasallándolo todo, civilizándolo todo. «Los hielos del Norte, ha dicho un autor á quien ya hemos citado, los calores del Mediodía, la inmensidad del Océano, la aspereza de las montañas, las arenas de los desiertos, serán impotentes barreras para detener su curso. El colosal imperio de los Césares, que se cree él solo el universo, no será más que una parte de la Iglesia que se quiere establecer; el soberbio romano, el perezoso asiático, el voluptuoso indio, el estúpido moro, el orgulloso germano, el feroz escita, entran todos en aquel proyecto. El Evangelio será predicado en las Sinagogas de los judíos, en los templos de los ídolos, en las academias de Atenas, en las plazas de Roma, en la corte de

los señores del mundo. El pretendido imperio de los climas, la antipatía de las ideas, la rivalidad de la gloria, los celos de la dominacion, la oposicion de intereses, la diferencia de costumbres, la diversidad de trajes, los vicios característicos de las naciones no deben impedir á los pueblos todos el reunirse en una misma sociedad, el adoptar igual creencia, el observar las mismas máximas, el ejercitarse en iguales virtudes y el mirarse como hermanos (1).»

Pero esta universalidad de la empresa no será de un año, ni de un siglo, sino que durará lo que dure el mundo.

En el siglo tercero creyó Diocleciano haber dado buena cuenta del cristianismo al que creyó aniquilado y quiso perpetuar su victoria en lápidas de mármol para eterna memoria. Las inscripciones dicen textualmente traducidas lo siguiente:

DIOCLECIANO JOVIANO, MAXIMIANO HÉRCULES,
CÉSARES AUGUSTOS,
POR HABER EXTENDIDO EL IMPERIO ROMANO EN ORIENTE
Y EN OCCIDENTE,
Y POR HABER EXTINGUIDO EL NOMBRE DE LOS CRISTIANOS
QUE CAUSABAN LA RUINA DE LA REPÚBLICA

DIOCLECIANO, CÉSAR AUGUSTO
POR HABER ADOPTADO Á GALERIO EN ORIENTE;
POR HABER ABOLIDO POR TODAS PARTES LA SUPERSTICION
DE CRISTO;
POR HABER EXTENDIDO EL CULTO DE LOS DIOSES (2).

(1) BULLET.—*Historia del establecimiento del Cristianismo.*

(2) DIOCLET. JOVIUS, MAXIM. HERCULEUS,
CÆSS. AUGG.
AMPLIFICATO PER ORIENTEM ET OCCID. IMP. ROM.

El testimonio de diez y seis siglos se levanta unánime en todo el mundo para acusar de falsedad al soberbio emperador, como se levantarán otros tantos para desmentir á los presumidos que intenten aniquilar la obra del humilde y oscuro Nazareno.

Si es verdad, como lo es, que por los frutos se conoce el árbol, y que por los efectos se viene en conocimiento de las causas que los producen, veamos qué es el cristianismo, por los frutos que dió ó por los efectos que produjo.

Once millones de mártires de toda edad y condicion, sacrificados en el espacio de tres siglos, á las iras de los emperadores, suponen un número inmenso de cristianos, y estos suponen un paso de gigante dado en la civilizacion de los pueblos. Si estos se civilizaron ó no, podrá decírnoslo la notable diferencia observada en las costumbres de aquella época entre gentiles y cristianos, y la actual entre los pueblos del Cristo ó los que están aún sentados en las sombras de la muerte.

La civilizacion se ha hecho estacionaria para los pueblos que no conocen ó no siguen la doctrina del Nazareno, segun lo hemos visto en el viaje que llevamos ya hecho despues de comparados los antiguos tiempos con los modernos. Sólo adorando al Cristo es como consiguen los pueblos entrar en la ancha senda de la civilizacion y progreso, de la misma manera que se extravían de ella una vez reniegan de él para caer otra vez en los precipicios de la esclavitud y barbarie.

¿Conservaron los pueblos la civilizacion inseparable del cristianismo? ¿No está este herido de muerte? ¿no ha sonado su última hora? ¿no ha representado ya su papel y no debe ya ceder su puesto á otros sistemas más adelantados?

ET NOMINE CHRISTIANOR. DELETO
QUI REMP. EVERTERANT.

DIOCLETIAN. CÆS. AUG.
GALERIO IN ORIENTE ADOPT.
SUPERSTITIONE CHRISTI UBIQ. DELETA.
CULTU DEORUM PROPAGATO.

No podemos extendernos en las contestaciones que daríamos gustosos á todas estas preguntas; pero conste que sólo la ignorancia y la soberbia informadas ambas por la mala fe, pueden hacerlas. Tres siglos de persecuciones crueles, la extensa lista de los apologistas y el cambio innegable de la sociedad prueban que el cristianismo no puede envejecer, ni caducar, ni ser sustituído. Los tiranos agotaron todos los recursos de su ferocidad y no pudieron dar el golpe de gracia en el largo espacio de tres siglos á los débiles confesores del judío crucificado; los herejes aguzaron toda la sutileza de su ingenio, hasta el punto que desde el siglo cuarto del cristianismo es ya imposible hacer ninguna objecion nueva contra él, y no lograron conmover lo más mínimo los sólidos fundamentos del edificio levantado por el oscuro Nazareno auxiliado por doce ignorantes. ¡El Cristianismo agonizante! y quién lo dice? Vamos á ser francos. Los que tal aseguran se dejan llevar por falsas apariencias. Nos explicaremos. Con la historia en la mano no saben distinguir los enemigos del Cristianismo lo que es de su esencia de lo que sólo le es accidental. Diez y nueve siglos há que es la misma la moral y son los mismos los dogmas del Cristianismo: contradecir esto es desconocer la religion é ignorar la historia: en la disciplina, en la liturgia puede haber cambiado y ha cambiado la Iglesia, porque, siendo, como es una sociedad, es libre de adoptar y adopta lo que le es más conveniente para su vida, dadas las circunstancias de lugares y tiempos en que se encuentra y por qué pasa. Más aún; siendo una sociedad formada por miembros humanos, y no debiendo Dios prodigar los milagros, claro está que así los miembros como los sacerdotes de dicha sociedad deben moverse dentro de las leyes naturales, sin influencia alguna exterior sobrenatural exceptuados muy raros casos, por motivos muy especiales y dependientes únicamente de la libérrima voluntad y absoluta omnipotencia de Dios. Estando pues dentro del órden natural la economía ordinaria de la Iglesia, es evidente que así sus miembros como sus sacerdotes deben moverse dentro del libre albedrío indispensable para el mérito ó demérito de los actos humanos, y es, por lo tanto, evidente que pueden unos y otros obrar con arreglo á los preceptos divinos y eclesiásticos ó contravenirlos; corriendo por cuenta de Dios el mantenimiento

de su Iglesia en el mundo, independientemente del libre albedrío humano, quedándole á él la facultad indiscutible de exigir á cada cual la cuenta de su conducta, premiándole ó castigándole segun le dicte su eterna justicia.

El libre albedrío no se pierde ni menoscaba por el carácter sacerdotal, ni éste borra las pasiones del que lo adquiere; y de ahí resulta que los misterios de la religion y la administracion de sus sacramentos quedan depositados en manos de hombres sujetos á las mismas pasiones que tenían ántes y que tendrán miéntras vivan; con lo que se comprende perfectamente que si un cristiano, en uso de su libre albedrío, puede cometer una transgresion de los preceptos divinos, puede igualmente cometerla el que, al carácter de cristiano junta el del sacerdocio; pero es más que necio y ridículo pretender que esa transgresion afecte en lo más mínimo á la esencia de la religion, como sería necio y ridículo pretender que un agua mineral perdiera su constitucion química por estar encerrada en una botella de mayor ó menor valor material.

Partiendo de estas ideas, compadezcamos la falta de lógica de los que califican la bondad de la religion por la de sus ministros. Harto sabemos que los hay malos; harto sabemos que al pié de la cruz, en el Gólgotha, exceptuado el pariente del Cristo, ni uno solo estuvo de los doce apóstoles para apagar la sed del mártir, ó enviarle un consuelo de eterna amistad en las tres inmensas horas de mortales agonías y horribles soledades; harto sabemos que ántes de esa cruel soledad y amargo desengaño, le había vendido uno, negado otro, y abandonado tres que consigo se había llevado al huerto de sus agonías, para que velasen con él en los espantosos instantes precursores de sus inauditos tormentos; harto sabemos que los que no supieron resistir el sueño en el huerto y los que no parecieron en el Gólgotha, pedían no moverse del Tabor; harto sabemos..... no debemos decir todo lo que sabemos; pero, prescindiendo de que no somos mejores nosotros que ellos, y que, por lo tanto, no somos nosotros los autorizados para arrojarles la primera piedra, ¿qué tiene que ver su conducta más ó ménos cristiana, más ó ménos relajada, si así se quiere (que esto y mucho más concedemos, para que

no se nos tache de inocentes) con los dogmas y la moral que forman la esencia del Cristianismo?

La historia de la Iglesia tiene páginas muy negras, ennegrecidas por las gravísimas faltas de sus sacerdotes en siglos muy anteriores á los nuestros, y, sin embargo, el cristianismo vive, y vive muy robusta vida, y muy míope ha de ser quien no vea su robusta vitalidad en todas las partes del mundo. ¡Que sus sacerdotes son relajados, ignorantes, moradas de todos los vicios!... Razon de más para admirar las hondas raíces de una religion que sus mismos ministros no pueden destruir por más esfuerzos que hagan por conseguirlo. No olviden esto los que todos los días y en todos los tonos anuncian fatídicamente la última hora del Cristianismo, que no vieron Neron, Diocleciano, Juliano, ni todos los tiranos juntos; que no vieron Arrio, Mahoma, Lutero; y que no han visto diez y nueve siglos de persecuciones, heregías, apostasías y sofismas de todo género. Cuando no muere una religion que se opone á la satisfaccion de las pasiones, á pesar de satisfacerlas los que debieran no sólo mortificarlas en sí propios, sino predicar con el ejemplo (no con palabras) la mortificacion en los demas, acompañando las palabras con las obras y vice-versa, no hay que fatigarse por verla perecer, ni hay que anunciar á voces su última hora, porque no han de verla los que la pregonan y desean.

¡Cuántas páginas dedicaríamos, si pudiéramos, á la demostracion de la robustez de la doctrina verdadera y única fuente de la civilizacion de los pueblos! ¡Qué hubiera sido del mundo, sin el Cristianismo que lo regeneró, entregado como estaba á la depravacion de la inteligencia, á la del corazon, y á la de todo sentimiento moral! El cristianismo es la única religion, entiéndase bien, la única que es de consuelo para la humanidad: quitadla á esta el consuelo, tal como están hoy constituídas las sociedades, y el mundo ha de perecer irremisiblemente revolcándose en mares de sangre y entre montañas de cadáveres. Escasa habilidad política demuestran los llamados impropiamente hombres de Estado que se esfuerzan por descristianizar el mundo. No ignoramos que es otro su ideal, pero han equivocado el medio de conseguirlo. Queriendo hacer la guerra á objetos que ni queremos men-

tar, se valen de recursos que darán distintos resultados de los que apetecen: hacen el vacío al rededor de las clases desvalidas; en su triste soledad se habrían consolado con lenitivos que no son ya de este mundo, y se comete la villanía de arrebatárselos. ¡Ay del día que los pueblos oigan una voz (que la oirán) llamándoles al exterminio! ¡Ay del día que en la silenciosa soledad del corazon de los pueblos suene la hora (que sonará) de las terribles venganzas! La justicia de Dios no queda sin satisfaccion, y ¡ay de los pueblos que han de sentirla! El mundo actual está inundado de injusticias: de arriba para abajo sólo se ven víctimas sacrificadas á todas las iniquidades; y no hay prescripcion para las venganzas divinas. Si la eternidad de Dios es la causa de su paciencia, su justicia es infinita y eterna tambien, y ¡ay de los que deben sufrir una justicia infinita y eterna, siendo ellos finitos y temporales, como lo son los pueblos, ya que no lo son los individuos que los forman, para los efectos de la justicia!

Se abusa hasta el exceso de la bondad, de la paciencia y de la miseria de las clases desvalidas; se cometen injusticias espantosas contra ellas en todos los terrenos, en el moral, en el político, en el civil y hasta en el religioso: en la vida de las sociedades y en su relacion con la del mundo son los siglos lo que las horas en la de los individuos: este es el engaño de los necios que desafían las iras de Dios, creyendo que en el reloj de la eternidad dan las horas regulándolo por el tiempo; pero ¡ay del que deba llamarse á engaño!

Tres siglos permitió la paciencia de Dios que desahogáran su rabia los tiranos contra la religion de su Cristo; estos tres siglos son escasamente tres minutos del tiempo que entra en el inmenso círculo circunscrito por la eternidad; no ha cumplido aún un siglo desde que la nueva era de nuevas persecuciones se inició con torrentes de sangre y de blasfemias y de locuras, cuyos ecos oímos ahora, y cuyas sombras gigantescas, reproducidas al resplandor de inmensas hogueras, hemos podido contemplar, dominados por la zozobra, precursoras de otras más voraces que devorarán lo que aquéllas respetaron; ¡oh sí! están sembrados los vientos y se oyen lejanas tempestades que se forman tumultuosas, destructoras, en el seno de tinieblas interiores

que la ciencia no analiza; ¡oh sí! se oyen repercutir á lo léjos siniestros rumores que sobrecogen á la humanidad; ignotas borrascas que tienen al oso blanco del Norte acorralado entre sus témpanos de hielo, sin atreverse á salir de su guarida; al leopardo del Atlántico sorprendido entre los paisajes de la verde Erin; á las águilas del Sena mudas y roncas desde su vergonzosa y humillante sorpresa de Sedan; al leon de Iberia aletargado por las corrientes halagadoras salidas de los antros donde se maquina contra su glorioso pasado; ¡oh sí! el estupor lo domina todo, y es que el mundo, como en el siglo de Augusto, presiente graves acontecimientos; pero acontecimientos que han de cambiar radicalmente, como entónces, la manera de ser de las sociedades; ¡oh sí! las sociedades se encuentran desniveladas, desquiciadas, y sólo el Dueño y Señor de las sociedades puede nivelar y reponer en su centro tanta desigualdad y desbarajuste.

Se le ha quitado al pueblo no sólo su parte de herencia que le corresponde en este mundo, sino tambien los medios de atender á sus necesidades; y ha oído ya una voz que ha sido grata para él y que ha resonado frenéticamente en su corazon, diciéndole: ¡pueblo, hombre desvalido, la propiedad es un robo! y el pueblo cree ya que se le roba, y su creencia no está destituída de razon (1). ¡Ay del día que el pueblo siendo parte y juez, quiera reivindicar la herencia que en el mundo le corresponde! ¡Ay del día que el pueblo aplique el derecho sancionado por la razon de la fuerza, adjudicándose lo que se le ha quitado, empleando el mismo procedimiento! Cada día aumenta la desproporcion de las fortunas y es un delirio creer que esta desigualdad irritante no ha de tener un término funesto, cuando se le proporcionan al pueblo, sin comprenderlo los que le instruyen y pierden, las más terribles armas con que vengarse de tantas injusticias. Los pueblos verdaderamente cristianos viven felices y contentos, aunque se cubran con harapos y se alimenten miserablemente, porque tienen la esperanza de bienes mejores é imperecederos; y si se le quita esta esperanza ¿qué le queda? ¿á qué sufrir sin esperanza? ¿qué deben importarle unos días, sean años, más ó

(1) Recomendamos la lectura del capítulo siguiente acerca de la propiedad, derechos de los pobres y deberes de los ricos.

ménos de sufrimientos temporales, si nada espera más allá de la muerte? Arrancada de su corazon la única flor que derrama el bálsamo del consuelo cuando gime ¿con qué derecho se le quiere someter á la injusticia de la desigualdad enorme de fortunas? ¡Ah! el Cristianismo, á la par que la única religion del consuelo, es tambien la única eminentemente social, la única civilizadora, la única que en las actuales circunstancias históricas que atraviesa el mundo puede salvar á este del inmenso cataclismo que le amenaza. ¡Desgraciadas las sociedades si no se logra encauzarlas otra vez por las únicas sendas salvadoras que les quedan! Si no se arraigan otra vez en el corazon humano los principios cristianos, no hay salvacion posible para nadie, ni para nada. Las tempestades se encuentran ya formadas, rugen tambien los vientos que arremolinan los montes de preñadas nubes y ¡ay! cuando estalle la primera señal serán inmensos los estragos que habrán de seguirse. Y no será entónces una guerra civil, ni internacional, ni siquiera religiosa lo que asolará al mundo; sino una guerra social, lucha de titanes que trastornará los cimientos del mundo, crísis tremenda sin la cual no cambiaría el estado patológico de la sociedad que saldrá reformada de aquel inmenso cataclismo. Desaparecerán entónces las inmensas propiedades, los enormes capitales; un nivel asolador igualará las fortunas que no podrán existir tan desmesuradamente desiguales como ahora; porque la tea de la venganza habrá purificado con inmensas hogueras los ricos palacios que deben desaparecer, por ser un insulto vivo y permanente contra la caridad cristiana que quiere sociedades de hermanos y no de ricos y pobres..... No se nos acuse de atizar las pasiones de las clases desvalidas, no se nos culpe de ser mensajeros de tristes presagios, ni se diga que escribimos bajo la impresion de visiones que sólo pueden ejercer influencia en nuestra fantasía: recuerden nuestros lectores lo que llevamos dicho de la comparacion de las dos vidas: la de la humanidad y la de los individuos que sucesivamente la forman; las olas del mar se suceden unas á otras empujándose rápidamente; desaparecen sus rizadas espumas apénas levantadas; el mar continúa el mismo á pesar de la infinita sucesion de las olas: ¿qué es una de estas comparada con la inmensidad del mar? Esta es pues la humanidad. Y, sin embargo,

llega un día en que lo que fueron rizadas cintas de blanca espuma, se convierten en escarpados montes que amenazan al mismo cielo, y mujen y bullen y se enfurecen y luchan y se destrozan y abren inmensos abismos y hunden y sumergen cuanto encuentran á su paso, recobrando, luégo de renacida la calma, la hermosa superficie plana de acompasado movimiento apénas perceptible por alguna que otra ondulacion, como mecida por suave céfiro, que la besa amoroso, columpiándose en su dulce vaiven. La vida de un hombre es una leve onda del agitado mar de la humanidad; como oleadas pasan los individuos, sin dejar tras de sí ninguna huella, ni un recuerdo siquiera; el tiempo que vive un hombre es el de una oleada en el mar de la eternidad; pero viene un día que estas olas se encrespan; Dios mueve sus brazos como instrumentos de sus venganzas, y se levantan al soplo de la ira de Dios y arrollan cuanto encuentran á su paso sembrando la muerte y el exterminio, hasta que, satisfecho Dios y cumplida su justicia, renace la calma ¡terrible calma! que deja purificado el mundo de toda la cizaña que lo maleaba.

Hemos dicho, y no tememos repetirlo, que el cristianismo es la única religion social y de consuelo, y cuando prácticamente se ha reconocido esto áun por sus mismos enemigos, es cuando se la quiere arrancar de los que no tienen aquí en la tierra otro alivio que ella en sus inmensos pesares. Se oyen y ven desde mucho tiempo anuncios precursores de las catástrofes que deben seguirse; los encargados de velar por la paz de los pueblos lo fían todo á la fuerza de las bayonetas de que disponen. ¡Necios! ¿Qué son los muros de bayonetas ante la indignacion de un pueblo que mira la muerte como el término de sus males y sufrimientos sin un más allá que temer? ¿Qué es el poder material ante la inmensa fuerza moral de las ideas? Y los pueblos son ahora moralmente muy fuertes, porque comprenden las ideas de igualdad, por más que sólo ven desigualdades donde quiera que dirijan la vista; pero un día, quizas no lejano, volverán las armas que ahora se les preparan contra los mismos que se las facilitan para muy distintos fines.

Los ricos han olvidado las máximas evangélicas que les previenen ser administradores, no propietarios, de los bienes terrenos; no cumplen el precepto de distribuir á los pobres los sobrantes que les pertenecen de las ri-

quezas que ellos disfrutan; y por más que no lo crean, no son realmente suyos los sobrantes, los deben á los pobres.

Las clases desheredadas, con su natural intuicion, llevan la cuenta corriente del *debe* y *haber* de ricos y pobres: llegará el día de la liquidacion, y saldarán las cuentas con cifras de sangre, cifras indelebles que conservará la historia para escarmiento de las generaciones venideras. Tócales ahora á las clases menesterosas sufrir, beber sus propias lágrimas arrancadas por el dolor, la envidia, los celos, la desesperacion, al ver que no teniendo ellos donde reclinar su cabeza, sin un abrigo, sin un bocado de pan, sin poseer una pulgada de terreno en el inmenso globo, hay hermanos suyos que poseen soberbios palacios con todas las comodidades del más refinado lujo, vastos jardines donde respiran ambientes vedados al pobre, lujosos carruajes, hasta perros cuya fortuna envidian porque tienen buena y abundante comida y mullida cama donde dormir descansados... ¡Ay del día que esos pobres se convenzan de que se les roba, despues que se les haya robado la fe que era el consuelo de sus corazones!

¡Y luégo se dirá que el Cristianismo está herido de muerte! ¡Que el Cristianismo debe ceder el puesto á otros sistemas más adelantados, más en armonía con el actual órden de cosas! ¡Quién no conoce que las doctrinas cristianas, arraigadas todavía en los corazones de los desvalidos, son el dique opuesto al torrente devastador de las doctrinas socialistas que se abren paso en la humanidad y que, rompiendo ó arrastrando el dique, anegarán un día cuanto invadan furiosas! Desheredando de bienes terrenos al pueblo se le ha hecho perder todo apego al suelo patrio al que no puede amar, porque no posee un palmo de tierra al que fijar su cariño, y se le quiere desheredar tambien del cielo borrando de su corazon todo sentimiento religioso: ¿qué le queda pues más que el infierno de su desesperacion si se le quita el amor de la tierra y el del cielo? Si los hombres son todos hermanos ¿por qué tan opulentos unos y tan miserables otros? y si deben serlo por la irresistible fuerza de las circunstancias ¿por qué se les tortura quitándoles el único consuelo que les queda en este mundo, el consuelo de la religion que les predica la conformidad con la voluntad de lo alto, la resignacion, la paciencia,

la humildad y todas las virtudes que sólo necesita el pobre y de que puede prescindir el rico?

¿Está el clero á la altura de su mision, para contrarestar los perniciosos elementos que conspiran contra las virtudes de las clases menesterosas, necesarias para impedir la disolucion de las sociedades que nos amenaza? No queremos penetrar en este terreno, y al negarnos á ello, declaramos ya demasiado la respuesta que rehusamos dar. Dios juzga indistintamente á malos y buenos, á seglares y sacerdotes: ellos darán cuenta de su conducta, y no hemos de tomársela nosotros. Sea como quiera, nos tiene sin cuidado el porvenir del Cristianismo. Como salió de las oscuridades de las catacumbas despues de tres siglos de sangrienta lucha, asimismo saldrá triunfante y victorioso despues del tiempo que fije la Providencia de las oscuridades tenebrosas conjuradas ahora contra él, pese á quien pese. En vano se luchará contra él, en vano apostatarán sus hijos; en vano se portarán indignamente los que más debieran sostenerle por su honor y por su deber; él seguirá su marcha triunfante ahora y despues como ántes y como siempre, que no murió un Hombre-Dios en afrentoso suplicio por el vano gusto de dar su vida en balde, ni para verse sustituído en su redencion del linaje humano por sistemas debidos á maquinaciones de los hombres.

Ya hemos indicado más de una vez que si bien no puede perecer la religion, puede, como planta que vegeta rica y lozana en todas las latitudes, trasplantarse de una á otra region, de uno á otro hemisferio: que se vea perseguida, desterrada, maldecida en una parte del globo, no significa esto que deba desaparecer del mundo. La religion, para vivir, no necesita del bullicio de las grandes ciudades. Cuando la Roma pagana la odiaba y perseguía á muerte, logró refugiarse en la soledad de los desiertos, y allí, entre austeridades, meditaciones y lágrimas, floreció como hermoso oasis, esperando días mejores anunciados por el célebre edicto de Milan, debido á Constantino.

Miéntras Europa retrocede al paganismo por las leyes que se promulgan en varios de sus Estados, por la política que se sigue en todos, y por las costumbres decididamente paganas adoptadas ya en las más insignificantes

poblaciones, se acentúa entre los griegos cismáticos de la Siria, de cada día más, el movimiento de su vuelta al catolicismo; los griegos de Constantinopla veneran ya á la Vírgen de las Vírgenes en un santuario edificado en el mismo corazon de la antigua Bizancio, capital hoy del imperio turco: y de la ciudad de Cesarea, en la Capadocia, se tienen noticias oficiales de que más de treinta mil disidentes piden su admision en el gremio de la Iglesia católica, de la verdadera Iglesia. No son síntomas estos de haber recibido el cristianismo su golpe de gracia.

Finalmente, porque el estudio de la civilizacion de todos los pueblos nos lo exige, y seguros de que se consultará como un trabajo estadístico curioso, sino ahora de aquí unos cuantos años, no sabemos resistirnos á trasladar aquí un excelente resúmen oficial del estado del catolicismo en todo el mundo actualmente conocido, al terminar el año de gracia de 1881. Tómense la molestia de consultarlo nuestros lectores, y si no llega á tanto su paciencia, tomen buena nota de él, á fin de estar al corriente del universal movimiento religioso contemporáneo, y de poder apreciar la fuerza de los argumentos que acostumbran aducir los enemigos declarados de la amorosa religion del Cristo. Dice así el trabajo á que nos referimos y que copiamos literalmente: «—Los progresos del catolicismo en 1881.—Á principios de este año, dice la *Unita cattolica*, ha publicado las *Misiones católicas* un magnífico relato de los progresos de la Iglesia en las cinco partes del mundo que desmienten solemnemente á los que afirman que el catolicismo se acerca á su término. Hé aquí un resúmen de ese relato que tan elocuentemente demuestra la vitalidad de la Iglesia y su accion benéfica en el mundo. Bajo la égida soberana y prudente del Papado las naciones protestantes y cismáticas dieron á la Iglesia en su mayor latitud la libertad, que es lo único que pide á los poderosos de la tierra. La Gran Bretaña cierra cada vez más los ojos sobre las leyes represivas del culto católico, honra á su episcopado, concede en sus colonias una generosa proteccion á los sacerdotes católicos y los admite en pos de sus exploradores. La Suiza ve caer todos los días los últimos apoyos de un cisma que había afligido á la Iglesia y á los verdaderos pastores que vuelven á tomar posesion de sus templos con aplauso de sus fieles. En los

países del Norte las preocupaciones hasta ahora invencibles parecen desvanecerse. Recientemente monseñor Mermillod, el valeroso vicario apostólico de Ginebra, ha recibido en Noruega, en Suecia y en Dinamarca numerosas muestras de simpatía, y cuando el protestantismo apénas se atrevía á afirmar la divinidad de Jesucristo, proclamaba en aquellas respetables asambleas la gran mision de la Iglesia católica. Respecto de Alemania las esperanzas concebidas en el trascurso del año están muy cerca de ser coronadas del éxito más brillante. El catolicismo perseguido recobra su legítima preponderancia; sus representantes en el Parlamento, altamente autorizados por la confianza popular, proclaman la alianza de la fuerza y el derecho, y no está lejano el día en que, reconciliados la Iglesia y el Estado, se verá á los Obispos desterrados que vuelven á guiar un clero y un pueblo rejuvenecidos por la desgracia. ¿No podríamos esperar que en Rusia sea escuchada la voz de Leon XIII, que Polonia vuelva á ver sus sacerdotes heróicos que traerán del fondo de la Siberia una influencia acrecentada por la aureola del martirio y de la persecucion? Hasta en Constantinopla es honrada la Cruz. El sultan, conmovido ante los testimonios de fidelidad dados por sus súbditos católicos durante las últimas crísis políticas ha expresado en frecuentes ocasiones su alta satisfaccion, y cuando el Soberano Pontífice llamó á su lado al Patriarca Hassoun, Abd-ul-Hamid reconoció y llenó de consideraciones á su ilustre sucesor monseñor Azarían. En la actualidad, en la comunidad armenia ha terminado el neo-cisma; obispos, sacerdotes y fieles vuelven á la grey reconociendo la supremacía del obispo de Roma. ¡Quiera Dios que todas las Iglesias orientales sigan ese ejemplo, y que el pueblo de los Basilios, los Gregorios y los Crisóstomos ponga en práctica la evangélica idea de no tener más que una grey y un solo pastor! En Asia la fe apostólica toma nuevo aliento. El gran Pontífice que rige la Iglesia tiende una mirada de solicitud hacia ese Oriente de donde nos vino la luz, y hace oir su voz llena de dulzura á los pueblos adormecidos en el cisma. La Armenia y la Siria ven llegar legiones de apóstoles; en todas partes se organizan misiones y se fundan escuelas; una universidad en Beyruth, escuelas y estaciones en Damasco, en Alepo, en Salje, en Saida, en Bikfaía, y bajo la poderosa accion

de las tres órdenes religiosas, auxiliadas por los Hermanos de las escuelas cristianas, el Oriente ve acreditarse la creencia de que ha sonado la hora de la misericordia para esa tierra tan rica en grandes tradiciones. Persia continúa dándonos grandes consuelos. No hace mucho tiempo que monseñor Clausel solicitaba en una carta conmovedora la caridad de nuestros bienhechores, y en recompensa demostraba que la mies estaba madurando. Numerosos catecúmenos prefirieron morir por el hambre y por la guerra á deber á los protestantes una existencia deshonrada. La misma actividad se observa en el extremo Oriente. En el Japon se suceden las conversiones, y el gobierno, léjos de ser hostil al Cristianismo, se muestra á veces favorable. Sin embargo, no se han derogado las leyes contra el Cristianismo, y un tribunal japonés á consecuencia de la denuncia de un bonzo, las aplicó á un padre de familia que no había querido que fuese enterrada segun los ritos budistas su hija muerta como cristiana. El padre fué condenado á una multa, y el cadáver de la difunta desenterrado y llevado á una pagoda. En la Corea ha empezado una importante transformacion política, y el partido progresista con el apoyo del gobierno va ganando terreno. Muy pronto se abrirá un tercer puerto á los japoneses; muchos coreanos van al Japon á estudiar las artes y la industria europeas, y en Scoul cien soldados hacen ejercicios militares á la francesa, al mando de oficiales japoneses. Todo parece, pues, preparado para entrar en relaciones con el país. Así pues, todos se muestran dispuestos á aprovecharse de este cambio, y diversos buques europeos aparecen en las aguas de la Corea y tratan de entablar relaciones con el gobierno. Los cristianos disfrutan allí de mucha tranquilidad; un misionero que cayó por casualidad en poder de los satélites con dos catecúmenos, fué puesto en libertad despues de tres días de cárcel por órden del gobernador de la provincia. Podemos entrever ya el día en que monseñor Ridel volverá al seno de su Iglesia purificada. La situacion de la China no se ha modificado. Tambien el Celeste Imperio cede á la influencia de Europa, y por consiguiente no se ha tomado medida alguna contra los misioneros; pero los mandarines y los letrados multiplican los obstáculos, y el pueblo tímido no se atreve á seguir el impulso de su razon y de su corazon. El día en que

se conceda libertad completa al Evangelio se recogerá una abundante cosecha en el campo teñido con la sangre de tantos mártires. Una carta del Tonkin occidental nos anuncia que un espantoso huracan destruyó doscientas iglesias, treinta y cuatro presbiterios, el colegio de la Misión, derribando dos mil casas cristianas y ocasionando pérdidas á sesenta mil neófitos. La mision de Lews continúa dando grandes esperanzas, pues se anuncian numerosas conversiones; pero como si Dios quisiera siempre unir la prueba al triunfo, una enfermedad atacó á la vez á los misioneros y al clero indígena, y en el día sólo dos apóstoles siguen sobre la brecha esperando nuevos combates. No tardarán en llenar esos gloriosos vacíos, porque en medio de los dolores de Europa se manifiestan numerosas vocaciones en las congregaciones de misioneros. El Asia, en resúmen, se muestra dócil al Vicario de Jesucristo. En ese vasto continente numerosas pruebas se oponen aún á la accion del misionero, y si el hambre no es ya tan terrible, quedan, sin embargo, muchos huérfanos y pobres que socorrer. Y miéntras el ministro protestante se presenta con sus riquezas, nuestros sacerdotes sólo pueden repartir su pobreza y esperar de los católicos de Europa los medios de hacer frente á tantas necesidades. África, objeto de las investigaciones apasionadas de los exploradores y los sabios, es recorrida en todas direcciones por los mensajeros de la buena nueva. Durante el año 1880 los Padres de la Compañía de Jesús y los atrevidos apóstoles de los gallas, los oblatos, los lazaristas, los misioneros del Espíritu Santo y los del Ángel iban á la conquista de las almas. Al mismo tiempo los trapenses enseñaban á los indígenas el trabajo y la oracion. En 1881 la actividad apostólica ganaba terreno y muchos misioneros se introducían en el continente africano con Stanley, Brazza y Bolay. Monseñor Touvier prosigue la obra de su venerado predecesor monseñor Massaia y penetra nuevamente en medio de los pueblos de los gallas, de donde le había desterrado el celoso furor del rey Juan; y la Abisinia, despues de una crísis que amenazaba con sangrientos sucesos, ve aumentarse la influencia de los misioneros. Como lo afirma precisamente monseñor Touvier, « Dios que tiene en sus manos el corazon de los reyes, cambió en favor nuestro el de nuestro fanático soberano que, irritado contra nuestros fanáti-

cos perseguidores, mandó que nos volviesen nuestros bienes y nuestra libertad.» Dolorosas pruebas esperaban á los misioneros de África, á los jesuitas de Zambeze. Una carta del arzobispo de Argel traza la historia de esa congregacion religiosa naciente, que poco tiempo despues de su orígen tenía cuatro previcarios apostólicos en las orillas del Nianza y del Tanganika. Tres de sus misioneros fueron asesinados por los negros á los cuales llevaban la civilizacion y la verdadera libertad. Pero la voz de su sangre se elevó hasta el cielo y nuevos apóstoles fueron pronto á reemplazarles. Los Padres Jesuitas del Zambeze habían decidido establecer cuatro estaciones, y á las órdenes del padre Depelelin, las diversas caravanas de apóstoles se habían puesto en marcha repitiendo las palabras de san Pablo: «Nada me separará de la caridad de Jesucristo.» Tal fué la empresa de monseñor Comboni, vicario apostólico del África central. Los que le han conocido saben con cuánto ardor velaba por la salvacion de las almas. Fundador del instituto de Verona, despues de las primeras pruebas prometía un triunfo espléndido. Pero Dios le llamó á su seno casi súbitamente y en la fuerza de su edad. No podemos olvidar la aparicion de la fiebre amarilla en el Senegal que causó numerosas víctimas entre los europeos; misioneros y religiosos pagaron un doloroso tributo al azote. En recompensa de la devocion de sus apóstoles, Dios concedió á los enfermos la gracia de morir con los auxilios de la religion, y los pueblos cegados por el islamismo y el fetichismo vieron desvanecerse sus preocupaciones paulatinamente y reclamaron en medio de ellos la presencia de los ministros de Jesucristo. Despues de los dolores, recordamos las alegrías. En las dos Guineas tenemos una poblacion cristiana de cuatro mil fieles, allí donde no há mucho no existía un solo neófito. Los recientes descubrimientos de M. Brazza en el alto Ogowé abrirán el camino á los obreros evangélicos llamados de todas partes para servir á los enfermos y educar á los niños. Los antiguos alumnos de la Mision, actualmente apóstoles, son los mejores auxiliares de los Padres del Espíritu Santo, y el mismo rey Félix es el preceptor de su pueblo. El Congo, cuya Iglesia estaba en otro tiempo tan floreciente, no ofrecía más que ruínas despues de la supresion de las órdenes religiosas, y comienza á regenerarse. En Landana, en Loango, en San

Antonio de Soyno y en Abom, se han fundado establecimientos y recientemente un funcionario ha subido por el río del Congo para establecer una estacion en Stanley Puerto. Los indígenas le han acogido con entusiasmo. En la Cimbebasia una nueva fundacion desarrollará el apostolado merced á los esfuerzos del Padre Duparquet. En otro tiempo los misioneros tenían que pasar por el Cabo de Buena Esperanza para penetrar en esas regiones; pero el gobierno de Lisboa les ha concedido el paso en vapores que se dirigen á la colonia portuguesa de Angola y al mismo tiempo les ha dado un vasto terreno. Finalmente, los sacerdotes de las Misiones africanas de Lion encuentran las poblaciones de África ávidas de escuchar la palabra divina, y la cristiandad naciente de Nuestra Señora de Bayamoro es la cuna de muchas nuevas aldeas católicas. La obra del Padre Hernar tiende á demostrar los beneficios de la Iglesia y de Francia en el Zanguerbar. En América, bajo la proteccion de las leyes liberales, la Iglesia prosigue el curso pacífico de su glorioso destino. Todos los días se ven erigir nuevas diócesis y en la gran República el catolicismo se desenvuelve y lucha gloriosamente contra la influencia protestante. Iguales consuelos nos da la Oceanía. El movimiento religioso va siempre en aumento en la Nueva Zelandia, y monseñor Radevood, obispo de Wellington, encerrado en su diócesis, puede cerciorarse de la manera con que Dios recompensa los esfuerzos de sus cuarenta misioneros. La visita pastoral de monseñor Lamaze, en la Oceanía central fué un verdadero triunfo. En todas partes recibía el Obispo de Olimpio los homenajes de los habitantes, y los protestantes se unían á los católicos en esas respetuosas demostraciones. En Tongo la simpatía se afirmaba de una manera particular en favor del catolicismo, y en la córte del rey Jorge han llegado á ser sospechosos los wesleyanos. ¿Será esto un indicio de la próxima conversion de ese pueblo? Esperemos y oremos. La Vicaría apostólica de la Nueva Caledonia sigue luchando victoriosamente con dificultades que incesantemente se renuevan. La reunion de las tribus paganas en las islas Belep sirve para la salvacion de muchas almas. Finalmente, en la mayor parte de las islas del Pacífico, los misioneros anuncian y hacen amar á Jesucristo. De esta manera la Iglesia demuestra su divino orígen con la admirable fecundi-

dad de su apostolado. Si en torno de su frente resplandece la aureola del mártir, los sufrimientos y dolores no hacen más que reforzarla, y la mano del Señor parece agitar en el día más que nunca al mundo para realizar grandes designios de misericordia.»

Este hermosísimo cuadro, *copiado del natural*, si se nos permite la frase, es la mejor y más concluyente contestacion á los que quieran contar los últimos momentos del Cristianismo. Tertuliano decía en su época que el corazon del hombre es cristiano por naturaleza, y miéntras haya hombres habrá cristianos. La experiencia de los siglos consignada en la historia, y la nuestra propia tambien nos demuestra evidentemente que los hombres no nacieron para una vida simple y constantemente vegetativa, sino que por natural impulso van en pos de una religion. Si necesitáramos una prueba concluyente de esto la tendríamos, por lo que atañe á nuestra época, en los delirios del espiritismo. Necesitando pues el hombre una religion, debe acogerse al catolicismo; y decimos intencionadamente al catolicismo, porque pasaron ya de moda las herejías, y el protestantismo es la más grosera de todas y no puede por lo tanto satisfacer las aspiraciones de ningun corazon recto y noble, ni calmar las dudas de una inteligencia despejada y amiga de la verdad. Por si es poca nuestra autoridad para nuestros lectores, vean lo que decía algunos años há en una de sus pastorales, el actual arzobispo de Westminster, á quien no se puede tachar de ignorante, ni de incompetencia en la materia. Decía así: «Pasó ya el tiempo de las herejías. Nadie piensa hoy en la reforma de la Iglesia, ó en la constitucion de un Cristianismo nuevo. Demasiado lógicos y demasiado emprendedores, nadie puede satisfacerse con esas cosas á medias. Fe ó incredulidad; hé aquí el dilema; los hombres no se cuidan mucho de detenerse entre los dos términos, sea para las variedades ó para los fragmentos del Cristianismo. *Todo ó nada,* esto es claro y estable; *más ó ménos*, esta es la porcion de los irresolutos. Pero, la Revelacion es un todo perfecto, penetrado, en su conjunto, de la verdad y autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Rechazar algo de esto, es rechazar toda la ley y toda la fe; ejercer sobre este tema sobrenatural la crítica de la razon, es atribuirle el derecho y el poder de medir lo divino.

La *herejía* no es otra cosa; es una aberracion intelectual, que ha acabado por ser, en estos últimos tiempos, el objeto de un análisis razonado, y no son únicamente los teólogos, sino el buen sentido, que hoy proclama su inutilidad. Es posible que nazcan y se multipliquen los errores anticristianos; pero las herejías en la religion de Cristo han llegado á ser un anacronismo.»

Es positivo, y lo confirman autoridades respetables, que no son ya posibles las herejías; que desde el siglo IV de la Iglesia no se ha hecho ninguna objecion nueva contra el Cristianismo; que todas están previstas, refutadas y anonadadas en la incomparable *Suma* de Santo Tomás: por otra parte, consta que los más serios enemigos del Cristianismo fueron siempre los herejes; ¿qué debe pues temer el Cristianismo, no siendo ya posibles las heregías? Se nos dirá que se le pueden suscitar persecuciones. Ojalá que así fuera, con tal que se redujeran simplemente á lo que fueron en los tiempos de los emperadores romanos, y no debiera temer las asechanzas tendidas so capa de amistad.

No es la menor de estas asechanzas la acusacion dirigida contra la Iglesia de enemiga de la libertad y simpática de los reyes absolutos, por no decir de los déspotas contra el pueblo. Sabemos lo que tiene fascinadas á las masas este argumento y no ignoramos que es empresa superior á las fuerzas humanas hacerles comprender el error en que están abrigando semejante creencia. ¡Cuán cierto es que si no hubiesen apelado á este recurso los verdaderos enemigos de los pueblos, no gozarían ya como gozan de los bienes que á estos pertenecen y les usurparon ellos! ¡Cuán cierto es que astutamente descubrieron que la Iglesia se opondría á las infracciones evangélicas, que abogaría á favor de los pobres, que son sus hijos mimados, y que clamaría á todas horas justicia por sus hijos, y que era por lo tanto preciso prevenir á estos contra su madre! ¡Recurso ingenioso y de tan seguros como funestos resultados! ¡Cuán otro será el aspecto que ofrecerá el mundo el día que, gastado el recurso, comprendan los pueblos que se les ha vendido pintándoles la Iglesia enemiga de la libertad y amiga de los déspotas!

La historia confirma lo que decimos y desmiente á los acusadores que

halagan al pueblo previniéndole contra los sentimientos humanos de la Iglesia. Los enemigos de esta apelan á la calumnia cuando les faltan buenas razones. La consigna de los enemigos de la Iglesia, en los siglos décimo sexto y décimo séptimo, era presentar á esta como contraria á los reyes, precisamente porque los pueblos tendían más al absolutismo que á la democracia; ahora que sucede al reves, cambian los enemigos la forma de la rgumento, ó cambian de *medio*, como diría un dialéctico.

Á la Iglesia le importan muy poco las formas de gobierno, ni que sean estas más ó ménos democráticas: lo que sí le interesa y quiere y exige es que se funden sobre la ley y que defiendan la civilizacion oponiéndose á la barbarie. Como siempre, remitimos á nuestros lectores á la historia, permitiéndonos una observacion que no debiera descuidarse nunca. No deben resolverse ni siquiera estudiarse los problemas sociales particularizándolos ó concretándolos á un límite reducido de espacio ó tiempo: la trabazon de los sucesos de la humanidad se opone á tan mezquinas miras: con esta observacion, si se estudia la historia, se juzgarán los hechos tal como deben ser juzgados y se llegará al esclarecimiento de la verdad que es lo que interesa y á lo que debe aspirar toda persona honrada. ¿Hay alguna ley divina ó natural que obligue á los pueblos ó á alguno determinado á vivir bajo alguna expresa forma de gobierno? Claro está que no. ¿Hay en las formas de gobierno algo que esté en desacuerdo con la Iglesia católica? En su esencia no; pero no son las democracias, segun las lecciones de la historia, la salvacion de las naciones. Si se nos objeta el argumento de cajon de los Estados-Unidos, sobre que aquella nacion no ha salido aún de su periodo experimental, contestaremos que la buena fe de aquellos gobiernos es excepcional y única en sus relaciones amistosas con la Iglesia, que aquellos necesitan de ésta, y que juntos, Estado é Iglesia, procuran el libre y completo desarrollo de la nacion.

La civilizacion no existiría, ni existirá en ningun pueblo sin el Cristianismo. Donde se ataca á este, reciben tambien ataques los principios más allegados á la cultura de los pueblos. Atacado el Cristianismo, se ataca el principio de autoridad; porque no se trata ya de principios religiosos, sino sociales. Todos los pueblos de ambos mundos abonan nuestro aserto. Italia,

España, Francia y demas Estados europeos forman coro comun con Méjico, Perú, Estados Unidos y demas americanos. Aplaudiendo á Garibaldi, Mazzini, Gambetta, Juarez y á otros cuyos nombres no queremos estampar, se ha despojado en los pueblos á que aludimos á la Iglesia católica, se ha expulsado á sus religiosos y se dan pensiones á incendiarios, conspiradores, vagos y presidiarios. El mundo antiguo no tiene ya que envidiar al nuevo: el procedimiento es conocido y aplicado en ambos hemisferios.

El genio más colosal que tuvieron los primeros siglos del Cristianismo comenzó su incomparable obra cuyo igual esperan aún las generaciones que se han venido sucediendo, con esta sublime introduccion: «Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, levantó la primera, que es la ciudad de Dios; el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, levantó la segunda, que es la ciudad del demonio. La ciudad de Dios se llama la Iglesia; la ciudad del demonio se apellida el mundo.»

Las dos ciudades en lucha, son la personificacion de dos principios; la autoridad y la rebeldía: Roma y la Revolucion. Este es el problema.

Los dos amores son antitéticos, como lo son las dos ciudades, como lo son Roma y la Revolucion, y si esta venciera, Dios quedaría derrotado; su ciudad desaparecería vencida por la otra. La ciudad de Dios es eterna: por esto se llama á Roma ciudad eterna.

No importa que esta ciudad eterna haya tenido algun eclipse, ó que pueda tenerlo aún andando el tiempo: no solamente los tienen el sol y la luna, sino otros astros ornato del firmamento, y precisamente se estudian más los del sol y de la luna que los de los restantes astros que carecen de interes. Los tronos tienen no solamente eclipses, sino que desaparecen del sistema político como ciertas estrellas han desaparecido en el trascurso de los siglos del sistema planetario, y nadie se ha fijado ni en los tronos derrumbados ni en las estrellas apagadas; y, sin embargo, es inmensa la preocupacion por los eclipses de Roma, que nos tienen sin cuidado, porque el pasado responde de lo venidero. Diez y nueve siglos son la fianza de otros tantos: despues, los treinta y ocho siglos responderán de otros tantos, hasta

que Dios pare la máquina del tiempo, para entrar en el inmenso abismo del silencio en que dormirá todo lo material á fin de que no turbe el gozo de los espíritus extasiados ante la belleza infinita, que la eternidad será corta para poderla contemplar debidamente.

La Roma pagana responde de la Roma cristiana. La monarquía, la república y el imperio se esforzaron á porfía por dar á la ciudad de los eternos destinos la sublime importancia á que la tenía destinada la Providencia. Preparó las sendas del Evangelio conquistando con las armas el mundo que debía despues arrebatarle la cruz; abrió caminos en todas las direcciones del globo, para que los encontraran abiertos los mensajeros que desde Jerusalen debían esparramarse á los cuatro ángulos del globo; inició á todos los pueblos en su lengua, leyes y costumbres, para que recibieran más fácilmente la nueva doctrina que debía regenerarlos, y cuando llegó el momento previsto y dispuesto por el árbitro de los destinos del mundo, la obediencia que todos los Estados prestaban al cetro de los Césares romanos continuaron prestándola al cayado de los Pastores supremos que desde lo que fueron circo y jardines de Neron regían y gobernaban el inmenso rebaño de fieles confiados á su cuidado. Roma entra en el desempeño de su nuevo y eterno destino desde que se ha encerrado en las catacumbas, para salir de ellas vigorizada y templada por el sufrimiento y el martirio, y derribar todos los ídolos, plantando en todos los templos paganos la cruz del Gólgota que caminará en adelante al frente de todos los progresos de las sociedades que se irán sucediendo hasta la consumacion de los siglos. Sola y sin auxilio alguno humano, sola como Jesús en el madero de la cruz, emprenderá y continuará Roma el sublime destino que le está confiado: no despreciará la cooperacion de los poderosos que se la presten para cumplir su mision; pero no se doblegará ante las exigencias de los mismos cuando pretendan humillarla ó deshonrarla; nacida y robustecida entre el silencio, la oscuridad y la persecucion, no son nuevos para ella los trabajos y tribulaciones; fija la mirada en el término de su destino, que es la civilizacion de todos los pueblos, no retrocederá ante ningun obstáculo para conseguirlo; pero será tambien el blanco de todas las iras de los que conspiren contra el

principio de autoridad, cuya representacion inmediata y genuína es ella.

No desconfiemos, sin embargo. Los destinos de Roma están unidos á los del Cristianismo. Roma, sin éste, habría dejado de ser, como la mayor parte de las grandes ciudades cuyas ruínas descubre apénas ahora la paciente investigacion del curioso viajero. La Roma pagana, segun el testimonio de los monumentos que aún nos quedan de ella, alcanzó la mayor pujanza á que puede llegar una ciudad de grandes destinos, y, no obstante, apénas tendríamos de ella un recuerdo histórico sino la hubiese sustituído el Cristianismo. Si la cruz del Gólgota, venerada por espácio de tres siglos en los subterráneos que ocultaban á los cristianos á sus feroces enemigos, no hubiese salido de ellos para coronar los monumentos de los Césares; si la semilla del Evangelio, brotando en aquellas cavernas de los melancólicos misterios, no hubiese crecido y ocupado no ya las calles y casas de los orgullosos romanos sino tambien los palacios de los mismos emperadores, habría sonado ya muchos siglos há la postrera hora de la hija de las siete colinas, derrumbada por la carcoma de los vicios que la minaban interiormente. Ni los monumentos de aquella grandeza increíble admiraríamos ahora si no los hubiese sostenido la fe del Cristo, continuadora del amor á las artes y á lo bello, como lo prueban diez y seis siglos de constante afan por sostenerlos y trasmitirlos á las generaciones que se suceden.

Los destinos de Roma datan de las misteriosas horas del Eden. Aquellos jardines oyeron resonar promesas de consuelo cuyo cumplimiento debía verse en Roma. En esta ciudad descansa la afirmacion de la ley divina y es la continuacion de la creencia de los antiguos patriarcas enlazada con la nuestra por la realizacion de las promesas hechas á ellos, selladas con el sello de la cruz, que cerró aquella era abriéndonos la nuestra.

No somos nosotros quienes aventuramos la afirmacion de que el Cristianismo es tan antiguo como el mundo: esta frase la estampó un sabio ingles, deista por más señas, el célebre Tyndall. Siendo tan antiguo el Cristianismo, antiguos tambien son los destinos de Roma, y en vano maquinarán los hombres contra ellos y contra ella. Muchos, casi todos los que contra ella conspiraron, duermen ya el sueño de la muerte, sin haber conseguido más que

la execracion de su memoria, y si todavía arrastra una sombra de vida, vegetativa ya, sumido en el más lastimoso idiotismo el que fué instrumento de las maquinaciones tenebrosas urdidas contra la ciudad de la fe cristiana, débese, en nuestro concepto, á profundos y justos designios de Dios, para que, entre los estertores que acompañarán su ya comenzada agonía, vea derrumbarse su obra insostenible, cuyo desmoronamiento ha comenzado ya y cuya total ruína consumará, á no dudarlo, el hombre providencial que sirve á su vez tambien de instrumento en manos de Dios, para reconstruir lo que otro derribó. Ó mucho nos engañamos, ó los destinos de Roma tienen escrita la desesperacion frenética del que en sus postreros momentos habrá de ver reconstituída y devuelta á su antiguo esplendor y majestad la Roma que él quería barrer..... ¡Quién sabe!....

El tiempo habrá de darnos forzosamente la razon. Los que humillan al Pontífice de Roma, hieren de rechazo el principio de autoridad, y, menoscabado este, no puede medrar ningun poder autoritario en Roma. La dignidad y el decoro no permitirían á un hombre honrado vivir en una casa donde se hubiese metido sin el consentimiento de su dueño, y mucho ménos arrinconando á este en un extremo del edificio, á pesar de sus protestas, inútiles, no obstante, por no disponer de la razon de la fuerza del usurpador. La conciencia y buen sentido de nuestros lectores graduará la decencia y cortesía de los que en Roma imitan el hecho que dejamos apuntado. La lógica tiene reglas inflexibles: los pueblos la aprenden en la historia; mañana el socialismo aplicará las reglas lógicas, cuyas consecuencias, por sabidas, no debemos indicar siquiera, y entónces los Reyes y los poderosos de la tierra que no quisieron recibir las dulces enseñanzas de la cátedra de la Roma católica, tendrán que soportarlas forzosamente de la ira de los pueblos amaestrados ya en los procedimientos seguidos ahora por los que les pervierten y escandalizan. La lógica, por boca de Proudhon, ha dicho ya y su voz no se ha perdido en el vacío: « Á la monarquía que nos exige obediencia con la misma mano que extendió sobre el Evangelio y levantó despues para herir á la Iglesia, pregunta despues el socialismo: ¿quién eres tú para que yo te obedezca? » Y tiene razon que le sobra. Y esta pregunta hecha ya tácitamente á

otros poderes de la tierra, y hecha en verdad con todo el rigor de la lógica, es incontestable, y por ser tal, resolverán los pueblos, *con arreglo á derecho*, contestarla satisfactoriamente rebelándose, derrumbando tronos, aniquilando el prostituído derecho de propiedad, destruyendo cuanto les estorbe, coronando las ruínas con el nivel social apoyado en un tratado de Lógica corregido y enmendado, pero exacto y justo.

La civilizacion no tiene más medio que ser cristiana, pero cristiana de veras, ó salvaje. Una vez más suplicamos al lector que vea la cuestion en general, y no reducida á las pequeñeces y miserias de campanario ó de reducidas localidades; prescinda de tal ó cual hecho histórico más ó ménos relacionado con la religion y más ó ménos exacto en los pormenores que de él sabemos; no se concrete á la conducta más ó ménos dudosa de tal ó cual sacerdote, ó sacerdotes si quiere; y, haciéndolo así, verá que no hay más recurso que uno de los dos términos del dilema: cristianismo ó salvajismo: amor fraternal verdadero y sincero, ó amos y esclavos; el beso de la caridad ó el látigo del capataz.

La cruz del Cristo levantada en la cima del Gólgota proyectó una sombra grande, muy grande; tan extensa como debía serlo el reino de sus apóstoles; tan inmensamente extensa que abarcó del Oriente á Occidente y del Septentrion al Mediodía lo conocido y desconocido del mundo; porque todo debía con los siglos formar parte del reino universal del Crucificado, del reino que, descontando el tiempo y el espacio, será como el de Dios.

Quizas se nos tache de visionarios, ó se nos califique de menguado juicio: el recurso está gastado, y no convence ya á nadie; ni siquiera logra sorprender á los más cándidos. Varias veces hemos indicado que es más cómodo y fácil negar que probar; pero tambien hemos dicho que el negar siempre es prueba de ignorarlo todo. Los acontecimientos se precipitan; las iniquidades son cada día mayores; los sistemas políticos están desacreditados; las pasiones humanas han dominado como déspotas; y la hora de las tremendas reparaciones se acerca aceleradamente. Roma gime; Roma no puede volver á las catacumbas; pero tampoco puede perecer: ¡ay de los hijos que hacen exhalar gritos de dolor á su madre acongojada! ¡ay de los que

han querido echar suertes sobre su túnica! Nuestro siglo, que es el siglo de los grandes escándalos y de las grandes iniquidades, lo es tambien de los grandes avisos y de los terribles escarmientos: ciego ha de ser quien no lo vea. Desde Napoleon I el grande á Napoleon III el pequeño se han sucedido las advertencias con repeticion que asombra y con elocuencia que aterra. No se ha querido la libertad del Evangelio y se va en pos del despotismo de la libertad. Al Evangelio sucede el Cesarismo. Retirado el Evangelio se va con él la verdadera libertad y aparece la falsa, la que sujeta al ciudadano á todas las tiranías, ahogándole con negaciones. La negacion lo domina todo.

¿Qué será pues de Roma? ¿Qué? Lo que sea del Papado, y, dígase lo que se quiera; conjúrense todas las potestades y tinieblas; afílense todos los puñales; objétense todos los sofismas; invéntense todas las calumnias; atícense todas las pasiones; acumúlense todos los elementos; prepárense todas las apostasías; retírense todas las protecciones; apélese á todas las indignidades; resucítense en la ciudad eterna toda la soberbia y vicios de los Césares; hágase todo esto y muchísimo más; crucifíquese, dése sepultura, pónganse sellos en la losa que guarde el cadáver supuesto del Cristianismo.....; cuando más confiados se preparen sus verdugos para entonar los himnos de su victoria, cuando batan palmas en la embriaguez de su loca alegría que les trastorne su cabeza y les agite el corazon engreído, cuando, en su delirio, evoquen las sombras de las grandes figuras del Cristianismo, para humillarlas con sus carcajadas por su completa derrota, y casi compadeciéndolas por las privaciones á que se sujetaron ó por los martirios que sufrieron; nuevos Atilas deberán enmudecer, sobrecogerse, anonadarse ante misteriosa vision de anciano venerable que, sin más armas que su severa majestad y la virtud de un poder desconocido, incomprensible, pero irresistible, trastornará sus planes, entristecerá su alegría, anudará sus lenguas y les cubrirá de honda confusion, retirándose mudos, desarmados, sin darse cuenta de su brusca, inesperada y total derrota.

La honra de Dios está interesada en los destinos de Roma; los más notables edificios que le adornan descansan sobre cimientos amasados con

sangre de hijos del Cristianismo; los que fueron palacios y jardines de los Césares ostentan donde quiera vestigios de sangre cristiana, y la religion no fuera divina, si sucumbiera á los ataques de los modernos perseguidores, despues de haber vencido á todo el orgullo de los Augustos empeñados en sostener el culto de sus dioses; preparada desde remotísimos tiempos por el Eterno para ser el centro y capital de su vastísimo reino, es inútil que se agiten los hombres para imponerle otro destino; los hombres y los siglos pasan como la ligera nubecilla que se evapora en la atmósfera; así pasarán los de hoy como pasaron los de ayer; pasarán las dinastías, desaparecerán los imperios, como han pasado y desaparecido hasta ahora sin dejar más que tristes ruínas de su orgullo; pero no pasará la dinastía de los Pontífices de la Iglesia, cuya sucesion está asegurada por repetidos hechos sobrenaturales. Cierto que hoy es más violenta é intencionada la persecucion que en los días en que toda la argumentacion de los perseguidores se reducía á los leones: entónces eran los cuerpos los perseguidos y los muertos: hoy son las almas. El paganismo estaba reducido á la esclavitud en que estaban los hombres dominados por sus pasiones é ignorancia formando causa comun; pero venerando en sus templos y en su conciencia la idea de la divinidad: hoy se pretende borrar de las conciencias toda nocion divina, todo recuerdo de sentimiento moral: se pretende arrojar las almas á los leones. Si resucitaran los antiguos perseguidores del Cristianismo calificarían de bárbaros á los políticos y filósofos modernos que aspiran á corromper las almas.

Roma será el centro de la civilizacion por medio del Cristianismo personificado en los Papas, ó la barbarie de los primitivos tiempos se apoderará otra vez de la Europa entera. El *Times*, periódico nada sospechoso, publicó á últimos del año pasado una carta de Italia, muy digna de ser meditada, entre cuyos párrafos hay cláusulas tan interesantes como estas: «.....ha llegado verdaderamente para todos el momento de reflexionar sobre esta materia (la salida del Papa de Roma), pues todos estamos en ello interesados. Por lo que puede juzgarse despues de haber consultado y escuchado á las personas más competentes, el asunto es más grave y complicado de lo que se cree generalmente,..... la partida de Roma implica un movimiento tan

considerable—una revolucion que en Roma mismo se relaciona con intereses tan variados y tan complicados—que es difícil formarse una idea del número de personas y de cosas que dejaría en la más completa confusion esa partida. Tales complicaciones y las resistencias que se manifestarían inevitablemente son obstáculos insuperables para la voluntad soberana de un Papa; en una palabra, un soberano Pontífice no puede desarraigar del suelo y de las paredes en que están por decirlo así incrustados los hábitos y las preferencias de centenares de seres y las existencias de todo un reducido número de personas para las cuales el Vaticano representa el Universo, y que desde los cardenales valetudinarios hasta los antiguos criados morirían ó temerían morir en el umbral de su asilo, si se les arrancara de allí para lanzarles en un destierro incierto y mal definido. No se puede dejar en pos todo ese esplendor visible que es como la corona esplendente del Papado; no se puede despedirse á la ligera de la basílica de San Pedro, de la ciudad eterna, de las fundaciones que el Papado ha sembrado por todas partes en Roma, en el antiguo centro de la fe católica. Los que cuentan con el prestigio visible del Pontificado y ven en él su fuerza no pueden acostumbrarse á la idea de que ese prestigio pueda desaparecer ó amenguar, basta leer los periódicos legitimistas franceses para consignar el terror con que el partido realista vería partir el Papa de Roma..... Es inútil citar el ejemplo de Clemente que residía en Aviñon ó el de Pío VII que alejado de Roma por una voluntad despótica, volvió por la accion de Europa entera, ni los tiempos ni las situaciones tienen nada de comun, y no cabe comparacion alguna entre el destierro de los mencionados Papas y la marcha premeditada de Leon XIII.»

Nuestros lectores comprenderán que de la misma manera nos expresaríamos nosotros tratando esta materia; pero, donde se descubre más claramente las hondas raíces que en los hombres pensadores tiene echada la gran cuestion de los destinos de Roma, que son los del Cristianismo, y, por lo tanto, imperecederos á pesar de todas las revoluciones habidas y por haber, es en la última parte de la carta cuyo extracto acabamos de dar, y cuyo final no podemos omitir, si queremos dejar planteada y resuelta la cuestion que nos ocupa.

Roma no puede ser sino de los Papas; es el centro del Cristianismo y debe serlo miéntras viva el mundo. Ya hemos dicho que no es dogma de fe que Roma deba ser la residencia habitual del Papa, que deba ser necesariamente el centro del Cristianismo; pero en el actual órden de cosas, en la economía actual de la Providencia, es altamente atentatorio, es más que temerario oponerse á los destinos de Roma cristiana.

Vean nuestros lectores cómo termina el célebre periódico protestante: «Yo he podido formarme una idea de ello (1) en una entrevista que tuve sobre este asunto no há muchos días, con un italiano distinguido que ha prestado á la causa de la unidad italiana un gran servicio, que goza de gran reputacion bajo muchos conceptos, cuyo patriotismo y autoridad no pueden ponerse en duda, y cuyas declaraciones contienen tal vez la futura resolucion de un problema cuya gravedad crece todos los días. Reproduzco sus palabras sin comentarios, tales como las oí, convencido de que serán objeto de meditacion para todo hombre pensador.

»Hace diez años, me dijo el ilustre patriota, que acampamos en Roma, á donde nos impulsó una necesidad absoluta, pero no hemos podido establecernos en ella como en residencia de un gobierno regularmente constituído. No estamos en Roma como en nuestra casa. Roma, cuya posesion era para nosotros una necesidad política imperiosa, es la más detestable capital que podíamos elegir. Estamos en ella como en una tienda de campaña, sobre las armas y vigilando á un prisionero que no se ha sometido. Roma no es un centro, ni una morada. Es demasiado triste para residencia de un gobierno de seres humanos, y en la misma se está expuesto á dos fiebres, la una que sale de la campiña romana y la otra del Vaticano; y no es la malaria de la campiña romana la más temible. Vivimos junto á un poder que nos disputa nuestro derecho, y con el cual no podemos combatir ni discutir con las mismas armas. Toda cuestion entre el Vaticano y el Quirinal redunda en provecho de la revolucion, y entre estos dos adversarios, la idea republicana gana terreno todos los días.

(1) Alude á la viva emocion producida en Italia, especialmente en las personas sensatas y sinceras que se interesan por el bien de su país, por las amenazas de marcha del Papa de Roma.

» Confieso que no temería la república si amenazaba únicamente la dinastía, á pesar de mis simpatías por esta última, pero la república amenazaría tambien la unidad italiana. Apenas estuviera establecida empezaríamos á disgregarnos. Un ejército republicano sería siciliano, napolitano, toscano, veneciano ó milanés, pero nunca sería italiano. La casa de Saboya será por mucho tiempo la única fuerza de la unidad italiana, y esta sucumbiría infaliblemente en un combate del Papado con la República victoriosa. El Papa actual ha restablecido la paz en todos los puntos en que Pío IX había encendido la guerra. Se ha reconciliado, ó se está reconciliando con Alemania, Rusia, Turquía y Austria. Deja con admirable paciencia que Francia siga su camino, y el día ménos pensado veremos que Inglaterra abandonando su indiferencia por las graves cuestiones que se agitan en el Vaticano, ha acreditado un representante cerca de la Santa Sede.

» Sólo con Italia, para la cual el Papado ha dejado de ser una amenaza y ademas de serle un recurso en la actualidad podría serle un poderoso aliado, sólo con la Italia no se ha reconciliado ni puede reconciliarse el Papado. Todo esto es consecuencia de que estamos en Roma trabajando para el triunfo de la revolucion, esto es, de la República, que nos amenaza á unos y otros de un modo igual. Roma nos ha dado todo lo que podía darnos. No sólo es para nosotros una carga, un embarazo, sino que es un absurdo geográfico, diplomático y político. Cuando hayamos encontrado una capital más natural, más accesible, ménos triste y ménos insalubre, desaparecerán todas las dificultades y todos los peligros de la situacion actual, sin hacer caso de los gritos de indignacion que puedan lanzar los revolucionarios cosmopolitas que asedian en la actualidad nuestra monarquía y nuestra unidad. El Papa contribuirá á ello mucho. La unidad italiana quedará cimentada con la adhesion tácita y resignada del mismo Papado, reconociendo que ninguna revolucion querrá destruir esa obra de conciliacion enteramente italiana, y el Papado será el más sólido aliado del reino, en el cual habrá recobrado la independencia de su residencia. Espero no morir ántes de haber visto á mi país probar al mundo que está poblado de hombres de inteligencia elevada y política. »

No nos consta la edad que tendrá quien alimenta esta esperanza; pero poco habría de vivir para no ver radicalmente cambiada la situacion de Roma, por medios que la prudencia humana no alcanza á ver claramente todavía, pero que los presiente el ménos avisado.

En Roma no cabe más arreglo que el de la Cruz; quien suponga otro programa es muy inocente ó muy malvado. El *Syllabus*, verdadero código al que no faltará jamas ningun Papa, condena terminantemente una proposicion donde se dice: « El Pontífice Romano puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, el liberalismo y la moderna civilizacion. »

Con la historia en la mano puede probarse hasta la evidencia, sin temor de ser desmentido nunca, que la libertad de Italia fué el constante anhelo de los Papas, y que nunca tuvo la libertad italiana más fuerte y seguro baluarte que el Papado.

No nos toca hablar ahora de sus luchas con Alemania, ni particularizar ningun hecho concreto, que ocasion tendremos de hacerlo más adelante; pero no podemos dejar de hacernos nuestras, para apoyarnos en ellas, unas solemnes palabras que nadie podrá desmentir, y que copiamos de un reciente documento del sabio y conciliador pontífice Leon XIII.

« Todo el mundo es testigo y juez de todo lo que los Papas hicieron para el bien de Italia, de tal suerte que nada debemos temer, por el renombre de nuestros predecesores, de los hombres sabios é imparciales (1). »

Efectivamente, sólo la ignorancia ó la perversidad puede juzgar con error de unos hechos que, aunque remotos más ó ménos, están no obstante patentes ante la luz de la verdadera historia, y que sólo puede desfigurar, pero inútilmente, la ciega pasion política de malvados é ignorantes.

Ya lo saben, pues, los que intenten pactos ó avenencias ó acomodos para cambiar los destinos de Roma. Ó todo ó nada.

Los palacios de los Césares, los monumentos que enorgullecían á la hija de Rómulo vieron desprenderse una tras otra las piedras que los formaban,

(1) Carta de Su Santidad Leon XIII á los Arzobispos y Obispos de Sicilia.

como caen las hojas de los árboles á últimos de otoño, para servir de construccion de otra Roma que debía ser la sucesora de la antigua. Nada destruirán los cristianos de la Roma pagana que convertirán en córte cristiana: purificarán los templos de los ídolos para consagrarlos al culto del Cordero inmaculado; sustituirán los himnos y danzas con la grave salmodia y ceremonias graves y majestuosas de un culto racional; de la Roma libertina y degradada formarán el centro del amor y fraternidad, y al sustituir las enseñas del imperio romano que rematan los colosales edificios de los Césares por la cruz del Gólgota, signo de la redencion de la humanidad, enseñarán á todos los pueblos de todos los siglos el norte que debe guiarles en todos los azares de la vida, la estrella que no deben perder nunca de vista en el penoso viaje de esta tierra de miserias en pos del término que nos ha señalado, término que tenemos simbolizado en la ciudad de Roma, verdadera figura de la ciudad de Dios, á la que está destinada la humanidad para vivir allí en el seno de un amor infinito y eterno.







CAPÍTULO IX.

Orígenes del pueblo hebreo.—Su civilizacion y destino.

Decíamos en la *Introduccion* á esta obra: «De intento y con toda deliberacion reservamos para el último de los pueblos del Asia, hablar del pueblo hebreo, del predilecto de Jehová, instrumento de sus designios, excluído por lo mismo de las reglas de la lógica

humana, y fuera del alcance de toda crítica, artística, científica ó literaria.»

Ántes de entrar en materia, es indispensable una observacion, y manifestar tambien que el ligero cambio, introducido por nosotros, en el órden de los capítulos, tratando del pueblo hebreo despues del romano, no afecta en manera alguna al plan de la obra, ni á las condiciones esenciales de la misma. Dicho esto, recordemos, de paso, que la Biblia es la fuente para el estudio del pueblo que ahora ocupará nuestra atencion; pero, sea que se la considere como el fruto del saber y de los estudios de un talento de primer órden, sin ninguna relacion con la divinidad; sea que se la mire—cual se debe—como libro inspirado divinamente, muchos de sus conceptos pertenecientes, si se nos pasa la frase, á un órden administrativo ó social pueden caber dentro de la crítica general y ordinaria á que están sujetos los demas pueblos, sin menoscabar en nada el profundo respeto que nos merece, y al que no queremos faltar, el inspirado autor del libro más antiguo que registran los anales de la humanidad.

El pueblo hebreo, el más pequeño del mundo antiguo, si atendemos á la extension de su territorio; pero el más grande é ilustre si consideramos sus grandes destinos en Oriente primero y en todos los ámbitos del globo despues, debe su orígen á Arfaxad que nació de Sem en el segundo año despues del Diluvio.

Segun la etnografía mosáica—sin la cual sabemos ya que son completamente desconocidos los orígenes del mundo y de los pueblos todos—descienden de Arfaxad las dos grandes familias conocidas con los nombres de hebrea y árabe, representantes actualmente de la raza semítica en todo el mundo.

En el capítulo XI del Génesis encontramos toda la genealogía hasta llegar á Abraham, descendiente directo este de Heber, cuyo nombre se apropió la nacion hebrea.

Las primeras tribus árabes descienden de Yectan, hijo de Taleg y nieto de Heber; las segundas tribus árabes proceden de Ismael, hijo de Abraham, descendiente por lo mismo de Arfaxad; con lo que resulta demostrado el orígen semítico de hebreos y árabes.

Como los hijos de Arfaxad continuaron mucho tiempo viviendo en las llanuras de Sennaar, han identificado muchos autores, sobre todo Josefo, á los hijos de Arfaxad con los mismos caldeos, y esta opinion viene confirmada por los descubrimientos modernos que, apoyándose en la filología, encuentran en el mismo nombre de Arfaxad expresada claramente la permanencia de sus descendientes junto con los caldeos.

Y bastan estos datos para conocer los orígenes del pueblo hebreo.

Estudiemos ahora rápidamente lo más notable de su civilizacion.

*
* *

Como todo es sorprendente en este pueblo especial, debemos ante todo observar el raro fenómeno de que, reducido y todo como es semejante pueblo, se le observa *inútilmente* rodeado por todas partes del fasto de los demas pueblos orientales, de los refinamientos y voluptuosidades de los magnates y príncipes. Hemos dicho inútilmente, porque el pueblo hebreo no seguirá sistemáticamente los malos ejemplos que se le presentarán por todos lados.

Si hemos de cumplir bien y fielmente nuestro cometido en el estudio de los usos y costumbres que formaron la civilizacion hebrea, debemos tener constantemente á la vista la Biblia, á la que necesitamos acudir si no queremos caer en muchos y graves errores en esta materia.

Moisés anuncia á su pueblo su Dios espiritual y universal. Este Dios es único; ni hay ni puede haber más que uno: único Sér supremo, necesario, orígen de todos los demas seres, único que tiene derecho á las adoraciones y á los homenajes de los hombres. En su consecuencia prohibe Moisés las imágenes figurativas, representaciones de hombres y animales, y las representaciones materiales de ese espíritu puro, inmenso, infinito, que no puede ser representado bajo ninguna forma corporal.

Sin esfuerzo se comprende, á primera vista, que esta prohibicion afec-

taria á las manifestaciones artísticas pertenecientes al ramo escultórico, privado de trabajar figuras, más ó ménos simbólicas, que tanto acreditaron las artes en la idólatra Grecia y hasta en el antiguo Egipto. No intentamos decir con esto, ni mucho ménos, que desconociera el pueblo hebreo distintas ramas de lo que llamaríamos ahora el arte; pero en vano buscaríamos en sus obras, más ó ménos recomendables, lo que se conoce entre nosotros con el lacónico y severo nombre de arte.

Dios, que leę las intenciones humanas, y que ve en un momento simplicísimo, que no puede reducirse á tiempo, lo que el porvenir oculta en su seno, prohibió muy sabia y previsoramente la reduccion á formas materiales de su espiritual divinidad, porque su pueblo escogido, inclinado á la idolatría, faltó muchas veces, á pesar de la prohibicion, á lo terminantemente ordenado por su caudillo y legislador. Las danzas de los hijos de Israel al rededor del becerro de oro en la falda del Sinaí, prueban con mucha elocuencia la propension y facilidad con que caían en la idolatría aquellos hombres que debían guardar el depósito del monoteismo y de la religion verdadera.

Moisés, en sus leyes religiosas y morales, había cuidado mucho de inspirar á su pueblo las ideas de la creacion del universo por el omnipotente poder de Dios, la conservacion y direccion del mismo y la providencia que regula todos sus movimientos y menores accidentes, ideas confirmadas cada día más por las ciencias, y merced á las cuales han podido estas abrirse nuevos horizontes.

No queriendo el Dios de Israel que su pueblo camine por las sendas del error, instituye ministros de su culto y los sacrificios que quiere se le ofrezcan; pero no quiere la pompa exterior solamente, sino que exige los sentimientos del corazon. « Yo soy quien soy », dice Dios á su pueblo, por lo tanto no tendrás otro Dios que yo, ni harás simulacros para adorarlo; amarás á tu eterno Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Respecto á la moral, no existe un solo vicio, por insignificante que sea, —si hay vicios insignificantes—que no esté condenado severamente en la legislacion de Moisés. El código de este caudillo, formado no solamente para

la sociedad material sino tambien para la espiritual, condena las acciones malas, como prohibe hasta los deseos y pensamientos malos. ¿Qué legislador de la antigüedad llevó su prevision á este extremo? ¡Qué extraño que el mismo Moisés, poseído de entusiasmo exclamara como fuera de sí, al contemplar su propia legislacion: «¡Oh Israel! cuál es la nacion tan sabia é ilustrada que tenga tan bellos preceptos y estatutos tan justos como los que yo te he propuesto en este día?»

No existe en nacion alguna un código de moral tan pura y austera como el hebreo. En él está proscrita toda idea que tienda al lujo y á la disipacion. Cuando se considera lo reducido del pueblo hebreo, comparado con las inmensas nacionalidades que le rodeaban; se admira con mayor motivo la particular organizacion que le distinguió en las largas épocas de aberraciones religiosas y morales de los pueblos con quienes debía estar en continuas y directas relaciones.

¿Debería quizas este privilegio aquella raza escogida á la vida eminentemente agrícola que era la dominante? ¿Habría acaso influído en ella el recuerdo de la vida de los Patriarcas antiguos, que veían deslizarse tranquilamente los días de su larga carrera en este mundo sentados á la sombra de sus palmeras, olivos y viñas? ¿No influiría la naturaleza que les prestaba los dulces encantos de un clima feraz, verdadero, aunque vasto, oásis entre los montes áridos y llanuras arenosas que lo limitaban? ¿No debía impresionarse profundamente la imaginacion al descubrir las cimas del Tabor alfombradas perennemente de verde, cuyas siluetas se dibujaban caprichosamente en el fondo plateado del cielo incomparable de Galilea, al contemplar la majestad de los cedros del Líbano ocultos entre nubes; al ver la renovacion continua de una vegetacion prodigiosa, propia de una tierra fértil sin igual; con sus cascadas y torrentes; con sus campos de cosechas no vistas en otros puntos; con sus rebaños de cabras poblando montes sembrados de mirtos y bosques de olivos; con sus enjambres de palmeras y su multitud de fuentes y arroyos que mantenían la fertilidad del país?

Con el lenguaje hiperbólico de las imaginaciones orientales pudo Moisés decir, en vista de tanta fertilidad, que el país prometido á su pueblo manaba

leche y miel; pero, dejando nosotros que los árabes apacienten todavía sus inmensos rebaños en las llanuras que fueron de Israel, y que las abejas chupen aromática miel en las grietas de aquellas rocas erizadas de carrascales, ocupémonos en cosas más serias y positivas, y estudiemos someramente las leyes que podríamos llamar agrarias del código de Moisés.

De pronto observaremos que el suelo, sobre el cual legislaba el caudillo hebreo, se presentaba muy adecuado para la reduccion y multiplicacion de la propiedad entre muchos, con lo que atacaba de frente el sabio legislador el monopolio de la propiedad de la tierra, causa principal del enconado odio del pobre contra el rico, y que deberá modificarse profunda y radicalmente si no han de perecer convulsivamente las sociedades actuales.

El código mosáico, introduccion ó preludio del código cristiano se opone á las grandes propiedades. Al decir Dios á la primera pareja: creced y multiplicáos y llenad la tierra y enseñoreaos de ella, impuso un precepto y concedió un derecho: en aquella pareja estaba representada la humanidad, sin distincion ninguna, y toda la humanidad tiene derecho á la tierra, como tiene el deber de cooperar á la multiplicacion. Pero sería una irrision, una horrible blasfemia suponer en Dios un juego de palabras al ceder á la humanidad el dominio de la tierra, entendiendo que desheredaba á la inmensa mayoría de los hombres del derecho de propiedad, para darlo íntegro, pleno y perennemente á una raza ó casta privilegiada.

Veamos la legislacion mosáica y reflexionen nuestros lectores si las sociedades no andan descaminadas.

Para asegurar al pueblo de Dios la abundancia de todos los bienes de la tierra, dictóle Moisés muchas leyes. Nadie había recibido ó no podía adquirir suficientes terrenos que pudiera descuidar parte de ellos ó dedicarla á estériles embellecimientos; porque había obligacion de emplear todo el terreno á la produccion de subsistencias. No solamente no se le podían arrebatar á uno sus tierras, sino que ni él mismo podía enagenarlas perpétuamente.

No sólo estaba limitado el derecho de propiedad por la prohibicion de enagenar perpétuamente las tierras, sino tambien por la obligacion de suje-

tarse á ciertas y determinadas reglas para el cultivo, y por la declaracion de impureza contra los frutos de los tres primeros años, con que se ponía freno á la codicia de los propietarios.

La tierra, segun el código mosáico, no es más que una heredad cedida en arriendo á la humanidad; mejor dicho, un fundo cuyo usufructo permite su dueño á los hijos de Adan; ese arriendo, ese usufructo no dan más derecho que el expresado en las mismas palabras; por esto estaba prohibida á los hebreos, la enagenacion perpétua de sus tierras (1).

La declaracion de impureza de los frutos primerizos ántes de un plazo de tres años, obligaba á los hebreos á cuidar con mayor afan sus plantaciones, no permitiendo que se extenuaran anticipándose en su fructificacion, toda vez que tampoco podían hacer ningun uso de sus productos. Esta medida era al mismo tiempo muy previsora, para que aumentara el valor de los terrenos ásperos y pedregosos por naturaleza, nada propios por consiguiente para el cultivo, pero adecuados para los olivos, las higueras y los viñedos, que crecen y medran perfectamente en terrenos calcáreos como aquellos; pero ademas de esto, la idea más feliz que tuvo Moisés (2) fué la de eximir del servicio militar y de todos los servicios públicos, hasta la época de la primera cosecha, al plantador de una viña ó de un jardin de árboles frutales

---

(1) En el LEVÍTICO, capítulo XXV, versículos 23-24, etc., se lee: « La tierra asimismo no se venderá para siempre; *por cuanto es mía, y vosotros sois advenedizos y colonos míos*. Y así todo terreno de vuestra posesion se venderá con la condicion de redimible, etc., etc.

Las sociedades, en nuestro concepto, están sumidas en una iniquidad contínua y que clama venganza. Los pueblos que se llaman cultos se rigen por el derecho romano que, por más que se diga, no pasa de la razon escrita, cuando el derecho hebreo es el derecho revelado. La revolucion al derrocar el derecho romano, el derecho de la razon, tiende á ensalzar (sin darse cuenta de ello) el derecho hebreo. Cuando decimos que la grande propiedad es un robo, porque efectivamente lo es, nos amparamos en el derecho hebreo, más antiguo, más racional, más cristiano, más humano, más lógico que el romano. Jesucristo dijo: *non veni solvere legem sed adimplere eam*, y no comprendemos por qué el Cristianismo, despues de acabado el poder de los Césares, no sustituyó el derecho hebreo al romano. Se nos dirá que al poder civil y no al religioso correspondía este cambio: no podemos entrar en una discusion que no es de este lugar; pero, ó mucho nos engañamos, ó la revolucion acabará por conseguir lo que debieran haber hecho la Iglesia y el Estado. Al tiempo.

Quien desee conocer á fondo la legislacion hebrea, que no hacemos más que indicar muy someramente, consulte el *Éxodo* y el *Levítico*, y medítelos con atencion, porque todos los problemas sociales que hoy traen revuelto al mundo, tienen su sabia y práctica resolucion en aquellos preceptos tan divinos como humanitarios. La *igualdad* tan deseada y tan conculcada sería un hecho real y positivo con la observancia de los preceptos mosáicos. Con la legislacion de Moisés en la mano se prueba perfectamente que el hombre es un usufructuario, pero no un propietario de la tierra, que es de Dios.

(2) Hablamos así partiendo, no obstante, de la inspiracion divina, sin la cual no sabemos concebir la legislacion de Moisés.

cualquiera que fuese su cabida. Á esta prevision tan prudente como acertada debió la tierra hebrea la nombradía, justa sobre toda ponderacion, que penetró hasta en Grecia, de la excelencia de sus viñedos, de sus olivares, de sus palmeras, de sus incomparables higueras, de la hermosura y fertilidad de sus montañas.

Quizas se encuentren exageradas ó atrevidas nuestras ideas respecto á la propiedad de los terrenos entre los hebreos, á fin de evitar la creacion de grandes propiedades, en perjuicio de la multitud reducida necesariamente á la indigencia. Como en otras partes, hubo entre los hebreos quienes quebrantaron las disposiciones de Moisés, y los lamentos de los profetas, de los encargados por Dios para velar por el cumplimiento de sus mandatos, nos probarán con mayor fuerza la exactitud de nuestros asertos. «¡Ay! dice Isaías, ay de los que añaden casa sobre casa, terreno sobre terreno, hasta faltarles sitio y ser los únicos habitantes del país!» La parábola evangélica del rico Epulon y del pobre Lázaro será con el tiempo la mejor confirmacion del espíritu que inspira la caridad de estos preceptos encaminados á evitar las irritantes desigualdades de fortunas entre los hijos de un mismo padre.

De todos modos, y para el objeto del estudio de la civilizacion es digno de observarse que si, faltando á lo terminantemente prescrito por la ley, hubo grandes propietarios ó grandes fortunas entre los hebreos, no hubo, sin embargo, por efecto quizá de esa misma ley, las escandalosas exhibiciones de lujo y ostentacion tan comunes en otros pueblos, sobre todo los orientales, y áun vecinos del pueblo de Israel.

Estudiando con atencion á ese pueblo, se le ve ocupado contínuamente en guerras, castigos de su Dios las más de las veces por haberse entregado á la idolatría, ó haber desoído la voz de sus Profetas, llamándole á buen camino: esta circunstancia debe tenerse muy en cuenta, para formarse idea del atraso relativo en que pudiera estar en aquella reducida nacion todo lo concerniente á las llamadas artes é industrias que traspasan los límites de lo extrictamente necesario. Ademas, á diferencia de lo más comun entre los pueblos antiguos, no estaba permitida, ó estaba muy restringida, á lo ménos, entre los hebreos la esclavitud, y tenían tambien terminantemente vedada la

usura por la prohibicion de los préstamos á interes. Como se desprende naturalmente de esto, faltaban al desarrollo del lujo los apoyos principales, reduciendo por lo tanto á modestos límites las aspiraciones de los más ambiciosos.

Sólo en los momentos de ocio que dejaban los trabajos agrícolas podían los israelitas, segun los preceptos de Moisés, dedicarse al ejercicio de las artes. Los extranjeros y los esclavos son los únicos que deben ocuparse en los talleres y fábricas. El hebreo debe trabajar al aire libre, no debe conocer más que los trabajos que robustecen el cuerpo y fortifican el alma con la meditacion y contemplacion de la obra del Criador.

Para el legislador hebreo las subsistencias necesarias para la vida material forman la única fuente de la prosperidad y casi diríamos del lujo de la nacion: despues del trigo, del vino, de los ganados, de los frutos, no permite más que el uso de los dos metales más inferiores para la generalidad de los pueblos: el hierro y el cobre.

No cierra el comercio á su pueblo el gran legislador: al contrario, le brinda con ancha libertad, con grandes vías de comunicacion que abre y ofreciéndole tres ferias ó exposiciones anuales en las que se reunían todos los productos del país, aglomerando allí las primicias de las frutos, de los ganados y de cuanto pudiera ser objeto de transacciones mercantiles.

¿Cómo estaba constituída la familia hebrea? Parece que siendo un país oriental debía estar sujeta la familia hebrea á la plaga que entre aquellos pueblos tenía á la mujer envilecida ya por la esclavitud, ya por el concubinato, ya por el caprichoso favoritismo de un déspota que cambiara de mujer como se cambia de cosas. Afortunadamente para la mujer hebrea, la civilizacion se presenta ya modelo acabado en su legislacion social. La mujer hebrea es la verdadera compañera de su esposo, la verdadera madre de sus hijos, ennoblecida por el amor del marido y el respeto profundo de los hijos.

Los padres, en la familia hebrea, estaban obligados á la instruccion de sus hijos, á enseñarles los dogmas de la Religion, el monoteismo, ó unidad de Dios criador y conservador del mundo; la eleccion que había hecho de Israel por pueblo suyo; los premios y castigos reservados para los que ob-

servaran ó infringieran sus preceptos. Es verdad que la legislacion castigaba los vicios de los hijos, pero muy previsoramente libraba á estos de los arrebatos de sus padres. Tambien es cierto que concedía al padre el derecho de consagrar sus hijos al servicio del tabernáculo, y hasta de venderlos como esclavos en un caso de extrema miseria, pero eran tan prudentes las modificaciones impuestas á ese derecho, que apénas repugnará á nuestras costumbres modernas, meditándolo desapasionadamente.

Eran los hijos los herederos necesarios de los padres, y debían repartirse sus bienes por partes iguales, reservando doble porcion para el mayor. Las hijas no heredaban sino en el caso de morir el padre sin hijo varon. Los bienes gananciales eran de libre disposicion de los padres que podían distribuirlos á las hijas.

El principio de autoridad formaba la base de todas las relaciones religiosas y sociales del pueblo hebreo; así es que el respeto, la obediencia y el amor de los hijos para con sus padres y madres quedaba asegurado por leyes severísimas que condenaban á muerte al que se atrevía contra los autores de sus días, ó que les echara alguna maldicion.

La familia hebrea estaba gobernada por leyes altamente morales y profundamente filosóficas. Los elementos que conspiran más terriblemente contra el aumento de la poblacion en un Estado se reducen al lujo y á la miseria. Ni las guerras, ni las epidemias causan tantas bajas en la poblacion como las exigencias del lujo y los horrores de la miseria: aquellas siegan en flor la vida de las personas; estos atentan contra su futura existencia. El lujo, por el miedo de no poder sostenerse, extiende su prevision al número de hijos que convienen; la miseria los ve perecer por falta de recursos. La pequeña propiedad, la reparticion obligatoria de los terrenos entre muchas manos, aumentaría la poblacion y desterraría el lujo, la reduccion de los propietarios, el monopolio de los terrenos en pocas manos reduce la poblacion y es el mayor incentivo del lujo.

El esclavo, en poder del amo hebreo, estaba seguro de que no pesaba sobre él ninguna autoridad despótica: este amparo se extendía lo mismo al esclavo de nacion hebrea que al extranjero. Muy al contrario, el amo hebreo

debía velar por la vida y hasta por la felicidad de su esclavo, y si golpeándole, hubiese por casualidad héchole saltar un diente ó dañado un ojo, estaba condenado á darle su libertad, sino se le sujetaba tambien á muy severo castigo. Por la ley tenían tambien los esclavos asegurados ciertos días de descanso y esparcimiento, prescindiendo áun del reposo del sábado que tambien les comprendía y del sitio que podían ocupar en las fiestas religiosas inclusos sus festines y comidas de los sacrificios. Prohibía asimismo la ley vender los esclavos al extranjero, quitarles la vida ó dañarles; y el séptimo año les devolvía su libertad.

Merced á las restricciones antedichas había muy pocos esclavos entre el pueblo hebreo, y si comparamos los Estados que ya conocemos con el que ahora nos ocupa, observaremos en primer término la inmensa libertad de que disfrutaban los de los hebreos y que en vano buscaríamos en ningun otro punto. (1)

Jamas existió ley alguna que protegiera el matrimonio y velara por su santidad como la hebrea: el matrimonio se convertía en una especie de deber religioso, por lo que á nadie se le ocurría la idea del celibato. Un matrimonio infecundo era lo más triste y hasta humillante que se conocía en aquel pueblo; porque la esterilidad se consideraba como un castigo del cielo, y la fecundidad como uno de los favores más especiales y distinguidos.

Nuestros cacareados adelantos y nuestras falsas democracias no han podido ó sabido llegar á la despreocupacion del pueblo hebreo en punto á la celebracion de los matrimonios. La diferencia de posicion social, ó de clases, como impropiamente se dice, no era obstáculo entre los hebreos para la celebracion de sus matrimonios, puesto que entre ellos eran desconocidos los dotes, y el principal que aportaban á sus esposos las jóvenes más ricas, cedidas gratuitamente á sus maridos, consistía en algunas esclavas de confianza. Las demas esposas se compraban, pero su precio era muy reducido.

(1) Un hebreo podía vender su libertad si á ello le obligaba su miseria. El deudor quedaba á veces esclavo de su acreedor; el ladron que no tenía con qué restituir, se vendía; pero el esclavo hebreo servía solamente hasta el año sabático, que llegaba cada siete años.

Las promesas hechas directamente por Dios á Abraham de premiar su fe con numerosa prole y renovadas á los demas Patriarcas de los antiguos días, explican perfectamente que los hebreos en su lecho de muerte bendijeran á sus hijos más queridos con la expresion del deseo de numerosa generacion. Los hijos eran el consuelo y la honra de sus padres y el sosten de la riqueza de los padres, que ya sabemos eran agricultores en su inmensa mayoría. En lugar de esclavos que era preciso comprar y mantener, ó de jornaleros que debían pagarse, preferían los hebreos los hijos que al amor reunían el interés. Con estos antecedentes se explica sin dificultad la gran poblacion de la region hebrea.

La honra de la mujer hebrea, soltera y casada, estaba rodeada de garantías que en vano se buscarían en otro pueblo. Así las jóvenes como sus madres encargadas de velar por su virtud, vivían sujetas á una severidad que si no se imponía por la virtud obligaba por el temor. El marido tenía á su favor contra las sospechas de su esposa infiel la llamada prueba religiosa, capaz por sí sola de aterrorizar á una mujer culpable y de devolver la calma al corazon del marido más suspicaz y celoso. La esposa inocente podía estar segura de la manifestacion de su pureza, y la tranquilidad conyugal tenía un fiador de que no puede gloriarse ninguna otra religion.

Moisés toleró el divorcio atendiendo á circunstancias especiales que deben estudiarse y apreciarse, dadas las condiciones de lugares y tiempos en que legisló. Exigía empero que constara por escrito, que se fundara en motivos razonables, y que jamas pudiera el marido volver á unirse con la esposa repudiada.

Unido todo esto á otros preceptos legales que llamaríamos de mútua consideracion, no se darían muchos casos de separaciones matrimoniales; porque, generalmente hablando, prohibía la ley todo sentimiento de odio y todo deseo de venganza. De este precepto al evangélico de volver bien por mal y de amar á los mismos enemigos no media más diferencia que la del tiempo que separa las dos leyes.

Los pueblos idólatras, en contacto á veces con los hebreos, quedaban asombrados ante el efecto de los preceptos mosáicos del mútuo amor. Por

la voluntad de Dios y la obediencia que se le debe mandaba la ley el perdon y generoso olvido de las ofensas: imponía el deber de amarse como á sí propios los hermanos y de hacer para los demas lo que se quisiera que se hiciese consigo propio. Esta era la moral, precursora del Evangelio, que se hacía incomprensible á los demas pueblos: el amor se hacía incomprensible al egoismo.

La moral de Moisés se haría sobre extremo admirable si no supiéramos que fué inspirada por el mismo Dios. Efectivamente; manda respetar y venerar las canas de los ancianos, porque la honra á los ancianos se convierte en honra á Dios quien los conserva, en su infinita Providencia, para que sirvan de consejo á los jóvenes y les auxilien con sus luces fruto de su experiencia, hija esta á la vez de sus años. El respeto y veneracion debidos á los ancianos queríalos la ley extensivos á las enfermedades ó defectos físicos. No era permitido hablar mal del sordo; estaba prohibido poner obstáculos en el camino por donde debía pasar el ciego. Mandaba encaminar al viajero, guiándole fielmente. Al indigente debía prestársele lo que necesitaba, pero prestárselo gratúitamente. Sólo al extranjero podía prestársele con interés. La ley daba por fianza al acreedor las tierras, las cosechas y hasta la persona del deudor, pero á los cincuenta años quedaba abolida la deuda, recobraba su libertad y tomaba otra vez posesion de sus bienes libres desde entónces de toda hipoteca. El año séptimo ó sabático era tambien un año de perdon, y estaba solemnemente declarado que no podía servir de pretexto para no prestar á quien lo necesitaba la proximidad de dicho año sabático.

Si tu hermano, dice la ley, no se encuentra ya en estado de ganar su vida y la de su familia le darás tú con qué sostenerla. En la época de la siega no segarás los extremos de tu campo, que dejarás para los pobres, la viuda, el huérfano y el extranjero. Y como si temiera Dios que el corazon del hombre se cerrara á las miserias de su hermano desvalido, acompaña al precepto el recuerdo tantas veces repetido en la Biblia en los momentos más solemnes y sublimes: ¡Yo soy el Eterno tu Dios!

Jamas han tenido los pobres y toda clase de desgraciados un código que

les atendiera tanto como el hebreo. Pero ¿qué extraño que el hombre, por miserable que fuera, se viese objeto de tantos cuidados, si se extendía la proteccion hasta á los animales? Á estos se les debían suavidad y buen trato y no solamente si prestaban algun servicio para el trabajo, sino tambien si se los destinaba al alimento humano, en cuyo caso se les debían ahorrar todos los dolores y padecimientos que fuera posible. No se podía arrebatar á las madres los pequeñitos que amamantaban, no se podía matar al animal perseguido que se refugiara como en actitud suplicante en la propia casa. Estaba tambien prohibido arrebatar los nidos á las aves, ya fuera que empollaran los huevos, ya alimentaran á los pequeñuelos. En cambio de estos tiernos cuidados prometía Dios la prosperidad y prolongacion de los días al que observara estos preceptos.

Quien se mostraba tan solícito para con la familia, los pobres y hasta para con los animales, no podía descuidar la constitucion de la gran familia llamada Estado.

Dios es el primer magistrado del pueblo de Israel. Debíale el pueblo su libertad y sus bienes y en demostracion de su gratitud le elige unánimemente por su rey y señor. Este rey invisible elige un tabernáculo por su palacio, y desde aquel trono, inaccesible para los profanos, dicta sus leyes, expide órdenes y decreta la paz ó la guerra. La tribu de Leví es la escogida para darle sus oficiales y guardias. El rey de Israel reune en su persona las dos autoridades civil y religiosa, y es porque el Estado y la religion son inseparables en él é indivisibles.

Moisés y sus sucesores en el mando son los vireyes que, en nombre de Dios, su jefe, gobiernan el Estado hebreo con sujecion á las leyes promulgadas por el mismo Jehovah. En paz y en guerra no tiene el pueblo hebreo otro jefe que el delegado de su Dios, por esto su autoridad no puede ser, ni es en efecto, arbitraria ni despótica. De los miembros más distinguidos por el saber y los años de todas las tribus se forma un Senado que le sirve de consejo y le consulta en los negocios más importantes ó árduos, y si acaso los hay que afecten á toda la nacion, reune al pueblo ó los estados; porque cada tribu tiene su jefe, su senado, sus jefes de familia, sus jueces.

El ejército hebreo se reunía con pasmosa prontitud y obedecía como un solo hombre á su único jefe, representante de Jehovah.

Cada uno de los seiscientos mil hombres que formaban el ejército hebreo debía tener una pieza de tierra, no muy extensa en verdad, pero suficiente para mantenerle á él y á su familia en modesta pero honrada abundancia. La suerte decidía de la reparticion que se hacía proporcionada con el número de los individuos de la familia. Las tierras y sus accesorios eran absolutamente inalienables. De los padres, á quienes se habían dado, debían pasar á los hijos, y quedar perpétuamente en las mismas tribus y en las mismas familias. Por un determinado tiempo podía enagenarse su usufructo, pero todas esas enagenaciones cesaban cada cincuenta años, á la vuelta del año del jubileo.

Cada hebreo era soldado, al llegar á la edad de veinte años. La ley, sin embargo, no les sujetaba al celibato ni al acuartelamiento. Queda dispensado del servicio correspondiente al año el que tomó esposa y no habitó con ella, el que edificó una casa y no vivió todavía en ella, el que plantó una viña y no recogió su fruto. Son terminantemente prohibidos todos los desórdenes en el campamento, y toda impureza aunque sea involuntaria. El ejército no puede pasar por los campos y las viñas, ni debe recibir víveres, sino comprarlos con su propio dinero, sin excluir ni la misma agua que ha de beber. Antes de emprender el combate podía retirarse para guardar los bagajes, el que se sentía cobarde ó tímido para pelear. Los sacerdotes debían ir al frente del ejército y predicarle la confianza en Dios. Terminada la campaña, debían los combatientes considerarse manchados, y dedicar todo un día á purificarse.

Por la ley estaba severamente prohibido emprender guerra alguna por mero capricho, por ambicion, ó por deseos de conquista; sólo se justificaba por la necesidad de satisfaccion de graves daños ó injusticias, y sólo se podía entrar en país enemigo despues de la negativa injustificada de legítima reparacion.

Vedaba asimismo la ley cortar árboles frutales, ó coger de ellos más fruta de la necesaria, y obligaba á hacer ofrecimientos de paz á los habitantes de

los pueblos: si aceptaban, pasaban á ser simples tributarios y ciudadanos de Israel; pero, si se negaban, sólo podían pasarse á cuchillo los hombres que empuñaban las armas. Las prisioneras quedaban bajo el amparo de la ley que prohibía la insolencia y malos tratos contra ellas, y no podían tomarlas por esposas hasta despues de pasado un mes de prodigarlas toda clase de consideraciones y de dar libre curso á sus lágrimas: caso de que entónces no les agradaran ya, debían dejarlas libres, sin poder venderlas, ni traficar absolutamente con ellas.

El respeto á la vida humana estaba consignado en artículos terminantes de la legislacion hebrea. Era castigado con pena de muerte todo hombre que con premeditacion hubiese muerto á otro hombre, libre ó esclavo (1). Había, no obstante, escogidas seis ciudades levíticas para defender provisionalmente al homicida voluntario de la justicia, demasiado precipitada, para dejar su libre curso al juicio y fallo del tribunal. Cuando no era conocido el autor de un homicidio, convocaba la ley á los magistrados de las ciudades vecinas á una ceremonia imponente, cuyas especiales circunstancias eran las más á propósito para inspirar horror al asesino y al asesinato. Á fin de evitar lances desgraciados y suicidios había llegado la prevision al extremo de mandar construir en los tejados de las casas barandas de suficiente seguridad y altura para evitar las caídas fortúitas ó los suicidios.

Aunque quizas parezca extraño, en la legislacion hebrea no eran los hijos tan completamente de los padres que no pertenecieran tambien á la república ó al Estado; así es que no podían venderlos sino á hebreos, y la esclavitud, como para todos los demas ciudadanos, tenía para ellos un término. Los ancianos de la poblacion debían juzgar y condenar á un hijo perverso y de malas cualidades. Reputábase por un crímen horrendo el abandono, exposicion ó muerte de un niño recien nacido, y la ley mandaba alimentarles á todos.

La mujer adúltera era condenada á muerte, pero á los tribunales correspondía el derecho de imponérsela. Al igual que el adulterio, se condenaban

(1) Exodo, cap. XXI, v. 12.—Levítico, cap. XXIV, v. 12.

con la misma prudente severidad todos los demas delitos. El que había herido á otro era condenado á pagar al herido todos los gastos de su curacion, indemnizarle sus pérdidas ocasionadas por la enfermedad y por la interrupcion de sus trabajos. El hombre iracundo que, en un momento de arrebato, ocasionaba un aborto mortal para la criatura era condenado á la pena de muerte, y la mujer que se procuraba la pérdida del feto era tambien castigada como homicida. En principio se reconocía por la ley mosáica la pena del talion, pero no se aplicaba literalmente, porque las más de las veces hubiera sido imposible y otras injusta.

Se ha dicho á veces, por malicia ó ignorancia, que la religion tendía á la tristeza, que era esencialmente misántropa é hipocondríaca. Moisés desmiente todas esas calumnias mediante su legislacion encaminada, al hablar de las fiestas y del descanso necesario, al mantenimiento de la santa alegría y á la conservacion de las fuerzas indispensables para la salud del cuerpo gastado por el trabajo. «Seis días trabajarás: el séptimo descansarás, para que repose tu buey y tu asno; y se recree el hijo de tu esclava y el extranjero..... Tres veces cada año me celebrarás fiesta solemne (1).»

Cada semana tiene pues su sábado, fiesta mandada por el mismo Dios en celebridad y memoria de la creacion del mundo; cada mes tiene su neomenia, fiesta que se celebra el día en que se dejaba ver la luna nueva; cada año sus tres fiestas solemnes, para conservar la memoria de tres grandes beneficios de Dios.

La poesía, no satisfecha con el espectáculo de las fiestas, les presta asimismo sus galas para los nombres con que se conocen.

La fiesta de la Pascua, que se celebraba en el mes de los frutos nuevos, en memoria de la salida de Egipto, y de haber librado Dios de la muerte á los primogénitos de los hebreos. Comenzaba su celebracion por la tarde, despues que el sol comenzaba á declinar, y se comía el cordero asado.

La fiesta de Pentecostés, ó sean cinco decenas de días, ó fiesta de las semanas, por celebrarse al cabo de siete semanas despues de la Pascua.

(1) Exodo Cap. XXIII, v. 12, 14.

Tenía por objeto el recuerdo de la publicacion de la ley en la montaña de Sinaí, y en ella se ofrecían las primicias de los frutos.

La fiesta de los Tabernáculos: duraba ocho días, despues de la vendimia y se celebraban con ella los beneficios que hizo Dios al pueblo hebreo miéntras habitó en tiendas ó tabernáculos cuando peregrinó por el Desierto.

Ademas de estas fiestas celebraban otras muchas los hebreos debidas á su propia iniciativa para festejar recuerdos dignos de buena memoria para ellos. En todas estas fiestas reinaba la más pura alegría que era comun á todos los diversos miembros de la familia hebrea. El padre, la madre, los hijos, el extranjero, todos, sin excepcion, nacionales y extranjeros, participaban de la comun alegría. El recuerdo de esta y de las fiestas que se la causaban, hacían prorumpir á los hebreos en aquellas sublimes quejas que resonaron en las extensas llanuras de Babilonia, en las márgenes de sus ríos. Sentados allí, poníanse á llorar los hebreos, y acordándose de su inolvidable Sion, colgaban de los sauces sus instrumentos músicos. Á los que les habían hecho cautivos y les pedían que les cantasen sus cánticos, «¿cómo hemos de cantar los cánticos del Señor (les respondían) en tierra extraña? (1).»

La prevision de Moisés se extendió á preceptos que se escaparon á todos los legisladores, porque atendió, entre muchas otras cosas que ya hemos visto y que aún nos faltan ver, á preceptos higiénicos que se creerían imposibles en tan remotísima época si no los viéramos consignados en sus escritos.

La salud del pueblo hebreo le hizo dictar minuciosos pormenores, dignos de estudiarlos quien desee seguir los pasos de las civilizaciones antiguas y establecer comparaciones con las modernas. Estúdiense los capítulos XI, XII, XIII y siguientes del Levítico y tendrá la Medicina mucho que admirar en ellos si es que aún no tiene muchísimo que aprender, como así lo creemos nosotros. ¡Qué miras tan elevadas las de Moisés! ¡Qué conocimientos tan útiles para la salud revela en todos esos largos capítulos, verdadero tratado de higiene! ¡Qué concienzuda clasificacion de los animales para que supiera el pueblo cuáles podía comer y de cuales debía abstenerse! ¡Qué perfecto

(1) Salmo CXXXVI. *Super flumina Babylonis*, &.

conocimiento del régimen de salud que debían observar los hebreos! ¡Cómo distinguía Moisés las condiciones climatológicas del país que debía habitar su pueblo y la influencia que en la salud pública podían y debían ejercer segun la clase de alimentos que prefiriera! Pero donde excede á toda ponderacion la ciencia de Moisés, parécenos que es en las reglas que dicta para conocer los síntomas y señales de la lepra, y en las precauciones inspiradas por su celo para preservar á su pueblo de enfermedad tan asquerosa y horrible. ¡Con qué paciente y sabia investigacion sigue por grados y paso á paso la aparicion y desarrollo de la enfermedad! ¡Qué medidas tan acertadas para evitar el contagio! ¡Cuántas enfermedades no evitaría la prudencia y prevision de Moisés!

La ciencia, en las enfermedades contagiosas, no habrá adelando gran cosa en sus prescripciones higiénicas desde la época de Moisés, si nos atenemos á lo que consta en sus escritos, cuyas reglas, por muy extensas, no podemos ni compendiar aquí, pero cuyo estudio recomendamos muy eficazmente, en especial á las personas á quienes no pueda ser indiferente su conocimiento.

Eran tambien preceptos eminentemente higiénicos en aquellos puntos habitados por los hebreos la obligacion de enterrar el mismo día los cadáveres de los ajusticiados; la prohibicion de enterrar los muertos en poblado; el deber de indicar los sitios de las inhumaciones mediante alguna señal; no poder comer animales de los llamados puros, pero muertos de enfermedad; no poder tampoco aprovechar, para comerla, la sangre de los animales, de cualquiera clase que fueran; y, finalmente, no poder asimismo tocar los cadáveres de los animales, fueran puros ó impuros, pero muertos de enfermedad. Entran de la misma manera en los preceptos altamente higiénicos, recordando, como ya hemos dicho ántes, el clima, las frecuentes purificaciones, abluciones y lustraciones á que estaban sujetos los hebreos, que debían procurar la salud y comodidad si se tiene en cuenta la diferencia que media del país donde nosotros habitamos del habitado por los hebreos.

La solicitud de Moisés se extendía á todo: personas, animales y cosas. En su legislacion, que podríamos llamar agraria, ademas del descanso debi-

do el día séptimo á los animales domésticos, prohibe uncir juntos el buey y el asno por la mucha desigualdad de sus fuerzas respectivas; no quiere que se ligue la boca del buey que trilla las mieses en la era; debe retirarse de la zanja al animal que cayó en ella; levantar al que cayó abrumado por la carga; guiar al extraviado y alimentarlo hasta que pueda ser devuelto á su dueño.

Extendíase la prohibicion, en lo concerniente á cosas agrícolas, á sembrar en un mismo campo distintas especies de semilla: las contravenciones á este precepto quedaban confiscadas á favor del santuario. Los terrenos eran por su naturaleza buenos y fértiles; pero estaban sujetos, por la ley, al descanso del séptimo año, llamado por esta razon sabático, y era el que seguía despues de otros seis, durante el cual debían los judíos dejar descansar los campos, cuyos frutos ó pastos servían únicamente para los pobres, y por eso les prometió Dios que si observaban su ley, haría que la cosecha del año sexto fuese más abundante (1).

La civilizacion hebrea, reflejada en los varios ramos de su legislacion, sorprende tanto más cuanto se la estudia con mayor detenimiento; porque debe reconocerse que nada se escapó á la previsora solicitud del grande legislador, cuyo mérito sube de punto y adquiere mayores quilates conside-

(1) Consúltense el ÉXODO, cap. XXIII, v. 10; el LEVÍTICO, cap. XXV, v. 3, 20 y sig.

Permítasenos aquí una observacion. El Código mosáico, el más desconocido de todos los legisladores y políticos, es en cambio el más democrático de cuantos se conocen, y tanto lo es, que tiene sus ribetes de comunista; pero de un comunismo basado en la fraternidad é inspirado por el amor. El código hebreo tiende á la democracia, el romano á la aristocracia; y, sin embargo, este ha prosperado, y aquél es ignorado de casi todo el mumdo. ¿Por qué no lo estudia el pueblo? Quizas porque se funda tanto en el principio de autoridad, y los pueblos rechazan toda autoridad; pero no reflexionan que la autoridad de ese código es enteramente paternal... Medite el pueblo, mediten los políticos la esencia de la propiedad entre los hebreos, las obligaciones de todos para con los pobres, los derechos de estos á la proteccion efectiva y vean si no van descaminados al descuidar el estudio del código hebreo.

No queremos, ni podemos engolfarnos ahora en las trascendentales cuestiones á que daría lugar esta materia, tan desconocida como digna de ser estudiada; pero no podemos callar una idea que se nos ocurre. Si en la ley hebrea eran de los pobres los productos del año sabático, ¿por qué las civilizaciones modernas, apoyadas en el Evangelio del Cristo que tanto amó á los pobres, no debieran dictar á los ricos una regla fija y segura, ya que ellos no lo hacen, para dar á los pobres sus sobrantes que en rigor son suyos y se los deben? ¿Por qué no debieran cederse á los pobres los frutos de las tierras cada cierto número de años, y las rentas de los capitales en igual modo y forma? Los ricos no dejarían por esto de ser ricos; tendrían más tranquila su conciencia, y la sociedad no presenciaría el repugnante espectáculo de tanta pobreza y miseria al lado de tanto lujo. Al propio tiempo que ganaría la moralidad, perderían terreno las ideas socialistas que un día ú otro trastornarán las bases actuales de la propiedad, si no se las atiende y satisface en la parte de razon en que se fundan.

rando que, siendo Moisés el primer legislador, no tuvo ejemplos que imitar, ni modelos que copiar.

Fulmina Moisés sentencia de muerte contra el hombre que robare uno de los hijos de Israel, aunque se le encontrara despues en su casa, ó lo hubiese vendido (1). Si un ladron fuese hallado forzando de noche, ó socavando una casa, y siendo herido muriere, el matador no será reo de muerte; pero si lo hiciere despues de salido el sol, cometió un homicidio, y así tambien debe él morir. El legislador hebreo quiere que cesando la necesidad de la defensa, cese tambien el derecho de hacerse cada cual la justicia á sí propio.

Á fin de que cada ciudadano hebreo posea exactamente la porcion de terreno que le hubiese sido señalada, y tenga seguridad de no ser molestado en su justa posesion, exige Moisés que se declare maldito el que ensanchare en perjuicio de otro los límites de su finca y que todo el pueblo apruebe y confirme la maldicion fulminada.

Prohibe con toda severidad la legislacion mosáica no solamente la injusticia en el juicio sino en la vara de medir, en el peso, en la medida: quiere que la balanza sea justa y cabales las pesas, justo el modio y el sextario, y que estén en un todo conformes con los modelos depositados, para el fiel contraste, en el Tabernáculo. Las contravenciones serán abominables en la presencia del Señor. Si un objeto ó una cantidad en depósito desaparecía, estaba obligado el depositario á prestar juramento en justicia de que él no se lo había apropiado; al mismo tiempo, toda cosa encontrada debía depositarse, á fin de que pudiera ser devuelta á su verdadero dueño.

La riqueza pecuaria de los hebreos merecía especial atencion, y por esto Moisés amalgama casi las indemnizaciones ó penas en que incurren los infractores de la ley divina con los que merecen los que causan daños á personas y bestias. Quien hiriere ó matare á un animal, (2) restituirá otro equivalente, á saber animal por animal..... Quien hiriere de muerte á un jumento,

(1) Al hablar de esclavos entre el pueblo judío, es oportuno recordar que un hebreo podía venderse, recobrando su libertad, como ya lo hemos dicho, el año sabático; pero este privilegio no lo gozaba la esclava que no era de nacion hebrea.

(2) LEVÍTICO, cap. XXV.

pagará otro. Si alguno robare un buey ú oveja, (1) y los matare ó vendiere, restituirá cinco bueyes por un buey, y cuatro ovejas por una oveja..... Si lo que hurtó se hallare vivo en su poder, sea buey, sea asno, ó sea oveja, debe restituir el doble. Si alguno causare daño en un campo ó viña, y dejare á su jumento pacer la heredad agena, restituirá de lo mejor que tuviere en su campo ó viña..... Si alguno diere á guardar á su prójimo un asno, buey, oveja ó cualquier jumento, y este muriere, ó fuere estropeado, ó cogido por los enemigos, y ninguno lo haya visto, se interpondrá juramento..... y el otro no será obligado á resarcir; pero si la bestia ha sido robada por descuido, pagará el daño..... Si encuentras el buey, ó asno, perdido de tu enemigo, se lo conducirás; si vieres caído con la carga el asno de aquel que te quiere mal, no te pases de largo, sino ayúdale á levantarle..... No cocerás el cabrito ó cordero en la leche de su madre, ó cuando aún está mamando. Si un buey acorneare á un hombre, ó á una mujer, y resultare la muerte de estos, será el buey muerto á pedradas, y no se comerán sus carnes, pero el dueño del buey quedará absuelto; mas, si el buey acorneaba de tiempo atras, y requerido por ello su dueño, no le tuvo encerrado, y matare á hombre ó á mujer, no sólo el buey será apedreado, sino tambien muerto su dueño.

Es muy notable la diferencia que se observa entre la civilizacion hebrea y la de los demas pueblos de la antigüedad mucho más bárbara y atrasada que aquella; pues exceptuadas la pena de muerte y la del talion—rarísima esta por lo que llevamos dicho anteriormente á propósito de ella—no mandaba la legislacion hebrea, como lo hacían las otras, las amputaciones de miembros ó mutilaciones, ni las marcas con hierro ardiendo; y si consentía el castigo de los azotes, era sólo con la condicion de fijar el número de los mismos.

Por lo demas, y no ignorando Moisés que sólo Dios puede penetrar en el interior de los hombres, y que hay, por consiguiente, muchísimos delitos que se escapan á la investigacion de la justicia, tuvo buen cuidado de inventar el santo temor de Dios, para que se abstuvieran así de lo que no les ha-

(1) Exodo, cap. XXII, XXIII.

bría impedido el temor de los hombres. Si la voz de la conciencia, les dice, si el gusano del remordimiento penetra en vuestro corazon y lo conturba y lo agita y le quita la calma, confiad en la esperanza del perdon, con tal que no dilateis la reparacion debida. Sed justos, les dice Dios, no engañeis á vuestros hermanos; porque yo soy el Eterno, vuestro Dios.

* * *

Las leyes mosáicas que, á grandes rasgos, acabamos de extractar, responden á una civilizacion muy adelantada, á unas costumbres llegadas á su última perfeccion, y deben de ser muy privilegiados los destinos de un pueblo tan antiguo que, entre las tenebrosidades de la barbarie que rodea la mayor parte de los Estados entónces conocidos, descuelle y brille tan extraordinariamente, como esplendoroso astro en un abismo de tinieblas.

No seremos, empero, nosotros quienes digamos, contradiciendo á la historia, que el pueblo de Israel se mantuvo siempre fiel á las prescripciones mosáicas que le habrían convertido en tal caso en un pueblo enteramente santo y constantemente en relacion directa con su Dios por medio de la oracion. Desgraciadamente para dicho pueblo y para probar la natural inclinacion del hombre á la rebelion contra su Dios, sobran las pruebas del alejamiento del pueblo escogido de los terminantes preceptos de su Señor y Dios.

El becerro de oro sirve para más de una prueba de las muchas transgresiones de los hijos de Jacob; porque, al propio tiempo que demuestra su propension á la idolatría, su ingratitud á los beneficios recibidos, su olvido de los prodigios prueba el lujo á que se habían entregado ya las mujeres judías, toda vez que el oro necesario para la fundicion del abominable ídolo salió de los pendientes con que se adornaban las orejas.

Entre los pueblos vecinos á Israel predominaba mucho la ostentacion que hemos visto tan arraigada en todos los Estados orientales; ostenta-

cion que se manifestaba por las joyas con que se adornaban hombres y mujeres y áun los animales de su servicio. Despues que Gedeon hubo vencido á Zeb y Salmana (1), «dadme, dijo á los suyos, los zarcillos que habeis hallado en el botin, porque los ismaelitas acostumbraban traer zarcillos de oro. Los daremos con grandísimo gusto, le respondieron; y extendiendo en tierra una capa, echaron en ella los zarcillos cogidos en el botin, y estos zarcillos que pidió Gedeon, pesaron mil y setecientos siclos de oro, sin contar los dijes y joyeles y vestidos de púrpura que solían usar los reyes de Madian, y ademas de los sartales de oro de los camellos. De todo esto hizo Gedeon un Efod.»

No debemos repetir aquí lo que tenemos dicho en las primeras páginas de esta obra respecto á los adelantos de los hebreos en las artes de lujo, revelado en la construccion del Tabernáculo, segun consta de la minuciosa descripcion hecha del mismo en el Éxodo. Y excederá á toda ponderacion la idea que nos formemos de la habilidad artística de aquella época tan lejana, si recordamos que el Tabernáculo no era ni mucho ménos que un templo inmóvil y estable sino una especie de monumento, muy venerando sí, pero destinado á seguir la peregrinacion del pueblo hebreo, con todas las apariencias exteriores de una tienda portátil. Poco importa que haya habido quien, apelando á argumentos negativos, haya puesto en duda y áun negado los primores artísticos del Tabernáculo: quien tuvo habilidad para hacer un becerro de oro de los pendientes de las mujeres, podía muy bien tenerla igual ó parecida para labrar los querubines y demas adornos del santuario. Ademas, los recientes descubrimientos, permitidos por la Providencia, que se burla terriblemente de las negaciones de los enciclopedistas del siglo pasado, y de los argumentos henchidos y declamatorios de algunos vanidosos sabios de este, no dejan ningun lugar á las dudas que se oponen á las narraciones bíblicas. La confirmacion innegable de algunos datos bastaría ya á las personas animadas de sentimientos de buena fe, pero los acontecimientos se suceden con admirable economía, y uno tras otro quedan demostrados los

(1) JUECES; Cap. VIII.

hechos, áun los más aparentemente contradictorios ó dudosos, consignados en las inmortales páginas del libro que llamamos Biblia.

Dados los adelantos de la ciencia actual, ya no es lícito, sin incurrir en las más tristes notas de ignorancia, oponerse á los relatos bíblicos, que, cada día que pasa, reciben una elocuente y terminante comprobacion que deja en lugar muy desairado á los que, por alardear ciencia, se empeñaron en notar errores ó falsedades en los libros de Moisés. Miles de años hace que está este libro puesto á discusion, y contra lo que comunmente sucede con los demas, brilla con mayor intensidad cada día la exactitud y precision de cuanto se consigna en él. Podría escogerse por suerte cualquier capítulo, cualquier versículo, y abrigar la seguridad de que, cualesquiera que fueren los contradictores que lo impugnaren, quedarían al punto satisfactoria y totalmente solventadas todas las dificultades de cualquier género que se le opusieran.

Partimos, al decir esto, del principio que nosotros no admitiríamos, por ningun concepto, de que se entrara en discusion con los que todo lo niegan y nada prueban. Nosotros quisiéramos, y así debiera ser, que á un contradictor de la Biblia se le obligara á dar razones, á citar hechos, á presentar datos que sirvieran de fundamento ó argumentacion de su negativa; pero no que le bastara emitir la negacion, alegando su sola autoridad por toda prueba.

No nos cansaremos de repetirlo, porque nos domina la buena fe, y nos mueve nuestro amor á la verdad histórica y á la verdadera ciencia. Los que actualmente niegan los relatos de la Biblia, dan palpables muestras de imperdonable ignorancia ó de interesada mala fe. Si estuvieran á la altura de los adelantos científicos modernos, verían el maravilloso encadenamiento que preside en todos los hechos bíblicos y los descubrimientos de toda clase hechos diariamente en los sitios relacionados con ellos; ó si no les moviera algun interes personal ó de otro género, que no importa para el caso, abrirían los ojos de la inteligencia y verían lo que ven los que sólo se dejan guiar por la ciencia sin prevenciones de ninguna clase.

Por lo que á nosotros toca, lo decimos sin rebozo, hemos estudiado, hasta con predileccion, todos los ataques dirigidos por todos sus enemigos

contra la Biblia, y, puesta la mano en el corazon y nuestra conciencia ante Dios, confesamos con toda sinceridad que nos inspiran lástima la ignorancia y la perversidad—que de todo hay—manifestadas por unos hombres que no estarían ahora, si vivieran, á la altura de un mediano estudiante de los primeros años de una Facultad.

Es necesario haber estudiado mucho, poseer variados conocimientos científicos é históricos y lingüísticos, para poder ahora tomar parte en las discusiones á que se prestan los relatos bíblicos, y, sin embargo, basta tomar asiento delante de una mesa de un café, ó viajar en un wagon de tercera clase siquiera, para darse el más insignificante quídam orgullosos aires de doctor en todo lo sabido y por saber, y echar su cuarto á espadas en lo que apénas pueden desflorar los hombres privilegiados y encanecidos en las ciencias. Y es porque en todas partes domina el error, y la historia, la verdadera historia, sabida ahora de muy pocos hombres, ha cedido el puesto á la leyenda, á la fábula, á los difusos y oceánicos periodos oratorios, pero de una oratoria bizantina, de mal gusto y ahuecada; es porque ya no se tiene ni nocion siquiera de lo que es órden, ni método, ni se distingue lo verosímil.

¿Han consultado los que, sólo por el prurito de negar, niegan los relatos bíblicos, las inscripciones cuneiformes asirias interpretadas ya y las que aún están por interpretar? ¿Saben los que tal niegan que diariamente confirman dichas inscripciones textos bíblicos, negados ayer, confirmados hoy, como lo serán mañana indudablemente gran parte de los que aún no lo estén?

Oportunamente hablamos en el primer tomo de las leyendas de Izdubar y de otras inscripciones que confirman grandes hechos bíblicos.

Al azar hemos tomado ahora el primero que nos ha venido á la mano y vamos á presentar el texto bíblico y su confirmacion por un monumento cuneiforme.

En el segundo periodo de las guerras sostenidas en Siria por el rey asirio Tuklatpalasar II, era Achaz rey de Judá. En el libro de los Paralipómenos encontrará el curioso lector lo que nosotros no podemos extractar aquí por

no ser difusos; pero así lo de este libro, como lo del IV de los Reyes, que nos hablan de hechos relativos á Achaz, se encuentra confirmado por un monumento cuneiforme debido al vencedor asirio.

«Porque el Señor había humillado á Judá por los pecados de Acaz, rey de Judá..., el Señor hizo mover contra él (Acaz) á Thelgathfalnasar, rey de los asirios, que tambien le afligió y asoló el país, sin hallar resistencia alguna. Acaz, pues, despojando el templo del Señor, y el palacio real, y las casas de los príncipes, ofreció dones al Rey de los asirios, y, sin embargo, de nada le sirvió.»

Veamos cómo se confirma esta relacion del capítulo XXVIII del libro II de los Paralipómenos en un fragmento cuneiforme que vamos á traducir tan fielmente como nos sea posible:

«57 El tributo de Kustaspi de Kumuha (Comagene), Urik de Kua, Sibittibihil de Gubal (Byblos), Pisiris de Gargamis (Carchemis),

58 Eniil de Hamath, Panammu de Samhala, Tarluclara de Gangama, Sulumal de Milid, Dadila de Kaska,

59 Vassurmi de Tubal, Ushitti de Tuna, Urpalla de Tuhana, Tuhammi de Istunda, Urimmi de Husinna,

60 Mattanbahil de Arvad (Aradus), Sanipa de Bit-Ammana (Ammon), Salamanu de Moab.....

61 Metinti de Ascalona, ACHAZ DE JUDÁ—*Iahuhazi Iahudai*—Kavusmalaka de Edom, Muz.....

62 Hanun de Gaza: oro, plata, plomo, hierro, antimonio, telas de su país, lapizlázuli (?)...

63..... productos del mar y de la tierra, sacados de su país, escogidos para mi reino, caballos y asnos acostumbrados al yugo.»

¡Quién le hubiese dicho á Tuklatpalasar, el vencedor de los reyes de Judá, Israel, Damasco y otros limítrofes, que en el siglo XIX de la era cristiana, veintisiete siglos despues de sus conquistas, había él de dar un solemne mentís á los que sin pruebas, sin datos, sin conocimientos de los hechos,

niegan los relatos bíblicos, no precisamente para negar aquellos determinados hechos, sino para hacer la guerra al Dios de Israel y de los cristianos!

Una verdad se prueba por otra, como se desacredita un error por otro error. Los hechos bíblicos confirmados por las inscripciones cuneiformes sirven de prueba de los que no tengan aún el sello de esta confirmacion; así como los errores de los enciclopedistas refutados por dicho género de pruebas quedan, de hecho, anonadados ya por la falsedad que les sirve de apoyo.

Y no creemos deber insistir más en este punto tratando con personas de buena fe.

* * *

En nuestro concepto, y por efecto de copiarse mútuamente muchos escritores, sin tomarse la ímproba molestia de consultar las fuentes donde se beben los exactos conocimientos de las cosas, se ha juzgado mal del pueblo hebreo calificando su gobierno de teocrático. ¿Qué parte tomaba el sacerdocio hebreo en el gobierno de su nacion? Sin temor de ser desmentido quien diga que ninguna, puede asegurarse terminantemente.

El capítulo primero del Deuteronomio da pormenores curiosos del procedimiento adoptado por Moisés para aligerarse del grave peso que llevaba de los negocios y pleitos de su pueblo. Dícele á este: «Escoged de entre vosotros varones sabios y experimentados, de una conducta bien acreditada en vuestras tribus, para que os los ponga por caudillos y jueces.» Si esto no es una verdadera representacion nacional, producto del sufragio universal, no acertamos con otra fórmula.

Si pasando del gobierno de la representacion popular, pasamos á la forma monárquica, descubrirá el ménos lince que no era esta la que se llevaba las preferencias del caudillo hebreo, quien, previendo que vendría un día en que su pueblo, contagiado por el ejemplo de sus vecinos, pediría ser gobernado por un rey, contrariando así los designios de su Dios y hasta ofendiéndole,

se expresa así en el ya citado Deuteronomio: (1) «Cuando hubieres entrado en la tierra que te dará el Señor Dios tuyo, y poseídola, y habitado en ella, y dijeres: Yo quiero poner sobre mí un Rey, como le tienen todas las naciones comarcanas, pondrás á aquel que tu Señor Dios señalare de entre tus hermanos. No podrás alzar por Rey á hombre de otra nacion, y que no sea hermano tuyo. Una vez que fuere establecido, no ha de reunir muchos caballos, ni engreído con su numerosa caballería, hará volver el pueblo á Egipto..... No tendrá número excesivo de mujeres, que con halagos se enseñoreen de su corazon, ni tesoros inmensos de oro y plata..... »

Parécenos, ó mucho nos engañamos, que hasta ahora no se da ninguna preferencia á la clase sacerdotal, ni se revelan grandes aficiones, que digamos, á los esplendores de la monarquía. Más aún, todos los rasgos salientes de la legislacion mosáica respiran democracia por todos sus poros, si se nos permite la impropiedad de la frase; porque campea en todo la igualdad más simpática, justa y niveladora. Igualdad ante Dios, ante la ley, ante todos los actos de la vida: hé aquí lo que podríamos llamar la Constitucion hebrea promulgada por su mismo Dios y Señor.

Se dirá que el sacerdocio estaba vinculado en una sola tribu: es verdad; pero, tambien lo es que sus matrimonios la enlazaban con vínculos muy estrechos con las otras, y que todas las mujeres de las restantes tribus de Israel podían formar parte de la de Leví por medio del matrimonio, así como toda hija de sacerdote podía tomar por esposo á hombre de cualquiera otra tribu.

Ya en este órden de ideas, y dando un paso más en la cuestion, podemos hasta decir que por boca del mismo Dios sabemos á qué atenernos respecto del cargo de teocrático tan gratúitamente hecho contra el gobierno hebreo.

No intentaremos abusar del texto que tomaremos del libro primero de los Reyes, ni queremos *quitar ni poner Rey*, favoreciendo ó perjudicando instituciones que nos tienen sin cuidado. Refiere el Libro citado (2) que los

(1) Cap. XVII.
(2) Reyes. I, cap. VIII.

israelitas pidieron á Samuel que les diera un Rey, como tenían las otras naciones; este lenguaje desagradó á Samuel; hizo oracion y consultó al Señor, quien le dijo: «Escucha la voz de ese pueblo y condesciende á todo lo que te pida, porque no te han desechado á tí, sino á mí para que no reine sobre ellos..... otórgales su peticion, pero primero hazles presente y anúnciales el poder del Rey que reinará sobre ellos. Refirió, pues, Samuel al pueblo que le había pedido Rey todas las palabras del Señor, y dijo: Esta será la potestad del Rey que os ha de mandar: tomará vuestros hijos, y los destinará para guiar sus carros, y para ser sus guardias de á caballo, y para que corran delante de sus tiros de cuatro caballos. De ellos sacará sus tribunos y centuriones, los cultivadores de sus tierras, los segadores de sus mieses y los artífices de sus armas y de sus carros. Hará asimismo que vuestras hijas sean sus perfumeras, sus cocineras y sus panaderas. Y os quitará tambien lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares, y lo dará á sus criados. Ademas, diezmará vuestras mieses y los productos de las viñas para darlos á sus eunucos, y á otros de sus criados. Tomará tambien vuestros siervos y siervas, y vuestros robustos jóvenes, y vuestros asnos, y los hará trabajar para él. Diezmará asimismo vuestros ganados, y todos vosotros vendreis á ser esclavos suyos. Por lo que alzareis el grito en aquel día á causa del Rey que os elegísteis y entónces el Señor no querrá oir vuestros clamores; porque vosotros mismos pedísteis tener un Rey.»

La historia de Saul, ungido rey por Samuel, es el mejor comentario de esta profecía sobre el pueblo hebreo.

Si alguno tuviese todavía alguna dificultad acerca de la posicion social, por decirlo así, creada por la legislacion mosáica al sacerdocio hebreo, y no supiera convencerse de la ninguna parte que tenían los sacerdotes en el gobierno del Estado, consulte el libro de los Números (1) donde, en vez de posesiones hereditarias, señala Dios á los ministros sagrados las primicias, las ofrendas y los diezmos, diciendo textualmente: «Por lo que dijo el Señor á Aaron: Vosotros no tendreis posesion ninguna en la tierra de vuestros

(1) Cap. XVIII.

hermanos, ni entrareis á la parte con ellos: Yo soy tu porcion y tu herencia en medio de los hijos de Israel. Porque en órden á los hijos de Leví, les tengo ya dados todos los diezmos de Israel en lugar de posesiones...»

¡Qué excelente comparacion podría establecerse entre la ley mosáica tocante á la posicion creada al sacerdocio y los comienzos del Cristianismo! ¡Qué democracias las dos! Democracias decimos y lo sostenemos. ¡Que existía el diezmo! Es cierto; pero los sacerdotes percibían solamente la décima parte de este diezmo. Por muy satisfechos se tendrían los pueblos, escarmentados hoy con los modernos sistemas tributarios, si pudieran pagar los diezmos, y no se rebajaría el sacerdocio considerándolo como un empleado público, percibiendo poco y mal de lo que tienen á bien regalarles los gobiernos.

El diezmo colocaba al sacerdocio en posicion independiente, es cierto; pero no le hacía rico; y si acaso, andando el tiempo, hubo alguna fortuna entre algun levita, fué una rara excepcion, pero no la regla general.

El reducido haber del sacerdocio, junto con su posicion independiente, le hacía figurar en las filas de la democracia, y su alejamiento completo en la direccion y gobernacion de los asuntos del Estado, le ponía fuera del alcance de los tiros de la maledicencia que siempre se ceba en los que desempeñan destinos públicos.

De todos modos, y haciendo todas las concesiones más desfavorables para nuestro intento, resulta evidente que la legislacion mosáica no se decide á favor de ninguna determinada forma de gobierno; más aún, tratando de la monarquía, no disimula su desconfianza respecto del lujo de los reyes, de la esplendidez innecesaria y perjudicial ostentada por las monarquías. ¡Cómo no había de ser así estando el pueblo hebreo en contacto y rodeado de Estados con reyes voluptuosos, verdaderos representantes de todos los vicios y más repugnantes voluptuosidades, tiranos de sus pueblos, déspotas sin más ley ni freno que su capricho, considerando como esclavos á los súbditos, cuando Moisés quería que el primer magistrado del pueblo fuera tambien el amoroso padre de todos! Aleccionado Moisés con los ejemplos del Egipto y demas pueblos orientales á quienes conocía muy bien ¡cómo no

había de temer por la moral de su pueblo el día que se diera un rey rodeado de los mismos peligros inseparables del fasto y lujo de los orientales!

Y, sin embargo, los temores de Moisés, y los de Samuel y las amenazas de ambos contra su pueblo debían realizarse y se realizaron en efecto. Los reyes de Judá y de Israel se entregaron á ostentaciones desconocidas entre los hebreos en los buenos tiempos de sus Jueces, y el Dios de Sinaí se verá precisado á enviar Videntes á su pueblo, para que, en su nombre, le hablen, le exhorten, corrijan y amenacen, por haber abandonado las sendas de la justicia y del deber.

Otra vez más debemos hablar aquí de la democracia sacerdotal en el Estado hebreo (1).

Vencidos los amalecitas por Saul, despues de un alistamiento de doscientos mil hebreos próximamente, contraviniendo el Rey las prevenciones de Samuel, se hizo levantar un arco de triunfo y se quedó con los mejores rebaños de los vencidos. Samuel le salió á su encuentro, y le reprendió por su conducta. El ejemplo de Samuel fué despues imitado por los sacerdotes custodios fieles de la constitucion impuesta por el mismo Samuel al nuevo rey Saul, con la que se le reducía á un simple delegado de Jehovah, cuyas órdenes debía cumplir fielmente y de las que no podía separarse sin incurrir en su desagrado y enojo.

Á esta lucha sostenida por espacio de cuarenta años entre Saul y el sacerdocio, entre el poder real y la democracia sacerdotal, se debió que no tomara creces el orgullo de Saul al intentar rodearse del aparatoso cortejo inseparable de las córtes de los reyes.

La influencia moral de la religion mosáica, eminentemente democrática, como fundada en el mútuo amor práctico, y la múltiple reparticion de los

(1) Insistimos tanto en la idea de la democracia del sacerdocio hebreo —de la que nos ocuparemos todavía en el capítulo siguiente — porque tenemos aturdidos los oídos y atontada la cabeza con tanto hablársenos siempre y en todas partes y en todos los tonos de teocracia y otras sandeces por el estilo, pero que, á fuerza de repetidas entre el vulgo, y áun entre personas que no se tienen por tal, consiguen abrirse paso y corromper las inteligencias, como se lo abre y corrompe la fruta el insecto roedor inútil é insignificante pero que sólo daña y pudre miéntras vive.

Más instruccion y mayor dósis de buena fe — dos cosas de que se carece generalmente — acabarían con las necedades de los que hablan sin conocer, más que de oídas, las materias en que se suponen maestros, cuando no sirven aún para discípulos.

terrenos entre las familias, junto esto al inmenso desarrollo agrícola de aquel pueblo fueron otros tantos obstáculos para que Saul tropezara con invencibles dificultades al intentar crear una córte con sus guardias, con su nobleza, con su ostentacion de lujo y pompa, tan bien avenidas por otra parte con las imaginaciones vivas y fogosas de sus súbditos, amigos de la novedad é inclinados á toda idolatría.

La corte hebrea, tal como la hubiera querido Saul despues de perdidas su humildad y obediencia y embriagado por el orgullo, no aparece hasta los buenos tiempos de su sucesor David, poeta y músico, y rey por su valor y sus victorias despues de haber sido olvidado y humilde pastor. Rodeado David del prestigio que da á un hombre la fortuna en las victorias contra los enemigos de la patria; distinguido por Dios con talentos que dan al hombre que los posee cierto carácter de superioridad entre los demas mortales, pudo, despues de muchas contrariedades en sus principios, desplegando mucha actividad, fe y constancia, realizar el bello ideal de Saul, de aquel rey que se complacía en adornar con escarlata entre pompas y delicias á las hijas de Israel, regalándolas adornos para que se engalanaran.

* * *

Los destinos del pueblo hebreo entran en un nuevo periodo con el reinado de David: la grandeza del pueblo de Israel llega á su apogeo, y su reino se extiende desde el Egipto hasta el Éufrates.

No escarmentado el pueblo hebreo durante el largo y turbulento reinado de Saul, quiso continuar rigiéndose bajo la forma monárquica y eligió por rey á David.

Los reyes de Judá, segun la constitucion de Samuel, no podían elegir una residencia fija, sin duda para que no cayeran en la tentacion de formar una córte, centro de corrupcion, luégo de instalada. Esto no obstante, estableciόse David en Jerusalen, cerca del monte Sion. El reinado de David fué

belicoso pero afortunado; porque venció á todos sus enemigos y llenó á Jerusalen de oro, armas, y de inmenso botin.

La civilizacion dió un paso agigantado bajo el reinado de David; porque, si fué glorioso por las victorias contra infinitos enemigos, fuélo mucho más aún por el cuidado que tuvo en favorecer y procurar la prosperidad de sus súbditos.

Cuando comenzó el reinado de David no podía nadie presumir el brillo á que llegaría: bien es verdad que administró recta justicia y respetó en todos el derecho, pagando muy cara alguna que otra transgresion, efecto de la debilidad de la naturaleza humana que iguala al rey con el súbdito y al sabio con el ignorante.

Rodeóse de hombres sabios que le ilustráran con sus consejos y fuesen los jueces de su pueblo, y tuvo el buen tacto de saber nombrar inteligentes y probos empleados. Interior y exteriormente supo imprimir á su reinado el sello de la rectitud, de la justicia, del órden y de la fuerza.

No atendió empero David á lo temporal solamente de su reinado, sino que fué muy solícito en la propagacion del culto del verdadero Dios, mandando construir una magnífica tienda para custodia del arca santa en el monte Sion.

David reinó cuarenta años, pasando siete y seis meses en Hebron y los restantes en Jerusalen despues de conquistada á los jebuseos que la habitaban, y de los que tenía el nombre de Jebus.

En la conquista de la antigua ciudad de los cananeos (Jebus) se apoderó David del alcázar de Sion, llamada despues ciudad de David, haciendo construir varios edificios alrededor, é interiormente, comenzando desde Mello. De esta suerte, dice la Escritura, iba fortificándose y engrandeciéndose más y más (1). Desde estos momentos empieza la inmensa importancia en los destinos de la humanidad la antigua Salem de Abraham, la Jebus cananea, la Jerusalen de David, con su Moria, con su Sion y su Mello

(1) II Reyes, Cap. V.



Mar Tarradas, Gómis y C.ª y Editores

JEREMIAS LLORANDO LAS DESGRACIAS DE JERUSALEN.

belicoso pero [illegible] porque venció á todos sus enemigos y llenó á Jerusalen de oro, armas, y de inmenso botin.

La civilizacion no fué tan apresurado bajo el reinado de David; porque, si fué gloriosa por las victorias contra infinitos enemigos, fuélo mucho más aun por el cuidado que tuvo de favorecer y procurar la prosperidad de sus súbditos.

Cuando comenzó el reinado de David no podía nadie presumir el brillo á que llegaria, bien en breve que restableció recta justicia y respetó en todos el derecho, [illegible] que otra transgresion, efecto de la debilidad de [illegible] igualó al rey con el súbdito y al sabio con el ignorante.

Rodeóse de hombres sabios que le ilustraran con sus consejos y fuesen los jueces de sus pueblos, y [illegible] el gran tacto de saber nombrar inteligentes y probos empleados, pudo [illegible] imprimir á su reinado el sello de la rectitud, [illegible] del ordenado de la fuerza.

No atendió [illegible] á su temporal solamente de su reinado, sino que fué muy solícito [illegible] propagacion del culto del verdadero Dios, mandando construir [illegible] tienda para custodia del arca santa en el monte Sion.

David reinó [illegible] años, pasando siete y seis meses en Hebron y los restantes en Jerusalen, despues de conquistada á los jebuseos que la habitaban, y de los que tomó el nombre de Jebus.

En la conquista de la antigua ciudad de los cananeos (Jebus) se apoderó David del alcázar de Sion, llamado despues ciudad de David, haciendo [illegible] varios edificios alrededor, y fortificándose y engrandeciéndose [illegible] (1). Desde estos momentos empieza la inmensa importancia [illegible] de la humanidad la antigua Salem de Abraham, la Jebus [illegible], la Jerusalen de David, con su Moria, con su Sion y su Mello

(1) II REYES, Cap. V.



Mir. Tarradas, Comás y C.ª Editores.

JEREMIAS LLORANDO LAS DESGRACIAS DE JERUSALEN.

ciudad, fortaleza y palacio, cuyos nombres pasarán de generacion en generacion á todas las edades del mundo. ¡Cuán distinto es el aspecto que hoy ofrece la ciudad santa! La patria de los antiguos profetas se levanta sobre un suelo cubierto de peñascos y rodeado de montes blanquecinos. Ninguna ciudad destruída revela en sus ruínas el dolor lleno de misterio que se observa en los escombros de la que fué ciudad de David. ¡Qué profunda melancolía, pero qué fría verdad encierran los ayes del más triste de los profetas arrancados de su corazon ante los destrozos de la ciudad de Sion! «Enlutados están los caminos de Sion, porque ya no hay quien vaya á sus solemnidades... Inconsolable llora toda la noche, corren las lágrimas por sus mejillas: entre todos sus amantes no hay quien la consuele: Sion extiende sus manos, pero no hay quien la consuele... Han oído mis gemidos, y no hay nadie que me consuele; todos mis enemigos han sabido mis desastres y se han regocijado...» Así llora Jeremías sentado entre los restos de los palacios de Sion.

Ahora ni vestigio se halla, revolviendo el polvo de tanta grandeza, en lo que fueron monumentos de una ciudad cien veces santa. Jardines, cisternas, palacios, monumentos, todo ha desaparecido envuelto en las terribles maldiciones de Jehovah.

Los temores de Moisés y Samuel se realizan en esos momentos históricos en que, lleno el mundo entónces conocido de la fama de David, le envía embajadores el rey de Tiro, Hiram, representante del lujo y riquezas, y le remite maderas de cedro y carpinteros y canteros para levantar edificios, y fabricaron la casa de David.

No satisfecho el afortunado rey de Jerusalen con imitar la esplendidez de los reyes orientales, habitando ya un palacio de cedro en una capital fundada al objeto, á la que había llevado desde Hebron sus dos mujeres Achinoam y Abigail «tomó tambien David en Jerusalen, despues que vino de Hebron (1), otras mujeres de segundo y de primer órden, de que le nacieron otros hijos é hijas.» De manera que si en Hebron no se pasaba ya con una

(1) II Reyes, Cap. V.

mujer, luégo que fijó su residencia en la capital, fué uno de sus primeros cuidados procurarse á toda costa el lujo de varias, sin tener en cuenta lo dicho por Moisés en el Deuteronomio (1). Esta conducta de David que no estamos autorizados para reprender ni censurar, parécenos—no se nos tome á mal—que es un funesto precedente para la monarquía hebrea.

Si David cometió algunas faltas, propias de la miseria humana, estuvo no obstante adornado de grandes virtudes, y fué un modelo de penitencia delante del Dios á quien había ofendido. Nadie le ha excedido en celo por la gloria del Señor. Sus salmos encantan á quien los medita: algunos de ellos son superiores en valentía lírica á todas las composiciones conocidas. El Pentateuco de Moisés y los Salmos de David, por sí solos, bastarían para formar la reputacion literaria más colosal de cualquier pueblo.... Decimos mal: forman la de toda la humanidad; porque el pueblo hebreo no tenía destinos propios, exclusivos; representaba todas las generaciones de todas las edades; y el Pentateuco y los Salmos y los demas libros que componen la obra por excelencia conocida con el nombre de la Biblia, son los anales del mundo, el monumento literario de la humanidad guiada é inspirada por su Criador.

El gran mal de los pueblos actuales consiste, entre otras cosas, en la ignorancia que les domina respecto de la Biblia y de su recta inteligencia. Otro fuera su estado, otro sería su porvenir, si estudiaran atentos las profundas y sencillas páginas de la Biblia, libro el más antiguo y el más mo-

(1) Sentiríamos que alguno de nuestros lectores tomára en mal sentido lo que acabamos de escribir acerca de la pluralidad de mujeres ó poligamia á que se entregó David, al igual que muchos Patriarcas de la ley antigua. En ninguna página de la Escritura se reprueba la conducta de esos ilustres varones, y anatemas mil mereceríamos nosotros si censurásemos lo que no consta que lo reprendiera ó desaprobára Dios. Prescindiendo aquí de las interpretaciones más ó ménos rectas de los Santos Padres emitiendo sus opiniones acerca de la dispensacion de Dios que tuvieran los Patriarcas para entregarse á la poligamia, parécenos en nuestro humilde concepto que el angélico Doctor Santo Tomás dió la más acertada de todas las explicaciones al tratar este punto. «Pluralitas uxorum esse dicitur contra legem naturæ, non quantum ad prima præcepta ejus, sed quantum ad secunda, quæ quasi conclusiones à primis præceptis derivantur. Sed quia actus humanos variari oportet secundum diversas conditiones personarum, et temporum, et aliarum circunstantiarum, ideo conclusiones prædictæ à primis legis naturæ præceptis non procedunt, ut semper efficaciam habentes, sed in majori parte.....» (1). La pluralidad de las mujeres no se opone, pues, segun Santo Tomas, á los primeros preceptos de la ley natural, que son principios invariables, sino á los preceptos secundarios.

Basta con esto. Quien desee profundizar más esta cuestion, consulte la obra del Santo Doctor en el punto citado.

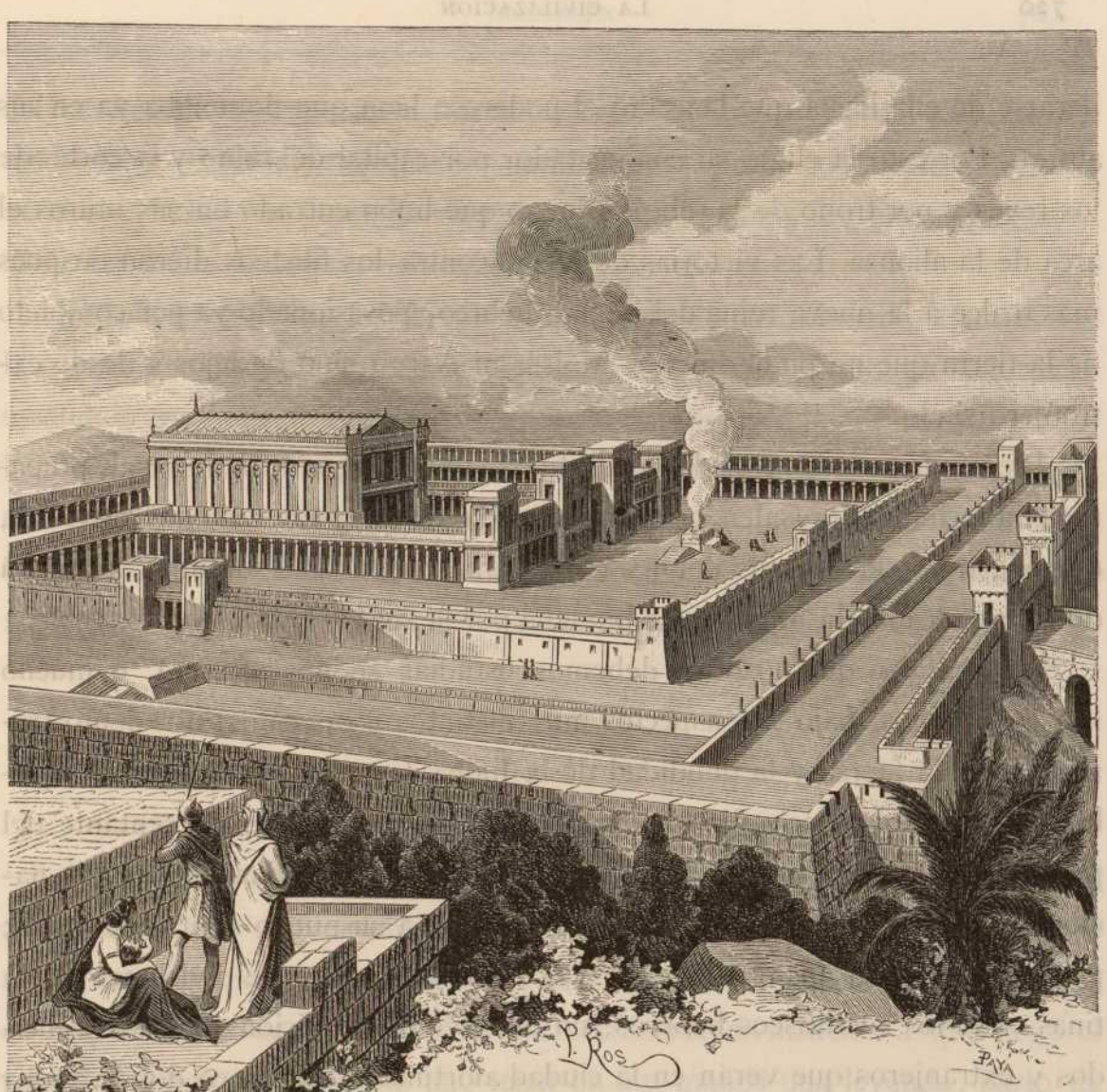
(1) S. THOM., 4, dist. 33. a. 2.

derno, porque nunca envejece, libro que presenta resueltas todas las graves cuestiones que afectan á las sociedades presentes y futuras; porque la Biblia no es para una época, no es para una sociedad: es para miéntras viva el mundo, es para miéntras haya tiempo, para toda la eternidad, porque registra tambien los futuros destinos de la humanidad terminado el tiempo; es para todos los gustos literarios, desde el fresco y tierno idilio á la sublime epopeya; para todas las inteligencias, para todos los corazones, para todas las alegrías y todas las tristezas.

Los cristianos, sobre todo, debiéramos leer todos los días los hechos de que nos habla el Libro de los libros, íntimamente persuadidos de que se escribió para nuestra instruccion particular cuanto en él se contiene, y con la seguridad de hallar en sus páginas un consuelo para todas nuestras angustias, un bálsamo para todas las llagas de nuestro corazon y un consejo desinteresado, prudente y seguro para todas nuestras adversidades y para cualquier conflicto de los infinitos con que tropezamos en el camino de abrojos y precipicios de nuestra atribulada vida.







CAPÍTULO X.

JERUSALEN.—TEMPLO DE SALOMON.—MÁS SOBRE EL SACERDOCIO HEBREO.—ÚLTIMOS TIEMPOS DEL PUEBLO HEBREO.—SUS FUTUROS DESTINOS.

En el alcázar de Sion ondea la bandera en cuyo fondo campea el leon de David que será el glorioso escudo de los demas reyes de Judá. La ciudad jebusea había resistido los ataques de los israelitas desde que tomaron posesion de la Palestina, no pudiendo nunca apo-

derarse de ella hasta que la asaltó el poderoso leon que dominaba ya en sus alturas. Por esto la eligió su conquistador por capital del reino y la córte de los reyes y por trono de la religion luégo que hubo entrado en sus muros el arca de la alianza. Las victorias de David contra los filisteos dieron despues más realce á la nueva reina del pueblo hebreo, posesionado ya por completo de la tierra que no pudieron ver Moisés ni Aaron sino de léjos y desde extranjero suelo.

Prescindamos nosotros de los destinos sublimes que tenía Jehovah preparados á la nueva Jerusalen, y examinémosla desde puntos ménos elevados, que nuestra vista es harto débil y corta para sondear las sublimes alturas á donde no alcanza la inteligencia humana por sí sola.

La Jerusalen que nosotros debemos estudiar se nos ofrecerá, ó mucho nos engañamos, bajo dos aspectos muy distintos y opuestos: nos demostrará á la par la fuerza y la debilidad de la Judea. Como punto central del gobierno, como residencia fija del poder depositado en el representante del pueblo hebreo, será una ciudad fuerte, una capital que dará fuerza á la nacion, al propio tiempo que esta hará respetable á su nuevo centro de union; pero, desde aquel mismo instante será tambien un foco de divisiones intestinas entre los levantiscos hebreos, un objetivo de ambicion para los vencidos y extranjeros que verán en la ciudad afortunada un blanco donde apuntar sus tiros, un punto seguro para dominar desde allí á toda la nacion hebrea, dividida casi siempre por cuestiones religiosas y sociales.

Aún no había muerto David, y andaba ya dividido su reino en parcialidades que se disputaban la sucesion al trono: el amor maternal logró lo que no pudo conseguir la astucia palaciega, y Salomon, el hijo de la Betsabé, que había sido de Urías, fué el afortunado sucesor del solio de Sion. Aún no estaba sentado el hijo de David en el trono de su padre y tiene ya que amasar con sangre los cimientos sobre que debe descansar su reinado. La religion y la política han entrado en lucha y la energía y la habilidad del nuevo rey triunfa de momento.

Tambien ahora debemos ampararnos debajo de la sombra protectora de la Biblia para seguir los sucesos, del todo interesantes, del notable reinado

de Salomon, viva representacion del más espléndido lujo y del más consumado saber. Ciencia y riquezas, deslumbrantes las dos: cosas que muy raras veces suelen habitar juntas; cualidades no muy comunes en un mismo sugeto: gracias que suelen repelerse mútuamente.

El Libro tercero de los Reyes sorprende desde sus primeros capítulos con la narracion de las casi fabulosas riquezas de Salomon. Nuestros lectores se escandalizarían si refiriéramos nosotros los nombres de los principales oficiales de Salomon, cuya larga lista parece increíble, la extension de los dominios hebreos, pero sobre todo los víveres que eran necesarios en su mesa, el número de sus caballos y carros (1), y otros datos que no queremos presentar, porque el curioso lector los encontrará fácilmente, si los desea.

* * *

Á cada paso que damos en nuestro viaje, recorriendo los pueblos de la antigüedad, nos convencemos más íntimamente del completo desconocimiento que domina en todo cuanto á ellos se refiere. Leyendo los libros que en la Biblia nos dan cuenta de la extraordinaria civilizacion á que llegó el reinado de Salomon, creería uno tener en sus manos una leyenda, parto de imaginaciones orientales, si no supiéramos, por una parte, que son páginas certificadas con el sello de la divinidad, y no viéramos, por otra, pruebas diarias de su completa exactitud y veracidad comprobadas por un sin número de descubrimientos que las acreditan.

La época que produjo la primera maravilla del mundo, y los hombres que pudieron terminarla en el espacio de siete años y medio, bien merecen ser más conocidos de lo que lo son generalmente.

(1) No nos sentimos con valor suficiente para escribir aquí nosotros lo que nuestros lectores pueden ver por sí mismos en el Libro tercero de los Reyes, bien que la conducta de Salomon ha merecido la justa y severa reprobacion de la mayor parte de los expositores de la Biblia. Al leer nosotros tanta esplendidez y recordar el capítulo XVII (que tantas veces hemos citado ya) del Deuteronomio, sentimos apoderársenos la indignacion, y no podemos continuar la lectura de tanta soberbia de lujo, superior, en nuestro concepto, al de los déspotas orientales más afamados en ostentacion. No extrañamos que se haya discutido tanto acerca de si se salvó ó no Salomon, dejando los más prudentes indecisa una cuestion tan delicada.

Para formarnos una idea tan aproximada como nos sea posible de esa manifestacion de una civilizacion tan digna de ser estudiada, demos una rápida mirada á los templos de la antigüedad, y describamos despues el de Jerusalen, debido á Salomon, y sírvanos de punto de partida, de piedra de toquẽ para examinar y conocer los adelantos del pueblo hebreo en aquella remotísima época, siendo ella reflejo de lo que serían los pueblos limítrofes de cuya adelantada civilizacion sólo pueden dudar los que no se toman la molestia de consultar voluminosas y antiguas obras, para no fatigar su ligera atencion.

Prevengamos, para que no se nos olvide, que sabemos muy bien que Dios no necesita templos. Vaya esto dicho en obsequio de los que pudieran salirnos al paso objetándonos lo que no ignoramos; pero si bien es cierto que por su propia naturaleza no tiene Dios necesidad de templos, y si bien es verdad que no consta—á lo ménos que nosotros lo sepamos—un precepto formal de Dios acerca de los templos; consta, segun lo hemos dicho más de una vez, que el hombre necesita el templo del que puede prescindir Dios. El corazon humano siente la necesidad de exteriorizar sus alegrías y dolores relacionados con la divinidad, y de ahí el culto, y este no puede subsistir sin un punto especial para ello y de ahí el templo.

Todos los sabios de todos los pueblos y de todas las épocas han convenido en que es imposible edificar para Dios una morada digna de su majestad y grandeza, y lo que supieron Clemente de Alejandría (1), Platon (2) y varios Padres de la Iglesia (3), no debía haberlo ignorado Salomon, á quien dió el Señor una sabiduría y prudencia incomparable (4); por lo que, despues de haber edificado Salomon al Señor el templo más suntuoso que jamas hubo, pudo convencerse de que tanta maravilla y suntuosidad tanta no tenía proporcion ninguna con la majestad y grandeza del Señor á quien lo destinaba, segun lo expresó él mismo cuando dijo: «Si los cielos, si ni los altísi-

(1) *Stromates.*—lib. 5.
(2) *De Leg.*—lib. XII.
(3) ARNOB. contra Gent.—*Minut.*—*Octav.*
(4) REYES. 4, v. 29.

mos cielos pueden abarcarte, Señor, ¿cuánto ménos esta casa que yo he fabricado?» (1).

Los templos son la poesía práctica de la religion; porque, segun dice un Padre católico, el edificarle casas á Dios no es para ponerlo á cubierto de las lluvias, vientos y tempestades, ni para defenderlo del frío ó calor, ni porque de algun modo las necesite; sino para ponernos nosotros mismos en estado de cumplir con respecto á él nuestras obligaciones; para dirigirnos á él y alimentar y conservar en nuestros corazones los sentimientos de respeto, amor y reconocimiento que le debemos.

Los templos dedicados á la divinidad han seguido ordinariamente la proporcion correlativa á la sencillez de los sentimientos humanos. La primitiva sencillez de los primeros hombres la veremos retratada en los sitios por ellos destinados á venerar la divinidad. Los primeros Patriarcas de la Ley antigua no edificaron templos ni altares. En la espesura de un bosque ó en la cima de un monte ofrecían á su Señor y Dios el sacrificio inspirado por su corazon sincero y religioso, sin ninguna clase de adornos, sin una estátua ó imágen que diera aspecto de ornato á la piedra ó piedras que servían de ara ó altar. Jacob erige en altar la piedra donde había apoyado su cabeza para dormir postrado por la fatiga «y erigióla como un monumento derramando óleo encima (2).» Moisés manda tambien «si me hicieres altar de piedra, no lo has de hacer de piedras labradas; porque si alzares pico sobre él, quedará profanado el altar (3).»

Hasta ahora no nos hablan de templos los libros santos: todo lo más se reducen á decir muy pocas palabras de altares, y áun estos quería Dios que se hiciesen muy sencillos, para que su preciosidad y ornato, aparentando lujo, no fuesen ocasion de supersticion ó idolatría para el pueblo hebreo rústico y grosero por costumbres y educacion. No había pues templos en los tiempos antiguos en que la vida de los hombres era campestre ó pastoril, y si los altares no se levantaban en bosques se les rodeaba regularmente de

(1) Reyes. VIII. 27.
(2) Génesis, cap. XXVIII, v. 18.
(3) Exodo, cap. XX, v. 25.

árboles por lo que se desprende de este pasaje: «Abraham despues plantó un bosque ó arboleda en Bersabé y allí invocó el nombre del Señor Dios eterno (1).»

Si comparamos los textos de la Sagrada Escritura con los de los autores profanos referentes á esta materia, vemos que los templos de los pueblos idólatras en su remotísima antigüedad, eran tambien unos cercados descubiertos, donde se conservaba el símbolo de la divinidad (2). El primer adelanto que se introdujo en la construccion de templos, consistió en una especie de capillitas ó nichos que los encargados del culto trasladaban de uno á otro sitio, como puede colegirse de lo dicho por Amós (3); de lo que se lee en el libro de los Jueces (4), y de lo que nos aseguran autores profanos (5).

Los sabios competentes que se han dedicado al exámen y estudio profundos de esta materia, no han conseguido descubrir la época en que comenzaron los hombres á construir templos para reunirse en ellos á rendir culto á la divinidad: buena prueba esta impotencia de la remotísima antigüedad de los mismos.

Quiso Dios prevenir los deseos de su pueblo anticipándose á la intencion que habrían podido tener de edificarle templos para imitar á los griegos que los tenían en gran número consagrados á sus ídolos, y á este fin, ántes de permitir la edificacion, infundióles claras ideas de sus divinos atributos, haciéndoles comprender que con su inmensidad llenaba los cielos y la tierra y que no moraba en las obras de las manos de los hombres. Dios permitió á su pueblo que le edificara un templo, porque veleidoso como era y dado á la idolatría, no siguiera el ejemplo de los egipcios y otros pueblos entregándose al necio culto de los ídolos, y para demostrarles su unidad de naturaleza divina no consintió más que un solo templo al que debía acudir todo el pueblo tres veces al año, para reconocer allí su inmensidad y omnipotencia.

(1) GÉNESIS, cap. XXI, v. 33.
(2) ESTRABON, lib. XV.
(3) Cap. V, v. 26.
(4) *Jueces*, cap. XVII, v. 5.
(5) QUINTO CURCIO, lib. IV. —EUSEBIO, *Præparat.* lib. X, cap. 8. APULEY, 5. libr. XI.

Ademas, prohibió los sacrificios fuera de su templo, obligando así á la unidad de fe, de culto, de religion.

Recuerden aquí nuestros lectores cuánto tenemos dicho respecto de los templos del Egipto y de Asiria, y con aquellas ideas formen las comparaciones que les sugerirá su juicio con la que nos ofrecerá la descripcion del templo de Jerusalen construído por Salomon.

Segun se lee en Ezequiel (1) estaba edificado el templo en una explanada de quinientos codos en cuadro que se allanó en una altura del monte Moria. Por una pendiente que se había dejado se construyeron gradas que conducían al atrio. En cada uno de los lados del templo había una puerta correspondiente cada cual á otro de los puntos cardinales. Las puertas del atrio del pueblo que daban al oriente, al norte y al sud, tenían sus aberturas frente á frente del atrio de los sacerdotes, daban todas de frente al vestíbulo del lugar santo y casi tambien al altar de los holocaustos.

El templo, llamado palacio ó casa de Dios, estaba retirado hacia el fondo y al occidente del atrio de los sacerdotes. Abríase por el oriente, de modo que los que iban á orar tenían el rostro vuelto hacia el occidente. Dividíase el templo en tres partes principales, el santuario, el santo y el vestíbulo.

El santuario era cuadrado, y medía veinte codos por lado. El santo tenía veinte codos de ancho, cuarenta de largo y veinte de alto. El vestíbulo medía diez codos de ancho, veinte de alto y otros tantos de largo. Tenía todo el edificio setenta codos de largo, veinte de ancho en su interior y treinta de alto. Por no ser difusos omitimos la descripcion de los demas pormenores.

El santo era un lugar cerrado, separado de lo demas del templo, donde entraba un sacerdote dos veces al día para ofrecer el incienso por mañana y tarde. En su centro había un altar de oro llamado el altar de los perfumes, sobre el cual ardían noche y día perfumes de excelente olor; había tambien en él diez candelabros de oro de varios brazos, sosteniendo lámparas de oro

(1) Cap. XLII, 16.

que el gran sacerdote debía conservar incesantemente encendidas. Veíanse tambien diez mesas de oro para recibir los panes de proposicion, que eran doce panes sin levadura que se renovaban todas las semanas. Solamente los sacerdotes podían comer los panes que se retiraban.

El santuario era inaccesible hasta á los simples sacerdotes. Esta parte del templo, la más santa y más temible, encerraba el arca de la alianza; estaba cubierta interior y exteriormente con oro finísimo, y sólo podía entrar en ella el gran sacerdote como acabamos de decir, y áun no penetraba más que una vez al año en el día de la expiacion solemne del pueblo.

El vestíbulo estaba abierto por delante, y adornado de dos macizas y magníficas columnas de bronce, segun lo dice la Escritura.

Rodeaban el templo dos grandes atrios. El de Israel era un vasto patio rodeado de galerías y edificios que servían para habitaciones de los sacerdotes y para custodiar los tesoros del templo y los vasos destinados al culto de Dios; todos los israelitas podían entrar en este primer recinto.

El otro atrio, llamado interior, era un patio ménos vasto que el primero, pero igualmente rodeado de galerías y edificios, y solo se permitía entrar ordinariamente en él á los sacerdotes. En medio estaba el altar de los holocaustos y un gran receptáculo de bronce donde los sacerdotes se purificaban ántes de desempeñar sus funciones. En este atrio se quemaba la carne y la grasa de las víctimas.

Las habitaciones de los sacerdotes, los almacenes en donde se guardaba el vino, el aceite, el trigo, la madera, las vestiduras y cuanto servía en el templo, se encontraba en los edificios levantados en todo el contorno de dichos pórticos ó atrios. En ellos estaba depositado cuanto era necesario para la hermosura, comodidad, limpieza y magnificencia de la casa de Dios. Allí se alimentaban tambien sus ministros, se alojaban y vestían de un modo proporcionado á la grandeza del Señor á quien servían.

En el templo de Salomon había, como en los de los paganos, un lugar santo, inaccesible é inviolable, cubierto y secreto, retirado al fondo de una ó de muchas plazas rodeadas de peristilos y habitaciones para el alojamiento y comodidad de los sacerdotes. La única diferencia esencial que distingue

al templo de Salomon de los de los pueblos sus vecinos consiste en la adoracion que en aquél se rendía al Dios único verdadero y en que había mucha mayor suntuosidad que en todos los demas que se conocen de la antigüedad.

* * *

¿Eran los reyes de Judá príncipes oscuros al frente de un pueblo pequeño y bárbaro, falto de toda civilizacion? Las guerras sostenidas por ellos y la extension que supieron dar á su Estado por medio de las conquistas nos darían la contestacion cumplida; pero la lectura de dos capítulos bíblicos pondrá en claro lo que no conseguiría la acumulacion de muchos datos.

En el libro tercero de los Reyes (1) encontramos la lista de los principales oficiales y gobernadores que tenía Salomon y nos ofrece una idea de la majestad y gloria de este Rey; en otro libro (2) leemos las cantidades reservadas por David y materiales preparados por él mismo para la fábrica del templo. Cien mil talentos de oro y un millon de talentos de plata dejó David á su hijo Salomon; á más de esto le dió de su peculio tres mil talentos de oro y siete mil talentos de plata, y á pesar de esto dice en otro lugar (3): «yo en mi pobreza he preparado para los gastos de la Casa del Señor.....». Los príncipes de la corte de David dieron tambien para el mismo objeto cinco mil talentos de oro, diez mil dracmas de oro y diez mil talentos de plata (4). ¿Serían un pueblo oscuro los judíos cuando reunían tanto dinero para la edificacion de un templo?

David hizo guerra á la Siria, á los filisteos, ammonitas, moabitas é idumeos, consiguiendo siempre grandes victorias que le proporcionaban los despojos de los reyes vencidos con todas sus riquezas y tesoros, porque así

(1) Cap. IV.
(2) I Paralip. cap. XXIX.
(3) I Paralip. XXII, 14.
(4) I Paralip. cap. XXIX. 7.

se hacía entónces la guerra, apoderándose de hombres y cosas del país vencido. Los pueblos conquistados por David eran provincias opulentas y en muchas de ellas abundaban las minas de preciosos metales. Arabia era tributaria de David. Pueblos de allende el Éufrates se humillaban ante el leon de Judá. Finalmente, la tierra prometida á Abraham, desde el Éufrates al Mediterráneo y hasta el Nilo, toda aquella inmensa red de provincias y reinos eran vasallos de David.

Pasemos por alto todos estos y otros pormenores que podrán consultar los curiosos en sus lugares respectivos y fijémonos en la visita de la Reina de Sabá (1).

No ignoramos que muchos nos objetarán quizas que en el lenguaje bíblico hay mucha hipérbole, y que, por consiguiente, perderán gran parte de su fuerza los argumentos que aduzcamos; pero, admitiendo el reparo, deberá confesarse, no obstante, que la relacion bíblica tiene una importancia de primer órden y prueba de sobra los grandes adelantos de una civilizacion que contaba con tan poderosos medios.

«La plata en aquel tiempo era reputada por nada (2)» «era en Jerusalen la plata tan abundante como las piedras(3)»; por más hijas de la exageracion que se supongan estas frases, prueban cuando ménos la inmensa abundancia de las riquezas de aquellos reyes (David y Salomon), cuyos tesoros comparaban la plata á la nada y á las piedras, por su muchísima abundancia.

El capítulo X del libro tercero de los Reyes y el capítulo IX del libro segundo de los Paralipómenos tratan extensamente de la visita de la reina de Sabá á Salomon; nos concretaremos á este último, para ahorrar la molestia de las consultas, y extractaremos lo más notable que en él encontramos.

«Habiendo oído la Reina de Sabá (dice) la fama de Salomon, vino á Jerusalen á fin de hacer prueba de él por medio de preguntas difíciles y enigmáti-

(1) La ciencia humana queda confusa y humillada no sabiendo qué país era Sabá. Sucede lo propio con Ofir y otros puntos bíblicos.

(2) II Paralip. cap. IX, v. 20.

(3) III Rey. cap. X, v. 27.

cas, trayendo consigo grandes riquezas, y camellos cargados de aromas, y muchísimo oro y piedras preciosas. Y llegada que fué á la presencia de Salomon, le propuso todas cuantas dificultades tenía en su corazon. Mas Salomon le descifró todas las cosas que le propuso: ni hubo punto que no se le declarase. Habiendo pues ella visto la sabiduría de Salomon, y la casa que había fabricado, y la manera con que era servida la mesa, y las habitaciones de sus cortesanos, y las diferentes clases de los que le servían, y la magnificencia de sus vestidos, y los coperos con sus ricos trajes, y las víctimas que se inmolaban en el templo del Señor, quedó atónita y como fuera de sí, y dijo al Rey: Verdadera es la fama que yo había oído en mi tierra de tus virtudes y de tu sabiduría: yo no acababa de creer á los que lo contaban, hasta tanto que yo misma he venido, y visto con mis propios ojos y palpado con mis manos, que apénas se me había dicho la mitad de tu sabiduría: tus virtudes exceden á lo que de tí publica la fama: Dichosas tus gentes, y felices tus criados, que están siempre alrededor de tí y escuchan tu sabiduría..... Despues regaló al Rey ciento y veinte talentos de oro, y una cantidad increíble de aromas y de preciosísimas piedras. No se vieron jamas aromas tales, como estos que dió la Reina de Sabá al Rey Salomon. Los vasallos de Hiram, con los de Salomon, trajeron tambien de Ofir oro y maderas de thino y piedras de gran valor. De cuya madera de thino mandó el Rey hacer la gradería del templo del Señor y del palacio real, como tambien las cítaras y los salterios para los cantores. No se vió nunca en el país de Judá madera como esta. El rey Salomon, por su parte, dió á la Reina de Sabá todo cuanto quiso ó pidió, y muchas más preciosidades que las que ella le había presentado; la cual se volvió y regresó á su reino con sus criados. Y pesaba el oro que traían á Salomon de año en año, seiscientos sesenta y seis talentos, sin contar la suma con que solían contribuir los diputados de diferentes naciones, y los comerciantes, y todos los reyes de Arabia, y los Sátrapas de las provincias, los cuales conducían oro y plata á Salomon. Hizo pues el rey Salomon doscientas picas de oro, cada una de las cuales llevaba de peso seiscientos siclos de oro; y asimismo trescientas rodelas de oro, cubierta cada una de trescientos siclos de oro, lo que puso el Rey en la armería, que estaba situa-

da en el palacio llamado del Bosque. Hizo tambien el Rey un gran trono de marfil, y le revistió de finísimo oro: asimismo seis gradas por las que se subía al trono, y una tarima de oro, y dos brazos, uno por cada parte, y dos leones arrimados á los brazos; ademas de otros doce leoncillos puestos sobre las seis gradas del uno y otro lado. En ningun otro reino hubo un trono semejante. Asimismo toda la vajilla de la mesa del Rey era de oro, y era de oro finísimo la vajilla de la casa ó palacio del Bosque del Líbano; porque la plata en aquel tiempo era reputada por nada. Pues la flota del Rey iba de tres en tres años á Tarsis con los siervos de Hiram, y traía de allí oro y plata y marfil y monas y pavos. Salomon, pues, sobrepujó á todos los Reyes de la tierra en riquezas y en gloria; de suerte que todos los reyes de la tierra deseaban ver la cara de Salomon, para oir la sabiduría que Dios había infundido en su corazon; y le llevaban presentes todos los años, vasos de oro y de plata, y ropas, y armas, y aromas, y caballos, y mulos. Y tuvo Salomon en sus caballerizas cuarenta mil caballos y doce mil carros, y doce mil hombres de caballería y los tenía en las ciudades destinadas á su alojamiento, y en Jerusalen donde él residía. Y extendióse su poderío sobre todos los Reyes, desde el río Éufrates hasta la tierra de los filisteos, y los confines de Egipto, é hizo abundar tanto la plata en Jerusalen como las piedras, y los cedros como los cabrahigos que se crían en los campos. Y traíanle caballos de Egipto y de todas las provincias..... (1).»

De lo dicho hasta aquí se infiere, si no equivocamos los cálculos, que la riqueza metálica legada por David á Salomon puede valuarse en doce mil millones de pesetas, suma espantosa, bastante por sí sola para un templo; y si á esto se agregan las rentas de Salomon, equivalentes anualmente á más de cuarenta y seis millones de pesetas, sin incluir en esto lo que llamaríamos ahora contribuciones directas, ni los tributos de las provincias, ni los de la Arabia, calcúlese á dónde pudo llegar el esplendor de la casa del Dios de Israel.

(1) No incurrimos en contradiccion tomando aquí de los Paralipómenos lo que ántes no quisimos copiar del Libro tercero de los Reyes; en primer lugar, porque aquí no se hace ninguna mencion de los víveres que diariamente se consumían en su palacio; y en segundo lugar, porque ahora, hablando sólo de la visita de la Reina de Sabá, necesitábamos fundar el por qué de la visita de una reina tan poderosa y rica, para presentar el necesario contraste, al propio tiempo que debíamos prevenir con esto las objeciones de los que dudaran de la suntuosidad del templo levantado por Salomon al Señor y Dios de Israel.

Á la inmensidad de riquezas juntaba Salomon tanta sabiduría que hace decir al Libro santo: «Era más sabio que todos los hombres: más sabio que Ethan, el Ezrahita, y que Eman, y Colcol, y Dorda hijos de Mahol; y era muy celebrado en todas las naciones comarcanas. Pronunció tambien tres mil parábolas, y sus cánticos fueron mil y cinco. Trató asimismo de todas las plantas, desde el cedro que se cría en el Líbano hasta el hisopo que brota de las paredes; y discurrió acerca de todos los animales y de las aves y de los reptiles y de los peces. Por lo que venían de todos los países á escuchar la sabiduría de Salomon, y enviados de todos los reyes de la tierra, entre los cuales se había esparcido la fama de su sabiduría (1).

¿Qué sería la Casa del Bosque (del Líbano) de que nos hablan los Libros Santos y que se mandó construir Salomon? ¿Compondría en ella por ventura el encantador epitalamio del Cantar de los Cantares, poema sin igual, de pensamientos elevados como los cedros que sombreaban la retirada Casa, lleno de perfumes como los que despedirían los floridos tomillos de la cima del monte Amana y los romeros de las cumbres del Sanir y del Hermon, desde donde quiere que baje la esposa, la que hirió su corazon con una sola mirada suya, con una trenza de su cuello? ¿Quién no ha saboreado las bellezas literarias, que en vano buscará en otro poema, que á torrentes brotan de cada verso, de cada idea, de cada palabra del incomparable Cantar de los Cantares? ¡Qué sencillez, qué naturalidad, qué pasion en cada sílaba! Si los salmos revelan un Píndaro, el Cantar de los Cantares revela un Teócrito y un Virgilio, pero más natural y tierno que aquél en sus idilios y éste en sus geórgicas.

¿Sería la Casa del Bosque del Líbano el principio de la caída de Salomon? ¡Quién sabe!... Consta indudablemente que Salomon fué pervertido por las mujeres, pero por mujeres *extranjeras*, no por las de su país.

Concordando los textos bíblicos, y ateniéndonos á la letra de los mismos, queda la cuestion clara y terminantemente resuelta.

Conocemos ya el versículo 17 del capítulo XVII del Deuteronomio, don-

(1) III Reyes, Cap. IV.

de no prohibe que el Rey de los hebreos tenga más de una mujer, sino *número excesivo de mujeres;* expresion muy lata y susceptible de interpretaciones más ó ménos favorables, porque es difícil declarar—atendidas las circunstancias atendibles—cuándo será excesivo y cuándo no el número de mujeres que puede tener el Rey.

Este texto, empero, viene aclarado por lo que leemos en el capítulo XI del Libro tercero de los Reyes, donde se dice: «Pero el rey Salomon amó apasionadamente muchas mujeres extranjeras; y á la hija de Faraon, á las mujeres moabitas, y ammonitas, idumeas, sidonias, y heteas; naciones de las cuales mandó el Señor á los hijos de Israel: No tomaréis de ellas mujeres para vosotros; porque infaliblemente pervertirán vuestros corazones, para que sigais á sus dioses. Á tales mujeres, pues, se unió Salomon con un amor ardentísimo: tanto que tuvo setecientas mujeres en calidad de reinas y trescientas mujeres secundarias; y las mujeres pervirtieron su corazon.» No pecó, pues, Salomon por haber tomado muchas mujeres, sino por la cualidad de extranjeras que tenían las que tomó, faltando así al terminante precepto de su Señor Dios.

Ademas, la desenfrenada poligamia de Salomon, pues ya hemos visto que llegaron á mil sus mujeres, debía necesariamente alterar su carácter religioso por una parte, y el nacional por otra, y así fué en efecto. De condescendencia en condescendencia y de debilidad en debilidad consiguieron no sólo cautivar su corazon hebreo, sino hacerle incurrir en faltas que había visto castigadas en su padre David, sin que el recuerdo del castigo le sirviera de escarmiento. El hombre dotado de tanta rectitud de espíritu cayó en supersticiones que debieran haberle avergonzado. Dió culto á Astarthe, diosa de los sidonios, y á Moloc, ídolo de los ammonitas, para que no se disgustaran sus mujeres que se lo pedían. Quemaba inciensos y ofrecía sacrificios á los dioses de sus mujeres y erigió un templo á Camos, ídolo de Moab, sobre el monte que está enfrente de Jerusalen.

Salomon preparaba con sus iniquidades la ruína de su reino que debía dividirse y debilitarse para no reponerse jamas. El desmedido lujo á que se entregaba, el excesivo amor á las mujeres que hacían prevaricar su corazon

irritando á su Dios; los insoportables tributos con que agobiaba á sus pueblos para poder sobrellevar la enormidad de las cargas y gastos exigidos por la esplendidez de su córte y los palacios edificados para recreo de sus mujeres, debían desacreditar una monarquía que minaba no solamente la constitucion política del pueblo hebreo sino tambien corrompía las costumbres, introduciendo vicios y sobre todo refinamientos de lujo con la poligamia, cuyo contagio se pegaría indefectiblemente para baldon de los pueblos antiguos que moraban en aquellas regiones del Oriente.

Jerusalen debe quizas al reinado de Salomon alguna gratitud por ciertas construcciones con que la embelleció y hasta cambió de aspecto; quizas pueda elogiarse su reinado por la restauracion de muchas ciudades y la paz que disfrutó hasta sus últimos días, protegiendo y desarrollando muchas obras públicas; quizas se deba á él la inauguracion del comercio en aquella region oriental por la grande abundancia de piedras preciosas, oro, plata, marfil y otros objetos de lujo que traían sus buques de remotas playas; pero, de todos modos, la plétora de lujo iniciada y terminada con el propio Salomon fué un vicio del que conservó amargos recuerdos aquel pueblo veleidoso, que cansaba contínuamente la paciencia de su Dios.

* * *

Aunque sólo incidentalmente, debemos decir dos palabras aclaratorias acerca del sacerdocio hebreo; porque no puede concebirse con exactitud el estado, la religion y el gobierno judáico sin conocer minuciosamente todo lo relativo al sacerdocio.

Los políticos modernos quieren que el sacerdocio se abstenga de toda intervencion en los negocios del Estado (1). Precisamente en la ley mosáica

(1) Si ha de serles perjudicial, se entiende; porque, en caso contrario, todos se van en lenguas pudiendo contar con un sacerdote.

no estaban excluídos los sacerdotes de ningun destino. ¿No se deberá á esta circunstancia la acusacion de teocrático lanzada contra el sacerdocio hebreo? Si estudiamos atentamente la organizacion de aquel pueblo veremos que había compatibilidad entre el sacerdocio y la milicia y la judicatura y otros destinos públicos. Hasta había sacerdotes militares y simples soldados y escritores; y si de estos oficios, que eran comunes con todos, pasamos á los que constituían especialidad, veremos que el oficio ó empleo de tocar las trompetas estaba reservado á los solos sacerdotes, debiendo ser un estatuto perpétuo en sus generaciones (1).

Si álguien duda de la competencia del sacerdocio hebreo para esta clase de destinos, consulte la Biblia y verá que en los tiempos de David capitaneaba el sacerdote Joiada un cuerpo de ejército de la tribu de Leví (2). Su hijo, Banaías, mandaba otro cuerpo de ejército de veinticuatro mil hombres, y este mismo fué, en tiempo de Salomon, el jefe de todas sus tropas despues de muerto Joab (3). Los célebres Macabeos que restablecieron el culto y religion en Israel, eran tambien de la familia de Aaron, así como muchos de sus soldados, que tantas proezas llevaron á cabo (4). Hasta el historiador Josefo, á quien tanto debemos, como cronista fiel y concienzudo del pueblo hebreo, varon tan célebre por sus grandes acciones y escritos, era tambien del número de los sacerdotes. Segun el órden establecido por Moisés, la mayor parte de los tribunales hebreos estaban ocupados por sacerdotes que desempeñaban los destinos de jueces. Pues bien, á pesar de todo esto, la más noble, primera y más esencial de sus funciones era el sagrado ministerio del altar, la instruccion del pueblo y el estudio de la ley.

Mal se aviene el privilegio de casta con la compatibilidad en el sacerdocio hebreo para los oficios y carreras que le equiparaba con los individuos de las demas tribus del pueblo de Israel. Bien es verdad que el sacerdocio estaba reservado á la tribu de Leví y áun entre esta á la sola familia de

(1) NÚM, cap. X, v. 8.
(2) I. Paralip. cap. XII, v. 27.
(3) III. Reyes. cap. II, v. 35.
(4) I. Macabeos, cap. II, v. 57.

Aaron; pero tambien lo es en cambio que no era la eleccion del pueblo, ni la autoridad de los príncipes, ni la ambicion ó la intriga, ni áun el mérito de los particulares lo que elevaba á una persona á la dignidad sacerdotal, sino solamente su nacimiento. ¿Podía ejercer presion la casualidad del nacimiento en una persona para disponer de los talentos y vicios y habilidades necesarios para pesar en el gobierno de un estado?

Ademas, sólo los descendientes de Aaron fueron los únicos sacerdotes ocupados inmediatamente en el servicio del Señor; los de las otras ramas fueron simplemente levitas, subordinados á los sacerdotes, que servían bajo sus órdenes.

La única dignidad importante era la del gran sacerdote que era el jefe de todo el sacerdocio y poseía la primera dignidad de la religion. Estaba por su cargo investido del privilegio de entrar en el Santuario, cuyo honor estaba reservado á él solo, pero no podía verificarlo más que una vez cada año. Era presidente de la justicia, segun consta del Deuteronomio (1) y árbitro de todos los grandes negocios que pertenecían á la religion. Vemos pues terminantemente expresa la distincion entre la religion y la política; porque sólo era árbitro en asuntos religiosos y áun en los que reunían circunstancias de grande cuantía.

¿No daban estas prerogativas un poder casi ilimitado en el gobierno hebreo? Preciso es distinguir aquí para la mayor claridad. Los dos poderes estaban deslindados y separados; nada debía temer pues el civil del sacerdotal: algunas veces, sin embargo, se vieron reunidos los dos poderes en una misma persona, como sucedió en Finées y Helí, y esto puede haber dado márgen á que tomaran mayor cuerpo las acusaciones de teocracia lanzadas contra el poder civil de los hebreos.

Y no es esto todo. Hubo, efectivamente, grandes sacerdotes que influyeron muy eficazmente en la gobernacion del Estado judío. Joiada tuvo gran poder durante el reinado de Joas. Eliacim era el director de los negocios en el reinado de Manasés. Desde Josué, el hijo de Josedec, á la vuelta del cau-

(1) Cap. XVII, v. 8.

tiverio, hasta la época de Antíoco Epifanes, gozaron los sumos sacerdotes de grande autoridad en la gobernacion del Estado; pero estas mismas excepciones, que somos los primeros en señalar, prueban que no era esencial en el sacerdocio el poder que algunos tuvieron por su influencia personal en la direccion de los negocios civiles del Estado.

Una observacion digna de tenerse en cuenta es que el sacerdocio hebreo, no obstante las revoluciones y desórdenes profundos de los judíos, no procedió nunca de otra familia que de la de Aaron, no comenzando su decadencia hasta los tiempos de Herodes, el Grande, terminando despues durante el imperio de Vespasiano, sepultándose entre las ruínas del templo de Jerusalen. Sacerdocio y templo envueltos en sus propias y mismas ruínas.

* * *

Despues de cuanto hemos visto relacionado con la historia del pueblo hebreo y del templo de Salomon, no acertamos á comprender qué se propuso decir el eminente orientalista Maspero cuando escribió: «La inexperiencia de los hebreos en materia de arquitectura les hizo considerar la obra de Salomon como un modelo único: para los edificios grandiosos del Egipto y la Caldea era efectivamente lo que su mismo imperio para los demas imperios del mundo antiguo: un templo pequeño para un pueblo pequeño.

Si debe juzgarse de un edificio por el area que ocupa, quizas no merezca ponerse entre las maravillas del mundo el templo de Salomon, comparada su superficie con las de otros notables en distintas partes del mundo; pero todo esto no quita un ápice de las riquezas é inmensas bellezas reunidas en aquel edificio cuyos planos y accesorios trazó y ordenó el mismo Dios de Israel.

El culto tributado en el templo de Jehovah tenía dos representaciones simultáneas: el divino ó universal debido al Dios eterno, infinito, y el nacional ó peculiar del pueblo hebreo, único depositario en el mundo de la idea

pura de la divinidad. Si el Egipto, si la India levantan á sus divinidades templos espaciosos como una ciudad, es porque con aquel espacio queda expresada ya y reducida la idea que tienen de la inmensidad de sus dioses; al contrario del pueblo judío que sólo con las riquezas amontonadas en un sitio relativamente reducido, cree poder representar la majestad de lo infinito: que no cabe en el espacio sino en sí mismo.

Nos confirma estas ideas la pompa de las ceremonias del culto judáico. El arca de la alianza está depositada en el santuario. Los levitas llenan el vestíbulo que da frente al templo, cantando las alabanzas del Señor y tañendo instrumentos músicos. La luz de las lámparas de oro suspendidas se refleja semejando miles de cambiantes en las columnas cubiertas de oro y adornadas con esculturas. Los vasos de oro y plata son tan preciosos y tantos en número que un rey espléndido y voluptuoso los considera dignos de figurar en un festin memorable en todos los siglos, y arruinado su imperio, y de vuelta los judíos á sus antiguos hogares pueden todavía llevarse cinco mil cuatrocientos.

Los que no sienten aficion á la Biblia se convencerán quizas mejor con autoridades profanas, para fundar su criterio artístico é histórico: pues bien, Josefo completa las descripciones bíblicas diciéndonos que los magníficos materiales del palacio de Salomon (cuya riqueza no puede compararse con la del templo) estaban chapeados de piedras preciosas, que resplandecían por triples hileras; los techos estaban engastados en oro y sobresalía un admirable trabajo de escultura que representaba árboles y plantas de toda clase con ramas y hojas pendientes, cinceladas con tan maravilloso arte que parecían agitarse en la piedra que cubrían. Todo lo demas de la superficie de las paredes, hasta el techo, estaba cubierto de estuco, adornado con pinturas de variados colores. ¿Qué es todo esto sino la pintura y escultura aplicadas al decorado arquitectónico?

Más aún: podría objetarse que siendo el pueblo judío esencialmente agrícola por necesidad y por costumbre, no son los adornos, referidos por Josefo, más que alegorías tomadas de sus aficiones, pero no escultura imaginaria ó figurativa. Es verdad que lo más comun es encontrar entre los ju-

díos imitaciones artísticas de vejetales y plantas variadas; pero recordemos el trono de marfil de Salomon con los grandes leones en los costados y gradería, y el toro, vuelto atras, sobre el que descansaba el asiento que ocupaba aquel gran rey, y nos convenceremos de que no se desconoció en remotísimas edades entre el pueblo hebreo el arte decorativo imaginario.

La religion era para el hebreo una fuente inagotable de inspiraciones llenas de belleza que podían desviarse, como á veces lo hicieron, yendo á parar en ostentacion de lujo privado, reprensible, por lo tanto, dadas las leyes y costumbres de aquel pueblo, separado por Dios del resto de los demas.

Ya hemos insinuado ántes que la monarquía de Salomon debió ser fatal para el pueblo hebreo, bajo ciertos conceptos, como lo fué tambien para la ciudad de Jerusalen en particular. Los ejemplos, yendo de arriba hacia abajo, ejercen influencia marcadísima que en vano se intentaría disimular: la monarquía espléndida en David y lujosa en Salomon debió producir tristes efectos para el porvenir de las buenas costumbres de los hebreos.

Los profetas de Israel nos guiarán en este estudio, que, sin ellos, no podríamos realizar.

Hasta ahora no hemos visto en ningun pueblo tan desarrollado el lujo que llegara á edificarse casas de marfil, y, sin embargo, en el Libro tercero de los Reyes, al hablarnos de la muerte de Acab, vemos: «Las demas acciones de Acab y todo cuanto hizo, *y la casa de marfil que edificó,* y todas las ciudades que fundó, ¿todas estas cosas no están escritas en el libro de los anales de los Reyes de Israel? (1)» El profeta Amos vaticina calamidades á los israelitas y les dice en nombre del Señor: «Y arrasaré las habitaciones ó palacios de invierno junto con los de verano, *y quedarán arruinadas las habitaciones de marfil*, y serán en gran número los edificios derribados, dice el Señor (2).»

Los hebreos conocieron el lujo mucho más de lo que á primera vista pudiera parecer. Tiro les proveía de mercaderías que los árabes cuidaban de

(1) Cap. XXII, v. 39.
(2) Amos, cap. III, v. 15.

proporcionar. Salomon se había hecho fabricar una cama de madera del Líbano, adornada con columnas de plata, cuyo almohadon era de oro y lo restante de púrpura. Sentábanse los hebreos en alfombras que les servían tambien para acostarse ó reclinarse. Casi todos los artesonados eran de marfil. Cubríanse todas las camas con telas preciosas y se regaban con aguas olorosas. Con estas aguas se bañaban y perfumaban hasta el exceso con un refinamiento digno de los pueblos más voluptuosos y afeminados. Poca diferencia podemos señalar en la pasion por los perfumes entre los demas pueblos orientales y los judíos, sin excluir á sus mismas mujeres.

Esta pasion la vemos consignada de diversas maneras y muchas veces en el Cantar de los Cantares. «Tus amores son mejores que el vino, fragantes como los más olorosos perfumes. Bálsamo derramado es tu Nombre..... Correremos todas al olor de tus aromas..... Miéntras estaba el Rey recostado en su asiento, mi nardo difundió su fragancia. Manojito de mirra es para mí el amado mio..... Racimo de cipro es mi amado para mí..... De flores es nuestro lecho, de cedro las vigas de nuestras habitaciones y de ciprés sus artesonados. Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles; como azucena entre espinas..... ¿Quién es este que va saliendo por el desierto como una columna de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas?..... Subiré al monte de la mirra y al collado del incienso..... la fragancia de tus perfumes excede á todos los aromas..... Huerto cerrado eres; tus renuevos forman un vergel de granados con frutos de manzanos; son cipros con nardos, nardo y azafran, caña aromática y cinamomo, con todos los árboles odoríferos del Líbano, la mirra y el aloé con todos los aromas más exquisitos..... Levantéme para abrir á mi amado, destilando mirra mis manos, y estando llenos de mirra selectísima mis dedos..... Á su huerto hubo de bajar mi amado, al plantío de las yerbas aromáticas, para recrearse en los vergeles y coger azucenas.....»

Corto como es el epitalamio de los Cantares, respira siempre aromas é inciensos y forma una atmósfera de perfumes finos y escogidos para respirarla los dos afortunados esposos que, cual dos embriagados amantes, son los dos interlocutores del aromatizado poema.

Pero no debían ser todo perfumes y olores las manifestaciones del lujo del pueblo hebreo. En el mismo epitalamio de los Cantares, despues de comparar el esposo á su esposa, á los hermosos y arrogantes caballos uncidos á las carrozas que le dió Faraon, le dice: «tu cuello lindo como collares de perlas.» Gargantillas de oro haremos para tí, taraceadas de plata.» Á propósito de esto dice un historiador del arte judáico: «Muy explícitamente nos enseñan estos versículos que en la época de Salomon adornaban las mujeres lo largo de sus mejillas con sartas de perlas ó de piedras finas que, pasando por debajo de la barba, redondeaban la cara. Tocante á los collares, resulta de uno de estos versículos que los más elegantes se componían de perlas de oro entremezcladas con otras de plata (1).»

Y no crea el lector que el lujo desplegado entre el pueblo sea pasajero ó perteneciente á una sola y corta época. La Biblia nos guiará para demostrarnos su duracion y extension.

Nuestros lectores nos permitirán que les citemos íntegro un texto para ahorrarles el trabajo de la consulta, y juzgarán por sí mismos.

Judith quiere alcanzar la salvacion de su pueblo; ora fervorosamente al Señor, y «acabado que hubo de clamar (al Señor), levantóse del lugar en que estaba postrada delante del Señor. Y llamó á una doncella suya, y bajando del oratorio á su habitacion, se quitó el cilicio, y desnudóse de los vestidos de viuda; y lavó su cuerpo, y ungióse con ungüento precioso, y repartió en trenzas el cabello de su cabeza, sobre la cual se puso una riquísima cofia; y atavióse con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias, púsose los brazaletes, y las manillas, y los zarcillos, y las sortijas, sin omitir adorno ninguno (2).»

Pruébanos este pasaje bíblico—prescindiendo del sentido espiritual ageno á nuestro propósito—que el lujo estaba muy desarrollado entre el pueblo hebreo; que se confiaba en él por mucho, y que no era poca la influencia que ejercía en todos los ánimos cuando los ancianos de la ciudad, que la

(1) *Sanley*.—Obra aludida.
(2) JUDITH, cap. X.

estaban aguardando al llegar á la puerta, así que la vieron, quedaron en extremo asombrados de su hermosura, y al contemplarla los soldados de Holofernes, quedaron extáticos, y se les leía en los ojos el pasmo; tan encantados estaban de su rara belleza, y, apénas estuvo en la presencia de Holofernes, quedó éste inmediatamente preso de sus ojos. Y los oficiales de Holofernes dijeron á éste: «¿Quién habrá que tenga en poca estima al pueblo de los hebreos, teniendo como tienen mujeres tan bellas? ¿No merecen estas que hagamos la guerra contra ellos para adquirirlas? (1)»

No debemos entrar en el santuario de las intenciones: somos meros cronistas de la civilizacion de los pueblos. Cuando Judith se engalanó de la manera que acabamos de ver, seguiría la moda corriente entre las mujeres de Israel. Veamos ahora descrita otra época de las hijas de Sion, que no va en zaga á la de Judith. El profeta Isaías clama contra una nueva causa de la ruína de la nacion judáica, que es el lujo y desenvoltura de las mujeres. Las hebreas idolatraban ya por la vanidad, orígen funesto de la ruína de sus familias y declama el Profeta contra la soberbia y la lascivia de las hijas de Sion. Entre lo mucho bueno que dice el Profeta contra la iniquidad de los magnates opresores de los pobres, oigámosle contra el lujo de las mujeres, y fijemos la atencion en las modas y prendas que enumera: «Por cuanto se han empinado las hijas de Sion, dice, y andan paseando con el cuello erguido, guiñando con los ojos, y haciendo gestos con sus manos y ruido con sus piés, y caminan con pasos afectados: raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sion, y las despojará de sus cabellos. En aquel día les quitará el Señor el adorno del calzado, y las lunetas, y los collares de perlas, y los joyeles, y los brazaletes, y las escofietas, y los partidores del pelo, y las ligas (ó el atavío de las piernas), y las cadenillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos, y los anillos, y las piedras preciosas que cuelgan sobre la frente; y la muda de vestidos, y los mantos y las gasas, y los alfileres, y los espejos, y los finos lienzos, y las cintas, y los vestidos de verano; y en lugar de olores suaves tendrán la hediondez, y por ceñidor una cuerda, y en lugar de

(1) JUDITH, cap. X, v. 18.

cabellos rizados la calva, y reemplazará un cilicio la faja de los pechos (1).»

¡Cuán cierto es que el hombre no ha cambiado en sus miserias y vanidades desde su aparicion en la tierra! Las personas que se figuran—y son las más—que el pueblo hebreo era como una comunidad religiosa de rígida regla y exacta observancia, se equivocan lastimosamente. ¿Qué diferencia hay entre la mujer más coqueta de nuestro siglo y la mujer hebrea anatematizada por Isaías? Si estudiamos los tipos de la mujer que nos ofrece la Sagrada Escritura ¿no vemos entre ellas corazones ardientes, imaginaciones fogosas, pasiones indomables, almas capaces de todas las virtudes más sublimes y de todos los vicios más repugnantes, como los de nuestras sociedades más cultas, adelantadas ó relajadas?

Si no temiéramos que se dieran intenciones torcidas á nuestras palabras, pondríamos de manifiesto lo que se deja adivinar de la jovencita de Sunam y de la reina Ester, y, de consecuencia en consecuencia, llegaríamos á descubrir lo qué podrían ser aquellas hebreas no dominadas por la religion, y entregadas por consiguiente á los impulsos de su corazon afanoso por los placeres y los goces y en pos de los atractivos, irresistibles para la mujer, de una vanidad sostenida por la hermosura ó una posicion social favorablemente distinguida. La lectura de la Biblia no deja en muy buen lugar la fama de las virtudes de las mujeres judías, hasta el extremo de que no es fácil debieran avergonzarse las griegas y romanas puestas en comparacion con ellas. Al hablar en este sentido nos referimos á las ménos, porque abrigamos la conviccion de lo que la severidad religiosa imperaba en las costumbres de la mayoría del pueblo hebreo, y que este conservaba las virtudes de familia ó domésticas que tanto debían distinguirle de las demas sociedades entónces conocidas. Ademas, si errores ó flaquezas dominaron entre los hebreos, con usura pagaron sus extravíos, ya con guerras, ya con cautiverios, ya con otras plagas con que les afligía un Dios ofendido y enojado para volverles al buen camino.

Como compensacion á estos extravíos, ademas de los Profetas que eran

(1) Isaías, cap. III, v. 16-24.



JUDIOS CAUTIVOS EN BABILONIA.

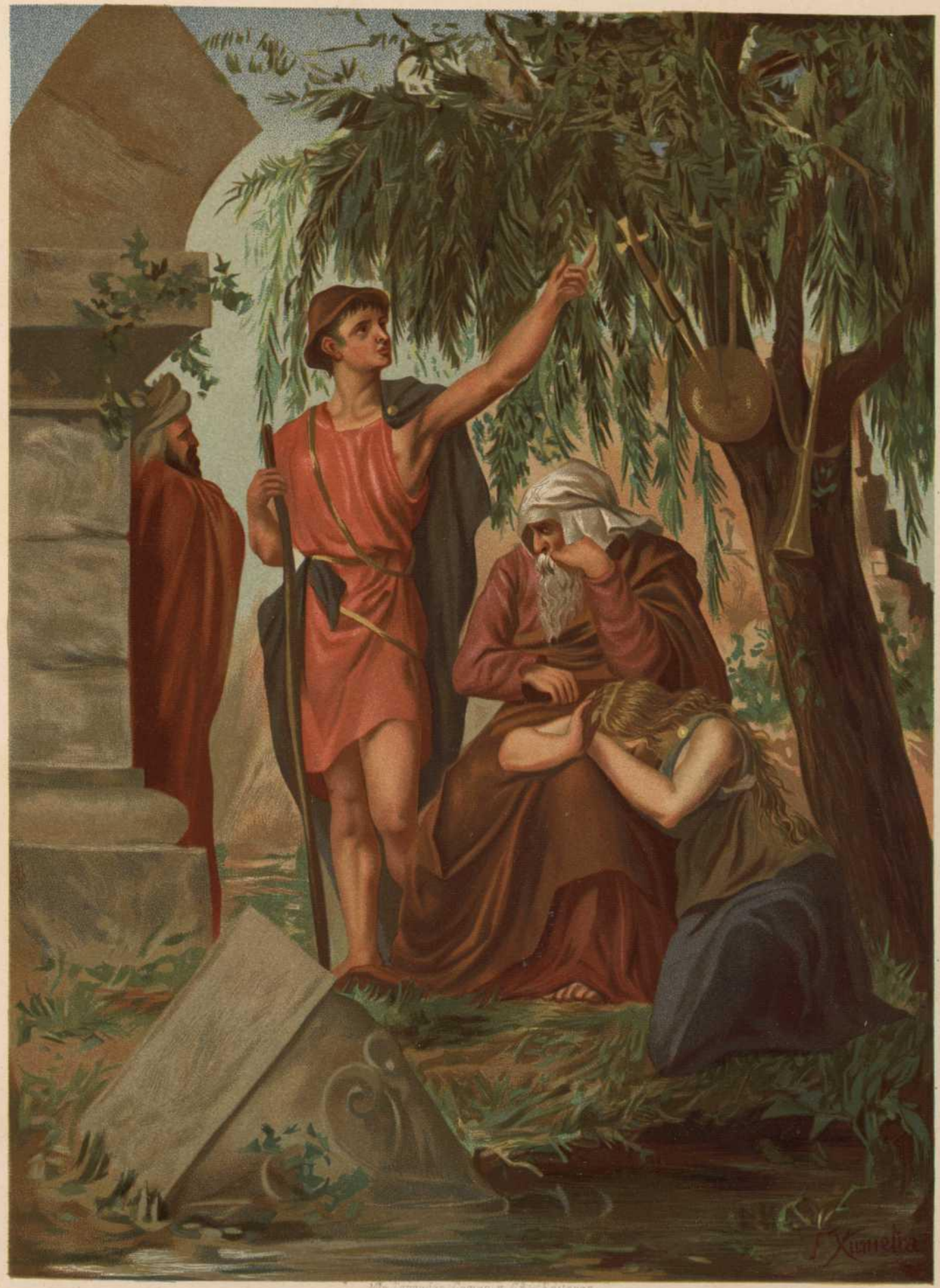
cabellos rizados la cabeza y reemplazará un cilicio la faja de los pechos (1).»

¡Cuán cierto es que el hombre no ha cambiado en sus miserias y vanidades desde su aparicion en esta tierra! Las profetas que se figuran —y son las más— que el pueblo hebreo era como una comunidad religiosa de rígida regla y exacta observancia, se equivocan lastimosamente. ¿Qué diferencia hay entre la mujer más coqueta de nuestro siglo y la mujer hebrea anatematizada por Isaías? Si estudiamos los tipos de la mujer que nos ofrece la Sagrada Escritura ¿no vemos entre ellas corazones ardientes, imaginaciones fogosas, pasiones indomables, almas capaces de todas las virtudes más sublimes y de todos los vicios más repugnantes, como los de nuestras sociedades más cultas, adelantadas ó relajadas?

Si no temiéramos que se dieran intenciones torcidas á nuestras palabras, pondríamos de manifiesto lo que se deja adivinar de la jovencita de Sunam y de la reina Ester, y, de consecuencia en consecuencia, llegaríamos á descubrir lo qué podrían ser aquellas hebreas no dominadas por la religion, y entregadas por consiguiente á los impulsos de su corazon afanoso por los placeres y los goces y en pos de los atractivos, irresistibles para la mujer, de una vanidad sostenida por la hermosura ó una posicion social favorablemente distinguida. La lectura de la Biblia no deja en muy buen lugar la fama de las virtudes de las mujeres judías, hasta el extremo de que no es fácil debieran avergonzarse las griegas y romanas mismas en comparacion con ellas. Al hablar en este sentido nos referimos á las ménos, porque abrigamos la conviccion de lo que la severidad religiosa imperaba en las costumbres de la mayoría del pueblo hebreo, y que esta conservaba las virtudes de familia ó domésticas que tanto sobresalen del grado de las demas sociedades entónces conocidas. Además, estos vicios dominaron entre los hebreos, con usura pagando sus extravíos en sus guerras, ya con cautiverios, ya con otras plagas con que los castigaba Dios ofendido y enojado para volverles al buen camino.

Como compensacion á estos extravíos, hemos de los Profetas que eran

(1) Isaías, cap. III, v. 24.



JUDIOS CAUTIVOS EN BABILONIA.

la reprension viva de sus faltas, tenían los hebreos sus libros de la moral más pura, y no serían tan pervertidos, como parece debieran haberlo sido, á no haber dispuesto de tan excelentes tratados.

Todas las pasiones, todos los vicios y hasta los defectos que se tenían por indiferentes, sino santos, en las sociedades paganas, son anatematizados en infinitos pasajes de los libros santos de los judíos. La codicia, la pereza, la vanidad, el orgullo, la intemperancia tienen su correctivo, su anatema, en las hermosas é instructivas páginas de los libros de moral del pueblo judío. ¡Quién es capaz de reducir á su justo valor el mérito del libro de los Proverbios, el del Eclesiastés, el de la Sabiduría y el del Eclesiástico, bajo el punto solo de vista de la moral más santa, pura, y desconocida completamente de todos los pueblos!

La civilizacion alcanza pues el grado mayor de lucidez, á que puede llegar en este mundo, en estos y otros libros de los hebreos que son y serán el más seguro norte para guiar á todas las generaciones humanas por los verdaderos caminos de la virtud, del honor y de la verdadera fraternidad entre todos los hombres.

*
* *

En el Levítico (1) se habla del fuego perpétuo que debía arder en el altar, debiendo cuidar el sacerdote de cebarlo echando leña cada día por la mañana. Un día el pueblo de Jehovah debió abandonar dicho fuego para ir al cautiverio de Babilonia. En el libro segundo de los Macabeos (2) leemos á este propósito lo siguiente: « Porque cuando nuestros padres fueron llevados cautivos á Persia, (3) los sacerdotes que á la sazon eran temerosos de Dios, cogiendo secretamente el fuego que había sobre el altar, lo escondie-

(1) Cap. VI.
(2) Cap. I. v. 19-23.
(3) Con este nombre entendían los hebreos todos los países allende el Éufrates.

ron en un valle donde había un pozo profundo y seco, y lo dejaron allí guardado, sin que nadie supiese dicho lugar. Mas, pasados muchos años, cuando Dios fué servido que el rey de Persia enviase á Nehemías á la Judea, los nietos de aquellos sacerdotes que lo habían escondido, fueron enviados á buscar dicho fuego; pero segun ellos nos contaron, no hallaron fuego, sino solamente una agua crasa. Entónces el sacerdote Nehemías les mandó que sacasen de aquella agua, y se la trajeran: ordenó asimismo que hiciesen con ella aspersiones sobre los sacrificios preparados, sobre la leña y sobre lo puesto encima de ella. Luégo que esto se hizo, y que empezó á descubrirse el sol, escondido ántes detras de una nube, encendióse un grande fuego, que llenó á todos de admiracion. Y todos los sacerdotes hacían oracion, miéntras se consumaba el sacrificio. »

En la historia de este fuego vemos nosotros simbolizados los destinos del pueblo hebreo. Los hijos de Jehovah han dejado extinguir el sagrado fuego que en las cimas del Sinaí se les mandó alimentar perennemente. ¡Pobre pueblo! Inficionado por vicios y crímenes horribles pasea por todos los ámbitos del mundo el estigma de maldicion impreso en su frente. Los siglos con sus vicisitudes no bastan para borrársela. ¡Pobre pueblo! Sin templo, sin patria, sin hogar, no quiere oir la voz de la esperanza que le llama desde la cima del monte donde cometió el más horrendo de los crímenes que manchan su triste historia. Y su desgracia se aumenta con el tiempo, y resuenan en todo el mundo ecos siniestros para la raza maldecida. Como el mar rechaza de su seno los cadáveres, así rechaza la Europa de sus provincias al pueblo que arrastra consigo la maldicion de su Dios. Y su soberbia le tiene obcecado. ¡Pobre pueblo! El que mereció de Dios la noble distincion de señalarle una tierra propia para habitacion suya, repartiéndosela por iguales partes á proporcion de su familia, se encuentra actualmente privado de poseer bienes inmuebles ya como amo, ya como arrendatario, en la más vasta nacion de Europa (1) ¡Qué sarcasmo!

(1) Al escribir estas líneas, leemos en un periódico: «Á propuesta del general Ignatieff, el Consejo de ministros ha decidido que en lo sucesivo los judíos no podrán establecerse en ningun punto de Rusia sin prévio consentimiento de las autoridades municipales, y se les prohibirá poseer, ya como amos, ya como arrendatarios, bienes inmuebles ó tiendas de bebidas.»

Pero ¡qué desengaño tan terrible el que está ahora sufriendo el pueblo hebreo! Se le asesina, se le persigue, se le expulsa de todas partes, y ¿cuándo? cuando un periódico, órgano de los israelitas en Francia, ha escrito en uno de sus números del año 1865 lo que sigue: «La rehabilitacion de la raza judía no se ha realizado aún, á pesar del siglo XIX, á pesar de los Rotschild y los Pereire, á pesar de los Meyerbeer y los Halevy. La raza judía, como tal, espera aún su Redentor. Este redentor no es un rey ni un hijo de David. No es un conquistador ni un fautor de milagros. La redencion del pueblo judío es la rehabilitacion del judaismo como culto, como raza, como nacionalidad religiosa, es la restitucion de todos los honores debidos á su antigüedad, á sus sufrimientos y á sus servicios.»

¡Qué desilusion! Á estas nuevas pretensiones responde la Europa con la persecucion en masa contra la raza semítica, como si fuera una raza apestada, ó una manada de lobos cuyo exterminio se ha decretado.

Y es que la raza semítica, el pueblo hebreo, está bajo la influencia misteriosa de la sangre que injustamente derramó y cuya responsabilidad arrostró pidiéndola para sí y para sus hijos, con tal que se diera muerte al inocente y justo entre los inocentes y justos. Es que el pueblo hebreo apagó el fuego sagrado que debía arder perpétuamente en el altar, y no ha salido aún, como en los tiempos de Nehemías, el rayo de sol salvador que debe encender milagrosamente el cieno encontrado en el fondo del pozo que lo custodiaba. El pueblo hebreo está aún en el cautiverio, pero no debajo de la sombra fresca y frondosa de los sauces de las orillas de los ríos de Babilonia, sino disperso en toda la faz de la tierra, sin nacionalidad, sin formar parte de ninguna religion de las establecidas, porque en el judaismo ha penetrado ya el excepticismo, la indiferencia, la incredulidad y el racionalismo que es la carcoma de las sociedades modernas.

No decimos esto por comezon de calumniar al pueblo hebreo. «La impiedad invade familias enteras, y como una gangrena va ganando sus miembros unos tras otros. Las casas en las cuales el olvido del deber ha llegado al punto de apoyar hasta los primeros restos de la fe de nuestros padres, de borrar todo vestigio de la tradicion israelita, y hasta el recuerdo de la pie-

dad de nuestros antepasados no se cuentan ya como raras excepciones. Al sondear tan dolorosas llagas, desfallece nuestro corazon, nos abandona la paz del alma y se convierte nuestra alegría en tristeza y abatimiento sin igual (1).»

«Hace un cuarto de siglo, no podemos escoger una fecha más lejana, que los moralistas se preguntan con razon: ¿En qué consiste que en todas las ciudades de Europa se nota entre las mujeres de mala vida mayor número de judías que de cristianas? Desgraciadamente, no se hace sin fundamento esta pregunta, pues en París, Lóndres, Berlin, Hamburgo, Viena, Varsovia y Cracovia, entre esa clase que se ha convenido en llamar la sociedad media (no la clase media), en las plazas públicas y hasta en las casas de prostitucion se encuentran más judías que cristianas, guardando la proporcion debida entre las dos poblaciones (2).»

Debemos concluir, y lo sentimos, porque, léjos de esplanar, ni podemos siquiera indicar lo que quisiéramos. Procuremos condensar.

Sábese que los judíos deben formar parte de la gran familia cristiana ántes del fin del mundo; pero se equivocan muchos acerca de la época en que esto deba verificarse. Tertuliano, á quien tanto conocen nuestros lectores, decía hablando de esto: «Es preciso que el cristiano, léjos de afligirse, se regocije de la conversion de los judíos; puesto que todas nuestras esperanzas están íntimamente ligadas á la vuelta de los restos de Israel (3).»

San Pablo, por su parte, el ilustre judío que penetró con mirada de águila los misterios de los dos Testamentos, se expresa acerca de esta misma materia de la siguiente manera: «Si la ruína de los judíos ha sido la riqueza del mundo, cuánto más lo enriquecerá su resurreccion; y si la pérdida de los judíos ha sido la salvacion del mundo, qué será su conversion sino la vuelta de la muerte á la vida? (4).»

Debemos terminar; pero ántes acerquémonos respetuosos á un lecho de

(1) Carta pastoral de M. Ulmann, gran rabino del consistorio central año 1863.,
(2) Arch. Israel. Julio de 1867.
(3) De pudicit., cap. 8.
(4) Rom. XI, 12.

muerte donde espera su postrer momento un anciano venerable, un Patriarca de la antigua ley.

José, el egipcio, supo que su padre iba á morir: toma á sus dos hijos Manasés y Efraim y les acompaña al lecho del moribundo. Incorpórase Jacob y dice á su hijo: «He tenido el consuelo de verte contra lo que esperaba; y Dios me ha concedido tambien el de ver á tus hijos. Y por eso tus dos hijos que tuviste ántes que yo fuera á Egipto serán míos. Efraim y Manasés serán contados en el número de mis propios hijos.» Quitóles José de las rodillas de su padre, prosternóse, y luégo coloca á Manasés á la derecha de Jacob, por ser el primogénito, y á Efraim á su izquierda. Cruza el anciano los brazos y pone la derecha sobre la cabeza de Efraim y la izquierda sobre la de Manasés, y dáles la bendicion diciendo: «el Dios en cuya presencia anduvieron siempre mis padres Abraham é Isaac, el Dios que me nutrió desde mi niñez, que por medio de un ángel me preservó de todo mal, bendiga á estas criaturas que llevan mi nombre y el nombre de mis padres Abraham é Isaac, y que se multipliquen hasta lo infinito sobre la tierra.»

Reparó José en la distraccion ó equivocacion de su padre Jacob, y, lleno de amargura, tomó la mano de Jacob para quitarla de encima de Efraim y ponerla sobre Manasés, al propio tiempo que le decía respetuosamente: «Vuestras manos no están bien, padre mío; puesto que este es el primogénito; poned vuestra mano derecha sobre su cabeza.» Rehusólo Jacob y le dijo: «¡Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé! (1).»

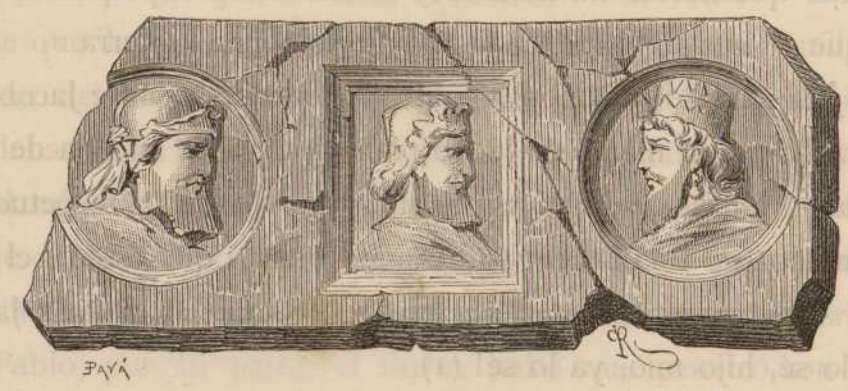
El pueblo judío y el pueblo cristiano están representados en aquellos dos niños nietos de Jacob. La mano derecha está cambiada de lugar y descansa sobre el pueblo cristiano. El pueblo judío terminó hace muchos siglos su papel en este mundo como nacion, porque había terminado ya su cometido como pueblo de Dios: y lo debía todo á su religion; porque ni en su carácter, ni en sus instrucciones, ni en sus riquezas, ni en su poder tenía cosa alguna que la pusiera por cima de las demas naciones. Si fué el más ilustrado, el más moral y el más feliz de todos los de la antigüedad, debiólo

(1) GÉNESIS, cap. XLVIII.

todo á su Religion. Esto explica su inmensa desgracia actual. Manasés y Efraim son hermanos; pero Efraim es el predilecto y Manasés el desheredado; sabemos no obstante que *el Señor levantará su enseña y reunirá los fugitivos de Israel* (1).

(1) Isaías, cap. XI, v. 12.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DE

LA CIVILIZACION

TOMO SEGUNDO

PÁGINAS

CAPÍTULO PRIMERO.—Grecia.—Sus primeros pobladores.—Vicisitudes.—Idea geográfica de Grecia. 9

CAPÍTULO II.—Aténas.—Costumbres públicas y privadas.—Manifestaciones artísticas, científicas y literarias. 79

CAPÍTULO III.—Continuacion.—Fiesta, oráculos, juegos, filosofía, poesía, artes, instituciones de Grecia.—Comparaciones.—Resúmen. 161

CAPITULO IV.—Roma.—Noticias generales acerca de sus primeros tiempos.—Destinos de Roma. 295

CAPÍTULO V.—Continuacion.—Costumbres romanas.—Política de los Emperadores. 363

CAPÍTULO VI.—Una observacion.—Más sobre la política de los emperadores romanos.—Decadencia general. 441

CAPÍTULO VII.—Juegos y fiestas romanas.—Poesía, filosofía y artes en Roma. 517

CAPITULO VIII.—Comparaciones.—Cristianismo.—Porvenir de Roma. 601

CAPITULO IX.—Pueblo hebreo.—Sus orígenes.—Su civilizacion.—Su destino. 681

CAPÍTULO X.—Jerusalen.—Templo de Salomon.—Más sobre el sacerdocio hebreo.—Últimos tiempos del pueblo hebreo.—Sus futuros destinos. 719

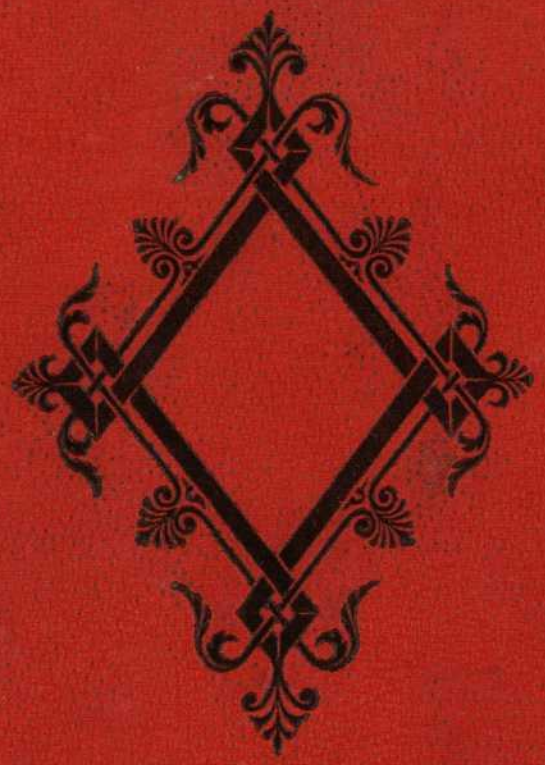
PAUTA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

TOMO SEGUNDO.

	PÁGINAS
Andrómeda expuesta á que la devore el monstruo.	8
Teseo mata al minotauro.	22
Espartana despidiendo su hijo para la guerra.	33
Jerges mandando azotar el mar.	59
Aspasia y Perícles.	70
Estatua de Minerva recientemente encontrada en Aténas.	82
Frine.—Fiestas de Vénus.	95
Costumbres griegas.	100
Familia griega volviendo de la vendimia.	120
Telémaco y Pisistrato en el palacio de Menelao.	121
Páris y Elena.	128
Danzas griegas despues de la comida.	132
Fragmento de un friso del Partenon.	180
Estatua de Menandro.	186
Hércules de Lisipo.	381
Neron en una bacanal.	474
Fiestas matronales en Roma.	521
Fiestas en obsequio de Julio César.	531
Roger y Angélica, de Antonio Luís Barye.	566
Bajorelieve que representa una lucha entre judíos y filisteos.	567
Mucio Scévola se abrasa voluntariamente la mano.	596
Jeremías llorando las desgracias de Jerusalen.	715
Judíos cautivos en Babilonia.	743



CASABÓ Y PAGÉS

LA CIVILIZACION

TOMO 2

8688